
EFRÉN MATALLANA
LA IRA DEL EMBAUCADO
La correría de un guardia civil por el filo de la navaja
POR HONOR
bubok
EDITORIAL

LA IRA DEL EMBAUCADO

La correría de un guardia civil por el filo de la navaja

Efrén Matallana

Octubre 2021

ISBN ePub: 978-84-685-6305-3

Editado por Bubok Publishing S.L.
equipo@bubok.com
Tel: 912904490
C/Vizcaya, 6
28045 Madrid



A mis chicas: Mady, Nerea y Araya.

Por mi mala cabeza
yo me puse a escribir
Otro por mucho menos
se hace Guardia Civil.

Por mi mala cabeza
creí en la libertad.
Otro respira incienso
las fiestas de guardar

Por mi mala cabeza
contra el muro topé
Otro levantó el muro
con los cuernos tal vez

Por mi mala cabeza
siempre digo verdad.
Por mi mala cabeza
me descabezarán.
MALA CABEZA.
José Agustín Goytisolo

Índice

Primera parte

Aquí la más principal
hazaña es obedecer
y el modo cómo ha de ser
es ni pedir ni rehusar.
...
fama, honor y vida son
caudal de pobres soldados;
que en buena o mala fortuna
la milicia no es más que una
religión de hombres honrados.
P. Calderón de la Barca

I. EL SUEÑO

1

Cuándo llegará el día.

Dejaba caer sus fatigados brazos pendiendo de las argollas, para, de inmediato, en un esfuerzo límite, apurar todas las repeticiones.

Una y otra vez.

Sabía que sólo así lo estaría haciendo bien y el entretenimiento —ya no tanto el entrenamiento— valdría la pena. Mantenía la sublime idea de que las cosas que se empiezan deben concluirse, al menos hasta agotar todas sus posibilidades. Y machacarse como lo hacía en sus ratos libres, exigía no desfallecer mientras tuviera aliento o pundonor.

Acabada la serie, se dejó caer exhausto y satisfecho. Descansaría un minuto.

Como la pausa la hacía activa, se puso a dar vueltas por la larga pieza enrasillada que era la cámara de la casa. Pero sobre todo porque no podía dejar de pensar en lo que de verdad le obsesionaba. ¡Cuándo llegará el día!

Iba y venía agitando los brazos, procurando mantener la temperatura corporal. Excepto la rodilla, que le dolía con un tañido agudo y pulsante (una herida muy querida, a pesar de todo), se sentía en plena forma. El deporte era toda su distracción. Apenas si le apetecía salir por ahí, aunque fuera sábado por la tarde. Tenía en mente un sólo deseo; uno cuyo pensamiento le llenaba el día y la noche, desde hacía días, semanas, meses.

Suspirado con los cinco sentidos.

Cuándo llegará…

De soslayo al reloj —un orondo despertador de manecillas onduladas, coronado por dos campanas tan grandes como la propia esfera—, controlaba el tiempo; la flecha del segundero volaba. El exótico reloj era parte de su particular gimnasio, que, entre alpacas de paja, se componía, además, de una vieja radio en la que a menudo rastrea el dial en busca de música alentadora —o sea, *rock*—, de un par de mancuernas, un tensor de gomas, una barra de torsión, y las anillas: dos argollas forradas con esparadrapo que cuelgan paralelas de una traviesa del techo.

Aún oscilaban éstas cuando, de una ojeada al artefacto *Made in Taiwan*, advirtió que el minuto de reposo expiraba.

Antes de volverse a colgar, dio volumen a la emisora, por la que bufaba una guitarra acústica con mucho ruido de fondo: el único punto de

la FM que a esas horas emitía *rock*; la mejor música para entrenarse. A la cuarta flexión de bíceps oyó a su madre que lo llamaba desde la planta baja. Le requería de un modo acuciante, jovial.

Terminó la serie y, soltándose con un impulso extenuado, bajó los escalones más bien complacido por tener una excusa válida que le indultara de repetir aquella sesión infernal.

En la puerta de la calle su madre conversaba con alguien. A medida que se acercaba, reconoció las voces. El corazón se le disparó como si acabara de completar una serie de cien repeticiones, preguntándose cuál sería el mensaje. *¿Llegó el día?* Aceleró el paso, y cuando los tuvo de frente ni siquiera les saludó: mudo de ansiedad, sólo quería oír la respuesta definitiva que Cristóbal y Raimundo, los dos conocidos guardias civiles que tanto le habían alentado para que se convirtiera en un nuevo compañero cada vez que se lo encontraban corriendo y haciendo flexiones por el campo, venían a traerle.

Por sus graves expresiones, no supo qué colegir.

—¡Felicidades, Salva, que lo has conseguido! —exclamó de súbito el guardia Cristóbal, al tiempo que le tendía la mano en ademán de enérgica y cordial congratulación.

Salva se sintió levitar. Permaneció un instante suspendido de gozo y de incredulidad, y luego alargó la mano con reserva, resistiéndose a reventar.

—Pásate por el cuartel y le firmas al cabo comandante de Puesto la notificación oficial de tu incorporación a la Academia de Guardias de la Guardia Civil —informó el guardia Raimundo—. ¡Que ya casi eres del Cuerpo, hombre! —agregó, y Salva ya no pudo aguantar más.

Dio un salto y un grito. Sin saber qué decir ni cómo comportarse, recorrió el trío, abrazándose convulso de júbilo a su madre, a los gratos visitantes de uniforme, su madre, los visitantes y… Tenía que ir al cuartel.

Con un rápido adiós entró a la casa y al poco tornó a la calle, por el portón, arrastrando una bici desnuda, la bici con la que había pulido sus entrenamientos para ser guardia civil.

Blandió el puño, eufórico, en respuesta a las reiteradas felicitaciones de los virtuales compañeros, y salió de estampía, echando chispas, de felicidad.

Parecía mentira. Se iría a vivir a un sueño, a *su* sueño. Se había preparado con perseverancia insomne y por fin su empeño y su ambición fructificaban. Durante meses había hollado caminos, unas veces polvorientos, otras esquivando lagunajos, impasible a la meteorología o la altura del sol, empeñado en superar las pruebas físicas de acceso más allá de los mínimos exigibles. Había saltado toda clase de vallas porque erróneamente creyó que una de las pruebas era el salto de altura y en su

rodilla perduraban las consecuencias del arrebato unido a la falta de técnica. Pero eso fue al principio. Porfió y no tardó en pasar por encima de ciento cuarenta centímetros, infalible e incólume. Luego resultó que tal prueba no figuraba en las oposiciones.

Quiso asegurarse y nunca dejó nada al azar.

De igual modo se condujo con los temarios de preparación, de los que supo su contenido con tanta precisión que tuvo que complementarse con otros mejor desarrollados. Y ahora su recompensa. Un desiderátum visto como una luz remota al fondo de un largo y negro túnel.

Iba a la luz.

¿Y si fuera un error?

Aquella inopinada y violenta conjetura le sobrecogió de tal manera que dejó de pedalear. Cuántas horas imaginando aquella noticia… ¡Para que se tratara de una errata o una equivocación!

Se inclinó sobre el manillar de la esquelética bicicleta e imprimió a sus piernas un pedaleo frenético, impaciente, apasionado, ¡brrrrrrrrr!, hacia el objetivo, del que ya distinguía las desconchaduras del vetusto caserón que servía de cuartel de la Guardia Civil.

Al llegar, se arrojó en marcha; la bici prosiguió unos metros en difícil equilibrio, perdió velocidad, se bamboleó como un borracho y se acostó en el suelo sin estrépito, en tanto su propietario transponía la entrada, por encima de la cual un cartel de madera, repintada con los colores nacionales, rezaba: TODO POR LA PATRIA.

Debían de tener más de 100 años, el cartel y el edificio.

Le recibió el guardia de servicio en la puerta, quien, al reconocerle, se apresuró a felicitarlo. Al oírlos salió el cabo de la oficina. Se trataba de un hombre joven, no gordo pero de recia apariencia, de amplio pecho y brazos musculosos. Sus grandes y redondos ojos le daban un aspecto de bonachón y buena persona. Nada que ver con lo que Salva había escuchado acerca de aquel guardia civil por parte de otros individuos que se lo habían cruzado; desde luego por razones muy distintas a las que a él lo conducían en aquel momento.

—¡Enhorabuena, chavalote! —le saludó con un entusiástico apretón de manos.

—Gracias, cabo —acertó Salva a responder.

—Qué coño, cabo: llámame Rafa. Ya te hartarás de decir cabo y sargento y teniente, y a lo mejor teniente coronel. Nunca se sabe dónde puede uno acabar. Depende de lo que te dejes dar. Pero eso es otra historia. Al fin puedes respirar tranquilo, ¿eh?; después de esas carreras y esos saltos campestres.

(¿dar?)

—Sí, al fin —exhaló Salva—. No habrá ninguna duda… Que se hayan equivocado o algo así…

—Por supuesto que no —risoteó el cabo al fijarse en el semblante de Salva, revuelto de angustia y beatitud. Penetró en el cuartucho que era la oficina y volvió con un Boletín Oficial del Cuerpo del que sobresalía un folio; tiró de éste y leyó—: «Se remite relación personal esa Zona que ha sido seleccionado para realizar fase de presente en la Academia de Guardias de la Guardia Civil». Aquí estás —le señaló con su rechoncho dedo un nombre tachado de amarillo fosforescente en mitad de un listado de más nombres.

Salva acarició el papel. Lo leyó; y lo releyó. No había error alguno. Era el suyo, joder.

—¡Lo conseguí! —gritó, estirando los brazos por encima de la cabeza, bajándolos y volviéndolos a subir, bajándolos y volviéndolos a subir…

Impregnó de hilaridad a los dos guardias civiles que le contemplaban y a intervalos apretaba los puños en tanto que recibía consejos que, por lo visto, le serían muy importantes en el futuro dentro de la Institución…

Pero él sólo sentía el calado del tricornio.

El cabo Rafa le entregó una copia de la notificación, la cual debería presentar a su incorporación a la Academia. Salva recogió el importante papel, agarrándolo con fuerza para que nada ni nadie se lo hiciera perder: en ese salvoconducto iban ilusiones, esperanzas, sueños repetidos en sueños, noches sin dormir.

Sus inconmensurables, fervientes anhelos por ser guardia civil.

Se marchó corriendo y cuando se había alejado como un kilómetro, ya metido en el pueblo, echó en falta la bicicleta. Volvió por ella, zanqueando, dando brincos, regocijado y efusivo con todo perro y gato.

Y es que el día de la gran noticia, había llegado. ¡Brrrrrrr!

II. DIANA: EL CORREDOR EN SU LABERINTO

1

La voz, aunque hosca y excesiva, pareció retumbar únicamente en el sueño.

Pero no. Al momento se repitió verídica y exasperante para todo bicho durmiente, al tiempo que los fluorescentes lapados al techo parpadeaban anegando de luz blanca y dura la inmensa nave en la que se ordenaban cien literas con doscientas camas y otras tantas taquillas de chapa.

Por cada dos camaretas —compartimentos de cuatro taquillas enfrentadas dos a dos— había altos ventanales, cuyas viejas maderas alabeadas sostenían vidrios arcaicos y polvorientos, muchos de ellos remendados por burdas piezas de cartón, a través de cuyos secretos intersticios penetraba el aire del invierno frío de la serranía, sajando los rostros de los infortunados de la cuarta Compañía. Salva era uno.

Ocupante de una cama superior, venía a yacer cada noche en la perpendicular de un juego de rendijas misteriosas, que por más que había pegado o tapizado con celofán no lograba eximirse por completo de la gélida y regular caricia desde que llegara dos meses atrás.

—¡Compañía, Diana! —volvió a gritar el cuartelero con desesperada vehemencia y cierta inflexión de histerismo, un canario de cuerdas vocales aterciopeladas; demasiado para lo que los mandos de la Academia esperaban de un guardia civil integral.

De un salto aterrizó Salva. Con presteza, casi con impaciencia, empezó a cambiarse de ropa: el pantalón del pijama por el de los grandes bolsillos de faena, los pies adentro de las botas de hebillas, al hombro la toalla… Tan eficaz alacridad fatigaba al ocupante inferior de la litera.

Como éste conocía el siguiente paso con que sería importunado, impetró con voz pastosa:

—Deja la cama para luego, ¿vale?

Y como si Salva no hubiera oído nada, se encaramó a la cencha y con un ritmo de hierros dislocados atacó su catre. La litera entera traqueteaba como un andamio mal ensamblado.

Y es que tenía bien aprendida la lección: nada de remolonear o el instructor de turno tomaría nota de los rezagados para llevarlos al parte de Arrestados. Y él nunca había sido fichado por tardón.

No así su vecino de abajo.

—Despega la oreja, Malagueño, que es la hora.

Pero el otro no le respondió; continuó hecho un gurruño amodorrado, en tanto que Salva hacía su cama, esmerándose en no dejar arrugas debajo de las mantas y éstas extendidas —perfectamente extendidas.

De la otra litera de la camareta, talmente que zombis, se erguían el Cántabro, que plantaba pies en el suelo, y el Gallego, que dejaba colgar sus largas piernas, sin que ninguno se decidiera a más.

—¡Vamos, fuera! —Les apremió, y zarandeando barrotes contra el insensato remolón, que ni se removía—: Si te pilla el Instructor, acabarás en el Parte, y no podrás salir este fin de semana.

—Cómo Diana —gruñó el afectado—. Si apenas hace un rato que nos hemos acostado. ¿No tendrá el turuta el reloj chungo? Avísame si viene el Instructor. Y no pares, que me estás poniendo cachondo.

—Que te den —replicó Salva—. Me largo que no pillo lavabo —agarró su neceser y se alejó deslizándose con las botas sin abrochar, adelantándose ágil por entre siluetas entumecidas.

El cuartelero bramó —ahora sí— histérico:

—¡COMPAÑÍA, EL SARGENTO!

Un instantáneo ajetreo se elevó por toda la nave. Los todavía aletargados botaron a los dos pasillos medulares, impunemente acusados por los chirridos de sus respectivos catres militares.

Entrando en los aseos, Salva se vio alcanzado por el Malagueño.

—Entre lo del fin de semana y la llegada del sargento, me habéis convencido —farfulló consternado, arrastrando las chanclas y también los párpados, con las perneras del pijama enrolladas a la altura de las rodillas.

Era viernes. El día más importante en que uno debía proteger el número de su chapa, una placa que prendida al pecho identificaba al portador sin necesidad de abrir la boca. Sólo los fines de semana estaba permitido abandonar la Academia. Acontecimiento imperdonable para el Malagueño.

—Saldrás mañana, ¿no, *pisha*? —le sondeó, afeitándose con ojos entornados.

—Depende de cuándo pongan el examen —objetó Salva.

—Bah, no seas *pringao* —protestó el Malagueño, dejando caer una legañosa mirada de soslayo—. Marino dice que está listo y Piñeiro también se apunta. Ya sabes que mi tía nos presta su casa para que nos podamos quitar el uniforme y rular de paisano. De puta madre, *pisha*.

—Conque Marino… Otro que está bien jodido de puntos. Más os valdría a los dos quedaros a estudiar. Y en cuanto a lo de cambiarse de ropa, ya sabéis que eso no me gusta.

—La cabronada de anoche exige venganza —apoyó Marino dos

lavabos a la izquierda.

—¡Lo ves! —le incitó el Malagueño—. El Cántabro está de acuerdo.

Anda, *pisha*, dile al manchego algo filosófico para que se convenza.

—Los fines de semana son para desintoxicarse —respondió Marino, con un aplomo que el Malagueño tomó por mera sátira; de ahí que lo buscara para celebrarlo chocándose las palmas de las manos.

—Muy agudo, *pisha*, muy agudo.

Salva se echó el agua helada a la cara, que, abotargada y con grandes ojeras, no difería mucho de la de sus compañeros, ni tampoco de las del resto de alumnos: daban cuenta de no haber dormido un mínimo de horas. Esa noche se habían acostado mucho más tarde de lo habitual. Todo por culpa de un quídam anónimo que después del toque de Silencio y amparado en la oscuridad, berreó con pronunciación sicalíptica que si alguno quería hablar con la novia, él tenía «línea». Alguien le respondió con un sonoro pedo. De inmediato, el alcohol pimplado en la cantina durante las horas libres de la tarde desató innúmeras lenguas en una sarta de baladronadas porno-jocosas, que indefectiblemente llamó la atención del oficial de guardia. No dieron la cara los alborotadores y la cuarta Compañía en pleno formó en el patio de Armas… Hasta que el reloj de la explanada marcó la una y media y el teniente consideró expiado el quebrantamiento de las normas de régimen interno.

Muchos rajaban ahora con los más diversos títulos despectivos. Menos Salva. Él era así. Salva creía en sus mandos, en la disciplina, en los Reglamentos. En la Guardia Civil como Institución sin hipocresía.

—Tenía razón —se ratificó, de vuelta a la camareta—. Debieron dar la cara.

El Malagueño, doblado dentro de su taquilla, refunfuñaba porque no encontraba el pantalón de faena en aquella leonera.

—Tú estás chalado —le replicó sin mirarle, interrumpiéndose un instante para atornillarse a diestro y siniestro el índice sobre la sien, y a continuación soltó un grito de triunfo porque había dado con la prenda.

Salva se abrochó las relucientes botas —las cuales semejaban moldes empavonados—, se ajustó el cinturón, camisa, guerrera, se encajó el gorro cuartelero; todo ello con una celeridad que en sus primeros días como novicio le hubiera parecido imposible. Repasó en torno de sí por última vez: el interior de la taquilla en orden; por el suelo nada de papeles u objetos extraños; y él, afeitado y cabalmente uniformado. Y, por último, acorde con su fe en el régimen, repasó la geometría de su cama: que el embozo de la sábana discurriera paralelo y tirante a la almohada, que la colcha estuviera bien remetida, que el escudo amarillo del Cuerpo cayera con exactitud equidistante en el centro…

No sólo quedaba bien hecha, sino que cualquier protuberancia parecida a una arruga —mucho menos una real y notoria— era indetectable por inexistente.

Y es que en el caso de la cama no muy bien hecha, sería motivo más que probable de verse reflejado en el Parte de Arrestos del día siguiente, por *Falta de policía en el material adjudicado*. Quizá 0,10 o 0,20 puntos de penalización. Un descuento leve para una falta leve. Por cada 0,10 un día de arresto. Lo que significaba que las escasas horas libres había que pasarlas en las aulas de estudio. El desastre sucedía si a uno le tomaban el número a las puertas del fin de semana.

Para Salva lo preocupante no era el arresto en sí, sino la reducción que le supondría en su nota media final. Sus miras estaban puestas en un destino que le seducía y desvelaba, un destino en una comandancia la cual solía tener siempre demasiados peticionarios. Una puntuación alta resultaba, por lo tanto, imprescindible.

Por el momento no había sido fichado por ninguna falta. De los 10 puntos iniciales del baremo los conservaba todos. Eso le llenaba de una profunda satisfacción, que no se atrevía a declarar; primero porque aún faltaba mucho para terminar el curso, y en segundo lugar porque los «vírgenes de coeficiente» no estaban bien vistos. Llegar a un descuento de seis puntos implicaba que el caso sería estudiado por la Junta de Profesores; es decir: repetición del curso o la expulsión de la Academia. En su imaginación no cabían tales posibilidades: él creía en el sistema, lo respetaba, lo enaltecía. Lo gozaba.

—Daos prisa —les acuciaba—. Que el teniente ya debe de andar por las aulas.

—Tranquilo, asfixiado —replicó el Malagueño.

Marino empezaba a hacer la cama.

Salva y el Gallego salieron a la carrera: la única forma de llegar con puntualidad a la quinta planta del edificio al otro lado del patio de Armas, donde tendrían la primera clase del día: media hora de estudio antes de la de Gimnasia. Pasadas las seis treinta, el incauto que no hubiera hecho su comparecencia delante del oficial encargado de recoger los partes de Novedades, tendría muy difícil no aparecer en la próxima edición de arrestados.

Él nunca permitiría que ese fuera su caso.

Matizados por las farolas moribundas, la premura y el sueño, los alumnos cruzaban la explanada en silenciosa y turbia agitación.

Llegó, para no variar, de los primeros. Tras un vistazo al tablón de anuncios, se puso en la cola para ser revistado: lo ordenado antes de entrar al aula. Lo ordenado que para él era sagrado.

Flemático, escrupuloso, puntual y estrábico, apareció el teniente Yuste. Ordenó que fueran pasando bajo su ubicua y escudriñadora mirada. El Malagueño le apodaba el «bizco bebes». Marino sencillamente le desestimaba sin aspavientos.

A través de las grandes ventanas, la noche persistía, quebradiza… En uno de sus confines despuntaban trazos lívidos.

Sólo faltaban ellos dos. Quien más le preocupaba era Marino. Un día más el número de su chapa se reproduciría en el temible Parte. De los diez puntos del coeficiente, había —o le habían— agotado tres. Demasiado para transitarse por la cuarta parte de un curso académico cargado de pretensiones y minuciosidades inapelables.

El teniente Yuste, meticuloso hasta la intimidación, no perdonaría.

—Su uniformidad es incorrecta: lleva el chándal debajo de la guerrera —paró en seco al alumno que le precedía.

No le permitió excusarse; echó mano al bolsillo de su guerrera y extrajo un bolígrafo verde botella, cuya áurea pinza tenía la forma de un hacha y una espada cruzadas en aspa. Le anotó el número y se dedicó al siguiente.

Y el corredor que continuaba despejado.

Escuchó *adelante* y prosiguió con paso indemne a sentarse en la mesa que compartía con Marino al fondo del aula.

El oficial entró a recoger el parte de Novedades del alumno jefe de Clase, un tipo rechoncho y formal que en la mili había sido cabo 1º de las COE. Por esa razón y porque era el de mayor edad, había recibido el peliagudo y desamparado cargo. Una responsabilidad que al principio le halagó y de la que al poco habría abjurado si se lo hubieran permitido: ejercer la autoridad sobre sus propios compañeros, bajo la amenaza de aparecer él mismo en el Parte si no ataba corto, debía de resultarle una servidumbre cruel y pérfida; especialmente durante las horas de estudio y con cierta clase de gente alborotadora y descarada, como el Malagueño.

El oficial estaba a punto de anotar las ausencias, cuando dos golpes secos en la hoja metida en el aula giró todas las cabezas hacia la entrada.

Era Marino.

—¿Y tú de dónde vienes? —inquirió el teniente.

—De la Compañía.

El teniente miró su reloj. Salva también el suyo. Pasaban catorce segundos de la hora en punto.

Catorce segundos o catorce horas, para aquel oficial lo mismo daba. Salva lo veía rodar rápido hacia la expulsión. Y no se lo merecía. Marino era un tío noble, buen compañero y, a pesar de todo, pertrechado de una

personalidad y una inteligencia superior a la de la mayoría de los compañeros que componían aquel Batallón de futuros guardias civiles.

Tal como preveía, el superior dijo:

—Llega tarde. Deme su número.

Marino se lo dio; pero el oficial no pudo entenderlo: el retumbe de pasos atropellados del Malagueño se lo impidió.

El teniente se quedó atónito.

—¡Otro! —exclamó; y al instante y con sarcástica pesadumbre—: Bueno, qué le vamos a hacer. Dígame su número.

En vez de eso, el Malagueño, enhiesto como un blandón al lado de Marino, cuyo *firmes* estricto contrastaba casi con impertinencia, profirió con acento campanudo:

—¡A sus órdenes, mi teniente! Permítame decirle que por un principio de cólico, me encuentro indispuesto.

El oficial le clavó su ojo peregrino.

—Conque «indispuesto», ¿eh? —repitió con dejo de ironía y decidido viaje de la mano al boli benemérito—. Pues en principio te voy a recetar 0,20 por llegar tarde a un acto académico.

Se oyeron risas por lo bajini. El Malagueño no había dicho su última palabra.

—Mi teniente, es que la cena me sentó muy mal anoche. No obstante lo anterior, he venido a clase…

El teniente le interrumpió:

—Cállate o te meto medio punto por *Réplicas desatentas a un superior* —se expresó en tono hosco, pero de tuteo—, y este fin de semana te lo pasas arrestado, y encima me lo agradeces porque te ahorro mil duros. —Lo repasó con un barrido lento y dispar, y añadió—: Sus zapatos no tienen brillo de betún.

Aquello se complicaba; de pronto, había dejado de tutearle. El Malagueño tenía en juego la ansiada fuga del sábado, y presumiblemente la del domingo.

Levantó el mentón con gravedad calculada y declamó, muy serio:

—Es que les han caído agua y al limpiarlos se han vuelto mate.

El oficial apuntó el bolígrafo a los dos estáticos alumnos, y dijo:

—A uno 0,20 por llegar tarde, y a ti —se suponía que miraba al Malagueño—, te voy a recetar 0,20 para curarte el achaque, y 0,10 por ese mate-agua que usas. En total son…

La clase entera rio con breve descaro.

—¡Silencio! —gritó el oficial, desistiendo de la anotación—. Es hora de

estudio. Pasad y no me toquéis los «bebes» tan temprano.

—¡A la orden, mi teniente! —estalló el Malagueño, cuadrándose histriónica y contundentemente.

El teniente asintió con expresión adusta y complacida, y se marchó. El Malagueño y Marino ocuparon sus sillas; el primero delante de Salva y el segundo a su lado. Salva aprovechó para reconvenir a uno y a otro.

Pero sobre todo a Marino.

—Podías darte más prisa. Esta vez te has librado por la labia del Malagueño. Te recuerdo que vas muy mal de puntos.

Marino arrugó la frente en un gesto entre pesaroso y despectivo.

—La puta cama tiene la culpa —maldijo.

—Es verdad —se giró el Malagueño—. No hay modo de que quede hecha como a estos cabrones les gusta. Lo importante es que, con un poco de suerte, mañana nos largamos.

—Yo no pienso salir —manifestó Salva, en voz baja.

—No jodas, tío —se cabreó Marino—. Si ya han pasado los exámenes.

—Vosotros no habéis visto el tablón de anuncios, claro.

—¿Qué pasa con el tablón? —preguntó Marino, con fastidio, como si esperara oír un argumento absurdo.

—Que el lunes hay examen de las Reales Ordenanzas.

—¡Otra vez! —Se alarmó el Malagueño sin moderación—. Pero qué manía con los artículos.

—Lo siento, pero no puedo confiarme —adujo Salva en susurros, percatado de las severas miradas del jefe de Clase al trío cuchicheante—. Yo necesito sacar un buen número de promoción y así poder elegir el destino que quiero.

—Lo dicho: eres un asfixiado —se ratificó el Malagueño, escurriéndose en la silla, a fin de eclipsarse del jefe de Clase y de la siempre imprevisible entrada de los Instructores que desde el pasillo vigilaban el silencio de las horas de estudio.

Marino estuvo de acuerdo y pasó a largar:

—Mi tío dice que sin padrino no tienes nada que hacer aquí. Te advierto que yo tengo enchufe. La mujer de otro pariente es sirvienta de un general del Cuerpo y me ha prometido un destino chollo. Seguro que será mejor que el tuyo con tanto estudiar.

—Si es que sales —replicó Salva, corrosivo—. Además, eso sí que no me lo creo —añadió, herido de lleno en su devoción—. Me parece que te has buscado un consuelo bastante pobre. ¿Qué dice al artículo 47 del Reglamento para el Servicio?

—Ni idea. Pero como sé que estás deseando, suéltalo.

Musitando, Salva le recordó:

—«Se prohíbe a todo individuo del Cuerpo el uso de recomendaciones —Marino comenzó a oscilar la cabeza con burla—, para lograr la resolución favorable de sus peticiones oficiales…

—Vamos a contar mentiras, tralarí —canturreaba Marino.

—»… lo contrario implica una provocación a la Justicia.

—Vamos a contar mentiras, tralará…

Salva, no obstante, terminó de recitar:

—»… El que tal intente, será severamente castigado».

—Este tío se lo estudia todo —mascullo el Malagueño, asombrado, descaradamente vuelto a ellos. El jefe de Clase no les quitaba ojo.

Salva era el primero en no tolerar semejante falta, pero en discusiones de ese tipo no podía evitar entrar al trapo y tratar de rebatirlas.

Tampoco Marino, quien desplegaba la misma férrea certidumbre en sentido contrario:

—Reliquia propagandística. Soy hijo del Cuerpo y he vivido muchos años en cuarteles. Tú no puedes saberlo. Mira a tu alrededor y piensa: alumnos incapaces de hacer la «O» con un canuto y gordos que es evidente que no han pasado las mismas pruebas físicas que tú y que yo. Un cuadro de médicos y psicólogos imparciales no los habría dejado pasar nunca: a unos por tarados y a otros por sociópatas. Algunos hasta son yonquis —Salva frunció el entrecejo. Marino se enardeció—: Pero no seas gilipollas, hombre. Tú no fumas y no tienes ni idea de cómo se lo montan esos mendas: yo los he visto esnifar mientras los demás les hacíamos corro echando un cigarro en la explanada del comedor. Y todos ellos, a poco que indagues, resulta que son hijos o sobrinos de jerarcas. De auténtica oposición, estamos tú y yo y cuatro más. Y sobre los artículos, no te líes: son un laberinto de distracción, la coartada de la vieja guardia. Si fueras capaz de leerlos con serenidad, verías dos cosas clarísimas: tiranía y feudalismo. No lo olvides: por muy malas que sean mis notas, tendré mejor destino que tú.

Pero Salva no estaba dispuesto a dejarle encima y, contra su voluntad de hablar en clase, le arremetió en plan filosófico.

—Confucio decía que en la vida hay que fijarse una meta lejana, y aunque nunca la alcancemos, al menos nos servirá de faro.

—Ese Confucio no tiene ni idea de lo que es la Guardia Civil —refutó el Malagueño sonoramente.

Aquello irritó a Salva, pero sobre todo al jefe de Clase.

—¡SILENCIO! —voceó, poniéndose en pie detrás de la mesa

encaramada a la tarima, la destinada a los profesores que él ocupaba en ausencia de aquéllos—. La próxima vez van al Parte los que están hablando al fondo. ¡Malagueño: date la vuelta ahora mismo o te apunto! —amenazó, o suplicó.

El Malagueño se revolvió afectando sorpresa.

—¿Yoooo?

—Sí, tú —espetó el jefe de Clase—. Y si no te callas, en cuanto pase el primer Instructor le doy tu número.

—Jefe, eres un cabrón —replicó el Malagueño en voz alta y guasona. Saltaron risas generales y el jefe de Clase simuló que le tomaba el número.

Por voluntad de Salva, la charla cesó del todo y el Malagueño dejó de girarse y Marino de vilipendiar tan alegremente.

Un cabo-instructor hizo una rápida y sigilosa incursión. Los alumnos respondieron con un silencio funeral, acentuado por toses y roces de páginas. El jefe de Clase no abrió la boca. Sin nadie que llevarse al Parte, regresó a su paseo vigilante por el corredor.

En un cuarto de hora, la fatiga la impondría la clase de Gimnasia en el cuadrangular vasto patio de Armas. Salva lo estaba deseando; posiblemente era el segundo con tal disposición (se permitía conceder el beneficio de la duda a algún otro). Se distrajo con los cristales de las ventanas, empañados por la calefacción: allende, la alborada delineaba el flexuoso horizonte de todos los amaneceres. Al contraluz, las suaves cumbres de los cerros en lontananza se perfilaban como ondulantes masas carbonizadas… No disponía de tiempo para la lírica: clavó los codos en la mesa, se llevó las manos a las orejas y se dio a empollar las Reales Ordenanzas de las Fuerzas Armadas. Marino, por su parte, rematadamente ajeno a toda erudición militar, había sacado un cuaderno de crucigramas y rellenaba casillas, unas veces en horizontal, otras en vertical.

El Malagueño coloreaba un cómic porno.

Al cabo de unos minutos, Salva reparó en la impresionante quietud de su compañero de mesa. Con la cabeza apoyada sobre el brazo extendido, que arrojaba por delante del pupitre, Marino dormía con inverecunda placidez. Qué imaginación tenía el tío. Siguió memorizando.

Con el rugido de la corneta en el corredor, se alzó un ajetreo de estampida. Marino, que había sido despertado por Salva un segundo antes, le siguió con farfulladas imprecaciones contra el instrumento supuestamente musical.

De nuevo en infernal carrera. A las camaretas, cambiarse, meterse en el chándal, correr a formación… Salva más deprisa que ninguno, con ilusión salvaje remontando el agobio vertiginoso. Si en las horas de estudio apenas se permitía entregarse a la distracción —excepto que Marino le

diera por contarle batallitas—, tampoco lo haría en las de gimnasia, una de sus grandes aficiones.

Se enfundó el chándal azul, reorganizó la taquilla, revisó su cama y su parte de suelo; de hecho, el de la camareta entera: Marino nunca doblaba el espinazo y lo más que hacía con respecto a su lado era darle una patada, así viera un fajo de billetes. Agarró el cetme y desfiló con prisa y sin pausa; sólo se ralentizó para reconvenir al Malagueño.

—Eh, tú, cachazas. Aún tienes que cambiarte y te queda un minuto para formar, y ya sabes que a los últimos les suelen tomar el número.

El Malagueño exageró una mirada de reojo.

—Hoy no. Tengo un plan.

—Sí, ya sé: ir al Botiquín —dijo Salva, caminando de espaldas—. Pero recuerda que no te has apuntado en la lista del jefe de Clase, y hoy está el subteniente, el que te quitó 0,40 por simular tos.

El Malagueño se clavó, pensativo: asomar sin genuina tos por el Botiquín y toparse con el ladino del subteniente médico, sería tanto como afiliarse al listín de arrestos diarios. Adiós fin de semana. Se llevó las manos a la cabeza y se arrancó a contracorriente. Salva lo vio chocarse contra todo y todos.

—¡Y que no se te olvide el cetme! —le recordó a gritos. Encaró su ruta y echó a correr.

Arañado por el viento helado de la madrugada, que despejaba caras modorras y apenas el cielo tiznado, Salva ocupó su sitio en la formación, rodeado de bostezos, toses y tiritonas. En pleno recuento, llegaron Marino y el Malagueño, alocados, a medio vestir, el rostro rojo como chivatos de temperatura.

—Qué, calentando —tiró Salva.

—Muy gracioso —jadeó Marino, sin aliento, poniéndose la chaquetilla del chándal, que había traído en la mano.

El Malagueño ni respirar podía. Se arrastró hasta su sitio, en la cola de la Sección, con los cordones de las zapatillas a medio atar mientras estallaba una orden de *firmes* seco, lejano e inexcusable.

Comoquiera que el zapateo del entero Batallón sonara con un estrépito apocado y asíncrono, algo así como un redoble de tambor hecho por un principiante extenuado, el profesor de Educación Física, el teniente Garrido, un oficial bisoño y puntilloso para el que Marino tenía un abstruso y despectivo alias, ordenó que se repitiera.

—Ya empieza a dar la nota el Millanito Astray de los cojones —rezongó Marino.

Salva no opinó, pero otros alumnos sí añadieron comentarios de apoyo

y de irritación.

—¡¡Muy mal, muy mal!! —voceaba el oficial detrás de un megáfono—. En *descanso* otra vez.

—Verás la que nos da, verás —gruñía Marino. Y Salva exasperado con aquel infatigable contumaz y el grupito que le hacía de comparsa.

Curiosamente, al que no escuchaba rajar era al Malagueño. Lo captó de soslayo. Indistinto por mor del alba todavía tímida, se debatía a la pata coja por atarse con disimulo —rodilla al pecho— las deportivas. De pronto se le cayó el cetme al suelo y las risas precedieron a la aparición de varios Instructores, llegados como moscas.

—¿Quién ha sido? ¡Número, número!

El Malagueño trató de decir algo, pero el cabo le mandó callar.

—¡¿ESTÁIS DORMIDOS?!… —se encrespaba el profesor. Las circundantes luces de vatios tasados del patio de Armas incitaban a ello y no a taconear precisamente.

Fue a la undécima cuando le debió de parecer militarmente correcto, porque cambió el *firmes* por *marcha*.

El Malagueño se deslizó entre Salva y Marino.

—¿Es que quieres que te tomen el número otra vez o qué? —le recriminó en voz baja, pese al *in crescendo* zumbido general.

—¡Puta mala suerte! —maldijo el otro—. Le comeré el tarro y le haré que me lo quite. —Y para librarse de dar otras explicaciones más explícitas, recurrió a Marino—: Hay qué ver cómo le gusta dar la nota al lechuguino este, ¿eh?

—Está claro que bastante mejor que la clase de gimnasia —apoyó Marino.

—Pues, hombre, no estábamos muy finos que digamos —contradijo Salva, si bien estaba de acuerdo con su amigo en lo de las escasas cualidades como profesor de educación física del oficial; pero se negaba a reconocérselo por que no se le envaneciera.

—¡Tú eres tonto! —replicó Marino con menos miramientos—. No ves que lleva tres días con pasado mañana fuera de su academia y que recrea sus ilusiones de caudillo con nosotros.

—Si tú lo dices… —concedió Salva, sin ánimo de controversia.

—Hay ganas de marcha, ¡¿eh, muchachos?! —rugió la voz hueca y carrasposa del megáfono—. Pues nada: cetme en *prevengan*, y ¡paso ligero!

El bullicio subió de nivel una décima de segundo y luego se disipó, absorbido por un clac-clac simultáneo y trepidante.

—¡Eh, *pishas*! —siseó el Malagueño, reclamando de nuevo la atención

—. Mirad qué truco para llevar el *chopo* —y retiró las manos del fusil terciado a la altura de la cadera, el cual, milagrosamente, no se cayó con la prontitud que la ley de la gravedad depara a un peso de cuatro kilos y pico a un metro del suelo. Lo retomó y dijo—: ¿A que es la hostia?

—¿Y cómo lo haces? —preguntó Marino con vivo interés.

Salva, en cambio, sólo le movía la mera curiosidad.

El Malagueño se subió con ademán triunfante la chaquetilla del chándal. En la penumbra amarillenta, Salva acertó a distinguir el ceñidor de lona sobre el cual descansaba, incrustada, la empuñadura del cetme.

—Qué cerdo, el tío —le reprochó Marino—. Y lo dice ahora.

—Como te lo descubran, te follan cero treinta —repuso Salva.

—No; si eres un poco listo —aseguró el Malagueño, boqueando por el esfuerzo de la carrera y a pesar del ardid.

—No me parece bien; las cosas hay que hacerlas como nos dicen —insistió Salva—. A eso hemos venido aquí.

—¡Y una leche! Vengo por la paga, como todos. Menos tú, por lo que veo… ¡Joder! El puto lechuguino me va a matar. ¡Ya no puedo más! —y se calló, falto de aliento.

—¡Un, os, un, os…! —se desgañitaba el oficial por encima de los acerbos recordatorios de unos cuantos a su más directa familia.

Salva sostenía el cetme con tesón y pulso, como si alardeara de no engañar a sus Instructores. Aquel *chopo* representaba un sueño ganado. Además, él no necesitaba ninguna ayuda extra: lo empujaba un viento de entusiasmo que lo llevaba en volandas.

Sin hielo en el pavimento, debido a una noche de moderado rigor invernal, la galopada se prolongó hasta el final de la clase de Gimnasia y al grito de ROMPAN FILAS las Compañías, estiradas en Secciones, se desbandaron como pájaros escopeteados.

El orto extendía sobre los cerros trazas de un reavivado incendio descomunal. Y como de una quema, huían todos. Los últimos se ducharían con agua fría. No sería el caso de Salva. Y en esta clase de vicisitud, tampoco el de sus amigos; aunque es posible que esa mañana sí lo fuera con el Malagueño, que volaba hacia el cabo que le había cogido el número.

Un día menos que comenzaba.

III. DISCIPLINA Y FAJINA

1

A la mayoría de los alumnos el acatamiento de las pautas académicas les sonaba a mera tradición, un celo que fuera del cuadrilongo recinto militar no tendría repercusiones posteriores, ni tampoco que el incumplimiento de las normas de régimen interior pudiera conllevar consecuencias negativas en sus futuros como guardias civiles.

Excepto Salva, seguro de todo lo contrario. Eran sus creencias y nadie le engañaba.

En espera de la llegada del profesor, algunos alumnos apuraban el estudio. Otros, como el Malagueño, tenían sus propias inquietudes.

—He conseguido «material» de calidad para la tarde —anunció, retorciéndose en su silla.

—¿A qué te refieres? —preguntó Salva, con indiferencia.

El Malagueño se volvió un instante a su pupitre y tornó con un fajo de cómics, que desplegó como una baraja sobre las mesas de Marino y Salva. En todas las portadas se apreciaban mujeres despampanantes y lascivas.

—¿Qué os parece, *pishas*? Esta es buenísima —dijo, empujando la primera del montón. Leyó—: «Vampiresas virginales». —Y explicó—: Tienen que follar sin perder el virgo, si es que quieren vivir eternamente. Los tíos alucinan. Yo sí que voy a alucinar en las tres horas de estudio.

—¡Y yo! —se apuntó Marino—. Tienes que pasármelas.

—Por supuesto. Entre colegas, lo que haga falta.

—Si os pillan, iréis al Parte, os quitarán puntos, y, sobre todo tú, Marino, os veréis en la cuerda floja —les recordó Salva, sin fuerzas, cansado de repetirse.

—Gracias por darme ánimos, hombre.

—¡En pie! —prorrumpió el jefe de Clase.

El capitán Roeda entró bajo un gran tricornio, acompañado de su inseparable bastón negro coronado por una estatuilla del duque de Ahumada. «Hecha a mano y chapada en oro de seis micras», solía alardear como muestra de lo que consideraba su bienaventurada pertenencia al Cuerpo.

—A sus órdenes, mi capitán. Sin novedad en la clase —participó el excabo de las COE, en férrea posición de *firmes*.

El oficial se cambió con parsimonia el cetro de mano y, llevándose la punta de los dedos a las sienes, compuso un saludo no menos ortodoxo.

—Gracias, jefe de Clase —dijo con el usual y benigno acento con el que atendía a superiores e inferiores.

Acto seguido, se quitó el tricornio, que, junto con el maletín, depositó con esmero y simetría en la mesa, y recuperando su bastón, con un elegante vaivén, indicó al alumno más próximo a la puerta que la cerrara y a los demás que tomaran asiento.

Subió a la tarima y se fue para la pizarra.

—A ver por dónde nos sale hoy el santurrón este —le cuchicheó Marino.

—Pues a mí me parece un gran oficial.

—Tu problema es que sólo sabes ver con los ojos. Estuvo implicado en el 23-F de teniente, y ahí lo tienes: de capitán perdonavidas. Y tan apreciado por sus compadres que es casi un héroe.

—Y tu problema es que se te dispara la imaginación —replicó Salva en susurros, atento a los números que escribía el profesor.

Sin embargo, en esa cuestión Marino no andaba desencaminado. Por semejante aventura aquel oficial levantaba admiración incluso en sus superiores. El teniente coronel Jefe de Estudios hablaba de él no sin cierta fascinación por lo que llamaba «Una vida de compromiso dedicada al Cuerpo, más envidiable por cuanto ha pasado por circunstancias difíciles, incomprensibles para quienes no aman la Institución».

Había algo improcedente en el paladino elogio. Pero Salva consideraba que sentar opiniones demasiado serias, a las que tan dado era su amigo, suponía una temeridad extravagante y posiblemente antirreglamentaria, pues no eran guardias profesionales y sí novatos de nula experiencia.

—Mi tío Esteban me tiene al tanto: a estos o les sigues la corriente o te joden vivo —añadió Marino, con una naturalidad audible que irritó mudamente a Salva.

El profesor no se dio por enterado. Por si acaso, Salva había girado la cabeza hacia las ventanas. La mañana era de una claridad turbia. En su fondo, la serranía que rodea el promontorio de la Academia se dejaba entrever velada de la misma pigmentación neblinosa que el cielo, donde el sol apenas se adivinaba.

Nada que ver con sus sentimientos, por mucho que Marino insistiera.

El capitán se volvió.

—Estos son los artículos que deben estudiarse para mañana. Son artículos que hablan del sacrificio por la Patria.

Permaneció un rato en silencio; luego adelantó el bastón y,

apoyándose en él mientras descendía de la tarima, arrancó la lección, llevando en la otra mano un largo cabo de tiza que sostenía a modo de cigarrillo.

—De la Patria y del Ejército. Hoy hablaremos de nuestra Patria y de nosotros: el Ejército. Aunque la mayoría de ustedes son unos desertores del arado, ya va siendo hora de que se impregnen de la gloriosa tradición que nos ampara. Pronto serán militares profesionales y, por lo tanto, deben darse cuenta de por qué somos necesarios, absolutamente *necesarios* —recalcó internándose por uno de los dos pasillos que resultaban del reparto de pupitres—: Pues porque tenemos que defender la Patria, ¿verdad? —derramó con dulzura eclesiástica sus palabras, y en el mismo tono—: ¿Y por qué tenemos que defender a España, nuestra Patria?

Llegado al final del aula, se giró en redondo.

—Ya solamente esta pregunta debe ofendernos. Es como si te preguntaran por qué tienes que defender a tu madre. Pues porque no eres un mal nacido, porque los insultos a ella dirigidos te queman las entrañas y tú y todo lo tuyo sois la misma cosa. Por eso la Patria, ¡la Patria! —alzó la voz con un temblor de cuerdas vocales—. La Patria tiene el derecho de exigirnos a todos sacrificios, desvelos y hasta la propia vida —blandió el bastón con el puño tembleque, lo asestó encima de una baldosa, que cloqueó, y plantando la otra manaza encima, trituró el cabo de tiza, uno de cuyos trozos salió expelido como una vaina por el cetme—. Hasta la propia vida —repitió, bajando los ojos al par que levantando la mano.

Se contempló estupefacto la palma espolvoreada, y al advertir que la empuñadura del cetro también lo estaba, trastocó en un visaje de infinita repugnancia.

Se dilató en limpiar y soplar con exquisito tesón la preciada estatuilla.

Acabada la tarea, remontó a la tarima y, barriendo con una mirada afable a los alumnos, el bastón delicadamente asido con ambas manos clavado delante de sí, continuó con sosegado fervor:

—Si siempre ha de existir el peligro contra la Patria, ¿será menester organizarse? Pues en todas las encrucijadas de la Historia las miradas de salvación convergen hacia encuadramientos militares. Dos ejemplos: El dos de mayo es uno. Los ejércitos de Napoleón entran traidoramente en España. Unos oficiales del Ejército Español, Ruiz, Daoíz y Velarde, haciéndose eco del sentir del pueblo, y ¡ojo!, que esto es muy importante —exigió máxima atención con un par de golpecitos del bastón a la tarima—, ya que el Ejército ha de ser quien represente las ansias del pueblo cuando éste no tiene otra forma de hacerlo; pues bien, como os decía: haciéndose eco del sentir del pueblo, lanzan su rebeldía por las calles madrileñas y escriben con su sangre sublimes gestas. ¡Mas nunca fue la valentía cualidad que faltara al soldado español! Llega la noticia a Don

Andrés Torrejón, alcalde de Móstoles, quien inflado de ardor patriótico arenga a España con su proclama: «¡La Patria está en peligro! Españoles, ¡acudid a salvarla!». Y acudieron. ¡Vaya que sí! Y es que España había necesitado de su Ejército para devolver el trabajo, la paz y el honor robado a sus hogares que unos extranjeros habían profanado.

Hizo una pausa, estimativa de cómo calaban sus palabras.

Prosiguió con expresión conforme:

—El otro ejemplo llegaría el 18 de julio del glorioso año 1936. Son los últimos años de la República: reina un cuadro desolador en todas las familias españolas: hoy cae un hermano, mañana es asesinado el padre o el esposo. La ruindad moral se apodera de los resortes del poder. La situación anárquica desborda todo límite y el pueblo sano y bueno llora lágrimas de sangre. ¡Pero aún hay un reducto que no cede! —percutió de nuevo el bastón contra la madera: un único golpe que sonó como un disparo. Los cuellos se alargaron—. ¡Es el Ejército!, reserva y relicario de las virtudes de la Patria. Y un 18 de julio… ¡Ah!, un glorioso 18 de julio, el Ejército español encuadra en su castrense disciplina a todo un pueblo que se niega a ser esclavo de mandatos extranjeros. Y riñendo duras batallas toda la juventud española, derrochando heroísmo, se desangra. Nuevamente, el Ejército salvaba a la Patria. ¡La Patria!

Recuperó el aliento, y dejó en el aire una pregunta en tono reposado, no exento de emoción —o conmoción:

—¿Quiénes son, en consecuencia, los enemigos del Ejército?

Silencio total; por lo cual pasó a explicar:

—Pues bien, sólo los que se oponen al robustecimiento de la Patria; sólo las aves de rapiña que desean que sus futuras presas sean débiles para mejor devorarlas sin temor alguno; sólo lo más bajo y despreciable de la sociedad teme la acción represiva de los tribunales de justicia. Sólo a quien piense ofender a España puede preocupar nuestra fortaleza como Ejército. No escuchéis cuando os hablen de desmilitarización y otras majaderías. Quienes lo hacen buscan desprestigiar y destruir. En las inmaculadas creencias que os enseñamos y en el nervio que se espera de vosotros están puestas nuestras esperanzas, los viejos guardias civiles que sabemos del pasado, del presente y sospechamos el futuro. Ciertamente, vivimos tiempos desdichados…

El oficial jadeaba como si descansara de un inspirado discurso ante una multitud enardecida.

—Sé que estoy despabilando —agregó casi sin voz— esa llamita que duerme en las honduras de vuestros espíritus apocados, donde anida la furia del soldado heroico que todos los españoles llevamos dentro y que, incluso vosotros, desertores del arado, estoy seguro, también abrigáis.

En la clase flotaban caras netamente obtusas.

Consultó la hora; resollaba poderosamente.

—¿Qué te había dicho? —refunfuñó Marino.

Salva no respondió: tenía los pelos de punta.

—Bien, esta fue la clase de hoy. Ahora preguntaré los artículos de las Reales Ordenanzas para las Fuerzas Armadas. Los de la Obediencia ¿no? Veamos —caminó hasta su mesa, donde tomó un librito.

—No tengo ni idea, tíos —murmuró el Malagueño, ladeando la cabeza.

—Ni yo —dijo Marino, empero mirando al profesor—. Pero me sé un truco que aprendí allá por Cantabria, en la escuela.

Salva levantó las cejas en señal de compasión.

—¡Usted!

El bastón apuntaba con precisión inmisericorde a Salva. Éste se puso en pie.

—Dígame el artículo que habla de la institución militar.

Salva recitó:

—«El orden jerárquico castrense define en todo momento la situación relativa entre militares, en cuanto concierne a mando, obediencia y responsabilidad.»

—Muy bien. ¡Muy bien recitado! —exclamó el profesor, golpeando la tarima con el bastón, ahora para celebrar la consecución de aquel alumno ideal.

El capitán preguntó a varios más, y unos lo sabían mejor o peor y en general se oían sentencias de papagayos, consecuencia de frágiles memorizaciones. Cuando la corneta tocó alto, el profesor puso a Salva como ejemplo de aplicación castrense y éste enrojeció un poco de vergüenza. Pero en su fuero interno se llenó de orgullo y vanidad: otro ladrillo al castillo de sus sueños.

En el breve descanso hasta la siguiente clase, Marino no dejaba de zaherirlo. Pero Salva creía saber cómo defenderse.

—Ya veremos cuando yo pueda elegir destino y tú tengas que conformarte con ir a un poblacho medio abandonado.

—¿Acaso no te he hablado de que tengo una tía que trabaja para un general y que…?

—Como cien mil veces —le cortó—. Cállate. Me aburres con tus fantasías infantiles.

—¿Infantiles? Está bien, sigue en las nubes. Bueno, y de mi truco qué me dices.

—¿Qué truco?

—¡Cómo que qué truco! Ya lo has visto: a ti te han sacado y a mí no.

—¿Y…?

—Pues que cuando no me sé los artículos…

—Que es casi siempre.

—Bueno, sí —concedió Marino—, quiero decir ni pajolera idea, entonces miro directamente a los ojos de este profesor, como retándole a que me pregunte. Como ya le conozco, no me saca porque quiere pillar a alguno que cree que no se lo sabe. Bueno, ¿eh? —concluyó, jactancioso.

—Lo que yo digo: infantil. Tremendamente infantil. ¿Y con Parterra también piensas repetir táctica? —le arrojó a modo de pulla.

El capitán Parterra. Un oficial cortado por el mismo patrón que el profesor de gimnasia: lechuguinos espigados, ensoberbecidos. Arrogantes.

—Otro Millanito de mierda —lo motejó sin ambages Marino, para añadir con lúgubre exasperación—: Bah, que le den.

Y es que no era para menos. De los cuatro puntos que le habían volado ya del coeficiente, tres eran obra del capitán Parterra. Las notas con ese profesor eran casi el cien por cien de los suspensos que hasta la fecha arrastraba Marino. Su actitud de muda reluctancia durante sus clases tampoco contribuía a granjearle una posible clemencia.

Cumpliendo sus órdenes, los alumnos aguardaban en posición de *descanso*. Lo que quería decir que no debían abandonar el círculo físico que a cada uno le correspondía en la posición de *firmes*, al lado de las respectivas sillas.

El círculo del Malagueño era del tamaño exacto del aula: iba y venía como una pelota de frontón, correteando y repartiendo collejas. En un momento en que Salva no se lo esperaba, recibió una. El Malagueño lo festejó con una carcajada y el jefe de Clase dictó sentencia:

—Malagueño, al Parte.

—Jefe, eres un cabrón —replicó el Malagueño y, recuperando su sitio, dejó de armar jaleo.

Cinco minutos después de la hora, engominado y con el tricornio en la axila, llegó el capitán Parterra. Pasaron al *firmes* y el jefe de Clase se cuadró para darle novedades…

—¿Esa es la forma que tiene usted de dirigirse a un superior, a estas alturas del curso? —le interrumpió el oficial.

—Perdón, mi capitán… —titubeó el alumno.

—Digo que repita el *cómo* se tienen que dar las novedades. No ha ejecutado correctamente la posición de *firmes* y el taconazo no lo he oído. Hágalo bien, si no le importa.

El jefe de Clase pareció meditar: efectuó un movimiento de abducción con la pierna derecha, la sostuvo en el aire medio segundo y la retornó al tiempo que se estiraba como si quisiera parecer diez centímetros más alto.

Pese a tanto brío, el choque de talones sonó mínimo, lastimoso.

—Vaya cagada —gruñó el profesor, guardándose el estadillo—. Al menos le has puesto ganas. Siéntese.

Escaló la tarima, amontonó el tricornio y el maletín encima de la silla y, hojeando una libreta, fue a sentarse al pico de la mesa. La clase entera dejó de respirar… Hasta que se escuchó el nombre del Malagueño.

Y éste que se alza con voz estentórea, casi jubilosa:

—¡Presente!

—A la palestra.

El Malagueño se dirigió al entarimado, que atacó con singular audacia; ya en alto se cuadró dando cara al profesor con un estallido de tacones (inverosímil en un calzado de goma) que hendió el acongojado mutismo y reflejó a traición la complacencia del oficial.

Tras un instante de caos por la inopinada feracidad de su instrucción, el capitán preguntó:

—¿Qué sabe usted del funcionamiento combinado de los mecanismos del cetme?

—Bueno… —carraspeó el Malagueño, que parecía no alcanzar a comprender a qué se refería con aquella extraña pregunta; si bien debía de recordar algo, pues Salva en más de una ocasión le había señalado como muy importante la página que hablaba de ello en el *Petete*, el nombre con el que habían bautizado al gordísimo libro de materias profesionales.

No decía nada, y sin embargo no se le veía angustiado en exceso.

—Bueno… Cuando el tiro sale…

—Siéntese, guardia alumno —abrevió el oficial—. En mi asignatura tiene usted un ocho.

Un ocho era la máxima calificación.

—¡A sus órdenes, mi capitán! —contestó el alumno con un paso lateral y repitiendo la detonación; más fuerte si cabe, fastuosamente escénico.

Una vez más, las artimañas del Malagueño le habían funcionado.

De vuelta, guiñó un ojo a los pasmados colegas de camareta y fin de semana.

—Ricardo Piñeiro —pronunció el profesor.

—Presente.

—A la palestra.

Pero la salida del Galleguiño, el cuarto compi de camareta, no fue tan

impresionante ni tan ruidosa y, a pesar del asaz detalle de las piezas internas del fusil de asalto, la nota no pasó de un seis. Preguntó a otro y luego a otro, cuyos modos militares, sin llegar a la teatralidad del Malagueño, le supuso de entrada un siete.

El nombre que leyó a continuación fue el de Salva.

—¡Presente!

—A la palestra.

Por desgracia, su presentación resultó demasiado concisa y el capitán Parterra pasó sin dilación a preguntar.

—Partes del cañón.

—Recámara, ánima y anilla del portafusil.

—Rayas del ánima y sentido de las mismas.

—Cuatro, constante dextrórsum, es decir, a derechas.

—Muy bien. Cartucho del cetme.

—Nato 7,62 x 51 milímetros. Lo componen bala ojival o proyectil, vaina y cápsula.

—Particularidad de las balas *dumdum*.

—También llamadas «explosivas». Son de ojiva descubierta por donde irrumpe y se expande el núcleo al producirse el impacto.

—Zona en la que un proyectil no puede incidir nunca.

—Zona desenfilada.

—¿Y aquella por la que un blanco no puede marchar sin ser abatido?

—Rasada.

—Bien. Ahora hábleme del coeficiente balístico de la bala desde que abandona la vaina hasta el punto de impacto, así como las distintas tensiones de sus trayectorias.

Salva se lanzó entonces en una exposición técnica y prolija que dejó al capitán embobado y conmovido. No obstante, no fue suficiente para que la nota subiera a un ocho. El escaso estruendo del taconazo no se lo perdonaba; alegó que su *firmes* dejaba mucho que desear, empero reflejando en sus palabras cierta desazón, como lamentando no poder anotarle más de un siete. Le ordenó que se sentara y siguió preguntando.

Los alumnos se sucedían en un alarde de patética competición por dar los más fuertes taconazos y el *firmes* más firme, con todo lo que ello implicaba: los pies con los talones en una misma línea y unidos, las puntas vueltas hacia afuera hasta formar un ángulo de 45º, piernas extendidas sin forzar las rodillas, el peso del cuerpo a plomo sobre las caderas y el vientre recogido, quietos los labios y hasta los pulmones.

Un ritual de calamitosa exhibición soldadesca cuya ausencia de

naturalidad acusaba movimientos grotescos, delineando caras de descojone en los que ya habían salido y cuajando de angustia la de los que quedaban por ser nombrados.

—Marino.

—Presente.

—A la palestra.

Circunspecto, indómito, Marino desfiló por el estrecho pasillo. Como elevado por un empujón, se encaramó al cadalso, hizo un *firmes* escueto y aguardó a escuchar la pregunta.

El capitán no dejaba de contemplarlo.

—Tiene usted poco plante de guardia civil, me parece a mí —dictaminó—. Hábleme de las ventanas y taladros de que consta la caja de disparo.

Marino tragó saliva, contrajo los puños pegados a los muslos. Era aquella una pregunta asesina, estimó Salva.

No obstante, su amigo capeaba el brete.

—Ranuras para paso de la palanca de seguridad y del expulsor… Taladros para pasadores de martillo, retenida —relataba con reflexiva lentitud—, expulsor, palanca de disparo, gatillo, eje de…

—¡GATILLO!… —graznó el oficial, botando de la mesa; un afilado mechón de pelo le saltó al ceño contraído—. ¡Gatillo! ¡Gatillo! —repetía con las manos en las sienes—. Pero qué clase de guardia civil va a ser usted. ¡Dios mío! Ni siquiera conoce su herramienta de trabajo. Y además, la insulta. Siéntese. Ahora mismo le planto un cero, un gran cero. Siéntese que no quiero ni verlo. Mira que llamar «gatillo» al disparador —e inclinado sobre la libreta subrayaba febrilmente.

—Fascista de mierda —masculló Marino, dejándose caer en su silla.

—Dios mío, qué pocas satisfacciones me dais —se quejaba el capitán, yendo y viniendo por la tarima. Se paró. Se devolvió el mechón a la jaula de gomina y se dirigió al alumnado, entre consternado e iracundo—. Yo me desgañito, os repito las cosas que de verdad importan. Pero ustedes no se esmeran. Y yo les pregunto: ¿qué clase de soldados guardias civiles (sí: porque el guardia civil como sol-da-do ve-te-ra-no, que dice el Reglamento) van a ser ustedes si no toman conciencia de la sustancia militar que nos caracteriza? ¿A quién vitorean más en los desfiles militares si no es a nosotros? ¡Que mañana serán ustedes, coño! —rugió, y se dio a murmurar, sin dejar de menear la engominada cabeza—: Gatillo, le ha llamado *gatillo*.

Arrojó la libreta al maletín y se llegó hasta el borde del proscenio.

—En fin. Pasemos a la lección de hoy: Código de Justicia Militar —dijo, aún sofocado y con cierto aire meditabundo, enajenado—. La milicia

es una gran colectividad con derechos y deberes muy particulares y nadie mejor que ella misma para conocer y solucionar sus propios problemas. La Constitución reconoce la jurisdicción militar…

Se calló; buscó a Marino con los ojos.

—¿Cuál es su número? ¡¿Cuál es su número?! —exigió frenético. El dichoso mechón se le disparó como un fleje. Marino se lo dio—. Voy a plantear en la Junta de Profesores que se le reste un punto, o quizás dos, por reincidencia en la falta de aplicación militar. Quiero que esté atento al Parte y cuando se le cite aparezca con más garbo ante el señor teniente coronel Jefe de la Junta, y ¡PÓNGASE EN PIE CUANDO UN SUPERIOR LE DIRIJA LA PALABRA!

Marino se levantó con presteza pero sin amilanamiento.

Aquello pareció ofuscar aún más al profesor.

—Es usted un insolente, un faccioso. Siéntese. ¡Siéntese! El problema es gravísimo, sin duda. No me lo puedo creer. Les decía… Qué coño les estaba diciendo. A ver: jefe de Clase…

El jefe de Clase le mencionó la palabra Constitución.

—¿Qué…?

—Y Jurisdicción Militar.

Entonces el oficial retomó el hilo:

—Eso, sí. —Se tomó unos segundos en peinarse y continuó—: Pues eso: que la Constitución reconoce la Jurisdicción Militar en el ámbito castrense y en los supuestos de Estado de Sitio. ¿Cuál es la regla para no obrar nunca en contra del CJM? —regresó, acicalado y agrio, al filo de la tarima—. Los preceptos y normas contenidos en él son muchos y difíciles de retener en todos sus matices; mas todos ellos se resumen magníficamente en AMAR A ESPAÑA por encima de todo, procurando ser justo, dar a cada uno lo suyo y viviendo disciplinada y honradamente: hacer el bien y evitar el mal. ¿Saben ustedes lo que significa disciplina? —repasó al alumnado—. ¿Eh?

Nadie contestó.

—¿Usted se sabe al artículo 97 del Reglamento? —apuntó con el índice en dirección a Marino, pero en realidad marcaba al compañero.

—Sí, mi capitán —contestó Salva, poniéndose en pie.

—Díganoslo, pues.

—«La disciplina, elemento esencial en todo Cuerpo militar, lo es más y de mayor importancia en la Guardia Civil, puesto que la diseminación en que se hallan sus individuos hace más necesario en este Cuerpo el riguroso cumplimiento de sus deberes, constante emulación, ciega obediencia, amor al servicio, unidad de sentimientos y honor y buen nombre de la

Institución. Bajo estas consideraciones, ninguna falta, ni aun la más leve, es disimulable.»

—Riguroso cumplimiento de sus deberes, constante emulación, ciega obediencia, etcétera, etcétera. Sí, señor. ¡Muy bien, hombre! Siéntese. Parece que vamos aprendiendo. A ver si nos aprendemos igual de bien esta nueva definición de la disciplina. La dijo el Generalísimo Don Francisco Franco Bahamonde y es la más pulida y certera que se ha dado nunca. Ni Napoleón, que dijo delante del Coliseo romano aquello de «Veinte siglos de Historia nos contemplan» —Marino dejó escapar un susurro feroz y peligroso: «Cágate, lorito»—, tuvo el talento de concretar. ¡*Tomar* nota, coño!

Un bullicio, como el paso de un torbellino, se alzó de golpe.

—«¡Disciplina! Nunca bien definida ni comprendida. ¡Disciplina!, que no encierra mérito cuando la condición del mando nos es grata y llevadera. ¡Disciplina!, que reviste su verdadero valor cuando el pensamiento aconseja lo contrario de lo que se nos manda, cuando el corazón pugna por levantarse en rebeldía o cuando la arbitrariedad o el error van unidos a la acción del mando. Esta es la disciplina que os inculcamos. Este es el ejemplo que os ofrecemos.»

Remarcando las severas arrugas en las comisuras de la boca, advirtió:

—Sabedla siempre. ¡Todos! Y de memoria. Olvidaréis Leyes de Pesca, de Caza, Contrabando, Normativas Fiscales… No importa. Las leyes cambian y conceptos como este, la DISCIPLINA, por nuestro Generalísimo, ¡en la vida!

Aulló la corneta.

—*Llenaros* de este mensaje, porque de lo contrario, clavo que asoma, clavo que es golpeado. Mañana el que no me lo conteste punto por punto, irá al Parte. Jefe de Clase: nómbreme dos alumnos para Servicios Mecánicos. En cinco minutos los quiero en el comedor.

Se echó el tricornio al sobaco y, al tiempo que resonaba un *firmes* con estrépito de sillas arrastradas, ganó la salida.

Salva, electrizado, tardó en reparar en la desventura de su compañero.

Marino permanecía sentado, y con aire abstraído pintarrajeaba objetos lanzados por una explosión: un cetro, una libreta —con un gran cero—, un maletín, estrellas, un rostro despeluznado…

—Si hubieras puesto un poco de arte, seguramente se habría limitado a una simple amonestación…

—No me doblegaré jamás —profirió Marino—. Atajo de fachas. Me echarán de aquí, pero será sin lavarme el cerebro. Atiendo mis propias reglas, como la gaviota que practica velocidad avanzada, al margen de la Bandada. A despecho del Consejo. ¡Que se jodan! Sólo que yo procuro que

no se me note o se acabó el vuelo libertad.

—¿¡De qué hablas!? —le espetó Salva—. Estás a punto de ser expulsado. No te hubiera costado nada hacer un poco el paripé.

—Hablo de cosas mías. Y que me expulsen poco me importa. Yo soy un cimarrón. No pienso bajarme los pantalones ni hacer el capullo. Ya has visto que me tiene manía.

—Cosas tuyas, cimarrón, bajarte los pantalones… Aquí el único jodido serás tú. Vas de mal en peor. —Y como Salva tenía sus propias ideas *(¿O eran sólo opiniones?)*, afirmó con un aleteo de duda—: Todos esos conceptos disciplinarios sostienen al Cuerpo y lo mantienen a través de los años. Deberías creer en el fondo antes que en la forma.

—Pues el fondo es peor, te lo digo yo. A mí no me engañan. Mi tío me tiene al tanto.

—De lo que te cuenten no te creas nada y de lo que veas la mitad —argumentó Salva, recogiendo sus cosas—. Ni que tu tío fuera general.

—Ya te he dicho que es un guardia primero, al que le han caído como veinte correctivos, pero no por eso deja de estar orgulloso.

—¿Orgulloso?

—Sí, porque nunca se ha dejado dar.

(¿dar?)

—¿Qué quieres decir?

—Que eso de la disciplina es un cuento chino, el truco para que cierta élite anacrónica pueda seguir viviendo como señores feudales. Ya conoces lo de los «servicios mecánicos»: cargar el Land Rover, que luego le llevarán hasta su casa. O es que ya no te acuerdas de que la semana pasada estuvimos tú y yo cargando material de obra.

—En la calle no será así —replicó Salva—. Nadie podrá obligarte a nada ilegal que tú no quieras. Aquí se trata de forjar gente con autodisciplina —sentenció a la desesperada.

—Conque sí, eh —Marino, cantabronamente tozudo, volvía a la carga—. Mi tío dice que…

—Oye —le cortó Salva—. Si no te gusta esto, no sé qué leches haces en la Academia. Ni tu tío ni tú parecéis muy conformes. Entonces, ¿por qué no os marcháis?

—Ahí radica la estrategia —contraatacó Marino—: O pasas por el aro o te hunden. El caso es no alterar la tradición, la gloriosa tradición que tapa los trapos sucios y oculta la podredumbre.

Salva no le entendía, no podía entenderle.

—No sabes de lo que hablas —le dijo metiendo con cierto estupor los

libros en la cajonera.

Pero Marino, como ya le había contado una y otra vez, criado entre montañas primero y recorriendo después innumerables Puestos hasta que su padre pudo instalarse en una ciudad en la que dar a sus hijos un futuro mejor que la montaña y la Guardia Civil (empeño este último que evidentemente no había logrado), retenía en su memoria vívidas imágenes esculpidas con el cincel del trauma en la mente de un niño de nueve años.

—Qué me van a contar, a mí, que toda mi vida la he pasado en casas-cuartel y he visto, entre otras cabronadas, cómo nos sacaban a la calle a las dos de la mañana. Para revistarnos el pabellón oficial, decían; y todo porque mi padre se había negado a pagar de su bolsillo cierta «aportación voluntaria» para la despedida del coronel del tercio. Te digo una cosa: no seré yo el que reivindique nada, ya lo ves. Sé lo que tengo que hacer. Te lo cuento para que te bajes de las nubes; te dolerá menos el batacazo.

—¿Y tú te acuerdas? —preguntó Salva, incrédulo, aguardando a que el otro terminara de juntar los crucigramas; alrededor, las lenguas de los alumnos se sacudían viperinas por tanto artículo que estudiar.

—¿De qué?

—De la famosa revista.

—Por supuesto. Me dan tiritonas cada vez que me acuerdo de aquella noche a la intemperie. —Su dicción se volvió amarga—. Y también de que lloré de miedo en los brazos de mi madre.

—No puede ser —se irritó Salva—. Sería de otra forma. —Casi le duraba la piel de gallina por los discursos de los profesores.

Se largó dejando a Marino con su monserga inextricable.

—¡No te enfades conmigo, hombre! —Marino alzó la voz para que Salva pudiera oírle por encima de la bulla general—. Eres un ingenuo. —De un manotazo cerró el *Petete* con los útiles de escribir dentro. Uno de los lápices rodó al suelo. No quiso entretenerse a buscarlo. Pero cuando se percató de que su amigo no le esperaba, se volvió.

Marino fantaseaba; de qué hablaba, ¿de una policía tercermundista? Había perdido demasiado tiempo en escuchar demasiados disparates. Él siempre acatará las órdenes. No importará el sacrificio: sólo «la íntima satisfacción del deber cumplido». Si se conduce con honor, ningún mando podrá nunca atropellar el desempeño de sus obligaciones. Quería ser guardia civil, y punto. Creía en la Ley, en la disciplina, en la jerarquización, en las Ordenanzas, en el valor de las cosas bien hechas y que lo que es bueno nunca puede venir de la subyugación, excepto que se mienta y él no tenía tiempo para mentiras.

El toque de Fajina estaba a punto de mugir. Tocaba correr. Qué ritmo señor, qué fulgurante estilo de vida.


Y él, encantado en su laberinto.

IV. ORDEN ABIERTO Y CERRADO: LA VIDA ES MILICIA

1

Rachas de viento leve y aromatizado de olivares esquiaban desde el alto terraplén hacia la formación de tiro. Un ejercicio que ponía nerviosos a unos y a otros excitaba; como a Salva, quien con soltura y fruición se encaraba el cetme, apuntaba, y a partir del tercer o cuarto disparo ya no dejaba de agujerear el centro de la diana. Resultados muy similares a los obtenidos con pistola y subfusil.

El Malagueño trataba de imitarlo y aun de superarlo. Pero durante el recuento se halló que su diana presentaba únicamente un impacto en el cinco y otros dos más desperdigados por la zona exterior a los círculos.

—Lo que pasa es que yo meto la mayoría de las balas por el mismo agujero —profirió jocoso, dando la apuesta por perdida.

En cuanto a Marino, éste había logrado un rosetón casi tan agrupado como el de Salva, lo que revelaba su empeño y calidad como tirador. Sin embargo, varios impactos salpicaban la diana. La suma total ponía de manifiesto que alguien había equivocado el blanco.

Todos miraron al Malagueño.

El Instructor gruñó:

—Siempre igual.

Continuando con el recuento, añadió:

—Salva y Marino, muy bien.

Y con el siguiente.

—Piñeiro, tengo una duda contigo. ¿No sé qué haces peor, si llevar el paso o pegar tiros?

El Galleguiño se encogió de hombros.

—Pues esta vez no pago yo las cervezas —dijo con fuerte acento y mayor presunción.

El Instructor se rio con el grupo y prosiguió su cometido.

—Es que yo donde pongo la bala, pongo el ojo —bromeaba el Malagueño.

Salva cambió de tono.

—En un tiroteo podríais causar un verdadero desastre.

—De todas formas, no sirve de nada —replicó Marino—. En un

atentado lo más probable es que nos disparen por la espalda. Y en lo referente a ser el primero en disparar, yo jamás pienso hacerlo. ¿Te he contado lo que le pasó al cabo de un Puesto donde estuvo destinado mi padre, que tiroteó a un coche que se saltó un control? —Salva negó cansinamente con la cabeza—. Pues que el conductor se la pegó contra un árbol después de que una bala le abriera la cabeza. Los que ordenaron el control se desentendieron del caso y como el cabo no tenía para pagarse un abogado el juez le mandó a chirona por diez años. Digo yo, pues: ¿de qué le sirvió disparar?

Cuánto había de verdad en las atroces anécdotas de Marino, era difícil saberlo; pero ponía tan íntegra y espontánea vehemencia que a Salva le costaba no creerlo. Se resistía. Tales relatos no tendrían cabida ni en una novela producto de un arrebato de vesánica inspiración. Marino era un tío francote, sin duda un amigo y porque escuchar es mejor que hablar, Salva se lo consentía y ya no se enfadaba con él.

—Joder, cómo fabulas…

—Y la mujer, como no tenía dinero para pagar la hipoteca de la casa ni tampoco para criar a sus tres hijos, se metió a puta —remató Marino.

—¡Venga ya! —rechazó Salva, alzando los brazos: esta vez Marino se había pasado—. No me tomes el pelo, hombre. Hablamos de la Guardia Civil, no de un ejército bananero.

—¿Sabes lo que me dijo un día mi tío?

Salva resopló.

—A ver: ¿qué te dijo?

—Que esto es como el ejército de Pancho Villa, pero sin el «como».

El Instructor dio a conocer los resultados del ejercicio de tiro. La mejor puntuación la de Salva. Para no variar.

Él era así.

Acabada la clase práctica, le seguía otra teórica, más aburrida pero no por ello menos importante, pues aspiraba a convertirse en un guardia civil integral.

2

Pegado a la pared, en la última silla de la última mesa, en el centro de un aula que había sido su salón de estar en los últimos meses, Salva se veía a sí mismo como un airoso guardia segundo de la Guardia Civil, como un afanoso cabo, un distinguido y joven sargento, un soberbio oficial de porte elegante y estrellas refulgentes…

Miraba sin ver. Los ojos de su imaginación lo transportaban lejos del murmullo de verborrea insulsa con que un capitán y sus ayudantes se esforzaban en ilustrar el orden cerrado de Unidades.

—... Así, la evolución es una acción compleja que realiza una tropa para modificar su formación, el intervalo o distancia entre sus fracciones o su dirección de marcha. Una evolución no se efectúa por todos los elementos o fracciones de la unidad en forma simultánea ni con la misma amplitud —forcejeaba el oficial consigo mismo y contra el maremágnum de definiciones militares que lo abrumaban después de una década destinado en la Academia, repitiéndose año tras año, condenado o gozoso de retirarse de capitán en aquella ciudad cercada de olivos, disuelto en la anonimia de un cuadro de profesores, todos ellos temerosos de verse en el Boletín Oficial del Cuerpo destinados a unidades operativas donde su irreflexiva sapiencia teórica tuviera que ponerse en práctica.

En ese parecer coincidía con Marino, quien atendía con una especie de rítmica abstracción: tenía un auricular embutido en la oreja. Salva sonrió fascinado. Por su parte, el Malagueño se aplastaba la mejilla contra la palma de su mano, simulando interés; en realidad, dormitaba arteramente.

La entrada de uno de los comandantes de la Jefatura de Estudios, encargados de la supervisión, alteró el soberano sopor.

—¡EN PIE! —gritó el capitán. El Malagueño se llevó un susto de muerte.

El comandante despachó con ademán mecánico las novedades del inmediato inferior y ordenó a los alumnos que abandonaran sus pupitres e hicieran corro a su alrededor.

Encaramado a la tarima, mostró el puño y acto seguido disparó el pulgar y el índice: había montado una pistola. Con ella apuntó a un tipo alto que se apelotonaba hacia las ventanas: al Galleguiño.

Para terror de éste, vio que era preguntado:

—Usted: demuéstreme su espíritu militar y cuénteme cómo se abren filas sobre la del medio en una Sección.

Piñeiro, que siempre se las arreglaba para salir con el paso cambiado, que no le cuajaba en la mollera la diferencia militar entre una fila y una hilera, ahora tenía que responder a una incógnita que llevaba sin despejar desde el primer día que, por la estatura, le habían colocado en cabeza de la cuarta Compañía.

La pregunta incidía tan oculta a su conocimiento, que decidió hablar mucho, la mitad de las palabras en su lengua nativa; pero el truco no coló y el comandante le tomó el número, pasando a continuación a dilucidar lo que se suponía que el alumno había balbuceado acerca de los movimientos de marras. Al principio, imitando con burla el acento del Galleguiño en

escarnio de éste; lo que levantó carcajadas y así el comandante creyó ganarse la simpatía de su medrosa audiencia.

Marino fue uno de los que no entró en el juego: su fría atención traslucía un profundo fastidio, el desdén típico de los que creen estar de vuelta y que de ninguna manera va a colaborar en la venta de la moto.

Finalmente, con el suyo propio, el oficial superior tampoco logró hacerse entender.

—A ver cuándo os enteráis de que ya no sois paisanos. —Pasó a fustigar sin miramientos—. Que sois militares profesionales con deberes y obligaciones y que lleváis un uniforme de honor antiguo y tradición. Aprended de los guardias viejos de paso corto, vista larga y mala leche. Y por supuesto, de la Cartilla.

Se aseó los pulmones y declamó, despaciosa y gravemente:

—«Todo Jefe, Oficial o individuo de tropa (y vosotros sois tropa, ya lo sabéis) de este Cuerpo, queda obligado a sofocar o reprimir cualquier motín o desorden del que tenga conocimiento u ocurra a su presencia, sin que sea necesaria para obrar activamente la orden de la Autoridad». Y es que sois guardias civiles: no policías nacionales ni municipales. ¡Molero! —requirió al profesor de la materia—. Que sigan con la lección. Se suspende el examen de La Ley de Enjuiciamiento Criminal. Lo primero es lo primero.

El comandante abandonó el aula a la voz de *firmes*. Una vez fuera penetró en la de enfrente y montando su pistola digital se le oyó exclamar: «Usted: demuéstreme su espíritu militar y cuénteme cómo se abren filas sobre la del medio en una Sección».

Los futuros guardias civiles —que no debían parecerse a policías—, festejaron el librarse del examen de Leyes cruzándose puñetazos fingidamente fuertes. En su lugar y dada la ignorancia imperdonable, dos horas de instrucción en el patio de Armas. Todos encantados. Menos Salva. La LEC le había costado y le hubiera gustado recrearse delante de un examen.

—Qué lástima —se quejó para sí.

En su despecho llegó a conjeturar que desfilar no debería prevalecer sobre el conocimiento de leyes fundamentales ciudadanas.

¿Por qué esa obtusa pertinacia en la instrucción militar?

Dejó de especular al acordarse de cuánto disfrutaba golpeando el suelo al redoble de los tambores, encendido como si se machacara los pectorales en las anillas de su casa a la par que brama un potente *rock*. Una letra que, en este caso, coreada a paso ligero, comenzaba:

Aquí la más principal

hazaña es obedecer

y el modo cómo ha de ser

es ni pedir ni rehusar…

No estuvo seguro de que su contento fuera total, y del todo lo olvidó al ser alcanzado por una traidora colleja del Malagueño.

—Ahora verás, cabrito —se lanzó tras él y no tardó en apresarlo, explayándose y correteando entre un jaleo de críos; hasta que el turuta puso en estampida a la promoción entera.

3

La Banda de cornetas y tambores atacó la marcha con sonido atronador: Salva sintió que se electrizaba, que se exaltaba.

Engalanados con los flamantes trajes de paseo (al fin sin el latoso gorro cuartelero y sin los uniformes de campaña), los negros sombreros charoleando foscamente entre ristras de bocachas apagallamas, el Batallón se movilizó en casi perfecta sincronía a la orden del comandante.

En *casi* perfecta sincronía, porque el Galleguiño, como de costumbre, había salido a contrapié, y durante la primera veintena de pasos tuvo a media Sección dando saltitos, confundiendo tanto a los que le imitaban como a los que atendían al ritmo de la Banda.

Cuando por fin acopló el paso, afloró una plasticidad hecha de ardor mecánico y belleza conducida. El vocerío de los oficiales y el redoble de los tambores espoleaban a Salva de ímpetu y frenesí; y también un desprecio neto por los que, en plena marcha, denostaban en voz alta —si bien atentos a las idas y venidas de los Instructores— por las inacabables vueltas haciendo filigranas con el armamento. Qué otro acto podía enaltecer más a un guardia civil que la soltura exhibida en un desfile, insistía a voces el capitán Parterra. Y Salva, azuzado, arrojaba zancadas petulantes conviniendo en que aquellos futuros guardias civiles que renegaban como herejes, que apenas acertaban a distinguir un toque de corneta de otro, deberían ser expurgados.

El retumbe cadencioso de las pisadas, la furia de los tambores, las erizadas columnas trasladadas al unísono, constituían parte de un todo alucinante que Salva, tras varios meses de fogueada instrucción de orden cerrado, seguía acatando con delectación. Reparaba en las palabras del capitán Parterra: «¿Es que acaso no se estudian en el colegio materias que

nunca nos servirán a efectos prácticos y, sin embargo, con el tiempo, serán la base de muchos razonamientos y decisiones del vivir cotidiano y de las cuales pocos percibirán su influencia? Pues lo mismo ha de ocurrir con nuestra solera militar. Y si no, clavo que asoma…»

Sí: expurgados por sediciosos.

Vivía en su mito, confiaba en sus mandos, en lo que le enseñaban. Allá con los demás.

Él era así.

En ideas tan abstractas marchaba, cuando Marino le chistó desde la fila contigua —tenía la primorosa habilidad de girar la cabeza en la dirección que le apeteciera sin perder el paso. El pelotón acababa de hacer izquierda.

—Eh, fiera, que vas mal. Mucha chulería, pero al revés.

—¿Cómo dices? —preguntó Salva, temiéndose alguna broma.

—Que llevas el paso cambiado, tío.

—¡Mierda! —exclamó Salva, al percatarse de que pisaba al de delante.

Contraatacó a Marino con cinismo:

—No será que soy yo el único que sabe llevarlo…

—Muy gracioso —dijo Marino—. Pero yo a quien maldigo es al tío que se va tirando esos pedos tan podridos. Me pregunto qué comerá el menda.

Por delante de ellos, alguien reía sin rebozo ni contención.

El oficial Instructor redobló su gritería:

—¡ESE, ESE! ¡Que parece que va pisando huevos! —señalaba al Galleguiño—. A ver: el del centro de esa Sección. ¡QUE VA A PIÑÓN FIJO! —ahora se refería a Marino, y éste blasfemó contra el oficial por lo bajo—. Parecéis maderos, coño. ¡Un, os!, ¡un, os! ¡Menuda panda de gañanes! ¡Un, os!…

Terminada la instrucción, el Batallón fue requerido para dirigirse al Aula Magna, donde el teniente coronel páter les daría una conferencia titulada «La vida es milicia: forja, mensaje y fe». La asistencia sería voluntaria, anunció el comandante, lo cual desató la algarabía entre el cien por cien de los alumnos, que al punto planearon los más diversos escaqueos.

Pero en seguida se le oyó puntualizar, sarcástico:

—A los que no asistan, se les tomará el número. No obstante, sigue siendo voluntario.

Todos enfilaron al aula de marras.

V. RETRETA: IMAGINARIA SIN SUEÑO NI ENSUEÑO

1

Iban cayendo las clases y los exámenes y gracias a que su coeficiente de conducta se prorrogaba intacto y a que las notas las mantenía altas, su optimismo no cesaba. Cada vez veía más probable la obtención de plaza en la comandancia de Madrid. Y no en la capital, sino en un pueblo donde tratar con los vecinos y sus problemas: un auténtico guardia civil.

Marino, en cambio, tenía ya cinco puntos y medio descontados y estaba prevenido por la Jefatura de Estudios para que regulara su comportamiento o la expulsión sería decidida en cuanto alcanzara los seis. A Salva le apenaba que pudiera sucederle y por eso siempre que podía le echaba una mano: le inventaba y componía los casos prácticos, se arriesgaba a cogerle el examen y contestaba las preguntas que el otro dejaba en blanco, le prestaba prendas…

Le advertía de faltas y riesgos.

—No te brillan los zapatos lo suficiente —le reprochó, de reojo. De haberse dado cuenta antes, le habría obligado a cepillárselos, lo que el otro habría acatado sin celeridad pero también sin recusación.

—Es que no hay manera, joder —se miró Marino con descaro y desaliento.

—Yo casi no les doy betún —saltó el Malagueño por atrás—. Al loro, Marino —reclamó atención directa, y pasó a mostrar el truco en cuestión: restregándose el empeine contra la pernera, a la altura de la pantorrilla—. ¿Te das cuenta? —se jactaba.

—Cállate, Malagueño. Que tú lo único que haces a lo largo de toda la semana es precisamente eso: lamerlos; además de «otras» cosas.

Hubo un pequeño pique, que el *firmes* del comandante atajó.

Sea por lo que fuere, la verdad es que los zapatos del Malagueño destacaban por una refulgencia sin par. Salva tenía que reconocer que en ese punto era superado.

Comenzó la revista. Uno por uno. Era sábado.

El comandante repartió a varios oficiales y suboficiales equipados con bolígrafo y papel: tomarían nota de aquellos que no superaran la inspección y a los que se volvería a revistar en una segunda vuelta; si es que se les permitía tal posibilidad.

Para mayor desgracia, por su fila revistaba el teniente Garrido.

Marino resopló.

—Es el puto Millanito. La mismísima encarnación de Millán Astray, tan obsesivo éste con el brillo de las putas hebillas y chapas como aquél. —Y se abandonó a una laxitud patente.

Lo cierto es que con el Millanito nadie estaba seguro. Ni el Malagueño.

—Oh, mierda —lo oyó acojonarse—. Voy a hacer una promesa.

—No digas nada que luego no puedas cumplir —murmuró Salva—. Como aquella vez que prometiste hacer el examen sin copiar.

—¿Y no lo cumplí?

—Sí; pero fue porque sabías que no nos sentarían juntos.

—Pero no me copié. Así que cumplí mi promesa —replicó el otro—. Y hoy prometo no beber más de diez cubatas.

—Eh, no fastidies. Paso de ir borracho contigo. Nos caería una buena.

—Que es broma, *pisha*. Para un finde que sales en medio año…

—Casi los mismos que tú no has sido arrestado —le largó por la esquina de la boca—; y cállate que se acerca.

Marino permanecía impasible y mate.

Al llegar a éste, el teniente lo inspeccionó de arriba abajo, como a todos. De inmediato se puso a copiarle el número, al tiempo que componía una mueca de asco para gruñir:

—Quítese de mi vista antes de que lo fusile —y prosiguió la inspección; el Malagueño y Salva, inadvertidos.

Acabado el acto, Salva prefirió quedarse a esperar a Marino y el Malagueño dijo que eso era perder el tiempo.

—Marino es carne de cañón. Tú mismo, *pisha*. Nos vemos luego.

Salva fue a la Compañía a buscar a su amigo. La revista de gracia, en tres horas. En efecto, por su culpa perdería un tiempo precioso. De todas maneras, ver cómo pimpla el Malagueño le resultaba mucho menos interesante que las estridentes polémicas con Marino.

—Parece mentira que estés deseando «desintoxicarte».

Marino, tumbado en su catre, con las manos en la nuca y los deslucidos zapatos hollando la colcha reglamentaria, chasqueó la lengua.

—Siento que te quedes por mi culpa. No deberías. No voy a volver a tocar los putos zapatos. Nunca me quedan bien. Es superior a mis fuerzas. Creo que voy a pedir la baja antes de que me echen —conjeturó con indolencia—. No soporto por más tiempo tantas siniestras estupideces. Es una constante degradación, joder. Si cedo una vez, estaré perdido.

—Esfuérzate, hombre —le alentaba Salva—. Nos quedan apenas dos meses para terminar. Con un poco de suerte, saldrás. Tienes que intentarlo.

Así que haremos como otras veces: te dejaré mis zapatos y te presentarás con ellos al oficial de guardia. Entretanto, yo me daré una vuelta por el gimnasio.

—¿Por qué haces esto?

—Porque *tú* sí que eres ingenuo, más que yo: el doble por lo menos.

Marino sonrió fraternal y alicaído. Se incorporó sobre los codos.

—De acuerdo —se avino—. Voy a demostrarte que estás equivocado, aunque sea a largo plazo. Sé que al final te haré ver la funesta tela de araña en la que te estás dejando liar.

Salva lo admiraba. Su obstinación de vivir al margen de las rígidas normas académicas o el hecho de poder infringirlas le simbolizaban un triunfo personal, como si haciéndolo se desquitara de las innúmeras putadas que les habían hecho a su padre y a su omnipresente tío. Su honor se reducía a la nómina. Harto paradójico se le antojaba que siendo hijo del Cuerpo tuviera un concepto tan negativo de la Institución. Lo juzgaba en exceso suspicaz y renuente, pero después de varios meses de convivencia contigua su franqueza y su lealtad no ofrecían dudas. A pesar de la diferencia de caracteres y de ideas, ambos congeniaban poderosamente.

De hecho, Marino estaba a años luz del resto de aquella tropa de futuros guardias civiles.

Durante meses se había entrenado sin desmayo, corriendo y saltando hasta lesionarse; empollado con fervor y desvelo. Y allí, con él, abundaban alumnos cargados de tantas dioptrías que a duras penas escalaban la litera sin gafas; o esos otros, zafios incapaces de correr cien metros sin detenerse debido a su gordura: pruebas médicas y físicas inconcebiblemente superadas. Luego estaban los que presumían de hurtos, otros que alardeaban de empinar el codo sin mesura ni vergüenza, otros que incluso habían huido de la Policía con coches robados…

Oír semejantes cretinas osadías le desconcertaba. Ni siquiera eran astutos: mediocres, díscolos. *¿Delincuentes natos?*

La palmaria ineptitud de no pocos de ellos apuntaba a que Marino tenía razón en sus filípicas de enchufismo. Tan inequívoco que desmoralizaba.

En eso no podía quitarle la razón.

Aunque desde luego no se lo iba a reconocer abiertamente. Reparar en ese tipo de cuestiones le producía un atrevimiento impropio de un guardia alumno futuro guardia civil. —¡Ah, cómo le henchía el pronunciar aquel nombre y asociarlo a él mismo!

Proclamaba el capitán Parterra que pensar era exclusivo de los oficiales y que los guardias civiles de tropa obedecen, y punto.

Quería creer y obedecer.

Entrando en la recta final del curso, su fascinación por el Cuerpo no se iba a corromper por bulos o infundios dimanantes de las mismas ignotas fuentes de las que radio macuto se proveía y propalaba, y que en especial esos días zumbaba como primicia la fecha exacta de la entrega de despachos y los subsiguientes días de permiso; primicia que se corregía o modificaba de un día para otro y a veces por horas, cuando no por minutos: tan pronto adelantaban la entrega de despachos como se posponía el evento a la espera de la reorganización del Cuerpo…

Era un júbilo voluble, casi exasperante.

Marino regresó antes de lo previsto.

—El teniente pasaba revista a medida que íbamos llegando.

A Salva no le costó imaginarse la escena: Marino exhibiendo su calzado apócrifo delante del oficial de guardia con templada petulancia, invicto al dogma, leal a sus principios indómitos.

—Lo ves. No siempre son tan cabrones como te imaginas.

—Pura arbitrariedad.

Se devolvieron los zapatos y, con sus cabezas rapadas, cubiertas por los tricornios de la casa LLAVE —grandes como pilones—, cuya ostentación a él le colmaba de valentía y de vanidad y a Marino casi de oprobio, salieron a la calle primaveral, radiante de luz y de ilusión: la de verse armado guardia civil.

2

Gracias a que el Malagueño y los achispados de turno supieron contener, con una mezcla de temor y marrullería, sus vidriosas euforias, la retreta transcurrió pacífica y rápida.

La efemérides de ese día fue: «Un día como hoy del año 1945 todos los componentes del Destacamento de Mesas de Ibor, con el comandante de Puesto a la cabeza, fueron fusilados por orden del teniente coronel primer jefe de la Comandancia de Cáceres, acusados de cobardía ante el maquis».

Algunos alumnos mugieron conteniendo una risa inexplicable y vomitiva. Luego, tras el toque de Silencio, hubo un conato de agitación temulenta que Salva, vociferante y conminatorio, logró erradicar; eso sí, retrucado por una sucinta exhalación de abucheos e imprecaciones.

Era el primer imaginaria. Su insólito acento de autoridad turbó a toda la Compañía.

Fiel a mis convicciones, puedo alcanzar metas inaccesibles para esta

chusma irreverente.

Luego infirió que la inusitada indulgencia de los Instructores quizás tuvo algo que ver con su imponente dominio de la situación. Se vislumbraba el final. Los mandos empezaban a levantar la mano; el parte de Arrestados solía pincharse cada vez con menos nombres. Marino, ya fuera por astucia o resignación, había dejado de ser habitual. Dormía como siempre: indiferente a la ventura de coronarse guardia civil.

Acordándose de la efemérides y del comentario despectivo de su amigo, en un lapso fugaz, ponderó: *¿digna de encomio o en puridad ominosa?* Como ésta fue la calificación que le dio Marino, él se quedó con la primera.

Un lapso fugaz.

A través de los vidrios remendados, la noche se descolgaba cálida y halagüeña, sin parangón a la inclemencia de los albores cuando él llegó como un púgil contra las circunstancias, a la conquista de un sueño, ahora a punto de ser ganado.

Una vigorosa confianza en sí mismo le acompañaba en el servicio de centinela. Estaba seguro de hacerlo mejor que nadie lo hubiera hecho antes o pudiera hacerlo en el futuro. Quizá por eso le sorprendió tanto percibir que había gente en los aseos. Excepto que se tratara de una emergencia, el hecho estaba totalmente prohibido.

Enfiló con pasos presurosos.

Empujando las portezuelas de los váteres, todas entreabiertas, fue en la del fondo donde descubrió el objeto de su exploración; y la visión le heló la sangre: un alumno con el torso desnudo y sentado sobre la tapa del inodoro, tiraba con los dientes de un extremo de la goma que oprimía su brazo a la altura del bíceps. Con los dedos de la mano libre se palpaba la vena, intentando dar con un punto idóneo entre las numerosas protuberancias que lo recorrían como una cordillera de cráteres en miniatura. En las rodillas sostenía una jeringuilla, cuya punta rezumaba un líquido marronuzco. Y como si no formara parte de los avíos del drogadicto, tirado en el suelo, un trozo de rechoncho limón al lado de una cuchara ennegrecida.

Marcos —al que conocía por las juergas que solía montar después de retreta—, sin inmutarse, le subió una mirada mohína, tal que un beodo.

—Ah, coño, eres tú —masculló—. Anda, cierra; no me vaya a ver algún Instructor y me joda el viaje.

En aquel momento, una voz resonante, imperativa, volteó el atónito sobrecogimiento de Salva.

—¡Ajá, conque de cháchara! —profirió marcialmente en jarras, desde el umbral, el teniente Garrido, esa noche de oficial de servicio.

La portezuela se cerró con silenciosa instantaneidad.

—Sí, sí. A ver esos numeritos —urgió, sarcástico, el oficial.

Las conversaciones después del toque de Silencio se castigaban sin misericordia.

—Sin novedad, mi teniente —participó Salva con voz apagada. Y a modo de estéril disculpa, añadió—: Soy el imaginaria.

—Sin novedad, ¿eh? —avanzó el oficial.

Inclinó la cabeza hacia la chapa del imaginaria y escribió. A continuación, alzó la voz en dirección al váter atrancado.

—¿Cuál es tu número?

Marcos dio el suyo; por la entonación gangosa es muy probable que aún estuviera tensando la goma con los dientes.

Salva advirtió que alguien más se acercaba. Un desconocido que desde la penumbra del pasillo metió la cara como un espectro pusilánime, fisgó con sobresalto y desapareció inaudible. *Ipso facto*. El teniente, que anotaba con teatral esmero el concepto de la infracción, no se dio cuenta.

Pero lo importante era: ¿debía contar lo que había visto?

—Esto les va a costar medio punto —les profetizó—. Y el principal responsable es usted —se dirigió a Salva—. Y si no le aplico un arresto mayor es porque observo que sus correajes y chapas están como una patena, que si no… Pero, con todo, pienso volver en un minuto y si les encuentro de nuevo —advirtió agitando el índice y retrocediendo de espaldas— me los llevo al Parte con dos puntos. —Se giró raudo y se marchó.

E inmediatamente Marcos empujó la portezuela y salió disparado como un tironero en pijama, aferrado a su inmundo y preciado neceser.

Se oyó al fondo de la Compañía un ruido de muelles, y tornó el silencio.

Salva permaneció solo, en medio de un gotear de grifos que percutían con resonancias de caverna.

El incidente tenía visos o remanentes de alucinación. No podía apartar los ojos del menguante vaivén de la portezuela, como de salón de película del Oeste, hasta que se inmovilizó por completo.

Le iban a quitar medio punto. ¡Medio punto!

¡Puaf!, medio punto no era nada comparado con saberse en la misma hornada que individuo tan aberrante.

Se ordenó el gorro cuartelero y se clavó como una pica en el vestíbulo, esperando la vuelta del oficial. Se lo contaría tal cual lo vio, con serenidad y detalle, y sin apelar a su desvirgado coeficiente.

Un tipejo así era inadmisible.

Un tipejo, o varios, porque… ¿No era el que asomó uno de los colegas de Marcos? La reacción del drogadicto fue de sorpresa, pero no por ser descubierto, sino porque esperaba a otro…

¿De qué clase de futuros guardias civiles se hallaba rodeado?

¿Sería su actitud la de un chivato?

3

No volvió el oficial. A su hora fue relevado por el segundo imaginaria y él se acostó, perplejo, anonadado, sin sueño ni ensueño.

¿Sería verdad lo que fanfarroneaban tantos Marcos como pululaban en la promoción? Todos dormían. ¿Lo haría también Marcos o «viajaba» aún?

La escena pasaba por su mente una y otra vez, y no obstante era como una especie de macutazo onírico increíble y esotérico soplado por un avieso duende —cuyo rostro se parecía al de su amigo Marino— que se refocilaba chillonamente, resquebrajando su pasmosa bonhomía benemérita con unas uñas como jeringuillas, en tanto que los oficiales sólo se preocupaban de que todos llevaran bien el paso.

Fue un delirio críptico, tal vez resulta del insomnio tenaz.

En los turbios ventanales rayaba el día.

Al cabo de un eón, sonó la corneta.

—¡COMPAÑÍA, DIANA! —bramó el cuartelero, y Salva le ahorró la molestia de pulsar el interruptor de las luces, al tiempo que se dirigía a los lavabos ya uniformado con el esperpéntico mono de faena y el gorro cuartelero militarmente aprisionado por el ceñidor de lona, cuyo extremo inferior le rozaba la entrepierna como una lengua obscena.

El cabo cuartel entró dando noticias a voz en cuello:

—¡En el descanso, al Aula Magna!

VI. LA OTRA CARA DEL ESPEJO

1

Lo que el páter fuera a proclamar no sería importante. Lo sabían por otras veces. Hablaría largo y tendido, como sólo los curas son capaces de hacerlo: sin interesar a nadie.

—Iglesia y militares parapoliciales obtusándonos. Una simbiosis de camanduleros para teñir de benevolencia una realidad inventada o perfeccionar otra intolerable: la inutilidad de ambos escalafones —refunfuñaba Marino con locuacidad inmoderada. Resumió—: unos cabrones.

Tenerse que perder la partida de dominó, prevista con el jefe de Clase y el Malagueño, le tenía especialmente colérico.

Salva no se molestó en replicarlo; el teniente coronel páter soplaba al micrófono y suplicaba silencio, insistiendo en que sólo le llevaría diez minutos el sermón.

Y los cumplió.

Tras musitar ruegos al cielo para que el terrorismo antiespañol no les alcanzara e implorar a la Gracia Divina profusos parabienes para todo aquel rebaño uniformado, concluyó diciendo que sentía no poder volver a encontrarse con ellos reunidos, pues la próxima semana recibirían los despachos…

No pudo seguir sermoneando. Se alzó tal eufórico rumor que los altavoces quedaron neutralizados y desdeñados. Unos a otros se felicitaban… Y simultáneo con este regocijo, los jefes de Clase correteaban repartiendo un libro por alumno…, que relataba la vida de un santo…, que costaba dos mil pesetas. Era de obligada lectura.

Pero sobre todo era de obligada compra.

Poco a poco, sobre la comunal bulla, empezó a notarse un creciente murmullo de protesta, obligando a los Instructores a exigir calma bajo la amenaza de resucitar el parte de Arrestados. Nadie entendía el interés didáctico de un libro religioso, y más cuando todas las materias de estudio habían recibido carpetazo.

Para Marino la expoliación estaba clara.

—¡Vaya chorizada! —paró de ojearlo—. ¿O te sigues tragando el cuento?

—A lo mejor tiene que ver con la preparación general —opinó Salva.

Su amigo lo miró con grandes ojos.

—Tío, vale ya. Nos están mangando.

—¿Y si no lo cogemos…?

—Nos lo descontarían igualmente de la nómina, y encima se ahorrarían ejemplares. Hagamos el gasto, aunque sea para quemarlo, como hacían ellos antes con las personas. Así, luego son «best seller», no te jode.

—¿Y si hacemos una reclamación?

Marino tornó a marcarlo con asombro. Salva desistió:

—Vale; vale.

Un rumor de cuchicheos mosconeaba en derredor, empero permitido como mitigación por el obligado gasto.

Marino tiró el ejemplar al banco.

—Mira, Salva —comenzó, titubeando, como si dudara de la comprensión de su interlocutor—: tengo dos años más que tú, y no es la diferencia de edad la que me hace ser tan escéptico; o insensato, como quieras. Ni tampoco que tenga más estudios. El caso es que soy hijo del Cuerpo y sé cómo funciona esto. Me temo que a ti te llevará meses, puede que años. No se trata de lo que mi tío me ha contado. Es lo que he visto y sentido. Abusos sistemáticos que no hay manera de frenar ni sacar a la luz.

—¿Por qué estás aquí? —quiso saber Salva, con la homilía del páter de fondo, acerca de las grandezas del beato y su castidad ejemplar.

Marino vaciló. Sin embargo, en sus ojos titilaba algo parecido a una lucidez irrebatible. *Típico de osados novatos*, se dijo Salva.

¿O sólo lo era él y no precisamente osado?

Fue respondido con otra pregunta.

—¿Cuáles son tus sueños?

Para esa contestación, Salva no necesitaba reflexionar.

—Un buen puñado —dijo en tono visionario—. Ante todo, quiero ser guardia civil entre los ciudadanos. Y sin dejar de serlo nunca, quisiera hacerme un curso de especialización; Submarinismo, me gustaría. Luego presentarme a la convocatoria de cabo, y ser sargento, oficial… Llegar a todo lo que pueda y, mientras tanto, disfrutar de nuestra profesión y —se echó a reír— enrollarme con una hembra que sirva para estar en casa y para salir de marcha. En fin: si tú no amas el Cuerpo, excepto en lo de las mujeres, no creo que lo consigas.

—Y ni me importa —replicó Marino—. Yo seré siempre un cimarrón. No voy a prepararme para nada de todo eso que has dicho, porque no me gusta ni pienso arrastrarme. Quisiera ser lo que aparento, pero como sé que eso no es posible, me limitaré a cobrar. Quiero ser responsable de mis

actos; no de los que me manden hacer. Porque si he de hacerlos, entonces la responsabilidad ya no es mía. No dejaré que me laven el cerebro. Pensar es un acto prohibido en este Cuerpo. Yo no quiero dejar de hacerlo. No quiero ser como mi tío, aunque esto no lo creas, ni tampoco quiero convertirme en un *caimán*: esa clase de guardias viejos, hartos de todo y resabiados que lo único que hacen bien es lamentarse y añorar lo que no hicieron en su juventud. Lo que de verdad deseo es poder terminar mis estudios, ahorrar dinero y salir a competir al viento libertad de la vida, donde no regalan nada pero la oportunidad de bregar con espíritu libre es posible. Este Cuerpo es una realidad fragmentada, un espejo roto cuyos pedazos están a punto de caerse. Cambia el punto de vista y verás cosas muy distintas. Y si le das la vuelta, descubrirás su brutal autenticidad. Es en esa cara de azogue donde radica la roña material y moral, lo siniestro y lo heroico, que aquí, como en cualquier ente fascista, van siempre unidos. ¡Joder, Salva! No te dejes deslumbrar por una de las caras mientras excluyes la otra.

Cesó de perorar.

Como Salva no le refutara, prosiguió:

—Y otra cosa: si no seguí estudiando Derecho no fue por falta de aprobados o de voluntad, sino por la intervención del escaso sueldo de mi padre, por desobediencia y otras falacias con que la Cúpula resolvía los expedientes. Algún día terminaré la carrera y me largaré. De ahí mi obcecación por no ser contaminado. Rechazar el adoctrinamiento de esta Academia ha sido un modo de protegerme. Y he ganado. Ya ves que me he metido en la mitad de la promoción, y ni siquiera he malgastado un minuto de mi tiempo en empollar esa bazofia de Reglamentos. Sí, ya sé: en gran parte gracias a ti. Sin duda alguna. Y en mi pobre gratitud por devolverte el favor te cuento todo esto: para que no pierdas tus mejores años en un empeño vano, degradante, suicida para algunos… ¿No dices nada?

Salva se encogió de hombros.

La honda y serena convicción de aquel alegato, lejos del incansable resentimiento de su compañero, lo turbó de tal modo que se sintió fuera de combate.

—Lo tendré en cuenta —dijo.

La descarga del turuta, anunciando el fin de la marrullera presentación en sociedad del clerical cuentista, vino a reanimarlo.

¡Bah! —resolvió para sus adentros—, *creo que los dos tenemos la cabeza llena de pájaros; y los míos son menos aprensivos*.

Invadiendo el Patio, la riada de alumnos topó con el teniente Garrido.

Instintivamente, muchos se pusieron a correr. Pero tan pronto recordaron que el curso académico había terminado y que ya no existían

notas ni coeficiente, se frenaban limitándose a saludarlo con visajes de mal disimulado recelo y afectada desenvoltura.

El estirado oficial correspondía al saludo a cada pocos metros, se rozaba con las puntas de los dedos el horizontal tricornio —demasiado horizontal a su gusto— al par que esbozaba una sonrisa indulgente, vanidosa: la delirante vanidad del que advierte que el sello de su genio militar va impreso en aquellos pobres diablos sin verdadero amor por el Cuerpo, rendidos al duende de la élite: la estirpe de sangre azul. La suya.

Su semblante radiaba marcial contento.

—¡Eh, usted! —gritó sin detenerse, apuntando a Marino con el dedo índice al final de brazo extendido, como si fuera a ejecutar un fusilamiento sobre la marcha—. Póngase el sombrero a dos dedos por encima de las cejas.

Era esta una de las pocas manías que elogiaba de Marino: la inclinación del tricornio hasta rozar las cejas; porte que disimulaba su apatía, o tal vez fuera ese gesto el que lo delataba. Delatar su amor-odio. Verdaderamente modificaba y ensalzaba su imagen. Y si él no se atrevía a imitarle era por el respeto absoluto que dedicaba a todas las normas. Una lástima.

Acató Marino la orden con arrogante indiferencia y ambos prosiguieron a las taquillas, a cambiarse de ropa. Salva quemaría el resto de la tarde en el gimnasio, en tanto sus compañeros aventuraban faroles en su habitual partida de dominó y cartas con el jefe de Clase y compañía.

Salva los animó a «desertar», por una vez, y a que lo acompañaran con las pesas y las barras.

—Un día de estos lo haremos —aventuró Marino, antes de separarse.

—Yo, si es para levantamiento de vidrio en barra fija, cuando quieras, *pisha* —se ofreció, ocurrente, el Malagueño.

2

Y contra todo pronóstico, justo el día de la víspera, Marino, en efecto, se apuntó. Y lo más sorprendente fue que el Malagueño también quiso agregarse. En un arrebato de confianza física en sí mismos, habían decidido renunciar a las fichas y demostrarle a Salva que ellos no serían menos en cuestiones de fuerza.

Salva los condujo hasta su territorio, un mundo tan exclusivo y reconfortante que sospechaba sería lo que más echaría de menos de la Academia. Ellos miraban con cierto desdén a los tipos que corrían en círculo, saltaban sin sentido aparente, trepaban por cuerdas a ninguna

parte, regateaban o driblaban solos pero sin cejar.

—Qué capullos —criticaba el Malagueño—. Cómo si no hubieran tenido bastante con la que nos daba por las mañanas el Millanito.

Encaramado a una espaldera, Novoa se afanaba piernas en alto. Salva los presentó. Novoa era su colega habitual en los entrenamientos, un practicante de diversas artes marciales al que servía de *sparring* y a cambio él recibía un pulido adiestramiento acerca de algunas técnicas de defensa personal, a base de golpes y luxaciones muy precisas.

Lo curioso era que en la mayoría de los agarres, Salva se despachaba o bloqueaba al karateca con algún fantástico movimiento extremadamente ágil o poderoso, y Novoa —cinturón marrón— se cabreaba amistosamente desesperado.

Salva y Novoa iban a su ritmo y daban recomendaciones a los neófitos.

Pero tanto el Malagueño como Marino desatendían cualquier consejo de moderación.

—¡Vaya mariconada! —profería el Malagueño—. Eso lo hago yo, pero con más peso y el doble de veces. Dejadme, dejadme —y quitándole la mancuerna a Salva, comenzó a fatigarse con ella como si respondiera a una penitencia jocosa.

—No te esperabas esto de mí —jadeaba.

Cuando hubo quedado exhausto, descansó un momento y luego resolló:

—Como tú, y sin entrenarme.

Marino, para no ser menos, calcaba al Malagueño, e incluso le sobrepasaba *in extremis*.

—Vais a tener unas agujetas que os van a durar hasta el día de la incorporación a la comandancia —les advertía Salva, en vano.

Acalorados, dándose ánimos mutuos, los nuevos adeptos echaban el bofe. En uno de los ejercicios estimaron que les sobraban ciertas protuberancias sexuales y retaron a Salva y a Novoa. El primero no aceptó, pero sí el segundo, harto de tanta fanfarronería.

—Te estoy alucinando, ¿eh? —bufaba Marino, debajo de una barra en la que Novoa acababa de añadirle un par de discos, ya que Salva se negaba por compasión—. Al pulso me ganarás, pero aquí me tienes: que no me dejas atrás. ¡Joder, cómo pesa esto! Chisss, no te rías, que todavía no he terminado. ¡Uff! ¡Uff!

Sólo consiguieron hacer el ridículo, un divertido ridículo con el que pasaron la tarde y estrecharon lazos. En prueba de gratitud por el buen compañerismo y amistad que les unía, Salva regaló a Marino su barra de torsión y al Malagueño su tensor de mano.

VII. DESPACHO A UNA MANERA DIFERENTE DE VIVIR

1

—Salva, eres un cabrón.

—Ya os lo dijimos, pero no quisisteis hacernos caso. Os está bien empleado, por cabezones.

—Ag, Ag. Seguro que tengo algo roto —gemía el Malagueño—. Necesito pasarme por el Botiquín. ¿Qué tal estás, Cántabro?

—Descoyuntado —exhaló el aludido, sin fuerzas ni para maldecir.

—Sois los más capullos de todos. Justo el día en que nos largamos, vosotros no podéis levantaros. Tiene gracia.

—Tío, es en serio. Ag, no te lo perdonaré nunca.

—¿Te vienes, Cántabro?

El Cántabro negó con un gruñido.

—Os veré después del desayuno, inútiles.

—Adiós… ¡Asesino! —gritó con entonación lastimera el Malagueño—. Y dile al jefe de Clase que esta vez estoy jodido de verdad.

Por fin domingo. Por fin el irreversible y definitivo fin de semana. El derrotero para convertirse en guardia civil había concluido.

Parecía mentira.

Salva deambulaba por las calles de la Academia, imaginándose que lo hacía por la población a la que se incorporaría a la vuelta de veinte días, en la comandancia de Madrid-exterior. Un Puesto en el que pondría en práctica su impaciente acervo de intenciones, todas regidas por la fe y la dilección institucional, los Reglamentos y los innumerables artículos que le habían obligado a memorizar; los cuales llevaría hasta su más primorosa ejecución: levantaría la admiración de la general ciudadanía y, por ende, la de sus superiores, a los que pensaba respetar y obedecer con la prontitud y desvelo que exige el Reglamento y jamás les daría motivos de queja o reprensión. Bastaría con ser íntegro y profesional.

Entró en la descabalada formación del comedor —la indulgencia del último día era asombrosa—, tomó el aguachirle denominado café con leche y de vuelta a la camareta se encontró con sus compañeros en cadavérico descanso supino.

—¡Todavía estáis así! —y balanceó ambas literas con brutalidad; operación que en nada contribuyó a perturbar al durmiente feroz, el

Malagueño. Marino, al menos, le lanzó un insulto desganado y salió del catre.

—¿Es que no te alegras de que por fin nos marchemos o qué?

—Ag, mi pobre cuerpo, maldito —farfulló Marino, atisbándose una espinilla en el espejo de la taquilla.

Salva se despojó del mono de faena, y al poco, de súbito, mientras él se esmeraba en abrocharse la camisa blanca frente al espejo, surgió Marino por encima de su hombro, por entero ataviado para la ceremonia.

—¡Joder! ¿Ya estás?

—Pues claro. Cuanto más te encorsetes, peor para tu libertad.

—Oh, vaya. Tú y tu barata filosofía.

—De acuerdo, de acuerdo. Dejaré que disfrutes tu segunda comunión. Bueno, qué: ¿te queda mucho todavía?

Media hora después salían de la Compañía.

—Total, para el timo de traje que nos han colocado.

Marino se paseaba como si lo hubieran disfrazado de guardia civil.

—A lo mejor no es culpa del traje —apuntó Salva, estirándose de las hombreras en un intento por disimular tan palmaria irregular terminación.

—¡A FORMAR A LA CARRERA! —rugió un sargento rechoncho y coloradote al observar la parsimoniosa marcha de los alumnos, fingiendo un enojo simpáticamente mal disimulado. Apenas levantó unos trotes.

—¿Quieres decir que esto está bien? —se encendió Marino—. Tío, tu ingenuidad es inmortal, ¿eh? Mírate. ¿Son estos uniformes un «corte a medida»? Está claro: una chapuza entre compadres. Estos listos nos han vendido el manillar de la moto, te lo digo yo —y echó a correr por llevar la contraria.

Salva sonrió a la medida de su ánimo: orgiástico. ¡Qué tío más de puta madre el Cántabro!

Lo embargaba una ensoñación en cuyo fulgor se divisa encaramado en estrados donde autoridades civiles y militares le colman de felicitaciones, medallas, condecoraciones… Pues con honestidad y valor así le devendría de un modo indefectible.

Se estiró las trinchas con prosopopéyico gesto de regocijo, y sólo porque iba solo: su amigo le habría sacado un rato largo de cachondeo por semejante íntima fanfarronería. En medio de aquel desplegado engalanamiento de banderas nacionales, estandartes del Cuerpo, tricornios y hebillas rutilantes, afinamientos de los cornetines, el redoble de algún tambor —cuyo ejecutante templaba así su ardor—, Marino resaltaba como la nota discordante y entretenida.

Había que formar, y el suboficial parecía realmente cabreado.

El viento de primeras horas de la mañana había dejado un terso cielo azul, y ya dentro de la formación, con el sol subiendo, algunas gotas de sudor le rodaban por la espalda. Con ellas se despediría de las paradas militares. Entonces recordó que soñaba con ser cabo, sargento, oficial, y que tendría que pasar por diversos centros de formación si quería parecerse al capitán Parterra. Claro que, si llegara a oficial, recrearía un estilo distinto al de imitar a correosos legionarios, por muy bien que se llevara el paso desfilando o se percutieran taconazos: no más importante que una lección bien aprendida de servicio a los ciudadanos, como las leyes del Código de la Circulación, la Seguridad Pública, Caza, Pesca, Investigación Judicial… Reparó, entonces, en que apenas habían tocado materias civiles, indispensables para moverse con soltura en una sociedad democrática…

Tampoco Marino iba a desbarrar en todo.

A voz en cuello, el teniente Garrido reordenaba las diagonales.

—¡LAS BARRIGAS ADENTRO, LOS PECHOS AFUERA! —iba y venía, repartiendo supuestos afables sablazos que, aun envainada el arma, poco tenían de sentimentales.

En la magnanimidad de la partida, Salva decidió indultarlo de su animadversión: la noche en que le tomó el número para llevarlo al parte de Arrestados cumplía con su deber. En cambio, no se quitaba de la cabeza la cara del yonqui Marcos, pinchándose, mirándole con ojos vitrificados, transidos de una extraña bulimia, y ahora un guardia civil como él. La idea de otros Marcos entregados a jeringuillas rezumantes a la altura de sus uniformes arremangados seguía sin cuadrarle.

Pero lo importante es que él lo era. La suya era una adicción sostenida por un sueño hecho realidad: envolverse en el uniforme de la Guardia Civil. Y lo había conseguido. Se desbordaba de gratitud al destino o a la suerte.

O tal vez a la obstinada voluntad de serlo a despecho y desafío de una podrida convocatoria que poco a poco había ido descubriendo entre las discordias con Marino y su creciente perspicacia. No tenía nada que agradecerle a aquéllos. Tantos Marcos como había en derredor, sí.

Un público alegre y vitoreante circuía la explanada.

El coronel-Director subió a la tribuna de Autoridades. Dio un par de golpecitos al micrófono, y comenzó:

—Queridos *ex* alumnos, *compañeros* guardias civiles —Salva se estremeció de gozo—. Es esta mi última lección y quiero felicitaros por haber superado este aprendizaje que os ha de reconducir el resto de vuestra vida, la personal y la militar. El despacho que hoy os entregamos es un pasaporte a una manera diferente de vivir. Como afortunados españoles

—el coronel dejó que la «s» reverberara por los altavoces como el paso de una bala de cañón—… que sois al ingresar en el Cuerpo, no debéis nunca olvidar que vuestra entrega como caballeros del Tricornio nos es indispensable para el mantenimiento de la tradición que nos ampara, y que afianzarla con espíritu abnegado y altruista es vuestro honroso deber. Y que desentenderos sería tanto como un acto de cobardía, y una de las cosas más horribles es vivir siendo un cobarde…

Continuó el coronel-Director en tono paternal, a la vez conmiserativo y electrizante. Algunos destilaban lágrimas por sus caras en alto. Salva las contenía, pero algo embriagador se difundía por todo su ser y el vello se le erizaba en la piel y en la garganta se le hacía un nudo. Se le inflamaba el pecho y el sol le daba de lleno en la cara. El honor, el honor. Uno debía morir por sus mandos y por la Patria o de lo contrario uno era un cobarde y un traidor y no merecía ser digno del uniforme y ni siquiera de ser español.

Alguien tres filas a la derecha se desmayó de la emoción o de la solanera.

Tras el coronel-Director, el general de Enseñanza pronunció unas rápidas palabras de clausura. A continuación, sonaron los prevenidos toques de corneta, y las Compañías iniciaron por hileras la recogida de despachos.

Los asistentes, en su mayoría familiares, aplaudían con el fervor de un público que desde las gradas de una plaza de toros presenciara soberbias faenas taurinas.

La cuarta Compañía taconeaba subrepticiamente el pavimento. Marino, que nunca se terminaba de ver en posición correcta, se recolocaba una y otra vez sobre su propia ubicación, obligando al resto de la cola a moverse en un lánguido efecto látigo que en ocasiones acababa por dejar al último —el Malagueño— como un non que nada tuviera que ver con los precedentes; de ahí que los murmurados recuerdos a los muertos del Cántabro asociados a la defecación por parte del andaluz fueran constantes. Por su parte, en cabeza, el espigado Galleguiño levantaba los pies con penoso disimulo intentando coger el ritmo: nueve meses de enconado entrenamiento y el aprendiz de soldado, a un cuarto de hora para despedirse, ignoraba si al redoble tenía que pisar con el izquierdo o con el derecho; claro que tampoco distinguía el redoble en cuestión. El de atrás le tarareaba un misericordioso rataplán que lo aturullaba más aún.

Su crónica desmaña era un descalabro a la lograda armonía alcanzada por la Cuarta.

Marino gruñó que lo dejaran en paz.

Llegó el turno… Y el Galleguiño, en cumplimiento de esa regla que

dice que ésta siempre tiene su excepción, partió con precisión impecable.

La hilera de Salva marchaba como un síncrono, recto y elegante ciempiés.

El retumbar de la Banda lo tensaba ahora más que nunca, sobrecogedoramente. Pisaba y lanzaba el brazo con remedo de soldado veterano, victorioso: un paladín contemplado por hermosas damiselas.

Un soñador enseñoreado sobre sus fantasías.

Al llegar a la tribuna de Autoridades, Salva formó el primer tiempo del saludo delante del coronel-Director, quien casualmente le correspondía. Éste le devolvió el saludo y acto seguido le tendió la mano, que Salva estrechó con prudente alborozo; luego recogió el despacho, que se pasó a la mano izquierda, según protocolo, repitió el saludo, hizo izquierda, y aguardó la orden de marcha. El público no cesaba de aplaudir y exclamar vítores a España y a la Guardia Civil.

Al toque de corneta, regresó a la formación.

Cuando el acto hubo culminado, en un arrebato de exaltación, algunos de los ya números (¡números!, *¿números?*) lanzaron sus tricornios —los feos y grandes LLAVE— al cielo, y Salva vio el suyo elevarse más que ningún otro… Tal como destacaba Marino a la cabeza de un grupo que había optado, en una especie de huida despavorida, largarse cuanto antes.

Se agachó a recoger el aliquebrado sombrero —tenía una de las alas partida, que enderezó sin mucha ganancia— y se lo encasquetó con un volteo de sentimientos disímiles… *(¿jactancia, desazón?)*

A través de una algazara de despedidas, enhorabuenas y congratulaciones, Salva seguía a la desbandada, empero con paso lento hacia las camaretas.

Muchos corrían, volaban. Y esta vez el teniente Garrido no tenía la culpa. Él, sin embargo, quería disfrutar de la postrera contemplación del entorno, de los melancólicos edificios: el largo comedor con su gigantesca cocina; los grandes ventanales de las distintas Compañías, nebulosos de polvo viejo y mal fregoteado; las altas aulas, cuyas ventanas obturadas por estores inmovilizados unas, por persianas a medio bajar como párpados de soñolientos imaginarias otras, le recordaban, vistas desde la explanada, la faz de un sibilino sanatorio que él abandonaba idóneamente medicado para ejercer como servidor de la ley. La LEY.

Y el gimnasio, ¡ah, el sitio más entrañable! Allí había conocido a la gente más veraz y más cordial —exceptuando a Marino— de aquel variopinto batallón de reclutas rectificados. (Él no; siempre creyó, aceptó y ensalzó el régimen.)

Se preguntaba qué será de las convicciones de sus compañeros, a dónde arribarán tantísimas como se desafían, cuántas negarán o

defenderán impíamente. De las suyas no se preguntaba nada: tan indudable se conducía; si acaso un poco conmovido por la vertiginosa rapidez con que se precipitaba el final.

En toda aquella estampida intuía un vago barrunto de soledad y cierto extravío, una vuelta a empezar sin otro asidero que uno mismo con su entusiasmo o su experiencia. Del primero porta una buena carga; de la segunda se empapará emulando a los veteranos, subordinándose sin tacha a sus mandos, con la audaz perseverancia de un desertor del arado…

Penetró en la nave, vadeando despedidas inconclusas. Las camaretas resonaban como saqueadas por piratas. Petates y bultos preñados de ropajes y ávidos propósitos pasaban a su lado en trepidante procesión. Marino arrojó un rollizo bolso a un tipo calvo, delgado y muy hablador, que repetía: «Esto no cambiará nunca».

—Tu tío, seguro —dijo, saltando a su taquilla.

El otro, que metido en la suya no lo había visto llegar, emergió exclamando:

—¡Pues claro, quién si no! —y de inmediato requirió al pariente—. Tío Esteban: quiero que conozcas al guardia más legal de toda la Academia.

El pariente descartó la cremallera con la que peleaba y se abalanzó a saludar a Salva.

—Encantado, compañero. ¡Cómo me ha hablado de ti, mi sobrino! Le tienes impresionado. No le hagas mucho caso. Habla más de lo que hace. Ya me ha contado cómo os tratan estos ganapanes —y al punto se explayó en relatar cómo se había —o le habían— paseado por varios artículos del Régimen Disciplinario «como una mariposa de flor en flor».

Tales episodios parecían tener una gracia densa y lujuriosa que Salva no alcanzaba a entender.

—Y es que a estos cabrones o les sigue la corriente o te joden vivo. En *Picolandia* el servicio y tu vida personal es lo mismo. Pero yo los capeo bien. Ja, ja. Me acuerdo de cuando el cacique de la aldea por la que andaba entonces me dio cinco liebres recién matadas y peladas para el *teco*, que estaba de revista en el Puesto. Me quedé con dos y en su lugar le endosé un par de mininos. ¡Ja, ja, ja! Ahí no me pillaron, ¿ves? Era lo menos que podía hacer, después de pasarme todo el invierno vigilando las vacadas de aquel cabrón, que era un primo del primer Jefe. En fin, y ¿adónde vas destinado, chavalote?

—A Madrid-exterior.

—¿Y era lo que tú querías?

—Justamente.

—De puta madre, pues. Mi sobrino, como ya sabrás, va para Navarra,

y excepto la raya con Guipúzcoa, buena gente los navarricos —oyó que le pitaba el reloj—. ¡Vaya! Se nos hace tarde, sobrino. Te deseo mucha suerte, chavalote —estrechó la mano de Salva con jovialidad, se cargó el fardo al hombro, luego a la cabeza y salió de la Compañía sepultado por el bolso.

Éste y sólo éste volvió a verse cegando los cristales más bajos de los ventanales que daban a la calle, sobrevolando como un torpe misil, sin duda abrumando y divirtiendo al dichoso pariente.

—Es tal cual me lo habías descrito —comentó Salva.

—Ya ves que no exagero tanto como tú creías —se expresó Marino con tintes ya de nostalgia.

Eran pocos los que quedaban en la nave.

El Malagueño se les acercó, gritando:

—¡Buena suerte, *pishas*! *Nasíos pa'ganá*, ¿eh, tíos? —Se chocaron las palmas al estilo americano y comenzaron a intercambiarse fogosas promesas de reencuentros, «pase lo que pase».

En ese momento cruzaba el jefe de Clase, arrastrando una maleta enorme.

—Marino, Salva y el Malagueño, al Parte —les entró muy serio.

—¡JEFE, ERES UN CABRÓN! —contestaron los tres al unísono, y se engancharon en abrazos hilarantes.

Se cruzaron adioses, se dilataron en desearse toda la suerte del mundo y se despidieron como hermanos a distintos frentes.

Le siguieron Novoa y Piñeiro el Galleguiño y su pericia innata para llevar el paso al revés de todos.

Quedaron ellos dos en la camareta y sus inmediaciones.

Marino se cargó a la espalda la mochila; por una de las cremalleras descollaba la barra de torsión que Salva le había regalado. Se miraron. Se desearon suerte. Se fundieron en un abrazo. No se chocaron los pulgares ni se rebotaron palmas. Habían fraternizado hasta un punto que superaba la mera amistad y que aludía al encontrado ardor de sus peculiares credos.

Un desenlace ya en gestación.

—Que te vaya bien, Salva.

—Igualmente.

Marino le daba palmaditas en el hombro; no hallaba el modo de despedirse. Un cordón umbilical les ligaba con la fuerza de un anhelo compartido: el de llegar a saber el uno del otro, de cómo llegarán a realizarse en una servidumbre que ambos percibían tan contradictoriamente.

—Ojalá que tus sueños se cumplan tal como los imaginas… Muchísima

suerte, atleta.

—Lo mismo te digo. Por mi parte, espero, además, que nos podamos ver muy pronto.

—Que así sea —respondió Marino—. Por eso me gustaría que quedara entre nosotros una promesa inexcusable.

—Tú dirás…

—Que hagamos todo lo posible por vernos a la vuelta de un año, si es que no puede ser antes. Y de ningún modo que pasen más de tres años. Para intercambiar experiencias y comprobar cuánto nos hemos alejado de lo que imaginábamos. ¿Vale?

—Vale —convino Salva—. Pero estoy seguro de que no tendrá que pasar tanto tiempo.

—Por si acaso —insistió Marino—. No me gustaría que fuera una promesa más, de las que hemos repetido a tantos otros sin verdadera estimación. Entre nosotros, eso tiene que sucedernos. Ah, y antes de que se me olvide, quiero dejarte algo —y sacando un libro de uno de los bolsillos de la mochila, se lo ofreció—. Quien regala un libro como este regala libertad. Es mi novela favorita, una que he leído muchas veces: *Juan Salvador Gaviota*. Quizás encuentres coincidencias sugestivas, aparte de tu nombre, y puede que, como a mí, te inspire otros aires y otras ambiciones; y si no, un recuerdo por nuestros buenos ratos, y por tu muelle, que cada vez que lo veo me pongo enfermo —lo miró de reojo y simuló una mueca de exagerado dolor—. Confío en que algún día se me vayan estas agujetas.

Ambos rieron apenados, melancólicos.

—No es un simple muelle, es una barra de torsión —le corrigió Salva —. Lo que quiero decir es que deseo que todo te vaya bien. Que la suerte nos acompañe.

—Hasta pronto, Salva.

—Hasta pronto, Marino.

De nuevo se abrazaron, se estrecharon las manos al más puro estilo tradicional, y Salva vio alejarse a Marino con la mochila a la espalda, tan liviana que no le resultó extraño, conociendo que iba más bien escasa de ilusiones profesionales. En el centro de la mochila destacaba una pegatina lengua a modo de aseveración invicta y ostentosa contra lo que habían tratado de inculcarle durante aquel embarazo castrense.

Antes de transponer la puerta, para no verlo en algunas semanas —*unos pocos meses a lo sumo*, se dijo—, vio a su amigo que le volvía la cabeza, agitando el puño en el aire y que lo cerraba con simbólica fuerza.

Salva le imitó el gesto. Y se quedó solo.

Literalmente solo. En derredor, un naufragio de camaretas

irreconocibles, taquillas abiertas de par en par, literas atravesadas, colillas y papeles y un montón de útiles académicos esparcidos por doquier: reglas, fotocopias, perchas, botes de champú, jaboneras, zapatillas de la ducha…

Su cara se iluminó en medio de aquel celestial pandemónium. Acabó de recoger. Sus pasos hacia la salida tenían ecos de ovación.

Apretó los puños y salió a saltos.

—Eh, tú, loco —se chocó con uno que bajaba de la Sexta.

—Perdona, tío.

Durante el viaje tuvo tiempo más que suficiente para leer el regalo de su amigo. Cuando lo hubo terminado, se descubrió a sí mismo en su tocayo Juan Salvador Gaviota. Quería ser como esa gaviota y también un guardia civil como el coronel-Director. Él era así. *¿Sería compatible?*

Rodeado de familiares y compañeros, en un tren con destino a sus sueños, Salva se abandonó a un sentimiento de felicidad insuperable.

VIII. Y HACIA UNA MANERA DIFERENTE DE VIVIR

1

Salva echó el último bulto al maletero. Para asegurarse, una vez más, de la ruta, sacudió las dobleces del mapa y fue directo a la cuadrícula en la que su destino, según la Jefatura de la 112 Comandancia de Madrid-exterior, aparecía marcado con letras muy pequeñas, proporcionales al tamaño de la localidad.

Ubicado entre trazos ennegrecidos, en los confines de la provincia, tenía resaltado con rotulador: San Juan de la Sierra.

Cientos de veces idealizando delante de aquella manchita rojiza, viendo en ella un vaticinio de promesas, logros indudables, una fuente de honor y fama en la que realizarse profesional y personalmente.

¡Cuánta impaciencia!

Había confiado en que por su nota hubiera tenido el privilegio de elegir destino, uno con mejor ubicación, más cerca de la capital. Pero no le preguntaron. En ese punto sus notas no le sirvieron de nada, como predijo Marino. Le daba igual. Por encima de todo creía en su profesión, el servicio a la sociedad, el trabajo bien hecho, la disciplina, el honor, la imparcialidad. Ser guardia civil.

Terminó de acoplar el uniforme dentro de la maleta, abrigando la pistola y el tricornio —al final había comprado uno nuevo, menos voluminoso que el académico, de alas consistentes y sin fracturas, como su ideal—: objetos emblemáticos de su epopeya y ahora nueva condición social, y la acarreó hasta la furgoneta de sus vecinos, quienes en viaje a la capital le harían el favor de acercarlo hasta la estación de autobuses que le convenía.

Tras despedirse de su familia, partió a la búsqueda de San Juan de la Sierra.

Un pueblo tranquilo; demasiado, conjeturó un tanto decepcionado.

Durante el trayecto, sus paisanos le animaban en su nueva profesión.

La señora Ramona refiriéndole ancestrales y desgarradoras tragedias de posguerra, del sufrimiento de generaciones de perdedores trillados por administraciones enconadas y denigrantes; y se extendió en relatos que de puro lejanos le parecían de una época perdida en la intemperie de la Historia y de la que no se le antojaba relación con lo que él iba a ser; o mejor dicho: ya era.

Ramona concluyó con un lastimoso ruego:

—Cuando te digan de reprimir a los pobres, hazlo poniendo más apariencia que ahínco. No olvides nunca de donde sales, quienes son tu gente, quien eres tú.

Salva asintió sin objeción, con sonrisa condescendiente. Dio un beso a Ramona —la pobre tan despistada— y se bajó. Una hora más tarde se pegaba a la ventanilla de un largo y cascado autocar, en una de cuyas paradas se hallaba su localidad de destino. ¡Uf, qué nervios!

Cuando dejaron la autovía, el viaje se convirtió en un incesante rebote por culpa del rosario de baches que la socavaban. Un cartel verde con la inscripción C-215, identificaba a la nueva carretera. Viejos y destartalados postes de teléfono se deslizan muy cerca de su semblante abstraído…

Se ve subido en un coche del Cuerpo, en vigilancia de carreteras, caminos, propiedades particulares o del Estado. Va erguido por doquier y ni el viento logra encorvarlo. Es un servidor de la Ley —la LEY—, orgulloso de ofrecer a sus habitantes seguridad y apoyo, pues lo dice el Reglamento: «Siempre fiel a su deber, sereno en el peligro y desempeñando sus funciones con dignidad, prudencia y firmeza, el Guardia Civil será más respetado que el que con amenazas sólo consigue malquistarse con todos».

No dejará que la buena gente no se sienta a gusto con él de servicio. Su gratitud será su recompensa.

Promisorias perspectivas como de un grandioso tráiler de estreno…

El suyo en la Guardia Civil.

Alguien dijo que las aplastadas colinas que les recibían anunciaban a San Juan. Al poco, ramales de sierra venían a postrarse hasta la carretera por la margen izquierda, se zambullían a escasos metros del asfalto y resurgían por su derecha, suaves y crecientes, tras permitir una vega erizada de maizales, hacia un paisaje menos romo pero igual de estepario.

Los maizales semejaban un desfile de compañías en formación. (¡Ah, la Academia, las clases, sus profesores…!) Sin duda, la recorría un río. Se divisaban sotos y pequeñas presas de las que partían acequias ramificadas, transportadoras de una modesta prosperidad agrícola. Los afanosos hortelanos le inspiraban un sentimiento de amparo y de intercesión que él atendería con lealtad perseverante.

La serranía, en cambio, la imaginaba inexplorada, recóndita, infestada de salteadores a los que detendría con temerario valor. De ahí las medallas, las condecoraciones, cabo, suboficial…

Un letrero oxidado, cuya lectura ya se le escapaba, le hizo parpadear y reubicarse: San Juan de la Sierra.

Éste apareció tras una amplísima curva. Descendía apacible y prosaico por una ladera hasta concluir en la carretera. Por el otro flanco, la vega

continuaba silenciosa y verde, fragante de humedad. Sentenció el lugar como una Arcadia insulsa donde sus audaces y probas ambiciones, sus intrépidos anhelos de aventuras beneméritas, apenas si tendrían cabida.

Con una vaga impresión de fiasco, bajó del autobús: entonces, sin saber por qué, se sintió Robinson Crusoe.

Preguntó por el cuartel de la Guardia Civil y, con el bolso al hombro y en la mano la maleta, echó a andar calle arriba. Diez minutos después se detenía al pie de una escalera de piedra, rematada por un poste de granito del que emergía un mástil metálico y cónico, al final del cual la bandera nacional colgaba lánguida y algo deshilachada.

Salva, con la pierna doblada sobre el primer escalón y sin soltar su equipaje, se lentificó en contemplar a su izquierda el terraplén apaisado, alfombrado de césped y afianzado por rosales, extendido a todo lo largo de la fachada del cuartel, un edificio de tres plantas; y a su diestra, tras una verja moteada de orín, una rampa que conducía hasta la «cochera» —así rezaba un azulejo colocado en el lateral— con la puerta levantada; dentro se veía un Renault Cuatro con los distintivos oficiales del Cuerpo. Al fondo, disimulados por un sauce, unos tendederos enarbolaban una colada de camisas verdes, uniformes de campaña y sábanas blancas.

Apretó los puños y se dio a ganar peldaños, lanzado de triunfo y sin aliento, como cuando resolvió los metros finales en la carrera de oposición.

Un guardia que frisaría los cincuenta años, de unos ciento setenta centímetros de altura y casi otro tanto de ancho, salió a recibirle al rellano, junto a la bandera. Tenía entradas profundas en su pelo crespo y las mejillas encendidas por un intrincado cruce de capilares rojísimos.

Salva se presentó:

—Buenos días. Soy un compañero destinado a este Puesto.

—¡Ihé! —exclamó el obeso guardia con la alegría de quien ve aparecer al Mesías, aunque sólo fuera Salvador—. Así que eres tú. ¡Estupendo! Uno más para hacer servicio, que falta nos hace. Yo soy el guardia primero Félix —y le tendió la mano, que Salva recibió con entusiasmo.

Lo había oído perfectamente: le esperaban como *guardia civil*. Ahora estaba seguro de que no había ningún error en el papel que el cabo Rafa le entregara meses atrás.

Un perro, en teoría blanco, salió de la cochera, seguido de un individuo menudo armado con un gran mostacho.

—Es *Rufo*, nuestra mascota —informó el guardia primero—. Me refiero al perro, claro; el de la funda de mono es Goyo —se rio tan a gusto—. Aunque el brigada, no sabemos por qué, se empeña en llamarle *Marqués*, al perro, claro. Ja, ja. Espera aquí, que voy a avisarle —y se metió por la puerta coronada con una artística inscripción en arco, forjada en hierro:

—¿Qué hay, chavalote? —dijo el guardia llamado Goyo. Exhibía un bigotazo tópico y típico: enorme, bucleado y de puntas retorcidas; y su figura enjuta daba cuenta de un trozo de chocolate.

Después de presentarse, destacó la suerte que Salva había tenido, ya que, en su opinión, había ido a parar al Puesto menos conflictivo de toda la Comandancia. A continuación le explicó que las dependencias oficiales, incluida la vivienda del comandante de Puesto, se hallaban en la planta baja, y las dos superiores eran pisos, a los que llamaban pabellones, uno de los cuales pertenecía a los guardias solteros, precisamente el situado frente al suyo, en la primera planta.

Le ponía al tanto de la clase de servicios que se prestaban en aquella demarcación —rutinarios y elementales—, cuando surgió el comandante de Puesto, un suboficial de pelo entrecano y cortado a cepillo, no muy lejos de la Reserva Activa.

Salva, en pantalón vaquero, se cuadró con ademán enérgico entre su equipaje.

—A sus órdenes, mi brigada —dijo, de repente azarado.

—Gracias, muchacho —respondió el brigada. Le alargó la mano—. Pasa a mi oficina —le pidió sin dejar de observarlo de un modo penetrante, escrutador.

Excitado por el estreno de tan fascinante etapa vital, Salva traspasó el umbral hacia una manera diferente de vivir. Lo había dicho el coronel-Director y él creía en lo que decían sus jefes.

Él era así.

IX. LA REALIDAD SUBYACENTE

1

Incorporado oficialmente el día anterior, Salva cumplía su primer servicio como guardia de Puertas en el Puesto de San Juan de la Sierra.

Recurrió al artículo que refería esa clase de servicio y encontró que ponderándolo con la realidad, se le antojó un tanto ininteligible, anacrónico.

«La Guardia de prevención es sustituida en las Casas-cuarteles de los Puestos, debido a la escasez de fuerza, por el llamado guardia de Puertas.

Este cuidará:

a)
De impedir toda sorpresa a la fuerza acuartelada.

b)
De estar atento al teléfono, si su próxima instalación se lo permite.

c)
De cumplir, en general, para el mejor desempeño de su cometido, las obligaciones del centinela marcadas en las Ordenanzas del Ejército.

d)
De impedir la entrada en la Casa-cuartel a persona desconocida o de mala conducta, cuidando de que los que puedan efectuarlo se dirijan a la dependencia o pabellón que les interese.

e)
De impedir que la fuerza salga de la Casa-cuartel sin vestir el traje correspondiente.

f)
De abrir y cerrar la puerta a la hora prevenida; a partir de este último momento no franqueará la entrada a nadie sin previa autorización del comandante de Puesto o de quien haga sus veces e identificando a la persona que se anuncie.

g)

De hacer llegar rápidamente al Comandante del Puesto la correspondencia que reciba y noticia de cualquier novedad.»

Ejército, centinela, Ordenanzas. *¿Impedir la salida sin que la fuerza salga sin vestir el traje correspondiente?* Se consoló con la idea de que con el paso de los días y su consagración le revelarían lo incomprensible de tan extraña vigencia. Era sólo un novato.

Se acordó de Marino. Sabía que había sido destinado a Pamplona y a partir de ahí nada más. *Un día de estos tengo que localizarlo* —se reiteró—. *Tendrá problemas. No llegará muy lejos en el Cuerpo. Necesitarás mucha suerte, amigo. Ojalá la tengas*.

Él, por su parte, con muy poca le bastará. De la ansiosa abnegación por su servidumbre barrunta una ristra de éxitos de cuya reputación le devendría ser muy pronto cabo, sargento, oficial… Bien sencillo de lograr, tal como rezaba ese artículo que era el predilecto del capitán Parterra: La disciplina, elemento esencial… Riguroso cumplimiento…

Ciega obediencia…

Pasado algún tiempo (unos pocos meses, sin duda menos de un año), se reencontrarán, se contarán hazañas dispares, recordarán tiempos pasados nostálgicamente peores, y él abrumará a su amigo con un sinfín de buenos servicios.

Creo que para entonces seré un especialista en Actividades Subacuáticas —se recreó—. *Quizá a punto de hacerme cabo, y con alguna que otra felicitación en mi hoja de servicios*.

¿Medallas? Sí, un par de ellas, por qué no.

De pronto, sonó el teléfono; tenía un candado para evitar que se hicieran llamadas.

—Cuartel de la Guardia Civil de San Juan de la Sierra. ¿Con quién hablo, por favor? —oyó su propia voz lejana y un tanto insegura.

Un vecino solicitaba información acerca del trámite administrativo para la venta entre particulares de una escopeta de caza mayor.

Salva, medio balbuceando, insistió con ciertas vagas inquisiciones. Comprendió que los nervios —o la incompetencia— le estaban jugando una mala pasada, y sólo gracias a la ayuda del brigada, que salió de su oficina a interesarse por el asunto, pudo remediar satisfactoriamente.

—No debes preocuparte —le tranquilizó luego el suboficial—. Cuando no sepas algo, me lo preguntas a mí o al compañero que tengas más cerca, pero nunca permitas que alguien que nos requiera se quede sin respuesta. Recuerda que eres un Servidor de los Ciudadanos. Por desgracia, más importante que todo eso es contentar a los oficiales —agregó en tono sombrío—. Ellos tienen otras prioridades. Es la *realidad subyacente*. Pero

bueno —intentó mostrarse animoso antes de dejarlo—, con estos consejos y poco más llegarás a donde quieras y a lo que quieras.

—A sus órdenes, mi brigada —contestó Salva, poniéndose firme, extremando la ejecución del saludo, asombrando al suboficial…

Y es que, con perfección insuperable, había ejecutado el gesto de llevarse la mano extendida a la sien a la par que estallaba un seco y sonoro taconazo, que le recordó la presentación fallida ante el profesor Parterra.

Lamentó con absurdo disgusto lo que entonces no pudo conseguir, quedándose su nota en un inmerecido siete.

El artículo concerniente era rotundo:

«El saludo militar, fiel exponente de la instrucción de una tropa, exige que el Guardia Civil, como soldado veterano, se distinga al practicar con la máxima corrección y exactitud cuanto previene el reglamento táctico para saludar a las banderas y Estandartes, Jefe del Estado, Generales y Suboficiales de los Ejércitos de Tierra, Mar y Aire. El Gobernador de la provincia tendrá el mismo saludo que los jefes».

Acababa de demostrar ante su superior cuán sobresaliente era su preparación profesional.

Sin embargo, el semblante del brigada no fue ciertamente de admiración… Muy al contrario… ¿indiferencia?, ¿desencanto?

¿Qué había hecho mal?

Entre la disculpa paternal por su incompetencia informativa y el lucido gesto militar que le había salido, mediaba una contrariedad inexplicable.

Se recolocó el sombrero. Lo notó demasiado cerca de las cejas y, con gran pesar, se lo subió un par de dedos… Bueno, con uno bastaba, y continuó dando paseos por el rellano exterior en distraída soledad en la hora rayana al mediodía.

Por el patio que separaba el edificio principal de la cochera, el perro llamado *Rufo* saltaba detrás de un pájaro que iba del sauce al suelo empedrado, una y otra vez. Una gruesa miga de pan parecía ser el quid de la cuestión.

Un sol de paz fulguraba en torno.

Muy lejos, sonaba una radio, un murmullo indiscernible, bucólico.

Sí: destinado en Arcadia.

No medio, sino entero sería ese día de inolvidable. Lo presentía. Como se debe de presentir cuando uno echa su primer polvo o se enamora la primera vez. Eso le llevó a reparar en que perdido entre aquella serranía le costaría enamorarse, al menos de forma tan arrebatadora como le había sucedido al guardia más novato en la Unidad hasta su incorporación: el guardia Montilla, al que por su procedencia del Colegio para hijos del

Cuerpo llamaban «Polilla» o, más resumido, «Poli».

Lo había conocido la noche anterior cuando el tal Poli regresaba de servicio, pero sólo de pasada, ya que después de presentarse y darle la bienvenida con simpatía y generosidad se despidió, pues le esperaba su «estupenda chica». Por lo visto, la Guardia Civil, un ordenador con el que componía música y la novia, polarizaban su vida. Le pareció un compañero franco, simpático y digno de confianza. Aunque más veterano, era un año más joven, y secreta y vanidosamente lo juzgó que por lo menos era cien más ingenuo que él…, por mucho que el brigada así le hubiera motejado, en tanto se volvía a su despacho: ese había sido su mascullado comentario, recordó con súbito enojo, de nuevo reparando en el comandante de Puesto y su inalabada actuación. Pero ¿por qué?

¿Contentar a los oficiales? ¿Que ellos tienen otras prioridades?

Ser un Servidor de los Ciudadanos, por supuesto.

Lo cierto es que su andadura profesional había comenzado de una manera bastante deficiente. ¿Era toda la culpa suya? Podía recitar de memoria innumerables artículos, pero nunca fue aleccionado a estudiar con semejante vehemencia la Legislación; el Reglamento de Armas, en este caso. El nimio incidente y su superior le habían atisbado una evidencia indiscutible, una realidad inopinada *(¿subyacente?)*: sabía demasiado poco acerca de lo que en esencia debería.

Un paisano que ingresó en la escalera del acuartelamiento, asiéndose con dramática languidez a la barandilla, acaparó todo su interés.

—Buenos días. ¿En qué puedo servirle? —le recibió, efectuando el saludo militar con gallardía exacta y campechana.

Un detalle que en nada contribuyó a variar la luctuosa expresión en los enrojecidos ojos del visitante.

Con voz trémula de rabia, empezó a relatar cómo al llegar de mañana a la modesta granja de su propiedad se había encontrado con que le habían herido dos vacas y robado cinco terneros. Era todo lo que tenía para ganarse la vida. Quería denunciarlo. Quería morirse.

Salva sintió de lleno el infortunio de aquel hombre. Trató de animarle diciéndole que seguramente los ladrones no tardarían en ser apresados y con ellos las reses. Pero el lugareño porfió de un modo irracional que eso no sucedería: otros robos similares habían ocurrido en la demarcación y en otras de los alrededores y ninguno había sido resuelto.

Por una idea fantasiosa y filantrópica, Salva deseó ser el Superman de sus viejos tebeos, para desdoblarse en una entrada y salida vertiginosa al cuarto de Puertas y, mientras el brigada recogía la denuncia, volar, reconocer el lugar del delito, usar sus poderes y atrapar a los canallas asaltadores de ganado de gentes honradas y trabajadoras, llevarlos al juez,

comunicar al comandante de Puesto que ya estaba solucionado el caso y al perjudicado que su granja volvería a producir para sustentar a los suyos…

Formalizada la denuncia, el infeliz se fue con su desesperanza.

La cruda existencia en el campo, la burocracia, el abuso de los poderosos: él como Servidor de los Ciudadanos se esmerará a las órdenes de sus superiores para neutralizar toda agresión contra la clase trabajadora.

Y todo empeño audaz ha de comenzar por la información.

Intrigado por la obstinada convicción del denunciante, Salva no pudo resistir preguntar al brigada: desconocidos que llevaban a cabo asaltos a los corrales de ganado con formidable barbarie y eficacia devastadora. Nada más se sabía. Ni sospechas ni indicios. Salva quiso insistir, pero otro vecino, un gitano de aspecto astuto, veraz y venerable, hizo su aparición y el suboficial se adelantó a recibirle. Se saludaron con afecto, y camino de la oficina fueron charlando de la caza mayor por la sierra de Los Varales.

Cuando se hubo marchado, el brigada le explicó que en realidad se trataba de un furtivo-confidente del Puesto, más bien suyo. Entre ellos existía un pacto secreto por el cual Melquíades, el Calaíto, su nombre y apodo respectivo, le mantendría informado de los furtivos que tuviera constancia a cambio de hacer la vista gorda en cuanto al mismo tipo de actividad ilícita por parte suya, siempre y cuando la caza la destinara única y exclusivamente a consumo personal. Por el número de diligencias y las importantes aprehensiones el intrépido compromiso le compensaba y, por ende, a toda la fuerza.

—Así que a este gran gitano no quiero que lo molestéis, ni aunque me lo pilléis «cortando limones redondos». Es lo que tengo dicho a todos, y el trato rinde. —Salva, cautivado, asintió—. Gajes del oficio, Salvador —declaró el brigada con acento de camaradería—. No en vano, somos uno de los Puestos en esta Compañía que más atestados instruye por esa clase de infracciones.

Hizo un conato de retornar a su despacho, pero al ver que el guardia se movía en actitud de despedirlo repitiendo el bizarro saludo de antes, se giró a medias desde el escalón de la entrada y con sólo la cabeza vuelta, le dijo:

—Gracias, muchacho. Pero no es necesario que… —vaciló— que repitas el *aspaviento* castrense. —Salva arrugó el entrecejo, y el brigada, quizá meditando acerca del tono empleado o quizá porque el fondo de la cuestión requería una más positiva aclaración, acabó por volverse del todo, se bajó y frente al guardia, con formalidad receptiva, explicó—: Quiero decir, que no acentúes en demasía el saludo. Ten en cuenta que una cosa es la Academia y otra muy distinta la calle, la que nos requiere como genuinos Servidores de los Ciudadanos… que habrás de ajustar con la

realidad subyacente. En esta nueva etapa para ti nada de todo eso va a servirte; al contrario, podrías quedar grotesco. ¿Conoces el orden jerárquico por encima del Puesto?

—Sí, mi brigada —respondió al punto Salva. Y recitó—: En primer lugar, está la Línea, de la que dependen varios Puestos y la manda un teniente, en este caso la Línea está en Dosarcos; después, la Compañía al mando de un Capitán, que actúa sobre las Líneas, la nuestra es la de Alcalá. Y, por último, la Comandancia, mandada por un teniente coronel, que dirige toda la provincia, y está en la capital —remató, ufano.

—Muy bien, Salvador. ¿Y sabes de tus obligaciones como guardia de Puertas?

Salva comenzó a recitar el artículo, que conservaba fresco en la memoria.

Y mientras lo hacía, el suboficial no dejaba de mirarlo, atónito o conmovido por su extraordinaria sapiencia militar, asintiendo lentamente la cuadrada cabeza, cuyo grisáceo y espeso cabello cortado a eso del tres o el cuatro contribuía a darle un aspecto de cuadratura impugnación.

Salva terminó con asaz menos arrebato del empezado.

—Veo que lo sabes muy bien —alabó el superior, con un deje no exento de ironía—. Bajo el peso de esos escalones de mando nos movemos, sí. Incluso te has aprendido las respectivas localidades, y eso me alegra, Salvador. Sin embargo, *aprehender* la importancia real de tal organigrama te llevará tiempo —puntualizó grave pero cordial—. Toda esa teoría no te servirá de mucho aquí. No para resolver los problemas más graves de este Puesto, pese a que son pocos y casi triviales: algún que otro robo en los chalés, las periódicas amenazas de bomba en el colegio, unos graciosos que de cuando en cuando se van a cagar a la piscina, y los robos de ganado.

»Por descontado, éste último el más importante. También el más oscuro y desalmado, como ya te he dicho. En general, nada que requiera proeza alguna, supongo —apostilló dudoso—. Me temo que los árboles te tapan el bosque. Recuerda siempre nuestra *esencia del Deber*, que, como dice don Quijote, «no es otra que favorecer a los desvalidos y menesterosos». En fin, intenta ver las palabras y mantén los ojos abiertos: los del espíritu —se calló; alguien bajaba—. En lo que se refiere al conocimiento de tus obligaciones durante el servicio de Puertas, bastará con que estés atento a las repentinas y, la mayoría de las veces, funestas presentaciones de los oficiales. Para lo demás, siempre podrás contar conmigo.

Salva correspondió con una mueca de agradecimiento, no exenta de turbación.

El brigada le dio la espalda y retornó a su oficina, con aire agobiado,

como arrepentido de sus palabras. El que bajaba era el joven Montilla, alias Polilla o Poli.

—Buenos días, novato —le saludó radiante y comunicativo, pasándose un pequeño peine por el rubio pelo cortado a cepillo, pero, a diferencia del brigada, de un modo presumido y primoroso. En realidad, el del suboficial recordaba más a un rastrojo que a otra cosa—. No te enfades por lo de «novato» —agregó, dándole una palmadita en el hombro—. Bueno, ¿qué tal llevas tu primer día?

—Bien —contestó Salva, relegando del pensamiento el atroz brete con la pregunteja del ciudadano; al fin y al cabo, el interés del guardia Montilla era simple retórica—. De momento no va mal del todo —se retrotrajo, no obstante, porque no se lo perdonaba.

—Bah, aquí en este Puesto no debes preocuparte por nada —le animó —. Alguna que otra situación-problema, pero poca cosa. Ya te acostumbrarás. Como mucho deberás cuidarte de algunos compañeros. En especial de Carrasco, el soltero que tiene la habitación al fondo del pabellón. Es un renegado, un borracho. Un rojete. Sí, de ese, cuídate. Está loco. Los demás son buena gente. Jorge, que es con quien compartes dormitorio, lo verás únicamente cuando suba a cambiarse de ropa: fuera de servicio siempre está en casa de su novia; anda preparando boda para final de año, con lo cual el cuarto es como si lo ocuparas tú solo. Velasco es el que vive a tu izquierda; un fantasma, pero también buen compañero. Y la puerta enfrente de la tuya es la mía. Ahí puedes entrar cuando quieras. Creo que congeniaremos —vaticinó.

—Eso espero —dijo Salva.

—Seguro. Y con respecto a los *caimanes*, ya sabes, los guardias más viejos del Puesto, son unos quejicas de mucho cuidado; aunque —y se le acercó bajando la voz— con el brigada tengo que advertirte de que tratará de comerte la cabeza con sus libros y sus parrafadas. Dile siempre que sí y no le hagas mucho caso. Es un poco raro, pero no se trabaja mal con él. Bueno, tengo que marcharme que me cierran la tienda. He de comprar viandas; es que la comida del mediodía me la hago yo: sopas de sobre, fritangas… —Se frenó, pensativo—: Oye, ¿qué te parece si la hacemos a medias? Un día la preparas tú y yo al otro.

Salva, sin pararse a considerar la cuestión —sin reparar en sus nulos conocimientos culinarios—, aceptó de inmediato.

—¡Entero y a base de bien! —lo celebró el Polilla—. Así tendré más tiempo para mi estupenda chica —suspiró, acariciándose el corte de pelo pincho—. Lo dicho, creo que nos vamos a entender. Por cierto: ¿quieres que te traiga algo de comida?

Con la ilusión de su primer servicio, Salva se había olvidado del

sustento y del hambre, que de golpe se notó. Le encargó, muy agradecido, un cartón de leche, pan y latillas de atún.

Ya solo, Salva reparó: ¿y mi chica, andará por aquí? ¿El guardia Carrasco, un borracho, un «rojete»? Sonó el teléfono. De la oficina de la Línea participaban el itinerario de vigilancias a llevar a cabo por la pareja de servicio nocturno. Le pasó el telefonema al brigada, quien lo transcribió a la oportuna papeleta.

Pasado el ajetreo (tenía la sensación de que estaba teniendo un servicio muy movido), encendió el transistor. Noticias: despidos, incremento de turistas; atraco de tres supuestos terroristas del FRAF, uno de ellos una mujer, a un banco de la capital. La radio podía distraerle. Prefirió apagarla y continuar con plena dedicación a su labor. Un chirriar de neumáticos en el exterior de la casa-cuartel le ayudó bruscamente.

Se precipitó a la ventana.

Un tipo alto y unos cinco o seis años mayor, bronceado, con el pelo demasiado largo para ser guardia civil, vestido con prendas de moda y gafas de esquiador, bajó de un deportivo ya un poco antiguo y jaspeado de pegatinas que simulaban churretes de pintura, nombres de mujeres, rayos de brillantina, y en el cristal trasero un tío horrendo limpiándose el culo con cara de exhibicionista. Atacó los peldaños de dos en dos. Salva salió disparado, dispuesto a darle el Alto como le habían enseñado: «Desde la retreta hasta la diana *¿Quién vive?* a cuantos llegaren a su inmediación, y si contestan ESPAÑA preguntará: *¿Qué gente?* y si estuviera en campaña *¿Qué regimiento?* Si los preguntados respondiesen mal o dejasen de responder, repetirá el *¿quién vive?* dos veces más. Si siguen sin contestar o contestan mal, llamará a la guardia para arrestarles. Si intentan huir, darán la alarma. Y puesto que tiene derecho a que se respete su Autoridad, si alguien le desobedeciere, le advertirá primero, pero si tiene fundada sospecha de que resulta amenazada su persona o la seguridad del Puesto, usará del arma».

Intuyó que debía de existir una resolución más accesible (o menos rocambolesca), y sencillamente dijo:

—Por favor, ¿podría identificarse?

El dandi se paró junto al palo de la bandera y se subió las gafas ultramodernas.

—¡Pero coño! —exclamó—. El pipiolo, está claro. Yo soy Velasco, el guardia orador de este Puesto. Encantado de conocerte, socio —le estrechó con ímpetu la mano.

Lo felicitaba por la suerte que había tenido al caer en San Juan, sobre todo por lo mucho que iba a ligar gracias a él, cuando llegó Montilla cargado de bolsas.

—Este es el fantasma del que te he hablado —resumió la presentación.

—Muy gracioso, Poli —saltó el otro—. Pero desde que te han trincado ya no quieres saber nada de los compis.

Montilla subió los dos peldaños de la entrada al acuartelamiento, torció al cuarto de Puertas y depositó sobre la mesa una de las bolsas; a la salida, desde el umbral, replicó:

—Fanfarroneas con *eso* tanto como en el futbolín.

El tal Velasco enfureció de pronto.

—Eso no te lo crees ni borracho.

—Cuando quieras.

Arrearon los dos muy serios hasta un cuarto frente a la oficina del comandante de Puesto, el cual ostentaba en el dintel una vieja tabla, doblemente rotulada: SALA DE ARMAS, y debajo, cinceladas, góticas e inmemoriales:

SI VIS PACEM PARA BELLUM

En seguida restalló un toma y daca jubiloso entre ambos.

Allí había un futbolín. No había manera de saber quién iba ganando. El estrépito del artefacto y el griterío burlón de los contendientes rebotaba por el pasillo y se perdía en la calle, por sobre los tejados, por la falda de sierra que mantenía el viejo y remozado cuartel en alto. Invadía su espíritu y lo levitaba. Ah, cuán grande ventura. Salva apretó los puños.

Bajó el guardia primero Félix y echó a Velasco, pues salía con él de servicio y todavía no tenía puesto el uniforme. Se puso él en su lugar.

Esta vez quedó clara la victoria del Polilla.

—Pero en tripear os ganamos los veteranos —salió rezongando el corpulento guardia primero—. Buenas tardes, Salva —le saludó con la capa al hombro; el sol caía a plomo y el mercurio del termómetro rondaba los treinta y cinco grados. Se dirigió a la cochera y levantó la puerta. Junto al Renault 4 que Salva había visto el día anterior estaba un Land Rover—. Y este Velasco sin bajar —se quejó sin énfasis, salvo cuando le advirtió—: De lo que te cuente, no te creas nada. Es un gallito. Le habla a todas las mujeres que se encuentra de servicio, pero liga menos que el chófer del Papa, ja, ja —celebró su chascarrillo.

Félix era el guardia más gordo y más antiguo en el Puesto. Todos lo apreciaban por su carácter alegre y sus ocurrencias.

Viéndole preparar la salida, Salva no pudo contenerse una curiosidad:

—¿Y en estas fechas la capa…, mi Primero?

—¡Ihé! —replicó con un grito jovial—. No me vuelvas a llamar «mi Primero». Ya se sabe que en las academias no enseñan nada productivo, pero desde luego a mí me llamas Félix. Y referente a la capa —volvió a aullar—, tiene su mérito, chaval: la capa todo lo tapa, y en verano este jodido escay —asestó una palmada a los asientos del Land Rover— te empapa de sudor. Los veteranos tenemos muchas cosas que enseñaros a los jóvenes. La antigüedad es un grado —sentenció.

—Ya veo. Velasco ha dicho que es el guardia «orador». ¿A qué se refería?

El guardia primero repitió su alarido. Se disponía a contestarle entre risitas, pero como en ese momento bajaba Velasco, éste se adelantó:

—Con hache, de *horadar*, de perforar chochitos; y, ahora que lo pienso, también sin hache, cuando me los como —se jactó—. Ya te presentaré alguno, qué leches. No se te resistirán. Es de lo poco gratificante que le podrás sacar al uniforme.

—Te lo dije: es un gallito —exclamó Félix, palmoteándose la voluminosa panza. Metió una pierna dentro del Land Rover y dejó la otra fuera—. Tranquilidad con buenos alimentos es lo más parecido a la felicidad. Nunca olvides salir de faena con una comida y una siesta por adelantado.

—Y *cagao* —agregó Velasco, bajando por la rampa.

—Ya tengo ganas de salir de patrulla —dijo Salva.

—La calle es una tormenta que hay que saber lidiar —resolló el guardia Félix, impeliendo el Land con el pie que apoyaba en el suelo, las manos una al volante y la otra sujetando la puerta.

—Pronto te hartarás —avisó Velasco mientras abría la cancela.

Acto seguido se ubicó en la acera, miró a derecha e izquierda, e hizo una señal.

A partir de ahí, Salva presenció un sorprendente método de poner en funcionamiento el coche policial.

Tras botar al asiento, Félix pasó a controlar el descenso con los frenos, en punto muerto y motor parado; y siguiendo las indicaciones de paso libre que Velasco le hacía, invadió la calzada, en oblicuo, torció al centro y prosiguió pendiente abajo sin detenerse. Velasco se lanzó en su persecución, abrió la puerta del vehículo al trote y se introdujo de un salto.

El Land continuó ganando velocidad. De súbito, tosió, expeliendo una nube de humo negro y denso que anubló, sin metáfora, hasta la bandera, obligando a Salva a salir de su asombro y correr a encerrarse en el cuarto de Puertas.

¡Joder!, verdaderamente increíble. Salva sintió ganas de apoyar las

manos en la mesa y levantar los pies por encima de la cabeza. No supo deducir por qué una maña tan intolerable y peligrosa le excitaba tanto, pero se dejó arrebatar.

El resto del día transcurrió como si estuviera de fiesta, con los pensamientos en el próximo servicio: el de correrías. Un nombre *sui generis* para una forma de trabajar fuera de la población. Pero la denominación es lo de menos si lo que prima es la eficacia.

Ansiaba la tormenta.

A punto de concluir, recibió dos telefonemas: uno sobre el robo de un taxi, pistola en mano, supuestamente por los FRAF; el otro, en el que la Plana Mayor de la Compañía exigía del comandante de Puesto la remisión de oficios por triplicado y «debidamente calcados». El segundo telefonema irritó al brigada más que el primero. Salva no preguntó. En una esquina de la oficina una bola de pelo se alzó sobre cuatro patas cortas y peludas. Dos discos color cuero se clavaron en Salva.

—Es *Bastet* —informó el Brigada—. Mi gata persa. El nombre se lo puso Carrasco y con ese nombre casi nunca nos hace caso, pero nos mantiene libre de ratones las dependencias, y viene a ser mi *alter ego*. Le has caído bien. Lo sabía —añadió sin explicar por qué. El animal estiró las patas delanteras, hizo un amago de flexión, se enderezó y, con el rabo en escuadra (un amplio penacho de pelo gris y blanco), pasó al lado de Salva con elegante parsimonia—. Es cierto, va siendo hora de cenar —dijo, y salió detrás del rozagante felino hasta el pabellón situado al final del pasillo, que era su vivienda oficial. Allí, ambos entraron, la esposa dedicando toda su atención a la gata.

En cuanto a él, vino a relevarlo el guardia segundo Nieves. Otro compañero que le deseó buena suerte. De nuevo la sensación reconfortante.

Le transmitió todas las novedades y subió al pabellón de solteros.

Un pabellón en el que se repartía una cocina básica, un salón, un baño y cuatro dormitorios. En uno de ellos, el ocupado por el guardia Jorge, el soltero que tenía previsto marcharse antes que los demás por su planeada boda, habían metido otra cama y otra taquilla. Esa sería su vivienda durante su estancia en San Juan, que suspiró no llegara al año o poco más.

Las puertas carecían de cerradura, excepto la asignada al guardia Carrasco, la cual ostentaba un enorme y brillante candado.

Se llegó a la ventana de su cuarto, que daba a la calle Mural, la calle por la que había sido lanzado el Land Rover, la misma por la que había llegado dos días atrás. La vista abarcaba parte del este de la población y la vega alrededor del río, que se deslizaba oculto entre arboledas y plantaciones de maíz. Más allá, una prolongada y suave ladera exhibía huertas, sembrados, barbechos, viñas; a continuación se alzaban bruscos

taludes coronados por olivos, por encima de los cuales y al fondo se recortaban las crestas rocosas de Los Varales. Llamaba la atención, en el arranque del talud más escarpado, una vasta quintería pintada de blanco con tejados azulados y geométricos espacios y construcciones delimitadas en su interior.

La ancha ventana del salón tenía idénticas vistas. Coincidiendo con su anchura, se ajustaba a la pared un vetusto y macizo diván; y en la pared opuesta, un reloj exento de números, con publicidad CÁRNICAS MOISÉS, daba la hora. Del reloj colgaba una banderola del cuerpo.

Desistió del calentador cuando recordó que Montilla le había advertido que no funcionaba, ya que la Comandancia no se hacía cargo de gastos considerados «de menor importancia». No le quedaría más remedio que meterse en agua fría. Se miró en el deslucido y cuarteado espejo del cuarto de baño y se vio reflejado en las mil caras de un diamante. Lo refutara Marino o el hijo del alba.

Ay, Marino, pobre diablo. Espero saber pronto de él.

Ilusión a raudales.

Se acordó de la otra cara del espejo y de la realidad fragmentada. ¿De la *subyacente*? Se arredró un poco; sólo un poco.

¡Bah! El cristal de su fe era fuerte, inquebrantable al resabio.

X. SIN PENA NI GLORIA

1

Con la facundia falsamente jovial de un locutor que cacareaba lo sano que era madrugar, Salva abrió los ojos. Los grandes números digitales verdes del reloj de Jorge, quien tras conocerse lo había puesto a su disposición —«eso y lo que haga falta, tío»—, marcaban las 5:00. Estiró brazos, bostezó y arrojó pies a las babuchas. Desconectó al impostor. Tenía que estudiar. En su primer día de trabajo había descubierto con desagradable sorpresa cuán perdido andaba en materias con las que tendría que agenciárselas a diario.

Ávido de conocimientos profesionales, pasó por el baño, se despabiló con unos manotazos de agua y, sentado en la cama, abrió el *Petete* a vuela hoja. ¡Cómo le recordaba los tiempos de Academia, de estudio furtivo en los váteres antes del toque de Diana!

Al poco lo soltó, impresionado, atónito. ¡Pero si lo desconocía todo! Su formación hecha de cuña bélica y reales artículos se le reveló caduca, extraviada. Inútil.

Volvió a la carga con ansia de enmienda.

Empezaba a enfrascarse en la *Ley de circulación de mercancías sujetas al requisito de Guía o Vendí*, cuando en el silencio de la madrugada le distrajo el estruendo de un motor. Se incorporó y espió por la ventana abierta. Tuvo tiempo de ver pasar un pequeño camión con caja cubierta por una lona, adentrándose en la población. Quizás la cruzó o quizás no.

La noche fluía serena y cálida.

Hacia Los Varales las estrellas se sumían en un fondo violáceo.

Reinstaurada la genérica insonoridad, tornó a repasar los vendís. Así, hasta que treinta minutos antes de la hora se despegó para uniformarse. Por un momento se alarmó al ver la cama arrugada y deshecha como un mar sólidamente tempestuoso. Eso no podía ser menos de cero treinta. Pero no estaba en la Academia. No obstante, estiró la colcha —igual de verdusca que aquélla, pero con el escudo tirando a un color cetrino desvaído—, se ajustó las cartucheras y salió presto a su segundo servicio con el cetme que le tenía reservado el comandante de Puesto.

Bajó tanteando el arma larga, capaz de hacer con ella innumerables filigranas: sobre el hombro y cambio, *firmes*, *descanso* (hasta para el descanso había que aguantar una posición), *prevengan*, *presenten*… ¿De qué

le serviría? Lo que tenía que saber, no lo sabía; tampoco tenía experiencia. Tenía que espabilar.

En la oficina del brigada coincidió con el cabo, que regresaba del servicio nocturno. Afuera, Montilla limpiaba el coche a golpe de manguera.

—A la orden, cabo —se cuadró delante del superior, llevándose los dedos extendidos a la clavícula, según correspondía al arma larga.

—¿Qué tal, Salvador? —se expresó el cabo en tono soñoliento e hizo un gesto con la mano a fin de que abandonara la postura marcial—. ¿Decidido a comerte el mundo, supongo?

—Haré lo que pueda, cabo —contestó Salva.

—Eso está bien —dijo el superior—. Monti comenzó fuerte, hasta que un coño le ha enganchado y anda todo el día despistado.

El aludido, que entraba a preguntar si el *pepito*, el apodo con el que habían bautizado al Renault-4, continuaría de servicio, saltó de inmediato:

—Si lo dice por lo de esta noche, la culpa fue de la tartana esta, que no tiene frenos.

El cabo relató cómo Monti, que iba de conductor, tuvo la ocasión de arrollar a una liebre que, aturdida por los faros, se puso a correr justo delante del R-4. A punto de alcanzarla, el animal viró hacia la negrura lateral y el *pepito*, escaso de frenos, pilotado por un guardia «que ha perdido la cabeza por un coño local», fue a clavarse en el barrizal de la cuneta.

Hizo un rato de chanza a cuenta del suceso, deseó suerte al que pasaba a ser el novato de la Unidad y se marchó a dormir.

—¿El Renault 4 no tiene frenos y salís con él? —preguntó Salva, incrédulo.

—Es lo que hay —repuso con pasmosa serenidad el Polilla—. Para conducirlo hay que cogerle el truco. Pero no es difícil, ya lo verás.

—¿Tú crees?...

—Y si no: ¡ajo y agua! —profirió la voz áspera del guardia primero Barahona, entrando a la oficina.

Excepto por el abultado vientre que echaba por encima del cinto y su cara larga como la de un caballo, su aspecto era casi normal. Conservaba una clareada mata de pelo negro —claramente reteñido—, que se peinaba o se aplastaba hacia atrás, lo cual resaltaba sus grandes orejas, así como su no menos grande y colgante labio inferior (una auténtica cara equina). Al igual que Félix, lucía el galoncillo rojo de guardia primero, pero a diferencia de éste, era de semblante grave, casi desabrido, lo que unido a su fealdad manifiesta confería a los ojos de Salva cierta indeliberada antipatía.

—A joderse y aguantarse. Eso es este Cuerpo, Salvador. ¿Os ha vigilado el teniente? —inquirió del Polilla.

—No. Hemos tenido suerte.

Barahona murmuró una maldición mientras extraía un papel de la carpeta rotulada PAPELETAS PENDIENTES.

Salva recordaba el artículo que aludía a aquel documento: «Todo servicio será ordenado bajo papeleta, que entregará el que lo nombre al encargado de realizarlo, quien la devolverá a su término con las anotaciones de las novedades ocurridas en el transcurso del mismo». En ella se pormenorizaban itinerarios y puntos a vigilar con sus tiempos exactos de permanencia. Salva se exaltó al verse inscrito: inscrito en la pista de salida de sus sueños.

Al acabar de leerla, el guardia primero repitió la maldición. Luego dijo:

—Saldremos con la *estufeta* —Salva sonrió por el apelativo, pero no preguntó—. Así que venga, pipiolos: aligerando.

Monti y Salva salieron a rematar la limpieza del *pepito*.

—Aquí te lo puedes pasar entero y a base de bien —le animaba el Polilla, según su expresión favorita de entusiasmo—. Este Barahona es un *caimán* ya viejo y un poco amargado, pero se le puede tratar. Menos Carrasco, cualquiera del Puesto es buena gente.

—¿Y qué pasa con ese Carrasco, que tan mal te cae?

—Ese es un jeta —dijo, metiendo el chorro al parachoques, del que se desprendían tacos de tierra, los cuales, vistos a la mustia luz de la cochera, semejaban una ración de callos gigantes—. Es un rojete cabrón.

Apareció Barahona.

—¿Tienes idea de cómo ponemos la *estufeta* en marcha? —le preguntó a Salva.

—Algo he visto —respondió, recordando la maniobra del día anterior —. Vi que lo sacaban a pie y que lo arrancaban bajando en punto muerto.

—Eso es porque anda mal de batería. Tu misión es bien sencilla: bajas, miras arriba y abajo y, si no viene nadie, me dices adelante. Luego tendrás que subirte a toda prisa. Si se te va, me esperas, que ya volveré a recogerte. Monti, anda, acompáñalo tú, que no me fío.

Tras encerrar el *pepito* en la cochera, Monti le fue pormenorizando el método que Salva viera en el guardia Félix el día anterior: un pie fuera, otro dentro, una mano al volante y la otra en la puerta abierta. La pierna de fuera hacía el trabajo principal; un trabajo al que denominaban «hacer el Picapiedra». Tan pronto las ruedas delanteras pisaban la rampa, había que saltar al volante, aferrarse a éste y torcer con maña y fuerza —fuerza

descomunal si uno no afinaba la salida y se quería evitar quedar atravesado en mitad de la calle, frenado en la acera contraria o, en el peor de los casos, estampado contra la pared.

—Luego, calle Mural abajo, se arranca al tirón, y ya está —concluyó el Polilla, sin alterarse.

—¿Y siempre funciona ese método?

—Siempre —aseguró el Polilla—. Bueno, con este *caimán*, no siempre. Es al único al que le suele fallar. A veces llega hasta el STOP de la carretera sin haberlo conseguido. Y ahí se queda hasta que localizamos a Teófilo *el mecánico intrépido*, que baja con la furgoneta y las pinzas. Ah, y cuando te vayas a subir en marcha, ten cuidado de no resbalarte y acabes debajo de las ruedas. Es cuestión de práctica. Ya te acostumbrarás.

Monti comprobó la vía. Libre. A su indicación, Barahona se impulsó con el pie hasta el borde de la rampa, brincó al asiento y descendió con lentitud, giró a la derecha con expresión tremebunda, se montó en la acera, recuperó la calzada y se abandonó a la pendiente.

Salva no sabía qué pensar de todo aquel ritual ineludible y extravagante.

El coche dio un tirón, vomitó un pedo negro, un amago de arranque, otro pedo negruzco… Nada. Salva observaba estupefacto.

—¡Corre! —le gritó el Polilla.

Salva salió de estampía.

Con el cetme en *suspendan* y tratando de recordar todas las instrucciones de Monti, en virtud de un denodado juego de manos y pies, Salva alcanzó a abrir la puerta, encaramándose con arrojo suicida al asiento sin que el tricornio se le despegara de la cabeza ni el fusil patinara por el pavimento.

La cosa tenía gracia. *¿Era gracioso o esperpéntico?*

Sacó la cabeza por la ventanilla para despedirse de su compañero.

—¡Buen servicio! —creyó oír que le voceaba entre risas.

Barahona volvió a intentarlo. Durante un largo trecho, la *estufeta* repitió, bajo la todavía parda madrugada, idénticas ventosidades; parecía que arrancaba definitivamente, cuando el motor enmudeció como un crío que berrea y de golpe le tapan la boca.

El conductor bufaba congoja.

—Mecagüendiez… Como no arranque antes de llegar al cruce —marcó con la vista, unos cien metros por delante, el paso de la Comarcal 215—, ya sé dónde nos vamos a pasar media mañana —y con reconcentrado gesto caballuno iba dejando que el vehículo ganara velocidad sobre la cada vez menor pendiente.

Los faros del Land eran las farolas de la calle.

Con un brusco encogimiento, retiró el pie del embrague; y esta vez el motor, después de traquetear y carraspear, como irresoluto, se puso en marcha con un horrísono y fatídico temblor.

Salva calculó cinco metros o cinco segundos para que aquel trasto, un viejo Land Rover al que apodaban la *estufeta*, comenzara a desarmarse en pedazos, como en una escena de cine cómico.

Sin embargo, llegaron a la señal de STOP, y ya con luces propias, prosiguieron por la carretera, con la máquina íntegra, incólume de sí misma.

Salva respiró con intensidad y disimulo.

Adherido a la guantera, un artilugio compuesto por una esfera que no paraba de dar vueltas (en teoría una brújula) y un reloj de temperatura —marcaba 20 grados—, oscilaban con una liviandad que Salva sospechó no resistiría otra ceremonia de arranque como aquella.

Se percató de que su puerta zangoloteaba, e hizo ademán de asegurarla; pero Barahona le paró con un grito.

—¡Quieto!

—¿El qué? —Salva levantó las manos.

—Cerrar la puta puerta. Hay que saber hacerlo o nos quedamos sin cristal.

El guardia primero estacionó en el arcén, se echó por encima de Salva y, con una mano en el vidrio y con la otra en el tirador, dio un portazo.

Vuelto al volante informó:

—Si no se hace así, el junquillo se sale y el cristal se cae. Y como se rompa, este invierno se nos helarán hasta los güevos.

—¿Y si se rompe el coche entero?

—Te vas a hartar a andar.

—Hombre, nos darían otro.

Barahona lo miró con extraña mueca facial.

—Sépate que esto es la Guardia Civil: si se funcionara con decencia, sería otro Cuerpo.

Explicada la primera lección del día, el jefe de pareja reanudó la marcha, inaugurando para el novato una tibia y sugestiva correría matutina.

Les separaban veintitantos años de antigüedad. Centenares de pericias, miles. ¡Qué vértigo! Ralentizó sus pensamientos y cambió de perspectiva: veintitantos años siendo lo mismo… Sintió una pizca de lástima o de menosprecio por una atrofia que a él no le incumbía. No obstante,

aprendería de él todo lo que pudiera y luego sería cabo, sargento, teniente…

Tras una vuelta rápida por las afueras, entraron al núcleo urbano. Barahona cruzó la plaza del ayuntamiento y se dispuso a doblar por una de las callejuelas de la que nadie, a simple vista, podría afirmar que permitiera el paso de un Land Rover.

Salva no dudó en prever que quedarían aprisionados, estrujados entre las dos paredes como un emparedado de chatarra. Era a todas luces impracticable que el Land cupiera indemne y maldijo la suerte de aquel su primer servicio de calle.

Pero el vehículo se deslizó justo y preciso como un pistón.

—Todo bajo control —advirtió de soslayo el guardia primero—. Tú también pasarás cuando veas lo bueno del sitio al que vamos.

—¿Y eso? —dijo Salva, sintiendo que recuperaba el color de la cara.

—En seguida lo verás.

A la altura de una churrería, el guardia primero se detuvo, maniobró con fatigosos pero indispensables giros, reculó a la trastienda del local y ocultó el Land de la vista del público que no fuera el que estuviera allí mismo.

Salva lo miraba todo como si fuera un espectáculo. Aunque nunca hubiera imaginado tal precariedad de medios en una institución policial, se le antojaba mera anécdota, genuina abnegación. Allí estaba él, centralmente en su fantasía, sentado sobre ella, con saña, como un dictador en su poltrona.

—Este es un punto estratégico —aclaró Barahona, tirando del freno de mano—. De noche, cuando la churrería está cerrada, es el mejor. El callejón está medio a oscuras y desde aquí se puede ver a todo el que pase por la plaza. ¿Ves la idea…?

—Por supuesto: es una perfecta medida para el éxito profesional, al acecho de posibles delincuentes. Vigilar en secreto y apresar in fraganti —remató Salva, envanecido.

¡Había sorprendido a aquel veterano con su sagacidad! Su ilusión tenía cualidades adivinatorias.

Pero el guardia primero, dejando en marcha el Land, se bajó componiendo un rictus despectivo.

—No se ha enterado de nada, el pollito —le oyó mascullar.

Salva conjeturó que aquel desaire se debiera a cierto resentimiento. El *caimán* había pretendido lucirse, pero no había contado con su entusiasmo perspicaz. Se llegó a hacerle compañía en la barra. Barahona le presentó al churrero, un tipo risueño flanqueado por brazos bestiales, especialmente

los antebrazos. Claro que lo había captado. Sí, señor. Apretó la mano de Eufemio, que era su nombre, discurriendo: *¡menuda máquina para retarle a un pulso!*

Jugaba en la cancha de sus sueños.

El churrero le dijo que San Juan era un buen sitio para la Guardia Civil. En particular, porque en ningún otro sitio podrían comer churros tan buenos. Y tan baratos: siempre eran gratis para los guardias. Tornó a su faena un instante y, girándose en redondo, les plantó delante de las narices una fuente de churros que despedían un olor tan suculento como irresistible. E inmediatamente un par de tazas de chocolate.

Barahona atacó el desayuno con soltura y avidez.

—Aligerando, que se enfría —le exhortó sin rebozo.

Salva acabó el desayuno con deleite, y no sólo por la respuesta de su estómago, sino porque a una peculiaridad le seguía otra, y todas llenas de un sabroso encanto.

Barahona se encendió un cigarrillo.

—Muchacho, voy a darte un buen consejo —dijo, recogiendo el tricornio del mostrador—. Uno muy corto y largo a la vez —concretó con acento dogmático—: el mayor éxito profesional en esta empresa es pasar sin pena ni gloria. Aligerando, que nos toca Morratal.

Morratal, una pedanía de trescientos habitantes censados, a 4,5 km de San Juan, también demarcación del Puesto. Dejaron atrás los últimos edificios —el de la Telefónica y el de la Cruz Roja— y por la C-215 llegaron hasta la pequeña localidad; visitaron la gasolinera, el único banco del pueblo y la oficina municipal, de la que sacaron fotocopias gratis para la burocracia del cuartel. Una hora después regresaron a los bancos de San Juan —dos, ambos situados en la plaza— donde hicieron plantón durante tres horas. A continuación le subió hasta el conjunto residencial Maracaibo-Park, un emplazamiento de chalés levantados sobre una colina en las afueras.

—Esta es la parte de los nuevos ricos. La de los que en verano dicen a sus vecinos que se van a Benidorm de vacaciones y luego las pasan aquí metidos —le señalaba al irregular reparto de casas, levantadas al albedrío de cada propietario por algunas zonas y por otras en monótonas filas de adosados.

Finalizado el tiempo ordenado de vigilancia, Barahona bajó a la C-215. Salva se encontró de nuevo pasando junto al puesto de la Cruz Roja. Enfrente, con la carretera de por medio, el edificio de la Telefónica. A la vera de éste, y en cumplimiento del itinerario ordenado en la papeleta, el guardia primero estacionó el Land Rover, siempre con el motor en marcha.

Una alameda compuesta de árboles centenarios derramaba sobre ellos

y un largo tramo de carretera una sombra densa y fresca. El rumor del río que les llegaba contribuía a hacer del paraje extramuros un punto inmejorable en aquellas horas de calor pasado el mediodía; treinta y cinco grados, según el panel electrónico de la Telefónica, y cuarenta cinco según la esfera de la *estufeta*.

Tal apodo dejó en ese momento de serle un enigma.

Charlaban de las obras que en el interior de la alameda se observaban, por las cuales el Ayuntamiento levantaba un paseo con parterres y fuente, cuando advirtieron que un pequeño deportivo descapotable, procedente de Maracaibo, se saltaba la señal de STOP sin ni siquiera reducir velocidad.

Barahona invadió la calzada, exhibiendo la palma de la mano con nervioso ademán.

El turismo se detuvo con una brusca frenada. En el asiento del acompañante una rubia con gafas negras y un mini suéter blanco se ponía el cinturón de seguridad. El conductor, que tampoco lo llevaba, ya ni se molestaba.

Salva sintió una mezcla de intolerancia y satisfacción: había infracciones muy claras que debían ser denunciadas.

No obstante, el tipo del descapotable gesticulaba con cinismo y despreocupación. El guardia primero y el conductor intercambiaban frases cortas. Salva no podía oírlos, tenía que dar protección a su compañero, lo decía uno de los cientos de artículos, que de ocho a doce pasos.

La rubia teñida le miraba fijamente, escrutadoramente, tras sus gafas negras; el suéter, por efecto de las prominentes tetas, se le alzaba por encima del ombligo. Barahona no desenfundaba la libreta de denuncias.

Y no sólo eso, sino que retrocediendo al centro de la vía, facilitó la reincorporación del infractor, quien, con cierta desfachatez, arrancó chirriando ruedas. Al pasar por delante de él, la blonda balanceó sus pechos lanzándole una intensa y analítica mirada.

Desconcertado, Salva preguntó a su jefe de pareja qué extraordinaria razón le había empujado a no denunciar una infracción tan ostensible y peligrosa.

—Es Moisés júnior, el hijo de Moisés Torcaces —contestó Barahona como si hubiera expuesto un argumento irrecusable.

—¿Y qué tiene que ver eso con saltarse el STOP? —insistió Salva.

—Moisés es un buen amigo del Cuerpo y uno de los hombres más influyentes de la demarcación, ya te enterarás.

Algo en aquella renuente explicación hacía aguas.

—Si nos aprecia tanto, comprendería que denunciáramos a su hijo por conducción temeraria —se atrevió a apuntar, y remarcó—: Podría haber

causado un accidente.

—No les des problemas y ellos no te los darán a ti —fue la huraña respuesta.

—¿Ellos? ¿Quiénes? ¿Qué problemas?

—Mucho preguntas tú —gruñó Barahona. Se alejó varios pasos del auxiliar preguntón, consultó el reloj y dijo que era la hora de «aligerar».

Continuaron por la C-215, dejando atrás el pueblo; al poco, el guardia primero cambió la carretera comarcal por otra local, cuya señal anunciaba VILLARJO.

—Cuando veas en la papeleta «cruce de Villarjo» —rompió el silencio el guardia primero—, sépate que es este.

Y subiendo el puente del río, agregó:

—Y este es el puente del molino. Lo llaman así por estar tan cerca de ese molino movido por agua —refirió de una casona asentada a horcajadas sobre el cauce.

Dijo que era propiedad del diputado nacional señor doble R, y resumió con solemnidad:

—También buena gente con nosotros.

Dobló por un camino paralelo al curso del río y un par de kilómetros después paró a la sombra de un cañaveral. Se bajaron porque dentro el calor y el ruido resultaban insoportables. Salva inquirió por aquel lugar.

—Este es el camino de la Vega —informó el guardia primero, y dudando de si continuar o callarse, añadió con sudorosa desgana—: Más adelante se divide en dos: un tramo tuerce hacia Los Varales, pasando por la meseta de los Zorros Muertos; y el otro sigue cerca del río, hasta la presa de los Castaños, en el límite de demarcación. De momento, nos quedamos aquí —concluyó con inequívoco acento de no prorrogar la conversación.

Caía un sol plano y visceral. Debido al sudor, Salva sentía la camisa pegada a la espalda. A fin de airearse, optó por darse un paseo.

Pero el jefe del servicio se mostró imperativo.

—No te alejes —le advirtió, con los ojos fijos en un punto negro que flotaba por el camino, hacia ellos. De lejos y por causa del bochorno, el objeto (sin duda, una persona) semejaba una tilde ondulante, extraviada, sin letra—. Hay que estar atento a las transmisiones. En San Juan no entran bien. Y si el teniente sale, quizá escuchemos su indicativo, y así estar preparados. Ese cabrón no me va a joder. No, a mí no.

Salva renunció. Se quitó el tricornio para enjugarse las sienes con un pañuelo.

—Póntelo rápido —le amonestó el guardia primero—. Si te ven, me joderán igual que a ti.

Salva obedeció con repentino rencor. La intransigencia del guardia primero empezaba a ser agobiante. ¿De qué tenía tanto miedo?

La negra tilde, una mujer enlutada, a pie, de rostro prematura y exageradamente envejecido, cenceña, más bien sarmentosa, con un pañuelo negro liado a la cabeza y azada al hombro, pasó junto a ellos. No les dio los buenos días y siguió caminando mohína, levantando bufidos de polvo al contacto de sus negras botas de agua contra la tierra del camino. La apariencia de desdicha y suplicio que emanaba la hacía fantasmagórica.

—¿Quién es? —preguntó Salva.

—Es la viuda Desideria Velarde. Nos tiene tirria, la vieja. Hace años, una patrulla de Dosarcos ametralló al coche que conducía su marido. Dentro iban ella y dos críos pequeños. Murió el marido; y una hija, creo, perdió el brazo o algo así. Se habían saltado un control, de noche. ¿Qué querían que les dijeran: «Lleve usted buen viaje»? Nos tenemos que ir.

Salva recibió aquella siniestra gracia con un ligero estremecimiento. No se le ocurrió hacer ningún comentario o tal vez tardó demasiado en reanimarse. Cuando se supuso capaz de exigir una más sensible o explícita aclaración, Barahona balanceaba el Land Rover a través de un repecho polvoriento, haciendo que en el interior del vehículo se sazonara una conjunción asfixiante, mezcla de tierra en suspensión —que penetraba por los agujereados bajos del vehículo— y el infernal hálito del motor al par que un ruido ensordecedor.

Barahona ubicó el Land a guisa de atalaya en una pelada loma. En derredor no se apreciaba nada que fuera digno de ser vigilado, como no fuera una agostada huerta, donde unos pocos olmos de copas resecas resistían; lo demás eran terrenos baldíos y algún que otro rastrojo. Las granjas más próximas relucían al sol muy a lo lejos, como trocitos dispersos de cristales. Barahona sólo prestaba atención a la profundidad del camino, nítido hasta el puente, como si aguardara la revelación de una amenaza.

Media hora después, con el compartimento del motor despidiendo calor como la boca abierta de un horno —las puertas abiertas apenas lo aminoraban—, sin un mísero sombrajo bajo el que mitigar la absurda y obstinada vigilancia, excepto los esqueléticos arbolejos a tiro de piedra, los cuales arrojaban una sombra pequeña pero alucinante, la contumaz posición decretada por el guardia primero se le hacía incomprensible.

—Si la papeleta dice que la zona a patrullar es «la meseta de los Zorros Muertos», mejor sería que estuviéramos en algún otro sitio donde no nos diera tanto sol. Al fin y al cabo, las granjas que debemos vigilar, como tú mismo has dicho, están mucho más adentro.

Barahona permaneció mudo, inalterable. De las sobaqueras se le expandían círculos de sudor que no tardarían en encontrársele en la

botonada de la camisa.

Contra todo pronóstico, movió la cabeza hacia los brillantes puntos enjalbegados que eran los corrales de ganado.

Se quedó un instante como sorprendido de la evidencia de tal apercibimiento, y luego regresó a su terca postura.

—No vayas de listillo, pipiolo. Yo sé muy bien lo que hay que vigilar.

Salva salió de la *estufeta*, se alzó el tricornio un segundo y con el cetme a la funerala se entretuvo dando cortos paseos, cavilando.

Cavilando que con una cuota tan escasa de riesgo o aventura su ardor policial de poco serviría. Había imaginado que le sucedería una persecución, o al menos que una patrulla tenaz desvelaría alguna secreta e importante vulneración de la Ley, y que tirando del hilo habrían dado con la solución del caso. (Naturalmente, al cabo de varios días; se sabía sagaz, pero a veces los delitos son más complicados de lo que parecen.) Pero con la perseverante indolencia de su compañero, acabarían por regresar a base sin un arresto, sin una denuncia, sin una miserable identificación de sospechosos, de esos que roban coches de lujo… o ganado.

¡Ah, joder! —se maldijo—, *soy demasiado novato*.

—Perdona, Barahona —se llegó a su ventanilla—. Perdona por no haberme dado cuenta antes. De todas formas, deberías haberme dicho que lo que buscamos desde aquí es el posible paso de vehículos susceptibles de transportar ganado.

El guardia primero sólo movió los ojos para mirarle.

—¿Cómo dices?

—El punto tan idóneo que has elegido. Al igual que el callejón del churrero, nos permite ver sin ser vistos. Esa es la idea, ¿a que sí?

—No me lo puedo creer —dijo Barahona, tornando a mirar al frente.

Salva no volvió a abrir la boca.

Concluido el tiempo fijado en la papeleta, Barahona emprendió el regreso. Del Land o la *estufeta* bajaron como de una sauna; Barahona contento porque firmaba «sin pena ni gloria». Aunque para Salva había mucho más de la primera.

2

En el pabellón de solteros no deseaba otra cosa que clavarse bajo una fría ducha.

—¿Qué tal la correría? —se interesó Monti, saliendo de su cuarto. Detrás de él parpadeaba el monitor de un ordenador; en una esquina, a

ambos lados de un formidable altavoz, se alzaban sendos mástiles, uno con la bandera nacional y el otro con el escudo del Cuerpo.

—Ya me ves. Dos horas a la solanera con el guardia primero, y sin saber el porqué.

Monti se echó a reír.

—Es que Barahona es un poco rancio. Ese lo único que vigila cuando está de servicio es la llegada de los mandos. Desde que consiguió pabellón, teme verse en algún jaleo de correctivos, y que lo larguen. Como ocurrió hace poco en Villarjo. Dice que es su premio después de toda una vida aguantando putadas. Es un típico *caimán* y no se diferencia mucho de los de su especie: astutos, escaqueadores, gruñones, y éste, además, de la familia de los acojonados. —Buscó la hora en el reloj de CÁRNICAS MOISÉS, y corrió a la cocina—. ¡El arroz se me va a pegar!

Pues yo no seré nunca un caimán, se dijo Salva, metido en la ducha. Tales bellaquerías no le cuadraban. En cuanto saliera, discutiría el concepto abarcado por esa denominación.

Pero cuando se llegó a la cocina, en chanclas y bermudas, exento de camisa, el Polilla, presuroso por largarse, se limitó a decirle que le dejaba un arroz «a la cubana» que había preparado, y le recordó todo sonriente y divertido que al día siguiente le tocaba a él, y que esperaba que no fuera tan mal cocinero como él al principio. De pronto dejó la faena de arrojar platos y cubiertos a la pila, y exclamó:

—¡Eh, tío! ¿Haces pesas? ¿Eres karateca? ¡Vaya músculos! Parece que los tengas soldados.

Y Salva, con una inmodesta vanidad a guisa de complicidad, tensó músculos.

—¡Qué fibroso! —se admiraba el Polilla—. Vaya abdomen. Si parece mi tabla de lavar. Di, qué haces.

—Bueno, pues tengo conmigo unas mancuernas, que trabajo de vez en cuando. También salgo a correr; natación y bici cuando puedo. En fin, me gusta hacer deporte.

—Jo, tío, tienes que enseñarme —suplicó Monti—. Fíjate —se remangó el polo—: tengo un flotador alrededor de toda la cintura, que no rebajo ni aunque me muera de hambre —se agarró el modesto michelín con algo de grima. No estaba gordo en absoluto, pero ciertamente sus carnes poseían una flacidez excesiva para su normal corpulencia—. ¡Creo que me estoy «acaimanando»! —barruntó con guasa y terror—. A partir de ahora se va a acabar la cerveza, las comidas a base de bollos y batidos, el picar a deshora… Me harás un buen programa de entrenamiento, ¿no?

—Claro que sí —le tranquilizó Salva.

—Vale. A cambio yo te dejo mi ordenador y mis videojuegos —

arrastró a Salva hasta su cuarto, donde de una caja de zapatos repleta de disquetes extrajo uno que introdujo en un ordenador llamado *AMIGA*.

—Este te gustará —dijo, saltando en la pantalla una demo matamarcianos. Se giró con ansiedad—. Entonces, ¿no te importará que use tus pesas, verdad?

—Por supuesto que no. Las dejaré en el salón y podrás cogerlas cuanto quieras. Y mañana mismo tendrás un programa de entrenamiento.

—¡Entero y a base de bien! —festejó el Polilla. Se volvió al ordenador.

Salva le atendía y a la vez repasaba con la vista, fascinado e intimidado por la abigarrada combinación de aparatos de música y de informática que se agolpaban por sobre la mesa, cruzados de cables serpenteantes, y todo ello salpicado de pegatinas y figuritas del Cuerpo: banderitas, emblemas, guardias de plomo, tricornios-llavero, un casco de moto de la Agrupación de Tráfico, otro con las siglas del Servicio de Protección a la Naturaleza…

—Esta es mi especialidad favorita —dijo cuando la apartaba y ponía en su lugar un *joystick*—. Hacerme motorista todoterreno es mi máxima ilusión. ¿Cuál es la tuya?

—Me gustan muchas; pero la que más, la de Especialista en Actividades Subacuáticas.

El Polilla sopló y lo felicitó de antemano.

—¡Jo!, con tu preparación seguro que lo consigues a la primera —se apartó y le ofreció la silla—. Prueba a echar una partida mientras me cambio de ropa.

Salva no tardó en engancharse.

A la segunda partida, apareció Velasco, y empezó a darle manotazos a la palanca, invitándole a salir a dar una vuelta en cuanto terminara el servicio de Puertas.

—Con Monti, desde que se ha encoñado, ya no se puede contar. Por cierto, Poli, ya tengo lo que me pediste.

Monti salió del baño.

—¿Seguro que funcionará?

—Seguro. Pero ten cuidado no te pases —le advirtió Velasco, mostrándole un tubito.

—Cuidado de *qué*.

—De que si te untas demasiado en el bálano, ja, ja, ja, le duermes el clítoris a la tía, ja, ja, ja; y entonces será peor el remedio que la enfermedad.

Salva se volvió.

—¿Se puede saber de qué habláis?

—¿Puede saberse, Poli? —preguntó Velasco.

—Me da igual, si luego no vas por ahí contando películas —concedió Monti.

—Ya sabes que no tienes de qué preocuparte, Poli. ¡Hostia! —Velasco se dirigió a Salva—. Pareces un *madelman*. ¿Eres culturista?

—No, pero hago bastante ejercicio.

—¿Y alcohol tomas?

—No.

—¿Y yo podría ponerme como tú en un par de semanas, sin dejar de beber cubatas?

—Ni aunque los dejaras.

—Qué pena. Con un cuerpo así no se me resistiría ninguna piba. Pues bien —exhibió el frasquito—: esto es Topicaína. Un anestesiante para el dolor de muelas. Y lo mejor para los eyaculadores precoces: te pones unas gotas en la punta y te puedes pasar el día empujando, hasta que tu perica se desmaye de orgasmos, y tú sin correrte. Empuja que te empuja —explicaba y balanceaba la pelvis—. Recuerda: cinco minutos antes de meter. Ja, ja, ja. ¿Tú quieres, Salva?

—De momento no lo necesito.

—Eso es porque no te comes nada. A última hora saldremos de parranda reglamentaria y te presentaré a alguna *lumi*, amiga mía, que te va a poner las pilas. Y a ti no te digo nada —dijo para Montilla, entregándole el botecito—; que tú ya no quieres saber de los colegas. ¡Mira que dejarse cazar tan pronto!

—Bah —rechazó el otro—, qué sabrás tú de lo que es llevarse bien con una mujer.

—Todas son iguales —declaró Velasco—. Tu problema es que has follado poco. Además, créeme si te digo que esa chica no te interesa. Les va el uniforme, eso es todo.

—Vete a la mierda —replicó Monti, fingiendo enojo.

Y como si no hubiera escuchado nada despectivo contra su persona, Velasco interrogó:

—A ver, socios. ¿A qué sabe echar un polvo?

Salva sonrió; Montilla prefirió hacerse el distraído. Y cruzando el salón a la salida:

—A poco, socios, SABE A POCO. Hasta luego. Y recuerda, *Susaneguer* —iba gritando por la escalera—: ¡ESTA NOCHE PIERDES EL VIRGO!

—Ya ves que tengo razón, cuando te dije que es un fantasma —

comentó el Polilla—. Se pasa el día contando historias de folleteo. Dice que todas las mujeres son unas golfas. Creo que es porque una vez tuvo una novia a la que pilló jodiendo con otro. Por lo demás, se puede confiar en él.

—Eso me ha parecido —dijo Salva—. Oye, y Carrasco, ¿cómo es que te merece tan mala opinión? —retomó, curioso.

—Ese es un majadero —comenzó con genuina animadversión—. Raro es el día que no está borracho; encima, es un rojete. A veces dice no sé qué de que la República es bella. No entiendo cómo le permiten seguir en el Cuerpo. Un día me dijo que él antes era como yo y que ahora le va mucho mejor. Un imbécil, te lo aseguro.

De la calle subió un claxonazo.

—Tengo que marcharme. Cuando te aburras, sacas el disco y lo apagas —señaló al interruptor y le abandonó.

—Gracias, Monti. —Oyó los pasos del Polilla, alejándose, envidiándole por su sano amor al Cuerpo.

XI. COMO UN JARDÍN SIN FLORES

1

Alternar con los compañeros era una recomendación que incluso emanaba de los Reglamentos: «Ha de procurar juntarse generalmente con sus compañeros y fomentar la estrecha amistad y unión que debe haber entre los individuos del Cuerpo, aunque también podrá hacerlo con aquellos vecinos de los pueblos que por su moralidad y buenas costumbres deban ser apreciados y considerados».

Pero después de la mareante salida con el compañero Velasco, a Salva le habían surgido serias y bascas dudas: desde que se despertó no dejaba de aletearle en el estómago un vómito imposible. Y es que tras regresar la noche anterior y dialogar largo rato con la taza del váter, ya no le quedaba nada por largar.

Tal como Monti le había prevenido, Velasco resultó ser un tipo cabal y algo tarambana. Y un farolero. Cómo iba a ser verdad que todas las chicas que le presentó, camino de la piscina, que fue el lugar elegido para iniciar la «parranda reglamentaria», se las hubiera tirado. ¡Una docena!

—Aquí en este poblacho, a los *picoletos*, por la cara lo que haga falta —le puso en antecedentes después de que les franquearan libremente la entrada.

El nombre dado para referirse al Cuerpo le produjo cierta cómica turbación, y aún no había salido de ésta cuando, ya tirados en la hierba, Velasco sacó de la riñonera una bolita verdusca a la que dio llama y luego mezcló con un cigarrillo que desgarró en canal de dos pellizcos.

Aquello sí que lo sobresaltó.

—¡Pero eso es un porro! —dijo, ahogando una exclamación de horror.

—Tranqui, *Susaneguer* —replicó Velasco, esmerado en el enrollamiento.

Salva no daba crédito. Zumbado por un temor pánico, empezó a recriminarle en susurros acerca de su ilegal comportamiento. ¡Tanto como asaltar un banco!

Velasco le pegó una fuerte chupada y, alargando el brazo por encima del hombro de Salva, invitó a alguien a sus espaldas:

—Eh, guapuras; ¿media caladita…?

Dos chicas —dos despampanantes hembras—, que Salva descubrió al volver la cabeza, rieron afectando repulsa.

Velasco las insistió con un guiño.

—Pero sólo si es entera —rieron ambas, y gatearon felinamente hasta ellos.

Acotado por curvas túrgidas, de prominencias sostenidas por triángulos precarios, simbólicos, enaltecedores, las dos como surgidas de algún papel satinado, hicieron que Salva se viera aspirando delirantes caladas al canuto.

—Eh, colega, pasa, pasa —se lo quitó Velasco para ofrecerlo a las damitas. Y al oído le vaticinó—: Este par de pendones caen. Para mí la del pelo corto, y tú a por la de los rizos —deslindó con un codazo.

La risa —franca, efusiva— que le entró a Salva admiró al trío.

A partir de ahí se le nublaba la concreción del resto de la aventura. Apenas si podía recordar cómo había sido remolcado por Velasco hasta el cuartel. ¡Qué vergüenza! Su primera salida de paisano y casi la pifia.

En una entrada fulgurante que Velasco hizo al pabellón durante su servicio, Salva se apresuró a interrogarlo.

—Anda, jodío, que se te iban las manos. Les dije que éramos *picoletos* y que te fumabas el primer canuto de tu vida. Y, además, les conté que eras virgen.

—¡Eso te lo estás inventando! —se indignó Salva.

—Por supuesto que les dije eso, hasta tú te echaste a reír. La Rizos no te quitaba ojo. «¡Cómo está el cachitas!», babeaba la golfa, «cómo la tenga así…». Hablé con el de la piscina para que nos dejara revolcarnos hasta cuando hiciera falta. Se nos hizo de noche, rodábamos por la hierba, entre latas de cerveza… Te pusiste a hacer el pino; caminabas con las manos y los pies en alto. Luego la Rizos te llevó detrás de un seto y ya no volví a saber de ti; hasta que la pava volvió para decir que estabas vomitando. Pero dijo que te habías portado como un jabato. Que sí, que sí; que lo dijo. Si no te acuerdas, no es mi problema, socio. Tuve que traerte del brazo. ¿También me vas a negar eso? *Naturaca* que no. Menos mal que pude colarte por la puerta del patio sin mosquear al *caimán* de Puertas ni al brigada, que andaba por la oficina.

—Gracias, Velasco. Pero sabes que no hubo ni la mitad de lo que has contado. Aunque no lo creas, no estaba tan mal y lo recuerdo casi todo.

—Casi todo, ¿eh? —atacó Velasco, socarrón—. Y qué hay de cuando te aplastabas encima de la Rizos.

—Creo que te refieres a un juego que propuso…

—Sí, que por aquí se llama el «metesaca». ¡Ja, ja! Anda, *Susaneguer*, que porque decían que tenían que irse, que si no pinchamos por la cara allí mismo. Nos reímos, eso fue todo. Y te aseguro que nadie que nos pueda

causar problemas nos vio. Respecto a las *pericas*, si te pasas esta noche por la discoteca Bordaluna, seguro que algo te comes. Dijeron que bajarían a eso de las doce y media. Yo, porque tengo nocturno… Y para colmo de mala suerte, el teniente nos ha mandado a Morratal. No podré escaquearme, que si no me pasaba por el garito, me sacaba a la pelona y me la tiraba en el *cuatro latas*, que no iba a ser la primera. Bueno, ya que estás mejor, irás, ¿no? Confío en que dejes el pabellón bien alto por los dos.

—Pues no.

—¿Cómo que no? ¿¡Eres maricón, o qué!?

Lo requerían a voces por el hueco de la escalera y se alejó llevándose las manos a la cabeza.

Sin duda, la extravagancia de Velasco había sido toda una aventura que sobrepujaba lo tangencialmente profesional para internarse de pleno en su andadura vital. Y era demasiado. Demasiado fuerte empezar a bandearse con semejante abrumadora suerte. Podría llegarse a la cita —supuesta cita—, hacer un poco el ridículo y después mentir como un bellaco. Pero tal argucia no encajaba en sus ambiciones. Aspiraba a vivir con veracidad. Veraz consigo mismo. No engañarse, reconocer las limitaciones de uno, no abandonarse al albur, conformaban sus fundamentos.

O tal vez todo se reducía a un miedo inconfesable.

Un conato de náusea se le alzó en el vacío estómago.

Zozobró hasta la cocina, se hizo una infusión de manzanilla, y cuando empezó a sentirse mejor acometió los preparativos del almuerzo, en virtud del acuerdo guisandero alcanzado con Monti.

Pidió socorro a la mujer de Goyo, sus vecinos de planta, la cual ejercía de manera atenta y maternal de pinche indispensable en los inciertos experimentos de condumio caliente del Polilla. La mujer se ofreció largo y tendido en explicaciones y Salva pasó toda la mañana oscilando entre el remordimiento por su deplorable conducta y su iniciática tarea de cocinero.

Creo que estoy un poco verde en algunos asuntos —se dijo—. *De todas formas, Velasco no está en mi línea*.

Tales frívolos comportamientos no se avenían con su talante. Se reconocía más cerca de Monti o de Jorge, a pesar de que los conocía menos. En ellos había entrevisto la noción de su trayectoria profesional.

Por eso no bajaría al Bordaluna.

De momento se entregaba con minuciosa y pulcra disposición al aderezo de los macarrones. Luego, con semejante ansia, a su inminente servicio con Gregorio. Se había comportado deshonrosamente y el hecho

de que no hubiera trascendido apenas si aliviaba su herido pundonor. No volvería a sucederle. Velasco que no lo esperara. La olla olía bien.

¿Sabría igualmente?

A él sí mientras los comía.

Cuando Monti regresó de su servicio, no pudo resistir el salir al suyo sin antes saber de la degustativa opinión del Polilla. Y éste, primero con recelo y en seguida con agrado, reconoció con franqueza indubitable:

—Pero esto está de vicio. Es decir: ¡entero y a base de bien! ¿Seguro que lo has hecho tú? Di, di la verdad.

Monti ya no se levantó de la mesa para acabar de quitarse el uniforme. Atacó la pasta al tiempo que mascaba un «buen servicio» a un Salva que expiativo y ufano partía cetme en *prevengan*.

Se esforzaba en acertar y complacer. Confiaba en sus facultades de aprendizaje, de intuición. Con ella supliría su falta de experiencia. Por ello ponía oídos atentos a cualquier enseñanza o aleccionamiento.

Gregorio, o Goyo, como le gustaba ser llamado al menudo y bigotudo guardia segundo, le instruía con una especie de irónica sagacidad.

—La miga de los mejores servicios está en cerrar papeleta dejando escrito SIN NOVEDAD. Cuanto menos te compliques, mejor.

—Pero con esa actitud nunca apresaremos a los ladrones de ganado —objetó Salva.

—Y qué, figura. Lo importante es cobrar a final de mes —empezó por rebatir Goyo—. Métete en un jaleo y si sale bien, alguien se colgará tus medallas, pero no tú. Y si sale mal… ¡Ah, amigo! El cuerno con el que te crujen les justifica, y a ti te hunden. Cuando veas una movida gorda, escurre el bulto. Te lo digo desde mis diecisiete años de antigüedad. Imagínate que topáramos con los asaltadores (Dios no lo quiera). Probablemente habría unos cuantos tiros (sabemos que actúan así por dos casos, uno en Villarjo, en donde el dueño, que vigilaba su granja, acabó con un brazo partido por una bala y ahora está manco. Y el otro caso ocurrió en demarcación de Dosarcos; allí, el mayoral tuvo más suerte, pero la ristra de culatazos y el susto que le dieron, creo que aún le dura). Como te decía: si las cosas nos salieran bien, los detenemos y en el atestado queda claro lo que hacían o iban a hacer, recibiríamos, a lo sumo, unas palmaditas y poco más. Otros se apuntarían el tanto. Pero si el servicio se tuerce, es decir, un balazo para nosotros o para alguno de ellos, prepárate a capear interminables expedientes disciplinarios. O la cárcel. —Se levantó las guías del mostacho y suspiró—: Te hundirían. Y si no que se lo pregunten a Carrasco.

Tan apáticas pretensiones percutían en su cabeza al ritmo del traqueteante Land Rover. No tenía necesidad de que se las repitiera, pero sí

de arrancarle cierto, intrigante pronunciamiento.

—Entonces, ¿para qué estamos?…

—¡Yo, para sacar la hipoteca y mi familia adelante! —gritó Goyo—. Ah, y para que no se echen a perder mis melones. ¡Mis melones! Y, jodo, qué melones tengo. Luego te daré uno, hombre.

Y lanzó la *estufeta* a través del puente del molino, anunciándola con un estruendo de excavadora y dejando una humareda como de meteorito. Pero esta vez no torcieron por el camino de la vega, sino que siguieron por el asfalto.

—Nos dirigimos al límite con Villarjo —informó Goyo—. Diez minutos de presentación y luego, como es habitual, nos acercaremos a aquella finca —señaló a su izquierda, una larga y blanquísima edificación en pleno campo—. Es la granja Las Torcaces; por cierto, una de las pocas que no han tocado.

Una docena de kilómetros después, el jefe de pareja daba la vuelta y se detenía en el arcén de un cambio de rasante.

—Es por si se para la *estufeta*, para que podamos arrancarla al tirón. No te sonrías. Maldita la gracia que tiene. Que eres muy joven y aún no has visto nada… Ver, *ver* —canturreó con desazón—. Cada uno cuenta la feria como le va. Y a mí me ha ido de chasco en chasco. Dedicas tu juventud a poner toda la carne en el asador, y al final (cosa de diez años para los que hemos sido más torpes) te das cuenta de que otros se han ido colgando laureles a tu costa, y tú a verlas venir. Y lo que me jugaba era nada menos que mi vida. Recuerdo uno de los últimos casos, la detención de una cuadrilla de gitanos. Sí, ya lo creo que estoy vivo de milagro…

—¿Y cómo fue? —preguntó Salva, de pronto ávido de pormenores verdaderamente sugestivos.

—Fue un bonito servicio —Goyo se mesó el bigotazo—. Durante meses tuvimos una banda desvalijando chalés en Maracaibo. Como la mayoría sólo están ocupados los fines de semana, aprovechaban los otros días para trajinar a sus anchas. En el cuartel no nos enterábamos de los robos hasta que venían los dueños y lo denunciaban. A veces una semana o dos después. Nunca llegábamos a conocer el día exacto de la intrusión. Por más controles que montábamos, jamás obteníamos resultados positivos. Con el permiso del dueño, el brigada nos metió en una de las casas. Tuvo que pasar casi un mes de espera en balde hasta que una noche, casualmente, vinieron a meterse justo a la de al lado. Eran dos y a pie. Decidimos esperar y ver qué pasaba. Ya casi de madrugada una furgoneta vino a recogerlos, la misma que se paseaba muchas mañanas por San Juan voceando «el chatarrero». (Luego supimos que, más que a recoger hierros, a lo que de verdad se dedicaban era a tomar nota de posibles casas.) Se

comunicaban por medio de una emisora de radioaficionado: amontonaban, avisaban, cargaban en un pispás y desaparecían. Irrumpimos en plena faena. Los teníamos de rodillas cuando uno de los calorros, todavía no sé de dónde, sacó una recortada y nos pegó dos tiros. Tres semanas estuve de baja y eso que sólo me alcanzaron unos cuantos perdigones en el muslo. Mi compañero, uno que ya no está en el Puesto, perdió un ojo y media oreja. Casi nos cuesta la vida, pero los detuvimos. Posteriormente se les hallaron efectos robados y denunciados en otras viviendas. Les confiscaron, además, furgonetas, maletines de dinero en metálico y una nave que les servía de almacén y desguace de vehículos. Ni una mísera felicitación me cayó.

»Me jugué el pellejo por nada. Pero a otros sí les cayeron medallas, y *bufandas*, que son unas pagas extra que la Dirección General concede a los que han intervenido en esa clase de servicios. Desde entonces me he jurado que no volvería a pecar de capullo. Estos también caerán. Sólo que yo espero no estar de servicio ese día. No es mucho pedir. Que otros muerdan el polvo. O las mieles. No soy yo envidioso. A todo iluso le llega su escarmiento.

Pero Salva volaba con su imaginación desde que Goyo había aludido a la ingeniosa idea de ocultarse y acechar a los noctívagos malhechores. Emboscado por la noche, se amaga o repta por el labrantío, toma iniciativas en pro de la eficacia, es silencioso como un gato, rápido como una serpiente cuando llega la hora «H». Recibe felicitaciones de sus jefes y un mando le deposita una medalla en su pecho inflado por el espectacular servicio. Su hoja se llena de auxilios «Dignos de ser tenidos en consideración». Al terminar el año, el jefe de la Comandancia le propone, en un escrito dirigido al Director General, para que borren de su ficha «Valor se le supone» y en su lugar sellen «Valor Reconocido».

De golpe se retrotrajo.

—¿Te jugaste la vida y ni siquiera te dieron una felicitación? ¿Hubo medallas y no fueron para ti?

—Así fue.

—¿Y por qué no reclamaste?

—Pero, figura. ¡¿Dónde te crees que estás?!

Salva recordó la interpretación de Barahona: «Si esto funcionara con decencia, sería otro Cuerpo». Compuso una mueca de incomprensión.

—¿Vas cogiendo lo de «Sin Novedad»?

—¿Quieres decir, sin pena ni gloria?

—Más o menos. Mejor sin pena ni gloria que lisiado o muerto.

Ah, estos *caimanes*, excepto en la forma, en el fondo eran iguales.

Está claro que remontaré sobre todos ellos y sin reservas.

Goyo miró la hora.

—Nos toca Las Torcaces.

Durante el trayecto de vuelta, el *caimán* le fue poniendo en antecedentes acerca de la finca. Un complejo ganadero y también de recreo en cuyo interior se repartían, convenientemente separados, un matadero, criaderos de cerdos y de vacas, cancha de tenis, piscina y un picadero de caballos. Un complejo muy goloso, pero, al parecer, inexpugnable.

—Debe de ser por lo mucho que la vigilamos —apuntó Goyo.

La resaca, el pertinaz vulturno del motor, el revoco del humo del tubo de escape —no dejaba de dolerle la cabeza— no bastaban para frenarlo de ensoñaciones triunfales. Se ve apostado en las cercanías de Las Torcaces, tirado en una zanja o encaramado a un olivo, inmune al frío y la soledad de la noche, al tedio y a la fatiga, en acecho ansioso de la llegada de la banda de cuatreros, para detenerlos al fin.

Ojalá ocurriera con él estando de servicio. Su esfuerzo resultaría tan palmario y tan imprescindible que nadie podría escamotearle medalla ni recompensa alguna. Se bajó la visera del quepis —la única informalidad que se permitía—. La de su compañero apuntaba al cielo. El sudor que le escurría de la frente hacia el bucleado bigote infería a su rostro un folclórico fulgor. Refería las simpatías para con el Cuerpo del propietario, a quien llamaba respetuosamente «señor Moisés», cuando divisaron en el arcén del carril contrario un coche parado.

Un individuo pugnaba bajo el capó.

Goyo no parecía dispuesto a detenerse.

—¡Tenemos que parar! —exclamó Salva.

—Vamos un poco justo de hora —alegó Goyo, con inexplicable desasosiego.

—Pero ese hombre necesita ayuda —insistió Salva.

Entonces el conductor paró en el arcén. Dio marcha atrás y sin bajarse:

—¿Algún problema, jefe?

El hombre —en realidad un abuelete— se irguió, resoplando.

—¿Problema? —jadeó alborozado—. Son ustedes mi salvación. Tengo una rueda pinchada y no hay forma humana de sacar la de repuesto. —Se le veía que no tenía fuerzas ni para sostener la llave de los tornillos.

Salva se apeó en tanto Goyo parecía meditar con los ojos en el reloj; en seguida lo siguió, sin quepis y sin cetme.

—No puedo aflojar esta maldita tuerca —palpó el pobre hombre una palomilla a la que le faltaban las aletas.

De inmediato, Goyo se fue para la herrumbrosa pieza y con la ayuda

de una llave inglesa y una prisa exagerada comenzó a forcejear y a golpearla. Pero al cabo de varios y vanos intentos cesó, tan extenuado como su propietario.

—¡Jodo! —resolló—. Sí que está dura, sí —se retiró con gesto preocupado hacia la finca Las Torcaces, que desde aquel punto se avistaba parcialmente a la vuelta y declive de los taludes.

La granja esplendía sin que revelara catástrofe alguna.

—Será mejor que le llamemos a una grúa. Nosotros tenemos que seguir.

Salva consideró que no todas las posibilidades estaban agotadas, e intervino:

—Voy a intentarlo —y se puso manos a la obra.

La rota palomilla ni temblaba. Se hallaba soldada a la rosca a modo de pieza única. Salva se lo tomó como si la vida le fuera en ello.

Por fin, la tuerca giró; primero remisa; luego, entre chirridos, dócil y ligera.

El anciano dio unos cómicos saltitos de alegría.

—Ah, son ustedes lo más grande de España —intentó coger la rueda, pero Salva continuó con ella rodando hasta el neumático aplastado.

Una alegría la de aquel hombre casi tan inmensa como la que sacudía a Salva. ¡Qué gratificante la coincidencia de los sueños con la realidad!

Goyo sin dejar de mirar la hora.

—Gracias al cielo que aparecieron ustedes —proclamaba emocionado, al tiempo que Salva apretaba tornillos a golpe de maña y gozo—. Estaba desesperado. Con este sol, sin fuerzas y a estas horas que no circula nadie, no sabía qué hacer. Pero la Guardia Civil siempre en su sitio. No es por dar coba, pero ustedes son de lo poco que vale en este país. Y es que ustedes pagan con sus vidas los errores de los políticos, y nadie se lo reconoce. Por eso quiero hacerles un pequeño regalo. —Se echó mano al bolsillo de la chaqueta y tendió a Goyo un billete—. Para que se tomen un trago y…

—Por supuesto que no —rechazó el guardia, amablemente.

El hombre se lo ofreció a Salva, pero en vista del poco éxito los colmó de alabanzas y finalmente consiguieron que prosiguiera el viaje, tan encantado como Salva se quedaba.

Lleno de orgullo, se dio a recitar en voz alta:

—«En ninguna ocasión ni bajo pretexto alguno, recibirá el guardia civil, regalos, bien sean en dinero, alhajas, ropas o manjares, pues estas demostraciones son siempre el precio a que se compra la infidelidad. —Goyo lo repasaba entre conmiserativo y atribulado—. El Guardia civil no hace más que cumplir con su deber, y si algo le es permitido esperar de

aquellos a quienes favorezca, es sólo un recuerdo de gratitud.»

—Fabuloso —resumió Goyo—. Ahora déjate de leches, que se nos ha echado la hora. Volvamos a la *estufeta*.

Pero el jefe de pareja no completó su intención. Con un pie dentro y otro fuera del Land, quedó agarrotado en ese movimiento, escudriñando la vacía carretera… No: se aproximaba un coche.

Uno pequeño… verde.

—¡Mierda! —Goyo se palpó la cabeza, se abalanzó a por el quepis y tiró del cetme.

—¿Qué pasa? —preguntó Salva.

El coche portaba distintivos del Cuerpo.

—Es el teniente de la Línea —farfulló Goyo—. Tranquilo, Salvador —añadió en un acongojado susurro, mientras del vehículo recién parado descendía un oficial joven, de mirada adusta e inquisitiva.

Salva se sentía del todo tranquilo, de hecho, casi eufórico; tan sólo le preocupaba que en la precipitación la visera del quepis le había quedado demasiado baja, como más bien le gustaba y no se atrevía a contravenir por respeto a las órdenes o las indicaciones de sus mandos.

Estaba tranquilo, sí, y también confuso; no alcanzaba a descifrar el espanto de Goyo. El teniente venía enfundado en una gabardina reglamentaria… de invierno, en cuyas hombreras dos estrellas despedían rayos de sol por sus seis puntas. El tricornio lo portaba un tanto inclinado sobre la frente y eso le gustó.

—A sus órdenes, mi teniente. Sin novedad en el servicio —participó Goyo, golpeándose el pecho con el canto de la mano extendida.

Salva le duplicó el gesto con vigor y expectación.

—«¿Sin novedad en el servicio?» —retrucó el oficial, frente al mostacho del guardia; de soslayo, marcando al guardia joven.

Del coche salió un guardia segundo con gafas de culo de vaso, detrás de las cuales sus pequeños y achinados ojos miraban al desgaire. Sacó un trapo y se puso a limpiar los cristales con exquisita solemnidad.

—Nos hemos retrasado por culpa de un señor al que tuvimos que ayudar a cambiar una rueda pinchada…

—¿Me cree idiota, guardia? —le cortó el teniente—. Desde hace diez minutos ustedes deberían estar prestando servicio en otra parte. —El oficial encerrado en la gabardina se estiró, le apuntó con el mentón y resolvió—: La papeleta es sagrada. Démela.

Goyo suspendió momentáneamente el saludo para entregarle el documento.

Inclinado sobre el parabrisas, el conductor les espiaba con una especie de mueca corrosiva. Tenía los labios contraídos y dejaba ver unos dientes tan desatinados que a Salva se le antojó una cara singularmente molesta.

Aunque para molesto, la absurda permanencia con el cetme en el primer tiempo del saludo.

Una ranchera que se acercaba redujo velocidad, quizás temiendo un radar. Salva captó a los pasajeros enredarse con el cinturón de seguridad. La niña, con la frente pegada al cristal trasero, les miraba sonriente y embobada.

Y es que unos uniformados, rígidos como estatuas, la mano en el pecho, tenía que resultar harto llamativo. Ridículo.

—Usted: no se mueva, y súbase la gorra de las cejas.

Tal admonición fue proferida sin que el oficial despegara la vista de la papeleta. Pero Salva supo que se refería a él.

—Y sus botas no están limpias —agregó con idéntica desatención.

—Es por el trajín del auxilio prestado —repuso Salva con espontánea naturalidad.

El oficial despegó los ojos del papel con lentitud teatral, hasta cuadrar al guardia.

—¿Có-mo ha di-cho? —silabeó.

Salva fue a comenzar su explicación, pero se lo impidió la irrefutable réplica del superior:

—Cállese —y tornó a escrutar la papeleta tal que un criptograma interceptado el enemigo.

Salva, menos apocado que aturdido, enmudeció.

¿De qué iba aquel oficial con un gabán de invierno a treinta y tantos grados de temperatura? ¿Acaso no era antirreglamentario semejante prenda en semejante estación del año, por no decir que era una sandez?

¿Por qué no les permitía bajar la mano?

El sol rebotaba en el sombrero del oficial, cuya acendrada piel fosca daba la impresión de hallarse a punto de derretirse.

—¿Por qué estaba usted sin el quepis? —alzó la cara, ahora marcando a Goyo: el efecto visual se disolvió con el cambio de perspectiva—. ¿O también me lo va a negar?

Las caladas puntas del mostacho de Goyo oscilaron con laxitud.

—Sólo fue un segundo, para secarme el sudor.

—No me mienta. Le vi con los prismáticos, y sé que en ningún momento mientras estuvo fuera del vehículo llevó puesta la prenda de cabeza. Eso es una falta recogida en el Régimen Disciplinario. Voy a tomar

medidas por su evidente incumplimiento del servicio.

Las estrellas de la gabardina relumbraban como inmersas en una jovial escaramuza de sables. En cambio, el cuello de la prenda, rezumado de sudor, cresteaba oscuro y repulsivo.

—Entienda la situación, mi teniente —se expresó Goyo en tono desesperado—. El paisano nos lo agradeció un millón de veces…

La patética hipérbole del guardia hizo sonreír al oficial.

—Cuando uno asevera tanto es que miente —dijo—. Lo que han hecho es *Abandono de Servicio*. La papeleta lo dice muy claro: «Vigilancia exterior de Las Torcaces». Y allí es donde tenían que estar, no en el arcén de una carretera. Para eso se les dan las órdenes: para que las cumplan; no para que tomen iniciativas.

El chófer terminó de limpiar y se los quedó mirando con descaro de idiota: sacaba la punta sanguínea de su lengua y la escondía, la sacaba… como un juguete lascivo. *¿Se burlaba de ellos?*

—¿Cuántas denuncias han puesto?

—Todavía ninguna, mi teniente —respondió Goyo.

—Y usted qué hace moviéndose —pronunció el oficial, encarándose a Salva—. Está usted en el primer tiempo del saludo.

—Yo sólo…

—¡Cállese!

—A la orden.

—A la orden, ¿qué?

—A la orden, mi teniente.

—Ah, bueno. Estudiaré corregir tantas negligencias. Goyo volvió a la carga.

—Si me permite, mi teniente, creo que no tiene razones para…

—¿Cómo dice? —acercó el superior su rostro prepotente hacia el del contrito guardia, que, consciente de haber ofendido a aquel dios rocambolesco que tenía absoluto poder sobre el cuidado de sus melones, casi temblaba—. Has de saber que tengo dos muy claras —dijo, e inclinando el hombro izquierdo llevó los dedos índice y corazón de la mano contraria a golpearse sendas estrellas; acto seguido se enderezó agarrándose las muñecas a la espalda, para concluir con gravedad—: Estudiaré la providencia.

El conductor, atento como un can fiel y grotesco, rodeó el utilitario, abrió la puerta con ademán sibilino al superior y, tras cerrarla con exquisito cuidado, trotó a su asiento. Dio media —e ilegal— vuelta en plena calzada y se alejó como boyando en el asfalto rielante.

—Espero que no sea más de una semana —rogó Goyo con un temor ajeno—. Porque si no… Jodo, no podré bajar a regar. —Y aquí sí que se le descompuso el bigote sin que reparara en ello—. ¡Ay, Dios mío, mis melones!

Salva se creyó por un instante sumido en un delirante sopor.

Murmuraba y lo seguía creyendo porque nadie le respondía.

—Me van a corregir, me van a corregir…

Pero el manotazo de Goyo vino a corroborarle el golpazo de realidad. *¿Subyacente?*

—Baja la mano ya, chacho. Lo que tenga que ser ya se verá. Mira que me estaba temiendo alguna jodienda con Las Torcaces. Pues justamente ha aparecido el tontopollas este y nos acaba de dar la tarde. Un correctivo esta semana me va a joder, pero bien jodido. ¡Cómo que tengo una fanega a punto!

Salva bajó la mano, pero no se subió la visera de los ojos. Sólo pensaba en que les habían dejado sin la papeleta de servicio. «Todo servicio será ordenado bajo papeleta…» Algo que recogía de forma taxativa el Reglamento, y sin embargo aquel oficial se permitía atropellar sin respeto ni pudor.

Barahona tenía razón.

En cuestión de segundos, su estado de ánimo había girado ciento ochenta grados, pasando bruscamente de la exaltación al estupor.

Con pasos tambaleantes, entró en el Land. Forcejeando contra el cristal y un acceso de náusea, logró cerrar la puerta y que el vidrio siguiera por entero en su sitio.

—Veo que ya sabes lo de la puerta. Con eso y lo de hoy y poco más, no tardarás en aprenderlo todo.

—¡Pero qué hemos hecho mal, joder! —estalló Salva, entre dientes. Experimentaba su ánima escocida como la sentiría un cañón tras el disparo, si fuera un ser vivo—. ¿Cómo es posible algo así si cumplíamos con nuestro deber?

¿Y cómo es que no recuerda que en la Academia le mencionaran contingencias de ese calibre?

Inmersos en un aliento de fuego, reanudaron la marcha.

—Tranquilo, figura: un guardia civil sin un correctivo es como un jardín sin flores —refirió Goyo con simplicidad irritante.

—¡Y una leche!… —se desesperó el guardia cuyo jardín iba a florecer —. No quiero que me arresten por una injusticia. Qué quería que le hubiéramos dicho a ese hombre: ¿que se las apañara solo o que nos teníamos que marchar a vigilar rutinariamente una granja?

Y su mente siguió por su cuenta: *¿Cómo es que es tan importante ese lugar? ¿Qué tiene de especial? ¿Cómo es que no admite un retraso de minutos? ¿Qué pasa con el orden de preferencias de los servicios?*

Las Torcaces… *Las Torcaces*.

—Salvador, voy a decirte lo que haré en cuanto llegue a casa: me quitaré la camisa, la pondré en la percha y le diré: anda la que te ha caído hoy, querida. Cenaré y después meditaré tirado en el sofá, frente a la tele, y mañana, si es que no estamos arrestados, iré a mi huerto a cortar melones. Eso es lo que cuenta.

Torció por un camino entre cañaverales, y cuando llegó junto a una especie de obelisco o monolito de hormigón incrustado frente a un portalón, se apartó y se detuvo. Estaban en Las Torcaces.

Ante la vista del oficial, que charlaba con el propietario Moisés Torcaces, Goyo renovó su cabreo:

—¡Jodo, cómo no los pueda cortar!

¡NO! Yo no quiero ser así. Otra vez el eco en la calavera.

El guarda les saludó de pasada; no tenía tiempo para atenderles: hacía señales a un camión cargado de reses, que partía con prisas. Salva se percató de la vehemente conversación entre el señor Moisés y el oficial.

Aquél gesticulaba y éste asentía, quieto, mudo. *¿Cohibido?*

La patrulla continuó por el sendero perimetral.

—Mierda de caciques —refunfuñó el guardia jefe de pareja.

—Creí que ya no quedaban.

—¿También crees que los niños vienen de París?… Bah, ya te acostumbrarás.

Salva bufó desalentado. Goyo igual que el guardia primero Barahona. Le ardía la cabeza. Si sufría un correctivo, qué pasaría con su carrera de guardia civil, de cabo, sargento… Quizá no llegara ni a guardia segundo. Hasta cumplir el primer año sería un eventual, y en situación crítica. Conjeturas aciagas como trallazos al corazón de la ilusión. Sentía nublados los sentidos, revuelta las tripas. Se bajó en marcha.

El coche del oficial abandonaba la finca. La desmesurada polvareda que levantaba era porque se llevaba una colosal carga de leales ambiciones. Las suyas.

La furiosa estridencia del motor, el bochorno enervante, la sístole remanente de los canutos con Velasco, la sensación de estar de bruces en la dimensión del absurdo, le hicieron llevar las manos al circundante muro coronado de cristales rotos y vomitar.

—¿Estás bien, figura?

Salva afirmó con la cabeza.

—Y es que primero son los amigotes de los jefes. Una costumbre sin papeles, ya ves.

¿Una costumbre caciquil inmune al fin del milenio y las transmisiones vía satélite?, discurrió Salva con un puntazo de vértigo, físico y moral.

—Y ya que este mamón se ha despachado a gusto con nosotros, nosotros nos vamos de tripeo —marcó Goyo con acento de revancha—. Al Caballo Blanco, casualmente del Moisés hijo.

Y así es como pasaron el resto de la tarde, para acabar en El Holandés, una cafetería de infinita mejor categoría que el garito del tal Moisés júnior, tal como el imberbe veinteañero se presentó ante Salva. En este segundo local, Goyo se apalancó en una mesa de mus, de la que no remontó los bigotes hasta cinco minutos antes de la hora en que finalizaban el servicio.

—Total, nos ha dejado sin papeleta. Según el Reglamento, sin ella podríamos habernos marchado a casa si hubiéramos querido —exponía con supremacía moral, de regreso a la base—. Con mis compadres el Tripas y Juan el médico hemos ganado casi todas las partidas. Diez rondas por la cara, Salvador. Ves, es lo que yo digo: que no hay mal que por bien no venga.

Salva consideró que semejante dicha tenía algo de innoble… Claro que, comparado con lo del oficial, lo de su compañero no pasaba de ser un mero y banal resarcimiento.

El vozarrón de Velasco saliéndoles al rellano, colmó de escarnio la indeleble tarde.

—Os acompaño en el sentimiento. Ha estado aquí vuestro teniente y os ha metido un cuerno de cuatro días a uno, y al otro ocho. Bigotes: adivina a quién le han metido los ocho —sonrió como si se le hubiera desgajado la boca.

En el interior de las dependencias retumbaba el futbolín y los gritos de júbilo del Polilla. Había algo inconcebible en aquella realidad. Realidad fragmentada. *Subyacente*, sí.

Goyo se mesaba el mostacho, se retorció las puntas hacia las mejillas. *¿Sonreía?* Salva reparó en su futuro y se agarró la cabeza, y los dos guardias veteranos rieron ruidosamente.

—Que no, Salva, que ha sido una verónica de acojone —terminó por aclarar Velasco.

Goyo se echó mano a la entrepierna y prorrumpió:

—Esto, *pa'tu* teniente.

—Una leche —respondió el otro—. Si fuera mío ya lo habría tirado.

Salva les miraba sin comprender. Goyo tomó la papeleta que le tendía

Velasco; se apoyó en la barandilla y, con fruición y lenta caligrafía, escribió:

Sin Novedad

Para curarle del susto, Goyo le trajo un melón.

—¡Eh, mariquitas! —gritó Velasco para los del futbolín—. *Susaneger* y yo contra vosotros dos. Los que pierdan se pagan unas latas de cerveza.

—¡Os vamos a arruinar! —exclamó Jorge.

Perplejidades, pasmos y rutina demencial. A jugar.

XII. EN EL FULGOR

1

Sobrepuesto a la conmoción moral de los primeros días, Salva se esforzaba por asimilar con rapidez acerca del insospechado y peculiar entorno en que tenía que desenvolverse. Poco a poco iba conociendo a sus compañeros. Analizaba sus comportamientos y sus variopintos consejos de los que a toda costa procuraba extraer lecciones para su anhelante superación.

Como una joven gaviota que prueba sus alas (poseída por «un devastador deseo de aprender a volar»), hacía salidas en busca de conocimientos, de pericia. De explicaciones. Y las imperfectas respuestas con las que topaba excedían con mucho las satisfacciones previstas.

Era 18 de julio.

Y su primer servicio con el comandante de Puesto: relaciones públicas.

A esas alturas del rodaje ya tenía claras unas cuantas cosas, entre otras que de algunos compañeros tenía muy poco que emular. En cambio, del brigada, un hombre de carácter introvertido al que le quedaban pocos años para el retiro, cauto, sobrio, de mirada cansada y distante, al mismo tiempo que inteligente y comprensivo, uno de los que más.

Desde hacía una hora, Salva tenía todo listo para la salida: uniformado con camisa sin guerrera, y tricornio y zapatos y cetme bruñidos como espejos; también el *pepito*, el cual había limpiado con entusiasmo y refocilo. Como solía expresarse Monti «entero y a base de bien».

El R-4 o *pepito* era el coche de protocolo y de servicios nocturnos en los que no arrancaba el Land Rover.

Pero entre uno y otro existía menos diferencia de la que pudiera suponerse a simple vista, a pesar de que uno arrancara haciendo uso de la llave y el otro no.

En el Land el cierre de la portezuela trasera consistía en un cordel que se amarraba a los asientos posteriores. Cuando no quedaba más remedio que abrirla, había dos opciones: o se aflojaba desde dentro o se daba un tirón y más tarde se reponía otro cordel. El cristal de la ventanilla del acompañante requería de continuo atenciones malabares, sólo para quedar intacto a la hora de finalizar el servicio y no verse uno atosigado por un sinfín de papeles con los que defenderse de la acusación de «Negligencia en la prestación del servicio». Tenía vetas de herrumbre que horadaban los bajos con sazonada lentitud en memoria de su peregrino pasado costero en

las provincias del Levante. Por el calor que metía en el interior le llamaban la *estufeta* —calificativo de verano, porque en invierno lo rebautizaban con el de *locomotora* o *cafetera*, una época del año en que, por lo que comentaban, atronaba como si las bajas temperaturas lo hicieran tiritar terriblemente—; carecía de luz en uno de los pilotos traseros y de noche a la placa de matrícula la iluminaba la luna, incluso la nueva.

El *pepito* era otra cosa. Limpio pasaba por ser un coche seminuevo y a cierta distancia nadie podría sospechar qué pegas eran las que lo hacían impresentable.

Sí: por fuera parecía otra cosa.

El vehículo no habría pasado nunca una ITV ni por equivocación. Para empezar, los coches oficiales no estaban obligados a pasarla.

Salva advertía en ello una paradoja más dentro del insospechado desbarajuste en que se movía la Institución.

Con cerca de cuatrocientos mil kilómetros recorridos, hechos a base de trayectos cortos y constantes paradas y arranques, manejados por manos innúmeras, el enclenque motor aguantaba de milagro; el dibujo de los neumáticos —en coincidencia con los de la *estufeta*— apenas si se reconocía; el palier derecho chasqueaba en las curvas como un pato chiflado; la luz larga no funcionaba, tampoco las de frenado; gastaba 19 litros de media a los cien… Y el freno de pie no servía.

Todos en la Unidad le aseguraban que semejantes anomalías carecían de auténtica importancia si lo comparaban con patrullar en el Land en invierno: ubicados sobre un base ingrávida y roída, exento de calefacción, ensordecedor, azaroso y temible si el motor se paraba en campo abierto, manejarse con él en épocas de bajas temperaturas suponía un riesgo tremebundo, no menos que embarcarse a merced del albur.

El *pepito*, por lo tanto, era un lujo.

Y es que a excepción de la luz larga, le funcionaban todas las demás, la batería solía responder a la llave de contacto y como la carrocería se conservaba decorosa, entonces pasaba por ser un coche policialmente decente. Algunas personas recelaban de su frágil apariencia y osaban insinuar que, siendo ellas muy agudas o suspicaces, en realidad conocían que se trataba de una soberbia artimaña a fin de confiar y confundir a los delincuentes, ya que debajo del capó seguro que se escondía un motor bestial al estilo de *Mad Max*. El panzudo y guasón Félix les contaba que, lamentablemente, se les había visto el plumero y que, en efecto, en las entrañas del vehículo podía, en un momento dado, rugir un biturbo con veintitantas válvulas capaz de lanzar aquella débil y falaz estructura como si fuera un cohete supersónico. Por supuesto, no lo mostraba porque era secreto de Estado, y los enterados asentían y otros se quedaban

boquiabiertos, aunque algunos enarcaban las cejas, no del todo convencidos.

Porque daba el pego y arrancaba con llave se le reservaba para actos de relevancia social. Como el de aquel día.

El brigada correspondía a una invitación oficial cursada por un grupo de influyentes locales, en celebración privada, donde asistirían importantes autoridades, entre las cuales figuraban la Guardia Civil de San Juan de la Sierra y en cuya representación iba el comandante de Puesto, y Salva de acompañante: una especie de respetable y apuesto edecán sin otro objeto que ensalzar el uniforme. Y él se deshacía de ganas.

Bajó el brigada y, sentándose al volante, le pidió que prestara atención: conducirlo era algo más que poseer un pertinente permiso de conducción.

—Requiere oficio —dijo. Y lo alentó a no dejarse intimidar por tan nimio detalle, el de los frenos.

Salva no terminaba de creerse que fueran a salir con un vehículo sin frenos.

—Hombre, tampoco es eso; tiene el de mano.

—¿Volveremos vivos?

—Eso espero —dijo el suboficial muy serio, girando la llave—. A la vuelta lo conducirás tú.

A Salva se le demudó el rostro.

El coche bajó a la calle cuando el guardia de Puertas, el recio de Carrasco —que a Salva le recordaba al cabo de su pueblo: amplio pecho, musculosos brazos, ancha cintura sin barriga— les hizo una seña sobria y contundente con la mano en alto. Con la excepción de los más jóvenes —Velasco, Jorge y Monti—, era el único con el que aún no había salido de servicio. Nadie se lo recomendaba. Se conducía enigmático y taciturno, y salvo un par de frases de puro trámite cruzadas en el pabellón, no habían conversado.

Dio paso al *pepito* con resuelta indiferencia y tornó a subir las escaleras sin dedicarles el habitual gesto de despedida que se intercambiaban el resto de compañeros.

El *pepito* rodaba, en comparación con el Land, suave y silencioso. Que ambos vehículos tuvieran que partir del cuartel de la misma guisa era debido en el caso del *pepito* a que si éste tenía que frenar al invadir la Mural, la maniobra sería impracticable por causa de la pendiente y la ausencia de frenos. Funcionaba el de mano, pero se corría el riesgo de no detenerlo a tiempo o de hacerlo culebrear, para acabar restregándose contra la cancela.

—Cuando quieras parar, pisas a fondo el freno de pie (que algo hace) y, a la par, el de mano —explicaba el brigada—. Suele funcionar.

Salva tragó saliva.

—Sin práctica, me temo que podríamos tener problemas… —dejó caer, intentando hacer ver al superior que debía reconsiderar su postura de ser él quien lo condujera al regreso.

—Tú mira y aprende —fue la respuesta del comandante de Puesto, mientras se acercaban a la señal de STOP. Al llegar, redujo a segunda, aplastó el pedal del freno tres veces consecutivas, tiró del de mano y lo soltó al instante, como si quemara; a continuación metió la primera, repitió el trajín con los distintos frenos, y el *pepito* se detuvo dócil y preciso.

—Lo ves: fácil —se ratificó—; peor están en Villarjo, que van a pie.

Salva se maldijo por haber deseado conducirlo. Lo mejor que se le ocurría era no darle vueltas. Si los demás consideraban normal circular en aquellas pavorosas condiciones, no sería él quien diera la nota. De las deficiencias se habían cursado varias órdenes de trabajo en las que se daba cuenta de las averías y se solicitaban repuestos indispensables. Todas postergadas.

—¡No las consideran urgentes! ¿Qué te parece, Salvador? Todas las órdenes, tan pronto les llegan, son indizadas en Pendiente. Y ahí se pasan las semanas, los meses y hasta los años. Y en lo del consumo me responden que acabada la partida presupuestaria, la fuerza saldrá a pie.

—Pero a pie sería un servicio casi inútil —se atrevió a enjuiciar Salva.

—Sí; pero a ver quién le pone el cascabel al gato.

En lo del cascabel se perdió. El brigada no dilucidó al respecto. Había retrotraído la conversación a ciertas mañas en el manejo que rayaban en lo inverosímil y él no quería pasar por impertinente o necio. Dejando atrás el pueblo y la gran curva que lo ocultaba, el brigada torció a un camino perpendicular, de gravilla, flanqueado por dos hitos, en ambos de los cuales estaba escrito: CAMINO PARTICULAR. PROHIBIDO EL PASO. Penetraron en un túnel de arbustos, rosales y arcos de hierro recubiertos de hiedra y madreselvas, y medio centenar de metros después se hallaron frente a un chalé octagonal, cuya fachada aparecía protegida por una marquesina, talmente que la de un cine. Grandes eucaliptos lo envolvían en sombra. Media docena de casas independientes, con amplias parcelas valladas, componían aquella urbanización que el brigada mencionó como la colonia Machaquito.

Y señalando al monte agrietado de zanjas y mondo como una calva que se alzaba por detrás, explicó:

—Porque esa es la serrezuela de Machaquito. La misma que manda otra de sus estribaciones hasta la trasera del cuartel. Y esta es la casa de

don Alfonso De Lasheras, dizque un veterinario de mucho prestigio, o eso dice él.

El brigada paró el motor, y por un instante Salva experimentó la inquietud de que pudiera tratarse del Land. Pero era el *pepito*, que arrancaba con llave y por eso lo llevaban ese día de actos públicos.

El brigada pulsó el timbre.

En el borde de la marquesina descollaba una caja de alarma con un bulbo naranja. Un Nissan Terrano, personalizado con anchas ruedas y laterales decorados por un rayo irisado, relucía flamante a la sombra.

Dicho veterinario, un cincuentón bronceado y tonsurado, les recibió con atentos saludos. Enseguida trabó animada charla con el brigada acerca del calor veraniego y los preparativos de la ceremonia. Tras las puertas de vidrio del salón, las aguas de una piscina con forma de riñón ondulaban salpicadas de resol por el paseo submarino de un robot acuático de limpieza. Recostado en una hamaca, tomaba el sol un muchacho al que el veterinario refirió como su sobrino «Nachito», aunque sin duda era bastante mayor que Salva.

Cuando a los pocos minutos el brigada dio por concluida la visita, el veterinario le pidió un favor que tenía que ver con llevar a un tal Urbano un cachorro de perro que, al parecer, le tenía prometido. Aceptó el brigada sin afecto y sin reparos y ya en el *pepito* convinieron en que la misteriosa ceremonia sería, un año más, «una gran conmemoración de leales».

Con el animalillo acurrucado en el asiento posterior, reanudaron el circuito protocolario.

—A juzgar por la casa y el coche, no le deben de ir nada mal las cosas —comentó Salva, con los ojos en el espectacular todoterreno que se empequeñecía en los retrovisores del *pepito*.

—No marcha mal, no. Este chalé lo utiliza en verano y fines de semana —entró en la C-215 y le siguió informando—: Pero los hay con más dinero. Por ejemplo, el que vamos a visitar ahora. Otro que ha tenido muchos negocios. Hasta hace poco fue constructor y antes tuvo ganado. Fracasó en ambos y ahora desconozco a qué se dedica. También está Moisés Torcaces, y Parra, el de las grúas. Gente de dinero en San Juan. Y mucho poder —resumió con críptica dicción.

Poder, conmemoración de leales. Ah, gente importante.

Y yo voy a lucirme, dedujo Salva, impaciente.

Llegaron a la plaza por la Mural, cruzaron bajo un panel publicitario —tal que el reloj del pabellón de solteros: CÁRNICAS MOISÉS— y tomaron una calle empinada. En seguida se hallaron en las afueras, entre eras antiguas, desdentadas de cantos y erizada de yerbajos.

El brigada fue a detenerse al único edificio extramuros en aquella

parte del pueblo, un caserón rodeado por un zócalo de piedra agregado de setos y arizónicas. Frente a una verja ciega, hizo sonar el claxon. Respondieron ladridos, el cachorro humilló la cabeza.

Engastada en una de las rocosas jambas, coronadas por artísticos faroles, una cámara de TV se puso en movimiento, silenciosa, secreta y ostensible a la vez. En la otra jamba y con letras doradas por sobre un buzón gárgola, se leía: LA PEQUEÑA ARTEAGA.

La verja se desplazó lateralmente. Apareció un sendero enlosado en forma de Y. El ramal izquierdo conducía hasta un porche sostenido por tres arcos; el otro hacia un lateral de la vivienda donde se derramaba en una especie de elegante terraza de bar, tomada por sillas y mesas de hierro forjado pintadas de blanco.

El tamaño de la casa, de una sencillez imponente y excelente estado de conservación, doblaba a la del veterinario. Entre árboles frutales, protegido por una caseta de madera, un BMW rojo de afilado morro asomaba como un hurón en la boca de su madriguera.

En batín y babuchas surgió un individuo de cabello ralo —largos y escasos pelos le partían de una oreja, le cruzaban la calva esplendorosa y se confundían en la contraria con pelusa retorcida—, se apoyó sonriente en un busto que presidía el centro de la arcada y les blandió la mano con aspavientos un punto amanerados.

—Urbano Arteaga —dijo el brigada, clavando el *pepito* con un suave tirón del freno de mano.

El anfitrión se despegó del pulimentado busto —era del general Franco y tenía una inscripción en la que Salva, por una sensación de pudor, no quiso distraerse en descifrar—, pasando a enredar sus blancuzcas manos con el cinto del batín, cuyos faldones ondeaban tras él.

—¡Mi casa para la Guardia Civil! —exclamó. A las espaldas de los recién llegados, el zumbido electrónico retabicando.

El brigada le mostró el porte gratis, sin llegar a bajarse por temor a lo imprevisto de la manada de perros que, babeantes y frenéticos, se apiñaban en torno del *pepito*.

—¡Ohi, ohi, muchísimas gracias! —celebró el anfitrión con dos palmadas, y se inclinó a la altura de la ventanilla de Salva; su rostro ovoide y abotargado brillaba de grasa. Salva contuvo un visaje de repulsión física —. El muy sinvergüenza prometió traérmelo hace tiempo y gracias a ti, brigada y… al pipiolo —precisó al percatarse del joven guardia—, al fin lo tengo. Porque es nuevo, ¿verdad?

—Sí: Salvador, nuestro nuevo fichaje.

—¿Y crees que habremos acertado?

—Me da que sí —contestó el brigada en un tono de firmeza exento de

retórica.

El suboficial trasladó el animal a su dueño.

—Cualquiera sabe —repuso Urbano—. Esta juventud no quiere más que música y cachondeo —depositó dos amorosos besos sobre la cabeza del animalillo—. ¡Ohi, ohi, qué lindo! —chilló y levantó una oleada de ladridos celosos en los otros perros—. Yo lo veo por mi hija Yénifer. Se pasa la vida de fiestas y las semanas enteras sin saber de ella. ¡Contentos nos tienen!

Acunó al cachorro en los brazos y ordenó a los demás que se alejaran: ni caso. Se repitió con voces afectadamente severas, y como tampoco le obedecieron, se recalcó con un puntapié a un cocker. Los animales cogieron la idea y los guardias bajaron del *pepito*.

—Joven, te daré un buen consejo —Salva supuso que le hablaba a él y apremió la zancada—: «Donde fueres, haz lo que vieres». Regla de oro para no meterse en problemas. ¿Verdad, Ramón? —consultó ladeando un tanto la cabeza, como poniendo el oído hacia el brigada, que les seguía.

Éste no le contradijo.

—Así es.

—Bueno, ya verás como te va bien por aquí, joven —besuqueó al cachorrillo, que entornó los ojos, rendido a las caricias de su nuevo amo—. Ohi, ohi, mi chiquitín, que de no haber sido por la Guardia Civil todavía lo estaría esperando. Y es que la Benemérita es la gran tradición de este país —profirió pasando bajo el arco que coincidía con la puerta de entrada a la vivienda; de reojo, Salva leyó a su derecha la inscripción del busto: YO HICE UNA, GRANDE Y LIBRE—. Ahora que estos rojos de pacotilla se lo cargan todo. En fin: nos tomaremos un piscolabis; aunque con el fiestorro que hemos preparado en Las Torcaces nos vamos a hartar.

Nada más poner el pie en el interior, Salva se vio bajo una grandiosa araña de cristal y ante un salón enorme, espléndido, estrambótico: un reparto de muebles rococós, graneado de ingenios electrónicos.

Una barra de bar forrada de cuero, fosca y globulosa, se alargaba hacia una alta y gigante pantalla de televisión, la cual colgaba o partía la barandilla de una escalera; por debajo, un apaisado cuadro de caza salvaje —una jauría ensañada con un ciervo herido— se enmarcaba en una moldura ancha, profusa y dorada, y todo ello untado de luz por una lámpara *ex professo*. Y del suelo al cuadro se alzaba una cadena musical cuyo ecualizador gráfico danzaba al compás de unas sevillanas escandalosas.

Pantalla, cuadro y cadena eran flanqueados por columnas de fuste retorcido rematadas en plantas de anchas hojas. El conjunto se le antojó a Salva un retablo de iglesia ultravanguardista.

Por encima de las ventanas, que coincidían con los arcos del porche, se alineaban cuatro monitores en blanco y negro, encastrados en cajones tallados con motivos vegetales. La claridad de las ventanas se derramaba sobre un largo sofá y dos sillones de orejas, los tres alrededor de una sirenita, la cual, mineralizada en verde, aguantaba un grueso cristal ovoide.

Un reloj de cuco dio la hora con horrísona cadencia junto a la escalera. A su lado, una bandera nacional enrollada resplandecía; por entre un pliegue asomaba, en un fino y oscuro bordado, la cabeza de un águila. Por detrás arrancaba una mampara plegable, especie de biombo chino con cristales en relieve, que aislaba o delimitaba parte del inmenso salón.

El anfitrión flameó su bata y se colocó tras la barra. Espejos iluminados duplicaban copas y botellas. El suelo de oscura y brillante madera hacía lo propio con la fila de taburetes dorados y los allí presentes. Urbano enarboló un mando y el jaleo de sevillanas descendió drásticamente.

—¿Un botellín, Ramón? —ofreció para el brigada, a quien volvió a llamar por su nombre.

Éste aceptó, pero al ver que plantaba tres, le paró los pies:

—Para nuestro nuevo fichaje, un zumo; es un deportista.

Urbano, impresionado, exclamó:

—¡Vaya! Qué bien. Le veo embobado con mis maquinitas. ¿Le gustan, joven?

Salva confirmó reparando en los monitores: el primero de los cuales enfocaba la verja electrónica; el segundo, una panorámica general del pueblo —por efecto del desastroso contraste todo emblanquecido—; el tercero, como un testimonio de irreprochable inutilidad, su correspondiente soporte, ya que nadie se había preocupado de restituirla a la posición idónea. Y el cuarto subía y bajaba rayas.

Con amanerada diligencia y sin desprenderse del cachorro, Urbano manipulaba una consola entre licores.

—Nada. Que no funcionan bien. Si los conservo es más por simple placer que por propia seguridad. Y por el efecto disuasorio, claro. Están caducos, los pobres cacharros. Los años Ramón, los años, ¿verdad? —el brigada le respaldó con un gruñido—. Pero si tanto le gustan las nuevas tecnologías al joven, venid —los invitó a seguirle por las escaleras, chucho en brazos.

A llegar al descansillo de la primera planta se metió en una habitación copada de cachivaches y de unos cuantos aparatos de radio.

—Pasad. Esta es mi Sala de Transmisiones. ¿Qué os parece? —y se inclinó a girar un conmutador que puso a soplar un altavoz.

—La leche —opinó el brigada con indiferencia.

Salva no pudo evitar un suspiro de fascinación.

—Esta fue la última emisora que compré —reveló Urbano Arteaga, manejándose con una mano mientras que con la otra sostenía y acariciaba al perrito. Dio un capirotazo al micrófono y probó a establecer comunicación.

Pero algo le fallaba. En tanto que el señor Arteaga insistía, Salva se distrajo con la modesta colección de radios antiguas repartidas por las estanterías; una colocación tan caprichosa y abigarrada que resultaba imposible seguir un orden cronológico. Como la futilidad del operario se dilataba, reparó en un grabado de húsares y luego en una pata de ciervo de la que colgaban media docena de llaves con sus respectivas etiquetas, las cuales leyó con una concentración absurda sin otro beneficio que culminar algo enteramente trivial.

De repente, el operario tumbó el micrófono con un manotazo.

—Mala suerte —se hartó—. Pero el no va más es lo que tengo en la buhardilla. Seguidme, que eso, tú Ramón, tampoco lo conoces.

Salva se sentía importante por conocer a un personaje tan original (*hasta lo grotesco*, pensó impíamente) y tan amigo del Cuerpo: no se le pasaron por alto un par de cuadros o metopas en relieve con escenas de guardias civiles.

En esa otra planta lo primero que atrajo su atención fueron las innúmeras cabezas y cuernos clavados a las paredes. A continuación, el magnífico telescopio que el propietario arrastraba al centro de la pieza.

—*¡Vualá!*

—La leche —confesó el brigada, con tan aburrida dicción que un expositor inteligente habría interrumpido su despliegue de vanidad y olvidado el asunto con inmediata repulsa.

Pero aquel tipo poseía una severa sandez que el brigada parecía conocer hasta el punto de saber que no corría peligro, y Salva atisbó en su superior una actitud de mero compromiso.

No quiso penetrar más y se dedicó a acariciar el artilugio.

—¿Qué le parece, joven?

—Fascinante —respondió Salva, de corazón.

—Lástima que no sea de noche. ¿No lo conocías, verdad, Ramón? —extendió la palma de la mano como si pidiera algo, para en el acto seguir manoseando al animal, el cual, dichoso y ajeno, adormecía en su pecho.

—No —contestó el suboficial—. ¿Para qué sirve?

Urbano Arteaga sonrió con suma pulidez.

—Ay, Ramón, Ramón. Así no va el Cuerpo a ninguna parte. Es para ver las estrellas.

—Oh —dijo o bostezó el brigada.

—Una noche os pasáis, salimos al solárium —señaló a la azotea, luminosa tras la puerta abierta— y disfrutamos mirando el cielo.

Salva se acercó a una vitrina donde destacaba un curioso artefacto con correas y forma de catalejo capado. Urbano se apresuró a ilustrarlos.

—Tampoco tú has visto esto, Ramón: es un visor de infrarrojos.

—La leche —contestó muy serio el brigada, confirmando que se la traía laxa.

El propietario rio entre dientes, y refirió el invento.

—Lo uso cuando voy de caza. Es un aparato para poder ver de noche, sin luz, pero con el que se puede ver como si fuera de día.

El brigada murmuró, casi imperceptiblemente:

—Lástima que no sea de noche.

Urbano dijo:

—Lástima que no sea de noche.

Salva no dejaba de contemplar el fabuloso ingenio. Le parecía un invento dotado de una eficacia y un gozo casi sobrenatural. En letras góticas resaltaban las iniciales U.A.

Sonó un timbre. Y el brigada, desde la terraza, adonde había salido a pasearse al sol, avisó al propietario de que se trataba de su esposa. Salva escoltó a Urbano, divertido por el trote con que éste se llegaba a la balaustrada de formas exuberantes y prorrumpía en un chillido bufo, al tiempo que alzaba el animal por encima de la cabeza, como si fuera a ofrecerlo en sacrificio.

Abajo, al otro lado de la verja, dos mujeres levantaron las manos.

—La esposa y la señora Carmela, la mujer encargada del cuidado de la casa cuando ellos se ausentan, que, al igual que Alfonso De Lasheras, es la mayor parte del año —le puso al corriente el brigada cuando bajaban.

Salva no dejaba de admirar la sobrecargada decoración por toda la vivienda. Hasta el busto del Generalísimo presentaba un profuso acabado en la zona de la pechera.

—Mirad lo que nos ha traído la Benemérita de parte de Alfonso —corrió Urbano hasta la bifurcación del sendero.

La esposa agarró la animalada adquisición con una extraña ausencia de muecas, si bien con la cabeza aprobando complacida.

—Es que acaba de hacerse la cirugía estética —le sopló el brigada.

Se acercaron las mujeres y se saludaron. El suboficial presentó al

guardia joven y acto seguido el perrillo recuperó el centro de atención. A la andanada de arrumacos, el cachorro respondió agitando una lengua pequeña y roja.

—Puede que esté sediento —se alarmó la esposa, y ambas mujeres corrieron a buscar leche.

Urbano las siguió; regresando con dos botellines y un refresco de naranja, uno tan malo como otro cualquiera, saturado de conservantes, azúcar y potenciadores de sabor, cuya diferencia sustancial radicaba en el color.

—Pero este joven es muy raro —estimó Urbano, recogiéndose los picos de la bata con minuciosa delicadeza, para tomar asiento en la terraza, junto a sus invitados—. Quiero decir, que nunca he conocido un guardia que no tuviera buen «saque».

—Cosa rara, sí —admitió el brigada—. Y además, le gusta leer. Los días de Puertas acostumbra a hacerlo. Y yo le tengo preparado una estupenda biblioteca —añadió con una especie de orgullo paternal.

—¡Ohi! ¡Ohi! ¡No me digas! No me digas que no es de esos que oyen música todo el día.

Salva recordó que unos días atrás había comprado una cinta recopilatoria con los éxitos de una banda de *rock*, que pensaba escuchar a volumen brutal, tan pronto acabara el servicio… después de haber asombrado a todos los asistentes al evento con su bien llevado uniforme, su porte atlético, su incansable gentileza…

Mientras los dos viejos conocidos intercambiaban insulsa conversación acerca de amistades comunes, Salva se abandonó al promisorio lucimiento en el que dejaría bien alto el pabellón. Nadie como él para enaltecer física y espiritualmente las fasces pasantes en aspa con espada. El comandante de Puesto sería felicitado, murmurarían elogios…

Un cocker vino a olfatearle. Salva lo acarició por deferencia a su dueño; los perros no le inspiraban gran simpatía.

Una pelota que había cerca la usó para quitárselo de encima.

La pelota fue a incrustarse entre un cúmulo de macetas exuberantes de flores rojas y blancas, y el animal, que había saltado lleno de contento, se quedó mirando a Salva con tristeza casi insoportable.

Salva se levantó. La pelota se hallaba tras las macetas, pegada a una puerta de malla de hierro que, abrigada por los vigorosos setos, apenas si se distinguía. Corrió el cocker ahora en dirección al porche y el suboficial, en vista del anodino incidente, aprovechó para cambiar de tema.

—¿Y esa puerta? —preguntó con la misma falta de interés que hasta entonces.

Urbano explicó que fue construida en su día para facilitar el acceso a la trasera de la casa al objeto de recuperar las pelotas en la época en que la terraza era una pista de tenis. Llevaba años sin usarse. Regresó el can; Salva prosiguió con el juego. La pelota —un balón de goma desinflado— tres veces más lejos. Apuradas las bebidas, Urbano propuso traer más, pero el brigada alegó que le requerían otros asuntos. Se verían más tarde. Arteaga les acompañó hasta el *pepito*, musitando a la vera del suboficial una letanía en tono de quejumbrosa añoranza.

—Qué malos tiempos estos, qué malos tiempos.

Con un chillido alejó al perrerío; con otro asomó Carmela y al poco la verja ciega comenzó a deslizarse. Alargó las manos con ceremonioso ademán clerical en señal de despedida; gesto que repitió para con el novato y a Salva le pareció de un ascenso social inimaginable y elitista.

Antes de emigrar para el fasto, el brigada se dio a callejear, poniéndole al tanto de lugares y personas: el Balilla, un delincuente habitual, enclenque y desarraigado, que vaga de día y de noche, en verano y en invierno, ataviado siempre con una cazadora tipo piloto. Varios robos de poca monta eran obra suya, con el «único motivo de costearse la droga». Eufemio, el churrero; el holandés, que se casó con una española y puso un bar con el nombre poco original de El Holandés; Julia, la farmacéutica, por la que Velasco se devanaba los sesos con tal de ligársela: «en vano»; Gómara, un borrachín vejete y simpático que siempre que se topa con los guardias se empeña en invitarles a vino peleón; Salustiano, el panadero, que vino de guardia civil al pueblo, se casó con la hija de la tahonera y cambió el tricornio por la masa…

El brigada se detenía con todos y a todos presentaba a Salva.

Cuando se cruzaron con un ruidoso minitractor, el brigada anunció a Matías el Sordo, con quien intercambió un efusivo saludo sobre la marcha.

—Aunque bastante menos sordo de lo que aparenta —siguió detallándole—. Depende de lo que si escucha le interesa o no. Dado que más de la mitad de lo que se dice en la vida es producto de la tontería supina, es decir, no le sirve al hombre más que para preocuparse estúpidamente, Matías, que lo sabe, se conduce a su aire. Es el lugareño más feliz de todo San Juan. A poco que te descuides, te recita una poseía. Lo verás casi todas las mañanas yendo y viniendo a su huerta, lindante con la de la viuda del Sosa, Desideria.

Al mencionar a esta viuda, Salva quiso saber más de la historia de esa triste y huraña mujer que cuando se va a cruzar con ellos cambia de acera y, si puede, de calle.

—Es lógico —reconoció el brigada—. Perdió a su marido al saltarse un control del Cuerpo. Los confundieron con terroristas, o sabe Dios con

quién; el caso es que saliendo una noche de Dosarcos les tirotearon el coche en el que iba toda la familia. Hará unos dieciocho años de eso. Viuda y con dos hijos, una chica y un chico, la pobre mujer los ha sacado adelante trabajando ella misma la huerta y algunos cerdos, que cría como puede.

Hizo una pausa, como traspasado por empático dolor, y concluyó con un reproche impreciso:

—Esperemos que sea verdad eso de un cielo justiciero y alguien llegue a resarcir a esa mujer por tanto penar, ya que en la Tierra nadie lo ha hecho.

Y de ese caso tan luctuoso, el brigada pasó a relatarle otros de diversa índole, algunos rocambolescos, como los referidos a temas de cuernos, peleas entre vecinos irreconciliables, casas donde vivían personas con antecedentes penales recientes y no tan recientes y con los que, sin embargo, solía congeniar. Después de casi tres lustros destinado en aquella población, presumía de amistades en todos los estratos sociales.

Hicieron parada en la plaza, en el Manola, un bar regentado por una simpaticona viuda, de curvas abultadas, la cual ponía cachondos a todos los guardias. Tras un par de cañas —invitación de la casa—, prosiguieron de paso por otros locales, como el restaurante y discoteca Bordaluna. O El Caballo Blanco, propiedad de Moisés júnior, el hijo del dueño de Las Torcaces, un garito brumosamente legal que Salva conocía, al igual que el bar El Holandés, por el desquite de Goyo.

—Hay que andarse con vista con algunos de esos negocios: son de los caciques del pueblo.

—Creí que ya no existían caciques —repuso Salva, inquisitivo en su eterna pregunta.

—¡Cómo que no! —exclamó el brigada, conmovido—. Existirán siempre mientras unos tengan más que otros y la ley sea hecha y aplicada por los que más tienen. No es lo mismo cerrar el local de un hombre como Moisés Torcaces o su hijo, que el de un pobre diablillo sin influencias. Con el segundo te apuntas un tanto y con el primero te metes en líos. Si no al principio, a medio y largo plazo, a no dudar. Esta tarde verás algunos de ellos con nuestros jefes. Muy recios «patriotas» todos ellos —apostilló con ácida ironía.

—Eso es bueno —dijo Salva.

—Ten cuidado: un patriota es siempre un aburrido siniestro.

—¡Ah, ya…!

El brigada lo miró un instante, escéptico.

—Es en serio, Salvador. Esta gente siempre acaba trayendo problemas. Mantente alerta, hijo, antes de que caigas en sus redes o te conviertas en su

galeote. Se trata de la *realidad subyacente*. Y ya que te va a sobrar tiempo y oportunidades para comprobarlo no quiero dejar de recordártelo. En otros pueblos apenas si ven un teniente coronel al año; en cambio, aquí los tenemos muy a menudo. Demasiado a menudo. Y el que más nos frecuenta es el general jefe de la Zona. El Gran Jefe Monipodio, lo llamo yo. De Lasheras, Arteaga y otros que ya te iré diciendo, son sus íntimos. Caballeros de mohatra, truhanes modernos y majaderos antiguos, que bien podría hoy volver a referir nuestro don Quijote de la Mancha. Ya te acostumbrarás.

Acostumbrarás, acostumbrarás…

A Salva oír aquellas afirmaciones le trastornaban por lo que tenían de peregrino y de tópico. Pero él era un novato restringido a ver, oír y callar, donde fueres, haz lo que vieres, ya te acostumbrarás, todo está inventado…

—Y ahí tienes la discoteca Bordaluna —le polarizó el brigada, invadiendo la 215—. ¿Has estado ya? —Salva contestó que no—. Pues baja y verás qué chicas más bonitas tiene este pueblo.

Tomaron la carretera a Villarjo, pasaron el puente del molino: malos recuerdos le traía aquella ruta. Buen susto le había metido el histriónico del teniente. Tal vez para hacerle saber que no debía imitar al consuetudinario y remolón guardia Goyo. Dentro de unas horas le demostraría que su talante era bien distinto, irreprochable.

Lo había relegado al trastero mental, y ya casi lo tenía olvidado. Torcieron al camino de Las Torcaces.

—Pobre *manolito* —se lamentó el brigada, rodeando el monolito de hormigón, arropado por una bandera nacional y una corona de flores.

Por el portalón de hojas abiertas de par en par entraron al corazón de la finca, un complejo con diversas instalaciones compartimentadas. La zona habitable y de recreo al principio, y al fondo la parte pecuaria: vacas, ovejas, caballos, cerdos… Estos últimos hozaban en gran número en un redil donde el capataz les arrojaba brazadas de dulces y pastelitos caducados, según le informó el brigada.

—Tienen buena pinta, ¿eh?

—Ya lo creo que sí.

—Pues no son más que carnuza. Las apariencias engañan, Salvador.

Gracias a que el viento soplaba de levante, el olor de los animales enfilaba el pueblo, aliviando sensiblemente la estancia del medio centenar de personas allí congregadas.

Bordearon dos grandes depósitos de combustible y frente a las cuadras de caballos estacionaron entre el coche oficial del general, un Renault-21 de color gris sin distintivos, y un original camión Ebro, modelo 2000. Tan pronto se bajaron, el comandante de Puesto buscó al teniente para darle

novedades. Entretanto, Salva debía aguardarlo con su respectivo armamento, cerca del *pepito*, por si se le requería, pero «reconociendo el panorama por tu cuenta».

Salva reparó en la continua atención que el brigada le dedicaba. Él le correspondería con su empaque desenvuelto y buenos modales. No le defraudaría. Tampoco a sí mismo. Estaba en el centro del fulgor y no dejaría pasar su oportunidad.

Después de admirar el camión —especie de vehículo ligero con grandes ruedas todoterreno y caja cerrada con lona—, dirigió su interés hacia los corros de gente, hombres y mujeres reunidos en animosa charla alrededor de las mesas mejor servidas.

Tablones sustentados por caballetes, colmados de fiambres y bebidas, se empalmaban hasta componer un cuadrado, en cuyo centro, sobre un pódium recubierto de lustroso terciopelo rojo, se alzaba una lustrosa y enorme bandera nacional. Una ráfaga de viento la hizo ondear, y fue entonces cuando se percató del detalle: el escudo era el del antiguo Régimen.

—… ondulando igual que el agua serena de un estanque agitada por el vuelo de una golondrina —captó que recitaba una voz remilgada, conocida.

Envuelto en aplausos, Urbano Arteaga cabeceaba con ufana y dilatada sonrisa. Su numen era especialmente elogiado por mujeres peripuestas como de boda.

—Es tan larga como la piscina lo es de ancha: seis metros —detalló una fémina que, sin advertirlo, se había situado a su lado.

Salva se giró con un leve sobresalto.

—Perdón, no la había visto —se disculpó; y no tardó en reconocerla.

Tras ella, el busto del caudillo, que unas horas antes había visto en La Pequeña Arteaga, le cuadraba con severidad.

—No te preocupes —le tranquilizó la rubia, con pronunciación melosa—. ¿Eres nuevo? —Salva afirmó con la cabeza—. Yo soy la que iba con el chico que tu compañero paró cuando bajábamos de Maracaibo, porque decía no sé qué de un STOP. ¿Lo recuerdas?

—Sí, un descapotable que no respetó…

—Ese mismo —confirmó ella con una risa breve—. Qué gracioso, el guardia viejo: nos quería denunciar; pero en cuanto nos conoció, nos dejó marchar. ¡Uy, si no me he presentado! Mi nombre es Marisa y soy la hija de Moisés Torcaces —se arrojó a las mejillas de Salva, estampándole sendos gomosos besos.

Salva sintió que se ruborizaba formidablemente.

—Bueno, y tú, ¿cómo te llamas? —continuó ella.

El interpelado balbuceó:

—Salva. Salvador.

—Pero te gusta que te llamen Salva. ¿A que sí?

—Me da igual.

—Qué bien te sienta el tricornio.

Salva no sabía qué responder.

—Ven, Salva, vamos a tomarnos algo. —Le agarró con apabullante descaro de la mano libre (la otra la tenía agarrotada a la correa del cetme) y lo remolcó hasta la mesa más próxima.

—¡Coge! —le alargó un vaso de sangría.

Salva lo tomó con rapidez para disimular así su aturdimiento; y ella, que sin duda se daba cuenta, parecía gozar. *¿Criticarían su conducta?* Si acaso el que pasaba cerca le dedicaba una fugaz mirada de simpática aprobación.

Tenía que reponerse. Con donaire y creyendo que sería mínimamente original, dijo:

—Después de haber conocido a la hija de Moisés Torcaces, no creo que me suceda nada mejor en todo el servicio.

Ella risoteó el halago.

—Tengo que atender a unos amigos y arreglarme estos pelos —pegó un sorbo al vaso y lo dejó—. Nos vemos luego, ¿vale? —y se alejó airosa, intrépida. Descocada.

Marisa contoneaba las caderas ceñidas por una mini tan corta que Salva creyó ver que le asomaban las bragas entre los espesos muslos, y bajó los ojos con cierto sofoco que le sobrevino tontamente…

Sí: sus zapatos brillaban como espejos, que reflejaban una inopinada e incontrolable fatiga.

Se sujetó el sombrero con una mano y con la otra volcó el vaso de sangría en su boca hacia el cielo.

Al punto, su estómago —su soma entero— se sublevó.

Se había pimplado algo que en otras circunstancias jamás habría hecho. Ag.

Era un uniformado de la Ley y el Orden. Un guardia civil cabal. Soltó el vaso como el asesino que de pronto se descubre el arma homicida en la mano, y con el pulgar trabado a la correa portafusa, se dedicó a observar los diversos corros: Urbano Arteaga, el brigada y el jefe de Línea y otros desconocidos charlaban animados en un mismo grupo; muy cerca, el odioso chófer del teniente bebía risueño y repulsivo con otros dos guardias

a los que identificó como conductores oficiales. Supuso que dejaría de caerle tan mal si a lo largo de la tarde entablaba conversación. Los mandos que pululaban eran un general de caqui, y del Cuerpo un general y un coronel. Los veía beber y gesticular con gran desparpajo y, al recordar el Reglamento, con ademanes, a su modesto entender, más que descompuestos. Sólo era un novato.

El brigada venía hacia él.

—¿Cómo te va, Salvador? —Y sin dejarle responder—. Ya veo que has hecho amistad con la hija de Moisés, nada menos. Eso está bien —le incitó con un guiño—. Me recuerdas a mí. Te deseo lo mejor, qué puñetas. Bien, a lo que venía: el general de la Zona quiere que un guardia se encargue del control de los coches que entran al recinto, según este listado —le entregó un folio—. Quédate en la entrada y los mandas a estacionar por detrás de las cuadras de caballos.

Creí que era un guardia civil, no un aparcacoches privado.

—A la orden, mi brigada.

XIII. EL PIPIOLO NO SE ENTERA

1

Pasados cien minutos, el cupo de la lista de convidados con coche se había cerrado. En el camino exterior se arremolinaban curiosos: niños con sus bicis, hortelanos camino del riego vespertino, gordas y fondonas en paseos de adelgazamiento y cotilleo…

Salva se fue para el comandante de Puesto, y éste, a su vez, le fue a su encuentro empuñando una lata de refresco: era como si el brigada deseara absolverse y a él indemnizarlo simbólicamente de la degradación que suponía el haber sido tratado como un mero lacayo.

No prestó atención a la cantinela de *sin novedad* y, tomándolo del brazo con campechanía, con un puntillo de ron en el aliento, le puso al tanto de los distintos personajes. El tipo achaparrado y frente oblicua —monoide— era Lucas Parra; dueño de la gasolinera de Morratal y de un negocio de grúas: las únicas que por orden del general se podían solicitar para el traslado de vehículos auxiliados durante el servicio. Moisés Torcaces, el esquelético anfitrión, ganadero y comerciante de carnes vivas y muertas, receloso y avariento con sus tratos; muy aficionado a montar a caballo, de ahí las carreras con piernas de jinete —ahuecadas— con que recibía a sus invitados. Los hermanos Berchina, ambos dedicados a la venta de turismos de importación. Los ya conocidos De Lasheras y Arteaga. El cura y Juan el médico del pueblo, Carmelo el alguacil, y un reparto de otros nombres que Salva no tardaba en confundir y olvidar.

El elenco de autoridades militares, con sus respectivos uniformes y pasadores de medallas, lo componían el general Llopera, jefe de la Primera Zona del Cuerpo —Gran Jefe Monipodio— y sus compañeros de promoción: un general de división del Ejército de Tierra y el coronel Benito, éste destinado en la Dirección General en uno de esos gabinetes rotulados con pomposas siglas.

—Estos andobas son los que menos nos pueden ayudar —le reveló el suboficial, como si de un tenebroso secreto se tratara—. Unos hijos de puta, vaya. —Salva contuvo un visaje de espanto—. Tienes que aprender que es más importante la confianza con los paisanos influyentes que con los propios mandos: los primeros te respetan y los segundos viven de joderte —se echó al coleto el poso de una copa y se fue a buscar otra.

Salva lo esperó un minuto, en cuyo ínterin se distrajo con las rebuscadas poesías de Arteaga y los estribillos militares que un gorderas

con una chapela roja expelía a voz en cuello. Regresó el brigada diciéndole que el general y el anfitrión, al parecer, habían quedado muy satisfechos con su excelente labor de aparcacoches.

—Así que, ahora, a tu aire. Y si te «pierdes» con alguna muchacha, por mí no te preocupes. Je, je —se marchó cojeando un poco—. ¡Este principio de gota! —se quejó como para sí mismo.

De gota espirituosa, pensó Salva, un punto azarado. La tarde expiraba quitando grados de calor al aire, pero no a las cabezas. Un tipo se paseaba cantando y brincando envuelto en una bandera nacional; si bien más pequeña que la del fúnebre pódium no menos anticonstitucional.

Entre actitudes extrovertidas, bullía un jolgorio que le producía cierta desubicación, pese a hallarse en un servicio tan codiciado y pintoresco.

Pintoresco. Era la palabra que se le ocurría, y sin embargo la exactitud categórica del entorno, en el que medraba una soterrada sugerencia de impudicia, le hacía sentir una compulsión incómoda, un paulatino deseo de deserción por algo de vergüenza ajena.

Afuera patrullaban Jorge y Gregorio, abrasándose en la *estufeta*. Ellos sí que lo estarían pasando bochornoso, se consolaba errátil y vacilante, rehuyendo el meollo festivo, captando intemperantes brindis y vivas. Un corrillo comentaba la situación política —desastrosa, por unanimidad—; otros se referían al caluroso verano, como si todos los anteriores hubieran sido muy distintos.

—Eh, joven —lo llamó alguien—. Tenga —el señor De Lasheras le alargaba un botellín de cerveza—. Y pique, pique —añadió solícito, invitándole a que se acercara a la mesa.

No le apetecía, pero no quiso ser descortés. Con gesto grave se recolocó la correa portafusa del cetme y avanzó a por la bebida.

—Gracias —dijo, llegándose al hueco que le ofrecía el veterinario. De Lasheras le dio una suave palmada y luego la espalda.

Salva se vio solo, descartado. Absurdo. El veterinario escuchaba a un individuo grande y vocinglero que, en medio del corro, peroraba jactancioso.

Vestía pantalón y camisa del Cuerpo en cuyas hombreras Salva alcanzó a distinguir el aspa del bastón y la espada con la estrellita de general de brigada en el centro. Era vuecencia, el general jefe de la Zona. El pecho lo exhibía alicatado de pasadores de medallas. En la mano sostenía un largo vaso, que se rellenó con una botella de Johnnie Walker.

Salva experimentó un poderoso desasosiego. Estar tan cerca de su infinito superior acuciaron sus ganas de evaporarse. Podría reparar en él y llamarle la atención por entrometido.

Pero extasiado en sus amigos y la priva, vuecencia seguía a lo suyo. No

obstante, Salva agarraría un puñado de pistachos, se desprendería de la cerveza y se abriría.

—Este Gobierno no para de jodernos —escuchó de un tipo rechoncho: Parra, el de las grúas.

El general bufó desdeñoso. De pronto, la curiosidad ganó al deseo de escabullirse.

—Os complicáis demasiado —dijo Urbano Arteaga, a quien por la voz reconoció en seguida—. Con dinero se arregla rápido. Estos políticos socialistas, que no son más que unos muertos de hambre, tienen tantas ganas de meter la mano que en cuanto trincan se callan. Ni tacto tienen. Su atropellada codicia es un insulto a la educación y a las formalidades inherentes a todo negocio. Pero estos tahúres tienen prisa y van directos al grano. Les suenas la bolsa y babean.

—Pues no te está dando mucho resultado —comentó un puntazo malicioso el general—. ¿Qué me dices de los adosados de la segunda fase de Maracaibo-Park y Residencial Machaquito?

—¡Bah, bah! —se expresó melindrosamente despectivo Arteaga—. Eso es porque a la otra constructora le sacaron más comisiones. Pero desde que se declaró en suspensión de pagos sólo me tienen a mí. Así que si quieren terminar las obras, tendrán que darme en exclusiva la Licencia de las nuevas recalificaciones. O de lo contrario se le arrima otra cerilla al monte de La Loba, y luego ya veremos. Y entonces se tendrán que joder, porque no les daré ni la mitad de lo que les ofrecí con lo de Maracaibo, al alcalde y al soplagaitas de Urbanismo. Los muy avariciosos de mierda quieren ahora el doce por ciento. Alegan que desde el partido se lo piden, pero que su parte es su parte. Y eso sí que no. Uno tiene sus principios. Les unto a ellos, pero engrasar un partido de rojos, eso es pasarse. —Apuró el vaso que sostenía en la mano y, con remilgada animosidad, continuó—: Y parecían tontos… Deberíamos montar algún guirigay como aquellos del 78, cuando llenamos de pintadas comunistas el Cristo del cerro de Los Ángeles. Aquello encendió mucho a nuestra gente. ¡Qué tiempos! Otra Cruzada es lo que está haciendo falta —sentenció. A su alrededor todos asintieron con diversos y patrios descalificativos de apoyo. También el general.

—No sabemos a dónde vamos a llegar —intervino un desconocido—. No hay más que ver la facilidad con que se hacen atentados. Fue una desgracia lo del 23-F, ¿verdad, LLopera? —se dirigió a vuecencia—. A ti que te pilló de refilón debes de tener amargos recuerdos.

—¡Ya lo creo! —exclamó el general—. Una desgracia, y grande. Tíos con pocos cojones que se rajaron cuando hicieron falta. Y así salieron las cosas. Pero he alcanzado el generalato y soy Dios —rio breve y colosal.

—Lo que está claro es que no ocurrirían atentados como el asesinato

de guardias en Vascongadas —intervino otro.

El general esgrimió el vaso de güisqui.

—Eso es lo de menos —respondió, cortante—. La verdad es que si nos dejaran, exterminaríamos a los de ETA en menos de un año. Como hicimos con el maquis. Pero para qué nos vamos a engañar, lo de los atentados es lo de menos: *números* muertos de vez en cuando son la única táctica que nos queda para evitar intromisiones de políticos y periodistas, qué hostias.

Alzó el vaso en señal de brindis y todos los que le habían escuchado le siguieron en el ofrecimiento, entre ellos un tipo cejijunto que masculló:

—¡Ay, qué perillán!

Y, entretanto, Salva, conmocionado, ni gesticulaba.

Como si hubiera recibido un fuerte golpe en la cabeza y la rueda dentada de sus nociones se hubiera desajustado para hacer coincidir inverosímiles causas-consecuencias-efectos, Salva, con mirada baja y huidiza, deseando no ser visto, depositó la asquerosa cerveza sobre la mesa y se dio a recular con disimulo.

Era como si el altavoz de tan atroz maquinación hubiera sido él mismo y todos le señalaran aguardando la puntualización cabal de aquella apología inconcebible.

La espuria bandera le izó los ojos; el águila *okupa* aleteaba recamada en primorosos hilos tornasolados. Necesitaba sustraerse de la maldad arrolladora de aquellas palabras. Las tiras de vivísimos colores flameaban a los rescoldos de la puesta de sol. No hubo puntualización. Nadie rebatió al uniformado con bastón y espada armado de alcohol y arrogancia. Hay estrategias que cuestan ser comprendidas y asimiladas, incluso por los de su propio cuadro político. Un cuadro abominable. Salva seguía lenta e imparablemente retrocediendo. El corro —atónito primero, luego sugestionado—, se reanimaba.

Alguien azuzó a vuecencia para que se dejara de «mariconadas».

El gordo de la chapela roja y Urbano Arteaga canturreaban con achispado compás un himno militar que disonaba broncamente por los megáfonos. De súbito, el dueto se arrancó en dirección al busto del Generalísimo: se clavaron a dos pasos, compusieron una grotesca reverencia y, ya erectos, brazo estirado al cielo, gritaron al unísono:

—¡VIVA FRANCO!

—¡VIVAAA! —se repitió un eco envuelto en aplausos febriles.

—Es bonita, ¿verdad? —le frenó el palique de un viejo, glabro hasta lo patológico, rayado con un bigotillo hirsuto y cano, absorto en la rancia enseña como ante una manifestación divina.

—Sí —contestó Salva—. Es bonita y siendo tan nueva, da gusto mirarla

—añadió, perplejo, ignaro de cómo mantener una digerible conversación con tal argumento.

—Es de raso y está bordada a mano —explicó, emocionado, el carcamal.

A continuación zanqueó hasta el pódium, se cuadró y, levantando con exageración brazo y mentón, profirió con dicción clueca:

—¡VIVA EL ALZAMIENTO!

Emulando el saludo fascista rugió un coro espontáneo.

—¡VIVAAA!

—¡VIVA JOSÉ ANTONIO! —más rugidos, más vivas.

Lo siguiente que Salva ve es al general LLopera que se encarama, en equilibrios malabares, sobre un taburete, la camisa desabotonada hasta el ombligo —la cual, debido al peso de los pasadores, le dejaba la tetilla al descubierto—, abre los brazos en cruz; en la izquierda aferra por el cuello una botella de Johnnie Walker y en la otra no tiene nada, es sólo una mano abierta, grande y adiposa como de obispo camastrón. Vocifera:

—¡Y VIVA ESPAÑA! ¡UNA, GRANDE Y LIBRE!

Una ovación cacofónica tembló los mofletes de la concurrencia.

—¡VIVA LA GUARDIA CIVIL!

—¡¡VIVAAAAA!!

Vítores, aplausos, frenesí. Con la panza saltándole por sobre el caído cinturón, Llopera se arrancó monstruoso y vociferante:

Cara al sol
Con la camisa nueeeeeva

Al punto se alzó un canto unánime y exaltado que le coreaba pero no le silenciaba:

Que túuu bordaste
En roojo ayeeeeer

El general Llopera se retorcía en acrobatismos que le cortaban la letrilla, enlazaba al poco con un mugido grave, pero no tardaba en interrumpirse, braceando para no caerse. (De no haber sido por De Lasheras, que lo sujetó a tiempo, se habría estampado de bruces contra el suelo.)

—Conmovedor himno, ¿verdad? —comentó el general de caqui, cuando hubo acabado la melopea. Parecía que el uniforme de guardia civil bien llevado fuera un imán para todo el que pasara a su lado.

—Sí, mi general. Es tan… —*repugnante*. Pero rectificó a tiempo—: emocionante.

—Ya lo creo que sí —celebró el importante mílite—. Para un español de verdad, así debe ser.

Es una mierda, qué cojones. ¿Pero qué está pasando?

Estuvo a punto de enjaretarlo, pero le cortó el retaco de la chapela al asirlo por el brazo.

Con ojos inyectados de sangre y la nariz como un pimiento rojo —por tamaño y color—, tironeaba de él hacia la bandera inconstitucional con educada saña.

Salva, anonadado, se dejaba arrastrar.

El tipo aplacó a la berreante masa coral, que no se ponía de acuerdo en la nueva interpretación.

—Con un Presenten Armas es otra cosa —dijo—. Venga, pipiolo, que empezamos otra vez.

Una rolliza matrona, con la regordeta cara rojada por el entusiasmo, apoyó con delirio:

—¡Eso, eso!

Salva hizo un conato de retirada, pero al ver que sus jefes no mostraban desagrado, permaneció quieto.

—Perdone, pero es algo que sólo tendría que hacer en actos oficiales y en formación… —osó objetar (balbucear), no obstante.

El de la chapela torció la boca.

—¡Qué actos oficiales y qué formación! —gritó—. ¿Acaso esto es una merienda de negros?

Risas. Risas locuaces, furibundas.

Miraba a sus superiores: caras santurronas de ojos acuosos, de muecas consentidoras.

—Desde luego el pipiolo no se entera. Adelante con el *Presenten*. ¡Que estamos bajo los más bonitos colores del mundo! —señaló el de la chapela a la vasta y trasnochada bandera.

Salva comenzó por bajarse el cetme del hombro; luego por ajustarse el tricornio que aquel majadero con sus tirones intolerables le había desnivelado. No sabía qué hacer: si negarse, salir de estampía, liarse a tiros…

Se sentía una cagarruta.

Con mirada risueña y beoda, el coronel Benito le instaba a cumplir. Sin saber si guardaba relación con él o no, el general, ya en el suelo, se desternillaba mancomunadamente apoyado en un paisano. Su crapulosa

hilaridad trinchó su sentido del honor, le descuartizó el amor propio.

Deseó meterle un tiro.

—¡Venga ese Presenten Armas! —acució alguien.

—¡Eso, eso! —cacareaba la mofletuda, quien escalaba una silla de plástico y desde allí, corpulenta y bamboleante, se aprestaba para acometer alguna oportuna tarea.

Se estiró la falda, blandió al aire un tenedor con gesto filarmónico, y atacó el himno de la Guardia Civil:

Institu-to ¡Gloooo-ria a tiiiii!

Con horror, Salva advirtió que era el centro de atención. Pellizcó el guardamanos del cetme y, alzándolo, presentó el arma.

Por las hojas entreabiertas del portalón fisgaban niños, hortelanos, gordas. Un rubor alzado de insufrible vergüenza —ahora propia—, lo teñía, lo oprimía. Lo reventaba…

Por tu honor quieroooo vivir.
Viva España. Viva Franco.
Vi-va el Or-den y la Ley…

¿Era real u oficiaba en una tragedia onírica?

La efervescencia paramilitar se propagaba como regueros de pólvora inflamada.

Vigooooor, firmeeza y constancia,

Rodeado de severos energúmenos, indiferentes a los indiscretos espectadores, Salva se esmeraba en la verticalidad del cetme con pulso trémulo de muda indignación.

La mujer del tenedor lo blandía acompañándose de gallitos:

valoooor en pos de la glo-ria …

¿Qué quedaba de los artículos del Reglamento?

¿Qué entendían sus mandos por «moralidad»?

Por tiiii cul-ti-van la tieeerra:
la paaatria go-za de cal-ma;
por tuuuu conduc-ta en la gue-rra
briiiilla airoso tu pendón.

Acabado el cante, un fragor de aplausos restalló en Las Torcaces.

Salva pudo descansar el arma, pero no su espíritu violentado.

Inmóvil como sólo él era capaz de mantenerse en formación, dejó transcurrir largos segundos antes de lanzarse al repliegue; lo hizo tras convencerse de que nadie —*nadie*— se fijaba en él. De no ser porque se sabía, al menos hasta entonces, seguro de su cordura, se habría jurado víctima de una alucinación.

Una envilecida naturalidad revoloteaba en derredor. Los altavoces retumbaban sevillanas. Una vieja rozagante zapateaba y levantaba los brazos delante del cejijunto y el general, quienes le batían palmas a dúo. La mujeruca que había dirigido el berrido recibía elogios.

Se encendieron las luces.

Bombillas y farolillos de colores compensaban la atezada fosforescencia de un cielo que cedía infinito y sublime. Encaramados al talud, como a las gradas de un evento deportivo, los más curiosos tomaban posiciones, atentos a la execrable celebración.

—Parece que fue ayer —suspiraba un desconocido a Urbano Arteaga, quien le respondía:

—¡Cuándo volverá ese día!

Nadie lo miraba; todos se movían en ominosa conjura. Sobre el brocal de un pozo falso vio una cubeta de sangría. Necesitaba un trago de lo que fuera. Se llenó un vaso de plástico y prosiguió la furtiva fuga.

De pronto, una mano pertrechada de anillos le frenó.

—¿Me buscas?

Salva se volvió sin apocamiento.

—Hola, Marisa. —De las orejas le pendían dos grandes aros plateados y el aire se saturaba de su perfume.

—Pues ya me has encontrado.

—Perdona, no me había dado cuenta de que estabas aquí.

—Bah, es culpa mía por no haberte avisado. ¿Paseamos?

Y de inmediato echó a andar, y Salva la siguió porque le extraditaba de aquel desparrame anacrónico y disoluto.

—Qué bien llevas la fiesta; te he visto muy emocionado.

Pues que Dios te conserve el oído, querida.

—¿Seguro?

—Sí; ¿no?

—Ah, sí —Salva dio un trago: le supo a alcohol puro—. No sabía que hoy fuera fiesta. Ningún calendario marca el día de hoy en rojo.

—¡Muy bueno por lo de «rojo»! —Marisa se estremeció de risa como si le hubieran contado el chiste más gracioso del mundo—. Ven; quiero enseñarte una cosa —le cogió de la mano y con alguna que otra risotada, porque el chiste había sido precioso, franqueó una portezuela tirando de él.

—¿Y estos caballos?

—Uno es de mi hermano y el otro es mío. ¿Te gustan los caballos?

—No entiendo mucho. Pero cuando los veo, sé si me gustan o no —contestó Salva, con los pensamientos en otra parte… a una decena de metros. *¿Actor secundario en un teatro del esperpento o el inmolado fortuito en un aquelarre de nostálgica depravación?*

—¿Qué te parece este? —le preguntó delante de un formidable ejemplar ceniciento.

—Soberbio.

—Sí; no está mal —repuso ella, sin júbilo—. Es de mi hermano. El mío es este —acarició el de al lado—. Es una yegua.

—También soberbia —se reiteró Salva.

—¿Tienes novia? —inquirió de improviso Marisa.

—No. ¿Por qué?

—Lo digo para que no te dejes liar por una de esas palurdillas del pueblo: son tontitas, sosas y bastante putitas.

—Lo tendré en cuenta —contestó Salva con un trago. Las tetas de Marisa, sin sujetador, se balanceaban bajo la vaporosa prenda que los comprimía, un blusón anudado a la altura del ombligo.

—Dime, ¿por qué no dejas la escopeta en vez de ir con ella al hombro constantemente?

—No puedo hacerlo; lo dicen los Reglamentos. Además, no es una escopeta, es un fusil de asalto. Se llama cetme.

—Bueno, si tú lo dices. ¿Te gusta mi yegua, entonces?

Su pecho sí que le gustaba. Goloso, de fiesta debajo de la camiseta.

—Maravilloso. Dan ganas de sobarlo —repuso a bote pronto.

—¡Vaya! —exclamó Marisa, sorprendida.

Deseando volatilizar lo que consideraba un torpe elogio, Salva se apresuró a indagar:

—¿La montas mucho?

—Los fines de semana, y sobre todo cuando vamos a la romería del Rocío en Sevilla.

—El Rocío está en Huelva —la corrigió.

—¿Seguro?

—Sí, seguro.

—No sé, no sé —dudó Marisa, como si después de tantos años sin perderse una romería tuvieran que decirle a estas alturas a dónde estaba yendo—. Se lo preguntaré a mis amigos de la Hermandad de Triana cuando vaya este año. ¿Qué tal si echamos un vistazo a la planta de arriba? Se ve toda la finca, el campo, el pueblo —y ya lo arrastraba alegre y decidida.

Desembocaron en un largo corredor sin enlosar, umbrío y deslucido. Las ventanas daban a los depósitos de combustible, al exhausto *pepito* entre el bravo Ebro y el libertino coche del general. A la juerga.

Salva se dejaba llevar.

—Sabes: yo en invierno identifico a los guardias civiles que van a las discotecas porque casi todos van con cazadoras de cuero. A los policías los reconozco por las gruesas esclavas de oro. Dime: ¿por qué a los guardias les da por ponerse chupas de cuero negro cuando van de marcha? —preguntó con vivo interés y sin dejar de caminar.

—¡Y yo qué sé! —jadeó el otro.

Las ventanas que cruzaban eran como fotogramas de una irrealidad verosímil y surrealista. Opulentas señoras de espaldas carnosas y antebrazos enjoyados se bamboleaban al compás de pasodobles, guiadas por torsos militares. El general Llopera y el coronel Benito, ambos con las camisas del uniforme a medio abrochar, conducían a sus respectivas parejas con donaire y elegancia. El aspecto que lucían contrastaba obscenamente con la exhibición de sus habilidades. La conjunción, no obstante, era motivo de instigación y regocijo. Cambió la vista por otra camisa —también a medio abrochar— y otro baile: el de Marisa y sus tetas al ritmo del apremiante paseo. Eso sí era atractivo. Pimpló otro trago. Quedaban pocos. A veces el cargador del cetme le lastimaba el codo, pero ni lo notaba. El traje de invierno lo recibió grande, pero el pantalón de verano más bien ajustado; excesivamente ajustado en ciertas partes.

Las tetas de la anfitriona se inclinaron delante de una puerta alabeada por el paso de los lustros y acaso la intemperie.

—¿Qué hay en esta habitación?

—¡Mierda! —contestó Marisa, y Salva quedó un instante pasmado hasta lo indecible; pero se recuperó al darse cuenta de que se refería a la cerradura.

Relinchó un caballo. Marisa miró al fondo del corredor.

—Calla —dijo. Aguzó el oído—: No es nada. —Extrajo la enorme llave de palas y la volvió a introducir entre sacudidas despiadadas. La puerta se rindió—. Ag, ag —resoplaba impetuosa. Agarró a Salva y lo metió dentro de un tirón.

—Uff, creí que no podría abrirla nunca. —Se llegó a la persiana y la

subió—. ¿Verdad que hace una bonita noche?

A través de los sucios vidrios se captaba parte de la bacanal, alumbrada por ristras de brillantes farolillos. El infecto resplandor bastaba para iluminar la estancia, un cuarto plagado de trastos antiguos y ñaquería indescifrable o inservible. Tiznados cachivaches colgaban de las cuatro paredes, acentuados por cucharas y paletas de todas clases, materiales y tamaños.

Un viejo aparador, a falta de las patas posteriores, se recostaba contra el desconchado tabique. La deslustrada luna del mueble, por efecto de su inclinación y la falta de claridad, reflejaba la parte que tomaba sin fidelidad ninguna. ¿Cómo iba a ser cierto que él tuviera aquella cara de congoja desquiciada?

Una especie de aspillera daba a las cuadras de caballos.

Se aproximó y miró sin ver.

—Deja la escopeta, ¿vale? —oyó que le susurraba Marisa, pegándosele por detrás, envuelta en una empalagosa nube de perfume que en secreto debía de haberse reforzado.

Salva exhaló sin fuerzas:

—Se llama cetme.

Marisa le alcanzó el vaso con una mano mientras le deslizaba la otra por la espalda. Había algo ridículo en su jorobada postura hacia el ventanuco. Un caballo de crines carmesí levantó la cabeza y se lo quedó mirando con augusta despreocupación, en tanto que dedos como culebrillas voluptuosas se le introducían por los fondillos del pantalón —advirtiendo que le costaba menos trabajo del que hubiera podido imaginar.

Salva se irguió con refrenado temblor, distrayéndose en el escurrimiento de la correa portafusa desde el hombro y él que no hacía nada por impedirlo: la cantonera del cetme botó gomosamente en las sueltas losetas, la bocacha apagallamas incidió contra el frontal del aparador, resbalando, dibujando una trayectoria curva hasta acostarse con estrépito de metal en el suelo: un tañido vasto del cargador que no variaría por nada del mundo el curso de incontinentes advenimientos. Le fue vuelta la cabeza: para encontrase con un resuello de labios impacientes, al punto abalanzados en blanda, húmeda y fogosa incursión.

Una lengua voraz —como un tentáculo pulposo— iba y le venía por su boca al par que era cacheado o esculcado. La picha le palpitaba como un apéndice indómito. Se vio rechazado o abordado con técnica *ad hoc*. Sus manos colgaban laxas y desocupadas. No se le ocurrió otra salida que retomar el vaso del aparador y apurarlo en un respiro; pero tal hazaña no la concluyó: el pantalón, desabrochado y por efecto del peso de los cargadores y grilletes, se le había caído y arremangado sobre los zapatos.

Marisa lo tenía medio en bolas.

Esta vez se sintió ridículo hasta la insoportable.

Con precisión absurda, devolvió el vaso al círculo mojado del que lo había retirado.

Creo que debería huir, se azogó, reparando en cómo su mano era aprestada por Marisa.

Marisa no llevaba bragas, rezumaba.

Se acabaron los «Reglamentos».

La algazara reaccionaria zumbaba como una pesadilla flagrante al otro lado de la ventana. Retemblaba ésta y todo en derredor como sacudido por telúricas vibraciones. La cacharrería tañía rítmica y sordamente.

Fue a quitarse el tricornio, pero Marisa se lo impidió.

—¡No te lo quites, coño!

Abajo, en la cuadra, una dama cursi monologaba al majestuoso equino, quien le prestaba idéntica atención que a la trabada pareja de arriba. Salva lo veía todo y no veía nada. Marisa gruñía de placer. La mujer ya no platicaba al animal: se echó mano debajo de las faldas, se despatarró y soltó una ruidosa y extensa meada. Aquello espoleó a Marisa que, apoyada hábilmente a algún sitio de alguna manera misteriosa, levitando contra la esquina, se abrió más de piernas, dejándolas en el aire. La mujer alzó la vista y el fornicador, asustado, retrocedió. El tricornio se le fue a un lado. El *coitus* quedó *interruptus*. Marisa, alborotada y disgustada, aterrizó; se precipitó a recolocarle el sombrero, se puso en postura de recoger moneda del suelo y, apoyando las manos en el vasar del mueble, mirándolo a través del espejo, clamó sofocada:

—Fóllame *pico*; y por lo que más quieras: NO TE QUITES EL TRICORNIO.

Salva trincó con enajenación y desmaña, y hallado o guiado al altar de Venus empaló a vida o muerte.

Se oían rimas de salutación a la bandera y contra las diabólicas izquierdas a cuyas manos, por lo visto, habían fallecido tan buenos españoles. Marisa se contemplaba con ojos entrecerrados en el zahumado y convulso espejo del aparador. Un vapor polvoriento levantaba vuelo excitado por el tembleque, caía por los bordes de la luna y flotaba suspenso en el éter del cuartucho. Los aros en las orejas de Marisa aleteaban dispares y fatuos. La hija de Moisés dejaba escapar aullidos que aturdían momentáneamente a Salva. Pero también él era otro.

De repente sintió que se derretía y se quedaba en el esqueleto…

—Uuuug.

—¡AAAAGGG! —bramaba Marisa sin moderación.

Qué más daba. Derrumbado el mundo espiritual devenía ahora el de la materia.

2

Media hora más tarde, Salva se reincorporaba a la opresiva celebración.

Casi como una cuestión de honor, le inquietaba que pudieran descubrirle briznas de pajas o sospechosos tiznajos. (Obviamente, sin cotejarse con la afrenta del Presenten Armas, a cuyo ultraje no se sobreponía, pero que al fin y al cabo no había dependido de él.) De todas formas, nadie le había visto.

Se cruzó por casualidad con el brigada y éste, sonriendo socarrón, sin detenerse, le siseó:

—Tú sí que sabes «aprovechar» la fiesta —y siguió la plática con el desconocido.

Dominaba la noche. La luz lechosa de los tubos fluorescentes imprimía en los rostros de los celebrantes un aire de radiante palidez, espectral en las zonas de penumbra mientras carcajean. Proseguía la saturnal.

Por una esquina del patio desfilaban tambaleantes figuras ante el busto del Generalísimo. Saludaban a la efigie con una mezcla de veneración y *delirium tremens*. Entre ellos, el abominable chófer del teniente con el brazo en alto. Le caería mal el resto de su vida, seguro. Con la noche, la orgía de alcohol y despropósitos se había multiplicado. Más obscenidad, más deshonor, más mierda. Todo del revés. Había sido descubierto. Prefirió pensar que no. Ahora era Marisa la que ofrecía un brindis al tío de piedra. De los nuevos huéspedes se enteró de la presencia del diputado señor doble R., casto y correcto como cualquier fascistoide antes de soltarse el pelo.

—VIVA ESPAÑA —exclamó la follada. Y volviéndose para Salva—: ¡VIVA LA BENEMÉRITA!

Conmovidos, la aplaudieron a rabiar.

En primera línea, un tanto mohíno, se dejó ver el general. Ahora que todos estaban ebrios, él más que ninguno. Vestía de uniforme. O lo que quedaba de él: la camisa por completo abierta y el pantalón amarrado en precario por el reglamentario cinturón de cuero negro, cuya hebilla le relucía como un Febo cuadriforme, improbable y terco.

Asimismo, portaba con exquisita corrección el tricornio; el tirante barbuquejo ceñido al mentón. Pero duró hasta que se tambaleó un par de veces y los que le rodeaban rieron las graciosas posturas del general por mantenerse en pie. Finalmente, perdió el equilibrio y se estabilizó en el suelo, despatarrado; hinchó sus grandes mofletes y vomitó con la fuerza de

un surtidor: varios pies retrocedieron no librándose todos de salpicaduras verduzco-anaranjadas.

Pareció mejorar. Se echó a gatear, rehuyendo de la vomitona, y se sentó sobre los talones.

Y se fijó en Salva.

—Eh, tú —gorjeó—. Ven a ayudarme.

Que no pare la fiesta.

Las carcajadas se dispararon.

Con todo, esta vez ni él ni su superior supremo —se creía Dios— centraban la jarana: en otro punto del patio, un tipo con media melena canosa meaba sobre un cuadro del monarca. A su lado, Arteaga y uno de los Berchina entonaban insultos pareados, lo que reventaba de risa a la audiencia allí convocada.

Pero eso a Salva no le importaba y por lo pronto había sido requerido. Fue a cogerlo por el brazo, pero se adelantaron el coronel Benito —con una cogorza gemela a la de su colega de promoción— y el teniente Miñón —parecía por entero sereno.

Salva desistió. El general se liberó con un brusco tirón de brazos.

—Que me dé novedades —rugió el acuclillado borracho—. Y… ¡salúdame!

Quería levantarse por sí solo y rechazaba los hilarantes auxilios que se le ofrecían. Manoteaba como un jayán que se ahogara. Sus ayudantes no sabían por dónde cogerlo. Sujeto el tricornio por el barbuquejo, le botaba aquél en la nuca al modo de esos forajidos de las películas que huyen a galope tendido con el sombrero brincándoles en el cogote.

Logró incorporarse, se sacudió los pantalones, se estiró el jayán benemérito los faldones de la camisa, y se puso firme; oscilando, esperando.

Salva descansó militarmente el arma. No sabía si aplicarse para que lo dejaran en paz o pegarle una patada al fusil y salir corriendo zumbado de quijotesca sedición. Nada de estupideces. Hasta ahí llegaba su perspicacia. Pero si lo hacía con brío quizá le exigieran otros movimientos. Y si se operaba con anorexia marcial se lo harían repetir como una veta de descojone integral.

Pegó la cantonera al pie derecho y ejecutó el primer tiempo del saludo.

Energía y rapidez, la cabeza bien alta, la mirada severa. Se alzó un murmullo de admiración: de carnavalesca admiración. La sangre se le agolpaba en la cara sintiendo el irisado cambio de la gama hasta el rojo azafrán y luego al blanco-ira.

—Vete —espetó la autoridad militar, y se desplomó sobre una silla

como una marioneta a la que hubieran soltado los hilos.

Salva ejecutó un segundo tiempo enérgico y contundente, con el que ansió elevarse y distanciarse.

Pero tan pronto hubo concluido, comprendió que en medio de aquel oprobio de locura porfiaba con escrúpulos superfluos y que a nadie importaba ni su pundonor ni su gallardía.

Les sostuvo la mirada con intrépido desafío: ni le miraban. Tanto si lo requerían de bufón como si le daban la espalda, Salva sentía desmoronarse en un acerbo ridículo del que no acertaba cómo reaccionar honrosamente. La eufórica indiferencia de aquella manada de miserables y su incapacidad para rebelarse, embotaba su espíritu y la noción entera que de sí mismo tenía.

No estás hecho de la madera que pensabas, ¿eh?, pardillo.

Circulaban siluetas por la parda cota del talud. Seguro que alguno le habrá reconocido y cuando cruce conversaciones tendrá que esforzarse en parecer lo que es; unos lo insinuarán con complicidad (nunca se sabe lo que puede pasar el día de mañana), otros fingirán no saber nada, pero no podrán velar su recelo cuando él refiera sus rectos sentimientos; y otros —los que no alternan con los guardias— le denotarán su mudo asco con miradas perdidas o bruscos giros hacia la socorrida meteorología. No engañará a nadie. ¡Todos le sabrán un hipócrita! OTRO IGUAL.

El susurro melifluo de Marisa vino a cambiarle de agitación.

—¡Vaya, quede!

—No me he quedado con nadie: se han reído de mí… Son unos fachas.

—¿Fachas? —ella se le acercó; apestaba a perfume—. Pues claro. Es justo lo que celebramos. Dime: ¿qué tal si te enseño otra habitación? —ronroneó lasciva.

—Vayamos —concedió con menos fogosidad que deseo de evasión.

Acrecía el trastero mental.

XIV. EN EL PRINCIPIO ES LA ILUSIÓN QUE TODO LO CIEGA

1

—Creo que a quien mejor le ha ido la fiesta ha sido a ti —le felicitaba el comandante de Puesto, saliendo de madrugada de Las Torcaces con el imprevisible *pepito*. Por fortuna, no cumplió o había olvidado el anuncio de que a la vuelta lo conduciría él.

—¿Por qué dice eso, mi brigada?

—Me alegro de que siguieras las órdenes desde… un buen punto de vigilancia. Ya sabes… —remarcó de soslayo—, lejos del bullicio. Pasear con una chica es más divertido que arreglar el país o rajar del Cuerpo. ¡Quién pudiera volver a tu edad para corregir errores de por vida! Vosotros los jóvenes no debéis dejar pasar ninguna buena ocasión, y si te va bien con esa muchacha, no la desaproveches —lo alentó sin ambages—. Moisés tiene mucho dinero y si su yerno le cae bien, ese yerno no tendría de qué preocuparse en el futuro.

—No es algo serio lo que tengo con Marisa —respondió Salva, procurando dejar claro que era poco probable que surgiera algo formal; en realidad, estaba seguro.

—Lo sé, lo sé —se expresó el brigada, exhalando ron—. Pero me has recordado mi juventud, cuando yo estaba destinado en la costa de Gerona. Era muy joven, y amaba la Guardia Civil. Por encima de todo… —añadió con un puntazo de amargura—. Allí conocí a Marta. Nunca querré a una mujer como la quise a ella. *Nunca*. ¡Como si fuera posible que a mis años uno pudiera volverse a enamorar! —Un bote del *pepito* coincidió con el retorno a la nostalgia—. ¿Te imaginas?

¿Eran figuraciones suyas o los ojos de aquel hombre destilaban lágrimas? A Salva se le antojaron más allá de los efectos del alcohol.

El brigada conducía muy despacio, y no sólo por aquel inseguro mecanismo con ruedas que era el coche oficial: daba la impresión de hallarse abstraído en penosos recuerdos.

Tras un minuto de silencio, se pasó los dedos por el cuadrado corte de cabello y prosiguió:

—Ella era maravillosa; ella fue lo más hermoso que me ha sucedido. Me quería. *Nos* queríamos. Y yo la abandoné. La abandoné por un fulgor. Creo que nos enamoramos el primer día de conocernos; a la semana de

vernos, por descontado. Fueron sus preciosos ojos marrones, marrones como las hojas de otoño que recién caídas doran el suelo, los que me atraparon. Siempre que estaba triste se le oscurecían. Su pelo largo y su tez tenían el mismo color. El color de mi felicidad, que yo desprecié como un sandio —masculló y enmudeció, retractado o quizás avergonzado de desahogarse delante de un subordinado extraño.

—A los dos años de novios hablamos de casarnos —reanudó con melancólica viveza—. Sus padres, dueños de un pequeño club náutico, lo aprobaron sin objeciones. Dado que era hija única, me ofrecieron participar en la dirección del negocio. A cambio tendría que dejar el Cuerpo. ¿Qué te parece, Salvador? —le volvió la cara. La exigua luz del cuadro de mandos infería a su apenado semblante un tintazo luctuoso—. ¿Fui o no un sandio, eh?

Salva simplemente le escuchaba. El suboficial llevó los ojos a los dos metros de luz corta que los faros restregaban contra el camino. No se veía ni se auguraba elemento alguno. Si se aproximaran a un pozo, caerían.

De pronto, dio un sereno volantazo. Entraban en el asfalto.

—Yo no tengo pensamiento de dejar el Cuerpo por Marisa —afirmó Salva.

—¡Válame Dios! —saltó el conductor—. Dejar el Cuerpo. ¡Qué falta de entendederas! Maldita sea mi suerte. Yo creía en la Guardia Civil. No veía otra cosa… Y me quedé sin ella. ¿Que cómo? —Embargado de curiosidad, Salva ni respiraba—. Por el curso de Unidades Fiscales me mandaron a Cádiz. Para mí era como cruzar el umbral de mis sueños. De mis sueños verdes, podríamos decir. Yo sí que estaba «verde». Y allá que me fui, tan recio, tan contento, tan gallardo, tan alborozado por verme ya armado guardia civil Especialista, que el gozo me reventaba por las trinchas del uniforme, cual moderno Quijote que saliera de la venta ya armado caballero.

Suspiró con pesar.

—El fulgor, Salvador, el fulgor no me dejó ver entonces la *realidad subyacente*. Ella me insistió, sus padres me insistieron. Todos me querían, y yo, un pipiolo iluso, no supe apreciar el valor de tener a la mujer que amaba, con nuestro futuro resuelto con el pequeño club náutico que daba tanto dinero que el padre no se atrevía a invertirlo porque le daría muchísimo más y no sabría qué hacer porque se sabía viejo. No viviré lo bastante para arrepentirme. Y no hablo sólo de dinero —declaró abandonando el tono afligido—; éste está bien, bien por lo que te da de independencia y libertad. Imagínate poseer el suficiente para no depender de nadie: a tus actos los llamarían extravagancia y a la espontaneidad de tus pensamientos, insolencia. Como dice Sancho Panza: «Sobre un buen cimiento se puede levantar un buen edificio, y el mejor cimiento y zanja

del mundo es el dinero». No es cuestión de codicia, no, sino de subirte al tren (en mi caso al barco), cuando se te para en las narices. Era un barco de dicha… —retomó la hebra mustia—. Sentimos la vida si amamos, y si no, vamos a la deriva. Como yo.

De sus pupilas de vidrio brotaron lágrimas que se deslizaron por las mejillas cuarteadas. Salva no quería mirarle. No le preguntaría por aquella etapa de su vida, qué hizo después, cuándo comprendió el error.

Cómo pudo dejarla y olvidarla.

—¿Y…? —se le escapó en un silbido.

El brigada compuso una sonrisa, lúgubre.

—Pues que vivo de su recuerdo. Los hay que beben para olvidar. Pero yo a la segunda o tercera copa es cuando la extraigo de mi memoria y del mar. Resplandeciente y renacida. Jamás la olvidaré y jamás me lo perdonaré. Quiero mucho a Dolores, pero primero quise a Marta y su perdición fue, es y será la mía. Los años, los infinitos lustros que ya han pasado, no han conseguido borrármela. Ahora mismo la estoy viendo —pronunció con morbosa delectación—, con esos gestos tan exclusivos y seductores que tienen las personas que han imantado nuestros cinco sentidos. La gracia con que me toma por el codo… En Cádiz iniciaría mi carrera —viró con repentina excitación—, para comerme el mundo. Porque al principio es la ilusión que todo lo ciega. Porque yo quería ser cabo y luego sargento y oficial. ¡Y he llegado a ser una puñetera mierda! —Su voz adquirió un matiz de furia impensable. Salva nunca le había visto ni imaginado así—. Soy un mierda con galones de brigada. A cambio de esto la perdí y me perdí de por vida. Cuando comprendí que mis ilusiones eran vanas, ya era tarde. Supe que lo lamentaría el resto de mi existir. Así ha sido.

—En mi caso no hay ninguna propuesta de matrimonio —reiteró Salva, impresionado por la vívida narración.

—Ya sé que los chicos de hoy no decís esas cosas así como así —respondió el brigada con afecto—. Pero es que tu experiencia me ha recordado la mía, y siempre que estoy en una celebración, aunque sea tan atípica como esta, no puedo evitar entristecerme un poco. No quisiera que te sucediera lo que a mí; sólo hacerte ver que las posibilidades de felicidad son perecederas y ninguna se repite. Debes jugar limpio con los sentimientos.

—¿Se lo dirá al señor Moisés?

El comandante de Puesto aleteó una mueca burlona. Salva se inquietó.

—¡Por quién me tomas! —exclamó, mirándolo como si fueran amigos de la misma edad—. Cuando digo *sentimientos* me refiero a los de uno mismo. En lo que atañe a Moisés, él sabrá la clase de hija que tiene, y ese

no es mi problema. Sólo espero que hayas dejado bien alto el pabellón.

Ambos sonrieron como viejos camaradas.

Aquel hombre que era su superior no tenía doblez. Hablaba de sueños rotos. Eso le interesaba.

—¿Qué ocurrió con Marta? —tuvo el atrevimiento de inmiscuirse en lo personal.

El brigada recuperó la sombría expresión. Escoró la cabeza hacia la ventanilla, como si buscara sentir la brisa que emanaba del río.

—Este olor me recuerda los amaneceres mediterráneos, cuando se encendía el mar y el perfil de Marta. Que empiece el día. ¡Que empiece ya! —suplicó en un susurro atormentado—. Que venga la luz para yo saber que no sigo varado en aquel embarcadero donde quedaba con ella, viéndola marcharse, ella rogándome con sus ojos marrones oscurecidos, y yo que no hago nada, y me quedo solo, con mis dudas y mis tonterías, en medio de necias celebraciones en las que se grita Viva España y que la Guardia Civil muere pero no se rinde, cumpliendo correctivos amordazantes, viendo imágenes de guerra a dos mil y pico kilómetros de mi casa mientras mi mujer se enfada porque la cena se está enfriando —relataba con énfasis delirante.

Salva apenas podía seguirle.

—Me llama de vez en cuando… Me llamaba —se corrigió—. Pero yo nunca me ponía al teléfono, porque yo quería volar y no iba a permitir que me encerraran en un próspero y cómodo negocio familiar, porque yo quería realizarme en una Guardia Civil cuyo fulgor me cegaba: los árboles que tapan el bosque, dice el refrán, pero un día me di cuenta de mi equivocación y fue cuando me arrestaron por segunda vez, por no permitir que se pasara tabaco de contrabando para usía, y denuncié la trama y hubo juicio y no me callé ni cuando me amenazaron con expulsarme: no me importaba, ya no quería ser guardia civil, pues que sólo la quería a ella, y como toda persona arrastra singulares tribulaciones y salir de ellas representa la felicidad, pues para conocer ésta en toda su enjundia es imprescindible un mínimo sufrimiento, y así, cuanto mayor haya sido éste mayor será aquélla, yo imaginaba nuestro reencuentro con la mayor felicidad del mundo, y a San Feliú que regresé, para darme cuenta de que era demasiado tarde, y es que acababa de casarse, y el mayor mazazo fue que al verla paseando del brazo de su marido supe por el marrón oscuro de sus ojos, como hojas podridas, que no era feliz, y entonces en el juicio no pude demostrarlo, nunca se puede demostrar nada, pero fueron benévolos conmigo y no me expulsaron, me dieron a elegir Ceuta o Bilbao y me dio igual pues que me enteré de que el marido la maltrataba y le seguí la pista como un espía rastrero, esperanzado por los rumores de separación, deseando volver para alejarla de la tristeza y llevarla (llevarnos) a la

felicidad, a la recia felicidad que da el reencuentro imprevisible, pero el orgullo juvenil me pesaba más de lo que yo estaba dispuesto a confesar, y cuando por fin me decidí resultó ser un día después de su funeral, pues que el hijo de la gran puta con el que se había casado había cumplido la promesa de que sólo la muerte los separaría: la ahogó tirándola al mar, atada a un motor fuera borda, es por eso que nunca he dejado de oír su chapoteo pidiéndome ayuda y es por eso que estuve por seguirla, pero una vez más me faltó valor, y la rabia y el dolor me oprimen desde entonces como un amago de infarto, un infarto que su padre apenas pudo superar una semana después, pero no al mes siguiente, y yo, treinta años después, sigo al borde. «¡Oh memoria, enemiga mortal de mi descanso!» —concluyó recitando (más bien farfullando) sin lirismo y sin quietud.

En el puente del molino, el sempiterno clack-clack de las transmisiones del *pepito* se acrecentó hasta producir dentera, y por motivos diferentes, de lo viejo y de lo nuevo, de lo que fue y de lo que será, aflicciones voraces abatiendo a dos compañeros, infirió Salva.

Y, olvidado de todo, se sintió a gusto.

XV. DESTELLOS EN LA OSCURIDAD

1

No pensaba salir.

Y de hacerlo, lo haría solo, por mucho que el Reglamento fomentara lo contrario. Después de todo, éste decía demasiadas cosas que nadie más que él pretendía querer cumplir. La conducta gregaria incitada por los Reglamentos se le antojaba anticuada y borreguil. No repetiría con Velasco. Rajar del Cuerpo y beber cerveza terminaba por ser aburrido, aunque se conocieran «pendones».

Antes de cenarse el bocata de atún que tenía preparado, doblaría unas cuantas veces la barra de torsión, sudaría 400 abdominales y recorrería el diáfano salón del pabellón haciendo el pino, entreteniendo a sus impasibles espectadores: el diván y el reloj de CÁRNICAS MOISÉS, con su banderola añadida por Monti, para quien el Cuerpo debía impregnarlo todo.

Rotaba articulaciones con pequeños saltos, cuando la puerta de Carrasco se abrió por sorpresa; en ningún momento había supuesto que su compañero pudiera encontrarse dentro.

Pasó al baño en ascético silencio, se oyó el grifo, retornó ancho y sigiloso a su habitación, para reaparecer al poco, dedicado esta vez a echar el descomunal candado que atrancaba la puerta. Cerró con vueltas ruidosas y petulantes y luego cruzó el salón sin ni siquiera dirigirle un movimiento de cabeza.

Un tipo raro el Carrasco. Raro de verdad. Caía mal a todo el Puesto, y a él ya empezaba a ocurrirle. ¿De qué se las daba? Sin duda, el que mejor le caía era Montilla. Lástima que no coincidieran en los salientes de servicio. Además, la chica con la que salía absorbía todo su tiempo libre, y según la áspera rumorología de la Unidad, más de lo que ella deseaba.

Con el Polilla congeniaba no sólo por edad. Ambos coincidían en delectación profesional y amor sustancial al Cuerpo. Le superaba en antigüedad por pocos meses y hablaba y sentía la Guardia Civil con un entusiasmo acendrado y tenaz. Su cuarto por doquier era una muestra de variados emblemas institucionales: pegatinas —«SI ME NECESITAS, LLÁMAME» reza la más repetida, en la que un lechuguino vestido de guardia civil aparece en jarras con expresión jovial—; pisapapeles —una rechoncha figurilla con un desmesurado tricornio— y un montón de bagatelas como bolígrafos, camisetas, llaveros…, y en todos ellos el rombo con hacha y espada.

Un banderín nacional —y constitucional— y otro de la Patrona del Cuerpo presidían su mesa.

Montilla todo lo justificaba —las decepciones, el avasallamiento disciplinario, la increíble desfachatez de la superioridad— en pro de un futuro mejor, como si el hecho de ser guardia civil estuviera muy por encima de no ejercer como tal.

En cambio, él, atento y desvelado por lo substancial del deber, sabedor de hallarse rodeado de actitudes en las que predomina un resignado conformismo, la astuta desidia o la pura apatía, se veía desfilar con el paso cambiado por los blocaos de la frustración. Una clase de frustración exasperante rayana a veces en una especie de ira imprecisa.

Se veía como un estandarte —como un guiñapo— a merced de vientos —doctrinas— implacables.

Sus ambiciones truncadas por la fanática rutina que todo lo rige en aras de un folclore rancio, banal, retrógrado…

Le oyó subir las escaleras, saliente de servicio, urgido por la cita con su chica que le ponía cuernos.

—¡Hola, musculitos! —exclamó, vadeando mancuernas como en un ejercicio de pista americana—. Tengo que cambiarme de ropa y me largo. Y tú qué, ¿es que no piensas salir un sábado por la noche?

—Si acaso después de cenar —jadeó Salva, haciendo fondos entre dos sillas—. Por cierto, si quieres ahí tengo atún y pimientos morrones.

—Gracias, pero hoy… «cenaré» otra cosa —y soltando una risita de sátiro, que más bien le quedó como un chirrido infantil, voceó desde su cuarto—: Tú ya me entiendes. Vente conmigo y te presento a una amiga de mi novia. Te advierto que está muy buena. Y están al caer.

—Te lo agradezco —dijo Salva, ahora afanado en extensiones de tríceps con mancuerna tras nuca—. Pero antes quiero acabarme el entrenamiento, y luego ya veré.

De la calle subieron dos toques de claxon.

—Hasta luego, musculitos —Monti pasó raudo, sorprendentemente cambiado de ropa, el rubio cabello erizado por la gomina.

A las órdenes del segundero de su reloj de campanas, alternaba ejercicios isométricos con la nueva barra de torsión. Extendió los brazos frente al pecho y la postura le evocó su presentación militar con el cetme el día de la patriotera conmemoración. Él en el centro de la infamia. El ritmo cardíaco se le disparó al margen del ejercicio físico. Doblaba frenético el muelle; hasta que el ácido láctico le bloqueó los músculos en brazos y pectorales y una de las empuñaduras se le escapó y a punto estuvo de partirle la cara.

La barra se le escurrió y el muelle rodó por el terrazo con la visión de un sinfín insoportable.

Cerró los ojos.

Respiró abdominalmente.

Se tendió en el diván para trabajar oblicuos.

Llamaron a la puerta. Era el brigada, que quería anotar el número del calentador y otras anomalías: la undécima petición de arreglo dirigida a la Comandancia.

Al marcharse le dejó una de sus poéticas recomendaciones:

—Deberías salir, Salvador. El aire en esta esfera está viciado, más muerto que el de la *Divina comedia*.

—Quizás lo haga.

Trató de proseguir con la serie interrumpida.

Pero el vuelo de su estampa haciendo el Presenten Armas al compás de una bacante sonrosada con un tenedor como batuta o dando novedades a un borracho con divisas de general y un uniforme igual al suyo, le aturdía, le impedía concentrarse. Lo asfixiaba.

Lo violentaba.

Tenía que salir.

Este aire está muerto.

Se daría una ducha. Fisgó por la ventana. Monti mantenía animosa charla con dos estupendas féminas. Una era su novia; la amiga valía la pena corporalmente. Vestía minifalda y le captó dorados y prietos muslos, como el resto de lo que se insinuaba por arriba. Cambió de opinión: bajaría. Pero ya se marchaban y él estaba en albornoz. No debió rehusar tan a la ligera la invitación de su amigo. Se acordó de Marisa. Tal vez la viera en la discoteca y pudiera repetir las furtivas y fogosas escapadas de Las Torcaces.

Bajaría al Bordaluna.

A pesar de la ducha con agua fría, se complació en imaginar que repetía la aventura esa misma noche en cualquier lugar. O a lo mejor no fuera con Marisa, sino con Paloma, que conduce coche propio y siempre va sin cinturón y a la que había parado en dos ocasiones. La reconvenía, se reían, ja, ja, y hasta otra. Sería alucinante poder subirse con ella y morrear sus labios carnosos, ambos restregándose en desenfrenada concupiscencia al amanecer, en las eras del pueblo o en el merendero de Los Varales o al lejano páramo de Matallana, y en cualquiera de ellos arrojados al vulturno del deseo, unidos por Príapo, bocas y sexos, fuego en la piel brillante, enajenados de lujuria y fricción, y de corrida acaso ella le bruñera el bálano como Marisa en la segunda tacada, rematando encajados, yéndose

en espasmos extáticos, en medio de una coral de gritos, jadeos, convulsiones…

Se recostó contra la pared, exhausto como un corredor de maratón.

He de reponer fuerzas, se dijo, acordándose del bocadillo de atún.

Se reduchó, cenó y a eso de la medianoche partió ansioso por ver cuánto de la calenturienta presunción se cumpliría.

Camino de la discoteca se cruzó con el Land Rover. Dentro iban Goyo y Velasco. Les dijo a donde se dirigía y en el acto le previnieron de que podían cazarlo como a un pardillo. Goyo le recomendó que un buen braguetazo y adelante y Velasco dijo que sin su compañía se comería «el centro de una rosca». Y avisó:

—Ten cuidado no te hagan una verónica. Que hay mucha cazapicoletos por ahí.

Salva les deseó buen servicio y continuó su ruta al Bordaluna.

No dejaba de obsesionarle lo visto y sufrido un 18-J salido de las páginas truculentas de la Historia. Era un *número* de la Guardia Civil; uno bien novato, y como recordaba del capitán Parterra, no se les pagaba por pensar, «sólo por obedecer», y Félix también pensaba así y añadía que cayendo la nómina todo lo demás era prescindible. Y con rumias tales, bajo un cielo tachonado de neón y una luna cuajada de brillantina, penetró en el garito. ¿Triunfaré?

Ya veremos, suspiró, embestido por un retumbe tenebroso.

Dio una vuelta exploratoria, y como no vio a nadie conocido fue a encaramarse a uno de los altos taburetes de la barra; allí saludó al dueño del local, que en cuanto lo reconoció como guardia civil le invitó a lo que quisiera. Pidió una tónica, conversaron a gritos un rato y luego se entretuvo con la máquina de videojuegos, una aventura de tiros llamada *Thunderkiller*.

Se trataba de conducir un musculoso y armado héroe a través de un periplo mortal en el que una nube de guerrilleros surgía por doquier, disparando con ilimitada variedad de armas.

Con milagrosa habilidad, superó la primera fase; en la segunda —un campamento enemigo que debía arrasar—, la puntuación se lentificó peligrosamente; y además, su nivel de reserva vital —una barra amarilla que de repente enrojeció— menguaba sin reposo. Francotiradores clónicos asomaban, disparaban y se escondían con descarada inmunidad. No daba abasto. Se extinguió la barra roja. Sobre la imagen congelada en la que había sido abatido centelleaba un aviso y una invitación: THE GAME IS OVER. INSERT COIN. Puso otra moneda y el resultado no pudo ser peor.

Apenas hubo iniciado la partida, perdió los puntos y la energía del tirón, como si el *insert coin* nunca se hubiera borrado.

O he tenido mala suerte o antes la tuve muy buena, se dijo sin más preocupación que toparse con Marisa y sobarse entero y a base de bien.

Deambuló sin consistencia por la planta de arriba y bajó en seguida. Sin novedad. Se pegó a la barra con otra tónica y esperó… Apenas un minuto cuando la vio entrar con una falda tan corta y tan ajustada como la había imaginado. El escrutinio visual de los pechos sin sujetador bamboleándose sin recato le encendió. No sería tan mala la noche como empezaba a temerse. Salió a su encuentro y ella le ofreció su mejilla, al tiempo que formateaba un tenue beso al aire.

—Hola, Salvi, ¿cómo te va? —le dijo con cierto alarde de timidez.

—Bien, ¿y tú?

—Ya ves, he quedado con un amigo y el muy cabrón sin venir —espetó toda ella muy fina, y muy reteñida: venía de platino.

—Ah. ¿Y qué te parece si te olvidas de tu amigo y nos tomamos un cubata?

—Bueno —concedió Marisa, sin dejar de mirar a la roja cortina de la entrada.

Salva apartó con gesto de triunfo el refresco burbujeante y pidió un par de *balumbas* —que fue lo que ella sugirió; por lo visto, coñac con chocolate.

A los cinco minutos de aburrida y escasa conversación, Marisa dio un bote de alegría, levantó la mano, la sacudió en el aire, y un tipo currutaco y relamido se le acercó. Se abrazaron y se mordieron la boca con un ahínco que desmentía un simple beso de bienvenida.

Un descalabro humillante, advirtió con tirria y desesperación Salva, en tanto que aquellos dos estúpidos no se despegaban.

—Es mi novio —acabó por informarle Marisa en un respiro.

Farfulló las presentaciones, apuró el *balumba* con el meñique exageradamente estirado y, tirando del lechuguino, dejó a Salva compuesto y sin perspectivas: alelado como si le hubieran arrojado un cántaro de agua helada. Incluido el cántaro.

Renegó del coñac; se le habían quitado las ganas de coger ese puntillo que le pudiera ayudar a desinhibirse. Lamentó la inversión del cubata y el polvo que no echaría, y cierto: se comería el centro de una rosca.

Sin saber qué hacer —si irse a dormir o apalancarse en la barra con cara de idiota—, optó por entretenerse con otra partida al *ThunderKiller*.

Alguien jugaba.

Tornó al taburete y mitigó el plantón con la esperanza de que Marisa regresara y le dijera «Era una broma, ¿follamos?».

Bueno, soñar es barato. Sabía que no sucedería.

Vagamente seguía la música con el pie. Las almas que pasaban no requerían su interés. Tenía prisa por jugar, pero el que se lo impedía debía de hacerlo bastante bien porque ya duraba el triple del tiempo que él había empleado en las dos partidas.

Atisbó la pantalla de vídeo.

El soldado de la resistencia volaba a través de una nube de enemigos, que tan pronto asomaban, caían. Surcaba la tercera fase. Y Marisa que no volvía.

De súbito, un foco purpúreo relampagueó en el contorno de la pista de baile, incidiendo de lleno sobre la cabeza del jugador… o la jugadora. El pelo pareció prendérsele, destellando en la penumbra como una salpicadura de fuego que se extinguió con el rayo inopinado.

La instantánea electrificó su atención con la intensidad y pasmo de una supernova que explosionara en una noche de somnolienta patrulla.

En efecto: una fémina. Una a cuya media melena el intermitente foco inflamaba a intervalos veleidosos.

Olvidado de cualquier nimio o voraz desasosiego, Salva se deslizó del taburete y se aproximó, despaciosamente, alucinado, no por el desarrollo del juego —sin duda, espectacular—, sino por aquella silueta, esbelta, casi de su altura, deflagrada en gestos categóricos y precisos que la inferían un estilo autárquico capaz de intimidar a un perdedor como él esa noche.

Alrededor del vertiginoso talle se le mecían los flecos de la liviana cazadora. Las manos sobresalían finas, largas, audaces. La caída de los vaqueros delataba unos glúteos respingones y proporcionados. Pero era su turbulenta desenvoltura —plasmada en el contundente zarandeo de los mandos—, a un metro de su absorto espionaje, lo que producía en él la irresistible fascinación.

Debe de tener cara de bicha, conjeturó, retrocediendo, como avergonzado de su furtivo escrutinio.

De pronto, ella se le volvió.

—¿Tienes cambio?

Se había retorcido como una serpiente, inquiriéndole algo con ¡cara de serpiente! Unas facciones angulosas y unos ojos un tanto rasgados que le interpelaban con apabullante indiferencia.

—¿Qué…?

—Cambio para la máquina. Necesito monedas —la oyó sisear, al lado de un bafle atronador.

Y sin embargo, la había entendido: porque de repente tenía ante sí al ser más sugestivo del mundo.

—Sólo tengo dos —acertó a responder.

—Lástima —casi le gritó, y tornó a darle la espalda sin más.

Salva adivinó que intentaba largarse y se movilizó.

—No importa, tómalas —la rodeó, estorbándole la retirada—. A mí también me encanta este videojuego.

Ella le dedicó una mirada impestañeante y Salva corrigió la apreciación de aquellos ojos hipnóticos: talmente que balas de cetme, calibre 7,62 nato. Por color y forma. Deseó ser su blanco.

—La jugamos a medias, ¿vale? —añadió, y escorándose hacia la máquina deslizó sendas monedas.

Seleccionó dos jugadores y la invitó a tomar los mandos.

Ella vacilaba.

Reculó un paso y la pantalla comenzó a rugir y a relampaguear.

Como Salva preveía, la partida se desarrolló con desigual puntuación, siendo la suya la más desastrosa y patética, pues no bien arrancó la segunda fase fue aniquilado. Pero aun siendo un experto quién podría sustraerse de aquella mirada simultánea de enigma, conocimiento y alerta, consagrada a las partidas y que a él lo omitía con despiadada serenidad.

Salva se sentía un agraciado en precario, de modo que si no quería pasarse la velada en penitente contemplación, saturado de ruido y gaseosa, tenía que arriesgar más. Que ella lo despidiera con un tamborileo de dedos en el aire fue un imprevisto de lo más previsible.

Y de lo más descorazonador: enfilaba a la salida, esta vez sin hesitación.

Cuando la interceptó de nuevo, estaba seguro de que en su intrépida y atolondrada actitud el seso prevalecía sobre el sexo.

Lo guiaba un brío sumo, un fervor espontáneo y arrebatador.

No obstante, no pudo evitar balbucear:

—En vista de que la partida no nos fue demasiado bien, qué tal si nos tomamos algo.

Por fortuna, el entorno estaba de su parte. El fragor del tecno distorsionaba su acento amedrentado y los reflejos corregían o justificaban su rubor.

Ella sonrió displicente, abrumadora. Salva tragó saliva.

—De acuerdo —accedió por segunda vez.

Salva contuvo una apretada de puños y un salto.

Se apoyaron en la barra. Que ella pidiera en primer lugar.

—Una tónica.

Tremendo augurio.

Con los refrescos huyeron a una rinconera iluminada y de una estridencia menos insoportable. Le asaltó la idea de que el novio apareciera en cualquier momento y se la llevara quedándose una vez más descartado y humillado. No creyó que lo tuviera. Así que, después de presentarse mutuamente con un liviano apretón de manos —se llamaba Anabel—, se operó dispuesto a entrar en una charla lo más fluida posible, aun a costa de no ser original.

—¿Estudias o trabajas?

—Las dos cosas. ¿Y tú?

—Trabajo por aquí. —No consideró oportuno decirle que de guardia civil. No tenía necesidad ni era importante. Velasco aseguraba que hacerlo sería como si la *perica* te bajara la cremallera de la bragueta.

Él emplearía otra táctica.

Y mientras la concretaba, respondió a su pregunta.

—Oh, no; no soy de las colonias, si te refieres a los adosados de la urbanización Maracaibo. Se podría decir que estoy de paso y es la primera vez que bajo a esta discoteca.

—Pues yo soy de aquí y esta es la segunda.

—¿Y eso?

—Paro muy poco por San Juan.

—Bueno, ¿y qué estudias? —insistió él, irresoluto.

Estudiante de químicas, y se sacaba unos duros para gastos trabajando como taquillera en unos multicines. Luego —y para dicha de Salva— Anabel dilató la conversación por derroteros que tenían que ver con las inquietudes y las ambiciones de alguien que ansía la salida del hoyo social, al que el Sistema arrastra a uno a poco que se abstraiga en filantrópicas pretensiones.

Salva la atendía con doble fatiga; porque apuntaba sus opiniones con indecisión y porque no podía dejar de repasar su fisonomía: a su gusto era perfecta.

Dotada de un físico moldeado y compacto, simétrico y estilizado —se había quitado la cazadora y quedado en camiseta de hombreras—, al par que una mente singularmente lúcida, Salva empezó a sentirse arañado por un inexplicable complejo de inferioridad.

Aquel fortuito encuentro excedía lo accesible y hasta lo inteligible.

Le revelaba sus aficiones por la lectura y la vida al aire libre, el deseo utópico de vivir en una casa lejos de la ciudad donde se pudieran ver o adivinar todas las constelaciones del cielo nocturno; y cuando mencionó la práctica regular del deporte, en especial de la natación, Salva se vio con soberanas posibilidades de diálogo.

—¡Natación! Esa es precisamente mi especialidad favorita. También salgo a correr cuando puedo y en el pabellón tengo algunas pesas…

—¿Qué pabellón?

Salva quedó confuso.

No tenía sentido ocultarle una verdad tan particular y anodina.

—Soy guardia civil. Y estoy destinado aquí, en San Juan.

Ella, que trocó a mirarlo con una especie de aprensión inquisitiva, repitió sin aliento:

—¿Que eres *guardia civil*…?

Salva indagó con temor:

—¿Te disgusta?

—Pues claro que no —repuso ella al punto—. Es sólo que… que no me imaginaba que alguien como tú fuera algo así. Pues sí, además de la natación, que practico durante todo el año en una piscina cubierta de Torrejón, hago aeróbic, patinaje, bicicleta —relataba un tanto nerviosa.

Hizo una pausa.

—¿Por qué te hiciste guardia civil?

Salva la habló de su sueño. De cómo lo había logrado. Y de lo orgulloso que se sentía. Y que ahora aspiraba a remontar como cabo, sargento, oficial…

—Llegar muy arriba. Y todo ello sin dejar de ser un genuino Servidor de los Ciudadanos.

—¿Qué clase de ciudadanos?

—A todos, por supuesto. Y lucharé por ello entero y a base de bien, como dice mi compañero Monti. Un día ayudé a un vejete a cambiar una rueda. Había que aflojar una tuerca que el pobre hombre no podía. Ni siquiera el jefe de pareja pudo conseguirlo. Pero yo, gracias a mi habilidad y a las ganas que puse, yo sí la quité. Fue una gran alegría para mí. Así haré con todos aquellos ciudadanos que nos puedan requerir: con valentía y honestidad.

Salva se percató con inmenso agrado de que ella le escuchaba, si no con verdadera fascinación, sí con un interés profundo y minucioso.

Aunque no tanto como para ser interrogado de aquella manera.

—¿Cómo dices?

—Que si tú no crees en la subordinación de los Ejércitos a las oligarquías dirigentes —repitió ella.

No tenía el cerebro en esa onda —quizás nunca hasta entonces, conjeturó— y por eso tardó en contestar.

—Bueno, tal vez —no quiso contradecirla—. Pero no será en mi caso.

A mí, jamás, *jamás* —remachó ya seguro de sí— me doblegará nadie. No, si la Ley está conmigo.

—La Ley. ¿Qué es la Ley?

Y se trabaron en una charla trascendental, cíclica, baladí: de la existencia en San Juan de la Sierra, de la Vida, de la ambición honesta o costa de uno mismo, de lo duro que es bregar con dignidad en medio de una sociedad tan aviesamente competitiva. Ella sin dejar de asombrarse ante la fogosa decencia con que él se expresaba. No se acariciaron sus carnes sino sus intelectos y fue maravilloso y excitante.

Curioso solaz para una noche de marcha.

Pero esto a Salva se le reveló en el momento en que el reloj marcaba las tres y Anabel sentenció que tenía que marcharse, que no podía quedarse con él ni en la discoteca ni en ningún otro sitio, a pesar de que él insistió en acompañarla a donde fuera.

En el exterior del local, quemó el último cartucho.

—¿Cuándo volveremos a vernos? —suplicó, adivinándose más bien lamentable: lo que fuera con tal de arrancarle una cita—. Mañana por la tarde estoy libre y puede que por la noche. —De pronto se descubrió dispuesto a desertar.

—Imposible esta semana. Pero si el próximo domingo estás en un sitio conocido como el *rincón del viento*, detrás de la iglesia, a las doce y doce, allí nos veremos.

—Si no hay otro remedio —se resignó—. ¿Y por qué a *y doce*?

—Simple puntualidad. Ofrezco lo mismo. Así, ninguno esperará en vano.

Eso estaba garantizado. Cambiaría el servicio aunque tuviera que negociar con Satanás.

La vio alejarse bajo el pálido fluorescente con el nombre de la discoteca y no por eso su pelo dejaba de arder. Una pura mata de fuego. Subió a un Ford Fiesta y esta vez sí el aéreo tamborileo de dedos junto a su nariz afilada fue inapelable. La belleza de ese, aparente fútil gesto, le anunciaba el comienzo de la semana más larga de su vida; aun así, era como si se hubiera rozado con toda la suerte del mundo.

Las estrellas fulguraban aplausos a su ventura.

Partió hacia el cuartel. Recordó el mensaje del brigada. El aire allí dentro estaba «muerto». Creyó entenderlo.

Se desvió al centro de la población; quería disfrutar del silente caos de las calles, de la paz universal sobre su espíritu revivificado.

El caso es que el alejamiento había sido un alivio inconmensurable con respecto a las sórdidas vicisitudes del servicio. Sus incipientes reveses

profesionales disipados como por encanto. *Ella*. En cambio, ahora tenía por delante siete días de palpitante ansiedad.

Marisa pasó en un descapotable, sobándose con su muñeco bonito, y él encantado de que se la hubiera llevado. Se llenó los pulmones con el cálido aire de la noche. Olía a ella, a Anabel. Una semana. ¡Oh, eternidad!

A un trallazo de alegría le siguió otro de angustia: el primero por haberla conocido, y el segundo porque en realidad nada les unía, nada fuerte y consistente, aparte de un rato ameno: insuperablemente ameno. Pero efímero. Desembocó en la plaza del ayuntamiento. Se hallaba más solo que la una en el reloj municipal de números romanos, cuyas manecillas marcaban las cuatro. No tenía sueño, sólo ganas de trepar hasta las agujas y girarlas hasta haber transcurrido los siete días…

Atravesaba el lugar mirando sin ver, como flotando, evocando el rostro de Anabel, su porte ágil, el modo en que se aparta el pelo fuego de sus mejillas y descubre sus ojos rayados de hechizo y de intriga hacia su vida y su profesión, luego estremeciéndole por cómo ella siente y anhela la suya propia.

Un destello —otro muy distinto— y luego nada.

Salva parpadeó y aterrizó.

Escudriñó el escaparate de la mercería Palomo, una tienda enclavada en la esquina del callejón del churrero con la Mural a su paso tangente por la plaza. Y la fugaz visión volvió a repetirse. El fogonazo de una luz tapada aleteó en el techo, en las paredes —un maniquí se silueteó apenas—, en la puerta entreabierta.

Se trataba de un robo. *¡Un robo!*

Agazapado entre vehículos, espiaba aguantándose la respiración. El corazón sería el que lo delataría si no aminoraba el martilleo torácico. La puerta de la tienda chirrió; alguien acechaba desde la negra rendija. En seguida se agrandó lo justo para vomitar un manojo de ropas con un par de piernas que las volaban en volandas.

No había duda: se estaba cometiendo un delito, y ¡él era guardia civil!

Debía intervenir.

Reparó en que solo, desarmado y que si tenía que enfrentarse a dos delincuentes, si no eran más —contabilizó al de la linterna y al que acababa de salir—, poco podría imponerse.

Dio media vuelta y voló.

2

Le abrió el brigada, en pijama, con la cara hinchada y los pelos de la cabeza tiesos como de susto; de haber sido en otra ocasión habría producido una buena carcajada, pero había que detener a unos amiguetes de lo ajeno. Le fue ordenado que se pusiera el uniforme y fuera abriendo cancelas.

Había empezado por avisar a la patrulla nocturna. Pero las precarias transmisiones del Puesto no lo permitieron y, jadeante de impaciencia y de ardor policial, decidió pasar aviso inmediato al comandante de Puesto.

Y junto a la puerta de la cochera en alto lo esperaba, listo para la misión, como en sus sueños de policía.

El brigada pidió al guardia de Puertas que insistiera en localizar a la patrulla y luego subió al *pepito*, el coche de dotación que a veces se ponía en marcha con la llave. Pero una de esas veces no era aquel momento imprescindible: tan inerte como cualquiera de los tetrápodos amontonados en una esquina. El comandante de Puesto se bajó, trotó a su oficina y regresó blandiendo unas llaves.

—Nos vamos con el mío —dijo, bajando por las escaleras.

Lo siguió hasta el R-18 aparcado en la calle, a la caída del jardín, y enfilaron hacia el teatro de operaciones.

A dos esquinas de la tienda, el suboficial paró en mitad de la calle.

—Así les cortaremos el paso —pergeñó sobre la marcha—. Tú por esa acera y yo por esta.

Continuaron avanzando a pie, con zancadas sigilosas, raudos en las zonas más iluminadas; lentificándose en las fracciones de sombra; escrutando ambos pistola en mano el escenario de intervención: sombras afanosas recortadas por las luces de la plaza iban y venían hasta una pequeña furgoneta que orientaba morro hacia ellos. El brigada le hizo una seña y Salva comprendió: revelarse en segundo lugar, exhibir el arma, proteger la intervención. Fácil.

El suboficial se plantó bajo una farola.

—¡ALTO A LA GUARDIA CIVIL! ¡No se muevan! ¡Están rodeados!

Salva también surgió para hacerse ver.

Los dos individuos, que en ese instante se cruzaban, se clavaron, se miraron como lelos, sin soltar uno la carga y el otro sosteniendo una cesta vacía de la que colgaba una media deportiva.

El brigada les ordenó que se tiraran al suelo, pero sus últimas palabras las absorbió un estruendo como el de un avión aterrizando sobre sus cabezas, que bajando por la misma calle desde el otro extremo de la plaza venía hacia ellos. Era el Land.

El Land, que, como un toro que sale enloquecido del chiquero,

irrumpía distorsionando el escenario de intervención con la luz larga de sus faros.

El manojo de ropas se deshizo en pedazos, la canasta volteó atravesada por mil rayos romboidales y al punto los dos seres catapultados a la furgoneta que arrancan como en las películas: rugiendo y chirriando. Y hacia ellos.

—¡Alto! ¡Alto! —enronquecía el suboficial, tratando de entrever desde detrás de su mano estirada a modo de visera contra el furioso resplandor.

Los faros del Land y los de la furgoneta se superponían. El brigada caería víctima de su ciego arrojo. Salva se abalanzó y ambos fueron a estrellarse contra un zócalo añil y rocoso.

La furgoneta pasó con tal velocidad que Salva creyó sentir el efecto de succión que todo objeto veloz arrastra tras de sí.

Se oyó un derrapar de neumáticos, una estrepitosa colisión y luego un aceleramiento que la pasada del Land —era todo ruido y lentitud— confundió.

—¿Está bien, mi brigada? —Éste se tanteaba la cabeza, los brazos, las rodillas.

—¿Qué? Pero… —Se apoyó en la pared y se levantó con más furor que agilidad—. ¿Por dónde han tirado…? Ah, ya —y se echó a galopar.

La *estufeta* intentaba doblar la esquina con múltiples e ímprobos giros. El brigada continuó hasta su coche sin atender al arrugado morro.

Casi al mismo tiempo, Salva se ubicó a su lado; el suboficial dio marcha atrás, encaró y aceleró rúa paralela a la de los fugitivos. Un ruido como de latas arrastradas rechinaba por los bajos.

Ajeno a esta anomalía, el conductor vaticinó:

—Los interceptaremos en la calle detrás del cuartel. Por donde han huido sólo pueden girar a la izquierda. Con un poco de suerte, llegaremos antes y les cerraremos el paso.

Y así, al llegar al cruce, torció a la derecha.

De frente, en avalancha, la furgoneta.

La calle, sin aceras, se reveló de una estrechura espeluznante.

El brigada frenó, restregándose contra la tapia de su lado. El turismo rechinaba como si una apisonadora le estuviera pasando por encima. Del mismo modo, la furgoneta se pegaba a la pared de enfrente.

Y de milagro se evitó el impacto frontal: pero no el crujiente y horrísono encaje bilateral.

Ambos vehículos quedaron contiguos, estrujados. Adosados y atrancados.

Y dentro de sus respectivas chatarras humeantes, todos vivos.

—¡Alto a la Guardia Civil! —gritó Salva, encañonándolos a quemarropa con su Star 9 mm parabéllum.

Se sorprendió extraordinariamente templado. Sus ademanes y voz transmitían un dominio macizo y conminatorio. En su regazo, el cristal de la ventanilla descansaba hecho añicos. Apareció el Land Rover. Goyo y Velasco les rodeaban alarmados y asombrados de que los cuatro hubieran salido indemnes.

XVI. COMIDA PARA DOS MÁS

1

El brigada retiró el pequeño candado del teléfono, enganchado a la ruleta del dial.

—El rapapolvo no será pequeño —mascullló mientras marcaba el primero de los números, el del Juzgado; a continuación tenía anotados el del Colegio de Abogados, el del médico y el de los familiares de los detenidos.

Por último, participó los telefonemas a las Planas Mayores de los respectivos escalones jerárquicos, tras lo cual agregó, para sí:

—Que se jodan, y si no que los detengan ellos.

Como aprehensión figuraban géneros por valor de 250.000 pesetas, un vehículo robado con graves daños en la carrocería, la incautación de una pistola simulada y dos grandes navajas.

En cuanto al R-18, los desperfectos eran tremendos: el capó levantado en forma de pirámide, sin faros ni rejilla, el radiador a rastras, las ruedas delanteras divergentes y los laterales machacados. El Land lo había remolcado —más bien arrastrado— hasta el cuartel, y allí seguía, comentado por todos: siniestro total.

—Salvador, creo que nos hemos pasado —ponderó su dueño.

Pegado a la ventana de su oficina, el suboficial contemplaba atribulado su descuajaringada posesión, soltada o arrumbada al pie del terraplén de césped en la zona PROHIBIDO APARCAR EXCEPTO GUARDIA CIVIL, donde unas horas antes descansaba incólume y ahora como un gurruño de chapas; excepto por su impoluto color blanco, el resto recordaba a uno de esos coches bomba después de que han hecho explosión.

Salva, afanado en ordenar las diligencias en tanto llegaba el abogado de oficio, buscaba palabras de ánimo. ¿Qué podía decirle?

—Al menos el servicio ha sido un éxito total. Hemos logrado una detención sin disparos y sin heridos. Quizás la medalla que le den pueda compensar, en parte, el desastre. Incluso es muy probable que le concedan una *bufanda* —remachó, alentador.

El suboficial, sin dejar de darle la espalda, soltó una risita al cristal.

—Conque una *bufanda*. ¿Te refieres a esos pluses arbitrarios que de cuando en cuando se conceden los oficiales y sus vasallos más abyectos?

Salva dejó de trajinar.

—Naturalmente —respondió, convencido—. Usted tiene derecho. Aquí están los resultados. Nadie podrá negarle su esfuerzo y su riesgo. Es obvio que ha hecho más de lo que debía. Sin duda, merece algo más que una simple felicitación.

El brigada se dio la vuelta.

—Ay, Salvador —se quejó con más ironía que pesadumbre—. Necesitas que te siente junto a un toro de piedra y recibas una gran calabazada. Yo días libres extras ni servicios de escaqueo te puedo dar; más avisos para sobrevivir en esta pizmienta milicia, muchos te daré —caminó hasta la puerta y la cerró—. Siéntate —señaló a la única silla de dotación de la oficina, un sólido armatoste de apariencia medieval, todo de madera, de bordes redondeados por el uso y la vetustez; él lo hizo en la suya, un raído sillón de ruedecillas chillonas el cual ocupó frente al guardia con la mesa de por medio.

Bastet surgió de algún recoveco, cruzó la habitación, ralentizándose junto a Salva con el lomo curvado, y fue a enroscarse a la derecha del comandante de Puesto, entre la esquina y el aparador de puertas de cristal, traslúcido de lomos de libros.

La cara chata del felino y sus orejas puntiagudas encuadraban a Salva.

—Gracias al Todopoderoso que no ha habido disparos —prosiguió el brigada en tono abatido—. De haber ocurrido, siquiera al aire, lo más probable es que hubiéramos continuado el episodio en el juzgado de guardia, declarando como acusados por dudoso cumplimiento del deber y de la defensa propia, pues que sin apoyos morales y sin la asistencia letrada del Cuerpo nadie nos habría librado de caer en prisión, y nuestro caso se habría convertido en uno de tantos para saciar la mala conciencia de instituciones y elementos supervivientes del antiguo Régimen.

Se pasó los dedos por el hirsuto pelo canoso, para continuar con resolución:

—Aunque la sociedad ha cambiado mucho en los últimos años, no ha sido así en este Cuerpo, Salvador, pues a costa de nuestro sacrificio, es decir, del pundonor que nos mueve como Servidores, pervive una cúpula anacrónica, casi perversa. Ya es hora de que empieces a ver detrás del fulgor. No permitas que te arrastren a la manada, una manada que si estuviera unida haría pasar hambre al león, y pues que no es así, ándate con ojo: la *realidad subyacente*, ya sabes. Mi talento se ha embotado. Pero el tuyo posee el ímpetu de la juventud. ¡Ah, juventud, divino tesoro!

Fijó los ojos —brillantes de revelación— en Salva:

—He perdido mi coche. ¡Qué le vamos a hacer! Ya me ha ocurrido otras veces y siempre acabo arrepintiéndome. ¿Por qué lo hago? *Esencia del*

Deber. Honor. Satisfacción moral. Nada más. Y nada menos. Merezco lo que me pasa. Y tú, pobre muchacho, arriesgaste el pellejo y un prometedor porvenir por un fracasado como yo… —se miró las manos, que abrió y cerró en un estallido de despecho—. ¡Ah, Marta! —Retomó la desconcertada mirada de Salva, y agregó con abstrusa vehemencia—: *Sé* que no me estoy equivocando contigo. Perdóname —rogó en un giro afligido—. Me has salvado la vida. Te estoy tan agradecido que ni aunque te pusiera libre todos los fines de semana que tienes por delante podría corresponderte… No tengo palabras. Sé que diciéndote *gracias*, lo entiendes. Porque tú eres especial.

—Otro en mi lugar habría hecho lo mismo —respondió Salva, en un intento por aliviar la creciente carga emocional que parecía abrumar al comandante de Puesto.

—*Especial* porque te he observado —continuó el brigada a su aire—, y veo en ti una aptitud superior a todos los compañeros que he conocido (y te aseguro que han sido muchos), y pues que respondes con emoción recia, quiero avisarte de que un talante tan claro como el tuyo puede llegar a ser un lastre. Te falta, cómo te lo diría… Una cortina de humo veladora y valedora de tus verdaderos sentimientos, y con ella sobreponerte a la felonía de los compañeros, que más que compañeros son *coincidentes laborales*. Para las cosas importantes, siempre estarás solo. Lidiamos en medio de una corrupción de necios. Y la peor de todas es la de la contemplación impasible: una clase de corrupción merecedora de un recio escarmiento y que sólo los menguados censurarían. Para mí es tarde. Tú, en cambio, dispones de tiempo. No lo malgastes absolutamente. Hablo de vivir siempre lúcido.

Se retrajo; tomó las diligencias.

—Pero ahora mismo lo que más falta nos hace es conseguir dinero para la manutención de los detenidos, pues el juez de Dosarcos, por cierto, compañero del mus y eterno adversario en el ajedrez (y aquí la palabra *compañero* está bien empleada) me ha pedido «por favor», que los tenga aquí hasta el lunes, cuando dizque podrá hacerse cargo de ellos. Quizá hoy sea distinto —se puso en pie, y Salva con él—, si es que localizo a alguno de los caudillejos de las planas mayores, que cuando se les necesita ninguno aparece. Por ahora releva a Goyo en la vigilancia de los detenidos.

Al agarrar Salva el pomo de la puerta, el suboficial lo retuvo con una pregunta:

—¿Cuántos de los libros que he puesto a tu disposición has leído?

Salva lanzó una ojeada al aparador; *Bastet* dormía con la cabeza sobre las patas delanteras. Una visión irradiante de calma.

—Dos. Y tengo empezado otros dos, uno a punto de terminar.

Las pupilas del brigada reflejaron un destello de gozo.

—Bien. No dejes de hacerlo; es la única manera de no acabar demasiado humillado ni ofendido. Siempre lúcido, no lo olvides. Vigila a los detenidos, pero mayormente a ti mismo.

2

Todos los muebles de la Sala de Armas habían sido arrinconados hacia la pared de las estanterías. En la otra mitad del cuarto, la despejada de enseres, los dos muchachos, de pie, recostados contra el tabique, las manos esposadas a la espalda, cuchicheaban jocosos.

Goyo le había advertido de que prestara especial atención a que no se rompieran la crisma contra el futbolín, las estanterías o la pared, y aunque eso sí lo estaba consiguiendo, lo que no podía evitar era que no dejaran de moverse ni que permanecieran callados.

—Que os calléis —repitió; pero no ganó mucho.

Salva, desde el quicio, no les perdía de vista, y de paso repasaba los estantes abarrotados de papeles que cubrían las paredes: legajos polvorientos atados con cintas de color rojo, carpetas de plástico —también de color rojo— que estrujan mamotretos de oficios (de *entrada*, *salida*, *enterados*, *recibís*…); repetitivos partes consecuencia del agobiante recelo de los diversos escalones de mando, quienes, a pesar de la evidente atrofia que ello generaba en la operatividad del Puesto, exigían de modo irremisible y en los que jamás perdonaban que no constara de manera clara y pulcra: «Dios guarde a V., muchos años». Pilas como troncos de árboles que debieron de ser antes de convertirlos en celulosa para algo tan inane como aquel cúmulo de pejigueras burocráticas. Un gasto de material, tiempo y hombres, insuficientes ya de por sí, que resultaba deprimente a su idea de seguridad pública. Dedujo que el brigada, al que no terminaba de entender del todo, se expresaba con acierto cuando anatematizaba contra tamaña servidumbre que le constreñía a descuidar labores policiales, así tuvieran que investigarse cien delitos en serie contra las personas o la propiedad…

Por ejemplo, los endémicos e infalibles robos de ganado que la superioridad desatendía, apreció tangencial, suspicazmente.

Ciegos de algún estupefaciente, los escandalosos detenidos reclamaron toda su atención.

—Que os estéis en silencio, y separados —se oyó demandando con afectada voz autoritaria.

—Salvador, que te están chuleando —le canturreó Félix, seguido de Velasco, ambos entrantes de servicio.

—Hola, Gordo —le saludó en confianza—. Tranquilo, que como me cabree se van a enterar… —Ni caso: los sujetos escupían y cuchicheaban, con hilaridad insolente, acerca del último *tripi* en chirona: «Mucho mejor que el pillado en la calle durante la provisional».

A Velasco, que jugueteaba con *Rufo* en el pasillo, aquel cachondeo le llevaban los demonios; penetró rápido, agarró a uno por la pechera y cuando parecía que iba a abofetearlo, éste, que no se lo esperaba, se vio barrido por una contundente patada. Esposado y con los pies en el aire la culada fue mayúscula. Que el otro supiera lo que iba a ocurrirle no hizo que la sentada fuera menos sonora ni brutal.

Despatarrados como borrachos, se mantuvieron callados… dos minutos; tras los cuales volvieron a soliviantarse con siseos y resoplidos de risa. Velasco hizo un conato de nuevo abalanzamiento, pero Salva le paró, y como los otros cerraron el pico, el guardia prosiguió la rebatiña con *Rufo* y el trozo de longaniza que, tironeándole, ora de las orejas, ora del rabo, le escamoteaba sin tregua.

Por su parte, el brigada, atareado en contactar con los jefes de cualquiera de los escalones superiores (todos ausentes por «Comisión de servicio»), iba y venía ensimismado, considerando suposiciones que presagiaba desastrosas: las inexistentes dependencias para la permanencia de los detenidos, su manutención; y cuando escuchaba algún comentario acerca de su machacado auto, perdía su habitual serenidad en forma de mascullados maldiciones.

¿Se lo agradecía el Cuerpo? ¿Acaso tenía obligación de enfrentar sus medios particulares a los transgresores de las leyes?

Salva estaba seguro de que alguien le echaría una mano, y aquel taciturno cascarrabias lograría una vez más, como mínimo, una estupenda anotación en su hoja de servicios. Su expediente personal debía de estar saturado de ellas. Si no cómo explicar que al cabo de tantos años de supuesta frustración profesional acometiera la captura de unos delincuentes con tan audaz revuelo.

No le comprendía, pero le estimaba por cierta inexplicable afinidad.

Cuando una llamada de la Jefatura requirió al suboficial, Salva no dudó en confirmarse estos vaticinios. Como las puertas de la oficina y de la Sala de Armas se hallaban una enfrente de la otra, Salva no tenía dificultad en oírle.

—Sí, mi capitán, ya sé que en el siglo pasado eran los mismos guardias los que se hacían cargo del sustento de los detenidos… Sí, y que hasta los indigentes había que cobijar a veces… Pero es que los tiempos han cambiado… Perdón, mi capitán… Sí, sí, ya sé que vuelvo a molestarle, pero es que si no dispongo de presupuesto… Sí, dígame, le escucho… No,

no quiero que lo ponga usted, por supuesto… ¿Que haga una colecta en la Unidad?… Y en lo que se refiere a mi coche, no es que quiera que la Comandancia me compre uno… Sólo he planteado la posibilidad de que el Taller me facilitara, siquiera, la mano de obra… Desde luego… Sí, sí que lo he entendido… —dejó de hablar; crujió el auricular y retumbó la campanilla.

Se oyó un chillido: *Rufo* había acabado por morder al burlador de la longaniza. Saltaron risas, de todos, también de los detenidos, que se desataron en tísicas carcajadas. Velasco asomó con una mirada torva y la expresión de sus rostros se les mudó como si las tuvieran de plástico y las hubieran acercado demasiado al fuego.

—Está bien; está bien. —Félix sujetó a Velasco, quien pretendía entrar a repetir el ataque. Y dirigiéndose a Salva—: Anda, déjame a mí —le reemplazó en ademán cordial.

El guardia primero se aproximó con paso inapetente hacia los detenidos, y de súbito se inclinó para largarles sendos y consecutivos guantazos que los volteó hacia sendas y opuestas esquinas.

—Así es como hay que tratar a estos pájaros —explicó dogmáticamente a Velasco. Éste acató la lección con gravedad socarrona.

—¡Eh, joder! —gritó el comandante de Puesto, saliendo al pasillo—. El que me los marque va para adelante. Buscadles sillas y que se sienten.

Un sentimiento de rabiosa conmiseración por aquel desvalido suboficial hizo que Salva se apresurara a cumplir la orden, en tanto lo veía renquear embargado por una desolación que sin duda superaba a la de aquellos desgraciados a los que ayudaba a incorporarse para que tomaran asiento.

Requirió a sus hombres disponibles en la oficina.

Insinuó la manutención por cuenta de todos y los belfos de Barahona relincharon al punto:

—Mi brigada: yo lo siento mucho, pero no pongo un duro —expuso, mirándose las puntas de los zapatos y meneando con ostentoso pesar la renegrida cabeza—. Las mil pesetas que puse cuando el robo a los extranjeros, para que llamaran a Austria, porque la Comandancia no autorizó el uso del teléfono, todavía las estoy esperando. Y lo mismo pasó con los muchachos a los que les robaron la furgoneta en el parque de la Telefónica —continuó con nerviosa osadía—, que entre todos tuvimos que pagarles la comida. Nos tocó a quinientas; otras que no he visto.

—Yo tampoco puedo poner nada —se sumó el guardia Nieves; Goyo y Félix componían significativas muecas—. Si el Cuerpo quiere que trabajemos, que sea con el dinero del Cuerpo. Pero no con el mío. Porque si Barahona puso mil para los extranjeros, yo, para dar de comer a los del

accidente del autobús, puse…

—Eh, eh, que no he contado lo del accidente —saltó Barahona—; que yo también…

—¡Basta! —interrumpió el comandante de Puesto—. ¡Idos todos ahora mismo!

Asomó al pasillo y llamó a su mujer.

—¡Dolores!

Rechinó una puerta.

—Dime, Ramón.

—Prepara comida para dos más.

Sí: desvalido, y solo.

XVII. EL BADULAQUE Y LA BESTIA O EL JODIDO JACOBINO

1

Los robos de ganado obligaban a las fuerzas del Puesto a intensificar controles e identificaciones en las carreteras y caminos de la demarcación. Dada la indigencia de medios de locomoción —entre otros—, no más que la suerte podría dar resultado positivo alguna vez. Pero sin cesar, eran negativos. Quienes los llevaban a cabo se movían con un prodigioso y expeditivo sigilo.

El servicio de esa mañana incluía plantón en una carretera local, la cual atravesaba Morratal y la Comarcal 215. A juicio de Carrasco, que acababa de tomarse en la población una copa de Chinchón —la quinta en ayunas le llevaba contabilizado Salva—, no valía la pena preocuparse por los robos: tenían que ver con mafias y entramados internos que les teledirigían los movimientos.

Aquello era muy grave a sus oídos, y Salva, desde el otro arcén, saltó en seguida.

—¡Cómo puedes decir eso! Nuestra misión es detenerlos si los capturamos. Y si están involucrados mandos del Cuerpo, tendrán que responder ante la Justicia.

—No seas badulaque, *chico* —le cortó Carrasco.

De su altura pero más corpulento, con los brazos cruzados y las piernas abiertas, oteando al desgaire la despejada carretera, su porte adusto y su laconismo imponía y amedrentaba. A veces se tocaba en el gaznate un discreto colgante con el Ojo de Horus como un amuleto que lo reforzara o eximiera de explicaciones y sinsabores.

Pero Salva no iba a permitirle ningún atropello.

—Oye, que yo no soy ningún *chico*.

Y como si su interlocutor no hubiera oído reproche o fastidio, continuó:

—A la Bestia no hay quién la pare. Como mucho se la hiere y sólo para recibir un zarpazo del que no te recuperarás jamás —le hablaba sin mirarle y sus ojos erraban indescifrables hacia los riscos del monte de La Loba, un lugar de sierra arbolada del que acababan de llegar—. Y aunque lo hiciéramos, no serviría de mucho. Nos crearía problemas. Tú no puedes entenderlo, *chico*.

¿Aquel tipo estaba loco o borracho?

—De qué hablas, si puede saberse —replicó Salva con áspera interpelación; no obstante, no le tomaría en serio, y puesto que el tráfico era escaso, le serviría como distracción.

Me voy a divertir un rato con su sarta de renegadas incoherencias, se dijo sin la más leve traza de regocijo. Y en el desdeñoso silencio que su compañero prorrogaba a la defensiva, añadió, avanzando osado al centro del asfalto:

—Yo sé muy bien cómo tengo que actuar.

Por vez primera Carrasco lo miró directo a los ojos.

—*Chico*, me das pena. Mucha pena —se remarcó menos conmovido que displicente—. Pon los pies en el suelo. Veo los riscos de La Loba y veo las iniciales de un muerto y un herido. Yo soy el herido. Y el muerto es mi amigo. Aún me silba aquella puta onda explosiva que me revolcó en el País Vasco. ¡Puaf! Y tú, pollito, crees saber. Saber, saber. Yo también era pollito entonces. Igual de badulaque que tú ahora. —Deshizo el cruce de brazos y en un ademán de prestidigitación y brusquedad exhibió su carpeta de denuncias, en cuya portada Salva captó una desvaída pegatina en la que se leía: TXAKURRAS KAMPORA. JO TA KE. Dio en ella un puñetazo y remachó—: Nunca los cogeremos, joder. *Nunca*. Es imposible.

—¿Y en qué te basas para decir eso? —inquirió Salva, incontenible y desquiciado.

—Años de servicio. Experiencia. Torturas —recitó el otro a modo de sosegada, ceñuda réplica—. En esta reserva del franquismo que se llama Guardia Civil, estamos dos grupos, uno subyugado por el otro: la camarilla militarra, los *okupas*, arriba; y nosotros, los trabajadores, abajo. Parece que nos movemos igual. Pero qué va, *chico*. No hay corporativismo de clase y esa es nuestra puta perdición. —Se tomó un respiro, para agregar con acento abstruso, solemne y fiero—: Y del Estado Actual de Cosas la culpa la tienen los prójimos corrompidos: esos putos vividores amorrados a la Bestia y convertidos en sus mamporreros. Unos por cobardes, otros por traidores y falsos, nos tienen bien trincados estos cabrones. Qué asco; con ka, *chico*: *asko* cuartelero. Y yo paso de toda esta mierda —concluyó sin más concreciones, o excreciones.

Giró la cabeza y fijó la vista en el cruce con la 215, a unos quinientos metros.

—¿Algo importante? —quiso saber Salva.

—Nada que tú puedas arreglar —mugió el otro—. Y quítate del medio, que los espantas.

Salva obedeció. No había duda: estaba con un borracho. No mantendría más discusiones. Las palabras de su compañero sólo eran

exabruptos. Los viajes de Chinchón lo hacían desvariar. Si el teniente se presentaba no les salvaría de un correctivo a ninguno de los dos. Una mancha en su expediente lo consternaba sobremanera. Pero dependía de Carrasco, quien con una Falta Grave y otra que le tramitaban por acumulación de Leves, parecía importarle un comino. Tenía la irreverente costumbre de decir lo que pensaba y, al parecer, y por si fuera poco, rebatía sin complejos a los mandos: varios correctivos le habían caído por «réplicas desatentas». Lo malo, o lo bueno —no acertaba a distinguir—, era que en opinión de algunos compañeros sus quejas solían ser «demasiado legítimas». Con lo cual, los que desentonaban serían los otros. ¿Quiénes tienen la razón? *¿Cómo descubrirá la verdad?*

—Vamos a por ellos —dijo Carrasco, yéndose para el Land.

Otra transgresión del servicio. Aún no había concluido la presentación y la siguiente no estaba en Morratal, sino en sentido contrario.

—Cómo que nos vamos. La papeleta dice que debemos permanecer en este punto media hora más. —Al menos Carrasco le permitía ojearla cuando quisiera, vicisitud que otros no toleraban en virtud de su cargo de jefe de pareja.

No le prestó atención. Tomó asiento al volante.

—¿Subes o qué, *chico*?

No tenía remedio. De nada serviría discutir. Otro con el que empezaba a hacer malas migas. Llegaron al cruce. Carrasco escrutó a derecha y a izquierda, más con el oído que con la vista.

—¿Se puede saber qué pasa? —insistió Salva.

De la gasolinera salió un Seat 600, sin techo y con ocho o diez adolescentes apelotonados que, al ritmo de un musicón increíblemente nítido, se agitaban en dirección a la patrulla. Se debieron de percatar y con un brusco giro torcieron hacia Morratal.

—Qué perros —maldijo Carrasco.

—Sigámoslos —dijo Salva, al ver que el otro a pesar de todo no movía el Land.

—No hagamos el ridículo —desestimó Carrasco—. Con este trasto no les daríamos alcance nunca. Pero conozco a esos pijos y sé que tienen que volver.

Después de meditar consigo mismo, Carrasco entró en la C-215, dejó la gasolinera atrás y a un centenar de metros se emboscó entre olivos. Un lugar idóneo para mitigar la espera y el calor. Un lugar como a tres kilómetros del punto ordenado en la papeleta.

—Vuelvo en cinco minutos —dijo Carrasco, y se alejó a cruza barbecho, hacia la gasolinera.

Salva, que no podía apartarse de la cabeza la falta en la que se hallaban incursos, se dio a esperarlo con cortos paseos, rogando que el otro volviera y lo llevara a donde debían estar.

En una de las idas enfrentadas a la carretera, vio pasar un camión y, acto seguido, el coche oficial del teniente jefe de Línea.

Clavado de espanto, tardó en reaccionar; sólo cuando estuvo seguro de que no le habían descubierto, se movilizó hasta un claro bajo las ramas que le permitía ver sin ser visto.

El oficial rodaba a cierta distancia de un alto y enjuto camión con caja de lona —sin duda, cargado de animales—, a modo de convoy.

Pasaron la gasolinera y desaparecieron tras una curva.

—¡Ahí vienen esos capullos! —llegó Carrasco, resoplando de fatiga—. Sabía que volverían.

Salva salió del coma.

Detenido en el cruce, el estrafalario 600 rugía indeciso.

Hizo un conato de darse la vuelta, pero enfilaron ruidosa e insospechadamente hacia ellos.

Cuando Carrasco lo consideró oportuno, invadió la calzada con pasos decididos y, elevando el brazo por encima de la cabeza, les dio el Alto, mostrándoles la palma de la mano, abierta como una rapaz a punto de atrapar a su presa; la izquierda marcando con rigor y plasticidad el arcén.

Una soltura policial que sorprendió, fascinó, y enojó a Salva: ¿cómo podía bandearse con tan resuelto estilo un tipo como aquel?

El conductor se desvió al arcén de tierra frenando y derrapando. Se subió al asiento y se sentó en el respaldo, sacando medio cuerpo por el techo trepanado.

—Hola, agente —saludó, palmeándose las rodillas al ritmo de la loca música.

—Buenos días. Permítame su documentación y la del vehículo —requirió el guardia civil.

—Pero ¿es que no sabes quién soy, hombre?

—No —respondió Carrasco, imperturbable—. Pero en cuanto me dejes el Permiso, lo sabré.

—¡Venga, hombre! Mi viejo es Parra, o es que me vas a decir que no le conoces; además, que nos llevamos de puta madre con los del cuartelillo.

Carrasco le aplicó una estática, feroz mirada.

—Haga el favor de no llamarme «hombre». Y ahora dame lo que te he pedido.

De un puntapié, Parra hijo abrió la guantera, extrajo una mugrienta

carpeta de plástico y se la entregó al guardia.

—A alguien le van a meter un puro por malos tratos y amenazas —avisó a sus colegas de la parte de atrás. Unos gruñidos de apoyo fueron la respuesta.

Enardecido, el conductor canturreó, mirándose las uñas que se mordía:

—Denuncia, denuncia.

Carrasco apartó la vista del embrollo de papeles y, encarando al desvergonzado jovenzuelo, al tiempo que cruzaba los brazos sobre el pecho —lo que tuvo el efecto de poner a la vista su densa musculatura—, le conminó con torvo semblante:

—Cállese. Quite la puta música —le devolvió la sucia carpeta—. Y entrégueme la documentación preceptiva.

El niñato se escurrió raudo y silencioso, excepto que balbuceó:

—No llevo otros papeles que estos.

—Entonces, voy a denunciarle por circular con un vehículo que no ha pasado la Inspección Técnica ni revisión en Industria por las modificaciones externas. También por ir subidas más personas de las plazas autorizadas, y también por…

El coche modificado era una especie de aborto parido por aburridos chapuzas con mucho dinero. Montaba ruedas 190, llantas de aluminio (que con total seguridad costarían más que el resto del conjunto, exceptuando el equipo de sonido), asientos de cuero incrustados con el mal gusto típico de pudientes caprichosos; el techo arrancado a golpe de radial y disparate; y el capó deformado para dar cabida a un motor que perfectamente podría ser de un camión. Algo parecido a lo que Félix fanfarroneaba delante de los incautos que se escondía debajo del *pepito* y que podía surgir con sólo apretar un botón. Salvo que aquel armatoste ostensible y fantástico tenía la autenticidad de su exagerada apariencia.

Carrasco escribía una denuncia tras otra.

Salva empezó a notar cómo la repulsa que le inspiraba su compañero, a la vista de su firme comportamiento, se trocaba en paulatina admiración. Conductores como aquellos niñatos insensatos debían ser denunciados, por muy simpatizantes que sus padres fueran del Cuerpo. Es más: lo comprenderían. Realmente, Carrasco le estaba sorprendiendo.

—Deme el recibo del Seguro Obligatorio —le oyó requerir.

—No tengo —masculló el conductor.

Y Carrasco arrancó otro impreso.

Acabada la tarea, obligó a los ocupantes a bajarse del inaudito 600 y a que su propietario lo estacionara en la gasolinera, adonde lo escoltaron. Le entregó copia de un acta de Inmovilización por circular sin póliza de

Seguro Obligatorio y se quedó con las llaves. La pandilla se encaminó al pueblo entre protestas y farfullados insultos. Uno de los niñatos, amparado en el anonimato, llegó a proferir que «el mejor guardia, el guardia muerto».

Salva, no obstante, experimentaba la doble confortación de un servicio bien ejecutado y el horario de la presentación no verificada, la cual ya había concluido.

—Oye, Carrasco. Mientras estaba solo vi pasar el coche del teniente, pero, por suerte, no tiró para donde se supone que debíamos estar, sino que continuó por la 215.

—Déjalo. A ver si se pierde —espetó, concentrado en ordenar los numerosos impresos de denuncia—. Lástima que a los fascistas no se les pueda fusilar por esta clase de infracciones. Lo malo es que por ninguna —añadió para sí.

Alejado de aquel tipo insolente y temulento, Salva repasó el derrotero del teniente, y ni mucho menos le pareció perdido o dubitativo… Precedido de un Ebro-2000; idéntico al del señor Moisés; que circulaba cargado y acelerado. No pensó nada más. Los pipiolos no piensan.

—Es la hora de regresar —le llamó Carrasco—. Conduce tú.

Salva mostró su sorpresa.

—No lo he conducido nunca —adujo, más como advertencia que como pretexto.

—Alguna vez tendría que ser.

Ilusionado por el nuevo paso en su profesionalización, Salva se rebulló en el asiento, tanteó los pedales, y condujo de regreso a la base con decisión y entusiasmo.

Con ciertos espectadores de circunstancias —el brigada, Barahona, Monti y Jorge—, Salva acopló el Land en la cochera, junto al *pepito*, que parecía ocuparla toda, a cien centímetros por hora. Hubo unos encendidos aplausos por la hazaña del novato y en cuanto pusieron pie en tierra, el brigada llamó a Carrasco para que entrara en su oficina.

Intrigado, y entre felicitaciones guasonas, Salva siguió a Carrasco; lo cual, en el momento de entrar en el despacho, no resultó del agrado del comandante de Puesto; pero ya dentro, y tras un instante de vacilación, cerró la puerta.

—Carrasco, parece mentira que estas cosas te pasen a ti —se dirigió el suboficial al aludido.

—No sé de qué habla, mi brigada —contestó el guardia, resbalando una irónica ojeada a Salva. Se echó mano al bolsillo de la camisa y de una caja rotulada Lexatin extrajo una cápsula, que se llevó a la boca.

—Claro que lo sabes —repuso, molesto, el suboficial.

—Pues no —insistió Carrasco con solemne terquedad.

—Me refiero a las denuncias que has puesto al hijo de Parra.

—¿Al hijo de *perra*?

—Déjate de bromas, Carrasco. ¿Cuántas han sido?

—Ocho.

—¡Válame Dios, con el andoba! —exclamó el brigada, casi con euforia—. En fin, Carrasco. Ya conoces los líos en que nos metemos si molestamos a Parra y su gente.

Otra vez el gran sorprendido fue Salva, rendido al agudo pronóstico de Carrasco. Los poderes fácticos se habían movilizado a la velocidad del rayo.

Carrasco lo percibía y se recreaba en su intransigencia.

—Ya, y a Moisés y a los Berchina… Han cometido infracciones muy graves. Y si no que lo diga el *chico* —ladeó la cabeza hacia Salva, lo que puso a éste de uñas y a punto estuvo de saltar; pero le preocupaba más la cuestión de fondo—. No voy a romperlas —se ratificó.

Con sordo fastidio, Salva reconoció un fogonazo de empatía por Carrasco.

—Sabes que no depende de esta Unidad; de ninguno de nosotros —precisó el brigada—. Déjalo en una advertencia, y yo hablaré con Lucas Parra. Si no lo haces, te volverán los problemas; como cuando te empeñaste en parar los vehículos de Moisés: los camiones porque el ganado te era sospechoso, los turismos porque creías que usaban gasóleo agrícola…

—Y así era.

—… y luego lo del vertido ilegal que hicieron al río. Sabes que los expedientes que tienes abiertos son por todo aquello. Ya te he dicho que hay que lidiar más fino con esta caterva de malandrines. En la próxima revista el teniente podría buscarte las vueltas.

—Ese conductor podría haber causado un accidente —intervino Salva en un arranque de compañerismo, honestidad e irritación—. Y además, tampoco tenían la documentación en regla.

—Lo sé —le paró el comandante de Puesto—. Pero Carrasco sabe muy bien lo que…

—¿Ordena alguna cosa, mi brigada? —acortó ahora Carrasco con aplomo incorruptible.

El brigada se pasó varias veces los dedos por el pelo pincho, porfió balbuceante, y con claridad acabó por desistir:

—Como quieras. Puedes marcharte.

A solas con Salva, el brigada lamentó aquella situación que le venía asaz grande y que le hería en lo más profundo a lo que había sido su primer amor: la Guardia Civil.

—Maldita inocencia —se quejó—. Válame Dios, si uno pudiera echar para atrás… Todo esto no hace sino agravar mi gota y mi desdicha. Pero órdenes son órdenes —se deploró marchándose, renqueante y elusivo, dejando a Salva con cincuenta mil refutaciones en la punta de la lengua.

2

Por eso, unos días después, cuando el comandante de Puesto dejaba el acuartelamiento y se paraba a charlar con él, animoso y receptivo, Salva no dudó en retomar la cuestión.

—¿Pero cómo puede llamarse tener «mano izquierda» a pasar por alto el infringir la Ley, la LEY —alzó la voz— sólo porque sean gente muy relacionada con altos mandos del Cuerpo?

—Por descontado que Carrasco actuó correctamente —reconocía el brigada—. Sin embargo, a quien nosotros rendimos cuentas no es a la Ley, como a ti te gusta tanto pronunciar, sino a nuestros superiores, que nos tratan como a peleles. Pero esto Carrasco no termina de enterarse. ¡Jodido jacobino! —le motejó, conmiserativo—. El pobre diablo se cree legítimo porque es ecuánime. No ve que se comporta mayormente como un temerario, con menos perspicacia que coraje. Si leyera a nuestro querido Sancho —suspiró—, que nos advierte de que «entre los extremos de cobarde y de temerario está el medio de la valentía». O don Quijote: «… que la valentía que no se funda sobre la basa de la prudencia se llama temeridad». Y él, comportándose como lo hace, a no dudar que está más cerca de ser sandio que valeroso.

Se acercó a Salva, mirando con suspicacia a su alrededor.

—Los militares que hacen de policías detentan la gracia del absolutismo, y lógicamente odian por instinto de supervivencia a los íntegros y a los autárquicos. No aprende. ¡No aprende este muchacho! —masculló con desesperación y recelo, como si temiera que alguien inoportuno le pudiera estar escuchando—. Le falta caletre, intuición. Cree que él solo se basta para resistir la inercia de este Régimen y su inconcebible despotismo—. Se acarició el tieso cabello, y divagó—: Bueno, no es tan difícil de entender si uno se fija en la desidia de estos gobernantes falazmente progresistas, encumbrados por elecciones democráticas, pero tan sólo codiciosos de las comisiones especulativas antes que del compromiso reformador por el cual han ganado.

Esta digresión pareció deprimirlo.

Salva, aún desorientado por la diatriba, no dejó de impugnar.

—Carrasco no cometió nada ilegal.

—No cuenta si lo que haces es legal o no —musitó el brigada en el tono de quien sigue en otra onda—: cuenta el grado de abyección que te atreves a quebrantar ante la dictadura de la Cúpula… —Encaró a Salva y pronunció—: Y dejémoslo aquí, que peor es *meneallo*. Estaré fuera el resto de la tarde, en el casino de Dosarcos, que allí tengo torneo de ajedrez y revancha de mus con el juez. El teléfono está en la libreta. Y no olvides que para aliviar el tedio de la Puerta tienes mis libros. Con ellos y con mis consejos tu caletre no se menguará de más. Adiós, Salvador.

—A la orden, mi brigada.

¡Quebrantar la abyección! ¡Peleles, dictadura de la Cúpula! *Cada vez entiendo menos a este pobre hombre, amargado y temeroso. Bah, para qué preocuparse de consejos tan extravagantes. Pero tiene razón en lo de distraerme con algo de lectura.*

Tomó un libro del aparador y lo abrió a voleo.

«Porque la pena tizna cuando estalla.»

El mañana era un enigma desconcertante.

Pero no perdía la esperanza de la ventura.

Y el mañana —sólo que el de veinticuatro horas más tarde— talmente llegó venturoso.

3

De nuevo se le requería para acompañar al comandante de Puesto en un acto de mero protocolo: la inauguración de una fuente en el parque de la Telefónica.

Preparó el vehículo de ceremonias y, maqueado y ficticio, partieron los dos guardias civiles hasta el frondoso lugar que tanto le atraía.

Pero al llegar sufrió una profunda decepción al fijarse en cómo la obra había supuesto el arrancamiento de una veintena de árboles viejos y sanos y en su lugar alzado un estanque ensartado por una especie de cuerno o trompa de pedruscos agarrados con hormigón, que de ningún modo podía exculpar semejante tala.

Cerca del brigada, por exigencia de éste, Salva correspondía saludos maquinales a las autoridades locales a continuación de su superior. Mero protocolo. En derredor, una gran cantidad de público aguardaba la puesta de sol. Entonces la fea fuente sacaría a relucir su poder y su esplendor.

Como el momento estaba al caer, el alcalde sopló el micrófono del estrado.

—Queridos ciudadanos y ciudadanas. Nos hemos reunido aquí para celebrar, de nuevo, la política progresista que rige nuestro municipio. Con este evento democrático y ecológico —Salva reparó con amarga ironía en los tocones—, seguimos avanzando. Gracias a los ciudadanos y ciudadanas de San Juan, las mejoras de nuestro hermoso pueblo no se detienen. Esta fuente, que dedicamos a la libertad. ¡Libertad! —gritó, y se dilató en asentir a los aplausos que le ovacionaban—. Gracias, queridos ciudadanos y ciudadanas. Es, por supuesto, una obra de todos y todas. Como os decía: este monumento será a partir de ahora un signo de los nuevos tiempos…

De repente, un grupo voceó acusaciones de electoralista, corrupto, ladrón y timador, y exigieron que explicara cómo era posible que para semejante construcción se hubieran destinado tantísimos millones, cuando resultaba patente que no podía haber costado ni una quinta parte.

El alcalde miró a Carmelo, el alguacil que hacía funciones de policía municipal, hesitó con claro azoramiento, y recurrió con idéntico gesto al brigada. Éste se dirigió con Salva hacia los alborotadores, con paso tranquilo, para darles tiempo.

En efecto, el grupo de opositores se alejó. El alcalde asintió con palmario regocijo a los aplausos del público, que un grupo lateral había azuzado ruidosamente.

—¿Lo ven?, queridos ciudadanos y ciudadanas —profirió, altivo—. He ahí una muestra de la derecha reaccionaria y de las diferencias que mantenemos contra ellos, nosotros, el pueblo progresista. Gracias a la Benemérita y a la actitud democrática de nuestros ciudadanos y ciudadanas, podemos continuar con esta trascendental celebración popular brindada por las fuerzas progresistas. Y ahora —hizo una seña— admiremos esta obra del pueblo para el pueblo.

Con el sol escondido, el alcalde descendió del estrado dispuesto a descorrer una pequeña cortina, y pidió a todos los que lo desearan que se hicieran una foto con él. Se acercaron muchas personas y, como en olor de multitudes, dicha autoridad congeló una sonrisa vasta y radiante, hasta el punto de parecer que en realidad retenía una carcajada. Luego descubrió la placa. Más aplausos, más fotos.

El rito siguiente consistió en activar un interruptor, y unos chorros altos y sonorosos brotaron hacia la trompa o estatua amorfa que representaba la Libertad. Se encendieron luces acuáticas en el fondo del estanque y por los parterres las nuevas farolas.

A medida que caía la noche, la gente expresaba su entusiástica aprobación, y Salva, después de contemplar los chorros alternativos y

coloreados, en contra de su primera impresión, también se adhirió a la opinión general. E incluso se permitió expresarlo a algunas de las autoridades locales que acudían a felicitar al brigada y, por ende, a él.

Fue una actuación breve que satisfizo todas sus esperanzas. Un actor secundario y admirado sin más participación que su porte y su templada gallardía al servicio del espíritu original: Servidor de la Ciudadanía. Como siempre había soñado verse. Creía y apostaba.

Sin embargo, al regreso, el brigada barbotó un parecer menos entusiasta.

—Cuadrilla de tartufos y falsarios.

Definitivamente, aquel hombre vivía instalado en la amargura. Mejor no preguntar.

4

—He de decir que las cosas no van como el jefe de la Comandancia quisiera. —Comenzó el teniente, sentado en el sillón del comandante de Puesto, con el busto erguido, tenso más bien, dirigiéndose al semicírculo de guardias civiles que rodeaban la vieja mesa de maestro escuela, cuyo mueble, le había informado el brigada, figuraba en inventario desde hacía cuarenta y cinco años. Por supuesto, el original ya no existía, pero como el inventario decía que sí, él había aprovechado la renovación del moblaje de la escuela local para hacerse con otra, que, aunque muy distinta, en bastante mejor estado. De eso hacía diez años y pronto la operación tendría que ser repetida: las oficinas que se remodelaban en el Ayuntamiento serán una buena oportunidad.

«Esperemos que no se explaye con el sermón. Unas cuantas admoniciones y con viento fresco arree a otro Puesto con la monserga. Eso sí: dejando un rastro de firmas para que tan pronto caiga por su despacho remitir el formulario de dietas. Aquí no tenemos tiempo ni hombres para investigar delitos en la demarcación, pero para soportar dos horas de amenazas caciquiles ya verás como sí. Ay, si los delincuentes supieran… El miedo guarda la viña.»

Y como si de una profecía se tratara, los vaticinios del suboficial se estaban cumpliendo.

—Y si algo va mal en mi Línea, es por culpa mía —se enardecía el oficial—. Este Puesto no sigue mis recomendaciones: que *no son mías*, sino del jefe de la Comandancia, y de más altas instancias. —«Ahí comprenderás el porqué de mi postura». Lo iba entendiendo—. Y nosotros los oficiales tenemos la obligación de subsanarlo en aras del prestigio de nuestra

gloriosa tradición —«Con la obstinación de los que o se esmeran con intransigencia o sus rutilantes futuros garantizados por la matemática de los ascensos correría peligro de ser omitida por el BOC». Increíble la clarividencia del comandante de Puesto—. Por eso tengo que hacerles saber, muy seriamente, que no se está trabajando con arreglo a las Instrucciones Particulares: se ponen pocas denuncias —detallaba con teatral mortificación—, y encima las que se ponen están mal.

Carrasco, dándose por aludido, fue a intervenir; de inmediato, el oficial disparó su dedo índice y le cortó.

—Hablaré con usted más tarde —dijo sin mirarlo—. Ahora quisiera saber qué razones existen para que no se proceda según lo ordenado —interpeló del comandante de Puesto.

Éste, ubicado en una esquina del semicírculo, respondió:

—En lo que va de trimestre tenemos varios atestados por delitos a la Ley de Caza. Y hace pocos días instruimos diligencias por robo con dos detenidos y la recuperación de los efectos robados —exponía con una voz monótona, fuera del presente, de este y de cualquier otro, y así concluyó con desazón—: Pero todo eso ya lo sabe usted.

El oficial meneó la cabeza.

—No es esa la legislación que me interesa —reveló con cierto sofoco, y era como si repitiera severas amonestaciones—. La estadística es lo que sirve. El señor teniente coronel lo ordena y yo he de supervisar el cumplimiento de sus órdenes. El cómputo final es lo que vale, y nada como denuncias al Código de la Circulación. Eso es lo que se les exige.

—¿Y qué hay de las ocho que puse el otro día? —endilgó Carrasco, bronco, atrevido. Indomable.

El teniente quedó en suspenso; compuso un entrecejo vibratorio y, con mal disimulada congoja, mientras se removía en el asiento, como dubitativo de si ponerse en pie o escurrirse debajo de la mesa, encaró —esta vez sí lo hizo— al intolerable porfiador.

—Guardia: está usted faltando el respeto a un superior. Si vuelve a interrumpirme, procederé a corregirle disciplinariamente. Ya le he dicho que luego hablaré con usted —y apartó los ojos de aquellos otros intrépidos e imbatibles.

Carrasco no modificó la expresión de su semblante para replicar, con dicción acre:

—Lo que usted diga.

Salva no tenía claro si le detestaba o lo admiraba.

El oficial tosió gallardamente ante su puño, se estiró de las hombreras de la camisa (había tenido el detalle o la sensatez de presentarse sin la

gabardina) y anunció:

—Bueno, esto ha sido todo, señores. Confío en que las prevenciones aquí hoy señaladas no las olviden.

El teniente se encerró luego con el brigada y con Carrasco, y éste, contra todo pronóstico, retiró las denuncias.

Resultó insólito para la gente del acuartelamiento el ver cómo Carrasco se paraba a conversar con alguien de la Unidad.

—Con ello he comprado mi libertad, *chico*. No te equivoques. Yo retiro las denuncias a los «forofos» del Cuerpo y a cambio me paralizan uno de sus putos expedientes disciplinarios. Les jode. Porque quizás este año en la Patrona sus asquerosas demostraciones de amor, a base de corderos y bebidas por un tubo, sea menor. Así revienten. He conseguido lo que quería, *chico*. Y por mí mismo. Ese brigada se cree que se lo debo a él. Más vale que espabile y se preocupe por él. Le tienen enfilado. El puto teniente anda acojonado por su carrera como futuro general. Que se joda, él y toda la maldita Bestia. Y tú, *chico*: a ver cuándo pones los pies en el suelo. ¡Pandilla de badulaques! —abominó genérico y con hastío, alejándose.

Al ofrecimiento de Monti de reconfortarse con una partida al futbolín, Salva se apresuró.

Incapaz de contenerse, comenzó a rajar por la falta de autonomía policial, doblegados a los caprichos del general por un lado, los del teniente coronel por otro, y en medio la inoperancia de los componentes del entero Puesto de la Guardia Civil de San Juan de la Sierra.

Metió cadera y mandó la pelota al área de la otra portería.

—Esto cada día es una mierda mayor —comentaba el Polilla, sin excesivo resentimiento—. Cada vez es más difícil levantar un servicio en condiciones. Hace unos meses Velasco y yo tuvimos una situación-problema con cuatro furtivos, a los que sorprendimos cazando de noche, en época de veda y con faros portátiles. Uno de ellos resultó ser Alfonso De Lasheras, el veterinario que vive en la colonia Machaquito —Salva percutió la pelota y tras un par de rebotes en los delanteros logró sacarla al centro del campo—. En vez de felicitaciones casi nos cuesta un correctivo. Tuvimos que romper todo lo escrito, y eso después de que estuvimos toda la noche persiguiéndolos. Incluso el que iba con el veterinario nos llegó a encañonar. —Por una serie de rebotes fatales, la ruidosa bola de madera fue a parar a los defensas del Polilla—. Lo que más me fastidió fue que Alfonso De Lasheras, un buen amigo nuestro, del Cuerpo, me refiero, se portara tan guarramente. —Contoneó la figurilla alrededor de la pelota y la impelió con efecto lateral a la portería de Salva, describiendo una parábola de gol que sólo la casual ubicación del portero evitó—. ¡Uy! —resopló con desatinado disgusto.

—¿Y por qué no cursasteis la denuncia? —Salva imprimió un giro de molinillo al puño; pero la bola rebotó en el audaz delantero que gobernaba Monti, y de nuevo en su poder se concentró en afinar mejor técnica.

—Lo mismo que ahora: amistades —contestó Monti, concentrado en el vaivén del trémulo defensa.

—¿Aunque sea delito?

—¡Y qué vas a hacer! Pero si yo entonces hubiera tenido un compañero competente, entero y a base de bien que no me habría rajado, ya lo creo.

—Lo que me parece raro es que Carrasco haya retirado las denuncias —tanteó Salva, girando el muñeco alrededor de la pelota a fin de confundir al oponente.

—Lo habrá hecho como moneda de cambio. Ese se las sabe todas.

Monti lo intuía sin marrar. Poner los pies en el suelo.

No era un insulto, sino una advertencia.

—Pero todo esto parece una farsa —sacudió el defensa, pero la pelota fue rechazada una vez más y Salva comprendió el vigilante agobio del enemigo.

—Sí…, bueno; un poco —admitió Monti—. Pero siempre hay infractores para mantener el cupo. Los más desgraciados, como en todos sitios —manifestó sin alterarse.

Entonces Salva, impelido por una ira extraña, tocó lateral y posterior y la bola voló no siendo hallada sino dentro de la portería de Monti con un trastazo.

—¡Joder! —exclamó el Polilla.

Como la pelota tragada, Salva veía sus sueños rodando, no hacia metas ambiciosas y resonantes, sino por entre nauseabundas cloacas beneméritas.

—¡Chamba, chamba! Echa otra, vamos —le acuciaba el Polilla, insensible a cualquier otro pesar trascendental.

¿Tendría razón Carrasco —el «jodido jacobino»— *con sus teorías rechinantes?*

XVIII. UNA CANCIÓN SIN NOMBRE

1

La esperaba con avidez de macho en celo, una clase de celo más bien espiritual por tener alguien con quien despejarse del creciente extravío profesional. La segunda cita. Esta vez a y veintidós. La anterior fue tan fugaz que ella asistió por mero compromiso. Un cuarto de hora que pasó como un turbión de felicidad.

El minutero marcaba y veinte.

Anabel dobló la esquina de la iglesia, puntual, erecta, la melena cobre rayándole las clavículas al ritmo de sus pasos elásticos, la roja camiseta de tirantes resaltando su pulido talle, sus dorsales acentuados, su apostura desenvuelta, deslumbrante. Arrebatadora.

Sus ojos nato le vinieron a los suyos como balas anhelantes.

¿Será posible que yo algún día llegue a solazar por entero y a base de bien tan conspicuo soma y psique?, suspiró mientras se estremecía de placer al sentir su beso en la mejilla.

—Juntos otra vez —dijo ella, ignorante del contento que le producía, o tal vez no.

—Me alegro por mí —contestó Salva.

—¿Y eso?

—Me habría muerto si no te hubiera visto.

—Humm, ya será menos —brillaron sus ojos nato—. ¿Esperas desde hace mucho?

—Lo justo. ¿Podrás quedarte hoy un poco más?

—Sí, un poco más —fue su vaga respuesta.

—¿Adónde vamos?

Acordaron pasear por el rebautizado parque de la Libertad, deleitarse con el rumor del río y los chorros de la nueva fuente, bajo el palio de sombras netas de los grandes árboles, viéndose y sintiéndose después de otra larga semana. Estar juntos únicamente en domingo y a contrarreloj no era lo mejor que pudiera pasarle, pero de momento era todo lo que podía conseguir.

—¿Qué tal tu trabajo?

Trabajo. Le encantó. La palabra «servicio», tan oída a diario, empezaba a repugnarle. Palabras que hasta hacía bien poco eran parte de la magia

con que levitaban sus sueños, infirió con despecho, y optó por mentirla.

—Bien. Pero no del todo —añadió, sin poder evitarlo.

—¿Y eso?

Daba igual. No tendría mucha importancia referir sus inquietudes. A diferencia del otro suelo —el laboral—, con ella sentía que pisaba sin tambalearse.

—Me pasan cosas que no llego a explicarme, pequeños problemas de adaptación a los que espero acostumbrarme.

(ya te acostumbrarás, ya te acostumbrarás)

—Por ejemplo…

—Nada en particular; apreciaciones personales. —No poder confesarse sin ambages le oprimía como un *firmes* en el que se estuviera conteniendo unas furibundas ganas de mear.

El pudor y frases machaconas como «los trapos sucios se lavan dentro», «el Régimen Disciplinario vela por la tradición», le impedían hacerlo. Él creía en la Institución, en lo que le decían sus jefes.

—¿Algún desengaño importante…? —insinuó Anabel, sagazmente tangencial.

—Sí, es algo de eso. —De pronto, Salva no pudo contenerse—: Tiene que ver con la veleidad de quien impone las Leyes y la sumisión injusta que los de abajo hemos de soportar.

Se preguntó, aprensivo, qué debería contestarle si ella le inquiría por los de *arriba*.

Pero Anabel habló segura de sí misma, dando por indiscutibles y claras sus palabras.

—Siempre ha sido así. El salvaje hedonismo en que vivimos y el zarandeo implacable de la masa social ha arrasado con la crítica y el pensamiento. Y esto hace que las oligarquías de siempre sean hoy más fuertes que nunca. Nos engañan con sus pantomimas y sus apariencias honorables. Pero basta con fijarse en cómo la aplicación de las Leyes afecta de manera tan diferente según el poderío del encartado. También en cómo los políticos, en especial los que van de renovadores, vociferan antes de encumbrarse y luego el cinismo y la hipocresía con que se conducen. Eso significa que el Sistema está podrido.

Rodeó una farola y prosiguió con sugestiva convicción.

—La gente prefiere una chorrada electrónica o unas zapatillas de moda antes que el compromiso social. Esa desgana nos hunde, festivamente, pero nos hunde. Nada ha cambiado en relación con la opresión de los que rigen el rumbo político y abajo la mayoría acomodaticia y los falsos progresistas, marionetas de la mano antigua y fascista que nos sigue manipulando entre

bastidores.

Se calló ella, y él no supo qué decir. Entendía que comulgaba con aquella pelicobre de ojos balas nato, pero que no podía ni rebatir ni arrimar una idea propia, consistente y peculiar.

Fue una sensación de pusilanimidad insoportable.

Nunca seré digno de un ser tan preclaro y exquisito, se presagió angustiado.

—¿No crees que sea fascista la mano que os trata como a marionetas en tu trabajo? —sondeó ella con perfecta confianza.

Salva se sobrecogió. Definitivamente, se sintió sin ideas y sin aliento.

Se acordó de Carrasco.

—Creo que estamos dos clases de guardias civiles —y acabó por relatarle, según su pobre entendimiento, la abstrusa hipótesis de su compañero.

—Naturalmente —aprobó ella, entusiasmada—. No hay forma eficaz de lucha excepto la estrategia radical.

—¿Cuál? —se arredró él más que preguntó.

—Crean leyes que luego no cumplen, pero se aseguran de que los demás queden sometidos. Fomentan una sociedad que sólo beneficia a ellos como clase privilegiada, basados en proyectos de supremacía y de influencia al servicio de la ingeniería financiera y las inversiones multimillonarias con las que coaccionan al poder democrático; luego éste no existe como tal, y en último extremo reorientan los códigos jurídicos para que se les impongan fianzas que siempre podrán pagar: es parte del riesgo inversor. Es un juego en el que la gente de a pie vamos de comparsa para cubrir las apariencias del sistema actual, que, por otra parte, no para de llenarse la boca con la palabra «democracia», repetida hasta el hartazgo para que no nos demos cuenta de que no existe verdadera participación popular y que votemos lo que votemos la línea de gobierno está decidida de antemano por las oligarquías que financian al partido de turno.

Por debajo del puentecillo de madera al que habían llegado, el agua corría en regatos chispeantes e irregulares. Una minicascada exhumaba las raíces de un chopo. Entre ellas descubría Salva su intelecto en aquel momento. El de ella anidaba en la alta copa del árbol.

—La culpa no es de quien crea la ley; más bien del que la incumple —apuntó, titubeante.

—La tiene quien permite que suceda —dijo ella de codos sobre el pretil de maderos.

Otro mutis. Al cabo de medio minuto de insacudible perplejidad, Salva estimó:

—Así son las cosas, y nada puede hacerse. —Pero en el ínterin había cavilado algo singular: ¿Quién lo permite: el teniente jefe de Línea, el teniente coronel primer jefe de la Comandancia, el general crápula? *¿Quién?*—. Quizás divagar sobre estas cuestiones no esté a nuestro alcance.

—Esa es la táctica de los que defienden la tradición —rebatió ella al punto—: apocarnos, resignarnos. ¡Explotarnos!

—Lo malo es que nosotros podemos hacer tan poco…

—Claro que podemos: luchar. *Luchar* con todas las armas posibles. Revolverse es evolucionar. —Palmoteó el tronco de la pasarela—: ¡Mira que cargarse un árbol para hacer esto!

—Desde luego —coincidió Salva, anonadado ante aquella propincuidad de vehemencia inaprensible.

En cualquier caso, Salva disfrutaba discutiendo ideas afines, aunque fuera bordeando una excentricidad que desconocía si le afectaba como orientación vital o como agente de la autoridad, o en ambas. O en ninguna.

—¿Vamos a El Holandés a tomar algo? —propuso.

—No. Veamos la fuente.

La estatua amorfa de la Libertad se bañaba bajo el chorro de su cúspide y el estanque circular recibía el torrente repartido en una docena de caños ruidosos que potenciaban la paz del entorno, y a ellos, además, la dicha. Una fina grieta dejaba escapar un tembloroso venero que, silencioso y afilado, buscaba el río. A él bajaron, saltando de piedra en piedra, insectos de flor en flor, soldados de trinchera en trinchera, contemplándose con disimulada excitación en los remansos de la corriente en los que reverberaban sus imágenes imantadas, ignaros del tiempo —el Tiempo—, deslizado, ingobernable, como el agua entre sus manos. Las piedras bajo sus pies componían arroyuelos y éstos murmuraban quién sabe si una queja o un agradecimiento.

Ella no tenía ninguna duda.

—Deberíamos sentir la naturaleza en todo momento, por su belleza y por su serenidad. ¿No te parece?

—Pues sí.

Como las palabras no le salían, se dejó llevar por los pies: vadeando, riendo, fantaseando que cruzaban tumultuosos rápidos en un lugar del paraíso. Inopinadamente —quizás subrepticiamente—, sus mejillas se rozaron en un impulso causal, y sus labios se tocaron y se separaron, sin violencia, sin atropello, deseando repetir. *¿Repetir cómo?* Casualidad simulada o intención voraz. Milisegundos de consternación: que ella disolvió con un deliberado arrimo, una repetición húmeda y lenta, dulce y extática. Un suceso flipante y fugaz que precedió a la partida.

—Déjame acompañarte.

Ella lo desestimó con un gesto arrogante de la cabeza, la mirada calibre 7,62 nato rayada de complaciente desatención.

Quedarían en el *rincón del viento*, a la vuelta de la iglesia y de otra semana.

Otra interminable, desoladora semana.

—Si no pudieras por la mañana, entonces por la tarde.

Concretaron horas y minutos, y como garantía y concesión ella se despidió con otro beso.

Un beso como un soplo de vida para siete días. La relación no dejaba de ser promisoria. Regresó al cuartel arreado de gozo y excitación. Ella era toda conmoción espiritual. Se arrojó a la cama. ¿Para qué estudiar?

Mejor pasar el tiempo dormido y diluir con el sueño la conciencia de agente subyugado, de «prójimo corrompido». Retumbaron las paredes por un trallazo de música.

Rodó al suelo.

—Me distraeré con el Polilla.

Después de llamar y escuchar *adelante* entró en el cuarto… Bañado por el lívido resplandor del monitor, el semblante de su amigo resaltaba cadavérico en medio del resto de cosas que por efecto del cambio de imágenes parecían dotadas de más vida que el propio Monti. Sólo los enrojecidos ojos y el fatigado pestañeo desmentían que no fuera un fiambre sedente.

—¿Estás bien, Poli?

El aludido, sin despegar la cara de la pantalla, balbuceó:

—Pues claro —se inclinó para atraer una banqueta—. Venga, siéntate.

—¿Qué estás haciendo? —se interesó Salva, aceptando el ofrecimiento, atónito por el estado del Polilla y su hacer, entre frenético y zombi.

—Estoy componiendo música con un programa de ordenador.

Junto al *AMIGA* se amontonaban, según le iba señalando, el teclado del sintetizador, un emulador de sonidos llamado Proteus, un digitalizador de imágenes y otros periféricos con botones giratorios y lucecitas parpadeantes, que Salva no retuvo. Una maraña de cables reptaba por entre todos ellos. En las salidas estereofónicas sonidos rítmico-digitales de continuo detenidos y retocados.

—Intento acabar mi propia canción —explicó, recorriendo menús desplegables—. La música de los demás me sobra.

Salva coligió un marcado resquemor sentimental.

—Creía que a estas horas estarías con tu novia.

Monti chasqueó la lengua.

—La he mandado a tomar por saco. Mi novia es la Guardia Civil y mi música.

—¿Quieres hablar de ello?

No respondió el Polilla. Con ojos convexados en el fulgurante escalamiento de los caracteres alfanuméricos —que escrutaba como en un prospecto que contuviera el remedio a sus males—, le omitió con un abstraído desparpajo, que Salva estimó asaz elocuente. Monti enterraba una obsesión con otra. Las notas se peleaban o pugnaban por elevarse. Los grandes altavoces ubicados en las esquinas tiritaban hesitantes. ¿Era todo aquel fogoso talento consecuencia de los celos? ¿Precedía aquella impresionante tribulación del Polilla a su felicidad?

¿Acaso yo también tendré que pasar por cierto tormento?

Poderoso como se sentía, lo desechó y pasó a confortarlo.

—A mí tampoco me han ido las cosas como me hubieran gustado —intentó animarlo por el viejo dicho de «mal de muchos, consuelo de todos», su particular versión.

—Escribo una canción para la que no tengo título —dijo el otro a su aire.

Aire fantasmal.

No logró sustraerlo del subyugante influjo de aquella canción sin nombre y Salva optó por retirarse a su cama de colcha verde y oficial.

Con los pies encaramados al piecero metálico, absorto en el cielo rojizo que entraba por la ventana, se imaginaba fundiéndose con ella en la puesta de sol, sin límite de tiempo ni trabas, y los sonidos de la canción sin nombre —que flameaban innominados, fervientes, a veces luctuosos— no hacían sino lanzarlo como en un viaje inverso de tobogán hacia evocaciones menos agrias.

Tres encuentros y todo parecía marchar a pedir de boca. Anabel no le había comentado la posibilidad de que tuviera novio o relación similar y él tampoco se había atrevido a zanjar tan temerosa curiosidad. De momento se conformaba con el beneficio de la duda. Los temas de conversación, en cambio, fueron cordiales y sin tapujos, y como remate magistral ese beso largo y dulzón como el mejor de los melones de Goyo.

Tembló al conjeturar que sus ilusiones pudieran desvanecerse sin más y quedar disuelto en brutal desconsuelo, como ahora su amigo Monti.

¡Dios, qué tétrica melodía llena el pabellón y mis sentimientos!

He de salir.

Por grados ganaban el aire tercas notas graves, radiando… *¿desazón?, ¿rencor?, ¿agresividad?* Acabó de abrocharse las zapatillas. Cenaría una

hamburguesa, un vaso de leche, estudiaría un rato —a pesar de todo— y se acostaría temprano.

Por si acaso, preguntó a Monti. Escuchó la negativa respuesta que suponía y bajó al cuarto de Puertas a enterarse del siguiente servicio: de seis a catorce, con el guardia Jorge. Una buena noticia. Se ofreció al guardia de Puertas por si necesitaba algo de la calle.

Ocupado en tomar nota de un telefonema, referente el itinerario de la patrulla nocturna, Velasco negó con la cabeza.

Se le antojó extraño que un mando foráneo dictara los puntos importantes a vigilar en una demarcación de la que no tenía un conocimiento puntual. Pero tenía más hambre que ganas de cavilar. Entró en el bar Manola y en vez de pedir una hamburguesa, decidió nutrirse entero y a base de bien —le había cogido gusto a la frasecita de su afligido amigo—: encargó una tortilla de patatas con pimientos fritos, y cenó como un maharajá, olvidado de preocupaciones. La vida sin éstas era maravillosa.

¿O sería todo lo contrario?

Segunda parte

—¿Por qué, Juan, por qué? —preguntaba su madre—. ¿Por qué te resulta tan difícil ser como el resto de la Bandada, Juan?

JUAN SALVADOR GAVIOTA.

Richard Bach

XIX. INCIDENTE ALFA: PRIMERA ESCARAMUZA

1

A media mañana, el comandante de Puesto requirió a la fuerza en servicio para que lo condujeran hasta una de las parideras donde había sido denunciado un robo de ovejas. El modesto ganadero, que no dejaba de maldecir su suerte, repetía que si los hubiera pillado, allí mismo los habría matado.

Los indicios del *modus operandi* eran escasos pero incontrovertibles, al menos a su cacumen policial: rodadas burdamente desfiguradas, de anchas ruedas todoterreno, y rastro de escalas y cuerdas. Por el escrutinio de las huellas, debieron de ser cuatro o cinco individuos.

Por su parte, el dueño especulaba que habían usado anestesiantes, que eran expertos en el manejo de esa clase de animales y en vista del preciso trajín venía a corroborar el número de asaltantes.

Finalizada la inspección ocular, regresaron al cuartel. Allí, el director del colegio público les aguardaba entre impaciente y divertido: había recibido una llamada telefónica anónima, amenazando de bomba las clases. El brigada ni se inmutó. La gracia residía en que esa mañana tocaba examen. Mandó llamar a Velasco y en unión de la patrulla se desplazaron a reconocer el más que reconocido centro escolar.

La fiesta era completa entre los chavales. Como su curiosidad sobrepujaba al instinto de supervivencia, y además todos presumían el origen de la amenaza, buscaban la bomba por grupos, saludándose con sugerencias jocosas. El brigada ordenó la evacuación total, reclamó a Jorge y ordenó a Salva que fuera con Velasco, experimentado de anteriores incidencias.

Salva se sentía policía. ¡Cómo le colmaba! Iniciaron el reconocimiento siguiendo las recomendaciones del brigada: de afuera hacia adentro, de abajo arriba, y si aparece algo sospechoso: no tocar, no mover.

Dieron vueltas por más de dos horas, y al final, como se esperaba, el resultado fue negativo, y por ese día los alumnos se lo pasaron en grande. Y Salva. Luego retomaron el itinerario marcado en la papeleta. El puente del molino.

—Venga, muchachos, dense prisa —les apresuró el comandante de Puesto—. No vayan a llegar tarde y algún oficial se les haya adelantado. Recuerden que tienen la alquería del señor doble R.

Por fortuna, cuando llegaron nadie les esperaba ni acechaba, posibilidad esta que se aseguraron con sagacidad subrepticia. Ya más tranquilo, Jorge determinó derivar la presentación en un control aleatorio sobre los vehículos procedentes de Villarjo.

—Se nos acaba el mes, y tú y yo somos los que menos denuncias llevamos —le recordó con preocupación—. A ver si aquí diéramos con algo, leches.

Pero una hora después los boletines de denuncias continuaban tan cerrados como al principio. Y no por la ausencia de infracciones: ninguno de los dos quería denunciar a conocidos del pueblo por insignificancias legales, como conducir sin el cinturón de seguridad o meros formalismos en la documentación de los tractores.

El último en pasar fue Matías el Sordo, quien detuvo su pequeño tractor por propia voluntad a decirles buenos días. Venía cargado de tomates, y Jorge dejó caer con zumba que lo que hay en España es de los españoles. Pero aquí Matías el Sordo se delató o quizá fuera cierto eso de que era capaz de leer los labios, y replicó a voces, contra el atronador Pascualli:

—Lo que hay no. Pero lo que sobra sí debiera, como quien dice. —Se apeó con derrengado entusiasmo—. Os voy a referir lo que decía mi abuelo al ricachón de su aldea. —Se irguió con empaque contra su senectud:

Yo he visto a un lobo

Que de carne ahíto

Dejó comer a un perro

Los restos de un cabrito

Deja tú, rico, comer

Lo que te sobre

Que algo más que un perro

Será un pobre

Y tú no querrás ser

Menos que un lobo.

—Y como a mí me sobran muchos, tomad. —Y volviéndose a la sera de tomates, comenzó a trasvasarlos a una esportilla—. Estos para vosotros, que sois muy majos.

Jorge y Salva se precipitaron a detenerle en la faena.

—Que no, señor Matías. Que era una broma —se desesperaba Jorge.

Pero Matías el Sordo siguió echando tomates, asegurando que les dejaría el maletero del *pepito* lleno, y durante un rato la situación fue de lo más cómica y embarazosa. Al final, el único modo de hacerle desistir fue mediante la amenaza de multarle. Eso sí, se mostró inflexible y dispuesto a inmolarse si no le aceptaban un par de tomates cada uno. Cerrado el trato, Matías el Sordo montó en su tractor y prosiguió. Pasado el divertido suceso, lo comentaron y sintieron que se aliviaban y se distraían.

Como la carretera no ofrecía novedades, decidieron atacar los tomates.

Los tomates eran tan feos como sabrosos.

El fortuito aperitivo, de sabor denso y genuino, les relajó y a la vez animó como una droga, una insólita degustación que a fuer de ingenuos o de fijarse nada más que en la apariencia de los productos casi habían olvidado; deduciendo de ese inopinado hallazgo si con las mujeres ocurriría lo mismo, si acaso la belleza y lo insulso van de la mano, y llegaron a la conclusión de que mirar sólo con los ojos de la cara constituía un craso error.

Fue un delicioso paréntesis de diez minutos en la tribulación en ciernes. No podían dejar de pensar en que si no presentaban varias denuncias a final de mes, los burócratas de las diversas planas mayores volarían sacudiendo papeles de estadística hacia la faz de sus respectivos caudillejos, delante de los cuales acezarían acerca de cómo su impagable servilismo había detectado a ciertos insumisos guardias civiles que no cumplían las Instrucciones Particulares. Y usía se lo agradecería firmando complementos de Productividad y Peligrosidad, pues en las oficinas el cargo de *número* chupatintas estaba considerado en extremo arduo y arriesgado.

—Quién pudiera pillar un destino de esos, coño —suspiraba Jorge—. Seguirías siendo tan guardia civil como ahora, sólo que sin riesgo ninguno. No me extraña que Félix esté loco por hacerse con la vacante del escribiente de la Línea. Sería la lotería de su vida. En cuanto me case, pienso largarme de la vida rural. ¡Qué harto estoy de ser un puto *romano*! ¡De este puto traje!

Por primera vez en su vida militar, Salva no se turbó al escuchar semejante desaire. Jorge era un compañero algo taciturno, pero amable y sincero.

—¿Por qué dices eso? —quiso saber.

—Porque me pasa lo que a ti; que no soporto tener que denunciar a la gente del campo. Y otras infracciones por aquí no hay. Y no por eso dejamos de cumplir con nuestro deber.

—Nuestro deber, que parece ser tan distinto al de ellos…

Del camino de Las Torcaces entró al asfalto un camión con caja susceptible de transportar ganado… Un cernícalo se estrelló en apariencia contra una viña aledaña a la carretera; pero al punto levantó vuelo con una pequeña y chillona masa entre las garras…

Salva vio en esos dos fenómenos concomitantes una abstrusa similitud, e hizo ademán de dar el Alto al Ebro y así identificar la carga, que, por penetración o exacerbado aburrimiento, a diferencia de la rapaz, se le antojó levantada *contra naturam*.

Entonces Jorge le paró:

—No te molestes. Es Moisés Torcaces, el de la granja.

—¿No crees que deberíamos saber qué tipo de carga lleva y a dónde va?

—Ya te lo he dicho: es un conocido. No pierdas el tiempo; además, te complicarías la vida.

Conducía el camión Moisés júnior, quien les saludó con un efusivo pitido.

—¿Lo ves? —repuso Jorge—. Buena gente.

El vehículo rodaba grandes ruedas todoterreno… Tal como el usado en el asalto de la noche anterior…

La propuesta de Jorge le sustrajo de suspicacias.

—Mejor cambiemos de sitio.

Se movilizaban, cuando un coche a gran velocidad, procedente de Villarjo, les llamó la atención.

No hacía falta tener un radar para darse cuenta de que circulaba muy por encima de los ciento cincuenta. Otra cosa sería demostrarlo. No obstante, Salva resolvió que, al menos, debía conocer al alocado conductor.

Comprobó que podía situarse en el centro de la calzada y le dio el Alto, con soltura afectada. Lo supo en su fuero interno y discurrió con rabia que le hubiera gustado parecerse a Carrasco.

Un Alfa Romeo 164 Twin Spark se detuvo impecable y brillante en el desportillado arcén. Un tipo trajeado y con una formidable tira de pelo sombreándole los ojos bajó el cristal de la ventanilla y le dio los buenos días.

Salva le devolvió el saludo y acto seguido pasó a pedirle la documentación.

—La suya y la del vehículo, por favor.

El conductor, reacio, asomó un risueño rostro y preguntó:

—¿Algún problema?

—Se trata de una identificación rutinaria, señor.

—¿Pero hombre, es que no me conoces? —dijo sin perder la sonrisa, si bien mermándola.

—Lo siento, pero no —respondió Salva con taimada pronunciación; era Berchina, el cejijunto colega de palmas del general LLopera en la fiesta conmemoración del 18-J—. ¿Me permite la documentación, por favor?

Berchina trocó la graciosa mueca por un espasmódico culebreo de la larga ceja. Se apartó de la ventanilla y no tardó en volver, ahora sin la estúpida sonrisa.

—Toma hombre, toma —alargó un fajo de papeles.

Pero Salva no los tomó.

—No me está usted entregando la documentación preceptiva. —Emuló a Carrasco, y sintió satisfacción.

Y se dedicó a bordear el turismo para dejar así patente el inaceptable compadreo, pero también con la velada intención de tomar aire y reponerse del apabullado encuentro.

Entonces reparó en algo curioso y extraordinario.

—Observo que su vehículo posee matrícula sometida a Régimen Especial de Circulación, y que la fecha de caducidad expiró hace un mes —profirió absorto en la emborronada placa posterior, dubitativo, perplejo: exasperado por no dar de inmediato, a través del fárrago de conocimientos marciales que le habían atornillado, con el debido procedimiento ante aquella flagrante infracción civil.

Pero en sus noches de insomnio sí recordaba haber leído algo. Agregó:

—Es mi obligación instruir un acta de Aprehensión por el incumplimiento de la LITA, la Ley de Importación Temporal de Automóviles —precisó, del todo innecesario: los Berchina se dedicaban al negocio de la compraventa de automóviles de importación y, por lo tanto, sobraban las explicaciones. En cualquier caso, se trataba de un hecho denunciable.

Pero ante todo quería calibrar el tipo de amistad de aquel individuo con sus jefes.

—¡Pero qué dices! —se extrañó el Berchina, retrayendo la cejuda cara adentro del auto como una sabandija en su hura cuando de repente detecta un peligro.

—Se trata de una infracción clarísima, señor, y mi deber es instruir un

acta de Aprehensión, que es lo que dice la ley —se expresó Salva del tirón. No quería que el otro detectara, ni por sus gestos ni palabras, su azoramiento.

Un azoramiento que empezaba a hacerse notar en el ligero temblor de piernas y que acreció cuando Jorge —que también había reconocido al popular simpatizante— se le acercó con gesto inquieto y disconforme.

—Oye, ¿sabes lo que estás haciendo? —preguntó en un acongojado susurro.

Por nada se volvería atrás. Aunque para ello tuviera que investirse de una superioridad que no le concedía la papeleta de servicio.

—Sé cómo actuar —dijo, y Jorge no se atrevió a insistir.

El conductor se apeó. Entregó a Salva un par de documentos acartonados, al tiempo que, torvo e hirsuto, anunciaba:

—Soy Berchina, de Automóviles Berchina, de Dosarcos. Un buen amigo del Cuerpo. Voy a hacer un trato y me parece que estáis confundidos conmigo.

Salva, omitiendo el cínico galanteo, le informó sin hesitación:

—Tiene que acompañarnos hasta el cuartel para la instrucción del acta: este vehículo debe quedar a disposición del Administrador de Aduanas.

Sólo el cejón se movió en la cara de Berchina. Aquello iba en serio.

Barruntando que le chafaban el negocio, se desató en una rumia dialéctica a medio camino entre la indignación estupefacta y la súplica amenazante.

—Pero si nunca he tenido ningún problema. ¡A qué viene esto ahora, coño! De verdad, aprecio vuestra labor. Pero os estáis equivocando. Venga, dejadme continuar y olvidaré esto.

Salva lo escuchaba impasible.

El otro se encendió.

—Me parece, guardia, que no sabe lo que está haciendo, y el teniente coronel es amigo mío —fanfarroneó con descaro—. Estoy harto de circular con mis coches de esta manera, y es la primera vez que me paran tanto tiempo. Se te va a caer el pelo por esto, chaval.

Chaval, ¿eh?

Bravuconear sin razón era todo lo que le faltaba a aquel infractor para ser empapelado.

Sin embargo, éste creía detentar un as infalible.

—A ver si nos enteramos —continuó con esforzada calma—; y no me sea pardillo, por favor. Ya le he dicho que Alejandro, el teniente coronel de

la Comandancia, es amigo mío.

Salva, a lo suyo, seguía intentando descifrar los arrugados y sucios documentos.

El Berchina quemó su último cartucho. Hiperbólico, espetó:

—Y también el general, señor Llopera, jefe de toda la primera Zona de la Guardia Civil.

—¿Va a acompañarme o no, señor?

Al otro se llevó las manos a la cabeza. ¡¿Su negocio inmovilizado por un simple guardia?!

—Un acta de detención, un acta de detención —mosconeaba, dando pasitos en torno de sí, una mano en el cejón y la otra en la cadera; no acababa de creérselo—. Un acta de detención…

—De *Aprehensión* —le corrigió Salva. Era insoportablemente buena aquella escena en la que él ejercía de director.

El resuelto acento del guardia civil hizo que el Berchina desistiera de replicar, pero no de ejecutar brinquitos y resoplos, los cuales, vistos por un observador accidental y ajeno, habrían producido, a no dudar, una grande sonrisa y divertimiento.

Berchina entrecerró los cerdosos ojos. Miró a Jorge. Éste parecía estar a punto de soltar: *Este tío está loco, se lo juro. Yo no tengo nada que ver con esto, dígaselo al teco*.

Salva optó por aminorar la virulencia del momento.

—Comprenda que la matrícula con la que circula está caducada y la ley me obliga a proceder como ya le he referido. Quizá en el cuartel pueda solucionarse este pequeño incidente.

Y dándose a repasar la documentación, advirtió que en realidad la caducidad no era del año en curso: sino del anterior.

Se apresuró a añadir (y a impeler):

—Hace más de un año que circula ilegalmente. Si no desea acompañarme, solicitaré ayuda y constará en el acta.

2

En el cuartel la situación no sólo no se aminoró, sino que encorajinado al no permitirle Salva el uso del teléfono para ponerse en contacto con alguna de sus amistades dentro de las altas jerarquías, el Berchina se dio a gruñir consigo mismo:

—¡Será posible, el calzonazos del Alejandro! Y luego en la Patrona el

güisqui que le llevo bien que se lo guarda. Que sea *Reserva*, dice el hijoputa, y resulta que un simple guardia me hace polvo el día. Desde cuándo manda un teniente coronel menos que un simple número. Ahora que, ya hablaré con el general Llopera. A más de uno se le va a caer el pelo, por mis santos cojones.

—Si continúa expresándose así, le abriré diligencias por Insultos contra agentes de la Autoridad —reaccionó Salva con el acento que le confería ser un componente de las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado; no quiso privarse, y más con razón. Por respeto, por derecho. Por justicia.

Salva tenía a sus compañeros con la boca abierta. Sentado a la achacosa máquina de escribir, decidido y reconcentrado, redactaba un acta por Aprehensión de vehículo extranjero no acorde con el régimen al que se amparaba. Ni los veteranos recordaban una iniciativa igual.

«Los graznidos y trinos de la cotidiana vida de la Bandada se cortaron… y ocho mil ojos de gaviota les observaron, sin un solo parpadeo.»

Presagiando vitandos advenimientos, Salva adelantó por telefonema a la Aduana Central las diligencias, luego redactó el acta y finalmente participó los partes correspondientes a los escalones de Línea, Compañía y Comandancia. Aquel tipo podría tener algo más que amigos en la cúpula del Cuerpo, pero mangonear con los de Hacienda sería harina de otro costal. Ahora bailaría al son que él le tocara, por muchos favores que le debiera el jefe de la Comandancia o el mismísimo general Llopera, que no era Dios, ni mucho menos… ¿O sí?

—La denuncia está terminada —anunció Salva al interesado cuando hubo firmado el último pliego—. Ya puede marcharse. Recibirá la oportuna comunicación en los próximos días.

Berchina, exhausto, anonadado, tiró una mansa firma. Y cuando atravesaba el umbral a la calle, por lealtad a sus principios, exclamó:

—¡Esto no va a quedar así!

—La Autoridad competente decidirá —replicó Salva, un puntazo mordaz. Sabía que carecía de la autonomía necesaria, pero lo sustituía con el apoyo moral que da cumplir con la Ley. La LEY.

La idea macizó su temeridad:

—Ante ella podrá recurrir mi actuación.

El cincuenta por ciento de Berchina S.L. abandonó el acuartelamiento con pasos furibundos en busca de su compinche hermano, a quien debería dar cuenta del inconcebible revés. Y es que la brusca alteración en el consuetudinario quebrantamiento de la Ley, gracias al corrupto favor de jefes militares con funciones de policía, lo había despertado a una realidad que oía a diario en los medios de comunicación, pero que estaba seguro no eran sino meras invenciones de infatuados legisladores. Algo no iba bien en

el benemérito Instituto cuando a un «simple *número*» se le permitía conducirse con tamaña desenvoltura.

Salva palpitaba de gozo y de terror.

Las nefandas previsiones no se hicieron esperar. El teléfono sonó energúmeno o esa fue la vibración que le llegó. Preveía, si no el origen de la llamada, sí el mensaje.

—Salvador, es para ti; de la Jefatura de la Comandancia —le comunicó el compungido guardia de Puertas: parecía que le diera el pésame.

Salva descargó su escueta defensa, que no era otra que la desnuda y palmaria verdad.

Y tras el sucinto relato, el explosivo final:

—Ya he comunicado la novedad a la Aduana Central, que es la autoridad competente.

La voz del encargado de la Jefatura replicó convulsionada:

—¡Hostias, hostias, hostias! Dice que lo ha comunicado a la Aduana. ¡¿Pero con qué permiso?! Que se ponga el comandante de Puesto.

—No se encuentra en la Unidad; está en camino.

—Estos novatos hay que ver los problemas que nos dan. No quiero ni pensar cómo se va a poner el señor teniente coronel. (*Pues que se joda*, pensó Salva, con un ligero tembleque de piernas. Con tal de que no le fallara la voz, se daba por satisfecho.) ¡A qué tienes tú que parar un coche que circulaba tranquilamente!

Un agente de la Ley.

—Tranquilamente no: conducía a velocidad excesiva.

—Volveré a llamar —y colgó.

Salva tomó una gran bocanada de aire. Primer asalto sorteado. El siguiente sería el del *teco* primer Jefe. ¿Lo resistiría? Las rodillas le latían como corazones óseos. Encajado en la mesita de la desastrosa máquina de escribir —la tecla erre salía disparada de continuo—, detallaba datos y pormenores con el atribulado auxilio de Jorge.

A medida que los compañeros iban teniendo conocimiento de la temible movida, que ya zumbaba en el Puesto como una osadía apocalíptica que arrastraría a todos sin exactitud ni mesura, se interesaban con una discreción compasiva y se abrían con muecas de condolencia. El pipiolo la estaba cagando.

—Que no nos pase nada —murmuraban en retirada.

Cuando el brigada llegó al cuartel, no pocos se lo imaginaban agarrándose la cabeza y gritando «¡Pero en qué lío me habéis metido!». Sin embargo, y para sorpresa de todos, excepto del propio Salva, el

comandante de Puesto elogió el talante de aquel guardia a sus órdenes.

—Un buen servicio, sí señor —lo felicitaba—. No tenía ni idea de la LITA esa. Pero confío en ti, muchacho, y sé que lo has hecho bien. De lo demás, me encargo yo.

El cabal aval de su superior lo tranquilizó poderosamente, le hizo sentir el espíritu del primer artículo del Reglamento, ese que habla del Honor y que cuenta que una vez perdido ya no se recobra jamás; un fogoso eslogan que decora las casas-cuartel a guisa de troglodítico rótulo de neón y del cual él se negaba a refutar.

—Peor para ti —le advertía el suboficial a solas en la oficina—. He aquí otra muestra de esa *realidad subyacente* de la que siempre te hablo. Has de saber que la férula del Régimen trabaja desde muchos y diversos frentes: desde las tablillas rotuladas hasta el martirio del *Chato*, ya sabes, el Régimen Disciplinario. En esta tu primera escaramuza contra la dictadura de la Cúpula te has conducido con bravura. Tú estás por encima. Lo sabía. Pero no bajes la guardia —le musitó con pasión—. Y ahora déjame lo del *teco*; a ver si la estira del berrinche, y uno menos.

Transcurrió media hora, una entera y varias más, durante las cuales dos llamadas telefónicas del primer Jefe requirieron del comandante de Puesto explicaciones de por qué un guardia eventual tomaba iniciativas tan fuera de sus mismísimas Instrucciones Particulares.

El brigada lo excusó diciendo que era un novato falto de «profesionalidad conveniente y mano izquierda». Pero ya no había remedio. La denuncia constaba en la autoridad competente y la jurisdicción del turismo competía a los funcionarios de Hacienda, quienes determinarían el lugar definitivo de depósito y confiscación. Hecho que se produjo al día siguiente. Había luchado contra la Bestia y había ganado. O eso creía.

O quería creer.

3

Se transportaba colmado de orgullo y procuraba disimularlo mostrando indiferencia con sus compañeros, pero Anabel le caló de inmediato tras los saludos de rigor en el *rincón del viento*.

—Pareces contento.

—Será que vuelvo a verte —respondió él con deshecha franqueza—. ¿Qué tal si vamos a la capital y paseamos en barca?

—No puedo. Sólo dispongo de dos horas libres antes de entrar al trabajo.

—Vaya, siempre igual —no pudo evitar lamentarse de un modo tan sincero que ella pareció a punto de retractarse.

Pero sólo fue un efímero gesto de compunción en la apabullante angularidad de su faz que quizás él tomó erróneamente, porque ella repuso sin vacilar:

—Ojalá pudiera; pero no.

—Déjame que por lo menos te acompañe.

Tampoco se avino, pero agregó, receptiva:

—Pero puedes darme el teléfono del cuartel, y te llamo cuando tenga libre. Y si coincidimos, nos vemos.

Se lo anotó y acordaron, en vista del parvo tiempo disponible, charlar y tratar de conocerse mejor a la sombra de tan místico rincón.

Sentados sobre un poyo, de respaldo el pretil a una honda calle a sus espaldas, ella le comentaba que no hay más fe válida que uno mismo, ni más dogma positivo que el ansia de vivir en libertad. Y esa ansia significa sacudirse de las cadenas del entorno cueste lo que cueste y luchar y morir por ello es felicidad bastante. Otra religión no hace sino deslavazar a la persona. Grandes personalidades así lo habían proclamado: «el opio del pueblo», «la involución de la humanidad», «el freno de la civilización», «el yugo de los oprimidos». Salva se atrevió a comentar que en verdad las iglesias contribuían a remachar ese yugo, pero estimaba necesario creer en alguien Superior al que recurrir cuando la desesperanza lo abate a uno en medio de los hombres. Anabel aseguraba que adorar algo que no se ve ni se experimenta denotaba un signo de ignorancia y, por lo tanto, de menoscabo personal. Las religiones sirven como remedio para dominar la locura y para sobrellevar la soledad y el tedio de vivir sin metas, pero sin más positivismo. Sí, en cambio, creía en la reencarnación. En el retorno a lo dejado. Morimos para volver. De ahí el afán por dejar un mundo lo menos paradójico e injusto posible, por si retornamos a un estrato social mísero o a una raza menospreciada.

Le refería sus seguras opiniones acompañándolas del aleteo extasiante de sus manos, que en cierto momento se elevaron para declararle su pasión por el firmamento y la insondable infinitud que apenas confunde la prepotencia de los que miran al progreso en detrimento de la paz y el bienestar contemporáneo. Cómo puede creer alguien que estamos solos en el Universo o lo absurdo que sería diferir otros dos mil años la constatación de que somos reyes de nada y príncipes de utopías asesinadas por astutos congéneres cuyo derecho a la vida es más que dudoso por mucho que sus leyes dicten otra cosa. En todo caso, mirar las estrellas era la paz, la armonía turbulenta que rige distinta allá arriba o quién sabe si Dios jugando a los dados y abajo el no menos impredecible amor para

contrarrestar la insignificancia de ser humano y efímero.

Electrizado con el roce de su piel y rendido por las caricias filosofales de sus palabras y el magnetismo de su cosmos, Salva descansaba más que en el esconce de un templo en uno del Edén. Habían convertido aquel emplazamiento de débil alumbrado —un farol destartalado con medios cristales a la espalda de la iglesia— en un refugio donde intercambiaban sentimientos y sensaciones, no siempre cabalmente expresadas.

Pero el tiempo corre veloz cuando es un enemigo, y con una mirada al reloj y un aviso lapidario, Anabel acarreó que Salva dejara de sentirse como un ingrávido cosmonauta. Otra semana de tormento. Quizás menos porque ella tenía su teléfono.

Curiosamente, había olvidado el beso que tanto había fantaseado repetir. Ella y su aire de impasible sensualidad bastaron para contentar sus sentidos; no obstante, en la despedida Anabel se le arrimó para darle un piquito fugaz que le sorprendió y el efluvio a ella le embriagó y le desorientó, dilatándole luego una eternidad el camino al cuartel.

¿Enamorado —total y perdidamente— de la primera chica que había conocido, cazado en la primera verónica, como diría Velasco? *Qué más quisiera*, anheló echando pasos por sobre el bordillo de la acera como si anduviera por la cornisa de un pináculo: un delicioso vértigo allende la atracción física y notaba que le crecía con el paso de las horas.

¿Cómo lo sentiría ella?

Otro día especularé, zanjó, entrando en el pabellón de solteros.

Una armonía sin nombre retumbaba tras una puerta. Tenía que dormir. Dentro de unas horas salía de nocturno con Velasco.

«Misión especial», había advertido el brigada.

4

Velasco dejó caer la mano y enterró la colilla entre la hierba. Se incorporó y escudriñó una vez más. Luego miró a Salva y negó con la cabeza.

Llevaban así tres horas.

—Creo que echaré un sueñecito en esta buena hamaca —murmuró, y volvió a tenderse.

Salva, incansable y desvelado, dirigió un vistazo al inhollado césped, a la quieta luna reflejada como en un espejo fantástico en el centro de la cuadrilátera laguna, al perímetro intocado. No se movía ni una brizna. El rumor del río rasgueaba la noche. De cuando en cuando un vehículo rechinaba, y por lo demás todo era silencio y ansiedad.

De la contigua alameda de la Telefónica se distinguía el negror de sus más altas copas, perfiladas contra el cielo estrellado, por entre cuyas ramas, al cabo de las horas, Salva predecía la aparición de astros que marchan encadenados a su destino, contraseñando su fría o ardiente soledad bajo códigos de fulgores trémulos —azul, blanco, rojo.

Luego nadie hay más libre que el hombre.

Lo que al hombre le ocurre, se lo debe a sí mismo. Un astro no puede dejar su órbita. El hombre sí.

De pronto creyó percibir un crujido de pisadas… ¿O sería otra falsa alarma?

Salva chascó los dedos y Velasco, que también lo oía, aguzó el oído sin levantarse.

—Son ellos —siseó. Pegó un brinco de gato y se puso en pie en absoluto silencio.

Salva notó que sus músculos se tensaban obedientes al instinto de supervivencia. De atacar y defender se trataba.

—Cuando yo dé la voz de Alto, tú apareces por el otro lado.

Salva asintió y se separaron tal como tenían planeado.

Vio alejarse a Velasco en cuclillas, zanqueando con sus largas piernas como una araña en retirada, constriñendo su complexión al zócalo de carambucos que sostenía la alambrada.

Salva admiró la eficacia de ese estilo ceñido, sigiloso y veloz. Lo vio confundirse con un seto y dejó de apreciarlo.

No se les veía pero conocía el punto de intrusión por el ruido. Pugnaban ansiosos, imprudentes. Incautos. Por fin, uno coronó la tapia del bar. Su silueta se destacó nítida contra el resplandor de las farolas de la carretera; se sostuvo a cuatro patas y, farfullando algo, se descolgó al césped. Otro sujeto repitió el proceso con menos dilación. A zancadas se llegaron hasta el contorno del vaso; alguno acarició la superficie del agua y una onda suave fue a lamer las cuatro esquinas. La reflejada luna pareció sonreír. Y desde luego los intrusos sofocaban a duras penas tremendas risotadas. Ambos en cuclillas se giraron sobre sus talones, levantaron sus respectivas posaderas desnudas al aire y tomaron posición malabar al borde de la piscina.

Cagaban a dúo.

—¡Alto a la Guardia Civil, cabronazos! —rugió Velasco desde el fondo.

Salva también se dio a conocer.

—¡Arriba los brazos! —gritó, con una inflexión más bien chillona, se detectó con disgusto.

Los dos individuos hicieron un conato de huida, pero Velasco cargó el

arma gritando que dispararía; y así uno se enredó con las bermudas y el otro resbaló, quedando ambos sentados en la hierba, las manos en la cabeza y el culo al aire.

Velasco les metió la linterna.

—¡Pero si es el Balilla! —exclamó—. Tenías que ser tú. ¿Te crees muy gracioso? ¡Subíos los pantalones ahora mismo, guarracos!

El que vestía bermudas y camiseta con las mangas arrancadas no era conocido por Velasco, pero el Balilla sí —el cual llamaba la atención por la raída cazadora tipo piloto que lucía a pecho descubierto—; y de ahí que el jefe de pareja le dedicara todas sus lindezas.

—¡Cerdo, que eres un cerdo! Te vas a enterar, Balilla, por mis cojones. ¿Y este, quién es?

—Es un coleguita de fuera. Pero no hemos hecho nada malo, agente, se lo juro.

—Cállate. Eso lo diré yo.

Desde su posición, Salva podía distinguirle a la espalda de la chupa el símbolo anarquista, una «A» llameante dentro de un círculo rojo.

Velasco enfocó al agua.

En la piscina flotaban en reposada deriva un zurullo oscuro y una pelota ovoide, agrietada.

—¡Cerdos! —les pateó con menos tesón que asco.

El Balilla se apartó la pelambrera de la cara y, dirigiendo a Velasco una mirada suplicante, se expresó en tono lastimero:

—Oh, agente. Sólo queríamos divertirnos un rato. Pero le juro que no volverá a ocurrir.

Velasco le estampó un pisotón en el pie.

—¡Que te calles, cerdaco! ¿Qué hago contigo, *so* mierda? —Velasco vaciló—. Ponte de rodillas —ordenó, y el otro obedeció como impulsado por un resorte—. Las manos a la nuca.

Velasco comenzó a cachearlo con grima.

—¡Ajá! —profirió sacando algo de uno de los innúmeros bolsillos de cremallera—. ¿Y esto…?

—Es una pelotita de hachís —admitió el Balilla.

—¿De qué clase? —interrogó al punto Velasco.

—De *buten*, tío —concretó el Balilla con una cordialidad extraña.

—Humm. Sabes que esto sí es delito. ¿O no?

El otro sacudió afirmativamente la pelambrera.

—Estás de suerte hoy, Balilla. Te voy a requisar el *costo* y dejaré que te

largues. Pero como los de la piscina se me quejen, una sola vez, de que han visto otra mierda, aunque sea de perro, te preparo un marrón que entonces sí que te vas a cagar, pero camino del trullo. ¡Humo!

El otro salió de naja, pero el Balilla, aún de rodillas y sin volverse, se atrevió a implorar:

—Agente: déjeme un cachito, que todas las pelas que tenía me las he dejado en eso…

—Pero ¡cómo te atreves, cabroncete! —reaccionó Velasco blandiendo la pistola, y el Balilla huyó como un jabato.

A solas de nuevo, Salva preguntó a su compañero por qué no los había detenido.

—No habría servido de nada —respondió Velasco, enfundándose la Star. Tanteando la aprehensión, siguió explicando—: Sólo para hacernos perder el tiempo. El Balilla tiene antecedentes por tirones, robo de autorradios, hurtos en la consulta del médico, chalés reventados… Cagarse en una propiedad ajena no le habría afectado en absoluto.

—¿Y qué piensas hacer con la droga?

—Fumármela, no te jode; que este cabrón no sé de dónde la saca, pero siempre es de la mejor. Mañana hablaré con el dueño y le pondré al tanto. ¿Bajarás conmigo?

—No creo que pueda. He quedado con una amiga.

—Una amiga, ¿eh? Ten cuidado. Folla y corre. Todas las mujeres son unas golfas.

Conjeturó que la actitud de Velasco para resolver la situación había sido la más inteligente, pero no supo explicarse el desencanto que lo coreaba.

XX. LOS ÁNGELES DE ESPAÑA

1

La tarde prometía mantener la tónica del largo verano, el cual se resistía a marcharse a pesar del calendario: calor y más calor. El bochorno vespertino, unido al que aportaba por su cuenta la *estufeta*, hacían que hasta el mismo respirar fuera un acto de tenacidad consciente. El ardiente escay de los asientos les empapaba las ropas de sudor.

A la señal del guardia primero, Salva invadió la calle con la primorosa temeridad que la maniobra exigía, soltó freno después de recoger a Félix, metió la segunda y…

El Land tosió una vez, dos, y arrancó dejando una negruzca humareda que veló la fachada del cuartel en negro diésel.

El gordísimo guardia le felicitó, y a continuación le apuntó la importantísima novedad:

—La patrulla de la mañana ha dicho que el general se ha pasado por La Pequeña Arteaga, y si aún anda por aquí quizás nos requiera para protección de los alrededores. De modo que ya sabes de lo que hay que andar pendiente.

—Seré todo ojos.

Y como Félix no perdonaba su carajillo, hicieron la primera parada en el restaurante Bordaluna, asunto prioritario para el jefe de pareja.

Al entrar por la puerta, el hombre tras la barra saludó a Félix y éste le preguntó si tenía ancas de rana.

—Pues sí —contestó el camarero, sospechando segundas intenciones.

—¡Entonces pega un salto y ponme un carajillo! —encargó Félix con una carcajada, sujetándose la panza.

Salva, más preocupado por cosas que tenían que ver con desilusiones, enlazando el 18-J y la visita oficiosa del general, dijo:

—Debería darles vergüenza dejarse ver después del ridículo que hicieron el día de la celebración en Las Torcaces. Tú, como no estabas, no puedes hacerte ni idea de lo que pasó.

—¡Ihé! —el guardia primero exageró un aspaviento de sorpresa—. Este año te ha tocado ti, pero los anteriores hemos ido los demás. El año pasado fui yo quien acompañó al brigada. Por cierto, que me mandaron con el capataz, de pinche. ¡Cómo me puse de costillas! Ahora que me acuerdo,

bordé unos chistes como nunca. Ya sé: fue el vinillo. ¡Qué buen vino sirvieron!

Salva le escuchaba con asombro y despecho. Félix no le dejó reaccionar:

—¿De qué te pusieron, de camarero…?

—De portero —respondió Salva, y en seguida apostilló—: De bufón, más bien. Fue vergonzoso. Quiero decir, la extraña fiesta, su comportamiento… delante de los paisanos. Cada vez que lo recuerdo, se me revuelven las tripas.

Félix agitó las llamas del carajillo con la cuchara, hasta volatizarlas, aspiró el aroma de la mezcla incendiaria, y luego lo saboreó con golosa exquisitez.

Salva dedujo que no obtendría ningún respaldo moral.

El guardia primero pidió un Farias; clavó los ojos en el auxiliar que le habían nombrado, y comenzó con un deje de pragmático adoctrinamiento:

—Me da que tú no te lo supiste montar. Hay que andar espabilado. Lo que hagan o dejen de hacer, es cosa de ellos. Se emborrachan y no les importa porque son del mismo gremio. Tienes que aprender que hay dos clases de guardias civiles: los que lo son y los que lo parecen. Lo que nos separa a ti y a mí de la Cúpula es mucho más que la graduación militar.

—Pero el uniforme es el mismo —arguyó Salva.

—Pero su mundo es otro —fue la respuesta del *caimán*—. No son fiestas para nosotros, métetelo en la cabeza, muchacho. También las montan buenas en La Pequeña Arteaga—. Y bajando la voz—: Van putas y maricones.

Sorbió el carajillo hasta acabarlo, y agregó:

—Se empieza por sentir vergüenza ajena; luego la propia, y al final te da igual. Con ver, oír y callar cumplimos al cien por cien. Pensar otra cosa es tontería. A mí con tal de que no me toquen el sueldo. ¡Ah!, y mis olivas.

—Pues qué bonito.

—No depende de nosotros. Ya te acostumbrarás.

Ya te acostumbrarás… Era como una letanía taladrante y necia.

—¿Por qué todos decís lo mismo? —interpeló con desesperación.

—Porque somos viejos y porque es la fuerza de los hechos la que nos ha enseñado que lo mejor es cantar siempre «a sus órdenes» y no discutir.

—¿Aunque sea ilegal?

—Aunque lo sea.

—Pues yo nunca me dejaré doblegar —replicó Salva—. Ya lo habéis visto.

Félix sonrió con afectuoso desdén mientras se encendía el puro; expulsó una lenta, espesa bocanada de humo. Parecía saborear un aforismo demasiado valioso que no debía ser ni farfullado ni voceado.

—Ihé, ya caerás. Cuando yo tenía tus años, también quería instruir fabulosos atestados como la LITA esa (que, reconozco, no sabía ni que existía). Como te iba diciendo: pronto vi que lo mejor era quedarse en el primer tiempo del saludo, y punto. Y tú, por la cuenta que te tiene, terminarás por entrar en la corriente. Cuestión de tiempo. Ya te acostumbrarás —*(¡y dale!)* Chupó del puro, liberó un globo azulino, y sentenció—: La experiencia es un grado. ¿Qué hora tenemos?

—Y treinta.

—Hora de llegarnos al monte de La Loba. ¿Lo conoces?

—Sólo de pasada.

—Pues hoy te voy a llevar a lo más adentro. Es una zona de sierra con muchos y grandes árboles. No tan cerca ni tan bueno para barbacoas como el merendero de Los Varales, pero menos castigado. Venga, muchacho; y no te comas el coco, como decís ahora los jóvenes —le consoló con una enorme y vacía risotada.

Salva descartó volver a la carga. Apuró el descafeinado, se puso el quepis, permitiéndose bajar la visera hasta casi tocar las cejas, y partieron: con el ruido y el bochorno de la *estufeta*, meditando…

Que constreñido a moverse en una rutina degradante, sólo el tiento y el talento —y tal vez un poco de hipocresía, que le recomendaba el brigada— le serán esenciales para no marginarse entre actitudes en las que prima el regocijo de la claudicación y la vacua fanfarronería. Alardean de que en su juventud también poseyeron ideales impecables, «como los tuyos». ¿Y cómo es que habéis renegado de ellos, eh, eh?

Mi entusiasmo les produce envidia.

—Por este atajo llegaremos antes —oyó que le ponía al tanto el guardia primero, torciendo por un sendero justo, sinuoso y escarpado.

¿No les aflige el ejecutar su labor a expensas de los más desgraciados? ¿No les remuerde la conciencia? Cómo fue lo que le dijo el brigada… «La contemplación impasible es una forma de corrupción merecedora de un recio escarmiento, que sólo los menguados censurarían». Sí, remontarse. Remontarse con los cinco sentidos exaltados. Al igual que Juan Salvador Gaviota, él no zanganeará parloteando con la Bandada; volará más allá de la puesta de sol si es preciso, insumiso sagaz frente al vejado escalafón soldadesco del que los demás ni se percatan ni ponderan o les trae sin cuidado. Y eso tiene un coste: extrema desolación moral. Una desolación en cuyos atisbos despunta un abstruso, paradójico, refractario sectarismo benemérito… Aire, *ya*.

Y se apeó casi en marcha.

—¡Cuidado, campeón! —se asustó Félix—. Sabía que te gustaban esta clase de sitios, pero tampoco es para tanto.

Un arbolado, casi en exclusividad de pinos, se extendía bajo sus ojos hacia San Juan. Se hallaban detenidos sobre una loma de encanto arriscado y recoleto. Las copas de los árboles undulaban en frunces sucesivos, semejando un vasto y arrugado lienzo verde, a juego con el pantalón soldadesco.

Notó que aquel mínimo vértigo lo distendía y lo apaciguaba, y se abandonó a tan deliciosa panorámica.

—Antes el pinar cubría todo. Pero hace unos años hubo un incendio y en el terreno quemado construyeron todos aquellos chalés —Félix señaló a los adosados de Maracaibo, los cuales se divisaban en lontananza como un desfile de casas de pitufos.

—¿Cómo sucedió?

—Dicen que unos domingueros, y otros que fue provocado para especular con el suelo. El caso es que no se pudo averiguar. Los chalés fueron construidos por Urbano Arteaga. Se dijo que algo tuvo que ver con la quema. Tampoco se aclaró. Después te llevaré a otro cerro más alto y donde corre un aire que da gusto. Con un poco de suerte, este trasto nos subirá.

¿Bromearía el tal Urbano el día del aniversario o fue su arrogancia la que reveló el dolo de una estrategia criminal?

«O de lo contrario se le arrima otra cerilla…»

Imaginarse aquel lugar anegado de ceniza y brasas de árboles, lo trastornó de nuevo, enfureciéndolo sordamente.

Descendieron por una trocha, que más parecía un cauce seco y encarrujado, para continuar por uno de los vericuetos que se empinaban interminables, y el Land Rover rugía que se reventaba, que no les subiría y que los dejaría en mitad de la pendiente para luego resbalarlos por aquel tobogán roqueño, dándoles vueltas como a una pelota cuadrada y ellos moliéndose dentro, y cuando el movimiento fuera cero, nadie reconocería ni al vehículo ni a sus ocupantes.

Salva falló en el pronóstico de que Barahona no metería el Land por el callejón del churrero, pero esta vez ocurriría la fatídica suposición.

La *estufeta* los encaramó sanos y salvos.

Habían llegado a una explanada del tamaño y forma de una plaza de toros, cuyo suelo lo componían planchas de piedra lisa, una especie de gigantesca lápida lenticular, circundada por troncos centenarios inclinados en todas direcciones. Debajo de uno especialmente grueso, de ramas

ampulosas y derrengadas, un todoterreno refulgía por culpa de un brochazo de sol.

Félix, electrizado, exclamó:

—¡Pero hostias! Esos están follando. Vamos a verle las tetas a la tía.

Con marcha moderada y ruta subrepticia, Félix se llegó hasta el Nissan Terrano. Había almas en su interior, y no precisamente platicando.

Al rugido, los ocupantes se agitaron blandiendo ropas de prisa y corriendo.

Los dos guardias se apearon y, desplegados en abanico, se aproximaron a identificar a los ocupantes. Un hombre en pantalón de chándal y con la camisa en la mano bajó del 4x4.

—¿Algún problema, señores guardias? —dijo en tono azorado.

—No. Simple rutina. Permítame su documentación —requirió el guardia primero.

Cuando tuvo en sus manos el Permiso de Conducción, Félix se disculpó:

—Ah, perdone, doctor De Lasheras…

—Sí, yo soy —reconoció el otro con fastidio, terminando de vestirse—. Bueno, ejem, confío en su profesionalidad, que para eso son ustedes los *Ángeles de España*.

—No tiene de qué preocuparse —repuso Félix, amablemente, y pasó a comentar el interminable verano.

Entre tanto, Salva, fingiendo extremar las medidas de seguridad, había rodeado el todoterreno por el lado contrario, y al reconocer a la acompañante, que enarbolaba con torpe insistencia una blusa delante de la cara, osó saludarla, en voz baja.

—Hola, Marisa.

La aludida sacó el rostro por un hueco del trapo. Y guiñándole un ojo a modo de impúdica salutación, correspondió, cínica y vulgar:

—Hola, Salvi. ¿Cómo te va?

—Por nosotros no se preocupe —llegó la voz del guardia primero.

—Lo mismo digo —musitó Salva.

Marisa paseó la lengua por sus labios lúbricos, la movió frenética y la escondió. Pero sus gestos salaces ya no le excitaban.

—Que sigas pasándolo bien, Marisa —la despidió con un saludo militar nada ortodoxo.

El Nissan salió marcha atrás, veloz como el rayo que tenía pintado en los laterales, viró ciento ochenta grados, patinando, y delante de una aspersión de guijarros, atacó la pendiente con intrepidez suicida.

Se miraron con expresión zumbona.

—Nada más bajarse lo reconociste, ¿verdad? —apuntó Salva.

—¡Ihée! —gritó el gordo, estremeciéndose—. Pero me hice el sueco —matizó—. Quería verle las domingas a la Marisa. ¡Qué mala suerte! Con ese par de tetas… Lástima que tú tampoco se las hayas visto —Salva esquinó una sonrisa—. Si Moisés supiera que su colega de juergas se está follando a su hija… ¡Menudo *chou*! —y acto seguido estalló en risas.

—De qué te ríes, si puede saberse —Salva sabía que de inmediato él también se desternillaría.

—Un chascarrillo me acaba de venir a la cabeza. A estos les ha pasado como a una de mi pueblo. Seguramente ha sido ella la que primero nos ha visto llegar y ha debido de gritar: «Al fondo, al fondo», y él le diría: «¡Pero tía, si te la tengo metida hasta las pelotas!». ¡Ja, ja, ja!

En efecto, rieron a mandíbula batiente, recreándose en imaginar la comprometida situación. Félix dijo que ya no les llamaría más «los Ángeles de España», sino «los Ángeles del Coito Interruptus», y siguieron descojonándose en plena sierra como dementes.

—Esto sí que ha sido una novedad —celebraba Salva.

—Ya te digo —convino Félix, soltando risas como señales de humo—. ¡Como que son estas cosas las que hacen interesantes los servicios! Por cierto, que de tanto reír se me ha descompuesto el vientre. Vigila tú, que yo necesito hacer algo que nadie puede hacer por mí. Si te subes a aquel peñasco —estiró el brazo hacia una enorme piedra monda y lironda—, verás la carretera y parte de Morratal.

—De acuerdo, la vigilaré para que nadie se la lleve. Tú procura no resbalarte por la letrina.

—Ah, muy bueno, Salvador —se alejó en dirección opuesta.

Salva escaló la atalaya.

Cerros erosionados era todo lo que la vista alcanzaba. El monte de La Loba era un boscoso oasis rodeado de un paisaje árido y ceniciento. Un discreto valle lo circuía llevando en su inculta ladera una limpia carretera, en cuya lejanía la raya de alquitrán parecía derretirse, como evaporándose en postrada réplica a la llegada de un efecto invernadero irremisible.

Morratal era sólo unos tejados asediados por la solanera.

De pie y brazos cruzados, Salva se distraía con la sombra de una nube, que casualmente se arrastraba siguiendo el trazado del asfalto. Era el único objeto móvil en aquel paraje. La mínima brisa que le daba en la cara apenas bastaba para agitar las hojas. Una brisa que, por fortuna, no procedía de donde su jefe de pareja hacía algo que sólo él podía hacer. Patético chancero. Las condiciones en que ejercía su trabajo no importaban

si durante el servicio podía ver «domingas». Patético y sintomático. Dos guiones deformados por la canícula perseguían la nube, que a impulsos del viento o del azar no dejaban la carretera.

Y aquélla los precisó.

Reparó al principio sin sorpresa, como en algo impunemente rutinero que se traslada por las vías públicas en virtud de necesidades que su profesión salvaguarda o debiera salvaguardar sin más injerencia que el respeto a la ley de todos ellos. De todos ellos. Pero ¿qué hacía —*una vez más*— el coche del oficial detrás de aquel camión singular, como escoltándolo?

Incrédulo, no obstante, se precipitó al Land, a por los prismáticos. De vuelta a la cúspide, se clavó vertical, oteando con ansia.

No había duda: eran ellos.

—¡Eh, Félix! Estoy viendo el coche del teniente —gritó, sobresaltado de columbrar más allá de la mirada.

—Déjate de coñas —farfulló el guardia primero, empeñado como estaba en otra actividad de esfuerzo indefectible y concentrado.

El vigía accidental insistió:

—De verdad que lo estoy viendo.

Félix tardó unos segundos en responderle.

—No puede ser —repuso al cabo, con una claridad extraordinaria—. A unos pocos kilómetros se acaba la demarcación, la nuestra y la suya. Incluso la de la Comandancia.

—Entonces, es que su cometido es otro bien distinto —se murmuró.

Siguió con los prismáticos el coche del jefe de Línea. Era el suyo o uno muy parecido y circulaba a la zaga del Ebro-2000, como parte de un convoy.

Se los tragó un combinado de curva y cambio de rasante y Salva no tenía dudas de lo visto. La sombra de la nube prosiguió recta y decidida, ondulante, esclava del viento. *Un convoy*.

Al regreso, Félix le explicó que la carretera en esa dirección entraba en otra provincia. No había nada que vigilar en aquella zona. Tampoco desvío ni cruces. Y como la distancia era mucha, zanjó que, o se había confundido, o el tipazo de la rubia le había hecho ver visiones.

Salva no se quedó conforme.

—¿Y no podría ser que el coche del teniente fuera escoltando a un camión de ganado, que es el vehículo que me pareció que circulaba por delante?

Félix compuso una mueca no del todo discrepante.

—Es posible. A veces hemos hecho esa clase de protecciones, sobre todo con los camiones de Moisés Torcaces. Pero hace más de un año, desde que a Carrasco le dio por jeringarlos, que dejaron de hacerse. Y, desde luego, nunca las hicieron los oficiales. —Consultó el reloj—. Hora de irnos. Nos hemos alejado demasiado del itinerario de la papeleta.

—¿Como cuánto nos hemos alejado del punto marcado a esta hora? —indagó Salva con voz vacilante. Las preguntas le reñían en la lengua.

—Unos dos kilómetros —respondió Félix—. Pero no te preocupes. No puede ser que nos estuviera buscando. En todo caso, nunca por este lado de los riscos, que ni siquiera tiene accesos, y menos para un turismo. ¡Ay!, la rubia. Venga, conduce. A ver si te espabilas.

En sus manos, el Land Rover descendió con estabilidad y solvencia. Un nuevo conocimiento geográfico que añadir a su experiencia, y una creciente sospecha: dos extraños avistamientos de un convoy, como si de ovnis se tratara, detectados por casualidad, de resultas de irreglamentarias desviaciones de la papeleta de servicio…

¿Significaría todo aquello algún tipo de corrupción?

Tenía —*debía*— averiguarlo.

Con un ojo en la ruta y el otro en el retrovisor, temiendo que se llenara con el coche del teniente, estacionó a la sombra del edificio de la Telefónica. Que más le valía cuidarse de los jefes que de la seguridad ciudadana ya no tenían que advertírselo más veces.

Se bajaron y pasearon en torno del motor, que hacía temblar el entero vehículo, los oídos aguzados hacia las transmisiones. El jefe de pareja le previno de que en otras ocasiones los oficiales les espiaban ocultos tras el puesto de la Cruz Roja o desde el mirador de Maracaibo, y Salva volvió a inquietarse. Se acomodó el arma de guerra al hombro, se lustró las botas con el trapo de las herramientas y se colocó el quepis a dos dedos por encima de las cejas: la pinta de soldado decimonónico que le quedó no le plugo en absoluto.

Renunció a la sombra, consciente de que en esos pequeños detalles —los de la fachada— radicaba todo el interés de la superioridad. La preparación profesional, la autonomía policial, la adecuación integral al espíritu de la ley, no contaba tanto.

De repente, se sorprendió divagando en conceptos prohibidos para un subordinado entrenado para obedecer.

Pero de la ineptitud al cohecho iba un trecho intolerable.

Se asustó. Cambió el dial. Anabel.

Ahora sí se relajaba.

Echó de menos no poder estar con su estupenda pelicobre, paseando

por el umbroso parque o en mitad de un glacial.

Un camión de ganado escoltado… un coche del Cuerpo…

Un contubernio mafioso.

Una llamada de la Central les ordenó que regresaran al cuartel.

—Seguro que es el Monipodio, como le llama el brigada —aventuró Félix, mientras se acoplaba a los mandos del Land.

Cuando fue a salir, el motor se paró.

El maldito vehículo se había calado en la parte baja del pueblo, y en el cuartel les requerían con urgencia.

Se miraron el uno al otro, el otro al uno.

—Primero empujas tú y luego yo —sugirió Félix.

Salva se fue a la parte de atrás y se recostó contra la portezuela.

Empujaba con rabia, las vértebras se le comprimían, las botas le resbalaban sobre el alquitrán, y tamaño esfuerzo no guardaba relación directa con tan sofocadas pretensiones.

Un motociclista —sin duda, a más velocidad de la preceptuada en aquel tramo— se permitió una fuerte pitada al verse obligado a realizar una maniobra antirreglamentaria, a fin de no estamparse contra aquel supuesto vehículo de seguridad pública estancado en todo su carril con un tío de uniforme doblado como un arco cuya cuerda lo tensara por la cabeza y los pies.

Un par de achacosos paisanos se echaron los cayados al antebrazo y se sumaron, renqueando, a la función, pensando que con la intención bastaría. Salva enrojeció de gratitud y vergüenza.

La velocidad no aumentaba y el Land Rover, el tractor, la *cafetera*, la *estufeta* —esa puta mierda resulta de chanchullos castrenses y presupuestos desviados a las dietas de los oficiales en vez de a una jodida y barata batería—, no daba con masa humana que lo deslizara eficazmente.

Dos equipos de futbolistas alevines que bajaban de Maracaibo, se sumaron al grotesco trajín; y por fin el Land comenzó a ganar velocidad. Los coches formaban por detrás una larga hilera: a medida que llegaban, daban frenazos, activaban el interruptor de las cuatro intermitencias y los conductores sacaban las testas.

Desde el aire, el atasco debía de parecer un gusano ciencabezas.

Después de tres intentos fallidos y doscientos metros de pugna agotadora —al cabo de los cuales el noventa por ciento de voluntarios había desertado—, Félix logró arrancar, dejándoles como recuerdo un tupido pedo negro en señal de benemérita retribución.

Salva prefirió no mirar a ninguno de ellos; el bochorno del acto era

más fuerte que la alegría por que el motor volviera a funcionar.

La patrulla dio la vuelta, las gracias a los inestimables colaboradores, reordenó el tráfico y se dirigió a la base.

Desde la Mural observaron la cochera con la puerta abierta; dentro, al lado del R-4, un coche desconocido.

—¡El *teco*! —advirtió, alarmado, el guardia primero.

El teniente coronel jefe de la Comandancia se hallaba en el Puesto, y sin previo aviso.

El brigada, desde el palo de la bandera, donde conversaba con el primer Jefe, les pidió que estacionaran en la rampa; probablemente para hacer así más patente el penoso estado del vehículo. Félix y Salva captaron la idea y se dedicaron con gran ostentación a calzar el Land Rover con unas cuñas de tráiler que sacaron de la cochera, y lo dejaron con el motor en marcha.

Sin embargo, el teniente coronel no parecía impresionado.

Recolocaron sus quepis y subieron a darle novedades.

Llamaba la atención la patológica obesidad del *teco*. Si bien no tan gordo como su compañero, debido a su escasa estatura, su traza era la de una esfera humana, fláccida y maleable. Y no menos llamativa resultaba su cara redonda y sus ojos saltones, de bonachón.

Los gordos suelen ser buena gente, se dijo, y pasó a efectuar el primer tiempo del saludo con arma larga a la par que Félix: un contraste de posturas dignas del *National Geographic*.

—A sus órdenes, mi teniente coronel. Sin novedad en el servicio —participó el guardia primero.

El oficial jefe respondió con una benévola seña de la mano —que no alzó demasiado para que no se le cayera el tricornio de la axila—, dándoles a entender que daba por válida y concluida en su totalidad la liturgia de las novedades. Con tal gesto, el hombre ganó la simpatía de Salva.

—¿Están todos? —inquirió del comandante de Puesto, con un temblor de papada que, vertida por sobre el cuello de la camisa, enterraba las solapas y sólo dejaba asomar las puntas.

—Creo que sí, mi teniente coronel —repuso el suboficial.

—Recuérdame lo del libro, Indalecio —indicó el primer Jefe a su ayudante, un teniente provecto, quien se golpeó con los brazos estirados a ambos lados del cuerpo y, con una enérgica reverencia de cabeza, aseguró:

—Usía no tiene de qué preocuparse.

El hombre tenía un poco de chepa. Como oficial ayudante pululaba atento y diligente alrededor de los deseos del primer Jefe.

Tenía aquel protocolo algo de ridículo o anacrónico.

Se detectó sumido en ásperas consideraciones y tornó a grabar el máximo de detalles de aquel ritual que constituía en el Cuerpo la revista de un oficial jefe. La primera de su vida profesional que no pensaba olvidar nunca. *Nunca*.

El superior hizo media vuelta y enfiló, con agilidad inaudita en sus cortas extremidades, al interior del acuartelamiento. Al pasar por el cuarto de Puertas, se percató de algo sospechoso. Hizo alto, vista a la izquierda; y entró.

—¿Y esto? —tomó de la mesa un libro, propiedad del brigada, y que Salva había olvidado el día anterior.

Montilla, que era el guardia de Puertas, respondió:

—Suelo leer de vez en cuando, mi teniente coronel.

El *teco* sacudió el ejemplar, miró el título y pasó las hojas como si las pasara el viento.

—¿Y por qué lees?

Porque puede volar, contestó mentalmente Salva.

—Para no aburrirme cuando llega la noche y cerramos la puerta, mi teniente coronel —respondió el Polilla, con sincero respeto.

—¡Ah! Conque el Puesto tiene un intelectual —murmuró el superior, examinando la fotografía del autor en el reverso—. La cara que tiene el tío. De rojillo —sentenció tras un meditativo silencio—. Seguro que le aprietas cuatro hostias y te canta dieciocho robos. Debe de ser un libro malo. Yo una vez leí uno. Se llamaba *Embajador en el infierno*, y lo escribió uno muy famoso que ahora no me acuerdo. Ese sí que ganó premios. Qué bonita historia. Casi lloré. —De improviso se inclinó para el guardia—. ¿Se sabe usted la Cartilla?

El interpelado arqueó el cuerpo en retirada, pero sin despegar los pies del suelo.

—Algunos artículos, mi teniente coronel.

El carirredondo *teco* levantó las cejas. Asomaron dos huevos.

Articuló en tono zahiriente:

—«Si para servicios de investigación secreta conviniese…» ¡Siga!, o me lo copia mil veces.

—«Si para servicios de investigación secreta conviniese que el guardia civil vistiese de paisano, el Jefe de la Comandancia le extenderá autorización escrita…, visada por la Dirección General…, al completo de uniforme y armas…»

Se paró el Polilla, incapaz de recordar la totalidad de ese artículo.

—¡Lo ve! —espetó el *teco*—. Por leer lo que no debe. Entreténgase en copiarlo, por lo menos cien veces. Y léase la Cartilla, los Reglamentos. ¡Pero no libros de mierda! —tiró con fuerza el ejemplar sobre la mesa, que dando vueltas sobre sí fue a caer al suelo por una de las esquinas, en tanto el obeso artista se bamboleaba hacia la oficina.

Sentado a la mesa del comandante de Puesto, ordenó que todos los integrantes de la Unidad le rodearan en la posición de descanso militar. No contenían sus palabras específicos acentos de amenaza, pero sí una indefinible acritud sin sentido.

—¿Estamos todos? —volvió a preguntar, convencido de que así sería.

Pero cuando el brigada le dijo que el guardia Carrasco no bajaba porque tenía nombrado descanso semanal, dejó caer los papeles que sostenía en la mano, y silabeó:

—He di-cho to-dos. ¿Es-tá cla-ro?

—Sí, mi teniente coronel —respondió el brigada.

—Me suda los cojones lo que tenga —manifestó usía—. ANULADO EL DESCANSO. Usted —apuntó con el morcilloso índice a Salva—: suba y llámelo.

Salva procedió, y ya arriba, Carrasco, sin llegar a abrir la puerta de su cuarto, de continuo atrancada, se cagó sin contemplaciones en el *teco* y dijo que ya bajaría, si es que tenía ganas.

La respuesta que transmitió Salva fue la de que no tardaría en incorporarse. Aun así, el primer Jefe no aminoró su indignación.

—¡Este Puesto es un fracaso! —rebotó con los puños en la mesa—. Mantienen una estadística de pocas denuncias; y las pocas que se ponen, no se ajustan a mis Instrucciones Particulares. Y para rematar la faena, la fuerza no está lista para ser revistada. ¿Por qué, a ver, por qué esta indisciplina?

Antes de que le contestaran llamaron a la puerta y antes de que el teniente coronel diera permiso, el robusto guardia Carrasco, metido en un pantalón vaquero y chaleco de safari sobre una camiseta blanca e impoluta, abrió y se coló.

Se le hizo un hueco en el semicorro y Carrasco formuló:

—A la orden de usía. ¿Deseaba algo?

El *teco* subió los grandes párpados y de ellos brotaron dos bolas de billar, blancas, moteadas. Atónitas.

—¿C-cómo? —balbuceó, dejando la boca abierta. Para graznar al punto:

—¡¿Pero esto qué es?! Está usted en un acto oficial y ha llegado tarde, y encima con ropas de paisano. No me lo puedo creer.

—Este es mi día de *descanso semanal*, y de milagro estaba en el pabellón —replicó el guardia sin ira ni descortesía.

El oficial jefe tardó en estallar. Los labios, los saltones ojos y la papada le retemblaban. Y cuando lo hizo fue con un bramido incrédulo y horrorizado:

—¡CÁLLESE! No sabe que el guardia civil está las veinticuatro horas de facción. Siempre de servicio, como los curas. Su cuarto, con usted dentro incluso, es propiedad del Cuerpo. ¿Qué clase de profesión cree que tiene? ¿Eh?, ¿eh? —le increpaba con un deje ofuscado, casi demente.

La apostura del guardia civil debió de antojársele poco menos que una sedición, un coraje inadmisible en la impía rutina militar de cualquiera de sus subordinados.

Salva experimentó un intruso sentimiento, a la vez piadoso y admirativo por Carrasco.

—Aquí se trabaja y se vive como guardia civil —proseguía el encolerizado *teco*—; y si no le gusta: a la puta calle. ¡Al paro! Y póngase firme cuando esté delante de un superior.

Carrasco ni se inmutó: como si tal apercibimiento no fuera con él, mantenía los talones bien separados y las manos enclavijadas a la altura del «paquete». Como si quisiera transmitir al *teco* que su forzosa subordinación tenía un límite.

Un límite escrito en la Constitución de la nación, a juzgar por su arrojada respuesta:

—Fuera de las horas de mi trabajo, es mi derecho inviolable poder estar en mi pabellón sin que nadie me lo invada a su antojo; porque ese pabellón es *mi* domicilio.

—¡Pero qué dice este guardia! —volvió a sobrecogerse el primer Jefe—. Procederé contra usted por la falta de respeto a los superiores —contraatacó farfullante.

—No protesto, mi teniente coronel. —Carrasco ralentizó como si hablara a un imbécil—. Respondía a sus preguntas.

Entonces Carrasco arrastró la pesada silla de inventario con que contaba la oficina y, dividiendo al temeroso corro de guardias, aposentó con intrépido cuajo su bronca figura. Se echó mano al bolsillo del chaleco y se tragó con dificultad una cápsula bicolor. Dijo:

—Es que me estoy mareando.

O *¿hartando?* Salva no sabía qué inferir de la escena.

Un silencio craso y disonante llenó la estancia. Salva dilató pupilas, aguzó oídos: palpitaba una agitación de respiraciones, mezcla de miedo, repulsión y mansedumbre.

El superior reaccionó exigiendo la ficha del guardia. Leyó la tramitación de un correctivo por Falta Grave —el segundo—. Discutir con aquel individuo no le convenía, bastante tenía ya encima, y él subsiguientemente acrecentaría el martirio en la medida que aquel soberbio libertario merecía. ¿Pero cómo solventar aquel caso de muda insubordinación sin rebajarse?

¡Cómo lamentaba haberle hecho bajar!

—Le ordeno que se retire —profirió, pero no pudo evitar que le temblara la voz.

Carrasco se llevó los dedos al Ojo de Horus en el cordón del cuello, como invocando su fuerza o su amparo, y así, indómito, replicó:

—Me ha hecho bajar y tendrá que escucharme y… ¡Míreme como los hombres! —se arrastró con la silla de una zancada, sin levantarse siquiera, y se pegó al borde de la mesa.

Al *teco* pareció que se le escapaban los ojos y de su carnosa cara se borró todo rastro de cólera; en su lugar, espanto a granel: dio un respingo y, como si esquivara la llegada de un puñetazo, se impulsó hacia atrás, llevándole las ruedas del sillón a chocar contra la pared, cuyo impacto le obligó a asentir involuntariamente con la cabeza.

Permaneció unos segundos indeciso o aterrado, y tartamudeó:

—¿P-pero qué hace? Está loco.

En circunstancias normales, su omnipotente autoridad habría bastado para acongojar a un número de mierda como aquel; pero éste había leído más de la cuenta. Claro que estaba loco. Y de atar. O mejor dicho: de encerrar en las mazmorras de la Dirección General y tirar la llave.

—No tengo nada que discutir con usted —repuso, encendido, pero esta vez de angustia. Buscó con los ojos al brigada—. Haga que se marche —ordenó.

Agarró su tricornio —inmenso y coruscante— y se dio a sobar una estampa de la Virgen pegada sobre el forro de raso. *¡Ayúdame, Virgen de los Afligidos!* —parecía ronronear con gemebunda desesperación—. *Yo nunca me olvido de ti, ni siquiera cuando llega la Patrona*.

Salva podía leer en la cara del *teco* como en un libro abierto.

La situación se le había ido de las manos. Alargó el brazo hasta la mesa con el gesto medroso de quien teme una agresión física, tomó el cuadrante y fingió dedicarle exhaustiva atención mientras se suponía que se cumplía la orden.

El brigada fue a dirigirse a Carrasco; pero ante su instantánea exhibición de la mano abierta, se paró. Lo conocía demasiado bien. El suboficial se vio impedido por una hesitación de pánico: no podía

desobedecer al *teco*; tampoco forcejear con el guardia: el peso que se le apreciaba en el chaleco, ni ostentoso ni insinuado, presagiaba una respuesta ya meditada o no pero implacable.

Nadie había esperado verlo aparecer. Pero lo había hecho. Con ropas de paisano y con la pistola encima, una molestia de ese calibre —la del arma—, llevada a cabo a solas, por fuerza tenía que estar exenta de cualquier pizca de fanfarronería o amenaza baldía.

Y es que el huraño guardia civil, después de la crónica tortura correctiva a la que venía siendo sometido, no parecía ya capaz de refrenarse ante la tentación de descerrajar aquella papada mortificante flanqueada de estrellas.

Yo también estoy desvariando, se dijo Salva, enojado consigo mismo por discurrir tan aciagamente.

Piensas demasiado, quinto.

Carrasco, con la vista fija en la coronilla del teco, quien simulaba abstraerse con marcado ceño pegado al A3, se irguió al par que deslizaba la mano al interior del chaleco.

Justo cuando el brillo fosco del arma salía a la luz —deslizándose horripilante sobre la blanca camiseta como un expedito alacrán de fierro y ponzoña ardiente—, el brigada se le metió apacible y tenaz encima. La silla volcó con estrépito desatendido. Amarrado, resollante y dubitativo, Carrasco se contuvo. El comandante de Puesto le musitó algo al oído, y el basto y letal aguijón tornó a replegarse.

Carrasco sacudió los hombros, se recompuso el chaleco y, estirando los brazos inermes, dio media vuelta y se fue.

Con veneración inconfesable, Salva le vio abrirse invicto, dejando la vetusta silla en medio de la estancia como un vestigio de su valentía magnífica y solitaria, un enser que tenía analogía de silla eléctrica, de tortura ancestral y de la quién sabe si Carrasco no se había irradiado de los estériles rugidos proferidos por maquis o libertarios que finalmente flaquearían por un poco de sueño, por un cigarrillo…

Con un sigiloso suspiro, el brigada ocupó su lugar en la esquina del semicírculo. Salva exhaló talmente. Los demás ni vieron ni llegaron a intuir el infausto y fugaz lance que durante un instante planeó sobre sus inciertas vidas.

Y sin duda, el más entusiasmado era el *teco*. Sus plegarias habían sido escuchadas. *¡Gracias, gracias, virgencita!*

Se encajó de nuevo en la mesa.

—Bien, bien —se felicitó, no sin cierto recelo: uno de los críos atravesó el pasillo a la carrera y el *teco* se delató con una guiñada de pavor.

—Lástima que los Jefes no tengamos capacidad para juzgar *insistu*, que si no… —No concretó, pero añoró, enigmático—: Ay, qué tiempos. En fin… —se concentró en el papelote.

La reunión, descartado el garbanzo negro de Carrasco, semejaba una muestra de soldaditos de plomo. La conminación disciplinaria exigida por el *teco* incurría en lo grotesco, tenía visos de perturbación.

Anonadaba por su absurda intransigencia.

La escasa simpatía generada por aquel rollizo oficial jefe desapareció sin dejar rastro. Una invencible lasitud le distrajo extemporáneamente: extemporáneamente, pues el *teco* chasqueaba dedos, a él.

—Eh, usted. ¿Está dormido?

—Perdón, mi teniente coronel.

—Levante la silla y retírela.

Salva obedeció prontamente. *¿Vilmente?*

La máxima autoridad exigió del ayudante que tan pronto pisaran la Jefatura abriera un expediente disciplinario contra el guardia Carrasco, por *Desobediencia grave*.

—¿O mejor por *Réplicas desatentas a un superior*? —vaciló—. Bueno, ya decidiré por el camino. Quizás los dos —se regocijó, y cambió de asunto—: Veamos qué saben de la Cartilla. Y que pase el intelectualoide de la puerta —dijo para el brigada—. Mi conductor le sustituirá mientras tanto. ¡Ah!, y que paren ese maldito Land Rover.

Asentó los antebrazos pegados en el centro de la mesa y acto seguido los fue separando hacia los flancos, arrastrando con ellos el fárrago de útiles de escritorio que erizaban el mueble: bote de lápices, grapadora, una estatuilla del duque de Ahumada, el soporte de los sellos; y todas ellas abarrotándose en prodigioso equilibrio en los laterales.

Culminada la maniobra, dio una palmada en el calvero.

—La Cartilla —demandó del ayudante, y éste, como si lo estuviera esperando, le tendió en una rápida reverencia una obrita de esquinas dobladas y mugrientas.

Pasó el Polilla. Extremando el porte militar, fue a cuadrarse en el hueco de Carrasco.

—A la orden de usía, mi teniente coronel.

El oficial tuvo un gesto de indulgencia y el guardia pasó a la posición de *descanso*.

—A ver este, si te lo sabes mejor. «Los individuos de la Guardia Civil…»

El Polilla, ufano, lo acabó de recitar:

—«… considerados siempre de servicio, para el mejor desempeño de éste sabrán de memoria sus Reglamentos, que llevarán constantemente consigo, así como la tarjeta de Identidad, para poder acreditar su personalidad en caso preciso.»

—Muy bien —aprobó el *teco*, con un fruncido de morros (unos morros enmarcados por profundas arrugas que los holgados mofletes enterraban) —. Los guardias civiles siempre de servicio. ¿Se enteran ustedes todos? ¿Eh, brigada? Pues a ver si se les mete en la mollera. Y ahora usted —se dirigió a Velasco—. «Irán también provistos de útiles para escribir…»

Velasco hizo como que meditaba, pero no abrió la boca.

—Otro lerdo. Usted —señaló a Félix.

—Irán también provistos de útiles para escribir —y se paró.

—Usted —ahora a Goyo: mismo resultado.

—¡Me cago en la hostia! —mugió—. Este Puesto es inédito — *Insistu, inédito*… Por ahí vino a acordarse de Marino: «Para cagarse, lorito»—. ¿Pero qué clase de Puesto es este? Indalecio: ¿Hemos visto alguna vez uno así?

Indalecio negó con la cabeza. Pero para que no cupiera ninguna duda:

—No, ni mucho menos, mi teniente coronel.

—¡Pues claro que no! Este Puesto se merece que los fusilaran a todos. Con el comandante de Puesto a la cabeza. Como ocurrió en Mesas de Ibor, en el 45. Un sumario Consejo de Guerra por cobardía ante los maquis. Aquí por falta de aplicación militar, que para el caso es lo mismo. Si volvieran aquellos tiempos, en vez de tanta democracia y tanta polla… —se calló para echarse mano al bolsillo y sacar un pañuelo muy blanco y muy doblado—. Cojones, qué calor hace en este pueblo.

El *teco* se paseaba el doblado pañuelo por la frente, la cara, la papada; de repente, se lo apartó, alargándolo hacia Salva, quien pensó que se lo estaba ofreciendo. Iba a titubear en señal de irresistible perplejidad cuando lo oyó proferir, calmo y conminatorio:

—Usted. Usted tiene que saberlo y si no le aplico el *Chato*, porque ya estoy harto.

Artículos; decenas de artículos arcaicos, desfasados. Reaccionarios. Pero de leyes que defiendan a los ciudadanos, de instrucción policial, de ejercer sin favoritismos, nulo. Nulo.

¡Y dale, pensando sin permiso!

Se apresuró a contestar:

—«Irán también provistos de útiles para escribir, a fin de hacer sus apuntaciones, y de los cuadernos o relaciones de requisitorias y señas de los criminales a quienes se persiga por la Ley para procurar su captura.»

El *teco* silbó.

—¡Coño! —se alegró con otro fruncido fofo—. Así me gusta. ¿Lo ve usted, quijotito? —miró al Polilla con afabilidad burlona—. Menos libros de caballerías. Que todo eso no son más que cuentos, y ya sabrá lo que le pasó al Quijote ese. Y no porque yo lo haya leído, sino porque eso es lo que cuentan, ¿verdad? Así que más Cartilla y lo demás son leches en vinagre. ¿Enterados?

Todos asintieron de un modo instantáneo y unánime. *(¿Como borregos?)*

Soltó la obrita. Retomó el cuadrante.

—Vaya farfolla de números —masculló—. Aquí no hay dios que se entere —añadió con aversión. Sacudió el papelote; comenzó a besarse los dedos gordezuelos.

—Pocas, *pocas* horas salen por aquí. Veo mucho «Entretenimiento Cuartel» y «Servicios Mecánicos». Esto me huele a demasiados libres. En mi época se hacían servicios de cuarenta horas, pero seguidas, y a veces más tiempo. Aquello sí que era trabajar. No lo de ahora, con tantos derechos. Por cierto: ¿no será aquí nadie del sindicato? —de nuevo sacó a relucir sus ojos saltones. ¿Inspiraba terror o risa?

Naturalmente, nadie dijo ni mu.

—Y veo que no dejan de moverse —gruñó, devolviendo el impreso al ayudante—. Tomaré medidas; y no será un capricho mío, desde luego, pues el relajamiento de la debida disciplina al que han llegado lo exige, y creo que, sin darse cuenta, ustedes mismos me están pidiendo una corrección que los encauce a los perfectos principios de nuestro Reglamento. «Para que sirva de saludable escarmiento». Tal como dijo uno de nuestros más queridos directores generales. —Se atascó para tirarse de las pesadas hombreras con el fin de airearse, y resopló—: Mierda, qué calor—. ¡Y porque nadie aquí manda más que yo! ¿Enterados?…

Nadie objetó.

Más por buscar un intervalo de alivio y comprensión elemental que por solapada insubordinación, Salva reparó en el cuadro por encima de la gran cabeza del *teco*: el del monarca Jefe del Estado. Una pátina de polvo añejo lo cubría; lo más probable es que llevara meses, si no años, sin limpiar.

Salva notó los saltones ojos clavados en él: sintió un escalofrío.

Podía haberlo interpretado como un acto de irrespetuosidad, pero debió de figurarse que el gesto del guardia era un reproche mudo a su exhibicionismo autoritario, y quiso remacharse: reculó con el sillón —ahora voluntariamente— y con una pericia sorprendente y volátil, despegó con una rodilla en el aire y encaramó su faz gelatinosa a la mesa de un solo

impulso; giró entonces su esférico volumen y volando las manos al cuadro lo puso del revés.

Una lámina de cartón, rodeada de grapas, pasó a presidir la ceremonia.

—¡Aquí soy yo el que más, coño! —profirió desde las alturas, con la papada y los ánimos inflamados.

Flexionó las piernas y saltó al suelo, donde se clavó como un gimnasta que aterrizara de una competición de anillas. En efecto, era un tipo rápido de movimientos, muy rápido, increíblemente rápido. El artista contempló un segundo su faena y, como si de pronto hubiera recordado un mandado urgente, se reencajó en el sillón y rodó a hojear papeles con un tictaqueante resuello en las ventanas de la nariz.

Salva estuvo a punto de restregarse los ojos.

Pero no. ¡Aquello estaba sucediendo!

Buscó en sus compañeros expresiones de sobresalto o de estupor… Para nada. Todos atendían el quehacer del *teco* con una naturalidad inexplicable. Únicamente *Bastet* desde su arista secreta mantenía la cabeza alzada sobre el tendido cuerpo peludo, las puntas de las orejas enhiestas hacia el punto de la bulla. Su posición era de prealarma; no sabía si huir o achicarse.

Sólo cuando le vieron rodear con círculos en rojo algunas casillas, comenzaron a mostrar desasosiego. Aún sofocado por el episodio aéreo, dijo:

—Y encima, no me trabajan lo que deben. La cifra de denuncias es baja; algunos detenidos, auxilios en accidentes, un incendio… Pero el cómputo general es *pobrísimo*. Se denuncia poco. Además, las Academias Diarias no se llevan a cabo todos los días, estoy viendo. ¡Y no me gustan nada los guardias ociosos! —botó como chincheteado en las crasas nalgas.

Se calmó para indagar, enrojecido y benevolente:

—¿A qué es debido esto, señores? ¿Brigada…?

—Llevamos varios detenidos en el último trimestre y también denuncias a la Ley de Caza —detalló el suboficial—; algunas de ellas por delito.

—Eso poco me importa —desestimó el *teco*—. Yo quiero cifras a final de mes. Me dan igual las infracciones. Más controles de carretera. Que sus hombres denuncien más.

—San Juan de la Sierra es un pueblo pequeño —arguyó el brigada a la defensiva—. Tratamos de llevarnos bien con la población.

—Menos miramientos —replicó el *teco*, gesticulando como si se apartara una pesada mosca de la cara—. El paisanaje nos jodería si pudiera. Ya debería usted saberlo. Y lo mismo ustedes. ¿Saben lo que pasó

en La Carolina, el siglo pasado? ¿En Castilblanco, hace cuatro días?

El brigada hizo un conato de respuesta.

—Cállese —le cortó el *teco*—. Sólo era una pregunta *retruécana* —«Cágate, lorito».

Se dio a abanicarse con el estadillo de los servicios.

La fuerza en revista miraba unos la calle a través de la ventana, otro el techo, otro el matalotaje de la mesa…

No había duda: aquel espectáculo era algo endémico, un espectáculo que posiblemente no superaba al de otras memorables revistas y que quizás esta había ganado en acrobacia pero no en esperpento.

Apartó de sí todo el papeleo y resolvió:

—Además, ustedes qué coño van a saber. Bueno, que hay que espabilar. Como está escrito: «No debe haber sierra ninguna por fragosa que sea, ni monte por espeso que aparezca, sin que no se haya presentado el sombrero del guardia civil». Esto nos lleva a que más tricornio y menos gorra. Je, je —se prorrogó con súbito alborozo.

La intervención del comandante de Puesto le descompuso de golpe:

—No contamos, ciertamente, con medios de cine para trabajar —le deslizó un puntazo sarcástico—. Ya le he mencionado algunas de las necesidades que tiene la Unidad…

—Ya estamos —refunfuñó el *teco*—. Pero, siga, siga…

Para ser un tipo gordo carecía de sentido del humor. En las verticales y gomosas arrugas a ambos lados de la boca, Salva reconoció el agrio emblema de los ambiciosos, de los ambiciosos a cualquier precio. Como las del capitán Parterra o las que marcaban al bisoño teniente Garrido. La obsesión por el ascenso y su lujoso —y lujurioso— predominio sobre los Servidores.

—… el mal estado de los coches, la máquina de escribir, las transmisiones que…

—No quiero oír más quejas —exhibió la palma de la mano como haría en caso de hallarse dirigiendo el tráfico—. Deben apañarse con lo que tienen. Y ya es bastante que en los próximos días se les puedan adjudicar cubiertas recauchutadas para el Land Rover. En cuanto al resto, dejaré instrucciones muy claras al teniente jefe de la Línea para que verifique mis órdenes. Si en tres meses el Puesto no me sube la estadística, les abro un expediente por holgazanes y los echo a todos. Toma nota, Indalecio —encargó al teniente ayudante, quien con solícita premura propincua a la abyección esgrimió lápiz y papel—. Bien: quiero que el cupo de denuncias no sea inferior a treinta por mes. El que no llegue, que vaya pidiendo comandancia; o hago que lo manden a Ceuta, como antaño. ¡Ah, qué

tiempos! —evocó desesperado—. Que no se les olvide.

La equina faz de Barahona fue la más ostentosa en su fruncimiento.

Todos implosionaban rabia. Todos enmudecidos, amedrentados.

—Mi teniente coronel —interrumpió su conductor—: un paisano viene a poner una denuncia.

—Que espere —fue la respuesta—. Cuando un teniente coronel de la Guardia Civil revista a sus fuerzas, no le molesta ni Dios. ¡Que espere!

—A la orden de usía, mi teniente coronel.

El *teco* se fijó en las marcas de sus zapatos en el pico de la mesa y se dedicó a escrutarlas con ojo —ojazo— castrense; es decir: viendo huellas y no el indicio de un posible delito. Con el canto de la mano y el hueco en ángulo recto, las envolvió militarmente y las arrastró al suelo por sorpresa.

—Deme la carpeta número cinco con sus correspondientes subcarpetas —pidió con dos sordas palmadas, a fin de limpiarse la tierrecilla.

—Y el Libro de Providencias —le recordó el ayudante.

—Eso, y el Libro de Providencias —se escurrió en el sillón, una mano por debajo de la mesa, como si fuera a hacerse una paja, para ascenderla en seguida con el pañuelo, ahora desplegado en su totalidad.

El dichoso pañuelo era inmenso, como su cara. Como su extravagancia infame. Tornó a sentarse en ángulo de noventa grados y, enjugándose la frente, maldijo:

—¡Mierda, qué calor hace en este pueblo!

Con el brigada buscando carpetas y subcarpetas —un organigrama decimonónico capaz de reventar con papeles inútiles y desfasados los edificios todos del Instituto—, el oficial jefe volvió a preguntar a Jorge por uno de los artículos del Reglamento, quien lo recitó tal cual, y a continuación preguntó a Barahona.

El guardia primero expuso el espíritu, pero no la letra textual.

Con Félix ocurrió otro tanto. De nuevo recurrió a Salva.

Éste extremó el *firmes*, y recitó:

—«No olvidará que incurre en presidio correccional el militar destinado a perseguir la defraudación de Rentas Públicas que quebrante su consigna.»

—¡Así me gusta! —castañeteó los dedos como morcillas—. Sabiéndolo y con marcialidad. No entiendo que no sepáis, de pe a pa, algo tan fundamental como nuestra Cartilla. ¡Cojones!, que los de Hacienda se saben lo de sacarnos las perras, los ingenieros el manual de hacer puentes. Entonces, ¿cómo es que ustedes, *todavía*, no se saben la Cartilla? Para eso están las Academias Diarias, para que el comandante de Puesto los reúna y

les pregunte los artículos, y esto tiene que hacerse diariamente, sin excusa ni pretexto de día libre, ni enfermedad ni hostias… Bueno —meditó con gesto compasivo— salvo caso de enfermedad grave. Es lo ordenado. En la Cartilla es donde se refleja cómo ha de ser la vida del guardia. Lo único que le falta es poner cómo se ha de follar, je, je; todo se andará. Es vuestro catecismo y… ¡Lo demás es mierda! —se remarcó con otro craso chasquido —. Y esto viene a cuento, entre otras cosas, del uso del teléfono. La Comandancia tiene un déficit que debe ser subsanado, y la culpa es de todos, particularmente del comandante de Puesto —enfatizó hacia éste, que le extendía delante los legajos, y blandió los embuchados dedos dispuesto a percutirlos una vez más, pero optó por descargar un puñetazo tal que cada elemento sobre la mesa cambió de sitio y hasta los guardias hicieron *firmes*—. ¡Sólo para mantener informada a la superioridad!, ¿enterados todos? In-for-mar-a-la-Su-pe-ri-o-ri-dad-y-na-da-más —dejó de silabear y de blandir la zarpa para tirar de pañuelo y puntearse el rostro y el espeso cuello—. Qué calor, señor. Esto más que el veranillo es el infierno de San Miguel. —Y se encaró a Salva, quien temió verse injuriado o escarnecido.

Salva deseó el coraje de Carrasco.

Fue un acceso subversivo, de inmediato arrollado por los elogios que escuchaba:

—Muy bien, guardia. Veo que se sabe a la perfección el Reglamento. ¿Cuál es su nombre?

—Salvador.

—Salvador. ¿Salvador? ¿Acaso es usted el de la PITA o LITA esa de los coches?

Salva se hinchó para contestar:

—Sí, mi teniente coronel.

—¡Vaya, vaya! ¿Sabe usted muchas cosas, verdad?

—Algunas.

—Se dice: «Algunas, mi teniente coronel».

—Perdón. Algunas, mi teniente coronel.

—Pues, sepa usted —dijo, agitando el tripudito índice frente a su tripudito y sudoroso ceño— que no hay que pasarse de listo: que lo primero de todo es el con-duc-to re-gla-men-ta-rio. ¿Enterado?

—Sí, mi teniente coronel.

—Eso es. No se le va a olvidar, ¿verdad?

—No, mi teniente coronel.

Recogió los fardos que le ofrecían, los hojeo de un modo aleatorio y dio por buena la presentación de rayas, márgenes y listados.

—Bueno, y antes de que me ponga a revistar los pabellones, hay alguna cosa importante por ahí, brigada.

El suboficial carraspeó.

—Pues verá… Como se acerca la fecha de nuestra Patrona, yo había considerado para ese día, que quizá sería muy interesante que el cuartel ofreciera a todo el pueblo de San Juan una apertura o invitación, más simbólica que otra cosa; un detalle que nos granjearía cierta simpatía general.

El *teco* se lo quedó mirando con la misma mueca de pasmo con que vio abrirse el incidente con el guardia díscolo; sólo que ahora cargado de un cuajo más insolente.

—Lo que hay que ver —dijo—. Oyen algunos mentar la democracia y ya se creen con iniciativas populares. Como si la Guardia Civil se hubiera creado ayer. El que tenga ideas que las patente, pero que no joda la marrana —y murmuró para sí—: Definitivamente, los chusqueros son la hostia.

Se puso en pie.

—Vayamos a ver esos pabellones. Empezaré por el del comandante de Puesto.

El teniente ayudante se precipitó a la puerta, pero entonces una alusión del guardia Nieves frenó a todos, al *teco* fuera de sí.

—¡Pero bueno! —abrió ojazos de conmoción—. ¿Esta Unidad es un nido de sindicalistas o qué? Cómo me dice usted que la casa no está lista para ser revistada, porque su mujer está enferma. —Se ahuecó la camisa sudorosa y se acercó al guardia—. Mira —le echó la mano por sobre el hombro y, girando a la salida, en temible tono sosegado, le fue explicando —: Ustedes viven en dependencias que son propiedad del Cuerpo y, por lo tanto, no les incumbe decidir cuándo deben ser supervisadas por la superioridad. ¿Enterado? —remató con una inflexión castiza con la que seguramente pretendió descargar el ambiente y a la vez hacerse el gracioso: una calamitosa parodia.

Se desprendió del guardia ignorante y se lanzó a cruzar el umbral. A la segunda zancada se clavó. Enfrente, la Sala de Armas —SI VIS PACEM PARABELUM— tenía la puerta abierta y se veía el futbolín. Como si se hallara ante una visión beatífica o sobrenatural, lo miraba cautivado, extasiado.

—De todas formas, eso son «peticiones viciosas» —agregó sin vigor, como por hábito—. Tengo una orden *(¿judicial?)* dada y, como todas las demás, tiene que ser cumplida. Y porque lo digo yo, ¡cojones! —exclamó, arrancándose hacia el futbolín.

—¿Y esto? —inquirió. Se aferró a los puños del portero y del defensa y

comenzó a retorcerlos con mofletuda fruición.

—Es un regalo del restaurante Bordaluna —reveló el brigada—. Lo iban a tirar y nos lo trajimos. Los solteros lo repararon en su día y nos sirve a todos de pasatiempo.

Con un magistral empuje de cadera, que, a juzgar por el visaje de satisfacción, en su magín debió de tratarse de un contundente y prodigioso saque, el *teco* jadeó su parecer:

—Querrá usted decir que lo han *donado* al Cuerpo.

Atizado por una excitación misteriosa, les daba vueltas y los contoneaba como si en verdad tuviera un contrario y la bola de madera permaneciera siempre bajo su dominio.

—¿Perdón, mi teniente coronel? —El brigada no comprendía.

—Digo que si esto es una donación, lo es al Instituto y no a usted. Ya sabe que aceptar regalos es un soborno… ¿O es cohecho? Bueno, da igual —y con frenético entusiasmo, imprimió un seco impulso a los delanteros—. ¡Me cagüen! —gimió como si lamentara un fallo garrafal—. Como es del Cuerpo, ordenaré que me lo lleven a la Comandancia. Ejem, a lo que íbamos —se despegó de los mandos y salió disparado.

Acompañado por el inquilino y el teniente ayudante —éste para dejar constancia de su allanamiento moral antes que de morada—, invadía las distintas viviendas, en tanto que los demás residentes, empavorecidos, volaban a las suyas a adecentarlas.

Salva deseó repetirle al *teco* la exposición de Carrasco en cuanto a la inviolabilidad de domicilio, y que sin una orden judicial aquello no estaba autorizado, excepto en los casos de flagrante delito, y si el inquilino sabía positivamente que ese no era el caso, no tenía por qué permitir a nadie la entrada en su casa si no lo deseaba. Pero ¿quién le pone el cascabel al gato?

Empezaba a entender al brigada.

En el de solteros fisgó en todos los cuartos, excepto en el de Carrasco, cuyo enorme candado lo repelió como un campo electromagnético. En el del Polilla, en cambio, se lentificó, deleitado con los innumerables objetos del Cuerpo, elogiando del adjudicatario tan loable afición.

Rezagado adrede, el brigada le comentó:

—Al cabo de tantos años, lo que me he ahorrado en alquileres lo he perdido en solera intelectual. Demasiado tarde. Ve aprendiendo.

Con tal lección, Salva se hizo una promesa: si alguna vez fundaba una familia, hará todo lo posible —lo contraproducente y lo insensato— por hospedar a su gente fuera de las apócrifas benevolencias inmobiliarias del Régimen, en cuyas corrompidas estancias de balde anida el germen de la

sumisión omnímoda; y luchará con la obstinación de un desertor del arado por no sucumbir o al menos la renuencia en los aledaños de la dignidad.

Miró la intocable cerradura de Carrasco y sintió un trallazo de impaciente imitación.

El brigada le siguió apuntando:

—Todo esto no es más que otro episodio de egolatría y caudillaje a los que tan dado son algunos de nuestros jefes. Si este hombre hubiera leído el *Quijote* tres veces, su concepción de la vida, independientemente de la inercia de su amado escalafón, sería otra, basada en una forma flexible de escuchar y ordenar sin necesidad de rebajarse ni hacer las cosas por cojones; si lo hubiera leído dos veces, sabría que «no es un hombre más que otro si no hace más que otro». Si lo hubiera leído una vez, no habría aprendido mucho pero se habría entretenido un buen rato. Pero no ha leído nada productivo. Su desprecio por la cultura y la vuelta al cuadro del Jefe del Estado son para este andoba una metáfora de su poder y su soberbia, a pesar de la democracia y las libertades constitucionales: los ecos de aquel «Muera la inteligencia» o el «Viva lo absolutamente absoluto».

Salva concordaba con su superior. Por primera vez se reconocía en las declaraciones del comandante de Puesto.

Otro pabellón en el que el *teco* se dilató fue el del cabo. Salva aprovechó para conocer:

—¿A qué se refería el teniente coronel con lo del pueblo de Mesas? Creo que en la Academia nos refirieron algo parecido en una retreta.

—No me extraña —dijo el brigada—. Las retretas, las efemérides, las Academias Diarias… Martingalas nada más. Vergüenza tendría que darle. Se refiere a un suceso perverso que estos caudillejos, en vez de ruborizarse, se vanaglorian. ¡Miserables! —masculló llevado por la ira.

Se calmó y pasó a expresarse:

—Es un hecho histórico. (Atroz como casi todas las hazañas de héroes.) 17 de abril de 1945, medio centenar de maquis entran en el pueblo cacereño de Mesas de Ibor. Conociendo el total de fuerzas del cuartel y la exacta distribución en aquel momento, se dividen en dos grupos. Uno asalta el cuartel, cuya fuerza se compone de dos guardias, uno de los cuales se resiste y recibe un balazo (posteriormente moriría en el hospital); el otro guardia es hecho prisionero. El segundo grupo recorre el pueblo en busca del cabo comandante de Puesto y del guardia segundo que lo acompañaba. Dan con ellos en un bar donde se celebraba un bautizo y se lanzan a su captura; éstos se refugian en una de las habitaciones. Pero con la amenaza de ser quemados vivos, se ven forzados a entregarse.

»Les obligaron a entregar las armas y a cantar la Internacional. Y les

perdonaron la vida.

»No así el caudillo de dos estrellas con ocho puntas cada una. En cuanto se enteró de la novedad (no hay nada más que irrite a un oficial que no se le cante lo de *Sin novedad*, vete percatando), se presentó en el pueblo y se nombró a sí mismo fiscal, juez y verdugo de los tres hombres que quedaron con vida. Quiso impartir ejemplo y «saludable escarmiento» a la tropa y sentenció, sin contemplaciones, que el acto era un delito de «Cobardía Frente el Enemigo», y que debían ser fusilados *ipso facto*. ¿Por qué? Porque la Guardia Civil muere pero no se rinde. Una cantinela, pese a las efemérides, que no es original del capitán que defendía el santuario de la Cabeza, sino de un general de Napoleón.

»Volviendo al asunto que te interesa: el primer Jefe reunió a todo el pueblo en la plaza, excepto los niños en edad escolar, y obligó a las esposas de los condenados a presenciar la ejecución. Ante lo inexorable, las víctimas adquirieron una entereza mística; su honor se iba con ellos, sin mancha, dijera lo contrario Dios o el *teco* que, no obstante, mandaba más. Uno de los condenados «insistu» —parodió con repulsa—, el cabo comandante de Puesto, pidió confesarse. Su inquisidor, cual ferviente católico, se lo negó; dizque Dios no admitía a cobardes en su Reino, además de que aquel atisbo de piedad restaría brillo a su «saludable escarmiento». Los hizo llevar el paso hasta una blanca pared, y allí, inconmovible a las suplicantes esposas y a los chillidos de los hijos, a los que ni siquiera se les permitiría la entrada en el Colegio de Huérfanos, consumó la orden. Un asesinato perfecto.

—¿De verdad ocurrió eso, hace apenas unas décadas?

—Es Historia, querido Salvador.

—Pero aquello no quedaría así —se estremeció Salva.

—Tienes razón. Las viudas y padres de los asesinados removieron cielo y tierra hasta conseguir que el «Valor Reconocido» de aquel criminal fuera puesto en tela de juicio; de juicio militar, por desgracia. Se ordenó un Consejo de Guerra. Pero como todos los juicios militares en que la autoridad civil democrática no es parte, al igual que hoy en día ocurre con las asesorías jurídicas militares y los mismos tribunales militares, se convirtió en un compadreo de colegas de promoción y todo quedó en nada, pues que la circunstancia atenuante de «obrar impulsado por poderosos motivos de índole moral y patriótica» fue suficiente para no llevar el caso hasta lo que fue: un asesinato múltiple sobrado de agravantes.

Bufó una sonrisilla significativa, de repugnancia y consternación.

—Con un presente victimista, la Cúpula actual ha hecho creer a la sociedad que tiene un pasado glorioso. Y así llevan décadas alardeando del arrojo de aquel oficial carnicero al que no le temblaron las cuerdas vocales

a la hora de dar la voz de AR para asesinar a sus propios hombres. Se han confiado en el tópico de que el tiempo difumina la tragedia y descuella al héroe, al que rememoran como paradigma del «valor reconocido» —se mordió los labios en un gesto de cólera contenida—. Y así ha sido, y si no nuestros jefes cuarteleros nos inmolarán en servicios temerarios poco menos que suicidas, para que a costa de nuestra sangre puedan seguir bordando sus blasones, sus culpas queden redimidas y su brillo profesional no deje de deslumbrar, aunque sea tenebrosamente.

De nuevo se mordió los labios, se peinó con los dedos. Pareció que salía el *teco* y se apresuró a terminar:

—Pero algún día toda esta realidad subyacente terminará por revelarse como lo que es: una vergonzosa rutina más bien execrable.

Salió el *teco* y el brigada recompuso una expresión menos audaz.

—¿Todo bien?, mi teniente coronel.

—Pssss —desestimó sin detenerse, bamboleante peldaños abajo, a la oficina.

Al parecer, el gusto del cabo por el abultado gotelé no le agradó. («El espíritu austero del guardia civil no debería llevar a determinadas formas de decoración.») En cambio, en la de Nieves no puso pega alguna, incluso saludó a la esposa, interesándose por su salud. En la de Goyo, por lo visto, éste había exhibido las habitaciones como lo haría un agente inmobiliario; en el cuarto de baño, su ocupante habitual y cuasi legal, no se molestó en esconder unos calzoncillos zurrasposos que colgaban de la lavadora y, puesto que pisaba su particular aseo, dejó escapar un sibilante pedo que atufó la estancia, haciéndola quedar vacía en un santiamén.

Firmó en el Libro de Providencias y, tras extenderse en una homilía torva y redundante, haciendo continuas referencias al Régimen Disciplinario y al poder correctivo de los oficiales, dio por concluida la revista. Un teatro dirigido a intimidar iniciativas no comprendidas en sus «Instrucciones Particulares», que sin embargo ejercía en Salva el efecto contrario: a diferencia de sus compañeros no tenía una casa por la que dar gracias ni una familia a la que sustentar.

Salió a la tibia noche, no sin antes pegar su magna carnosidad al quicio de la Sala de Armas y dedicar al futbolín una última mirada de añoranza y de codicia.

El paisano, después de dos horas de espera infructuosa, se había marchado. Según dijo el conductor, pretendía denunciar el robo vandálico de su mejor ganado.

Con un pie en el coche y el otro en la rampa, el *teco* preguntó al comandante de Puesto quién era el guardia que había molestado a Lucas Parra con tantas e impertinentes denuncias.

—El guardia Carrasco —informó el suboficial.

—Ah… —dijo el superior—. Veamos qué nos dice el Reglamento. —Sacó la Cartilla y leyó al grupo de guardias—: «El guardia civil será prudente sin debilidad, firme sin violencia y político sin bajeza. No debe ser temido sino de los malhechores, ni temible sino de los enemigos del orden y del fisco». ¿Lo entienden ustedes todos o no?

Como la pregunta era «retruécana», tampoco esta vez nadie dijo ni mu.

—Me temo que no tienen ni idea. ¿Acaso el señor Parra es un delincuente, es un malhechor, un enemigo del orden y del fisco?

(Pues sí)

—Pues no —se contestó el oficial jefe—. Eso es lo que ustedes debieran saber. Lucas Parra es una de las personas más importantes de su demarcación. Merece toda nuestra consideración, por tanto. Hemos de ayudar a los civiles que nos aprecian: bastantes enemigos tenemos ya.

Se arrojó en el asiento posterior del turismo y desde allí remató en tono grave y solemne:

—Entre bomberos no nos vamos a pisar la manguera, ¿no les parece?

No explicó su mensaje ni nadie le entendió, y si le oyeron no le escucharon. Y por fin —*¡por fin!*—, se fue.

XXI. LA GRAN CALABAZADA

1

Se veía como un auténtico guardia civil en el cumplimiento de su misión.

Soñaba. Lo sabía porque en su mente no dejaba de sacudirse un cartel que decía:

ESTO ES UNA FALACIA. UNA FALACIA VERDE

Iba montado en un vehículo policial que circulaba como cualquier otro y actuaba como un Servidor de los Ciudadanos, sin aherrojamientos, ecuánime y policial.

Sabía que soñaba, pero le gustaba porque de ilusiones también se vive.

Risas.

Desde detrás del gran cartel venían risas. Risas bastas, desaforadas. Las del teniente, el teniente coronel, el general, a coro, burlándose de su desenvoltura uniformada mientras atiende a humildes ciudadanos: mientras en vano se empeña en cumplir con lo que aparenta el uniforme. Sólo se le permite hacer el Presenten Armas. El trío se desternilla. Huye, y lo hace desfilando. El público le persigue y se repite: siempre es el trío militarra.

Imaginó que lo despertaba la maligna risa. Abrió los ojos; y con impresión revuelta de furia y alivio comprobó que sus eminentes señorías no estaban presentes. Se trataba del zumbido de *Oskar*, el reloj de Jorge, que lo rescataba de un fragmento de realidad acechante.

De realidad subyacente.

Se alegró un montón. Era una mierda de sueño, aunque fuera verdad. Él creía en la Guardia Civil. *(¿Todavía?)*

Faltaban cuarenta y cinco minutos para su primer servicio con Monti. Salir con él era digno de celebrarse: al Polilla también le gustaba ejercer como Servidor de los Ciudadanos.

Últimamente, su espíritu entusiasta periclitaba por causa de los displicentes guardias viejos: los *caimanes*. (Ahora sabía que lo de *caimán* no era un apelativo en función exclusiva de la edad, sino la denominación corporativa de una actitud pertinaz: la de los amoldados a la rutina aniquiladora del Régimen.)

Se desperezó y bostezó sin moderación; Jorge raras veces paraba por el

cuarto y nunca para dormir. La vida premarital lo engolosinaba lejos de la sordidez cuartelera. Quién pudiera.

—Quién pudiera —repitió, mirándose en el deslucido espejo que nadie osaba tirar porque figuraba en inventario desde hacía medio siglo.

A la salida del cuarto de baño, golpeó en la puerta de Monti. Le respondió un ronquido o un gruñido y al poco su cadena musical retumbó con *Springsteen*. No tardó en asomar al pasillo y, a un Salva sentado en su cama, dedicado a sacar lustre a las botas, exclamó a discreción:

—¡Hoy será un gran día!

La verdad es que él prefería los nocturnos: el resto del día le contaba como saliente y después de dormir unas horas se permitía el lujo de estar con ella. Anabel le llamaba y quedaban en la capital antes de su trabajo o pasaban el rato de contiguo, disfrutando. Lo malo es que persistía en no dejarle que la acompañara hasta su casa en Alcalá, y él tenía prisa por involucrarse en su vida, en ella.

—¿Y eso?

De pronto, contra la puerta en la que dormía Carrasco, percutió un golpe brutal: algo así como el impacto de una bota. Su habitante protestaba por el volumen con el que el señorito Bruce alardeaba de ser el jefe. Monti torció la boca en un gesto de desprecio.

—Al *Republicano* le jode el ruido que hacemos los que madrugamos. Pero cuando él llega mamado a las tantas, los demás tenemos que aguantarle sus ruidos asquerosos.

Salva entró en el cuarto del Polilla y desconectó el equipo. Cierta ideología política los mantenía enzarzados; si bien en el caso de Carrasco con más indiferencia que otra cosa, lo cual encrespaba a Montilla, que veía en ello un signo de prepotencia o de arrogancia provocativa. Él se mantenía al margen. No se engañaba en que prefería a su amigo a Carrasco. Pero había algo en el ascetismo y la hosquedad de éste que le atraía de un modo vago y creciente. Quizá porque le presumía una penetración superior que vedaba a todos sus compañeros, acaso rehuyendo de la perfidia, las tornadizas amistades o por algún arcano padecimiento.

Le había oído comentar al brigada que Carrasco veía la peculiaridad del Cuerpo desde una altísima cota y que los demás, rendidos al espíritu de la grey, carecían de perspectiva y, por lo tanto, de conciencia de su miseria intelectual. Pero que a Carrasco, aunque le sobraran arrestos, le faltaba astucia. Y que la insensata devoción de Monti tenía algo de fatalidad.

Ah, el brigada y Carrasco, qué dos excéntricos. *(¿Dos dipsomaníacos?)* ¡Cómo le confundían!

He de mirar más allá de las palabras, ver si emanan del despecho, la pereza, la estupidez… He de salir de servicio, se murmuró, confuso, y tiraron

sus armas de guerra al *pepito*.

—Un gran día Salva, te lo digo yo. Con nosotros pueden estar tranquilos los banqueros. Estamos dos superpolis, ¿no? Triunfaremos. ¡Entero y a base de bien!

A media mañana, sin embargo, el único triunfo consistía en ir y venir por un tramo de acera donde el sol pintaba de lleno, mitigando así el incipiente frescor otoñal. El *pepito*, frente a la Caja de Ahorros, se exhibía enjuagado y arteramente válido. Como el servicio discurría en población, y para no abundar en el ridículo, el brigada les había asignado el R-4.

Rutina y mentira o mentiras rutinarias. Salva se rendía paulatinamente a la costumbre. *Ya te acostumbrarás*…

De vez en cuando, Monti le comentaba algún cotilleo de las almas que surcaban la plaza, la mayoría mujeres camino del mercadillo.

—A esa rubia la pilló el marido con otro —le sopló de una parroquiana—, y no veas la que le arreó. ¿Ves cómo lleva el ojo? Es de la paliza, y eso que fue antes de tu incorporación.

—¿Qué le ocurrió al Casanova?

—Le pegaron un tiro. Pero no le alcanzaron —matizó Monti, jovial—. Saltó por la ventana en bolas y se piró. Aquella tarde yo estaba de servicio con Velasco y el tipo vino a pedirnos que le protegiéramos de un marido loco que lo quería matar. Al principio no le creímos, pero cuando vimos aparecer al fulano con la escopeta… —se calló para intensificar la intriga.

—¿Qué pasó? —preguntó Salva, con fingida ansiedad.

—Que metimos al tío en cueros en la *cafetera*. Pero fue llegar el otro, verlo detrás y llevarse la escopeta a la cara. ¡No veas qué movida! No era cuestión de empezar un tiroteo y salimos pitando. El muy jodido nos tuvo dando vueltas, hasta que Velasco se bajó del coche, rodeó una calle y lo desarmó en un descuido.

—¿Y cómo acabó la historia?

—Que el juez le puso una multa por andar por ahí amenazando a la gente con un arma, y al otro, al amante, lo desterró. En serio, no sé dónde se habrá metido, el caso es que desde entonces no se le ha vuelto a ver. Y la tía, que es una zorrita, se ha echado otro ligue. ¿Sabes quién?

—No.

El radioteléfono suspendió el relato de Monti, y éste, deseando dejarle en ascuas, advirtió:

—Te vas a caer cuando te lo diga. —Asió el micrófono—: Adelante Central para este equipo.

Con un soplido chisporroteante la Central urgió:

—Diríjanse a la autovía y apoyen el control de la patrulla de Tráfico

que les espera en el km 27,200. ¿Recibido?

—*OKA*. Esta patrulla se dirige al lugar de la incidencia —participó el Polilla, y se encajó exaltado al volante, acuciando a Salva para que subiera, pues pretendía salir como esos coches de policía de las películas con luminosos de emergencia y sirenas que aúllan pidiendo paso.

Pero el *pepito* carecía de rotativo, la sirena más que avisar lloraba de oprobio, y el freno de pie no funcionaba. Con todo, el Polilla conducía con el gesto intrépido, casi temerario, de un auriga en competición.

—Allá va nuestro «incansable celo en la persecución de malhechores y perturbadores de la tranquilidad pública» —recitó, embalando el *pepito* a la salida del pueblo; es decir, a 80 km/h.

Desconectó la sirena; sólo servía para llamar la atención por su grotesca ineptitud.

Su compañero siempre viendo la botella institucional medio llena. Incluso las tribulaciones de la servidumbre las atenuaba con sonoros fragmentos extraídos de la Cartilla. Recordaba el haberse quedado en Babia delante del *teco*, cuando éste le preguntó por uno de los artículos, como una afrenta a su honor. En el Reglamento encontraba alientos para su vida civil. Sin embargo, en aquél no atinaba con ninguna sintaxis asaz que nominara su canción sin nombre. Había conjeturado *Pronóstico feliz para el afligido*, pero frente al programa y los grandes altavoces lo invadía una bilis tal que repelía toda referencia al Reglamento y poseso de un intemperante éxtasis componía y reeditaba ajeno a las fasces y la espada en aspa.

En cuanto a los rumores acerca de su novia adúltera, los consideraba envidias inconfesables y lo único que lamentaba era que el asunto no le permitiera «el mejor desempeño de las obligaciones que el servicio del Cuerpo impone».

Si Salva polarizaba tanto con él era porque ambos profesaban una gran fe en el espíritu original, desdeñosos del resabiado talante de los *caimanes*.

Entraron en la autovía. A la vista del Talbot de la patrulla de Tráfico, los guardias de San Juan suspiraron por que el fregado no hubiera pasado.

Bien encastrados en sus tricornios, se llegaron a cuatro pasos del cabo primero y formaron con simultánea y elegante contundencia respectivos saludos militares con mano a la clavícula.

—A sus órdenes, cabo. Sin novedad. Nos presentamos por requerimiento de la Central.

—Vale, polluelos —espetó el cabo, llevándose las uñas de su mano derecha a la ceja del mismo lado: un gesto displicente más que jerárquico. Y apuntó sin rebozo para los oídos de su compañero—: Estupendo, ahora tendremos que hacer de niñeros.

—Lo que nos faltaba —gruñó el guardia primero.

—¿Veis aquel poste kilométrico? —indicó con la cabeza a un mojón situado a unos cien metros.

—Sí.

—Pues situaos allí, y esperad.

—¿Y qué hacemos? —preguntó el guardia Montilla, deseoso de recibir órdenes.

—¿Qué te parece la ayuda, Fidias?

El aludido se dio a repasarlos con ojos mohínos.

Tenía el tal Fidias una cara ancha y bolsuda, cruzada de arrugas protuberantes, y en la que resaltaba un mentón no menos protuberante que daba la sensación de tenerlo arremangado.

—Bah —exhaló con una mueca de asco por toda respuesta.

Camino del punto en cuestión, fueron comparando semejante cara con la de un bulldog y también con la suela de sus botas de campaña.

Bromeaban para así mitigar el desaliento que les producía el verse de plantón por mera soberbia. «Vosotros no tenéis que saber ni hacer nada. Que se os vea. Eso es todo».

—No creo que debamos preocuparnos —dijo Salva—. A esos dos no se les escapa una mosca. ¿Te has fijado qué careto se gastan los tíos? Y lo mal hechos que están. Creía que los reconocimientos médicos en el Cuerpo servían para algo.

Y Monti opinó que no estaban mal hechos, sino mal terminados, y los dos soltaron nerviosas risitas porque seguían sin saber.

No tuvieron mucho tiempo para especular. La requisitoria de la Central había informado de un Ford Escort, verde, robado por tres jóvenes con posterior sustracción de género en un comercio escopeta en mano. Y en aquellos momentos, el cabo apartaba al arcén un Escort verde ocupado por varios individuos.

Lo vieron describir una parábola vacilante en torno del vehículo sospechoso… de súbito tirarse al suelo y a gatas arrastrarse por detrás del maletero, en tanto que el Ford escapaba con un bronco acelerón. Fidias, en la trayectoria de salida del Escort, remedó a su superior, saltando a la cuneta con aparatosa desmaña y una falta de reflejos que por nada del mundo aquel *caimán* habría reconocido a cuenta de que los agresores no le enfilaron, ávidos por recuperar la autovía.

Pasando el motor de vueltas, los fugitivos trataban de abandonar el arcén; un tráiler les cerraba el paso: venían directo hacia ellos.

Con una especie de baile de San Vito o como si descalzos pisaran brasas, Monti y Salva comenzaron a dar saltitos, unos de pánico y otros de ardor —cuasi hilarantes, se le antojó a Salva en una fisura del trance.

El Polilla chillaba voces de Alto, ignorando el subsiguiente paso a encararse el cetme.

Carentes de formación policial y nunca instruidos en acciones de fuego instintivo —imposible de realizar con un arma de guerra de alcance largo y mortífero—, sus vidas de polluelos disfrazados de *picoletos* corrían peligro inminente: el Escort se metía en sus radios de movimiento. Largos meses de enseñanza académica tan remota respecto de lo cotidiano como pueda ser la formación de un agujero negro para el lacayuno ayudante del primer Jefe.

Fue un asomo fugaz —otro de tantos—, inherente a la realidad subyacente, justo antes de seguir el ejemplo de Fidias: enfilando la cuneta como porteros que intentan evitar un gol rasero.

El Escort pasó como un abanicazo, aventando un par de tricornios que parecieron elevarse y planear: un instante de belleza inadvertida tras el cual tendieron a tierra y se posaron prosaicos y supinos junto a sus revolcados adjudicatarios.

Se erguían de la zanja, cuando vieron pasar el Talbot con Fidias blandiendo la Z-70 por fuera de la ventanilla, increpándoles con fogosos ademanes para que les siguieran, como si la culpa fuera de ellos.

No lo dudaron. Saltaron al *pepito* y lo pusieron a tope; la aguja del velocímetro, trémula, sobre el 85.

La patrulla de Tráfico no tardó en situarse a la altura del Escort, que sin embargo no reducía velocidad. Pero tampoco podrían escapar. El guardia primero les encañonaba con el subfusil, conminándoles a que se detuvieran.

A la zaga —larguísima zaga—, el *pepito* se hacía notar con la llorona sirena y también a golpes de claxon, no por asegurar la preferencia —la velocidad no alcanzaba la media de la circulación—, sino en súplica de vía libre en prevención de una frenada imposible.

De repente, con un violento giro, el Escort se despidió de la autovía, colándose bajo una especie de pórtico polvoriento, en cuyo dintel un formidable rótulo anunciaba: FÁBRICA-ALMACÉN DE URALITAS Y CAÑERÍAS. MATERIALES POR UN TUBO.

El Talbot, que circulaba por el carril interior, con trayectoria delantera y vertiginosa, continuó, frenando y mudando carriles hacia el arcén, alejándose del esquinazo.

Cuando el R-4 llegó a la altura del pórtico, no tuvo más que desviarse; y sin apenas aminorar la marcha, se halló circulando por calles hechas de pilas de uralita y haces de tuberías.

Casualmente —casi fatalmente—, se cruzaron con el Escort. Monti tiró del freno de mano, hizo un medio trompo, tocó la palanca de cambios,

aplastó acelerador… Y en seguida el *pepito* que se sitúa a la zaga, inmerso en una polvareda con visos apocalípticos.

Salva no acertaba a situar el arma larga en posición correcta, siquiera para intimidar a los escapados y hacerles desistir de abrir fuego. A pesar de los estrechos corredores, ambos coches competían con pareja desesperación, envueltos en tierra levantada y ruido de revoluciones.

Encaramados a los rimeros de materiales, decenas de empleados seguían la persecución como en un espectáculo de carreras.

En un brusco viraje a la derecha, el Escort estrelló el maletero contra el muro que circuía las instalaciones, y continuó con la portezuela izada como una pancarta. Fue clamoroso el bufido de los circunstantes desde sus atalayas, redoblado con la entrada en escena del *pepito*, que, bamboleante y saltarín, por los pelos no le ocurría algo parecido.

Fuera la suerte o los arrestos suicidas del conductor, el caso es que el carruaje policial ni se estampó ni se restregó: rodó sobre dos ruedas laterales cuatro o cinco metros, y luego, con una sucesión de botes trepidantes, que zarandeaba las cabezas de los ocupantes por doquier —ora la guantera, ora la ventanilla, ora cabeza con cabeza…—, volvió a situarse en retaguardia del Escort.

Éste dobló una esquina; el *pepito*, inverosímil mosca cojonera, en pos. Una carretilla elevadora, con las uñas en alto, surgió de otra esquina.

Las luces de frenado del Escort se encendieron en una nube de tierra.

Estalló un estruendo de trueno y desapareció.

Gracias a la mayor distancia y la menor velocidad, Monti tuvo tiempo de reaccionar. Lo que no tenía era frenos. Se trajo el de mano. El *pepito* derrapó, chirriando como un animal herido de muerte y a Salva se le pusieron los testículos por corbata o en realidad se le salían por los ojos.

Los cerró, aguardando lo peor.

El *pepito* dio varias vueltas de trompo, en una de las cuales vino a rodear, por fantástica casualidad, la carretilla elevadora, pasando por debajo de las uñas y yendo finalmente a clavarse detrás de la máquina, muy cerca del cisco de tejados de uralita.

Bajo éstos y a través de la tolvanera, se vislumbraba el culo del Escort, sin la tapa del maletero, sin parachoques y… ¿sin vida?

Pasaron a repasarse y a felicitarse por seguir en pie y enteros.

—¿Seguro que estás bien? —tosió Monti.

Salva afirmó con otro carraspeo, mirando en derredor, intentando calar la magnitud del inconcluso incidente. Al fondo de uno de los pasadizos, veloz, cruzaba el Talbot.

Advirtieron que las despedazadas cubiertas que ocultaban el Escort

eran removidas, sacudidas. Un fragmento ancho y trapezoide fue despedido con un golpe seco y tres sujetos surgieron expeditos, y muy vivos: fue ver a los guardias y poner pies en polvorosa.

—¡Se escapan! —rugió Monti, y empujaron las puertas.

Recogieron sus armas de guerra —pero no los tricornios— y se arrojaron tras ellos, sorteando el arrugado morro del Escort estrellado, que despedía fumarolas por las cuatro esquinas del capó.

Salva alígero y Monti renqueando, ambos corrían como si fueran ellos los perseguidos. Uno de éstos blandía una escopeta de cañones recortados como un indio el hacha de guerra.

El gran muro perimetral les cortaría el paso. Ahí caerían.

Sin embargo, al llegar, y sin solución de continuidad, botaron a una columna de palés ordenados a lo largo del paredón, escalando como monos despavoridos. El tercero resbaló y, de bruces en el suelo, desistió.

Salva pasó de la carrera a la aproximación en grandes zancadas. Les dio la voz de Alto y ubicó el punto de mira del cetme en la bisectriz del trío —de esta manera los abarcaba con contundencia y sin riesgo a que se le disparase por accidente y destrozara a cualquiera de ellos.

El que iba armado había coronado el muro, sobre el que se mantenía a horcajadas con el culo a la altura de la cabeza, como un *jockey* en plena carrera; o como un jinete forajido, porque el muy cabrón, aun sabiéndose apuntado, enarboló la recortada de doble cañón y efectuó dos disparos al tiempo que se dejaba caer al otro lado, soltando el arma.

Salva, que entre un estallido de añicos había hecho un cuerpo a tierra magistral, bramó con la cara detrás de una ridícula tubería:

—¡Alto a la Guardia Civil! ¡Alto o disparo!…

El de abajo, aún en decúbito prono, estiró brazos y piernas con vigorosa obediencia; en cuanto al de arriba, asido a la arista del muro, se petrificó como una gárgola.

De pronto, Salva recordó en un fogonazo —el fogonazo de la recortada— cómo al par que se arrojaba y las postas sacudían uno de los laterales de su visión, ésta había sido previamente alterada por la entrada sofocada de Monti.

Se retorció a buscarlo.

—¿Monti…?

Su compañero yacía en el suelo, acurrucado, dándole la espalda y la planta de los pies, inanimado y rociado de trizas de uralita.

—¡Poli!

El Poli reaccionó levantando la cabeza como un perro tumbado en pleno descanso al que llamaran por grupas. Delante de un penacho

polvoriento, Salva entrevió el Talbot.

—¿Cómo estás, tío?

El Polilla, como sonámbulo, señaló al paredón:

—El cabrito aquel está saltando. —Farfulló una maldición y se incorporó con ansia, medio cojeando, emporcado de tierra, pero sin rastro de sangre.

En el lapso en que Salva se interesaba por su compañero, el otro encaramado había aprovechado para también escurrir el bulto.

—¡Encárgate de este! —exclamó Salva, mientras le adelantaba. Atacó la columna de palés.

Salva ganó la cumbre y en difícil equilibrio exploró el paisaje y en él a los fugitivos; éstos corrían a lo largo de un arroyo en fase de limpieza. Uno trompicando hacia poniente, y el otro cabalgando hacia levante.

Se agachó para recoger la recortada y se la mostró a Monti.

—¡Aquí la dejo! ¡Voy a por el de este lado!

Por el mismo pasadizo, pero ahora en sentido contrario —mordiendo el polvo—, volvía a pasar el despistado coche de Tráfico.

El Poli, sin dejar de apuntar con el cetme al único detenido, le deseó suerte, y Salva, de un salto, desapareció como tragado por un pozo.

Crepitando sobre cascajos, rugiente, impetuoso, se presentó el Talbot.

El cabo y Fidias se apearon tal que en el fragor de un tiroteo.

—Ahí os dejo a ese —les endosó Monti, echándose a trepar.

Desde la cima avistó la persecución de Salva; y al otro huido, en sentido opuesto, que se arrastraba a cruza barbecho. Miró hacia abajo.

Tras unos segundos de vacilación, se colgó del muro y se soltó con un alarido.

Aferrado a su pesada arma de guerra, Monti se arreó extenuado y febril.

Por su parte, Salva vadeaba las márgenes del riachuelo con el cetme en suspensión pura, como esas películas en que héroes ultramodernos llevan pesadas armas tal que simples juguetes. Sólo que el cetme no tenía nada de juguete. Era un cacharro que alimentado por un cargador de veinte cartuchos pasaba de los cinco kilos. Tirar de él no era ninguna película.

—Maldita escopeta —abominó para sí, sabiéndose impelido más por amor propio que por amor al servicio; al contrario que Monti, coligió después de haberlo visto volar y gritar.

Ondulaba por sobre montículos y zanjas aledañas al drenaje, ganándole terreno, viéndole aparecer y desaparecer, como en un juego. *Como te coja, pierdes. Y sin revancha.*

Un montículo lo eclipsó y ya no volvió a dejarse ver.

En el corte de las excavaciones, Salva se frenó en seco. Un cenagal de cañas, carrizos y broza plagaba un remanso de agua fétida y oscura. Más allá, el curso del arroyo continuaba en un reguero de barro rezumante, ganado por hierbajos que apenas si superarían la altura de sus tobillos, embarrados: el esplendente negror de las botas ni se sospechaba.

Parecía un pocero.

Lo importante era otra cosa.

Avizorando con mil ojos, yendo y viniendo por la cresta del caballón, sin atreverse a bajar tanto por eficacia como por precaución, Salva escrutaba el cañizal desde distintos ángulos. Tenía que estar allí.

Y en vano daba vueltas.

—SÉ QUE ESTÁ AHÍ. ¡ENTRÉGUESE A LA GUARDIA CIVIL!

No obtuvo respuesta. Lo rodeaba un silencio de campo, tan sólo arañado por las sirenas de emergencia que arribaban a la fábrica… remota. Se había alejado demasiado. Nadie venía en su ayuda. Tampoco debía bajar: provocar un enfrentamiento cuerpo a cuerpo sería estúpido y peligroso.

Zanqueaba indeciso, cuando recordó la táctica de Velasco de acongojar y paralizar por medio del sonoro montaje del arma, un deslizamiento de fierro sobre fierro asaz persuasivo.

—Voy a disparar una ráfaga de fusil a las cañas —avisó en voz alta—. Si está ahí, le aconsejo que salga. Contaré hasta tres. UNO.

Ningún resultado; salvo el canto grave de una increíblemente cercana abubilla diciéndole adiós al paraje, justo antes de emigrar para el Sáhara.

Orientó la cresta con ese rumbo y batiendo rayas blancas y negras le abandonó.

A lo mejor era de las que invernan en el sur de la península y sólo había hecho una parada. Quizás.

Quizás él se estaba recreando en un soliloquio vano y magistral.

—DOS.

Ahora ni el rumor del viento. Pensó en decir dos y media en un intento por darle tiempo a que tomara conciencia de su fatalidad, de su hado irremediable, que su buena suerte se había acabado. Y cuando uno la tiene mala, otro muy cerca la tiene buena; es decir, él con su cetme y su decisión de no moverse de allí. Así son las cosas.

Pero aquello no sería serio. Y, pese a todo, si a la de tres no salía, por astucia impávida o contraído de terror, él desde luego no tenía intención de abrir fuego.

En consecuencia, el otro se estremecería de angustia y triunfo y no asomaría así viniera la draga a reanudar los trabajos de limpieza.

—¡TRES!

Y nada.

Levantó la maldita escopeta, arrastró la palanca de montar hasta el tope de retroceso y, con ruidosa maniobra, la soltó. Impulsado por el muelle, el cierre arrastró un cartucho y lo introdujo en la recámara con un rugido metálico, horrísono. Infructífero.

En otro caso, el farol del cetme habría bastado para botar a quien se presumiera diana factible.

Pero nada.

Se apoyó la culata del *chopo* en la cadera, el cañón hacia el cielo.

No, no dispararía, ni mucho menos. Le habían burlado.

Iba a emprender el regreso, cuando creyó percibir una vocecilla lastimera.

—Ya salgo, agente. No dispare, por favor.

Una viscosa figura se erguía lenta y oscilante de entre un follaje de juncos medio tumbados en el corazón del fangal; chorreante de cieno y extendiendo los brazos por encima del emplaste de la cabeza —ni Rambo se habría mimetizado mejor—, la masa inmunda impetraba:

—No dispare, no dispare.

Luego de permitir al detenido que medio se enjuagara, Salva lo escoltó hasta la fábrica. Empleó un rato largo en llegar, en rodear el muro circundante, y ya dentro se dirigió a la nave rodeada por varios vehículos del Cuerpo.

—Pero bueno. ¡El que faltaba! —les recibió un motorista de la Agrupación de Tráfico.

En seguida el cabo primero del Talbot surgió de un corro de variopintos hombres de uniforme y de paisano.

—Vaya, vaya —se acercó a Salva.

Y sin mirarle siquiera, le arrebató la captura. Pasó por el centro del corro, que se le abrió con sardónica reverencia, y al punto se cerró quedando Salva a las espaldas de todos ellos.

Alguien a manguerazos de agua empujó al detenido contra la pared. Un minuto después el cabo lo asía por la oreja y lo remolcaba al fondo del cobertizo.

—A mí, *a mí no me chulea nadie con un coche*, ¿sabes? —le oyó Salva que lo iba increpando.

La arrogante desenvoltura de aquel clase de tropa había dejado a Salva

sin reacción. Cuando quiso hacerlo, se dio cuenta de que no contaban con él. Es más: lo desdeñaban. Y no era justo. Si aquel presunto delincuente estaba allí, era por su arrojo y abnegación.

Indignado, se acercó sin saber muy bien a qué.

La mano del cabo describía amplios arcos dentro de la cual iba la oreja del aprehendido, y éste tras ella derrapando y gruñendo:

—Uh, uh, uh, agente, yo sólo quería huir; no burlarme de usted. Uh, uh. Por favor, agente, que me va a arrancar la oreja.

La descarga de risas imprimió una aceleración a la órbita del agente de Tráfico. Acto seguido lo soltó con un patadón al vientre. El agredido —su detenido— aterrizó entre sacos de cemento. Se golpeó en la cabeza, emitió un quejumbroso ¡ay!, y se quedó arrellanado y cabizbajo. Inerte.

Pareció que había perdido el conocimiento, cuando, de improviso, alzó la cara y, llevándose la mano al enrojecido cartílago, resopló:

—Uh, cómo me duele. —Y con voz clara y altisonante—: ¡Quiero hablar con mi abogado!

La sorpresa por semejante petición, cortó de cuajo la algazara al corro de veteranos. Como mimos se miraron entre sí.

Pero Salva no tardó en comprender que toda aquella afectación no era sino el socarrón preludio de una concienzuda embestida.

—¡Este es mi detenido y nadie lo va a tocar! —exclamó fuera de sí.

Miradas de verdadero aturdimiento y conmoción se dieron la vuelta para caer sobre su relegada figura.

—¡Arrea! —sopló uno de los del casco. Y otro, u otros:

—¿Y este?

—Oye, chico —se le acercó el cabo.

—No me llamo *chico*. Mi nombre es Salvador —lo de *chico* sólo podía permitírselo a Carrasco, infirió con asombro.

—Mira, Salvador —comenzó el cabo—. No sabemos cuál es tu problema ni nos importa. Pero lo que no voy a permitir es que vayas de listo, y menos con un servicio como este. Además: ¿y tu sombrero, *espabilao*?

Un coche civil que llegaba en ese momento interrumpió el vejatorio apercibimiento. Bajaron tres hombres de paisano. El que iba delante fue recibido con rápidos y enérgicos saludos.

—A la orden, mi capitán.

Con mirada de perdonavidas, prescindieron de Salva, y haciendo pasillo al oficial le llevaron delante del detenido, de paso inventando vicisitudes de la operación: según aquel comando de intrépidos impostores,

ni Monti ni Salva habían intervenido.

El Polilla se llegó a Salva y le explicó que los recién llegados pertenecían al SIGC, el Servicio de Información de la Comandancia, y que el tipo con chaqueta, pantalones vaqueros y cara de pan que interrogaba al detenido con aire pensativo y una guía telefónica en la mano, era el sargento. A su lado, el tercer agente del SIGC, un imberbe afanoso, repetía las preguntas del suboficial. El capitán atendía sin intervenir.

—Charro, contesta a lo que te ha preguntado el sargento —le instaba el barbilampiño en tono hosco que tenía algo de abyecto; su actitud era la de un enchufado ansioso por convencer a sus jefes inmediatos de su ferviente competencia.

El Charro, como lo llamaban, no abría la boca.

—El barreño, y cantará —farfulló Fidias, con una brizna de hierba entre los dientes.

Pero el interrogador con cara de pan no le hizo caso: asestó la guía telefónica contra la cabeza del Charro y éste replicó con un gañido implorante:

—Yo no sé nada. La recortada la trajo el Cabezón. Uh, uh, mi oreja, mi cabeza. Tengo frío.

—Yo te lo quitaré, pero ¡a hostias! —le ofreció el cabo—. Sabemos por el Cabezón que la trajiste tú. Tenemos a tus colegas en el coche y nos lo han contado todo.

—¡Mentira! —escupió el Charro.

El cabo le buscó la oreja, pero el otro fue más vivo: se enroscó como una culebra y no hubo manera.

El sargento le apartó amable y decididamente.

—Me cagüen la leche, Charro —dobló el tronco en ademán conminatorio—. Larga o te acuerdas de este día, por mis cojones.

El Charro como si no oyera.

—El barreeeeño —insistía Fidias.

—Estoy esperando —salmodió el sargento; y el Charro mutis—. Hueles mal y ¡me estás haciendo perder la puta paciencia, coño! —Alzó el libraco y le descargó una andanada de golpes a la cabeza que hizo al Charro encogerse como si estando bajo los efectos de una hipnosis hubiera regresado a su época en el feto materno—. ¿Vas a *cantar* o sigo? —le pinchó con una arista de la guía en la roja oreja.

—Yo no sé nada de eso, agente —mugió el Charro, con voz cavernosa, debajo de un lío de brazos como un contorsionista.

—El barreño, el barreeeño —rumiaba a su aire Fidias.

—Vale; vale ya —se interpuso el joven capitán, con exquisita educación, mientras el sargento se retiraba agotado y furioso—. Venga, Charro. Siéntate bien y me cuentas.

El Charro se acomodó sobre los sacos con expresión agradecida.

—Tengo frío, mi capitán —dijo.

El capitán chasqueó los dedos.

—Una manta.

La prenda voló al regazo del Charro, y éste, envolviéndose con ella, se expresó receptivo:

—Dígame, mi capitán. ¿Qué quiere saber?

A punto estuvo de volver a la carga el suboficial, pero el superior le detuvo con un gesto de la mano.

—Se está riendo de nosotros, mi capitán —bufó el sargento cara de pan.

—Vamos a ver. El Cabezón dice que tú ponías la recortada y él el coche, y que los atracos los decidíais a medias. Por última vez: ¿de dónde sacaste la escopeta antes de modificarla?

—Pues verá, mi capitán —el Charro se frotó la barbilla, como si la memoria le estuviera jugando una mala pasada; lapsus en que Fidias mascó, aburrido: «El barreño, el barreeeño»—. El *buga* lo levantó el Cabezón —empezó por reconocer—, y el palo al videoclub lo ajustamos entre los dos, sí… Pero la escopeta no la mangué yo: la encontramos en el Escort.

El capitán reculó en cuclillas como huyendo de una víbora.

—El barreño, sí. ¡EL BARREÑO!

Al punto rodó un barreño de hojalata, una manguera lo desbordó de agua y en un santiamén el Charro se halló de nuevo sin manta y de hinojos, con la cabeza hundida llenando de burbujas la clara superficie del contenedor. Ya no gemía «uh, uh, uh», sino «glub, glub».

Salva fisgaba en torno: los trabajadores habían vuelto a sus faenas y tal vez no se percataban del ominoso trajín; un trajín en el que los motoristas sujetaban a un pobre diablo por las piernas, el cabo y el bisoño del SIGC —afanado en virulento éxtasis— los brazos, y el sargento cara de pan la nerviosa cabeza. Las carcajadas revueltas con azuzadas ovaciones resonaban en la oquedad del cobertizo, produciendo en su mente la contemplación de un aquelarre de sádicos.

En una de las incontenibles salidas, la boca del Charro barbotó:

—Se la compré al Jarocha.

Y en otra:

—Que a su vez nos llevamos de la armería de Pinto.

—¿O sea, que la armería también es cosa tuya? —y le volvieron a zambullir.

El sumergido asentía a espasmos frenéticos.

—Pero déjenlo contestar —rogó Salva, con un hilo de voz que nadie oyó o atendió.

—¿Y qué hay del hipermercado?

—¿Cuál?, ¿cuál? —gargajeó en un intervalo entre zambullidas.

—¡Cómo que *cuál*!… —y lo volvieron a hundir en el barreño, siempre rebosante porque el perruno Fidias apuntaba un certero chorro.

Un videoclub, una armería, tres tiendas y dos farmacias fue el botín informativo. Y el Charro, con el rostro macerado y limpio, fue conducido a las oficinas del SIGC, donde firmaría eso y quién sabe cuánto más.

Recuperaron sus desollados tricornios y emplearon no menos de cinco minutos en limpiar el parabrisas de toneladas de tierra: el *pepito* parecía una casamata. Ya de regreso a la base, Monti se expresaba alborozado:

—Un gran día. ¿Te lo dije o no? —y soltó el volante para darse un par de palmadas. Y es que había atrapado a un presunto delincuente con su mejor arma: su fervor benemérito.

Por primera vez en su vida militar, Monti se había permitido una sonrisa altanera y casi una higa en el momento de entregárselo a los de Tráfico.

—¡De esta cae una medalla, seguro! —casi gritó—. Y eso que te has puesto un poco… extraño.

—Conque una medalla —murmuró Salva.

—Perdona, tío, pero no te entiendo. Creía que sabías en qué lado estabas…

—¿Conoces la historia del desertor Martín Fierro y del sargento que en vez de detenerlo se alía con él? Esas ganas son las que he sentido mientras lo interrogaban.

—Pero qué historia es esa —se revolvió Monti—. Tío, empiezas a parecerte al brigada, con esos nombres y esos cuentos que saca a relucir algunas veces. Nuestro trabajo era trincar a esos pollos y hacerlos cantar. Y lo hemos conseguido. Y nos van a dar una medalla, ya lo verás. Y milagro será si no nos cae una *bufanda*, que falta me está haciendo —se miró en el retrovisor interior y se sacudió el pelo pincho de tierra—. ¡Ya ves, que si nos cae!

—Siento que tengo más de lobo que de perro gregario —dijo Salva para sí—. Cada uno muestra el valor a su manera —continuó en un murmullo exasperado—, y muchas veces lo que se presume como

culpabilidad y espanto no es más que rabia y asco. Y coraje. Lo que para los verdugos del Charro es inaceptable. Hay algo funesto en la labor de estos ostentosos grupos de paisano que se creen más guardias civiles que los que vestimos de uniforme en la vida rural. Se apoyan en nosotros (qué digo: nos pisotean), para así medrar y lucirse, y hacerse con la estadística. Esperemos que no haya denuncias de malos tratos por medio, Poli; porque si es así, nos vamos a comer un marrón de puta madre. En todo caso, si hay reparto de medallas, sospecho que no serán para ti ni para mí. Y la *bufanda*, ni la sueñes.

Monti botó en su asiento.

—Tío, estás delirando. Qué día tienes. No sólo no te entiendo, sino que encima me sermoneas con los malos tratos y esas mierdas. Somos un Cuerpo. Y por lo tanto tenemos que apoyarnos unos a otros, como dijo el *teco*. Quizá sea un mamarracho, como tú le refieres, pero tenía razón: hay que procurar no pisarnos la manguera. Mi padre lo dice, y mi abuelo, que fue una autoridad total, así me lo explicó. Corporativismo. ¿Qué nos queda si no?

—Esa clase de corporativismo me da que sólo les beneficia a ellos, a la Cúpula —se expresó Salva con tranquila franqueza, casi con hastío—. En cuanto a tu familia, el peso generacional te afecta demasiado para venir de otra época, de otra sociedad —no pudo evitar reprocharle.

—«¿Peso generacional…?» Esas palabras me suenan al brigada. Tío, te lo dije. No le hagas caso. Ese hombre alucina, chochea.

Sin prestarle atención, Salva prosiguió especulante:

—Claro que tu abuelo fue una autoridad, y más que eso. En su época ser guardia civil requería un nivel cultural superior a la media de la sociedad, lo que representaba, por encima del temor general, un prestigio y un respeto sincero. No es así hoy en día y tú lo sabes, Poli. Creo que un excesivo amor por el Cuerpo te está cegando nuestra miseria profesional. Pero ojalá tengas razón y yo me equivoque —concedió, a fin de evitar mayores discrepancias.

—¡Por supuesto que sí! —replicó Monti—. Me apuesto lo que quieras a que de esta situación-problema que hemos cerrado alguna nos cae; quizás la *bufanda* no, pero la medalla, seguro. Qué: ¿no te jugarás nada? —Salva prefirió no contestarle—. Si se la dan a un primo mío destinado en una silla y una mesa repleta de papeles en la Sección Central de Retribuciones, donde están los burócratas, o sea, los más incompetentes —ambos soltaron risas breves en señal de amistosa concordancia; si bien en tonos tan dispares que Salva conjeturó si sus convicciones no empezaban a divergir o alcanzaban un punto de inflexión inaprensible hasta entonces—. Si se la dan a él que está en una oficina, ¿no nos la van a dar a nosotros que hemos detenido a tres chorizos y casi nos vuelan la cabeza? Qué más quieres.

—Será qué más *quieren*.

—Bah, ni que estuvieras con el mes.

—Está bien. —Se avino Salva—. Dime: ¿por qué le dieron la medalla a tu primo?

—Por «Dedicación Profesional» o algo así. Es la segunda que le entregan, y la verdad es que vive de vicio. Trabaja por las mañanas, pilla puentes, festivos todos los que hay, vacaciones cuando quiere y, además, trabaja con un taxi por las tardes y fines de semana. Pero eso no es ser guardia civil y yo sí quiero serlo. Como hoy, ¿eh, Salva? A pesar de todo.

—Está claro que nos darán esa medalla.

—¡Entero y a base de bien! —exclamó Monti, como muestra de contento insuperable—. Oye —añadió de repente muy serio—: no te dije quién era el que se estaba tirando a la Paca.

—¿A la Paca?

—Sí, la mujer rubia que te señale, la del tío que quería pegarle un tiro al amante y el juez lo condenó a destierro.

—Ah, sí. ¿Quién?

—¿No te lo imaginas?

—No —mintió Salva: *Apuesto la medalla a que fue Velasco*.

—Venga, di.

—No lo sé. De verdad.

—Pues Velasco. ¡Eh! ¿Qué te parece?

—¡No jodas!

Dejando la 215 para entrar al pueblo, el *pepito* repitió el familiar clack-clack. Un rechinamiento con cadencia de estertor automotriz les acompañó hasta el cuartel. Dieron cuenta de esta novedad, así como de las detenciones sin entrar en detalles.

De momento se llevaron las felicitaciones del comandante de Puesto. Salva recordaba haber maldecido a su fusil llamándole *escopeta* y deseó pedirle disculpas. Pero había constatado que era más un estorbo que una ventaja. Gozaban de la íntima satisfacción del deber cumplido. Arriesgar, luchar, ganar: *valor reconocido*.

Viendo que Monti no cabía de gozo en sí, primero conmovido y en seguida entusiasmado, aceptó una apuesta al futbolín; un par de partidas que, con la cosa de la revancha, acabaron en once. Perdió el Poli y como la apuesta era hacer la comida del otro, Salva decidió que se lo perdonaría. Las comidas del Poli dejaban mucho que desear. Pero eso no podía decírselo. Hay cosas para las que ciertos oídos nunca están preparados. Lo comprendió en ese momento y lamentó haber discutido con su amigo.

Sin embargo, más allá de su torpeza y sombrías reflexiones, se sentía eufórico.

Eufórico por saberse en mínima guardia ante la *realidad subyacente*.

2

Anabel rio incrédula.

—Me estás tomando el pelo.

—No; es en serio. Lo hice por mi amigo, que quiere hacerse un curso de motos. Querían imponernos arresto domiciliario. También lo hice por ti: ya no soporto un día más sin verte.

—Oh, gracias. Pero lo de que el coche se rompió persiguiendo a unos delincuentes y que os han obligado a repararlo y pagarlo de vuestro bolsillo, eso te lo has inventado. Como diría el poeta «Adornas con algunas galas de la poesía el desnudo esqueleto de tu historia».

—*Desnudo esqueleto* —repitió Salva, con ironía, acordándose del Polilla.

Cierto que, a las pocas horas de la hazaña, cuando se la relataba, se adornó con alguna que otra traza novelesca: que el coche rodó no menos de cincuenta metros en dos ruedas, que las postas le rozaron la oreja o que gracias a su peculiar sagacidad había descubierto el escondite del perseguido con sólo una ojeada, a pesar de que el otro le sacaba kilómetro y medio… Pero el torticero final devenido esa misma tarde ni él mismo podía creérselo. Anabel se extrañaba igual que él lo habría hecho meses atrás y ya sólo le sorprendía su pérdida de capacidad para sorprenderse.

No. El chasco que se llevó el pobre Monti no tuvo nada de poético. Fue un chasco colosal. Colosal por su contumacia. De lo de la *bufanda*, después de la tibia actuación de Salva, tenía sus dudas, pero lo que de ningún modo se esperaba es que no lo llamaran, como jefe de pareja, a firmar el atestado.

Cuando por teléfono se enteró de que las diligencias estaban cerradas y entregadas con los detenidos en el Juzgado de Dosarcos, cogió su coche y, con un furor que ni el mismo se daba cuenta, enfiló a por una copia del papeleo a la Plana Mayor de la Línea, descubriendo de paso otras rapacidades que exacerbaron su herida vanidad y fulminaron sus esperanzas.

No sólo no aparecían nombrados por párrafo alguno; lo más pérfido e insultante era que sí figuraban los de otros compañeros que ni siquiera pisaron la fábrica o sus inmediaciones: personal agregado de otras Unidades (personal del que averiguó que ese día se movía en comisión de

servicio fuera de la Comandancia o, en el colmo del atropello, se hallaban de permiso ordinario), varios guardias del Destacamento de Tráfico y, por supuesto, el teniente de la Línea y su SIGC particular, individuos que en ningún momento se les vio por el escenario de intervención. Monti no se lo podía creer. Daba saltitos de rabia. A él casi le daba la risa.

Monti no cejó; presentó sus quejas al brigada, y éste lo único que pudo decirle fue que haría todo lo posible por reseñar su nombre y el de Salva en un oficio de ampliación. Y es que aquel atestado olía a medallas y felicitaciones, como Monti bien había barruntado, de ahí que Velasco resumiera que a los pipiolos les habían hecho una «verónica».

Monti insistía en que se les reconociera su imprescindible intervención, no ya una medalla, simplemente su arriesgada peripecia… Bueno, su participación… Que habían ayudado, al menos.

Ninguna Plana Mayor quería escucharlo.

Entre tanto oportunista ya no quedaba sitio para nadie más.

Se volvió loco de rencor contra los instructores de las diligencias y contra Salva, a quien, en parte, consideraba culpable de tan infortunado servicio.

Pero se le pasó con la llegada al Puesto de un telefonema dimanante de la Jefatura de Automovilismo: el *pepito* tenía un palier roto y de la inmediata información abierta se derivaba que los culpables eran los guardias Monti y Salva. Dos benevolentes opciones ofrecía dicha Jefatura: que los incusados costearan de su bolsillo la reparación, o correctivo por maltrato de material oficial.

Su intervención en la Operación Videoescort, no contaba.

Harto de fiascos y vejaciones, de saberse luchador inane, celoso de su dignidad, Salva no se lo dudó: correctivo disciplinario. Pero Monti quería prepararse para el Servicio de Protección a la Naturaleza y lucir las siglas del SEPRONA a la vuelta de uno o dos años. Un correctivo en su ficha personal nublaba hasta el llanto sus perspectivas. Se combó a la amenaza y aceptó correr con el gasto total de una transmisión nueva…

Hasta que se enteró del precio.

Apenado por su amigo, Salva le propuso comprarla en un desguace a través de Teófilo *el mecánico intrépido*. Pagaron a medias, el *pepito* dejó de cloquear y no hubo correctivo.

Confortado por su peregrino éxito, Monti le pidió disculpas a Salva, éste las aceptó y el otro se encerró mustio y alicaído con su canción sin nombre. De nada sirvió que el comandante de Puesto le notificara que metería su DNI en la estadística trimestral.

—Tú, en cambio, has evolucionado bien dentro de este truculento episodio, que es en sí inapelable. Lo contrario, es decir, una recia queja,

aunque justa, habría sido empezar a sembrar tu futuro de correctivos.

»Creo que, como el lazarillo de Tormes, has recibido la Gran Calabazada, y que has aprendido, y sé que no volverás a incurrir en el atolondrado comportamiento que tuviste delante de esos ganapanes, que desfogan así su mengua intelectual (y probablemente sexual). Así que nunca pongas tu vida en peligro por una medalla o una felicitación, que al final siempre será de esa oficialidad fatua que sólo sabe imponer arrestos para justificar o encubrir su ambición, su incompetencia y su endiosamiento. Pues si los servicios salen bien, serán obra del «mando coordinador», y si mal, de la fuerza interviniente; en cuyo caso se tomarán medidas disciplinarias contra los números implicados, y caso resuelto.

»Vas aprendiendo, sí, pero tu fortaleza depende de esa cortina de humo veladora y valedora que no dejo de recomendarte.

»En lo que refieres del corporativismo, tu idea es acertada. Lo que Montilla no termina de ver es que el de la Cúpula sólo tira hacia arriba, mientras que los Servidores quedamos excluidos, las más veces entregados como gambitos, ya sabes, esas piezas del ajedrez que se sacrifican para que la partida siga adelante. Montilla está en la fase intermedia, la más crítica, esto es: se entra con ímpetu de probidad y fervor casi religioso; le sigue una mezcla de desilusión, amargor, conatos de indisciplina; y en la tercera fase (a año por fase, más o menos) se cede gradualmente a un estupor que es a la vez resistencia y capitulación.

»Cuando ciertos políticos cuestionan la Institución, la tropa, sea por rancio patriotismo o temor al paro obrero, cree defenderse el cuscurro apiñándose a sus más altos mandos. La ganancia de esta martingala es una grey asustadiza, una Bandada (¡Ah! Cuánto me alegra que coincidamos en gustos literarios) que renuncia a la fuerza colectiva, y que acaba por revolver a unos Servidores contra otros, pues, como te he dicho otras veces, no tienes compañeros, sino *coincidentes laborales*, y así, con un corporativismo equivocado y fomentando recelos y disputas entre los mandos inferiores y la tropa, la Cúpula asegura la discordia y su continuidad.

»Tenéis que intentar ver —*ver*— las palabras, pues mucho de lo que luce este Cuerpo hoy en día, querido Salvador, no es más que mero trampantojo. ¿Comprendes?… *Trampa ante el ojo*…

—Sí, mi brigada. —Se recordaba Salva conviniendo con una sinceridad franca y fiera, y también desolada porque comprender significaba macizarse en esta última impresión.

—Lamento no haber podido hacer más por vosotros. Cuenta conmigo siempre, Salvador.

Así se le expresó el brigada con su habitual y fatigada solemnidad. Un

aliento desapasionado con el que él sintió corroborada su perspicacia y principiada su veteranía.

Desde luego a ella no le había referido tan abominables pormenores. En el fondo —el de la realidad subyacente—, intuye una trama de corrupción y prevaricación que el brigada con toda su virtuosa garrulería apenas capta en su total trascendencia. Y esa sí que le obsesionaba.

—¿Me ayudarás?

—¿A qué? —preguntó Anabel, jovial.

—Tengo una duda razonable. Sospecho una pequeña mafia de robos y tratos ilegales de ganado, y quisiera que en nuestros ratos juntos, si no se nos ocurre nada mejor que hacer, me ayudaras a llevar a cabo algunas investigaciones.

—Ya que te pones tan serio y misterioso, está bien, soldado —aceptó encantada.

—No me llames *soldado*, panocha —bromeó él.

—Que no me llames *panocha* —retrucó ella con una risita, una risita excitante.

—¿Por qué no, *panocha*?

Rodaron por sobre la hojarasca y la hierba, reptaron entre bancos rayados de amor inmortal, como el de entrambos en aquel momento, empero intuido más allá de la fricción y los susurros. Se hicieron fotos junto a una confiada ardilla, se besaron muchas veces y, trabados sin cesar, con las ocarinas del folclore sudamericano de fondo, se echaron a bogar por el estanque, seguidos de globosos peces a los que entre estrujones y caricias arrojaban pan y palomitas. Gracias a ella contrarrestaba decepciones, se sacudía de amarguras y quemaba adrenalina.

Ella le ayudaría.

XXII. PASO CORTO, VISTA LARGA Y MALA LECHE

1

Salva aprovechó que el comandante de Puesto se encontraba fuera del acuartelamiento para fisgar en la oficina.

Tiró de los archivos de denuncias por robo de ganado y de las papeletas en esas mismas fechas y se las subió a su cuarto; allí, con minuciosidad irreverente, comenzó a cotejarlas en la hora de la siesta. Acabó con el crepúsculo: la horquilla de las horas probables de los robos se correspondían en las papeletas con puntos de presentación distales.

Curiosamente, Las Torcaces, la finca ganadera más importante dentro de la demarcación —en realidad, la única—, jamás había sido asaltada. Sin duda, debido a la reiterada vigilancia que las fuerzas del Cuerpo, a la vista de las papeletas, dispensaban a esta propiedad. Incluso el propio teniente escoltaba sus transportes. ¿No era esa actitud un agravio comparativo en relación con el resto de ganaderos, aunque fueran menos poderosos o menos amigos del Instituto?

Raro. Muy raro. Se enfundó el traje de faena, botas y tricornio, bajó y repuso el papeleo.

Entretanto bajaba Barahona, aceptó echar una partida al futbolín con el guardia de Puertas.

No podía concentrarse.

—Vaya paliza que te estoy dando —se felicitaba Jorge, incrédulo y asombrado, él que ciertamente era de los peores.

Un mogollón de datos le convergían azarosa, aterradoramente. Alguien estaba pasando información. ¿Formaba el brigada parte de la trama? ¿Daba las órdenes el teniente? ¿Por qué se movía el convoy con cierto aire furtivo? ¿Eran los restos de rodadas dejadas en una de las parideras asaltadas las del Ebro-2000 de Moisés Torcaces?

Oyó los arrastrados pasos de Barahona que entraban en la oficina.

—Siete-cero. Lo siento, tío.

—Queda pendiente la revancha.

—Cuando quieras. ¡La leche, cómo he progresado!

Como un autómata —*¿cómo una marioneta?*— Salva se fue a la cochera.

—Sube —le pidió Barahona—, y pon las luces cuando te lo diga.

Retiró uno de los pilotos traseros y colocó una lámpara.

—Adelante.

En virtud de dicha operación, el Land brilló a sus espaldas un par de luces rojas como la mayoría de los vehículos que circulan de noche.

El guardia primero puntualizó:

—Es mía, pagada de mi propio bolsillo. Al terminar el servicio me la llevaré. ¡Aligerando!

Si lo hacía por seguridad, por honor o por vergüenza ajena, no se lo preguntó. El hecho le pareció elogiable. Su mente se sacudía con otras inferencias, enormes, abrumadoras. Atroces.

—¿Sabrás arrancarlo?

Jorge les dio paso. Lo que a su llegada creyó imposible, Salva ejecutaba ahora la operación «Picapiedra» —movilizar el Land a golpe de pierna y arrancarlo al tirón— con una habilidad mecánica y casi monótona.

Como un pulpo huidizo, el Land se puso en funcionamiento vomitando un reguero de humo ingente, negro y tóxico. El ofrecimiento del *caimán* era una forma elegante de sacudirse el apuro de poner en marcha el Land, maniobra que en sus manos la mayoría de las veces resultaba penosa, cuando no infructífera. Sacó el boletín de denuncias de su vieja cartera de caminos y lo encajó entre el parabrisas y la guantera.

—¿Piensas escribir mucho? —le preguntó a modo de intimar con aquel huraño compañero con el que tendría que pasar las siguientes interminables ocho horas nocturnas.

—Considerando que estamos a primeros de mes, con un par me vale. ¿Y tú?

—Las que observe y valga la pena —contestó Salva.

—Si luego no llegas al mínimo, tendrás problemas.

—¿Qué quieres decir?

—Ya lo dijo el teniente coronel: estadística. Con Berchina y la denuncia del Alfa te saliste con la tuya. Te darán por otro lado.

Dar, ¿eh?

—Si se hacen las cosas bien, no creo que tenga nada que temer. —Advirtió que terminaba la frase con menos aplomo del iniciado y no quiso insistir—. ¿Tomamos un café?

Tampoco quería sermones. El *caimán* chocheaba. Barahona era un guardia a punto de reengancharse y sus argumentos sonaban medrosos y desfasados. Y tacaño. Obsesionado en dejar a sus hijos un futuro mejor que el suyo, miraba el gasto con tal cicatería que jamás pagaba un café o

similar a menos que el albur lo pusiera en un brete ineludible. Sin embargo, para radio macuto local —esa especie de conciliábulo que nace y muere según conflicto de intereses de los trepas de turno— la culpa radicaba en la parienta, que, obsesionada en deslucir a las otras mujeres del cuartel, devoraba la nómina y así Barahona se paseaba con neta calderilla.

Tomaron el café y, para no variar, pagó él. No le importaba. No iba a complicarse la existencia con un compañero con el que no solía converger a menudo.

A las 23.00 montaron un control volante a la entrada del pueblo por la Mural. Barahona denunció a dos tractores que venían de descargar uva: a uno, por carecer de luz en la placa de matrícula —tal que el Land—; y al otro, por circular con los neumáticos del remolque sin apenas dibujo —también ídem que el Land.

Aquello sí que cabreó a Salva.

—Creo que te has pasado, Barahona —le expresó con esforzada cordialidad cuando estuvieron a solas—. Estos trabajadores se afanan de sol a sol para ganar un sueldo que es casi de supervivencia, y tú se lo expropias por unas normas que ni siquiera nosotros cumplimos.

—¿Y qué? —gruñó el *caimán*—. Yo también soy un trabajador. Se trata de ellos o de mí.

—Estas actitudes sólo servirán para que la buena gente se nos ponga en contra —le replicó al punto.

—Puede ser —admitió el guardia primero, con desgana—. Pero no es mi problema. El *mío* es poner treinta denuncias. Con tal de que no se me pongan los jefes en contra, lo demás me sobra.

—No tiene por qué ser así. Tú sabes que hay otros que infringen descaradamente. Esas sí que son denuncias; y muy justas.

—No seas iluso, muchacho. Sépate que esos infractores son los que pueden jodernos de verdad. Conozco a mis enemigos, y sé cómo protegerme.

—Lo que haces es humillarte —arremetió Salva, ya sin mesura en la inflexión de su discurso y sin el menor anhelo de concordia—. ¿Es que no te remuerde la conciencia? ¿Por qué piensas que vienen a estas horas de trabajar? ¿Por qué crees que circulan en esas condiciones, que no son tan peligrosas, ni mucho menos? —y sin dejar de subir la voz—: Lo hacen porque apenas si tienen dinero para pagar la maldita luz de la maldita matrícula. Y tú, con tus denuncias, ¡les has jodido un mes de trabajo!… —remató, de súbito percatándose del eco de su alegato, vibrante en el aire quieto de la medianoche como un rebato incriminatorio y precipitado.

El caballuno rostro del guardia primero le marcaba con una mirada

atónita.

—Mira, novato —se revolvió con acento rencoroso—. No permito que un pipiolo sabelotodo me diga lo que tengo que hacer. Yo cumplo con lo que me ordenan, y punto. Y, por si lo has olvidado, fue a ti a quien dieron un toque por el follón de la LITA esa. ¡Está claro quién es el que no sabe lo que hace! —se encendió con una rudeza convulsa—. Así que, conmigo, *calladito*.

Tenía que envainársela. Podría discutirle acerca del amor propio, de la ética, de ejercer el servicio en consonancia con lo que se aparenta… Pero de qué serviría si la inmensidad del abismo era infinita.

—Sube al coche que aquí hemos acabado. Conduciré yo —le espetó.

En el fondo, Barahona tenía razón. La bronca del jefe había sido para él. Paradójicamente, por hacer cumplir lo que la letra de la Ley sancionaba con precisión. Lo cierto es que el infractor bailó a su ritmo. Al de la Ley. Ahí residía su fuerza y su orgullo. No discutiría. Se rebulló en el crudo plástico del asiento. El infernal calor que se metía semanas atrás por entre los mil y un agujeros de la *cafetera*, se habían transmutado en filos de frío. ¿A dónde había ido aquella canícula infernal?

¿A dónde el espíritu original de los Servidores?

El cruce de la Telefónica era el siguiente plantón.

Los chorros iluminados de la fuente de la Libertad se habían reducido a la mitad, pero su rumor bastó a Salva para relajarlo.

Y es que con la discusión la noche no presagiaba amenidad ninguna. Barahona se paseaba displicente y ufano con sus dos denuncias. Daba cortos paseos haciendo tiempo; tiempo para llegar a final de mes y cobrar incólume.

Una furgoneta que bajaba del pueblo con tan sólo las luces de posición, supuso que movilizaría al guardia primero; pero en vista de que se abstenía, sí lo hizo él. Se aseguró el cetme al hombro y, bajo la potente farola del edificio de la Telefónica, le dio el Alto. Su sombra repitió el gesto desenvuelto, con trazas del estilo de Carrasco. Se gustó. Moverse sin complejos es la conquista de uno mismo: la más ardua de todas.

—Buenas noches —se aproximó al conductor, que parecía achispado —. Observo que circula con luz incorrecta. Permítame su documentación, por favor.

—Pero hombre, qué más da… Si no me he chocado con nadie —alegó el conductor, con una sonrisa grande y maloliente.

—Permítame la documentación del vehículo y la suya. Voy a denunciarle por infracción al Código de la Circulación.

—Pues no tengo papeles.

—¿Por qué?

—Pues no sé —farfulló—. Desde que lo dimos de baja no llevo ni papel del ojete, ji, ji.

Salva transmitió los datos a la Central. Por una vez los terminales no estaban caídos: el vehículo figuraba en la Jefatura de Tráfico dado de baja para circular.

Informó al conductor de la incidencia y de la correspondiente denuncia.

—Pero si sólo es para dar una vuelta por el pueblo, coño… Además, tus jefes lo saben: es el que siempre cogen para ir a la finca de mi cuñado. Tú lo que pasa es que no me conoces, ¿verdad?

Otro.

—Lo siento, pero no.

El infractor subió las cejas; unos ojos inyectados y tardos miraron a Salva.

—Soy Agustín, joder —escupió—, el cuñado de Lucas Parra, el de las grúas, sabes ya, ¿no?

—Sí; no obstante, tengo que denunciarle por dos infracciones muy claras.

—Joooder. Pero esto qué es. Si tu teniente coronel está cada dos por tres de caza en La Parreña, de gañote.

Pues sólo por eso te voy a empapelar, bien empapelado.

—Deme la documentación —exigió tajante, casi despectivo. ¡Cómo sustraerse al goce de compeler a un personajillo de semejante laya!

—¡Eh, oye, oye! —empezó a bufar el cuñado, viendo cómo el guardia hacía virguerías inauditas con el boletín de denuncias y el bolígrafo—. ¿Pero qué estás escribiendo, hombre? Ya te he dicho que tus jefes saben que circulamos con este cacharro y nunca han dicho nada.

Imperturbable, al son del berrinche caciquil, Salva escribía. Un par de faros venían hacia el edificio de la Telefónica.

Hasta ellos.

Era el teniente.

Barahona trotó a cuadrarse frente al vehículo del que el oficial echaba pies a tierra y, en el primer tiempo del saludo, articuló la seductora retahíla, tan cara para la élite azul.

—Sin novedad en el servicio, mi teniente —le oyó Salva expresarse con ramplona y estentórea dicción. Él, por su parte, se cuadró, le saludó rápido y conciso llevándose la mano al tricornio, y prosiguió la tarea.

El teniente correspondió al guardia primero y clavó los ojos en el otro

componente.

—¿Es esta la forma que tiene usted de dirigirse a un superior?

Con sorpresa y enojo, Salva vio cómo el teniente le llamaba la atención en el desempeño de su labor, y en presencia del paisano.

—Perdón, mi teniente, pero me encuentro instruyendo una denuncia…

—Y por si fuera poco —le cortó el oficial—, ha efectuado un saludo que no corresponde al arma larga que lleva; lo cual demuestra, además de una falta de respeto a la superioridad, una considerable falta disciplinaria que…

—¡Qué pasa, Miñón! —El infractor había sacado la cabeza hasta los hombros por la ventanilla.

Aquello era lo que faltaba para completar el cuadro. Y la noche.

—¿Quién es usted para hablarme así? —marcó distancias el oficial.

Una pizca de gozo bailoteó en las pupilas de Salva; quizás había calculado mal.

—Soy Agustín, el cuñado de Lucas Parra. Acuérdate de la comida del otro día. Yo era el de los chistes más verdes. ¡Que te partías el culo, colega!

—Ah, es verdad —reconoció el oficial un tanto azarado—. Perdona, pero no te había reconocido. ¿Qué haces por aquí?

—Aquí este *número* —inclinó desdeñosamente la cabeza hacia Salva—, que está empeñado en denunciarme.

—¿Y eso? —preguntó el oficial.

—Porque la furgoneta está de baja y porque dice que voy sin luces.

El teniente echó una ojeada.

—Es que vas sin luces.

—Ya, joder. Pero cómo ahora no circula casi nadie; y, total, para bajar al Caballo Blanco…

—¿Y es verdad que está de baja?

—Me parece que sí. Total, para lo que lo usamos; ya lo sabéis vosotros.

—No te preocupes, que esto lo arreglamos en seguida.

—Joder, pues eso decía yo, colega.

La pizca echó a volar.

—De todos modos, deberías tener más cuidado; podrías causar un accidente… —le advirtió el teniente con voz encogida, reveladora de lo embarazoso de ciertas amistades.

—Ya, ya —repuso Agustín, impaciente—. ¿Me puedo ir o no?

—Claro, Agustín, márchate. Ah, y coméntale el asunto al señor Parra.

Agustín sacudió afirmativa y beodamente la cabeza.

—Barahona —lo llamó el oficial—. Dale paso.

El guardia primero se apresuró a cumplir la orden.

Agustín, todo «agustín», se alejó sinuosamente, reflejando la carencia integral de luz en los pilotos traseros de la furgoneta; ni un simple reflectante, sólo huecos herrumbrosos. Salva no despegó los labios; su superior lo veía igual que él.

¿Quién era aquel mando para deshacer una actuación policial para la que él estaba autorizado como agente de la autoridad? Barahona tenía dos denuncias en su carpeta por nimiedades, y un infractor de aquel calibre se escapaba impune sólo porque su familia ofrecía comilonas a una cúpula de militarras sibaritas.

—¿Usted es el de la denuncia a la LITA, verdad? —le entró el oficial.

—Sí, mi teniente.

—¿Es usted un listillo, acaso?

—No, mi teniente.

—¿Y por qué se empeñó en cursar la denuncia antes de comunicarlo por conducto?

—Ignoraba que fuera lo principal.

El oficial remarcó el entrecejo.

—¡Que no me vaya de listo, guardia! —Retorciéndose las manos a la espalda, tardó en retomar la iniciativa—. ¿Cuántas denuncias llevan puestas?

Barahona abrió su carpeta, y con gran prosopopeya mostró los impresos rellenados al oficial. Éste respaldó con un murmullo de aprobación.

Y girando el rostro a Salva:

—¿Y usted…?

—Ahora mismo intentaba instruir varias que usted me ha anulado.

El oficial recibió la pronta respuesta con estupor.

—Pero bueno… —se quedó pensativo, y agregó, encolerizado—: Es usted un contestatario. ¡Y no se lo voy a tolerar! —De la espalda se trajo las manos, una al cinturón, la otra con el índice apuntándole—. Le recuerdo que no es guardia profesional y, por lo tanto, tiene mucho que aprender. Además —se dio a repasarle con insolencia y minuciosidad—: observo que sus botas están muy limpias. Eso es porque apenas se ha bajado del coche.

Desde la zona de penumbra, la jeta del conductor, con la punta de la lengua asomando como el glande de un perro, acechaba sardónica.

Del camino de la vega que bordea el parque, apareció un ciclomotor.

Un hortelano con casco y goma de riego en bandolera cruzó la carretera y circulando por el arcén venía hacia ellos, lento y ruidoso. En el transportín amarraba una esportilla de la que sobresalía el largo astil de un azadón, cuya sombra, a la luz ambarina de la travesía, se balanceaba en el asfalto como el mástil de un velero con tiempo proceloso.

Muy proceloso.

—Deténgalo e identifíquelo —ordenó el superior.

El guardia civil procedió. Se acomodó la correa portafusa y, con una mano levantada y la otra botando con suavidad una imaginaria pelota, le indicó que se detuviera.

—Buenas noches. Permítame su documentación y la del ciclomotor. —Pidió Salva con un enérgico pero cortés saludo, y sus palabras, aunque firmes, no eran en absoluto ofensivas, por mucho que el teniente estuviera delante.

El hombre, casi un anciano, hurgó en su raída chaqueta de pana.

—Ahí tiene, señor guardia —alargó con aire de ingenua cortesía un atado de papeles. El campesino tenía la hechura de esa generación que ya empieza a inclinarse sobre un bastón y que profesa con vehemencia que ser honrados y llevar la cabeza bien alta son valores superiores.

El oficial, sin moverse del sitio, profirió:

—Sólo queremos los que se le piden. Y dese prisa, que no tenemos toda la noche.

El campesino se puso nervioso y… Salva le ayudó. Entresacó lo preceptivo e informó al oficial de que no existían irregularidades.

Éste, escéptico, recogió la documentación y la examinó con calma. Una vez, dos. A la tercera dio la vuelta al Permiso de Conducción, y observó que un sello de la Jefatura Provincial de Tráfico advertía de la necesidad de que el titular usara cristales correctores, asimismo de la obligación de portar otros de repuesto. El hombre llevaba gafas.

—Muéstreme las de repuesto —requirió el oficial.

—Lo siento, guardia, no las llevo —confesó el hortelano, encogiéndose de hombros y frunciendo la frente; una frente arada de arrugas duras, de extenuación inmemorial, sin recompensa, sin tregua. Sin protección pública por su trabajo honesto y ecológico. Gestos apocados que apuntaban un miedo atávico y clandestino. Y real.

—Lo primero no me llame «guardia». Yo soy teniente de la Guardia Civil. Y si no tiene el repuesto —encaró a Salva—: escriba. Ya tiene la denuncia que quería.

Salva experimentó un trallazo de dolor, de tortura.

—Se trata de un conocido de la localidad, mi teniente —murmuró de

espaldas al campesino, dirigiéndose al superior con un impulso consternado—. Además, el instructor soy yo y…

—Obedezca y cállese.

Y entonces lo supo.

De golpe, Salva comprendió cuánto separaba a la Guardia Civil —la del remolino a la derecha— de la base del pueblo que aquel hombre y él mismo representaban —la del remolino a la izquierda—. Carrasco tenía razón, Félix la tenía. Todos la tenían y él no se enteraba; que la Guardia Civil, susceptible de convertirse en Cuerpo de Seguridad Ciudadana, se trunca en el escalafón de los oficiales y que ellos, los Servidores, son la carnaza de su altivez y su molicie.

Comprendió, además, que se hallaba ante una encrucijada, que asistía a un enfrentamiento ancestral y recurrente y que debía tomar partido: por un lado, el ajado campesino y su inmolación a la tierra, postergado por los gobiernos teledirigidos por la ingeniería financiera; por el otro, la anquilosada aristocracia de un Instituto armado que, celosa de perder sus privilegios, se justifica y se ensaña con los más débiles.

El campesino alegaba su total ignorancia.

—«La omisión de las Leyes no exime de su cumplimiento» —se ratificaba el teniente—. Vaya escribiendo, guardia.

Añadió el hortelano a modo de súplica y de clemencia que siendo eso así compraría otras gafas, aunque para ello tuviera que estrujarse en la huerta durante semanas. De nada le sirvió. Como tampoco le ayudó manifestar que únicamente pretendía cruzar la carretera y no transitar por ella más que los cuarenta o cincuenta metros insalvables hasta la bocacalle de su casa.

Finalmente, indefenso, asustado, el hombre enmudeció.

Pero Salva no podía soportarlo. Era una encrucijada y decidía por sí mismo.

—Creo, mi teniente, que estoy en mi derecho…

—¿Me está desafiando? —tajó torvo el oficial.

(No. Sólo me gustaría meterte un balazo)

Salva tragó saliva, apretó los dientes; la ira le cuadriculó la cara. Un meritorio indicio de coraje; pero del todo inútil, porque eso fue todo y sin más ulterior osadía pasó a cumplimentar los datos de la denuncia, temblando de rabia, empero cumpliendo las órdenes: sumiso, atribulado. Cobardemente. Una marioneta o un pelele a merced de reductos fascistas.

¿Quién le había dicho eso antes?

Cierta perturbación críptica se revolvía en el fondo de su ser, que se empeñaba en ascender sin orden ni concierto y las letras le salían trémulas.

Entregó a la víctima el resguardo de la denuncia. Pensó que aquel hombre les imprecaría, harto de iniquísimo desamparo, de impotencia insoportable. Como él. Una semana, puede que dos o más, de trabajo voraz sobre una tierra socavada por diabólicos dandis que sólo saben de números, para justificar a otra casta de ortodoxia infrangible y no menos abominable.

El hortelano se contuvo, admirando Salva, desde su indigna subordinación, la entereza con que soportó el hostigamiento, implorando lo justo, sin malgastar autoestima.

El oficial recitó uno de los artículos del Reglamento.

El hombre alucinaba.

Salva también.

El pueblo acosado por la élite militar fue autorizado a marcharse.

—Es usted demasiado joven para ser capaz de distinguir cuándo los infractores tratan de engañarnos. Ya lo advirtió el señor teniente coronel —el oficial se le dirigía con la voz, guardando la distancia física, entonando un grado de culpabilidad que pretendía extrapolar a un ente superior—: «… El guardia civil no debe ser temido sino de los malhechores, ni temible sino de los enemigos del Orden y del Fisco». Si muestra temor, es porque algo habrá hecho. Paso corto y vista larga. Espero que no se le olvide, *guardia eventual*.

—Pero el instructor de la denuncia era yo y… —Salva se calló, porque no sabía de palabras que expresaran sus sentimientos, revueltos de aflicción y furor, de odio y temor.

—Lo ve. Ya está usted otra vez faltando el respeto a la superioridad. Y usted no está aquí ni para opinar ni para pensar: sólo para obedecer —se estiró la guerrera del uniforme, se colocó el colocado tricornio—. Si se le olvida, le aplicaré el Régimen Disciplinario por *Réplicas desatentas a un superior*. Y súbase el sombrero, que lo tiene en las cejas. Barahona —descartó a Salva—: la papeleta, que la firmo.

Tiró el garabato y, con aire de adusta complacencia, se encaminó al coche: el conductor se abalanzó a la portezuela, que abrió con ostentosa y servil complacencia.

Agarrado a la puerta, el oficial se volvió al impenitente subordinado.

—Aprenda de los guardias viejos, que no protestan y obedecen. Vámonos, Bautista.

¡Se llamaba Bautista, el fámulo!, quien bordeó el auto con un rictus de rata y se lo llevó.

Y Salva ardiendo de furia.

—He jodido a un pobre hombre —rugió para sí.

Barahona compuso una sonrisa etrusca. Recurriendo a su exaltada degradación, proclamó:

—La experiencia, la experiencia. Sigue mis consejos y dejarás de meterte en líos; los veteranos sabemos cómo tratar a estos pollinos, je, je.

Se encendió un ducados, que prendió con exultante —e insultante— petulancia.

—Le has jodido. ¡Vaya que sí! —sus belfos vomitaron palabras y humo con una simultaneidad estúpida—. Ese siempre va a trabajar en bicicleta, y para una vez que sale en moto, le cae una multa, je, je. Paso corto y vista larga, dice; le ha faltado añadir *y mala leche*. Por lo menos las mías estaban justificadas a plena vista. Lástima que no quisieras hacerme caso. Te has puesto gallito y casi te crucifican, je, je. Normal. Son casi treinta años, qué güevos. —Pegó una calada y exhaló sin humo—: La experiencia es un grado, muchacho —y se ralentizó en soltar un lánguido cono humeante con un visaje placentero que, sin duda, dimanaba de resentimientos aliviados. Raras veces los hechos debían de coincidir tan a propósito con un consejo salido de su bocaza de caballo.

—Esto es una mierda —masculló Salva, dejándose caer el borde del tricornio hasta taparle las cejas.

De repente se apagó otro de los focos acuáticos en la fuente y Salva quedó talmente anegado. Hundido.

De pie, medio giboso, los brazos caídos y contemplando el parque difuso —como su suerte—, creía hallarse en el paso, no de un asfalto, sino de una pesadilla.

Barahona volvió a sonreír. Estaba de oferta y, por consiguiente, le daría otra lección, también avalada por su grado de *caimán*.

—Puedes consolarte pensando que cumplimos órdenes. Déjate llevar y acertarás. Son muchos años en el Cuerpo, y ahora que por fin me han dado vivienda y tengo la familia instalada, haré lo que me digan hasta que me retire o me vaya a mi tierra. Tú también tendrás que hacerlo, por la cuenta que te tiene. Aligerando.

Cacofonías de la *realidad subyacente*.

—¡Esto es una puta mierda! —reventó.

Con qué esmero había bailado al son que le habían tocado.

Impresionante demostración de cobardía, Juan Salvador Gaviota de los cojones.

Y los cobardes no merecen compasión.

En cada parada se bajaba y deambulaba. Se sublevó un viento —¡ah, el viento sí podía!— que estremecía los árboles y sus pensamientos, desbaratándole sueños, pulverizando sus antiguos francos anhelos,

hirviéndole de asco (*asko* cuartelero). Un ejercicio de introspección en el que se vaticina inclinado, a rastras con su féretro de agente de la ley.

¿Por qué era tan diferente la Guardia Civil de base de la Cúpula?

Interrogación insoluble que disolvía su cabal ambición por un Cuerpo gradualmente revelado como una Institución obsoleta, espuria. Totalitaria y cruel.

Si el hombre hubiera golpeado al oficial verdugo con el puño o el azadón, él no lo habría impedido.

Pero nadie haría nada.

No el sueño. Ni el frío.

Sólo la ira le sofocaba.

Si pudiera estar con ella.

Soy una marioneta.

Se fue al catre con el nuevo día.

¡Soy una marioneta!

Un estribillo que le retumbaba en el cerebro como una siniestra y machacona canción de verano. *Los hilos que te manejan no se ven y dentro de poco ni los notarás*. Todos sus compañeros lo tenían claro.

Todos cruzados de brazos y la cerviz doblada.

Él no era así. *Ya no*.

No le ganaba el sueño. En un duermevela de telaraña, un pensamiento como un arácnido insidioso le deshilaba del sopor a la vigilia.

Eres una marioneta…

Feroces paradojas, acrecentadas con el paso de los días, minaban su tesón profesional. Paradojas que sólo él parecía advertirlas en toda su aniquiladora intensidad. No había manera de hacerles ver su error; y así su juventud, su ansia de justicia, potestad y emoción policial, eran desairadas por inconsciencia o por insensata soberbia.

«Dadme una oportunidad, dejadme que os muestre lo que he encontrado.»

«La Bandada parecía de piedra.»

Confinados en un claro oscurantismo laboral, dóciles o fulminados al impulso de la rutina, incapaces de percatarse de su impúdica resignación, cuentan los demás el primer tiempo del saludo militar y el *a sus órdenes, no hay novedad*. Únicamente la nómina lenifica el giro de tuerca, distrayéndoles de la sistemática mediocridad cuartelera, la que inician antes de uniformarse, coger la papeleta y soltarla; que indefectiblemente repiten cada vez que se sale, se vuelve y se vive en el pabellón oficial. No discurre un minuto en que no esputen del Cuerpo, del servicio, de los perniciosos que son los jefes, de las dietas arbitrariamente retenidas, de las

osadas iniciativas que llevarían a cabo si lo que les ocurre a los demás fuera con ellos. Bla, bla, bla. Radio macuto y sus fantasías de perdedores: bravuconerías de trienios. No les interesa la política ni la cultura; ni la economía más allá de los haberes: fútbol y poco más. Sólo perciben la agresión del Régimen cuando son de frente importunados. Entonces toda su volición de protesta la concentran en una tediosa locuacidad imprecativa con la que a veces sondean sus tristes vidas de soldados de infantería, que en buena o mala fortuna no son más que una religión de hombres honrados y sufridos que «casi todo» lo hacen por la Patria. (Un poema de Calderón de la Barca multicopiado y corrompido en los cien pasillos que tramitarán camino de los despachos de sus señorías.)

¡Ag, qué bandada de gansos! Y encima le están marginando, exiliando.

«¿Son ciegos acaso? ¿Es que no pueden ver? ¿Es que no pueden imaginar la gloria que alcanzarían si realmente aprendieran a volar?»

En medio de tan febril insomnio y ante la evidencia de una servidumbre inexorable rayana en perversión, se removía, se encrespaba como un poseso. ¿Cómo rebelarse? ¿Con qué medios? Dudaba.

De si infería o deliraba.

2

Sentía que le faltaban referencias, experiencia. Zarpazos empíricos. Astucia peculiar para aliviarse del lastre de tantas herrumbrosas ordenanzas y de su peculiar interpretación por la oficialidad. Se sabe un soldado perdido en territorio hostil; con lugar donde reposar, empero. Anabel. Pero apenas si logra impregnarse de ella durante las escasas y rapidísimas horas que pasan juntos. ¡Cómo la necesitaba! Y ella que continuaba mostrándosele refractaria, misteriosa, esgrimiendo pretextos nebulosos para no verse más que en la capital. Pendiente de horarios de trenes o autobuses, las citas tenían la duración de relámpagos, y su ósmosis espiritual —la otra flotaba en expectante pero no en obsesiva utopía— quedaba siempre insaciable. *Insaciable.*

Y así, loco por dar con algo que lo distrajera y lo llevara hacia ella a discreción, buscó a Eufemio el churrero, a quien le había oído decir que un vecino suyo tenía en venta un viejo R-12. No había podido ahorrar mucho, así que era lo único asequible.

Con el consejo de Monti —que entendía de coches lo que él: nada— y con la conformidad de Teófilo *el mecánico intrépido* —quien opinó que por el precio de venta valía la pena—, Salva se lo compró. En el cuartel todos consideraron que la adquisición había sido buena, pero sobre todo

insistieron en que había que «mojarlo».

Con la excepción de Barahona, que prestaba servicio de Puertas, el brigada que estaba fuera y el cabo que tenía visita, el resto enfiló al Manola. Faltaba Carrasco, pero éste no contaba para nadie.

Fue pura casualidad encontrárselo en el bar. Y para pasmo de todos, aceptó de Salva —por pasiva— un Chinchón. Los demás pidieron tanques de cerveza y raciones de oreja, callos y patatas al alioli. Salva estuvo tentado de advertirles que gastarse en el convite lo que se había ahorrado en la adquisición no era lo previsto. Pero si objetaba en ese sentido no le tomarían en serio; además, reinaba un ambiente de genuina campechanía que bien valía un derroche extra.

De inmediato azuzaron a Félix para que animara el cotarro.

Se hizo el remolón lo justo para que le instaran un poco más, se palmoteó la panza y, a modo de preludio, empezó:

—Antes de contaros ningún chiste, os voy a referir lo que me pasó el otro día, estando de Puertas: Llama un tío al cuartel y me pregunta que si es la lechería. Le digo que no, que es el cuartel de la Guardia Civil, y me suelta: «Peor leche todavía», y me colgó.

Entre risas prosiguió:

—Uno que entra a una óptica y pregunta: «¿Tienen gafas con valla?» «¿Y eso…?», le responde mosqueado el dependiente —risitas generales—. «¡Es que tengo los ojos muy saltones!» —gritó y las risotadas llenaron el bar. El Gómara y Matías el Sordo, que andaban por allí, se agregaron.

Luego cada guardia tuvo que contar uno. El penúltimo fue Velasco.

Fiel a su línea, con libidinoso guiñó a la Manoli, que le devolvió otro asaz elocuente, preguntó:

—¿En qué se parecen las hojas de laurel en una comida a los pelos del coño? —Hasta Félix sacudió la cabeza—. En que los apartas y sigues comiendo. —Manoli le dio un manotazo en el hombro y se echó a reír con los demás. Matías el Sordo se delató con una carcajada desdentada y el Gómara se aclaró la garganta vaciándose el chato y pidiendo otro.

Le tocaba a Salva, quien trató de escaquearse, pero no le dejaron. Con esfuerzo, recordó uno que creyó original y, por qué no, divertido.

—Un amigo a otro le pregunta: «¿Sabes la diferencia entre ignorancia e indiferencia?» Y el otro responde: «Ni lo sé, ni mi importa».

Sólo se rio él, y poco.

Dada la jocosa confianza, le abuchearon y le dijeron que menos mal que iba a ser él quien pagaría, porque de lo contrario tendría que haber salido pitando.

Con el descenso en las risadas, Félix volvió a la carga y el jolgorio se

convirtió en uno de esos momentos en que uno se olvida de todo y disfruta y nada más. Las rondas se sucedían. El recio de Carrasco, con ojos soñolientos y displicentes, aceptó otra copa sólo porque Manoli se la llenó sin previo aviso; acaso sin darse cuenta y como silente espectador se fue dejando involucrar.

Después de unos relatos tronchantes con el barrigudo guardia, pasaron a bromear acerca de la afición de Salva de hacer gimnasia y correr. Se cachondeaban diciéndole que «sangre que riega músculo, no riega cerebro»; y ahí le tocaron la fibra sensible. Sin parar en las consecuencias, retó al gordo de Félix a un pulso. Pero en cuanto se percató del error, trató de desviar el negocio.

Demasiado tarde. La chusma que tenía por compañeros le cogió la palabra: arrastraron una mesa con dos sillas y al punto se amontonó toda la gente del local en un cerco escandaloso.

Sin que pudiera determinarse quién tenía más seguidores, el personal solía animar al que cedía verticalidad en los antebrazos; pero se podía asegurar que los más jóvenes estaban por Salva y los más viejos por Félix.

El primer pulso lo ganó Salva. El segundo resultó harto reñido, interminable. Los participantes persistían con miradas desafiantes. Cualquier movimiento con el cuerpo era considerado una ayuda extra según el simpatizante que censuraba.

—Vamos, vamos, que el pipiolo ya cae —jaleaba Nieves.

Félix no respondió, pero al poco, tomando aire, bufó:

—Déjate, que una cosa es predicar y otra dar trigo.

Esto levantó joviales comentarios, y Matías el Sordo, que lo captó, se apresuró a amenizar con sus versos:

Y así, al tratar de la usura y la caridad

Y dando ejemplo en cierta aldea, y en el templo

Reparando en la sequía

Predicaba el señor cura:

“¿Cuándo se ha visto subir

El trigo a 50 reales?

Si Dios bendice el sembrado

Y hace que la miel florezca

Es para que no perezca

El pobre necesitado.

Pues yo aliviaré vuestros males:

Id a mi casa y allí tendréis

El trigo a 20 reales”

Y los feligreses al salir, iban diciendo:

“Dios le dé cuanto desee

Si es el dulce consuelo

De los pobres de la aldea”.

Y uno que el sermón oyó

Al cura se presentó.

¿Qué hay, hermano? —dijo el abad.

—Señor: la necesidad.

—Basta, basta. Querrás grano.

—Si usted hiciese el favor…

De venderme una fanega.

—Sabrás el precio actual.

—Tenga usted, sus veinte reales.

—¡20 reales! —dice el padre—.

¡Jesús, qué majadería!

Tú me tomas por necio.

—Como usted fijó ese precio

Desde el púlpito, hace bien poco.

—¡Ay, hermano!

Una cosa es predicar

Y otra dar trigo.

Las carnosas mejillas de Félix parecían desangrarse. Salva resistía.

Goyo apuntó que la fuerza de Salva radicaba en la costumbre que él le había arraigado de comer chocolate, y cuando para defender esta teoría mencionó que los aztecas lo usaban para potenciarse sexual y anímicamente, Velasco no dudó en tomarle en consideración.

—¡No jodas! Luego me tienes que explicar eso.

Lo notaba Goyo y los expertos en nutrición no se lo reprobarían. El chocolate posee un efecto cardioprotector y está cargado de minerales y antioxidantes y otras sustancias que propician efectos de naturaleza un puntillo alucinante. Goyo tiene su método particular para no doblegarse al militar estrés y Salva el suyo, que es el deporte al aire libre y ambos combinados son una fuerza psicosomática sin parangón. El de otros es el alcohol en forma de cañas, cubalibres, Chinchón…

Cansado de forcejear tan en vano, Salva dio con el dorso de su mano en el tablero. Ya fue una suerte extraordinaria haberse llevado una vez semejante brazo, que le recordaba un balaustre barroco. Sentía su pobre extremidad macerada, exangüe. ¡Menuda locura!

He de ser más cauto; he de dominar la lengua. Ha sido este un caso trivial y gratificante, pero la lección es otra y no debo olvidarla.

¿Por qué se reprochaba tanto? *¿Para qué se preparaba?*

La estampida al Manola a cuenta del coche fue perdiendo gas. Salva pidió la cuenta y pagó encantado, incluidas las consumiciones del Gómara y de Matías, así como una ronda para el resto de los parroquianos.

Félix dijo que con el *pedal* que llevaban algunos resultaría muy fácil robar en la demarcación, y Carrasco intercaló que «beodo o sobrio, un robo de ganado seguro que se producirá esta noche». De vuelta al hogar cuartelero fueron mareando el tema del pulso.

Pero con quien en verdad Salva quería «mojar» su barata adquisición era con Anabel. La excusa ideal para sentirla en algún lugar más recogido que el techo celeste y la trasera de un templo —*el rincón del viento*.

En el cuartel, Monti y Salva se vieron emparejados para el próximo servicio. Ambos lo celebraron. Se sabían restringidos por el caciqueo local y aun así apostaban por confiar en que la esencia primigenia del guardia civil se impusiera sobre la corrupción y los amiguetes de los jefes.

Aunque no mucha, quedaba ilusión.

XXIII. EN BUSCA DEL TRUENO

1

Abrió los ojos en la apacible madrugada. En el radio-reloj música del recuerdo con *Moody Blues*. Salva se deslizó al suelo. Se llegó a la ventana y contempló la calle solitaria, el campo hundido en la noche, la masa oscura de Los Varales.

Ajetreo de luces en Las Torcaces: vitalidad sospechosa.

Después de lavarse la cara, tiró del *Petete*. Las dos horas que faltaban hasta la salida de servicio las emplearía en pertrecharse de conceptos legales. Alguien en la Academia le había enseñado demasiadas cosas de militares y muy pocas de policías. A pesar de todo, se consideraba un optimista incorregible, un creyente de su profesión. Un indómito del espíritu original. Si Monti resistía, él también. Esa mañana volverían a salir juntos y confiaba en que si surgía algún incidente, pudieran bandearlo con mejor suerte que la intervención en la fábrica de uralitas, y desde luego no permitirían que nadie les tomara el pelo.

Sin embargo, ya no se ve majestuoso en sus ensoñaciones, y lo que es peor: tampoco se le permite actuar como agente de la Seguridad Ciudadana, investigar delitos, aplicar la Ley sin restricciones pero con mesura… Se vislumbra solo, haciendo algo que nadie quiere hacer y tiene la sensación de que cae mientras se aferra a una invención.

Un psicoanalista o galeno análogo le habría diagnosticado ansiedad sexual. Pero no tiene nada que ver con el sexo, sino con el *seso*.

Ha decidido arriesgar a tope.

Repasaba con ávida disposición el *Reglamento de Caza y Ley de Medio Ambiente*, pero el jaleo de luces en Las Torcaces no le permitía embeberse por entero y a base de bien. Tan pronto salieran, se acercaría a la granja. Husmearía como pudiera y al camión lo detendría a la primera ocasión que se le presentara y lo inspeccionaría con detalle y suspicacia.

A las 5.30 el reloj de Monti pitó intermitente durante un minuto, al cabo del cual el Polilla surgió soñoliento y torpe.

—¿Desde cuándo llevas despierto? —bostezó—. No pensaba que fueras tan asfixiado con los Reglamentos. El Gran Jefe te acojonó, ¿eh?

—No digas tonterías —se picó Salva—. Tenemos papeleta por la serranía de Machaquito. Ojeo la Ley de Caza por si damos con algún servicio interesante.

—Ojalá. Ya estoy cansado de poner denuncias a la gente del pueblo. No sé si te habrás dado cuenta, pero cada vez nos miran peor; claro que como tú paras poco por aquí. ¿Tienes alguna pibita por ahí? —le interrogó con otro bostezo desde el baño.

—Quién sabe. —Y para no darle tiempo a que insistiera—: En cuanto a las denuncias, creo que deberíamos pasar del Jefe y sus lameculos y dedicarnos a cosas importantes.

—Hoy estaremos dos superpolis —exclamó Monti hacia su cuarto.

Salva pasó a una preocupación muy concreta.

—Me gustaría que antes nos diéramos una vuelta por Las Torcaces. ¿No te parece raro el trajín de luces que puede verse? —Pero Monti no le escuchó y Salva no quiso levantar la voz por si Carrasco asomaba con la Star en ristre.

Sí volvió a sondearle tras el positivo ceremonial de filigranas.

—Son gente trabajadora estos Moisés —opinó Monti—. Y con nosotros se portan de vicio. Ya verás pasado mañana con la Patrona: cordero a tope, vino, bebidas…

—Ya. Pero yo me refiero al sospechoso ajetreo a estas horas, todavía de noche.

—*¿Sospechoso…?* Últimamente andas de un escrupuloso bastante subido, Salva. Tranquilízate, hombre, que América se descubrió hace mucho tiempo.

Desde el STOP de la 215 se percibía la marcha de unos faros —los del Ebro-2000, estaba seguro— que dejaban la finca. Con un poco de suerte, lo interceptarían en el puente del molino.

—Te advierto de que esa presentación no figura en papeleta.

Salva recordó que la ruta había sido prefijada por la Línea, y como otras muchas marcaba itinerarios y puntos de vigilancia absurdos. Y que saltarse ciertas presentaciones suponía una falta muy grave…

—Sólo serán cinco minutos; venga, acelera —sintió que un miedo súbito le encogía el alma.

Pero al poco de apartarse al camino de la Vega, en espera de la llegada del camión, de la opacidad de la alameda del puente, sigiloso y de improviso, surgió el gitano Melquíades.

En un confidencial susurro, el Calaíto les informó acerca de un par de vehículos que minutos antes se habían detenido y comentado en voz alta el camino que tenían que tomar para «sacar algo y pasar una mañana de güevos». Eso era todo. Sin duda, se trataba de furtivos. Furtivos del tipo que Salva y Monti anhelaban atrapar. Le dieron las gracias y las felicitaciones por la captura de esa noche: un soberbio jabato con el que

yantaría una semana.

—¿Qué hacemos, Salva?

—¿Cómo que *qué hacemos*?

—Sí: que si tiramos para Las Torcaces o buscamos a los de los coches.

—¿Tú qué dices?

Maldita disyuntiva.

—A por los furtivos.

El feo asunto de Las Torcaces copaba todas sus ansias. Y sus peores temores. Pero había casuales furtivos muy cerca… Era aquello un pretexto ideal. No podía quedarse a indagar. Vicisitudes poderosas se lo impedían, que si no… Comprendió que su instinto de conservación había prevalecido sobre su osadía. Monti rodaba con la cabeza por fuera de la ventanilla.

—No oigo nada. Pero me juego lo que quieras a que estos son los de los robos de ganado. Qué suerte. ¡Qué suerte! Esta vez la medalla cae. ¡Entero y a base de bien! —gritó, esquivando baches y de todos ellos saliendo con botes mareantes.

—Más despacio, hombre —pidió Salva—. Que después de mi compra ya no me queda dinero para arreglar coches de nadie.

—Pero si este no se rompe —soltó el Polilla con embalada negligencia.

Salva se enfureció consigo mismo por la cobarde hesitación a la que se había abandonado. Se juró que a la próxima haría todo lo posible —y quizás lo imposible (desde luego lo irreglamentario)— por no cejar en tirar de cualquiera de los cabos corruptos que tenía a la vista: coincidencia de papeletas anticipadas con los robos de ganado, salida a horas extrañas de Las Torcaces, escoltas subrepticias del teniente a particulares… sólo a uno…

—Con tan ruidosas prisas, nos descubrirán —objetó Salva, saliendo de la comezón.

El Polilla frenó al punto.

—¡Es verdad, es verdad! —exclamó con ansiedad—. ¿Qué propones?

Salva propuso vigilar desde un alto.

Monti atacó el sendero de un cerro cuya cumbre se recortaba contra la lividez de un cielo todavía estrellado y fosco. En la trémula disposición de los astros ella encontraba la paz, el sosiego del espíritu, la respuesta a la insidia de ciertos congéneres asoladores. Salva sentía que él, asimismo. El Land parecía a punto de explotar. Se acordó del terror que le infundía en sus primeros servicios. Ahora casi le enardecía aquel traqueteo infernal: *casi*, porque el maquinorro se encabritaba en los límites del equilibrio…

Les subió, y de milagro no los encaramó al lucero del alba.

Monti paró el motor al borde de un infalible precipicio.

—Así los oiremos mejor. —Se bajó y trepó al capó—. No veo nada —dijo, impaciente.

—Con esta doble luz es difícil —apuntó Salva—. Sean los de los robos o cazadores furtivos, debemos esperar; puede que hayan atravesado la sierra y ahora estén en otra demarcación.

Avizoraban en silencio. Una serenidad fría y el despunte de la alborada era todo lo que llegaba a sus sentidos. Subieron los cuellos de sus tres cuartos y soplaron tenues cucuruchos de vapor. Los minutos pasaban sin novedad.

—¿No ves luces? —preguntó Salva, dedicando la mirada hacia el punto cardinal por el que ahora debía de rodar el Ebro. ¿Aguardando la llegada del oficial? ¿Escoltado ya? ¿Hacia dónde? ¿Con qué? ¿Por qué?

Ella le ayudará.

—Si se movían por aquí, nos habrán oído y me temo que estamos perdiendo el tiempo —se quejó Montilla, absorto en el borroso paisaje; en la retaguardia de Los Varales trazos anaranjados avisaban de que la luz dominaría la faz de la tierra en menos de una hora.

De pronto, ascendió un trueno.

Surgido de los confusos huertos, la noche pareció replegarse más deprisa.

—¿Has visto algo? —volvió la voz hacia Monti. Él nada en absoluto.

—No. Pero es por el río —aseguró el Poli, oteando con desesperación—. ¿Conduces tú o yo? —preguntó, resbalando al suelo.

—Tú; que conoces esta zona mejor.

—Sí, eso. Conozco un atajo.

Quitó el freno, se frotó las manos y dejó caer la *cafetera*, en picado.

Crujían el bastidor, las amortiguaciones, las puertas; los cristales de las ventanillas retemblaban a punto de hacerse añicos cuando el motor bramó fierro provocando con la puesta en marcha un derrape que entregó el vehículo en aras de un albur tremebundo.

Con idéntica emoción que un forofo de los videojuegos —tal que él mismo—, el Polilla picaba morro por sobre gibas y zanjas en acrobacias funambulescas hacia la llanura tenebrosa.

Y Salva, aballestado entre el techo y la guantera, como resistiendo un accidente. La loca bolita-brújula girando a espasmos.

—¿Estás seguro de que esto es un camino? —tartajeó al son del golpeteo.

—Bueno, la última vez que estuve por aquí, creo recordar que sí. ¿O

no era por aquí…?

—Eh, déjate de bromas. —Salva fue a pedirle explicaciones, pero trocó las palabras por gruñidos cuando su cabeza comenzó a tamborilear contra el techo.

Monti botaba como si fuera de una sola pieza con pivote en las manos aferradas al volante, el cual manejaba como si se hallara abismado en una realidad virtual, como si al otro lado del parabrisas una pantalla de vídeo conectada con los asientos deslizara una sucesión de imágenes traqueteantes y lóbregas.

Pero aquel descenso no tenía nada de virtual: caían y caían.

Monti creyendo que conducía…

Un aplastamiento del morro, un salto, cinco o diez mil botes, y luego una horizontalidad ruidosa y torpe.

—¡Para este trasto! —gritó Salva al darse cuenta de que por fin rodaban por el llano.

—¿Decías algo?

—Que pares. ¡Que pares ahora mismo! —exigió el otro a voces, palpándose la cabeza tal que un mono.

Monti clavó la *cafetera*.

—Creí que te iban estas movidas…

—Y me van —bufó Salva—. Lo que no me va es que me quieran matar.

—Ya sabes que soy un conductor experto.

—¿*Experto*, eh? —Ante la ingenua mueca de irritación de su compañero, Salva concretó—: Es que no quiero que nos hagan pagar un coche nuevo, ¿vale?

—Está bien. Como no te fías, conduces tú —le exhortó Monti, sin enojo —. Ya veremos si tienes que bajar por un cerro como ese, lo haces mejor que yo —y con el dedo se llevó los ojos de Salva a la ladera… Sintió un escalofrío: ¿de verdad habían descendido por aquel despeñadero o estaba ya muerto y rememoraba que vivía?

Una resonancia o pequeñas explosiones en cadena les confirmó que aún se hallaban entre los vivos y que tenían pendiente dilucidar una infracción en extremo inusitada.

Tras un cómico vacileo «lo llevas tú», «que no, que lo lleves tú», Salva se hizo cargo de la conducción. Después de recorrer un par de kilómetros en la dirección del estruendo, por los agostados flancos de la vega, al pie de las estribaciones de Los Varales, desalentados por no ver ni oír nada revelador, Salva optó por detenerse junto a una choza y reconocer los alrededores a pie. Monti repitió la escalada a la atalaya de chapa y Salva marchó por los eriales hasta el río.

Aunque el alba se hacía fuerte, su luz no esclarecía el misterio. El río serpenteaba indistinto hacia un ramal de sierra que a modo de avanzadilla o tentáculo depredador se abalanzaba sobre su cauce, dando la impresión de que lo mandaba a desembocar al centro de la Tierra, ya que ni siquiera se divisaba que hubiera sido capaz de sobrevivir en una laguna o ciénaga. El plano visual era el de un paisaje xenófobo en loor de una orografía desdeñosa de los principios hidrográficos y su feraz proposición. *¿Qué harían en aquellos instantes la cuadrilla de salteadores?*

¿Y si no eran ellos?

Mientras paseaba, reparó en un chapoteo de ranas que en una charca tangente a la orilla se alborotaban entre carrizos y piedras brillantes. Asustados, los saltarines batracios huían por el centro de un círculo de ondas concéntricas y ya no se volvía a saber de ellos. La profundidad no superaría una cuarta, pero Salva conjeturó que ni en pleno mediodía localizaría sus refugios subacuáticos. Una hora en que aquel redondel acuoso erizado de carrizo ultraverde, frente a un paraje de presierra, yerma y pedregosa, debía de resaltar como un minúsculo oasis en mitad del desierto…

La abstracción fue desbaratada por un grito de Monti:

—¿Ves algo?

Salva negó levantando la mano.

Creo que somos dos entusiastas intolerables. Hace tres horas que erramos fuera de la jodida papeleta, persiguiendo un ruidoso indicio que bien podría ser un trueno (miró el cielo y comprobó con alivio que permanecía por completo despejado) *o una descarga de cohetes lanzados por algún pastor de la sierra como solaz de su monótona faena. Si no damos con algo que nos justifique, nos vamos a comer un marrón de calabozo*.

De repente, se sintió exhausto. Dio una patada a un terrón seco.

De un árbol barrigudo y sarmentoso, despegó una lechuza. Salva la estuvo siguiendo con la vista, hasta que unas luces que el espectral aleteo hizo parpadear desviaron entonces su atención.

Echó a correr.

Monti, al verlo acercarse como si huyera de una fiera, bajó dando saltos de cabra.

—¿Dónde, dónde? —Y de los resuellos y mudas indicaciones de su amigo, dándose un palmetazo en la frente, coligió—: Eso es el soto de los Castaños. ¿Estás seguro? ¡Qué raro! Allí no suele haber caza. Todo lo que hay es una vieja presa, medio derruida y abandonada. Segurísimo, dices. Bueno, vayamos a ver. Esos van a caer ¡entero y a base de bien!

Discutieron si acercarse con la escandalosa *cafetera* o a pie. Se decidieron por lo segundo, a la carrera: Monti impetuoso y sordo.

—No corras tanto que te agotarás en seguida —le advertía Salva.

Monti avanzaba con más entusiasmo que pericia. Antes de salvar la primera fanega a cruza barbecho, le alcanzó Salva; empezó a quedarse atrás. Dio unas zancadas de borracho, plantó el cetme y se hincó a cuatro patas.

—Tenías razón: no debí salir tan rápido —jadeó al terruño.

Salva le ayudó a levantarse y el otro prosiguió dócil y anhelante.

—Tenemos que entrar como en un golpe de mano, ¿eh? Si hace falta nos comunicamos con silbidos, imitando a los pájaros; nos pondremos al abrigo de una depresión, pero sin apelotonarse para no ofrecer un blanco fácil a la reacción de la artillería enemiga, en este caso a la visual de los infractores; abriremos pasillos de limpieza para avance, escucha, avance —acezaba el Polilla, presa de su imaginación delirante—. Y para terminar, irrumpiremos por sorpresa, ¿vale?

Reo de ilustraciones armígeras y tácticas militares, infirió Salva.

Quiso refutarle un par de cosas. Se limitó a apercibirle:

—Vale. Pero encórvate más o nos verán. —Iba tan sumergido en su papel de soldado que lo descartó por no ofenderle.

Ingresaban en el soto, apartando zarzas y ramajes con cautela, cuando retumbó un eco parecido al anterior, vago y nítido a la vez: como el rugido sofocado de un ogro bonachón, martirizado por fuerzas desconcertantes y neciamente malignas. Nubes de pájaros emprendieron vuelo en todas direcciones. Monti se metió en una parva de cardos, al punto retrocediendo y ahogando un aullido.

Salva, rodilla en tierra, logró descifrar el enigma.

Resultaba cómico verlo librase de los traicioneros elementos naturales que no le dejaban recrearse en su ficción de soldadito heroico, como los verdaderos españoles, según las efemérides académicas.

Le aconsejó, entonces, mudar la técnica *Cómo combatir sin desmayo como un valiente*, por simple y práctica Técnica Policial. Es decir: estudiar con lógica los hechos, observar, deducir, asegurar la conservación de pruebas incriminatorias.

—Entero y a base de bien —concedió Monti.

Retomaron el avance, en cuclillas, el Polilla incapaz de mantenerse en silencio.

—Ya te dije que este servicio me daba buenas vibraciones. ¿Te lo dije o no? ¿A qué esperamos?

Salva se injertó en un pelotón de arbustos, y se volvió para interrogarle.

—¿Pero sabemos lo que tenemos que hacer, sin riesgo de

columpiarnos?

—Por supuesto que sí —contestó el Polilla—: aparecemos y les preguntamos por lo que están haciendo. Como es evidente que están pescando ilegalmente, se vendrán abajo. Los identificamos, y adelante con la denuncia.

—Eh, eh. Esto es un delito —le avisó Salva.

Monti arrugó la frente.

—¿Qué delito?

—Tenemos a cinco tipos que hay que detener, llevarlos al cuartel, avisar al juez; ya sabes…

—Un delito —repitió el Polilla, perplejo—. ¿Estás seguro?

—¿Es que no lo ves? —se inclinó Salva, tenso hacia al jefe de pareja—. Son pescadores furtivos y están usando explosivos.

Alguien voceó:

—¿Mantengo el foco o no?

—Y además, se auxilian de luces artificiales para atraer a los peces —añadió Salva.

—Mantenlo, por si acaso —respondió un tipo con media melena canosa, arrojando unos cables al agua—. Los peces acudirán a la luz a pesar de que ya sea de día.

Reinaba en el grupo delincuencial un aire festivo y sosegado, incomprensible con la tensión que conlleva un delito manifiesto como el que debían de saber que estaban cometiendo. Muy extraño.

—Hay que detenerlos. Igual que se hizo con los atracadores de la autovía. Lo bueno es que nadie nos va a levantar este servicio. Intervienes tú, y yo te doy protección.

—Bien, bien. Lo tengo claro. Se van a quedar tiesos estos cabrones.

Surgieron de la arboleda y se plantaron en el descampado en torno a la presa.

—¡Buenos días, señores! —exclamó el Polilla con severo acento.

Pero lejos de turbarse, el grupo les recibió con otro simpático «Buenos días», exentos de nerviosismo y sin que hicieran nada por esconder sus artes prohibidas; al contrario: continuaron con pasmosa soltura su ilícita labor. Y por si fuera poco, hubo una detonación bajo las aguas.

El tipo de la media melena canosa no se reprimió:

—¡Copón! ¡Y siguen saliendo!

Salva y Monti se miraron estupefactos.

En efecto, una gran cantidad de peces, algunos increíblemente grandes, ascendían con flotabilidad cadavérica.

—¡De buenos días, nada, señores! —prorrumpió Monti.

—¿Y estos de dónde salen? —preguntó un tipo larguirucho con la cara picada de viruela, alargada por una perilla rala, a otro del grupo, un calvorota bajito que masticaba chicle sin inmutarse.

El calvorota abrió la boca para recuperar un globo estallado sobre el labio superior, y siguió masticando con idéntico, increíble cuajo. Tenía los ojos fijos en Monti y parecía reconcentrado en darse alguna explicación.

Salva, cetme en *prevengan*, se sobrecogió al fusil. Mal cariz traslucía aquello.

—Están ustedes pescando de forma ilegal, haciendo uso de medios prohibidos, como auxiliarse de luz artificial y de explosivos —se expresó el Polilla, más bien laxo.

El de la media melena canosa dejó de sacar peces.

—Pero bueno, ¡vale ya de darnos la murga! —lanzó con desfachatez.

El Polilla titubeó. Aquello no estaba previsto. Los infractores le miraban como exigiéndole una disculpa.

—Están ustedes cometiendo una grave infracción —Monti intentó alzar la voz—. Para ser más exactos: un delito —pero su tono delató una fatiga creciente.

Fue entonces cuando el grupo —ahora sí— abandonó sus faenas, incluido el que preparaba la parrilla, un tipo sonriente de facciones sudamericanas.

Le cercaban como zombis dispuestos a devorarlo con dilación y saña.

Monti comenzó a acoquinarse en su uniforme de soldado.

Tragó saliva y casi no se le oyó:

—Deberían identificarse y acompañarnos hasta el cuartel para la resolución del caso.

El de la cara picada de viruela se frotó la perilla de chivo, y espetó:

—Qué detenidos ni qué leches. A ver, Andrés: solventa este lío ya, o nos darán el día —exigió del calvorota. Se les veía gente muy segura de sí misma.

Salva sintió el mareo de un David frente a un Goliat: un Goliat sin cabeza —que cortar— y sin corazón —que conmover— que les destrozaría por su audaz atrevimiento al creerse que la Ley es igual para todos. Gente descomunal y soberbia a la que tendrían que dar batalla si querían hacer prevalecer y defender aquélla.

El calvorota se plantó delante de Montilla. No le alargó las manos al cuello, sino que se dio a hurgarse en los muchos bolsillos de su chaquetilla de pescador. Escupió el chicle y se identificó.

—Soy coronel de Estado Mayor —dijo con el desabrido timbre del superior que se ve obligado a dar explicaciones a unos subordinados tontos que no se enteran. Alargó el brazo y paseó delante de los ojos de los guardias la TIM, una Tarjeta de Identidad Militar que desapareció con la instantánea rapidez de un mago, porque ninguno de los guardias vio que volviera a llevarse la mano a parte alguna de la prenda deportiva y sus dos manos angulaban libres y en jarras.

—A sus órdenes, mi coronel —respondió Monti, ejecutando el preceptivo saludo militar con igual empaque que mostraría al adelantar su pecho a la medalla que por fin le habían concedido.

El coronel aprobó con un movimiento afectuoso de la cabeza.

—Somos amigos del general Llopera —anunció—. Tiene que haber una confusión. El teniente de Dosarcos nos dijo que podríamos pasar aquí el día, de pesca, y sin ningún problema.

—Bueno…, mi coronel es que… con explosivos —Monti volvió la cabeza a Salva, agobiado, suplicante.

El coronel le tomó con suavidad por el brazo.

—Sí, hombre, sí. Si yo os comprendo —declaró ameno y condescendiente, mientras se lo llevaba en un pausado paseo—. No tengáis en cuenta a mis compañeros, que, por cierto, lo son del general Llopera. Si se han asustado un poco ha sido porque, bueno, esas no son formas de llegar a los sitios, je, je… Ah, la juventud. Bueno, mirad: estamos a punto de asar unos pescaditos que hemos traído; naturalmente no son del río, ¡ja, ja! Quizá sí sale alguna carpa o una tenca, que nos han dicho que por esta parte del río las hay, je, je. Pero como saben mucho a cieno, no se pueden comer hasta un día o dos después, je, je. Hoy toca pasar el rato. Más tarde, el propio teniente acompañará a nuestras esposas y a otros importantes amigos. Je, je. ¿Y cómo va el servicio? Un poco de fresquito esta mañana, ¿eh?

—Sí, un poco, mi coronel. La verdad es que por aquí no solemos venir a menudo, pero oímos un ruido bastante grande y…

—Ah, ya, ya. Je, je. Eso fue obra de Hipólito el Melenas, así le llamamos. Se dedica a la distribución de pescado congelado. Él suministra la mayoría del marisco a los economatos y cocinas oficiales del Cuerpo; uña y carne con el general Llopera —le confesó con clemente teatralidad—. Es un salvaje. Cuando llegamos y vio que no se podía andar por el muro de la presa, le dio por tirar un árbol con un rollo entero de cordón detonante, para usarlo como pasadera. Un salvaje, ya lo creo, je, je.

—Se han cargado, además, un árbol —masculló Salva.

No era el rugido de ningún ser imaginario, sino de la misma Naturaleza pidiendo auxilio.

Requirió a su compañero con dicción urgente y seca.

—Monti, tenemos que hablar.

—Estoy con el coronel —se excusó.

—Me permite, mi coronel —se dirigió Salva a usía—. Se nos hace tarde y debemos zanjar este asunto cuanto antes.

—Faltaría más.

Salva se alejó unas zancadas, llevando a Monti detrás; giró sobre sus talones y le encaró cuando el otro aún caminaba: casi se estampan.

—¡Pero qué te pasa, joder! Después de lo que hemos pasado, ahora te la envainas.

—Es un coronel, Salva —alegó Monti, balbuciente, y en el mismo tono, como soñoliento—: Es gente importante. Ya lo ves. Hemos perdido el tiempo. ¡Qué le vamos a hacer!

—De eso nada —replicó Salva con una mirada feroz—. Después de que casi me matas con tus «habilidades» al volante, me haces cuidar de ti a lo largo de una carrera a campo traviesa, ahora te rajas por un asunto de connivencia entre sinvergüenzas, aunque sean nuestros jefes. Te recuerdo que estamos fuera de la papeleta y desde hace varias horas no vigilamos a los de siempre. Así que si nos pillan, nos van a meter en un follón que no será peor que este si seguimos adelante. Además, cómo puedes ser tan cobarde. ¿No me dijiste que de haber tenido un compañero más competente cuando lo de la —Salva levantó las manos e hizo sardónicas comillas con los dedos— «situación-problema» con el veterinario, al que cogisteis cazando de noche, no te habrías echado para atrás? Pues bien: *aquí me tienes*.

El Polilla pareció despertar del coma. Ladeó la cabeza y se fijó en el risueño grupo que había vuelto a sus quehaceres delictivos.

Se movían despreocupados, cínicos. Criminales.

—Tienes razón —murmuró—. Pégame un tiro si ves que me echo para atrás —y se arrancó con pasos decididos hacia la petulante cuadrilla, cada uno a lo suyo.

El coronel dejó de faenar en la barbacoa; se irguió para recibirlo con una sonrisa afable, de perdonavidas. Se había metido otro chicle en la boca y lo esperaba hinchando un lucido globo.

De pronto, Monti se paró; se dio la vuelta.

—Hazte cargo tú del cotarro —exhaló, desfallecido—: Me tiemblan las piernas. Pero no te preocupes, no te fallaré.

Salva aprobó con un mudo gesto de la cabeza, de fingida persuasión. Siempre es más fácil azuzar que actuar, aconsejar que apoyar. Se lo había dicho el brigada: hay punto de inflexión en la vida de todas las personas en

que si no se les da frente, uno sucumbe a su paso y el padecimiento es de por vida. Si dejas que la providencia te pierda el respeto, estás acabado. Acabado sin remedio. Había llegado el momento de coger el toro por los cuernos, de no engañarse; de ser fiel a uno mismo sin trampa ni pretextos pusilánimes.

—No te preocupes —le confortó—. Saldrá bien —y con una palmada en el hombro le rebasó.

—Señores —profirió a cinco pasos del militar—. ¡Están detenidos por delito a la Ley de Pesca!

Satisfecho de su acento, agregó, conminatorio:

—Les ruego se identifiquen y nos acompañen hasta el cuartel, donde podrán contar con asistencia letrada.

Le miraban boquiabiertos.

Una hostia rosa se estampó contra el morro de usía.

Algo empezaba a quemarse en la barbacoa.

XXIV. EN EL OJO DE LA TORMENTA

1

—Tiene que parar esto, brigada. Llame a la Zona; allí le dirán lo que tiene que hacer.

—No puedo hacer eso. Los guardias son los instructores del atestado. ¡Salvador! En cuanto tengas todas las identificaciones y la relación de efectos aprehendidos, me lo pasas para unirlo al atestado.

Con la renuente TIM del coronel en la mano, Salva comprobó que, en efecto, se trataba de un coronel del Ejército de Tierra, de nombre Andrés. El de la melena canosa se llamaba Hipólito y no paraba de alardear —amenazar— de ser un importante personaje muy relacionado con la Cúpula, de ahí que sus ladridos vaticinaran que ellos —los guardias— saldrían «muy, pero que muy jodidos». El más moreno y peludo de todos era un italiano llamado Santangelo. El larguirucho de la perilla respondía al nombre de Juan Ramón; se dejaba llevar con aire dubitativo, discreto, mudo, embargado en sus ademanes por una mezcla de canguelo, hostilidad y reproche impreciso. Murmuraba con el coronel y el de la media melena, y éstos le contentaban con gestos enfáticos y complacientes y el espigado personaje no osaba protestar sin intermediarios. El último en ser identificado resultó ser un colombiano llamado Anthony Alcántara, que no decía nada, sólo sonreía, de continuo, sin enfado ni fatiga.

Todos íntimos de la Alta Benemérita. Todos partícipes en la comisión de una infracción que la Ley de Pesca sancionaba como delito. Lo del árbol arrancado no se le olvidaría a Salva. *Tenencia ilícita de explosivos* era el otro delito que haría constar, y tal vez *Insultos contra agentes de la Autoridad*. También las redes, los explosivos —treinta detonadores eléctricos amarrados en racimos de diez unidades—, los focos y medio canasto de peces muertos. Un atestado al que no le faltaría de nada. Esta vez harían ellos mismos las diligencias y nadie los engañaría.

El Melenas volvió a la carga:

—Te lo advertí, te lo advertí —rabiaba contra el alto militar implicado—. La culpa es del tenientucho ese a quien Llopera le confió que nos buscara «un apacible sitio de pesca». ¡Por los cojones!

El coronel se restregaba la calva, pero no abría la boca.

En el pasillo, Hipólito el Melenas se paseaba frenético sin dejar de apartarse el pelo de la cara, llevándoselo detrás de la oreja con método y pulcritud, empero bufando y maldiciendo:

—Joder con la Guardia Civil, qué vergüenza. Con los terroristas que hay sueltos y se dedican a jodernos a nosotros. Va a resultar que faltan etarras.

—Si no se calla, le pondré las esposas —le advirtió el brigada sin dejar de aporrear las teclas, reponiendo de cuando en cuando la defectuosa tecla «R», saltarina como una basta pulga. Encima del armario tenía una máquina de escribir eléctrica, pero no la usaba.

El coronel se decidió a intervenir:

—Exijo hablar con sus superiores. Voy a dar cuenta de usted.

El brigada movió las niñas de los ojos, como si mover la cuadrada cabeza para luego llevarla de nuevo al papel le costara un esfuerzo exagerado; la erre descansaba desafiante entre las varillas del teclado.

—Hasta que se presente su abogado, no debería hablar, mi coronel —repuso con firme respeto—. De lo contrario, lo haré constar en diligencias. Si lo desea, puede comunicarlo a su Unidad de destino. Por lo demás, le ruego que permanezca en silencio.

—¡Y una polla en silencio! —estalló el calvorota, brincando como un enano jocoso—. Usted no tiene que decirme nada. Le recuerdo que soy su superior. Se le va a caer el pelo. No va a ascender a subteniente así pasen cien años. Será posible el chusquero.

—¡Y yo quiero sentarme y no veo sillas! —se sumó Hipólito, vociferante—. No me extraña que se les acuse de torturas y malos tratos.

—Cállense. ¡CÁLLENSE!… —se puso en pie el brigada, dando un patadón a la mesita de la máquina, la cual rodó con un chirrido que tenía algo de gato apaleado a traición. (*Bastet* desde luego que no, porque con forasteros o intrusos no salía de su esquina secreta, y desde allí curioseaba echa una rosca absorta o encantada, envuelta en su largo pelaje gris marengo.)

El suboficial se fue para el dúo diabólico y se plantó delante.

—¡Salvador!

—A la orden.

—Encierra a esta canalla infame en la Sala de Armas y estréllales la culata del *chopo* en sus pizmientas bocas. Y si no se callan, vacíales el cargador; luego nos llevaremos los cadáveres a una zanja de Los Varales.

El dúo reculó contraído y aterrado, arrastrando a los demás en su retirada. Salva los puso contra la pared, y esgrimiendo el cetme les instó a permanecer «calladitos y quietecitos».

Era la primera vez en su corta carrera que experimentaba deseos de atormentar a unos detenidos. Le pareció un axioma intolerable el dicho pagar justos por pecadores. Aquellos eran los verdaderos pecadores y los

otros detenidos que habían pasado ante sus ojos no eran sino víctimas del infortunio y la desigualdad. Pero éstos lo eran por mero retozo de su prepotencia; debía de resultarles una vivencia harto excitante el conducirse con tamaña impunidad… Salvo que no habían contado con que el azar los topara con un lote de integridad moral.

Allí estaban el brigada, Monti y él mismo. ¡Qué huevos! Sin duda, un lote visceral.

—¡Dolores! —oyó a su superior—. Cuatro sillas, por favor.

Metió el brigada las sillas, y Salva, junto con la de la oficina, las repartió a una por cabeza. Los cinco tomaron asiento entre murmullos y gruñidos, al que siguió un agradable silencio, como de velatorio. Salva los vigilaba desde el umbral. Tan callados y apaciguados los mantenía que dio en reparar en cómo la Sala se había despejado misteriosamente.

Misterioso sí que resultaban los miles de legajos ancestrales en los que se guardan con celo ilegal y absurdo Notas Informativas y expedientes de carátulas azules y bordes amarillentos, en cuyos apartados «Antecedentes» se especifica la conducta de los vecinos —muchos ya finados o seniles— antes, durante y después del Movimiento Nacional; si está considerado Adicto al Régimen; si ha sido sancionado por hechos políticos contrarios a la Causa Nacional; asimismo, la conducta del expedientado en los órdenes Moral, Público, Privado y el grado de Observancia Religiosa. Documentos que debían ser destruidos con arreglo a las Circulares emanadas del Ministerio del Interior, pero ordenados verbal y en secreto por la Cúpula que se aparten y se guarden a buen recaudo. Por si acaso. Nunca se sabe…

El italiano, en mudez total, ni gesticulaba, fenómeno insólito en un italiano, aun en semejantes circunstancias. En cambio, el colombiano sonreía incansable: era como si la diversión del día fuera esa. El de la perilla y el militar, ambos con la cabeza por debajo de la línea de los hombros, se estrujaban las sienes con las palmas de las manos y ambos coincidían en contemplar el errabundo paseo de una araña de luengas patas. Sólo el Melenas, sentado como si obedeciera a pautas de arrogancia innata — alternancia de tobillos sobre rodillas, la cara al techo, las manos al desgaire por detrás del respaldo—, parecía cavilar con más asombro que temor.

Semejante altanería azogó la mesura legal a la que Salva se debía y se esforzaba. Por un momento, deseó ejecutar la histriónica amenaza del brigada. ¿Se saldrían con la suya?

¿Dónde había visto antes a aquel tipo?

De pronto cayó en la cuenta de por qué la Sala de Armas se le antojaba tan espaciosa: faltaba el futbolín.

—Se lo llevaron ayer los de Mantenimiento de la Comandancia —le

puso al tanto Goyo cuando vino a relevarlo.

—No jodas —se hundió Salva.

Un cansancio fulminante le hizo recostarse contra las baldas quejicosas; y entonces recordó al Melenas: era el que se meaba en el cuadro del monarca en la fiesta del 18-J.

Dios nos ampare, se estremeció y fue a dejarse caer en la silla del cuarto de Puertas.

Llegó la llamada. Los dos teléfonos descolgaron a la vez.

Habló el brigada.

—Soy el brigada comandante de Puesto ¿Con quién hablo, por favor?

—Aquí el ordenanza del general de la primera Zona. Vuecencia quiere hablar con usted.

Al cabo de un largo rato, escuchó:

—Oiga…

—A la orden de vuecencia, mi general. Sin novedad en el Puesto de…

—¡Cómo sin novedad! —atajó el jefe de la Zona—. Tiene detenidos a cinco prestigiosos ciudadanos. ¿No le parece eso suficiente novedad?

—Se trata de un delito a la Ley de Pesca, entre otros, mi g…

—¡Ni delito ni leches! —chilló vuecencia.

—Fueron sorprendidos de forma flagrante.

—¡Cállese, coño! —bramó su excelencia—. Tiene que dejarlos en libertad, y ya será mucho que no le pase a usted nada.

—No puedo. He de concluir el atestado y entregar los detenidos al juez. Ya lo he comunicado a la autoridad judicial.

—¡¿QUÉEEEEEEEEEEEEEE?! —retembló la línea, crujió el plástico, se soltó la abrazadera…

El colérico mando debió de tronar en el límite de lo físicamente soportable por el aparato, porque en cuanto aquél hubo colgado, Salva notó cómo le ardía la mano y su auricular estaba aún más resquebrajado.

Corrió a ofrecer ayuda.

—Tenemos un grave problema, ¿verdad, mi brigada? —tanteó desde el umbral.

El brigada, reintegrado a la maquineta, reanudaba atropelladas pulsaciones bidigitales.

—Estamos en el ojo del huracán. ¡Válame Dios!, cuán duro es lidiar con decencia, y yo estoy tan viejo… —se agarró la cuadrada cabeza con manos nerviosas; para despegarlas al poco, aún tembleques (por la ira, a juzgar por el estallido)—: ¡Pero somos hombres de honor y esto llegará

hasta el final! Cierra la puerta, Salvador. Necesito un cigarro y no quiero que me vean temblar ni el humo. No voy a abandonaros, muchachos.

Se personó el médico y dejó constancia del estado físico de los detenidos. Cuando se marchaba, comentó a los guardias que le acompañaban en el rellano:

—Conozco al del pelo blanco, el de la melena, y ese fuma en pipa.

—¿Qué quiere decir, señor Juan? —inquirió Salva.

El señor Juan, como lo llamaban todos los guardias del Puesto, por su simpatía, profesionalidad y veneración por todo lo relacionado con el Cuerpo, hizo memoria y aseguró:

—Sí, es él. Un tipo que estuvo detenido en Francia por tráfico de drogas. Lo sé porque asistí a su exmujer mientras vivió en Maracaibo.

—Bueno es saberlo —murmuró el comandante de Puesto, y encargó a Salva que fuera pidiendo antecedentes a la Central.

Se dilató el brigada de charla con el médico y en cuanto se despidieron recibió la novedad de Salva: los terminales estaban caídos y la petición, como otras muchas, quedaba en pendiente.

El teléfono volvió a sonar. Como se temía, era vuecencia.

—He dado instrucciones concretas al teniente y en seguida estará en el Puesto —dijo con un sospechoso tono afable—. Acátelas. Sólo puedo decirle que le son *muy* convenientes.

—Mi general, siento que es muy poco lo que puedo hacer…

—No se preocupe. Podrá. —Y le siguió un pitido intermitente.

A los pocos minutos restallaba la voz reglamentaria del Puertas.

—¡Guardia: EL TENIENTE jefe de Línea!

El oficial entró como una exhalación, haciendo caso omiso de las novedades que le recitaba el brigada. Sin embargo, un improperio como un escombro que le cayera del techo le hizo encogerse de hombros en el momento en que torcía a la oficina del comandante de Puesto.

—¡Ya está bien, cojonazos!

El portazo con que el oficial se ocultó, conformó en Salva una sonrisa irresistible.

Nadie va a librar de la Justicia a vuestros compinches.

Y lanzó enérgico:

—Hagan el favor de callarse.

La lucha contra los rescoldos franquistas estaba en marcha, y se bajó el tricornio a la altura tangente de las cejas.

XXV. LAS FLORES DE METAL Y LAS FALTAS DE SIGILO

1

—Tranquilo, figura, ni que te hubiera dejado de funcionar el pijo —le animaba el enjuto Goyo, acicalándose el bigotazo—. No hay que tomarse las cosas tan a pecho. Ha salido mal el servicio. ¡Qué se le va a hacer! Y es que se veía venir. Gente gorda, amigo. Otra vez será.

De la mañana embriagadora a la frustración exasperante de la tarde. Ni los doce kilómetros rodados le habían servido para dormitar la siesta.

Había leído que el ejercicio físico intenso y continuado hace que la hipófisis produzca gran cantidad de endorfina, lo que se traduce en efectos psicosomáticos de euforia y relajación. Lo tenía comprobado. Pero ese día madama endorfina debía de librar porque hasta ese momento, recién iniciado el servicio nocturno, no se había hecho notar. Al cabo de intensas e inútiles cavilaciones, había optado por abandonarse al estigma de la rutina.

Una cosa tenía clara:

—No pienso dar un palo al agua, como hacéis todos —Se quedó unos instantes meditando, y reventó—: ¡Este Cuerpo es una puta mierda! Está lleno de corruptos, incompetentes, gilipollas, fascistas, cretinos. ¡Joder y joder! —se abofeteó la frente.

Goyo se echó a reír.

—Qué gracioso estás, figura. —Se metió mano a la guerrera y sacó media tableta de chocolate. Golpeó con ella el volante y la hizo dos trozos —. Escoge —le alargó—. Ya verás cómo se te pasa el cabreo. —Salva se hizo con un pedazo, que era negro como la noche y su ánimo—. Te complicas demasiado, figura. Yo antes también pensaba que la Guardia Civil era todo eso que has dicho (que, ¡chacho, mira que la has enmarcado bien!). Pero resulta que no, que es España, que es así. Paséate por las oficinas del Estado y lo verás. Cualquier chupatintas te sale así a las primeras de cambio. O vete a un juzgado, que se supone que es gente recta y con muchos estudios, y encontrarás más de lo mismo, desde el juez hasta el *segurata* de la entrada, pasando por el oficial, el secretario y, ya puestos, hasta la palurda de la limpieza. Se ve que lo llevamos en la sangre. Así funciona este país, aunque siempre hay excepciones, claro. Respecto de lo nuestro, debes mirar *cómo es* de verdad este Cuerpo y *no* cómo te gustaría que fuera. Con treinta simples denuncias al Código de la Circulación te cubres y te dejan en paz, que es de lo que se trata. Aquí, en los Puestos

medio perdidos, son las cosas que valen. Eso sí: sin llevarte por delante a los jerarcas o sus compadres, como ya has podido comprobar. Todo está inventado, Salvador.

—La realidad fragmentada —murmuró Salva—. *La realidad subyacente*.

El jefe de la Línea le había recordado parte de uno de los famosos artículos: «No tiene la Guardia Civil inmediata dependencia de las justicias de los pueblos en que hay Puestos establecidos; más si por los alcaldes o Jueces de instrucción y municipales se requiriese su auxilio para cualquier función del servicio, se les prestará con sujeción al Reglamento».

Y lo remató con el 36: «La reserva y el secreto en las confidencias que reciba debe ser profunda en el guardia civil; de este modo se conseguirá la confianza y el descanso de las personas que las hagan, cuyos nombres no podrán revelar. Las faltas de sigilo que se cometan en este particular serán castigadas con todo rigor».

Lo de las *faltas* se lo recalcó con pausado, avieso énfasis.

La sujeción al Reglamento, el orden de prelación establecido, *faltas que serán castigadas con todo rigor*. Ag, la Cartilla, arcaica, estúpida, o[re]presiva…

Sus duras —casi insolentes— protestas al brigada no surtieron efecto.

«Yo os apoyaré. Contad conmigo. Somos hombres de honor… No voy a abandonaros…»

Maldito hombre charlatán, embustero, cobarde. Pérfido.

¡Qué desamparo, qué humillante desamparo!

Montilla, sin embargo, se lo había tomado de muy diferente manera. Su vida era la Guardia Civil, no *contra* la Guardia Civil. Tenía una novia que le ponía cuernos y soñaba con conducir motos todoterreno bajo las siglas SEPRONA y casarse vestido de *picoleto*. Fin.

Salva se siente un policía estafado; alguien al que le mostraron la profesión como el tráiler de una película, con las mejores escenas, las más espectaculares. Pero como luego ocurre en muchas, el argumento defrauda, asquea. Y sucede que ya has sacado la entrada y tienes dos opciones, ineludibles: o te marchas o te quedas. Doblegarse o batallar. El caso es que ya ni siquiera se imaginaba de cabo. Escalar y desafiar al Régimen no conciliaba. Además, ¿a quién recurriría? A otros mandos, ni pensarlo. A un juez civil, quizá; pero qué pruebas llevaría o quién le apoyaría en una travesía por espirales concéntricas hacia el infierno: el infierno del *Chato*.

Es un agente de seguridad que desconoce el referente de su actuación: como una semilla en un asteroide que —suponiendo que pudiera desarrollarse— no sabría para dónde crecer por insuficiencia de la Ley de la gravedad.

La Ley. Menudo trampantojo de mierda.

¿Quién le indemnizaba por el engaño? Y por qué está solo, abandonado, tanto como un colegio amenazado de bomba. ¿Por qué?

Le recuerdan otros artículos, pero no el primero y más importante. «El honor ha de ser la principal divisa del guardia civil; debe, por consiguiente, conservarlo sin mancha. Una vez perdido, no se recobra jamás». ¿Cómo es que en la Academia nunca se lo preguntaron? ¿Sólo porque era muy fácil y todos se lo sabían como papagayos? O es porque los pedagogos *(¿demagogos?)* del Cuerpo *no* saben elucidarlo? O porque saben que no queda nada y temen hacer el ridículo…

¿Alguien sabe algo al respecto?

En un diccionario encuentra: «Cualidad moral que nos induce a cumplir con todos nuestros deberes. Gloria o buena reputación que sigue a la virtud, al mérito o a una acción heroica».

No detecta ninguna de esas cualidades. Ni tampoco méritos como no sea el de entrar al Congreso pistola en mano al modo de ciertos héroes históricos. Falsos blasones dorando ideales arrogantes y fieros. Le hablaron de la disciplina; nunca del honor: lo inmanente a su ambición. Y es que él no tiene nada que esconder, quiere servirse de la Ley y no mendigar en ella… Tan sólo es un pelele (retraídamente sublevado) rodeado de peleles (compañeros poseídos de vehemente mansedumbre). Es un extraño en la manada, un corredor fuera de control, un insumiso relegado al pelotón de los Asfixiados, arrumbado por el club de los fanáticos del Cuerpo o quizá un aventurero demasiado intrépido que desenterró el plano antes de tiempo…

A pesar de todo, quería seguir apostando por lo que creía.

Pero ¿era posible?

Cielo santo, Anabel, por qué no te tengo cerca, y se removió en el pegajoso plástico del asiento como de una mugrienta horma.

—Oye, Salva, ¿qué tal la tarde? Digo si te has echado una buena siesta.

La enternecedora sugerencia de Goyo le refrigeró los pensamientos, aventándole nebulosas contundencias.

Afirmó con voz maquinal.

—Entonces, ¿qué te parece si nos partimos la noche? Yo me echo un sueñecito hasta las cuatro, y luego cambiamos. ¿Te parece…?

—Me parece.

No se dormiría en toda la noche. A lo mejor no lo haría nunca hasta que pensara algo, una respuesta allende la indiferencia y la resignación, algo que no le hiciera rehén permanente del terror —solapado Terror— desplegado por la dictadura de la Cúpula.

Se puso a los mandos del *pepito*.

A los pocos minutos, Gregorio resoplaba. Había hundido la cabeza entre las solapas de la capa y sólo asomaban las enroscadas puntas del mostacho. El embozo vibraba a lapsos cadenciosos. Menudo como era, Salva tuvo que inclinarse para verlo. Dormía ajeno a toda preocupación mundana o cuando menos profesional. Sonrió. Todo a su alrededor no dejaba de tener algo de incongruencia y de aberración.

Pero apenas si se siente con fuerza sustancial para captar tanta ironía, tanto repetida hasta reverberar en un caótico orden disciplinario que, sin embargo, no lo confunde con la realidad: la *subyacente*.

Estacionó el *pepito* en el recoleto mirador de la urbanización Maracaibo. Un punto alto que solían elegir en los servicios nocturnos por la conveniente panorámica que de la población se les ofrecía: una alta farola referenciaba el cuartel, el blanco círculo del reloj la plaza del ayuntamiento. Abajo, el sereno rumor del río. Más arriba y casi a su altura, picoteando la noche con sus luces periféricas y vacilantes, Las Torcaces. Inactiva.

Se bajó a estirar músculos y desilusiones.

Al ver el piloto del *pepito* sin iluminar, se echó mano al bolsillo del chaquetón y sacó una bombilla, que ya había previsto. El jodido piloto brillaba como contento. Se preguntó por qué lo hacía y supuso que al igual que le ocurre a Barahona siempre queda un pellizco de honor y de amor propio por algo que una vez se amó tanto.

Paseó los ojos por el cielo estrellado. Se relajó… y se acordó de ella.

… marionetas de la mano fascista que nos manipula.

De su mano no perdería el norte, se sobrepondría al dolor de conciencia y sostendría la razón que vistiendo de uniforme se le negaba. Y él no estaba loco; si acaso lo estaban volviendo.

Algunas estrellas fugaces recorrían el cascarón cósmico, haciéndole sentir tan pequeño como extraviado. Militares regodeados en sus feudos que les tratan como a siervos. Allí donde los políticos no llegan o no se atreven, ellos controlan y dirigen como autócratas camuflados…

Alto, quinto; te estás embalando.

Un suave viento bullía las hojas. Y las ideas. *Ideas ígneas*.

De hecho, sí tenía pruebas. Puede que de auténtico peso: el ramillete de detonadores que, como flores de metal y muerte, había escamoteado a la destrucción ordenada por el general. Para mayor inri fue él quien tuvo que acompañar al teniente y su conductor en busca de un lugar en el que deshacerse de los diminutos ingenios detonantes. Fueron arrojados a la presa Tomazos, donde la gran cantidad de agua estancada los enterraría en su fondo de cieno y lodo.

Y de pruebas judiciales.

Pero no todos. Sin saber por y para qué, se escondió unos cuantos en sus bolsillos de sorche que piensa.

A la vuelta hallaron como único testimonio del suceso una tardía requisitoria sobre el tal Hipólito: un juzgado de La Coruña lo tenía reclamado por presunto tráfico de drogas.

Movimientos de luces en Las Torcaces.

Una estrella fugaz surcó el firmamento. Lanzó un deseo al par que el luminoso arañazo: descubrirlo y llegar al final, costara lo que costara.

Costara lo que costara.

Estudió la situación: la papeleta había sido dictada por algún escalón superior y ningún punto de vigilancia mencionaba Las Torcaces ni sus proximidades.

Iniciativa propia o vivir atontado de sospechas.

Pero no estaba solo ni tampoco tenía suficiente influjo sobre el jefe de pareja a fin de persuadirlo… a cometer «Abandono de servicio». Y menos después de la tropelía irrecusable exhibida por la superioridad.

Pero Goyo dormía. Dormía como un lagarto en hibernación.

Que se joda el servicio.

Quizá por mínimas dosis de vergüenza en el incidente ocurrido con los pescadores, el teniente no saldría a vigilar esa noche a la patrulla. (*Es curioso* —dedujo con valentía de hereje—, *en vez de dedicarse a la seguridad ciudadana, los oficiales persiguen a sus subordinados, lo cual no les da riesgos y les permite explayarse en sus ínfulas de caudillaje*.) Se salió del paréntesis, bajó a la carretera y enfiló a la granja. Bien. El R-4 rodaba silencioso. Bien.

Bien el saltarse la papeleta, tal que un anticlón de oveja negra de la generación X, esa generación de clónicos alelados y hedonistas de la que él se apea o se suma como un número.

Ag, nos gobiernan políticos hipócritas y cínicos que han estafado a la sociedad y ahora no hay manera de echarlos del Poder —siguió coligiendo con la lucidez que da la soledad, la noche y el furor—. *Tan ladinos que para que nadie les baje de sus pedestales han creado una masa de lelos, imbuyéndoles de consignas maniqueas y de un consumo desesperado con el que han neutralizado su combatividad y el afán de lucha por un mundo mejor.*

Apagó las luces y torció al camino de la finca. A medida que se acercaba se iba notando cierta creciente flojedad. Le costaba empujar el acelerador y las manos le temblaban.

¡Qué diferencia entre pensar una cosa y ejecutarla!

Alguien salió por el portalón, se llegó al monolito (o *manolito*, que diría el brigada), hizo de vigía y se volvió. La ubicación de Las Torcaces,

iluminada en lo alto de una loma y él avanzando a oscuras, le inferían una visión de espectador en un cine mundial; la película se titulaba *Un contumaz picoleto jugando a policía*. Y era de suspense y tensión.

Tensión a horrores.

Horror a granel.

La oscuridad, la hueca respiración del compañero injertada de estertores aleatorios —como a punto de despertarse de un momento a otro, por lo que ni se atrevía a mirarlo—, la conciencia de saberse rodando sobre una falta muy grave que podría depararle consecuencias funestas para él y para el pobre Goyo, le oprimieron tan de golpe que detuvo el *pepito*. Pero unos faros que barrían en retaguardia su misma ruta, le sustituyeron un miedo por otro: tenía que esconderse o sería descubierto antes de tiempo.

Un mes de calabozo no te lo quita nadie como te pillen, recluta.

Adosado al chamizo de una huerta, vio pasar el bravo Ebro-2000.

Cargado de reses.

Salió del *pepito* con su arma larga, en cámara lenta, conteniendo el aliento y rezando para que su compañero no se despertara; éste pendía la cabeza por detrás del respaldo sin reposacabezas, como víctima cadavérica de un crimen espeluznante. Pero no: sus gozosos ronquidos lo desmentían. A él la curiosidad lo carcomía.

¿La curiosidad mató al gato?

Asió el cetme en *prevengan* y emprendió la ciega acechanza.

Paralelo al camino, con una progresión de caídas y saltos en el vacío fosco, con cien mil estrellas cubriéndole, ganó el talud, frente al cual el abierto portalón, e incluso por encima de éste, dejaba ver el nervioso trajín de voces y siluetas que se afanaban por detrás de los depósitos de gasóleo, junto a las cuadras. No se hacía una idea exacta…

Reanudó el azaroso peregrinaje alejado de la órbita que imponía el alcance del alumbrado, y en el punto que consideró óptimo, se llegó al muro perimetral y trató de encaramarse.

El corazón le subía y le bajaba como el ecualizador gráfico de un tecno ultrarrápido. El primer intento fue en vano, vergonzosamente en vano para un atleta como él. Tenía que recuperarse. Dejó el cetme apoyado en la pared y volvió a intentarlo. La altura del muro se perdía en el cosmos. Escaló apoyándose en los huecos de los carambucos y por sobre yemas de cemento. Al otro lado berreaba un ganado que alguien conducía o arrastraba. Plantó las manos sobre la cresta… coronada de trizas de cristales.

Contuvo un aullido de dolor y logró no soltarse.

Reasentó dedos entre el remate de vidrios, tensó tríceps y dorsales y se

elevó, apenas apoyados los pies, casi en suspensión pura, con la suavidad de un émbolo, majestuoso y viril, indolente, escrutador estoico, tan exento de cualquier emoción como un depredador noctívago.

Por sus ojos, por su cerebro (no ese órgano compuesto de dos hemisferios separados y demás zarandajas, sino esa sustancia donde anida el cacumen, la inteligencia más allá de lo visto, lo oído o lo barruntado) pasaba la escena de un cuarteto de hombres, quienes extrañamente excitados trasladaban animales desde el camión Ebro hasta otro, uno con mayor caja y ruedas de carretera.

Moisés padre repartía órdenes. Moisés júnior y otros dos desconocidos desaparecieron bajo los tejados del aparcamiento del que una ominosa tarde fuera nombrado aparcacoches mayor. Apareció un tipo farfullando a un teléfono móvil. De Lasheras. Salva resbaló: el pegote de hormigón en el que descansaba la puntera derecha se había desmoronado. Permaneció unos segundos en el aire, a pulso. No pudo evitar un bufido de rabia. Moisés júnior, que acarreaba un animal amodorrado, levantó la cabeza o se le antojó que lo hacía. Se soltó. Y salió de estampía.

Regresó alado.

En las alas de un coraje bienaventurado, resolló triunfante al comprobar que Goyo persistía tal cual lo dejó.

Formateó una mueca, especie de sonrisa vindicativa.

Lícita o ilícitamente. Hasta el final, jadeó a las estrellas.

Simultaneó brazos y respiración. Tenía que reponerse y largarse. Luego ya vería. Chorreaba. Sangre. Los cristales. Se quitó el pañuelo del cuello y se enrolló la palma y los dedos. Abrían el portalón. Lo visto allí era mucho más que el espectáculo de estulticia nostálgica del 18-J. Se deslizó a los mandos del *pepito*. Al liviano zarandeo, Goyo meció el mostacho.

—¡Eh! ¿Qué pasa? —masculló.

—Nada —respondió Salva, alternando su vista con la del camión asomando cabina.

—¿No serán las cuatro? —balbuceó el jefe de pareja, con los párpados encasquillados.

—Las tres —dijo Salva, encendiendo el motor.

—Espera; quiero echar una meada —y sin más, tomó el tricornio que le descansaba en el regazo y se lo encasquetó de un volteo mientras salía.

Evacuó la perentoria necesidad, se sacudió maquinal y sonambulesco y retornó a la huella de su cuerpo en el asiento de escay, donde se retrepó cual un segundo antes de despegarse.

Ocurrió tan rápido que tuvo el efecto de parecer que nunca se hubiera ausentado, que todo había sido una alucinación.

—¿Dónde estamos? —preguntó, sin quitarse el bien colocado sombrero, la pala posterior soldada al respaldo del asiento; una primigenia concesión en favor de las cabezas portadoras que obligatoria y permanentemente debían soportarlo. Otra herencia mantenida del glorioso pasado. Las formas antes que el fondo. Por supuesto, el purismo oficialista lo niega. Los guardias civiles no comen, no cagan, no duermen. No sirven a los caciques. Falacia ornamental. El camión bajaba.

—Donde dice la papeleta —le contestó, saliendo muy despacio—: En el monte de La Loba.

—Pues sí que estoy hecho polvo. Me pareció ver las luces del pueblo muy cerca… —emitió un ronquido sibilante y se quedó traspuesto sin transición.

Vadeando con delicadeza y presunción baches y amoldándose a las curvas en el último centímetro, ganó sin contratiempos y sin haber tenido que tocar el freno de pie el asfalto; aguardó a que los faros del camión se borraran un instante en la noche para encender los suyos y luego aceleró con suavidad, hasta el desvío del camino de la vega, donde de nuevo los apagó y se emboscó como un bandolero al acecho, sólo que tan jadeante y aterrado que más semejaba una víctima acosada que un perseguidor.

Cuando el camión pasó el puente del molino, Salva inició el seguimiento: de repente, embalado de aplomo y de ira.

Se mantenía a considerable distancia; pero a la altura del parque de la Telefónica vio cómo el vehículo objetivo desaceleraba, y torció a la explanada del Bordaluna.

En seguida el camión con el ganado retomó velocidad. Un coche del Cuerpo se había situado en retaguardia.

En inequívoca retaguardia.

Como inequívoca era la certeza de que se trataba del jefe de Línea.

El convoy prosiguió la marcha y él la suya, tal como había pergeñado.

Así, hasta que el primero cruzó el límite de provincia, sin detenerse, y el segundo dio la vuelta, siendo relevado por otro que, a modo de salutación o recibí, azuleó el relevo con medio giro del rotativo.

También él había dado la vuelta y ahora conducía el *pepito* a toda velocidad —siempre a ochenta: subidas, bajadas y curvas todas—, suplicando a las trémulas constelaciones no ser alcanzado por su superior ni tener que verse en la necesidad de usar el freno…

Por fortuna, a las seis y diez minutos lo introducía en la cochera. El guardia Gregorio medio abrió un ojo, y sus bigotes indagaron:

—¿Falta mucho para las cuatro?

—Bastante —bromeó el conductor.

—¿Alguna movida? —inquirió el guardia de Puertas.

Aquello desveló a Goyo. Se llevó el reloj a los ojos.

—Coño —carraspeó—. Sí… bueno… No creo que para Salva…

—Para mí, estupendamente —repuso el otro, saliendo de la cochera.

—¡Ihé! —exclamó el guardia de Puertas—. Tienes el pantalón manchado de sangre. Y la mano. ¡Dios, cómo la tienes! ¿Pero qué os ha pasado?

Goyo lo contemplaba con desconcierto y vertiginoso despabilo. Y Salva, repasándose en el todavía oscuro amanecer, comprendió que no era para menos: parecía un matarife.

—Bueno, ejem… Vi una liebre o un conejo, no sé, me tiré a por él, lo perseguí, me caí…

—Total, que se te escapó —resumió el guardia de Puertas.

—Sí. Mala suerte —reconoció Salva.

—Anda, anda, con el soltero. Y eso que no le gustaba «ir de caza en el servicio». A ver si a la próxima tienes más suerte. ¡Ja, ja! Cómo le has adiestrado, ¿eh, Goyo?

—Sí… sí. Je, je —correspondió el turbado y bigotudo guardia.

—Vale, vale. Ya veis que aprendo rápido. Hasta mañana.

—Hasta mañana, perillán —y los dos *caimanes* se quedaron riendo solidariamente estólidos.

No se había portado mal la estrella, no. ¿Qué hará con lo que sabe? Más tarde tenía una pregunta para Carrasco. Arrojó el tricornio a la cama y con otro gesto automático fue a hacer lo mismo con el cetme. Pero no tenía el fusil, lo había olvidado…

¡Olvidado en el muro de Las Torcaces!

2

—Ihé, Salvador. Pero bueno, estás loco. A correr a estas horas, cuando deberías estar metiéndote en la piltra. ¡Cuidado, que te caes por las escaleras! ¿Vas a buscar el conejo? Por eso llevas la mochila. ¡Ja, ja, ja! Joder, y con la rasca que hace. Adiós, hombre, adiós.

XXVI. EL PESO DEL OLVIDO

1

Fue al regreso, con el cetme despiezado en la mochila y un jadeo más allá de la carrera contrarreloj, cuando el corazón, lejos de disminuir las pulsaciones, se le disparó.

—¿Te importaría pasar a la oficina? —le interceptó el brigada en el pasillo.

Salva dudó. Entró. La puerta se cerró tras él. Sólo estaban ellos dos.

—¿Me permites un minuto para hablar contigo? —imploró el comandante de Puesto—. Nada oficial —añadió en tono amistoso.

Salva no soportaba aquel encierro de improviso.

¿Qué querrá este hombre cobarde?, se preguntó, considerando la más cínica y flagrante desobediencia.

—¿Qué desea, mi brigada? Ahora mismo no puedo atenderle. Estoy saliente de servicio y necesito dormir. Debería estar en la cama; y si no, es cuenta mía.

—Lo que necesitas es *dirimir* —repuso el brigada—. Dirimir tu conducta. Vas por el camino equivocado. Sólo los tontos mean contra el viento. Llevas el mismo camino que el guardia Carrasco. Crees que eres muy diferente a él, pero en realidad te pareces tanto que me desazonas.

—¿Y qué?

Ambos de pie, la mesa de por medio —sobre la que impactaba un rayo de sol anaranjado, tibio y polvoriento—, la escena tenía, tal vez por el insomne resentimiento de uno y el esotérico murmullo del otro, un aire de transcurso onírico, de pesadilla.

La mochila con el cetme en piezas le tiraba de un modo insoportable.

—Haces bien en no confiar en mí, ya que te he decepcionado. Considérame todo lo indigno que desees en tu comprensible y justificado rencor. Pero te juro por Marta, el único amor anclado en mi alma, que no pude hacer nada. *Nada* puede hacerse contra esta oligarquía de militares omnipotentes y canallescos.

Salió de detrás del mueble con meditabunda languidez: *está comido de remordimientos*, pensó Salva.

—Usted sabrá por qué lo hizo. Ahora ya da igual.

—No, no —musitó el brigada, arrastrando la pesada silla de dotación

—. Siéntate; sólo será un minuto —rogó.

Salva, indeciso, aceptó.

Con patente satisfacción por no verse plantado, el brigada atrajo su raído sillón y frente a frente, con el orto clareando de ámbar la habitación, prosiguió:

—Hice todo lo que pude. Pero las presiones me fueron muy recias. El cambalache que me han ofrecido no tiene importancia para mí, aunque tengo que reconocer que es bueno. Pero mayormente fue por vosotros. Para que podáis remontar y sobrevivir y… —se detuvo, sofocado. Agregó aún en el mismo contrito tono y sin elevar la voz—: Quiero protegerte, con mi experiencia y mis consejos.

—Creo que ya los conozco.

—Pero no terminas de *aprehenderlos* —arremetió el brigada. Se moderó para continuar—: La lucha contra la dictadura de la Cúpula requiere bravura. Pero una clase de bravura, no ciega, sino astuta; alevosa, diría yo. Más importante que alcanzar buena fama es parecerlo. Hay que tener gentil caletre, ¿entiendes? —se golpeó la cuadrada mollera—. No pierdas de vista el Régimen Disciplinario, el *Chato*, ese librillo infamante y vejatorio aprobado por una recua de diputados sometidos a la disciplina de partido; un eufemismo que encubre una clase de plutocracia apenas intuida por los más perspicaces o los menos sandios. En cualquier caso, una argucia deslizada por astutos militares que, conscientes de la ávida propensión de estos gobernantes por las comisiones económicas, el agiotaje y el exhibicionismo personal, han sabido explotar en aras de su rancia supervivencia. ¡Atiéndeme! —demandó dentro de la tónica susurrante.

Había intuido que Salva ponderaba levantarse y largarse por la cara. Salva desechó entonces esa posibilidad. Empezaba a pasársele el susto.

—Para ello tienes que hacerles ver que acatas el Régimen tal cual, que no te opones, y mucho menos que lo desafías. Sería tan imprudente… No sé cuál es la solución, pero jamás a pecho descubierto y a nivel únicamente interno, pues que si el cántaro da en la piedra o la piedra en el cántaro, mal para el cántaro. Fíjate en Carrasco. ¿No te he dicho ya, que es más temeridad que valentía el que un hombre solo acometa a esta élite de reaccionarios? Pero este magnífico jacobino no ceja en su «descalificada aventura», como nuestro maravilloso loco, el señor Quijana, diría ante este «imposible de toda imposibilidad». No, no quiere escucharme —se lamentó sin desánimo—. Pero al menos logré evitar que cometiera la mayor tontería de su vida, cuando a punto estuvo de usar la pistola contra el andoba del primer Jefe.

—Así que no fueron imaginaciones mías —murmuró Salva.

—Por supuesto que no —lanzó con rotundidad el brigada—. El día

menos pensado Carrasco se nos pegará un tiro. Pero antes sueña con llevarse por delante al autor de su particular tragedia. Viene a decirme que no quiere ser como la Lucrecia de nuestro don Quijote, «que se mató sin haber cometido error alguno, y sin haber muerto primero a quien tuvo la causa de su desgracia». ¿Pero quién es el autor aquí? Eres joven. Te aprecio. Me recuerdas tanto a mí…

—¿Entonces por qué se rindió?… —le espetó Salva sin miramientos—. Usted me dijo que no me preocupara, que con su ayuda saldría todo bien. El resultado final parece algo distinto a sus «alentadores» augurios —concluyó, mordaz.

El brigada, que había bajado los ojos a sus manos entrelazadas en el regazo, lo volvió a mirar, pesaroso, y halagado.

—Gracias por quedarte —dijo—. Imagínatelo ahí —señaló a la espalda de Salva; éste dirigió un vistazo y descubrió a *Bastet* debajo de la mesita, dedicada a su acicalamiento matutino—. Oculto de la vista de la camarilla, de pie, con el tricornio abrazado al pecho, el mentón en alto. Muy consciente de su actuación me suelta, en tono franco y solidario (a no dudar con el propósito de hacerme creer que el brete, el infame brete, incumbía a los dos): «Joder, Ramón. Joder, la que nos has liado». «Nada que no sea legal, mi teniente», le contesto. «Lo sé Ramón, pero el general está que echa chispas». «El juez ya tiene conocimiento», le recuerdo con mentirosa resignación: estaba encantado. El teniente cruza la oficina, deja el tricornio encima del fichero, se vuelve a mí y con las manos a la espalda y los pies separados (es decir, la clásica y vulgar postura intimidatoria contra un acusado) me suelta: «Sé que eres amigo personal del Secretario y del Juez de Dosarcos. Puedes hacer lo que se te pide. Infórmales de que todo ha sido un error de dos novatos y que tomarás las medidas disciplinarias para que no vuelva a suceder. Te creerán». «No puedo. Es ilegal», rechazo por enésima vez. Entonces, explota. «¡Maldita sea Ramón! ¿Crees que mi situación no es crítica, jodidamente crítica?» «No lo sé», contesto yo, un poco flamenco. Ya ves, qué necedad. Pero así iba la cosa. «Yo no puedo impedir a mis hombres que trabajen de acuerdo con la Ley». No me negarás que esta alusión a la *Ley*, como a ti te gusta mencionar, no fue una recia pulla, ¿eh?

—Posiblemente.

—«Hablamos de simples guardias. Obedecerán por la cuenta que les tiene». Así me lo soltó, Salvador. Creo que él mismo se sintió avergonzado, y para que no le viera la cara, se fue a la ventana. Yo, tranquilo en el centro de esta habitación, disfrutaba viéndole tan abrumado. Nunca he encontrado placer en ningunear a nadie, salvo en esta ocasión. Pero es que por nada del mundo iba yo a apearme de mi decisión. «Eso sería una bajeza, contra ellos y contra nuestro Honor», fue mi enérgica objeción.

«Piensa usted con mentalidad de tropa, coño». Me dejó de piedra. «No, mi teniente: pienso como guardia civil. Honor. Deber. Ser algo más que soldados». Su respuesta fue un sonoro resoplido. En ese momento, la victoria fue para mí. Creíame en una andanza intelectual. Recio error por mi parte.

—Pero todo esto lo descubrí al terminar; mejor dicho, esta madrugada. Cuando esperaba una nueva amenaza, le oigo que murmura, absorto en el césped: «Mi padre también lo recortaba a menudo». Estaba tan cerca del cristal que lo empañó: un redondel en el que antes de que se borrara del todo metió una uña y garabateó una H. Me extrañó sobremanera. Luego recordé algo y lo interpreté. Sin moverse y sin mirarme me pregunta: «Apela usted al honor. ¿Qué es para usted el honor?». Dejé pasar casi un minuto antes de contestar. Entretanto, borró todo rastro de la letra con la mano muy cerrada y tensa contra el cristal. Creí que terminaría por asestar un puñetazo, pero se la llevó atrás, junto con la otra. Yo pasé a explicarle que no es una palabra ni una insignia, tampoco una entelequia, sino una suma de sentimientos genuinos y sin dobleces: sacrificio por los demás, integridad y esencia del *Deber*, decoro, probidad, autoestima, pasión por la verdad y el valor. El sentido mismo de la propia vida… No me deja seguir. «¿Y de verdad usted cree que el honor una vez perdido, ya no se recobra jamás?». Yo le respondo que como todo concepto superior en la vida, tiene dos modos de acatarse: preventivo y reactivo. El artículo 1º es mayormente lo primero. Recuperar el honor precisaría un acto de sangre. Y añadí, sin calcular: «Su padre lo hizo, pero quizás equivocó la sangre». Deberías haberlo visto. Se apartó del ventanal como si le hubieran disparado. «¿Qué sabe usted de mi padre?», me pregunta con las piernas separadas y los puños contraídos. «Un poco». «¿Y ese *poco* incluye saber por qué se quitó la vida?».

—En efecto; yo conocía la historia de su padre. Acusado por un juez de haber desviado y falsificado prestaciones del ISFAS, el hombre acabó por pegarse un tiro. Cerró la puerta de la oficina, se enfundó el traje de gala con camisa blanca a estrenar, se quitó los correajes y los galones, que depositó dentro del sombrero, y metiéndose el cañón de la parabéllum en la boca, se voló la tapa de los sesos. Dejó escrito una nota encabezada con letras mayúsculas, las mismas que en la vaina: POR HONOR. En esa nota explicaba que los motivos de sus actos no fueron sino órdenes dimanadas del *teco* primer Jefe, el único y perverso defraudador. La nota se perdió, y con su muerte se cerró el caso y el dinero no apareció. «Lo que pretende es confundirme —me suelta—. Pues le digo una cosa: si no hace por anular todo esto, el general será inflexible contigo y con el Puesto. No de momento, claro. Pero más adelante te podrían acusar de promover actividades sindicales. Y sabes lo que eso significa». «Sí: una insufrible tortura física y moral». «Y correctivos uno detrás de otro. Si es verdad que

lo sabes, acabemos ya, joder». Dejó de hablar, medio asfixiado, si no avergonzado. «Y dizque eran buenas noticias». «Y las tiene —se me vuelve con aire benévolo, casi te diría alegre—. Pero quiere asegurarse de que este follón no traiga consecuencias. Verás: el año que viene se producirá una vacante en la Zona, del tipo *Uno*, de Libre Designación, ya las conoces: a dedo, recompensas veladas; papeles que van y vienen, fines de semana y puentes festivos libres; complemento de Plena Dedicación, vivienda oficial fuera de acuartelamientos… Qué te voy a contar que tú no sepas. (Insistía en tutearme; que un superior tutee a un inferior es una prueba de compadreo insuperable. Por descontado, la contrapartida tácita es la defección o la vileza. Sin embargo, que yo me tome esa libertad contigo no significa nada parecido. La diferencia es que yo nunca te pregunto: yo te doy respuestas.) Y qué hay de tu familia: seguro que te apetecería pasar más tiempo con ella».

—No le permití continuar: «*Vade retro*, Satanás. Marta murió hace una larga vida y con ella se fue mi familia». El pobre muchacho se paró, patidifuso. «No aluda a mi vida íntima. Concluya y ya veremos». Concluyó: «La vacante se publicará a finales de año».

—Estuve por discutirle, pero aquello tomaba un cariz mucho más pragmático que escatológico, y preferí ir abreviando: «Si hago lo que me piden, el juez querrá tomar declaración a los guardias por si existiera una detención ilegal. Declararían lo que saben. Son gente joven y bragada». Casi se echó a reír. «¿Bragada, eh? ¿Quieres decir con dos cojones?». Yo pensaba en ti, Salvador, cuando le dije: «Uno de ellos puede que tenga más de lo que pensamos». No insistí porque no quería quemarte. Me rebatió muy recio: «Bah. Los destinos de escaqueo, las oficinas, los grupos de Mantenimiento, están plagados de tíos que también los tenían muy grandes… Hasta que se enchufaron y ahí se les acabaron todas sus ansias de justicia y de igualdad. De pronto se olvidan de todo. Que nada cambie. Su gratitud y acato son infinitos. Es increíble la poca lealtad que tiene la gente, no ya para con los demás, sino consigo mismo. En fin, que estos guardias no serían una excepción. Uno está pendiente de solicitar el curso del SEPRONA y el otro, creo, el del GEAS. No querrán verse privados de sus oportunidades».

—Asentí como un sandio. En absoluto habría esperado una parrafada tan lúcida. Se refería al descanso en la tela de araña, esa grata mediocridad que despliega el Régimen para los candidatos más rastreros. Todos reniegan hasta el día en que su nombre sale en las nuevas Altas. Pero tu talento está por encima de la mayoría, Salvador: por encima de la experiencia de los más viejos (en realidad, mezquinas astucias que suman años) y por encima de bocazas y baladrones que creen que la mejor vacuna contra la presión del Régimen es el ascenso o la burocracia, sin percatarse

de que cualquiera de ellos entraña un rasgo de rendición y de perfidia que acabarán pagando con su dignidad.

Cerró los ojos, como extenuado por la declaración y sus malos agüeros.

Se manoseó con dedos temblones el pelo espinoso.

Volvió a mirar a Salva y prosiguió en tono doliente y consternado:

—Porque creo en ti me sobrepuse y porfié: «Podrían irse directamente al Juzgado y presentar denuncia…». «Sería su perdición —me cortó—. Si no respetaran el conducto reglamentario, se les acusaría de una falta grave. Con el apoyo de la Asesoría Jurídica la causa de los expedientes saldría adelante. Eso no es problema». Me sentí socavado, socavado por la *realidad subyacente*. Tenía toda la razón en lo de la Asesoría Jurídica del Cuerpo: ese comando de rábulas siempre coludidos con la Cúpula y cuya misión no es otra que la de abigarrar los pliegos de cargos y sostener así las proposiciones de correctivo. Todas vuestras alegaciones serían desestimadas. El único recurso sería el Tribunal Supremo. Eso al cabo de años y de un vía crucis. Lo sé por experiencia. No valía la pena discutir. Era un recadero que sólo podía volver diciendo *sin novedad*. Supongo que en su cabeza se debatían la conciencia y la ambición. A pesar de todo, ese muchacho me parece bastante desolado. El caso es que o sacaba aquello adelante o su ascenso se vería frenado; y además dizque no era capaz de averiguar por qué se mató su padre. De ahí que me ordenara a saco: «Pues tendrás que hacerlo o arrastrarás sobre tus subordinados el infortunio». Esa fue la puntilla: como esas torturas que la Inquisición infligía a amigos o familiares del reo para obligarlo a confesar de una vez por todas. Me quedé sin habla. El teniente se paseaba con las manos sin saber qué hacer con ellas, la mirada al garete por las cuatro paredes de esta asfixiante oficina de papeles inútiles, de averiada máquina de escribir, de legajos atados con cordeles rojos… Ay, Salvador. ¡Qué miserable es la vida de los Servidores!

Y con un codo apoyado en la mesa y la cabeza girada hacia la ventana, quedó sumido en silencio. La claridad se había vuelto transparente y cruda.

Se levantó y, con zancadas cortas que parecían de muñeco de madera, se fue al ventanal. Le tenía enganchado sin coerción ninguna. No sentía la mochila. El peso del olvido flotaba en el promisorio vacío de su vida profesional.

—Lo que se le pasaba por la cabeza en ese instante, y desde este punto, me lo dijo: «Mi padre plantó rosas por todas las Unidades por las que pasó de comandante de Puesto. Mi padre se quitó la vida. Usted mismo lo ha dicho: ¿de qué sirvió? Y sin embargo, de su estúpida obstinación no se da cuenta». Sabía lo que decía. Yo también, pero me negaba a reconocerlo. Este oficial es a la vez honesto y sectario, atenazado por sus sueños. Como cualquier otro, se desvive por esa Cúpula de la que todos execran, pero todos ansían en su fuero interno. Me había hablado tan exento de

arrogancia que no pude por menos que darle la razón. «Lo que se me exige es para mí una tragedia personal. Hace ya varios trienios que me propuse que, llegado al grado de suboficial, si daba con subordinados leales y honestos, no les defraudaría ni permitiría que se rindieran a espurios intereses extraoficiales, como a mí me ocurriera en mis comienzos ante sus señorías estrelladas. Ahora entiendo por qué muchos consintieron».

Ensimismado en la contemplación de la Mural, trajinada por tractores y vendimiadores a los que no veía, el brigada sonrió al recordar:

—Con desgano, quise resistir con una pregunta más. «¿Cuál es la verdad?». Vino hacia mí, y cuando creía que me iba a responder con una palabrota o un insulto, dijo, menguándose cómo no te puedes ni imaginar: «¡Y yo qué sé! No lo sabía ni Jesucristo. Sólo haga una simple llamada y acabemos ya». Sentí lástima por él, bastante más de la que yo te pueda estar dándote a ti ahora. En fin, una conversa entre lo grotesco y lo metafísico. Tenía razón. Mi suerte estaba echada. Y de mí dependía la vuestra.

Dejó de recitar al cristal para dirigirse a Salva.

—Ya lo ves: me he vendido —resumió con expresión mortificada—. Y aunque no me creas, de veras, lo hice por vosotros; mayormente por ti. Ojalá aprendas la lección. La lucha —la LUCHA— ha de ser con otra estrategia. Pero nada de arrostrar el Régimen de frente. Es inútil. Es suicida. ¿Me estoy repitiendo? ¿Lo recordarás?

Salva, envarado en la basta silla, sintió que no podía levantarse. El despiezado cetme pesaba como un mundo nuevo. Como rachas de viento que hubieran despejado las tinieblas, habían sido las palabras del brigada. Tinieblas que cubren la realidad… *subyacente*. La otra cara del espejo.

«Y si le das la vuelta, descubrirás su brutal autenticidad…»

—«Hay un concepto, mi teniente, que no le referí acerca del honor, y que usted ya conoce: Némesis». Fue mi último alegato mientras abría puertas y ventanas para descargar la opresiva atmósfera. Lo dejé en suspenso y me dediqué a la deshonrosa marcha atrás. Cuando llegaron los antecedentes del tal Hipólito, ya daba igual. ¡Válame Dios!

Se dio a palparse las hirsutas canas con las manos abiertas.

—Sí: soy un pelele. Lo siento.

Murmuró una docena de veces «lo siento» antes de calmarse y dijo:

—Parece que hará un día soleado. Por cierto: ¿querrás a la tarde echarme una mano a preparar la Patrona?

XXVII. PATRONA INOLVIDABLE

1

Al cabo de unas pocas horas de sueño y tras hesitar largo rato en el desvelo de un gayo bullicio de fondo, Salva decidió bajar a implicarse en los preparativos. Y lo había hecho por mor del abrumado comandante de Puesto.

El pobre suboficial se bandeaba con tal zozobra y postración que no podía culparle del resultado con que su atestado había sido liquidado. *Sobrevivir bajo este régimen es duro y, según parece, requiere no poco envilecimiento. Yo no soy así. Entonces, ¿por qué me la he envainado? ¿Por qué he permitido que me hicieran esta verónica truculenta?*

Quizás hubiera algo de verdad en la vanidosa referencia a que pretendía ampararnos.

Ampararnos… Vaya, vaya, con el vejete. El mundo, la vida, la evolución, es de los valientes. Lo cierto es que yo he claudicado. Que yo me parezco a Carrasco, ese borrachín quemado de recuerdos euskaldunes.

¡Puaf!

Y allí estaba, en plena víspera de su primera Patrona, casi con pesar y desgana, arrastrando cajas de cerveza que el ilegal garito de Moisés júnior ofrendaba al Cuerpo.

Por la ventana del cuarto de Monti asomaba uno de sus bafles, y éste, atravesando con sus vibraciones las flexibles ramas del sauce, volcaba sobre el empedrado patio una marcha militar. Paradoja curiosa, *El novio de la muerte* alegraba la fajina. Sus compañeros se movían joviales y frenéticos: Jorge vaciaba el garaje por un lado, y por otro, Goyo y el cabo introducían tablones y borriquetas; del Land Rover, Nieves y Félix bajaban un arcón con marisco congelado: «Atención de Alfonso De Lasheras y Urbano Arteaga». El Poli continuaba pasándole cajas de cerveza, que él cursaba hasta la vacía Sala de Armas: versátil cuarto cuyo despótico despoje por el *teco* la había dejado espaciosa y triste.

Ya no se repetirían las excitantes partidas en las que casi todos los guardias solían convergir. La fanática añoranza del primer Jefe les había dividido aún más. —¿Fanática añoranza o insidiosa estrategia de aislamiento?

¿O tal vez mero recreo de su autocracia?

Precisamente, la única nota amarga que teñía el ambiente se debía a

una de sus Notas Particulares, llegada esa misma mañana. En ella se arengaba a todos los guardias de la Comandancia a sufragar una «simbólica colación» a las autoridades civiles de la demarcación respectiva. La plantilla convino con desprecio unánime en no arrimar duro alguno a cuenta del *teco* pedigüeño.

Por lo demás, aparecían arrebatados de fervor institucional.

Poco a poco, por mera empatía o veneración aún no del todo extinta, Salva fue animándose, involucrándose.

Y se olvidó de todo cuando el guardia de Puertas vino a buscarlo con pícaro acento:

—Una muchacha al teléfono, grandísimo figura.

Salva salió de la Sala susodicha como despedido por una coz.

La voz del auricular era la de un ángel. Anabel, conociendo que ya disponía de medio de locomoción propio, quería saber si podrían quedar en Alcalá —por fin en su localidad de residencia que tanto y tan misteriosamente le había vedado.

—Sí —respondió él con la sonoridad de un tapón disparado.

—¿Esta tarde?

—Sí —otro tapón disparado.

—¿A las cinco te vendrá bien?

—Sí.

—Sabrás llegar a un bar de copas que se llama Límite. Está en…

—Sí.

—¿Es que sabes dónde está?

—No, pero lo encontraré. Bueno, dímelo.

Tomó nota con garabatos de médico nervioso, y gracias a que aún lo retenía en la mente, logró descifrarlo después de colgar. En su gozo trepidante había escrito sobre una cuartilla, en cuya parte superior figuraba el texto de un telefonema que ordenaba la previsión de un servicio especial para el mes siguiente, en la finca La Parreña. Allí, varios mandos en colaboración con técnicos militares y civiles llevarían a cabo prácticas con diverso material de alta tecnología, como parte de un programa de pruebas para la modernización del Cuerpo.

Salva suspiró por conseguir ese servicio. Un paréntesis en la implacable rutina cuartelera. Y es que de la magnífica ilusión de los primeros días quedaban cenizas, y de ellas no esperaba que levantara vuelo ningún pájaro en cuyas alas pudiera trasvolar del desaliento extremo y la ira sin destino a la legitimidad de conducirse con un mínimo de decoro, de invulnerable decoro. ¡Bah! Ella lo había llamado y citado por largo, largo

rato.

El brigada le pidió que llenara el frigorífico de los solteros con botellines: mañana iba a ser un día «cojonudo». Salva, pensando en su pelicobre, desfiló dichoso con un par de cajas en volandas.

Subiendo las escaleras, coincidió con el raro compañero de pabellón.

¡Ah, claro! Todos arrebatados de fervor institucional, menos Carrasco. No se le había visto hasta entonces y su aparición suponía una huida: se largaba con setenta y dos horas de descanso continuado, solicitadas *ex professo*. Lo repasó de soslayo. Se había afeitado la cabeza a lo buda, en la oreja derecha mecía un zarcillo de oro y alrededor del fornido cuello el colgante de plata vieja con el Ojo de Horus parecía irradiar la virtud de enmudecer o sobrecoger a cualquiera que se le acercara; eso y la maciza indiferencia con que le cruzaba, fue lo que evitó que se lanzara a soltarle una pregunta que le llevaba varios días percutiendo…

Por mucho que diga el brigada, yo no me parezco en nada a este, zanjó una vez más. Y al segundo, en su fuero interno, se expandió una onda disonante: *víctima del aire muerto*.

De repente, con los pies repartidos en dos escalones, se armó de valor y se volvió:

—Carrasco, ¿te importa que te haga una pregunta?

El aludido continuó bajando escalones. En el último, que no llegó a tocar, se agarró a la barandilla verde militar y se giró: una mirada de brillo inconciliable lo dejó sin habla.

—¿Qué quieres saber, *chico*?

—Bueno… —se retrajo Salva, enfadándose consigo mismo por no ser capaz de rematar su propia determinación. Tomó aire (*muerto*, para más inri) y lanzó—: El otro día, cuando celebré la compra de mi coche, tú vaticinaste de regreso al cuartel que se produciría un asalto de ganado aquella misma noche. Fue lo que sucedió.

—¿Eso dije, *chico*?

—Sí. Lo recuerdo perfectamente.

—Y qué, si lo dije. Y qué, si ocurrió.

—Verás… —Salva conjeturó que no sacaría nada en claro. Pero al menos lo tenía que intentar.

El otro se le adelantó:

—¿Adónde quieres llegar, chico listillo?

—A la verdad.

—¿Y luego?

—Lo que haga falta. Desenmascarar. Denunciar…

—Denunciar, denunciar —repitió el otro en un gruñido despectivo, para resumir—: Menudo badulaque.

Le escuchaba. Salva se sintió válido, confiado.

—¿Cómo lo sabías? Una vez dijiste que mandos del Cuerpo estaban detrás de esta clase de delitos. ¿Qué es lo que sabes?

Carrasco, agarrado al pasamanos, arqueó el cuerpo hacia atrás: quería ver si alguien andaba por el pasillo. De vuelta, con rudo entrecejo y el amuleto de Horus cintilando foscamente, le advirtió:

—Te estás metiendo en camisas de once mil varas, *Cherlo Jolmes*. En el Estado Actual de Cosas, llegar demasiado lejos es perjudicial; así que no investigues tanto, no te vaya a pasar como con tus «amigos» los pescadores.

—¿Por qué no subimos al pabellón y charlamos mientras nos bebemos un botellín? —le propuso, marcando con los ojos la caja que sostenía.

Carrasco dio un respingo, al que siguió una elevación de la monda sesera. Sin moverse del sitio, estiró su recia figura hacia Salva.

—¿Por quién me tomas, capullo? Tú nunca tomas alcohol. ¿Acaso te han puesto un micrófono? —susurró—, para que me caiga yo solito en el trullo, ¿eh, cabrón?

Salva recuperó su pie inferior.

—Joder, tranquilízate. Yo sólo pretendía aclararme unas cuantas dudas. Pienso tirar del hilo, ¿sabes? —y retomó al abandonado peldaño en actitud de intrépida indagación.

Y sin duda, Carrasco así lo recibió: había distendido el ceño por un perceptible levantamiento de cejas. Tuvo un segundo de vacilación; luego, con un espasmo, repitió el estrafalario ademán de brutal alerta.

Al retorno del arqueamiento, dijo:

—No me tomaría una de esas cervezas ni muerto de sed. Son caballos de Troya contra el espíritu de las leyes. Tácitos sobornos. Y no porque yo sea mejor que los demás: sino porque tanta miseria asquea. *Asko* cuartelero. ¿Lo recuerdas? ¿Tienes idea de lo que te hablo?

—Totalmente.

—¡Y una mierda! —arremetió—. No tienes ni puta idea, *chico*. Entérate de una vez: detrás de lo que tú llamas «absurdas presentaciones» hay un mamoneo criminal. Cada papeleta participada es un itinerario de alejamiento para que ciertos compadres de la Bestia puedan moverse a sus anchas. Asaltos, traslados ilegales de ganado… ¿Pruebas? Ninguna. Aquella tarde la Línea había dictado la papeleta por teléfono; otras veces es la Compañía. Es lo mismo. El clan Torcaces es sólo una parte. Las planas mayores son otra, y muy pequeña, por cierto. La hebra es más alta y larga de lo que parece. El problema no es tirar y desenmascarar: es este estúpido

régimen que hiede a tiranos y malandrines, como dice el simple de tu brigada.

Dejó de largar.

Durante medio minuto no dijo palabra, un ínterin en el que Salva acabó por oír pisadas y ver aparecer a Monti cargado de botellas de champán. APORTACIÓN DE BERCHINA S.L., EN HOMENAJE A LA BENEMÉRITA DE SAN JUAN DE LA SIERRA, rezaba una caligrafía dorada sobre una cinta de raso verde.

Pasó entre ellos, saludando a Salva y omitiendo al otro, y siguió hasta el pabellón de solteros.

—Este pollino es carne de la Bestia —refirió Carrasco del Polilla—. El pobre carece de juicio. Lleva medio año entre nosotros y no ha aprendido nada. Ese sí que palmará en «homenaje a la Benemérita».

—El brigada opina de ti lo mismo —se le escapó a Salva en un arrebato de herido compañerismo por su amigo.

Sí, se le había escapado y ya era demasiado tarde.

Se maldijo mordiéndose el labio.

Carrasco amagó una mueca semejante a una sonrisa desdeñosa.

—Lo que yo digo: otro diablo —espetó con ecuánime repulsa—. Soy más listo que él cincuenta millones de veces. No te preocupes; sé lo que pensáis de mí. A nadie le echaré nada en cara. Qué sabréis. En aquel húmedo vertedero de Itzolosa volví a nacer. Allí sobreviví a una puta onda explosiva que quiso estrujarme; una *ekintza* de siete toneladas por metro cuadrado me dijeron en vez de asesorarme de mis prestaciones sociales. ¡Valientes hijos de puta! Paso de todos vosotros. Un día me pegaré un tiro y eso nadie podrá impedírmelo. Sólo pido al Destino que cuando ese momento llegue, conserve entonces la claridad suficiente como para darles *jo ta ke* a cuanto sátrapa pueda antes de chupar el cañón. No querría parecerme a esos gilipollas que se vuelan los sesos y dejan a los mismos hijos de puta con estrellas para que sigan jodiendo sin castigo. Pero eso lo decidiré yo. Ahora tengo prisa por largarme de esta *askerosa* tragantona. Que os aproveche. Y no voy a volver a hablar más contigo. Estoy harto de chulos y voceras que a las primeras de cambio se venden a la Bestia. —Se apoyó en la barandilla y, tomando impulso, se internó a buscar la calle como si le faltara aire, orgulloso de su aséptica y demoledora desconfianza.

—¡Con vuestro pan os lo comáis! —bramó afuera, donde todos pudieron oírle.

Pero ninguno le tomó en cuenta. Imperaba el deseo unánime de tener la fiesta en paz.

Carrasco se largaba por el puro gozo de volar.

«… mientras la Bandada se apelotonaba miserablemente en tierra.»

Y subiendo Félix, camino de su pabellón, le apresuró a quemarropa, a un Salva meditabundo en mitad de la escalera:

—De tripear en paz. De eso se trata. Vamos, Salva, espabila; que es para hoy.

De pronto sintió unas prisas enormes por desprenderse de aquella mercancía infecta.

2

Anabel. El único e indispensable lenitivo a su desolación profesional. Huía hacia ella. A los mandos de su potente R-12 (eso le parecía) pisaba fuerte en busca del bareto. Después de afanarse ostentosamente en la recepción y reparto de las —por lo visto— inveteradas donaciones, había osado escurrir el bulto. ¡Cómo la necesitaba! Cómo le aliviaba de sus aflicciones laborales: del fiero vasallaje militar, del derrumbe de sus ambiciones, de esa trama inaudita, desaforada.

Intolerable.

Pues a la fogosa honestidad de su temperamento, resultaba imposible no injerirse dispuesto a destapar y desbaratar: hasta donde hiciera falta.

Legal o ilegalmente.

Y si el teniente e incluso mandos superiores estaban coaligados con Moisés Torcaces y, por ende, detrás de los asaltos a los corrales de ganado, como el estridente Carrasco le había apuntado, entonces… *Entonces, ¿qué?*

Quizás sólo fuera fantasías obsesivas de Carrasco. Quizás.

Se sentía enloquecer.

Le fue más fácil de lo que esperaba dar con el bar de copas Límite. Como llegó con tiempo de sobra, estacionó en las inmediaciones y se bajó a conocer los alrededores y a despejarse de dudas que le acosaban como aves carroñeras que sobrevuelan a un moribundo.

Un moribundo moral como él.

De ser cierto lo que intuía, *qué debería hacer*, se carcomía pisando una ringlera de baldosines rojos, que a la luz de las farolas despedían reflejos escarlata, de sangre, y de los que no quiso inferir alegoría alguna.

Al final del paseo peatonal, flanqueado de árboles esqueléticos, una bandera a cuadros blancos y negros colgaba de un kiosco de prensa. Una ligera brisa la hacía ondear, la misma que comprimía a los amantes repartidos por los oscuros parterres.

¡Si yo fuera uno!, deseó, para en seguida retomar la truculenta

suposición.

Por más vueltas que le daba, si de verdad quería tirar del hilo, llegar hasta las últimas consecuencias, escarmentar a los culpables, sólo daba con una posibilidad: la lucha clandestina.

Tal vez la lucha armada clandestina, conjeturó con espanto.

Unas cuantas hojas de árboles, cumplido su ciclo vital, planeaban indolentes hasta el suelo, donde componían hirsutas y delicadas sombras doradas. Uno de los colores del otoño. Como el de ella. *¿Como el de Marta?*

Viró pensamientos. Anabel expresaba vida.

Distraído con la coreografía por la que los *Platanus hispanica* se desvestían parsimoniosos, tardó en reconocer la silueta de mujer joven en el puesto de los periódicos, cuya media melena marrón descansaba sobre las hombreras de una cazadora de flecos del mismo color. Anabel.

Y departía, de un modo concienzudo, con el vendedor.

¿Amigos íntimos? Sintió un repentino ataque de celos.

Con la llegada de un cliente ella se giró.

Se miraron, se sonrieron (ella un tanto forzada), y con metamorfoseada naturalidad se encaminó hacia él. A los pocos pasos se volvió para despedirse del dependiente y éste replicó alzando un fascículo y un visaje escrutador. Tenía aspecto de ser bastante mayor que ella y trazas de tipo disecado.

—¿Quién es ese con el que conversabas, tan… *enfáticamente*? —inquirió tras un beso rápido convocado por ella.

—¿Estás celoso?

Salva aprovechó para sondear.

—¿Tendría que estarlo?

—Es sólo un amigo. En el sentido exacto de la palabra —agregó—. Tiene problemas con la droga y trato de ayudarle. —Anabel esquivó el meollo de la pregunta y él no se atrevió a insistir.

—No me extraña que tenga esa pinta. ¿Adónde vamos?

—¿Localizaste el Límite?

—Sí.

—Vayamos. Tengo una sorpresa.

Antes, Salva la llevó hasta su auto.

—¿Te gusta? —interrogó con la vanidad del que enseña un Testarossa.

—Fabuloso —dijo ella, alegrándose por la alegría con que él se lo mostraba.

Salva dedujo que de haberse tratado de un Testarossa su reacción no

habría sido mucho más distinta. Sin duda, la pasión de su espíritu no tenía mucho que ver con los coches. Ella era de una espiritualidad singular, sin par. Extasiado con su presencia contigua prosiguieron la ruta. Anabel le comentó que su casa caía muy cerca de la plaza del kiosco y no le facilitó más datos porque entraban en el local, y él, que flotaba a su lado, se había olvidado de todo.

—¿Qué te parece?

Anabel le señalaba una máquina de videojuegos.

Salva no tardó en reconocer la demo.

—¡Pero si es el *Thunderkiller*!

La máquina era idéntica a la del Bordaluna. Salva se agitaba nervioso. El arcade se resistía a puntuar lo suficiente como para superar la segunda fase sin sudar lo suyo.

—No está mal la sorpresa —ronroneaba en su mejilla.

Aquello no era forma de jugar. Él, asido a su talle, ni se percataba de cuán poco le duraban las partidas. No se concentraba. Ella tampoco. La puntuación, lentísima. El muñeco la palmaba sin dilación. Tan cerca, tan irresistible.

De pronto, Anabel se desentendió de los mandos de la operación guerrillera y, rotando sobre sí, se pegó a él.

Caderas contra caderas, ojos en ojos, pupilas arrebatadas. Besos, roces, cuajo electrizante. La pantalla fulminaba la partida por su cuenta: INSERT COIN. Las ganas de «insertar» eran otras.

—La verdad es que me gustaría besarte en algún otro lugar menos concurrido —musitó él en un respiro.

—No dije que la sorpresa fuera la máquina… —repuso ella en un sofocado susurro.

—¿Ah no?

—No…

—¿Y…?

—Mañana no tengo que trabajar. Ni estudiar. Mi compromiso más inmediato es estar a las ocho en San Juan, para entregar a mi madre unos papeles sobre una oferta de compra por la casa de aquí. Entre tanto, estoy para donde tú me quieras llevar, *soldado*. Soy tu prisionera.

—Pues vámonos de aquí, que no es esta cárcel que yo te quiera dar —chanceó él delirante.

Anabel puso dos condiciones: besarse en algún lugar bajo las estrellas y la otra que, fueran donde fueran, los documentos pudieran llegar con tiempo a la destinataria. Salva improvisó que la planicie de Matallana, en

los confines de la demarcación de San Juan, con sus eriales salpicados de matorrales olorosos, sería un punto muy favorable para los intereses de ella y de su madre. Y de los suyos, videntemente.

3

—Me gustaría vivir en una casa donde por la noche al mirar el firmamento pudiera ver muchísimas estrellas —suspiró ella, inclinando la cabeza hacia la ventanilla—. ¿No te parecería fascinante?

Alumbrados por una luna túrgida, embriagados de sí y de fragancias silvestres, sus espíritus tendían a fundirse en los asientos traseros del R-12.

—Desde luego —concedió Salva. Ella sí que era fascinante.

—¿No crees que otros seres inteligentes puedan habitar en esas profundidades infinitas?

—Es posible —respondió él, embobado en su rostro perfilado de luna —. Pero no más inteligentes que nosotros. O ya se habrían dado una vuelta por aquí.

Anabel desgarró la bolsa en la que traían refrescos y emparedados.

—¿Por qué habrían de hacerlo? —dijo, dándole a elegir—. A lo mejor no les interesamos.

—Si fueran más inteligentes, su tecnología sería también más avanzada. Y si su tecnología no nos ha llegado, es que no tienen más cacumen —respondió Salva y eligió a tientas.

—Tal vez se hallen a distancias que superan nuestra capacidad de imaginación. Constantemente se generan nuevas estrellas y algunas de las que ahora vemos hace años que dejaron de existir y de tan lejanas como estaban aún vemos su luz. De la misma manera, otras que acaban de nacer no podemos verlas todavía —tiró de la pestaña de la lata y sorbió un corto trago. ¡Qué gesto tan primoroso!

—¡Ah, qué poca cosa somos! —se quejó él con acento despreocupado, acariciando su pelo de fuego. Anabel se acurrucó en sus brazos—. Dicen que todo es producto de una gran explosión.

—Así es —dijo ella, recogiendo las piernas—. Una especie de Gran Explosión inicial a la que los científicos han bautizado como Big Bang. Toda la materia del Universo surgió de un punto de energía inimaginablemente denso y caliente. Antes no había nada. La Nada. Asegurar esto ya es demasiado. Con la unión de ciertas partículas eléctricas con masa, un electrón y un protón, se formó el hidrógeno. Transcurridos como un millón de años, se formaron nubes de este gas, que bajo la acción

de sus propias fuerzas gravitatorias comenzaron a comprimirse, generando reacciones termonucleares: las estrellas. Nuestro Sol. La Tierra y los demás planetas son fusiones de esa materia que por exigua y alejada acabó por enfriarse y apelotonarse. Luego, por diversas causas fortuitas, como la distancia ideal al Sol, la gravedad exacta para retener una atmósfera homogénea, un campo magnético protector, un satélite estabilizador —la Luna— y un larguísimo proceso de fenómenos químicos en el agua, que llegó en meteoritos, la Vida.

—¡Jodo! —expresó Salva, resumiendo así su asombro y su taimado interés. Para no evidenciarse, preguntó la sempiterna cuestión—: ¿Y hacia dónde se dirige este Universo?

—Esa es la Gran Pregunta. Tardará en saberse, pero se sabrá. Todavía el hombre actual no está preparado para descifrar ni resolver ciertos enigmas. Pero dispone de cinco mil millones de años, que es lo que se calcula que le resta de vida al Sol y, por consiguiente, al planeta Tierra. (Suponiendo, claro está, que el ser humano sea capaz de sobrevivir o de no autodestruirse.) Luego, los hay que sostienen que el Universo se expandirá indefinidamente, hasta convertirse en un cuasi vacío, en energía; y otros que acaso vuelva a condensarse en una Gran Implosión o Big Crunch. Sea lo que sea, poco importa: en ese futuro el Hombre no entra. Toma —le ofreció uno de los emparedados.

Salva lo mordió sin dejar de contemplarla.

—Conque que venimos de una partícula de gas…

—Eso parece.

Lo que a Salva le parecía era que no estaba en el espacio, sino en el cielo.

Siguió mordiendo sin ganas. Contemplarla y oírla.

Perfecta hasta en la voz.

—¿Y si de esa explosión salieron tantas estrellas, qué hacemos viviendo en un sitio sin fuego con tanta vida? Alguien muy poderoso debió de intervenir para que nosotros estuviésemos aquí, tranquilamente rodeados de caos y destrucción. ¿No crees que esa sea la gran prueba?

—Ya te lo he dicho: casualidad. Yo, como Newton, pienso que los físicos deben guardarse de los metafísicos. Tenemos cada vez más respuestas y las que faltan vendrán en el futuro. Si es que existe un Creador, somos su vanidad y se alegrará de que poco a poco vayamos hasta Él. Pero lo más probable es que seamos el culmen de millones de experimentos elaborados por la Naturaleza, llenos de hervor y de indiferencia.

—Lo que me mosquea es que tú y yo estemos aquí por el gasecito de marras. ¿Estás segura de que ese es el principio de la vida?

—Pues sí. Todos los demás átomos provienen del hidrógeno, muchos de los cuales nacieron y se esparcieron por el universo tras el colapso y estallido de estrellas masivas llamadas supernovas. Con esos elementos llegados a la Tierra y ciertos aminoácidos, también llegados en meteoritos o cometas, surgiría en los océanos un tipo de vida elemental, generando lentamente un código genético que irá evolucionando con el cambio del planeta y su atmósfera. Es la capacidad de adaptación de los seres vivos al Medio. La vida surge en el mar porque afuera los rayos ultravioleta aniquilan cualquier intento de reproducción compleja. Hasta que cierto tipo de plantas comienza a desprender oxígeno a la atmósfera y se crea a su vez la capa protectora de ozono. Así es como la vida pudo saltar a tierra con éxito. Y al cabo de millones de años, de cambios, de mutaciones, de evolución de las especies: Tú y Yo.

—Me siento como si no fuera nada. Un puro gas.

—¿*Sólo* como gas?

—No exactamente —jadeó él, abrasado entre su melena—. Más bien como un meteorito incandescente.

—Humm…

Y se fundieron inflamados de astronómico deseo.

Una precipitación de besos, succiones, exploraciones lamiscadas, no tardaron en duchar los cristales de una condensación infinita y lúbrica.

Latas de refrescos semivacías o semillenas, bocadillos a medio terminar, manos que aparecen y desaparecen como cometas, gotas de sudor que recorren el camino de la gravedad y nunca llegan a caer destrozadas por movimientos impetuosos de rotación y de traslación de cuerpos ígneos, henchidos de vida y de energía, de fogosas turgencias ávidas por ser aplacadas, fusión de sustancia vital, raudales de calor y de presión que preceden al «big bang», la sincronización espacial y especial, a horcajadas, el comienzo de la cuenta atrás, un hecho causal, hacia el gran estallido…

Luego, la Gran Calma.

Ella se cubrió con la chupa y con la manga limpió el nublado cristal de la ventanilla. Asomó un trozo de desdibujado y fiero firmamento, que junto con la alta calefacción del auto los distendió de un modo inefable en plena fría madrugada.

Él movió el dial de la radio; que detuvo en un estribillo interesante: *I want to know what love is*. Abrió la guantera en busca de alguna cinta y la luz del interior iluminó una Star de 9 mm parabéllum: su pistola reglamentaria. Anabel dio un respingo. Se adelantó al parabrisas y la luna le bañó el rostro, delatándola absorta, excitada de otro modo.

—¿Siempre la llevas contigo?

—A veces. Nunca se sabe lo que puedes encontrarte por ahí.

—¿La disparas bien?

—Sin falsas modestias, sí.

—¿Me dejarás disparar?

—Si después lo celebramos de esta manera…

Ella le dio un piquito.

—¿Me la dejas…?

—Humm… Vale. Pero le quitaré el cargador y comprobaré que no está cargada; por precaución.

—Dicen que las armas las carga el diablo.

—No: las cargan los gilipollas y luego dicen eso. Pero te diré algo que no debes olvidar: nunca apuntes a nadie si no piensas disparar.

Anabel empuñó la Star, con fuerza, tanteando su peso; bajó el cristal de la ventanilla y, sacando los brazos, apuntó a la luna, cuyos rayos se desparramaron ahora por sobre su torso entrevisto bajo la cazadora. Sus curvas compactas, bruñidas de sudor bilateral, incitaban a una nueva explosión… Ella guiñaba con exageración un ojo.

—No, así no es —la corrigió—. Así darías gatillazo. Tanto afán por apuntar bien hace que muevas el cañón, lo cual, en el momento del disparo, haría que la bala partiera muy desviada del blanco. Un objetivo en movimiento se te habría escapado.

—Vaya, parece que lo hago bastante mal. ¿Me enseñarás?

Anabel tornó trayendo consigo un aura revuelta de ardor y frío.

Era verdad que el Big Bang estaba ocurriendo y el brío expansivo se reprodujo con renovada y eufórica gravitación, condensando de plenitud sus espacios físicos.

Confortados por las baladas de la madrugada, se dejaron reposar como átomos lascivos.

Se despabilaron con las señales horarias de las siete en punto; partieron a toda velocidad de Matallana y llegaron a la parada del bus justo a tiempo y Anabel pudo acompañar a su madre cargada de escrituras. A ella le entristecía la venta, aunque no demasiado, ya que ninguna noche las luces de la ciudad la dejan ver las estrellas.

Él la enseñaría a disparar.

Verdaderamente, una víspera de Patrona inolvidable.

La fiesta en cuestión empezó con la partida a la iglesia.

Una pujante alegría impregnaba a los guardias ataviados con trajes de gala, en los que entre camisas blanquísimas como de anuncio televisivo y el lustre fosco de los tricornios flotaban permanentes sonrisas, que si bien no eran afectadas tenían algo de simulación, y muchos familiares y simpatizantes pululaban por el acuartelamiento cruzando felicitaciones y parabienes.

Salva no acertaba a explicarse qué le repelía de aquella exultante teatralidad.

Después de misa, alguien se había encargado de envolver medio cuartel con banderas nacionales y Salva, como por efecto de una hipnosis regresiva, se vio en el acto de entrega de despachos en la Academia.

El abatimiento era irresistible.

—Por cierto, Salvador: o compras cuerpo o vendes traje —pasó Félix, dejándole caer una de sus típicas bromas.

Sólo que en el asunto del traje no había nada de broma. Se buscó en un espejo: el uniforme le quedaba peor de lo que creía. Estrecho de hombros, la guerrera larga hasta dar la impresión de parecer un pintoresco escocés y el forro que empezaba a descolgarse de sus delicadas costuras hechas de hilo escaso y falso, consecuencia de chanchullos inconfesables entre proveedores y los que los encargaban. Tal como solía rajar Marino. No lo vio entonces, por culpa del fulgor. Ahora, rasgado el velo de la ingenuidad —de la ilusión que todo lo ciega—, estaba claro.

Comenzaban los días en que tendría que prestar servicio de Puertas con esa uniformidad y debía arreglarlo sin falta. De momento, limpio, planchado y subiendo los hombros y sacando pecho, conseguía cierta gallardía compensatoria.

A la hora de la comida se presentaron Moisés júnior y Parra, trayendo consigo una marmita llena de cordero asado que el clan del primero había preparado como devoto obsequio al Cuerpo. En un antiguo y señorial mercedes, propiedad del alcalde, llegaron éste y Urbano Arteaga; el primero con un formidable puro en la boca: parecía una caricatura de capitalista decimonónico; sólo le faltaba el bastón y la chistera. Saludaron al comandante de Puesto y entablaron o prosiguieron reconcentrada conversación.

En tanto que el brigada departía con unos y con otros y los demás compañeros ultimaban las mesas, Salva, intrigado con la versión de Carrasco, se escaqueó a huronear entre papeles indizados y vedados.

Esta vez, sabiendo dónde buscar y mirar, no tardó en reparar en nuevos datos: la redacción de las papeletas coincidentes con los robos mostraban un estilo más breve y conciso que el resto, del todo distinto al

habitual del comandante de Puesto, cargado siempre de redundancias tendentes a cierta versatilidad itinerante dentro del rígido horario de presentaciones. Una sintaxis tan curiosa como sospechosa.

Acudió al Libro de Telefonemas: ninguno archivado; en realidad, porque no se emitían como tales, sino como simples llamadas en las que se participaban meras órdenes verbales. Cero pruebas.

Carrasco tenía razón.

Lo devolvió todo y se dejó llevar.

El banquete arrancó entre jolgorio y chanzas y en el que Velasco se hizo acompañar por una rubia despampanante que levantó envidiosos cotilleos entre las mujeres del cuartel. Monti, reconciliado con su novia, se la presentó a todos los compañeros. Jorge aprovechó para repartir invitaciones de boda, al tiempo que escuchaba consejos picantes acerca de su futura vida marital. Los *caimanes*, armados de habanos —repartidos por el chaparro Parra— y largos vasos de güisqui —repartido por el acartonado Moisés Torcaces—, le gastaban bromas, por descontado Félix. Lo increíble fue ver a Barahona haciendo chistes; alguno incluso con chispa. Velasco avisó:

—Si quieres gozar del sexo, no te cases.

La rubia le rio la gracia y continuó devorando con fruición el marisco.

Rodeados de familiares y allegados, los componentes de la Unidad se explayaron en una festividad alegre e irreflexiva. Tras el suculento condumio, Monti subió el volumen de su equipo de música. Sonaron himnos militares, y flamenqueo y sevillanas que berreó Barahona, hasta que Salva, en un golpe de mano, las cambió por los éxitos del verano, que con ser insufribles mortificaban mucho menos. Así hasta las tres de la madrugada en que se amontonaron trastos y se bajó la puerta de la cochera.

A los pocos días, la famosa arenga escrita del primer Jefe se cumplió inexorable. Al final —menos Carrasco—, apoquinaron todos; eso sí, vituperando sin descanso, pero nada más. Luego, el reparto de bebidas que sobraron por las diversas aportaciones de los «simpatizantes» les ayudó a olvidar el sablazo; rajaban de cuando en cuando y a la vuelta de un mes ninguno hablaba de ello.

XXVIII. DÍA DE AUTOS O BOJIGANGAS AL BORDE DEL ABISMO

1

Jorge, sin embargo, de pasada, volvería a sacar a colación la dichosa colación esa mañana de servicio con Salva, a cuenta de sus preparativos de boda.

—Pues con esa pasta podría haberme pagado los ramos de flores que me cobra el cura por adornar el altar.

Ese día ambos compartirían el suspirado servicio en La Parreña, lugar donde, de un momento a otro, aterrizarían mandos del Cuerpo y técnicos civiles cargados de equipos y material de avanzada tecnología.

Qué clase de material y qué clase de servicio debían prestar todavía lo ignoraban. Desde dos horas antes, y siguiendo las benévolas órdenes del brigada, esperaban sentados en una roca al sol matutino, jugueteando con el quepis en las manos y el sol patinando en las punteras de las botas de Salva, lustrosas hasta la caña, como si el servicio no fuera sino una revista de policía antes de abandonar la Academia. Aunque cada vez menos gozaba de verse así, persistía porque las raíces de su espíritu arrancaban de un sueño pulido de la cabeza a los pies.

—Cásate sin flores —le recomendó.

—¡Qué dices! —exclamó su compañero, casi ofendido—. Nuria me mataría.

Salva constató su falta de tacto.

—Tienes razón —se corrigió—. Esas cosas resultan imprescindibles para las mujeres. —Tras consolidar su relación con Anabel bien podía ir de entendido en temas de féminas.

—Mientras tenga para irme de viaje de novios a Cuba, del que ya tengo pagado el cincuenta por ciento, lo demás poco me importa. ¿Y tú, qué? ¿Cuándo piensas casarte? —viró Jorge de improviso—. He oído por el cuartel que sales con una trigueñita bastante… total.

Ah, trigueñita…

Salva sonrió esquivo.

—Bah, de momento es sólo una relación de paso —no se consideraba supersticioso, pero, por si acaso, sobó la madera del *chopo*, que le descansaba entre las piernas—. ¿Cómo te has enterado?

¡Con las precauciones que había tomado!

—Se lo oí a un *caimán*. Creo que a Goyo, o a Félix. No sé. No se les escapa una, ¿eh?

—Sí; son jodidamente listos.

Y vaya que si lo eran. Anabel le había pedido —*exigido*— que jamás se volvieran a citar por San Juan. Y desde que él tenía coche así había sido. Pero había fracasado. O tal vez el que fuera retenía la imagen de sus primeros y contados encuentros en el penumbroso *rincón del viento*, tras la iglesia. O alguno de sus paseos semifurtivos por el parque de la Telefónica.

Que la relación entrambos se difundiera lo menos posible, para Anabel representaba punto menos que la piedra angular. Incluso por Alcalá lo llevaba con un cierto aire cauteloso, que —ahora que reparaba en ello— se le antojó extraño. Mosqueante.

—El brigada —avisó Jorge.

Se pusieron en pie y saludaron al superior. Éste les transmitió la ejecución del servicio: protección de personalidades en el interior de La Parreña. Estaban al caer. Del cielo venía un zumbido característico. La expectación prometía cierto espectáculo, cierto esparcimiento.

Y así se lo manifestaron al suboficial cuando volvía a dejarlos.

—Será suficiente con que no nos den por culo —gruñó. El helicóptero describía un ruidoso círculo por encima de la casa—. Nos espera una bonita tarde de autos, de pajes y bojigangas; así que andad atentos que os avisaré para cuando tengamos que acompañar al teniente —alzó la voz para hacerse oír—. El Gran Jefe Monipodio nos necesitará de comparsa mientras el teniente recita lo que cualquier subordinado pueda estar dando ahora en cualquier lugar de la fajina marcial del Instituto; o sea: «No hay novedad». Y, ay, del que vaya con otra cantinela, muchachos. Sólo para escuchar ese estribillo mendaz existen en la Guardia Civil los oficiales. ¡Válame Dios! Quién pudiera volver a ser joven —parece ser que fueron las últimas palabras con que desistió de la alocución y sólo porque el estruendo ya no le dejó alargarse.

Cojeando, se fue para el grupo de asistentes.

En el aterrizaje, las aspas de un BK-117 remolineaban tierra, hojas otoñales, de periódicos, broza, un mono de faena que se liberó de un tendedero, y la cortina de una puerta que voló como una alfombra mágica, y cuando la magia se le acabó fue a posarse a la copa de una ancha encina. Una manada de perros, hasta entonces inadvertida, estalló en ladridos, al poco sofocados por el batido de las palas y el rugido de los rotores.

El brigada les hizo una seña.

Los pilotos, un capitán y un sargento, habían esperado a que cesara el giro de las aspas para saltar a tierra. Con un recobrado escándalo perruno

de fondo, fue el segundo quien abrió la puerta corrediza, y el primero el que se ofreció para ayudar a los pasajeros.

Por parte del Cuerpo descendían el general Llopera y el coronel Benito, y de caqui un general de Brigada. Los tres con el pecho revestido de pasadores de medallas y chapas de cursos innúmeros. Esos eran todos los militares. De paisano surgieron dos individuos de aspecto chocante y afán solícito que merodeaban en torno a los uniformados con reverencial discreción; uno de ellos oprimía en la axila un curioso gorro blanco en forma de mitra.

El teniente comenzó a recitar el «estribillo mendaz», cuando el general Llopera, desde su gran altura física, rechazó el acto de acatamiento militar que se le venía a brindar. Había levantado el brazo al modo fascista y su pulgar se balanceaba hacia el interior de la aeronave.

Quería decir al teniente que las novedades y los saludos debían comenzar por el general de caqui, quien a duras penas sorteaba un arcón que le impedía salir. Finalmente, con la ayuda de los pilotos, sin gorra pero de uniforme inmaculado, la máxima autoridad pisó tierra.

Los saludos militares de los cuatro guardias, sincrónicos y enérgicos, agradó visiblemente al general, que no dudó en lanzarse a darles la mano.

—Los *números* de la Benemérita. ¡Qué grandes soldados!

Salva dejó de interesarse por el nuevo general al ver, casi por arte de magia, cómo una exuberante dama con traje de cazador, coronada por un sombrero tirolés del que se alzaba una larguísima y vistosa pluma, escalaba el arcón. No necesitó auxilio ninguno; al contrario, botó al suelo y socorrió jocosamente a otras dos señoras, enfundadas en sendos chándales que inflaban con sus sendas movedizas carnes. Y detrás de ellas, dos niños y una niña saltaron ágiles y chillones y se pusieron a revolotear como mariposas.

Salva no daba crédito.

Lucas Parra tomó a las mujeres del brazo y las guio al interior de la casa. Luego tornó a por el ilustre trío de mílites. Entretanto, incongruentes con la finalidad de la misión a la que se refería el telefonema —estudio de nuevas tecnologías—, los paisanos descargaban prosaicos fardos y bultos: escopetas de caza, ristras de ajos, cananas, paelleras, cajas de cartuchos, de vino…

Acabado el desembarco, el helicóptero fue despedido por los enloquecidos tusos, que ladraban como posesos de odio contra semejante atronador intruso.

Por el brigada se enteraron de quién era el del gorro papal: guardia Casimiro, cocinero de la Zona. El otro era el ordenanza personal de vuecencia.

—Así que este era el «Equipo técnico y humano para modernizar el Cuerpo» —ironizó Jorge—. Al menos comeremos buena carne.

El brigada bufó una risilla mate.

—Bastará con que no nos ocurra algo parecido a lo que os dije. Ah, los que faltaban —y se encaminó a recibir a los dos jinetes y el todoterreno que ingresaban a la par.

Los de a caballo eran Moisés Torcaces y un tipo con coleta canosa. El Nissan lo conducía Alfonso De Lasheras y con él bajaron su mujer y otras dos damas que Salva dedujo esposas de los jinetes. Por su apariencia y gestos, no tardó en reconocer al de la coleta: Hipólito el Melenas, el vándalico delincuente al que tan en vano detuviera por pescar con explosivos con la única —y eficaz— licencia de aquel general Monipodio que se crea Dios.

En definitiva, un desfile de nefandos personajes que le revolvían las entrañas. Lamentó haber deseado aquel impensable servicio.

Cumpliendo órdenes del general, el brigada pidió a Salva y a Jorge que acarrearan las sartenes y demás enseres o «avituallamiento sustancial para probar tecnologías punta».

Los exteriores de la finca corrían a cargo del cabo y Carrasco, quienes patrullaban con el Land Rover.

Acabado el porte, Salva recibió la orden de trepar a por la cortina voladora.

Los niños retozaban alborozados por el caballo que Moisés les ponía a su disposición. Entró con ellos y el animal en una especie de antiguo redil. Uno de los críos dijo que por ser sobrino del jefe, el general Llopera, sería el primero en montarlo.

A Salva se le antojó que la niña de rizos dorados y cara angelical podría haber invocado su preferencia a la vista del protocolo. Pero Lucía, que era su nombre, prefirió correr tras los patos. El retoño prometía.

Moisés puso como condición que alguien debía encargarse de sujetar el alazán, si bien el niño-listeza presumía de ser poco menos que un gaucho.

A su regreso del rescate cortinal, Salva fue requerido.

—Tú, que pareces más ligero, lo sujetarás con la cuerda —resolvió el coronel Benito.

Jorge fue declarado «traidor».

El caballo trotaba con paso grácil y cadencioso. Salva, en el centro del redil, se limitaba a girar como una peonza. Comparado con la suerte de su compañero, se consideraba afortunado; traidor de cosas tenía que ser poco divertido.

Dos minutos después, con una creciente sensación de mareo, empezó a

dudarlo.

Y cuando Joshua, el nombre del niño-listeza, le dio por creerse un vaquero del lejano Oeste, lo lamentó con todas sus fuerzas.

El caballo describía un elegante pero veloz trote en círculo por el pequeño cercado. La cuerda, que no era demasiado larga, le constreñía a una carrera permanente, circular. No tardaría en echar los churros de la mañana y probablemente la primera papilla.

—¡Basta, Joshua! —gritó una de las mujeres, bajo un quitasol—; deja ya a tus amiguitos.

—Un poco más, tía, por favor —berreó el vaquerito.

Niño: si no haces caso a tu tía, me cagaré en tu tío.

Pero el que se había cagado era el caballo, y a cada vuelta Salva tenía que ejercitarse en una danza funambulesca a fin de esquivar el rosario de bolos calientes y hediondos, sudando como en los supremos días de calor en la *estufeta*; y el niño que ni se apeaba ni se paraba.

Mientras tanto, en el salón de la casa, alrededor de una bruñida mesa de mármol veteada de negro, los reunidos discutían tácticas de emboscamiento cinegético, al tiempo que Casimiro rellenaba vasos de cerveza, abría latillas de anchoas y redistribuía platos de langostinos con mayonesa. No se ponían de acuerdo en las mejores postas para cargarse un jabalí o un ciervo en el acto y optaron por cambiar de tema.

—¡Lo que importa es que los animales están ahí! —exclamó con júbilo impaciente el coronel Benito—. Y es que no sabes lo que tienes, Lucas. Ya no quedan sitios en este puñetero país para pasarlo bien. Vamos a la anarquía y al desastre.

—¡Coño, y tanto que vamos al desastre! —saltó el vozarrón del general Llopera—. Cuando estaba de teniente coronel en La Coruña tenía más mando que ahora que soy general. ¡Hay que joderse! Hoy todo funciona a base de mamoneos.

—Bueno, no te puedes quejar —intervino Parra—. Teniendo en cuenta que los generales los nombran a dedo y tú te has hecho con el bastón y la espada…

—Pues eso: *mamoneos* —se remachó el general—. Y no me preguntéis cómo.

—De todas formas, en la Ley de Reorganización del Cuerpo os habéis salido con la vuestra. Aunque con lo del sindicato clandestino quizás tengáis problemas —deslizó Moisés.

—¡De eso nada! —rugió Llopera—. También nos querían quitar a los de Tráfico. Pero ese chollo nos lo van a quitar cuando las ranas críen pelo. ¡Jo, jo! A los chupones del Ministerio del Interior los tenemos por los

güevos, o sea: los presupuestos. ¡Jo, jo! Desmilitarizar el Cuerpo le supondría al Gobierno más gasto. Y no serían sólo las intromisiones de los sindicatos, que ya sería una putada gorda —ensartó un pegote de berberechos y se los embauló. Con la boca llena, continuó—: sino que de la roñosa nómina a pagarnos un sueldo en condiciones, la diferencia es la hostia.

—Pero eso a tu escala también le perjudica —observó Hipólito.

—Nos la trae floja —farfulló vuecencia; se escanció un copón de vino, se limpió la boca con la servilleta que el guardia Casimiro, envuelto en una blanquísima bata abrochada hasta al cuello, le tendía, y con risilla cacofónica pasó a explicarse—: Tenemos otras ventajas, je, je. El helicóptero, sin ir más lejos. Es fácil —aseguró con sardónica gravedad—: no reclamamos y ellos nos dejan hacer. Estos politicastros que se las dan de «progresistas» no son más que unos ineptos avariciosos y prepotentes. ¡Tiene cojones la «pasada» que le están dando al país! Pero yo sé cómo metérselas dobladas. ¡Jo, jo! Pero es verdad: no sé a dónde vamos a parar. Aunque sabemos atar corto, ¿eh, Miñón?

El teniente se desprendió del langostino y se estiró para decir:

—Sí, mi general, no hay mal que cien años dure.

—¡Así me gusta! —celebró el superior—. Algún día recuperaremos el prestigio perdido. En vosotros está la fuerza que debe salvaguardarlo. Los oficiales jóvenes tenéis que estar al tanto y no dejaros llevar por cantos de sirena, de democracia ni gaitas.

—Desde luego, mi general —respondió el oficial—. Podemos hacerlo como se espera de nosotros. —Tosió, y agregó—: Lástima que los suboficiales de oposición nos estén embotellando.

—De eso no tenéis que preocuparos. Para tu tranquilidad, te diré una cosa —el general aguzó un grave y socarrón tono confidencial—: La *Ley de Personal* cerrará las puertas a los chusqueros, eso está colado en el Ministerio.

Miró al brigada que, inmutable y con laxa mueca a guisa de sonrisa, se esforzaba por no desentonar.

—Y usted, brigada, qué problemas tiene. A juzgar por su tripa, no vive mal, ¿eh?

No tan gorda como la tuya, mamón.

—No, mi general. Pero si me permite, le diré que trabajo hay de sobra. En lo que va de año llevo casi el doble de diligencias que el anterior y el papeleo es el triple.

—¡Ya estamos! —le paró vuecencia—. El caso es llorar.

Casimiro apareció con un par de jarras de cerveza.

—Lo mejor es no tomarse las cosas tan a pecho como usted, brigada —le aconsejó el infinito superior—. En alguna ocasión le he oído decir que hoy en día las cosas están mejor que antaño; y pronto le irán mucho mejor, ¿eh?, brigada, je, je.

El suboficial captó el ominoso tonillo y desechó porfiar; era de agradecer que tuviera presente que le debía un destino bajo su mando, quizá, junto con la Dirección General, lo más parecido al cielo en la tierra de los guardias civiles.

—Es que voy para viejo.

El general no le contestó; dirigía toda su atención al lucido y enigmático manejo de utensilios que Hipólito esparcía sobre la mesa.

—No, gracias —dijo Llopera al diligente Casimiro, que le ofrecía una cerveza—. Yo sólo vino.

Y a continuación le pidió que los dejara a solas hasta que se le volviera a llamar.

—A la orden, mi general —repuso con una maquinal y dúctil inclinación de cabeza, y desapareció raudo detrás de las cortinas.

La bata blanca —blanquísima— de Casimiro, resultó de repente macilenta al compararla con el lechoso polvo derramado sobre el negro mármol. ¿Qué podía ser aquello?

Bajo el deslucido reloj de pared —el cual marcaba la hora con prodigiosa exactitud—, sonó un teléfono móvil en la repisa de la chimenea. Parra alargó la antena del aparato y entabló monosilábica conversación. Hipólito el Melenas desenrollaba una talega de fieltro grana, como las usadas en joyería. Una serie de cilindros dorados y relucientes que sobresalían escalonados fueron expuestos. Al brigada le recordaron los tubos de un órgano de catedral. No adivinaba su utilidad. La llamada era para él: el guardia de Puertas le participaba una pelea con arma blanca. Dio la novedad al general y solicitó permiso para ausentarse; sin saber la hora, vio que las dos agujas del reloj se superponían. Le respondió que sí, pero que aguardara unos minutos, pues tenía algo para él que lo «animaría». Al brigada no le importó la llamada; en cada fiesta el recuerdo de Marta reflotaba y él se afligía durante días sin remisión.

Preferible ejercer su servidumbre regular, solitaria, cruel; que sin embargo poseía algo de lenitivo en su inveterada fatalidad.

—¿Será buena…? —De Lasheras se dirigió a Hipólito, quien por medio de una tarjeta visa estriaba con esmero la extraña sustancia pulverulenta.

—La mejor. Que te lo diga Llopera.

—Diez kilos de cocaína pura requisados en el aeropuerto —declaró el general, y siguió desempolvando—: Antes de remitirlas a la Audiencia Nacional hicimos el cambalache: vaciamos la mitad de los paquetes y los

rellenamos con ácido bórico que nos suministró Hipólito, que con eso de conservar el marisco tiene de sobra. ¡Jo, jo, jo!

El aludido, sin vacilar, se dio a canturrear:

—Por tiii cultiiivan la tierra…

Un canturreo que no dejó de descojonar al general. Este buen humor le hizo ampliar la invitación.

—A ver: una para el brigada, qué hostias. Para que se nos calme un poco.

Éste, entre divertido y perplejo, seguía la increíble maestría del tirarrayas, cuyas rectas y paralelas crestas resaltaban sobre el mármol como una obra de artesanía vanamente primorosa.

Uno a uno fueron tomando los refulgentes tubitos. El teniente Miñón —trémulo pero decidido— y el brigada los últimos.

—Fíjate en los demás —advirtió el general.

Manejando el utensilio tal que una delicada alhaja y siguiendo el ritual visto, el brigada se inclinó con gesto vacilante.

—Con dos cojones —oyó que lo azuzaban.

El brigada se dio cuenta de que le observaban con risitas contenidas.

Lo haría.

Se agarró con una mano al borde de la mesa y con la otra se metió el tubito en la nariz, e inclinándose pegó el otro extremo en la veta nívea; la empujó, con torpeza, aspirando a tirones, navegando por una tempestad iniciática: hasta que la maniobra o la conmoción se le hizo insostenible, y se atascó.

Enfrentado a su reflejo, que le devolvía la pulimentada superficie, se contempló aleteando la nariz, los ojos llorosos, la cara toda contraída en un visaje estupefacto. Pero ¿estaba en el suelo…? ¿De bruces encima de la mesa? Más de la mitad del penacho había desaparecido.

Se armó de un coraje irracional, y apuró el resto: sintió que la sustancia penetraba en su cerebro como un balazo.

Ganas de estornudar.

Soltó el tubito —que se alejó tintineando—, sacudió la cuadrada cabeza… y se enderezó como luchando contra un súbito dolor de lumbares.

El rodar del tubito era interminable.

Terribles ganas de estornudar, de espirar.

No de expirar.

Vivir. Marta. Ningún dolor ni pesar.

Al fin estornudó. —O creyó que estornudaba.

Risoteaban.

Permaneció quieto, colgado, sin que pudiera precisarse cuánto tiempo. La cabeza se le tensaba por encima de la remoción de su cerebro, o su cerebro se distendía en filas sobre la del medio. Un, os; un, os. No. AR. Paso ligero. Risoteaban que era de puta madre, que el cambalache tenía que haber sido mayor. Batieron palmas y las parduscas cortinas no tardaron en abrirse. Casimiro surgió de entre ellas con su blanca —blanquísima— bata, produciendo por un instante el efecto de un destello de *flash*.

Lo dejó sirviendo champán y se fue a la ventana.

Un guardia-paje guiaba un caballo espoleado por un infante burlón. Captaba el trote en todo su recorrido. Claro que existía un instante en que las patas del caballo no tocaban el suelo. Que le preguntaran a él… El resto lo percibía como objetos mal enfocados que su sensibilidad visual fuera corrigiendo, afilando sus contornos, reafirmándolos… Era una clase de nítida percepción como la que subsigue a esos caliginosos días de verano, turbios y neblinosos, en que tras una tormenta cargada de ozono y lluvia torrencial se purga el aire, resurgiendo un paisaje impoluto, resaltado de matices recortados por la humedad en una atmósfera exenta de cualquier interferencia macro o microscópica, enfatizando de su color cada elemento, cada partícula.

Todo lucía insólito, contundente; todo esculpido y visto tal como existía, no como pudiera parecer.

Sí: espirar. *No expirar*. No se acordaba de Marta. No estaba triste. Se sentía transportado en una ola de sosiego, un vaivén redentor que le disociaba de años de duelo: las manos de Marta que ya no le invocan ansiosas y maceradas: bogar con ella o anclar su recuerdo sin pesar ni contrición. Sus pensamientos, de continuo sumidos en invencible melancolía, se disolvían en una insólita y escalonada euforia.

Con una bucólica expresión llenándole el rostro, declamó:

—Sí, señores: estoy como un cojo con un nudo. ¿Ordena alguna cosa, mi general?

En el reloj de la chimenea las agujas horarias habían girado con urgencia: una se prolongaba de la otra. El general dio por terminado el aperitivo y la irrisión.

—Nada, hombre. Que se te dé bien lo de la pelea.

—A la orden de vuecencia —se despidió el suboficial, y echó a andar, encantado de la vida.

Afuera entornó los ojos. La mañana se había vuelto de una luminosidad rabiosa. Sus pupilas giraban satisfechas. Los colores vibraban en sus formas como reflejos de mar. El aire entraba en sus pulmones sin

esfuerzo. Quizás era joven y Marta lo estaba esperando en el puerto y todo había sido un mal sueño de treinta años…

Llegó el Land.

—Al embarcadero.

—¿Cómo?

—Quiero decir al cuartel.

Tardó en cerrar la puerta, impresionado por la rotunda huella de las ruedas recauchutadas y porque tamaña decepción —que Marta no podía estar esperándolo— no lo hubiera fulminado.

2

—Joshua, bájate, por favor —insistía la señora de la sombrilla.

—Está bien, tía —refunfuñó la criatura—. Será plasta, la gorda. —De esto último se previno de no ser escuchado el andobilla.

Ya en tierra Joshua dio un varazo a las ancas del caballo que lo encabritó, sorprendiendo a Salva. El dogal se le escapó y se vio obligado a darse una turbo carrera, disparando la diversión de los niños que lo celebraban con risotadas y gritos de «¡otra!», «¡otra!».

Le sucedió Luisito.

Muerto de miedo como estaba creyó que no le daría problemas.

Sí se los dio.

El inmoderado recelo de Luisito le transmitía al animal una excitación peligrosa para el jinete y, por ende, a su cuidador. Salva se dio cuenta de que Joshua había sido en realidad una suerte.

Se preguntó si sería así todo el día.

Sus dudas vinieron a resolverse con Jorge.

—Eh, vale ya de jugar —se expresó con sombrío sarcasmo—. Hay que currar. Nos requieren para hacer no sé que mierda.

—Para mierda esta —dijo Salva, golpeando sus botas contra una piedra; al final no pudo sortear todos los cagajones.

—De eso nada: mierda es este puto servicio que nos ha tocado.

La controversia se acabó con la intervención de Hipólito.

—Vosotros. ¡EH, VOSOTROS! Menos cháchara y venid a cargar.

Probablemente le había reconocido y planeaba escarnecerlo entero y a base de bien, infirió Salva, no tan furioso como anonadado.

Cargaron con los fardos y los repartieron entre un Jeep descapotable y

un Nissan Terrano decorado con un rayo irisado en los laterales. De Lasheras sabía diversificar el uso del 4x4.

Antes de partir, los cabecillas militares, cambiado el uniforme por otros de camuflaje, aunque sin divisas, como no se fiaban, se dilataron hasta la vuelta del Land Rover. Ese día ninguna pareja recorrería la demarcación de San Juan. Todos los disponibles de la Unidad habían sido sustraídos del servicio público con el único fin de satisfacer los miserables sueños de grandeza de una élite de mílites sátrapas.

Regresó el Land Rover y el general ordenó a sus ocupantes que rondaran por los exteriores del vallado, con transmisión continua de novedades. A tal efecto les fue entregado un transceptor, todavía envuelto en plástico. El otro se lo colgó el teniente, nombrado jefe de Seguridad de la operación. El Puesto de San Juan reclamaba un equipo de esos desde hacía años. Sólo para «servicios especiales» como aquel eran remitidos y subsiguientemente retirados.

La cuadrilla, con sus morrales y gorras de diseño, esgrimiendo variadas escopetas y rifles, los pechos cruzados por cananas repletas de cartuchos —que más parecían cluecos guerrilleros mexicanos que distendidos cazadores—, se puso en marcha.

Daban asco —*asko* cuartelero, se oyó retumbar en su cerebro, acordándose de Carrasco.

En cabeza iba el Nissan, seguido de la furgoneta que el beodo Agustín paseara por el pueblo sin luces ni papeles, gracias al salvoconducto de la Cúpula. Y en la cola de la polvareda, el Jeep descubierto conducido por el capataz, con Jorge y Salva a su lado. Atrás, enganchados en un carro-jaula, los perros. Los guardias escupían gapos de tierra. El conductor silbaba alegre: día de festín. Y de reparto si al amo y su cuadrilla no se les daba mal la cacería.

Cuando cesó el trayecto, alguien quiso saber por qué no habían echado la capota. Jorge y Salva miraron con sorda indignación al capataz, que los había maltratado tan impíamente. Casi les da un ataque cuando le oyeron excusarse acerca del carro: la lona corrediza estaba rota o perdida. No se interesaban por ellos, sino por la jauría.

Hipólito propuso apostarse en las cercanías de una charca donde los jabalíes solían bajar a beber y a revolcarse. De Lasheras se deslizó con una lata de gasoil y, en una poza que hizo a patadas, derramó el contenido. Los cazadores acechaban desde sus puestos, y Jorge y Salva, medio centenar de metros por detrás, acompañaban a los perros.

Una hora después ningún mamífero se había acercado ni pasado de largo. La única caza consistía en un zorzal que para su desgracia fue a posarse en un terrón a cinco metros de Hipólito. Hecho mixtos, del ave no

se recogieron más que plumas ensangrentadas. Discutieron sin énfasis y con prisa si se trataría de un zorzal o de un alirrojo y concluyeron con una patada a los restos que poco importaba. Por su parte, el general había levantado su espectacular arma y disparado contra una alta formación en V de grullas, sin alcanzar a ninguna. La cuadrilla había perdido la paciencia.

Hicieron corro y debate.

Resolvieron que la hora buena no acontecería hasta el crepúsculo. Habría que sacar la caza, por lo tanto, del monte. Llamaron a Jorge. El coronel Benito chistó a Salva.

—Chaval, coge la escopeta y sígueme.

Aquello sí que era para cabrearse.

Salva había visto entre la sarta de chapas —de mentiras— con que se adornaba el coronel una que lo acreditaba como tirador de primera con arma larga, amén de otra que lo catalogaba de experto en defensa ABQ —nuclear, biológica y química—. Un auténtico artista de la guerra. Y se permitía llamar a su fusil… ¿Es que no sabía que se refería a un arma individual de carga automática, con tiro ametrallador, de asalto porque impulsa el fuego propio e impide el del enemigo, con una cadencia de fuego de 240 disparos por minuto, alcance de 1200 metros, capaz de no errar el blanco de un hombre a menos de 500 metros y de perforar el casco de un soldado hasta los mil? ¡Y aquel experto de los cojones llamaba *escopeta* a su cetme 7,62 nato!…

Escopeta es lo que tiene usía al hombro, payaso.

Eso debería haberle respondido.

Se alzó el arma al hombro y le siguió.

—¿Ves aquella loma?

—Sí.

—Será: «sí, mi coronel».

—Lo siento, mi coronel. Sí, mi coronel.

—La de los dos picos que parecen dientes en la cima.

—Sí, mi coronel.

—Bien, pues subís hasta allí; y cuando se os dé el aviso, bajáis por el otro lado del cortafuegos. ¿Lo ves?

—Sí, mi coronel.

—El de la parte derecha. Derecha si lo miras desde aquí, claro —señaló moviendo los brazos y Salva vio que dudaba de cuál era la derecha y la izquierda.

—Sí, mi coronel.

—Bien. Espera aquí a que venga tu compañero.

—A la orden de usía, mi coronel.

Jorge llegó portando otro de los transceptores; además de dos ingenios de pasmosa conformación: dos horcas de madera de cuyas púas colgaban cordeles al final de los cuales se entrechocaban botes vacíos de tomate triturado, conservas de espárragos, aceitunas, fruta en almíbar (el de Jorge repetía varios de tomate pero ninguno de fruta), que deberían zarandear en el descenso con el objeto de espantar la caza, reconduciéndola hacia las posiciones de los cazadores. La orden sería dada por radio.

Con el cetme en un hombro y en el otro el singular artilugio, iniciaron el mandado.

Superado el primer hectómetro de subida, Jorge empezó a lamentarse:

—Espero que no lo tengamos que repetir, porque esto no es lo mío.

—Esperemos que no nos confundan con los pobres animales.

Entre el cielo y la sierra, pájaros diversos revoloteaban al tibio sol. Hacia el oeste, contra un frente de nubes cargado de luz, un par de rapaces planeaban lentas y majestuosas.

Tardaron media hora en subir, y media hora más tarde, cansado de dar vueltas a las piedras sin recibir orden alguna, Jorge perdía los nervios.

—¿No será que nos están llamando y nosotros sin enterarnos?

Salva, retrepado y embobado con el vuelo de las rapaces, trató de calmarlo.

—Ya les dijiste que habíamos llegado; así que déjalos, porque «el que pregunta, tiene guardia». —Arrojó una piedra por la pendiente—. Y mira la que nos espera.

—Ya, pero es que no me gustaría tener problemas esta semana. El lunes que viene me marcho de permiso para casarme. Por cierto…, no te he preguntado si vas a venir.

—Claro que sí, ya te lo dije. ¿O tan nervioso estás que se te ha olvidado?

—No, no; quiero decir si vendrás solo o acompañado. Es por lo de encargar los cubiertos.

—Bueno, aún no estoy seguro. Pero mañana sin falta te lo confirmaré.

La voz carrasposa del aparato rompió la plática.

—Pareja de Base. ¿Cómo me reciben?

—Alto y claro —respondió Jorge.

—Recibido. Inicien la bajada.

Y tal que bojigangas de un auto carnavalesco (sólo les faltaban los cascabeles, pero lo compensaban con el boterío), ambos guardias se arrancaron agitando la cacharrería. Por debajo de ellos matorral y

chaparros les obstaculizaban, los rasguñaban.

—Más a la derecha —indicaba el capataz, según las órdenes que les transmitían.

—Que espabilen, coño —se metía la voz del general—. Ya salen; que esos no dejen de hacer ruido. ¡Y que se separen!

De continuo observados por los prismáticos de los cazadores, éstos les mareaban para que les metieran la caza en el apostadero, donde, excitados y perniciosos, aguardaban como terroristas.

Saltaron algunos cérvidos al pie de la ladera y recibieron la orden de detenerse.

—Mierda, ya sé por qué querían guardias jóvenes —resollaba Jorge—. No sabía que aguantara tan poco. Se nota tu gimnasia. Después de la boda tienes que darme lecciones.

Salva fue a hacer un chiste, pero entonces sonó un disparo, y en seguida una tromba de ellos como en una traca.

Se echaron a una zanja y espiaron el sanguinolento espectáculo: uno de los ciervos volteaba en el aire expeliendo salivazos de sangre y jirones de sí; el otro, también herido, a través de una aureola de trizas de impactos errados, saltaba hacia una hondonada de zarzales. Aun así, le siguieron disparando en tanto la cornamenta despuntaba de cuando en cuando, o eso creían los muy facinerosos. Los perros fueron soltados.

El teniente les ordenó regresar a la base.

Pasaron al lado del animal abatido, que tenía cuernos rectos y pequeños y de cuyo pelaje castaño grisáceo manaba sangre por decenas de orificios. Y lloraba. La secreción de sus glándulas lacrimales no era esta vez para delimitar ningún territorio, si acaso el de su muerte.

—El corzo es mío. Le di yo; yo le di —porfiaba el coronel Benito, ayudando a remolcarlo.

—Que no, hostias, que no; que he sido yo —rebatía altanero el general Llopera, oteando con los prismáticos desde un almorrón.

El exclusivo atavío de cazador —gorro circular, la canana repleta, el pantalón remetido en botas específicas, el sólido lustre de su arma— le confería una estampa de eficiencia asoladora. Comparado con el achacoso equipamiento del coronel —ropaje casi de circunstancias y una escopeta, más artística que otra cosa— resultaba difícil no creerle.

Barbotó un juramento.

—Bueno, no te pongas así —cedió el coronel.

En realidad era porque la rehala, de la mano del capataz, retornaba de vacío, mostrando a sus dueños hocicos tristes y ensangrentados. La pieza grande, contra todo pronóstico, había escapado. Hubo lamentaciones

blasfemas, imprecaciones y escupitajos biliosos. Salva experimentó un rabioso regocijo, casi paladino. Moisés insinuó que mejor sería llamar al helicóptero y Llopera replicó que eso era tocarle los cojones «en estéreo».

La discusión acerca del primer trofeo alcanzó entonces su clímax.

—Pero cómo le vas a dar tú, Benito. Vienes de caza mayor y te traes una escopeta. ¡No me jodas!

—Mi escopeta tiene un *choke* especial para tirar proyectiles de largo alcance, de más de cincuenta metros. Además, cuando impactan en el hueso del animal se deforman como una seta y, por lo tanto, tienen un poder de parada superior a tus balas, que bien pueden haber traspasado limpiamente al ciervo, pero sin tocar órganos vitales; lo cual explicaría por qué el otro se nos ha ido sangrando —explicó el coronel Benito con una docta bondad que desquició al general.

—¡Vamos, venga ya! Te has gastado un dineral en preparar el trabuco ese, y ahora nos vienes con mariconadas de setas, que si no sé cuántos metros de alcance… Vas a comparar una escopeta con un rifle semiautomático como este. ¡Un Garand! —acarició con voluptuosidad y veneración el largo y oscuro perfil del arma.

—Pero si pesa como un muerto —contraatacó el coronel con voz apacible, un punto sardónica—. No creo que hayas podido hacer puntería ni una sola vez.

El general escupió al suelo.

—¿No te jugarás una cena…?

—Adelante.

Como habían ordenado al capataz que se llevara la captura a la casa, llamaron al cocinero y le ordenaron que, tan pronto la destripara y extrajera los proyectiles, lo comunicara sin dilación.

—Milagro será que no tenga dentro los dos peines que he vaciado —insistió el general.

Hipólito apuntó que de las armas allí presentes, ninguna como el cetme para asegurar las piezas. Y en este litigio todos estuvieron de acuerdo sin que nadie objetara en contra, ni siquiera el general.

—Lo que está claro es que tenemos que cambiar de sitio —fue la proposición del ilustre veterinario.

Parra señaló a las faldas de unos riscos y los demás aprobaron con urgencia. La única pega era que había que desplazarse quinientos metros por un canchal inrodable, y tenían demasiadas cosas que portear.

Cinco minutos después los guardias-paje porteaban como acémilas tan brillante ocurrencia. Sus actitudes se habían adecuado a la normalidad del servicio. El coronel Benito se ofreció a llevarle el cetme a Jorge, al que de

nuevo se refirió llamándole *escopeta*. De haber sido el suyo y a él a quien se lo hubiera pedido, le habría dicho que no, aunque de ello hubiera dependido el caerse hundido bajo el peso de los trastos.

Conquistado el nuevo emplazamiento, los tiradores decidieron dividirse en dos grupos. Pero antes salió a relucir la eficacia del cetme, y si bien el general Llopera lo rechazó en un principio, alegando que su munición no tenía nada que envidiar al poderoso fusil de asalto, al considerar la potencia de fuego ametrallador y el hecho de que sus compadres, Hipólito el Melenas y el general de caqui, se encontraran en manifiesta inferioridad armamentística, así como el deseo de Parra de usar un «cacharro de esos», compadecido y despechado por la pérdida del ciervo, ordenó que las armas de guerra pertenecientes a Jorge y Salva quedaran en sus manos.

Para que no hubiera disputas, una por tiradero.

Salva estuvo tentado de recordarle a su superior que aquél le era inherente mientras prestara servicio de armas. Pero supuso que vuecencia aceptaría peor su osadía que el Reglamento y mantuvo la boca de forma que no entraran moscas; además, qué clase de servicio era aquella fajina de vejación. Le jodía más el tiempo que tendría que perder en limpiarlo —un tiempo precioso que necesitaba para su chica— que la faena en sí.

Un peso menos, al fin y al cabo.

Les indicaron el lugar desde donde tenían que emprender la farándula, y así partieron en excursión ascendente por entre globos graníticos hacia un cabezo cuya proximidad alegró mucho a Jorge porque, en su opinión, quedaba cerca.

Veinte minutos después se retractaba: el cabezo parecía rehuirles.

—Oye, Salva: lo que te he dicho de la gimnasia lo retiro. Ahora mismo no quiero oír hablar de mover el culo. ¡Con las ganas que tengo de coger el puto permiso!

—Pues me temo por ti que te vas a ir bien baqueteado —se expresó Salva, menos jadeante pero no menos cabreado.

Con la intención de aliviar la creciente fatiga de su compañero, le pidió el transceptor.

El maldito transceptor que no dejaba de preguntar cuánto les separaba de la cumbre, y Salva contestaba refractario que ya estaban llegando. La sombra de un ave le pasó por encima. Las magníficas rapaces persistían indiferentes describiendo círculos por el cielo. Su belleza era un instante solaz en medio de tan denigrante jornada. Reparó en Jorge y dio con él muy atrás, agarrado a un arbusto, como si se estuviera planteando seguir adelante o darse la vuelta.

—¿Estás bien? —le gritó.

—Sí, sí; ya voy.

—Oye, descansa y subo yo. Les digo que estás mal, y que se jodan.

—Que no, coño. He dicho que ya voy —se echó al trote y tardó una eternidad en alcanzarle.

—Venga, tío —farfulló—. A donde vayas tú, voy yo. Ya lo verás.

De repente, los cazadores abrieron fuego. Se volvieron con sobresalto y los divisaron empleando los cetmes como si de baterías antiaéreas se tratara. Subieron la vista: una de las rapaces aleteaba cayendo en picado. La otra remontaba vuelo y huía con parsimonia negligente. Por los aullidos de gozo supo que la abatida había sido recuperada. Los odiaba; por eso y por hacerles sentir como esclavos, como perros. Peor aún.

¿Cómo era posible que a finales de un milenio de evolución y democracia expansiva aquella élite perviviera aún? *¿En qué clase de hipocresía social debería conducirse en su futuro?*

Pero él no estaba autorizado a pensar. Sólo a obedecer.

A la mierda lo primero. A joderse con lo segundo.

Qué puta desazón.

Por fin coronaron al picacho.

—Tomen posiciones a los lados —ordenó la voz del teniente, límpida, metálica. Infamante.

Desde la cima no distinguían los puestos de los cazadores. Jorge evidenciaba un enorme cansancio y Salva quiso llamar a la base para notificarlo. Pero el otro se opuso recurriendo a la autoridad que le concedía el ser jefe de pareja.

Le arrebató el aparato en un descuido y gruñó:

—Aguantaré, aunque no sea un atleta —y siguió tomando aire.

La transmisión se abrió. El ritual se reestrenaba.

Al menos, ahora bajaban.

Enarbolando las latas por encima de su cabeza, Salva descendía con más displicencia que ruido. Jorge en retaguardia hacía otro tanto, sorteando piedras con torpeza y lasitud y no pocas veces resbalando, seguido de culadas y rasponazos varios.

A veces Salva lo oía denostar contra la cuadrilla de desalmados; luego, tan peliaguda se volvió la tarea —unos cuantos latazos a sendos parietales contribuyeron decididamente a ello— que enmudeció para concentrarse en el manejo indemne del artilugio.

La pendiente, atestada de maleza en algunos tramos, se hacía impredecible, peligrosa.

Oyó que lo requería y se volvió.

—¡Eh, Salva! —insistió, solapando su propio eco.

Estancado por un barranco que le cortaba el paso, Jorge zarandeaba la ristra de botes con especial virulencia y precaución.

—¡Joder, tío! —cesó al verse localizado—. ¡Creí que me sacabas diez veces más de distancia!

—¡Y eso es lo que te llevo! —le confirmó Salva a voces—. Para llegar hasta aquí tendrás que bordear aquel peñasco.

El peñasco en cuestión, una especie de huevo vertical del tamaño de un autobús, se erguía inconfundible y lejano a su izquierda.

—No fastidies —protestó, desfallecido.

—Pues otro remedio no tienes. A no ser que quieras pegar un salto.

Jorge se acercó al borde.

—¡Y una leche! —desestimó la broma con un vistazo—. Con el canguis que me dan las alturas; y más esto, que parece un precipicio…

—Pero qué hacen parados. ¡Muévanse, muévanse! —regurgitaba el teniente las órdenes de los cazadores, que no dejaban de espiarles con los prismáticos.

—Será mejor que intente bajar escalando. Si ven que me retraso habrá bronca.

—¡No te preocupes, joder! —le replicó Salva—. ¡Da la vuelta que yo haré jaleo por los dos!

Con pasos extenuados, Jorge enfiló el rodeo.

—¡No pierdas de vista la línea del barranco! —le previno Salva a gritos —. ¡Y ve con cuidado! ¡Te espero en el cortadero!

Blandiendo y sacudiendo las latas en el aire y alguna que otra a su testa, Salva irrumpió en el claro de la vaguada.

Cuatro piezas salieron de estampía en abanico; dos de ellas en derechura mortal hacia los apostaderos. Hubo un disparo y cayó una. Estalló una descarga cerrada y tropezó la otra, la cual, aturdida o agónica, renqueó dos vueltas completas antes de desplomarse definitivamente. Lo que no fue óbice para que ambas continuaran recibiendo plomo a mansalva.

Mimetizado entre chaparros, Salva contemplaba con asco y odio la desenfrenada matanza.

Un conejo, o un ratón, o un saltamontes —no advertía ser vivo alguno —, debía de correr por el pedregoso cauce seco elevando una cadencia de vibraciones que tenían algo de melodía. Y de pavor: venían hacia él.

Un bicharraco negro y colmilludo se reveló escoltado por una lluvia de postas. El terreno salpicaba muy por detrás. El jabalí se salvaría.

Sobre el tiroteo resaltó un disparo potente y seco.

Asombrosamente potente y seco. De cetme.

Otro disparo. Y otro más.

Hubo una pausa; un tartamudeo: y acto seguido una ráfaga de fuego ametrallador y un picoteo sibilante del entorno.

Aquellos hijos de puta estaban locos. Salva se tiró al suelo y reptó a ocultarse tras las rocas. La pobre fiera pasó a su lado, ciega y velozmente. Se internó en los matorrales como una sombra peluda y desapareció.

Pero esta vez alguien no estaba dispuesto a dejarla escapar. A una descarga le seguía otra. Crujía el ramaje, volaban astillas. Los ecos rebotaban entre las sierras y volvían, redoblando las nuevas detonaciones.

Ni él mismo podía oírse:

—¡DEJAD DE DISPARAR, CABRONES! —Necesitaba el transceptor… en poder de su compañero.

Se acordó de él. Y de que se quedó en la zona por donde el cetme arrojaba balas a 780 metros por segundo, y cuyo alcance eficaz es de 1200 metros, y que ellos distaban de los tiradores a menos de una cuarta parte.

Continuaban por doquier los impactos.

Gateando y culebreando, subió a buscarlo, gritando su nombre en pugna con las intermitentes ráfagas, aterrado en tanto que ni daba con él ni le contestaba.

Cesó el fuego de fusil. Salva se alzó.

—JORGE. ¡CONTÉSTAME!

Pero ni el eco le respondía. Un nuevo tartajeo chasqueó en derredor. Repitió el cuerpo a tierra. Le llegaba una algazara exultante; de algún sitio la voz del transceptor.

Se arrastraba sobre la punzante rocalla, con cautela al principio; luego, espoleado por un terrible presagio, en cuclillas y medio erguido. Asimismo, inútil. Mientras se desplazaba, aturdido y extraviado, experimentó la súbita y atroz clarividencia de que esa era y sería su profesión en el futuro: todo un porvenir bajo la invicta soberbia de botas militares, condenado a arrastrarse de una u otra manera y sin solución de continuidad.

Por instinto agachaba la cabeza. Sólidos silbidos le flanqueaban.

—¡Jorge! —gritaba remolineando como una hoja grande y tonta bajo las aspas del BK. Pisaba sin mirar y apartaba la maraña de arbustos sin importarle si sus gestos eran eficaces, pues escapadas de su trepidante manoteo las ramas le volvían en latigazos que le rayaban los brazos, las manos, la cara, tiralineándole de sangre… Y él no sentía nada: nada físico.

El transceptor berreaba, muy cerca.

Nítido y despiadado cuando lo escuchó:

—Pareja de Base, contesten. Pareja de Base. Pero ¡¿es que se han dormido?!

Se precipitó hacia al inmundo sonido, desplazándose en cuadrupenia, intentando protegerse de las balas que siseaban como lamentando el yerro.

Y vaya que casi se precipita…

El aparato pendía solitario de una raíz seca en el vacío, a unos tres metros por debajo de él y a otros tantos por encima de su compañero.

Retrepado y exánime en el fondo del barranco, sobre una roca que tenía forma de altar, tal que un sacrificio interrumpido o chafado —epílogo ineluctable para un día de memorable suplicio como aquel—, Jorge escurría un cordón de sangre por la bota del pie derecho; el extraño ángulo de la extremidad le extrajo la última pizca posible de horror y de cólera.

Chillaba el monte, las piedras, las balas: chispas y tañidos en cuya aguda resonancia se percibían notas de satánicas risotadas.

Fuera de sí y sin conciencia de su propia seguridad, Salva despegó las rodillas del suelo y se puso en pie, con los brazos abiertos en un gesto como los del republicano abatido en combate captado por Robert Cappa; sólo que en lugar de un fusil lo que sostiene en la mano es una horca lastrada de botes y de oprobio.

Lo arrojó con la instantaneidad de un calambrazo y, encarando al cielo, con los pies hincados al borde del abismo, gritó un salvaje y feroz alarido que superó el estruendo de las detonaciones de guerra; la faz del aire se sacudió y acaso fuera oído por aquel hatajo de canallas, porque cesaron los disparos y hasta el maldito cacharro dejó de injuriar.

A partir de aquel instante, al igual que Carrasco o el brigada, él también tenía identificados a sus enemigos. Y comprendió que estaba al servicio de ellos. Y que su estrategia de defensa en tamaña farsa debía ser otra.

Radicalmente otra.

Que había apostado ya demasiado y que, sin ambages y sin remedio, había perdido.

XXIX. REVOLVERSE ES EVOLUCIONAR

1

Enjuagaba la *cafetera* después de haber finalizado el servicio por ese día, como diría su amigo Monti, «entero y a base de bien», y por un momento estuvo tentado de interrumpir la faena e ir a descolgar el teléfono; sonaba desde hacía un minuto y el robusto guardia de Puertas ni se inmutaba.

Finalmente, lo atendió, viéndole anotar con desgana el itinerario de la patrulla nocturna. ¿Era Carrasco de los suyos?

¿Seremos más de lo que imagino?

Y es que luchar contra la corriente —contra el Estado Actual de Cosas — es una quimera de soñadores o locos. ¡Bah!, sólo ella y él son genuinos locos soñadores. Resolvió conjurarse con ella cuanto antes, y así cuarenta minutos después se despeinaban en un rincón, no esta vez *del viento*, sino del Límite.

—Eh, no querrás repetir el «big bang» aquí —musitó ella, risueña.

—Muy graciosa. Pero tenemos una misión que cumplir. ¿Recuerdas que te pedí que me ayudaras a investigar unos robos de ganado y dijiste que sí? —Ella asintió con un encantador vaivén de párpados y melena—. Creo que sé quienes son y esta noche quiero asegurarme.

—Tan mal andáis de personal…

—No es eso. Se trata de efectuar una investigación de manera extraoficial.

—¿Y qué harás cuando lo descubras? ¿Los detendremos nosotros? A lo mejor son gitanos y terminamos bien rajados —bromeó ella.

—No son gitanos —afirmó Salva—. Tampoco nos verán y no creo que pueda hacer nada. Lo que quiero es confirmar mis sospechas. Luego ya veré.

—Está bien, soldado; te acompañaré. Será gracioso este juego de policías y ladrones.

2

Nubarrones densos y encadenados desgarraban la luna llena.

Bajo esa clase de claridad alterna y desde el alto olivar que coronaba el

talud frente a Las Torcaces, Salva espiaba sus movimientos.

Rodeado de noche, el contorno interior de la finca, mortecinamente iluminada, se contemplaba como una señal de circulación planetaria de inmenso borde lúgubre-fosforescente. Del otro lado del río, las luces del pueblo entraban en su panorámica como el reflejo de una constelación de enanas amarillas. El aire olía a lluvia.

Salva extrajo una cuartilla donde tenía transcrita la papeleta. La repasó y miró la hora: tenía que estar a punto de suceder. Anabel, entretenida con la radio, no parecía tomarle en serio.

El Ebro salió del complejo. Las irregularidades de la pendiente lo ocultaron en seguida, pero Salva veía en el resplandor de sus faros el anticipado reflejo de un asalto.

¿O quizá todo era producto de su mente ofuscada?

Reprimió irresistibles deseos de seguirlo.

—O sea, que se trata de Moisés y su gente —se asombró ella, no por el fondo del descubrimiento, sino por la forma, y dejó de buscar baladas de pasión.

—Lo sabré con seguridad cuando regresen y mañana compruebe la denuncia. Roban el ganado y luego o bien lo sacrifican esa misma noche o lo trasladan vivo al amanecer… —fue a añadir que escoltado o compinchado con su teniente, pero le costaba tanto aceptarlo que no siguió.

—Parece una película —comentó Anabel.

Pero no era ninguna película. Sino la realidad. La *realidad subyacente*. Qué fueron de sus sueños de amor al servicio, altruismo, confianza en el mando… A su alrededor un mero teatro de solemnidad y disciplina: un trampantojo que oculta el anacronismo, la incompetencia, el feudalismo. La dictadura de la Cúpula.

No quiso discurrir más. Se enfurecía. Tenía que controlarse. Tenía una misión que cumplir. Pegó su cara a la de ella y llevaron sus miradas tangentes al cielo rasguñado de plata. Un desfile de nubes nimbadas por la luna imprimían el efecto visual de un laso y lóbrego cometa que lo surcara, demasiado cerca de este mundo por un imperdonable descuido de Dios…

De los de algunos hombres se encargaría él.

El paso de los segundos se ralentizaba.

Gotas de agua, primero esporádicas y luego en un incesante caer, se apoderaron de la noche. Anabel comenzó a acariciarle la nuca, a entrelazar sus dedos entre el afilado cabello. (Monti se había empeñado en que se lo cortaran a cepillo.)

Vibra excitado, piel y pensamientos disímiles, sabiendo que no sabe lo

que está haciendo, a dónde se conduce o cuánto deberá arriesgar…

La llamada de la piel ganó sus ansias.

Aun enredado en ella, en un parsimonioso regocijo de caricias y de roces en torrente, no dejaba de darle vueltas. *¿Un oficial mezclado en robos? ¿Cuánto, qué se llevaba? ¿Cómo es que comprometía su carrera? ¿Cumplía órdenes?* Anabel se tensó la coleta y él se vio atraído y aplacado por aquel campo magnético que era la bobina cobre de su pelo; su cuello, la contextura diamantina de sus formas por sobre las cuales las suyas resbalaban de igual modo sin temblor ni freno. El murmullo de la lluvia cooperaba en la fogosa ternura del momento.

Luego una somnolencia de olvido y gozo.

Hasta que el ruido del cazador vino a prorrumpir en el húmedo silencio como una fractura planetaria.

Salva observaba con rabiosa indecisión el retorno del camión a su guarida. Venía con la lona de la caja tensada y su rodar era pesado. Alguien abría el portalón de par en par. Tiró de la guantera: la pistola se bañó de luz pajiza.

—Te lo dije —y pasó a meterse el arma en la cintura a continuación de los pantalones—. Son ellos. Voy a bajar y se van a enterar.

—¡Cómo que vas a bajar! —se horrorizó ella.

—Tengo que hacerlo —replicó él, terminando de abrocharse las zapatillas.

Anabel no daba crédito.

—¡¿Pero qué está pasando aquí?! —casi gritó.

—¿No me has creído, verdad?

—Desde luego que no. Creí que era una treta para que pasáramos nuestro tiempo en la intimidad del coche.

—Pues ya ves que no. Esos hijos de puta roban a la gente protegidos por *(la Guardia Civil)* la noche.

—¿Qué es lo que vas a hacer?

La finca había engullido al camión y ahora se le columbraba escrutado por ávidas figuras.

—Me subiré al muro y desde allí les vaciaré un cargador, contra el camión. No te preocupes. Sólo será un susto —abrió la puerta y echó pies a la tierra encharcada, arma en ristre.

Anabel salió por su lado y corrió a refrenarlo.

—¡Déjate de tonterías! —le asió suplicante y decidida.

La melena cobre le cruzaba el rostro como una celosía de seducción; de persuasión. Paralizante. Y sin embargo sus ojos nato chispeaban neta

admiración. La cazadora arrojada con apresuramiento sobre sus hombros dejaba entrever su busto terso y compacto, entrañable y liberador. El desabrochado pantalón vaquero la remataba con un aire de engañosa desventura. Estaba descalza.

—Es un disparate —añadió—. El terreno está embarrado, no podrás moverte con facilidad. Y si reaccionan con armas, estarás perdido.

Preciosa. Absolutamente preciosa.

—Algo tengo que hacer —dijo, flaqueando en el empuñamiento de la Star.

—Avisa a tus jefes.

Salva se apoyó en el techo del R-12.

—Soy un *número* —se maldijo—. Un simple número entrenado para repetir «a sus órdenes». No puedo hacer nada; al menos nada legal con garantías de éxito. Los recorridos de las patrullas están dispuestos de manera que nunca coincidan con las rutas de estos cuatreros. Sospecho que algunos de mis superiores forman parte de la trama. Ir contra la Cúpula sería como suicidarme. Pero tampoco puedo tolerar este delito. Por eso quería tirotearlos y así darles un escarmiento.

—Tengo una idea mejor. —Anabel chapoteó en el barro, y tomándole la cara entre sus manos, propuso—: Lo mejor sería seguirlos y atacarlos en el mismo lugar del robo. De esa forma saldría a la luz su delito y tus jefes corruptos se verían arrastrados. Yo te ayudaría. Como el camino lo tienen libre de posibles patrullas, nuestra huida no tendría inconvenientes.

Salva aquilató su mirada en la oscuridad.

—Nos alimenta idéntica fogosidad —la escuchó pronunciar, y añadir—: Revolverse es evolucionar.

Salva la descifró poseedora de una secreta y segura audacia. Se guardó el arma. Aquella oferta había sofocado la ignición de su indómito y posiblemente estúpido arrojo. La ciñó por el talle, con discernimiento, con gratitud. No estaba solo. Subió las manos acariciando la firme triangularidad de su espalda, enardeciéndose por aquella nueva penetración exenta de lujuria; aunque acto seguido se desfogaran sobre la mojada y pobre aleta del R-12, poniendo ambos entusiástica furia, preludio de un abordaje anhelante.

3

Revocado el ataque, Salva aguardaba la pasada del Ebro con el ganado robado y su correspondiente escolta. Llevaba sin dormir muchas horas,

tensando sospechas; sopesando cómo arremeter, con osadía impune, por supuesto. De ahí el sudorcillo a pesar de la rasca mañanera.

Había llevado a Anabel a la universidad, y regresado al pueblo decidió darse otra vuelta por el olivar antes de acostarse. Pero entonces advirtió por el trasiego de hombres y vehículos que preparaban un traslado y ya no pudo ni quiso replegarse.

Desde el aparcamiento del parque de la Telefónica, rebautizado por la corporación municipal Parque de la Libertad —nombre aún de escaso calado entre los vecinos—, Salva confiaba en que lo hicieran a lo largo del día; a la noche estaría de servicio y no podría apartarse del itinerario marcado en la papeleta. Barahona, como jefe de pareja, se encargaría de ello.

En realidad, ninguno de sus compañeros estaba en condiciones de echarle una mano.

Y es que de ellos poco podía esperar: esos *coincidentes laborales* desbravados por las revistas intimidatorias y la euforia enervante de los trienios, patéticos en su mascullante exasperación por sobrellevar el acoso de la Cúpula, que de otra manera tan beneficioso podría resultar para todos. La unión del rebaño obligaría al león a pasar hambre, recordó del brigada. Acababa de entenderlo.

Qué solo, joder. ¡Qué trágicamente solo!…

Una densa niebla se cernía a lo largo de la vega, velando el sol y su entendimiento.

Denúncialos le decía ella. ¿A quién? ¿A sus jefes? Las posibilidades de actuación eran exiguas, retrucantes de un modo peligroso. Precisamente tendría que empezar por dar cuenta a los inculpados. Y no debía saltarse el orden jerárquico: el Régimen Disciplinario lo amordazaría sin remisión ni *habeas corpus*.

Presentarse en un juzgado era la otra alternativa legal. Pero qué pruebas materiales podría presentar, aparte de conjeturas y suposiciones. Pasado el escándalo no tardaría en ser víctima de una vigilante fatalidad profesional, como el brigada años atrás, cuyo final sería una ruina personal que lo convertiría en un *caimán*, en un *número* cosificado. Puede que en algo peor.

Doblegarse o luchar sin esperanzas ni consuelo. Pero, por otra parte, poseía demasiada rebeldía y honrada contumacia como para quedarse de brazos cruzados. Unos faros.

Un rayo metálico en la niebla.

Un todoterreno tirando de un remolque de caballos.

No eran ellos.

Y de improviso, el teniente. Se pegó al parabrisas.

Sí: eran ellos; sólo que con el rayado Nissan del veterinario.

Con la llave metida en el contacto, suspendido de hesitación y terror, no la giró hasta pasados algunos segundos en que inferida la confabulación y aceptado el brutal desafío, arrancó subiendo revoluciones al motor, marchas a la caja de cambios… hasta divisarlos a través de las gútulas flotantes en que se estabilizó ojo avizor.

En el límite de provincia se repitió el protocolo de intercambio. Esta vez no retrocedería. Al cruzarse con el coche del oficial, su cara se volvió a la radio, disimulando, ocultando su labor de policía imperdonable.

La niebla quedó atrás, el miedo con él.

Al cabo de treinta kilómetros los vio renunciar al asfalto.

Salva se apartó al rellano de un camino anterior que moría en la propia carretera, como un delta de grava. Trepó a un mogote de escombros: el Nissan y el coche del Cuerpo huían por una especie de dehesa ondulante y pedregosa, salpicada de encinas pero expedita de personas y vehículos por doquiera que alcanzara la vista. Fin del seguimiento.

Si se aventuraba con el R-12, lo verían, despertaría sospechas, sus ansias de justicia, su vindicativa intromisión, al carajo. De igual modo ocurriría si lo detectaban corriendo con pantalones vaqueros.

De vuelta al coche explosionaba la biela de las ideas para no quedarse tan atascado como un motor gripado. Abrió el maletero con la vana esperanza de toparse con un pantalón deportivo, viejo, en hilachos, de cualquier manera y se lo habría puesto. Pero quién se preocupa de llevar consigo una prenda así; quizá condones, pero un chándal… Calzaba deportivas y disponía de un raído mono de trabajo que, junto con la flaca bolsa de herramientas —alicates, cúter y destornillador—, en caso de avería, lo más probable es que no le sirvieran de mucho…

4

A los diez minutos de carrera, el convoy entró de nuevo en su campo visual.

A los veinte tuvo que ocultarse tras una tinaja clavada en medio de un barbecho como un pene castrado y desolado en espera de una eyaculación inversa: se habían detenido frente al acceso de un recinto de aspecto semiabandonado. Restos de una cerca de piedras, remediada por bucles de alambre de espino, circuía tres naves rectangulares paralelas entre sí.

La disposición de las edificaciones semejaba un campo de concentración.

El coche oficial dio media vuelta sin que ninguno de sus ocupantes pisara tierra. El Nissan, con su remolque, franqueó la verja y penetró en la nave central, en cuyo lateral aparcaban en batería dos turismos: un R-21 gris y un BMW rojo. Luego ya no avistó ningún otro movimiento.

El paisaje, coadyuvado por el gris del cielo y el pardo de la tierra, recordaba la estepa siberiana.

La misma granja era una edificación tomada por yerbajos que persistía entre eriales, salvo alguna que otra hectárea de rastrojo descartado. Un silencio sepulcral le rodeaba, resaltando así la palpitante inquietud de su estado de ánimo. Ni ruido ni trajín; excepto el de su corazón. No era para menos. Si le descubren necesitará, no pies, sino alas para que no lo atrapen. Los campos de los alrededores eran lo bastante romos como para que incluso un todoterreno hortera como el del veterinario saliera a buscarlo, alcanzarlo y embestirlo.

Con tales funestos pensamientos, zanqueaba en cuclillas hacia la cancela. Era el punto de observación más próximo al teatro de operaciones. Si quería suplir la agobiante falta de información, tenía que arriesgarse. Anotar matrículas; sacar sus titulares. Luego…

Luego ya se verá.

Tal perspectiva lo espoleó, atenuándole el pujante canguelo…

Y es que no podía sustraerse a la conjetura de que un síncope que le diera por aquellos parajes desiertos, donde ni el ruido del ganado punteaba el aire en lontananza, lo dejaría allí por los siglos de los siglos. Casi con toda seguridad los primeros en verlo serían sus enemigos, y éstos, que barruntarían el asunto, ocultarían su cadáver o lo arrastrarían un centenar de metros para que se pudriera a la intemperie y nadie llegaría a saber de él ni por casualidad.

Valiente putada si le cocía algo así el albur.

Avanzaba por arroyadas y tras montículos con velocidad de rata, contento porque al menos su sombra no lo acompañara: el cielo permanecía cubierto por alzados y remolones lienzos de niebla y el sol se distinguía brillando en lo alto como un ano luminoso.

Alguien había purificado otro mundo a costa de éste.

De momento, la periferia de aquella podredumbre lo dejaba circular limpiamente.

Ganó la verja.

Alebrado al pie del pilar, se puso a otear con más pánico que valor.

Las placas de matrícula se leían con claridad.

—¡Mierda! —no pudo evitar exclamar; no portaba ningún útil de escritura.

Agarró un trozo de rama seca y se rayó el dorso de la mano de números y letras.

¡Jodo!, exclamó de nuevo, pero esta vez para sí al reconocer el R-21.

Chirrió una puerta. Salieron voces.

Y al poco un tipo que desfila en dirección a la verja.

Salva comprobó lo vulnerable de su protección. Retirada. Por apurar la exploración, se demoró en una herrumbrosa placa en medio del pilar: LA GRAN ARTEAGA. Y recordó el BMW.

Salió de naja.

Como el animal que huye de un incendio, Salva se veía escurriéndose en cuadrupenia, ceñido a las piedras de la cerca al estilo de Velasco —tal que el día de la piscina y la cagada del Balilla—, sin pausa pero con prisas, atenuando el fragor de su respiración a guisa de amuleto para así contrarrestar el rumor de su arrastre por la broza, evadiéndose con las rótulas y las palmas de las manos, a veces con los codos y la jeta, poniendo tierra de por medio. Para vivir, que es distinto de estar vivo.

Su forma física y el ajuste cardiorrespiratorio adquirido durante la aproximación, le permitían deslizarse con celeridad constante y furtiva, empero echando de menos los vaqueros: el holgado mono, que había recortado con el cúter hasta convertirlo en un pantalón deportivo de circunstancias, no le protegía lo más mínimo del arisco terreno.

En su huida se vio reproduciendo la marcha evolutiva del Hombre: se arrastró, se desplazó a cuatro patas, se levantó sobre las piernas con la cabeza por debajo de la línea de los hombros y, ya erguido y fuera de la vista de La Gran Arteaga, se imprimió una zancada frenética que lo puso en las cercanías del R-12 en la mitad de tiempo que la ida. Justo cuando llegaba, en un exceso de confianza, resbaló, y tuvo que repetir todo el proceso en los metros finales. Alegoría de la especie humana o quizás sólo de su sino. «Revolverse es evolucionar» *(Anabel dixit)*.

Se sacudió las manos y las rodillas; bajo las briznas y grumos le ardía un escozor criminal. Correría secreta terminada. El sol brillaba ahora menos sospechoso, escatológico de otro modo: una hostia cenital.

Ella dijo que le ayudaría. No se detendría.

Saber y poder hacer es mezcla incendiaria; si uno no está hecho de serrín en ciertas partes.

Sobre todo cuando en el cuartel se enteró de la noticia.

El brigada le requería con urgencia. Cambio de servicio.

XXX. (MÁS) ALARIDOS EN EL VACÍO

1

—Fue un grito salvaje. Ahí fue cuando me di cuenta, cuando ya lo peor había pasado. No es mucho lo que puedo decirles, aunque a ambos los conozca mejor de lo que puedan conocerse unos simples vecinos de campo.

Matías el Sordo hizo una pausa. El brigada cerró el cucurucho.

Salva quería comprender.

—El agua venía fuerte.

Trepidante, como con prisas. Las lluvias del otoño estaban colmando las presas, y éstas, abiertas a las acequias, despachaban una corriente impetuosa, indiferente a su arrastre inútil o letal. De la presa Tomazos arrancaba la que vertía a la huerta de la señora Desideria.

Desideria Velarde era una auténtica campesina, más por su amor a la tierra que por sus comportamientos palurdos. Había crecido pisando las plantaciones de remolacha y patatas que su padre había cultivado en esa misma huerta, la cual, con el paso de los años, ella había convertido en un vergel. Incluso se había permitido una modesta ampliación al construir, sobre la choza que heredó, un cobertizo cerrado con tablones y pilas de piedras, especie de minigranja de cerdos, de los que todo el mundo estaba seguro no había otros mejor alimentados —nada de mierdas químico-industriales— ni más lustrosos en toda la comarca.

Vivía o subsistía con esa herencia desde hacía diecinueve años, la edad de su hijo Quique.

La edad de su tragedia.

—A raíz de aquello el padre se la dio para que no se muriera de hambre. Viuda, sola y con dos chicuelos, apenas si sacaba para ir tirando.

Algo parecido a la felicidad la rozaba en las épocas de recolección. *Parecido* porque tal sentimiento o sus atisbos lo fundieron las balas que le metió una pareja de la Guardia Civil en cumplimiento de órdenes premeditadas y nocturnas al cascado coche que conducía su marido.

—Le bastaba con oír los petardos que tiraban los críos para ponerse enferma, como loca. Y con ustedes, como quien dice, lo mismo…

Cómo sustraerse al recuerdo indeleble de fogonazos pertinaces desde la oscuridad de un arcén, seguido de un estrépito de añicos, sangre y espasmos, viendo a su marido inclinado sobre el volante, chorreando sangre por la hueca cuenca del ojo derecho, amén de otros menos profusos

por el cuello y los hombros; y a su hija, viva, que se dejaba el brazo atrás y aún hoy arrastra en forma de movimiento contrahecho. Y ella, asida a su bebé, tironeada por brazos que oscilaban armados y severos bajo alas lóbregas que se confundían con la noche, una cálida noche de verano cuyas primeras descargas la hicieron pensar en petardos extemporáneos y que en seguida le transmutaron la sonrisa en una mueca eterna de terror y dolor. Un terror que se maciza los días en que los pueblos están en fiestas o cuando la vista topa con el charol tremebundo que planea inextinguible por sobre la faz rural de la Patria…

Un calvario apenas mitigado en los últimos años después de ver a su hija trabajar como profesora en un instituto de Dosarcos y a Quique que sacaba la carrera de Derecho gracias a las becas y a sus excelentes notas.

Pero no era feliz, ni podrá serlo: imposible si no podía dejar de ver, de una vez para siempre, los tricornios y a sus representantes.

—Como nuestros huertos están muy cerca y yo vengo con el tractorcillo, había quedado en pasarme y cargarle las últimas patatas de la cosecha. Eso era lo que hacía, además de limpiar las artesas de la matanza. El muchacho vino por echar una mano a la madre, como otras veces. Él se estaba encargando de llenar la alberca y luego me ayudaría con los serones.

Sólo de cuando en cuando se dejaba acompañar por su hijo. No quería que la tierra —la *Tierra*— lo esclavizara. Y no porque Ésta fuera desagradecida, sino porque su fruto, resulta de sudor y desvelo, ha sido *empudrecido* y emputecido por el mercadeo de los poderosos, cuyos orgasmos provienen de balances económicos y no de relaciones sexuales, y así tal cuidado se ha convertido en un oficio degradante, un empeño de categórica perdición que en vano grita a sus inocentes cuidadores que no es Ella quien les succiona la vida.

Será abogado por méritos propios. O lo que sea.

Pero nunca un siervo del terruño.

No le molestaría mucho; una hora de faena y le diría que se marchara a las fiestas de Dosarcos, donde resuenan estampidos de cohetes y pólvora de fiesta: ecos de muerte que un aciago día zumbaron a sus espaldas, dejándola viuda, muerta en vida. Por ellos había vivido.

—Que a qué hora llegarían… Pues después de que se hubo corrido la niebla, cerca del mediodía. El chaval en su bici de carreras, y ella, como siempre, andando.

Todavía a esa hora crepuscular el río continuaba emborronado por la bruma. Retales ahusados veteaban la orografía de Los Varales.

El agua ya no entraba, pero al comienzo de la tarde lo hacía rápida y cargada de destellos: destellos, hojarasca, botes oxidados, extraños objetos

buceadores… Y nunca faltan peces que se han colado por entre los barrotes de las compuertas. Quique los captura y los echa a una espuerta de goma con agua que más tarde volcará en el río. Son pequeños peces, como la mayoría de los de la presa Tomazos: los grandes se los queda el señor diputado doble R cada vez que monta las artes de pesca en la terraza de su casa por debajo de la cual pasa el río, igual que le pasa por debajo de los cataplines la Ley de Dominio Público de las Aguas Vivas.

Mientras se llena la alberca, Quique se distrae filtrando la corriente.

Lo recoge todo; lo estudia y luego se lo queda o lo destina a la basura.

—Cuando era más pequeño siempre me enseñaba, muy contento, un estuche de brillante hojalata donde metía los lapiceros de la escuela y que había sacado de la reguera. Y un balón, y cosas por el estilo. Despojos, como quien dice, que le entretenían. Pero esta vez… ¡Ay, Dios!

Ahora —después de sacar otro pececillo y encestarlo: ¡Plash!—, algo muy rutilante volvía a atrapar su atención.

—Pobre muchacho. Se había librado de la mili, iba bien con los estudios y, mira tú por dónde, lo coge la desgracia, sin buscarla. En su propia casa, como quien dice. Encontró una bomba.

Eran varios. Buceaban con pereza, a trompicones.

Su relumbre lo tenía hipnotizado.

Quique zambulló la mano y los extrajo con excitación: cinco cilindros del tamaño de su dedo meñique, aunque más delgados, unidos por cables de colores que salían por uno de los extremos. Centelleaban vivaces, escurridizos. Misteriosos. Nunca había visto nada igual. Tiró de uno y se llevó dos que salieron enredados. Intentó separarlos mientras dejaba caer los otros al caballón. Tironeaba de los cables, los golpeaba entre sí…

Pasó a intentarlo con la boca.

—¿Qué tienes, hijo? —se interesó la madre al verlo tan reconcentrado.

El sol se caía por Machaquito.

La brillante cápsula resistía inquebrantable.

—Nada, mamá. Unos simples tubitos con cables.

—Ten cuidado, hijito, no vayas a hacerte daño en los dientes.

—No te preocupes, mamá —farfulló sin dejar de morder.

Desistió con la boca y examinó la vana dentellada.

Un chispazo se meció insolente.

A toda costa los desentrañaría.

Quique clavó la azada en la tierra y tumbó el astil. Puesto en cuclillas, colocó el par de cilindros encima del anillo de la pala, asiéndolos por los cables, dispuesto a convertirse en verdugo. De sí mismo. Agarró un canto y

calculó el golpe. Dos pájaros de un tiro. Uno u otro.

Elevó el brazo, acercó la cara al altar del sacrificio, y entrecerrando con fijeza los ojos…

El astro solar se hundía tras la serrezuela como un disco al rojo vivo, estirando sombras: la de una mano se proyectó larga y huidiza. Llegada al cenit, basculó, siendo lanzada acto seguido contra el pequeño altar de piedra, donde sombra y dedos se unieron al rugido.

Sí: un golpe certero.

Los pequeños artefactos carcajearon horrísonos en el ocaso. Ocaso de un día y una vida. El arco superior del círculo rojado del sol se estremeció en la cumbre de Machaquito y al punto se cerró como un ojo espantado. La vega se veló como por efecto de un retorno fulminante de la niebla, en tanto que de las peladas peñas de Los Varales escalaban resplandores de fuego.

Ruidos como de petardos cerca de su bebé.

Desideria se irguió con agilidad de resorte, las piernas abiertas en el centro de una artesa con ligero vaivén, los ojos como platos; platos rebosantes de incredulidad y pavor.

Quique —su hijito Quique—, esparrancado de hinojos sobre el reguero, en equilibrio bamboleante, los brazos laxos a ambos lados, manaba sangre del rostro, a borbotones, tiñendo el curso del agua y el de su vida de rojo parcial: de negro integral el resto de su luctuoso existir.

No podía moverse. Desideria se hallaba suspendida en el vacío, en algún punto en el aire muy cerca del orbe pero sin tocarlo. Estaba encajonada, no dentro de una artesa, sino en el asiento posterior de un 850, con una conciencia tan clara como para ver la sangre de su marido borboritando por el caño que era el ojo, que ahora se reproducía en la estallada cara de su hijo; con el otro la miraba, diciéndole cuida de ellos, de los nuestros, de lo que quisimos ser y no seremos. También ahora su hijo la miraba con el ojo indemne, suplicando un amparo que no acertaba a explicarse por qué no volaba a ofrecerle.

Se desinmovilizó con un furioso alarido.

—Ya les digo, un grito salvaje, como quien dice una piara de cerdos en matanza. Jamás nada parecido había atravesado mis oídos atascados. Y eso que iba sentado al Pascualli.

Sentado a su ruidoso tractor, a través de cuyo monótono estruendo ningún otro decibelio se cuela, Matías el Sordo lo oyó y se sobresaltó.

La huerta tembló. Fue como si ramas y sarmientos y briznas tiritaran ante una súbita y efímera brisa y los troncos de las higueras se sobrecogieran en su sitio. La tarde era chapoteada por plantazos de locura. Matías también renqueaba raudo. Quique lloraba chorros de sangre.

A Desideria la separaban una decena de metros y sentía que no avanzaba, que el barro menos que el horror la hundían. Diecinueve años después del atentado benemérito que convirtió su vida de una alternancia de días y noches en noche permanente, ahora que esa negra noche empezaba a clarear, el azar tornaba a postrarla con una visión de descuajo y sangre sobre la carne de su carne. Y esta vez no ciñó su bebé a tiempo.

Maldito sonido. Maldita vida la de los inermes.

Por fin pudo abrazarlo; el ojo derecho del hijo se descolgó y rodó a pegarse a la cara de la madre. No hay mayor terror que la impotencia. Desideria volvió a gritar; es decir, subió de escala.

La mujer, arrodillada en el barrizal, sostenía en el regazo al hijo derrumbado, tal que en la *Pietá* de Miguel Ángel: excepto que el dolor brota irrefrenable por su rostro y su agitación no raya con el patetismo, sino con la vesania.

Pasaba sus negras vestiduras por aquella cara desportillada y no reconocía al hijo.

La mano derecha del muchacho, cuyos dedos cercenados carecían de las últimas falanges de los cuatro dedos medios y el pulgar entero, se mecía abandonada en la paranoica corriente, la cual, enrojecida, desbordaba la alberca y caía a un tablar del que iba a otro limando caballones y vidas con una fluidez que tenía más de prófuga o asustada que cinética.

—Yo miraba. No sabía qué hacer. Vi la bicicleta y a por ella que me fui.

Desideria abrazaba a su hijo, lo besaba, lo restañaba: mordiscos de esquirlas voraces que le habían dejado la nariz sin una aleta y el globo ocular vaciado de su cuenca, oscilante como un péndulo macabro: cayó a la faltriquera de la madre ida, y la escala que se va al cielo…

Matías el Sordo perdió el equilibrio al sentirse atravesado por aquel gañido punzante, afligido y recriminatorio, como proferido por la madre Tierra, harta de tanta iniquidad y devastación. Luego pedaleó aturullado con aquella bici de carreras, propiedad de un desgraciado que se desangraba por las manos y las cuencas de los ojos, en procura de auxilio.

Alcanzó la carretera y se plantó en mitad de la calzada, fatigándose en temerarios ademanes hacia el primer coche que vio venir: Moisés, que bajaba de la finca con su Mercedes nuevo. Le relató el drama y le pidió que acudiera a por el herido para llevarlo cuanto antes al puesto de la Cruz Roja.

—Sí, sí; de acuerdo —repuso Moisés, contrariado—. Dejo el coche y bajo con la furgoneta.

—¡Pero es que está sangrando y puede morir! —gritó Matías, imaginando que al no oírse del todo, tampoco su interlocutor.

—No tardaré, vuelvo en seguida —se despidió Moisés.

Desde Las Torcaces llamó por teléfono al cuartel y lo comunicó al brigada; y se atragantó de agradecimiento cuando aquél le dijo que se hacía cargo del accidente.

Fue cuando Salva llegaba y el comandante de Puesto le requirió con urgencia.

Aún tardarían en salir, pues el *pepito* no quiso arrancar y ambos agentes tuvieron que trasladarse en el R-12.

Unos minutos después, un viejo suboficial de la Guardia Civil de uniforme y un joven agente de paisano trataban de acceder a la víctima, que la madre afónica con un abrazo encarnizado impedía. Con el rostro contraído por el dolor y una mirada de odio, sus labios secos, trémulos y mudos, baladraban: HE AQUÍ LOS CULPABLES DE MI CONDENACIÓN. OTRA VEZ. ¡LO SÉ TODO! ¡MALIGNOS! NO PODÉIS ENGAÑARME. ¡¡DEJADME EN PAZ!!

La mujer se resistía, forcejeaba. En el anegado bancal flotaban sus sayas negras. Salva, con todas sus fuerzas desplegadas, no lograba apartarla.

Aquellas carnes enjutas aferraban al hijo con desesperación de acero.

Por último, y sin que pudieran separarlos, los tres hombres consiguieron introducir madre e hijo en el R-12. Salva enfiló al puesto de la Cruz Roja exigiendo prioridad a base de claxonazos y el brigada sacando por la ventanilla un pañuelo empapado de sangre, porque los gerifaltes del Régimen se gastan los presupuestos en dietas ficticias y pluses para sus «revistas» antes que en medios policiales.

De vuelta, la ambulancia les rebasó timbreando un griterío eléctrico que incidía en los oídos de Salva como nítidos lamentos apenas distorsionados por el efecto Doppler. Una sensación de iracundo tormento comenzó a apoderarse de su espíritu.

Antes de regresar a la huerta, el suboficial había requerido por vía telefónica a la Compañía el equipo de Policía Judicial. Pero la superioridad resolvió «prosiga las investigaciones con sus propios medios» y el comandante de Puesto tuvo que improvisar un cucurucho con hojas de periódico, y así, con ayuda de linternas, rastreaban el lodazal recogiendo pruebas. Las hojas moteadas de sangre y los fragmentos de dedos testimoniaban el horripilante suceso.

Matías buscaba no sabía qué con ellos. Aquel hombre ya no ostentaba, ni mucho menos, el título de «Lugareño más feliz». Era otra historia. La tragedia de la viuda Desideria implicaba a varios. Una bomba había explosionado haciendo añicos, entre otras cosas, sus viejas esperanzas.

Pero no fue una bomba. Sino detonadores. Al poco de iniciar el

rastreo, los habían encontrado. Encerradas en el cucurucho, se hallaban dos flores de metal con las trenzas intactas, tiznadas donde se hunden en el cilindro, huero ahora, reducido a una tercera parte en bucles ennegrecidos.

Cuando el brigada volvió a mirarlos y a preguntarse de dónde habrían salido, Salva apuntó un vislumbre que los paralizó de espanto.

Prosiguieron la rebusca con furibunda discreción.

Cucurucho en mano perseveraban en la inspección ocular, ambos embarrados de fango. Fango institucional. Y no hay nada que hacer.

Enlodados, Salva descubrió un ramillete de tres detonadores, iguales a los que escondía en su taquilla. Fue a entregárselos al comandante de Puesto… Pero de qué serviría. Le hervían extrañas ideas y se los guardó para sí. No había duda acerca de su origen.

Todo estaba claro y era insoportable.

El brigada murmurando en tono abstraído:

—He aquí el percance de ser buena gente, que dice el poeta. Ah, si apareciera ese caballero andante, *desfacedor* de agravios y sinrazones, enderezador de entuertos —expelió una risa, tétrica como el entorno y sus circunstancias—. Qué ironía. Cuánta mierda. Quién pudiera ser superior y llevar a cabo eso de *Nemo me impune lacessit*.

Matías el Sordo, abatido por la pena —una pena agravada por secretos anhelos que jamás pasaron de meras ilusiones—, se afanaba a las luces del Pascualli en restablecer el huerto, rehaciendo surcos, el llanto apenas contenido, preguntándose el porqué de tantas desgracias contra las gentes sencillas y trabajadoras. Salva quiso apuntar que por su falta de beligerancia. Pero tal que en situaciones similares, se sabía fuera del momento y del lugar. *(¿Cobardía?)* Cogió la espuerta y la acarreó hasta el río, donde vertió los peces. Volvió pateando la oscuridad, arrastrando aquélla como un culpable atormentado.

La imagen de un bigardo como Quique, apoyándose con el muñón en un bastón para guiarse, tosco, por un tropel de borrones, a resulta de unos autores que descansaban ufanos y acuartelados detrás sus mismas insignias, expandió en su conciencia una inmensa y fluctuante onda de odio…

Contra sí mismo.

Se miró en los apagados charcos, y con el hundimiento de la tarde no se vio.

El agua se niega a reflejar la cara de un asesino.

2

CÓMPLICE DE ASESINATO, relumbraba en la oscuridad de sus párpados apretados.

¿Qué estaba haciendo mal? Cumplía con lo que decían los Reglamentos y las Leyes, y se aislaba; atrapaba delincuentes jugándose el pellejo, y otros se apuntaban el tanto; socorría a gente en apuros, y recibía el trato de un bufón; intentaba ejercer su trabajo, y reprimía-oprimía. Conocía de memoria todos los artículos de la jodida Cartilla, y qué conseguía: hacer el gilipollas.

Pero todo eso no era nada comparado con el sentimiento de culpabilidad que lo sofocaba.

Arrastrado por la cobardía y la más vil subordinación, se había convertido en colaborador de un atentado en diferido contra un inocente. Él los guio hasta la presa Tomazos donde los culpables —detenidos y Cúpula— ansiaban destruir las pruebas incriminatorias.

Él los guio; él es cómplice.

Cómplice de asesinato.

No. No fue enteramente así. En su fuero interno conservaba la simbólica, misérrima disculpa de haber llegado hasta al final de su potestad. Luego todo devino según el inicuo albedrío de una élite militarra que está más allá de la Constitución y los comicios.

Lo desalentador —lo violentamente desalentador— es que está solo y nada puede hacerse. Comparte un mismo universo con sus compañeros, pero ante sus ojos fulguran realidades tan diferentes como dos estrellas que se ven muy juntas, y sin embargo las separan años luz. Sí: solo.

¡Amargos vaticinios!

El de sí mismo convertido en uno de esos fatuos y escaqueados veteranos llamados *caimanes*, siempre prestos a evocar audacias pretéritas que nunca existieron sino en la embustera memoria de la que alardean todos los fracasados y todos los serviles. Sentencia: sobre su cerviz el remordimiento de un ejército de felices imbéciles.

No quiero ser uno de ellos.

Pero ¿qué hacer, joder, *qué hacer*?

¿Cómo luchar bajo la férula de un Régimen parapetado tras una letanía de feroces artículos disciplinarios? Qué hacer si allende nombres y artículos *sui generis* tiene que conducirse atenazado por una servidumbre cuyo tósigo radica en la pringosa tradición y una disciplina espuria, baluartes y propaganda de la dictadura de la Cúpula.

Pues del espíritu original —el honor, la lealtad, el pronóstico feliz para el afligido, el decoro, ser atento con todos, el incansable celo en la persecución de malhechores, la prohibición del uso de recomendaciones—

sólo conservan la absurda exactitud del saludo, el firme grotesco y la venia lacayuna. «La ciega obediencia en las instrucciones del mando»…

Se tendió en la cama. Los ojos errando por el techo, sin verlo.

Viendo con los del espíritu.

Joder, Marino. Quisiste prevenirme y yo creyendo que me picabas sin más…

Prevenirme de cómo la tenaz instrucción de orden cerrado, en la que aburriendo a Febo y a Eolo, alineados *(¿alienados?)*, desfilando del crepúsculo vespertino al matutino, no tenía otro objetivo que deslavazar sus laicas mentes hasta involucionarlas en una hacina mansurrona. Aquí no se piensa. ¡Aquí se obedece! ¡El Reglamento es vuestra vida! Larí, lará. ¡Oh! ¡Oh! Mas nunca fue la valentía cualidad que faltara al soldado español. ¡Más fuerte ese taconazo!

¡Corred, cabrones, que parecéis policías!

Ahora —¡por fin!— lo entendía.

El que alguna vez sintiera regocijo ante arengas tan abominables, le aturdía hasta el aliento. Soma y psique. La *disciplina*, machacan los muy arteros.

Como una presa en el cepo, estaba atrapado por la *realidad subyacente*. Podrá patalear (rajar en vano), aullar (nadie lo coreará: el Régimen tiene premio para los renegados) o sublevarse (peor todavía: el *Chato* lo sacrificaría sin contemplaciones): todo en vano.

En semejante estado de exacerbada perspicacia, reparó en que tan solo y tan inerme sus sueños de Lucha y de Justicia no pasarían de una simple y suicida fantasía.

Ya de madrugada, metió la cabeza debajo de la almohada, laso, extenuado.

Se durmió y…

3

… saltó o se cayó de la cama, bañado en sudor.

Con las sienes palpitando y una arcada interminable detonándole las entrañas, se dio a recorrer, descalzo y en pijama —el odioso pijama militarra—, el pabellón.

Iba y venía como una fiera enjaulada —pasillo, salón, cocina, salón, pasillo… (por suerte, estaba solo)—, con la mente en la señora Desideria y su hijo de rota cara sanguinolenta entre sus brazos. ¡Y pensar que la culpa era suya! Para qué engañarse. Él los guio. Él es tan culpable como los

precisos autores del delito. Ojalá un meteorito los hubiera aplastado a todos, a él el primero, ya que no tuvo agallas para enfrentarse a la mafia institucional. El suelo se movía.

Le venía a la cara.

Alargó la mano y se encontró golpeándose la frente contra el diván y el techo estaba abajo. Manoteó, se escurrió y siguió forcejeando. En el ventanal captó su imagen encorvada y sudorosa. El cristal le devolvía el reflejo de la banderola del Cuerpo justo por encima de su cabeza: una alegórica espada de Damocles. Corrió a encerrarse en su cuarto.

¡Igual de desquiciante!

El dolor es inherente a la verdad, se dijo, abriendo la taquilla como si en ella esperara descubrir el tótem contra sus padecimientos. Y en la contemplación de sus trajes planchados, el lustroso tricornio, la reluciente hebilla del cinto —nadie podría decir que la llevara más chispeante, ni siquiera el Millanito la tuvo así alguna vez ni la tendrá jamás. (¡Santo cielo!… ¡Tenía el veneno de aquel andoba dentro!)—, sólo halló la ofuscación del detalle, el deslumbramiento típico de una enorme y siniestra hipocresía.

Estaba infectado y por casualidad acababa de advertirlo.

El portazo con que limpió su vista sonó como un tiro; la puerta de chapa onduló como el abdomen de una bailarina ejecutando la danza del vientre, y no se cerró. Extrañamente, le resultó un instante divertido.

No te despistes: Quique será un mutilado cegato por tu culpa, majete.

Se arrodilló asiéndose al piecero metálico de la cama (armado con rejas, otra horrenda alegoría), al borde del llanto. Se contuvo. Quien llora no lucha. Las lágrimas consuelan a las víctimas; absuelven a los verdugos. Apoyada en la esquina, descansaba su barra de torsión. Se estiró a por ella e intentó doblarla: tenía la rigidez de un eje de acero. Semejó un arma larga con ella y apuntando al tricornio, que asomaba fosco o tenebroso, hizo fuego.

No sintió pesar. Ni remordimiento.

Sólo una especie de eufórico desasosiego.

Ella decía que en su caso el camino a seguir consistía en actuar según aparentaba el uniforme. Pero él sabía que la apariencia es pura falacia; una falacia sutil. Sutilmente perversa. Y luego ella añadía, con bastante más palmario convencimiento, que la única respuesta potencial a la que el Sistema presta atención es la lucha… armada. Gritó:

—No lo he olvidado, coronel-Director. ¡LO MÁS HORRIBLE ES VIVIR SIENDO UN COBARDE!

Tramar, punir, vengar, escarmentar… Contingencias inimaginables,

destellos de pensamientos nunca aflorados: desaforadas lucubraciones que parecían de otro…

Llegó el alba. Los ruidos de la población.

La indefensión de los humildes.

Afuera, los funcionarios municipales amartillaban la calle con los adornos navideños; él, su mente para la guerra. La que fuera, como fuera…

Si quieres la paz, prepara la guerra: *Si vis pacem para bellum*.

No deliraba. *Anhelaba*.

Notó que perdía el conocimiento y, apoyándose en la pared, se dejó resbalar. En el suelo se enroscó como una criatura herida y ya no se movió.

Tercera parte

Son gritos en el cielo y en la tierra son actos.
LA POESÍA ES UN ARMA
CARGADA DE FUTURO
Manuel Celaya

XXXI. LOS VIEJOS VICIOS

1

Cuatro grados marcaba el termómetro del ayuntamiento cuando atravesó la plaza, y entrando al autoservicio, por la radio de la cajera, se enteró de que se preveía la entrada de una ola de frío en la península que batiría récords de temperaturas mínimas.

A San Juan ya había llegado.

Era la noticia local del día, amén del misterioso y terrible accidente de la viuda Desideria Velarde y su hijo, que, pasadas algunas semanas, aún seguía coleando entre los vecinos. Una desgracia que volvía a recaer en esa familia y nadie se lo explicaba. Nadie excepto él, que sí conocía las causas y a sus culpables… Y los castigaría —todavía sin saber cómo.

Sabía de nombres cercanos: el ganadero Moisés Torcaces, el veterinario Alfonso De Lasheras, el constructor Urbano Arteaga… Y sus superiores. El teniente y el general. Que el coche de éste permaneciera en La Gran Arteaga, fuera de servicios oficiales, en el lugar de destino de una mercancía robada, evidenciaba su implicación.

En realidad, el jefe de Línea era un diábolo al servicio del entramado criminal.

Y sabía de lugares: La Gran y Pequeña Arteaga, Las Torcaces, los despachos de vuecencia y sus teléfonos sin candado. Soñaba con una lucha quijotesca. Asaltar las granjas, liberar a los animales, incendiar, castigar a sus jefes corruptos… Tenía que ser pragmático.

De momento, reventarles el próximo robo conformaba su primer objetivo. No se le escapaba que abordar tal empresa en secreto, desde la clandestinidad, suponía una clase de riesgo en el que, si lo descubrían, sería destruido, en el mejor de los casos con una sentencia legal irrecusable; y en el peor… Bueno, mejor ni considerarlo.

Luchará hasta el final; más allá de la pusilánime combatividad del brigada. Y dispuesto a pagar un alto precio si es necesario. *¿Su vida?* ¿Por qué no? Morir en el despliegue de una pasión filantrópica, mística y radical. Y las pasiones siempre parten de sentimientos nobles, de la justicia natural o la verdad. Luego rumia inmerso en un vértigo meritorio.

Encontró las latas de atún que buscaba y las echó a la cesta. Lo siguiente fue una bolsa de macarrones; esa semana le tocaba a él hacer la comida. A Monti le encantaban sus macarrones. Sus macarrones eran

famosos en el cuartel. Los macarrones y su obstinación rayana en soliviantamiento. No debía parecerse a Carrasco. Ni su encrespada integridad ni su ciega valentía servían para inmunizarlo. Todo lo contrario: quien se revela por entero es vulnerable. El brigada tenía razón. Cogió varios sobres de sopa. El resto de las comidas era una duda mareante. Empezaba a comprender lo duro de ser un ama de casa, aparte del ya de por sí ajetreo cotidiano. Repasando la lista, se fue a buscar pilas para la linterna; dentro de unas horas salía de nocturno.

Tiene gracia —pensó—, *cómo nos van a arreglar el coche si ni siquiera nos dan pilas; claro que tampoco daban linterna*.

Fogonazos de la realidad subyacente.

Si lo hacía por honor o por vergüenza ajena no alcanzó a discernírselo.

Se puso a la cola para pagar.

La radio informaba del frío, del fútbol, de los Reyes Magos. No refería nada de Quique ni de delitos solapados por la Guardia Civil. Los medios de comunicación, obsesionados por el detalle escabroso, competían en sensacionalismo sin cuartel. «El público tiene derecho a estar informado», esgrimía osado y cínico un reputado periodista. Y debía de ser por eso que una plaga de presuntos corresponsales de guerra pisotearon la huerta, no ya sin respeto al dolor ajeno, sino a la propiedad privada. Aunque en principio la TV lo refirió como la consecuencia del hallazgo fortuito de una bomba de la Guerra Civil, dos equipos de medios distintos perseveraron en el escenario de la tragedia, porque, según manifestaron, sabían «por fuentes fidedignas y secretas» que en realidad se trataba de un muchacho aficionado a coleccionar objetos de guerra y que en una especie de zulo dentro de la huerta existía un arsenal.

Alguien vertía mierda y venturosamente se diluía en ella.

El caso es que tales equipos, trepidantes y hostiles entre sí, acabaron por llegar a las manos. Se denunciaron el uno al otro en el cuartel. La huerta quedó hollada y escarbada como si una manada de jabalíes hambrientos la hubiera hozado de cabo a rabo. Huyeron hasta los escarabajos. En cualquier caso, transcurridas cuarenta y ocho horas, el hecho había sido eclipsado por otra tele-cutre-exhibición: un adolescente había acuchillado a sus padres; al parecer, no le vestían con prendas de primeras marcas. Náusea fresca para la chusma. San Juan dejó de interesar, de existir en la televisión; en el mundo judicial, policial, humano…

La emisora dio paso a un avance especial: un tiroteo entre agentes del Cuerpo Nacional de Policía y supuestos terroristas del FRAF. La reportera transmitía «en rabiosa primicia y desde el mismísimo lugar de los hechos» el asalto de un comando terrorista a una comisaría de la que habían sustraído cartulinas de Documentos Nacionales de Identidad en blanco. La

fuga la efectuaron primero en coche y, «según fuentes consultadas por esta cadena», luego en motocicleta, en dirección a la autovía N-III.

Según las mismas fuentes, uno podría estar herido. Fue lo último que escuchó saliendo del local.

Tal vez la lucha armada sea el único camino hacia la dignidad en algunos casos, discurría cuando el grito de su nombre le hizo levantar la meditabunda cabeza, agobiada, no por el peso de las bolsas, sino por el tósigo cuartelero.

—¿Qué tal te va la vida, Salva?

Jorge se acercaba balanceándose en su cojera de un modo que habría resultado cómico de no ser por lo trágico de sus consecuencias. Se apoyaba en su novia Nuria, quien le llevaba una muleta en la mano.

—Hola, chicos. ¿Cómo os va? —les saludó, mostrándose animoso.

Los dos le contestaron con un neutro «hola», pero Jorge agregó:

—Ya ves: tirando.

—Y nunca mejor dicho —añadió Nuria, con lúgubre ironía.

De no haber sido por aquel funesto servicio ahora estarían casados.

Se hizo un silencio incómodo, que Jorge rompió:

—Veo que te toca esta semana la cocina.

—Pues sí. Una desgracia como otra cualquiera —contestó, pretendiendo relajar el ambiente; y al punto se arrepintió de semejante ocurrencia.

El semblante de Nuria reflejó para Salva el ingente desconsuelo que llevaba dentro.

—Lo siento, chicos, fue un chiste malo. No caí en la cuenta —se disculpó, deseando poder añadir algo de positivo consuelo.

—No te preocupes —le descargó Jorge; y tomando la muleta instó a su novia para que entrara en la tienda y fuera haciendo algunas compras.

—¿Crees que me culpa de lo que sucedió?

—¡Claro que no! —aseguró Jorge con rotundidad—. Lo que pasa es que siempre que habla de ello pierde la serenidad. Igual que cuando ve el coche de *Picolandia* u oye hablar de la Guardia Civil. —Se fijó en ella a través de las cristaleras—. Está mirando los detergentes, y no nos hace falta. Me jodieron bien, Salva… —Cambió los ojos a la ciclópea escayola del pie—. Ya me ves: pinchado en muletas todo el santo día. Al final salté al puto barranco. Iba tan hecho polvo que cuando sentí las balas silbando eché a correr. Pero me faltó tierra bajo los pies y me vi cayendo. Del susto creo que hasta el corazón se me paró; supongo que con el hostiazo echaría a andar…

Dejó de contar, o de recordar. Mantenía una expresión extraña, algo parecido a una sonrisa inducida por sensaciones contrarias a las que suelen formatear a aquélla, como esos montajes fotográficos en que se pegan ojos de mirada feroz sobre un rostro dilatado de radiante felicidad.

Salva no sabía cómo animarlo. Estaba seguro de que de hallarse en su lugar, sin nadie a su lado, habría entrado en un coma anímico que lo habría tarado. *(¿Como Carrasco?)*

—Qué hijos de perra. La putada que nos hicieron ese día, ¿verdad, Salva?

—Sí, sobre todo a ti.

Jorge pateó el suelo con la escayola. Con un puntazo de dramática jocosidad, explicó:

—Me quedaré cojo de por vida. Me han dejado la pierna operada más corta. Al soldarse los huesos, se ha acortado tres centímetros. Los médicos dicen que la única solución es que vuelva a pasar por el quirófano. Y no me garantizan nada. A menos que me corten la otra. Te imaginas que se pasan un poco y me tienen que recortar nuevamente de la mala, y otra vez se pasan y así hasta que me rebajan medio metro.

Repitió el inquietante rictus y Salva lo tradujo como la resulta de una ira inútil, un clamor afónico.

Una capitulación sin vuelta de hoja.

—Puede que sean cosas del destino.

—Eso mismo le dije un día a Nuria, y sabes lo que me dijo —Salva le atendía con tenso interés—: Del destino no, sino de los viejos vicios. Y tiene razón. En fin, qué te voy a contar que tú no sepas. Cada uno de nosotros representa el papel que nos dan. Somos…

(¿marionetas de la mano fascista que nos manipula…?)

—… números que suplimos a otros números.

—Esa es nuestra putada —coincidió Salva—: que somos *números*. Da *asko* —remarcó al estilo de Carrasco— trabajar así.

—Y lo peor es que no hay alternativa —continuó Jorge—. A mí por lo menos no me joderán más. Lo siento por ti, *pico* —le sonrió con irónica compasión.

Salva se estremeció ante aquel ofrecimiento de complicidad liberadora.

—Procuraré defenderme. Por lo menos te han incluido en el cuadro de exclusiones de Baja en Acto de Servicio.

Resultaba acongojante la tullida figura de su compañero, de pie, apuntalado por muletas, después de haberlo conocido sano y salvo y tan entusiasmado con sus proyectos maritales.

Cierto estoicismo y la mención de la pensión parecieron una buena salida.

—Sí, todo un detalle; no sé cómo agradecérselo. —Jorge se retorcía en su propio sarcasmo.

Salva se sintió movedizo.

—¿Y cuándo pensáis casaros? —terció para darle (darse) ánimos.

—No tenemos fecha fija. ¿Te acuerdas de la señal que adelanté para el viaje a Cuba? Pues la perdí. Y de los jarrones de flores a la entrada de la iglesia, lo mismo. Bah, nos quedaremos sin Cuba y sin flores, pero nos casaremos. Y tú, qué: ¿sigues saliendo con aquella trigueñita?

La que salió fue Nuria. Tenía que hacer la comida y era tardísimo. Salva se despidió elusivo con este argumento y huyó sin contestar, como Anabel le había hecho prometer.

Dentro de unas horas la vería, su espíritu se vivificaría. *Este aire está viciado, muerto*. Ag, ag, no se puede hacer nada. Nada.

Cuánta razón tienen todos.

Ella y él.

Su invocación es un fragmento de cielo azul entre un desfile de nubes negras que no acarrean lo que aparentan. Ni vivía en la inopia ni se estaba volviendo loco: vegetaba en el seno de una depravación uniformada.

Un número se suple con otro número… *Viejos vicios.*

He de hacer algo y pronto. Pero *qué*.

XXXII. OPERACIÓN RASTRO DEL AMANECER

1

Media hora antes de la salida de Goyo y Salva, en servicio nocturno, el brigada reunió en su oficina a toda la plantilla: el jefe de la Comandancia ordenaba la suspensión de los descansos semanales y la constitución del total de efectivos en retén. La Operación Jaula colapsaba las salidas de la capital. Se conjeturaba que el comando del FRAF, perseguido tras el atentado a la oficina expedidora de los DNI, había abandonado la autovía y continuado por rutas comarcales. La 215 podría ser una de ellas; no se estimaba muy probable, pero tenía que ser tenido en cuenta.

Patrullas móviles en alerta continua para el refuerzo de controles.

Nada más entrar al *pepito*, Goyo tiró el tricornio a los asientos posteriores.

—Ahí te quedas, furriel. ¡Ja, ja! —le temblaban los bigotes de júbilo—. Algo así estaba haciendo falta. Algo que les dé faena a los jerarcas. Mientras tanto, no darán por saco. Por fin una papeleta libre de asquerosos horarios y presentaciones cuidando a los de siempre. Buena noche, ¿no?, Salvador —y dejó el volante para frotarse las manos, y era de una interrogación mínima saber si por frío o de puro contento.

—Puede —articuló Salva con indiferencia.

Goyo a lo suyo.

—Que sí hombre, que sí. «Itinerarios volantes». Ja, ja. Nos vamos a mercar una sobada de general. —Y con repentina seriedad, puntualizó—: Pero hoy voy de legal, grandísimo figura. Primero la sobas tú, tranquilamente, que ya te avisaré, ¿eh, figura? Nos engañarán en el sueldo, ¡pero no en el trabajo! —sentenció con retomada euforia, y no obstante añadió—: Itinerarios volantes, ¡Ja, ja!

Goyo atravesó el pueblo y a la bajada por la periferia se detuvo en el bar El Holandés. Ocultó el *pepito* en la oscura terraza y acució a Salva para que no le diera vueltas a la falta que suponía abandonar el vehículo y el radioteléfono.

—Venga, Salvador. Como aquí casi nunca funcionan las transmisiones tanto da. No seas pardillo. Parece mentira con los palos que te estás llevando últimamente… Si suena la emisora, ni caso. Que espabilen los oficiales, que para eso se quedan con nuestras dietas.

Se echó mano al bolsillo de la guerrera y sacó una tableta de

chocolate. Partió un gran trozo.

—Arréale.

Entraron al local. Allí Goyo topó con sus compadres del mus. Se volvió para Salva y le invitó a jugarse el café a los chinos, pero éste declinó y Goyo se desterró a la mesa de sus colegas, refocilándose con el sonido de las monedas.

—Media hora —vaticinó ambiguo, Salva sabiendo que tal dato no debía tomarse por el periodo que abarca el cincuenta por ciento de 60 minutos.

Y así volvió exactamente tres horas más tarde, atusándose el mostacho con fatua y sonriente mueca. La suerte había estado con él. Hasta entonces, Salva había matado el tiempo leyendo un libro que había tomado del aparador del brigada, pegado a la entornada ventana de la terraza, cerca del *pepito* —tanto le costaba rehusar de su primigenio amor por el servicio —. Antes de guardárselo, releyó un párrafo subrayado por su dueño: «Ante la vida no hay más que dos soluciones prácticas para el hombre sereno: o la abstención y la contemplación indiferente de todo, o la acción limitándose a un círculo pequeño. Es decir, que se puede tener el quijotismo contra una anomalía; pero tenerlo contra una regla general, es absurdo».

—Chacho, siempre leyendo. Se te van a caer los ojos. A ver si descubres cómo cambiar esta empresa de vividores, hombre. ¿Nos vamos?

Un frío incisivo rondaba con ellos las mudas calles, casas y campos. A la pletórica palidez de la luna llena, la escarcha infería un aspecto de plata al paisaje visto. No se veía un alma.

Salva quiso conducir y Gregorio se lo permitió encantado.

Quijotismo, abstención, acción, círculo pequeño.

Pendiente del radioteléfono, Salva recorría la dormida población. A su lado, el enjuto Goyo intentaba alzar los párpados como un levantador de pesas cuyo esfuerzo estuviera muy por encima de sus posibilidades. El runrún monocorde, el paulatino caldeamiento y la flexible respuesta de unos amortiguadores defectuosos, no tardaron en ovillarlo dejándolo grogui con cara de haberse dormido seguidamente de un buen polvo.

Salva se pasó por el cuartel, por si existiera alguna novedad. A simple vista, la única apreciable consistía en la mustia tiritera del visillo de rocío en la ventana de Monti.

El Puertas le informó de que hacía más de una hora que el comandante de Puesto se había retirado a su pabellón, tras el cese de todos los controles de la Línea. Salva aprovechó para subir a calentarse un vaso de leche; tenía que cargarse las pilas: la noche prometía ser larga y Goyo no estaría disponible en toda ella.

Bajo la puerta del cuarto de Monti, una raya violácea titilaba insonora. Ningún ruido al otro lado. Llamó con suavidad, pero nadie contestó. Percibió el arrastrar de la tabla del sintetizador e insistió con dos nuevos golpes.

—Adelante —escuchó al fin.

Abrió. El resplandor de la pantalla era la única luz de la habitación. Monti, encasquetado en los auriculares, le hizo una seña para que entrase. Luego se encorvó sobre el teclado del sintetizador y se olvidó de Salva.

El estandarte del Cuerpo y la bandera nacional flanqueaban su pasatiempo infernal. En el monitor, filas de ceros y unos desfilaban en vertical continuo. De pronto, el Polilla detenía la sucesión, pulsaba teclas, arrastraba el puntero del ratón por menús desplegables, retorcía ondas sonoras, reiniciaba…

—¿Qué es todo eso?

El Polilla se quitó los cascos y, tirando de la clavija, musitó, embebido en la pantalla:

—Es mi canción sin título, que algún día terminaré; espero.

Estiraba y encogía las piernas, y lo mismo la espalda, y el cuello.

Hizo un retoque rápido sin dejar de retorcerse como picoteado por una angustia corrediza y a la vez suculenta en su morbosidad.

Verlo en aquel estado era de por sí opresivo.

—Te has vuelto a pelear con tu novia.

—Es una cerda —se expresó el Polilla, con tan pretendido desinterés que le quedó en un melancólico suspiro de despecho. Se restregó los ojos enrojecidos. Su cara de cansancio, bañada por aquella lívida claridad, semejaba la de un tísico.

—Deberías acostarte.

—No puedo; me siento genial. Mi canción lo exige.

Zarandeó el ratón, la pantalla se alborotó de números y letras, de ondas y líneas de sierra. Unos chillidos tímidos revelaron a los negros e impresionantes altavoces, cuadrándoles desde las altas esquinas como bramidos de espectros asustados.

A lapsos irregulares emitían un retumbo grave que sacudía el cuarto y sus enseres. Pero era sólo un instante ahogado o retractado y los sonidos agudos tornaban prevalecientes.

Una sinfonía de instrumentos pugnaban alevosos en las inquietantes salidas estereofónicas: incursionaban por una de ellas, luego por la otra, acto seguido de forma simultánea. Casi lo lograban. Pero al poco las notas intrusas retrocedían aniquiladas: graves intempestivos que se columpiaban entre chillidos cadenciosos y bucólicos progresaban nunca del todo

dominantes.

Era aquella una melodía turbulenta, una refriega de sones que invitaba a no despegar los oídos de tan íntimo y polifónico forcejeo, y en la que Salva creyó detectar algo más poderoso que el simple trastorno de un amante descorazonado. Deseó preguntarle qué otro sentimiento —sin duda lo había— influía en su espíritu para que semejantes vibraciones —inaprensibles, ofuscadoras— fueran paridas; que se le metían bajo la piel y lo estremecían y lo turbaban.

Pero Monti, enajenado y delirante, surcaba otras esferas de certidumbre, inefable para un reflexivo soldado dispuesto a la más desesperada rebeldía. ¿Qué le atraía tanto de aquella música innominada? No lo sabía. No sólo era la gran similitud con los grandes temas del *rock* sinfónico, temas famosos cuyos famosos autores nunca supieron terminarlos, o acabaron por repetirse o por plagiarse sin ambages. En cambio, la obra del Polilla se extendía en una sucesión de notas renovadas, vehementes, cuyos aflautados o broncos picos exacerbaban la comprensión de una historia cruel, una ambivalencia de amor y desamor, blanco y negro, ilusión y frustración. Y el forcejeo crecía y crecía. Y Salva notaba que se le electrizaba la piel toda, que las rampas de sus sueños pivotaban sobre fulcros hechos de la misma probidad y furor que el deseo de ser guardia civil, sólo que desprovistos de esplendor, esa marcial ingenuidad saciada de fantasías, hazañas machacadas y horror escamoteado: esa losa insacudible de centro presidido por las fasces en aspa con espada…

Lo que escuchaba era el himno de su recién sublevado intelecto.

Y que ante tamaña inopinada revelación su sensibilidad no resistiría por mucho tiempo.

—Para. ¡PARA ESO, JODER!

—¿¡Eh!?

Salva dio media vuelta y corrió a la cocina. Apagó el cueceleches y tras abrasarse la garganta salió de estampía, perseguido por resonancias tenaces al desvanecimiento, capaces incluso de vibrar el aire a temperaturas bajo cero.

Estaba helando.

En el *pepito*, con la calefacción a tope y con los ronquidos escapando por las puertas desajustadas, Goyo dormía inmutable dentro del capote escrupulosamente remetido.

Echó a rodar hacia el centro de la población, la plaza del ayuntamiento, el barrio de Las Eras, La Pequeña Arteaga; bajó al parque de la Telefónica; subió a Maracaibo; tornó a la 215 —siempre desierta—. Las Torcaces. Ninguna sospecha que predijera un asalto inminente. Luego se adentró en la vega, brillante de hielo y luna, en apariencia exánime.

En *apariencia*, ya que durante cinco minutos tuvo que esperar, detenido en mitad del camino, a que una pareja de erizos hambrientos —hambrientos: porque si no qué hacían deshibernando con aquella rasca— lo cruzaran, que ni siquiera se molestaron en volverle la cabeza; mantenían un prodigioso o sonámbulo rumbo lineal hacia el río, cuya corriente le llegaba como un murmullo de batallón a paso de maniobra.

Ag, el patio de Armas y la inercia de sus maniobras involutivas…

Más tarde reconoció varias granjas, entre ellas la barraca de la señora Velarde: una íntima y desgarradora deuda le obligaba.

Las transmisiones habían enmudecido.

Un magnífico sosiego se daba la mano con la fría noche.

Subiré al merendero de Los Varales, resolvió, sugestionado por una visión alta y nocturnal.

2

Emplazado en la cumbre de un cerro unido a Los Varales por un istmo escabroso y arbolado, el merendero lo componían mesas y barbacoas de piedra debajo de árboles que inundaban el lugar de umbría a cualquier hora. En esa época del año, la tierra permanecía verde y húmeda y la temperatura no era ni mucho menos la ideal. Pero los domingueros, arrolladores del elemento natural, que consideran que el buen tiempo lo hace cuando no llueve, no perdonaban y cada fin de semana venían a tomar el paraje como una codiciosa fortaleza que tiene que ser saqueada o de lo contrario no sería tal el disfrute. Al anochecer, tales hordas se retiran impunes, dejando los rastros desiguales de la batalla: papelajos, envases, ramas arrancadas, troncos desollados cuando no tronchados… Secuelas de una violación colectiva, inmoderada. Punible, sin duda alguna. Un solaz vitando que se juró denunciar a la primera ocasión que se le presentara.

Una oportuna y conveniente veta con la que explayarse y rellenar estadística, coligió con regodeo duplicado al par que atento al charco móvil de la luz corta, la cual apenas si bastaba para no estamparse contra el rocoso moblaje, colgarse de un tocón o hendirse contra un pino.

Regateó con éxito y orientó morro hacia el camino de bajada. Paró el motor (había que ahorrar combustible). Era noche clara, pero del interior del boscoso merendero apenas si se percibían las formas. Tampoco rumor alguno. Solamente Goyo, resoplando, descosía el silencio.

Salva, embozado en la capa, contemplaba absorto como la escarcha bañada de luna enjalbegaba la vega.

De pronto oyó el crujir de una rama.

Descorrió el cristal de la ventanilla.

No se veía nada. Tal vez un mochuelo o similar.

—¡Menuda helada! —y la cerró de nuevo.

Se rebulló en la capa, como una crisálida. *¿Como un capullo?*

Tornaban sus obsesiones.

Ag. Tenía que distraerse.

Sacó la radio de uno de los bolsillacos del pantalón de campaña y la encendió, a bajo volumen, no fuera a despertarse Goyo; los *caimanes* le deprimían.

Un locutor recibía llamadas de gente que contaba sus experiencias paranormales o milagrosas.

A medida que la vista se le acoplaba a la negrura circundante —sin saber por qué recordó por las clases de tiro que la pupila se contrae en cinco segundos y tarda en dilatarse unos tres minutos—, distinguía objetos: latas de refrescos, un cartón de leche, una pelota desinflada, la portada de una revista satinada, servilletas usadas —muchas servilletas, como nieve inmunda—. ¡Ay, con los festivos que le tocara servicio! No le pasaría ni una a los domingueros: por pisar la raya continua, por no usar los intermitentes, por el cinturón, por minucias en la documentación…

Por joder el Planeta.

Otro ruido, mínimo, crepitante, único…

Aguzó los oídos, sin volverse. Nada.

Decidió que se bajaría. No por suspicacia alguna: se estaba meando.

Aún el arañazo de la rasca lo tentó seriamente de volverse, pero ya se había deshecho de la capa y puesto los pies en el suelo. Dio tres pasos al frente, bordeó una mesa de piedra y se puso manos a la obra.

Entonces se estremeció.

Y no precisamente por la temperatura.

Sino de terror.

En el borde de la rocosa mesa, una huella de mano ensangrentada saltaba a su vista con fatídica evidencia; goteaba pausada, reciente… Temible.

La súbita certeza de estar demasiado cerca de los terroristas buscados le inyectó un escalofrío que lo dejó temblando sin mesura.

Aguzados sus cinco sentidos por la descarga de adrenalina o mosqueo atroz, creía auscultar las respiraciones de seres que se rebullían amenazantes en la oscuridad. Tenía la impresión de que el claro de luna le caía de lleno como un foco perverso. Con el rabillo del ojo y la picha encogida entre los dedos tembleques —minimasturbándose de miedo—,

escudriñaba la arboleda con pupilas grandes y vertiginosas en sus órbitas protuberantes.

Ahora, tres minutos después, sí que distinguía.

Brotaban formas.

Mesas —más mesas—, cruces de paredes de hormigón concebidas para soportar parrillas en sus esquinas, troncos de pinos que se erguían en derredor como una jaula… Una motocicleta tirada en la tierra, con el manillar vuelto y cuyo faro semejaba el ojo de un acerado cíclope impaciente de saña, le enfocaba foscamente.

El bosque se contorneaba. Un borrón cambió de sitio.

La emisora había informado acerca de dos presuntos terroristas huidos en motocicleta, uno de ellos herido.

La cercanía a la trayectoria de la fuga, el bruñido perfil de la máquina, la huella sangrante —la vívida parsimonia con que se escurría denotaba su flagrante y pavoroso desamparo—; sujetos acorralados capaces de cualquier cosa con tal de no ser atrapados, siluetas acezantes aproximándosele —captaba el silbo de sus cuchicheos—, su sombra nítida proyectada en la hierba: una diana perfecta…

No había duda: terroristas inminentes venían hacia él.

El corazón le percutía contra el pecho como un alud de piedras rodando guateadas.

Reprimiendo un ciego impulso de estampida y haciendo lo imposible por no violentarse en sus gestos, se guardó el instrumento de mear y, procurando no perder la frialdad —la psíquica—, regresó al *pepito*.

Puso el motor en marcha. Ningún estrépito de balas.

¿Acaso las oiría tras recibir la primera?

Pisó el pedal del embrague —¿o fue el del freno?—. La máquina renegaba. La máquina se puso en movimiento. Reparó en las voces susurradas por el transistor. Una oyente refería sus fantasmas: solía ver a la Virgen María y ésta le ponía deberes: rezar nosecuantos padrenuestros por no sé qué.

El locutor calificaba la historia de «espeluznante».

Mentira: eso era ignorancia; espeluznante era lo que a él le hurgaba en cada poro de su piel erizada. Apagó el aparato; aceleró un poco, refrenándose de hundir el pie y volar pendiente abajo.

Por fin en el camino del llano tampoco aceleró, a fin de no alarmar a los posibles terroristas, si es que en verdad estaban allí arriba. Le asaltó la duda horripilante de si le estarían siguiendo. Un atacante a paso ligero podría situarse a la altura de la ventanilla y agruparle en la cabeza un cargador entero de parabéllums, sin que la marcha le fuera un

inconveniente.

A pesar de sus terrores, torció los faros por el sendero de la vega, en dirección contraria a la carretera. Una estrategia capciosa. El indolente letargo de su compañero contrastaba con su tribulación sofocante.

Se acordó de que estaban los dos de servicio y lo llamó.

—Goyo… —susurró, como temiendo que pudieran oírle.

Obtuvo por respuesta un balanceo de bigotes y un ronquido. Encerrado en el capote, éste le protegía como una membrana inmune al mundo del desasosiego.

Salva comunicó la novedad por la emisora.

Durante cosa de diez segundos la Central no pidió más datos; al cabo, el radioteléfono vomitó un chorro de interpelaciones absurdas y redundantes. «¿En qué kilómetro de la carretera (él no había dicho nada de carretera en ningún momento) se encuentra el comando terrorista? ¿Son dos o más? ¿Ha habido disparos? ¿Seguro que son ellos?»

Se me ha olvidado preguntárselo, gilipollas, estuvo tentado de responder.

Amodorrados o faltos de soltura profesional, aquella suerte de compañeros —*coincidentes laborales*, según la acertada denominación del brigada— se vieron de repente acojonados por tener que interrumpir el sueño del primer Jefe.

Salva repitió la misma parca novedad, que no era sino un vago y enconado presentimiento de aviesa propincuidad humana, además del palmario *(¿palmario?)* indicio de la moto.

Le asaltó la duda de si no lo habría soñado. Y tal duda vino a exacerbar su pánico.

Gregorio abrió los ojos. Balbuceó:

—Puto cacharro. ¿Pasa algo?

Salva se lo explicó en dos frases rápidas.

El enjuto bigotes, soñoliento, despegó la cabeza —sólo la cabeza— del respaldo sobre el que se hallaba resbalado.

—¿De qué terroristas hablas? —tartamudeó, revolviéndose laxo entre la capa.

La emisora rugió el indicativo, y sin transición descargó una nueva batería de preguntas.

Goyo ladeó la cabeza hacia el altavoz al modo en que lo hacen los sordos al que le habla. Empezó a comprender o deducir. Intentó liberarse de la capa con una sacudida, pero no consiguiéndolo se dio a revolverse como un loco furibundo con una camisa de fuerza.

Logró asomar la pistola por entre el embozo. Soltó una palabrota.

—… ¿Dónde?, ¿dónde? —Sacó la otra mano, se abrió de brazos y, liberado de la capa, apuntaba a diestra y siniestra con ojos de modorra y conmoción.

—¡Eh, a mí no me apuntes! —y Salva le relató la incidencia, esta vez con algunos de sus pormenores: la moto, la sangre reciente, el silbo horrísono.

Goyo veía a los terroristas apostados en las cunetas o zanqueando tras ellos por las caceras desaguadas.

Las piedras del camino que traían los faros pasaban debajo del *pepito* con lentitud mortal. Gritó:

—¡Pisa el acelerador, hostias! Si se van, que se vayan.

Luego murmuró si no sería una falsa alarma y todos se reirían de ellos, por no mencionar el tinglado que se iba a montar. Dijo que más valía prevenir que curar e insistió:

—¡Acelera, chacho, acelera! —Se juró que jamás volvería a dormirse, así pasaran cien años y tuviera que hacer nocturnos el resto de su vida.

La emisora se había vuelta loca.

3

Cien minutos después del aviso, se agregaban al brigada y sus hombres (Velasco, Nieves, Goyo y Salva), en el puente del molino, otros catorce hombres: el coronel jefe de Tercio y su conductor, el *teco* jefe de la Comandancia y su conductor, y un Land Rover largo y verdinegro con diez «coincidentes laborales» de la Reserva: una confusa y desconcertada partida de *caimanes* y bisoños a partes equivalentes.

El coronel, un individuo añoso y bullicioso, inquirió por el punto exacto donde habían sido vistos los terroristas —la palabra «vistos» puso los pelos de punta a Goyo. Y a Salva.

El brigada señaló el cerro en cuestión.

—¿Qué hacemos, mi coronel? —preguntó, ansioso, el rechoncho *teco* al inmediato superior.

El interpelado se llevó la mano al blindado gaznate. Dejó de frotárselo:

—¿Cuánto crees que tardarán los de la Unidad Especial de Intervención?

A unos metros de las cábalas de los jefes, el brigada comentó para Salva:

—Si esos terroristas están allí arriba, no escaparán. Un muchacho de esos puede pasarse la noche de juerga y luego, en plena resaca, disparar a

una diana y no fallar.

—Ya lo creo —apoyó Velasco con retintín—: una diana floreada de sangre.

Después de consultar por la emisora, el *teco* participó:

—Aún tardarán cuarenta y cinco minutos.

—En cuarenta y cinco minutos esos nos han dejado con tres palmos de narices. Alejandro, ¿le echamos cojones, o qué?

El teniente coronel se sobó la panza y aprobó con entusiasmo:

—Adelante. No necesitamos a esos figurines; que están muy bien para la foto, pero de lo que hace falta aquí nos sobra. Cuando quieras, mi coronel.

—Pues vamos a por esos quinquis, qué leches —se felicitó el superior, y agregó en tono confidencial—: Esto va a ser un salto en el escalafón de cojones, y la Laureada nos la colgamos, Alejandro.

Dejaron a los conductores de los jefes y al guardia Nieves en el puente con la misión de guiar a la UEI cuando llegaran, y el resto partió camino de la ofensiva: la tropa apelotonada en el largo y ruidoso Land Rover, y el brigada con los dos jerarcas en el *pepito*.

Entre un fangal de nubes, el sol se levantaba por Los Varales. La escarcha se romaba…

A licuarse para cuando la caravana se detuvo en el arranque de la cuesta.

Los dos importantes mandos se tomaron un minuto para deliberar el asalto. Invitaron al brigada a que diera su opinión táctica, y éste sugirió desprenderse de los tricornios, dividirse en grupos, envolver el cerro y mantenerlos cercados hasta la intervención de la UEI, pues con tan poca gente otro dispositivo tal vez saliera mal.

Los jerarcas estuvieron de acuerdo en que los inferiores dejan mucho que desear. El coronel sentenció:

—Aquí, nada de mariconadas, y el tricornio puesto, con dos cojones. Nos repartiremos en tres secciones y tomaremos el merendero por sorpresa.

Encargaron al suboficial que, como mejor conocedor del lugar, encabezara el avance, y ellos, el coronel por un lado y el *teco* por el otro, con sus respectivas fuerzas, le flanquearían en misión de apoyo.

—Distanciados y a cruza barbecho, para confundir al enemigo —concluyó el coronel.

Pareció deleitado con esta ocurrencia, y agregó:

—¡Andando!

El brigada intentaba transmitir cierta operatividad en la escalada, al

menos a los de su grupo, y que no se contagiaran del vocerío con que los poderosos mandos se comunicaban en retaguardia; más por respeto al oficio que por eficacia, que de haber alguien allí arriba ya se habría marchado o estaría a punto de hacerlo.

Aquel ostentoso recital de imprudencia y riesgo insensato clamaba al cielo.

—¡Por ahí, no, coño! ¡Tú, el del sombrero pequeño! —oía Salva que le voceaba el coronel—. *Pa'lante*, joder.

Y a Velasco:

—Tú, que eres el más alto, estira el cuello a ver si ves algo ya, coño.

Y seguidamente chillaba a las espaldas del comandante de Puesto:

—Vamos, brigada, que te pesa el culo. Y luego que los comandantes de Puesto trabajan. ¡Manda güevos!

En seguida dejó de oírsele. En un resbalón, Salva lo captó agarrado a una retama y tosiéndole a un pañuelo.

Qué buen blanco para una ráfaga corta —conjeturó sin miramientos—. *Craso pesar que las víctimas sean siempre del mismo estrato. Si yo fuera uno de esos terroristas, templaría todo mi poder en acometer a la sempiterna oligarquía que después de tantas décadas continúa invicta*…

En cambio, el *teco* ascendía sin solución de continuidad. Bajo la enormidad oronda de su corto cuerpo uniformado —tricornio inclusive—, sus cortas piernas, aun con zapatos, trepaban con maña incansable ganando metros a todos con una negligencia y una soltura alucinante.

—¡Vamos, hostias! Que esos caen —alentaba a los que iba dejando atrás, con una mano sobre el tricornio en la cabeza y la otra empuñando una pistolilla niquelada.

A la altura de Salva hizo un alto momentáneo.

—¿*T'as kansao* o *ke*, chaval? —se interesó, intocado por la fatiga.

Salva pegó un bote.

—Me he resbalado, mi teniente coronel —dijo, y reanudó la subida con ímpetu y celeridad; atónito por aquella mole inverosímil y saltimbanqui que, macizo como una bola de plomo empero volátil como una pompa de jabón, se le pegaba a las suelas.

Pero ¿de dónde sacaba ese hombre fuerzas tan extraordinarias? —pasó a preguntarse, abandonando siniestras meditaciones—. *¿Qué clase de entrenamiento o disposición innata poseía aquel oficial jefe, inmune a la democracia y al cansancio?*

Velasco, el primero en alcanzar la cima, exclamó:

—¡Por allí! ¡Van por allí!

Todas las huestes quedaron paralizadas e inclinadas sobre la pendiente. Velasco señalaba a una zona de helechos batida como un pasillo huracanado.

—¡Alto a la Guardia Civil! —gritó Velasco.

Salva se llegó a donde su compañero. El *teco* detrás.

En la profundidad del boscaje, ramas y chasca crujían invisibles.

—¡Ahí van, ahí van! —se echó a rugir el *teco* con voces de cazador—. ¡Ah! No moverse, cabrones —hizo rodilla en tierra y apuntando raudo, con un ojo desaparecido en un volcán de carnosas arrugas y el otro, saltón, detrás del arma, comenzó a disparar.

Vació el cargador.

Cuando la pistolilla dejó de responderle, tuvo un momento de estupefacción, ladeó el arma, contempló la retrasada corredera como si se tratara de una avería sediciosa, y luego, envuelto en un silencio incondicional, que debió de estimar revelador, aventuró:

—Les he dado. Por cojones.

Pero el desmentido vino en forma de cuatro detonaciones distintas y coexistentes.

Los *caimanes* acostaron sus pechos en atolondrados decúbitos, pero perfectamente a cubierto de las líneas de tiro enemigas. Varios tricornios rodaron ladera abajo acusando un efecto hipnótico con su trompicante rodamiento cúbico; los bisoños se amagaron un instante y al poco algunos se alzaron en actitud de intrepidez y desafío, a la manera de corajudos pistoleros del salvaje Oeste: aptos para recibir un balazo. Exhibían sus armas, pero sin abrir fuego, porque nadie veía ni escuchaba con precisión.

El brigada con sus hombres se internó en el merendero. Tartamudeó una ráfaga ilocalizable y todos tornaron a cubierto con no menos aspavientos que la vez anterior. Las detonaciones venían de muy lejos, producto de tiradores despavoridos más que otra cosa.

Sin embargo, el coronel, todavía a medio centenar de metros de la cumbre, no dudó en abalanzarse a un enjuto tronco de pino que le pillaba a mano y, transido de pánico, se acuclilló tras él adoptando la postura de cagar. En cuanto al *teco*, se lo había tragado la tierra.

Velasco se encaramó a una desportillada mesa.

—Creo que bajan por allí —apuntó en dirección al orto, un sol que, velado por jirones de nubes, una en particular gruesa y ovalada en su parte inferior, recordaba a las fotografías de Júpiter con su Gran Mancha Roja, un monstruoso ciclón más grande que el planeta Tierra.

Pero no tanto como la fogosa estolidez de aquellos dos caudillos.

El de tres estrellas de ocho puntas, el más desparramado hacia ese

punto, se empinó, avizoró espasmódico, y rompió en alaridos:

—Es verdad. ¡Allí, allí! ¡Alto a la Guardia Civil! —se encaró la pistola, entrecerró los ojos (como si el zurullo costara) y abrió fuego.

A cada disparo el cañón bajaba más y más; pronto los impactos se sucedieron a tan sólo unos metros de sus pies: imaginando una respuesta de los terroristas, se clavó de hinojos y agachó la cabeza en un inútil gesto de protección infantil, a resguardo del rosario de balas que, suponía, los terroristas le cursaban.

¡Ah, cómo sabían a quien tenían que abatir!

—¡Me han herido! ¡A mí!, ¡a mí! —cloqueaba con el lato trasero en pompa, la cabeza por debajo de los hombros en la actitud de un caricaturesco sarraceno en oración.

Nadie le había imitado. Ningún ruido, ninguna agitación. Cinco guardias del Núcleo de Reserva zanquearon como moscas verdes, Star en alto, en auxilio del jefe de Tercio.

Cautelosos y en continuo contacto visual, el brigada, Velasco y Salva escrutaban el emplazamiento: la moto, la huella, los cartones ensangrentados al abrigo de una barbacoa… Apareció Goyo, y dirigió una elocuente, aliviadora mirada a Salva. Se mesó aquél los desmadejados bigotes y se puso a hacer que buscaba a los terroristas como quien busca una moneda por el suelo.

—¿Están o no están? —inquirió un grito farfullante.

El comandante de Puesto, un guardia civil con rango de suboficial, se hizo por un largo rato el «teniente». Cuando por fin comunicó la novedad, de un secreto hoyo brotó el *teco* y, maltrecho y furioso, el coronel, apoyado en dos subordinados.

En hombros y casi en volandas fue acercado.

—¿Estás herido? —se interesó el jefe de la Comandancia de su superior.

—No lo sé, Alejandro. Creo que no.

Ya por indubitable zona *desenfilada*, los presuntos guerrilleros del FRAF se perdían hacia las profundidades de Los Varales, a por lo menos diez distancias del alcance a bala perdida de las armas de sus acosadores.

La máxima autoridad, a la vista de los diversos indicios, se dobló apoyando las manos —en la derecha una pistolilla talmente que la de su compadre— sobre las rodillas, bufando, meditando. Escupió tres veces tal que un metrónomo y profirió en rotunda anaerobia:

—Me cago en la puta como se nos escapen —y siguió resollando.

Ahora decía «nos». La escena se le antojaba a Salva como esas películas surrealistas en que la trama discurre exagerada y grotesca. Dos jefes

conminando a sus tropas para que atrapen las liebres que ellos mismos han levantado, poniendo en gratuito peligro la vida de pobres soldados en una milicia que cada vez está menos claro que sea una religión de hombres honrados.

El coronel desengurruñó el clínex que escondía en el puño, se sonó ruidosamente los mocos y lo arrojó a la hierba. Más nieve inmunda.

Se irguió con brío repentino, cruzándose de brazos, la cabeza gacha, meciendo la minúscula pistola que sostenía con el meñique enganchado al guardamonte; y así, el cañón, unas veces le rozaba el sobaco, otras se apuntaba a la barriga y otras encañonaba a los guardias que le hacían corro. Éstos esquivaban el negro ojo con aterrado disimulo, dando cortos y vigilantes pasitos alrededor de usía.

—¿Crees que les habremos dado, Alejandro? —preguntó por tiempos.

—Seguro. Lo malo es que no los hayamos podido coger.

—¡Me cago en la puta como se nos escapen! —estalló el coronel, y comenzó a desabotonarse la guerrera, al tiempo que con dicha maniobra se pegaba disparatadamente el cañón al pecho.

Todos temían la peor —quizá no tanto—, cuando se percató de ello. Tomó la pistolilla de cachas de marfil y se entretuvo en enjugarla el sudor con la manga, cuidando de que las estrellas de ocho puntas no se deshilaran ni mancharan.

Se daba a dicha tarea con desconsuelo y mimo, cuando el *teco* se le acercó y le comentó algo al oído. El coronel balanceó la cabeza afirmativamente, y exclamó:

—¡A ver: el brigada! ¿Dónde anda?

El requerido dijo a sus órdenes, y una orden le fue expelida:

—Tú y el guardia alto del Puesto de San Julián de Los Montes, *cogeros* a los más jóvenes de la Reserva y os lo repartís, y a cazar a estos maquis. ¡Andando! —les impelió con la pistolilla.

El brigada formó dos grupos y a la carrera partieron.

Luego el coronel volvió a sumirse en la sibilina faena. Acabó o se cansó del lustre y, guardándose el arma en la funda, quedó en jarras, ensimismado ante el paraje en torno: la evaporación de las sombras de aquel recoleto ecosistema, donde los rayos de la vida comenzaban a penetrar, iluminando troncos, césped, motos robadas y tiradas y manchas de sangre, lo puso tan en trance que no pudo evitar el proferir, con dicción altisonante:

—Operación Rastro del Amanecer.

Se dio cuenta de que entonaba como un divo extemporáneo y, carraspeando, aclaró para su compadre, aún con poca discreción:

—Así es como bautizo este operativo, Alejandro: Operación Rastro del Amanecer —y suspiró con mística mirada al cielo arrebolado.

Un momentazo sin épica pero sin duda bucólico.

—¿Cómo va lo del pie? —cambió de tercio el *teco*.

—Me duele, me duele —refunfuñó el coronel—. Pero no importa; ya sabes tú que la Guardia Civil muere, pero no se rinde.

No obstante, derrengados por la escalada y la azogada protección de sus coletos por el ametrallamiento enemigo, los jefes buscaron un sitio donde sentarse y quizás replanificar la operación. Pero tras acoplarse en un banco de piedra y purgarse el coronel su uniforme de paseo, así como el abrillantado y reajuste de su tricornio, éste tornó a lamentarse:

—Qué mala suerte, coño.

—Sí, qué mala suerte, coño —repitió el teniente coronel, también recolocándose su sombrero—. Si por lo menos tuviéramos *volkis tolkis* de esos…

—¿*Volkis* qué…? —preguntó el coronel—. Bah, déjalo Alejandro. Esto sí que es una pena, una puta pena —señaló a varios guardias cuyas cabezas se hallaban sin cubrir—. ¡¿Pero dónde tienen sus sombreros, hombres de Dios?! —se enderezó para interrogarles a voces. Desestimó los conatos de respuesta sacudiendo la mano—. Deberían estar en un castillo —masculló para su compadre—. Esa es la verdad.

—Esto ya no es lo que era, mi coronel. En los últimos tiempos no entra en el Cuerpo más que bazofia. Eso es lo que nos ha traído la democracia. Un asco. Ya no nos dejan hacer las cosas a nuestro modo, y así va todo. Mira yo: tenía que haber ascendido contigo y ya me sacas un año de antigüedad.

—Por lo menos al mando de una comandancia haces y deshaces. A ningún Delegado del Gobierno se le va a ocurrir nunca meter las narices. Se hace lo que tú dices, y punto. Y eso, quieras que no, tiene su compensación profesional. Que para eso somos militares. Pero de coronel, quitando dietas y alguna que otra concentración en la costa, fuera de eso, no hay satisfacción militar que valga. Eres un don nadie. Y ahora con eso de nombrar los generales a dedo, o te vuelves un calzonazos o el bastón no te cae. Me había hecho la ilusión de un ascenso con los quinquis estos, pero me parece que la hemos cagado. Bah, que le den por culo al bastón. Además, ya me conoces y sabes la poca gracia que me hace trabajar con paisanos. Créeme, Alejandro: una comandancia es todavía un destino donde poder ejercer lo que nos corresponde.

—Eso era antes, Adolfo. ¿Te quieres creer que en este pueblo de mierda, que, por cierto, se llama San Juan de la Sierra…?

El coronel resopló:

—¡A mí qué me importa!

—Ya. A lo que iba. Pues hace poco estuve en este Puesto a pasar revista y me salió un guardia diciendo que no bajaba porque era su «día Libre».

—¡No me jodas!

—Cómo lo oyes.

—¿Y no lo fusilaste?

—Quién pudiera. Si fueran otros tiempos… Pero no. Qué vas a hacer…

—Sí, tiempos cabrones estos. Pero todavía podemos defendernos. Un expediente por sindicalismo y a la puta calle. No te fíes que te la lían. Acuérdate de Serrano Bedoya: Fijo de Ceuta y expulsión. «Para que sirva de saludable escarmiento y el honor del Cuerpo se mantenga incólume». Pero tú siempre has sido blandorro, Alejandro. Te lo he dicho muchas veces; no me haces caso, y así te va. Un primoroso manejo del *Chato* y tu fama florecerá cual flor de azafrán en la mañana.

—Para el carro, Adolfo, que esos arrebatos poéticos te pierden. Hoy, desgraciadamente, eso ha cambiado. Hay demasiados derechos, y siempre hay algún listo que se los lee. Y este hijoputa que te digo se las sabe todas. Le clavó una sarta de denuncias al hijo de Lucas Parra, el que nos deja la finca para cazar. Bueno, pues el Parra va y me llama, *to* histérico, diciéndome que ni una denuncia, que si no a su finca no vuelvo a entrar ni a matar moscas. Llamó hasta al general Llopera. Al final medio tuve que negociar a través del brigada del Puesto con un expediente que tiene abierto. Pero ya caerá, vaya si caerá. Por mis santos cojones, y si no al tiempo.

—Te liarás, Alejandro. Titubeas mucho. Pecas de blandorro. Además, no te rebajes con ese Marra, o Parra. Tienes al de Villalba.

—Ese tiene poca leche. La última vez que me invitó Parra me dijo que andaba sobrado de corzos y venados.

—¡Joder! ¡Y no me llamaste!

—Calla, que luego no pude ir. Estaba previsto para el fin de semana siguiente a la cacería del Llopera. Pero, mira tú por dónde, va uno de los guardias y se rompe una pierna. ¡Se jodió la montería! El general andaba mosqueado por si al guardia le daba por airear la baja. No fue a más, pero, por si acaso, le pidió al Parra que por algún tiempo no metiera a nadie del Cuerpo. ¡Qué listo el Llopera! La caga él y nos jodemos los demás. Y dices tú que de general se está mal…

—Yo lo que digo es que esto ya no es nada del otro mundo. Y cuando se pase lo del terrorismo, no inspiraremos lástima a nadie. A algún voceras de esos que salen de vez en cuando le puede dar por meter cambios de verdad, y no nos libra ni Dios.

—Ahí te equivocas. Si sobrevivimos a estos políticos del «Cambio» (y por lo que parece, lo que único que les interesa es el mangoneo de fondos y de influencias), no tendremos nada que temer. Bien mirado lo de hoy, mejor sería que no cayeran. Cada vez es más difícil reclamar dietas y comisiones de servicio. Mientras haya locos de estos nadie se atreverá a llegar más allá de lo debido.

El coronel marcó a su compadre con asombro.

—Tienes razón —se incorporó de un brinco—. Usted: ¿qué merodea por aquí? Vaya a buscar a su brigada y que regresen todos. ¡Y levántese el sombrero de las cejas! —exigió, congestionado.

Salva se encasquetó el tricornio en mitad de la frente.

—A la orden de usía, mi coronel —se cuadró y le saludó.

El coronel se calmó.

—Espera. Lo he pensado mejor —lo retuvo, y volviéndose al *teco*—. Qué cojones, Alejandro. A lo mejor damos en el clavo. Así que —de nuevo se dirigió a Salva— baja y di a mi conductor que suba a recogerme.

—A la orden de usía, mi coronel.

Salva regresó con el conductor y asimismo seguido por el potente todoterreno del capitán que mandaba la UEI, un individuo con pinta de atleta enfundado en traje militar, que saltó ágil a dar novedades.

Oído el delirante estribillo, el coronel le dio las instrucciones:

—Son cinco o seis. Muy peligrosos. Están heridos. Las fuerzas que he mandado van a pie y puede que les hayan perdido. Huyeron por allí. —Para concluir sus órdenes y como si se tratara de un ritual—: ¡Me cago en la puta como se nos escapen! Venga, andando, que estos caen como el Pernales.

Los figurines se revolvieron con apostura jactanciosa y petulante delante de las fuerzas rurales, sabuesos enaltecidos que se saben aptos y estimados. Relumbre de candilejas con que la Cúpula alucina o distrae a los intelectuales seudodemocráticos, infirió Salva, dispuesto a no perderse ningún detalle de tan rocambolesco episodio.

Unos en vehículo y otros a pie, marcharon todos inflamados y desorientados. El coronel se apresuró a radiar a la Central:

—Fuerzas bajo mi mando proceden al rastreo y próxima detención.

Se acercó a su compadre.

—Estos caen, te lo digo yo. Y ya veremos si no les aplico la Ley de Fugas. Luego, que pregunten al maestro armero. Oh, Operación Rastro del Amanecer —declamó—. Gracias a mi talento, no sólo será una operación militar, sino poética. —Y en tono belicista pero igual de triunfante—: Después de todo, la estrellita de general no me vendría nada mal.

El *teco* apuntaló:

—¡Anda, tunante!

Sin embargo, hacia el mediodía las ansiosas expectativas no se habían cumplido; y ni barruntos de que fueran a cuajar. El brigada y sus fuerzas regresaron exhaustos y rendidos. Talmente comunicaban las diversas patrullas de la UEI a lo largo de la tarde. El coronel no pudo evitar comentar en voz alta la amargura que le suponía el fracaso de su promisoria Operación Rastro del Amanecer.

De momento no se cobraría el generalato, a pesar de que no fuera «nada del otro mundo».

Llegó un helicóptero y lo mandó bajar.

Antes de subir, el coronel dejó advertido:

—Si se presentan los del Cuerpo Nacional de Policía: ni agua.

Se aseguró de que todos le habían entendido, delegó en el capitán de la Compañía, y voló.

A las 23.00 horas el capitán de la Compañía también se alzó, delegando, ante la falta de resultados positivos, en el teniente jefe de Línea.

Una hora más tarde éste repitió la pericia militar, cargándola sobre el comandante de Puesto y recordándole que de haber novedades él debía ser el primero en conocerlas. El brigada le respondió lo que todos querían oír:

—A sus órdenes. —Y todos tan contentos.

Ante tan grotesca y a la vez peligrosa hazaña, Salva sondeó al brigada.

—¿Que en qué acabará todo esto? —Se mesó el cuadrilátero cabello—. ¡Válame Dios! Pues ya lo estás viendo: en fracaso total. Y menos mal que no nos pasó nada a ninguno. Vinieron por medallas y lo que se llevan es polvo y el rabo entre las piernas como perros asustados. No podía ser de otra manera cuando el protagonismo personal prima sobre las labores de equipo. Lástima que en el fulgor de la ilusión muchos guardias civiles, en especial los que sois más jóvenes, no vean que están arriesgando su vida por una causa que únicamente beneficia a la Cúpula, pues que sólo recurre a nosotros cuando nos necesita como parapeto o como carne de Régimen Disciplinario, código siniestro este con el que tiñen de pulcra observancia estos andobas lo que no es sino despotismo delictivo y negligencia criminal.

Lo que devino al día siguiente, cuando ya se daba por descartada la captura de los fugitivos, fueron los vaticinios del brigada confirmados.

En rueda de prensa, el Director General explicaba que «tras el intento de detención de un comando terrorista, en las proximidades del pueblo de San Julián de la Sierra (al final el coronel casi se salió con la suya), la operación se ha saldado con un terrorista herido, tal vez los dos, y un

coronel Jefe de Operaciones herido de bala al ser alcanzado en una pierna, cuyo estado médico se halla fuera de peligro».

Pobre diablo. ¡Cuánta miopía! ¿Desidia, congoja inconfesable, único deseo de enriquecerse o de pavonearse…? Hipnotizados por unos reglamentos ancestrales, la parva exigencia económica y material y con los vítores chillones de provectos nostálgicos en las paradas militares, acaban por creer que la feroz ortodoxia impuesta es garantía de eficacia. ¿Pero qué clase de eficacia? ¿Quién con audacia y poder suficiente se atreverá a otear allende el fulgor? Él es audaz. Él lo ha intentado. En vano.

Carece de poder y resortes. ¡Qué desolación!

Se dio cuenta de que infería la *realidad subyacente* sin exégesis, enigmas ni sobresaltos. Que discurría en libertad. Y se sintió feliz. Pero extraviado.

Anhelaba tanto la concreción de una lucha capaz…

XXXIII. AGITACIÓN, VIENTO Y FUEGO

1

Cuatro días ya y sin una llamada.

Nunca Anabel se había retrasado, y menos tanto tiempo. Así que, torturado de impaciencia y desazón, se metió en Alcalá poco menos que a ciegas. A pesar de los meses transcurridos desconocía su dirección. Ella siempre se había mostrado reacia a revelársela con exactitud. En alguna ocasión le había señalado a las afueras, pero de pasada y sin concretar. Si él no había insistido más fue porque ella, con sus citas previas por medio del teléfono, satisfacía sus pretensiones.

Decidió empezar por el kiosco. Cerrado. Y en el Límite no la habían visto desde la última vez que ambos estuvieron echando una partida al *Thunder*. Sus dos únicas pistas a seguir se habían agotado al poco de llegar. Cayó en la cuenta de los multicines y, con la pesimista sospecha de que allí tampoco podrían ayudarle, se presentó. En efecto: ausente por disfrute de una semana de descanso que le debían. Las señas que les constaba correspondían a las de su madre en San Juan.

«Pero ahí no te acercarás nunca, *bajo ningún concepto*, si es que deseas que lo nuestro siga adelante.»

Se cernió la noche sobre su cansancio y malhumor. Regresó al cuartel.

Allí el guardia de Puertas le dijo con gran seriedad que un tal Carlos había llamado preguntando por él.

—¿Carlos…? —se extrañó Salva—. ¿Qué Carlos?

—¡El de los cojones largos! —estalló el panzón Félix, y atronó el pasillo de carcajadas—. ¡Ihé, que no!, Salvador —añadió el guardia primero entre risitas residuas—. Ha sido una moza. Me preguntó cuándo podría localizarte, y le dije que mañana, que tenías servicio de Puertas. ¡Anda, perillán! —y le dio lo que pretendió ser un suave manotazo en la espalda.

A Salva le hubiera gustado poder sonreír con lógica naturalidad y darle al efusivo Félix la impresión de que no se había ofendido con la broma; pero su ingenio lo anegaba el ansia de saber de ella, de averiguar tan inexplicable desaparición. Le dio las gracias y se despidió con una parida insulsa. Temía malas noticias y no se atrevía a imaginarlas. Sí, en cambio, y sin saber el porqué, a presagiar que la decepción no formaría parte de su postura terminal.

2

La jornada le transcurría con minutos que eran horas, con horas que era días. Andaba sin cesar, entrando, saliendo, jamás quieto. El teléfono había sonado varias veces, pero nunca era ella. A punto del relevo le sobrecogió una vez más; sería, no sería…

—Guardia Civil de San Juan…

—De la Línea —atacó el escribiente.

El oficinista quería participar el itinerario de la patrulla nocturna.

—Mierda —rajó entre dientes, preparando lápiz y papel—. Con la falta que me haces…

Tomó nota de las presentaciones; participó al brigada la novedad y, de paso, le solicitó un cambio de servicio: necesitaba la entera noche libre para su plan de acción. Se acabó lo del espía cruzado de brazos.

Y ella sin dar señales.

Intercambiaba con el guardia entrante comentarios de mera transición, cuando el aparato se puso a sonar de nuevo, con impetuosa estridencia. El enclavijado candado temblaba como sacudido por una corriente eléctrica.

Se adelantó a descolgarlo. Sabía quién era.

—Quiero que dejemos lo nuestro —escuchó que le soltaba de golpe cuando aún no había terminado el estribillo de recepción.

¿El novio está de vuelta?, conjeturó con despecho y consternación.

Pero lo había pronunciado con tanta precipitación como inseguridad.

Inusitada combinación para venir de ella.

—¿Por qué, te ha vuelto el novio? —tanteó sardónico.

—No es nada de eso.

—¿Tu madre no me querrá?

—Tampoco tiene que ver.

—¿No soy bastante para ti?

—Tampoco es eso.

—Te has cansado de mí y otro te gusta más. —El juego al menos daba resultados.

—Sigues sin acertar —repuso ella, cáustica, descompuesta—. Quiero que se acabe lo nuestro. Eso es todo.

—Ya sé que no te gustan los *picos*. Mírame sin uniforme. —Por suerte, el guardia de Puertas se paseaba por la rampa jugueteando con *Rufo*; de merodear cerca, la conversación, ya de por sí absurda, habría bajado y subido por los vaivenes del disparate.

—No quiero hablar más contigo. Tengo que colgar. Hemos terminado —exhaló con desesperación.

—Eso es imposible —replicó él cuando sin duda el auricular viajaba a la horquilla.

—¿Por qué? ¿Vas a acosarme, a detenerme?

Ahora era ella la sarcástica.

—No. Pero me debes una promesa y tienes que cumplirla —la recordó en tono exigente.

—¿Qué promesa? —farfulló la otra.

—El ataque a mi banda de cuatreros.

—Tus *qué*… ¿Qué cuatreros?

Se dilató un silencio rasgado de sofoco contenido.

—Eso fue una tontería —contestó al fin.

—Tú me lo prometiste.

Otro largo, insondable mutismo… Luego una extenuada respuesta:

—Está bien. Nos reuniremos y dejaremos todo aclarado y lo nuestro saldado. Después nos olvidaremos el uno del otro.

—Con una condición —puntualizó él.

—Sin condiciones —replicó ella—. ¿Cuál?

—Que me des una explicación.

—Sólo lo que te he dicho. ¿Cuándo?

3

Aun a riesgo de perderlo de vista, Salva no se acercaba a menos de doscientos metros del Ebro. Quería llegar a donde ellos sin quemarse en el seguimiento. Como suponía, las ordenadas presentaciones de la fuerza nocturna de San Juan distaban del recorrido del camión. Sus ocupantes debían de rodar exaltados de euforia, de benemérita impunidad: el general de la Zona les amparaba: las papeletas impuestas, derroteros de extravío y paripé, eran obra suya.

Pero esa noche no les resultaría como de costumbre.

Cruzaron Morratal y un kilómetro después cambiaron el asfalto por un camino perpendicular, campo negro adentro. Salva prosiguió hasta velarse en un terraplén. Se bajó y lo escaló. Durante varios minutos, mientras los faros de sus enemigos se constreñían en la hondura de la noche, permaneció confuso, irresoluto. Rabioso.

—¿Y ahora qué? —flotó la voz de Anabel a su lado.

—No lo sé, maldita sea —masculló, los brazos un instante en alto, suplicantes al Hacedor del Bien, pues de eso se trataba, de «quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra» *(Don Quixote dixit)*.

—Demos la vuelta y sigámoslos dentro del coche, a oscuras —propuso Anabel—. Su confianza es nuestra ventaja.

A sacudidas, frenadas tardías, con breves pero estruendosas colisiones contra mojones de piedras y salidas marcha atrás de barbechos, rodaron durante veinte minutos, optando finalmente por emboscarse en una arboleda, en cuyas altas ramas trinaba alguna especie de pájaro insomne y escandaloso, que no por la intempestiva comparecencia cesó de trinar. Hacia la constelación de Orión, de cacería rayando el horizonte, la banda de cuatreros parpadeaba haces de linternas.

Orión, el poderoso cazador. Talmente que él allí mismo, sólo que en vez de garrote y escudo una eficaz 9 mm parabéllum.

Trazos de la explotación aparecían y desaparecían como delatados por lánguidos fogonazos. La luna apenas pintaba altísima y pálida en cuarto creciente. Morratal, con sus luces escasas, reposaba lúgubre e insonora, inerme ante aquel episodio de violencia en su demarcación.

Para eso estaba él allí.

Se echó mano a la cintura, y con la pistola delante de los ojos, comprobó el cargador: lleno.

Montó el arma.

—¿De verdad les vas a disparar? —indagó ella en un susurro de incredulidad.

—Por supuesto, y tal como tú me propusiste: atacarlos en el mismo lugar del robo.

Ella afiló una mirada de espanto, que Salva no tuvo en cuenta.

Desconectó la luz del techo y abrió la puerta del R-12.

—Vuelvo en un minuto. No pares el motor; en cuanto regrese, nos largamos a toda leche.

—Vale —dijo ella con un acento de víctima más que de cómplice.

¿Qué tontería será esa de que no tiene más remedio que dejarme?

Parece que están recogiendo, conjeturó, de repente indeciso.

Bah, que sea lo que Dios quiera, y se impelió a la oscuridad ignota.

El hecho de no poder disponer de un medio útil de iluminación, el creciente temblor e incertidumbre, le hizo pararse y considerar si no sería mejor dejarlo para otro día… Estaba llegando demasiado lejos.

Él no era Orión, sino un furtivo cuyo arrojo podría costarle muy caro…

Iba a volverse cuando las escondidas risas de los asaltantes, el gozo hilarante con que las fugaces siluetas de la banda cuatreril se encaramaban al vehículo sin luces, la evidencia de que se encontraba delante de un delito que quedaría sin castigo de no intervenir él en aquel preciso momento, le hicieron erguirse, encararse el arma y, con un nervioso y colérico juego de dedos, efectuar dos disparos a las ruedas del camión…

Las mismas descargas le dejaron clavado al sitio. Un desasosiego alelante le impedía despegar los pies. El camión era sacudido. Estalló un portazo seguido de un patuleo frenético intercalado de chillidos y maldiciones. Se hizo de día. El día vagaba por un tubo fulgurante. De pronto, una detonación y una rama tronchada detrás de su cabeza lo pusieron en moción.

El terror ponía alas a sus pies; el terror ablandaba sus músculos: el terror venía del chasquido de alguien que cargaba un arma larga y de otro que a través de los almendros le buscaba con un potente foco de luz halógena. Un proyectil partió una rama, otro rebotó en un pedrusco y su música se le alojó en el oído como un diapasón fatal.

Zigzagueaba tratando de toparse con algo tras lo que blindarse. Y corría y corría, zumbado de pavor y zozobra. El foco le perseguía, él se escaqueaba unos metros y al punto el chorro cegador le atrapaba.

—¡Va por allí! ¡Por allí! —aullaba un energúmeno.

Y otro:

—¡Tírale, tírale!

Se agachó y gateó, dejando atrás un terrón hecho mixtos por un balazo.

A cuatro patas se escabulló por la áspera oscuridad, en flagrante, aterrada retirada. Oyó que ella lo llamaba y corrió hacia su voz.

Fue asido e interrogado con un jadeo similar al suyo.

—¿Estás herido?

Salva se manoteó con la mano libre; en la otra, la Star le colgaba como un hierro fatuo. Un amontonamiento de piedras les protegía del furioso foco que, nimbando las de la cúspide, guiaba los pasos de aquellos hijos de puta sin ambages.

—Ni mucho menos —respondió, dando un salto—. Vienen hacia aquí. ¡Corramos!

Tropezaron, rodaron, se arrastraron por mero accidente y si localizaron el R-12 fue gracias al altivo gorjeo del pájaro. Éste hizo un alto mientras allá abajo una bestia ruidosa y desconsiderada salía de estampía con luces largas y un guiño luminoso en el lado derecho, tal vez circunstancia o caprichoso sabotaje del albur, acusando así la ruta a su

posible depredador.

Disipado el trastorno, reanudó el canto.

Tardaron en percatarse de que nadie los seguía. Fue entrando en San Juan cuando, recuperada cierta calma, pasaron a expresarse.

—¿Entiendes ahora el peligro que encierra esta gente? La verdad es que son bastante más cabrones de lo que pensaba. Gracias por tu ayuda.

—Hice lo que pude. Ya ves que he cumplido mi promesa, y con creces.

—Sí, tu promesa… Bien, explícame por qué ese empeño en dejarme sin explicación alguna.

—No lo entenderías. Sería demasiado para ti.

—Para mí, ¡eh! ¿Crees que después de este jaleo en que me he metido, y *te he metido*, puede haber algo que yo no sea capaz de entender?

Anabel se mantuvo en silencio.

—¿Me lo vas a contar o qué?…

—Vayamos a Matallana.

4

La madrugada rezumaba frío y expectación. De un cielo negro y brillante como la piel de su tricornio, estrellas innúmeras acribillaban el firmamento de Matallana.

Se aconcaba y se esfumaba la luna, y ella quería imitarla.

—No puedo decirte nada —repetía, cogiéndose los codos con tesón y tensión—. Tenemos que irnos.

Salva no aguantaba más.

—Suéltalo, ya, coño. Si no hablamos de cuernos ni de que otro que te guste más, no me sorprenderás.

Ella se echó a reír con displicencia.

—Eres increíble. Tu conducta me desconcierta… —se abandonó a una pausa meditativa—. Puede que me arrepienta —murmuró, y añadió—: Sabes quien es Dioni, ¿verdad?

—El chico de los periódicos.

(¡¿el novio?!)

—Sí… Hace unos días hubo un tiroteo en la capital. Uno de los camaradas resultó herido… —se mordió la lengua.

Erró la mirada por la inmensidad chispeante.

Una rapaz nocturna —quizá una lechuza a la caza de un pequeño

roedor al que viene siguiendo de incógnito— pasó frente a ellos, a la altura del parabrisas. Ella la siguió con la vista, sin mover la cabeza, como si aquello no fuera un espectáculo invirtual y magnífico.

Volvió los ojos a las constelaciones, y hablando a éstas o para sí misma, continuó con una voz sin aliento:

—Luchamos por ideales. Igual que tú por los tuyos. Los del tiroteo del otro día en Los Varales eran camaradas. Por suerte, pudieron escapar.

Salva, girado hacia ella y recostado contra la puerta, inquirió, menos espantado que curioso:

—¿Eres del FRAF?

La cobre melena osciló afirmativa, implacablemente.

De súbito, como despabilada por una bofetada mental, prorrumpió en un furibundo murmullo:

—¡Ag! ¡Ag! He picado en el cebo, joer. Estoy en poder de la Policía. ¡Cómo pude ser tan estúpida!… —se llevó las manos a las sienes—. Todo esto es una insidia del enemigo. ¡Está claro! —Se pegó al respaldo del asiento, y agarrado a éste comenzó a girar pupilas a diestro y siniestro—. Tus parrafadas en relación con las injusticias de los caciques locales; la corrupción del Cuerpo; el ansia de no poder desenvolverte con libertad… El teatral tiroteo de unas horas antes. Sí: la más gilipollas del mundo. Un montaje perfecto para cogerme. Y yo aquí, largando. ¡Rodeada de cintas que me están grabando hasta la respiración! ¡Que salgan ya! Puta mierda. Debería haberlo imaginado. Debería haberme rodeado de pentrita y sedal. ¡Ag! Deprisa, deprisa, que acabe esto, que saquen las pistolas y paren ya los micrófonos —farfullaba con minuciosa enajenación.

Salva le puso la mano en el hombro.

—¿Pero qué es lo que te pasa? —se inclinó para tratar de sosegarla; parecía azogada, y también él se puso a escudriñar en derredor.

Anabel seguía virando ojos, extrañada de que todo siguiera igual, huraña porque sus temores y temblores se dilataban insoportablemente.

Exhausta, se adelantó hacia el parabrisas, avizorando inquisitiva, no la negra planicie, sino las estrellas, que daban tiritonas como si estuvieran muertas de frío; o de miedo, como ella.

Salva pasó a expresarse en un tono calmo, casi arrullador.

—Para Bob la respuesta está en el viento. Para ti en las estrellas. Y sé que te dicen que no hay nada de eso. Tú eres militante del FRAF, y esto no es ninguna trampa. ¿Crees que si fuera un topo me habría metido así, identificándome con todas mis cartas, inclusive las personales…? —dejó escapar una risita—. Aunque bien pensado, habría sido una ocurrencia harto ingeniosa. Pero los que andamos en este lado sabemos que existe la

inteligencia militar de los Servicios Especiales, pero que nuestros jefes militares tengan inteligencia, eso es harina de otro costal. Son astutos, sí. Pero la inteligencia tiene que ver con el intelecto y la astucia con la artimaña. A veces se confunde, pero la diferencia es como en «pienso lo que digo» y «digo lo que pienso». —Dejó la digresión y retornó a la inflexión del momento—: Estamos encadenados casi por un mismo secreto: tú tienes el mío y yo tengo el tuyo. Intuición. Déjate llevar.

Anabel persistía, muda y paralizada en la contemplación del cosmos. Salva abrazó el volante. *¿Qué mira? ¿Qué piensa?*

Una aeronave de gran envergadura giraba por la bóveda. En los laterales ostentaba dos filas de luces superpuestas (la superior muy corta en comparación con la inferior, un Boeing-747, lo más probable) que semejaban una constelación desfilando por el espacio en cumplimiento de órdenes dadas a perpetuidad por un divino caos. Un caos que lo más conspicuo de la especie humana escruta en actitud desquiciante, ya que inaprensible y sordo, inflamado y centrípeto, se contonea a despecho de la audacia inicua de sus investigadores.

A donde no llega el hombre vive la belleza, pensó, y por un instante creyó que estaba allí para soñar, y no para enterarse de por qué ella militaba en una ONG revolucionaria.

—Intuición. Déjate llevar —repitió.

—Es posible —empezó Anabel, todavía aprensiva ante la imperpetración del asalto—. Que estemos hechos de la misma materia: agitación, viento y fuego. Sí, es posible —se avino, y agregó—: *Quid pro quo*.

Bajó la ventanilla y, tras llenarse los pulmones de aire, de confianza su ánimo, se lanzó:

—Las detenciones de camaradas en los últimos meses, además de un muerto, han mermado mucho la infraestructura de la Organización. Eso nos ha forzado a los comandos de apoyo a intervenir: Dioni y yo. Son los imponderables de vivir en la Lucha. Ahora él está herido. Sí —declaró con rotundidad a los inexistentes micrófonos—: soy una activista FRAF; pero no me considero una terrorista. Combato la injusticia. Como tú.

Afuera, los matojos de la llanura se volvían cristalinos. La escarcha se radicalizaba al alba. Dentro, las emociones se iban atemperando.

—¿Cómo entraste en la Organización?

—No tengo por qué decírtelo.

—Podemos hablar del tiempo si quieres. ¿Crees que lloverá?

—Fue en una de las últimas manifestaciones antibases norteamericanas…

5

Manifestaciones a las que se unieron las de índole laboral. En ambas solían coincidir los mismos idealistas: jóvenes que creían en algo más que en usar las cosas que salen por televisión. Pronto algo parecido a la amistad vinculó a los espontáneos concurrentes. No una amistad fraternal, sino de convicciones: que la lucha contra la explotación capitalista era algo sublime y necesario. Cierta disciplina de grupo fue coagulando. Dejaron la casualidad de las concentraciones y fijaron puntos de reunión y debate. De ahí se dio paso a una estructura mínima basada en el ataque organizado. Allí conoció a Dioni, quien casualmente vivía en el mismo barrio. La camaradería creció junto con la amistad antes que sobre cualquier otro sentimiento. «Espero disipar tus sospechas en ese sentido».

Variaban en número: entre cinco y ocho. Se distribuían tareas de lanzamiento de cócteles molotov, bolas de rodamientos con tirachinas, cohetes claveteados, demolición de cabinas telefónicas, rotura de farolas y escaparates, barricadas, incendio de coches y cubos de basura… Por sus conocimientos de química, Anabel —*María Malasaña*, como la apodó Raúl, uno de los líderes, por su lugar de nacimiento y residencia—, le fueron encargadas la elaboración de cargas explosivas: primorosas mezclas químicas que hicieron del comando embrionario un azote de violencia callejera, sin cuyo fragor las protestas habrían pasado como rebaños tan vociferantes como anodinos.

El común entusiasmo de combatividad y los éxitos primerizos les uniría en un gregarismo cada vez más arriesgado y virulento. A la vuelta de un mes el grupo se había consolidado en cinco activistas: Raúl como dirigente; Pablo, el lugarteniente; Valeriano, quien se autobautizó con el pomposo nombre de comandante Val; Dioni y Anabel, ella con el nombre clave de María M. Se distribuyeron funciones: los tres primeros formarían la sección Operativa y el resto sección Informativa. Un mes después, Raúl decidió que tenía que salir a la luz. O más bien, *no* salir: era un activista del FRAF y les proponía el renacimiento de un comando denominado Centro que operaría en la capital.

Los cuatro recibieron la noticia como un regalo del destino a su afán revolucionario y no como una simple causalidad de hervor juvenil y feroz aburrimiento en casa.

Valeriano pretendió que el nombre del comando fuera «Castigador»; pero Raúl, el enlace del Comité Central, lo revocó con soberbio menosprecio, naturalmente a espaldas del interesado. Y es que el comandante Val era poco menos que un badulaque impetuoso: un *patas*. Un tonto del culo dispuesto a ser más papista que el Papa: como esos guardias civiles que todavía creen que el honor es la principal divisa de sus

jefes militares.

Lo que sí les dijeron es que debían reorganizar la infraestructura del viejo comando Centro y demostrar cuán revolucionarios se sentían.

Las primeras actuaciones tenían una única y simple finalidad: dinero. Financiar la revolución: la instrucción guerrillera en la que nunca reivindicarían en nombre del FRAF.

Comenzaron por un supermercado; luego dos bancos. Un monto que los sumideros del Comité Central absorbieron en su totalidad. Como contrapartida, aprovechando la convocatoria de huelga general por los grandes sindicatos, la Cúpula les remitiría un par de pistolas con sendos cargadores llenos y un listado de «objetivos».

Les demandaban un golpe revolucionario con el que estrenarse.

El atentado se llevó a cabo.

Y casi salió bien.

Tirotearon una comisaría de Policía. Hubo respuesta, y Valeriano perdió su pistola repleta de huellas: las pruebas científicas y reveladoras de sus andanzas inéditas. El comandante Val figuraba en ficheros policiales con un fardo de folios tan grande como treinta atestados por delitos menores.

Entretanto, en un control discrecional de carreteras en Tarragona, Raúl, prófugo veterano de la Audiencia Nacional, era capturado.

Pero ya el comando Centro funcionaba con autonomía.

Escasos de armas y municiones, el comando Centro, denominado CC, optó por continuar la campaña con artefactos explosivos. Una sede empresarial y una oficina del INEM fueron atacadas. Un éxito de «las fuerzas marxistas», según cierta prensa y a juzgar por las demoledoras fotografías de las portadas ni la propia autora se lo creía. Anabel acudiría en persona a comprobar la trascendencia de su primera carga: los daños eran mínimos. Le relató a Salva la decepción que le produjo el cotejo de la realidad con lo visto en las fotos, reparando con paradójica satisfacción en aquella propaganda inestimable. ¡Y de la prensa más reaccionaria!

Pero no hubo heridos y en su comunicado de reivindicación el Comité Central anunció, desafiante, que llevarían a cabo una campaña de castigo contra «las fuerzas represoras del Estado».

Y así azuzaron al CC para que extremara la ofensiva.

Entonces no se dilató por más tiempo.

El piso que Pablo y Valeriano compartían fue asaltado. Pablo consiguió escapar. Pero no el Comandante Val. Los Grupos Especiales de Operaciones lo neutralizaron con una única bala: cometió el imperdonable frenesí de disparar contra el pecho blindado de uno de los agentes y, en

consecuencia, el ileso receptor le perforó la testa. Pablo, como perro viejo, no se molestó ni en resistir ni en disparar. Huyó. Todo eso había ocurrido un año atrás. Superado el temporal de acoso y detenciones, la célula revolucionaria de la capital —o sea, el CC— se regeneraba en Pablo y Dioni. Anabel de comodín.

A principios del verano la sección Operativa del comando Centro volvía a golpear con suerte: atraco a un banco y la posterior fuga en un taxi robado. Salió tal cual lo habían planeado. No así unos días atrás. En esta ocasión, el asalto a una comisaría en busca de Documentos Nacionales de Identidad se resolvió a tiros, huyendo primero a pie de los policías, luego en moto y, finalmente, también a la carrera, de un merendero de San Juan de la Sierra atacado por guardias civiles.

Convertido en «ilegal» y sin infraestructura válida en la capital, Pablo no regresaría a formar parte del CC. No por ello el movimiento contra la dominación de los eternos caciques debía cesar. Y ahí entraba ella. El comodín relevo. Lo de ahora era un traspié, un «imponderable», el tósigo jaleo de vivir en la lucha. La vida concebida y desliada con honestidad y compromiso. Se consiguieron las cartulinas de los DNI, que se llevó Pablo, y para Dioni un brazo roto, pero todos inquebrantables en su fe: no dejar de atacar a la mascarada del Gran Capital, que casi ha conseguido que la masa social se olvide de sus atávicos talantes fascistas y opresores. De eso nada.

Fue el relato de ella. Y como conclusión, un guardia civil que se plantea sustituir al histriónico y malhadado comandante Val.

XXXIV. UN SUEÑO QUE VUELA A OTRO. LUCHAR Y PERDER

1

Destellos de rayas blancas surgen de la oscuridad de Matallana guiando el R-12, que avanza menos revolucionario que revolucionado, como arrastrando una pesada carga, un tremebundo dilema: luchar o no luchar.

Lo segundo significa callar, condenarse a la humillación y al doblegamiento. Eso ya lo sabe: lo sufre. Luego luchar es lo válido. Un poderoso envite en el que no tiene mucho que ganar y demasiado que perder. Pero su fogosa propensión a la justicia le lleva a no dar la espalda a la iniquidad, aunque ésta esté disfrazada de benemérita función, o precisamente por ello. No hay otra manera.

No basta con exculparse diciéndose *cumplo órdenes*.

O se reacciona o se es culpable de colaboracionismo.

Y reaccionar sin hundirse es acometer desde la clandestinidad.

Toque de generala. La expiación del enemigo es por fin dable: la propicia coyuntura de castigar a los culpables; tan anhelada cuando inaccesible, tan pavorosa cuando factible. Es la hora de evolucionar de la vacuidad de las palabras y de los pensamientos fatuos.

Es la hora de la acción.

Hay miedo, pero también coraje. El coraje de la dignidad.

Es un desafío superior. Y es que el enemigo es el mismo. Tal vez su objetivo sea más concreto —rostros con nombres y apellidos— y el de ella más genérico —el Sistema.

Entonces por qué no. ¿Acaso era peor ser militante de un comando de apoyo al FRAF que vivir sojuzgado por una cúpula de corruptos intocables que hace de unos cuatreros salvajes una banda invencible?

Anabel tiene razón. Al enemigo hay que hostigarlo en forma de violencia secreta, alevosa. Y en su uniforme y muy cerca hay unos cuantos. Él solo no podría. *Quid pro quo*. Él apoyaría a ella y ella a él. Explosivos, armas, pasión. Ánimas heréticas hechas de agitación, viento y fuego.

Surcando el centro de la carretera, el afilado resplandor de las rayas siente que le parten la vida, el alma: inhibición-sometimiento; acción-reacción. Peligroso, sí, pero expiativo de ser un número oprimido-opresivo.

¡Nadie puede abandonar el pelotón de los torpes!, retumbaba vuecencia

en su cabeza y se le descojonaba, incrédulo y desdeñoso por tamaña osadía.

Un acceso súbito (¿furor, pánico…?) le llenó de sangre la cara. Recordando, una vez más, las palabras del coronel-Director de la Academia, bajó el cristal de la ventanilla y sacó la cabeza a la gélida brisa.

—¡Sigo su consejo, mi coronel! —Y el grito echó a volar hacia la fría lumbre de la alborada.

Y es que para los hombres de honor no hay nada peor que vivir como un cobarde.

Aparcó junto al jardín en declive —*¿como su porvenir?*—, justo debajo de la señal PROHIBIDO APARCAR EXCEPTO GUARDIA CIVIL, y como un desertor inverso o inverosímil ingresó en el cuartel. Cuando avanzaba por el pasillo, escuchó la estentórea voz del guardia de Puertas, cuyo cuarto había detectado silencioso como una tumba:

—Ihé, *follaor*. ¡Ja, ja! Quién tuviera tus años.

Salva se paralizó tal que un mimo en una zancada, conteniendo el aliento, los pies de puntillas. Aquel saludo le evidenció hasta lo insoportable el extremo viraje que acababa de imprimir a su destino.

Se limitó a farfullar buenos días y huyó salvando peldaños de tres en tres hasta su pabellón. Entró sin aire y con sigilo y cerró la puerta. Apoyó la espalda en ella, resbalando. Al poco de sentarse en las baldosas sintió un puntazo de frío y otro de hambre.

—Necesito comer algo.

Se alzó a la cocina y con un bollo y un cartón de leche se recluyó en su cuarto.

He de ser fuerte. No ceder a las sandeces.

Se sentó en la cama. Las tiras de sol que filtraba la persiana tenían una viveza engañosa.

—Qué frío hace, joder —se encogió.

Al segundo bocado sintió náuseas; encestó el bollo en la papelera y apuró la leche.

El hecho de saberse dando un salto al vacío y la seria posibilidad de terminar como el comandante Val le habían formado un nudo en la garganta.

La irradiación moral que Anabel le infundía bastaba para sentirse confortado, saciado.

¿Qué puedo hacer si no?

No se trataba sólo de los robos de ganado. A ella no le habló del origen de la tragedia de Quique, ni de la rancia turba nacionalista cantando el

himno del Cuerpo y él haciendo el Presenten Armas como un bufón. No le dirá nada para no despertar en ella, y a la postre en la Organización, un ciego empeño por atentar contra la Institución. De producirse, pagarían los menos culpables, los obedientes infelices que patean los exteriores de los despachos solariegos de sus señorías. Carne de cañón para la propaganda victimista de la vieja guardia.

No tengo otra salida…

Un chillido metálico le enderezó de nuevo.

Clamores de una canción sin nombre.

Tenía un secreto dentro de otro secreto. Pero sobre todo tenía un sueño fulminado por otro. Zanjó saludar a su amigo y despejarse.

—¿Interrumpo?

—Claro que no; pasa, pasa —le invitó Monti con un gesto desfallecido de la mano, apenas despegada del teclado. El brillo de la pantalla, única luz de la habitación, contorneaba su figura sedente, insomne. Desquiciada.

—¿Desde cuándo llevas pegado al ordenador?

—Desde que regresé de servicio, a las seis.

—¿Y por qué no te acuestas?

—Mi canción me lo pide.

—¿Tanto la echas de menos? —inquirió Salva a quemarropa.

—Por mí, que se vaya a la mierda —repuso Monti, y pulsó INTRO con un puñetazo.

Números y notas ascendían encuadrados en columnas móviles, atravesaban una cinta roja en mitad de la pantalla y se convertían en la sempiterna y conmocionante melodía. Raros caracteres que Salva no entendía por mucho que su amigo le iba explicando, al tiempo que saltaba dedos, ora por sobre las teclas del sintetizador, ora el teclado del *AMIGA*, ora el ratón con el que extraía instrumentos musicales del Proteus.

Ora por sobre su ira toda.

—¿Has dado con el título?

Monti se echó una mano a la nuca.

—Todavía no —dijo, masajeándose sin vigor.

La composición no hallaba final, retocándose, alargándose. Del *allegro* inicial Monti conducía las notas —o éstas le conducían a él— hacia una sucesión de aquéllas más broncas, agresivas. Una estridencia armónica con la que Salva se identificaba emotivamente. Misteriosamente.

—¿Echamos una partida al *SuperSoccer*?

Sin duda, lo que menos le apetecía era jugar al *SuperSoccer* ni a ninguna otra cosa que no fuera meterse en la cama e intentar entregarse a

la calma y al sueño. Y por el aspecto de su amigo, éste no lo necesitaba menos que él. Bizmado a la pantalla del *AMIGA* durante horas, rodeado de fluctuante oscuridad, los ojos se le habían enrojecido y abultado como pelotas antidisturbios. Tenía pinta de poseído; aunque más bien tétrico.

—Juguemos —aceptó con la intención de exorcizarlo de la canción sin nombre. Y además porque sabía que él tampoco podría pegar ojo.

El sol disolvía la penumbra del cuarto con rayos rojizos y soñolientos.

Un nuevo día. Un nuevo juego. Un nuevo devenir.

2

Hizo un descanso en las superseries de bíceps y tríceps y bajó en chándal a la oficina a fisgar las consecuencias de su ofensiva. La denuncia y la posterior inspección ocular del comandante de Puesto no concordaban con sus previsiones: se aludía a un robo con importantes daños materiales, denunciado por el propietario. Pero nada de un camión con ruedas acribilladas. Y además… ¡Constaba la sustracción de quince terneros!

Aquel delito consumado, de salvajismo impune, había seguido adelante a pesar de su quijotesca beligerancia. Tampoco esta vez hubo tregua para los sometidos. Lo que no saben éstos es que si te rebelas con furia e inmisericordia al final le puedes torcer el brazo al infortunio.

Tenía que acercarse y verificar *in situ*. Le costaba creerlo.

Optó por llegarse corriendo, en vez de usar el R-12. Ha de ser muy cuidadoso para que de ningún modo lo relacionen. Un tipo con atuendo deportivo, entrenándose por el campo, no llamará la atención, no levantará sospechas. De entrenamiento. De enmienda.

Las plantas no corren.

Las plantas son pisadas por los que se mueven.

—No soy un vegetal.

Tras el primer kilómetro al trote, practicó unos estiramientos de los gemelos, activó el cronómetro y se arrojó a tres cuarenta.

3

Un tufo acre les recibió, a él como un manotazo que le metiera dedos de lejía por las fosas nasales.

Estaba allí, entre otros mil motivos, porque tras su propia inspección ocular había comprobado lo ingenuo y desastroso del ataque. De nada

sirvió el susto y por poco resulta el cazador cazado. Ni siquiera pudo frustrar el robo. Lo embotaba la desazón del que despierta de un sueño magnífico y en seguida descubre que surca la áspera realidad en que por mucho que se desee un empeño no por ello se va a conseguir. *«Que no se logra una valerosa gesta con sólo haberla acometido»*. Se ha regenerado la Bestia y él apenas si la ha arañado. En su bolsillo dos inútiles casquillos.

Hay que mojarse más. Hay que variar la táctica. Hay que radicalizarse.

Irá con ella a donde haga falta.

La desea. La necesita; la necesita más allá de la voluptuosidad.

—¡Mierda, la ventana! —la oyó que se reprochaba—. La dejé cerrada. El día que se acumulen gases podría liarse una buena…

—¿Son peligrosos?

—Lo son —afirmó ella, apresurándose a abrir puertas y ventanas.

Enclavada en el extrarradio, la vivienda de Anabel se ubicaba en la calle Zigia, una vetusta calle formada por una solitaria fila de casas, todas de una sola planta y de fachadas muy similares entre sí: blancas sobre zócalos de colores, añil el más usado. Por dentro se asemejaban en sus paredes gruesas y techos de carrizo enyesado. Un arrabal humilde hacia donde el casco urbano se dirigía con sus torres y sus desafueros.

Salva tuvo tiempo de fijarse en cómo los rayos solares arrancaban de una parrilla con tubitos de cristal un ametrallamiento de reflejos iridiscentes. Al encenderse una lámpara sobre la mesa de trabajo, los contenidos, especie de sustancias cristalinas, se revelaron agonizantes.

—¿Por qué bajas tanto la persiana?

Mientras examinaba al trasluz los tubitos, ella le iba informando:

—Todo esto son ensayos para obtener fulminantes. Pero en estas condiciones artesanales, me está costando —se quejó descartando otro, cuyos gruesos cristales con vetas marronadas y rojizas transmitían una apariencia ceñuda—. No sólo he de tener cuidado de que no se acumulen gases; una temperatura inconstante o un exceso de luz solar podrían desestabilizar las reacciones hasta el punto de hacerlas entrar en régimen de detonación.

—Ah…

Ella se percató y pasó a explicarle:

—Los fulminantes son materias explosivas muy especiales, imprescindibles para iniciar eficazmente las cargas de mis *arte factu* —sonrió—. Porque para mí son eso: obras de arte; arte revolucionario, por supuesto. Entre nosotros, *petardos*. Pero no acaban de salirme, no. Sin embargo, estas sí que están a punto —señaló debajo de la mesa una pila de saquitos de plástico negro—. Pentrita y cloratos: el suplicio del enemigo en

cuanto mis fulminatos cristalicen como deben.

Salva palpó con recelo los saquitos, como si un excesivo tacto los hiciera explotar.

—Haces bien —dijo ella—. En este tipo de operaciones los fallos se pagan con la vida. Hay que hacerlo bien y a la primera. —Dejó de revisar y se volvió hacia él, oscilando en su nuca la melena recogida en una cola de caballo—. Pero nada nos saldrá mal si creemos en lo que hacemos. Tú y yo. —Le echó los brazos al cuello; él la acarició la larga y musculada espalda, minuciosa aun bajo el grueso jersey de cuello alto, tras el cual oscilaba su pelo como un péndulo de hechizo, único motivo que pudo distraerlo frente a tanta sustancia irritable—. Mucho más que química. Agitación, viento y fuego —le recitó impregnada de revolucionaria sensualidad.

Se dieron un piquito y ella se separó para mostrarle más.

Abrió las puertas de un armario empotrado, y ante sus ojos surgió un cubículo de proporciones considerablemente superiores a un simple armario. Una sucesión de baldas sostenían probetas, matraces, morteros, básculas de precisión, cuencos de madera con marcas y abreviaturas a bolígrafo, frascos de vidrio con pegatinas en las que se leía: acetona, alcohol, amoníaco, ácido sulfúrico, nítrico y otros ácidos con denominaciones impronunciables; azufre, clorato, nitrato mercúrico, potásico y más clases de nitratos y componentes que Salva olvidaba a medida que reparaba en otros nombres o se distraía con los más raros y cintilantes productos: polvo en forma de prismas diminutos, triangulares algunos, como agujas vitrificadas otros. Y las abstrusas palabras seguían en folios grapados a las paredes, prolongadas de fórmulas químicas y tantos por ciento. En el anaquel más alto se desplegaban relojes industriales, un tamiz pequeño y lenticular, máscaras antigás, regletas de conexión, haces de cables, pistolas de pegamento, botes de silicona, pilas de diversas formas y tamaños… Y colocados en el suelo, una exhibición de botes de plástico con boca roscada tamaño grande, que le recordaron a una de esas tiendas en las que, expuestos en sus propios envases a los ojos del público, se venden aceitunas variadas, berenjenas, pepinillos, cebollas, guindillas… Pero semejante ajuar no contenía nada de yantar, sino kilos y kilos de ingredientes que convenientemente mixturados e iniciados podrían demoler la casa entera. Un polvorín. Una artesanía espeluznante.

Algo de entre aquellos ingenios le resultaba familiar.

—Cargas suficientes para desencadenar una gran ofensiva con explosivos —dijo Anabel, y agarrándose a su brazo le apuntó al oscuro cableado y a los gordos relojes que del techo del habitáculo colgaban como una especialmente perniciosa ajorca de ajos negros—. Todo listo si no fuera por los malditos detonadores —resumió, compungida—. ¿Tú no sabrás cómo hacerlo, verdad?

—No. Yo sólo sé disparar.

—Hablando de tiros: ¿has podido ver el camión? —se despegó para reordenar toda aquella infraestructura, que Salva ignoraba la impresión exacta que le producía. *¿Fascinación, temor?*

—Aún no —contestó con disimulada congoja (de pronto lo supo)—. Me he entrenado cerca de Las Torcaces y no he podido verlo. Creo que lo tienen escondido en el desguace Parra, reparándolo a toda prisa. Esta mañana el propio Parra nos ha echado con la excusa de un café.

—O sea, que el gordaco de las grúas también anda metido en los asaltos —dedujo, en tanto removía con una mueca de disgusto el grumoso líquido de una probeta.

—Eso parece. Sospecho que entre él y Moisés hay algo más que simple amistad.

—¡Joer! —exclamó ella a lo suyo—. Este también está estropeado.

Buscó una esponja y sobre ella vertió el contenido. Luego la depositó en el cubo de la basura, quejándose con mágica tribulación:

—No hay manera de que me salga, joer. Un día todo esto podría pegar un pedo del carajo.

—¿Cómo que un «pedo del carajo»? —preguntó él, sin acabar de tranquilizarse.

—Uff, sí; son mezclas muy sensibles. Esta mañana temprano, cuando salí para la universidad, olvidé, además de abrir la ventana, bajar la persiana para evitar la luz solar directa y que me las estropeara. Y es justo lo que ha ocurrido. Qué le vamos a hacer. Con tal de que no sea la Policía… ¿Me consuelas? —le ofreció su prófugo talle.

Salieron abrazados y abrazados penetraron al dormitorio de enfrente, el de ella, y ahora también de él.

Las otras habitaciones, aparte de los dos dormitorios, consistían en una sala de estar —tomada por libros, un sofá azul cielo y un formidable sillón de mimbre y alto respaldo que parecía un trono—, un baño y una cocina. Una vivienda pequeña pero muy cotizada: desde hacía meses empresas constructoras trataban de alcanzar un acuerdo con la docena de vecinos para que les vendieran en bloque. Cuatro o cinco propietarios, gente anciana y sentimental, entre ellas su madre, se resistían. No por eso los especuladores dejaban de insistir con ofertas tentadoras o malévolas. Salvo por principios y la pérdida del laboratorio, a Anabel no le importaba marcharse, a condición de poder hacerse con una residencia en el campo desde la que contemplar un firmamento más nítido, menos espurio.

Por un instante, la excitación de Salva se vio desplazada por la decoración del dormitorio. No sólo la sala estaba cubierta de libros: de las mesitas se erigían rimeros de ellos y del suelo otros tantos hasta

desmoronarse unos sobre otros en las alturas.

Salva mostró su asombro; ella su contestación:

—Armas para la libertad. En ellos una toma conciencia de la coacción subliminal a que se nos somete torticeramente, por los mismos de siempre, con los mismos medios de siempre: la ignorancia —declamó con rapidez y lo tiró a la cama. Puesta a horcajadas sobre él, se acercó a mordisquearle la oreja, musitándole—: Pronto será nuestro bautismo de fuego.

Salva sonrió como un niño travieso que sabe que está a punto de instruirse en secretos excitantes y prohibidos.

Se le iba pasando el canguelo.

—Cuando tú quieras. Estoy preparado, mi capitán. —Bromeó, y al punto infirió que ya nunca llegaría el día en que pudiera expresarse como lo había soñado: dirigiéndose a un superior del que pudiera enorgullecerse, un faro en el que guiarse.

Un faro revelado falaz. El yugo insoslayable de un régimen feudal y su escrupulosa exigencia de servidumbre gótica no se lo permitían.

Qué lástima. Había quemado tanta ilusión que ahora sólo le quedaba la nostalgia de un sueño muerto. Pero tenía otro: el de acabar con una banda de cuatreros amparados por la Bestia: la dictadura de la Cúpula.

Un sueño que cae. Otro que se eleva.

La alborotó el flequillo y se dieron a mordisquearse, golosa, volcánicamente.

El ardor del paso dado no es sino la resulta causal de quien no cierra los ojos del *ser*; el tajante arrimo a una suerte de riesgo trascendental del que no se quiere saber más para no quedar fuera de la gran revelación.

Lo intuyó así reptando por sobre el estilizado oleaje de su cuerpo tibio y no dudó en seguir adelante, hacia la pasión, hasta alcanzar la flotante onda cobriza que ella se soltaba, y allí, sumiendo su rostro, supo que era una clase de pasión metafísica, entrambos un éxtasis físico y espiritual. Regodeándose de lo por venir.

Asoció los elementos que no le eran extraños: detonadores.

Bautismo de fuego… Ardía en su mente, cosquilleado por efluvios como de orina.

Sueños que abrasan a otros.

XXXV. DEJA QUE LAS ESTRELLAS NOS GUÍEN

1

Un frío gatuno le saltó a la cara. Después de una siesta imposible —a la noche estaría de servicio con Félix—, salió del cuartel sin sueño y sin quietud. Le escocía la punta de la nariz y si al moquillo le daba por descolgarse, allí se quedaría como un carámbano, porque las manos no las sacaría de los bolsillos hasta que llegara al coche de Anabel, en el parque de la Telefónica. Un lugar discreto. E iniciático. Para abordar su bautismo de fuego.

Volvió a reparar en ello y le faltó aire.

Anochecía.

El giro del planeta hundía el círculo del sol en un cisco de nubes incandescentes. En la otra parte del horizonte, algo o alguien empezaba a correr la lona de la noche. El circo de la vida se transmutaba en el escenario pertinente para un comando revolucionario. Moría el día, como la caridad de las personas. Olvidada la Navidad, nadie quiere saber de nadie.

En tiempos de implacable publicidad la hipocresía viste a la gente.

Intentaba calmarse.

Y era imposible.

Con él marchaba el miedo.

Sus propios compañeros en el cuartel se estarían reuniendo con los esbirros de los Servicios Especiales, quienes estarían ultimando su acorralamiento y caída. A veces no podía evitar sentirse vigilado. Agobiado por esa fatiga que corroe al ratero novel que manga una prenda del centro comercial y de inmediato empieza a sospechar que los empleados lo saben —lo saben TODOS—, que las miradas de soslayo que capta son indicios claros del confabulado disimulo con que lo acechan y que cuando menos se lo espere lo van a prender, Salva les interpretaba cualquier gesto, durante los últimos días —desde su compromiso en la lucha armada de Anabel y su *quid pro quo*—, como una señal de alerta, de inminente captura.

Sus cuatreros no habían vuelto a delinquir. Quizás había desbarrado: una alianza que ya no le serviría y cuyas contrapartidas, en el mejor de los casos, serían nulas. O pensaba así porque en realidad se conducía con menos agallas de las que se había supuesto.

En cualquier caso, lo que Anabel había planeado era un grito de

protesta en medio de tanta gente junta en soledad, el protagonismo por un día en los medios de comunicación de quienes no tendrán nunca ocasión; y en eso él estaba de acuerdo.

Deseaba aplacarse y dejar la cabeza en paz, o que la cabeza le dejara a él.

En el arcén divisó el Ford Fiesta de Anabel, el *forito*. El corazón se le puso a galopar. Ahora que lo sabía, que ella era una activista de un comando de apoyo al FRAF, y que él también lo sería, se le alzó una angustia expansiva, de duda mortificante. *¿De vado sin retorno?*

Ha resuelto proscribirse del hostil fatalismo de la Bandada, que se pasa los días rajando y rajando, y eso es todo.

Él, como Juan Salvador Gaviota: a volar por su cuenta.

O tal vez no sea una gaviota…

Quizá sea un águila; y las águilas no van en bandadas.

¿Me estarán siguiendo?

Volvió la cabeza, y lo único raro que apreció fue cómo los chorros de la fuente de la Libertad se estiraban con tanta desigualdad que unos apenas se veían y otros se salían del estanque, encharcando el contorno hasta conformar un lustroso lodazal. Y ningún foco —por consideración o dejadez— alumbraba el deteriorado espectáculo.

Un piquito y el motor en marcha. En marcha en excursión guerrillera a la capital, a testimoniar que hay gente que se está dando cuenta de la mixtificación; y lo van a hacer con las únicas armas posibles, un poco más ruidosas que las del adversario, igual de violentas.

Violencia filantrópica. Mera expurgación social.

Sí, lo tenía clarísimo.

Tan claro como el temblor que sacudía su soma entero.

Con repasos continuos al retrovisor encastrado en el parasol, no dejaba de ver vehículos que repelían su ruta, en tanto que otros se integraban en una operación de seguimiento calculado.

Si te cogen los de Especiales, te van a poner bien, chaval. Van a hacerte un corrillo con sus gordas guías de teléfono, sus bañeras llenas de mierda y sus toallas empapadas, para que cantes como un lirón; te van a dar de hostias hasta en la TIM, por listo. ¡Pasarte al enemigo!…

Circulaban callados. Como si la operación exigiera una concentración mental sin la cual no devendría el éxito. Nada y todo le distraía. En el asiento posterior, una mochililla esquinada por el contenido reposaba enigmática. Era de tela vaquera y simulaba el culo de unos pantalones vaqueros, con sus bolsillos y sus presillas para el cinturón. Muy simpática. Estaba sin cerrar y se retorció para echar un vistazo: una pequeña

fiambrera tragaba cables, y una pila de petaca con los brazos abiertos y un temporizador mecánico —más bien ceñudo por culpa de una ostentosa aleta para graduar el retardo— impedían que la tapa encajara del todo; y debajo, una repleta bolsa negra del tamaño de un ladrillo igual a las que había visto en el laboratorio de su amada-camarada. Era todo lo que se podía reconocer entre las innumerables pasadas de cinta adhesiva de embalar que amarraban el conjunto.

—No explosionará, pero no lo toques —le aconsejó ella, vigilándole por el retrovisor al par que estacionaba en un hueco cualquiera—. Ahora andaremos un buen trecho; será más seguro.

La vio coger el macutillo con un simultáneo ademán de firmeza y precaución. Hurgó dentro. Parpadeó un led verde y sonrió complacida. Luego intercaló una bolsita de la que brotaban dos cables con terminales *faston* hembra, y los conectó a otra pareja del tipo macho. Una conexión equivocada, un manotazo accidental, y adiós mundo cruel.

Algunos músculos se le movían solos.

—Perfecto. —Se echó la embozada carga a la espalda y le cogió de la mano—. ¿Nos vamos?

La lona de la noche se había corrido por completo. Los escasos astros tras el turbio cielo de la ciudad parecían otear con un filo de glacial expectación. Una nueva ola de frío polar barría el país sin templanza. Un frío que les cosía los labios, y a él, además, lo agarrotaba mientras caminaban.

¿O era todo simple e insufrible pánico?

Al doblar una esquina, una pareja de policías a pie aparecieron charlando con parsimonia, como si rezaran letanías. Se cruzaron; pero no sus miradas. Salva los supuso imposturados, ladinos, concienzudos en el cumplimiento de las órdenes emanadas del Ministerio del Interior: atraparlos con las manos en la masa.

—Cálmate, cariño —susurró ella, entrelazándole sus dedos con fuerza y excitación.

Entraron a una calle parcamente iluminada, desierta, excepto un par de abuelas en pantuflas que murmuraban en un portal. Al fondo hormigueaba un tráfico ruidoso y lento.

—Ahí está —señaló de repente Anabel a un rótulo luminoso, cincuenta pasos por delante.

Salva notó que cierto esfínter por entre los glúteos se le aflojaba y no tuvo más remedio que enfadarse consigo mismo.

Las siglas INEM centelleaban frenéticas por algún desfase en el gas de los tubos fluorescentes. El local venía hacia ellos. Salva se sentía inmerso en una sensación alucinatoria: no movían las piernas, el suelo pasaba bajo

sus pies; estaban metidos en una trampa. La calle, vacía, había sido desalojada a propósito: decenas de geos ocultos aguardaban vía radio la orden para despuntar con sus gorras vueltas hacia atrás, exhibiendo una empalizada de armas ultramodernas cuyos puntos-láser convergerían trémulos en sus cabezas. En el Ministerio del Interior preparaban una rueda de prensa en la que informarían de la detención de dos FRAF, un hombre y una mujer, jóvenes, amantes. Él, guardia civil. También tendría que estar el Director General del Cuerpo. Una cosa era tener atracadores de bingos, sindicalistas herejes, drogadictos y hasta suboficiales expulsados que escribían libros blasfemos; pero tener un tío del FRAF, joder, eso rizaba el rizo.

Anabel avanzaba serena, tenaz. Ansiosa.

—Hemos llegado —determinó, parándose frente a la ventana del objetivo, casi todo él pintarrajeado de grafitis y firmas anónimas carentes de originalidad. Se le abrazó al cuello.

Si de algo Salva no tenía ganas era precisamente de sobarse. La estrechó con indecisión, tanteando a su espalda la siniestra mochililla. Llevó las manos hasta sus nalgas respingonas. El tacto firme de su convexidad le palió el descontrol. Se notaba como un flan recién salido de su vasito y tuvo deseos de levantar los brazos y gritar: no disparen, NO DISPAREN.

Ella miró arriba y abajo mientras le acariciaba la nuca con fingida —o no— lascivia. Bajaba una pandilla de adolescentes raperos, calcados de películas americanas. Vestían pantalones bolsudos y enormes y desabrochadas zapatillas deportivas con grandes lengüetas sueltas. Vociferaban en rap una copla de Manolo Escobar. Era una visión entre estrafalaria y lastimosa. Se perdieron en la arteria llena de luz y de coches tocando el claxon como conjurados en una fanfarria de botarates.

—Es el momento —la oyó expresarse lúcida y serena en la noche.

En un movimiento grácil, bello hasta la incongruencia, Anabel arqueó la espalda y dejó que por sus brazos estirados hacia el suelo resbalara el gracioso y mortífero contenedor. Se agachó y volvió a manipular en el dispositivo de iniciación… Hubo un chasquido: la aleta del temporizador, pero a él se le antojó el amartillamiento de un arma en las sombras.

Anabel tiró del cordel que cerraba la boca del bolso y lo sostuvo bamboleante en su mano; con la otra se echó mano al interior de la cazadora y sacó un folio.

Nadie. La calle desierta.

De un momento a otro se activaría una ducha de luces y allí, en el borde del proscenio, ellos, como dos malos actores: las abuelitas-policía les apuntarían con sus bastones —en realidad, armas camufladas; debajo de la

toquilla portaban chalecos antibalas.

Nadie.

Anabel colgó de la verja de la ventana la mochililla, y sobre ella, con un trozo de celofán, pegó el folio:

PELIGRO. BOMBA-FRAF

—Operación concluida —anunció, irguiéndose, escudriñando a derecha y a izquierda.

Salva no se atrevía a mover la cabeza por temor a descubrir al enemigo, ya aproximándose sin rebozo.

Traspasado de angustia, ni respirar podía con naturalidad.

Al parecer, no había nada de eso o ella no se percataba, porque agregó con calma poderosa:

—Todo está bien —se enganchó a su brazo y se alejaron paseando como dos tortolitos que retoman el paseo tras una parada voluptuosa.

Sonó un portazo. *(¡Lo sabía, nos van a freír!)*

Un gordo descomunal había subido a un antiguo, pequeño y redondo turismo. El hecho era en sí bastante grotesco como para no comentarlo y reírse un rato guapo. Pero Salva no estaba para otra cosa que para echarse a correr y volatizarse.

—No hay peligro. No necesitamos correr —le confortó ella—. Si tú y yo vamos juntos…

¿Lo había pensado o lo había dicho? Enfilaron a una boca de Metro. El gentío del subterráneo les engulló indiferente y distraído; pululaban con prisas en todas direcciones.

Si tú y yo vamos juntos… Había tanto valor y belleza en esas palabras que a su lado resistiría toda postración.

Miró la hora y gritó —ahora sí gritó:

—¡Hostias, y cuarenta! Y tengo que salir de servicio.

2

A las 23.30 Salva subía las escaleras del cuartel como una centella, o más exactamente como a uno que están a punto de meterle un cuerno por *Impuntualidad en los actos de servicio*.

El Land pedorreteaba en la calle. Félix, al volante, le apremió:

—Vamos, vamos, follador.

Rufo, que se protegía del frío detrás de la puerta, salió pitando en el instante en que visto y no visto un pisotón del que acababa de entrar fue asestado en su adormilado rabo. El perro aulló por la rampa, comparó la contusión con la rasca y tornó a quejarse dentro.

Volvió a salir de estampía cuando lo oyó bajar al cabo de medio minuto. Y esta vez no regresó hasta ver cómo el trasto mecánico se llevaba al agresor a espasmos de humeantes ventosidades.

—Lo siento, Félix. Pero es que… me he entretenido más de la cuenta… (*poniendo una bomba en una oficina del Gobierno*)

—Ihé, chaval, respira —se expresó muy serio el panzón Félix—. Sólo te van a meter quince días de calabozo. —Se echó a reír, y con un manotazo en el hombro le pasó la papeleta.

—Nos espera una noche jodida —adelantó.

Salva no tenía de qué preocuparse.

—¿Y eso?

—La puta Parreña. Tres horas y media.

—¡Jodo!

Porque estaba helando. Helando entero y a base de bien. Se puso los guantes de piel y se estrechó la braga collarín alrededor del cuello. La capa sobre las piernas. Félix conducía estuchado por la suya y una manta a cuadros tipo campestre, verdaderamente basta. Salva comentó que parecía un pastor.

—Pues sabes qué: que ande yo caliente y ríase la gente. Que no estoy yo muy… católico.

Salva, en cambio, se sentía fuerte. Acalorado por la inercia del trance guerrillero no dejaba de mantenerse en alerta, con un puntazo de desasosiego que le proveía calor y desenvoltura. Sin embargo, una hora más tarde el frío les trincaba de tal manera que apenas si tenían ganas de palique. Hasta entonces hablaron por hablar, recreándose con los chistes de Félix. Salva le contó uno, como primicia; pero el gordo del guardia primero ya lo conocía. De todas formas, risaron lo suyo, sobre todo después de la tranquilidad con la que se transportaba Salva por hallarse de servicio sin excesiva pérdida de credibilidad. El brigada había tenido conocimiento de su retraso, pero mientras no aparecieran los oficiales, no lo sabía. En su caso era la primera vez que llegaba tarde a un servicio y podía permitirse el lujo de acogerse a la indulgencia de sus compañeros. Ya se sabe, los jóvenes, cabezas locas, persiguiendo faldas, dan con un coño y pierden la cabeza… El día que los urracones de Especiales se lo lleven esposado, se van a quedar de piedra. Con lo buen chico que parecía, qué trabajador, si no lo veo no lo creo, si se pasaba los días de Puertas leyendo, lo nunca visto, un vicio rarísimo, claro, por ahí se le veía la vena rara… A todos

sorprendería que un tontaina de la generación X apostara tanto.

El día que se lo lleven… Ese día habrá unos cuantos tiros. Una parabéllum suya —la última del cargador— lleva burilado su nombre y su desdén.

El guardia primero refirió lo dura que se la ponía la Manola, pero ya no estaba para aventuras extramatrimoniales y los dos convinieron en que Velasco le daba lo suyo a la alegre viuda, y durante cinco minutos hicieron chistes malos. Más comedidos pasaron a comentar el último macutazo: la cacareada subida salarial que igualaría a las Fuerzas de Seguridad del Estado con las Policías Locales y Autónomas. Pero ninguno de los dos albergaba dudas de que radio macuto tuviera fundamento y el agravio comparativo, permitido por la cúpula militar que succiona arteramente de otras fuentes, persistía como un estigma.

—Las ganas que tengo de pasar a la oficina de la Línea y dejar de una vez la vida rural.

Y puestos a rajar, Félix, como buen *caimán*, ya no paraba:

—Es que cada año este Cuerpo va a peor, joder. Fíjate en el Land Rover. Casi no le quedan bajos para que podamos apoyar los pies sin que se nos hundan, pero no lo cambian. Esto no es manera de trabajar. Sin calefacción y lleno de agujeros, en verano te asas y en invierno te congelas. Por no mencionar la medio muerta batería. Nos dieron ruedas y creen que nos han dado un coche nuevo. A pie no pasaríamos tanto frío, te lo aseguro. Ojalá reventara la puñetera *estufeta*.

Salva sonrió con agrura: el apodo no le pegaba nada al azaroso trasto. El frío entraba con mala leche.

—¿Quieres que lo lleve?

—No, ni mucho menos. Sé por experiencia que yendo en tu sitio es bastante peor; por lo menos en este la ventanilla cierra completamente. Te haré el favor del cambio después de La Parreña, para que no te congeles como una rodaja de merluza. Con mi mantita de dormir la siesta, voy en la gloria —y se arrebujó con un rictus revuelto de gozo y resignación.

Salva empezaba a notar un creciente entumecimiento en las piernas. Se preguntó si afuera sería tan baja la temperatura. En efecto, su lado, como el cofre al servicio de un faquir, era atravesado por mil y un gélidos sablazos. Durante la marcha el compartimento del motor actuaba como una especie de colector de la intemperie, la cual direccionaba hacia los ocupantes. De ese modo, lo que en verano se convertía en un horno, ahora, surcando aquella inclemencia siberiana, era de cámara frigorífica.

Paralizaban hasta las ganas de hablar.

Concluida la hora por la periferia de San Juan, y cuando bajaban de Maracaibo, recibieron una llamada de la Central. Tenían que presentarse,

urgentemente, en una casa situada en el km veinte de la 215, donde les habían comunicado que sonaba una alarma.

El punto en cuestión resultó ser el chalé del veterinario Alfonso De Lasheras.

Al berrido acústico lo acompañaba un rotativo naranja que destellaba en un lateral de la marquesina. En cada giro sacaba a relucir la alta y estática cúspide de un eucalipto. Transcurrida media hora, cesó el funcionamiento de ambos. Durante ese tiempo reconocieron a tiritones los alrededores de la casa, que, a excepción del foco bajo la marquesina, para el resto debieron apañarse con sus linternas particulares, con las que inspeccionaron en un ambulaje de mendigos ateridos; en especial Félix, que encastrado en el tricornio y envuelto en la manta no se desprendió de ninguno de ellos en un alarde de vulnerabilidad abyecta.

Salva veía en su compañero el paradigma de la eficacia aparente: a merced de la rutina y la presunción. Boato y parodia.

Deslavazado tras el señuelo azul, oyó que lo llamaba a sus espaldas.

Al volverse, el guardia primero se encendió la linterna bajo el mentón, infiriéndose al carnoso rostro, en plena oscuridad, un juego de luces y sombras ingenuamente terroríficas.

—¡Uh! —exclamó.

Sí: deslavazado, e irrecuperable.

Se rieron como tarados mientras tornaban al Land. Participaron a la Central que se trataba de una falsa alarma, como en tantas otras ocasiones, y reanudaron la patrulla.

Dieron una última vuelta por el pueblo y pusieron rumbo a La Parreña. El panel electrónico del edificio de la Telefónica cambiaba de dígitos: la hora, la temperatura, las 3:14, −11 grados, las 3:15, −12º…

—Con el plantón que tenemos por delante, bien nos va a dar el relente —mencionó Salva en las inmediaciones de la finca.

—Ya lo creo. Y a mí, bajando el termómetro de diez grados, ya voy jodido —se quejó Félix, empinando el Land por un sendero hacia las estrellas—. Si tardo en pasar a la Línea, me daré de baja. Ya no tengo veinte años, qué leches —moduló con más hastío que maldición.

Coronando el cerro, añadió:

—Son muchos trienios haciendo lo mismo, y ya estoy cansado. Tú deberías prepararte oposiciones, Salvador. A vuestra edad parece que todo es posible. Pero no es así.

Terminó de dar una vuelta de ciento ochenta grados y, encarando la *cafetera* a la ruta por la que había ascendido, después de meter la marcha atrás y tirar del freno de mano con obstinación, paró el motor.

Al pie de la ladera, untada de luna y delimitada por sendos muros de piedras, la carretera se distinguía como una cinta lóbrega y acerada.

—Lo comprenderás con la experiencia y mi edad. Para entonces te será tarde. No me refiero sólo a oposiciones de ascenso. Ahí tienes al brigada: mandar un Puesto son muchos intereses que lidiar. Me refiero a oposiciones civiles. Tienes un sueldo; dedícalo a estudiar y, si te apañas bien, te alegrarás el día de mañana. Cuando Montilla se incorporó, hablaba de hacer una carrera. Pero se echó novia y se olvidó. Después de todo, a él le tira mucho el Cuerpo. En cambio, a los que no os gusta tanto, es mejor que no os compliquéis la vida: aquí no hay sitio para la iniciativa. Ni por las buenas ni por las malas.

¿De qué hablaba su compañero? *¿Sospechaba?*

¿Le transmitía un aviso?

—Tenemos que seguir la corriente. «A sus órdenes», y ya está. Los de abajo debemos dejar que las estrellas nos guíen; tú ya me entiendes…

Se apeó envuelto en capa y manta hecho un morcón, y se puso a buscar piedras que le sirvieran de calzos. Salva le siguió, y a dos pedruscos que aquél le señaló, los incrustó debajo de las ruedas delanteras. Félix comprobó la eficacia de su ocurrencia, y los dos guardias volvieron al álgido refugio de chapa.

Salva tenía que preguntarlo o la duda le atormentaría como una mosca zumbona.

—¿Me has dicho todo esto por algo en particular?

El guardia primero se subió las solapas de la capa, que sobresalían por encima de la manta, tosió y se explicó:

—La única respuesta que puedo dar —se ralentizó… *«Es que tú eres una gaviota en un millón. La mayoría de nosotros progresamos con mucha lentitud»*—. Es que cuando se es joven, no se repara en las consecuencias —prosiguió penoso y decepcionante—. Ya ves cómo anda el Puesto. Hasta Carrasco ha vuelto a las jodiendas de antaño: los Parra, De Lasheras, Moisés y demás, hablan mal del Puesto a los jefes. Y, como suele pasar, acabarán pagando justos por pecadores. Ya me contarás qué hacemos aquí, vigilando que no aparezca ningún furtivo a llevarse un conejo mixomatoso. —Las solapas se le habían caído; en contraste, el sombrero lo mantenía calado como un capuchón de colonia. Él, por su parte, echó el suyo a la guantera y se remetió el collarín sobre las orejas—. Si esto continúa así, nos van a hacer la vida imposible. Cuando se está soltero se puede aguantar; pero a mi edad, uno depende de la familia…

Permaneció unos segundos en silencio, esperando, en vano, que su acompañante rebatiera, afirmara o negara; luego continuó, con voz extenuada, algo trémula:

—Lo que pasa lo vemos todos. —Se recompuso las solapas—. Estos follones nos van a dejar en la estacada a más de uno. Y no es sólo por las ganas que tengo de meterme en una plana mayor, también es porque afecta a la mayoría de los compañeros.

Si se debía a la hostilidad del clima o a la de la Cúpula, Salva no acertaba a qué atribuir la tembleque dicción del guardia primero. Lo palpable —y lo impalpable— es que las manos se le volvían pesadas, insensibles, y el parabrisas por fuera se tapizaba de escarcha. Se le trababan los músculos, la lengua y hasta las ideas.

No tenía intención de discutir; no sin dejar claro lo que pensaba.

—Sé a lo que te refieres. Pero qué hay de que la ley es igual para todos. No se trata de dejar pasar por alto algunas infracciones: las más insolentes y graves son siempre de los mismos. Los paisanos sin influencias, los trabajadores que desean vivir de su trabajo honrado, y en definitiva aquellos a los que deberíamos servir, lo perciben y se indignan. Y así es como luego salen los resentimientos y las inquinas. Es detestable tener que justificarse con los más indefensos. Yo creo que en estos casos la valentía personal de cada uno también cuenta, o *debiera* contar.

—Eso es como lanzar piedras contra tu propio tejado —replicó el guardia primero, con cierto enojo—. Son otros los que tendrían que preocuparse de que estas cosas no pasaran. Si los que pueden no hacen nada por cambiarlo, allá penas; nuestro destino es obedecer. Y a cobrar. Punto.

Somos marionetas…

—Debe de ser por lo que dice un refrán que más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer —se avino Salva, dispuesto a enterrar el hacha de guerra y a soslayar la repetición de lo sucedido con Barahona. Si porfiaba, se estaría apuntando otra insensata enemistad—. Yo tampoco quiero líos. Voy a pasar de todo. He conocido una chica estupenda que se lleva todo mi tiempo. Vive y deja vivir. Ese es mi punto. El segundo, después del tuyo, claro. ¡Ja, ja!

—¡Síiii, ja, ja, ja! ¡Ya te digo! —elogió el guardia primero.

—La verdad, Félix, es que, a diferencia del brigada, eres un verdadero estoico.

—¿El qué?

—Nada. —Y puesto que había «comprendido», añadió para cambiar de tema—: Esta helada sí que es una putada.

—Y-ya lo creo —tartamudeó Félix.

Salva le ofreció su mejor tiento.

—Puede que te venga bien una cabezada. Por mí no te preocupes; he

dormido una buena siesta —mintió.

—Gracias. Pero por mi parte puedo decirte lo mismo. Aguantaremos, qué remedio. Con la que está cayendo nos vamos a quedar más tiesos que la picha de un novio —rio. Una risa que, por efecto del frío, cacareó más bien. Hundió la cabeza entre las enhiestas solapas de la capa y se eclipsó con brusca placidez.

Salva abrió la puerta y, sin llegar a bajarse, deslizó la mano al parabrisas. Restregó las uñas contra la coraza de hielo. A los pocos segundos, ya dentro, constató con desaliento lo poco que había resistido el extirpado redondel. El Land era oprimido por una helada inmisericorde. Félix dormía. Con Goyo no se habría sorprendido, pero de Félix le extrañaba, más teniendo en cuenta lo que había dicho de la siesta. No le importaba, él no echaría ninguna cabezada. Rumias exorbitantes lo desvelaban.

Si protestamos nos largarán; los trapos sucios se lavan dentro; los viejos vicios. Marionetas. Marionetas…

En lo más alto, remontándoles hinchada de blanco fulgor, la luna les contemplaba con sus grandes ojos cráteres y un halo de luz en torno semejante a la cabeza de un santo. Hacia los cantos de la bóveda algunas estrellas centelleaban vivaces. Jóvenes soles. O quizás moribundos que incluso ya habían desaparecido y sólo quedaba su destello surcando el espacio-tiempo hacia la Nada.

El movimiento siempre es vida.

Ella anhela un lugar en la tierra con un firmamento tan genuino como aquel. Y él, a partir de aquel momento, asimismo. Aunque algunos de aquellos astros ya no existan. Como Marta, como el señor Sosa. Como sus ilusiones. Quique, habitante inopinado de un mundo tenebroso, vislumbrando a su madre desde la faltriquera del mandil… Se enfureció. Apretó los puños. Pero las manos no le respondieron. Casi no las sentía.

Trató de frotárselas entre las piernas… También adormecidas.

Logró elevarlas. Con la doble intención de no despertar a su compañero y porque los trozos de bajos que aún restaban no podrían aguantar sin desprenderse, entrechocó las pesadas botas en el aire. Félix ni se inmutó. Se subió la braga hasta los ojos, las manos a los sobacos. Recaptó el pensamiento de Anabel. Ella y sus rasgados ojos marrones claros —del color como Marta los tuvo alguna vez… cuando fue feliz—, munición de sosiego, fuego insuflador. Antídoto cuartelero. Todo lo que significaba ella poseía la virtud de la confortación… aunque fuera a diecisiete grados bajo cero: la aguja del reloj autoadhesivo partía ese número.

Liberó una mano y con dedos enguantados golpeó el artilugio. La bola de la brújula puso el Norte donde antes marcaba el Oeste. Pero la aguja del

termómetro no se movió. Le pareció una exageración y lo más probable es que tal baratura se había estropeado del todo y sin remedio.

En cuanto se despegara, lo tiraría a la basura.

Los pies se le resistían al movimiento.

—Digan lo que digan, los jóvenes aguantamos más que los *caimanes* —dejó caer en un intento por distraerse.

El bulto enfundado en una manta áspera y basta no respondió. En conclusión: Félix estaba bien dormido. Tendría que vigilar sin apoyo ni distracción el latifundio del cacique Parra, amigo íntimo de vuecencia y demás jerarcas del Instituto.

Algún día les prepararé una olla con pentrita y sedal, se dijo, transido de frío… de impotencia. De ira.

Corrió el cristal de la ventanilla. Necesitaba tirar la vista fuera del vaho congelado y de la escarcha que nublaban los cristales y su estado de ánimo. El declive panorámico le produjo cierta, amena acrofobia… que se fue trocando en paulatino sobrecogimiento.

Hasta entonces no se había fijado con detalle en el emplazamiento elegido por Félix. Y ahora que lo hacía, reparaba en cómo el suelo bajo el morro del Land Rover se precipitaba en una línea de caída acongojante.

La profundidad opaca del valle, flanqueada por peñas de un lustre fosco y ceñudo, dejaron de reputársele como algo de belleza incuestionable.

De repente tuvo la impresión de que el Land se movía…

O que se había desplazado cosa de un centímetro y se había detenido con sigilo malicioso.

Cuando pudo reaccionar, lo primero que hizo fue sacar la cabeza entera por la ventanilla y dedicarse a observar si tal lance había sido posible.

¿Acaso todas aquellas piedras en derredor no eran consecuencia de otras más antiguas y grandes como camiones, rotas por endémicas e intensas heladas?

Un hielo que volvía todos los inviernos en recuerdo de aquella época glacial en que el *Homo sapiens* debía de zanquear aquellos lares en busca de lascas con las que aniquilar las últimas recuas de neandertales, más fuertes pero más torpones, y así proseguir el camino libre tras la caza del mamut, a fin de alimentarse y cubrirse la pelambrera con su piel, y que, como entonces, seguía recuñando sus intersticios, desgranándolas en crispados fragmentos…

Los calzos circunstanciales, soportando una mole de casi dos toneladas como era el Land, estarían sufriendo, acelerado, ese proceso.

Se bajó. Oteó el entorno y su aérea ubicación. El corazón le dio un vuelco. ¿Amena acrofobia? *¡Una leche!* Una ansiedad saltimbanqui le hizo botar de nuevo al asiento. Tenían que largarse. El Land Rover, retenido por dos simples piedras cuasi en el aire, reposaba al borde de un precipicio.

He allí ellos dos como dos patéticos monos encaramados al vacío, discurrió llamando, impaciente, al jefe de pareja.

—Félix, ¡eh, Félix!

De milagro el peso del vehículo no había destripado ya los pedruscos encastrados. Visto a la luz del día, mostraría la inconcebible temeridad de su posición. Pero en mitad de la noche y de un desierto de cerros, sin combustible y sin batería, no debían exponerse a dejarlo en un punto que no ofreciera garantías suficientes de ser arrancado al tirón. De otro modo no tardarían menos de 24 horas en salir de allí.

—¡Félix!… —pronunció en tono más alto.

Los pitidos del reloj avisaron de las tres en punto; faltaban diez minutos para concluir la presentación de guardas privados. La siguiente en Las Torcaces, faltaría más.

El guardia primero no se movía.

—Félix, es casi la hora —le zarandeó, pero sin resultado.

Alargó el brazo y tumbó las solapas… descubriendo un rostro yerto y los dientes que le castañeteaban como averiadas piezas de juguete.

—¡Hostia, Félix! ¿Qué te ocurre?

El guardia primero trataba de juntar las mandíbulas. Balbuceaba.

—No puedo moverme —logró terminar.

El parabrisas y los cristales rebozados de escarcha entenebrecían el exterior. Salva volvió a sentir un leve desplazamiento de la *cafetera*. Sí, sí, largarse. Pero antes sacarlo del volante. Se desprendió de la capa. Se clavó de rodillas sobre el longitudinal y único asiento delantero y comenzó a tironear del voluminoso tullido.

Percibió un brusco y momentáneo corrimiento, y la ira le encendió —la *ira* porque de pronto advirtió el trance físico y moral en el que se hallaba.

Pero su compañero no era sino una mole lánguida, inerte, imposibilitada de cooperar en el auxilio de su vida. En medio de tan sofocada desesperación, Salva no dudaba de que el Land se resbalaba por centímetros y que al punto que él se percataba, se detenía cual insidia del diablo.

Al cabo de un siglo de trajín titánico, consiguió sacarlo del volante. Lo atrajo hasta el sitio del copiloto y saltó afuera. Se apoyó en la puerta abierta y se tomó unos segundos en recuperarse. Pero, al contrario de lo

que pretendía, la respiración se le cortó. El Land se deslizaba, despaciosa, casi imperceptiblemente. Y no, no estaba soñando ni imaginando: su mano se iba, y él detrás de ella… hacia el pedregoso y negro fondo del barranco.

El vehículo rodaba…

En realidad, no: las ruedas, inmovilizadas por los frenos, se arrastraban a merced de la fuerza de la gravedad, desmenuzando los precarios calzos.

Medio metro…

Con un alarido se despegó.

Un metro…

Salva circunvaló a por el volante, abrió la puerta del conductor; pero entonces el vehículo se le escapó: de súbito adquirió una velocidad fiera y estruendosa y, cruzando en bisel la pista por la que habían subido, se encarriló hacia una sima de carrascas, negrura y pavor.

Las puertas abiertas, batidas por las ramas, causaban el efecto de una monstruosa gallina que se despeñara, aleteando vanamente. El ramaje se agitaba como queriendo sujetarlo *¿Lo sujetaban o lo atraían?* De golpe se frenó, aunque sin llegar a detenerse por completo.

La llamada del abismo lentificaba o se divertía con la catástrofe.

Salva lo oía escurrirse.

Era como el rugido de una fiera perversa que se mofara.

Una vacilación codiciosa había prendido su instinto. Una de vida: renunciar al insensato auxilio y salvarse; estaba a tiempo. No es que no quisiera: es que si lo hacía él también se mataría. Aquella puta finca se la tenía jurada. Lisió a Jorge y ahora lo lisiaría a él. Y tenía muchas cosas por hacer que sólo pueden hacer los vivos. Los íntegramente vivos.

Echó a correr.

Proyectándose vertiginoso y casi a ciegas, se abalanzó sobre el salvaje cacharro. Con la cabeza gacha para no dejarse la frente en el vierteaguas del techo y la pierna por delante, se encajó firme al volante. Sondeó pedales con las botas; aplastó el del freno.

Pero no era ese el problema: iba montado en un cubo que impelido por su propio peso y la desintegración de la base, tornaba a desplomarse, lento, sin hesitación. Mortal. Era como si aquel valetudinario y sufrido carruaje lo hubiera estado esperando con el objeto de sucumbir con ellos dentro: un meritorio homenaje que el Olimpo de la chatarra le habría concedido a su impetración por tantos lustros de ajetreo cuartelero sin cuartel.

Las piedras trituradas producían un chirrido semejante a un chismorreo sádico; como si, además, se partieran… de risa.

El volante pesaba como una rueda de molino.

Destrabó el freno de mano. Giró la llave y activó el interruptor de las luces. Los faros se encendieron con una luz ínfimo-amarillenta que sólo sirvieron para atizar su pánico: la pendiente se reveló de una verticalidad espeluznante: una garganta infinita.

Y voraz por el modo en que fueron tragados.

Se precipitaban ya sin ambages hacia una muerte tonta. Injuriosa.

Adrenalina y horror. De nada servía pisar pedales.

El Land bajaba y bajaba, patinando sobre sus ruedas atrofiadas, aspirado por el centro de la Tierra y la memoria del Caos, abanicando con las puertas abiertas el Universo en el cual pretendiera alzarse…

Su suerte dependía del azar.

El muro de la carretera les esperaba para detenerlos en seco.

El Land cojeó en una zanja, de la que salió refrenado y tambaleante pero más furioso: la puerta de su lado batiéndose contra la aleta del capó, los goznes restallando a punto de quebranto; pareció que la puerta se desgajaba sin remedio cuando vino a cerrarse con un impacto atronador. Aferrado al volante, sacudido por éste como una presa en las fauces de una bestia —la bestia del viejo Régimen—, Salva no pudo esquivar el brutal golpe en el hombro: el esqueleto entero le tiritó y le tañó en la calavera: un aturdimiento del que se despabiló con otro: la frente contra el parabrisas.

Monigote de un zarandeo inexorable, procuraba enmendar la trayectoria soslayando aquí y allá, tratando de aliarse con la casualidad en pro de cierto furioso equilibrio para no volcar y aterrizar con las ruedas a la bóveda impertérrita.

Y Félix, ¿iría aún con él o su cadáver volteaba por detrás, ya molido y machacado? En los laterales de su frenética visión lo detectó desmoronado en el hueco de los pies, botando espasmódica y peligrosamente en el borde.

Nada podía hacerse por él. La moneda —el cubo— caía.

En una cara, el milagro; en la otra, la fatalidad.

Una docena de metros le separaba del muro, revestido de placas relucientes, funestas. Funestamente relucientes. Forcejeaba con las manos, a patadas, con el cuerpo entero, con el alma partida…

Activándose todas las palancas musculares, con las sinapsis electrificadas y los sarcómeros tirando como locos unos de otros, giró el granítico volante.

La noche estornudó un estrépito de chasca y chapa.

3

Fuera por pura suerte o por la zanja de la que salió despedido o porque tiró con dos pares de arrestos, el caso es que fue a empotrarse contra un mogote de leña, aledaña al muro.

Era lo último que recordaba.

No le dolía nada.

O sí: le dolía todo. Tenía la conciencia averiada. Flotaba… Oscuridad… Fogonazos… Las sensaciones empezaban a llegarle como imágenes surgidas de un fundido de vídeo. *Sensaciones*, pero no imágenes. Imperaba la noche. Se removió —o trató de hacerlo— buscándose en su totalidad.

Se notaba *(¿lo imaginaba?)* retorcido como una maroma; tendido sobre el asiento, de cara al respaldo. A la espalda tenía que estar el volante.

En la nuca le rozaba la palanca de cambios.

¡En la nuca!

Estrenando nuevo pavor, comenzó a sacudirse.

Punzadas desde los pies a la cabeza. Ag.

No, no estaba paralítico.

Se estiró como si se escabullera de las circunstancias que habían querido mutilarlo, y manoteando y pateando, escorado, escapó por la portezuela trasera, que no estaba; yacía en el suelo, con el cristal fragmentado en cientos de pizcas.

El Land se acostaba del lado del conductor 45º sobre el montículo. La parte posterior había golpeado contra las piedras del muro, que dejaron caer su guarnición de hielo. A la débil luz del faro derecho —el único que lucía, en alto— danzaban finísimas gotas de polvo y rocío instantes antes de congelarse. Félix.

—¿¡Félix!?

Convulso de alegría y angustia —preguntándose si no arrastraría un cadáver después de superado lo peor—, lo sacó y lo cubrió con sus prendas del uniforme: el chaquetón y la chaquetilla del traje de campaña. Ninguna de las capas ni la vasta manta del guardia primero aparecieron. La única capa en torno era la de la escarcha, que se extendía indolente a su desgracia, o a su suerte. La de ambos. Respiraba. En apariencia, no presentaba heridas o fracturas. ¿Hemorragias internas? Tenía que pedir ayuda. Pero el radioteléfono no funcionaba; no por culpa del accidente en sí, sino porque las transmisiones no alcanzaban nunca los espacios entre sierras de la demarcación de San Juan, menos ahora en una hondonada, con el Land tumbado y la antena incrustada en un tronco a guisa de pincho moruno.

A modo de marcha, chisporroteaba de un modo intermitente, musical.

Fúnebre.

Por añadidura, la luna resplandecía como un ruedo espectral, mohína o admirada del incruento desenlace.

Qué nocturnal desolación. ¡Qué impío desamparo!

El silencio le zumbaba en los oídos. Se le antojó que perduraba el eco del impacto, retenido por el frío enarbolante. Nada sentía.

En la carretera probó a detener un coche, que no lo hizo. Tenía de guardia civil las botas, el pantalón y la camisa sin divisas. Recuperó la guerrera y el tricornio de Félix, ya que el suyo no dio con él, y pasada media hora de treinta mil minutos paró al siguiente vehículo que acertó a pasar.

Antes de marcharse, quitó las llaves de los restos del Land, de la *cafetera*, de la *estufeta*: de aquel amasijo irreconocible. En efecto: había reventado. *Hay que tener cuidado con lo que se desea*, pensó, reparando luego en el artilugio compuesto de brújula y termómetro, desesperadamente adherido por uno de sus extremos; la primera cabeceaba a su chiflado albedrío; el segundo marcaba −14º. Sonrió. Había sobrevivido. Y también el titiritero cristal de la ventanilla, intacto y exquisitamente engarzado en una cepa, tal que una joya.

Al poco, una ambulancia de la Cruz Roja se llevaba al guardia herido. Al Puesto, Línea y demás escalones era participada la novedad.

XXXVI. PROYECTO ESCARMIENTO

1

Sería noche de saqueo. Noche de escarmiento. Lamentó que Anabel no estuviera a su lado: no pudo cambiar el turno de trabajo y él tendría que conducirse como un lobo solitario.

Un lobo dispuesto a tirotear algo más que ruedas de camión.

Volvió a ojear el periódico.

No dejaba de sorprenderle que, tal como ella predijo, elegido el momento político oportuno se había conseguido el efecto ansiado: publicidad para la Organización. La fotografía ocupaba la portada entera de uno de los diarios con más linaje de toda la prensa. Al pie, el titular señalaba: EL GOBIERNO IMPOTENTE ANTE AL ACOSO DEL TERRORISMO COMUNISTA. La instantánea mostraba una destrucción espectacular.

Ciertamente, tendría que ir a verlo. En las páginas interiores la editorial hacía un guapo servicio al activismo de su nueva militancia. Un alegato propagandístico que habría costado millones, inalcanzable de otro modo, lo brindaba el propio rotativo presuponiendo recursos y capacidades acojonantes.

La extraña coincidencia entre estamentos tan, en apariencia, opuestos, evidenciaba la ruin hipocresía del medio informativo a costa de la turbulenta honestidad del grupo armado.

Iría. El culpable siempre regresa… Terminó de cambiarse de ropa: dentro de media hora salía de servicio, el suyo, el del escarmiento.

2

Encumbrado en el idóneo olivar desde que las sombras tacharon el día, acechaba la salida del Ebro. El portalón se divisaba al sesgo, pero inequívoco: abierto. Los seguiría. Miró la hora: las dos en punto; a punto de acontecer. Se frotó las manos y las orejas. Aunque las bajísimas temperaturas habían remitido una semana después del accidente del que Félix se reponía de la caciquil congelación, aquéllas persistían como la obstinación de sus cuatreros.

Los seguiría y los pararía.

La noche transcurría álgida, extendida por doquier con un negror

tajante, inexpugnable. Para mitigar la rasca, daba continuos paseos.

Lo que apenas se mitigaba era el dolor en el hombro desde el día del accidente con Félix a bordo. Sólo se le olvidaba cuando reparaba en el agobio de esa misma mañana al exigirle la superioridad responsabilidades como conductor del vehículo siniestrado.

—¿Es usted el guardia que conducía el coche accidentado?

Eran las 9.12 cuando Monti lo había despertado con un no pequeño traqueteo del catre metálico, después de que sus susurros no fueran atendidos.

—Que te levantes y bajes. El comandante de Automovilismo está al teléfono y quiere hablar contigo.

Se había acostado pensando que tardaría en dormirse, porque mente y cuerpo sufrían una agitación compartida. Pero su soma yerto y atribulado pasó de la psique, hasta que la insistencia asustada de Monti acabó por despertarlo de entre la pila de mantas, la capa, el albornoz; parecía un perrito caliente, sólo que congelado. Miró el reloj y calculó media hora de sueño desde la pesadilla. Y, según parecía, ésta no había terminado.

—Sí —recordaba haberle contestado, peinándose con los dedos abiertos y los ojos cerrados, entre tiritonas dentro del pijama y del pantalón de campaña y el chaquetón.

—Si no le importa: «sí, mi comandante» —fue amonestado.

—Sí, mi comandante. A sus órdenes.

—Bien. Cuénteme… —requirió el oficial jefe.

Se palpó al contusionado hombro, y no supo por dónde comenzar.

—Fue un accidente.

—Eso ya me lo ha dicho el comandante de Puesto. Detalles.

Con el acomodo del auricular en la oreja —en atención a otro de los golpes— se lanzó.

Y excepto los estupendos comentarios que compartió con Félix acerca del Parque Automovilístico, le relató el servicio entero. En todo caso, lo peor de tales calificativos no habrían sido éstos por sí mismos. Y es que para la elitista oficialidad cualquier anomalía, por nimia que sea, es percibida como ofensa personal si no es susceptible de entrar en el BOC, bajo el epígrafe Condecoraciones, Medallas, Pluses… Pero si tienen que firmar dietas de guardias civiles —pese a que sean justas y aprobadas por ley— les duele como si fueran de su propio peculio (quizá porque ese mes se le acercarían inadmisiblemente a su nómina, siendo él nada menos que comandante, aunque sea en el desdoro de dirigir al mantenimiento de coches viejos), y lo mismo ocurre si la firma es para la baja de vehículos siniestrados durante el servicio, aun cuando ya lo estuviesen lustros atrás.

Es posible que las condiciones abominables del Parque no sean de su entera responsabilidad, pero no dejan de ser quebraderos de cabeza y una vicisitud de orden inquietante en su porvenir castrense, por lo que de inmediato lo identifican con una negligencia de los subordinados, que siempre son vagos, engañan al mando y no hacen por la Patria lo que dicen los letreros en los dinteles de las casas-cuartel. En consecuencia, se expían con correctivos disciplinarios, por lo que pueda pasar. Una fijación de su ínsito endiosamiento por tener que ocuparse de incidencias menores no proporcionales a su rango, y mucho menos llamadas a ilustrar sus expedientes.

Los monosílabos del número tres de la Comandancia denotaban que de su explicación no se estaba creyendo nada.

—Así que ha sido usted el que ha «renovado» el coche oficial —se expresó satírico el andoba.

Se detectó balbuceando peligrosamente.

Todo esto ha sido por vuestra puta culpa, porque su puto coche no arranca si no se le tira por un puto barranco y porque nos dedicamos a cuidar los putos latifundios de los putos caciques donde sus señorías se van de putas juergas en vez de atender la Seguridad Pública y nada os importa la vida de dos trabajadores-número…

Por poco. Pero replicó:

—No pude hacer otra cosa, mi comandante. Trataba de manejar el Land Rover *(que en paz descanse)* y a la vez de impedir que mi compañero resultara…

—Su actitud tiene que ver más con maltrato de material que con el cumplimiento del servicio —le cortó la difidente voz al otro lado del hilo—. Ese Land Rover tenía cubiertas nuevas.

(Tócala otra vez)

—En los talleres de la Comandancia se están evaluando los daños. He ordenado abrir expediente para determinar responsabilidades.

Le fue pedido que se retirara y que se pusiera el comandante de Puesto.

Después de repetir como diez veces «sí», colgó el brigada.

—Válame Dios, cuán miserables. Bah, no te preocupes —se apresuró a confortarlo—. Ya sabes que cuando no les dices lo de *sin novedad*, se ponen hechos unos basiliscos. Es lo que tiene la prepotencia consentida. Venga, Salvador, acuéstate y descansa.

Empezaba a entender por qué el comandante de Puesto no sacaría la mierda de máquina eléctrica de escribir: cualquiera daba cuenta de que se hubiera estropeado.

El sol radiante de la mañana no daba idea del azote nocturno. Los canalones lloraban la helada. Le dio las gracias al brigada y regresó a su cuarto, sin dejar de sopesar el maldito percance. Hizo lo que pudo. Su conciencia, tranquila. Lo que opinara la Cúpula era mera soberbia. Soberbia a la que a su debido tiempo aplicaría un feroz y alevoso correctivo. También para ese reto su conciencia se mostraba tranquila, anhelante más bien.

Desde la ventana del cuarto de solteros divisó el entorno que ahora sus pies y su impaciencia recorrían. Las Torcaces. El olivar. La noche.

La ira.

No dejaré que ninguna estrella de tierra me guíe.

En la mesa de la oficina había visto una copia de próximos servicios nocturnos, remitidos por alguna plana mayor, cuyos itinerarios, horarios y presentaciones venían marcados con precisión categórica, reveladora. Criminal.

Ese era el problema de fondo.

Ese era el motivo de su estancia allí.

Y de pronto, lo oyó… Sin que lo viera.

Con el ojo lleno de pupila, comenzó a avizorar en el paisaje indiscernible, a la caza del camión, cuyo ruido identificaba como a un pariente indeseable.

Se oía; pero no se veía.

La oscuridad parecía emanar de la tierra.

Se había despistado y no lo había visto salir, y aunque las crestas del declive lo ocultaran, al menos el resplandor de los faros tendría que verse.

Dejó de retorcerse en puntillas y se llegó al borde mismo de la pendiente. Ídem.

Lo escuchaba de un modo tan palmario como imposible avistarlo.

Y descendía por el camino de siempre, a unos doscientos metros talud abajo, rugiendo invisible.

El sonido de su velocidad constante y segura, desplazándose indemne a través de aquel dominio de sombras absolutas, por muy bien que el conductor se conociera el trayecto, lo tenía pasmado, fuera de sí. Daba saltitos de rastreador burlado, impotentes, en tanto que el ruido se desvanecía gradual en lontananza.

De repente, a la altura de la carretera, se revelaron las luces de un vehículo.

Tenían que ser ellos. Corrió al R-12. Ganó el asfalto cuando el vehículo prodigioso transponía el puente del molino. Intrigado, apagó los faros. La

brutal ausencia de referencias lo asustó y en seguida tuvo que encenderlos. Incluso con sólo las de posición resultaba peligroso.

¡Y sus enemigos habían recorrido casi dos kilómetros, plagados de curvas y baches, a una media de 50 o 60 km por hora!

Despejar esa incógnita le cegó casi tanto como la saña con que pensaba escarmentarlos. Aceleró hasta comprobar que perseguía el objetivo; luego, a fin de no causar sospechas, se mantuvo a una distancia variable, entre trescientos y quinientos metros.

Así, hasta que, como por ensalmo, desapareció.

Se esfumó de su campo visual como un duende de ojillos rojos que se hubiera tragado la tierra. Había ocurrido en un tramo de la C-215 que conocía a la perfección; por allí no existía ningún obstáculo ni accidente del terreno que pudiera haberlos ocultado tan de súbito.

Hostigó la visual sobre un vehículo que lo adelantó y su estimación —y desesperación— quedó confirmada.

Paró en el arcén y salió barriendo con la vista los campos cargados de luna nueva.

Negativo.

Y negativo. Fin de la operación. Había fracasado. Estaba más solo —y más perdido— que la señal de peligro por paso de animales.

Con zancadas trepidantes y una apurada linterna, se dio a escrutar enconado y metódico la estirada falda de sierra que venía a postrarse a la carretera. El otro arcén delimitaba la vega hasta el río, una estrecha zona exenta de granjas y de puentes.

Como en cumplimiento de un arresto, se veía yendo y viniendo con la linternilla, en vano y sin tino: un mochuelo le habría tomado por una luciérnaga, extrañamente pululante en esa época del año por mor de una mutación inexplicable para la ciencia, salvo para las multinacionales de los alimentos transgénicos; aunque lo más probable es que el fino oído del ave le hubiera puesto al corriente y al punto deducido que se trataba de un aturdido depredador espantando su coto.

Tenía que dar con el truco; porque tenía que ser eso: un *truco*, uno que él les jodería.

Mientras tanto, temblaba de frío y de rabia.

Cansado de jugar a la gallinita ciega con la venda de la noche, regresó al R-12, desalentado, maldiciéndose por su ineptitud. Repitió joder cuatro o cuatrocientas veces y echó a rodar reconociendo lo sucinto que los faros le exhumaban de los laterales del asfalto. Dio la vuelta. Montaría apostadero en el desvío a Las Torcaces. Allí los pondría bien de parabéllum.

Y entonces, lo vio. O tal vez fue una corazonada.

Al igual que el cazador obsesionado por una presa específica a la que persigue desde hace largo tiempo, Salva reconoció las rodadas del Ebro-2000 tiradas en la escarpada vereda destinada al paso de ganado, muy cerca de la propia señal que lo anunciaba y que el furor o la zozobra no le habían permitido inferir. Sólo un vehículo de las características de aquél podría trepar por una cuesta sin carriles y congestionada de escollos. Metió la luz larga.

Con el coche atravesado en mitad de la carretera, el volante en el pecho, contemplaba con trémulo regocijo los surcos anchos, paralelos, indubitables por las recientes incrustaciones de los neumáticos todoterreno que aplastaban los matojos escarchados en dirección a la sierra del Cantonal.

Aparcó en las carriladas de una viña y pasó a asegurarse la pistola en la cintura. De pronto, su tacto tibio se le antojó un yerro: dejaría casquillos delatores. El mismo fallo que en el primer ataque…

Dispararía y luego los recogería.

El caso era hacer algo.

Eludiendo vagas y cobardes lucubraciones, se arrojó por entre la sólida estela del camión que la loma de la trocha izaba hacia las confusas crestas. Cómo se manejaban le obsesionaba más allá de la combatividad que le hervía el ánimo, le explosionaba en las piernas.

Llegó a una bifurcación. Las marcas de las ruedas se embrollaban en la agreste negrura. Nada distinguía; ni siquiera palpando.

Se decidió por la senda de la derecha…

Hasta que harto de zanquear por imaginarios senderos y vertientes impracticables, falto de indicios auditivos y visuales, optó por hacer media vuelta.

De nuevo en el cruce, atacó el otro derrotero.

Veinte o mil minutos después, la siseante oscuridad llevó a sus oídos relinchos; relinchos por la Cabellera de Berenice. Dio cuerda a todos sus sentidos y se arrancó a campo traviesa, medio a tientas, hacia la que conjeturó sería la finca Los Chartos. Un picadero de caballos ubicado por aquella parte del planeta, demarcación del Puesto de Dosarcos.

Tambaleándose por sobre terrones, haciendo eslalon entre olivares, hundiéndose en fanegas recién aradas, gateando terrazas, trompicando y despegando, no hizo alto sino hasta verse surcando el espinazo de aquellas elevaciones oblongas y romas.

Contra el lívido horizonte, se silueteaba un corral. Relinchos.

¿Sería así como Moisés regaló a Marisa su yegua rociera?

La noche aún arropaba la faz de la tierra.

Inspiró con fuerza y siguió aproximándose, con trote receloso, tanteando el suelo, desplazándose encorvado como un mono, procurando poner la mano antes que la jeta por si tropezaba… Demasiado tarde. El acerrojamiento del remolque resonó y acto seguido el bronco Ebro que, incorpóreo, tronaba hacia él.

Se echó mano a la pistola.

Pero si podían circular sin luces, también podrían verle. *¿A quién, a qué dispararía?* Se imaginó un peregrino llamativo y extemporáneo marchando por el centro de un visor de rayos infrarrojos, y se apartó a un montón de gavillas, al borde del camino, donde se tuneló sin dejar de empuñar la Star.

Los sarmientos le acuchillaban. No llevaba la iniciativa.

El corazón le golpeteaba contra el pecho como un pistón pasado de vueltas; los pulmones no le daban abasto. Se ahogaba.

Salpicándole tierra y chinajos, se limitaron a pasar.

Surgió de las punzantes gavillas, sintiendo sólo el canto lejano de las revoluciones; y a por ellas se lanzó, cara ahora contra el viento gélido del lubricán… Hasta que dejó de oírlas.

Se frenó, rendido, despechado. Iracundo.

Guiones de luces diminutas se deslizaban escasas y veloces por la negra hondura de la vega, como perezosas balas trazadoras por donde debía de caer la carretera. De cuando en cuando, un par de puntos que pestañean hacia ella, el indeseable pariente, el travieso duende de ojillos rojos, que le decía *hasta luego Lucas*.

Maldiciéndose, se echó a caminar con los brazos cruzados sobre el pecho trepidante: menos que la mente, empero. Al iniciar la bajada, se sentó, con aire satisfecho, absorto, viendo cómo se aclaraba el cielo, se desvanecían las estrellas, se despejaba la mente.

¿Satisfecho de qué?

De tan íntima e incontenible furia que si mis enemigos la conocieran, temblarían de miedo, me suplicarían impúdica misericordia… Pero no lo saben. Peor para ellos.

Amanecía. La vega se desvelaba. Bajo el puente de sus piernas, un escarabajo pelotero se obcecaba en remontar un terroso surco.

Cogió un tallo seco y se entretuvo en asediarlo.

El coleóptero dibujaba tras de sí una raya movediza, penosa. Empeñado en arrastrar su convexa prominencia por aquel frente, zigzagueaba tratando de esquivar el estorbo que le colocaba delante una y otra vez; topaba y cambiaba la trayectoria como un coche de choque.

Apareció un congénere y trazó una trabajosa finta que le distrajo, y así el otro pudo remontar y escapar. Bordearon las punteras de sus deportivas y marcharon con rumbo norte, como una pareja de escarabajos *picoletos*.

Les permitió continuar.

Visto. La alianza con Anabel era esencial, su par en la batalla. Sin ella ningún escarmiento será válido. Nada de qué arrepentirse. Pura tarea escatológica. De un salto se puso en pie, dio la espalda a la pupila ardiente y con los brazos en cruz vigiló el nacimiento de su sombra.

Entonces jugó a deshacerse de ella mientras planeaba en vertiginoso descenso. Inane aspaviento: alegórico del feroz arrojo que lo impelía.

3

La reparación del local aún no había revocado todo el estropicio de su bautismo de fuego.

Un pequeño cráter en el suelo con marcas radiales ennegrecidas, la ventana el doble de grande y el canalón del alero exfoliado en tiras flotantes. El letrero, en cambio, había resistido el zarpazo de la explosión; excepto un tercio sin frontal y sin la M, lo demás seguía en su sitio.

Ningún parecido con la foto del periódico en la mano, que, desde la valla que rodeaba el edificio atacado, Salva cotejaba con incredulidad y sombría ironía. Sin duda, la política hace extraños compañeros de cama y sin duda la definición de terrorismo no está definida con un mínimo rigor en nuestros días. Él no se consideraba uno. ¿Y los del periódico? Seguro que tampoco, y si alguien los acusara de ello se rasgarían sus trajes de firma o pondrían una querella por atentado contra el honor. El *honor*. Qué palabra tan tergiversada. Honor es lo que le movía a él por la senda de la clandestinidad fatal. Lo supieran o no, su contribución no tenía precio.

Ya en la calle Zigia, Anabel le explicaba, después de adelantarle la próxima acción para la cual escogía los artificios necesarios, que golpear con éxito es siempre cuestión de oportunidad.

—Se escabullen gracias a su impostura y su dinero. Sin embargo, les delata su codicia. Hemos de aprovecharnos de las luchas entre las viejas oligarquías. Estamos contra todos. El resultado de nuestra violencia nunca superará su maldad. Pero tienen los altavoces de su parte y la repetición machacona del mensaje acaba por calar en la masa. Por eso debemos acometer con el máximo destrozo. Es el único modo de hacernos oír. Luego, dejarlos que se erosionen, que se enzarcen. Y al poco, otro ataque: cuanto más espectacular, dramático, quizás, mejor. Así hasta que la sociedad reaccione. Insisto en que debemos atentar contra un Ministerio,

justo ahora que el clima social empieza a ser agitado por los grandes sindicatos.

Ella daba en la diana y sus pretensiones no carecían de acierto.

Sólo que ese calendario no cuadraba con el suyo.

Su obsesión —su lucha justiciera— era más importante.

—¿Qué pasa con lo mío?

—Lo compaginaremos más adelante —contestó ella, sin clara disposición—. Antes es esto —remachó concentrada en la medición voltaica de las pilas.

—¿Y por qué precisamente estos días?

Anabel suspendió el manejo del polímetro.

—Lo ha ordenado el Comité —alegó obstinada y sin volverse—. La conflictividad social nos es propicia. Aunque he de reconocer que no tenía nada listo, tenemos que hacerlo.

Otra «dirección» que quería someterlo. Mal asunto. Su proyecto Escarmiento no admitía demora. Era cierto que el clima social estaba furiosamente enrarecido. Los sindicatos arrastraban a la huelga a los trabajadores, no para beneficio de éstos, sino el de las propias organizaciones sindicales, que, convertidas en tinglados de poder, exigían un aumento de las asignaciones presupuestarias a fin de sostenerse a flote, al modo de cualquier emporio económico que reparte dividendos entre sus accionistas, sólo que a costa del erario. La masa obrera —entusiasta, soñadora, analfabeta— se dejaba trasegar incapaz de ver allende la charlatanería decimonónica: incapaz de entender que cuando corre delante de la Policía lo hace, sobre todo, con el gasto que entraña la vidorra burocrática y sibarita de sus dirigentes.

Sí, el ambiente era propicio. Pero él no podía esperar. Siempre habrá primaveras y otoños calientes mientras caigan hojas y haya alguien que se apresure a moverlas antes que el viento.

Su oportunidad sí que era inaplazable, y cambiar el Sistema podía esperar otro mes. Lo dijera la dirección de quien fuera.

—Imposible. Sólo *mi* plan, es prioritario. Atentar contra un Ministerio puede esperar días, semanas; no hay prisa: la iniciativa siempre será nuestra. En cambio, los asaltos a los corrales de ganado son impredecibles. Dependemos de ellos. Quizá en la próxima ocasión no dispongamos de tiempo ni posibilidades. Lo haremos, yo al menos.

Anabel dejó la faena.

—¿De verdad crees que servirá de algo? —planteó con evidente fastidio.

—*Quid pro quo* —la recordó él—. Yo te ayudo en tus acciones y tú en

las mías. Además, sé cómo podemos hacer que la bomba explosione dentro del propio Ministerio —agregó, tentador.

—¿Cómo? —se giró ávida.

—Tan espectacular como desees: días de alboroto y mucha propaganda. Confía en mí.

—De acuerdo —se avino ella, no sin cierto titubeo—. Lo haremos los tres.

Ahora titubeó él.

—¿Los… *tres*?

—*Quid pro quo* —repuso Anabel.

—Está bien. Tú serás la directora de tus operaciones y yo lo seré de las mías.

Anabel se puso a su lado para indagarle acerca de las distintas cargas, embolsadas bajo la mesa de trabajo.

—¿Cuánto crees que podremos pasar?

—Suficiente para que se hable de nuestra acción durante mucho tiempo.

—Vale: aplazaremos el ataque al Ministerio y así podré perfeccionar mis *petardos* —cedió y se regocijó ella—. Le diré a Dioni que pida confirmación a la Dirección Técnica. Como tenemos problemas para mantenernos en contacto, eso nos permitirá retrasarlo. ¿A qué hora?

—A las cero.

4

El Ebro repetía el último *modus operandi*: abandonaban Las Torcaces sin sigilo y sin luces.

Sin piedad.

Por medio de prismáticos, y gracias a una noche de más luna y mayor serenidad, podían seguir el indudable trayecto de la masa rectangular; una masa que se perfiló al entrar en la carretera.

Esta vez tomaron dirección a Villarjo.

—Como ya te dije, se guían con visores nocturnos —dijo él, regresando al R-12.

—Entonces, tendremos problemas más graves que la vez anterior —observó ella.

—No: porque nos adelantaremos.

Anabel no insistió.

Empieza a confiar en mí, y entró en el asfalto quemando goma.

Un vistazo y un tanteo a la recortada con sus dos cañones paralelos cargados, encastrada entre los asientos, remachó su infalible vigor. Aunque la infalibilidad radica en creérselo uno mismo, era consciente de que necesitaba medios contundentes para alcanzar el fin. Y es que el que da primero, da dos veces.

Él daría primero.

El arma era la escopeta de cañones recortados que él y Monti confiscaron a los detenidos el día de la persecución en la fábrica de uralitas, aquel servicio que la élite azul y sus esbirros les habían expoliado por su embriagadora esencia de medallas. Había quedado depositada en la Intervención de Armas de San Juan hasta la fecha del juicio; y mientras tanto, él se la tomaba en «usufructo» a la Guardia Civil.

Salieron del término de San Juan, atravesaron el de Villarjo y se adentraron en el de Torrentera, otro de los Puestos demarcación de la Línea. Ninguna patrulla se les cruzaría. Seguro. No quería perderlos de vista y eso le obligaba a mantener una separación poco prudente.

Hubo un momento en que el Ebro aminoró sospechosamente la marcha y no tuvo más remedio que adelantarlo.

En el retrovisor la luz corta del camión menguaba y menguaba; parecía que se hubieran parado. Eso conjeturó en uno de los vistazos y al siguiente —medio segundo después— ya no lo divisó.

Se apartó a una derruida caseta de peones.

Tras efectuar espera por un cuarto de hora, regresó a rastrear las huellas del Ebro.

A su ansia de hostigamiento, a pesar de que la zona le era del todo desconocida, los carriles de yerba tumbada se le revelaron con la firmeza de vías muertas de ferrocarril.

El itinerario subía y bajaba en abruptas ondulaciones y la sensación era la de que surcaban un mar de olas petrificadas. Las crestas de las rodadas, altas y secas tras las lluvias, se resistían a desmocharse. El R-12 se arrastraba. Los bajos rechinaban haciéndole temer un nefasto encallamiento. Y Salva avante, a por los cuatreros, a porfía cual resurgido *desfacedor*.

¿Daría con ellos? ¿Otra noche de vagabundeo armado?

De vagabundeo nada: la sin par Anabel está a su lado.

La captó de soslayo, silente, las manos abiertas y firmes apoyadas en la guantera, escudriñando con sus ojos nato como si fuera ella el explorador primordial. Las crenchas de la melena ocultaban su cara al vaivén del

terreno irregular y escabroso… Tal que su despiste.

—¡Eh, cuidado! —exclamó ella—. Te estás saliendo.

—*¿Saliendo?* ¡Ah, Joder! Es verdad —y torció a recuperar la senda prioritaria.

Cada cinco minutos apagaba el motor y escuchaban.

Cada cinco… hasta que el balar de un ganado les llegó como algo natural que devenía a la expedición de una ira errática y cazadora.

—Vuelvo en seguida.

A cruza barbecho, por la campiña extraña, partió como un misil.

Un misil guiado por la rabia. Por fin los tendría a tiro.

Dio con la sombra neta del camión, las afanosas siluetas; se formó una idea de la situación y desanduvo la excursión dudando de si no se extraviaría.

—Tenemos que actuar —resolló, al fin, delante de su amada-camarada.

La mostró la Star, que depositó encima del asiento.

—Cógela; pero antes ponte los guantes.

Ella dio curso a la orden, al tiempo que él hacía lo propio con unos marrones, de algodón, también muy finos y adaptables: los del uniforme de paseo. La ironía le torció la boca; jamás habría imaginado darles semejante uso. Ironía pringada de pesadumbre. Sí, muy útiles. Se preñó la riñonera de cartuchos, empuñó cómicamente la recortada —a la manera de un rodillo de amasar— y entrambos enfilaron; no a una comedia, discurrió, fugaz, sino a una tragicomedia.

En realidad, a una mera tragedia.

Y es que tendría que ser así, si de verdad quería escarmentarlos.

Cincuenta pasos por delante alguien corregía a un grupo de incapaces que trataban de arrastrar o levantar una captura, cuya mole debía de rebasar sus fuerzas o su maña. Otro se quejaba de no tener el ingenio que les permitiera ver, tal que el capataz del asalto.

Pronto lo tendré en mi poder.

Dejó de avizorar.

—Iré solo. Si te necesito, te llamaré; o bien si hay disparos y no contesto. No digas nada —la silenció con un beso—. Saldrá bien. —Se subió la bufanda collarín (la braga oficial) hasta la cabeza, fijándosela por delante, bajo los ojos, y acto seguido se movilizó recortada en ristre.

Marchando hacia el alba, que cresteaba tímida y cómplice recortando el objetivo y a sus profanadores, llegó hasta el corazón del teatro de operaciones.

El comandante de la razia, encaramado a una alta pared, escupía

instrucciones de cómo aupar un ganado medio adormilado, aunque no fuera sano ni salvo. A su espalda, se apoyaba una escalera de aluminio.

Sobre el primer escalón, Salva puso un pie.

La dificultad de extraer a la res durmiente los desquiciaba, y así unos a otros se farfullaban quejas e insultos. Salva escalaba con macizo y cuajo paso. No tardaría en ser descubierto. Quizá el otro se le muriera del susto antes que del golpe o el tiro. Los ojos de la recortada y los suyos se detuvieron a la altura de los calcañares enemigos. La cabeza nimbada de un formidable carnero asomó a empellones; el otro se agachó para agarrarlo por los cuernos.

Entonces se percató.

Había algo cómico —pura tragicomedia— en la agachada postura que le encaraba a través de sus propias piernas, con los rasgos de la cara y la boca abierta congelados en una mueca de espanto contenido. Los ojos los presentaba enmascarados por un artilugio petulante y tocho.

Al cabo de un segundo, Moisés júnior seguía sin creérselo. Para confirmárselo, Salva le despabiló con una sañuda percusión de los cañones al rostro. Hubo un chasquido, la víctima gruñó un «¡uy!» —también bastante cómico—, y ya se derrumbaba en muda y pesada actitud, cuando le trincó con la mano libre y al vuelo el artilugio poderoso.

Tironeó fieramente y se hizo con él mientras Moisés júnior se desplomaba.

¡Plof!, fue el sonido del aterrizaje junto a la escalera.

El primero fuera de combate.

—¿Qué hostias está pasando, Mois? —inquirieron voces jadeantes y ocupadas del otro lado.

Salva se llevó los tochos anteojos a la cara: la magia del ingenio óptico verdeó para sus ojos el paisaje en torno, algo así como un canal de TV no bien sintonizado del todo, cuyas imágenes tienen algo de nieve, pero que no impiden distinguir lo que se muestra. Fascinante.

Abajo el tal Mois —Moisés júnior—, tendido de espaldas y con las manos ensangrentadas en la cara, gruñía y maldecía.

Saltó a su lado.

Siguió contemplándolo, con desprecio.

Con desprecio inmisericorde.

Adelantó una pierna y con la otra le envió un punterazo a la cara.

¡Toma, Moisés yúnior de los cojones!

Al brutal impacto la víctima perdió el conocimiento. Corrió a contarle lo del juguete a su pelicobre. Cuánto debía de haber disfrutado el intrépido

conductor, y ahora lo tenía él. Su intrepidez ya sí que no tendría límites.

Ella apuntaba al ruido de sus zancadas, y él la previno:

—Soy yo. Todo va bien. —Anabel apartó la pistola y sus ojos nato buscaban los suyos—. Mira —la hizo palpar el visor—. Yo tenía razón en mis sospechas. —Y no queriendo perder más tiempo—: Tengo que volver. Voy a dejarles un recuerdo. No te muevas; no me ocurrirá nada. Hasta ahora.

Y sin esperar respuesta, se volvió sobre sus pasos.

Una forma humana, hendiendo la oscuridad con una linterna, coronó la pared.

—¡Eh, Mois! —se alzó, y gritando a voz en cuello—: ¡¿Pero dónde coño andas?!

Enfocó bajo la escalera y dio con su compinche, inmóvil y sanguinolento. Soltó un grito.

Entretanto, Salva avanzaba, cauteloso, vacilante.

El otro movió el rayo de luz: Salva tuvo que frenarse. El visor, herido por tan resplandeciente puntería, lo deslumbró sin intersticios. Alargó la mano como si fuera a dar el Alto a un infractor; y tardó en recuperar la visión: lo que entrevió fue al otro saltando de la cabina, empuñando un arma larga…

Salva, con la recortada embocando a aquel hijoputa, se arrancó a vida o muerte; le perdonaría si le daba tiempo…

Por suerte para el otro —a su impericia—, se le metió encima antes de que pudiera ser encañonado: con un patadón al muslo lo quebró, cayendo el forajido con un quejido gutural.

Salva atrapó el fusil, un rifle del 22, semiautomático y con cargador. Se giró explorando otras amenazas. Ninguna. Era maravilloso mirar y ver. La nueva víctima se retorcía afásica, combándose hacia su pierna tronchada: una interrogación temblorosa y fuera de combate.

Apuntó al vehículo y disparó.

El salivazo de postas convirtió el parabrisas en trizas hexagonales; granizaba todavía cuando descerrajó otro contra el radiador. Al borboteo del agua se añadió el furioso galope de zancadas en estampida. Las buscó con el infrarrojos: dos tipos arreados de pánico corrían en direcciones opuestas. Tardaría en alcanzarlos. No valía la pena. Abrió la escopeta, retiró vainas, repuso cartuchos. Apareció Anabel, con la cabeza y parte de la cara envuelta en un pañuelo. Preciosa.

—Toma —le entregó la linterna y el rifle—. Vamos a darnos un festín de tiros. Y no me enfoques a la cara.

Los dos heridos permanecían tumbados. Moisés júnior, despatarrado

como un turista nórdico avariento de sol, *¿estaría vivo…?* Sí: las vetas de sangre en el rostro seguían manando. *¿Quién sería el otro?* Éste no sangraba. Se esforzaba por respirar. Salva le ayudó con otro patadón, a los güevos: prorrumpió en un aullido lastimero y se encogió como un gusano.

Salva retomó la escalera. Dentro del corral, el atontado animal reaccionaba; estiraba las patas, sacudía los cuernos. Se despabilaba. Los huidos habían desaparecido. Tornó a aterrizar con una flexión de piernas y se quedó en esa posición: la que mejor le venía para tirar a las ruedas. Le extrañó que el neumático no se desinflara de manera fulminante; en las películas siempre ocurría.

Repitió la descarga. La llanta enterró la goma en el suelo; quizá el excesivo nerviosismo con el que se condujo en el primer ataque truncó sus intenciones. Esta vez se aseguraría.

—Tenemos medio minuto.

Abrasaron las armas, hasta casi agotar todas las municiones.

La carcasa del Ebro parecía como atacada por una virulenta carcoma férrica. Aletas, capó y cuadro de mandos se habían encrespado o volado por el acribillamiento. Los manguitos lagrimeaban flácidos, casi obscenos. Las llantas acuchillaban la tierra. El vehículo se hincaba siniestro y siniestrado. Les había jodido el plan y no podrían ocultarlo. Por mucho que el general lo quiera impedir, habrá responsabilidades penales. La complicidad de la Cúpula saldrá a la luz.

¡A la trena cabrones, a ver lo que resisten vuestros culos de patriotas!

Aterrado y dolorido, el gusanaco gemía y lloriqueaba.

—¿Le damos? —inquirió Anabel, apuntándole a la cabeza.

Ganas le daban a Salva de reventarle a quemarropa. Pero un vago sentimiento, de la mano de un escrupuloso e invencible poder sobre la vida de otros, aleteó llamando a piedad: una especie de turbia delectación en perdonarles la vida. Esa que un artista del tiro en la nuca jamás podrá gozar: con el furor de su cobardía lapida insensatamente la jubilosa mística del homicidio racional.

No; no de momento.

—Dejémoslo así. Por ahora van listos. Tenemos que largarnos.

Arrojó el fusil y la linterna y, asiéndola de la mano, la arrastró a ella y a sus hilarantes protestas por la colosal incertidumbre y el camino no visto hasta el R-12.

—Sube, *panocha*. Ya verás lo que es conducir sin ver —dijo, poniendo el motor en marcha.

—Pues déjame el trasto ese, *soldado* —le pidió ella. Se lo puso y—: Joooooeeeer. ¡Arranca, que yo te guío!

Salva lanzó el R-12 a la oscuridad tambaleante.

—A la derecha. ¡No, no tanto! —gritaba ella, gritaba él, ambos desenfrenados de euforia y pavor.

XXXVII. JEKILL Y HYDE. SALVA O EFRÉN

1

—La Organización ha aprobado el ataque al Ministerio. —Anabel le ponía al tanto tras el beso de bienvenida—. Por fin, Dioni ha conseguido ponerse en contacto con el Comité Central.

—Estupendo.

—Pero antes Dioni quiere verte, y de paso plantear la crítica situación que atravesamos.

—¿Para qué?

—Si vamos a colaborar en ciertas operaciones, es lógico que quiera hacerlo. Y conveniente por lo que a nosotros atañe, si no queremos levantar sospechas. Sentémonos, ¿vale?

La idea de tener que subrogarse a otro u otros era para meditarlo sentado más que de pie. Lo cierto es que después de dedicarse a ello muchas horas desde que Anabel se lo planteara días atrás, seguía en el mismo punto de perplejidad y desasosiego.

Presintió que no había remedio y decidió acabar cuanto antes con aquel episodio perturbador. Al fin y al cabo, con ello se disiparían algunas dudas, no precisamente revolucionarias.

—¿Cuándo? —preguntó, dejándose caer en el sofá.

—Dentro de media hora —contestó ella, tomando el gran sillón de mimbre—. Aquí mismo, si te parece bien.

—Sí, por qué no. Espero que no me interrogue ni se pase con las preguntas. ¿Tendrá que informar de mí a la dirección?

Ella le sonrió tranquilizadora.

—No te preocupes, cariño —levantó sus finas manos en un gesto de concesión y garantía—. No te hará preguntas improcedentes; se fía de mí. Sólo se trata de conocernos: un café justo antes de salir para los minicines. Y con relación al Comité Central, ellos no tienen por qué saber nada, si acaso que somos amantes y que compartimos ideales. De hecho, Dioni les ha informado de que las últimas acciones han sido llevadas a cabo por él y por mí. Y así será siempre. Nuestra alianza es muy clara: *quid pro quo*.

—En ese caso, adelante —concedió Salva—. Recuerda que no quiero ser militante de primera línea: tan sólo fortalecer nuestro pacto.

—Por supuesto.

Sí, el pacto. Transcurrido un mes no existían otras diligencias en el Puesto de Torrentera que una simple denuncia por intento de robo, sin ninguna referencia a camiones o individuos lisiados en el lugar del hecho. Y sí había ocurrido; el Ebro se aplastaba semioculto y desbaratado en el desguace de Parra: lo habían dejado como un colador (qué ilusión, coño). También lo atestiguaba la cara envuelta en vendas de Moisés júnior. Lástima que no les «firmara» el careto a los demás. Del que hirió en la pierna —tenía el fémur partido—, averiguó que se trataba del pariente de De Lasheras, Nachito, que, según Félix, no era ningún sobrino, sino un «querido», ya que el veterinario «funciona a motor y a vela». La parte de Urbano Arteaga se constataba por el visor nocturno, con sus iniciales góticas. La trama se extendía.

Su furia vindicativa, también. Su furia sin ella no sería nada. Ella sin la Organización puede que tampoco. Un pacto. *Quid pro quo*.

—Y aparte de conocernos, qué quiere proponer. ¿De qué va exactamente la «crítica situación»?

—No estoy segura.

—Tú tienes que saberlo.

—Bueno… Sí: *dinero*. Estamos en dique seco. Esa es la cuestión. Creo que Dioni quiere plantear un golpe en ese sentido. Me pidió que no te hablara de ello, ya que primero quería comprobar tu disposición. El asunto es algo distinto a poner mochilas explosivas en la noche y correr. O conseguimos dinero o dejamos de existir.

—Es un giro muy arriesgado —apuntó Salva—. Nada de eso habíamos hablado antes.

—Son los imponderables de la lucha. Los tres podemos hacerlo.

—Los tres, eh…

Salva se arrellanó, buscando relajarse. Frente a él, serena en su trono de mimbre, Anabel lo miraba irrecusable y comprensiva. La aventura adquiría un giro vertiginoso, o mejor fuera decirse que se precipitaba…

Lo cierto es que vivir en la Lucha sin fondos es inviable.

Mejor sumirse en la contemplación de la polvorienta luminosidad de la tarde de finales de invierno que entra por la ventana, a espaldas de ella, en cómo los rayos vespertinos fulguran en su melena y bruñen su piel en los calculados rotos del pantalón vaquero, rajado a la altura de las rodillas. En la universidad hay que ir de pijo, los éticos no están de moda, son risibles. Se lleva la frivolidad, las marcas, lo clónico. Ella es la excepción, la magia, la belleza del hervor: por dentro y por fuera. En el amor y en la guerra.

Con ella a donde sea, pero *¿por qué un tercero?*

—Yo no quiero pertenecer a la Organización. Es algo entre tú y yo.

—Pero yo sí. —Anabel movió los ojos para mirarle, transmitirle que su decisión jugaba a tres bandas, pero del todo compatible—. Es una lucha en el que tus fines y los míos son idénticos. Dioni es el responsable de recomponer el comando Centro; pero no hace nada sin contar conmigo. Está demasiado solo. No habrá problemas. Créeme —suplicó, o exigió.

Llamaron a la puerta. Golpes que percutían conforme a una cadencia predeterminada: dos toques agudos, un intervalo, y otros dos rápidos y pesados.

—No olvides cuál es tu nombre de guerra —dijo ella, saliendo al recibidor—. Todo irá bien.

Dionisio Lara, dirigente de tercera del FRAF, encerrado en una resobada trenca, entró cabizbajo a la sala de estar. Su aspecto escuálido y avejentado sobrepasó la idea que Salva tenía de aquel tipo. Las pocas veces que lo había visto, dentro del kiosco, le había parecido más joven, menos consumido. Aparentaba unos cuarenta años y su fisonomía destacaba por un mentón picudo, una nariz afilada como la hoja de un machete, los ojos hundidos en cuencas amoratadas *(¿como las de un fanático o como las de un drogadicto?)* y en la cabeza el pelo grasiento se le alborotaba en un remolino en plena coronilla. Sus cansados ademanes le recordaron al guardia primero Barahona; transmitía fragilidad a granel. Se quitó la prenda brillante de uso y le tendió la mano.

—Hola, camarada —pronunció con voz apurada.

Salva se incorporó para estrechársela; tuvo la impresión de que la oprimía en exceso y en seguida la soltó. El brazo izquierdo lo llevaba en cabestrillo.

¡Menudo activista!

—¿Qué tal tu lesión? —se interesó, sin dejar de observarle.

Sabía por Anabel que tenía 34 años, que estaba separado y que vivía de regentar un kiosco y de una mísera pensión que le había quedado al caerse de un andamio de la construcción. Perdió el trabajo y casi la vida. Estuvo en coma durante ocho días y con el alta ingresó en el activismo radical. Salva dudaba del ímpetu final, si por templada convicción o por inflamado despecho cuando se enteró de la fuga de su casquivana mujer con un policía. A pesar de todo, creía en la lucha y se consideraba afortunado por no tener que depender de nadie, excepto de la Organización y de algunos porros que se fumaba más que de vez en cuando.

—Ya estoy bien —respondió, lacónico—. Ana, además de ser muy buena con los *petardos* lo es como enfermera. —Se sentó, ciñéndose al brazo del sofá como si necesitara apoyo.

En el otro extremo le imitó Salva.

Dioni levantó el brazo en ángulo rígido y, sin atreverse a mirar a Salva a los ojos, añadió:

—En una semana me quitaré el trapo.

—Me alegro de que lograrais escapar del tiroteo con los *picos* —comentó Salva, entrando en materia—. Espero que me lo cuentes algún día.

—Claro, claro… —titubeó Dioni—. ¿Cómo era tu nombre? —preguntó de improviso.

Tu nombre de guerra es…

Salva se quedó sin aire, azorado… No lo recordaba.

Tosía dispuesto a salir por los cerros de la Academia, cuando intervino Anabel.

—Efrén, ¿quieres café?

—Sí, un poco —respondió el aludido, alias Efrén, con solapado, inmenso alivio.

—Eso, Efrén —dijo el jefe del comando—. Sí, un día de estos. Aunque es poco lo que hay que contar. Tuvimos suerte. Pero más tuvieron ellos, porque el camarada Pablo, después de mucho dudar, se fue a por los *picos*, listo para ejecutarlos y requisarles el coche. ¡Puta mala suerte! Se largaron antes de que se les hubiera acercado lo suficiente. Creíamos que no nos habrían visto y seguimos allí, acurrucados, muertos de sueño y frío. Hasta que de madrugada un montón de fuerzas represoras nos despertaron. Joder, en mi vida he corrido tanto. Lo del brazo fue por una caída que tuvimos con la moto y no de una bala, como se dijo. Lo he tenido escayolado hasta no hace mucho. Bueno, los detalles otro día. ¿Qué os parece si debatimos la política que debemos seguir? Ana ya me ha comentado que trabajáis en perfecta sintonía revolucionaria. De puta madre, porque lo importante está por llegar.

—¿De qué se trata? —fingió Salva desconocer los motivos.

—Dinero —contestó el jefe del CC—. El ideal de transformar esta sociedad corrupta sólo puede hacerse con él —una paradoja que impregna a todos los bandos que no se adaptan al cambio social, se le reveló a Salva de inmediato, tal que llamarse Guardia Civil y ser más militarra que la propia idiosincrasia castrense—, de lo contrario no podremos sostener la guerra contra el fraude del actual Sistema político, los poderes fácticos ganan otra vez terreno, la Gran Patronal está mejor blindada cada día y los políticos se han vendido a…

—Creo que deberíamos concretar los métodos de lucha —le interrumpió Salva, en un intento por liberarse del premeditado discurso ideológico del recién llegado—. En cómo recomponer una estrategia particularmente revolucionaria. —Trató de enardecer a su interlocutor y que éste no se tomara a mal la interrupción.

—Sí…; es verdad —admitió Dioni. Dedicó a Salva una fugaz y mosqueada mirada y continuó participando—: Lo que hay que saber es que estamos sin dinero y sin armas. Contábamos con dos pistolas y una metralleta, que perdimos en el encontronazo con la *pasma*. Cuando regresamos a mi casa, temiendo que nos localizaran, el camarada Pablo se llevó las pistolas. Es como la pescadilla que se muerde la cola, que sin dinero no hay armas y sin armas no hay dinero. Únicamente tenemos ideas; pero con las ideas no se ganan guerras, y ninguna otra cosa. —Remató sofocado, y se quedó mirando al mantel que Anabel extendía sobre la mesa de los pufs, una tela bermellón decorada con aves y granos deshilachados.

Salva estuvo por contradecirle, ya que en el asunto de las ideas, en su opinión, sí era posible si una vez expuestas combaten en igualdad de condiciones que las del oponente. Pero recordó en qué lado estaba y del tiempo que le había tocado vivir y comprendió que ahí no había nada que rebatir.

Tenía razón el jefe del CC y de corazón se puso de su parte.

—Cierto. Sin dinero una idea no existe. ¿Cómo lo conseguiremos, entonces?

—Lo primero es hacerse con armas —respondió Dioni; luego vaciló—: ¿S-se te ocurre algún plan, Ana?

Ella se encogió de hombros mientras distribuía tazas humeantes.

—Tú deberías tener algo.

Dioni se removió. Sudaba. Aunque la estufa de gas funcionaba, el calor no era para tanto.

Se esforzó por seguir en el papel de mando y propuso:

—Quizás si atacáramos una comisaría de las fuerzas represoras, o una emboscada a una patrulla nocturna… no sé… Ya sabes, Ana —sus palabras destilaban un tono de súplica—, que no tengo problema en conseguir el coche que haga falta para que la huida salga bien…

Anabel se acomodó en su trono.

—No te preocupes. Ya se nos ocurrirá algo —dijo asiendo una taza—. ¿Verdad, Efrén? —El ondulado vapor reptaba por su mejilla y se infiltraba por el flequillo caoba.

Eso le distrajo.

—Sí, sí, por supuesto —articuló Salva, que no terminaba de reconocerse en el alias—. Trazaremos un plan y te lo presentaremos.

—¡Conforme! —celebró Dioni, poniéndose bruscamente en pie—. Ahora tengo que marcharme —apuró el café de un trago y dirigiéndose al neófito, con aire amistoso—: Tengo un gran presentimiento. Sé que serás

un buen camarada. Nos saldrán grandes cosas, Efrén. ¡Salud!

Dio media vuelta y tomó la calle como quien huye.

—Ojalá —repuso Salva, o Efrén, con la cabeza en otras cosas.

¿Quién es Efrén? *¿Qué será de Salva?*

Anabel quiso saber la opinión que le merecía.

—No le veo mucho de guerrillero. Me da que tiene problemas con su cuerpo. ¿Está sano?

—¿Qué quieres decir?

—Mencionaste drogas.

—Es cierto. Está un poco enganchado. Pero lo va superando… ¿Me acompañas al trabajo y charlamos por el camino?

—Claro. Y de paso me cuentas cómo lo haremos.

—¿Lo de las armas…? Pero si aún no lo sé.

—Seguro que sí.

—Desconfiado —le dio un pellizco.

Vaya si lo había pensado.

2

—Nunca creí que fuera tan difícil —se quejaba Anabel, estrangulando la pistola más que empuñándola. El viento perfumado de Matallana le revolvía el pelo, y entre éste y aquél y su ansia jamás encaraba correctamente.

Él no paraba de corregirla.

—Relájate. Debes hacerlo con los dos ojos abiertos. Si te tapas uno, ves menos: así de sencillo. Cuando tengas tomada la línea de mira con el blanco, entonces arrastras el disparador, procurando no mover el arma; que te sorprenda el disparo.

—Tú lo ves muy sencillo. A ver, dispara —le retó con guasa.

Una ancha y abandonada cantera de yeso, perdida en el páramo de Matallana y asimismo en la memoria de los lugareños, les servía de ideal campo de entrenamiento. Ni los cazadores solían pasar por allí en época de caza, menos en veda. Tampoco lo haría la patrulla del Puesto, que había tenido que salir a pie ese día. Y Matallana no justificaba llegarse a pie. Ni en vehículo: no había nada que vigilar. Unas cuantas latas vacías de refrescos repicaban (a veces) como dianas improvisadas.

Salva extendió los brazos y, flexionando ligeramente las piernas, vació el cargador en fuego instintivo. De los cinco botes, tres fueron alcanzados;

pero es que eso de disparar y hacerlos saltar como si fueran muelles no eran sino efectos peliculeros. En cuestión de tiros, el cine o la televisión poco tienen que ver con la realidad. En tiros y en voces. Anabel también lo sabía, pero la propaganda es tan fuerte y sutil que incluso seres tan lúcidos como ella podían sucumbir en cuanto bajaran la guardia, volviéndose crédulos si el tema martilleado se apartaba de sus afanes más encendidos.

Fue una laguna que Salva la advirtió y eso le puso ideológicamente eufórico, a su altura especulativa y refutante en un momento dado.

Que ella se expresara burlona fue la corroboración.

—No parece que te haya salido muy bien, *soldado*.

—Que no me llames soldado —y le ofreció el arma.

Anabel alimentaba la Star torpe y lentamente.

—Más deprisa, *panocha*.

—Muy gracioso, *soldado*.

Emulando a su instructor, Anabel levantó el brazo e hizo dos disparos consecutivos. Se percató de que ambos habían picoteado la tierra varios metros detrás de las latas y recompuso la postura: guiñó con fuerza uno de sus aguzados ojos y abrió fuego, con cuajo y reconcentración, hasta agotar el cargador. Rozó una de cola y otro de cerveza.

—Lo ves. Dos, casi como tú —presumió, orgullosa.

—Sí. Pero tú estarías muerta si en un tiroteo te empeñas en afinar tanto.

—Seguramente —dijo—. Disparemos mucho, venga.

Un viento fragante de tomillo y espliego salvaje no tardaba en desvanecer el aroma de guerra. Pero disparaban incansables y cada cartucho recargaba al punto el aire con su hálito de pólvora y fuego. Él le bajaba los tiempos entre disparos, obligándola a que mantuviera ambos ojos abiertos; algunas veces daba en el blanco.

Dos horas después recogieron el centenar de casquillos y pasaron a contabilizar los éxitos por las latas como coladores desfigurados. Anabel se sentó junto a él, en lo alto de un montículo, metió los codos en el regazo y se los abrazó.

Un salicón orondo y petulante vino rodando del yermo, tembló en la arista más abrupta de la cantera y resbaló o lo empujó el viento a la hondonada, adonde fue a depositarse con otros cien mil de su especie. Al poco llegó otro, mezquino y pizpireta, y le ocurrió lo mismo. Y otro. Era como si aquella fosa fuera un cementerio de elefantes, sólo que de plantas arrancadas y hastiadas de deambular. Puede que se tratara de una congregación tan sediciosa e inaprensible como la de aquella pareja de activistas que pulían el primer asalto en su convergencia revolucionaria,

conjeturó Salva, y pasó a responder a su pregunta:

—¿Que cómo resultará, ahora que te he visto disparar? Pues que creo que no le darías a un bidón ni a bocajarro. Pero eso ni Zipi ni Zape lo sabrán.

Ella siguió absorta en el fútil trasiego. Y a él el vuelo de tamaña ansiedad que se le alzó de golpe… Enormes nubes como témpanos desprendidos de un polo etéreo flotaban en un cielo cuyo pequeño y benévolo astro asomaba a lapsos con variada temperatura que metía en Salva —*¿Efrén?*— escalofríos de duda y terror anticipado.

3

Y así hasta el día clave.

Esa tarde la canción sin nombre llenaba el pabellón, exacerbando sus nervios.

Salva, encerrado en su cuarto, daba vueltas y vueltas sin dejar de sudar. Monti hacía sonar el *AMIGA* como una orquesta de sádicos y Velasco se uniformaba.

—¡Pero cómo! ¿Te vas de guarras, Poli? —le oyó exclamar, asombrado.

Un golpazo y la canción sin nombre dejó de retumbar.

—Se ha largado con un guaperas de Maracaibo, la muy zorra. ¡Así reviente! —imprecaba el Polilla—. Pero yo me voy de putas ahora mismo. Si antes he estado con una, esta noche iré con otra. ¿Te vienes?

—No puedo, socio; entro de servicio —se excusó Velasco, muy consecuente. No obstante, intentó prestarle ayuda—: Si quieres llamo a una *lumi* de confianza. Te quitará todas las penas, te lo garantizo.

—Estás ofuscado. Mejor no salgas —se sumó Salva, saliendo al pasillo.

—Qué va, tíos. Pero si paso de todo —replicó Monti, con tan adulterada alegría que vino a quedar patético.

—Ay, Poli, Poli. ¡Cuándo aprenderás que las mujeres en la cocina y en la cama, y por el pasillo a hostias! —sentenció Velasco en camiseta de hombreras y pantalón de faena por dentro de las botas sin abrochar, cuyas hebillas arrastraba mientras abanicaba su cuarto con la almohada.

Monti no le contestó.

—Y tú, qué: ¿te la estabas cascando? —lanzó Velasco al fijarse en Salva.

—Tengo fiebre, ¿vale?

—Vuestro problema es que metéis poco —dictaminó Velasco, dando por concluida su faena. El olor a hachís comenzaba a extenderse por todo el pabellón.

Salva abrió ventanas. Al reparar en el *AMIGA* encendido, probó a tentar al Polilla.

—Quédate y echamos unas partidas al *Soccer*.

—Todo para ti —Monti agarró una desconocida chupa negra y partió con ella al hombro.

Resonó un portazo.

Faltaban algunas horas para la Operación Zipi-Zape.

Sí, el *AMIGA*: una válida distracción.

Un enjambre de iconos atestaba la pantalla. Con una doble pulsación en uno de ellos, entró en un pasapantallas variopinto, con predominio de modelos despampanantes.

Chicas sacadas de algún *Play-Boy* o similar se alternaban con Drácula, Freddy, el muñeco diabólico, y una ciertamente caprichosa: una figura humana mostraba un rostro de expresión feroz en su mitad vertical; la otra mitad era de una traza apacible. JEKILL-HYDE, se leía en una esquina. El conflicto de la dualidad. Una vez acabadas las modelos desarropadas, Velasco desapareció hacia su servicio.

Salva, en soledad, optó por distraerse con las imágenes.

Las trasladaba al programa de retoque fotográfico. Las alteraba, las modificaba, las descartaba. A una de un BO-105 del Cuerpo que sobrevolaba unos picachos nevados le plasmó un misil recortado de otro archivo gráfico: único modo de abatir al presumible comando de caudillos fondones, cuya misión nada tendría que ver con reconocimientos operativos o con probar tecnologías punta, sino cómo gozar a costa de la tradición, a despecho de la democracia y la Declaración Universal de los Derechos Humanos.

Le sucedió una imagen en la que el cuerpo de Rambo tenía por cabeza la de su amigo. Conjeturó con esa idea tan divertida y original y se dio a rastrear en busca de alguna de sus fotos digitalizadas.

Cargó en pantalla una vestido de guardia civil y otra de paisano en vaqueros y cazadora acolchada. Las retocaría; cambiando colores, quitando prendas, superponiendo recortes… Trató de añadirse a su pelicobre. Pero sólo acertó con el color del pelo y apenas con sus ojos nato —claro que ella no se le parecía a nada ni a nadie.

Pasó a experimentar consigo mismo.

Al cabo de unos minutos, reparó en el resultado.

Se irguió con una sacudida.

La parafernalia entera y enseres todos —ordenador, monitor, módulos y teclados electrónicos y figurillas varias, y hasta él mismo— vibraban como electrocutados.

Lo que le mostraba la pantalla era su imagen trucada, su devenir. El furor de su espíritu.

Jekill-Hyde. Salva-Efrén. Tanto monta…

Una mitad vertical de medio cuerpo, de guardia civil, en la hombrera unos galones de cabo que había decidido autoconcederse el día que grabó la imagen, con medio rostro y medio tricornio; la otra mitad es una cara oculta por un pasamontañas y en el brazo una tira de trapo rojo sangre le estrecha la prenda acolchada como si le mordiera, con unas letras garabateadas: FRAF.

Hela allí su andanza.

Sobrecogido, no era capaz de tocar la imagen, borrarla, hacerla desaparecer. La miraba —se miraba— como en un espejo roto… *«cuyos pedazos están a punto de caerse»*. Ag.

Tardó en reponerse; luego, en notar cómo le ganaba una serenidad insolente, una sonrisa que, de espanto, fue transmutando en mera impavidez: pronóstico de sí y su coraje.

El conflicto de Yekill: Hyde. El de Salva: Efrén, sólo que en categórica connivencia. Ya sabe quién es Efrén: es la furia nacida de un sueño hecho ciscos por la realidad subyacente de un Régimen falaz y retrógrado. Cerró ventanas a golpe de pulsaciones. ¿Abandonar? —*Quit?*

¡Ya te digo! Pero sólo para completar el cuadro.

Y la andanza.

4

La calle era larga y ancha. El último vehículo hacía un minuto que había pasado. El próximo lo haría en seis o en siete. Y sería el mismo. Tal era el negligente ciclo de la patrulla.

Larga, ancha y desierta. Pero no tan vacía como aparenta. En un oscuro solar, fuera de la luz mortecina de las farolas, justo en la curva donde la vía con sus naves tuerce noventa grados, un utilitario inyección aguarda al ralentí. Dentro, Salva y Anabel ultimando el operativo.

La hora no la habían decidido ellos. Hasta casi las cuatro estuvieron rodeados de coches, jóvenes parejas en el remate lúbrico de la jornada. *Oye, ¿qué te parece si escuchamos en mi nuevo Blaupunk lo nuevo de Bruce Springsteen? Sé de un sitio bastante delicioso para los tres*. Pero si el nota no se

atrevía a mencionarlo con tiempo o no andaba fino, no habría más música que el ritmo sordo con su «alemanita». Pronto esos temas se pasarían de moda y la excusa sería poco convincente si tuviera que formular: *Oye, vamos a perdernos con mi coche y mi equipo NISU —ni su puta madre lo conoce porque el aparato guay se lo habrían limpiado— y esta cinta de viejos éxitos (con el equipo se llevaron la de Bruce y ahora únicamente le quedaba una que le habían regalado con una bolsa de magdalenas)*. Poco convincente, desde luego.

Nerviosas naderías que Salva imaginaba recordando el sicalíptico peregrinaje. Ahora sólo ellos y las estrellas permanecían.

Pitó el Casio: las cuatro en punto. Salva cogió la Star de debajo del asiento y se la pasó a Anabel, que se rebulló impaciente.

Faltaban un par de minutos.

Una semana atrás los mismos individuos que en ese momento se hallaban de servicio, les habían identificado cuando a medianoche se agitaban arteramente en el forito de ella, aparcado junto a un almacén. Él, como ahora, ataviado con falsa perilla y bigote, una peluca de largos pelos rubios, recogidos en una coleta, así como unas gafas de culo de botella —por cuyo uso fue obsequiado con un fuerte dolor de cabeza, motivo por el cual las había descartado—. Anabel, también provista de peluca, negra, les dejó ver una jeringuilla entre sus manos adrede temblorosas, con la punta goteando en rojo (pintaúñas aguado), que levantó del vigilante rubio (Zipi) un sonoro «mierda», complementado con un «capullos de mierda» por parte del moreno (Zape), quien no dejaba de sobarse un arete que le colgaba de la oreja izquierda con la mano del mismo lado, mientras la otra la cernía sobre el revólver en actitud peliculera.

—Nos vamos en seguida, señor —les contestó Anabel, siendo despedidos (por Zape) con un amable: «*Iros* a tomar por culo».

Y se fueron… Una vez vistas sus armas y sus ademanes; y sus caras de empleados temporales que no habrían pegado más de quince o veinte tiros, guiñando el ojo, dando gatillazo. Menos usarían sus chismes del 38 si alguien les enseñaba los negros y redondos ojos de una recortada a un metro de sus jetas, a la par que *bajaos con las manos en alto y al suelo*…

—Las luces en la cristalera del concesionario —avisó Anabel.

El ronroneo diésel les confirmó que se trataba del Ibiza objetivo. Bajaban por la paralela a sus espaldas; girarían luego y subirían ignorantes y soñolientos hacia el susto de sus vidas. Medio, puede que un minuto completo, les llevaría la operación. Y a otra cosa, mariposa.

Anabel se colocó una festiva nariz con montura de gafas, se echó algunos pelos de la peluca a la cara y él se bajó a pegarse a la esquina, empuñando la Star con ocho cartuchos en el cargador y un noveno en la

recámara. Sólo la usaría *in extremis*. Adelantó el GTI, robado por Dioni. Como un felino al acecho, se encajonó sin luces entre contenedores de basura. La estela de los faros del Ibiza chorreaba en el escaparate de una enjaulada exposición de maquinaria agrícola. Salva se ubicó la recortada entre las piernas. Vaciló en traerla por si se veía obligado a usarla y más tarde lo relacionaban con el tiroteo al Ebro; pero visto la nula trascendencia del suceso, pensó que mucho mejor para él y peor para sus enemigos. Además, cualquier cosa antes que utilizar el arma oficial. Se estiró los guantes de presentación —je, je—, se recompuso los postizos de la cara y pasó a embutirse la media, que se ajustó como un condón extrafino.

Se miró en el retrovisor interior: grotesco (cabeza de capullo), irreconocible.

Entero y a base de bien.

Solitario, mohíno, ruidoso, imparable al punto crucial, el Ibiza rodaba ya por la perpendicular. Metió la primera, sin despegar el pie del embrague, y encuadró a Anabel: tenía la peluca levantada un tanto de la cabeza, en una cómica posición que semejaba la boca abierta de un chimpancé. En otro marco habría hecho un buen rato de broma con su pelicobre. Pero lo que iban a hacer no tenía ninguna gracia.

Que empezara aquello, ya. *Ya*.

Le indicó la anomalía de la peluca y ella se dio un manotazo en el falso pelo. Dejó el brazo en alto, señalando al cielo estrellado…

El Ibiza ronroneaba a unos cincuenta metros… Veinte…

Anabel bajó la mano como si hubiera atrapado una estrella fugaz o como si diera la salida en una competición de Fórmula 1: y así arrancó Salva, clavándose a los pocos metros en el centro de la calzada. Anabel corría apuntando hacia los vigilantes de seguridad, a quienes habían bautizado con los nombres de Zipi y Zape.

Sus armas eran el auténtico objetivo.

El Ibiza interceptado frenó picando morro: el motor se les caló. En el techo exhibía un rectángulo luminoso con un cartel —más pretencioso que disuasorio—: SEGURIDAD PRIVADA.

—¡Quieto o disparo! —gritó Anabel al conductor (Zipi).

Por el otro lado, Salva giraba encañonando el parabrisas con la recortada y una linterna de rayo furibundo. El copiloto (Zape) pegó las palmas de las manos al techo del Ibiza.

Disimulada con peluca negra y las gafas sin cristales de las que emergía aquella exagerada nariz de plástico, Anabel no dejaba de apuntar con la Star a los paralizados vigilantes. Éstos les miraban de soslayo, como esperando nuevas instrucciones.

Y con dos golpes de los recortados cañones contra el cristal de la ventanilla, él se las dio:

—¡Afuera!

Zape abrió la puerta. Aferrándose la nuca y con el rostro retorcido por el canguelo y la pica de luz que Salva le metía en los ojos, salió dándose colodrones y tambaleándose como un borracho.

Fue una intolerable distracción de compasión y misericordia: *intolerable* porque de pronto advirtió una maniobra osada y terrorífica: la mano de Zipi volteaba un arma.

A la exigua luz del techo, el espinazo del revólver refulgió fosco y patibulario como el filo de una negra hacha que reluce inopinada al fogonazo de un relámpago justo cuando se nos viene encima con implacable alevosía.

Y hubo un fogonazo.

A dos metros de aquella boca de fuego, por mucho gatillazo que diera, cerrara los ojos, se atara un zapato o se hiciera una paja con la mano libre, ni así fallaría si arrastraba el disparador.

Y el disparador había sido arrastrado.

Se agachó con un desesperado impulso de esquiva, consciente de que lo hacía después del radical soplo del balazo. Hocicó contra la puerta con la sensación de que se derrumbaba ya desgajado de su alma.

—Hijoputa, hijoputa… —le llegaba como un eco.

Alguien cayó a su altura con un jadeo típico del que está al borde del colapso respiratorio.

De súbito, Salva adquirió una absoluta percepción de sí mismo: el culatín de la recortada le despanzurraba las pelotas. ¿No era una especie de etérea dulzura lo que experimentan los moribundos? Sin embargo, un dolor puntual como el de sus pobres cataplines rebatía las historias de los que afirman haber puesto un pie en el Más Allá. Y menos las cosquillas con que el falso bigote desalineado le hurgaba en las ventanas de la nariz.

Asió recortada y linterna y se incorporó de un salto.

Anabel, desencajada y frenética, encañonaba a Zipi y a Zape, ambos cuerpo a tierra detrás del Ibiza; el segundo se agarraba la cabeza como si tratara de impedir que le saliera volando.

Con los rescoldos de una vaga impresión de largos minutos transcurridos en una insólita calmosidad mientras a su alrededor acontecía un lance ajeno a él, Salva se veía ahora interviniendo en una peripecia ralentizada.

Y todo parecía controlado.

Profirió un *estoy bien* y se agachó a los tembleques tendidos. Les

despojó con una mano, al tiempo que con la otra reafirmaba sus pretensiones con pinchazos de la recortada, y obtenidos los dos cinturones con sus respectivos revólveres, reculó sin bajar la guardia al GTI.

Cuando Anabel se introducía, Salva volvió a salir.

Barrió el suelo con la linterna: pellizcó el alquitrán y retornó.

Mientras se alejaban, Salva captó a Zape palpándose la oreja. *¿Conservaría incólume el arete?* La aguja de las revoluciones contenida en la franja roja; por detrás, olor a goma quemada, a pólvora de munición.

Por delante, una promesa de poder revolucionario.

5

—¡A otra cosa, mariposa! —celebró Salva *(¿Efrén?)*, distribuyendo por sobre el mantel bermellón de aves picoteantes los magníficos trofeos: dos revólveres del calibre 38 rodeados de enhiestos y brillantes cartuchos. Y como si no formara parte de la pequeña exposición, ennegrecida y delatora en una esquina de la viva tela, una vaina 9 mm parabéllum: la que no quiso dejar atrás y que venturosamente pudo encontrar.

Una bala que rasgó la noche y les ahuyentó el fracaso. El único chasco residía en que varios de los cartuchos que Zipi portaba eran de fogueo. No obstante, un lujoso muestrario de guerra con el que empezar a estremecer de terror al moderno cacique.

Cuando los golpes cifrados resonaron en la puerta, Salva se guardó la vaina. Era como su gran sueño: un casquillo dentro de otro.

Dioni apareció con semblante de haber rejuvenecido diez años.

—¡Empezamos de puta madre! —lanzó sin transición, clavando los ojos en el arsenal y arrodillándose ante la exposición.

—Se complicó un poco —observó Anabel—. Pero lo que buscábamos, lo hemos conseguido.

Habían convenido en no hablarle a Dioni del disparo. Nunca sabrá si Zipi se habría atrevido. Por fortuna, Anabel se le adelantó. Y aunque no llegó a darle —también por fortuna (la bala salió por la luna posterior)—, bastó para que soltara el revólver. Tirado en el suelo permaneció no más de medio minuto. Sin duda, fue una extraña conmoción.

—Si he de seros sincero, no veía la manera de pillar unas buenas pistolas —se regocijaba Dioni, manoseando uno de los revólveres como si fuera el santo grial—. Todo nos va a ir bien, camaradas. —Su contento tenía algo de artificial.

—¿Qué tal el coche que os conseguí, Efrén?

El aludido tardó en reaccionar.

(¿Efrén?)

—Ah, sí. Bien, bien. Un tiro de coche, sí señor. —Rieron los tres.

—¿Hicisteis lo acordado?

—Lo dejamos con un *petardo* incendiario —confirmó Anabel.

Tal era el plan previsto: hicieron transbordo al *forito* en el aparcamiento de un motel, temporizando el GTI para que se envolviera en llamas al cabo de cinco minutos, en cuya confirmación se lentificaron en lontananza.

—Entero y a base de bien —añadió Efrén.

—¿Cómo dices? —sonrió Anabel, intrigada.

—Nada, cosas mías.

Dioni ansiaba exponer nuevos planes.

—Ahora ya podemos hablar de Lucha Armada a gran escala —proclamó. Y como si le hubieran preguntado con muchísimo interés—: Lo sé; no me digáis más. Sé que es pronto, pero es el principio. Con este par de bichas conseguiremos dinero, y con él mejores armas y nuestras acciones no tendrán nada que envidiar a esos mafiosos de la ETA. Haremos verdadera guerrilla urbana. Lo comunicaré al Comité en cuanto pueda. Sin embargo, esta acción no la vamos a reivindicar en su nombre. No nos interesa que nos asocien con delincuencia común —se expresó orgulloso y anunció, no sin menos alarde—: *Prepararé* otra acción —se apropió sin contemplaciones— y saldrá de puta madre.

Y pasó a hablar de sus planes, al modo de la lechera con los suyos, explayándose en aventurar —más bien fantasear— cómo para la próxima acción intervendría definiendo y capitaneando estrategias y cerrándolas con «éxito revolucionario». De lo por venir pasaron a charlar de lo regular que le marchaba el negocio y que, según él mismo, era culpa suya, ya que no siempre podía abrir a la misma hora: la Organización tenía derecho a absorber todo su tiempo.

Y así fue cómo recordó que también esa mañana iba con retraso.

—¡Joder, qué horas! —Pegó un brincó y blandió el puño—: ¡Salud, camaradas!

Y contento como un niño con zapatos nuevos, o sea, armas, les dejó.

Armas que el sol de la mañana tibiaba.

A ella le sacaba sugerentes colores.

—Te quiero, *pico* —musitó, conteniendo un visaje pícaro.

—Gracias por cuidarme el pellejo —susurró él, jugando con su pelo, absorto en el encanto de sus ojos nato a través del flequillo del color de la

alborada; luego yéndose al dibujo de su sonrisa, cuyos labios lo tentaban como ascuas donde fundirse y renacer.

El mullido sofá se hundió. Los roces de piernas turbaron la mesa y encresparon la tela roja. Algunos cartuchos se cayeron; otros oscilaron, recobrando su vertical posición.

Al final no quedó ni uno en pie.

XXXVIII. ESENCIA DEL DEBER O LA PIRÁMIDE INVERTIDA

1

«Durante la madrugada del día de hoy, dos desconocidos asaltaron a una patrulla de vigilantes jurados en el polígono industrial de Dosarcos. Fuentes policiales lo atribuyen a un intento de reorganización del FRAF, cuya estructura había quedado muy mermada desde que el año pasado fuera muerto en un enfrentamiento con la Policía, Valeriano Rodríguez, alias comandante Val. Asimismo, el pasado mes de enero hubo un tiroteo entre dos presuntos terroristas y una dotación del Cuerpo Nacional de Policía. Se sospecha que pudiera tratarse de los mismos individuos.»

Era la noticia que más se acercaba de los periódicos que Dioni había revisado, y no aparecía en primera plana; tan sólo una pequeña columna en la sección de «Sucesos».

No aludían a coche alguno, quemado no muy lejos del polígono. A lo mejor el miedo de Zipi y Zape no les permitió identificarlo, pese a que sus faros estamparan contra un obstáculo que les cerró el paso en una noche que jamás olvidarán. Tampoco él lo haría; aunque sólo fuera por ser la primera: presumía el advenimiento de otras más trepidantes. La guerra contra una banda poderosa amparada por la Cúpula de su uniforme, así lo auguraba. Ya no tenía dudas de la senda a seguir. Se había erigido en infiltrado y *desfacedor* de tantos ofendidos sin desagravio.

El teléfono sonó, distrayéndolo de meditaciones subversivas.

—Con la Línea —gruñó el escribiente—. Toma nota de un servicio, y después que se ponga el brigada.

Salva escribió:

«Refuerzo servicios. Protección itinerario visita general Jefe primera Zona esa localidad.»

Salva lo tradujo: reunión en La Pequeña Arteaga.

Quién pudiera enterarse de lo que traman…

Al aviso de Salva, el brigada se despegó con parsimonia de la mesita; ya de pie, perdió unos segundos en apostrofar melancólicamente contra la tecla erre, exponente del penoso estado general de la Olivetti oficial y acaso de la dependencia pseudopolicial entera.

—¿Qué te parece, Salvador? Llevo dos horas peleando con este cascajo del siglo pasado sólo para emitir un oficio decente, dando cuenta de haber

aplicado la circular de la Dirección General de Personal para la «prevención de suicidios en el Cuerpo, evitar la inmadurez, la angustia, el alcoholismo, los disgustos sentimentales, depresiones, inadaptación al destino, frustraciones personales…» ¡Te cagas! De cómo prevenir a los Servidores de las martingalas de los jefes corruptos o incompetentes, emanación de todos los desórdenes mentales, no dice nada. ¡Ja! —El suboficial escupió una risa un puntazo esquizofrénica—. Lo que debería participar es que cierro el Puesto, como en Zornosa en su día. Pero a ver a dónde vas si sólo hay un bando. En fin, que esta circular es papel mojado, mohatras con las que la Cúpula cacarea su apócrifo modernismo. Naturalmente, sólo tengo que contestar con los imperiosos *enterados*: por si el día de mañana pasa algo, que nadie pueda imputarles nada. Lo curioso, lo agobiante, es que tengo que hacerlo por triplicado. ¿Qué me decías?

—Que el escribiente de la Línea quiere hablar con usted.

—Ah, sí. Gracias —salió del carro de la máquina, renqueando—. No me pases la llamada a la oficina, así aprovecho para estirar las piernas. Anda, Salvador, intenta tú encajar la puñetera tecla —le pidió mientras torcía al cuarto de Puertas.

En seguida lo oyó quejarse.

—Pero si es de omisión, hombre. Y tras una pausa:

—Puñetas, eso podíais mirarlo en la relación duplicada que remito… ¡Cómo que los papeles son los papeles!

Salva incrustó la erre, que se avenía con una holgura terca y burlona. No tenía remedio. Como tampoco lo tenía aquel suboficial mortificado, chuleado y escarnecido por los lacayos de la Cúpula, que de ese modo daban rienda suelta a su cotidiano servilismo.

Como entretenimiento de los tediosos días de Puertas, resultaba divertido asistir a los estériles cabreos del espíritu original.

—¡¿Me estás diciendo que no sé hacer mi trabajo?! —se desfogaba el desdichado suboficial.

Salva, de piernas abiertas al borde del escalón, con las manos a la espalda y una clarividente sonrisa por delante, subía y bajaba sobre las puntas de sus lustrosos zapatos castrenses a juego con el sacramental tricornio. La caída del sol le daba de lleno. De reojo miró tras de sí: su sombra, estirada por el pasillo, era también desdichada, delicuescente; aunque vista desde fuera quizás fuera siniestra.

—… llevo dos mil atestados en este Puesto, de los cuales muchos habría resuelto de no ser por el agobio de tanta *remisión, omisión, cuenta, conformes, adjuntos*… que no me dejáis tiempo para la seguridad ciudadana, ni para respirar siquiera. Me faltan hombres para hacer una vigilancia mínima de la demarcación; no tengo coches para que el poco

servicio de calle se haga, no ya con eficacia, sino con decoro. Y todo lo que se preocupa la plana mayor es de las puñeteras formalidades, y… y…

Se calló el hombre.

Salva reculó un par de zancadas.

El brigada manoseaba un polvoriento y pajizo ejemplar del *Chato*, despeñado detrás del radioteléfono: a la memoria de aquel hombre debían de estar aflorando fatídicas conjeturas que ya le habían ocurrido y que tornarían tan pronto repitiera la misma audacia de antaño, cuando la *realidad subyacente* era un arcano inconcebible y el amor de una mujer de ojos color de otoño le importaba menos que la férula de una segur y una espada.

Salva reparó en tamaña penetración, y presumió que a partir de aquel momento el brigada ya no tendría mucho más que enseñarle.

El murmullo metálico del chupatintas continuaba recitando variopintos tipos de monstruosidades burocráticas. Lo hacía con lánguida irrespetuosidad, con solazada pulla, recreándose en zaherir a un Servidor de los Ciudadanos, pese a que fuera un superior, o tal vez por ello.

Lo que el brigada no podía entender es que el otro no fuera de los suyos.

Con un gesto de fatiga más que de cólera, le alargó el auricular.

—Cuelga.

Salva entró a hacer lo que al brigada le suponía extender el brazo y soltar el artilugio.

Cuando el guardia se dio la vuelta, el suboficial desaparecía bajo su ancha espalda. Se metió en su oficina, pero no cerró.

—Salvador.

—A la orden, mi brigada —se llegó al umbral.

—Alto. Quédate ahí. Desde el pasillo verás quién entra y podrás escuchar lo que voy a decirte —se sentó a la Olivetti—. Qué viejo estoy. ¡Válame Dios! —arrojó los dedos índices sobre el teclado y completó la línea del oficio con un batiburrillo de letras. La tecla «R» le saltó como un pájaro que escapara de su jaula o como un escupitajo inverso a la cara—. Me he cargado el cochino parte —se expresó agotado.

—Si quiere yo puedo rehacérselo con el ordenador de Monti. Será rápido, limpio y la erre no faltará —le ofreció Salva.

—¿De verdad? —preguntó el brigada, entre incrédulo y aliviado.

Salva se ratificó:

—Y lo dejaré grabado para que sólo tenga que cambiar la fecha y el pie del destinatario.

—Tengo una idea mejor —repuso el brigada, sentado al cascajo—. ¿Qué te parece si en lugar de sus malditos oficios les mandamos unos legajos bomba, con la inscripción en rojo «Dios guarde a V. muchos años»?

—¿Cómo…?

—¿Tú serías capaz de hacerlos?

—¿Qué?

—¡Válame, qué cara se te ha puesto! Habría sido una idea cojonuda. Ya lo creo. En fin… —empujó la mesita como si la repudiara y sacó el oficio; hizo un gurullo y se lo lanzó a Salva. Se puso en pie—. Hazme un favor: pínchalo en el tablón de anuncios, y si un oficial pregunta qué es, le contestas que eso es a lo que se resume «vuestra gloriosa tradición». Luego quémalo.

—¿Al oficial o al papel? —preguntó Salva, siguiendo el tono mordaz.

El brigada frunció una esquina de la boca.

—Eso lo dejo a tu antojo —otro rictus sardónico. Comenzó a peinarse los cortos cabellos a manotazos lentos—. Estoy tan asendereado y harto de toda esta liturgia rancia, que cualquier día me adelanto a Carrasco. Espíritu de Servidor o *esencia del Deber*, es lo único que me ayuda a seguir. Pero ¿acaso queda algo? Fíjate —señaló al desparramo de papeles que cubrían la mesa—: la mayoría son amonestaciones apenas mudadas y siempre farragosas, sostenidas por escribientes de tres al cuarto. ¡Ah!, esos *coincidentes laborales*, oficinistas kafkianos que se resarcen a costa de nosotros, los *romanos*: los Servidores. Aunque los verdaderos culpables son los que se lo consienten.

Se dio a pasear por la oficina, con los dedos metidos en el cuadrado cabello, profiriendo en tono arrebatado:

—A expensas de un cargo como el mío se mantiene una gigantesca pirámide invertida, creciente de haraganes y aristócratas a medida que subes por el escalafón. Así hasta llegar a las grandes jefaturas donde una legión de menguados con estrellas de muchas puntas y cuya erudición se acaba en la voz de AR, medran cobijados como hienas, carroñeando o contratando material fungible y funesto, fatigando de cara a la galería la vida de los Servidores en operaciones banales, abyectas o temerarias mientras se apropian de sus éxitos desde dédalos blindados de papeles y de lenguaraces pero leales chupatintas dispuestos a cumplir con diligente oprobio su tarea de indizar o decretar oficios de aherrojo y escarnio. En definitiva, una pirámide invertida, pinchada en la nuca cual Atlas mitológico, estrujando al auténtico e imprescindible Servidor de los Ciudadanos: el comandante de Puesto.

Cesó de dar vueltas y de peinarse, para pasar a acariciar la desdentada Olivetti.

—Los dos somos dos cascajos —resopló—. Y los dos estamos para que nos arrinconen. No; no voy a echar cuenta de un cagatintas de mierda, pues que es una mera correa de transmisión —había perdido toda traza de sarcasmo y rabia; por el contrario, agregó en un compungido y cabizbajo murmullo—: ¿Por qué te perdí, Marta?

Salva oyó que alguien subía por las escaleras del cuartel. Era el cura. Quería denunciar la sustracción de algunas reliquias. Regresó para comunicarlo a su superior. El suboficial se había sentado de nuevo a las teclas, las cuales contemplaba con grima.

—¿A qué viene? ¿A darme la extremaunción? Ja, ja, ja —rio ronco y tenebroso, sin despegar la vista del teclado—. Me acabas de decir que a denunciar un robo. ¡Válame Dios! —se peinó con los dedos una vez más—. ¿Qué le habrán robado a este ahora? Supongo que alguno de esos cálices brillantes por fuera, pero por dentro llenos de rapiña y codicia.

—Dice que una talla del Niño Jesús y no sé qué más —contestó Salva.

—Bah. La Iglesia y sus mentiras. Recógele tú la denuncia. Mi alma está turbada. Ah, Marta.

Los ojos, brillantes de lágrimas, miraban el hueco de la tecla; quizás al vacío.

—Qué tarde. Para todo. Para cambiar, para luchar… Para llorar.

Sí, al vacío: el suyo.

Cerró los párpados y un lagrimón le tembló entre las pestañas, que, entregado a la gravedad, fue a impactar sobre la jodida erre, escorada entre las varillas. La vida bajo el peso de la pirámide invertida lo desmoronaba.

Salva cerró la puerta.

Silencio total.

Cuarta parte

La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida.

DON QUIJOTE DE LA MANCHA
Miguel de Cervantes

La acción es todo, la vida, el placer. Convertir la vida estática en vida mecánica; este es el problema. La lucha siempre, hasta el último momento, ¿por qué? Por cualquier cosa.

AURORA ROJA.
Pío Baroja

XXXIX. POPPER Y VELOCIDAD. LA OTRA CARA DE LA MONEDA

1

—Tú dirás.

Dioni titubeó. El neófito preguntaba más de la cuenta. Dejó de sobarse el picudo y rasposo mentón y, sin despegar los ojos de los pufs, se arrancó del tirón:

—A los que formamos el frente armado del proletariado la Revolución nos exige sacrificios para poder afrontar operativos militares contra el Estado fascista que nos esclaviza, pues combatir sin dinero y sin armas es imposible, así que nuestra prioridad debe ser obtenerlo como sea, y si no nos damos prisa las fuerzas represivo-militares y los elementos contrarrevolucionarios podría ser que acabaran sometiendo al Pueblo…

Tomó aliento, se aferró al brazo del sofá y continuó recitando:

—Nos hallamos en medio de una Guerra Popular, y necesitamos armas y nuestro poder depende de los fondos revolucionarios que seamos capaces de requisar, y como son escasos nuestra fuerza también lo es, pues lo necesitamos para afrontar operativos militares contra…

Se calló; se dio a meditar, como si dudara de estar ensartándolo bien, o ¿quizás se estaba repitiendo? Resumió:

—Será una gasolinera.

—¿Una gasolinera? —se sorprendió Salva.

Había supuesto algo parecido pero más rentable. Inquirió acerca de los motivos de tal elección y la respuesta del enjuto jefe del CC no dejó de asombrarle, y de irritarle.

—Es lo que ha ordenado la Dirección, y punto.

—Conque la «dirección» —repitió Salva—. ¿Y qué saben ellos de lo que más nos conviene?

Dioni quedó un instante estupefacto y se apresuró a buscar la mirada de Anabel.

Ella captó el apuro del otro y, removiéndose en su trono de mimbre, se expresó para Salva con dulzura y determinación:

—Es un operativo asequible, cariño; ideal para empezar a entrar en acción.

—Si no nos atrapan o nos matan —terció Salva.

—No nos dejaremos —intercaló Dioni—. En poco más de un minuto habremos acabado —aventuró menos aturdido pero igual de terco.

—El dinero está en los bancos —apuntó Salva, y en el acto un repelús le sacudió la entera red de fibras nerviosas. No por la maquinación del asalto en sí: sino porque hablaba de ello con la frialdad de un delincuente consagrado—. Una operación bien planificada nos supondría una suma que bien podría ser cinco o diez veces lo que vayamos a sacar de una gasolinera, y con riesgos similares —argumentó finalmente y los nervios le seguían tiritando.

El ideólogo del comando no cedió.

—Tiene que ser una gasolinera. Los bancos son mucho más jodidos y no creo que estemos preparados. Ana y yo hemos localizado un objetivo que reúne una caja alta y facilidad para el repliegue. Después de lo del comandante Val, de la caída del camarada Raúl y de la partida del camarada Pablo, en el Comité no se confía mucho en la reorganización del comando Centro. Creen que si elegimos un banco, caeremos. Les demostraremos que se equivocan. Incluso más adelante pediré buenas metralletas y granadas para lanzarnos a la guerrilla urbana. Por el momento esa gasolinera nos servirá de entrenamiento y de financiación.

—Ya… Veamos ese plan —consideró Salva, no sin estremecerse.

—Está al final de una calle de sentido único —comenzó Anabel con visible satisfacción—, la cual da a una rotonda en el centro de una avenida. Entre la gasolinera y la avenida hay un aparcamiento donde Dioni nos esperará con un coche en marcha. La comisaría más cercana cae a unos cuatrocientos metros. Los coches patrulla se ven venir de lejos. La acción la llevaremos a cabo al anochecer, en el momento en que no veamos ninguno y el encargado esté dentro con la recaudación. Será más fácil que lo de los vigilantes del polígono, ya lo verás.

—¿Y si hubiera que huir a pie…?

2

—… Si hubiera que huir a pie podríamos hacerlo por esa calle cortada a la circulación —señaló Anabel al callejón peatonal que desembocaba contiguo a la gasolinera—. Ya ves que el tráfico es bastante fluido y vale una ojeada sobre las dos calles para hacerse una buena idea de nuestras posibilidades en los siguientes tres o cuatro minutos. Tiempo de sobra.

Sí, parecía factible.

Subieron al *forito* y durante una hora dieron vueltas y vueltas, explorando todas las rutas de fuga posibles. Al día siguiente, Dioni volvería

con su coche para continuar con el ensayo.

Salva visualiza la operación como un bonzo en busca del Nirvana; aunque para él el Nirvana no sea la renuncia absoluta del deseo, sino todo lo contrario: busca en los intersticios de esa violencia colateral la mínima discordia en el éxito total. Ella y él. Un tándem implacable. Saldrá bien: *debería* salir bien. Una sociedad hipócrita e inicua merece gente como ellos, que no son más que la excepción de una masa narcotizada por medios de comunicación, sólo interesados en el escándalo adulterado o superfluo y sus ventas pingües y lucrativas.

Miedo.

Palabras tras el miedo.

Las palabras que siempre disculpan a los cobardes.

Se acrecienta el reto.

Creía con reflexiva determinación en lo que estaba haciendo y eso le confortaba. Pero algo extraño y en esencia repugnante hacía que no le bastara.

Este nuevo escenario de intervención se le antojaba demasiado vívido: muchos inocentes por medio. La acometida requeriría más vértigo y menos impericia que dejar colgada una mochililla turgente de cloratos, o sorprender a tiros a una banda de cuatreros. Tampoco había mucha similitud con la interceptación de dos individuos lícitamente armados.

Miedo, sí. Más que nunca. *Viaje al vórtice, soldado*.

Velasco podría tener la solución.

Tan pronto llegó al cuartel fue en su busca. Lo encontró en la cochera, destacando por su altura y su fanfarronería.

Hablaba de coitos y felaciones y tenía que ver con una boda y su última conquista.

—Pues como os decía —se enardeció el «horador» al ver que se adhería un nuevo escuchante—, vi a Juli la farmacéutica, sentada en la parada, esperando, en balde, porque yo sabía que el autobús acababa de pasar. Así que me acerqué con el *pepito* y se lo dije, y también que yo tenía que ir por el Foro, a Madrid, vamos, a nivel particular, con mi coche (cosa que era mentira, pero yo donde huelo un polvo, ahí que me planto; y la Juli desde que se ha puesto rubia más todavía). Me ofrecí a llevarla y ella aceptó. Se me puso como el as de bastos, tíos. Fue acabar el servicio, cambiarme de ropa y salir zumbando a la parada. Eso sí es un cuerpo y no el del Instituto. Y es que mi «sexo» sentido nunca falla. Sigo…

Prosiguió con pormenorizados y salaces detalles acerca de cada uno de los cuatro polvos que aseguraba haberle echado en el apartamento de ella, de cómo su lengua que servía para «pegar carteles de toro» —repetía

acompañándose de carcajadas— la enloqueció, jactándose de haberla obsequiado con un rosario de orgasmos.

—En la despedida la Juli me confesó: «Es la primera vez que le pongo los cuernos a mi novio». Y tan encantada la he dejado, que hasta me ha invitado a su boda, la semana que viene.

Le escuchaban, además de Salva, Gregorio, que estaba de Puertas; Monti, que acababa de llegar, jovial, por haberse reconciliado con su novia —y a quien cabreó muchísimo la historia de Velasco—; el brigada, que acariciaba a una *Bastet* majestuosa y peluda entre sus brazos, Barahona, que venía de tirar la basura, y Félix, que regresaba del carajillo en el Manola.

Le tildaron de farolero y cuando Monti le preguntó por qué lo contaba, Velasco respondió:

—¿Qué interés tiene tirarse a una tía tan buena como la farmacéutica si no lo pueden saber los que me conocen? Eso sería como tener un coche que fuera la hostia de prestaciones y nadie más lo supiera.

Y como tenía que irse aprestando para la boda, se despidió con una gran sonrisa de formato obsceno: empujando lengua contra carrillos en movimientos circulares.

—Será lo que pida de postre —dijo, indiferente a las acusaciones de fantasma y fulero.

Salva lo abordó en el pabellón de solteros.

—Oye, Velasco. ¿No tendrás alguna pastilla para… calmar los nervios? En caso de… En fin, algo que relaje y a la vez anime, ya sabes…

—Máximo «rendimiento», ¿eh? —dijo Velasco, entrando a su cuarto—. Pasa, *Susaneguer*. Mucho musculito, pero me parece a mí que… Ja, ja. No te vayas a mosquear, socio. Tengo lo que necesitas.

Se sentó en la cama y tiró del cajón de la mesilla, removiendo en el interior un mogollón de cosas variopintas: frasquitos de muestras de colonia, peines viejos y sin unas cuantas púas, un plano del Metro, el cangrejo de la funda de la pistola, un condón fosforescente…

—Es la monda, ¿lo quieres?

—No, gracias.

Velasco lo soltó y siguió revolviendo. Extrajo el barbuquejo del tricornio.

—¡Mira dónde estaba el hijoputa! —se admiró—. Por su culpa casi me meten un cuerno de cuatro días —y lo arrojó con caduco resentimiento.

En ese cajón no estaba lo que buscaba. Lo cerró y abrió el de más abajo; sacó un paquete de folios manuscritos y grapados que depositó sobre la colcha. Salva los miró con curiosidad.

—¿Y estos papeles…? —preguntó, cogiéndolos.

—Nada importante —respondió Velasco—. Anotaciones de cuando estaba de escolta en la Casa Real. Empecé a escribirlas acerca de los escaqueos puteriles del monarca. Luego me asusté y lo dejé. —Paró de escarbar y volvió la cabeza a Salva. En tono maravillado, agregó—: Te quieres creer que es al único que he visto encerrarse en el mismo día con dos marquesas y una actriz. ¡Tres tías en un solo día, socio! ¿Qué te parece?

Salva hizo una mueca de incredulidad y a Velasco no le preocupó si era por el secreto revelado o por la supuesta cuantitativa fogosidad.

—Algún día puede que pierda el miedo y siga con ellos —dijo, reanudando la búsqueda.

—¿Por qué te fuiste de la Casa Real?

—No me fui; me echaron: por fisgón.

En el primer folio Salva leyó un título tachado: «Los Polvos Reales». Debajo había otro que no lo estaba.

Otra cosa que Velasco sacó fue una foto enmarcada donde se le veía junto a una chica rubia, de pelo largo y lacio, en la que ambos se chocaban las cabezas por las sienes y ambos sonreían con rostros de felicidad insuperable. La contempló un instante y, como si quemara, la puso boca abajo con premura y quizá pesadumbre, y siguió removiendo en silencio.

—Aquí está, coño —se irguió, sosteniendo un frasquito de cristal oscuro—. Esto te servirá. Es *popper*. Un dilatador muy bueno para quitar el acojone, pero sin dormirte, quitándote tensión en los músculos, excepto este —puntualizó, agarrándose la entrepierna.

—¿No será peligroso? —indagó Salva, soltando el manuscrito.

—En absoluto. Tú simplemente aspíralo antes del «asunto», y a funcionar. Da un poco de sofoco, pero más da follar y aquí me tienes. Me lo pasó una amiga mía el día que…

—Eh, eh; que yo sólo quiero el mejunje, sin más —le cortó Salva, amistoso.

—De todas formas, tampoco tengo tiempo —dijo Velasco con un vistazo al reloj—. Se fue para el armario y sacó una chaquetilla de universitario, arrastrando con ésta la bocamanga de una guerrera con dos estrellas cosidas.

—¿Y ese traje de teniente?

—Ah, nada. Una broma que hice con un traje viejo.

Sin embargo, el traje, lejos de parecer viejo, tenía toda la pinta de ser nuevo. A estrenar.

Velasco se miró en el espejo de la taquilla y, encontrándose conforme

y promisorio, se despidió de Salva.

—Luego me cierras la puerta, socio.

—Vale, y gracias —dijo Salva, mirando con escepticismo el frasco. «Tú simplemente aspíralo antes del asunto».

Se lo echó al bolsillo y de nuevo reparó en el fardo de folios. El título sin tachar rezaba: LA OTRA CARA DE LA MONEDA.

3

Dejaron la gasolinera, la que en menos de veinticuatro horas les dejaría un suculento y fácil botín, e ingresaron en las estiradas sombras de lejanas torres-dormitorio y el *forito* se alejó con las luces de cruce…

4

… de cruce encendidas, incluso con el sol ya remontando la cresta de Los Varales.

Y es que si algún vehículo tiene la obligación de circular reglamentario e inequívoco ese debe ser uno de la Guardia Civil. Que la mayoría de los pilotos no funcionen por escamoteo del presupuesto estatal no impide que Barahona y Salva circulen con luces reglamentarias. Ellos nunca olvidan salir sin sus bombillas particulares en los bolsillos de sus uniformes de sorches. Era un caso de amor propio, de amor al espíritu original. De honor. Algo que los encargados de la administración de aquel material desconocían o les traía sin cuidado.

Pero lo que en verdad le corroía era el lentísimo paso de las horas: acabar con el servicio, merodear, asaltar, huir. Sobrevivir. No siempre los planes (muy pocas veces, sería mejor decirse) salen como se tienen previstos. Zipi, por poco lo pasaporta.

Con tales rumias iba y venía de vigilancia en el cruce de la 215 con una local, cuando un traqueteante Peugeot-180 viró sin señalizar la maniobra.

Aunque no le apetecía denunciar, quiso despejarse acojonando un rato al despistado conductor.

Salió al centro de la calzada con paso resuelto y brazo en alto. A su mano abierta, el Peugeot —cuya placa delantera de matrícula tenía los números garrapateados con pintura negra sobre un trozo de lata pintada de blanco— se apartó obediente al arcén. Mientras se aproximaba a la

ventanilla del conductor, se fijó en el retrovisor exterior: lo único que tenía de tal era la carcasa, y el espejo había desaparecido de allí no precisamente el mes pasado.

—Buenos días, señor —saludó Salva, tocándose la visera del quepis con la punta de los dedos estirados; un gesto que, flemático en la primera parte, consumó enérgico y breve en la segunda. Un gesto de cortesía —plagiado del recio Carrasco— como mejor sabía y le gustaba.

Al conductor le acompañaba una mujer, ambos gitanos de los que se dedican a la venta ambulante. Cajas de ropa se aplastaban contra los cristales traseros. Salva quería preguntar unas cuantas cosas.

—No ha señalizado la maniobra con la intermitencia correspondiente —comenzó por apercibir en tono neutro.

El calorro se llevó las manos a la cabeza, como si acabara de darse cuenta de que había cometido una infracción que no podría perdonarse el resto de su vida.

—¡Oh, *señó* guardia! —exclamó—. *Usté* perdone, que no me habré *dao* cuenta.

—La placa delantera de matrícula no es reglamentaria —añadió Salva.

—Eso, *señó* guardia, es que *me se* perdió ayer y mientras me traen la nueva he *colocao* esta para que *ustés* vean que voy bien —se justificaba, al tiempo que trataba de abrir la portezuela. Ésta ofrecía una fiera resistencia haciendo que el viejo turismo se balanceara como si en vez de amortiguadores tuviera muelles de colchón.

Consiguió abrirla y echó los pies a tierra con atribulada oscilación de cabeza y la mano en el mentón, como meditando acerca de un intransferible problema existencial.

La fea cara de Barahona sonreía caballunamente.

—¿Y el espejo también lo tiene encargado? —examinó Salva lo que quedaba del artilugio original; se preguntó si allí no habría existido un nido de gorriones hasta hace pocos días.

—Nooo, *señó* guardia, nooo —negaba el hombre, y movía la cabeza como esos muñecos pegados a las lunas que se bambolean al vaivén del auto—. Lo tengo en casa para ponerlo hoy *mesmito*. Es que me dieron un golpe; algún cabrito que no dijo *na* y me di cuenta esta mañana.

—Ya. Pues tendré que denunciarle. Comprenderá que son demasiadas infracciones. ¿Tiene Tarjeta de Transportes?

El errante ancestral —una leyenda dice que el mundo se acabará cuando los gitanos dejen de ser nómadas— arrugó la nariz, dejó de menear la cabeza y, elevando las nudosas manos como si estuviera ante un santo o un demonio, salmodió:

—*Señóo* guardia, la tengo, pero no sé dónde está. De *verdá*. Pero no me denuncie, por *favó*, porque yo paso mucho por aquí y a la próxima le juro que llevo un espejo entero, matrícula nueva y la tarjeta *pegá* a la ventanilla. Pero no me denuncie *usté*, *señó* guardia. Además, los gitanos y los *guris* nos tenemos que llevar bien.

—¿Y eso?

El gitano vaciló, bajó las manos, desechó el pensamiento discrepante cualquiera que fuera o fuese, y con el gesto resignado de quien quema su último cartucho, profirió:

—Porque, de verdad, lo que se dice DE VERDAD, no nos quiere *NAIDE*.

Salva miró a Barahona —que con el belfo caído parecía a punto de relinchar—, el cañí a los dos guardias, la mujer, que también se había bajado, a todos. Y todos se echaron a reír. Sin que ninguno supiera muy bien por qué y cómo resolvería aquel agente de las Fuerzas de Seguridad del Estado, militante de la Guardia Civil y…

5

… del FRAF, capaz de hacer cumplir la Ley y horas más tarde de contravenirla.

Ah, el dinero, el señor poderoso que lo da todo. *¿Todo?*

Ya no había tiempo de reparos. En diez o quince minutos el tesorero furtivo llegaría en un Range Rover. En media hora saldría con una caja de Wins, que seguro no contenía aditivos para la gasolina. Un poco antes entrarían ellos y se la llevarían, tan campantes. Con más desahogo y rapidez que en el asalto a los vigilantes. Seguro.

Merodeaban por la confluencia de la avenida y la calle del objetivo, oteando el entorno, acechando la llegada del Range Rover. Fingían ver escaparates. Y llamaban poco la atención por la litrona que simulaban trasegar de continuo. El ruido del tráfico incesante le retorcía los nervios.

Anabel le abrazó.

—Recuerda: todo estará bien si tú y yo estamos juntos —le susurró.

—Todo estará bien —dijo él, y las palabras resonaron en su calavera como una turbia arenga sin poder precisarse si le llegaba por la subjetiva fortaleza de ella o por la tímida aspiración del *popper*, practicada minutos antes. Repetiría.

Sobre el triangular tejado de chapa de la gasolinera se apreciaba el retroceso de la tarde. Cuando los últimos rayos se despegaban del vértice, llegó el Range Rover. Se bajó un individuo con la prevista caja de aditivos

en volandas, cuyo poco peso resultaba patente. Tenía un aire expeditivo y confiado, de rutina y de inercia. De vulnerabilidad. Cruzaron la calle. En el aparcamiento, Dioni estacionaba, a espaldas del lavadero de la propia gasolinera, un Seat Panda con las intermitencias parpadeando frenéticas.

La cuenta atrás había comenzado.

—Creí que traería un coche potente —se alarmó Salva.

—Dice que es lo que necesitamos —alegó Anabel—. Apto para callejear rápido.

Él prefirió pensar que sí.

A Dioni se le veía tranquilo, eufórico. Parecía otro. Y a él, en cambio, que no le decrecía un nerviosismo rayano en congoja.

Los fluorescentes de la estación se encendieron; el escenario ideal para rodar una secuencia de Bonnie and Clyde. La diferencia es que las balas serán de verdad.

¿Y los heridos o los muertos?

Acordaron dar una vuelta rápida a los alrededores, por separado. Al reencuentro, el asalto.

Salva miraba arriba y abajo. Nada anormal. El tráfico al fondo de la avenida reptaba como un ofidio lánguido y estrepitoso. Notaba el roce pétreo del revólver en la ingle, tocándole los cojones; como los jefes beneméritos. *¡¿Beneméritos?!* Hay que joderse, lo bien que saben vivir algunos de las rentas. Se palpó en un bolsillo el frasquito de *popper*.

«Bueno para quitar el acojone.»

¡Y una leche! Inhaló con avaricia los efluvios espoleadores. Un hormigueo se le alzó por la nariz hasta las raíces del pelo. Un acicate extra, alentador. Una respiración expresa. Un escenario terso.

Un paseo triunfal.

A los pocos pasos se le activó una férvida taquicardia y —o creyó imaginar— acaso una predisposición impaciente a entrar en acción.

Se estiró un claxonazo.

De nuevo inhaló, y de nuevo el morrocotudo hormigueo, y un principio de náusea; quizás se estaba pasando.

El claxon volvió a repetirse; primero largo, requirente, luego a toques cortos, como si alguien le chistara. Movió los ojos sin genuino interés y sin dejar de caminar por el aparcamiento con aire ausente y pasos firmes, al modo de un decidido suicida que se dirige al pretil y al cual casi nada podría distraer, pero que tampoco desea llamar la atención con su inspirada ansiedad.

Tardó un par de segundos en tomar conciencia —pues miraba sin ver

—; pero cuando advirtió el fatal contratiempo, se frenó en seco, espeluznado: Velasco, desde la otra punta del aparcamiento, puesto en pie dentro de un pequeño todoterreno descapotable, le enarbolaba la mano como un náufrago desesperado.

—¡Qué pasa, *Susaneguer*! —le gritó, y al verse reconocido bajó la mano, que posó sobre una compañía rubia.

El corazón le subía y le bajaba por entre las costillas como una moneda en los dedos de un prestidigitador.

La intrepidez guerrillera, fulminada.

—¡Hola, Velasco! —exclamó con voz de pánico contenido, sin saber qué hacer.

Dedujo que lo mejor sería quitárselo de encima cuanto antes y se arrancó hacia él.

—¿Qué pequeño es el mundo, no? —Se llegó a darle la mano, con una alegría tan forzada que le ahogaba.

Lo acompañaba una fémina de pelo largo, lacio y dorado que sonrió mostrando una descomunal fila de dientes.

—¿Qué haces por aquí, socio?

Mira: que voy a asaltar esa gasolinera con un revólver del 38 que llevo en los cataplines.

—Mira: esperando a una amiga, para tomarnos algo. ¿Y tú?

—¡Ah, tuno! —exclamó Velasco con un guiño—. Conque una periquita. Y te lo tenías tan callado —descendió sin quitarse la estúpida sonrisa, y la chica platino le siguió (también sonriendo, o ¿ya no sonreía y tan sólo lucía los dientes de conejo?)—. Esta monada vive por aquí.

Les presentó y la rubia dijo que aprovechaba la parada para ir a comprar tabaco.

—¿Qué te parece la rubiala? —le reclamó opinión tan pronto se quedaron solos. Después, en el cuartel, todos sabrían que no se estaba tirando el rollo—. ¿Un zumito, no?

—Está bien —admitió Salva, sin énfasis.

—¡Cómo bien! —Velasco simuló enojo—. ¿Te has fijado en sus piernas?

No se había fijado. Sólo la radiante y estentórea dentadura había conseguido sustraerle al flagrante terror que lo sacudía.

—Vale, vale. Lo reconozco. Está muy buena —le felicitó, reparando en los desmesurados muslos de la rubiala, delineados por una malla negra y ajustada. Dos muslos de pavo andantes.

—Un poco dentuda… y culona —admitió Velasco—, pero la chupa con

paja.

—Ah…

—Y cincelando de abajo arriba. Como los reconocimientos de los colegios amenazados de bomba —se rio. Una risa que traspasó a Salva y a punto estuvo de ponerlo en estampida—. Oye —añadió de repente muy serio y en tono confidencial—: ¿Te acuerdas del frasquito que te di?

—Sí.

—No me dejaste decirte para qué era verdaderamente bueno —dijo Velasco mirando a la rubia, que regresaba con la compra—. Ahora tienes que saberlo. A esta la conocí por medio de una amiga suya a la que me enculé. ¿Lo captas, socio? Fui el primero —aclaró—. La táctica que usé para aflojarle el ojete fue con el *popper*. Es un dilatador que sirve para suavizar el ano y poder «horadar» a gusto. Ya te lo dije. ¡Bueno para cagarse! —y empezó a troncharse de la risa.

Salva se quedó de piedra.

—Será una broma. Tú… t-tú me dijiste que se trataba de un relajante —acertó a terminar.

—Pues claro: un relajante *muscular*, socio —Velasco asió la mano de su chica pigmentada y ésta escaló, encantada, al Vitara, y la rubiala con piernas de gallipavo no sonreía y en ningún momento lo había hecho: es que no controlaba el desparrame de su dentadura. Imposible que le saliera una felación primorosa—. Tenlo en cuenta por si te surge la oportunidad. Te lo regalo. A esta ya he comprobado que no le hace falta. ¡Jo, jo, jo!

La gallipavo preguntó de qué iba el chiste y Velasco no paró de reír, como si la cosa tuviera gracia, como una sátira cruel del destino, que es lo que en realidad era.

—No me puedo entretener, Salva. Esta noche nos vemos en el servicio y luego te cuento. Ejem, ejem… Ahora tengo que… —repitió su habitual mueca obscena de lengua contra carrillo. Y riente y demoledor salió del aparcamiento.

Les dio la espalda. No atisbó coches de policía.

Aquello era para cagarse. Literalmente.

Había que empezar. Ya. Si se daba prisa, el *popper* no surtiría efecto hasta concluida la operación.

«Le aflojé el ojete con el *popper*». ¡Qué cabrón!…

—Has tardado mucho. Y qué rojo estás. ¿Algún problema? —preguntó Anabel.

—Ninguno —jadeó Salva, preguntándose si no se cagaría patas abajo en mitad del atraco—. ¿Ha salido ya el objetivo?

—No; tiene que estar a punto. Vamos.

Por debajo de la camisa, que le caía por fuera del pantalón, se ajustó el revólver. El cañón de cuatro pulgadas ascendió del pliegue de la entrepierna, lo que le produjo un alivio indecible.

Dioni les entregó los disfraces y una bolsa deportiva.

—Os espero en el coche.

—Pásame los míos, Efrén —pidió ella.

Sí: a aquel momento pertenecía Efrén.

Nadie alrededor. Arrimados a una furgoneta, Efrén se pegó el bigotito y se enganchó la peluca rubia con coleta. Anabel, por su parte, se puso la narizota con gafas y la peluca negra.

Con celeridad pero sin atropello bordearon el lavadero y entraron en la tienda; una especie de campanillas tintinearon chillonas en el dintel, como si intentasen avisar a los del interior de lo que se les venía encima. Seguían dando la tabarra cuando la cajera se encontró con el revólver de Anabel en la cara. Un tipo que examinaba latas de aceite levantó por su cuenta los brazos.

—¡Al suelo! —les apremió ella.

El presunto comprador se arrodilló como si pidiera clemencia, y a continuación se tendió en decúbito prono con los brazos en cruz. La cajera, congelada como en una foto por sorpresa, ni pestañeaba; a su lado, el tipo del Range quiso hacer lo mismo que el cliente, pero ella le detuvo.

—Tú, no. Sabemos que tienes el dinero. Entrégalo.

—No sé nada —balbuceó.

—Sin gilipolleces —Anabel le estampó la bolsa en el pecho—. Échalo ahí, *ya*.

El tipo agarró la bolsa, pero se permitió dudar.

—¡Que te des prisa!

El otro empujó la puerta a su espalda, seguido de Anabel, que se detuvo en el quicio.

Desgarrada la caja, que ya tenía cerrada, el encañonado trasladó las bolsitas con monedas y billetes al nuevo contenedor.

—Ya está todo —se justificó.

—De eso nada —rechazó Anabel—. Invoca al santo.

—¿Qué?

Anabel le adelantó el cañón del revólver en un ademán torvo.

—Deja de hacerte el loco, joder.

Convencido, el individuo se encaró a la pared, retiró de una hornacina la figura de un santo y comenzó a manipular en el supuesto minirretablo.

La operación transcurría con previsión subversiva. Un sujeto entró pidiendo cambio para el teléfono. Cuando vio a Efrén que le apuntaba y a otro en el suelo, le imitó con plausible discreción. Afuera en los surtidores automáticos, un par de usuarios se afanaban ignorantes de lo que sucedía a diez metros de ellos; cuando entraran a pagar, se arrojarían como buenos chicos. El empleado del lavadero abrillantaba una limusina.

Por la calle peatonal apareció un vehículo; uno de policía.

¡¿Cómo por ahí?!

Empujaron la puerta. Los címbalos tintinearon a medias. Efrén, distraído con aquella impróvida anomalía, tardó en percatarse. Un adolescente tenía un pie a cada lado del umbral; confuso, retrocedió: y echó a correr atropellando a uno de los clientes que le ladeaba billetera en mano.

Efrén observó el exterior como trepidantes imágenes de vídeo al que se hubiera pulsado la tecla *avance rápido*: empleados y usuarios con las plantas de los pies dándose en los glúteos transponían esquinas y portales como centellas. Voces. Gritos.

—Nos han descubierto —avisó Efrén—. Tenemos que largarnos.

Pero la inquietud de Anabel tenía que ver con la llenada de la bolsa.

Se rezagó largos segundos, y así en cuanto salieron se encontraron en un semicírculo barrido de almas, con un coche policial enfrente.

—¡Alto a la Policía!

Se pusieron a cubierto en distintos surtidores.

Encarando la ruta al lavadero, los policías insistían:

—¡Están rodeados!

Pista de fuga cortada.

Efrén volvió la cabeza a la tienda. La puerta había sido taponada con latas de aceite, bidones de anticongelante, la mesa del mostrador… Nada de rehenes. Alguien les repitió un ALTO a voz en cuello: Efrén respondió con un disparo al cielo. El estrépito del techo de chapa traspasado escondió a los policías, la calle absorbió gente.

La actuación se constreñía a ganar el lavadero, rodearlo y subir al Panda; veinte metros diáfanos: una zona rasada por el fuego enemigo en la que milagro sería que un blanco del tamaño de sus figuras encasquilladas pudieran marchar sin ser abatidas. Sólo con hacer fuego instintivo. Malparada iba la reconstrucción del comando Centro, el ideal revolucionario, el castigo a la banda de cuatreros…

A ver esas notas de tirador selecto, o se acabó la aventura, recluta.

Confiando en su pericia y con otro tanto de temeridad, consciente de un par de cosas que sólo pueden ser entendidas por quien tiene clara

conciencia de ser un Jekill y Hyde al mismo tiempo y saberse segmento imprescindible de una parte tanto como de la otra, Efrén pidió a Anabel que se protegiera con la bolsa y volara al Panda:

—¡Vete ya!

Ella se lanzó al tiempo que Efrén efectuaba dos disparos al aire.

Cuando los policías quisieron reaccionar, Anabel ya había doblado el lavadero y él desplazado hasta el surtidor más cercano. Aun así, replicaron con un disparo incierto. La megafonía policial bramó:

—¡Están rodeados! ¡ENTRÉGUENSE! —La exigencia pareció venir del cielo.

Era su turno: la cuarta fase del *Thunderkiller*. Necesitaba puntos. Y en esta partida no disponía de vidas de reserva. A lo lejos aullaba una sirena. Rellenó el tambor.

Asomó y disparó. Acto seguido se encajó de lleno en la línea de fuego.

Acuclillado, con amartillamientos previos a cada disparo y el arma apoyada en el antebrazo contrario, alineando ojo-alza-punto de mira-blanco, Efrén se desplazaba con tensa parsimonia, colocando impactos según los movimientos que les anticipaba a sus acosadores: ora en el cero del número de emergencia, ora en la aleta posterior, ora en el puente luminoso: los policías brincaban alrededor de su auto y no se decidían a exponerse. De pronto, uno de ellos emergió sin complejos, apuntándole concienzudo y osado, a él, que ya acariciaba la esquina del lavadero, oyendo los acelerones del Panda cuya peregrina cadencia tenía más de marcha fúnebre que de fanfarria…

La bala debió de pasarle muy cerca porque a sus espaldas una luna o un faro de la rutilante limusina crujió como un jarrón estrellado, a la par que él había respondido, y así, justo cuando torcía, vio al policía desplomarse sobre el capó…

Casi dejándose atrás la coleta, se zambulló en el Panda.

La mayoría de los automovilistas no identificaba la exacta procedencia del tiroteo, y a la salida del aparcamiento, Efrén templó a Dioni para que se mudara a la avenida sin excesiva, llamativa premura.

Pero cuando en el espejo retrovisor el piloto captó los destellos de otro coche de policía despuntando por entre la circulación en caravana, que no obstante se abría como las aguas de un mar de chapa a aquel Moisés llorón, transmutó el Panda en un bólido ruidoso y saltarín.

Dioni ponía tierra de por medio en virajes funambulescos, traqueteando a sus ocupantes de vértigo y pavura, viajeros de una montaña rusa sin diversión ni garantías. Omitió un semáforo en rojo y por un instante a Efrén se le antojó que adelantaban al coqueto todoterreno en el que Velasco iba con su rubiala dentuda y gallipavo y que «cincela como los

reconocimientos de edificios amenazados de bomba» y en el colmo de la susceptibilidad que lo reprendía con un gesto cansino de la cabeza: *Eso no es pasárselo bien, con una lumi como esta sí; acabo de decirle que voy a metérsela por un sitio que nunca antes se la han metido y me ha dicho que cómo no sea en el bolso otro sitio no hay. Va a ser la hostia. Pero cargarte a un colega, eso es un mal rollo, socio.*

La imagen del policía cayendo comenzó a fatigarle tanto como la terrorífica velocidad con que Dioni esquivaba vehículos de un lado y personas de otro. En retaguardia, diluyéndose, la acústica perseguidora.

Pero Dioni, inspirado y sordo, seguía adelantando en zigzags espeluznantes; al invadir una travesía, y a fin de evitar estamparse o llevarse un puesto de helados, tocó el freno de mano y el Panda se convirtió en juguete de una tolvanera estrepitosa de la que salió girando y chirriando, desafiando las leyes de la inercia y las probabilidades de colisión. En seguida, más semáforos en rojo omitidos, claxonazos, algunos con ritmos musicales que no parecían que les estuvieran increpando, más bien saludándolos. Derrapó en un cruce, espantó vendedores de pañuelos, palomas y tordos al acortar por un parterre, cambió de vía con un trompo y a otra con un limpio e ilegal adelantamiento por la derecha.

Enfiló por una calle que tenía toda la pinta de no tener salida, y desembocó en una carretera de circunvalación, de tres carriles, expedita como una pista de aterrizaje.

El Panda, que se desplazaba con un estruendo de agonía, daba la impresión de estar parado. Cuando le pareció bien, Dioni tomó un desvío, circuló con recelosa morosidad por callejuelas, y al descubrir un hueco entre una hilera de turismos subidos a la acera, estacionó.

Permanecieron en su interior en alocado silencio, escuchando las extraviadas sirenas.

La persecución no rondaba cerca de allí.

Efrén y Anabel se apearon con el botín. Acordaron que Dioni incendiaría el Panda con las pelucas y más tarde regresaría al kiosco donde izaría una bandera a cuadros blancos y negros como señal de «triunfo revolucionario».

Vagaron por la barriada, casas de una o dos plantas a lo sumo ocupadas por abuelos que ya no envejecen ni se mueren y cuyas esporádicas bajas son reemplazadas por compradores de alto nivel económico que adquieren los inmuebles, los reforman y los habitan con la idea de sustraerse de la ciudad dentro de la insoportable ciudad. Subieron a un autobús que los llevó al centro y luego a otro, hasta por fin verse tirados en la calle Zigia, uno en el sofá tapizado en azul cielo y la otra en el trono de bambú, anhelantes de la bandera a cuadros fuera del kiosco.

Descansaron un minuto y se levantaron.

Pero el camarada no llegaba. Y ellos no se despegaban de la ventana. A lo lejos, hermético y algo harapiento, alumbrado por las propincuas farolas de la plazoleta, el kiosco se destacaba nítidamente inalterable. Inquietamente intacto. Y el reloj corría hacia la hora inapelable en que Salva tenía que salir de servicio. Y marcharse desconociendo el desenlace de la operación no podría resistirlo: tamaña incertidumbre lo reventaría.

Finalmente, Dioni dio señales de vida. Fueron dos horas que a Salva se le antojaron días. Meses. Años. Un tiempo largo y espeso que lo separaba de su vida anterior, no de la doble, sino de otra antes de morir y renacer en la que fue guardia civil y su ser lo evocaba sin consistencia ni nostalgia. Siguieron sus movimientos con vista fija: abrir los candados, plegar el cierre de tijera, entrar… Desplegar la bandera.

A esa hora, en la hondonada de un descampado, un Panda carente de huellas y de placas —de matrícula y bastidor— ya habría dejado de arder.

Ella, encendiendo y apagando la luz, dio el enterado. Dioni deshizo el ritual. Regresó a la noche, que, de pronto, se volvió cálida y sosegada.

—Para ser nuestro primer golpe no está mal —celebró Anabel, embargada de alivio y júbilo.

—¿Cuánto dijiste exactamente?

Ella repasó los rollitos repartidos por el mantel bermellón de aves que picotean ya deshilachadas, y se ratificó:

—Está claro: cuatrocientas diez mil.

—No sé si ha valido la pena.

—Por supuesto que sí. Por fin en el camino de la lucha guerrillera. ¿Verdad, Efrén?

Efrén, Salva, la dualidad turbadora… Le dio la razón con un vistazo al reloj. No eran evocaciones: era que si no estaba a la hora de salida, le meterían un cuerno.

Se despidieron con un beso y partió no todo lo feliz que conjeturaban las circunstancias.

El policía cayendo, éxitos peligrosos, frentes innúmeros. La suerte del principiante…

6

En el cuarto de Puertas leyó un telefonema: el general se presentaría en la localidad al día siguiente. O sea, reunión de cuatreros y él no se enteraría de nada.

Colocó su bombilla de doce voltios y se acomodó en el *pepito*. El *cuatro latas* llevaba el mismo camino que el extinto Land. Esto, unido a su frenada temible, lo convertía en el milagroso coche andador… Y él se sentía atrozmente fatigado… *El policía cayendo*. Ojalá Velasco no insistiera en contarle su orgía con la rubiala. Si tenía que escuchar sus mil giros salaces, acabaría por calentarle de tal modo —sólo las sienes— que lo enfermaría y sin remedio. Pura psique.

Pero Velasco se sentó al volante, sin comentarios, excepto:

—Eh, *Susaneguer*. ¿Qué te parece un callejeo rápido y después un cafelito en El Holandés?

Salva inclinó la cabeza. Un café le animaría, o tal vez no… *cayendo como un monigote de trapo*. Era del FRAF, pero también era humano, qué hostias.

El *pepito* salió de la Mural a la 215 desflemando quejidos de chatarra. El palier izquierdo requería ser cambiado como antes lo fue el derecho y Salva clamó a la providencia que le pasara el cargo a otro prójimo. Velasco no hizo comentario alguno. Le urgía despejarse. Pero con ocho horas por delante le iba a sobrar tiempo para asimilar su primer muerto. Gilberto Gómara, trazando eses lentas y cojitrancas, peregrinaba camino de El Holandés. Allí se pimplaría los cinco o quince últimos chatos del día, hasta cerrar el local con el dueño. Seguramente insistiría en invitarles a un vino.

Velasco, que saludaba siempre al Gómara, no le dirigió la palabra.

Cómo me gustaría que hiciera un frío de esos bien jodidos, anheló, en tanto era zarandeado por algún enorme bache y acto seguido pensó en lo bueno que sería que el Land Rover en vez de ballestas tuviera amortiguadores.

Luego se dio cuenta de que en realidad iba en el *pepito* y casi le dieron ganas de reírse. El fumeteo de Velasco le estaba trastornando, o amodorrando. Estuvo por pedirle que hiciera el favor de apagarlo, pero si le daba cháchara tendría que aguantarle la película con la rubiala gallipavo. Sintió un puntazo de grima al imaginársela en plena felación. Otra vez las ganas de reír, de carcajearse. O una arcada. *El policía cayendo*. Y la banda cuatreril. Había cumplido su parte del trato. Era el turno de Anabel. Ya no haría más ensayos. ¿Pero qué hacer? La calefacción un poco alta. Debería bajarla. *Más vale que sobre*, resolvió, reparando en dos tipos de fuera. ¡Coño!, uno era Velasco. El otro un tipo enfundado en una cazadora de cuero, con una A grandota en la espalda. ¿Lo estaba cacheando? Velasco manoseaba algo. Un portazo. Bajaban de Maracaibo. *¿Bajaban sin haber subido?* Tanto humo lo aturdía. Las casas fotocopiadas de la urbanización dormían las unas contra las otras. Vio un destello azulado en las afueras del pueblo, por el cruce de Villarjo.

Velasco, que también lo habría visto, no abrió la boca.

Creo que me caigo de sueño y fatiga, y por eso veo cosas raras, se explicó cuando Velasco aparcaba en la terraza de El Holandés, cerrando luego la puerta del *pepito (¿del pepito?)* con sigilosa prontitud.

Le vio alejarse flotando o braceando en la nada, transponiendo la puerta acristalada como si fuera una cortina de humo. El bar estaba vacío. El bar despedía un resplandor blanquísimo. Su compañero se disolvió en semejante lácteo reflejo.

Los setos que circuían la terraza silueteaban vagas figuras humanas: tipos de pie, sentados, reclinados. Curioso… Estará enfadado porque no le he preguntado por su polvo con la rubiala dentuda. ¿Pero Velasco se enfadaba alguna vez? ¿Entonces…? Bah, ojalá hiele. Y que sea primera página en los periódicos y así la muerte de un policía no le interesaría a nadie. Con morboso regodeo la chusma prefiere oír que doscientos miserables han estirado la pata, congelados en la calle y por ahí. Nadie se ocuparía de buscar al atracador homicida y yo pasaría desapercibido. Pero y mi conciencia, ¿se helará? ¿Por qué este reconcomio? Sí, que hiele, y que la palmen todos los pobres para que el Estado nos subvencione el consumo.

—¿*¡Eh!*?

Algo llamó su atención: uno de los setos con forma humana se había movido. Le clavó una aguda observación.

La indistinta hechura se balanceaba de un modo casi imperceptible.

De súbito, arrancó: lamiscado por la luna, en cuclillas, pasó por delante del *pepito* como un trasgo argénteo y desapareció confundido en la negrura opuesta.

—¡Jodo! —dio un respingo (creyó darlo dejándose la piel pegada al asiento). Alguien agazapado se había deslizado en plan furtivo, y él lo había visto.

Toda trivialidad arrollada por el instinto de defensa.

Toque de generala.

En retaguardia del borroso jardín, bullían formas tiradas al carboncillo sobre cartulina negra. El cósmico fulgor del establecimiento acrecentaba el negror en torno. Empezó a barruntar —¡Ag, qué cabrones!— la acechanza.

Y la asechanza.

Notó cómo un delirante terror se adueñaba de su anatomía indefensa y le ponía los seiscientos y pico músculos a tiritar.

Dos, tres, cuatro, cinco, sombras dentro de otras sombras se agitaban aquí y allí. Individuos que zanqueaban acuclillados, acentuados por los cañones de sus armas ultrasofisticadas. (¡Ah, si los Puestos rurales dispusieran de parecidos presupuestos para servir a la población civil!) *No*

desbarres, majete: has caído. No llevaban gorras con la visera vuelta hacia atrás. ¡NO! Eran boinas negras ladeadas sobre las cabezas de coincidentes laborales de la Unidad Especial de Intervención.

Son los chicos de la UEI, que han venido para dejarte una bonita flor sanguinolenta en tu occipital de activista revolucionario. Todo quedará en casa.

Se puso a fraguar una furiosa y espectacular escapada.

Ahora lo entendía todo. ¡TODO!

—¡Salga del coche! —gritó una voz ronca, perentoria. Fatal.

De ahí la maldita apacibilidad. Y Velasco, cómo no iba a estar callado… Su misión, bien sencilla: guiarlo a la ratonera. ¡Ag!, de ahí que el bar estuviera evacuado y Velasco volatizado. Los alrededores, desiertos. Gilberto Gómara no había llegado: los de Especiales habían acordonado la zona impidiendo el paso a cualquiera que pudiera resultar herido. Un tiroteo con un infiltrado del FRAF no era cosa de una patrulla de correrías y que saliera disparando tampoco era improbable.

Por eso se apostaban los de la UEI y no los del SEPRONA.

Una escapatoria, sí. La que fuera. Saltaría del vehículo en un arranque de furia y, arreado por un éxtasis suicida, iracundo y feliz, dispararía hasta morir como un héroe revolucionario…

¡Joder, qué tontería! A lo mejor tenían ordenado abatirle a las primeras de cambio, igual que se cargaron al comandante Val, y ahora su cara de capullo desencajado centraba la cruz de un visor infrarrojo encima de un Máuser de alta precisión.

Le habían encontrado. ¡A él, que se creía don Quijote, Juan Salvador Gaviota!

—¡Salga del coche!

Sí: claro como el agua, pero qué podía hacer. Una sección de la UEI mantenía controles en el cruce de Villarjo (el destello que vio desde Maracaibo). Imposible escapar.

… *Han venido para dejarte un ramillete de tiros, revolucionario de los cojones*.

—¡Salga del coche, hombre!

(¿hombre?)

—Salga del coche, que le invito a un chato, hombre —repitió la ronca voz… ¿del Gómara?

El aliento fétido, a licor espirituoso, le despejó bruscamente, como si le hubieran pasado por la nariz un pelotazo de ácido nítrico. Levantó los párpados. Miró de soslayo: una sonrisa grande y fea debajo de unos ojos muy juntos y muy vidriosos flotaban pegados a la ventanilla.

Una boca sin labios profirió con vomitiva hediondez:

—¡Qué! ¿No va a aceptar un chato de este servidor?

En efecto, el bar despedía una fuerte claridad: la ausencia de luz en los jardines realzaba el efecto óptico. Y dentro había parroquianos. Entre ellos, Velasco, narrando y gesticulando. Reían los seis o siete que se esparcían sentados a la barra en taburetes. El holandés remoloneaba, divertido, coronando las mesas de sillas puestas del revés.

—Venga, guardia, baje que le invito a un chato. Ya que su compañero me ha pagado uno, yo quiero invitarles a ustedes dos.

—Sí… pero es que… Tengo que estar aquí al tanto de las transmisiones.

Las *transmisiones*. Velasco se estaría fiando de él.

—Entraré en seguida, gracias —dijo.

—Pase conmigo —insistió el achispado, expeliendo unos feroces escupitajos que Salva no pudo esquivar.

Por la carretera circulaban coches sin destellos, ningún control se vislumbraba montado en el cruce de Villarjo y el tipo de gente que suele rondar a esas horas era la que pasaba por allí. Tampoco se veía a nadie de la UEI. Ni del SEPRONA. Los jardines dormían sin alucinaciones.

—Tiene razón, señor Gómara. Necesito un café.

Velasco salió del bar y se fue para el beodo.

—Pero hombre, Gómara. Te dije que no se te ocurriera molestar a mi compañero.

Gilberto Gómara no le replicó; dio media vuelta y, dando traspiés, penetró en el local.

—Lo siento, socio —se disculpó Velasco—. Pero el pesado este no ha parado de dar la murga con que quería invitarnos a los dos. Le dije que no se preocupara, pero ya ves…

—La culpa es mía —admitió Salva—, por haberme dormido mientras tú estabas fuera…

—¡¿Fuera del coche?! Socio: te quedaste sopa nada más salir del cuartel. Por cierto, ¿te encuentras bien?

—Sí, claro —mintió Salva; sentía cómo le rezumaba la piel de sudor y de angustia.

—Has estado «empujando», cabrón —susurró Velasco en tono escabroso—. Para eso querías el *popper* y ahora estás que te caes. La pusiste bien o qué. Pasa conmigo que a las tres y media es buena hora para hablar de polvos.

—¡Las tres y media! ¿Y qué hay de las presentaciones?

—Bah, no hay de qué preocuparse. He llamado a la Línea y está de Puertas el Jaro, un colega mío. Le he dicho que si sale el teniente a vigilar los servicios que me llame al bar. Esta noche toca relax, por las otras noches que nos putean a sus antojos. Me he fumado el último canuto que me quedaba y otro de puta madre que le he levantado al Balilla. No te he dicho si querías porque como sé que no fumas; y además, ibas dormido.

—¿Te has fumado un porro dentro del *pepito*? —y al punto Salva se mordió la lengua. No tenía derecho a recriminarle nada.

Velasco se pegó a la ventanilla.

—Oye: estás sudoroso que te cagas. ¿Seguro que te encuentras bien?

—Seguro —contestó Salva, saliendo del *pepito*.

Una furgoneta clavó frenos en el arcén con un estrépito de asfalto y chinarros. *(¿La UEI a por él?)* Transportaba prensa. El repartidor ofreció un periódico. Velasco, como guardia civil reeducado en lo que atañía al Régimen, pidió *El Nacional*, que era el que nunca fallaba en respaldar al Cuerpo —a la Cúpula—, y como eran gratis, otros para los demás.

Precedido de Velasco, se acomodó en la barra, dejando la puerta entornada… por sí debía correr. La pesadilla aún reverberaba en su alocado corazón, que poco a poco aminoraba latidos como el tractor de Matías el Sordo cuando empieza a dejar atrás las cuestas.

Velasco retomó el hilo de su aventura erótica. Avanzaba en ella con hipérboles y circunloquios, y cuando por fin alcanzaba el clímax del relato, incidía en los detalles con un epíteto tras otro (las tetas eran dos y el ano estaba en el culo). Salva pidió un café y se entretuvo en ojear uno de los periódicos «para los demás». En el apartado de sucesos, un pequeño recorte informaba de un atraco a mano armada por dos o tres delincuentes a una gasolinera, y en la que un policía había resultado herido leve por un fragmento de la carcasa del puente de emergencia. Frases como «simple irritación» o «alta a la media hora» confortaron de golpe su espíritu atormentado. Las risas se adueñaron del local. Velasco concretaba que la suegra de ella estacionaba frente al chalé y él no daba con los calzoncillos…

Cuenta, cuenta. ¡Qué placer, oírte! Oírte siempre así. Gracias por no colaborar, Velasco.

—Y os voy a decir una cosa: soy bisexual —se expresaba, jocosamente —. Vamos, que lo mismo me lo hago con una tía que con dos. Así que no me habría importado que se amorrara la suegra; pero a mi *perica* no le gustó la idea y seguimos corriendo en bolas por la casa detrás de la ropa.

Se colaba un relente aupado por el río que atenuaba pesares. Velasco proseguía su peripecia sexual: se largaba por el patio trasero, medio en pelotas, hilarante ella por la salida del tedio conyugal. Todos reían.

También Salva, *o ¿Efrén?* Si bien sus motivos radicaban tan lejos como sus inquietudes. Fue por casualidad que se acordara del *popper*… y de sus efectos secundarios.

Le entraron inexcusables ganas de ir al lavabo.

Entonces sí que rio.

XL. VIVA LA AMISTAD

1

Una mañana limpia, de un nebuloso aniversario. Recién escampado el aguacero matutino, con el sol en lo alto y la atmósfera diáfana, los colores de la vega resaltaban densos y lozanos. Los márgenes del río verdeaban lujuriosos a lo lejos contra los ramales áridos de Los Varales.

La estampa de la naturaleza, vista desde el cuartel, se reproducía serena y vivaz el día en que cumplía el primer año como guardia civil. Por el contrario, su espíritu palpitaba de amargura, dudas y desasosiego.

De la deliciosa perspectiva de poder actuar como genuino agente de la ley, con todo el cortejo de ardorosas ilusiones con que llegó al Puesto, no quedaban más que recuerdos, sueños arrasados.

El cristal de la ventana del cuarto de Puertas no le reflejaba el alma. Pero si se comparaba con su fotografía de la Tarjeta de Identidad Militar, sí se reconocía distinto, físicamente otro. Se le habían remarcado las comisuras de los labios, y en la mandíbula y en su piel descubría cierta trabazón consecuencia de una experiencia imponente, desaforada. Irrevocable.

Había transcurrido un año. Uno muy largo o por lo menos muy vivido. Un tiempo de crisis, de conmutación, de algo más que borracheras absurdas, de masturbaciones en coños exánimes; un tiempo dedicado a la búsqueda de lo sustancial, del sentido pletórico de la vida antes de que el hastío impuesto por la variedad de la propaganda alienista nos lleve a gruñir que la vida es una mierda o vueltos mediocres por la impotencia de recuperar el tiempo perdido, postrados al hechizo de las consignas que más se repiten por televisión, y en su caso, además, tiranizado por severos y rancios correajes.

Contra todo ello no queda más que contender allende el hedonismo y la resignación. Reto aceptado. Vivir a tope. *¿Morir?* Morir en pleno éxtasis mientras se destruye algo de esa oligarquía que exaltada por la debilidad de la masa no halla cuándo cesar el giro de tuerca.

Pobre mujer, pensaba en su vecina Ramona. «No olvides nunca de donde sales…» Pobre diablo él por haberla menospreciado en su presuntuoso fuero interno.

¡Con qué pasmosa perspicacia le intuyó componiendo el Presenten Armas en fastos fascistas, hostigando a trabajadores con la Ley al pie de la letra mientras que para los poderosos ni existe!

Un año de chascos y revelaciones en que la ingenuidad ha sido devastada por el sádico remedo de disciplina que lo subyuga, y por eso ha evolucionado hasta convertirse en un soldado de la resistencia clandestina: para llevar a cabo en la ilegalidad lo que debería permitírsele por las apariencias.

Refractario, impugnador —casi desafiante—, se corrigió a tiempo.

Así funciona esto; las reclamaciones al maestro armero, tío listo, le llegaba el rugido disoluto del general. Como agente de la ley no es más que una marioneta, un pelele. Finalmente, acoplado al engranaje; sí: capciosamente. Inane en solitaria ofensiva. Y quién mejor que Anabel y la infraestructura que podía aportar la Organización armada.

Ella y él: agitación, viento y fuego.

Le venían agradables olores a campo, magníficos por el aire húmedo. Continuó dando cortos paseos por el rellano de cantos bruñidos por el chubasco, mitigando el insulso servicio de Puertas con la solaz contemplación de la campiña hacia el levante. La finca de Las Torcaces, quieta, neutralizada. Un aniversario ambivalente. Sin remordimientos.

Sí, un día hermoso: de cielo y de conciencia.

2

—¿¡Que se llevan el dinero!?

En la mesa dos atados. Uno con doscientas setenta mil pesetas y otro con ciento cuarenta mil. El primero, según Dioni, lo requería la cúpula revolucionaria con el fin de asegurar su propia movilidad clandestina.

Efrén, poniéndose en pie, siguió con su protesta.

—Estoy harto de cúpulas. —Y se echó a zanquear—. Siempre igual. Siempre avasallando. —Se paró delante del jefe del comando—: Nunca se habló de pasarles tanto dinero. No estoy de acuerdo.

El otro se encogió en su esquina de siempre en el sofá, pero no cedió:

—No se trata de estar de acuerdo o no: son las órdenes. —No obstante, turbado por la actitud insurrecta del camarada, quiso explicarse—: Debemos contribuir a la financiación del Movimiento. Su fuerza es la nuestra.

Dioni hablaba, o más bien recitaba un discurso aprendido, con dicción intransigente, denotando una cerrilidad dogmática de la que Efrén dedujo dos cosas: discutiera lo que discutiera, el dinero se lo llevaría el enlace, posiblemente Pablo; y que Dioni era poco menos que un *patas*.

Y si él no lo remediaba, terminaría igual.

—Cállate, estúpido —le cortó cuando el otro pretendía añadir algo de lo memorizado o adoctrinado, y le arreó una patada al puf.

Anabel, que encajada en su trono de mimbre leía en apariencia un periódico, reaccionó:

—¡Joer, que mis muebles no tienen la culpa! A ver si no perdemos los nervios —pidió en tono conciliador, blandiendo el periódico enrollado—. Formamos parte de una organización, Efrén. Creo que eso lo entiendes, y por lo tanto que parte de ese dinero tengamos que enviárselo. Y tú, Dioni —apuntó al cada vez más cenceño camarada—: hazles saber que llevarse casi tres cuartas partes de la recaudación es demasiado. Nuestra operatividad no gana mucho. ¿No crees?

Dioni no contestó.

Efrén, para evitar una discusión estéril, volvió a sentarse.

—Vale. Que se lo lleven —capituló—. Pero las próximas acciones decidimos antes por unanimidad los tres, o las gasolineras que las asalten ellos.

Dioni se removió con fastidio.

—Bueno, pero no olvidemos que las directrices del Comité deben seguirse; además, con esos ciento y pico boniatos nos bastará, por ahora. —Trató de concluir autoritario pero flexible y le salió una contradicción de palabras y gestos que lo dejó aniquilado y mudo.

Anabel enrolló el diario como un porro formidable e intervino en ayuda de Dioni.

—Vale. Es cierto. Lo justo para montar unos ocho o diez *petardos* con los que podremos mantenernos operativos hasta finales del verano. Afinaré mi *arte factu* especial, que tengo listo para el Ministerio, y quizás lo haga por duplicado. Por cierto —encuadró a Efrén y dejó caer al contraataque—: *sigo esperando tu plan*.

Esgrimió el porro gigante y concluyó:

—Podremos hacerlo todo, ya que he sacado varias ideas de este periódico, curiosamente, fascistoide.

Efrén captó la sutil recriminación y desistió de prorrogar la disputa. Entre otras cosas, porque si ella se conformaba con el reparto, a pesar de que el presupuesto para montar sus artefactos quedaba considerablemente reducido, teniendo en cuenta el entusiasmo subsiguiente al asalto, él poco podría imponer o condicionar.

—¿A qué te refieres? —preguntó, todavía vacilando si insistir en impugnar tamaña exacción, en tanto Dioni rebañaba el dinero con celeridad temerosa.

Anabel se inclinó sobre la mesa, entresacando las hojas del periódico

que le interesaban; las demás, por el vicio de la forma, se volvieron a enrollar ávidas por el suelo.

—Hablo de un reportaje sobre la acción de ETA contra el coche de un policía en Bilbao. Es asombrosamente ilustrativo. Tanto que pienso variar algunas técnicas con los explosivos.

Dioni se levantó con ademán escurridizo.

—Estudiadlo y ya me contaréis. Ahora tengo que irme.

Dioni siempre con prisas. Tras el portazo del jefe del CC, Efrén expelió la opinión que le merecía dicho jefe:

—Este tío acabará por traernos problemas. No me extraña que los de arriba estén encantados con él. Es exactamente la clase de mentecato con que todas las cúpulas sueñan.

—No seas tan cruel —le reprochó ella, alargándole una hoja—. Tal vez te parezca un pobre diablo, pero cuando llegues a conocerlo mejor, te darás cuenta de que ama la Organización por encima de todo. Y eso es lo que más cuenta para afianzar la Causa y nuestra clandestinidad.

—Quién sabe —dijo Efrén, pasando a fijarse en la información.

Para murmurar al cabo de unos segundos.

—Pero esto… ¡¿Cómo es posible?!

Aquello no era una simple noticia: los gráficos y sus respectivas glosas elucidaban, en plan siniestro espabilaburros, el riguroso montaje de bombas caseras. Un verdadero manual de terrorismo. ¡Y de una prensa conservadora!

Efrén no podía apartar los ojos de los dibujos con círculos amplificadores donde se detallaban las partes de dos artefactos explosivos: uno activado por movimiento y otro por radiocontrol, que —según el reportaje— eran las dos hipótesis más probables en que el atentado se habría llevado a cabo. Junto al despiece gráfico, un número describía su utilidad a pie de foto, uso más frecuente y el modo de ensamblarlo. Entre paréntesis aclaraba que la fuente de alimentación del radiocontrol precisaba una intensidad específica que sólo determinados tipos de pilas podían suministrar. Un pormenor que se les solía pasar por alto a los comandos de ETA.

Alguien en aquel medio informativo había confundido libertad de expresión con perfeccionamiento de la logística guerrillera o favores al enemigo. La profusa demostración a lo largo y ancho de una página entera —la mitad ocupada por los croquis— no dejaba dudas de cómo montar una «bomba-lapa», según la denominaba. Incluso se permitía compararlo con un atentado fallido de la semana anterior, cuyas causas, se debió «como ya informábamos en primicia, a una posible conexión defectuosa por no haber sido convenientemente aislada de la humedad». Un síntoma de la pérdida

de fuerza operativa de la banda terrorista, apostillaba, y lo mismo se creían que divulgaban un incidente baladí en lugar de información confidencial y terrorífica. A saber: se advertía a los técnicos terroristas de sus fallos, cómo corregirlos y perfeccionarlos; y el diario se las daba de monárquico y hasta de demócrata. El atroz compadreo de la editorial y la Cúpula afloraba una vez más. Algo que él había comprobado ya y de manera indubitable, pero descubrirlo con tan pública e insolente ostentación no dejó de exacerbarlo.

Primicias que llevarán a la tumba a algún compañero, un inocente trabajador uniformado que quizá no ha mucho acabara de entender —al fin— que la milicia benemérita es en realidad una legión de sorches condenados a obedecer y ser carne de cañón.

De golpe se sintió impaciente por atentar de nuevo.

—¿Para cuándo la próxima?

Un Sistema que permite la permanencia de una élite superviviente de épocas ominosas, no merece clemencia ni moderación alguna.

—La semana que viene —contestó Anabel, extendiendo la hoja con delicadeza y fruición—. Es realmente bueno. Hasta viene cómo fabricar detonadores caseros, algo que yo todavía no he sido capaz de conseguir sin necesidad de complicados experimentos químicos. Precisa, además, las partes proporcionales de un amonal. Es increíble, ¿no te parece?

Por supuesto. Increíble y criminal. Y todo gracias al inveterado y lujurioso compadreo entre colegas de una misma oligarquía.

—No necesitaremos cursos de preparación —reflexionó Efrén en voz alta y con pesar—; ni entrenarse en Libia o en Túnez: basta con seguir lo expuesto aquí. ¡Joder!

Escrutaron como en jeroglíficos y discutieron variaciones letales. Luego ella recortó el artículo con exactitud de tijera, tal que un objeto de arte —*arte factu*—, y tirando de Efrén se llegó al armario laboratorio donde lo chincheteó a la cara interna de la puerta, entusiasmada, visionaria: porque leía cosas que hablaban de simplezas asequibles como bombillas rotas, azufre, aluminio en polvo y otros productos caseros susceptibles de esparcir ondas voraces, muertos por doquier. Terror a granel. Subrayó datos con un rotulador fosforescente: en su cara el feliz visaje de quien ha hecho un hallazgo prodigioso.

—¿Has pensado por cuál te vas a decidir? —se pegó a ella; sus rasgados ojos brillantes detrás del flequillo caoba distrajeron su despecho.

Ella, deslizándose entre sus brazos, señaló:

—Ese.

Ese se refería a un enigmático artefacto a medio montar, cuyo esférico y negro temporizador en el centro de una fiambrera de plástico semejaba un intemperante corazón *Made in France* destinado a una única y

fulgurante diástole… Y al punto marcó el recién recortado, un ingenio dócil al vaivén, sensible a la negligencia y a la rutina: infausto y conforme para el destinatario y para el emisor, respectivamente.

—Los dos, cariño, los dos —susurró, agitándole con su jadeo y con su furor.

En la puerta del laboratorio, en titulares patrióticos, anhelantes soluciones sediciosas.

¡Viva la amistad entre los de *El Nacional* y la vieja oligarquía!

XLI. EL ARTE COMO JUSTIFICACIÓN

1

Monti seguía sin saber el título que pondría a su canción. Pero Salva sí conocía el de la suya: *Escarmiento*. Un proyecto en moción. Válido por el que pugnar. Por el que vivir. Asió el tricornio y siguió a Carrasco. Atrás quedó el chaval con su melódica obsesión. Él prefería el tema *Bombas para los oligarcas*.

Anabel tenía a punto siete kilos de mezclas cloratadas. Insuficientes para la campaña que había —o le habían— fraguado. Pero tras algunos meses de casi total ausencia guerrillera la Organización urgía un fiero hueco en el candelero de la actualidad, al estilo del conglomerado ETA, que ninguna semana transcurría sin que se les mencionara, fuera por acciones directas o por insinuaciones de políticos ávidos por apuntarse iniciativas falazmente conciliadoras.

La falta de resonancia política demandaba acciones cuya espectacularidad tintara las portadas de los medios de comunicación. Dioni proponía una combinación de bombas y ametrallamientos de sedes gubernamentales. Incluso Anabel apuntaba a la colocación de un artefacto lapa en el vehículo particular de un policía que tenía localizado en las cercanías del polideportivo en el que ella suele entrenarse. Pujaban por ello, un salto cualitativo acorde con el crecido poder del comando Centro. Pero Efrén no estaba dispuesto a comulgar con determinadas acciones: objetivo las cúpulas, *sólo* las cúpulas. Dioni aseguraba que no tardarían en recibir de la Dirección Técnica subfusiles y material específico para el montaje de potentes artefactos explosivos, como coches bomba. Pero lo cierto es que en cada uno de los difíciles y escasos contactos le habían advertido de que con el dinero recibido poco podría ser lo que le remitieran; por el contrario, se habían permitido exigirle que con armas, sin armas, con dinero o sin dinero, para después del verano, con la anunciada y cíclica amenaza de los sindicatos nacionales de preparar el «otoño caliente», llevara a cabo una serie de atentados y así demostrar el ardor insurrecto del que presumía.

Efrén ya no tenía dudas de que Pablo y su sibilino comité no consideraban al jefe del comando Centro un dirigente capaz: tan sólo un *patas* de primera.

Y entre tanto el CC concretaba una estrategia sin fisuras, Salva, por su cuenta, se afanaba por dar con alguna otra eficaz contra la banda de

cuatreros, a quienes tenía localizados pero no controlados. Conocía el lugar de reunión de la plana mayor: La Pequeña Arteaga. ¡Tan cerca y no poder enterarse del avieso mangoneo! Allí dentro daría con respuestas esclarecedoras, la victoria en cualquier guerra: la información. Golpes fiables si pudiera grabarlos, hacerse con documentos, pruebas, datos… Nada comparado con las papeletas desviadas ni movimientos azarosos en Las Torcaces, que si bien había conseguido neutralizar los robos en la demarcación de San Juan, fuera seguían dándose y sobre ellos no tenía ningún poder de previsión ni escarmiento. A medida que profundizaba en la trama, ésta se mostraba más inextricable, menos abordable.

Pasarse la vida persiguiendo camiones en la noche, sin más trofeo que la morbosa constatación de sus sospechas, tenía exiguo aliciente. Nulo. Destruirlos era la fijación; el cómo zumbaba de mil maneras, todas harto quijotescas. Un atentado contra una de las juntas típicas en La Arteaga sería un golpe de efecto doble, para él y para los FRAF. La caída de un todopoderoso general de la Guardia Civil en activo y su mafiosa cofradía…

¡Ah!, sueños, sueños.

Sin embargo, una vaga idea sí tenía.

Esa mañana volvió a explorar el terreno.

Dejó Maracaibo, cruzó el pueblo y se bajó en las eras extramuros.

¡Qué buen sitio de vigilancia nocturna sobre La Pequeña Arteaga!

No; no tan bueno.

Después de estudiar la posición, calcular distancias y perspectivas, acabó por desecharlo: las eras se disponían en un plano inferior al de la solitaria casa; y además, sufrían el alcance de las farolas de la periferia. Descartadas, continuó rumiando.

Más allá del objetivo, un resto de era entre viñas y rastrojos servía de picadero nocturno a parejas calientes y sofocadas poseedoras de coche. Un eriazo de cota superior a La Pequeña Arteaga. En el pueblo era conocida por la era de los murciélagos. Hacia allí enfiló con el *pepito*.

Carrasco, de copiloto, se dejaba llevar.

Ahora sí. A ese nivel divisaba, por sobre la cerca de setos, parte de la terraza y del cobertizo que servía de garaje. La noción *in situ* es imprescindible en todo golpe de mano. (Su formación militar relucía con fuerza intuitiva, pertinente: toda ella sardónica, resumió en su fuero interno.)

Pero el quid de la cuestión era cómo colarse en el corazón del enemigo y husmear sin sobresaltos. En alguna ocasión los setos habían sido escalados con el indudable propósito de robar, pero los perros actuaron siempre con pavorosa eficacia. Incluso sin ellos resultaría poco menos que imposible llegarse al interior: puertas al exterior blindadas, la chimenea

con incrustaciones de rejillas aceradas, las ventanas reforzadas con contrapersianas metálicas…

Por más vueltas que le daba, no veía modo de introducirse… Excepto un hurto puntual; por otra parte, la maniobra más limpia y quizá la menos peligrosa.

Por eso, en cuanto se percató de la presencia de Urbano en el solárium atalaya, no dudó en hacer sonar el claxon; éste, al reconocer el *pepito*, se pegó a la balaustrada y comenzó a sacudir ambas manos por encima de la cabeza; parecía histérico. Salva dio luces y el torrero desapareció.

Al poco, las verjas ciegas se desplazaban.

Carrasco, encastrado en el asiento del acompañante y absorto en introversiones intransferibles, pareció percatarse en ese momento. Chascó la lengua.

Salva se inquietó.

—Sólo será un minuto. Quiero que me enseñe algo —pretextó y conjuró al mismo tiempo.

Carrasco volvió la cabeza hacia la ventanilla y, como si hablara a un corredor que marchara paralelo al *pepito*, dijo:

—No sé qué le ves a este tío. Es un fascista, como todos los de su camarilla. Ahora nos ofrecerá su asqueroso café. Así nos revalida como sus vigilantes privados. ¿O no te has fijado que este es un sitio que no falla a vigilar? Como Las Torcaces, el chalé del veterinario, la quintería del diputado doble R, la finca del Parra… ¡Valiente gentuza! —masculló como si con ello tirara de la cadena que limpiaba su mala suerte—. Me estás fallando, *chico*.

A Salva ya no le molestaba el apelativo *chico*. Quiso decirle que comprendía y compartía su aversión o su odio (su *asko*)… Pero no podía.

Sé que eres de los míos y que si te lo contara, me darías ánimos, tal vez secundarme.

Pero la fijación de esta lucha salvaje es incompartible, compañero.

—Como si no pasáramos suficiente tiempo merodeando, tú te empeñas en traerme aquí, cuando tenemos «Vigilancia General de Población». ¡Es que tiene cojones la cosa, chico! Creo que la próxima vez no te dejaré conducir —estimó siguiendo con una mueca de asco (*asko* cuartelero) en el retrovisor exterior el viaje de la verja, ahora en sentido contrario, retabicando, enrejándole en un territorio hostil, en un recoleto estado de excepción.

Carrasco era el jefe del servicio; pero éste había decidido que para lo poco que servía su trabajo lo mejor era dejarse llevar por el auxiliar, siempre y cuando pudiera tomarse su Chinchón como desayuno a

continuación de varias copas más del mismo licor. Lo mismo a media mañana. Una costumbre —le había farfullado en una declaración espontánea cuando debía de llegar por la décima— necesaria para mitigar el horror grabado en su memoria por el asesinato de un compañero y amigo destrozado por dos kilos de Goma 2, después de que diera un tirón al palo de una ikurriña. Algo que, al parecer, sucedió tres mil y pico días atrás en la mitad de una tarde que se partió al igual que su vida y lo poco que comió y durmió en los días sucesivos no calmaron el tósigo indescriptible que le encogió cuerpo y alma, ni siquiera mientras defecaba. Hasta que probó a desayunar una copa de Chinchón y luego otra, y otra. Y otra. Único lenitivo contra tamaña fatalidad. Una fatalidad de la que no recuerda de sus superiores una simple palmadita protocolaria en la espalda, ni sucintas frases de consuelo. «Nos alegramos de que estés bien, sentimos lo de tu compañero, si necesitas algo…» Pero qué va: se dio de Baja y les despertó la suspicacia, la vena correctiva con la que apuntarse un tanto. Y como el parte médico militar relataba sordera momentánea y conmoción pasajera, por tan nimios síntomas lo llamaron a botiquín y le dieron el Alta. Su amigo acabó peor. El Chinchón: un elixir para no terminar orate, mucho mejor que el Lexatin.

—Te entiendo —se resignó, mirando con desprecio al señor de la casa, que, envuelto en un batín de dragones rojos sobre fondo azulenco, esparcía con ampulosa pulcritud restos de comida a la manada de perros que le acorralaban.

—¿El qué? —preguntó Salva, parando el motor; siempre viendo indirectas.

—Los aparatejos de electrónica… Supongo que podré aguantarlo, *chico*.

Urbano Arteaga, compulsivamente atildado, batió palmas en la terraza y cesó en su faena, profiriendo carantoñas ininteligibles para cualquier humano, y seguramente asimismo para los canes.

Con un jaleo de manos rosáceas, se recogía la bata, que se le alzaba al viento como las faldas de Marilyn; en el rostro les traía un rictus de melifluo recibimiento. Su aspecto linfático producía grima. Dio la bienvenida a la pareja de guardias mostrando una gran sonrisa: beatorra, a decir de Salva; «fascista», según Carrasco.

—¡Cuánto me alegro de que mis guardias pasen por aquí! —exclamó, y ordenó al cocker que se retirara: ni caso—. Les invitaré a un café. Seguro que les apetece.

—Sí, seguro —murmuró Carrasco, abstraído con el festín de los tusos.

Salva había descubierto que, sin saber por qué, a pesar de su persistente manía en llamarle *chico*, cada día Carrasco le caía mejor; acaso

fuera por la facilidad con que accedía a sus versátiles antojos durante el servicio, sin hacerle preguntas. Y el sentimiento debía de ser mutuo, ya que de lo contrario no le habría relatado unas horas antes —si bien enredado de Chinchón y nostalgia— retazos de su íntima y tétrica historia sobre el atentado sufrido en el País Vasco. Se calló cuando cometió el exceso de indagar con una pregunta trivial.

Sí: es de los míos. Sólo que mi táctica es otra.

Asió el sombrero por un ala y se bajó.

—¿Cómo está usted, señor Arteaga? —saludó con acento primorosamente pérfido.

Urbano le arrojó el brazo a la nuca.

—Muy bien, joven, muy bien —comentó alborozado—. Como ese gran Cuerpo de ustedes y que sigue representando lo mejor de la Patria. La *Patria* —repitió con un suspiro. Meneó la cabeza, pesaroso, y añadió—: España.

Lo condujo hasta la terraza y le invitó a tomar asiento.

—¿Es que no viene su compañero? —preguntó al ver que Carrasco no descendía.

—Sí, en cuanto confirme una novedad que tenemos pendiente de la Central —inventó sobre la marcha.

—¿Café o cerveza?

—Café, también para mi compañero.

Tan pronto Urbano se metió en la vivienda, Salva hizo por buscar a Carrasco; pero el otro, viéndole la intención, optó por salir, con dilación desdeñosa, no obstante.

Bajo la sombrilla de paja planeaban briznas que aterrizaban en las tazas haciendo, si cabe, más trágica la bebida. Los perros merodeaban y Salva los acariciaba dejándose lamer y oler. Tenía un plan y si arrancaba en positivo ellos serían parte esencial.

¿Olerían igual Salva y Efrén?

Urbano entabló conversación con el jefe de pareja sobre lo caluroso que corría el verano.

—Como todos los años —fulminó Carrasco.

Su taciturnidad rayaba en misantropía. Salva temía que si no le daban conversación el inquilino los botaría con aquella desatentada afectuosidad que a veces sacaba a relucir sin transición. Aunque tan sólo hiciera cinco minutos que los hubiera recibido. Llevaban cuatro.

Salva mencionó la maravillosa emisora que Urbano le mostrara el verano pasado, y Arteaga, encendido por la sugerencia, relató con todo lujo

de detalles cómo había logrado contactos con radioaficionados de la Patagonia, de Rusia y de hasta Ulán Bator, o eso creía o deliraba. Pero no se levantaba. Así que Salva se atrevió a pedirle que se la mostrara, pues a él también le picaba ese «gusanillo».

Premio.

Subiendo las escaleras, Salva se contuvo de inquirir acerca del visor nocturno. Instinto de protección. Entraron a la «Sala de Transmisiones», y de inmediato Salva se dio a revisar con sigilo, tiento, desesperación…

Allí seguían, inmutables, confundidas. Promisorias.

Urbano, el espinazo doblado hacia el aparato, manejaba la ruleta del dial con arrobamiento, ignaro del subrepticio tanteo del guardia por sobre una pata de gamo, quien no sabía cómo extraer los nominados y pequeños objetos a dos cuartas de sus ojos oblicuados.

Posaba dedos cuando Urbano se irguió haciéndole desviar, azorado, la mano hacia el cuello, en tanto Urbano se cacheaba en busca del teléfono móvil, que sonaba por algún bolsillo de la bata o del pijama que vestía debajo. Dio con él y, extendiendo la antena, se lo pegó a la oreja.

Un minuto después dijo:

—¡Ohi! No ha habido suerte. Otro día lo intentamos —y con gesto apresurado le invitó a seguirle.

Urbano diez; Salva cero.

Salieron a la arcada. Carrasco al verlos se levantó y se fue al *pepito*. Todos los perros, menos el cocker, que se quedó con Salva, le escoltaban. Intuía el incontenible deseo de su compañero de golpear a los desagradables chuchos, o mejor a su dueño.

Buscando mejor cobertura, Urbano zanqueaba en pantuflas por el patio. *(¿Que a la noche habría allí mismo una reunión?)* Salva lamentó por tantas veces como se había aburrido en aquella casa que era el talón de Aquiles de la banda.

Entretanto, fingía juegos placenteros con el cocker, el rabillo del ojo por un lado, la mano por otro, la cabeza hirviendo: hesitante y agobiado ante la osada maquinación, truncada pero todavía factible. Quizá otro día. No. *Ahora o nunca*. Urbano, encaramado a una silla de la terraza, conversaba abstraído en las puntas de sus pantuflas, adornadas con cabezas de león… La velocidad ralentiza el tiempo. Giró talones y, medio de puntillas sobre sus punteras lustrosas sobre el lustroso parqué, cruzó alígero el salón y ganó el rellano.

—Oiga… —Nadie contestó.

En la buhardilla zumbaba una aspiradora.

Se deslizó a la pieza clave y fue directo a las etiquetas y sus llaves que

pendían de la pata.

Cuando salía, se topó con Carmela.

Salva ahogó un grito de sorpresa, de pánico. De rabia.

La mujer de la limpieza, las manos en las caderas, cuyos guantes de plástico se estiraban por los brazos desnudos hasta los codos, abrazada por un mandil blanco decorado con niños a la caza de mariposas (¡qué gracioso!), lo obstaculizaba como un cancerbero insobornable.

Paralizado, con el tricornio al desgaire escudando las llaves usurpadas que sostenía en el puño, Salva reparó en su expresión simpática y en el pañuelo de lunares que se liaba a la cabeza, talmente que un guerrillero decimonónico (también graciosísimo: como a un santo dos pistolas). El ruido de la aspiradora persistía invariable y zumbón.

(¡Pero bueno, señora, cómo es que deja el cacharro funcionando y se larga!)

—Hola… —la saludó con tensa serenidad, cavilando furioso; se sentía como un veterano que de golpe se da cuenta de que es sólo un puto recluta que va con el paso cambiado; o quizás más bien que todos han hecho derecha y él izquierda.

Su córtex por ese día ya no daba más.

En un gastado relieve que tenía enfrente, encontró la salida.

—Buscaba el aseo y me he entretenido viendo uno de estos cuadros —indicó a la metopa en la que se distinguía una pareja de guardias civiles a caballo, con capa y tricornio inclinados contra un vendaval. Una auténtica obra de arte—. Dentro he visto otro —añadió, al recordar que junto a la pata de gamo convertida en llavero había algo parecido; un grabado de húsares a la carga y cuya atmósfera no distaba mucho.

Entonces la mujer pasó a expresarse, muy amena y comprensiva:

—Es natural que le llamen la atención. Son *antigüísimas* reproducciones de cera, de compañeros suyos en la época en que no había coches. Creo que de los años veinte; si quiere lo pregunto. *(¡No, no, por favor!)* El señor Urbano les tiene mucho aprecio. Por desgracia, se desgastan sin que podamos evitarlo —y divagó quejándose del arduo trabajo que le suponía limpiarlas: la cera se romaba y al señorito (Urbano Arteaga) se le llevaban los demonios.

Salva la escuchaba con creciente alivio, asombrado de que aquella mujer no hubiera dejado ya de marearle con el cuadrito de marras y vuelto a él le estuviera increpando: *«Venga ya, ladronzuelo, trae lo que acabas de mangar y ya veremos lo que dicen tus jefes de esto»*.

Pero la buena mujer refería lo bueno que era el señor Urbano, si bien tan despreocupado, siempre cambiando las cosas de sitio, como un niño

malo, y ella volviéndolas a ordenar. Justo en aquel momento su mayor preocupación consistía en dar con un bote de pintura. Quién sabe si el señor se lo había cambiado de sitio y, naturalmente, no lo recordaba.

—Ya. ¿Y el baño para lavarme las manos? —Salva intentaba alejar a Carmela de la habitación, no fuera a relacionar la falta de ciertas llaves con su presencia. Más tarde podría pensar que el bueno de su amo las había cambiado de lugar y, como solía suceder, no lo recordaría, porque era un niño malo. Muy malo.

—Si no le importa, use el que está en el salón, bajo la escalera, que este lo tengo todo revuelto.

—¿La puerta de la escalera es un baño? —Salva fingió una incredulidad enfática, y al punto se dio cuenta de que se estaba pasando.

Ese baño lo conocían de sobra los guardias del Puesto, tan frecuentado por todos —o casi todos—, en tanto pimplaban invitados por el fervoroso anfitrión. Excepto que se tratara de un novato.

Salva bien podía pasar por uno, o simple y llanamente que no fuera uno de los habituales.

—Sí, ese. Y viene muy bien porque le ahorra a una tener que subir las escaleras —le iba recomendando con tierna amabilidad.

Salva bajó al aseo, se guardó las llaves y, tras abrir el grifo del agua y peinarse con los dedos, salió con el tricornio en la axila, mucho más calmado…, topándose con los ojos de Carmela, que al pie de la escalera le esperaba como en jarras.

¿Se había dado cuenta? ¿Ya, joder, tan pronto? ¡Maldita sea!…

Ojalá un meteorito descabezara la casa y la conmoción despistara por los siglos de los siglos a esta mema, impetró del albur, sin fe.

Desfallecido, el sombrero se le escurrió.

Tardó en reaccionar. De ahí que fuera Carmela quien se agachara a recogérselo, pero no se lo ofreciera al instante, sino que lo retuvo mientras le pedía un favor con acento de súplica: quería abrir la celosía de una alta alacena, como a unos cuatro metros del suelo. El dichoso bote de pintura la traía por la calle de la amargura.

—Por supuesto, señora; encantado.

Doblaron la mampara plegable, de cristales velados, la cual separaba el gran salón del comedor. Por la ventana, Salva observó a Urbano, aún con el móvil pegado a la oreja receptora de pelos nacidos distales, quien, con el mismo gesto y misma abstracción —contemplación leonina— atendía o repasaba instrucciones.

Carrasco aguardaba metido en el *pepito*.

Bordeando la mesa, Carmela señaló a una rejilla pegada al alto techo.

—Ni siquiera sé lo que puede haber ahí arriba. —Abrió la pesada puerta que caía justo debajo, y de un cuartucho a guisa de escobero extrajo un formidable taburete de bar—. Con esto y usted que es más alto, me haría un grandísimo favor que me echara un vistazo.

Salva trepó por el taburete, introdujo los dedos en los huecos romboidales de la portezuela, y estirándose logró ver dentro de un hueco oblongo que recordaba un nicho de muerto. Un escuálido arañón de patas larguísimas se batió en retirada entre una pilastra de antiguos baldosines decorados con grecas; grecas que no se veían por ningún sitio de la casa.

—Es un bote verde con el asa de color amarillo —detalló Carmela.

—Aquí sólo hay azulejos viejos —informó Salva.

—Entonces, hijo mío, baja. Me extrañaba que estuviera, pero estoy tan desesperada…

Por encima de la mampara, que se cortaba a un metro del techo, se apreciaba gran parte del salón, la mitad de la barra del bar y, a través de las ventanas, la terraza presidida por el busto del Generalísimo, adonde había llegado Urbano Arteaga, ya sin el teléfono.

La señora Carmela le devolvió el tricornio con rendido afecto, casi ruborizada, sin dejar de pedirle disculpas por haberle molestado, siendo él un componente de un Cuerpo tan grande y respetable. Salva le restó importancia, le deseo suerte con la búsqueda y huyó a unirse con su compañero.

Los llaveros tintineaban en sus oídos sensibilizados como sonajeros delatores. Refrenó el paso y la respiración. Carrasco encendió el motor.

Entonces, una voz chillona les reclamó.

—¡Eh, *números*!

Con paso trotón, Urbano rebasó a Salva y se llegó al conductor, deslizando un sobre por la ventanilla. Salva aprovechó para juguetear otro rato con los perros. Lametones babosos, ora en los zapatos, ora en el tricornio entre sus manos nerviosas, y a Salva no le importaba. Amigos, ¿vale? Una de las perreras, aledañas a la caseta del BMW, se la veía ocupada por útiles disonantes. Llamó a la señora Carmela y le marcó el hallazgo: un bote verde con asa amarilla.

Carmela gritó de alegría, se secó las manos en el delantal, le agarró las suyas y se lo agradeció efusivamente. *Amigos, ¿vale?*

Carrasco le requirió a golpes de claxon. Urbano salió con ellos a despedirlos, aplastándose sobre la marcha los cuatro largos pelos que le atravesaban la calva, y justo cuando le decían adiós, se despegó la mano de la cabeza y, dejando pelánganos y brazo en alto, prorrumpió:

—¡Arriba España!

Carrasco aceleró.

—No me digas que eso no ha estado gracioso.

—Precioso, no te jode —dijo Carrasco. No había manera de hacerlo sonreír, lamentó Salva—. Y encima, el hijoputa, nos ha dado faena. Quiere que le llevemos esto —sacudió el sobre tirado entre los asientos— al veterinario de Machaquito, como si fuéramos sus putos carteros. —Soltó un juramento. Se le veía en verdad cabreado—. Por lo visto, a su compadre no le funciona el teléfono. Lo que nos faltaba. Esa puta casa está en la otra punta del pueblo y nosotros a dos minutos para acabar el servicio —tiró del freno de mano al par que jugaba con el de pie por medio de tres pisadas consecutivas. El *pepito* aflojó la marcha, patinó unos centímetros y se clavó en la bocacalle Las Eras: el espacio justo a fin de que pudiera pasar un tractor que subía ruidosamente.

—No te preocupes —dijo Salva—, yo se lo llevaré en cuanto hayamos acabado. Tenía previsto salir a correr y esa ruta me vendrá bien —cogió el sobre y miró al trasluz su contenido: una cuartilla doblada.

—Bah, da lo mismo. Se lo llevamos y listo. —Carrasco reanudó la marcha asegurándose de que tenía la callejuela libre hasta la plaza; sin frenos era toda una proeza manejar el *pepito*.

Salva advirtió que también él entre sus manos tenía otra proeza.

—No, no, de verdad —insistió—. Prefiero hacerlo yo. Hace ya muchos días que no me entreno, y esto me servirá de pretexto.

—Bueno, si es así, vale. Ya sabes que no me hace ninguna gracia servir a estos payasos; pensaba que a ti tampoco. Empiezas a defraudarme, chico.

—Y no me gusta. Es sólo que creí que me enseñaría algún nuevo chisme. Por cierto, que el café me resultó mejor que de costumbre.

—Es porque lo ha hecho Carmela. Les está preparando la casa para la reunión que tendrán esta noche o mañana con el general —aventuró Carrasco—. Cuadrilla de mafiosos —añadió sin esperar réplica—. ¿Seguro que no quieres que nos acerquemos?

—De verdad que no.

2

Velasco hacía varios días que no se le veía por el pabellón y Monti estaba de servicio. Aunque Carrasco se hallaba en su cuarto cambiándose de ropa, no esperó a verlo salir. Puso un cazo con agua al fuego y desfiló a cambiarse el atuendo militar por el deportivo.

Al final la cama quedó no pareciéndose en nada a la que apañaba en la

Academia.

—A la mierda —la mandó, y ya listo la dejó procelosa y militarmente impresentable. Coincidió con Carrasco en el pasillo, echando el candado a su puerta con la ostentación de quien manipula la combinación de una caja fuerte.

—Adiós, *chico* —se dignó a despedirse con un portazo.

Él, desde la cocina, retrucó la misma fórmula. Claro que Carrasco era de los suyos, sólo que en exceso diáfano. El agua hervía.

—Ejem, ejem. A ver cómo hago para no quemarme.

Tomó el sobre y lo planeó por entre bucles de vapor. La cubierta triangular comenzó a ondularse, a separarse levemente… hasta que por fin se abrió.

Otro triunfo, inopinado, hábil. Imparable.

Extrajo el papel. Dudó entre salir a fotocopiarla o transcribirla. Daba igual. Aquello no representaba incriminación alguna.

Volvió a leerla, tratando de descifrar entre líneas:

Llopera me ha comunicado que para después de la vianda dispondremos del encargo, un par de corderas y por lo menos una coliflor aliñada. Material nuevo, salvo nuestro querubín. Avisa a Lucas y a Moisés. Llopera me ha insistido en que no te vengas sin ellos. Estaré fuera de San Juan toda la tarde. Llámame en cuanto puedas. Nos vemos mañana a la noche. Un saludo. UA.

No entendió nada. Defraudado, se dio a restituirla. Secó el sobre con un secador de pelo, retornó la nota a su interior y lo cerró con tenues puntadas de pegamento de barra. A continuación, con el fin de que no se arrugara más de lo que había quedado, lo introdujo en otro mayor sin cerrar. Para tal y como estaba, tendría excusa. Y salió a correr, sin calentamiento previo, con las pulsaciones ya a ciento cuarenta.

Poco antes de llegar al chalé del veterinario, se guardó el sobre grande. Llamó a la puerta y salió el propio De Lasheras. Salva se identificó, explicándole que el señor Arteaga se lo había dado a la patrulla, pero que ésta había tenido que atender una incidencia del servicio y como él tenía que salir a correr, precisamente por esa zona, se lo llevaba sin molestia alguna. Esa era la razón de que estuviera un tanto arrugado.

Tengo otro premio.

De Lasheras le dio las gracias y él prosiguió la carrera, al extravío, ciertamente.

XLII. FUROR BENEMÉRITO

1

De la era de los murciélagos arrancó el último coche que la ocupaba.

El R-12 se agitó de un modo equívoco. El momento había llegado.

Hasta entonces se habían limitado a escuchar música. No estaba el ambiente para más ardor que el de afinar la operación, una secreta y breve incursión. Ella se esmeraba en ajustarle las correas del portento visual a la cabeza.

—¿Estás seguro de que los perros no te harán nada?

—Eso espero.

Accionado el visor, las lentes le reprodujeron el revelado de un paisaje tras una gasa leve, verdosa. Crucial.

Se dieron un piquito de buena suerte y Salva se embutió en la receptiva oscuridad en dirección a La Pequeña Arteaga. En seguida ella dejó de percibir su sombra entre la gran sombra de la noche. Ladró un perro. Al punto, el resto.

Con los guantes reglamentarios —los marrones guantes del uniforme —, Salva hurgaba con la llave en el herrumbroso candado, que chillaba renegando de la intromisión. Al cabo de varios tanteos, de giros parciales, enganches y atascos en los que la espiga de la llavecilla ni avanzaba ni retrocedía, logró abrirlo. Al otro lado de la malla los brillantes ojos de los canes se arremolinaban como en disputa de un festín. Habían dejado de ladrar y giraban frenéticos.

Empujando la puerta con suavidad y aprensión y venciendo poco a poco los remisos goznes y la resistencia de las arizónicas, pudo colar un pie. Luego, con contorsiones no del todo ilesas, fue penetrando a través de los arbustos y la botánica, cuidando de menoscabarla lo menos posible. Ya dentro por completo se halló en medio de un revuelo de chuchos que le olían y le lamían, en especial el cocker. Repartió caricias aleatorias. *Amigos, ¿vale?* Entornó la puerta y cruzó la terraza seguido de los babosos animales. Atareado en seleccionar otras llaves, casi se choca con el busto del Generalísimo; ensartada la cerradura primordial, ésta respondió ágil y contundente, descorriendo los diversos puntos de anclaje; talmente la segunda.

Sujetó al cocker, que quería escoltarlo, y entró cerrando tras de sí.

La idea había sido total.

Y resultado según lo previsto.

En un arrojo audaz y definitivo, había regresado a la «Sala de Transmisiones» de Urbano Arteaga y, siguiendo las inscripciones de las etiquetas, apoderado de las llaves que precisaba para el justo allanamiento de morada: la de la roñosa y olvidada puerta de la valla y asimismo las de la principal. El Código Penal diría que sus copias tienen la consideración de llaves falsas o ganzúas; el CP podría decir misa mientras no le pillaran. El caso es que la mejor ganzúa no abriría con la facilidad de sus copias.

Examinó la estancia: la pulida barra de madera del bar a juego con el parqué, el rocambolesco retablo con el cuadro de caza sanguinolenta —sin la luz de la lámpara, sin colores, desencarnizado— y la pantalla de televisión como un cuadriculado ojo negro, vacuo, invigilante; la escalera, la mampara-biombo, el barroco tresillo de piel, los monitores apagados… La visión infrarroja le mostraba todos los objetos como untados de verde fosforescencia. Condiciones inmejorables para la batida. El corazón le martilleaba el pecho. Pero no había peligro.

Se quitó las zapatillas, que metió en una bolsa al efecto, y en calcetines subió a devolver las llaves. La emisora, trasto caro y refractario, brillaba maula en su rincón. Continuó a la buhardilla, erizada de cornamentas, y salió al solárium.

Se alzó las gafas sobre la frente; el firmamento centelleaba más hermoso sin ellas, invitando a una paz interior que se le antojó paradójica. No tardaría en romper la alborada. Se bajó el artilugio. Avistó su coche, ocupado por la figura intranquila de su pelicobre. Quiso hacerla señas; pero sólo él tenía la capacidad visual de un búho.

Con cautela y minuciosidad, bajó reconociendo todas las habitaciones, cajones, armarios, debajo de los colchones, encima de los armarios… En el salón, el reloj de cuco repicó la hora y por poco lo infarta del susto. Revisó el bar hasta los posavasos. Ninguna prueba. Ningún indicio de presuntos delitos. Dobló la mampara. El salón-comedor, tan ordenado y pulcro como el resto de la vivienda. Reparó en el alto nicho, donde unas horas antes había rebuscado para Carmela.

Se imaginó dentro, ignorado, tendiendo el oído a los planes de la banda, enterándose de todo mientras los atisba discutir apoltronados y seguros de sí mismos.

¡Cuánto daría por estar ahí arriba!

El plan era entrar a reponer las llaves, registrar y largarse…

Ahí arriba.

Abrió la puerta del cuarto de la limpieza, atrajo el taburete y se empinó como hizo delante de Carmela. El ingenio óptico le permitió hacerse una idea más clara de las posibilidades de la imprevista garita.

Posibilidades de espectador, de oyente. De espía. Tenía que intentarlo.

Agarrándose a la cumbrera de la puerta con una mano y con la otra al piso del nicho, se elevó como un gimnasta de anillas que ejecutara un cristo desnivelado. Le faltó plasticidad pero a cambio le sobró eficacia; apoyó un pie en la puerta y se impulsó al interior. Dentro.

Acostado entre filas de baldosines, que desplazó a los laterales con los pies extendidos, cerró la portezuela enrejada y comprobó que se le ofrecía una posición insuperable desde la que observar impunemente sobre el comedor y tres cuartas partes del salón. A donde no llegara la vista, llegaría el oído. La única pega radicaba en que debería mantener las piernas semiflexionadas; por lo demás, era la hostia. *Aquí arriba.*

¡Cuánta información! Luego, cuando la casa volviera a vaciarse, se largaría tan campante con sus llaves…

¿Pero cómo hacerlo sin dejar un taburete por medio?

Estudió la puerta. Era de madera maciza, vieja, gruesa, cincelada de muescas y pequeñas desportilladuras que atestiguaban su ancestral fabricación y uso. Se notaba que había sido restaurada a conciencia y puesta allí por mera estética añeja, quizás para que hiciera juego con la que daba a la cocina, que también presentaba un aspecto similar. En definitiva, apta para resistir un escalamiento incólume, y dado el caso —una astilla o desconchadura añadida—, pasaría desapercibido, nunca delator.

Se descolgó al parqué. Y volvió a atacar la escalada sin otros medios que su agilidad y su maña: salto y pie simultáneo a la manilla interna y, a caballo sobre la puerta, contorsionismo y ocupación.

Con el rostro a una cuarta del techo del nicho bufó exultante.

Poderoso *okupa*.

Entero y a base de bien.

Espoleado por el nuevo reto, recogió la bolsa de las zapatillas, cruzó con urgencia el fúnebre salón —el brillo fosco del parqué le recordaba al de los ataúdes— y salió al porche a calzarse. La mirada del Generalísimo parecía captarlo de reojo, todo inquina y enojo.

—Tú, a callar.

Tiró de la puerta, sin echar la llave, se sacudió el polvo y se largó, siendo despedido por sus amigos caninos con tristísima aullada.

Ya vuelvo, ya.

2

—¡Eso es una tontería y una locura!

Acababa de contarle a su compañera de placeres y fatigas que había pergeñado volver a la casa, sin el visor, refugiarse en una alacena y desde allí espiar a los visitantes. Anabel insistía en lo excesivo del riesgo, la absurda osadía, el destrozo del bilateral pacto de lucha si lo llegaban a sorprender.

Salva lo tenía decidido.

—No he descubierto nada. Quedarme dentro es mi única posibilidad de llegar a saber algo.

En efecto, la coyuntura resultaba inmejorable. Sólo allí podría aprehender detalles fundamentales, y disponía de tiempo: tenía nombrado día libre y conocía el horario del siguiente servicio: de tarde. Es decir, contaba con más de 30 horas de operatividad. Aguantaría enchironado, se enteraría de tramas diabólicas y a la próxima madrugada, cuando todos se hubieran marchado, saldría con tiempo suficiente para dormir un rato y comparecer al servicio como si nada. La oportunidad era meterse ahora que nadie podía verlo. *Ahora o nunca*.

—Echarás a perder el comando Centro. —Anabel no sabía cómo retenerlo.

—Confía en mí —zanjó él, guardándose unos caramelos desperdigados que tenía por la guantera. La trepidancia de las horas previas le había hecho olvidarse de la comida y el estómago le protestaba—. El CC estará al completo para demoler ese cachito de Ministerio que te he prometido. ¿Me besas?

Después de que su coche conducido por ella entrara en el pueblo, lo único que llamaba la atención, hasta donde la vista y el oído le alcanzaban, era el averiado resplandor del rótulo de CÁRNICAS MOISÉS, por donde caía la plaza. Parpadeaba indeciso y sin vigor. Nada más.

Sí: coyuntura ideal.

Con la calma del que simplemente ve y actúa con talento rutinario, y sin dejar de saborear la tibieza de un beso renuente y exquisito, repitió el proceso invasivo. Esta vez lentificándose en borrar huellas, reponer ramas, tiestos. Los perros, con su renovada algarabía, le ayudaban.

Se callaron cuando el intruso conocido franqueó la puerta principal.

Para confirmar la inmejorabilidad de la técnica de ocupación, la ejecutó varias veces. En todos los casos, aunque trabajosa, resultó positiva y limpia. Sin duda, la experiencia es un grado.

Pululó en calcetines, enguantado, cauto; escrutando y repasando por doquier. Ídem: sin novedad. A través de las contraventanas, el alba pintaba tímidas y viajeras rayas. Oyó o creyó oír un ruido de llegada. Falsa alarma. No debía confiarse. Tornó a introducirse. Luego se colgó del borde del

nicho y cabeza abajo empujó la puerta del cuarto de la limpieza hasta cerrarla.

Tocaba esperar.

Le rodeaban emanaciones de polvo y madera vieja. Quizá tamaña locura le costara caro: detenido por caco, expulsión del Cuerpo, irse al garete con un tiro en la cabeza si daban con él… Ya estaba hecho. No hay nada como no pensar las cosas dos veces. Lo invadía el entusiasmo y el canguelo y no supo decirse de cuál yacía más cerca. Necesitaba de toda su intuición, valentía, creatividad, algo de irresponsabilidad, suerte…

Resistencia al desaliento.

Acechar muy despierto.

Las contras proyectaban líneas duras. Resistencia, muy despierto…

Los perfiles de los objetos más grandes exhibían sus líneas sin vacilación. Las piernas, invariablemente semiflexionadas, empezaban a hormiguearle. Tenía ganas de orinar, sueño, y la sensación de hambre le retortijaba el estómago. Metió la cabeza en el pecho y, con los omóplatos pegados a la pared, pudo estirar las piernas, coreado por un rechinar de azulejos. *Más cuidado, quinto*. Seguía esperando. No se atrevía a bajar por si coincidía con el arribo de la banda. Se tomó uno de los caramelos y recogió las piernas. Optó por recorrer con la vista el derrotero de grietas, que se diseminaban, se unían, se separaban y volvían a unirse formando itinerarios estrambóticos… como los pensamientos… que se cuartean…

3

… unas veces como segmentos rectísimos, y otras trémulos y serpenteantes… Pero el murmullo de voces le desconcentraba.

¿Voces?

Paró la vista. Activó el oído.

Tintineo de platos y cubiertos. Risas.

Se olvidó del curso de la grieta y sus afluentes, y moviendo sólo los ojos, topó con las lámparas encendidas y en las ventanas la fosforescencia del crepúsculo. Debía de ser tarde.

Se había despertado de la misma forma en que se quedó traspuesto: mirando el techo, tan cerca del rostro. Transcurrieron horas y en algún momento la banda se había presentado, en tanto que él, exhausto de aguardar en vela y en vilo, se rendía al sueño.

Suspendido de angustia y terror, apenas si respiraba.

El ajetreo de abajo se sucedía con monotonía de risas y ruido de

vajilla.

Si no le detectaban, podía considerarse invulnerable.

Respiró lenta, profundamente.

Alguien preguntó la hora y otro contestó que las diez. Calculó que se habría dormido a eso de las 21.00 h. Conjeturó si todo lo que tuvieran que discutir no lo habrían hecho ya, y ello le agregó un intempestivo sentimiento de ridículo, nefasto si llegaba a plasmarse.

La brisa del aire acondicionado se colaba como una bendición.

Aliviado, se decidió a ladear la cabeza, hasta hacerse con la panorámica del grupo, alrededor de la mesa del comedor, justo al pie de la celosía.

Parra y De Lasheras picaban frutos secos. Un desconocido charlaba con Moisés. Oculto por la araña de cristal y luces, la cual pendía luenga del techo, dejando la celosía en venturosa penumbra, captaba a la mayoría de los asistentes sin que ninguno pudiera verlo. Otra cosa sería el ruido. Carmela surgió de la cocina cargada de copas y botellas. La socorrían Urbano y un tipo con el pelo recogido en una coleta canosa: Hipólito el Melenas, meón del 18-J y pescador dinamitero.

Del fondo del salón provenían pasos opacos, desenvueltos: los del general Llopera, que fue a encajarse en el sillón de orejas que daba frente al biombo. Por encima de éste y en oblicuo, la celosía. El general se la quedó mirando, como viendo a través de ella.

Sobresaltado, aterrado, Salva apartó los ojos de los rombos con la sensación de que aquella mirada se había clavado con aciaga precisión en la suya.

Voy a meterte un cuerno, chaval, por espiar a tus jefes, listillo.

—¡Llopera! —alguien lo reclamó.

Cuando se atrevió a mirar de nuevo, el general había cambiado el asiento del salón por otro del comedor, mostrándole ahora sus amplias espaldas y su cuello de toro. Carmela depositaba en el centro de la mesa una bandeja llena de cordero recién asado.

Vaharadas casi en vertical ascendían hasta su pituitaria, que se le rasgaba, y los ojos y el estómago se le iban… Cambió tal suculenta visión por las arborizaciones del ataúd de yeso: ojos que no ven…

Imposible. Era un olor enloquecedor. Oyó como Urbano despedía a Carmela, dándole las gracias. Los comensales felicitaron a la cocinera con aullidos de agrado y gula.

Le urgía cambiar de posición. Los picos de los azulejos amontonados en una esquina le arañaban los tobillos, las rodillas le cosquilleaban como si alojaran un hormiguero. Y no eran sólo las ganas de moverse: el gatuno

fragor del hambre, exacerbado por el hálito del asado, y una sed creciente que se manifestaba en oleadas secas, le produjeron un taladrante gorgoteo en los intestinos cuya ruidosa intensidad le hizo temer si no lo delatarían.

Rápidamente —no menos de tres minutos—, se buscó otro caramelo y se lo llevó a la boca.

Calmado ese traicionero frente, se concentró en el parloteo: insustancial, anodino; intermitentes de política (de lo mal que lo hacía el Gobierno), de inversiones (generalidades sin alusiones explícitas), del menú (de lo riquísimo que estaba y que él no ponía en duda).

Pensó que conversaciones más comprometidas les había escuchado en reuniones menos reservadas, si es que aquello era una convocación con fines ilícitos. Se le ocurrió que debiera haberse traído una grabadora, pero todo fue tan precipitado… Además, de qué habría servido en un juicio una prueba ilegal. Y lo que es peor: allí no se revelaba nada delictivo y ni siquiera indicios.

Hecho un guiñapo, magullado, sediento y no enterarme de nada, y encima que me pillaran, conjeturó con desesperación, notándose la lengua hinchada, el gaznate como de lija.

Arteaga abandonó la mesa para regresar con una gran jarra llena de cerveza, cubierta de escarcha, que vertió en las respectivas copas con chorro brillante y espumoso, al par que en otras copas Alfonso derramaba agua cristalina, gorgoteante, musical. Milagrosa.

Deslió el último caramelo.

4

Las jarras de cerveza se rellenaban sin tregua; apenas las del agua. Urbano retiraba platos cruzados de huesos y los sustituía por otros limpios, que no tardaban en colmarse en un rimero potenciado desde todos los puntos de la mesa, en especial de la parte de Parra. *¿Corderas, coliflores aliñadas, querubín?* Incluso para sus compadres, Urbano Arteaga debía de resultar un empalagoso sibarita.

Sin embargo, de entre la flagrante faramalla, Salva percibía una inquietud flotante, como las conversaciones previas a la concertación de un contrato de compraventa entre inexpertos o el paso decisivo para darse el revolcón con el primer ligue.

—¿Qué tal si vamos comentando los últimos avatares, antes de que se nos eche la hora con el encargo, je, je? —giró de pronto el desconocido con acento sudamericano, al que Moisés había emplazado por el nombre de Anthony; y entonces lo reconoció: se trataba del colombiano que detuvo

junto con Hipólito y demás abominables pescadores.

Hubo un descenso de las risitas. El general se punteó las comisuras de la boca con una servilleta, y entró con brío en la conversación.

—No nos precipitemos. Es obvio que algo nos está fallando. Lo siento por ti, Moisés, pero tu hijo ha demostrado ir de mal en peor —lanzó con naturalidad—. Se ha ido de la lengua o ha hecho algún chanchullo a nuestras espaldas, y de ahí que las cosas no estén funcionando. De todas formas, el ganado ha dejado de ser rentable.

Parra y el sudamericano atacaban sendas jugosas patas; De Lasheras y Urbano bebían expectantes.

—Llopera, te estás equivocando conmigo —replicó Moisés, soltando tenedor y cuchillo para convertir las manos en puños—. Te lo he dicho otras veces: en mi familia hay gente con dos cojones. Y hablando de chanchullos, no quisiera recordar a todos desde cuándo andamos así.

Como si tan áspera alusión no fuera con él, el general se dio a trinchar, y acto seguido a triturar a dos carrillos.

No obstante, farfulló:

—Cambio de tiempos, cambio de planes, coño.

—Habrá una explicación a tu desinterés… —deslizó Parra, mordisqueando a lo medievo.

—Algo hay —admitió el general—. Y sí: lo voy a contar. Lo que está claro es que las rondas del ganado se han vuelto muy peligrosas; a mí me comprometen cada vez más y los beneficios han caído en picado. Me arriesgo demasiado con tanto hacer llegar órdenes para que no os surjan dificultades, y luego la mayoría, por unas cosas u otras, quedan en poca leche.

—Para que no *os* surjan… —mascó Moisés.

De Lasheras terció para calmarlo.

—Tranquilo, Moisés. Que hoy va a quedar todo aclarado.

Urbano preguntó si alguien quería repetir.

Salva estuvo a punto de contestar que sí.

5

Acabada la manduca, excepto Parra, los demás migraron al salón. Un tropel de platos atravesados de huesos y jarras con posos de cerveza como vasetes de orina, descansaban en la mesa en la que el chaparro Parra dentelleaba, fijo de codos al mantel, una sabrosa pata que se le resistía.

Reduciendo al mínimo posible sus movimientos, Salva encuadró por sobre el biombo el nuevo reparto del grupo.

Dándole frente, en el sofá, Hipólito y el colombiano; y a ambos lados, en los dos sillones de orejas, en uno el general, el mismo de la vez anterior, en bisel con la celosía, y en el otro, presentándole sus enjutas espaldas, Moisés Torcaces. De Lasheras revolvía por el bar y el anfitrión empujaba una bandeja con ruedas, ofreciendo a los arrellanados platos con piña, melocotón en almíbar, flanes… Y la boca que no dejaba de hacérsele agua. Tragó saliva. Alguien conectó la enorme pantalla de televisión. Desaparecieron los postres. La bandeja rodó de nuevo, ahora atiborrada de copas y botellas de licor.

En dos taburetes que Urbano arrastró, tomaron asiento él y Alfonso De Lasheras. El momento parecía haber llegado. El veterinario levantó el brazo y el televisor fue silenciado. Con una seña, el general incitó al colombiano a que se expresara o expusiera.

Salva no sabía qué hacer; luchar contra el insoportable olor de la comida —deliciosos restos sin tocar debajo de sus narices— le acaloraba y le entorpecía a lo que había ido: a poner oídos. Pero todo lo que escuchaba eran sus propias contracciones estomacales, un intermitente ruido como el del último litro de agua que se va por el desagüe del fregadero. Se encogió unos milímetros. Con la mano en la tripa y los cinco sentidos aguzados hacia el salón, logró sobreponerse. Un calambre en la pierna izquierda, sobre la que se apoyaba, le impidió captar las primeras frases.

—… Y es que el ganado no es negocio ya, señores —insistía el colombiano, alargando la ese con primoroso acento de culebrón—. Lo dijo el señor Llopera. Ustedes lo saben. Por eso, y ya que poseemos unos medios excelentes, lo que proponemos es trabajar de lleno con los narcóticos dividendosos.

Urbano, emocionado, preguntó a De Lasheras:

—¿Por fin habéis resuelto?

—Prácticamente, sí.

—¿De qué habláis? —se enderezaron las secas espaldas de Moisés.

—Lo venimos discutiendo desde el mes pasado —explicó Alfonso—. Hablamos de mover cocaína y levantar de dos a cinco millones. Por cabeza y ronda —puntualizó.

—Suena de puta madre. ¿No te parece, Moisés? —tanteó Urbano, encastillado en su taburete—. Y muy seguro.

—Sin lugar a dudas —se adelantó el general—. Anthony la envía a España por el aeropuerto de Barajas como valija diplomática desde El Salvador. Ahí termina su misión y empieza la mía; es decir, retirarla hasta Las Torcaces. Para la posterior distribución y transporte necesitaríamos,

además de los camiones frigoríficos, coches averiados que irían con la grúa de Lucas, ideales porque resultan menos sospechosos.

El aludido soltó el hueso que roía y arreó al salón tremolando una servilleta. Al verlo aparecer, el general concretó:

—Aquí todos tenemos una misión que cumplir —le frenó y el otro no abrió la boca, y Salva no supo si por la sorpresa o porque la tenía llena—. Nada imposible, desde luego. Y en lo que a ti te va, Moisés —se dirigió a éste, quien atendía estático, tenso—: Habrás de construir un zulo como almacén, pues con el tiempo serán grandes cantidades. Por si acaso, Hipólito ya tiene apartado varios sacos de ácido bórico. Más dinero, es lo que tenéis que ver. Resumiendo: ganancias fuertes y rápidas.

—¿Se puede saber de qué estamos hablando? —balbuceó Lucas Parra, retorciendo la servilleta con las manos.

Al punto, Moisés se sumó, ronco, hostil:

—¡¿Qué coño queréis decir con eso de usar mi finca como «almacén»?!

Dio un zapatazo en el parqué y se puso en pie.

—A ver, a ver; explicadme qué es todo eso.

Vestía chaleco y pantalón vaquero con botas camperas. Las manos le rozaban los muslos, indecisas. Con aquella vestimenta, su figura sarmentosa y las piernas arqueadas, aun visto de espaldas, tenía toda la traza de un patético pistolero.

O cómico.

Porque el general, que además podía verle el rostro, lo miraba con expresión burlona, que también dedicó a Parra. Dijo:

—Alfonso, explícaselo otra vez.

El aludido se giró obediente en el taburete.

—Mirad: lo que discutimos no es ni más ni menos que mover mucho dinero, con elegancia y sin mancharse. Nada de miserias. Y todo en cuanto tengamos un lugar seguro donde guardar la mercancía. Ahí entras tú, Moisés. No te estamos pidiendo ningún favor, si acaso te lo hacemos: que participes en un nuevo negocio, más rentable que cualquier otro y con muy pocos riesgos.

Urbano decidió festejarlo por adelantado.

—¡Marchando unos güisquis! —saltó del taburete y se perdió por el bar.

Moisés, cuyas piernas parecían a punto de troncharse, no se mostró de la misma opinión.

—O sea, que los únicos que no sabíamos nada de todo esto, somos Lucas y yo —rumió mosqueado—. Porque tú no sabías nada, ¿no? —

interpeló de su viejo amigo, que, a su lado, grasiento, monoide y tripón, atendía boquiabierto.

—Yo, nada, Moisés. Te lo juro. Es lo primero que oigo.

Moisés, metiéndose las manos en los bolsillos del vaquero, se dio a cavilar en voz alta y reconcentrada:

—Lo que me estáis diciendo es que me dejáis en la estacada. Y todo por traficar con drogas. ¡Pero cómo va a ser lo mismo, cojones!… —se encendió.

—Eh, eh. Serénate, macho —el general, repantigado entre las mullidas orejas del mueble, una pierna encima de la otra, estiró con cachaza la mano para callarle y de paso aceptar la bebida que le tendía Urbano—. No acabas de verlo. Cuando des con algo que valga la pena, se lleva adelante. No hay problema. Lo que digo es que a partir de ahora el meollo pasa a ser la mercancía. Y por supuesto, es más jodido mover ganado que coca. ¡Ni punto de comparación!

—Pero entonces a Las Torcaces desfilarán los chorizos a comprar droga —murmuró Moisés.

—¡Pero qué dices! —El general soltó una ruidosa carcajada—. No te enteras, hombre. Tú lo único que tienes que hacer es conservarla en un sitio adecuado. Nada más. A medida que nos vayan pidiendo, la sacamos. Nos moveremos con absoluta seguridad, sin intermediarios. Somos receptores; no los distribuidores al por menor. Jamás nos pringaremos con gentuza. Sólo gente de calidad. ¿Crees que en este entramado sólo estamos nosotros? Indudablemente que no. Nos limitaremos a ponerla en circulación. Punto. A partir de ahí, empresarios, políticos, jueces; unos por acción, otros por omisión, todos se beneficiarán en mayor o menor grado. Hipólito, Alfonso y yo trataremos la venta con otros distribuidores que a su vez la distribuirán a otros, así hasta llegar al que la compra para su consumo: el final de una cadena en la que no podríamos aparecer ni por equivocación. Las personas que están en el siguiente eslabón son tan importantes y tan poderosas socialmente que su prestigio público es mi garantía. No puedo decir quiénes son. Créeme. La mercancía es cosa segura en nuestras manos. Ellos confían en mí para el suministro. Qué más tengo que decirte para que te convenzas. Además, ¿te he fallado alguna vez?

Moisés pareció querer hacer alguna observación, pero el general abrevió:

—Hablamos de millones, cientos para cuando llevemos el tiempo que nos hemos dedicado a los bichos.

Ahí Moisés no se pudo contener.

—¿¡Bichos!?…

El otro no se arredró.

—Sí, hostias. No me mires así, Moisés. Ya sé que lo tuyo es el ganado. Pero piensa en lo que podrías montar si en vez de cinco ganas cincuenta. Y no me negarás que en las ampliaciones de la granja, la carnicería del pueblo y hasta las exportaciones no se deben en gran parte a mí. De acuerdo: todos nos hemos llevado una buena tajada. Pero está *kaput*. Tú lo sabes. Cambian los tiempos. Hoy tenemos mejor filón. Y ya ves: contamos contigo. ¡Jo, jo! —le tembló la papada—. Me ha quedado como el anuncio ese —blandió el güisqui y bebió—. Bueno, fuera de cachondeo —prosiguió con sobria seriedad—. Que prepares un agujero, secreto y que esté bien aislado de la humedad, de unos diez o doce metros cúbicos. Esa es toda tu aportación; por cierto, la más sencilla: un zulo y, alguna vez que otra, un camión frigorífico. Venga, tómate una copita, y siéntate, que me estás poniendo nervioso. —El otro, como hipnotizado o intimidado, recogió el copón que Urbano le alargaba—. ¿Brindamos o qué?

Moisés bebió sin ceremonia.

—Últimamente los *números* de San Juan andan bastante fuera de madre —rezongó, mientras parecía considerar la propuesta. Tornó a sentarse—. No me fío.

—En eso tiene mucha razón —le apoyó Parra—. Se está perdiendo el respeto a la gente seria. Me he enterado de accidentes en que no me han llamado a la grúa, sino a uno de Villarjo. Y por si fuera poco, uno de los nuevos ha llegado a pararme al conductor: que si la licencia de la emisora, que si la tarjeta de no sé qué leches…

—Cállate, Lucas —le cortó vuecencia—. A ti lo que te pasa es que eres un gañán. Di órdenes para que en el tema de grúas sólo te avisen a ti. Pero no contento con eso, permites que tus parientes salgan a la carretera con coches que tienes de baja en el desguace. ¿Crees que puedes darme la tabarra cuando estoy en una reunión de Estado Mayor, para anular una denuncia por circular con un 600 sin papeles? Para esas minucias, te lo tengo dicho, llama a Alejandro.

—Lo hice —declaró Parra con despecho.

—Pues entonces, macho, si él no pudo solucionártelo, mala suerte. Cuando quiera pegar tiros que los pegue con el culo y en su despacho. No le llames más a La Parreña, y verás cómo espabila. Y referente a la grúa: ya le he dado un toque al jefe de Línea para que le apriete las clavijas al brigada del Puesto. Que para listos, nosotros.

—Y también tengo la sospecha de que el gitano del pueblo se me está metiendo en La Parreña y me levanta caza… —insistió Lucas Parra— y me da que los del cuartel lo saben y le dejan.

Pero el general no le dejó continuar por ahí:

—¡Para el carro, Lucas! —se expresó socarrón—. A ver si ahora va a

resultar que todas tus jodiendas son culpa del Puesto, no me jodas.

—Del Puesto no sé, pero del teniente que tienes en Dosarcos puede que sí —entró Moisés al contraataque—. Cada vez que ha tenido que escoltar el camión lo ha hecho poniendo mala cara. Con el tema de la droga esa nos podría hundir, y sin escapatoria.

El general deshizo el cruce de piernas y se despegó del respaldo.

—Pero bueno, qué os pasa —les recriminó—. Nunca habéis tenido pegas conmigo, y ahora jodéis la marrana con zarandajas de mierda. No tenéis de qué preocuparos, hostias. Ese teniente, como cualquiera de los anteriores, sabe lo que tiene que saber y, por la cuenta que le tiene, hará lo que se le diga. Con la mercancía será lo mismo. Es joven y querrá llegar a coronel. A lo mejor se ve hasta de general. No puede ni tendrá posibilidades de estropearnos nada. Y si no le preparo una *ekintza*, ¿comprendéis?

—¿Una qué? —preguntó Alfonso.

—Sí, hostias, una *ekintza* —repitió el general—. Es como los terroristas vascos llaman a sus atentados. Tengo a dos hombres de los Servicios Especiales tras él. Lo he justificado alegando que desempeña actividades extraprofesionales incompatibles con el empleo. Anda de estudios por la universidad y no sé si dando clases particulares por la capital. Creedme si os digo que está garantizado que a ese respecto no habrá complicaciones. Y si las hubiera, siempre lo podemos liquidar con una *ekintza* como la del teniente Laborda en Navarra, el de la muga.

—¿Cómo fue aquello? —se interesó Urbano con morboso acento, acoplándose de nuevo en el taburete, dispuesto a enterarse de algo que sin duda le intrigaba desde hacía tiempo.

El general extendió sus brazos sobre los del sillón, aferrando el vaso de güisqui con su manaza como una granada que dudara en arrojar. Meditaba. Se echó al coleto un potente trago, y lanzó con energía:

—Pues os lo voy a contar, hombre. No fue ninguna tontería, ¿sabéis? Pues a punto estuvo de costarme un paseo por los tribunales. No debería, pero para que os hagáis una idea del nivel en el que me muevo, os lo diré; aunque me sorprende que algunos de vosotros hayáis dudado de mis garantías, contrastadas por el paso del tiempo y la fuerza de los hechos. En fin: los de Especiales tenían por aquellos años infiltrados en ETA. Pues bien, cuando aquel tenientucho del GAR, los Grupos Antiterroristas Rurales —aclaró—, empezó a joderla con los atestados por el paso de ganado clandestino, cerca de la muga navarra de Dancharinea, en la frontera francesa —explicó para el colombiano—, ordené que pasaran información de ese espabilado a través de los topos, y en dos semanas se lo ventilaron con una bomba en los bajos de su coche. Con ello conseguimos varias

cosas; las dos más importantes: apuntalamos a nuestros infiltrados y nosotros, *vosotros* —ensartó con los ojos a Moisés y Parra—, nos quitamos un estorbo.

Moisés daba la impresión de haberse disecado. Urbano y De Lasheras se habían aferrado a sus respectivos taburetes como si necesitaran resistir un vértigo inopinado; Parra semejaba la estatua de un Sancho Panza paticorto y despavorido; el colombiano permanecía risueño con una modosidad que tenía algo de siniestra. En cuanto al Melenas, con una mano tirada tras el sofá y con la otra componiéndose la coleta, se sonreía con una mueca arrogante y socarrona, como si conociera secretos que de contarse allí mismo se cagarían aquella panda de gañanes.

Desde su clandestina garita, Salva no daba crédito. Se le fueron los retortijones y la sed.

Ante la cara de estúpidos que se les había quedado, Llopera añadió:

—Hostias, no me miréis así: no se puede hacer una tortilla sin romper los huevos. ¡Jo, jo! Ea, otro *yonigualker* —instó del anfitrión.

Su espeluznante y jactanciosa revelación había enmudecido a sus oyentes de tal modo que ni respiraciones podían percibirse.

Salva se conjeturó flotando en una alucinación, fruto de la sed, la inmovilidad. El estupor.

Hasta el propio Urbano tardaba en movilizarse como camarero; se le veía turbado, y así siguió, en tanto le vaciaba la botella.

Quizá buscando paliar la súbita tirantez, apuntó, forzando una risotada:

—Y si no Lucas que lo pille una noche con la grúa.

—O mejor un chorizo que lo liquida por cuatro perras —se quitó el muerto de encima Lucas Parra, recuperándose de la reprensión.

Hipólito dejó de acicalarse la coleta. Dijo:

—A eso lo llamo yo: FUROR BENEMÉRITO. No hay de qué preocuparse: «Por ti cultivan la tierra» —y graznó una estúpida carcajada que, esta vez sí, levantó imitadores.

Fue como un hostión emocional. Ya no le importaba el dolor, pasar por el calabozo: tramaría los escarmientos exactos y letales y a la salida los ejecutaría impecable e implacablemente. Tensó sentidos.

Reparó en el general y tornó a sobrecogerse: risueño y tremebundo, vuecencia dirigía su vista a la araña de luces, o a la celosía tras ella…

Voy a dejar que te enteres de todo y después te haré otra ekintza a ti, que no te va a reconocer ni esa facciosilla que te has buscado.

Cerró los ojos, con fuerza, rogando al Albur de los Justos —ese que de cuando en cuando vela por los audaces y los probos cuando ambas

conductas van unidas y son extremas— para no ser descubierto.

Se debatía por respirar inaudible, sofocado. Alzó un párpado. La aviesa mirada persistía hacia él. Todo su coraje, ¡puaf!, volado.

Que no me descubran, que no me descubran… En cuanto salga me olvidaré de esta mierda y me dedicaré a vivir en plan obtuso y hedonista. Eso haré… que no me pillen, joder, que no me pillen… Y le dolían los ojos de tan cerrados.

Una onda implosiva de nervios desatados apocaba su ser, le crispaba la cara, enervaba sus fuerzas hasta la micción… *Voy a hacérmelo encima*, se notó zumbado del más íntimo pavor.

—Marchando otros cubatas para ir haciendo tiempo —oyó que proponía Urbano y los demás aprobaron con gruñidos de alborozo.

La voz del anfitrión había sonado por la barra.

Se han levantado todos menos el general. Me está esperando: esperando a que vea cómo me encañona con su pistola. BANG. Me voy a comer una parabéllum, es decir, me va a vaciar el cargador.

Cuando se atrevió a mirar, el grupo pululaba por la estancia empuñando anchos vasos mediados de hielo y güisqui. El general refería algún chiste o fechoría benemérita; bramó que se echaría «Otro pelotazo a la salud de La Charito, que le voy a dejar el serete igual que la bandera imperial del Japón», y se ocultó yéndose a la barra, alabado por risotadas y salaces coletillas.

Con un violento, afónico suspiro, Salva reanudó la tarea de sus pulmones. Había desaguado su miedo, literalmente.

Esto no lo contaré nunca —se dijo—. *Y tanta humillación no quedará sin castigo*.

Tornaba, adensada, petulante, la ira. La ira en estado puro.

Entre bromas y zaherimientos solapados, animaban a Moisés y Parra a sumarse a la nueva y más grande y más segura inversión. Parra dijo que haría talmente que Moisés, y éste, arqueando sus flacas piernas como si acabara de apearse de todo un día de galopada, iba y venía con combados y vacilantes paseos.

No terminaba de amoldarse a las ávidas exigencias del general.

—Insisto en que deberíamos discutir todo esto más despacio, la semana que viene.

—La semana que viene imposible —desestimó el general—. Me voy de Operación Verano, a Mallorca. Je, je. No digo más.

—Vaya vida que os dais los generales de la Benemérita —elogió Urbano.

—Estuviera bueno que siendo general no pudiera nombrarme «Comisión de Servicio» a donde lo estime más conveniente. Jo, jo. Bueno,

Moisés, si tienes alguna duda, lo ventilamos el día de la conmemoración. Tú, mientras tanto, prepara un zulo en condiciones y ya concretaremos.

Quien concretó fue Hipólito, por teléfono, requiriendo el encargo.

El reloj de cuco dio la medianoche.

Millones, respeto, invulnerabilidad. El general no se cansaba. Moisés escuchaba y asentía. Hipólito y el colombiano murmuraban ladinos. Salva estaba seguro de que vuecencia le miraba.

Podías haberte dado al puterío o a picarte la vena. Pero no: a la cabeza, a pensar. ¿Qué se os tiene dicho…? En fin, tendré que apartarte como al teniente Laborda. Sólo que lo tuyo va a ser todavía más fácil: un día de estos te vas a «suicidar». Aunque a lo mejor espero, tío listo. Porque me estás haciendo un favor. Un favor impagable el que les estés jodiendo las rondas a estos capullos que no saben de negocios. Gracias, hombre.

Desafío ingente, titánico. Pero una vez más, alimentándose de sueños y afanes incendiados, se creció ante su propia indefensión y decidió que bastaba ya de inanes patadas al vacío, que si anhelaba escarmentar o punirlos seria e inapelablemente tenía que remontarse de su ficticia osadía y lanzarse en excursión mortal a través del leal desasosiego, la euforia incidental, el talento *in extremis*. ¡Ag, presagios de locura! ¡Y qué extática inmolación! Desdichas anexas a un *desfacedor* de agravios como él, revalidado ya sin hesitación allí mismo. El complejo de culpabilidad por su doble militancia disipado.

Salva-Efrén en concomitante, ufana conjura. Furor por furor.

Sonó el timbre de la verja.

Acreció un júbilo que tenía que ver con coliflores y corderas y un maravilloso juego llamado el «Impasible». Apenas si le intrigaban las constantes rijosas alusiones. Lo único que quería era escapar de aquella agonía claustrofóbica, zangolotearse, chillar, yantar, pimplar, peerse. ¡Ah, qué verbos!

Correspondieron al recibimiento el general y el anfitrión.

Por el ruido Salva creyó identificar el Nissan de Alfonso De Lasheras; el otro daba lo mismo.

Putas y maricones suponían Félix y Carrasco. Salva lo tenía delante de sus ojos. Entre las chillonas voces pudo escuchar algo que ya no le sorprendió.

—¿Quiere alguna cosa, mi general?

—No, muchas gracias. Pasaos por el Ícaro. Me echáis un vistazo de cómo va la noche y os tomáis lo que queráis. Lo que *queráis*, sin problema.

—A la orden de vuecencia, mi general.

El Ícaro era el nombre de un club nocturno en la autovía, demarcación

de Dosarcos. Ahora podía entender por qué uno de los locales más problemáticos, conocido, además, por ser un centro de prostitución de adolescentes extranjeras, continuara funcionando después de que el Delegado del Gobierno diera órdenes escritas para cerrar o, como mínimo, investigar todos aquellos locales públicos en los cuales se hubieran cometido delitos graves contra las personas. Y en ese local habían ocurrido unos cuantos.

Se desvanecieron los motores.

El salón bullía de risas; risas aflautadas y lascivas: el «encargo».

De los recién llegados, reconoció sólo a uno, al cojitranco: Nachito. Le acompañaban dos travestidos —«las coliflores aliñadas», según la bienvenida del colombiano—, un adolescente cuya soltura impresionó a todos, incluido al observador secreto, y al que Urbano apodaba «mi querubín»; y dos prostitutas —«las corderas»— que no se desviaban un ápice del tópico de puta de esquina: pelo teñido de rubio pajizo con espesos mechones negros en la raíz, los ojos pintados de azul fosforescente; labios y uñas rojo chillón. Vestían minifalda ajustada de la que caían sus rollizos muslos celulíticos, a su vez izados por tacones que rondarían los quince o veinte centímetros.

Una de ellas le daba la espalda; algo se le cayó. Sin flexionar las piernas, se agachó dejando ver sus minúsculas bragas blancas hinchadas por el prominente óvolo, desbordado de pelos hirsutos.

Qué noche. El amanecer llegaba con él encerrado.

Y menos de seis horas para salir de servicio…

La mordedura del hambre, la sed que le descosía el gaznate, las piernas entumecidas clamándole unos estiramientos imposibles, el empape indigno de los pantalones… La vista se le nublaba y los rombos de visión se le superponían en un deslizamiento circular…

Metió boca y nariz en la flexión del codo y contuvo un estornudo.

Creo que la culpa la tiene el yeso.

Se veía levitando.

De fondo, jadeos bestiales en pleno desparrame sexual.

Cuando el cuco repicó las doce del mediodía, Salva supo que de un tormento iría a otro: al del *Chato*. Quince días de calabozo por desertor, mínimo. Lo lamentaría más por lo que le impediría rastrear y combatir que como un simple arresto. Y aún nada le permitía pronosticar el final del encierro, del vivo enterramiento. Rabiaba por aterrizar y correr dejando atrás aquel hato de sátiros mamones que de cuando en cuando hacían un alto para recuperar fuerzas con los restos del cordero.

A ratos se percibía a punto de desmayo, un vértigo que le hacía creer

que el nicho giraba en las fogosas y colosales aspas conformadas por un bastón y una espada con estrella de cuatro puntas en el centro.

Le pulsaban las sienes como una sucesión frenética de pequeños vómitos. Veía y oía por ráfagas; lo demás era el delirio agonizante de un loco.

¿Era de día o de noche?

Recordaba que una de las torturas favoritas de los inquisidores católicos, consistía en amarrar a sus pecadoras víctimas de piernas y manos al cuerpo y retenerlos así día y noche durante semanas, meses, años. Sólo podían gritar. Quedaban inválidos. Muchos perdían la razón.

Y él, si no gritaba, acabaría talmente.

6

Gritó. Vaya si gritó.

Un grito de angustia vomitada cuando se detuvo a mirar atrás.

En los faroles de La Pequeña Arteaga revoloteaba un enjambre de insectos. En torno, destellaba la oscuridad.

¿Estoy fuera o en un sueño?

Echó a correr, a renquear, más bien.

Bajó la Mural saltando con zapatos, estirando y encogiendo los brazos como un gimnasta demente. Una pareja con la que se cruzó lo miró de reojo y unas zancadas después notó sus dos pares de ojos posados en su figura atarantada, quizás en su pelo revuelto y enyesado.

Se lo limpió a manotazos y subió los peldaños del cuartel cavilando una argucia. *¿Lo acusarían de desertor?*

Barahona salió a recibirlo al rellano.

Prosopopéyico y pausado (era su forma de expresarle su desdén de veterano), dijo:

—Ve a ver al brigada. Me ordenó decirte que si llegabas antes de la una, que lo llamaras.

Desde el cuarto de Puertas una radio pitaba las señales horarias de las veinticuatro horas. ¿O eran las cero?

Dónde estaba él. *¿Al principio o al final?*

XLIII. EL ESTRIBILLO DE LOS APRENDICES DE CAUDILLOS

1

Como todos los años, la invitación llegó al cuartel.

La nota no lo mencionaba de un modo directo. Unas líneas breves y asépticas que traslucían más que enunciaban: la conmemoración del Alzamiento. Salva se apuntó como voluntario y el brigada le advirtió que si otro lo solicitaba, él no iría. No estaba para pedir favores. Sabía que había dejado mucho que desear con no presentarse al servicio; y más teniendo en cuenta que del hecho no se derivaron consecuencias negativas.

Le estaba inefablemente agradecido al comandante de Puesto y también a su amigo Monti, que salió por él.

Repuso la nota extraoficial del convite al tablón y huyó a la cita.

Cautivo de su audacia maquinó durante la permanencia en el nicho mil pretextos que fue desechando a medida que el tiempo transcurría sin escapatoria. Sopesó otras muchas después de que se hubo quedado solo, en tanto que llegaba la contundencia de la noche para escabullirse, y cada una le parecía mejor y más creíble que la anterior: se ponía enfermo; poco defendible sin un parte de Baja. Así que en el acto pasaba a ser un primo el que enfermaba a punto de cascarla (se alegró de no ser supersticioso), le ingresaban en un hospital y olvidaba usar el teléfono. También pensó en un robo y una paliza mientras paseaba por el Foro y recobraba el sentido al cabo de dos días —que por el aspecto que tenía cuando se halló delante del superior habría resultado muy convincente—. Se decidió por ésta.

¿O mejor el primo estaba para cascarla?

Finalmente, desprovisto de excusas eficaces, se presentó ante el brigada, que lo recibió con un silencioso repaso de arriba abajo, le preguntó por su estado de salud y sin inquirir por los motivos lo mandó a dormir; salía de seis a catorce y de nuevo a las veintidós horas. Fue todo. La aventura terminó perfecta. ¿Demasiado? Sin duda, a su favor estuvo la excelente animosidad del brigada: ese día había remitido las papeletas de petición de vacante de Libre Designación (las que se asignan a dedo y nadie se la pisaría), en procura del destino prometido por el general, leré, al calor de los legajos, leré, porque el general le dijo leré, tu recompensa en mi imperio zascandil, leré, por revocar el atestado contra los malevos chicos de mi cuadrilla, detenidos una mañana de jira delictuosa. *Leré*.

Durmió poco, se levantó peor y, ya de correrías, luego de devorar un monstruoso bocadillo de calamares y una espléndida jarra de cerveza fría en el Manola, telefoneó a Anabel. Se verían al día siguiente, a media mañana. Necesitaba la tarde entera para descansar y recuperarse. A pesar del brutal cansancio, le costó dormirse. El BOC convocaba el curso de Especialista en Actividades Subacuáticas. Uno de sus sueños. Se mantuvo despierto y vigilante durante toda la noche, en tanto que su compañero echaba «una cabezadita, eh, grandísimo figura», y en cuanto cerraron papeleta, se fue directo al catre.

Se había levantado hacía media hora, lo justo para verse con Anabel en el *rincón del viento*. Entretanto, tomó asiento en el murete circundante, embelesado con un deportivo negro, aparcado junto al templo. Las ruedas recordaban a las de un Fórmula 1. Los faros yacían ocultos en el picudo morro. La matrícula tenía su número de Academia y las letras de la serie se repetían. De la iglesia salió un tipo trajeado, acompañado de Juan el médico. El cura les despidió con un adiós rápido desde el quicio y se enclaustró al punto. Con los dos individuos dentro, el deportivo se alejó imponente y silencioso. Sin nada novedoso a la vista, recordó la nauseabunda experiencia.

Por suerte, apareció ella.

—Hola, *soldado* —vino a saludarle zumbona y puntual—. ¿Qué tal tu campaña de guerra?

—Con muchas noticias que darte, nena—. Y abrazados bajo el destartalado farol, se dieron piquitos juguetones y febriles. La estrujó, se excitó; sensaciones recíprocas.

—¿Adónde podríamos ir? —preguntó ella, dando la respuesta en sus ojos nato.

—¿A Matallana…?

—A Matallana.

Durante el viaje la fue relatando el interminable cautiverio, de cómo sus ojos y oídos retenían datos esclarecedores y otros inmundos. Gracias a la lucidez del ayuno involuntario y al ansia de represalia, por fin conocía la causa del descenso en los asaltos a los corrales de ganado. Pero sobre todo, los nuevos objetivos de la banda. Y los problemas entre ellos. Un cambio imprevisto que no cuadraba con el ganadero Moisés Torcaces ni con el jefe de Grúas Parra. El grupo los espoleaba sin sutileza y sin ambages y Llopera machacando que la indemnidad sería absoluta. En el peor de los casos se verían implicados en acusaciones que jamás les podrían demostrar; en el mejor, ingresos netos que no bajarían de cientos de millones anuales y nadie que osara investigar a un general de la Guardia Civil o a sus amigos. Y es que en eso tenía razón: para eso estaban los guardias civiles muertos

por el terrorismo antiespañol.

Y todos pagarían. Salva dictó sentencia en cuanto supo del apoyo de ella. Y él la siguió relatando del libertinaje del Gran Jefe Monipodio y sus cofrades, de sus carcajadas chocarreras jugando al «Impasible». Una partida preámbulo del aquelarre orgiástico que el cártel, excepto Moisés y Parra que fueron los primeros en marcharse, repetirían hasta última hora con más hilaridad que lujuria, cuando ya exhaustos y trajinados abandonaron La Pequeña Arteaga. Vuecencia presumiendo del trabajito hecho con uno de los travestis, al que llamaba La Charito. Se rio mucho y en opinión de Urbano Arteaga nadie mejor para chuparla que un ninfo, ni putas ni maricones ni travestis. «… el lento arrastrar del meñique en su ascenso al bálano, a la gran cumbre del placer, de piel roja y tersa como el culo de un mono». Fue la lujuriosa y descacharrante inspiración de Urbano Arteaga, el cual aseguraba poseer un don que, por lo visto, Dios le había concedido. Quien menos humor mantuvo —si es que tal calificativo se ajustaba a la verdad— fue el ilustre veterinario. En el «Impasible» había sido el perdedor. El juego había consistido en permanecer sentados a la mesa, mientras que por debajo una de las putas en primer lugar y detrás el efebo, iban haciendo felaciones hasta que el afectado no aguantaba más y descomponía su cara por causa del irrefrenable goce. Ese pagaría la cuenta. Ese fue De Lasheras. Todos los participantes lo festejaron. Todos excepto el veterinario, cuyo peculiar concepto del honor quedó tocado. El general profirió que eso era como el honor del Cuerpo, que una vez perdido ya no se recobra jamás, y volvieron a descacharrarse de risa, a inflarse de güisqui y a descargarse en bocas y anos. Anécdotas de una guerra insólita.

Se desviaron por el sendero de la vieja cantera, perfumados por las yerbas que impregnan el páramo de fragancia y armonía.

Pasear por el plano de Matallana era la paz, la comunión de sus espíritus, la dulce cadencia de utopías explayadas en medio de un vasto rincón sin aristas donde el viento nunca descansa. Sensación de libertad. El aroma a jara y tomillo —a no ciudad— les llegaba como un alivio arrollador y el poder tender sus miradas a lo lejos y no ser detenida por edificios u obstáculos artificiales un privilegio sublime para dos activistas en plena contienda. Anabel tronchó una rama de espliego y se lo colocó en el ojal de la cazadora vaquera.

El gozo del momento fue roto por lo que ella dijo:

—Dioni me ha dicho que Pablo quiere vernos, para impartir criterios de actuación y… llevarse algo más de dinero.

—¿Por qué?

—Lo necesitan para costear la libertad condicional de algunos camaradas.

—¿Cuánto?

—Quiere otras cien mil.

—¡Pero eso es casi todo lo que nos queda!

—Me temo que sí.

—Total, que nos tienen de subvencionistas.

Se dilató un silencio incómodo.

—Pablo ha prometido pasarnos material. De momento se están recomponiendo, planean un secuestro y pronto serán ellos los que nos envíen el dinero —participó ella sin convicción.

—Déjalo. Paseemos.

—Te lo ruego, cariño: estamos en el génesis de una revolución —le dio un beso unilateral.

—Sí, vale.

Asidos de la mano esquivaban como en un juego infantil los más grandes y olorosos matojos. La carretera se veía lejos, escasa de rodaje. El viento les empujaba de costado. Un salicón seco y esférico tal que un balón de fútbol les rebasó a trompicones, como si un niño fuera tras él dándole patadas cada vez que lo alcanzaba. Prosiguieron mudos mar de matas adentro. Luego bajaron a la reseca cantera. Una liebre emprendió la huida, el viento aminoró drástico en la base y Salva preguntándose por qué no la replicaba. Tal vez por la certeza de que no serviría de nada. Pero el que calla otorga…

Se echó mano por entre el fondillo de los pantalones y la enseñó algo.

Invitó a su compañera a cogerlo y a ella le entusiasmó.

La cantera se llenó de estruendos y de sus ecos. Con el primer tiro, Salva descerrajó un sueño residual: no solicitará el curso de Actividades Subacuáticas. El proyecto Escarmiento no se lo permitía.

No dejaron de disparar en toda la tarde.

Preliminares del albur.

2

—Vamos a celebrar el 18-J a nuestra manera —sentenció Pablo.

Pablo tenía las facciones graves, la mirada dura, de suspicacia latente, curtido en poner pies en polvorosa a la mínima. Era nervudo y seco, pero a diferencia de Dioni esa parecía haber sido siempre su constitución física; debía de rondar, si no pasar, los cincuenta, y su expresión de alerta tocaba más a fiereza que a intrepidez. Afuera, la algazara del barrio en fiestas

amortiguaba para Salva la tensión del encuentro con el dirigente en requisitoria policial.

A horcajadas sobre una silla, con los brazos cruzados sobre el respaldo, prosiguió con sofocada vehemencia:

—Es una de las vergüenzas nacionales que arrastra este país, y nosotros vamos a recordársela. Que la sociedad entienda que mandan los mismos y, por lo tanto, sufren los de siempre. Por eso combatimos, camaradas. Quiero que sepáis que tan pronto consigamos el tercer grado de dos combatientes, uno experto en falsificaciones y el otro en explosivos, tendremos listo el comando Norte. Incluso aunque no se consiga la salida. A través de los abogados estamos obteniendo la información que necesitamos. En uno o dos meses confiamos en sacar al camarada Raúl.

—¡La libertad de Raúl! —exclamó Anabel—. ¿Pero no estaba condenado a 900 años?

—Los abogados nos han asegurado que para final de año estará con nosotros. Sin embargo, sabemos que será difícil el paso a la clandestinidad. Lo tendrán bajo seguimiento y conseguir su vuelta a la Sección Técnica va a costar. Nada que no se arregle con dinero, desde luego.

—¿En qué piensas cuando hablas de «celebración a nuestra manera»? —preguntó Efrén, impaciente por ir directo al grano entre aquellas paredes tan parecidas y a la vez tan diferentes a las de Anabel.

La vivienda de Dioni había sido el lugar elegido para la secreta reunión. Los cuatro estaban sentados en sillas de madera tipo tijera, alrededor de una mesa redonda, una de cuyas patas consistía en una pila de ladrillos. La casa, situada en otra barriada muy cerca de la de Anabel, recordaba a la de ella por los techos de carrizo y las bastas paredes.

La conservación era otra cosa.

Por el suelo serpenteaban grietas como de fondo de laguna reseca; las paredes moteadas de desconchones; los techos alabeados, las puertas abiertas algún día y desde hacía meses —quién sabe si años— sin cerrar. En definitiva, una leonera propia de un desdichado más que de un guerrillero urbano.

—Bombas —contestó el dirigente como si acabara de dar con la solución en una sopa de letras—. Diez, quince, o veinte o treinta —lanzó arrebatado—. Sería un golpe de efecto total para copar medios de comunicación. Mucho mejor un pez gordo, y si no cualquier esbirro del capital nos sirve. Un simple policía, por ejemplo. Para que nos tengan en cuenta y vean que no estamos acabados. Vamos a hacer que se ahoguen en su propaganda capitalista. —Despegó las manos del respaldo y las blandió en apretados puños—. Tenemos que cargarnos a uno de la Pandilla.

—¿De la Pandilla…? —inquirió Efrén.

Pablo le encuadró con recelo: quizás porque no reconoce en él al prosélito extasiado por oír y tener la suerte de ser recibido por uno de sus máximos dirigentes.

—Claro, joder. La Pandilla: militares, políticos y empresarios.

Efrén inclinó la cabeza con una sonrisa forzada.

—Entiendo.

—Mejor un militar —concretó el otro—. Cuando los veamos en los funerales con caras de mala hostia, sabremos que estamos dando en la diana. Hay que cabrear a esos barrigudos; entonces, y sin darse cuenta, se pondrán de nuestro lado.

Puedes estar tranquilo, camarada. No son pocos a los que les hacéis el juego.

Efrén apreció la perversa analogía de intereses entre la cúpula del FRAF y la de cierta élite de su uniforme: una clase dirigente muy por encima de los que paran las balas con sus espaldas y cabezas. Y Pablo también lo sabía. Más allá de las militancias, legales o ilegales, las cúpulas dictatoriales tienden a imitarse. Los que están abajo del todo no lo saben, *no deben* saberlo: que tienen cartas y que están jugando a perder. Efrén infirió algo más: un tipo como Pablo jamás querría la reinserción; el saberse respetado y temido atrae con fuerza sobrehumana y la procedencia de ese poder es lo de menos.

Escuchar al cabecilla no hacía sino apuntalar sus deducciones.

—Es necesario que os arriesguéis un poco más. Podéis hacerlo. Sois comando legal, no estáis fichados por los cuerpos represivo-militares. Con eso y vuestro espíritu de combate y la experiencia de la Sección Técnica, llegaremos a desarrollar un auténtico movimiento social-revolucionario. —Se ralentizó para añadir con pronunciación lenta y feroz—: Y tenemos que empezar por ejecutar una acción que sea espectacular; algo que transmita a la opinión pública que seguimos siendo el ejército del proletariado y los trabajadores. Si aprovechamos la actualidad político-social, incidiremos nuestro calado en la masa. Algo que sea la hostia de dramático para el Gobierno, que se hable de ello durante varios días, con muertos: *cuantos más, mejor*. —Se relajó y resumió sus expectativas—: Con fotos así la primera plana es nuestra. Por eso es tan importante que facilitemos el trabajo a los periodistas; que sean nuestros aliados el mayor tiempo posible.

—¿Y qué podría ser ese algo «la hostia de dramático»? —casi le cortó Efrén.

—Pues…, por ejemplo, una bomba trampa que pueda llevarse a muchos esbirros, y de paso que pueda ser grabada en vivo o casi en directo. Es lo que están esperando esos cantamañanas de la tele y nosotros

la publicidad que necesitamos. Muertos, heridos, o por lo menos desalojos con mucha prensa serían una buena propaganda para demostrar que no hemos desaparecido, como ese capullo de ministro del Interior dice cada vez que le preguntan.

Después de una pausa en la que hubiera meditado acerca de la eficacia de su arenga, siguió con aire triunfal.

—Sois el futuro de una fuerza antifascista que no deja de crecer. *Yo* y los compañeros del Comité, confiamos en vosotros. En la perfecta dirección del camarada Dioni —palmeó el hombro del aludido, quien asintió con gesto envanecido—. Por eso os pedimos que ejecutéis algo grande para el otoño que están calentando los sindicatos. Ahí es cuando debemos actuar, como avanzadilla del proletariado, encabezando la milicia popular de los trabajadores y las trabajadoras contra el capitalismo explotador. No tenemos nada que perder, salvo nuestras cadenas. *¡Camaradas!* —le ardía la mirada, los tendones del cuello a punto de saltársele—, no olvidemos la consigna: ¡El pueblo será libre si empuña las armas! —proclamó tal que ante una turbamulta insurrecta. Al modo del capitán Parterra. Ambos enredados en sus tonos ditirámbicos, azuzando a puerta cerrada a los torpes alumnos—. No cejaremos, no debemos flaquear, en las calles, en las cárceles, en las manifestaciones, en las universidades, contra el Estado fascista e imperialista. Hay que atizar el cotarro, camaradas. Menos propaganda y más acción directa. Pero nunca en cabeza. Clavo que asoma, clavo que es golpeado.

Salva —que no Efrén— reprimió una ácida y tristísima sonrisa.

—Tenemos que radicalizar nuestros operativos militares. Fijaos en ETA: mil muertos y hoy son una fuerza respetada y temida por el Gobierno; un Gobierno que detrás de las ruedas de prensa se baja los pantalones. Así seremos algún día. Sé que el camarada Dioni es un buen jefe de comando, y en el Comité todos confiamos en sus golpes a favor de la clase obrera y de una sociedad sin clases y sin Estado. ¡Ánimo, camaradas! Por la anarquía revolucionaria, la verdadera libertad, y por las bombas que sé que les vais a meter a esos cabrones de empresarios, de militares y a esta mierda de Estado opresor al que le vamos a chafar los trenes, los gasoductos, las torres de electricidad, las…

—Entonces, déjanos el dinero —le cortó (ahora sí) Efrén.

Pablo dio un respingo.

—¿Qué?… —dijo, mirándolo con ojos llameantes.

—El dinero —expuso Efrén con desparpajo—. Si te lo llevas, no podremos hacer golpes totales ni «chafaremos» trenes, gasoductos… —¿captaría su tono sarcástico? Decididamente aquel andoba no podía considerarse más ácrata que él.

Le sostenía la mirada y el otro acabó por mover la cabeza, como apabullado por aquel neófito, preguntándose si no habría sido descubierto: que iba de caudillo y que abrigaba todo su coraje para la ventajosa retaguardia y la retención del liderato.

Encuadró a Dioni y le hizo una pregunta, más resentido o exasperado que mayéutico:

—¿Trata *este* de decirme cómo se dirige una revolución?

Dioni se encogió de hombros, y Efrén le replicó:

—Claro que no. Pero también nosotros lo necesitamos para mantener una mínima operatividad del comando Centro.

Anabel, alarmada por el giro del debate, intervino a fin de conjurar mosqueos.

—No nos van bien las cosas, Pablo —dijo, y el irascible dirigente la dedicó toda su atención, sin que menguara la expresión de enojo—. Estamos poniendo dinero de nuestro bolsillo. No sólo es la compra de material, incluso los desplazamientos salen caros; debemos movernos mucho para no dejar pistas, y no siempre damos con lo que buscamos.

Pablo meneó la cabeza. No había venido a soportar preguntas, sino a dejar instrucciones, y punto: como los jefes militares del Instituto cuando revistan sus feudos respectivos.

—Así estamos todos —se revolvió, no obstante, comprensivo—. Sé lo que estáis pasando y que tenéis ganas de entrar en acción. Pero debéis comprender que sin un Comité seguro y fuerte a la larga la Organización podría acabar por disolverse. Es un esfuerzo que os pedimos. Tenemos planeado el arresto de un Explotador. Si lo conseguimos, habrá fondos para todas las células. Mientras tanto, que sea este espíritu de lucha el que os ayude a cumplir con los operativos militares que nos hemos fijado. Sé que podéis. En fin, tengo que marcharme —empujó la silla y de pie concluyó—: Recordad que debéis elegir acciones que combinen un escaso riesgo para nosotros (y volvía al «nosotros». Tanto parecido…) y una buena difusión propagandística. Tened presente la estrategia de Mao: «Cuando el enemigo ataca, replegarse; cuando retrocede, atacar» —y cerrando los apergaminados puños disparó los pulgares.

Los demás asintieron sin saber qué.

—¡Hasta la victoria siempre, camaradas! —agregó incontenible y desatado de ardor.

Acto seguido, Pablo se apartó con Dioni y se dilató en adoctrinarlo acerca de cómo lo que dijeron Mao y el Che podría aplicarse a la lucha de guerrillas urbana.

Agotada la ampulosa pedagogía o manual del insurgente, o ya porque el otro había quedado de sobra enajenado, se fue para la ventana con ceño

escrutador. Se le unió Anabel.

Una explanada cercana hervía de gente. Alrededor de un tiovivo cargado de niños se congregaban padres embelesados, ya amoldados a un mundo de fatuidad y mixtificación, que aquella pareja de guerrilleros oteantes quería cambiar a golpe de pentrita y parabéllum.

Recortada por la luz del exterior, la figura de Pablo mostraba un perfil esmirriado y hosco, inestable y siniestro. Contrastaba con la de ella, confiada, impávida: la V de sus dorsales definidos por los largos en el agua imprimían vigor y seducción a sus ademanes. Y así ella que unta de sensualidad cada acto que ejecuta, cuando acaricia, hace tiro instintivo, besa o mixtura cargas. Llena de consistencia, física y espiritual. Tan hermosa, tan fogosamente revolucionaria. Los faros de un coche nimbaron su estampa y prendieron su pelo.

Para asegurar la tranquilidad del jefe, los amantes salieron a la calle. Pasearon inquisitivos por la vecindad, analizando sospechas de hostigamiento, abriendo camino.

Por dos veces la entrevista entre los reorganizadores del comando Centro y el dirigente hubo de ser suspendida. Atosigado por la insacudible sospecha de que lleva a la Policía pegada a sus talones, Pablo había anulado las anteriores visitas en el último momento. En una ocasión por culpa de un tipo con el que coincidió en el Metro después de haberlo visto en el autobús. El segundo fue a sugerencia de Dioni: no estaba seguro con el nuevo fichaje. Pero a la tercera, la convencida. Había llegado en tren desde Logroño. Fue lo que dijo. Pero Efrén pudo ver adherido a la taza del váter un trozo de billete de tren con la palabra Valencia en la casilla *Origen*.

Hicieron la señal convenida de ponerse un gorro con forma de cucurucho, y Pablo y Dioni salieron al tumulto del gentío, camino del kermese local. Les engulló una peña que cantaba las alabanzas de beber para olvidar el mal de amores. Se adentraron en el vocerío, Dioni conduciendo a Pablo como un lugarteniente, falso, como la realidad inventada por su faccioso jefe. Mentiras pertinaces urdidas de íntima coacción.

Talmente que algunos de sus jefes militarras.

Pero Salva los necesita; en realidad, sólo a ella. Ella es ellos, por desgracia, pero quería disfrutarla y no había otra guisa. Ambos trabados son un torbellino de subversión y convicción. De alto riesgo. Valía la pena. Perdiendo miedo se gana libertad y él quería ser Jonathan Livingston Seagull.

—Si te pagas unos churros te invito —bromeó, colocándola el gorro de brillantina de forma que el flequillo la saltara combado, original. Seductor.

—Eres muy gracioso, *pico*. Pero estoy sin un duro, recuerda que compré los disfraces.

—Yo pagué las pelucas —repuso él, puntilloso con el gorrito.

—Me estás poniendo fea. Lo sé.

—Que no —y contenía una risilla delatora.

—¿Pagamos a medias?

—Vale. —Se miraron, se sonrieron, seducidos, sediciosos.

3

Cumplió el encargo casi como se lo había pedido Anabel: una olla grande y dos cueceleches, de acero. Lo era la olla; los otros contenedores eran tarteras de plástico, con tapa verde. Quizás sirvieran y el color fuera lo de menos.

—No sirven. La razón es muy simple —le explicaba ella, descartando las tarteras—. Tienen que ser de fondo y laterales metálicos para direccionar la onda explosiva. Las mejores son las de aleación. Pero estas servirán como bombas lapa o para alojar dispositivos de iniciación.

—Buscamos publicidad, no impopularidad —observó Efrén.

—Ya —dijo ella, avenida o sin ánimo para entrar en discusión—. Por desgracia, no disponemos de iniciadores eficaces. Mis experimentos no terminan de cristalizar como debieran… —del armario laboratorio extrajo una tela roja doblada y una caja de zapatos—. Pero gracias al excelente reportaje de nuestro querido periódico, saldré adelante.

Sobre la cama, Anabel extendió el peculiar mantel bermellón y sobre éste el contenido de la caja: dos extraños ingenios paralelepípedos; temporizadores caseros que Dioni había conseguido en un viaje relámpago a algún lugar secreto convenido con Pablo. En las tapas descollaban conmutadores giratorios con dos escalas de tiempo: M y H; y tres interruptores deslizantes. Una nota manuscrita, adherida con celofán, avisaba:

BORRAR LAS ESCALAS DEL TEMPORIZADOR CUANDO LA BOMBA ESTÉ ACTIVADA. (ES POR SI LE METEN MANO ANTES DE QUE CONCLUYA EL TIEMPO Y, CON UN POCO DE SUERTE, SE LA COMAN.)

—Qué leches quieren. Nos dejan sin dinero y nos envían este «arsenal»…

—No te enfades —dijo ella, revisando los temporizadores—. Es poco,

pero con tu táctica y mi perfeccionamiento la vamos a liar gorda en el Ministerio.

Efrén vaciló, se perdió en el maremágnum de una guerra que no era la suya, o era que detrás de su particular objetivo se escondían los mismos.

Agarró la bolsa que había traído, bailó misteriosamente, extrajo algo de su interior y se lo llevó a la espalda.

—¿Qué haces? —interrogó ella, intrigada pero sin dejar de cumplir el encargo de la nota.

—Si Pablo quiere publicidad, la va a tener —la musitó. Y puso delante de ella un tintineante y pesado ramillete—. Para ti, pelicobre.

Anabel alargó el cuello, incrédula, fascinada… Una naja que se retuerce encantada hacia una presa inopinada y magnífica. Detrás de la crencha cobriza la raya de su ojo brillaba ávida.

Soltó los temporizadores y tendió las manos finas y vibrantes a tocar la trenza de cabezas de aluminio que, cuales flores metálicas, cascabeleaban entre sí, rutilantes y promisorias.

—Joer, joer, joer —balbuceaba, ahogada por la emoción.

Efrén dejó caer el ramillete de detonadores comerciales: ella los recibió con fervor.

—Pero si es justo lo que necesitamos. ¿De dónde los has sacado?

¿Que de *dónde*? A quién se lo estaba preguntando, a Salva o a Efrén, esa furia nacida del sueño hecho ciscos.

Cumplió con una mentira (material de desecho en el cuartel, ¡como si los detonadores fueran lapiceros fungibles!). A ella le dio igual; no le escuchaba: las flores iniciadoras de estrago extasiaban sus sentidos táctil y visual. Flores de metal. *¿Flores del mal?*

Con ellas, pólvora y pentrita, «el consuelo de los que sufren». Los funestos detonadores aguardaban su expiación.

Viéndola desenredar el cableado eléctrico, le asaltó una duda terrible. *¿Serán todos sus destinatarios inapelables merecedores?*

Se pusieron manos a la obra.

Desde el cuarto de operaciones un tufo cáustico llenó la casa.

—Deberías asegurarte de que existe una adecuada ventilación.

—Enseguida desaparecerá este olor —contestó ella, abriendo la ventana.

—No es sólo por el olor: la acumulación de gases puede ser muy peligrosa.

—Lo tendré en cuenta, no te preocupes —le tranquilizó, complaciente, un punto burlona.

Se dio a manejar botes que abría, soltaba, derramaba sus contenidos en una báscula de precisión, quitaba, añadía… Hizo un alto en su febril excitación para entregarle un mortero.

—Muele esto. Pero con mucho cuidado —le previno, y tornó a su indescriptible afán, dedicando intermitentes miradas soñadoras a la ristra coruscante.

Con medroso primor, Efrén molía hasta convertir en polvo los terrones blancos, cuya textura tenían un siseo escalofriante, hipnótico, como de ofidio atacante. Cuando ella consideró idónea la molienda, le retiró el mortero y Efrén quiso saber qué estaba haciendo.

—Preparando una cloratita.

—Ah…

La tarde entera la pasaron disponiendo preparativos. Anabel aludiendo a la ansiosa pretensión de abrir una puerta directa a la calle desde la cuarta planta de un edificio del Estado. Mezclas explosivas, valor, detonadores, temporizadores. Conmoción de vivir. Lo tenía todo. Ella lo guiaba en la conformación de las cargas, la idónea mezcolanza de sustancias pulverulentas, la belleza de una obsesión consagrada a un ideal revolucionario. Con maña maquinal le mostraba el acople de los distintos artificios: trenes de fuego en vía muerta, sin ningún retraso a lo trascendental; ella, como su general, soñando en alcanzar la quintaesencia en cada una de sus entrañables *ekintzas*. Y él asintiendo con más estupor que perspicacia. Parpadeaba el led rojo: conexión errónea, acoplamiento mortal. Efrén retiraba con premura el cable desnudo, como si liberarse de la instantaneidad eléctrica fuera posible. El led hacía las veces de detonador y no existía peligro. Tardó una hora en discernir lo aparente de lo primordial; en realidad, una trampa para técnicos desactivadores: un relé injertado en el artefacto se encargaría de energizar el detonador en caso de corte. El led. ¡Uf! Efrén suspiraba a cada tenue destello. De haber sido real, habría volado. ¡BUM! Hecho mixtos, sin remisión. Nada de una segunda oportunidad. Jamás intentaría desactivar un engendro de aquellos montado como carga real, ni por todo el oro del mundo.

Anabel terminó de soldar las conexiones a los terminales de la pila.

—¡Ya está! —se expresó, entusiástica—. Ahora pensemos cómo nos vamos a repartir todo esto. Y eso te corresponde a ti. Tú dirás.

Pronto aquel popurrí cantaría demoledoramente.

XLIV. ELEGIDO UNO DE LA PANDILLA. LUCHAR O PERDER

1

La víspera del 18-J, con las bolsas de explosivo ciñéndole la cintura, tal como el protagonista de *El expreso de medianoche* se escondía la droga al subir al avión, Efrén camina con pasos irremediables.

Se sentía un *patas*.

Bajo el brazo exhibe un ejemplar del diario *El Nacional*: la mitad de la entrada a cualquier lugar donde vigilan los adictos al Régimen.

Un *patas* porque acarrea una carga de la que apenas si sabía poco más que haría PUM, después de que Anabel ensamblara cables y ajustara temporizadores de fabricación artesanal que llevan notas que dicen *borrar las escalas para ver si podemos joder a alguno de la Pandilla*.

Y ella fascinante. Se había recogido el pelo en una cola de caballo, que un límpido sol de mañana estival lustraba, y su flequillo flotaba al compás de su andar… nervioso.

—¿No nos estaremos pasando? —se refrenó, la mirada nato fija en el objetivo estatal a medio centenar de pasos a la izquierda.

Él se deleitó en turbarla aún más.

—Vamos a pasar cuando lo haga el capitán —marcó con la vista a un oficial del Cuerpo que se bajaba de un Nissan Patrol, frente a la entrada pública del edificio.

—¡Estás loco! —exclamó ella en un susurro aterrado—. Precisamente a la boca del lobo.

—*Precisamente* —repuso él con una entonación tan anhelante e indubitable que ella se movilizó como magnetizada.

Y es que para Efrén la complacencia de calibrar y timonear su miedo —repudiarlo u omitirlo era una fantochada propia de fanáticos, de cretinos; de *patas*— se había convertido en un desafío desde el día en que colgaron la mochililla en los barrotes del INEM. Al igual que los yudocas usan la fuerza del contrario para atacar o defenderse, él había tomado su miedo y adosado a su arrojo a fin de templarlo y así inmunizarse. ¡Meterle una bomba al Sistema! Digno de un expediente singular: «Valor Reconocido».

Tomó el periódico y lo esgrimió con negligencia, tras del estirado

oficial.

—Pon el bolso y la caja archivadora en la bandeja y sígueme —la musitó—. No mires a nadie a los ojos; simula leer carteles indicativos.

Anabel dio el enterado con un siseo.

Al paso del capitán el detector de metales emitió una horrísona estridencia omitida por los dos bisoños compañeretes que prestaban servicio, quienes atribulados y frenéticos se clavaron con sendos saludos marciales, recitando uno de ellos las jubilosas y falsas novedades que regulan todas las vicisitudes del Instituto armado, al servicio civil y de naturaleza militar. ¡Ag!

Efrén atravesó distraído e insonoro el arco magnético, asimismo Anabel, excepto el bolso.

—Un momento —intervino el guardia mutis, cesando, dubitativo, en el saludo—. ¿Me permite ver el interior del bolso?

Anabel lo abrió impúdica y volitiva.

—¿Dónde estará el pago fraccionado del IVA? —preguntó al desgaire.

—Creo que arriba —respondió Efrén, controlando de soslayo al colega.

¿Qué sería capaz de identificar aquel antiguo alumno trastornado de estrategias militares? ¿Identificaría los diversos artificios de fuego dispersos entre un casete, un aparato de masaje facial, un encendedor, el cableado hecho una artística bobina?

A pesar de lo presumible, Efrén no se fiaba.

Entretanto, el otro guardia balbuceaba una acongojada disculpa ante el oficial de por qué no servían a la Patria bajo los caricaturescos sombreros.

—¿Así que el sobaco les parece el sitio ideal? —interrogaba con sarcasmo corrosivo el mílite dandi—. Vete a buscar inmediatamente al suboficial de guardia.

—Puede pasar, gracias —permitió el examinador en tono de sagaz conclusión, dirigiendo una desolada mirada al compañero y luego al oficial que, manos a la espalda, parecía incubar el imperdonable correctivo.

Atacaban escaleras arriba, cuando, de pronto, el guardia les requirió, estremeciéndoles.

—Los pagos fraccionados son en la planta de abajo —anunció con rápida amabilidad, pues el arco pitaba a un despistado.

Se miraron desconcertados. Y, recordando la conversación, cambiaron obedientes y agradecidos la trayectoria. Incidente que permitió a Efrén percatarse de la llegada del sargento. Sintió un puntazo de lástima por aquel desvalido trabajador con armas que se cuadraba con aire estoico, cuya declaración en el mejor de los casos le acarrearía una bronca ignominiosa, y en el peor una o dos semanas de Prevención.

La investigación que devendría al atentado, Efrén la presagiaba sin cualidades adivinatorias: responsabilidad negativa para el capitán y sí para el sargento jefe del control. Para eso estaban los suboficiales: cabezas de turco aptas para ser inmoladas en pro de una élite de sangre azul que teme ser descubierta y con ello sucumbir al abrazo de la indulgente democracia, que calando poco a poco los diferentes estratos de la sociedad la llena toda y de forma irremisible de sentimientos decorosos, dignos y libertarios.

Pero no para ellos, y a nadie que se le ocurra.

Explosiones, violencia. Libertad. Bajaron y tomaron un ascensor.

Lo que no trascenderá nunca es que esa casta que tanto gusta de figurar impecablemente uniformada, sabe muy poco de ser agentes de policía. Juegan a ello y el resultado es rigidez contra iniciativa, despotismo contra eficacia. Inoperancia absoluta.

Militares al poder.

Emergieron en la cuarta planta. Mientras se acercaban a una fila larga y serpenteante ella le preguntó por la osada iniciativa.

Efrén respondió con un enigmático y cantarín murmullo:

—«… Por suuuu conducta en la guerra, brilla airoso su pendón».

Ella puso cara de no comprender.

Se dieron a explorar el teatro de operaciones.

El hornillo en cuestión —una papelera junto a una ventana—, elegido por Efrén durante los reconocimientos previos, presentaba un inconveniente: cinco funcionarios charlaban de temas importantes en su quehacer público, como la caza de la perdiz en Toledo, los atascos de la primera hora de la mañana, de la mediana y de la tarde.

Y con temas tales, los funcionarios risaban alegremente.

Efrén calculó que el corro funcionaril no se dilataría más tiempo del que él tardara en meterse al baño, desprenderse de los paquetes con el explosivo, sacarlos en una bolsa de tiendas de ropa cara, pasársela a Anabel, quien a su vez se encerraría en los aseos de señora donde montaría los dos artefactos. Uno se quedaría dentro y el otro lo depositarían en la papelera.

Se trataba de dejar ocultas y temporizadas dos cargas, dispuestas para hacer explosión en media hora y con un margen de separación de unos quince minutos; para alegría y fiesta del periodismo cutre, como la Patria de moda.

Así procedieron.

Excepto que el corro no sólo no había desaparecido, sino que, por el contrario, había engrosado.

—Maldita sea —masculló Efrén.

El tiempo corría mecánica y letalmente dentro de la bolsa. Se pegaron a la misma cola cuyos pacientes ciudadanos quemaban adrenalina rajando en balde. En cabeza, un campesino de piel ennegrecida por el sol y el rostro surcado por las arrugas de la intemperie y la penuria de la tierra, solicitaba con humildad que le explicaran el porqué de una sanción económica por no haber pagado el segundo plazo de Ingresos por Actividades Agrarias, cuando la cosecha se le había helado, después la sequía y apenas si tenía para sustentar a su familia. El tipo parapetado detrás del cristal se encogía de hombros. La palabra no es ningún arma cuando el clamor de los violentados por el Sistema no pasa de ser un vano y banal vocerío. Por eso ellos estaban allí, aguardando con una sencilla pero acojonante caja archivadora repleta de cloratita a que se largaran aquellos funcionarios perezosos, calaña añorante de tiempos dictatoriales.

¡Diez minutos!

—¿Qué hacemos? —se impacientó ella con un agrio vistazo al corro jaranero—. No podemos perder más tiempo —avisó angustiada.

Efrén batió la disposición en torno en busca de otro emplazamiento. No lo había. Y simular que lo dejaban olvidado sería demasiado arriesgado.

—Espera. —Efrén se alejó con aire decidido, llevando consigo la bolsa.

Se internó por entre el dédalo de paneles en el que se repartían féminas desertoras y cotorreantes, despachos vacíos, tipos absortos en concupiscente hojeo… Torció a uno de los cuadrados desocupados con talante expedito y confiado, tomó asiento un instante… Y hacia una estantería abigarrada de carpetas se inclinó a rellenar un hueco.

Permaneció unos segundos clavado en mitad del despacho, supervisor de su temeridad y del celo profesional de aquellos empleados…

Perfecto y nulo, respectivamente. *Humo*.

Ella, al verlo aparecer con las manos libres, exhaló un suspiro audible; el flequillo se le alzó desigual. Le gustó y se llegó a darle un piquito.

—Listo.

Nublados por volutas de humo espeso, con el olor inconfundible al hachís, la cuadrilla de funcionarios se carcajeaba sin duda sobre cosas más divertidas que las que exponía el atezado campesino venido desde algún lugar de la Mancha, de cuyo lugar no conocía el empleado que le atendía y al parecer le importaba un güevo si sus misérrimas condiciones de vida campesina le permitían ingresos o desgracias. El segundo plazo había expirado y si los de su Delegación de Hacienda le habían mandado hasta allí, él simplemente no haría nada.

—El siguiente —le calló el burócrata, harto ya de la monserga del paleto.

Tentado estuvo Efrén de ir a recobrar el artefacto y darle aquel pollo

carpetazo bomba y así moderar tamaña prepotencia consentida.

Pero no habría salido bien. Cuando la diferencia de fuerzas es tan abrumadora sólo una fría alevosía puede librarle a uno de la caída.

Bajaron por separado; la una por el ascensor, el otro por las escaleras. Efrén reparó en los afligidos semblantes de los dos guardias y el sargento. Se apiadó de su desamparo, los olvidó y salió a la luz del día. Anabel tras él. Al otro lado de la calle, Dioni les esperaba en una cabina.

Dados de la mano cruzaron agitados y triunfalistas a dar novedades al jefe del CC.

—¿Todo bien?

—Todo entero y a base de bien —se expresó Efrén.

Dioni levantó el auricular, marcó. Recitó:

—ESCÚCHEME CON ATENCIÓN: SOMOS DEL FRAF. HAY UNA BOMBA EN LA CUARTA PLANTA Y VA A EXPLOTAR DENTRO DE CINCO MINUTOS.

Y colgó. El comando formateó sonrisas de temor y expectación. Efrén rememoró su bautismo de fuego. Qué lejos. Acababa de sentenciarse. Se puede asaltar a dos vigilantes, atracar una gasolinera o incluso volar una oficina gubernamental, y la posibilidad de abjurar cuasi impunemente hubiera estado con él. Pero el hondo grado de compromiso alcanzado al colar una bomba en un Ministerio, en apariencia inexpugnable, en nombre de una organización armada, le minaba el camino de vuelta.

Mirando las expresiones de nerviosa alegría con que sus camaradas se consultaban si quedarse a ver el espectáculo, experimentó la vertiginosa sensación de que daba un paso, no del precipicio, sino al vórtice del huracán: una vorágine de fanatismo y violencia que tal vez no le deje ponderar con suficiente lucidez en el futuro.

Ni siquiera inhibirse sería posible.

Se interrumpió en la rumia, asaltado por un repentino mosqueo.

—Oye, Dioni… Has dicho que explotará una bomba. Pero son dos.

—Lo sé —respondió el otro, sin inmutarse.

—¡Cómo que lo sabes!

El edificio amenazado vertía gente a las aceras. Llegaban coches del Cuerpo Nacional de Policía y se sumaban otros de la Guardia Civil y de la Policía Municipal.

—Será una acción redonda —se retorcía las secas manos Dioni—. Cuando los artificieros estén en plena faena, entre los escombros —prosiguió con malevo regocijo—, la bomba de los lavabos estallará. Con un

poco de suerte, a alguno nos llevamos. Por eso no he dicho nada. Ji, ji.

Lo soltó como si aquellas palabras fueran papelillos al aire para animar la fiesta, una fiesta de sangre y muerte. Como si Salva-Efrén no tuviera nada que ver con los hombres que iban a jugarse el pellejo. Ese no era el trato. Eso no lo permitiría.

—¡Y una mierda!

Dioni arqueó la espalda en un gesto de sorpresa. ¿No era él quien mandaba y el otro el que debía obedecer?

Aturdido, primero balbuceó; y en seguida se arrancó esgrimiendo sentencias cuyo acento y exactitud poco divergirían de las que la Cúpula le cursaba.

—Esto son órdenes que se obedecen, y punto.

Otro.

Otro queriendo someterle. Vaya con el estribillo de los aprendices de caudillejos.

—¡Qué coño dices! *Habla como si fuera mi…* —se mordió la lengua.

Agorando las intenciones de sus camaradas, agregó, conteniéndose:

—Vuelve a llamar, y avisa de que un segundo artefacto explosionará en 15 minutos. *Hazlo*.

Dioni trató de defenderse buscando la mirada de Anabel. Pero ésta asistía fascinada o taimada —divina en todo caso— al arribo de ambulancias, coches de bomberos y más y más vehículos policiales. Pasaba una furgoneta con un anagrama televisivo en los laterales.

Se acordó de las exigencias de Pablo.

Trincó al estúpido enjuto por el gaznate y de un zarpazo lo embutió en la cabina. El artilugio entero tembló.

—Marca y di todo lo que hay, gilipollas.

¡Cómo odiaba a aquel fantoche! El problema de las revoluciones actuales es que son dirigidas por psicópatas camuflados o arribistas depravados. Y los *patas* como Dioni son la correa de sus desvaríos truculentos.

—¿Qué pasa con este, Anabel? —farfulló el jefe del CC, buscándose el paquete de tabaco a manotazos.

Patas que no son más que feroces badulaques…

¿Qué clase de protuberancias eran aquellas que le asomaban por la manga subida?

—¿Les quieren robar, oiga? —se les acercó un abuelo apoyado en un bastón.

Anabel negó con un movimiento estupefacto de la cabeza. Se oyó un

ruido como de trueno y añicos. El nonagenario enfiló hacia la batahola; del edificio salía gente en desbandada. Tipos con cámaras al hombro filmaban con la trepidancia de reporteros de guerra.

—Yo lo haré. Déjalo salir —pidió a Efrén.

La gente se arremolinaba en las aceras, rodeados de cámaras, ebrios de gloria. La tele. ¡Me he visto por la tele! ¡Soy famoso!

—HABLO EN NOMBRE DEL FRAF. EN LOS LAVABOS DE LA MISMA PLANTA DONDE ACABA DE HACER EXPLOSIÓN UNA BOMBA, EXISTE OTRA QUE EXPLOTARÁ EN POCOS MINUTOS. VIVA LA RESISTENCIA OBRERA. VIVA EL FRENTE REVOLUCIONARIO ANTIFASCISTA.

—Me has mentido. ¿Por qué?

Ella no respondió.

2

El ambiente talmente que el del año anterior: un esperpéntico escenario en el que parecía que nunca se hubiera bajado el telón.

En la conmemoración histórico-política todo idéntico.

Era como si los asistentes se hubieran retirado y al poco reaparecieran maqueados y descansados: damas de espalda redonda y arrugas en los codos contenían risas desternillantes para luego, audaces y arrebatadas, despendolarse en los bailes de sevillanas y los himnos militares; ellos —adustos, cínicos, santurrones— en corros conciliábulos para luego desfogarse en palmas, vítores y vómitos. O mofarse a costa de ilusos. Como él, entonces.

Y al frente de todos ellos —cómo no— vuecencia, alardeando de su intocabilidad elitista, para deleite y fantasía de sus correligionarios.

La repetición litúrgica escarnecía su lucha.

Bien, él no era ninguna cagarruta: aquellos todos sí que eran unos mierdas.

La insufrible vergüenza que padeció un año atrás viendo su uniforme mancillado y ultrajado delante de las altas jerarquías de la Institución, se le reprodujo con igual rabia y dolor. Se preguntó qué diversión montarían este año, si introducirían innovaciones, ya que actores, público y decorado venían a ser los mismos: el gordo de la chapela roja y sus grotescas reverencias; el general —de paisano total—, grande y porcuno, con los faldones de la camisa por fuera y en la mano un muy probable Johnnie Walker seco, fanfarroneando acerca de «políticos progresistas a quienes se

las meto dobladas»; el coronel Benito, departiendo ampuloso y beatón con los Berchina; Urbano Arteaga, paseando su pedantería y sus ralos pelos engominados de parte a parte de la calva como una plasta seca y que no se movería ni uno solo por el viento o por cualquier violento empellón…

¿Ni siquiera por un disparo del 38 a bocajarro?

Experimentó un instante de sorpresa por la no sorpresa de ese pensamiento y siguió ambulando con paso tranquilo —tranquilo porque el gazmoño festejo aún no había degenerado.

Examinando aquellos rostros, infería que los buenos y malos de hoy en día no son como los de las películas Disney: los malos, caras angulosas; los buenos, caras curvilíneas. Ahí estaban los Urbano, Parra, el general Llopera: modernos hampones enmascarados tras sus facciones redondeadas y bobaliconas.

Y epatando a la carcunda —exuberante, procaz, desenvuelta y estuosa —, Marisa.

—Cuánto tiempo, Salvi —le llegó ondulando unos labios exageradamente aumentados.

Tras corresponder a sus besos gomosos y descocados —estampados en las precisas comisuras de la boca—, contestó:

—Bueno, he estado un poco ocupado estos últimos meses —reconoció más allá de lo que la otra fuera capaz de suponer—. Pero nunca es tarde si la dicha es buena.

—Sí: la dicha, o la *picha* —se le acercó a risotearle al oído.

El personal se congregaba en grupos afines. Unos arreglando el país, otros rajando de lo mal que iba la juventud, y otros —como la banda de cuatreros, sin duda— puliendo planes con la cocaína, concretando el zulo…

(No se percibían obras delatoras en ese sentido.)

—¿Me dejarás tu escopeta este año?

Oiga número, deme su escopeta…

—Es un cetme… Bueno, da igual. No, no puedo.

—Oye, ¿y esa gorra?

—Es por la clase de servicio. Este año no soy yo el que acompaña al brigada.

—¡Ay, no me digas eso! —protestó Marisa—. Ahora que tengo el cuarto preparado y la llave a buen recaudo. Seguro que podrás escaquearte —aventuró en tono sicalíptico.

—Me temo que no. Pero tengo un compañero que no te defraudará. Le llaman el «Lametones».

—¿Lametones?

—Sí, es porque presume de tener una lengua que sirve para pegar carteles de toro.

—Tonterías y tonterías —desestimó, obcecada—. Anda, Salvi —le suplicó, saboreándose la uña del pulgar con la punta de la lengua—. Fue tan guay… con el chorrito de la meona de fondo, los caballos, la musiquilla del aparador. ¿O es que ya no te acuerdas…?

—No lo olvidaré jamás. Te lo aseguro. ¡Velasco!

—No, porfaaa… —gimió Marisa, como si una desgracia fuera a ocurrirla.

Al verlo acercarse, la hija del peligroso delincuente llamado Moisés Torcaces dijo que parecía un «horte», y apeló a los viejos tiempos. *Los viejos tiempos*: anécdotas de mil años atrás. Ahora por otros corredores y otros fuegos. Por rutas antípodas a las de toda aquella gente en derredor.

Eso no podía ser malo.

—¡Vaya, y luego dicen que los monumentos no andan! —piropeó Velasco tras las presentaciones de rigor.

Marisa sonrió a la defensiva. A Velasco se le rajó el rostro por debajo de la nariz. Ciertas posibilidades saltaban a la vista. Las pupilas de Marisa no tardaron en bailotear: quizá aquel tipo le rindiera un fogoso homenaje en día tan señalado. Y tenía tricornio. Salva los dejó llevándose de ella un beso bezudo y de Velasco una entusiástica palmadita en el hombro.

Unos minutos después los vio camino de las cuadras. Y de pronto se estremeció de asco: la espalda de Marisa era esférica y gomosa, y él había sobado aquellas carnes en las que los dedos de Velasco se hundían como en un cuero de vino.

Contuvo una arcada y se fue en busca de Félix.

El orondo guardia primero vuelto a la vida, de milagro íntegro de aquella cacicada de frío y vejación; y él creyendo que es feliz con sus chascarrillos, y sin embargo enfermo de una congelación moral sin rasgos, estrujado por el intransigente arbitrio militar, percibiendo las vueltas de tuerca en sus muchos trienios como gajes del oficio.

Él y sus chistes que relataba delante de un nutrido conjunto de carcas risueños. En apariencia tan educados; en realidad tan execrables.

—Como despedida, voy a contarles uno que dice que es un tío que va a un velatorio, se acerca a la viuda y le dice: «Señora, fue a mí a quien su marido dirigió sus últimas palabras». La mujer, mosqueada, piensa: ¿le dejaría dinero a este adefesio? «Su marido me dijo: ‘No muevas el andamio que nos matamos’».

El corrillo no supo captar la gracia al primer golpe. Algunos rieron por

cortesía, otros sonrieron y el comandante tercer jefe de la Comandancia —el que se disgustó por estropear los neumáticos recauchutados más que por el hombre y a punto estuvo de emplumarlo— tomó el relevo. Vestía una camiseta de la pantera rosa y un pantalón de chándal entre los cuales asomaba una panza blandengue, tapizada de pelo cano y ensortijado. Dijo que iba a contar un chiste al que calificó de «la rehostia». Pero no había hecho más que empezar cuando unos pocos se echaron a reír y luego la mayoría, entre comentarios autoexplicativos por el del guardia primero.

Por fin lo habían cogido. El guardia Félix, en retirada, se lo agradeció. El comandante torció la boca en señal de resignado elogio. Salva felicitó a Félix con el signo de la victoria y éste le correspondió palmoteándose la barriga. No había cambiado. No había aprendido nada. Quien cae no sale.

Dejaron el fasto —que tenía más de grotesca velada que de conjura trascendental— y reanudaron la protección de los exteriores en coche: dada la importancia del servicio, se les había asignado combustible por ese día.

No habían hecho más que salir, cuando el coronel Benito les requirió por el transceptor —a tal efecto asignado—, para que se dirigieran al bar de Moisés júnior a recoger ciertos abastos.

Félix dio el enterado por la emisora.

—¡Cómo nos vamos a poner de cerveza! Bueno, tú, de zumos; si es que hay. ¡Ja, ja!

El guardia primero se relamió y subió de velocidad. Y él en punto muerto.

El aforado desafuero de vuecencia y su banda cuatreril demandaban una clase de castigo superior. Nada de nimiedades infructíferas y lastimosas. Les ha dado un susto y poco más. La banda se sabe poderosa, cuasi inmune al abrigo del Gran Jefe Monipodio. Pero se han conducido con creciente negligencia, que él ha aprovechado —pobremente— para castigarles, y aunque ya su envalentonada impunidad no es sino añoranza, continúan indemnes. Siguen en pie. Y ahora las maniobras del general son otras. Maniobras fuera de su radio de acción. Eso es exasperante y desalentador. Pero no tanto como para deponer las armas ni la lucha. Los demás no se fían, en especial Moisés.

Algo es algo. Divide y vencerás.

Es el momento. Su furia noctívaga está dando algunos resultados. A Llopera tales incidentes o no los cree o le traen sin cuidado. Tiene otros intereses y les urge a que participen ahora como tapadera. Les ha reportado ingentes beneficios. Pero comparado con la nueva veta, aquéllos son minucias. Y la mayoría de la banda, sabedores de su poderío, lo azuzan para que ahonde y los transporte a través del huracán de la democracia,

que tan venturosamente para algunos empieza a quedarse en un trampantojo lleno de ornato y huero.

En una plutocracia, recordó dando, una vez más, la razón al brigada.

Sólo que él no va a quedarse de brazos cruzados.

¿Qué hacer?

Me falta valor.

No: el sentido de la piedad me ha neutralizado.

Casi consideraba suya toda la culpa de que un chico de diecinueve años hubiera perdido el futuro, obligado a tantear el resto de su vida en la noche eterna con dedos de menos que a veces le picarán y rascará el aire en algún punto cercano al muñón y con el paso de los años olvidará colores y hasta la forma de la risa, de la misma manera que la cúpula donde un día creyó que trabajaba con lo que se aparentaba se había olvidado del honor y entregado a solapadas y licenciosas ambiciones.

Se imaginó disparando contra aquel indeseable que era su superior: sin remordimientos.

Seguro que él no sintió nada humano cuando leyó el telefonema que le daba cuenta (por triplicado) de la tragedia, y Salva se preguntó qué haría la viuda Desideria Velarde si lo tuviera delante, sabiendo que por su culpa su hijo no vería la vida y que hasta el recuerdo de los amaneceres entre libros se le olvidaría.

No sería de extrañar que le perdonara. Los pobres de espíritu son así. Y eso que la señora Velarde no es un ser de espíritu indigente. Ha sobrevivido —y parece que volverá a hacerlo— con fuerzas metafísicas tomadas de la desesperación. Sólo así podría entenderse que no haya perecido al suplicio de convivir entre gentes y medios que de cuando en cuando loan el fosco resplandor que protege la vida rural de la Patria.

El aire transportaba notas:

Por ti cultivan la tierra

la Patria goza de calma

Por tu conducta en la guerra

brilla airoso tu pendón

Tenía que saldar la batalla. Aunque la guerra la tuviera perdida de antemano.

Desde la sombra es uno contra todos. La diferencia numérica no será impedimento para purgarlos, uno por uno. Escalonada e inexorablemente.

Imprescindible el comando Centro.

Moisés júnior, la mejilla izquierda marcada por un chirlo con forma de galaxia barrada, firma y recuerdo de su cañoneo y punterazo, les esperaba en el quicio del bareto.

—Ihé, Ihé, qué pedazo de pernil. ¡La hostia!

Para la próxima, muertos. Si el Comité los quería, los tendría.

Pero sería él quien eligiera.

Y acababa de elegir a uno de la Pandilla.

3

Se confundía el día con la noche, cuando Dioni, en cuclillas, recostado en su kiosco, que acababa de cerrar, se confesaba con cara de bruja patética.

—Necesito esa mierda. Es para no morirme.

Tenía la frente empapada de transpiración, de una lluvia espesa y diminuta. La del mono. Se arremangó para mostrar su culpabilidad.

Frente a él, de pie, Efrén y Anabel lo observaban, uno con aborrecimiento, la otra consternada.

—Tú eres la mierda —le recriminó el primero.

—Por favor… —rogó ella.

—Necesito la puta heroína como el aire —reveló o imploró el otro.

A lo largo de la senda venosa, desde la muñeca hasta el bíceps, le cabalgaban en tropel una sarta de hinchazones, unos sebosos y como transparentes, otros puntiagudos y mates como puntas de bala de fusil: todos lívidos.

Se los acariciaba compungido y sin distinción mientras seguía desembuchando:

—Ana sabe lo que me pasa. Ana me ayuda. Ella sabe que lo he intentado; que lo intento cada día… Pero es superior a mis fuerzas.

—Debería estar en un centro de toxicómanos —dictaminó Efrén.

—Ya ha estado dos veces —respondió ella. Y agachándose para ponerse a la altura del enclenque—: Nosotros te ayudaremos.

—*¿Nosotros…?* —no pudo evitar repetir Efrén, un puntazo sarcástico.

Anabel continuó alentándole.

—Pero está en tus manos, Dioni. Tienes que salir de esta cárcel que te está consumiendo. No permitas que el afán revolucionario que hay en ti se extinga —Efrén escupió una risita—. Lucha. Si luchas, puedes perder; si no

luchas, estás perdido. Debes hacerlo, en todos los frentes. Y este es el más importante para tu salvación.

Dioni asentía con la cabeza gacha, mentón y nariz más afilados que nunca.

—Tienes que volver a ingresarte. Lo harás, ¿verdad?

Y Dioni aviniéndose como un párvulo avergonzado.

—No puedo vivir sin el *caballo* —gimió—. Quiero ser un combatiente, Ana —alzó la cara, lacrimoso, atormentado—. Tú lo sabes. Es lo más importante para mí; pero la heroína no me deja. Ahora mismo siento que la necesito.

Ambos se pusieron en pie.

—Sólo esta noche —suplicó—. Estoy muy mal. Voy a morirme. Mañana. *Mañana*, ¿vale?

No resistía la llamada. Se le veía torturado por algo indescriptible y poderoso. Sin remisión. Se bajó la manga delatora y, despidiéndose a la francesa, se marchó.

En alguna parte, un camello cada día más rico conseguía de él lo que el Sistema tan en vano pretendía: aniquilarlo psicosomáticamente.

—Nunca creí que llegaría a verle en este estado —se lamentaba ella, viéndolo alejarse presuroso y raquítico—. Pensaba que la aguja no le destrozaría con tanta rapidez.

—¿Desde cuándo está así? —quiso saber Efrén, sin pasión.

Se arrancaron a pasear.

—Con exactitud no lo sé. Lo grave empezó al poco de que tú y yo nos conociéramos. Hasta entonces, le daba al hachís y cosas así. Me enteré de que se pinchaba y le convencí para que se sometiera a rehabilitación. Aguantó dos semanas. Me dijo que se sentía con fuerzas suficientes como para no recaer, y yo le creí. Un día que encontré el kiosco cerrado me interesé por él. No paraba por su casa, sino en un hospital atacado de hipotermia y escalofríos. Le operaron de cirrosis y a la salida le obligué a que se ingresara en la Granja de desintoxicación. Duró un mes, hasta que Pablo le requirió. Se olvidó de la rehabilitación y, según me aseguraba, también de la aguja. Es evidente que mentía.

—Pensaba que los activistas convencidos eran más listos. ¡Jodo con el camarada!

—No toda la culpa es suya. Él es una consecuencia de esa lacra, contra la que también luchamos. Muchos de nuestros enemigos se sustentan sobre el diabólico negocio de la droga.

«La mercancía es cosa segura en nuestras manos. Millones. Cientos…»

Palabras que recuerdan otras palabras. La perfecta convergencia de

intereses que debía explotar. Ella y él contra la Bestia, apostando a muerte.

Nada contra todo.

—¿Qué hora es? —giró ella.

—¿Qué?

—La hora. Recuerda que debemos reivindicar una vez más la acción de la semana pasada.

—Ah, sí…

Se detuvieron en una cabina. Efrén descolgó y en el pitido de fondo creyó oír la voz de su conciencia: *eres un soldado de la resistencia, en la encrucijada de los perdedores, de los sueños acabados y trasnochados de activistas en la clandestinidad más cerca de las miserias humanas que de la leyenda de los fuera de la Ley*.

Encerró el auricular en el hueco de sus manos, no se aclaró la voz y, modulando en espurio, expresó a la voz femenina que decía «Radio Nacional de España»:

—NOSOTROS, LA ORGANIZACIÓN FRAF, REIVINDICAMOS LOS ATENTADOS CON BOMBA EN EL MINISTERIO DE ECONOMÍA Y HACIENDA.

—Di que la lucha continuará —susurró ella.

—LA LUCHA CONTINUARÁ.

XLV. PARADA DE DINOSAURIOS

1

«LOS FRAF REIVINDICAN EL ATENTADO CONTRA LA DELEGACIÓN DEL GOBIERNO». Otra primera página en todos los periódicos.

Fue realmente fácil, excepto la escapada, que uno siempre tiene obstáculos mil: se arrimó la bolsa con la carga y a los diez minutos el temporizador cerró el circuito y ¡BUM! No fue nada ostentoso, pero transcurridas 48 horas la noticia aún aleteaba por los informativos para exaltación y orgullo del comando Centro. Había salido bien, aunque a efectos propagandísticos no tanto como la terna de artefactos secuenciados que dos semanas antes habían explosionado en la estación de trenes.

En aquella acción hubo cinco heridos leves y daños mínimos. Pero la alarma social cundió hasta un punto crítico: el gobierno se vio acosado y acusado de incompetencia para dirigir la nación. Las fotos publicadas, de enfoque mórbido, infieles y exageradas, acompañadas por artículos o transmisiones «desde el mismísimo lugar de la noticia», desataron una ola de terror que aumentó ventas y cuotas de audiencia y el Sistema volvió a felicitarse de que las cosas estuvieran como estaban y no de otra manera.

Cuando dos bandos opuestos ganan, alguien previamente obnubilado está pagando.

Efrén ya no se molestaba en ir a ver los destrozos. Un síntoma de veteranía al tótem de la revolución.

Acciones de pura difusión: que las siglas FRAF no estaban extinguidas.

Y los mejores golpes provenían del comando Centro. La doble explosión dentro del Ministerio, un mes atrás, seguía siendo la estrella de sus acciones. Un éxito de propaganda insuperable. Durante varios días el edificio exhibió a transeúntes y curiosos un hueco a la altura de la cuarta planta por donde nunca dejaron de salir abstrusos impresos en los cuales las mismas casillas sirven para la exacción o la franquicia tributaria, según se sea potentado o camarada del partido gobernante. Radio y televisión lo retransmitieron casi en directo; al menos la resonancia de la segunda explosión, y todas las cadenas repitieron las insulsas imágenes durante varios días, tratando de empapar y convencer al vulgacho, no de la noticia en sí: sino de que sintonizaban la cadena que más y mejor impudicia transmitía. En los medios de comunicación cada atentado se empalmaba con otro del CC y se hablaba de «ola de atentados» y de «ofensiva terrorista», y así Dioni que, tras recibir las felicitaciones de la Cúpula, no

cabía en sí de gozo ni dejaba a su vez de alabar a Efrén.

En efecto, eran grandes éxitos. Sobre todo si se comparaba con el desastre que el otro comando operativo, el Norte, había cosechado con la pretendida voladura de un gasoducto. Un incendio que la empresa solventó en una hora y los telediarios despacharon de pasada, sin enviados especiales a la zona y comparecencia pública sólo la del Subdelegado del Gobierno. Nada comparado con la rueda de prensa del ministro del Interior para explicar los demoledores paseos del CC. Y es que una campaña de atentados no estará completa si de ella se ocupan personalidades de segunda fila.

De esta manera, los anónimos y legales comando Centro sostenían las siglas revolucionarias en el candelero de la actualidad y la consigna de aparecer todas las semanas era la clave de la estrategia a la espera de afinar una más concreta y contundente.

Despertar a la masa narcotizada es una tarea inmensa, casi condenada al fracaso. No existe la ideología. Ni siquiera la humanista. La ambición social es hedonismo neto. La gente ha perdido el orgullo y el sentido de la dignidad. El rebaño no medita, no razona. No se entera. Tan sólo importa tener más que el vecino o vivir según la tele. Así es como las sociedades financieras, a través de tertulianos y líderes políticos tan vocingleros como vacuos, dirigen el rebaño popular en función de sus implacables intereses. Con este panorama se corre el riesgo de convertir un golpe audaz de guerrilla urbana en un indecoroso espectáculo de telebasura. Son tiempos en que la plebe desfila desquiciada y baladí, arrinconando lo esencial y así resisten los guardianes de lo caduco y medran los oportunistas y los farsantes.

Él sostiene una contienda particular, colofón de un profundo análisis de sí mismo y del entorno vejador. Anhela ver las secuelas de esa empecinada contienda; aunque sea en la telebasura. Será propaganda. Es eficacia.

Una eficacia que no radicaba en la táctica del Comité Central, ni tampoco en los esmerados *petardos* ideados por su novia; sino en algo elemental y comercial: los detonadores obtenidos de enemigos inmunizados por un general benemérito. Con una doble vida. Como él.

Hacía calor. Se recolocó el tricornio… Se lo quitó. El servicio de Puertas transcurría tranquilo, inacabable. No transitaban personas ni coches por la Mural. Las vetustas casas de paredes enjalbegadas destacaban esplendorosas y mudas. El exceso de sol sofocaba toda actividad en la hora de la siesta; si bien le llegaba un murmullo de algarabía procedente de la explanada del Bordaluna: a esas horas había anunciado en aquel punto una novillada.

Sin movimiento, sin sonidos: sin alertas… Lo que le permitía repasar

detalles de la próxima operación guerrillera: atraco con cargas explosivas.

Curiosa manera de considerar el servicio.

Apareció *Bastet* por el pasillo y eso le confortó, y le intrigó: caminaba con lentitud absorta, el morro chato cuadrando hacia lo alto. Perseguía a una salamanquesa que por el techo del pasillo se paseaba o venía de zamparse algún que otro mosquito. Estaba quieta, y Salva se quedó como el felino. Al cabo de cinco minutos, el pequeño dinosaurio se cansó de ser la atracción; puso en moción las ventosas de sus cinco dedos y, con liviandad pasmosa, bajó por la pared, rodeó la leyenda SI VIS PACEM PARA BELLUM y de lado prosiguió hasta alcanzar el soleado umbral.

Animal y hombre la siguieron.

Pero el reptil no quería nada con aquellos embobados espectadores y, trepando como si resbalara, pasó por debajo del arco TODO POR LA PATRIA y se perdió por la blanca fachada del edificio hacia el sol.

Éste pegaba fuerte, demoledor.

Aún aguardaron ambos seres un buen rato antes de retirarse, con los cuellos arqueados, la gata con las pupilas convertidas en dos rayas verticales en medio de dos redondeles de color cuero y él con los párpados tiritando entreabiertos. Desanimados, tornaron adentro.

Bastet fue a enroscarse a un rincón del cuarto de Puertas.

Cómo le había aliviado aquel nimio incidente. *Bastet* se estiraba dentro de su pelilargo traje gris marengo y aquella visión seguía siendo muy gratificante. Su presencia lo relajaba poderosamente.

Doble vida.

Bombas para atracar.

Pulcros detonadores.

Ruido y derrumbe.

Sí: eficacia. Qué güevos, colega; *si sales*…

No podía evitarlo.

Con el propósito de dejar de rumiar sin cesar, de dar con algo que de nuevo lo distrajera y para así mitigar el aburrimiento y el calor, se llegó a la ventana. Una brisa más imaginaria que otra cosa sintió que lo refrescaba. La tarde discurría suspendida. Intransitable. En diez minutos de abstraída vigilancia bajó un niño en bici con cara de velocidad y cinco minutos después subía un coche de morro picudo. Le sonaba esa máquina. Le vio la matrícula al vuelo y recordó su numeración y sus letras. La primera porque coincidía con su número de Academia, y las segundas porque se repetían con las de la provincia. Para distraerse, pidió datos a la Central y se dispuso a esperar, dejándose caer en el asiento. Precisamente porque no era una petición urgente, le llegaron en seguida: el titular se

llamaba Filemón, como el compadre de Mortadelo. El tal Filemón tenía antecedentes penales por falsificación de obras de arte. Nada significativo. *Bastet* sacudió una oreja, sólo una, el resto del cuerpo descansaba en una relajación que transmitía paz y sosiego universal…

Sosiego universal. Imposible mientras unos tengan tanto a costa de otros tan poco. Por eso la nueva acción. Revólver y pentrita. Pujanza revolucionaria. Contra un banco: dinero en cantidades considerables. Y riesgo más o menos parecido al de la gasolinera, de cuyas ganancias, tras la expropiación del Comité, nada quedaba ya; al contrario, para las últimas acciones habían tenido que apronta a medias.

Parecía mentira que ser revolucionario fuera tan caro.

Bastet sacudió de nuevo la oreja. La sacudió como para despojarse de alguna estridencia sólo sensible a su oído felino. La mantuvo tensa, bastante más tiempo que la vez anterior.

El propio Comité no se dedicaba a otra cosa que no fuera la desesperada recaudación. Moverse en la clandestinidad, escasos de apoyos sociales y con abogados reclamando fuertes sumas por ahondar en argucias legales a fin de excarcelar a viejos activistas, hacía que la factura se disparase hasta límites, no ya excesivos, sino que virtualmente era el único objetivo que perseguían.

De ahí que instigaran a Dioni a perpetrar acciones que supusieran la obtención de fondos, a la par que éste debía perseverar en la resuelta beligerancia del comando Centro, que él «tan revolucionariamente» dirigía. Soflamas que encendían a Dioni hasta el delirio. Un delirio que podría quemarlos a todos, pero que a sus dirigentes les da igual, inmersos como están en su propia fantasía de poder y dominación, una especie de droga que deja el *caballo* al nivel de la nicotina.

En la dinámica del trío bramaba una clamorosa urgencia: dinero.

La dirección lo requería, el comando Centro nunca sería un digno comando revolucionario si no contaba con armas y pisos francos y él mismo no podría combatir con garantías de éxito a la reciclada banda de cuatreros ni al Gran Jefe Monipodio.

Dinero, como en todo y para todo.

Bastet levantó la cabeza, el ñato morro esta vez dirigido a la soleada entrada.

¿Volvía la salamanquesa a hacerles una visita? Salva repasó el entorno y no la descubrió. Ni salamanquesa, ni mariposa, ni perro desconocido (*Rufo* no la alteraba lo más mínimo). No se veía ni se escuchaba nada… De súbito, el felino se alzó sobre las cuatro patas, el lomo rasero, la peluda cola pegada al suelo, las orejas tirantes hacia el resplandeciente exterior…

Se había puesto en guardia. Joder, qué mosqueo más tonto.

Y salió disparada. Derrapó un tanto al torcer al pasillo y sin mayores problemas enfiló sus largos bigotes hacia el interior del acuartelamiento.

Salva se levantó con desgana, cogió el sombrero por un ala y salió hasta el quicio de la puerta, sin llegar a descender al rellano.

En la siesta luminosa nada se movía.

Animales esotéricos estos. ¿Qué coño le habrá pasado? Caía el sol entero y a base de bien. Jodido Monti. A ver si de una vez le va bien con la dichosa novia. Mujeres. Hacía semanas que la canción sin nombre no estremecía el pabellón.

De la trasera del cuartel venía una estridencia monótona de chicharras. El pueblo entero parecía haberse concentrado en la charlotada. Por lo demás: absoluto silencio.

Ya se volvía, cuando creyó percibir como un rumor.

Aguzó oídos.

Un frufrú basto rozaba, fantasmagórico… ¿en la rampa?

Descendió los dos escalones con sigilo, cruzó el rellano con más curiosidad que alarma y, cual *Bastet* en aproximación de ataque, se llegó a la barandilla.

Lo que descubrió lo dejó pasmado, congelado, aunque le rondaran cuarenta grados.

No acertaba a moverse.

No quería.

Bajo la puntera de sus zapatos se arrastraba, en efecto, un perro. Un perro no del todo extraño, que, encorvado, se recogía los picos de la gabardina militar para no pisarse.

Estuvo por darse a reír. Con una risa violenta. Pero al punto una ira sofocante borró todas las demás impresiones. Qué increíble falta de dignidad y de profesionalidad. ¿Qué les enseñarán a estos aciagos lechuguinos? ¿Qué esperan alcanzar?

Ajeno a toda decencia o deontología, el teniente jefe de Línea, con el mentón hincado en el pecho, creyéndose oculto de la vista del centinela, avanzaba en cuclillas despaciosa y fatigosamente por la rampa, embebido en su pericia militar al socaire del desnivel con el rellano de la entrada, donde sin duda confiaba en sorprender al guardia de Puertas en actitud poco militar. Otro correctivo a su cuenta. Otro punto. Valor reconocido. Sólo a la tropa se le supone. ¡Oh, el *Chato*! ¡Ah, el generalato!

Un paisano que Salva conocía y con el que suele intercambiar amenas charlas bajaba por la Mural. Le dirigió una mirada de simpático asombro, al tiempo que ladeaba la cabeza hacia el alebrado objeto humano. Salva se encogió de hombros. El otro debió de intuir algo misterioso o rocambolesco

y se limitó a levantarle la mano. Salva hizo lo propio.

Cada persona atrae por secreto y particular instinto a otras de su misma laya. *Si yo congenio tan bien con gente como ese paisano, es que el rumbo de mi vida no está del todo desencaminado. ¿Con quién se juntará este andoba? ¿No se asa envuelto en esa intempestiva gabardina de invierno y de nazi?*

Imperturbable, sordo y obstinado, el oficial proseguía su afanosa maniobra.

Salva se plantó el tricornio, que se bajó hasta las cejas.

—¡A LA ORDEN, MI TENIENTE! —gritó con ferocidad—. ¡Sin novedad en el servicio de Puertas!

El oficial permaneció un instante paralizado —paralizado como un vulgar y novato ratero—. Se irguió con afectada gravedad, se estiró los faldones de la gabardina, las mangas, se sacudió los picos de la prenda que se había pisado en su desmañada artimaña, y volándose el sombrero de charol a la mollera, repuso:

—Ah, muy hábil de su parte. Le felicito, le felicito. Desempeña usted el servicio con la diligencia y observancia que exige el Reglamento. Ejem, ejem. ¿Se encuentra el comandante de Puesto en la Unidad?

—No. Está fuera. De gestiones.

—De gestiones. Ya, ya. Ejem, ¿Me permite el Libro del Servicio que lo firmo? —pidió jadeante y sudoroso.

Acabó de subir la rampa, bordeó la barandilla y esperó al guardia civil, clavado a la solanera.

Cuando Salva estuvo de vuelta, dijo:

—Qué calor hace, ¿no?

Salva no contestó. Se limitó a contemplarle el bochorno que le trasudaba en el acento y por el cuello de la camisa.

—Dígale al brigada que no olvide incluir esta supervisión en el listado mensual. Y hágale saber que dispone de estos vales para gasolina.

Devolvió el Libro firmado con los vales dentro y, componiendo un precipitado y unilateral saludo militar, bajó escaleras a la Mural; allí enarboló la mano. Llegó el coche oficial y se lo llevó.

No había sido una nueva visita de la benefactora salamanquesa —ni siquiera la de un can—, sino la de una dañina sabandija, igualmente antediluviana. Siniestramente antediluviana.

La consigna: coger la mayor cuantía y huir alígeros, sin rehenes.

Sueños que nacen de otros.

Tenía que darse una vuelta por el aeropuerto.

Pronto llegaría el día.

2

—¿Así que te gustaría hacerte tédax, y a ser posible destinado en este aeropuerto?

—Me gustaría mucho, sí.

—Bueno, la cosa no es fácil. Los técnicos en desactivación de explosivos aquí destinados son *caimanes*, ya sabes: tíos a los que nadie puede mover el culo. Y en lo relativo al trabajo, tampoco es lo que parece. Unos se dedican a pintar pisos, otros a vender perros amaestrados, cuidar jardines o a chapucear con coches. No hay profesionalidad. Todo esto no es más que artificio, y no precisamente del que ves a primera vista. *(«Trampa ante el ojo»)*

Salva captó la franca ironía del joven sargento jefe del GEDEX con una mirada exploratoria y penetrante sin afectación.

—Pero el servicio debe de ser muy técnico —dejó caer, porque la pesquisa era otra.

—¡Técnico!… Aquí no hay más «técnica» que la de recaderos para los capitostes de turno; como recogerles las maletas y cosas así. Lo demás es cuento. Fíjate: yo mismo ando en la cuerda floja por resistirme a ello. El miedo guarda la viña. Eso es lo único que nos libra de que en estas instalaciones no pase nada grave.

—¿Usan su Grupo de élite para retirar maletas?

—Entre otras cosas no menos detestables, sí.

—¿Y también se las tienen que llevar a casa?

—Si viven en los pabellones del acuartelamiento, desde luego. Otras veces el capitán llama a mis hombres y les hace retirarlas antes de que pasen por la cinta. Yo me opongo. Pero entre los de arriba y los de abajo me están haciendo una pinza, y creo que acabaré mal. Supongo que algo habrás oído…

—Su caso es muy comentado.

—¿Qué se escucha por ahí?

—Cuando las barbas de tu vecino veas pelar, pon las tuyas a remojar.

—Ya veo.

—¿Y qué cree que llevan dentro?

—¿El qué?

—Las maletas. Quizás sea material oficial procedente de países

suministradores.

—Eso es lo que nos comentaron al principio. Pero qué va. Es puro trapicheo para escaquearse de pasar la Aduana. Sé que es valija personal, aunque venga liada en cintas con el sello del Cuerpo. Las más sospechosas son unas procedentes de El Salvador, remitidas por el destacamento del Cuerpo que participa en labores de paz. A esas iba yo siempre con el capitán a recogerlas. Pero ya no lo hago, y como también rechazo que me distraigan hombres, aunque estén de retén, es por lo que estoy teniendo tantísimos problemas. Desconozco cuál puede ser su contenido: tabaco, güisqui, obras de arte de contrabando. Quién sabe. En la Jefatura tampoco las abren. Viene un conductor de la Zona y se las lleva. No sé lo que traen ni mi importa. Sólo sé que se trata de actividades extraoficiales que no pienso tolerar en mi Unidad.

—Parece que deberé seguir indagando si me conviene esta especialidad. Gracias, mi sargento.

—Sí, indaga, indaga. Espero haberte sido útil.

3

Por supuesto.

Un capitán que ya no sabía qué hacer. Ni amenazas ni coacciones daban resultado sobre aquel joven suboficial, jefe del Grupo Especial de Desactivación de Explosivos del aeropuerto —GEDEX—, cuyo reciente ascenso logrado por oposición lo había insuflado de una osadía hasta entonces desconocida: se negaba a cubrir otras demandas que no fueran las propias de la especialidad. Lo nunca ocurrido hasta la fecha por aquellos lares. El muchacho estaba loco. Una cosa así el decrépito oficial parecía no haberla visto ni oído en toda su larga y ya caduca carrera militar.

Procedente hace la tira de años de una tropa ignorante y analfabeta, aquel tipo había ido cabalgando sobre el escalafón sin más mérito que el ver, oír, callar y raudo cumplimiento. Ahora intentaba aplicar la misma receta de toda la vida: obedecer o al *Chato* —por Insubordinación grave—. Ni por esas.

Atónito y temblando, no le quedó otro remedio que participarlo al comandante segundo Jefe de la Unidad; de quien, por otra parte, había recibido la orden directa.

La bronca que vertió éste sobre el capitán chocho fue oída por todos los chupatintas estacionados en las oficinas en torno del gran despacho, lo que les llevó a trabajar ese mañana con una celeridad silenciosa y especialmente abyecta.

—¡Pues dale con el *Chato*! —se le oía bramar.

Que no fuera capaz de meter en vereda a un sargento chusquero le resultaba al comandante escandaloso, inaudito. Imperdonable. Juró y perjuró corrección inmediata y ejemplar, de la que quizá no se librara el inepto capitán.

En definitiva, más de la misma mierda de siempre.

Claro que seguiría indagando, y sonsacando, y urdiendo, y maquinando.

Entretanto, llegó el día.

4

Una sucursal en una avenida importante. Dentro un vigilante de seguridad, armado. Tras un vidrio blindado, dinero a montones. Dificultades constatables los días en que Efrén había acudido para actualizar su cartilla de ahorros. Asimismo, Anabel en diferentes horarios.

Dificultades constatables, y *superables*.

Por la acera baja una joven *punky* arrastrando un carrito de la compra y llevando en la espalda un morral vacío. Entra al banco y se pone a la cola detrás de un tipo en mono blanco y gorra con publicidad de pinturas, de la cual brota una lustrosa coleta rubia. Mucho más evidente es la peluca de la chica, de colores, pero esa es la moda, al igual que sus gafas oscuras a lo Lennon.

Ambos están irreconocibles. Ambos simulando que van a sacar pasta.

A sacar toda la posible sin enseñar papel alguno; armas parecidas a la del vigilante, sí.

Y en cuanto Efrén sopesa que la coyuntura es la idónea, emite una tos fuerte y salubre: Anabel saca del carro un cazo de acero inoxidable, conformado como carga hueca, con tiras bífidas de cinta adhesiva que ondean como pendones, y lo vuela hasta la puerta que da acceso a las cajeras, empero tan poco alborotadas al otro lado del blindaje transparente. Para entonces el vigilante tiene un cañón de revólver, igual al suyo, arrimado a la sien y es conminado por el pintor a que se quite el cinturón con el arma, debiendo hacerlo con una sola mano y la otra en alto. Anabel adosa el artefacto junto al pomo. El vigilante obedece con fabulosa prontitud. Efrén, sin dejar de apuntarle, agarra el cinto con el revólver; acto seguido le manda a él y a los clientes —tembleques al borde de la raya que dice AGUARDE SU TURNO— que vayan a tirarse al suelo del recoveco que tiene el propio local, el sitio donde un empleado tras una mesa suele atender al público cuando no es encañonado. Éste, con las manos en la

nuca, retrocede sobre las ruedas de la silla, ejecutando eses grotescas; se da cuenta de que no está haciendo lo que le piden y con un salto febril despega el culo y se pica de hinojos contra el enlosado; a continuación se inclina con los brazos estirados y queda talmente que los demás.

Anabel corre hacia el recoveco. A sus espaldas, pegada al parapeto de cristal, un ostentoso cartel avisa:

OFICINA PROTEGIDA – APERTURA RETARDADA EN TODAS LAS CAJAS. CONEXIÓN A POLICÍA Y DEMÁS MEDIDAS DE SEGURIDAD PREVISTAS EN LA LEGISLACIÓN VIGENTE

Las dos cajeras —ahora sí alborotadas como pavas— se han ocultado debajo del mostrador. Puesta a cubierto, Anabel barre de un vistazo el patio de operaciones; y con la boca abierta para compensar el estruendo que se avecina, activa un radiocontrol que gracias a las primicias de *El Nacional* ha conseguido culminar.

Las paredes, el suelo, la mesa, las sillas, las personas: todo tembló; tembló de extático júbilo para unos y de estático espanto para otros. El local se llenó de ruido ensordecedor, de papeles y fragmentos huracanados, de cristales hechos añicos en un vendaval de música estridente, humo acre …

Quietud chirriante.

La carga hueca ha perforado la puerta blindada, y donde antes se localizaba un pomo sin juego ahora hay un vano en forma de mordisco. Se abanica pesadamente sobre el acceso, como por hábito, pero sin validez: crick, crick, salmodia al compás del polvoriento vaivén.

Hay gritos contenidos, gemidos entrecortados. Un solo minuto.

Irrumpen en la neblina. Anabel franquea la puerta y apunta a las empleadas, sentadas en el suelo con la cara entre las manos. Las cajeras intercambian miradas de la boca de fuego a la del morral, éste tan abierto y anhelante como la de un pajarillo pidiendo de comer. Hay que llenar aquella buchaca. Lo comprenden y proceden a dúo. Anabel las supervisa para que arramplen sin engaños. Cuando finalizan la echada de billetes, una de ellas tartajea que no dispone de más y señala a modo de disculpa una puerta de acero con una pegatina:

CAJA CON SISTEMA DE APERTURA RETARDADA

Anabel titubea; Salva la apremia. La segunda parte de la operación —la ejecución— está concluida. Falta la tercera: la huida. Una huida que no acabará nunca. Salen a la calle, tan campantes dentro de sus concienzudos y livianos disfraces. Sin saber si tiene que ver con ellos, una sirena policial

surca la ciudad. Suben al pequeño inyección y Dioni los incorpora a la soleada circulación sin más urgencia que la que pueda tener alguien que vaya a echar un polvo furtivo de mediodía, difiriendo la estampida a la primera intentona de acoso. Pero todo va sobre ruedas.

En la explanada de un hipermercado se desprenden de los disfraces —Dioni, en una parodia de sí mismo, de *grunge* multicolor— y se separan; el conductor para quemar el coche, ellos con el trofeo a la calle Zigia.

Espera y angustia; bandera a cuadros. Alivio. Lujuria. 800.000.

XLVI. UN PASEO POR EL AEROPUERTO Y OTRO POR EL CAMPO

1

Con un poco de suerte, despachaba la valija del general y aún podría pasarse por la junta de Seguridad; más bien por una sala VIP donde se celebraba no sabía qué, pero a la que estaba invitado. Ojalá le diera tiempo. Finalmente, ni el capitán y ni él mismo habían logrado encarrilar al herético suboficial. Sí que era grave la cosa, sí.

¿Cómo es que no era posible hacer ver a ese sargento que debía transigir con ciertas prerrogativas que se gozaban a nivel de su jerarquía? Y ni siquiera de la suya exacta: en origen la orden provenía del general de la Zona. «¿Qué Unidad del aeropuerto es la apropiada para hacer una retirada de equipaje sin llamar la atención de los empleados civiles?». «El grupo de explosivos GEDEX». «Pues les encargas que retiren la maleta y la lleven a tu despacho. Ya mandaré a recogerla».

Tamaña insubordinación debía atajarla cuanto antes, porque de lo contrario se corría el riesgo de que surgieran imitadores entre el resto de los suboficiales, que nunca se sabe. Qué cosas, señor, a lo que se llega con tanto oír hablar de derechos y libertades. En fin, el pobre diablo se lo ha buscado: una pasada por el *Chato* y las aguas a su cauce. La corrección, sin embargo, debía fraguarla con cautela, con cierta insidia.

Había sopesado un par de imputaciones, que desestimó en seguida, ya que el expediente debería ajustarse a un hecho calificado como Grave o Muy Grave, de forma que en los previsibles recursos no fuera el recurrente a vincular la «Denegación de obediencia debida» con imposiciones susceptibles de calificarse extraoficiales o ajenas al servicio. Era duro. Era necesario. ¿Acaso había él inventado el Sistema?

Esa tarde ni siquiera tenía a Rodelgo para que lo hiciera en su lugar. El vuelo coincidía con la hora en que su hijo tenía clase de kárate y el sargento del Grupo de Información, como de costumbre, había tenido que llevarlo al gimnasio. ¡Tendría que ser él! La cosa tiene cojones. Pero por seguridad, por no encolerizar a vuecencia, porque lo que mal empieza mal acaba, había optado por cumplir personalmente con el mandado. Vivir para ver. Se lo cuentan y no se lo cree. ¡Un sargentucho tocándole los cojones!

Miró la pantalla del monitor. Oprimió la tecla número 2 de LLEGADAS INTERNACIONALES y comprobó que el vuelo, la matrícula y la hora que

tenía anotado en la cuartilla se correspondían con el que llegaba de El Salvador. Faltaban quince minutos. Luego, a retirar la maleta de la cinta de distribución y acarrearla hasta su oficina donde el chófer del general estaría esperando. El general le decía que su conductor se pasaría a la tarde o al día siguiente, cuando pudiera; pero éste, con puntualidad invariable, lo recibía a su regreso del encargo. Le saludaba con un rápido «a sus órdenes», recogía el bulto, que colocaba con esmero en el R-21 oficial, y desaparecía.

Abandonó su despacho dejando el mensaje de que se dirigía a verificar la ejecución de los servicios, y se encaminó a las terminales de llegada dando un paseo y lo que menos le apetecía era ponerse a verificar otra cosa que no fuera localizar y poner a buen recaudo la dichosa valija.

«Es un precioso y raro calendario azteca. Así que, Zarzaquemada, me lo recoges, si no te importa. Entre compañeros es un favor que estoy seguro de que me puedo permitir, pues no me gustaría que me lo estropeara alguno de esos guardias irresponsables con perros antidroga que mordisquean todo lo que pasa por la Terminal Internacional, en particular los envíos de Sudamérica; ya me entiendes.»

Ya me entiendes. ¡Entre compañeros! Faltaría más.

Y qué coño, esos eran méritos y lo demás cuentos, lloriqueos y lamidas de culo inútiles.

La de cosas que uno tiene que hacer para no crearse trabas en el ascenso maquinal.

Se maldecía por su baja dosis de autoestima.

Ese listillo de sargento se iba a enterar.

Claro que él no había inventado el Sistema, ni arreglarlo estaba en su mano; además, ¿no empleaba él mismo al sargento Rodelgo para que llevara a sus hijos al colegio o a su mujer al híper? Y es que el que esté libre de pecado que tire la primera piedra. Entonces, ¿por qué preocuparse si tenía que hacer de recadero para vuecencia? En un destino sin actividad terrorista ni *números* a los que mandar al ojo del huracán, sin duda que no había mejores méritos. Obedecer sin rechistar. Punto. Del mismo modo que si Rodelgo quiere llegar a oficial, su pronta y eficiente subordinación nunca deberá ser puesta en tela de juicio. Pero Rodelgo es un buen chico; un poco atarugado pero cumplidor. Y más listo de lo que parece: quiere ascender y a fe que lo conseguirá. Pero el otro… Al otro le dan los galones con menos de treinta años y se cree mariscal. Ese no llegará a oficial, seguro. Lo cierto es que por su culpa tenía que hacer de ordenanza, él, todo un comandante de la Guardia Civil, cualquier cosa.

Verse así no hizo sino que un escalofrío de inquina le dentellara los pensamientos.

Con el *Chato* lo solventaría: un expediente disciplinario con *Pérdida de destino*. O mejor dos, para asegurarse. Los motivos aún no los tenía concretados, pero ya forjaría algo irrecusable.

Realmente los suboficiales de oposición encierran un enorme riesgo de desestabilización de los que muy pocos de sus compañeros llegan a percatarse, entusiasmados como están en el gozoso presente de sus empleos y sus venideros y matemáticos ascensos. En cambio, a su espíritu corporativista sí se revela, y con venenosa evidencia. Porque el asunto tiene veneno: la previa instrucción civil de los jóvenes suboficiales por cuanto están infectos de ideas y conductas liberales desatentas con el dogma de la tradición, y con ello acabarán intoxicando —si no jodiendo— el heroico futuro que les aguarda a él y a sus hijos.

Su padre lo inició en el fervor por el tricornio y él hará lo mismo con su pequeño karateca.

Hay que prevenir; hay que extirpar el cáncer.

La megafonía avisó del aterrizaje del vuelo anotado en la cuartilla.

El comandante deslizó la tarjeta magnética por el lector que da acceso privado a las aduanas. Atravesó la sala recibiendo novedades de las unidades fiscales bajo su mando y ordenó a uno de los guardias que dejara su labor de inspección y lo acompañara.

Se cerraron las puertas. Alguien dejó de atisbar.

De vuelta a la Jefatura, se topó con el conductor, quien tras un saludo fofo —merecedor de cuatro días de prevención— le tomó la maleta y en un santiamén se evadió con el misterioso bulto. Un mohín ensimismado le delató: acababa de discurrir cómo encauzar una pérdida de destino medianamente aceptable: «Abuso de autoridad».

Siempre se encuentra un felón dispuesto a amorrarse al ganador. Con el *Chato* le daría a base de bien, vaya si le daría.

Frente al edificio supuestamente policial, un R-12 enfilaba tras el R-21. Era tardísimo.

2

—¡Chacho! Date prisa, que hoy vamos a pie.

—Andando y por la sierra. ¡Cojonudo! —fue la interjección de Salva, cuando ya uniformado y a la carrera se reunió con Goyo en la calle, a paso de maniobra.

—Unas a pie y otras andando —chanceó el escuálido *caimán*, bucleándose el tipicazo bigote.

Provistos con fusiles de asalto, pero desarmados de moral, los dos guardias rodearon el cuartel y echaron a andar por la empinada calle posterior, hacia las afueras del pueblo. El sol del mediodía rebotaba en la meseta tricornil. Las botas empezaban a velarse con el polvo de la cuesta y las bocachas apagallamas apuntaban al cielo, ante cuya amenaza ninguna nube osaba cruzarlo. Sus figuras inclinadas escalaban distanciados, exactamente doce pasos: si aparecía un oficial y le daba por contarlos, el descuadre podría serles recordado con una semana de arresto domiciliario; mientras tanto, decenas de denuncias que demandaban ciertas mínimas formalidades policiales, reposaban indefinidas y en PENDIENTE dentro de legajos atados con reglamentarios rojos cordeles.

El contraste vino a exacerbarse con la aparición de la recién estrenada adquisición del Ayuntamiento, una moderna furgoneta que desde hacía dos días recorría incesante la población.

—¡Vaya!… El Carmelo —murmuró Goyo con tirria—, que desde que lo han nombrado policía municipal y cabo, y además con subordinado y coche nuevo, no hay quién le aguante.

La Vanette se frenó con suavidad policíaca a la altura del *caimán*.

—Buenaaas —les saludó el cabo Carmelo, dejando caer el maxilar inferior en una mueca que a Salva le recordó un muñeco de ventrílocuo. Era una risa muda.

—Buenos días —contestó Goyo, muy digno.

Salva se acercó a la ventanilla trasera y fisgó a través de los cristales ahumados. Como quien no quiere la cosa, el habitáculo se iluminó con el esplendor de un escaparate: apareció una verdadera oficina rodante con mesa, asientos, ordenador, impresora, foco telescópico, sellos, folios, lápices, una papelera, libros de consulta, formularios de denuncias… Autonomía policial. Ganas de trabajar. Salva no se hacía a la idea de que alguna vez pudiera ejercer su profesión al servicio de los ciudadanos con los medios que manejaban aquellos hombres de supuesta y ficticia inferioridad profesional.

—Si queréis, os llevamos —oyó el castizo retintín del cabo Carmelo.

—No hace falta —le agradeció Goyo, tragándose la pulla—. Si os necesitamos, os llamaremos por los *gualkis* que van aquí —elevó un tanto su cartera ajada por los trienios y miles de correrías.

Demasiado bien sabía el Carmelo que los guardias no contaban con semejantes medios. Pero a Goyo se la traía floja lo que pensara y él se permitió el gusto de dejarle con la duda. Por alguna razón, su habitual y maciza indiferencia se había resquebrajado. Hay un puntillo de entrega que cuaja al cabo de los años y que hasta en los más díscolos, empedernidos o indolentes sale a relucir en circunstancias de rivalidad corporativa,

denotando con ello que su individualismo ha sido virtualmente ganado para la ortodoxia.

Él era un guardia civil, qué cojones.

—Conque los *gualkis*, eh —dijo Carmelo; y su mandíbula seguía caída como si la mecánica del gesto no fuera contra natura—. Pues nada, nos vamos a comer. Que tengáis buen servicio.

—Igualmente —dijo el guardia civil, con acento derrotado.

Tal penetración, elemental para Salva e inaprensible para el otro, requeriría porfiar hasta la supresión del Estado Actual de Cosas o el fin de la dictadura de la Cúpula, que sería como decir el fin de la madre Patria. Bah, otro día.

La dotación municipal se alejó silenciosa, descendiendo con dúctil balanceo por sobre los baches de la calle sin pavimentar; la carrocería enseñoreándose con el sol. Goyo caminaba con una especie de prisa avergonzada, como deseoso de resarcirse.

En consonancia con los corrales de tapias ocres desportilladas, sus típicas y tópicas figuras tenían algo de estampa sepia: de país panderetero y trasnochado.

En ese momento, Salva sintió como nunca hasta entonces el abrumador peso del tricornio; más como una vergüenza fulminadora que como un mero anacronismo.

El *caimán* se pegó a la pared y desapareció.

—¿Goyo…?

Los bigotes del guardia asomaron junto al quicio de una puerta.

—Entra a ver a mi paisano Salu —le acució.

Se apresuró Salva y Goyo le explicó:

—Empezaremos la correría haciéndonos con provisiones. Luego, que nos busquen.

Salva no vio más desliz que un alarde de su habitual astucia escaqueadora, y respondió:

—Faltaría más.

Y estaba de acuerdo. Pues por fin había comprendido, no la seña: sino la saña filosófica de un agente de la ley escarmentado de las variadas insidias del Régimen.

Escarmiento… Cuándo llegará el día… (Tan distinto de aquel otro)

—Es el nuevo. No sé si lo conocerás —le presentó Goyo.

—Sí, creo que sí —Salu hacía memoria—. Me suena su cara.

—¿Qué tal, señor Salu? —Salva adelantó la mano con decisión—. Sí que nos conocemos. Yo por lo menos sí me acuerdo.

—Ah, ah. Y yo. ¡Cómo no! —exclamó el panadero, correspondiendo al saludo—. Ahora recuerdo que el año pasado viniste con el brigada; al poco de incorporarte.

—Exacto —mintió—. Ese era yo.

Ahora soy otro.

—Hay qué ver —Salu le soltó con admiración—. Te encuentro como más… Más curtido, chaval. Si aquí entre nosotros, me permites lo de «chaval» —solicitó respetuoso.

Soy otro y este se ha dado cuenta.

La vasta mayoría de la gente sólo se fija en las apariencias. Las apariencias… Humm. *Si de verdad quiero ser infalible o cuasi, he de aguzar y mantener cierta impostura. «Cortina de humo veladora y valedora».*

—Por supuesto, señor Salu.

—Lo ves, Goyo, lo que quiero decir. ¡Cómo los alecciona el brigada!

Aleccionar… No me disgusta.

¿Será que aquí los audaces acaban por levantar vuelo?

—Qué tiempos… —evocó el panadero—. Hace ya diez años, joder. Nunca se me olvida los ánimos que me daba el brigada Ramón, entonces de sargento, que anda que no lleva años. «Vete y vive; tú que tienes la oportunidad de ser feliz con tu novia», me decía, con ese deje enigmático que le gusta poner algunas veces. Sí, fue él quien me convenció. Y la verdad es que hasta hoy no me puedo quejar. Mirad, mirad —señaló las máquinas y las baldas repletas de pasteles que un empleado iba colocando—. Todo esto lo he levantado yo. ¡Eh, Andrés! ¡Envuelve una de las bandejas y tráemela! No creáis que todo fue dar un braguetazo y aquí me las den todas —agregó en tono confidencial—. He trabajado mucho, Goyo. Pero ha valido la pena. Ah, qué joder —moduló con pujante melancolía—. El Cuerpo es el Cuerpo. Aquellos tiempos: paso corto, vista larga y mala leche. Nos veían el sombrero y se echaban a temblar los paletos. Ramón nos paraba los pies. Seguirá igual, supongo. Ay, pobre hombre. Un poco de esa vieja doctrina le faltó siempre para ejercer de comandante de Puesto. De ahí que la hayan corregido al hombre tantas veces. Yo también le daba mis consejos: «Le falta mano y le sobran libros». Sólo que él nunca los ha aceptado. Qué vicio tenía con la lectura. ¿Sigue igual, Goyo?

Éste, que cernía los bigotes sobre un cesto de pan, asintió repetidas veces con la cabeza.

—Vive en otro mundo —contestó, retomando su habitual insensibilidad, al tiempo que escogía una barra—. Nos pone a jugar de policías y al final los jefes se lo crujen. Y si lleva tantos años en este Puesto no es precisamente por listo, sino de castigo. Al que porfía con libros y demás historias le pasan por el *Chato*, y a reclamar al maestro armero. Por

eso yo nunca discuto: les digo que sí y luego hago lo que me sale del nabo.

—¡Qué tío más cojonudo, el Goyo! —alabó el panadero—. Somos paisanos, sabes —se dirigió a Salva—. Llegó un año después que yo al Puesto, justo cuando me encontraba en plena tesitura. También él me aconsejó que me hiciera con la panadería. A diferencia del brigada, él está aquí bien a gusto. ¡Vaya huerta que se gasta el señor guardia! Y qué: ¿se suelta algún melón que otro?

—Ni olerlos —bromeó Salva.

—¡Cómo! —exclamó Goyo, envainando la barra en la cartera—. Ya veremos si pruebas el que llevo aquí dentro.

—¡No jodas que llevas un melón en la cartera!

—No le hagas caso —dijo Salu—. Es un cachondo. Y eso que bien inflada la lleva.

Goyo no cejó:

—Y a ti, Salu, lo mismo te digo. No pienso traerte ninguno más.

—Joder, qué tío más susceptible con sus melones.

Le trajeron el encargo envuelto y liado con primor, y Salu se lo entregó a Goyo.

—A la cartera.

Y a la cartera Goyo lo metió.

—Gracias, Salu. Nos tenemos que marchar. Que tengas un buen día, bribón —rio la ocurrencia.

—¡Pues anda quién fue a hablar! —retrucó el panadero, muy a gusto, saliendo a acompañarlos.

Y al darse cuenta de que no tenían vehículo:

—¡¿No me digáis que vais andando?!

—Pues ya ves —contestó Goyo, acomodándose el cetme al hombro.

—¿Y para dónde tiráis?

Goyo apuntó a la serrezuela de Machaquito, cuyas lomas se alargaban por detrás de los últimos corrales en ondulante y polvorienta escalada.

—¡No jodas!

—Y sin joder. Después de los bancos tenemos allí.

—¿A esta hora también? —No dejaba de asombrarse Salu—. Pero si por la tarde no abren.

—Pues ya ves. Tenemos correría y población, y así vamos: hechos unos adefesios.

—Ya veo, sí: las botas, el fusil, los sombreros. ¡Pardiez, estáis peor que cuando yo lo dejé! —De repente, Salu recuperó su entonación jovial y

vanidosa—. Sí, sí; ya lo creo que hice bien. Parece que el Cuerpo no va a cambiar nunca, joder. ¡Vaya seguridad ciudadana, con los tiempos que corren! Eso no es ganar muchos puntos ante la opinión pública.

La Opinión Pública. Excepto los que perpetuamente están en contra o los que perpetuamente están a favor, unos por prejuicios y otros por sentimentalismo, todos omitían la Institución como genuina fuerza de seguridad pública. Los tricornios: la tradición antes que la operatividad.

Les deseó buen servicio con emocionada sinceridad.

—Cuidaos, eh, cuidaos. Y, joder, que no tardéis tanto en pasaros por la tienda de un compañero, ¿vale? ¡¿Vale?!

—Que sí, *pesao* —se giró Goyo. La verdad es que se les había hecho tarde.

El sol arreaba tórrido y cegador.

Antes de doblar la esquina, Salva volvió la cabeza. Salu permanecía a la puerta de su logrado establecimiento: parecía contemplarles entre añorante y compasivo. Y dichoso, por la forma en que alzó la mano abierta y se eclipsó. Prosiguieron.

Prosiguieron con necio garbo de soldados camino de las trincheras: botas de hebillas, pantalón de campaña, fusiles de combate; el tricornio más absurdo y mortificante que nunca.

En definitiva, una caricatura ancestral, graciosa, rancia… Inoperante.

La losa militar pervivía en el tiempo como un tenebroso misterio a pesar del cambio social. Por las miradas de los que se cruzaban, se inferían sus juicios de camelo institucional. Quién, seriamente, con un nivel cultural medio y conciencia social podría confiar en semejante fuerza policial andante, un *caimán* apático y un joven con apariencia de querer y no poder.

Bah, soy un topo.

—Oh, qué graciosos. Parecen soldaditos de plomo, como los que colecciona papá —opinó un párvulo que cruzaba la plaza con su mamá, y ésta, azorada, le amordazó con un siseo.

Pero el niño se había entusiasmado y, en tono entendido, agregó:

—Iguales a los de la guerra de Napoleón.

Para sacar del apuro a la madre, Salva les sonrió.

Cosas de la Historia que no se detiene sobre sí.

Recostado en los soportales del ayuntamiento, distinguieron al Balilla, quien, al verlos, con una vitalidad sorprendente, se precipitó a su ciclomotor trucado de 49 c.c., arrancó a la carrera —impulsándose con unas botas sensiblemente parecidas a las de los guardias— y huyó a escape libre.

En la espalda de su raída cazadora de cuero falso tipo piloto, bajo el flamígero anagrama de Anarquía, había escrito en letras blancas, mayúsculas y sin solución de continuidad:

SIDIOSNOTRABAJAYOTAMPOCO

Goyo endureció la mirada, hizo de cara a la galería como que tomaba nota, y siguieron con el fatuo desfile, ataviados de farándula y orgullo cóncavo. Todo por nada. O por algo: por el señorío de la cúpula militarra. ¡Qué corporativismo tan mal entendido, copón!

Concluida la ronda de vigilantes privados de la Banca, partieron exhaustos de antemano hacia Machaquito.

Un sol perpendicular abrasaba la sierra con reverberación mareante y silenciosa; sólo los ruidos provenientes de la escasa circulación de la lejana Comarcal 215 llegaban con un rumor esporádico y clarísimo. El paisaje en torno se extendía árido y abrupto, pero no sin vida: a cincuenta pasos un par de perdices apeonaban elegantes y presurosas. Tres. Cuatro. Cinco, seis. Único placer de la atroz correría. Una echó a volar. Luego todas las demás.

—Oye, Gregorio, ¿crees que esto de ir a pie durará mucho? —sondeó Salva a mitad del ascenso.

—Durará lo que tenga que durar —fue la jadeante respuesta—. Si pudiera trascender a una prensa como Dios manda… Pero hasta la misma sociedad pasa de nosotros. Ajo y agua.

—¿Quieres decir «a joderse» y «aguantarse»?

—Chico listo. Llegarás lejos; por lo menos a guardia primero.

—¿Nos queda mucho para llegar a donde dice la papeleta?

—Como un kilómetro. ¿No me irás a decir que con lo deportista que tú eres estás cansado?

—Claro que no. Sólo curiosidad.

No era curiosidad. Ralentizados por el calor y un itinerario de subida permanente, Salva no dejaba de reparar en su compañero con preocupación. Se resbalaba a menudo y la cara enrojecida, por la que le descendían hilos de sudor, no presagiaba nada bueno. Los largos mostachos le colgaban laxos y sudorosos. Sin duda, Goyo iba bastante jodido y Salva temió que le pasara algo parecido a lo de Félix.

De improviso, resonaron disparos de escopeta.

Se detuvieron.

—Creo que es allí —indicó Salva a la vuelta de una loma que supuso.

Goyo estuvo de acuerdo y hacia allá que enfilaron.

Vadeando zanjas, unas veces saltando, otras derrapando, por fin al remontar una arenosa y raspante cárcava descubrieron a dos individuos, uno de los cuales levantaba una perdiz muerta. Muy cerca, otra viva y enjaulada delataba el ardid empleado.

Y además, todavía en época de veda.

Furtivos y guardias se observaron, paralizados, durante varios segundos: unos sobrecogidos de espanto, los otros recuperándose de la fatiga.

Los cuatro reaccionaron a la vez.

Con la pareja de guardias echándoseles encima, los furtivos se olvidaron de la pieza muerta y de la jaula y, medio arrastrando las escopetas, pusieron pies en polvorosa; uno pendiente abajo y el otro por una senda en la misma cota que los guardias.

—Ve tú por ese —señaló Salva al más cercano y torpe.

Él, por su parte, se lanzó en persecución del que detonaba piernas por un sendero de motos, veloz como si lo persiguiera el mismísimo diablo.

Con el tricornio en una mano y el cetme en la otra (la *askerosa* escopeta), Salva apenas si reducía la distancia con el huido. Conjeturaba si no sería un corredor de 800 o era el rebufo del miedo aireándole el cogote el que lo aventaba. Voló por encima de una roca y, descartando el sendero, se lanzó en picado, hacia un coche parado en el arranque de la ladera.

Salva también viró. Le ganaba metros.

Sin embargo, excepto que viniera a ocurrir lo que tanto se suele ver en las películas, que el acosado siempre tiene problemas para poner en marcha el vehículo cuando quiere huir, Salva dudó de que pudiera atraparlo.

En cualquier caso, Goyo lo habría conseguido. Las patosas zancadas del otro no le habrían permitido llegar muy lejos.

El fugitivo alcanzó su meta, y no ocurrió nada de lo visto en el cine: fue arrojarse al coche y salir de estampía, emborronándose en la polvareda de su audacia. Salva no se esforzó por avistar la matrícula. Hay algo loable y digno de contención en todo lance resuelto con valentía. Se apoyó sobre las rodillas y se dedicó a respirar por tiempos. Giró la cabeza.

¿Era Goyo aquel punto oscuro en mitad de la ladera, sentado encima de una piedra a la manera de un buda hastiado y flaco?

—¿Cómo te fue, Goyo? —preguntó cuando se encontró con él; parecía del todo descansado.

—Me alegro de que no hayas trincado al pollo ese —se expresó el *caimán*, sin fatiga y sin vigor. Estiró las piernas y colocó la jaula de modo que el animal pudiera disfrutar algo de la sombra que su enjuto cuerpo de

picoleto descreído desprendía a la solanera. A un lado, la perdiz muerta se protegía accidental y vanamente con el ala por sobre la cabeza cubierta de sangre—. Oye, figura, te ruego que me escuches.

Salva permaneció de pie.

—Tú dirás…

—Ya ves que yo tampoco le he pillado; sólo que yo es porque no he querido. A ver cómo me explico. Lo que pretendo decirte es que no puedo consentir que me contagies tu entusiasmo juvenil. No me siento viejo. En absoluto. Si me lo hubiera propuesto, habría cogido a ese pollo, o eso creo. Pero no me ha dado la gana. Además: enemigo que huye puente de plata.

»A lo que voy es que esas cosas las hacía cuando era joven. Ya no. Ya pagué su precio. Me frené. Tenías que haber visto la cara de lelo que se le puso cuando sintió que ya no lo perseguía. Hasta se paró; e incluso me pareció que se restregaba los ojos. Luego tiró por las zanjas y ahora debe de estar llegando al pueblo. ¿Que por qué lo dejé? Humm…

Se levantó las puntas del mostacho y se las retorció con destreza.

—Mi paisano Salu ha acertado en la vida. Yo no he tenido tanta suerte. Pero la experiencia me ha enseñado algunas cosas que no debo echar en saco roto. Eso de correr llevando el maldito cetme a pulso, es demasiado para mí. La cartera sí la solté —la tenía en el regazo y le dedicó una caricia —. Pero a ver cómo tiras el *chopo*. Y por si fuera poco, haciendo de titiritero para no perder el sombrero. Me pregunté qué hacía corriendo tras un furtivo, solo, sin transmisiones, sin vehículo, sin cobrar Plena Dedicación, como sí hacen los chupatintas, arriesgando con lo que pudiera pasarme el futuro de mi gente (pues de mi gente se trata, Salvador). Si le hubiera cogido sin más, quiero decir, sin tiros ni hostias de por medio, mi esfuerzo (el nuestro, desde luego) se lo habrían apuntado otros. Ahora supongamos unos cuantos problemas: que el pollo se hubiera vuelto y me hubiera disparado. No sé, a lo mejor no lo hizo porque no llevaba cartuchos en la recámara. Como ya te conté, una vez me llevé un tiro en el muslo y mi compañero perdió un ojo. Figúrate qué panorama. ¿Le dejo que dispare, me adelanto yo…? Hace tiempo que he aprendido a vivir sin tomarme mi trabajo como algo personal. Gracias a este alcance, voy tirando en paz conmigo mismo y con el mundo.

»Más problemas: que me hubiera caído y partido la crisma (bien sabe Dios lo cerca que he estado), o que me hubiera dado un infarto, por qué no. Y lo que es peor: que se hubiera tratado de algún amigacho de los jefes o del político de turno. Humm… Mi familia (y mi huerto, la verdad sea dicha) acabaría por pagar las consecuencias. Te lo dije una vez: el mejor servicio es acabarlo *Sin Novedad*. Nada más. Y nada menos. Lo siento si te he defraudado. Pero capear con la Bestia, como suele mentar Carrasco (por cierto, con mucho tino, y ya sabes que ese borrachejo no me cae muy

bien), pasa por saber escaquearte de la pena tanto como de la gloria. Hoy, en un impulso tonto al verte salir corriendo de aquella manera, lo olvidé. Por suerte, me he corregido a tiempo.

—Pues sabes lo que te digo —replicó Salva: Goyo se estremeció—: Que has hecho lo mejor.

Los mostachos del guardia vibraron para expresar su asombro y su alivio.

—¿Ah sí?

—Por supuesto. Estoy en todo de acuerdo contigo. De verdad, Goyo. Yo también, después de lo de los pescadores y otros incidentes por el estilo, he comprendido. Lo que ocurre con este tipo de reacciones es que el amor propio también cuenta, y uno tiende a tomarse las cosas demasiado a pecho. Pero que no te quepa la más mínima duda, Goyo: estoy de tu lado.

—Entonces, cojonudo —se congratuló el *caimán*.

Agarró la cartera en una mano y en la otra la jaula y se escurrió del pedrusco. Bien retrepado, invitó a Salva a hacer lo mismo.

—Es la hora de la manduca —profirió, sacando una fiambrera—. Se me ha echado el tiempo en el huerto y no he podido almorzar. Le dije a la parienta que apañara para los dos; qué coño, yo sé lo que es la comida de los solteros en la Guardia Civil. Entre las pajas que uno se hace y comiendo a salto de mata, no pasará mucho tiempo para que te salga una úlcera de por vida; y eso para los *caimanes* que he conocido antes que yo, ha sido vivir más putamente amargado.

Rajó la barra de pan con una navaja de bandolero y comenzó a cargarla de pimientos fritos y paralelepípedos de tortilla.

—Sabes —agregó alegre e ininteligible—, creo que eres un tío grande, figura. Y a la vuelta de unos años, me da que saldrás haciendo algo cojonudo que sorprenderá a muchos, pero no a mí.

De pronto, sacó medio melón envuelto en papel de aluminio y lo apartó.

—El postre. —Acabó de conformar el trabuco, lo partió por la mitad y le dio a elegir.

—La ley del pobre: reventar antes que sobre.

Salva lo tomó encantado.

Sabía a gloria, si es que la gloria puede ser tan buena como para satisfacer una saciedad psicofísica, que Salva presumía le quedaría grabada en la memoria como una gesta de héroes que concluyeron sus andanzas debiéndose la vida mutuamente.

Goyo tenía razón. Debía ser más precavido y no arriesgarse en loor de esa élite solariega que pervive gracias al delirio de la tropa. ¡Dios, cómo le

costaba no sucumbir al espíritu original!

Devorados los bocadillos y el melón —pura ambrosía, mejor quizás—, el caimán sacó un termo de café con hielo, un par de vasos telescópicos, desató el paquete de pasteles, y aquello fue como si estuvieran en el Ritz viendo maqueados tías buenas pasar, paladeando el manjar como dignos funcionarios que hacen uso de sus merecidas horas de asueto. Y la loca fantasía se diluyó con Gregorio sacudiendo la papeleta: la siguiente presentación en el centro urbano, al que deberían regresar por la C-215 con visita al chalé del veterinario Alfonso de Lasheras.

Salva le dio las gracias por el festín y su compañero no se las admitió, pues sus sentimientos no tenían que ver con el «Hoy por ti, mañana por mí», sino con el «Vive y deja vivir».

Pasó a otra cuestión que sí le preocupaba más.

—Tú llevas la jaula y yo echo la perdiz muerta en mi cartera —propuso.

Repartidos los trastos, reanudaron la caduca correría como traperos buscando mercados. Salva bromeó si el cabo Carmelo no les denunciaría por dedicarse a la venta ambulante. Félix habría hecho un buen chiste, pero Goyo resollaba más que respiraba y bastante tenía con mantenerse en equilibrio patinando por los áridos declives.

Cuando pisaron el asfalto, tenían las camisas pegajosas, veteadas de sudor, y el polvo les cubría de la cabeza a los pies.

—Pareces un yesero.

—Y tú un segador.

Acabaron de sacudirse y entretanto no pasó nadie. Goyo se mesó los bigotes e hizo visera con la mano, ojeando el horizonte en dirección a Dosarcos: ningún coche. Repitió el gesto hacia San Juan —que no se divisaba—: ídem.

—Lo tenemos claro —dijo, y echó a andar por el arcén derecho. Salva por el contrario.

—Este oficio, tal como está, no te da moral ninguna —comentó Salva, con la intención de mitigar el sofoco; la jaula oscilaba en su mano al compás de sus pasos y los paseos de la gallinácea.

—¡Una leche! —respondió Goyo—. Nosotros que no sabemos adelantarnos. Yo sé que tú te fijas y sabrás sacar tus propias soluciones. —Trató de añadir algo, algo que balbuceó y descartó al punto.

Salva conjeturó si no pretendería explicarle que es tan jodida la vida que uno aprende las cosas cuando regodearse con ellas es radicalmente infecundo, excepto como penitencia vital. Pero no tiene fuerzas ni para maldecir su suerte. Capta que lo mira de soslayo, meditabundo,

¿inescrutable? Quién sabe, o tal vez sí. Por alguna extraña razón le intuye visos de rebeldía imbatible, incapaz de apalancarse como un adocenado más en el tedio y la hazaña mendaz. Otros muchos antes ha conocido dispuestos a comerse el mundo. ¡Y cómo se amorraron presurosos a la vera de sus recién difamados! Éste, en cambio, se conduce con fría diligencia, casi insultante. No es ruin, como esos guardias primeros que le restriegan el galoncillo; tampoco un insensato como el réprobo de Carrasco.

Refleja algo que ni el afectado conoce y él no sabe nombrar.

No puedo defraudar a este hombre veraz, dotado de más penetración que discurso.

Conque salir a la palestra haciendo algo conspicuo o devastador, capaz de convulsionar el pequeño y roñoso mundo de esos soldados de infantería que son los guardias civiles. Fuego ametrallador, titulares: *topo ¿detenido?, ¿muerto?, ¿prófugo?*

Si no, el qué…

En los tramos en que desaparecía el arcén de tierra y sus botas aplastaban el alquitrán, notaba que los pies se le cocían, y como si todo su cuerpo fuera una complexión de metal, el calor le ascendía al cerebro y se lo derretía…

… Hasta su espíritu —como el vapor— escapaba del bochornoso silencio y reptaba volátil e indómito a descansar en la estribación de Machaquito, la cual bajaba a postrarse a la negra tira ardiente por la que ellos avanzaban silentes y pegajosos, hendiendo la flameante calina hacia el pueblo, que, en lontananza, por encima del cambio de rasante, rielaba como en una alucinación. Los negros tricornios parecían flotar sobre sus cabezas: dos grotescos signos de admiración desfilando paralelos, empero gradualmente convergentes por el efecto óptico de dos líneas equidistantes y rectas hacia el infinito…

El oído pendiente de un vehículo al que puedan subirse.

De un olivar breve, aspérrimo y yerbajoso, les llegaba un escándalo de chicharras.

Eso era todo.

Los pimientos, los pasteles y el calor, y las dudas y lucubraciones, embotaban su psique. En ese estado podría caminar durante años. En ese estado caminaban los *caimanes*.

Si su guerra no llegaba a cuajar o simplemente desistía, en cualquier caso, debía volar como fuera o fuese de aquella corrosiva Institución.

—Y eso he de hacerlo antes de que la rutina y la congoja me aniquilen.

—¿Has dicho algo?

—No.

Cuando culminaron el cambio de rasante, se pararon a otear. San Juan, más cerca de lo que en realidad está; y a unos cien metros, un turismo… incrustado en la cuneta.

Era un accidente.

Salva se ensambló, y tornó a la carrera. Goyo al trote.

Un Renault-6 tenía por morro un acordeón. El conductor se había estampado contra el pretil de un paso de aguas torrenciales, que había arrancado de cuajo y partido en dos. El recorrido desde el punto de impacto hasta el de parada —unos veinte metros— estaba trazado en el arcén de tierra y parte del asfalto por un reguero de aceite negro, que en un trecho tenía la tirantez de una cuerda de guitarra, en otro corría vermiculado y en el último tercio simulaba un mensaje en morse en forma de arco.

Pese a lo aparatoso del accidente, los ocupantes, un matrimonio de mediana edad, no presentaban heridas de sangre, salvo algunos cortes y rasguños. La mujer, no obstante, sentada en la cuneta se quejaba de un golpe en la cabeza. El marido saltó de alegría al verlos llegar.

En seguida Goyo le desengañó. Iban a pie y sin transmisiones.

—Que no pueden hacer nada. ¡¿Entonces?!… —exclamó entre indignado y estupefacto—. ¿Qué coño pintan ustedes así? —El hombre se permitía clamar con histerismo lo que en otras circunstancias la pavura al sombrero charolado no le habría dejado proferir tan a la ligera.

Salva se descubrió inficionado de ardor benemérito y se apartó al centro de la carretera.

Por la Comarcal no transitaban ni orugas.

Estremecido por la impotencia, el vaivén de la jaula y la ira y la vergüenza ajena, Salva sintió ganas de despojarse del uniforme allí mismo, liberar al animal, entregar su Tarjeta de Identidad Militar con la pistola al patrón, y desaparecer.

Se daba cuenta de que no era capaz de inmunizarse del todo. Aunque fuera del FRAF.

—Bueno, pues ustedes dirán…

El sol esparcía un brillo espeso, expectante. El calor se hizo insoportable, llenando de irrealidad el incidente. Se miraron, alicaídos, ruborizados. Un coche emergió del cambio de rasante. Salva levantó la mano.

Por petición de Goyo, subió él, requiriendo del ocupante, un viajante de comercio, que lo llevara hasta el cuartel.

—¿Eso de la Guardia Civil caminera no era antes? —indagó el risueño conductor.

—Es algo coyuntural —contestó Salva, recordando una de las palabras fetiche de los gobernantes títere.

Siempre que había crisis económica en el país era coyuntural, una crisis que nada tenía que ver con la especulación ni con el agiotaje consentido y connivente. Nadie explicaba el significado de la palabreja y todo el mundo se daba por satisfecho. Así que tan espectacular precariedad de medios era, también, «coyuntural». De qué serviría contarle que los presupuestos los escamotea la alta oficialidad en dietas como segundos sueldos.

Las frases categóricas pierden, pero los circunloquios convencen.

Tiempos de derrota.

En el cuartel le dio las gracias y le pidió perdón por la molestia.

—No hay de qué. A mandar, señor guardia —dijo el taxista accidental. Saltaba a la vista que la situación se le antojaba chocante y de una gracia tal que parecía divertirle a horrores. Aguantó unos minutos parado frente a la cancela del acuartelamiento, por si se le necesitaba; pero viendo que no, se despidió con un pitido.

El brigada pidió ayuda al cabo Carmelo, quien accedió después de hacerse rogar lo justo para dejar constancia del favor pendiente: la reordenación del tráfico durante las fiestas patronales o cuando se columpiaran en la detención de borrachos belicosos o supuestos delincuentes —que luego el brigada les capeaba con un atestado por «Insultos y amenazas contra agentes de la Autoridad»—. Hubo tácito entendimiento y así partió la Vanette de los municipales y la ambulancia de la Cruz Roja. Y, como estaba ordenado, una grúa de Grúas Parra.

Ya en la base, a la vista del teléfono, el hombre pidió con dramática amabilidad el poder realizar una llamada.

¡Qué se creía aquel tipo! ¡Se hallaba en un cuartel, no en una dependencia de seguridad pública al servicio de los ciudadanos! La refinada propaganda de la Cúpula tenía muy bien vendida su falacia.

—Faltaría más, señor.

Salva retiró el candado y le ofreció el auricular, con cargo a su cuenta.

De esa manera remató otra oprobiosa jornada. Para ser un agente doble, un infiltrado de sus sueños, se había desplegado más de la cuenta en pro del Régimen. *Demasiado prurito, colega*. El remanente de una pasión —pastueña.

Procedió al modo de Goyo. «Te quitas la camisa y le dices: 'La que te ha caído, hoy', y te descargas».

No le funcionó. Se arrojó a la cama, cuyo bastidor crujió con música de metal dislocado.

¡Cuánta mierda!

Odiaba la yacija, el pabellón de solteros, la mezquina vida cuartelera, y todo lo que había dentro de la insoslayable mezquina vida cuartelera entera. Humo.

3

—¡Somos invencibles! —Anabel disparaba a discreción—. Nadie nos va a parar. Llegaremos a donde nos propongamos —repetía en soñadora concordancia con Dioni, quien fanático y fusiforme en su esquina favorita del sofá, media hora antes, a resultas del «glorioso» asalto al banco, había proferido su intención de acumular un verdadero arsenal de armas, hacerse con pisos francos, atentar contra la Moncloa o contra las «Cortes Contrarrevolucionarias» y hasta de llevar a cabo un secuestro, habiéndose de paso cepillado un cártel de financieros macroeconómicos…

Efrén constataba con pesar y temor los arrebatados giros de ánimo en el drogata. El pobre diablo se conducía por cenit de exultante frenesí y a las pocas horas se lo encontraba descabalgado por nadires de tétrica melancolía. Un quídam del que había que prescindir o recelar enérgicamente. Pero ella le apoyaba de un modo tan compungido y resuelto que él no se atrevía a porfiar sin ambages.

Porque ella no es menos contundente en sus decisiones que cuando clorata mezclas demoledoras o lechadas de cal, de cuyo hervor químico-revolucionario deviene el poder de volar, fragmentar. Aterrorizar políticas ladinas y prevaricadoras. Es la precaria contraofensiva a la continua agresión de un Estado inicuo, que enmascarado de burocracia resulta imperceptible a la cegata masa que no ve que de su trabajo rayano en esclavitud viven estamentos expoliadores y sibaritas.

Cada uno refiriendo sus anhelos. También él: idealizando que revela al cártel cuatreril y les asesta un golpe total-letal.

Pulsaciones de ensueños elevados al máximo exponente.

Pese a los reparos de Efrén, se acordó que Dioni, como jefe del comando Centro, se haría cargo del dinero, pero ninguna partida saldría para la Cúpula sin que los tres decidieran por unanimidad. Luego en la calle, Dioni se perdió con sus habituales prisas entre faroles semejando uno de ellos que carente de reflejos pone tierra de por medio.

Ellos habían enfilado al Límite.

—No vamos a precipitarnos —volvió a exponer Efrén, inmerso en el *Thunderkiller*, trasunto de sus tribulaciones y empeños—. Aplicaremos ese dinero a acciones selectivas y con prudencia.

—Dinero, sí, sí —susurraba ella, expugnando con impía eficacia—. Poder y respeto. Pronto el Gobierno tendrá que reconocer que no estamos acabados, ni mucho menos. Se van a enterar.

Sus palabras le produjeron un escalofrío, pero optó por concentrarse en seguir con vida.

Los tiroteos se sucedían incesantes. Avanzaban con vertiginosa destreza y el contador que no dejaba de sumar puntos. La barra amarilla, entera de vida. La tercera fase acabó con silbidos de victoria. La cuarta arrancó no menos triunfal: aparecían acosadores y caían.

Rayaban el final cuando la promisoria contingencia se quebró, de pronto, sin previsión. Sin escape. Sin barra amarilla: sin vida. En la última pantalla, los aprendices de guerrilleros habían sido liquidados. Efrén en último lugar. Extraño. *¿Alegórico?* La inercia, demasiado poderosa, se convirtió en una furia ingobernable, imposibilitándoles una decisión de emergencia capaz de adaptarse a la dinámica del trance.

Game over. Era sólo un juego.

—Bah, que se joda —desistió él, no queriendo inferir nada más.

—Qué pena, joer —se lamentó Anabel, sin más exceso.

No repitieron la jugada. Efrén se negó. Hay cosas que no se deben repetir, incluso una partida de videojuego. La noche reinaba soporífera. En la calle Zigia, en otra liza, belígeros de otro modo y distinta táctica, retomaron la batalla. Arremetidas, fintas, rodeos; rendición, penetración, expansión. Tregua. Cese. Un reloj que tirotea la madrugada. Invencibles no, pertinaces e invictos sí. Eufóricos, por tanto.

Más indagaciones.

XLVII. DESCARTADO POR AMOR

1

Ese lunes ETA le había hecho una putada.

Por su «hazaña» de atacar un autobús de militares con un coche bomba, Salva doblaba controles de carretera, alejándole de su misión como soldado de la resistencia, como perseguidor de un objetivo, también militar, pero inequívocamente merecedor de munición alevosa.

Lo de los etarras era un tipo de guerra salvaje que él no aceptaría nunca, por mucho que sus camaradas se empeñaran en evolucionar hacia una planificación de sangre, pareja al aumento de infraestructura y poder económico. Dioni así lo creía. Y también Anabel. Eso sí era preocupante. Ella convino en destinar uno de los artefactos explosivos contra el Ministerio como celada mortal. En sus explicaciones posteriores se limitó a reafirmarse en la conveniencia de una estrategia más radical o de lo contrario acabarían reducidos a un movimiento caricaturesco y menospreciado. El terror es la única arma. Y para lograrlo el zarpazo debía ser permanente, impredecible y brutal. De momento, por él se refrenaba. Un titubeo que hendía el común de sus futuros. En tanto que él estuviera en el comando Centro, no permitiría que la sangre corriera; no de forma indiscriminada. Leña a los caudillos, no a los subordinados.

Una selección ya en marcha.

Cargarse al general mafioso sería un golpe doble y dable: por fin le tenía localizado; los FRAF tendrían su muerto y él el suyo.

Como matar dos pájaros de un tiro.

Matar.

Tiro.

Dos pájaros: dos criminales. Dos que son el mismo.

Allende la comparación. Allende el fulgor. La banda descabezada.

La idea venía tomando forma por entre las cábalas para la siguiente fase de la guerra contra la banda de cuatreros. ¿Quién mejor muerto que un traficante de drogas, que había dejado ciego a un muchacho, a decena de ganaderos arruinados, que asesina incluso a sus propios hombres —con menos evidencia pero con igual jactancia que el famoso teniente coronel *El Carnicero de Extremadura*, en los años cuarenta— y se aprovecha de la condolencia que la sociedad y el poder civil sienten por la Institución para delinquir resueltamente? Será hermoso; no será fácil.

Sin embargo, él lo va a intentar. Dispuesto a entrar en fiera y desigual batalla… «Que ésta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente…».

Caerá el general. Caerán los otros. Hasta que la suerte le aguante. ¿Será una proeza, será un asesinato?

—Estoy hasta el gorro de controles. No sé cómo me las apaño, pero siempre me tocan a mí —oyó quejarse al Polilla, a modo de charla.

En el límite de demarcación, junto con fuerzas de Dosarcos, montaban control a la espera de los posibles terroristas. Excepto la aprehensión ocasional de efectos de dudosa procedencia o en el mejor de los casos la detención de algún tipo en requisitoria judicial, la identificación de vehículos y ocupantes transcurría en un perpetuo tedio.

La caída del comando en un control era tan improbable como que aquél hubiera abandonado la ciudad. Tras el atentado, los terroristas suelen ir al cine, pasean o follan con las camaradas. Pero no se meten con un coche robado en el atasco que provocan los teatrales controles de carretera. Lo saben los expertos en lucha antiterrorista, los mílites con ínfulas de policía y los vividores que han pillado poltrona en el Ministerio del Interior. Pero a todos les basta con mandar a pringados como ellos para así descargar la culpabilidad de sus conciencias disolutas. La Operación Jaula ha sido ordenada. Nadie puede ni debe reprocharles nada. De inmediato que se da la orden, ésta pasa de unas manos a otras quemando como un canto sacado de las brasas, hasta que llega a los Servidores, que son arrojados al asfalto sin información ni medios. Y de inmediato la confirmación retorna arrancando suspiros de alivio. Todos experimentan un desahogo de responsabilidad, una transferencia de la culpa que les escuda de tamaña indolencia y pedantería. Hay que correr la voz; abrir los ojos: escamondar el Régimen.

Hay que subir el dolor y el terror a las cúpulas.

En tal tolvanera de atisbos y de inferencias se revolvía, cuando Monti, metido en su espacio físico, volvió a hablarle:

—¿En qué piensas? Una periquita, ¿eh? Venga, di…

—Pensaba en que estoy aburrido de sostener la cadena de los pinchos.

—No, no pensabas en eso. Es esa periquita que tienes por ahí —y le guiñó un ojo.

—La verdad es que hoy tenía grandes cosas que hacer. *(Por ejemplo, seguir a un R-21 que lleva cocaína y quizás pegarle un tiro a su adjudicatario.)*

Sin más cháchara, Monti regresó al punto de identificación, circunstancialmente a su cargo. En la operación participaban siete hombres, tres de San Juan y cuatro de Dosarcos. Dos se hallaban emplazados a unos cincuenta metros antes de la zona de detención, otros

dos a otros tantos metros pasada ésta; y el control en sí lo desarrollaban el cabo de San Juan, apoyado por el Polilla en labores de protección inmediata, y por Salva, encargado de la tijera de clavos, cuya misión consistía en desplegarla mediante un tirón de la cadena y así cortar —pinchar— la fuga del vehículo que no respetara la señal de Alto ni los tetrápodos de señalización. El trabajo era escaso. En nueve horas habían pasado una veintena. El personal se distraía charlando, oyendo el transistor. A cada media hora se intercambiaban las funciones. En aquel momento coincidían Monti y Salva. El cabo se había retirado a una hoya cercana a «estirar las piernas detrás de algún conejo». De vez en cuando sonaban los disparos de su Zeta. La cosa no parecía irle muy bien.

El aplastante sol, el aburrimiento feroz, la angustia de las incomunicaciones —recibían pero no emitían—, no era nada comparado con los cincuenta duros que cada guardia tuvo que poner para trasladarse en el *pepito* desde San Juan hasta el límite norte de la demarcación. Una sugerencia de la Compañía por orden directa y verbal del *teco* primer Jefe. (Verbal: no fuera que cualquier espabilado le diera por airearlo a la prensa y dejara mal al Cuerpo. Y es que los trapos sucios, dónde se lavan, ¿eh?)

Todos al final habían apoquinado sin mayor trascendencia que el habitual insulso insulto contra la Cúpula. *Asko* cuartelero *(Carrasco dixit)*. Lo de siempre. Salva trataba de concentrarse en discurrir algún plan escarmentador contra vuecencia. Pero su amigo le había interrumpido el hilo. El hilo vindicador. Proseguiría luego. Se acercaba un coche.

—Buenos días —saludó el Polilla al conductor uniformado de caqui y tres estrellas de seis puntas en cada hombrera.

Al descubrirlo, se cuadró, repitiendo el saludo, ahora más estirado y más solemne.

—A sus órdenes, mi capitán.

El oficial asintió con una sonrisa, grave, empero.

—Gracias. ¿Qué hay?

Monti dobló el espinazo. Titubeó:

—Podría… ¿Me permite su documentación… y abrir el maletero…?

—¿Y por qué tendría que hacerlo? —inquirió el oficial, deslizando el codo por la ventanilla.

—Bueno…, es que esto es un control de carretera y…

—Me parece muy bien —declaró con impaciencia el oficial, a la par que agitaba el brazo, logrando que las estrellas de la hombrera se pusieran a chispear heridas por el sol—. Pero ¿es qué crees que este traje me lo han dado en una rifa? —ladeó la cabeza al chispeo.

Monti comprendió. Conturbado, repuso:

—Perdone, mi capitán —repitió el marcial saludo—. Está bien, puede…

El oficial se reintrodujo con una mueca condescendiente. Tocó la palanca de cambios y se puso a rodar… Sólo tres metros.

Por poco no corneó el parabrisas y por poco no se incrustó en la desafiante tijera de pinchos, que tan abrupta y ostentosamente otro guardia le había atravesado delante de su morro.

Permaneció de piedra, en tanto Salva soltaba la cadena y se llegaba hasta él.

—A sus órdenes, mi capitán —articuló Salva, al tiempo que ejecutaba el saludo militar—. Siento decirle que no puede continuar si no se identifica adecuadamente; y además, debe mostrarnos el interior del maletero.

—¡Pero cómo! —reaccionó con ceño virulento el oficial.

—Es nuestro trabajo, señor —se reafirmó Salva.

En ese instante se acercó el cabo, bufando porque se había quedado sin cartuchos.

—¿Algún problema? —preguntó, en tono rutinario.

—Naturalmente que sí —profirió el capitán, apeándose—. ¿Qué manera es esta de dirigirse a un superior?

El cabo, que al aproximarse por el lado contrario no se había percatado del conductor y su uniforme, dio un respingo y se puso firme, cuadrándose en el primer tiempo del saludo.

Balbuceó algo, pero el vociferante oficial no le permitió hacerse oír.

—¡Me tienen retenido como si fuera un delincuente! Para identificarme ya está mi uniforme. Y el maletero no lo abro porque en ningún sitio se ha visto que los superiores tengan que obedecer a los inferiores. O que tengan una orden judicial.

El cabo bajó temblando la mano e interrogó a Monti y a Salva con los ojos furibundos.

Salva le puso al corriente: aquel sujeto se negaba a ser identificado y tampoco permitía mostrar lo que transportaba, si es que transportaba algo.

—Bueno… —repuso el cabo con voz subyugada—. Ha habido un pequeño error. Aquí, el *guardia*, quizás se ha excedido un poco. Incluso tiene abandonado su puesto. Pero no se preocupe, mi capitán. Puede seguir.

—Si no se identifica, no pasará —se expresó Salva, categórico, dirigiéndose al cabo. Y encarando al capitán—: En cuanto al registro, le pongo en conocimiento de que no necesitamos ninguna orden judicial, ya que no se trata de su domicilio. ¿O sí?

El capitán arrugó el entrecejo hasta un grado de exageración que le desfiguró el rostro, como si le brotara una sombría careta. Miró entonces al estupefacto cabo de la Guardia Civil en demanda de auxilio marcial.

Pero como no era coadyuvado en su intento de huida y ni siquiera respondido, se avino:

—De todas formas, la colaboración entre mandos es muy importante y, si usted insiste, yo desde luego le muestro lo que quiera —dijo para el cabo.

Éste asintió en su mudez. Miraba el campo sin ver, captando de reojo el objeto de su parálisis y su incredulidad: Salva, quien, con ademán vigilante y obstinado, el cetme en *prevengan*, sostenido a pulso por la sola mano izquierda en el guardamanos —lo que hacía que el arma flotara terciado con una plasticidad intimidante—, reculaba hacia la tijera de clavos, que extendida en su totalidad a lo ancho del carril semejaba la cola de un leviatán al sol.

Un leviatán… cogido por la cola… Por sólo él. Ag.

Un puto pipiolo y seguía sin enterarse.

El oficial pestañeó, y se movilizó; exhibió su permiso de conducir y a continuación abrió el maletero: vacío.

A la seña afirmativa del Polilla, Salva plegó la tijera.

—Gracias; gracias, mi capitán. Perdone las molestias. Puede marcharse —se humillaba el cabo a la vera del altivo, mediocre mílite.

—A algunos deberían aplicarles con mayor rigor el Régimen Disciplinario, por esta falta de respeto a la superioridad. ¡Ya veremos! —graznó el capitán, y partió, primero despacio, y tan pronto hubo pasado la cadena y a su guardián, aplastando el acelerador.

En un acto irritado e inconsciente, Monti lanzó el puño al aire en dirección al auto —que se diría que se fugaba— y liberó el dedo corazón. Y es que nadie de los que estaban allí era más militar y más patriota que él.

El cabo sólo miraba a Salva.

—Usted se ha pasado de listo —mascó con el semblante congestionado—. Me ha hecho quedar mal delante de un oficial del Ejército, y se ha entrometido en mi misión.

—Tuve que hacerlo antes de que usted llegara —replicó Salva, sin fuerzas ni ganas de entrar en discusión—. Monti necesitaba ayuda. Debía apoyarle. Me limité a cumplir con nuestro deber.

—El jefe del servicio soy yo, y *yo* soy el que decide —se envalentonó el cabo—. Así que si vuelve a meterse en mis funciones, daré parte de usted por falta Grave. ¡Puede que lo haga!

Salva, que no obstante omitía a aquel andoba con más hastío que

desdén, se hartó de tanta insolencia y, soltando la cadena, con el *chopo* ahora en posición vertical, apoyado en la cintura, la visera tapándole las cejas, se fue para el cabo.

Éste no pudo disimular o contener un sobrecogido arqueo del cuerpo.

Un tic frenético se le prendió a uno de los párpados.

—¿Q-qué? —tartamudeó como quien espera una agresión—. Te estás poniendo demasiado chulo, *guardia*. Ten cuidado con lo que haces —advirtió con voz temblorosa. Retrocedió un paso y se repitió con gallardía ridícula—: Ten cuidado, eh, eh.

—Muy bien. Pero antes este «guardia» quiere decirle algo… —Se clavó a una cuarta de él, atrayéndose el fusil para que el otro entendiera que el calibre de su coraje no estaba hecho de latón ojival con núcleo de plomo, sino de pundonor relleno de imparcialidad, de ningún modo dextrórsum.

La bocacha encañonaba el cielo: acaso su fatalidad. Pero una vez puesta en moción la ira de su ánima (auténtica bala espiritual), ni siquiera su conciencia de perdición podría pararle.

Aun así, dudó.

Pero la pólvora ardía: el proyectil debía salir.

—… Y es que cuando vaya a dar cuenta de mí, no se le olvide mencionar que usted andaba cazando, con armas de guerra, sin Licencia de Caza, y además: *de servicio* —recitó con calma, sin acaloramiento, con dicción desapasionada: indiferente y tensa como una bala a bocajarro—. Y que ese es su pasatiempo favorito durante todos los servicios del año.

El cabo intentó decir algo, pero se ahogó. Temblaba. Se volvió a Monti y, con rebuscada educación, le pidió que se retirara a descansar.

Más que torturante o temible, el absolutismo del Régimen —el furor del Leviatán— es enajenador. La lucha será harto difícil. Hará falta algo más que un zarpazo violento para abatir a la Bestia.

Después de trece interminables horas, la Central ordenó el levantamiento del control, y los guardias civiles —sudorosos, extenuados, desastrados física y moralmente— se alejaron en direcciones opuestas. Los de San Juan atravesando Matallana.

Salva contemplaba la planicie. Se veía a sí mismo y a su compañera ensayando cómo pegarle un tiro a un objetivo en movimiento… Un general, por ejemplo.

Sin remordimientos.

2

Tras una siesta que se prolongó hasta la puesta del sol, salió del cuartel revitalizado, ávido de su pelicobre. Pero antes echaría otro vistazo por La Pequeña Arteaga, intentando vaticinarse una próxima reunión del cártel.

Por la mañana, cuando se dirigían al control, pidió al cabo —cuando todavía las relaciones eran cordiales— que pasara por las afueras diciendo que necesitaba saber si un amigo había venido o no, cosa que sabría por el coche aparcado en las eras. No tuvo por qué dar más detalles y pudo comprobar que el resultado era negativo.

Ahora positivo.

Merodeó, atreviéndose a pegar la cara al enrejado por entre arizónicas y madreselvas… Rumbo a la calle Zigia, analizaba planes; y sus planes tenían muy poco que pensar. La casa estaba siendo preparada para recibir visita. Lo anómalo era el aprovisionamiento semifurtivo que detectaba. No era Carmela quien lo hacía y el Golf GTI aparcado en el sendero de piedra no lo tenía fichado. Había novedad y él debía enterarse.

«A saber y conjeturar el intento del enemigo, los disignios, las estratagemas, las dificultades, el prevenir los daños que se temen; que todas estas cosas son acciones del entendimiento… Siendo, pues, ansí que las armas requieren espíritu, como las letras…»

Enemigo, espíritu, letras…

Agitación, viento y fuego. Escarmiento.

Conocía la forma y asumía el riesgo.

Recogió a Anabel y regresó.

Al poco de estacionarse en la era de los murciélagos, el Golf abandonó la casa. Salva resolvió entrar. Ella se opuso. Si fracasaba en su obsesión con La Pequeña Arteaga, fracasarían ellos. Caería el comando Centro.

—Más difícil fue lo del banco —repuso él, escrutando con el visor de infrarrojos. No se apreciaba movimiento de ningún tipo en el interior, ni siquiera luces. Pasó a enfundarse los guantes y zanjó—: Me esperas veinte minutos y si no he salido, te marchas.

Anabel, como siempre que no fuera su propia guerra, rebosaba desasosiego. Hizo de tripas corazón y lamentó no creer en algo superior a la suerte y la tenacidad para rezar por él. Se separaron con un piquito y Salva se adentró en la oscuridad con sus ojos artificiales, a paso lento, reconociendo aquí y allí dadas las extrañas circunstancias.

Los perros, hociqueando entre los setos, rompieron en ladridos de bienvenida. Franqueada la olvidada puerta, se filtró con meticulosa agilidad a través de la enramada; luego, tras reponer el candado sin cerrar, aguzó oídos: aparte de los bufidos en torno suyo, ningún otro rumor. El farol del porche multiplicaba su resplandor en el visor.

Lo desconectó y se lo subió a la frente.

De repente, la verja fue perfilada por un inquietante cerco de luz. El ruido de un motor acompañaba el espectáculo.

Había perdido demasiado tiempo en entrar o el Golf demasiado poco en volver, y él entre geranios.

La manada se repartió.

Esconderse, salir, entrar en la casa… Tenía que decidirse. La verja retemblaba, desplazándose a trompicones, y con cada sacudida se agrandaba el hachazo de luz, delatando el cobertizo, la terraza… Su audacia. Si eran ellos, no importaba la sed ni el hambre.

Escoltado por el cocker, las llaves dispuestas como un torero que entra a matar, voló a incrustarlas en las cerraduras.

La puerta no cede, las cerraduras son incontables, el número de vueltas es infinito. Es como si diera cuerda a un juguete infernal que supusiera su única salvación mientras venían por él. *(¿Se afanaba en medio de un sueño o de una pesadilla?)* Por fin se metió con la puerta en el vestíbulo, arrojándose y cerrando desde el suelo con un puntapié. El busto del Generalísimo, nimbado como en una siniestra aparición, fue lo último que vio casi al par que el portazo.

Raudo y sofocado se incorporó de hinojos para dejar las cerraduras en estado original.

Estaba dentro.

Y con él, el cocker.

El perro giraba a su alrededor arrastrando por el parqué hocico y orejas; leal, expectante. Intempestivo. También los faros del Golf parecían querer buscarlo a través de las ventanas. Se agachó junto al animal, agarrándolo y acariciándolo, no fuera a darle por retozar o ponerse a ladrar.

¡Dios, qué hacer!…

Por la escalera descendía una tenue, dorada y sonora iluminación.

Quería reaccionar.

Se apagaron faros y motor. Se irguió despavorido.

Se oían risas y cuchicheos. Algo tenía que hacer. *Algo*.

Y sin saber con precisión qué, empezó por desprenderse de las zapatillas y echarlas a la bolsa prevista, luego agarró al cocker —¡jodo, cómo pesaba!— y aún permaneció con él en brazos en mitad del salón, que tenía penumbra de club nocturno. *¿Y ahora?*

Dos sombras sí que retozaban hacia la puerta.

Se arrancó en volandas con el animal, subió las escaleras renqueando

hasta el cuarto de baño de la primera planta —muy cerca sonaba una música suave y melodiosa—, abrió la ventana y lo dejó caer sobre los rosales que crecían en la trasera del edificio. Los aullidos del perro, de sorpresa y disgusto, se confundieron con los del resto a la vuelta de la esquina. Al salir del cuarto reparó en la de enfrente: una minicadena reproducía baladas y un enorme oso de peluche descansaba en el centro de la cama, cuyas sábanas despedían reflejos acuosos. Lo examinó todo en una fracción de segundo porque si le dedicaba uno entero lo pillarían in fraganti. La cerradura cedía amable y cantarina. De puntillas, detrás de su corazón, hacia el nicho tortural. Rentable.

Demasiado tarde.

Apenas encaramado a la puerta del cuartucho, la mampara de cristales nublados le volcó las luces del salón, estampando su borrosa silueta de mono acongojado en la pared del comedor.

Se apeó con la respiración contenida, a modo de conjuro contra el sordo repliegue, y se encerró entre escobas y fregonas.

No le habían oído; seguían las risitas, voces femeninas, arrullos. Absolutamente desconocidos. Y luego, tras una danza de pasos saltarines por la escalera, tornó el silencio.

El músculo cardíaco empezó a bajarle de revoluciones.

Afinando oídos, pausado y sigiloso, fue emergiendo del encierro provisional…

Avanzó hasta el borde de la mampara.

Música y murmullos procedentes del mismo lugar.

Encima de la barra habían dejado latas de refrescos y emparedados plastificados.

A ritmo anaeróbico, con los cinco sentidos aguzados, emprendió la escalada. Se introdujo en la alacena, se descolgó boca abajo a cerrar la puerta del escobero, tiró de la celosía. A esperar.

Y a respirar.

¿Quiénes eran? ¿A qué llegaban? *¿Furcias adelantadas?*

Pisadas. Acto seguido una mano que se posa en el canto del biombo, una tela que ondea y la araña de luces que satura la estancia de una claridad flipante: el cuerpo moreno de una mujer que, apenas cubierto por una bata de raso sin abrochar, exhibe a la soledad de la casa y al mirón accidental una concatenación de curvas firmes y bronceadas. Los muslos intembleques al caminar. El vello púbico afeitado primorosamente por los flancos. Los hombros, huesudos, los pechos altos y redondos y el torso decreciente sin pliegues hacia el talle. Entró en la cocina y abrió el frigorífico. Pasmosa visión. Nada que ver con las fulanas de antaño.

¿Comenzarían hoy la reunión con la bacanal? Llegaba otra.

Otra, morena, en camisón cortísimo y transparente —los ojos casi se le salen por los rombos de la celosía—, que también se llegó a la cocina.

—Estás preciosa, Yénifer —oyó que la recibía la de dentro.

—Oh, Laura, oh, oh.

Salieron abrazadas y ralentizadas por la pasión. Se giró la tal Laura y de cara a su amante, senos con senos, pubis con pubis (el de Yénifer no sólo no estaba afeitado, sino que era un triángulo poblado y negro como una mancha de aceite de motor: un símil nada lírico, pero a su mente tal era el color y tal la densidad), labios con labios, lengua con lengua, se frotaban lentas y verticales. Cuando se despegaron, lo hicieron con alegre premura, y lo último en que se fijó antes de que se quitaran de su vista fue en las nalgas de Yénifer (anchas y demasiado laxas para su gusto, el único defecto que apreció) en las que iban las ávidas impresiones digitales de Laura.

La araña quedó encendida, palpitante; como alguno de sus miembros.

Parpadeó; parpadeó para salir del maravilloso estupor que el albur había puesto delante de sus ojos. La coyuntura de espía por esa noche estaba terminada.

Había sido una falsa alarma —una de amor lésbico—, y él no tenía *nada* que hacer allí.

Ecos de melodía, bisbiseos de gozo.

Cruzó el salón con el celo enfocado en lúbricos rodamientos por sobre sábanas arrasadas, imaginándolas superpuestas en un éxtasis detonante de sensualidad, fogosas sin violencia, tensadas de placer. Escenario de flagrantes caricias, magreos, lambetazos…

Aguantó la tentación de fisgar tan fantástico espectáculo, descubrió sobre la barra del bar extractos de cuentas bancarias, arrampló con algunos y desfiló al exterior.

Afuera, el cocker le ladró inmisericorde. Se cuidó de franquear la puerta secreta sin el can y de echar el candado, y se escabulló en el contorno negro a tres patas.

3

Ambulaban por la plaza en vigilancia de bancos. Fuerzas de Seguridad del Estado como guardias privados y gratis pagados por la nación para proteger los intereses exclusivos de la patronal bancaria. Papel mojado que es la Constitución para el eterno poder fáctico.

Habían empezado una hora antes de que se iniciara la apertura al público y el resto de la mañana transcurriría de igual modo. Con el *chopo* a la funerala, Salva se paseaba aburrido (sólo distrayéndose con su sombra sin tricornio y con fusil: tal que un partisano que hubiera tomado al enemigo un punto neurálgico. ¡Le encantaba!), en tanto que el cabo peregrinaba de un banco a otro a que el director le firmara la presentación. Cuando volviera seguiría sin hablarle. Al final, el hombre tuvo la valentía moral de no dar parte de su supuesta insubordinación, o si lo hizo el brigada le paró los pies. Prefería creer la primera.

A este paso voy a enemistarse con el Puesto entero y me voy a caer con todo el equipo.

No poder contenerse ante la injusticia o el despotismo, no ser capaz de imposturar un grado de hipocresía —«veladora y valedora, querido Salvador»—, podría acarrearle la imposibilidad de consumar la lucha contra la banda cuatreril, de la que gradual y poderosamente iba sabiendo más y más.

Más y más. Hasta neutralizarlos.

Al poco de regresar el cabo, la emisora pedorreteó su indicativo. El cabo contestó *adelante* y enseguida *recibido*. Llamó a Salva y la patrulla, en silente celeridad, acudió al cuartel.

En la oficina del comandante de Puesto hallaron a éste y al director del colegio. Su presencia resultaba habitual en época de exámenes. El cabo dio novedades y el brigada les dijo que se quitaran el uniforme: continuarían el servicio de paisano. No se lo creían, pero no preguntaron.

Cosas de la fantasía.

En el pabellón de solteros, Velasco y Monti no se ponían de acuerdo en el número de cabinas telefónicas. Carrasco ya salía en vaqueros y camiseta. Era un ambiente que seducía por lo que tenía de detectivesco y de insólito.

De quimera.

Pertrechados con ropas de calle, toda la plantilla disponible atendía las instrucciones del brigada, quien, locuaz y entusiasmado, departía órdenes y cometidos con excitación policial: intercambiando pareceres, discutiendo estrategias de vigilancia y enlace, corrigiendo en pro de la eficacia de la operación: pillar al gracioso, un simple y pueril gracioso.

Sin embargo, la Unidad vibraba como si se tratara de un empeño mucho más audaz y trascendental.

El plan consistía en vigilar todos los teléfonos públicos; se presumía que de uno de ellos el bromista hacía la llamada, amenazando de bomba el colegio, por regla general entre media y un cuarto de hora antes del comienzo del examen. Para el de esa mañana faltaba una hora.

El brigada se había propuesto resolver, de una vez para siempre, el

cíclico y crónico problema del colegio, y tal era su reflexivo apasionamiento que hasta Carrasco se había apuntado.

No obstante, el suboficial no perdía de vista el riesgo que corría. Era consciente de que había retirado a la patrulla de la vigilancia y protección de los bancos —de la Gran Patronal—, y que si tamaño atrevimiento sin consultar con la Cúpula llegaba a oídos de ésta en cualquiera de sus planas mayores, tendría un serio problema.

Dejó de peinarse con los dedos y espoleó a los guardias a salir según el plan. Pero aún quedaban dos puntos TPP (teléfono poco probable) sin vigilancia. Voceó en el pasillo:

—¡Dolores!

Luego mandó al guardia de Puertas ciertas gestiones. Localizado el Gómara, sobrio y dispuesto, le dio instrucciones, lo trasladó con su nuevo coche particular —seguía sin escarmentar—, lo apostó en el Manola con un chato de vino y siguió repartiendo espías.

Se limitarían a anotar la hora exacta y los rasgos físicos—si es que no eran conocidos— de las almas que hicieran uso del teléfono. Más tarde, el brigada cruzaría los datos con el director, que en el centro escolar habría recibido la llamada, suponiendo que ese día se produjera; lo que inquietaba al suboficial pero arrebataba a sus hombres, que estando o no de servicio se habían apuntado a una operación novedosa y genuina. Incluso Goyo, que azada al hombro salía para su huerto, fue capaz de interesarse, atendiendo por encima de las puntas bucleadas de su mostacho con mirada incrédula y un punto recelosa, pero que a medida que comprobaba el formidable despliegue, se involucraba de un modo que delataba el repentino despertar de una vocación primigenia, cabal, entusiasta. Fulminada. Su semblante repetía el de sus compañeros. Su incorporación, junto con la de Carrasco, fue la que más le sorprendió. Tan sólo Nieves se movilizó rezongando porque tenía día Libre, pero a la vista del ajetreo no tardó en animarse.

El brigada se movía en un ansia de dicha. Se le veía ilusionado por recuperar, al menos por unas horas, la belleza de su profesión. El espíritu del Reglamento influía positivo y tangible en aquellos hombres apabullados por las Academias Diarias y las Instrucciones Particulares. Lejos de las maniobras propagandísticas de la Cúpula —desfiles, filigranas, misas, vítores—, él era capaz de enardecerlos con sólo una sencilla misión de vigilancia, esa clase de misiones que repercuten en la sociedad en general y no únicamente en una parte, privilegiada o afín.

Les insuflaba un inopinado ardor policial que el hálito de la Bestia les había incinerado hacía mucho.

Pero ahora les resurgía como ave Fénix renacida de la memoria antes

de que cobraran el primer trienio.

Coletazos de una abonada agonía.

Aquel arrojo tenía algo de furtivo, de exaltación y de congoja.

Daba asco. Daban poquísimas ganas de hacer nada.

Pero ese día era la excepción.

Se han propuesto —la vibración está en todos— acabar con la alarma social de un niñato y lo van a resolver. No será motivo para hacer una rueda de prensa. Pero les va a permitir que, por una vez, puedan realizarse como profesionales, sentirse útiles, actores de una difunta pasión en un intermedio de la perpetua farsa.

Al cabo de veinte minutos de espera, el director se acercó a toda prisa a comunicar al comandante de Puesto que la llamada se había producido.

La cabina bajo su vigilancia quedaba descartada. Impaciente, agitado, el suboficial recogió a Salva, cuyo teléfono estaba, asimismo, limpio, y se llegó a la plaza.

Junto a la única cabina telefónica, el guardia Goyo, sin dejar de atusarse los bigotes, conversaba o reprendía a dos muchachos que el director reconoció como alumnos suyos.

Titubeaban, hablaban y se callaban los dos a un tiempo. Goyo, con pinta de labriego que se lía un cigarrillo, se había lentificado junto a la cabina con esa picardía que los *caimanes* adquieren con el paso de los años —inadmisible, por otra parte, en los manuales de espionaje y seguimiento de los Grupos Especiales de Información—, les había escuchado y ya identificado como guardia civil les pedía explicaciones. Los aficionados a las llamadas de bomba no habían contado con semejante posibilidad y se hundieron más aún al ver llegar al director del colegio, acompañado del brigada de la Guardia Civil, al que sin duda reconocieron.

Asustados, admitieron allí mismo —entre otras cosas porque no eran conscientes de su actitud delictiva— su culpabilidad.

El brigada encargó a Salva que avisara a los demás de que la operación había concluido. Al conocer éstos que el resultado había sido positivo, incluidos el borrachín Gómara y la mujer del comandante de Puesto, y su trabajo harto efectivo por el sólo hecho de que nadie les había dado esquinazo, les exaltó como si indemnes volvieran de ganar una guerra.

Se cerró un servicio de los que no figurarán efemérides. Durante los días siguientes todos los guardias lo comentaban y a cada día que pasaba le añadían algo y Salva se asombraba de cómo de la historia de cada uno —apoyarse en un coche o sentarse en un banco y mirar— se hacía poco menos que una novela de aventuras. La cantidad de cosas que les habían ocurrido en ese tiempo de centinela no tenía parangón con cien días de servicio en sus vidas cuarteleras.

Por un momento, Salva había recuperado parte de su sueño. Ser guardia civil podría ser tan fascinante…

XLVIII. LA LLAMADA DE LA PRINCESA O VIVIR Y MORIR EN LA LUCHA

1

—Gracias, Salvador. ¿Cómo te va? —se interesó el brigada, a continuación de escuchar las novedades del guardia de Puertas.

—Tirando —dijo Salva, a guisa de mantener la charla.

El brigada se encendió un cigarrillo.

—Quiero aprovechar para felicitarte por tu trabajo del otro día, el de la vigilancia de las cabinas. —Era la cuarta o la quinta vez, quizás la octava o décima, que lo hacía. El hombre se sentía tan orgulloso y satisfecho que no paraba de dar las gracias a cada uno de sus hombres—. Fue un éxito de todos. ¡Somos un Puesto cojonudo!

—Le veo optimista, mi brigada.

—Es que es para estarlo —se sonreía el comandante de Puesto—. No se tienen muchas posibilidades de trabajar como a uno le gustaría. El personal está desmoralizado, ya lo sabes tú. En los pequeños éxitos del día a día se hace el camino que permanece. ¿Cuál es la clave del éxito? No es la disciplina, trabajo, abnegación, sacrificio o austeridad; palabras todas ellas llenas de ideología. Pero vacuas. La palabra clave es, a no dudar, la motivación. Justo lo que no existe ni se fomenta adrede.

Pegó una calada y prosiguió con lo que parecía requerir una declaración exhaustiva.

—Ya sabes lo que te ocurrió con el teniente escondido en la rampa. Ese, como todos, pretendía ensalzarse a costa de correctivos. Así es como difuminan lo intolerable de su vocación señorial. Me acuerdo del que estuvo antes que Miñón. El andoba se dedicaba a perseguir a las patrullas. Era como el gato de Cheshire: aparecía cuando menos te lo esperabas; supervisaba el servicio, firmaba la papeleta, y al poco volvía a presentarse con la evidente mala uva de sorprenderlos en compostura poco marcial y pasarlos por el *Chato*, con lo cual en el Puesto todos nos teníamos que dedicar a protegernos de sus acechanzas, y asechanzas, antes que de la seguridad ciudadana o la vigilancia de propiedades. Lo peor del caso venía con las felicitaciones del teniente coronel. A algunos les ha quedado ese síndrome y de ellos poca o ninguna aptitud de Servidor puede esperarse.

Otra calada y continuó precisando:

—Dices optimista. En realidad, es justo al revés; pues que mi vida ha

sido un fracaso, y esto es sólo una anécdota, un espejismo, como la mujer que nos mandan o la celebración de la Patrona, y ya sólo estoy para dar consejos. Y ni eso. Es lo que nos queda a los viejos, y a los acabados. Y yo reúno los dos. No me hagas mucho caso. Con los consejos piensa siempre si no sería mejor hacer lo contrario, visto si el que los da es un menguado. Se acaban las fuerzas. Yo, como Cervantes, estoy más versado en desdichas que en versos. Va llegando, pues, la hora de retirarse.

—Ahora le veo pesimista.

—Es que voy a una fiesta, sabes —informó después de otra pensativa calada—. Los antiguos indios de la América del norte cuando se sabían viejos e inservibles para la tribu y ésta sufría de hambruna, se retiraban a morir a la pradera cubierta de nieve, a entregarse a los lobos o simplemente a morir de inanición. Era su manera de servir una vez más a la tribu.

No le entendía, pero le siguió la corriente.

—En nuestra sociedad no existe la hambruna.

—Pero existen los inútiles totales. Si uno no puede contribuir ni arrostrar en soledad la calamidad personal para qué vivir. De la capacidad de lucha y su esperanza de alivio deviene la felicidad. Si ser feliz es una utopía… —Se apoyó en la barandilla de la rampa, y agregó, con voz apagada—: La verdad es que las celebraciones (salgo para la fiesta de despedida de mi amigo Sebastián, el juez de Dosarcos) me gustan poco…

Apareció la señora Dolores.

El comandante de Puesto retiró los dedos del pasamanos; los tenía manchados de óxido. Se hurgó en el bolsillo y le tendió a Salva un billete, para que comprara un bote de pintura. El próximo guardia con servicio *Entretenimiento de cuartel* pintaría la barandilla a cuenta de su nómina de suboficial. Decencia profesional.

El brigada partió dejando el número telefónico en el que estaría localizado; un restaurante donde el juez de Instrucción de Dosarcos sería homenajeado por su jubilación de la carrera judicial. La soledad lo iba cercando y lo deprimía.

A partir de ahí, sin más quehacer que el paseo vigilante, el servicio se volvió pausado y pesado.

No le gustaba porque le dejaba demasiado tiempo para enredarse en rumias circulares, disquisiciones consigo mismo, su conciencia y su escrupuloso sentido del honor. Honor genuino. Al final terminaba arribando a soluciones de continuidad que no admitían otra suerte que correr sobre la pista del modo en que lo hacía. Una pista de vallas; vallas fatales: tan pronto tumbe la primera estará acabado. Pero nada satisface más el espíritu que luchar por un credo nacido de la conciencia libre —

libre de la propaganda, de los artículos y de los prejuicios.

Le valdrá la pena, ya que soporta la fluctuante zozobra saboreando el escarmiento que les infligirá, acarreando, cuando menos, el sufrimiento de ciertas oligarquías. Le llevará tiempo. Y cuando lo logre será el momento de hacer un brindis. Un brindis como el que no pensaba hacer en la segunda Patrona de su vida profesional, que estaba al caer.

Él no tenía nada que festejar.

Al fin y al cabo, la banda de cuatreros seguía operativa, más impune que nunca. Y para colmo de males no daban señales de vida delictiva. Si bien conocía que en demarcaciones limítrofes habían sido denunciados delitos similares, después de analizar el *modus operandi* había llegado a la conclusión de que sólo uno o dos pudieran ser obra de la banda. Fuera de San Juan no había modo de enterarse con antelación, siquiera para hostilizarlos al regreso a Las Torcaces.

Moisés, el ganadero vocacional, estaba siendo desdeñado, tal y como el general dejó ver en La Arteaga. Era obvio que el negocio de la droga monopolizaba el interés de vuecencia y, por ende, el de la banda, con la excepción de Moisés y quizás de Parra. Pero ni la vigilancia de la casa ni los seguimientos al conductor del general daban resultado positivo, como tampoco al comandante del aeropuerto; sobre todo desde que el sargento del GEDEX había sido suspendido de empleo y sueldo por su falta de «colaboración» y a los pocos días sancionado con Falta Grave y fulminado con doble *Pérdida de destino*.

En este nuevo asunto, Salva veía que su poder de información y represalia disminuía hasta lo inejecutable y el desistimiento. Sabe que la droga aterriza en el aeropuerto de Barajas y de allí a los cuarteles de la Zona, bajo el mando directo del general. Un recinto inexpugnable. Por nadie. Ni por políticos, ni jueces, ni guerrilleros.

¿Cómo sale de allí? ¿Adónde va? ¿Cuándo?

A partir de ahí el rastro se perdía como humo en el viento. Sus enemigos se están volviendo velozmente ricos e inalcanzables, y él, en la inopia. ¿Qué liquidez tendrán? De Urbano Arteaga poseía extractos de algunas cuentas bancarias: para estar arruinado, no pasaría penurias si estallaba otra guerra civil como echaba de menos.

Cómo salir del punto muerto le revolvía el magín.

Nada que ver con el interés levantado esos días entre sus compañeros: la reciente incorporación de una mujer guardia civil en sustitución de Jorge. Dos días llevaba en el Puesto.

Velasco había declarado que con su arte no tardaría en «rendirla». Por algo poseía una lengua que le servía para «pegar carteles de toro», maestría que, según solía fanfarronear, fue muy aplaudida (aquí Velasco se

tronchaba de risa) por Marisa, a la que se pasó por la piedra y la lengua. Cristina, que era su nombre, también pasaría por ambas. Un mes se había marcado.

El físico de la fémina, sin embargo, había decepcionado. Todos la habían imaginado una *barbie* con tricornio; pero resultó ser una hembra del montón, tipo cruasán —por sus anchas caderas—, tirando a feúcha y basta.

A él, en cambio, le pareció de un espíritu más bien indigente, por mucho que tratara de demostrar cierta vitalidad reformadora criticando el orden del cuarto de Puertas; y no contenta con eso, revisó la oficina del comandante de Puesto —en su ausencia— y sacó rápidas conclusiones de anomalías varias: la mesa de espalda a la ventana, los archivos metálicos en el rincón, el viejo aparador agobiado de literatura; y que un gato peludo con cara de fiera —la dulce *Bastet*— se paseara por dentro de las dependencias oficiales poco menos que la puso histérica. Un comportamiento insólito, sin duda. Por lo demás, esperaba que fuera una compañera competente, más cerca de gente como Monti, Félix o el mismo Carrasco.

Repicó el teléfono; el pequeño candado saltando, como queriendo escapar. Un tal Vences, de Morratal, borrachín y pendenciero habitual, andaba de pública bronca con la mujer, perturbando la calle y a sus transeúntes. Pasó aviso a la patrulla, que, no hallándose muy lejos, dio fin al espectáculo con su sola presencia. Resuelto el incidente, pensó que no tardaría en verse de nuevo sumido en cavilaciones laborales o de supervivencia, pero el aparato —y el candado— se había calentado y en seguida volvió a soltar la retahíla oficial, que no terminó.

—Hola, soy yo, la princesa verde —fue la interrupción en clave de Anabel.

Quizás no fuera muy original lo de «princesa verde» para informar de un problema, que si bien no era de la gravedad de una «princesa ámbar», ni mucho menos «roja» (este anuncio hubiera significado salir de estampía, ya que habrían sido descubiertos, en cuyo caso el cuarto de Puertas se habría quedado sin centinela), sí avisaba de un apuro que requería inmediata respuesta.

—Hola, nena. ¿Cómo estás?

Lo que se hablara a continuación sería intranscendental. El mensaje estaba mandado y recibido. El juego debía continuar a fin de no dejar testimonio a posibles grabaciones.

—Bien. Te echo de menos.

Podía ser solapado pero no falso. Extendieron la conversación por espacio de cinco o seis frases y concluyeron con un *nos vemos*. Otro detalle trivial pero verídico, como el vuelco del estómago… Redoblado cuando

encendió la radio y escuchó las noticias del tiroteo habido esa misma tarde en la capital: «Entre posibles terroristas del FRAF y Fuerzas de Seguridad del Estado».

Uno de ellos había sido apresado; el otro (posiblemente, una mujer) era buscado sin descanso.

Después de un siglo llegó el relevo.

2

Aún golpeaba la puerta según santo y seña, cuando ésta se abrió.

—Hola, Efrén, pasa —fue urgido por Anabel.

—¿Pero qué es lo que está ocurriendo? —preguntó tras ella.

Entró a la sala de estar y clavó la vista en la piltrafa de mujer encogida en una esquina del sofá, la favorita de Dioni.

—Es Elena —dijo Anabel—. La camarada que dan en búsqueda y captura por televisión.

La refugiada balbució un *hola* de trámite, al tiempo que le alargaba la mano sin levantarse. Efrén la estrechó, sintiéndola como hecha de plastilina.

—Tenemos que ayudarla a salir de aquí —clamó Anabel, yéndose a la ventana.

—¿Qué ha ocurrido? —quiso saber Efrén.

—Llevábamos Pablo y yo los subfusiles en una bolsa de deportes —comenzó por explicar la tal Elena—. En la estación de tren nos dimos cuenta de que íbamos enseñando las armas; la cremallera se había descorrido. Nos asustamos y salimos pitando. No habíamos hecho más que dejar la estación, cuando vimos a dos policías que nos perseguían. Nos separamos y aquí estoy. Esto es lo único que he podido mantener —señaló al subfusil encima de un puf—. Por lo demás, sé lo que vosotros: que han cogido a Pablo y que me están buscando.

Efrén giró una mirada de reproche a su novia.

—¿Por qué has permitido que se quede, joder —la recriminó, incapaz de contenerse—, y cómo es que conocen esta dirección?

—¿Qué querías que hiciera? Tenía que ayudarla —se defendió Anabel en un susurro extenuado, para explotar acto seguido—: ¡Tenemos que sacarla, joer! ¡Todos estamos en peligro!

Efrén cogió el subfusil un instante para retirar el cargador y comprobar que estaba descargado: su tacto fue el escalofrío del que maneja una mortífera obra de arte.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —se dedicó a la intrusa.

—Dioni me indicó desde el kiosco.

—Por cierto: ¿dónde está Dioni?

—Le he mandado a por comida y ropa —contestó Anabel, escrutando pegada a los cristales, las uñas entre los dientes. Y con voz angustiada—: ¡Pero, joer, no viene! ¿No le habrán detenido?

—Cálmate. Por ahora no podemos hacer nada. ¿Tienes tinte para el pelo?

Ella lo miró; luego a Elena. Comprendió y salió disparada al cuarto de baño.

—¿Cuál era exactamente vuestro objetivo? —siguió interrogando Efrén.

—Bajamos con la idea de ejecutar un operativo militar, dejaros las armas y largarnos.

—¿Qué tipo de «operativo militar»? —A punto estuvo Efrén de hacerle sarcásticas comillas con los dedos.

—Pensábamos robar un taxi a punta de pistola, encerrar al conductor en el maletero y ametrallar uno de los relevos en la Dirección General de la Guardia Civil; pero mira, qué putada —se quejó—. Hemos fracasado.

—*Ametrallar* la Dirección General de la Guardia Civil —se extrañó Efrén—. ¿Sin haber estudiado antes la operación…?

—¡Cómo que no! La información era vuestra —repuso Elena—. Vinimos a ejecutar lo planeado. Un par de *picoletos* —agregó con automático encono.

—Fue aquella misión informativa que llevó a cabo Dioni hace ya más de un año —precisó Anabel, de vuelta—. En la actualidad Efrén y yo tenemos la gestión de otros cometidos —continuó con ojos explícitos y suplicantes a los de éste—. Lo importante ahora es sacarla de aquí. Tengo el suficiente tinte. Vamos, Elena —tiró de ella.

El lacio y corto pelo de Elena era negro y craso, como su error.

Mientras las dos activistas se ponían manos a la obra, Efrén se entretuvo en examinar el subfusil y su munición; al contrario de la asignada oficialmente en su otra faceta, ésta sin caducar.

Subfusiles Uzi. Arte. Mortal y moral en un momento dado: en ningún caso contra sus propios compañeros. Qué inútil estrépito. Si algún guardia civil —o alguien que vistiera el uniforme— tenía que recibir aquellas balas, ciertamente no eran los que hacían la guardia de seguridad en los exteriores de la Dirección General. Los indudables objetivos se resguardaban bien adentro: jerarcas bunquerizados por los interfectos a manos de asesinos que ven los pilares del Estado en los hombres que salen

del pueblo y no en la clase dirigente que arrastra poder desde el pasado.

Llamaron a la puerta. En clave. Dejó de inferir y abrió a Dioni con las compras: un pantalón de pana, un polo falso de marca y una rebeca de rayas, grumosa de bolas de lana retorcida. Una combinación de vestimenta inclasificable que cualquier día un modisto famoso y ladinamente estrafalario saca por la tele y se hace más famoso aún, ya que semejantes extravagancias serían aceptadas con avidez por esa multitud próspera y casquivana que prefiere gastarse el dinero en frivolidades antes que ayudar a regenerar un mundo maltratado y desigual.

Por eso el Frente Popular.

—Saldremos a la medianoche —resolvió Efrén, tan pronto retornó la transformada Elena.

Rubia pajiza y maquillada, Anabel la había dejado desconocida. Incluso la palidez del rostro había desaparecido. Después de vestirse con las ropas que había traído Dioni, quedó del todo otra. Menos asesina, tal vez. Si el enemigo no tenía sospechas concretas de la casa de Anabel, Elena podría salir a la calle y no sería reconocida como la terrorista que unas horas antes se paseaba con una Uzi dispuesta a ametrallar el relevo de unos trabajadores.

Qué desatino. ¡Qué acierto para la Cúpula!

Se encaró a la activista.

—Una cosa tenéis que saber: nunca más volveréis por aquí. Tanto si os hace falta como si no. Somos un comando de legales y no queremos más complicaciones. —Elena asintió con un movimiento laso de la teñida cabeza—. Las acciones vuestras en la capital no pueden continuar en tanto no exista una infraestructura fiable. Y esto que ves, no lo es. ¿Está claro?

Elena volvió a asentir, y esta vez habló:

—Desde luego, camaradas. De todos modos, nos hemos quedado sin comando operativo en todo el territorio nacional. Va a costarnos mucho rehacernos por arriba. Pasaremos en Francia una temporada, hasta tanto podamos reorganizarnos. Sólo vosotros quedáis como comando legal. El centro, y en realidad todo el Estado, es vuestro.

Efrén se dio por complacido. En adelante estaría muy pendiente de asegurarse el absoluto control del CC.

Empezó a repartir instrucciones.

Como el arsenal crecía, pidió a Dioni que se trajera el cofre de chapa que usaba en el kiosco como contenedor de revistas desechadas, jeringuillas, *caballo* y demás útiles para mantenerse con vida aceptable. El nuevo contenido serían tres revólveres y un subfusil. Como Dioni quería creer que primero era el CC y después la heroína, trajo el arcón. A su regreso, Efrén ya tenía preparada la documentación, la suya y la del *forito*.

Cenaron frugales —pan de molde, mortadela y leche— y por indicación suya, Elena se tragó una pastilla para dormir. Antes de que la gragea hiciera sus efectos, la mujer yacía adormilada en los asientos traseros.

Partieron.

Efrén sospechaba que algunos de los coches que circulaban por los alrededores eran vehículos camuflados de la Policía. Uno de ellos el detenido a su izquierda, mientras aguardaban a que cambiara el semáforo. El acompañante del conductor colgaba el brazo por la ventanilla. En su muñeca lucía una gruesa cadena de oro; demasiado llamativa para ser bisutería. Aparte del atributo, Efrén sabía que eran policías. Sonrió al recordar la sagacidad de Marisa. Desvió los ojos. Dos miradas enfrentadas portan informaciones delatoras: un futuro polvo entre una pareja que se cruza; la excitación de un perro que se percata del pavor del pusilánime; el artilugio o la prenda que acabas de mangar en el centro comercial…

La terrorista que fugas clandestinamente.

Cambió el color del disco y los coches se pusieron en movimiento en direcciones opuestas. A los cinco kilómetros un control de la Guardia Civil en la autovía retenía de un modo aleatorio los vehículos que querían salir de la capital. El *forito* fue apartado al área de controles.

Efrén se bajó y se identificó como el Guardia 2º Salvador, perteneciente al Puesto de San Juan de la Sierra.

—¡Hombre! —se alegró el suboficial, desviando la linterna de la Tarjeta de Identidad Militar—, dale recuerdos al brigada Ramón, de parte del sargento Eleuterio el Maño. En cuanto le digas mi nombre y el sitio donde me has visto, en seguida se acordará de mí. Sigue, pues.

—Gracias, mi sargento. Se lo diré. A sus órdenes —se despidió.

De vuelta al volante, reparó en la cara de Anabel: tal que un pase de diapositivas repetidas, resaltaba sudorosa y vitrificada al giro añilado del rotativo luminoso.

Reincorporándose a la circulación, el sargento le felicitó con un guiño:

—Qué bien acompañado vas, ¿eh?

—No es lo que parece —Efrén agitó la mano y aceleró autopista al desahogo.

Y es casi nunca nada lo es. A fuer de irreductible, Efrén lo había aprendido de errores y fantasías ajenas. Más atroz que equivocarse es no aprender del yerro. No era una idea suya pero se aplicaba el cuento. Tenía mucho que dar y probablemente recibir. Una ley del juego que había aceptado desde el momento en que atacó a la banda de cuatreros o desarmó a Zipi y Zape.

Atrás la dirigente de la organización FRAF, con las rodillas en el

pecho, dormía hecha un tres, ajena a la muda tensión de sus camaradas.

Efrén ardía por preguntar, por llegar: por soltar aquella carga intolerable y sublevarse.

A fin de no invocar la desventura no hablaba y ella sólo miraba las estrellas y la interminable carretera.

Cuando los faros alumbraron una señal que indicaba VALENCIA 20 KM, Elena comenzó a rebullirse, pronunciando frases incoherentes salidas del letargo químico.

Anabel la terminó de despertar.

—Querida, estamos llegando.

Elena se irguió, incrédula.

—¡Joder, es verdad! —exclamó con voz pastosa y feliz—. Lo habéis conseguido.

Ella se recuperaba y la noche desfallecía, un trazo de horizonte todavía indeciso.

Pidió que la dejaran en cualquier parada y con algo de dinero que le entregó Anabel, la vieron desaparecer en el primer buhobús que pasó.

Los pilotos se dieron la vuelta y ahora era Anabel quien conducía.

Efrén no esperó.

—Explícame lo que te traes entre manos.

—¿A qué te refieres?

—Lo sabes. Hablo de tus intenciones de causar daños personales en el ataque al Ministerio. Un plan tuyo y de Dioni, sin consultarme. Ahora estos dos mentecatos sanguinarios que venían a por muertos. Lo sabías y tampoco me dijiste nada.

Anabel retorció las manos alrededor del volante. Abstraída en la conducción, podía eludir la mirada de aquellos ojos rabiosos, incomprensiblemente rabiosos. Son soldados de la resistencia, no militantes de Médicos Sin Fronteras.

Efrén arremetió:

—¿Cuál es mi papel en este tinglado? ¿Terminar muerto cuando esté exprimido?

—¡No! —se revolvió ella, con tan nítido enojo que le sorprendió—. Todo lo que yo sé, lo sabes tú. Dioni me dijo que bajarían a traernos armas. No nos dijeron nada de ejecutar acciones. Esa información es muy vieja. Pablo se la llevó después del tiroteo en el merendero.

—Tampoco sabías la táctica a emplear en el Ministerio —contraatacó Efrén.

—Otra vez vuelves con eso. Acordamos poner dos bombas. De todas

formas, aquello ha pasado, lo aclaramos y ya nada se hace sin que tú lo apruebes.

—Lo que me preocupa es que no entiendas que de ese salvajismo no se obtienen beneficios para la Causa. Se trata de asalariados cuyas muertes no habrían presionado al Gobierno ni tres telediarios. Erráis el objetivo. La mierda flota. Los pancistas hijos de puta que están arriba son los que deben ser limpiados. Creemos en una lucha trascendental, y si hemos de morir, que sea como creyentes de un ideal superior; no como psicópatas.

—Lo importante es dañar cualquier rueda del engranaje —repuso Anabel con los ojos ahusados a la carretera, su talento alzándose como la alborada: fría, imparable. Impía—. No pasaremos de ser una facción simbólica si no ejecutamos acciones que nos den fuerza y prestigio. Caeremos. La suerte y el tesón revolucionario no estarán conjurados eternamente. Vivimos en la onda tras el impacto de la piedra en el agua. Sintámonos. Apuremos la vida antes de que la flacidez y el acomodo nos hagan caducos y patéticos. Vivir es sentir. Y sentir es arriesgar. Tal vez morir. Pues que sea en plena pasión. Un cuerpo hermoso, una mente lúcida, un espíritu indomable. Eso somos tú y yo: agitación, viento y fuego —se expresó enfurecida. Sus ojos nato e imparpadeantes casi se cerraron para reconcentrarse, más que en la exigua circulación, en una fijación sin titubeo—. Que nos sirvamos de la lucha armada se debe a que otro medio eficaz no está a nuestro alcance. Somos muy pocos contra muchos y muy poderosos. Claro que caeremos. Hasta entonces, dolor para todos: para los gobernadores y para los colaboracionistas. Es la rebeldía que tú y yo compartimos. O eso me parecía.

Hizo una pausa: una riada de camiones de todas clases, formas y tamaños ingresaban en la autovía desde una explanada con altos y chillones rótulos de neón, como si un toque de generala los hubiera movilizado y alguien hubiera dado orden de formar en fila de a uno.

—Es una guerra y en las guerras cuentan tanto las bajas de los soldados como la presión social que genera cada víctima —siguió exponiendo después de adelantar al tráiler que iba en cabeza, a modo de vehículo gastador—. La parte de sociedad que se vea afectada estará pagando la culpa que le corresponde, pues con su molicie o su indiferencia contribuyen a sustentar al Sistema. Y quien sustenta al enemigo es igualmente enemigo. Sin remordimientos. No podemos permitirnos el lujo de lamentar esas desgracias fortuitas, en las que, por otro lado, no hay nada personal. Que despierten, que entiendan de una vez su culpabilidad. Puede parecer cruel, pero la guerra moderna requiere incidir en la retaguardia. —Suspiró, para concluir conciliadora o resignada—: Pero ya ves que no hacemos nada sin consultarte antes; de hecho, diriges tú.

Efrén se sintió trastocado o era ella la afectada: ante su crudo y

convencido alegato sus convicciones se tambaleaban. Se desmoronaban.

Y sin embargo, lo insostenible era lo de ella. ¡Camina a la locura!

Sobreponiéndose, porfió:

—Pues desbarráis. Así lo único que se consigue es crear una aureola de condolencia que blinda aún más a la vieja guardia. Atentar contra guardias civiles… ¡Vaya gilipollez! Es a los putos potentados a los que hay que zumbar, ¡qué hostias!… —Se paró.

La ira no le dejaba expresarse ni persuasiva ni serenamente.

—Si no recuerdo mal, eso fue lo que dio base a nuestra alianza —apeló.

No quiso concretar que se refería a la alianza del amor. La fusión de una atracción mutua, física, sensual. Espiritual. Agitación, viento y fuego. Que culminó en convenio de guerra.

Quien dijera lo de no mezclar el amor con los negocios, sin duda contó una experiencia. No lo quiso mencionar. Su discurso expiraba o se repetía. Demasiado cuando se alude a muertos y conflictos de conciencia.

Ella conducía absorta, como a los mandos de un artefacto alucinante.

Los faros abrían la noche a ras del asfalto. Tras ellos despuntaba el día. *¿A qué clase de crepúsculo iban ellos?*

—Cuando es por la Causa, es necesario. Es imprescindible. Si no actuamos así, mejor nos sentamos a ver la tele a consumirnos; atontados pero alegres. *Vivir y morir en la lucha*. ¿No era ese nuestro lema? Y no asesinamos: destruimos. Mostrarnos piadosos o temerosos sería ensoberbecer al enemigo. Que el dolor infligido a terceros sea intemperante y descomunal es parte de la contraofensiva. Defensa propia, al fin y al cabo.

Efrén escuchaba su irrefragable inspiración sin capacidad de recobro ni censura.

—Es en la reflexión y la lectura, y no en el arrebato, donde hallamos los argumentos más sólidos a nuestra lucha. Las masas sólo responden a la mercadotecnia y a los líderes de paja financiados por corporaciones macroeconómicas. Líderes que jamás pasarán de la retórica y la afectación. Nosotros sí. Hasta las últimas consecuencias: hasta la fatalidad si no queda más remedio. Con ese afán me conduzco. Si tenemos localizados al enemigo, vayamos por él.

—Yo también pienso así. Pero la diferencia radica en la importancia que cada objetivo ocupa en el entramado —rebatió Efrén, con escasa energía—. Asesinar o destruir a un *número* no revierte en la Causa ni alienta la subversión.

—Pero reporta publicidad.

—Eso es execrable.

—La lucha ha de ser multiforme e imaginativa. Ningún triunfo se corona sin miseria. Qué me dices de la banda de cuatreros. ¿Cómo piensas pararlos?

—Los mataré si hace falta.

—Y luego…

Efrén quedó en silencio.

Ella reanudó pujante:

—Es el Sistema el que está podrido. Tal vez sea una quimera destruirlo. Pero aterrar y huir es nuestro gozo, aunque al final acabe en un pozo —agregó irónica e irreducible—. Tú, en cambio, consideras esa lucha como la única urgente y terminal. Pero eso no arreglará nada.

Consumó un adelanto y retomó el tono admonitorio:

—Tu egoísmo o tu ansia de justicia inmediata, llámalo como quieras, te está llevando a una cuestión personal. Y eso sí que es un error. No sirve de mucho golpear tan minuciosamente. Tanta concreción estimularía la maligna avaricia de otros oligarcas y el Sistema ni se resiente.

Se interrumpió, la mirada siempre al frente. La luz del salpicadero le untaba la cara de un verde anémico que no bastaba para mitigar su rostro anguloso: implacable. Impecable.

Sus labios ondularon con menor aspereza:

—Pero estaré contigo. Aun siendo una equivocación, lo estaré hasta las últimas consecuencias. Aunque me cueste mi perdición. Te necesito al margen de ideales. *Quid pro quo*. Vale: primero los cuatreros. Que se jodan los del Comité. Quiero demostrarte mi amor y mi verdad cuanto antes. Dices que tu objetivo es asequible y el mío no. Escúchame: puedo ser tan feliz persiguiendo sueños como alcanzándolos. Destruyamos esa banda y luego me darás la razón. Te quiero —remató fría y aquiescente.

Desarmante.

Efrén se conmovió y se estremeció.

—Yo también te quiero —dijo. *Mucho*. Acarició su mejilla.

Tomó aire.

Trataba de ventilar sus cavilaciones.

Era justo volcarse en común. Contaba con ella y ella con él.

Justo y esencial. Pero ¿*quién* es el que está más cerca de lo esencial?

Atentar sin discriminar es errar. Sería vivir con la conciencia cargada de culpa. A menos que uno acabe convertido en un animal. En un *patas*. Hay que actuar sin hesitación. Sin hesitación pero con juicio. No puede ser lo mismo escarmentar a la banda de cuatreros —aun con sangre, saña y

alevosía— que asesinar a un oscuro funcionario de quinto orden. Lo lógico, lo productivo —lo satisfactoriamente moral— sería irrumpir en los bufetes de la casta y al poco salir a la carrera dejando atrás cráneos reventados.

Pero ella ha dado en la diana. ¿Y cuando acabe con la banda, qué?

¿Buscará otras bandas de malhechores?

¿Tendrá razón cuando afirma que lo suyo se reduce a una cuestión personal?

He ahí la pregunta del millón, quinto.

Le ama. Casi no importa lo demás.

Dudas horadando planes y quimeras, como la vida de Elena o de los otros camaradas, obtusados para discernir en qué muga estará marcado el desenlace. Por primera vez se percataba de las diferencias ideológicas, que acaso fueran indilucidables, una inflexión imprevista que le obligaba a replantearse el feroz entusiasmo con que persigue la aniquilación de la banda. Neta obcecación… Bueno, ¿y qué? Se lo dirá después de verlos caer. Es una obsesión. Toda violencia no surgida del íntimo agravio es mero impulso de codicia o demencia. En cambio, ella y los suyos aspiran a derrocar al Sistema —¡derrocar al Sistema!…

«Se puede tener el quijotismo contra una anomalía; pero tenerlo contra una regla general, es absurdo.»

¿Qué quieren los jefes del sibilino Comité Central?

¿Qué esperan arrancarle al Estado?

¿Qué opinará el brigada de ello?

Qué buscan o qué busca ella o cómo seguir en el dédalo revolucionario sin acabar extraviado en un fanatismo vesánico, es más que una encrucijada: un dilema vital. Anabel insistía en que el camino emprendido era el correcto porque la injusticia social era grande y soterrada. Él creía en ello. Pero mirar al infinito no puede ser eterno y luchar con fe ciega y sin límite tampoco.

Mordido por las sombras de la noche, un toro amnistiado les escoltaba. De pronto desaparecía o bañado por la luna esbozaba el espinazo, la cornamenta encumbrada vigilante, las patas difuminadas por el campo negro. Parece que viene hacia ellos o que corre paralelo a su viaje como un delfín de tierra.

Al alba, su faz nimbada se insinuó como un retazo mayestático de noche errante.

Entraron a Matallana.

Acurrucados se avinieron en silencio, sumidos en pensamientos y olores fluctuantes: una escapada metafísica de dos modernos partisanos urbanos impulsados por la necesidad extremista y lo menos atroz factible,

infirió Efrén, y se dejó adormecer por la diosa de la mañana, que abría las puertas al carro del sol, aclarando sus rostros, sus ánimos y quizás sus ánimas; los cuerpos yacentes, lustrosos de sudor y roce, las manos juntas. Soma y psique. La reiterada delectación de que es la más hermosa, en el cuerpo y en el espíritu, calándole los sentidos, extasiándole cuando embalada de revuelo ella desplegó sus dorsales como el disco tras la cabeza de una naja, a horcajadas estrujándole, entrambos trabados —agitación, viento y fuego—; hasta licuarse tal que las lágrimas nacidas en los cristales de las ventanillas en las que relumbraba el orto.

Nació otro día. Pasó la noche y con ella la angustia que perduraba en su mente como una pesadilla de la que, casi a su pesar, retenía todos los detalles.

Sin novedad. Eso era lo importante.

Rio sardónico para sus adentros mientras arrancaba. Luego se entristeció al pensar que tenía que separarse de ella y regresar al cuartel, ese edificio que alineaba menos que alienaba.

Pero en algún sitio tenía que acostarse.

3

Una vez en su cuarto, acuciado por una extrema falta de sueño, se puso el pijama, bajó la persiana y se arrojó al castrense catre. Dormiría hasta cinco minutos antes de salir de servicio, unas tres horas y media.

Entonces rugió la eterna canción sin nombre del Polilla.

Salva sintió que el apagado retumbe veteado de chillidos o la adrenalina sacudía su cerebro.

Echó pies al terrazo.

—¿Tienes ya título? —Quién podía resistir aquel enigma torturante.

—Aún no —se lamentó Monti—. ¿Se te ocurre alguno?

—No. Ni idea.

El Polilla, abstraído en la indescifrable pantalla, sólo quería saber eso, así que se iría a la cama. Lo veía rodar el ratón a espasmos, los ojos fijos en menús desplegables por los que iba y venía sin aparente emoción. Se escuchaba un retumbo de melodía o una estridencia fugaz y cuando el eco aún no se había extinguido surgía otro que a su vez no tardaba en ser desquiciado por otro tan raudo, poderoso y efímero como el anterior.

Resaltó unas ondas de sierra que arrastró o borró y quedó un ulular sin trabas.

Salva se quedaría un minuto.

La obertura apenas había variado. Predominaban los ritmos acústicos, alegres: puntazos de instrumentos que prorrogaban una sonoridad exaltada, casi jocosa; pero había intercalado más ramalazos broncos que bien podían ser raptos de pesar o de ira, y éstos acrecían y dominaban confirmando a Salva que aquel himno era el de su sueño machacado.

Se quedaría el tiempo que hiciera falta: hasta conocer en qué paraba aquel vaticinio de gradaciones y degradaciones. De zarandeo y frenesí. De éxtasis.

Monti comenzó a mostrar signos de agrado, asintiendo con mirada perdida. Describía movimientos ondulantes con la mano cuando, de golpe —y porrazo— la descargó sobre el teclado.

Pantalla y sonidos se trastornaron. La primera, en una guillotina de notas febriles; los segundos, en un estridor tardo y creciente como cubos corroídos ascendiendo de un pozo insondable —el pozo del fanatismo— del que acarrearan un cisco de lamentos que imprecaran contra una suerte de desdicha innominada. Salva tiritó. Las salidas estereofónicas chillaban una laboriosa vibración que dentaba el sistema nervioso, o el alma; en rachas esporádicas irrumpía un rasgado grave, para escalonadamente dominar y metamorfosear toda la cadencia inicial en un hueco, profundo, ronco aullido que espeluznaba por su similitud con gritos proferidos bajo una almohada homicida.

Monti detenía, reproducía o editaba con veloces y nimios cambios que Salva apenas era capaz de reconocer, de discernir los nuevos o retocados tonos; pero sí el matiz emocional, un apunte de rabia o de chasco en un enojado incapaz de canalizar la angustia de su hálito sofocado.

Acústicas sensaciones saturan la atmósfera del cuarto como un globo que se hincha, se hincha, parece que va a reventar…

Y revienta.

Y en el hongo de la explosión se elevan tundidos espíritus, resonancias voraces, ánimas crispadas.

Los dos formidables bafles apostados en las esquinas —como bramidos espectrales— palpitaban sus membranas conmocionando aquella atmósfera de aire muerto, se saturaban de clamores y reverberaciones y así el cuarto militar que retumba huraño, furibundo. Presagiante.

¿Presagiante de *qué*?

Salva sentía la piel erizada. Un estremecimiento parangonable al ocurrido en un patio y un tiempo en que con paso rítmico y brazos oscilados se dejaba acarrear por la banda militarra. Sólo que ésta impelía la traslación al unísono; aquélla a la rebeldía, a la escapada del tinglado comunal *(Vivir y morir en la lucha)*, a la aproximación temeraria al límite de lo permitido… para traspasarlo y aceptar las resultas sin complejos: la

de la congoja subsiguiente al periplo invicto en la lucha armada.

Cesa la pavorosa sinfonía, bruscamente. Uno se halla en mitad de un silencio inverosímil. Ha sido la desesperada carrera de una criatura que huía de algo, y tan ofuscado iba que se ha frenado ya dentro del precipicio, del vacío, muy cerca de la superficie exuberante sobre la que hasta hace un instante se abría camino, pero sin poder asirse.

Se agarró al respaldo de la silla de su amigo.

El vértigo fue dominado.

La pantalla es ahora un desolador escaque negro.

Y bajo sus pies, suelo.

Es cuando el vello de la piel debiera volverse laxo.

Pero no.

Ondulan sensaciones que cuartean el aire en el filo de la mutación de la ira de los sonidos en una clase de estallido físico que ponga en libertad todo el furor animado por el craso infortunio uniformado.

Monti expresa sentimientos que escapan a su propia comprensión. Disueltos en aquel lirismo trepidante, es únicamente Salva quien alcanza a penetrar la exacta armonía: el grito subliminal de los que pugnan sojuzgados, enredados en una telaraña invisible y pringosa que los postra al compás de una nómina escueta pero segura. Inmolados al feudo. Y ellos lo saben. Y ellos…

Ellos *no* pueden hacer nada. N-A-D-A.

A diferencia de Monti, él logra aislarse del entorno para descomponer los mil intrínsecos detalles de su calamidad benemérita. Es un loco razonable, un paranoide estricto, militante de un empeño gentil y alucinante. Un moderno Quijote que blande un ridículo puñal, sin celada y sin adarga que valga, delante de una banda a la que le da la risa, pues en vanguardia y retaguardia aventan su ruta una falange de molinos verdes, aspados, desaforados. Imbatibles.

Al igual que el Ingenioso Hidalgo, él se debate con la dicotomía idealismo-realismo, azuzado por la creencia de que las andanzas de aquél le revelarán los errores que no deberá cometer. Son ilusos. Son damnificados: damnificados sin tregua.

N-A-D-A.

—¿Qué te parece?

Salva se captó balbuceando sin saber qué responder.

—¿Vivir y morir en la lucha?

—¿C-Cómo?

—¿Crees que eso de «Vivir y morir en la lucha» es un buen título?

—No sé…, n-no se me ocurre n-ninguno mejor —trató Salva de explicarse, sin poder dejar de tartamudear—. Es más: estoy seguro de que no es bueno. —Mintió acordándose de Efrén.

—La verdad es que podría serlo —estimó Monti—. Yo había pensado algo como *Caminando por España a través de la Guardia Civil*. Pero tu idea, no sé por qué, me parece más cerca de mi propia inspiración. Será el título provisional para mi canción hasta que pensemos otro. Por cierto: de dónde lo sacaste.

—Lo dije por decir. —Le faltaba aire.

—¿Echamos una partida al *SuperSoccer*?

N-A-D-A…

¿Con qué permiso Efrén había salido a la luz sin consultar?

¿Era Monti de los suyos?

No fue una partida. Sino la tira. Y si no siguieron con el videojuego fue porque Salva tenía que salir de servicio. Por fortuna, consiguió hacer que su amigo desconectara el *AMIGA* y se metiera en la cama.

(n-a-d-a…)

Abrumado de sueño y fatiga mental, Salva se percataba arrastrando el cetme sin gallardía ni ganas. Entre la pelicobre, la canción sin nombre y dios-Monipodio con sus cuatreros dormía menos, menos…

—¡Menos que el cochero del conde Drácula! —remató Félix al comentario de Salva, que respondía a la demanda del guardia primero acerca de su rostro extenuado—. ¿Y no será de cascártela sin cuartel? ¡Jo, jo, jo!

XLIX. UN COMBATE MUY IGUALADO Y UN REFRÁN

1

Los preparativos de la Patrona volvían a ser un año más una gran fiesta. Pero al igual que el anterior, el incordio provenía de una nota anexa a un escrito del Director General en el que con tal motivo y retórica insuperable —por su refinada pretensión de altruismo patriótico y arenga soldadesca— se animaba —se intimidaba— a que los guardias civiles, famosos en el mundo entero por su abnegado sacrificio, se mostraran, una vez más, fieles cumplidores de las órdenes de la superioridad.

La nota, sellada por la Jefatura de la Comandancia pero sin firma, sugería que el Puesto debía esforzarse por «una solemne invitación a las autoridades locales», y finalizaba aludiendo a algo de mayor prestigio que vaciar un garaje y llenarlo de mesas con pinchos de tortilla y botellines de cerveza.

La lista de invitados debería incluir autoridades municipales y altos funcionarios —que pasan folios y fotocopias gratis—, Policía Municipal, presidentes de la Caza, Pesca, el médico, juez de Paz… Y los simpatizantes del Instituto, que de eso se trataba. En definitiva, un listado que ponía a temblar al personal cada vez que sacaba divisiones con la «solemne invitación». Un hermoso detalle si se hiciera con los dineros de la Cúpula instigadora a cuyos honores repercutiría la invitación de marras, pero no con cargo a sus nóminas cuando la mayoría de los convidados respondían a intereses de clase superior. De ahí el unísono ladrido de queja que Salva profetizaba no llegaría a más y la Cúpula ya contaba con ese inocuo vilipendio al par que la insoslayable exacción.

Curioso que de la quema viperina se salvaran los Parra, los Berchina o los Moisés Torcaces, por sus contribuciones gratis de cerveza, corderos, licores… Curioso y humillante. Caballos de Troya contra el espíritu de la Ley. Carrasco asomaba a sus pensamientos.

—Pagaremos todos; todos menos él, desde luego.

El brigada volvió a la carga con su iniciativa de apertura o extender la celebración a toda la localidad, aunque fuera de un modo simbólico. Iniciativa que fue considerada por la superioridad extravagante y senil. Lo trataron con esa estúpida compasión con que lo miran a uno cuando piensan *a este se le va la olla*, y pasaron de él como de merendar heces.

Un año más, como todos los años —como la tradición requería—, se convocaba a los incondicionales y otros de relleno: más que un ineludible

fervor un impuesto revolucionario a cuenta de las relaciones públicas de una jerarquía cuyos bolsillos nunca son los que desembolsan.

Y sus compañeros hablando de no pagar, de llamar a la prensa, de darse de baja o celebrarlo en El Holandés, o en el Bordaluna, que cobraría más barato.

Discusiones bizantinas. Hablar sí que es barato.

Era lo que polarizaba las conversaciones de sus compañeros. A él, que estaría en otra parte, sosteniendo la vela a mejor causa, los quebraderos de cabeza le andaban por la papeleta de servicio, de cuya imposición y ejecución se había enterado al cabo de dos días. Una continuidad en la vieja línea de los robos de ganado que le había enfurecido más que el abusivo tributo. La banda cuatreril, los autócratas de sus jefes militarras, todos ellos se vanagloriaban incólumes a su centinela vehemencia por escarmentarles.

Para distraerse tomó una revista. Abrió al azar y leyó:

«La ansiedad es una espuela en el progreso del hombre si los retos planteados son manejables y posibles. Cuando se vive agobiado por una presión emocional que no es consumida por el placer de alcanzar objetivos, el cerebro reacciona inhibiendo la acción. Se pueda entrar en crisis de ansiedad, bien por exceso o por déficit de información. Si la situación se mantiene indefinidamente, dará lugar a trastornos cardiovasculares o incluso procesos esquizofrénicos. La capa córtico-cerebral carga con los problemas psicoemocionales y su saturación es la responsable del estrés. El truco para no sucumbir a su tiranía —la tiranía de la sociedad moderna, ambiciosa y competitiva *(la impotencia de no poder castigar a sus enemigos)* — es desviar la atención del córtex haciendo que le llegue una estimulación diferente por medio de una intensa actividad física muscular: una tensión se anula con otra. Un fenómeno natural de distracción y devorador de energía que constituye un remedio parcial contra el exceso de estrés.»

O sea, que lo estaba haciendo bien.

Un cuerpo hermoso, una mente lúcida, un espíritu indomable.

Agitación, viento y fuego.

Si lo importante no es lo que ocurre, sino cómo se recibe o se siente, Salva percibía que la sensación de alerta constante, de la imposibilidad de neutralizar las operaciones de la banda por medio de una acción eficaz y contundente, le degeneraba, en efecto, en una ansiedad desquiciante.

Jodo, qué comedero mental.

Definitivamente, los días de Puertas lo abatían sin excepción. En cuanto terminara el servicio, saldría a machacarse unos cuantos kilómetros. Se alegró de ver a Velasco.

—Oye, ¿dónde está *Rufo*? —se vino a preguntarle.

—No lo he visto en todo el día —le contestó—. Creo que se lo llevó Goyo al huerto.

—Mierda —gruñó Velasco.

—¿Para qué quieres al perro? Si a ti no te gustan.

—Pero en las dos próximas horas sí. He visto una rubia cuarentona que puede caer, paseando un perrito feúcho por Maracaibo. *Rufo* es mi coartada.

—Pues lo siento, tío, pero no tengo ni idea de dónde puede andar tu «coartada».

—Y el brigada, ¿está en la oficina?

Salva se lo confirmó y Velasco entró a la dependencia después de que el comandante de Puesto le diera permiso. Había dejado la puerta abierta y Salva pudo asistir al dislate de Velasco.

—¡A *Bastet*! —exclamó el comandante de Puesto, rodeado de papeles, sosteniendo en su nuca el vértice de la pirámide invertida—. Busca a *Marqués*, hombre. Y deja de molestarme, que tengo mucho trabajo. Fuera, fuera. Debería meterte un correctivo. *¡A Bastet!*

El guardia salió pitando.

Salva fue a darse un rato de chanza con Velasco a cuenta de la tontería que acababa de hacer y del fracaso de su plan. Pero en aquel momento se oyeron voces y chillidos de mujeres, provenientes de la parte de atrás de la cochera.

Salva salió a ver qué pasaba. Y lo que descubrió fue que bajo el sauce del patio se estaba dando una disparatada escena de película italiana: la mujer del guardia Nieves se enganchaba al cabello de la mujer del guardia Barahona, que a su vez la tironeaba de la manga de la bata con una mano y con la otra del cuello. La postura era la de dos yudocas en competición sobre el tatami; daba la impresión de que en cualquier momento la de Barahona atacaría a su oponente con un *koshi guruma*. Velasco, que le había seguido, se volvió a llamar al brigada, y al poco los tres trataban de separar a las marujas, que miedo le daba a Salva ver los estirones de pelo, orejas y demás agarrones que se infligían con implacable toma y daca.

Por fin pudieron separarlas, y así se pasó a un feroz y feraz intercambio de insultos. Al cabo de los diez minutos que le llevó al comandante de Puesto hacerse con la situación, se pudo averiguar que una había invadido a la otra su parte proporcional de los tendederos. Pero no hubo forma humana de enterarse de quién había invadido a quién. Las dos vociferaban que querían presentar denuncia y el suboficial masculló que éramos pocos y parió la abuela.

Velasco se estremecía tratando de contener la risa. Salva, de vuelta de unas cuantas cosas, no hallaba dónde ubicar tan pintoresco episodio. El brigada las mandó a casa y más tarde arreglaría el asunto con los respectivos maridos, para mayor inri, ambos de servicio esa tarde.

Despejado el incidente, Salva se estiró el traje, uno de cuyos botones, manoteado por el rápido ir y venir de manos de las mujeres, pendía literalmente de un hilo. El tricornio lucía una pequeña excoriación en el centro del pico chato. El arreglo pasaba por un hule nuevo, o sea, otro sombrero. ¡Cómo se lo había pasado! ¡Cuánta grotesca ruindad! Qué empírica instrucción acerca de cuántas cosas deberá preservarse en su devenir de *picoleto*, si es que sobrevivía al proyecto Escarmiento.

Velasco bajó a la Mural y paró un tractor.

Era Matías el Sordo. Le «confiscó» el chucho, y volviéndose para Salva, se lo alzó como un trofeo. Se metió en su anticuado deportivo y arrancó con apremio genital.

Salva devolvió el saludo a Matías, al que se sumó el brigada, llegándose a su lado. Comentó acerca de Velasco:

—Esperemos que no acabe como en el cuento *La dama del perrito*. Lo que este muchacho no ha aprendido todavía —fue a apoyarse a la barandilla con un cigarro entre los dedos amarillos de nicotina—, es que para la conquista sexual de las mujeres que pasan de la cuarentena, una edad en que los desengaños amorosos pesan más que la búsqueda del príncipe azul, los hombres son como sus propios pedos: se los tiran cuando quieren.

—¿Usted cree? —se mostró Salva muy interesado.

—A no dudar. Fíjate en qué clase de mujeres se demora. Manoli, la del bar, por ejemplo. Ya ves tú, que la huele el aliento peor que a la Maritornes. Vela una desdicha con otra. Dejó un amor, o éste le dejó a él, y todo por meterse en otra casta por la puerta de atrás. Si no fuera por lo patético que es este muchacho, daría risa. Bueno, que le aproveche, pues que llegando a mi edad, el amor, las pasiones, la voluptuosidad de la compañía deseada; todo eso no es más que nostalgia, cuentos que soltamos para convencernos de que fuimos como nos hubiera gustado ser y no como menguados que, a falta de éxitos que ostentar, filosofamos tan neciamente… Como yo ahora… —pegó una lenta chupada con ojos entrecerrados, soñadores antes que por el serpenteo del humo—. Pero yo conocí el amor —pronunció vanidoso y añorante—. Velasco se comporta así porque no da con él. Y tú, ¿lo conoces? —le clavó una mirada interpelante—. Te advierto que es distinto de follar.

Salva no quiso mentirle.

—Estoy enamorado de una chica. Tengo idea de la diferencia.

—Sí. Seguro que lo sabes, o por lo menos lo intuyes. Eres inteligente, Salvador —le felicitó con afectuosa severidad—. Ya has visto la trapisonda de esta tarde. No permitas que tu futuro y tu gente queden atrapados en tan pizmienta vulgaridad como predomina en las casas-cuartel. Veo que sigues metiendo mano a mi biblioteca. No te canses. Ten presente que todos son muy buenos y casi todos hay que leerlos al menos un par de veces para *aprehender* su verdadera enjundia. Y como veo que eres un recio lector, he rellenado el mueble con otros a los que considero muy especiales. Sigue así. Me he dado cuenta de que no participas en comidillas, no te achispas ni te involucras en las pueriles conspiraciones de unos guardias contra otros. Déjalos que discutan escuderilmente. Son grajos que sólo saben decir «Nunca más», y de ahí no pasan. Debes cuidarte y no olvidar nunca que aquí no se consiente la soberanía de pensamiento y mucho menos la de expresión. Fíjate en Carrasco. Por culpa de su probidad insolente lo tienen hundido. Luchar solo contra la dictadura de la Cúpula (o la Bestia, como dice él) es un lento suicidio. Somos solidarios de boquilla; y, qué puñetas, tampoco se puede hacer nada. Él no lo acepta. Así le va. Desde el atentado se cree dotado de una razón superior. Pobre muchacho.

—¿Qué le sucedió? —se apresuró Salva a inquirir.

El brigada fue a chupar del cigarrillo; se percató de que casi todo era ceniza, y aplastándolo en el pasamanos, ensimismado, retuvo la colilla.

—Se me está soltando la lengua —se reprochó—. Quién soy yo para censurar penitencias ajenas cuando no hay consuelo que valga para la mía. Ay, querido Salvador. —Dio una vana calada… se guardó la colilla en el bolsillo. Luego deslizó tres dedos entre la botonera de la chaquetilla, a la altura del pecho, como si pretendiera imitar a esos cuadros de Napoleón.

Parecía que se había olvidado de la conversación, cuando agregó:

—Sobrevivió a un atentado terrorista con bomba. Esa conmoción bastaría para enloquecer a un hombre en sus cabales. Atisbos de conocimiento supremo que sólo los muertos conquistan. Y tal vez los locos.

Salva no pudo evitar sacudir la mano en el aire en un gesto de rechazo.

—La literatura lo va a matar —quiso refrenarlo.

Pero el brigada ni le tomó en cuenta ni se cohibió.

—Morir o enloquecer para entender. Supongo que fue al recuperarse cuando adivinó la fatalidad que entraña el actual Régimen. Es uno de los nuestros. Tremendamente honesto, pero a la vez de una imprudencia exagerada. No sé qué hacer para echarle una mano —murmuró, y al punto discurrió—: Una baja por pérdida de aptitudes psicofísicas podría librarlo. Me da mucha pena.

—¿Qué cree que le habría ocurrido si en aquella revista Carrasco hubiera usado el arma?

El brigada no vaciló:

—Que se estaría pudriendo en la cárcel. En un tribunal militar la infame conducta del primer jefe jamás hubiera sido admitida como atenuante. Acuérdate de lo que te expliqué del consejo de guerra contra el teniente coronel que mandó fusilar a su propio destacamento superviviente en Mesas de Ibor, en el 45.

—Pero hoy los tiempos son otros —sondeó Salva.

—De eso nada —cargó el brigada sin hesitación—. Vivimos en una presunta democracia que cada vez es menos *demo* y cada vez más *pluto*. Gracias a un sórdido gobierno falsamente progresista, más entretenido en el nepotismo y el escamoteo de los fondos públicos antes que de reformas estructurales, la Cúpula nada tiene que temer. Y luego está la derrama gregaria de los números muertos en actos de terrorismo. *¡Terrorismo!* ¡Qué jugosa piedad para la vieja guardia! La clase política está conmovida. Pero ¿quiénes reciben las parabéllums negras o sufren el amonal? Los Servidores: el pueblo. Su sangre vela la negligencia de nuestros caudillos y, por si fuera poco, les permite darse curso al «Valor reconocido», mientras somos los trabajadores uniformados, los *romanos*, los que acabamos pagando sus errores y sentados en el banquillo de los acusados, cuando debieran ser ellos por haber ordenado montar un control sin medios, induciendo a la contundencia y a ganarse el respeto perdido a Servidores a los que se niega formación policial y se les alimenta, en cambio, con una doctrina soldadesca que les llevará a disparar contra supuestos terroristas o peligrosos delincuentes (y si hablo en tercera persona es porque a mí ya no me engañan, pues sé que si el resultado les conviene se apuntan el tanto, y a por las medallas). Pero si tales terroristas resultan ser simples ciudadanos, entonces a la cárcel con los *números*, pues que nunca juez alguno se le ocurriría citar al cerebro de tales desmanes, a fin de cuentas, cometidos por subordinados en cumplimiento de órdenes nunca dadas por escrito, como tampoco sabrán que si se hubieran opuesto o negado esos mismos subordinados habrían incurrido en delitos bajo el Código Penal Militar o el Régimen Disciplinario, y de nuevo cárcel o expulsión. ¿Y si un juez valiente lo hiciera? Entonces hete aquí a los Monipodios de turno blandiendo sus espadas y bastones ante el poder civil, clamando por los muertos que sufre el Cuerpo a manos de los terroristas; muertos que, ni mucho menos, ponen los de su ralea…

Resopló con rabia y trató de serenarse, o de tomar aire:

—Se incautan de la tragedia ajena mientras arrinconan y desatienden a las auténticas víctimas: viudas a las que dejan sin pensión porque a su marido le asesinaron cuando iba a trabajar y no se lo consideran en Acto

de Servicio, como si el dinero fuera suyo o tuviera que salir de sus ingentes y nebulosas dietas; huérfanos desamparados, padres engañados: familias destrozadas, desconocidas y trabajadoras de cuyo desamparo y sufrimiento ciertos señoritos herederos de funestas tradiciones muy patrióticas se enaltecen a su costa, y así los vemos pavoneándose con medallas de otros o luciendo caras de afectado pesar, su sufrida abnegación al sistema democrático que de ningún modo ellos aplicarán internamente por la cuenta que les tiene. Es la historia de Carrasco. Es la historia de muchas tragedias anónimas que a nadie parece importar.

La respuesta estaba clara y Salva no pudo contenerse.

—Entonces, sólo queda una salida: la lucha armada. Esa es la solución final; la única. *Némesis*, ¿recuerda?

—¿Quieres decir, con muertos, incluso?

—Con muertos.

Ahora sí vaciló el brigada.

—Tal vez —conjeturó con prudente asentimiento de la cuadrada cabeza—. A no dudar que es necesario un punto de partida violento que ponga en evidencia la persistencia de la dictadura de la Cúpula…

Hizo una pausa, y se lanzó recitar:

—«Con facilidad se piensa y se acomete una empresa; pero con dificultad las más veces se sale de ella», le dicen a Carrasco, no al nuestro, sino a Sansón. —Sonrió por esta cita y prosiguió—: La violencia extrema no garantizaría nada. Matar a un hombre puede ser una hazaña o un asesinato, según el grado de hipocresía o fanatismo del momento. Habría que elegir muy bien y esto no es fácil. Pues que ¿quién es más culpable: el que abusa o el que lo consiente? Ya lo dice el refrán: «A agentes y consintientes, la misma pena se debe». Y no hay que olvidar que no se trata de una sola persona, sino de una élite endogámica. Además, quienes actuaran de ese modo es muy probable que acabaran en crímenes sin fundamento o en simple y sanguinaria locura, lo que sería la ruina del movimiento de liberación, y limitarse a un solo caso se vendería como un asunto de venganza personal, que tampoco contribuiría a remover mucho. Jugar a ser Raskolnikov es terminar como él. La conciencia no le dejó en paz. Por eso todos los terroristas, tras el primer asesinato, desean llevar a cabo el segundo cuanto antes: para destruir sus remordimientos. Después, toda su inquietud es mayormente coyuntural, pues que matar es como la voz de un tartamudo: cuesta la primera palabra; las siguientes salen con menor estorbo. Al final, ceguera y perdición.

—Ya que tanto recurre a la literatura, una historia de violencia aquí bien podría llamarse, y justificarse, *Castigo y Crimen*. Sería lo lógico. Ante una tiranía tan invencible no queda más salida.

El brigada retiró la mano de la pechera, llevándosela al rastrojo de su cabello, jamás por encima del cuatro y medio.

Se peinaba con dedos temblorosos, la vista perdida en las amarillas baldosas del pasillo, cuando murmuró, como si en serio estuviera considerando tal empresa:

—Un libro, eh. O sea, que tú también crees que «las plumas tienen más libertad que las lenguas y que dan mejor a entender lo que en el alma está encerrado…». La pluma es la lengua del alma, claro.

Aquel hombre era casi infantil. No se podía contar con él. Sólo soñaba o, a lo más, se contradecía. Es el problema de los intelectuales.

De ahí que se lanzara a replicarle:

—No. Nada de libros. El progreso radica en la acción continua. Lo demás es charlatanería y egocentrismo. Y es que ante determinados estados de opresión la única forma de sacudirse sería con acciones cruentas. Lo que digo es que hay que subir el miedo a las cúpulas con algo que ponga en peligro sus poltronas e incluso sus vidas, y que si no se hace, si ni las balas ni la metralla les alcanzan y ni siquiera sienten esa amenaza, entonces todo seguirá igual. No hay más que ver a los grupos terroristas que machacan al Estado: arrancan del Gobierno de turno concesiones, amnistías de lujo y a veces hasta lo doblegan. Sinceramente, creo que una serie de atentados selectivos contra ciertas élites tendría un efecto de liberación y dignidad.

—No; no lo creo —desestimó el brigada, volviendo a la pose napoleónica y mirándole como asustado—. Es cierto que los grupos terroristas arrancan tratos excepcionales del Estado. Pero eso no son más que juegos de poder. Por lo que a nosotros respecta, el enemigo está en esos gobernantes (los consintientes) que con su falsedad y su avaricia nos han olvidado.

De pronto se sonrió; y tornando la vista a las amarillentas baldosas, agregó:

—Quizás tengas razón… La verdad es que la Historia de este país nos dice todo lo contrario. Ya el Tempranillo empezó así y se hizo un hueco entre el mismo Gobierno.

Salva interpeló al brigada y éste, deseoso de agradar o aleccionar, continuó:

—José María Hinojosa, alias el Tempranillo, fue un bandolero que se movió por Sierra Morena, asaltando y matando. Eran los tiempos de Fernando VII el Deseado. (*¡El Deseado!*… A qué nación de imbéciles pertenecemos. A no dudar que cada país tiene lo que se merece.) Como te decía: este «Deseado» gobernaba preocupado tan sólo por los asuntos que colmaran su licenciosa holganza. Como no podía acabar con el Tempranillo, lo indulta… Y, además, lo nombra Gobernador de la Zona. La

Zona que hasta entonces el andoba había estado saqueando. El Tempranillo pasó de bandolero criminal a comandante del Escuadrón Franco de Protección y Seguridad Pública de Andalucía. Esto hizo y hace España —concluyó y se mantuvo en silencio: el teléfono repicaba intempestivo—. Mira a ver quién es.

De la Comandancia. La Jefatura quería localizar al comandante de Puesto para recordarle la falta gravísima que suponía el que no hubiera remitido cierta relación por quintuplicado.

—¡Válame, qué bribones! Lo que quieren es que les mande el trabajo hecho. ¡Ay, si gobernaran políticos de veras progresistas! Diles que no estoy.

Llegó un ciudadano a denunciar la pérdida del DNI y el brigada se apresuró a atenderlo. Salva quedó meditabundo.

¡Ag, qué país este! Por fin entendía la muletilla.

Qué se puede esperar de un Sistema donde el hurto y la libertad de expresión se castigan con la cárcel y la ignominia, y el saqueo de la hacienda pública con la fama y la petulancia. Por consiguiente, al que homicida se le hunde con la etiqueta de asesino. En cambio, al que mata a varios hombres con presunción criminal se convierte en un interlocutor legítimo.

Así es España y así volverá a ocurrir, del mismo modo que los cometas pasan y vuelven a pasar. Lo sabe ETA, lo sabe el FRAF y lo saben las víctimas y los verdugos; y éstos sueñan con imitar la gesta del Tempranillo: tomar al poder a costa de los *patas* de turno.

En un minuto sería relevado.

Y Cristina sin aparecer. Quizás había sufrido un accidente. O simplemente se había retrasado, en cuyo caso pensaba echárselo en cara, o por lo menos recordarle que el trato solidario en la Unidad era relevarse con unos minutos de antelación para así restablecerse cuanto antes de la prevención mental al cabo de doce horas de centinela, vigía al tanto, no del interés público, sino de la temible irrupción de los oficiales.

Sea como fuere, no llegaba y él estaba loco por estar con su guerrillera.

Las paces estaban hechas. Los amantes discuten por celos y ellos por si procede pegarle un tiro a alguien o no.

El coche del teniente cedió el paso a un campesino en bicicleta, y el conductor —el soplagaitas intratable y gran comedor de polla azul— aceleró en mitad de la rampa para no calarse.

A la par, Cristina subía la escalera, sana y presurosa.

Dio la voz prevenida, y con el primer tiempo del saludo fue a cuadrarse delante del oficial, que se apeaba nivelándose el moderado —

¡cosa increíble!— tricornio.

—A la orden, mi teniente. Sin novedad en el servicio de Puertas. —Faltaría más.

El superior aprobó con un gesto mecánico de la cabeza, sin prestarle genuina atención: reparaba en Cristina, quien se colaba al pasillo sin más venia que el sofoco de su respiración.

El brigada salió a regurgitar la eterna impostura:

—A la orden, mi teniente. Sin novedad en el Puesto.

—¿Quién es esa que va con tanta prisa? —se interesó el oficial. Se oían los pasos de Cristina taconeando peldaños hacia su pabellón.

—Es la guardia que entra de Puertas —participó el comandante de Puesto.

El teniente hizo un conato de echarse mano al reloj, cuya cadena salía irreglamentariamente del bolsillo superior de la bien cortada guerrera y se enroscaba en la hombrera. El reloj que —según sabía por el brigada— había pertenecido al suicida del padre y que quizás por un temor supersticioso no se atrevía a mirar, y sin embargo llevaba siempre consigo. Preguntó:

—¿Qué hora es?

—Y veinte —contestó el suboficial.

El teniente se encaminó a la oficina; por detrás, el brigada dudando si participar al superior el altercado más que local.

Pero como se conocía la respuesta, desistió. De esa manera les ahorraría problemas a los dos guardias y a él mismo.

Ante todo, porque era mejor persona que suboficial le dejaban ser.

A los diez minutos, bajó la mujer guardia civil.

—Lo siento, chico —le dijo a Salva, como si la confianza personal entre ellos fuera ancestral—. Pero me he visto metida en un atasco y me ha sido imposible llegar antes.

—No importa, Cristina. —Qué iba a decir; no la iba a matar. Estaba loco por largarse.

La puso al tanto de las novedades y mientras Salva recogía libros que no eran suyos, el oficial salió al pasillo y llamó a Cristina.

Salva se hizo el remolón.

—¿Por qué ha llegado usted tarde? —fue interpelada.

—¿Tarde…? —repuso Cristina—. Sólo han sido unos minutos y por culpa de…

—Media hora —concretó el superior.

—Bueno; sí, media.

—Se dice: «sí, mi teniente».

—Sí, mi teniente. Pues como le decía, ha sido por culpa de una manifestación de los de la Telefónica, que tenían cortada la carretera.

—Eso no es excusa.

—Pues ya me dirá usted qué es, porque yo salir volando no pude —replicó Cristina con un cabreo tan espontáneo y sincero que levantó en Salva una piedad infinita.

El teniente enarcó las cejas. Tenía que idear una salida acorde con el *Chato* y que, sin embargo, éste no contempla: las razones humanas.

Aplastado por el peso de la instrucción castrense, tiró palabras como dados:

—Eso es una Falta Leve recogida en el Régimen Disciplinario.

—Pero oiga —saltó la muchacha—, casi me matan unos tíos locos y usted sólo se preocupa del servicio, pues anda que si…

—Está bien —zanjó el oficial—. Dado que estamos en la semana de nuestra Patrona, seré permisivo con usted. Pero que no vuelva a ocurrir o me veré obligado a tomar medidas.

—No se preocupe, mi teniente —acató la guardia, con indisimulado tono de fastidio, cansada de aquella bronca improcedente, exagerada y maniática.

—Se dice: «A sus órdenes, mi teniente».

—A sus órdenes, mi teniente —repitió como una alumna aburrida.

El oficial regresó a la oficina. Él a su pabellón; nada que ver con el de Cristina, que tenía adjudicado uno de los pisos vacíos para ella sola, mejor amueblado y con un calentador a estrenar (no como el de ellos, cuyas frecuentes reparaciones corrían por cuenta de sus haberes). Todo lo cual no era de su gusto y a diario preguntaba al brigada si Jefatura había respondido a la solicitud de *Mejora de mobiliario*. Y el lance con el oficial, espectacular. Una anécdota más en aquella irrealidad o *realidad subyacente*. Y de esta suerte, batalla en la dicotomía Salva-Efrén. Después de una potente ducha, salió de estampía hacia su pelicobre, lamentando perderse el encontronazo entre Barahona y Nieves.

Hay días de Puertas que, por muy sedicioso que uno sea, jamás se olvidarán.

2

Fue un alivio integral. Pasaron la tarde por un barrio en fiestas, subieron a los caballitos, a la noria y a los coches de choque y no dejaron de besarse y

agarrarse. No hablaron de guerra urbana, ni de mezclas químicas caseras, ni temporizadores de doble escala, ni de trampas para los desactivadores. Había dinero. No había problemas.

Sólo una cosa le distrajo mientras tomaban algo frente al televisor de una cafetería. El telediario ofrecía imágenes de un tipo larguirucho, con la cara picada de viruela y con perilla rala que se hacía cargo del partido autodenominado «progresista» en una confederación regional. Le resultaba tan familiar, pero no era capaz de precisárselo, que durante varios minutos después de que las escenas hubieron pasado estuvo dándole vueltas al asunto. Cuando el mismo individuo apareció de nuevo, esta vez siendo entrevistado y con el nombre escrito en la pantalla, al fin pudo reconocerlo: se trataba del tal Juan Ramón, otro de los componentes del ominoso quinteto de pescadores, compadre o quizás de los seducidos por la Cúpula.

Y pensar que esos eran los gobernantes del «Cambio»…

Rumió en ello hasta unos instantes antes de enzarzarse desnudos, bajo, entre y sobre sábanas. Ya en el cuajo de la madrugada, pasaron a discutir desvelos más tangibles.

—¿Qué tal tus camaradas?

—Querrás decir *nuestros* camaradas —le corrigió ella, dándole una palmada en el trasero.

—Yo no estoy tan seguro —la miró de soslayo. Agarró la almohada y se la llevó bajo el mentón—. Bueno, ¿cómo les va a «nuestros» camaradas?

—Hace un mes que Dioni intenta ponerse en contacto con los de Enlace. Desde lo de Elena estamos sin noticias. Deben de estar reestructurándose. Supongo que le avisarán cuando puedan.

—O porque necesiten dinero —apuntó Efrén, y recordó que también él lo necesitaba—. Hablando de pasta: estoy pensando en comprar algún material, como mejores prismáticos, cámara de fotos, transceptores, grabadoras y cosas por el estilo.

—Cuando tú digas.

—Bien. Quiero empezar una gran operación con la que confío en joderlos definitivamente. Están volviendo a las andadas. Hace poco se produjo un asalto a una paridera de Dosarcos. Me enteré varios días después. Moisés no termina de hacerse a la idea de renunciar a ciertas reses que sólo puede cobrar mediante el robo. Pero al general ya no le interesa y está volcando al resto de la banda en el tráfico de la cocaína. Caerán todos.

—Creí que sólo querías acabar con los robos —se expresó ella, picante y provocadora.

—Son los mismos, y no pararé hasta lograr lo que me he propuesto. Te aseguro que esta clase de lucha satisface más que tu quimera de «corregir

el Sistema».

—Bueno, bueno, no volvamos a empezar.

Salva relacionó la noticia de la televisión con las palabras del brigada unas horas antes, a las que sumó las ideas que de ella conocía, y una duda de ridículo atroz lo dejó cavilante y descabalado un buen rato.

Hasta que ella con un azote y un mordisco vino a reanimarlo.

Se revolvió con la almohada y la azotó; pero ella resistió, se defendió. Finalmente, sucumbió.

Agitación, viento y fuego. Trinidad revolucionaria jamás en reposo.

A por todas. A por todos. Se desfogaron de nuevo y se durmieron.

L. APALEADO, ENCARTADO Y DESVALIJADO: HACIA LA COMPRENSIÓN TOTAL

1

El olor dentro del *pepito* le recordó que su compañero de trabajo no era ninguno de los habituales. Olor femenino. Salva cumplía el primer servicio con Cristina.

Para el guardia Velasco el momento de picarse a la guardia estaba al caer. Vaticinaba que pronto taladraría ese coño, cuyo único requisito sería que estuviera uniformado. Pero Salva infería que tal empeño no le iba por buen camino. Allá él. Allá ella.

Sus ansias codiciaban otras dianas, a años luz.

La tarde otoñal transcurría matizada de trazos áureos: un escuadrón de cirros anaranjaba el cielo; de los árboles de La Pequeña Arteaga pendían hojas débiles y ocres. Los rastrojos alrededor de Las Torcaces reposaban pajizos e hirsutos. Ya que iba de jefe de pareja —literalmente—, aprovechaba para, de un modo solapado, ir de una a otra.

El radioteléfono crepitó una requisitoria: la descripción de dos individuos sorprendidos en un bar de Dosarcos cuando desvalijaban la máquina tragaperras. Salva dio el enterado a la Central mientras se internaba con el *pepito* por la calle de Las Eras, en dirección, una vez más, a La Pequeña Arteaga. En su cabeza se removían archivos temporales.

¿Cuándo sale la droga? ¿Hacia Las Torcaces ya? Volvería a tirar de fondos y con éstos, el tiempo y la suerte, desfragmentará todas las obsesiones en una para luego ejecutar la carga más desastrosa posible.

Llegando a la esquina, Salva reconoció por el ruido del tractor a Matías el Sordo. Dio marcha atrás o no podrían cruzarse. El Pascualli bajaba atronando la calle y su conductor creyendo —o simulando creer— que su tractor es tan silencioso como los labios que descifra.

Salva le hizo una seña y Matías se detuvo a su altura. Mostraba una expresión más triste que nunca. Desde el incidente de su vecina Desideria aquel hombre había envejecido aceleradamente.

—¿Cómo va esa vida, señor Matías? —le gritó.

—Bien, como quien dice, joven. Pero… —carraspeó para recitar:

No son muertos

Los que en paz disfrutan

De la fosa fría

Muertos son

Los que tienen

Muerta el alma

Y viven todavía.

Se sonrieron. Una sonrisa especular en su lobreguez, sólo disímil en el aleteo de su desamparo. Salva dedujo que aquel hombre le transmitía así su contundente dolor y acabamiento al par que un mensaje de aliento para que nadie acabe en algo parecido. Porque el tiempo vuela. Porque anhelar y lamentarse sin más es sofocarse sin tino y sin fin: es languidecer hasta morir arrumbado. Tal es la vida sin acción —inclusive en el amor.

—Adiós, joven. Que tanta paz haya con usted como vaya dejando.

—¿Qué?

No le oyó —o lo disimuló— y fue como si el Pascualli tirara de él.

Salva retorció los nudillos alrededor del volante y pisó el acelerador con furia.

La Pequeña Arteaga estaba como hacía media hora, como el día anterior, como desde hacía semanas, semanas…

Volvió a mirar y le quedó claro que no existía novedad.

—¿Tienes intereses por aquí? —preguntó Cristina.

Salva escuchó la pregunta del todo desprevenido, en parte por asuntos intransferibles y en parte porque Cristina, aunque a veces hablaba mucho, decía más bien poco.

Estremecido por la perspicacia de la dama, tardó en responder.

—¿Por qué lo dices? —salió procurando mostrarse indiferente y simpático; en realidad, de mala leche.

—Es la quinta vuelta que das en dos horas de servicio que llevamos. ¿Alguna novia?

—No, no; qué va —notó que le salía una risilla falsísima—. Es porque es un itinerario fácil para vigilar el pueblo desde lo alto, en fin, que…

—Pues no veo que sea tan sencillo —objetó Cristina—. Hay que subir por una calle en la que apenas se pueden cruzar dos vehículos, y si el que baja es un tractor o una furgoneta, el otro tiene que detenerse o retroceder

los cuarenta metros que hay del recodo a la calle ancha. —Seguro que si se bajaba y los contaba habría talmente—. Debe de ser por algo muy especial por lo que subes tanto por aquí, y se me apuras *(no te estoy apurando)* te diré que es en… ¿La Arteaga? ¿Piensas dar un braguetazo?

—¿La Arteaga? —Salva se agarró al volante como al borde de un pozo al que acabara de resbalarse.

Medio minuto después seguía intentando salir del apuro, o del pozo. Entonces se le ocurrió una excusa harto original.

—Qué cosas más raras se te ocurren, Cristina, je, je. —Y añadió, ya totalmente inspirado—: Si quieres que vayamos a otro sitio, por mí no hay ningún problema. ¿Qué tal si nos pasamos por El Holandés?

—Me da igual —dispensó Cristina, con total apatía—. Si tú quieres… Pero por mí no lo hagas.

Salva se dirigió al bar con calma aparente, sin prisa alguna, ni por irse ni por llegar. Le hubiera gustado parar un momento y alejarse hasta un solar con carros y detrás de uno de ellos fustigarse con «tres mil azotes y trescientos», tal que un Sancho Panza sin argucias. Pero resistió.

Y para cuando retiraba la llave del motor, ya casi se le había pasado. Además, por allí había alguien muy a propósito.

En la terraza vacía, acuclillado, se balanceaba el astroso Balilla. Se abrazaba las espinillas como si tuviera mucho frío. Aunque estaba empapado, no tiritaba. Por el holandés supo que éste le había echado a patadas después de que lo hubiera sorprendido pinchándose en los aseos. Unos minutos antes de que ellos llegaran, le había arrojado un cubo de agua para que se fuera. Pero el agua, como la invitación, le resbaló, y allí seguía, aparentando estar muy a gusto en esa postura.

A Salva le sugería una triste avecilla que duerme aterida en un cable a la intemperie. Embolsado en su negra y mugrienta chupa tipo piloto, en cuyo dorsal llamea la «A» circulada de anarquista y debajo el blasfemo y apelotonado eslogan —«SIDIOSNOTRABAJAYOTAMPOCO»—, se mecía adelante-atrás: daba la impresión de que se estamparía de morros, cuando, contra todo pronóstico, se detenía y retornaba con increíble plasticidad; y de nuevo daba la sensación de que terminaría tumbado de espaldas, con los pies en alto como el escarabajo de Kafka, cuando volvía a pendular desafiando inexplicablemente las leyes del equilibrio.

—¿Te encuentras bien? —se interesó por el pobre diablo.

—Te jodes, que me lo he metido todo —replicó el drogata, sin levantar ni la cabeza ni los cerrados o pesados párpados.

—¿Qué dice? —se extrañó Cristina.

—Nada.

—Pues dejémoslo, no nos vaya a pegar el sida.

Acordaron que primero entraría Salva y luego Cristina.

Cuando Salva salió, el Balilla había volado. Miró de reojo a lo alto del pueblo, por donde caía La Arteaga… Apartó los ojos, no fuera Cristina a notárselo a través de las cristaleras del bar. Sólo cabía hacerla creer que no había estado muy acertada. Errores así no eran tolerables en mitad de la batalla, en especial cuando sólo se dispone de un soldado, uno mismo.

Treinta minutos después, tal como ordenaba la papeleta, rodaban por los caminos que faldean el monte de La Loba.

Un pastor con el transistor en una mano y en la otra blandiendo la garrota, saludó a la patrulla. Salva conversó con él, sin atreverse a inquirir por asuntos que Cristina pudiera colegir más allá de puros formulismos. Comentaron acerca del tiempo y de los pastos y de la agonía a la que se sometía al ganado, del que no sólo no daba ya para vivir, sino que el Gobierno les obligaba a sacrificarlo sin ofrecer a cambio una alternativa digna. Salva recordó que cuando llegó a San Juan eran varios los pastores que recorrían la demarcación. En poco más de un año, se habían reducido a una tercera parte. La política macroeconómica del Estado los había escondido con su pobreza, lejos de la estadística del paro agrícola y ganadero. Pero era un coloquio de hacer tiempo y la hora de la siguiente presentación, en la presa Tomazos, estaba al caer.

Se despidieron y llegaron a la presa en la hora de la doble luz. Las nubes filamentosas del lado de poniente resplandecían flamígeras. Machaquito resaltaba por su fosca contundencia sobre San Juan. El rumor del agua esparcía, en concordancia con las altas y deshojadas copas de los chopos, atravesados por rayos mortecinos, armonía y serenidad.

Bello epílogo para un monótono servicio.

Estacionaron al lado de una pocha caseta de madera, que los viejos del lugar databan de hacía un siglo. La techumbre encrespaba el suelo y sus paredes no se usaban para otra cosa que no fuera para cobijar esporádicas reuniones de niños que creían ver entre sus maderas podridas un castillo medieval unas veces y otras el fortín de un enemigo provisional, que no siempre reconocía su derrota a fin de intercambiar los bandos de buenos y malos.

Se echó el quepis a la cabeza y, con el cetme al hombro y los pulgares por dentro del cinto, dijo que daría una vuelta por las inmediaciones. Cristina optó por quedarse junto al *pepito* y tirar piedrecillas al agua estancada, cuya inmovilidad contrastaba con el estruendo de la caída.

Seducido por el acuoso espectáculo, paseaba evasivo y relajado… hasta que reparó en las acequias y en que una de ellas acarreó los detonadores de la Bestia para remachar la desgracia de la señora Velarde y

su hijo.

La belleza se le trastocó en dolor. En ira.

Porque los culpables continúan impunes.

Porque se crecían.

Porque su afán escarmentador se estaba quedando en una promesa sin cumplir.

Se pasó la mano por la frente.

Pero a estos pensamientos nada los desvanecía.

Si ya no puedo llegar más lejos en el asunto del tráfico de drogas, quizás deba implicar al comando Centro y, por ende, a la Organización. De otro modo, el general seguirá invicto y yo terminaré por caer sin gloria y sin trofeo. Un chillido, muy cerca. De mujer. *El de su compañera*.

Salió del trance y, volteando el cetme en el aire, voló en *prevengan* con el pesado fusil: un genuino estorbo si tenía que defenderse en una pelea cuerpo a cuerpo.

Dobló la caseta; y resbaló al tratar de esquivar un culatazo que vislumbró directo a los piños. El quepis salió volando, y él, después de trompicar una docena de pasos, fue a estrellarse contra la pared de tablones.

El porrazo lo dejó tendido y doblado de dolor. Hombro y juicio medio anestesiados.

Yacía de espaldas. Oía gritos. Gritos gemebundos de Cristina, como de perro apaleado. De pronto aulló al sentir cómo le desollaban las costillas. Tenía el cetme debajo y el agresor tironeaba para hacerse con él. Se revolvió furioso y lacerado, notando que se le escapaba el arma; y cuando estaba a punto de perderla, amarró la correa portafusa en una rotación envolvente y desesperada con el antebrazo y lo retuvo. Quiso levantarse.

Eso le costó un puntapié a la boca: interpuso la mano y ésta junto con el pie agresor le percutió contra la mejilla.

La cara al menos la salvó del golpe en estado puro. Esta contusión tuvo el efecto de advertirle cuán formidablemente su vida corría peligro; y asiéndose al lujuriante forraje, la esquina de la caseta, un tronco exfoliado, logró escapar y erguirse poniéndose en guardia, captando a su compañera aferrada al espejo del R-4, presa de histéricos aspavientos; también al otro pollo manipulando el cetme de ella: y a su particular y terco atacante que se le abalanzaba con gesto sádico, esta vez marcándole los cojones.

Con incidental gallardía de torero que se exhibe en una verónica, Salva eludió el punterazo y el pie del agresor fue a incrustarse entre tablones putrefactos. Le mandó un puño rápido a la cara y se agachó a recoger del suelo su *chopo*. Lo asió por la bocacha y, talmente que un golfista, envió la

culata a la entrepierna del que se empeñaba en montar el de Cristina.

No lo soltó, empero. Había recibido el estacazo con una fogosa flexión de tronco y, tras un instante de colapso, los ojos estrujados, sin más visajes que una boca que abría y cerraba como un pez fuera del agua, se hincó de rodillas… dando la impresión de que ofrecía, arrepentido, el fusil; pero se le escurrió, e inclinándose con pereza, hocicó la hierba a los pies de Salva.

Ahí quedó, inmóvil, inhabilitado. *¿Fuera de combate?*

¡Qué vanidosa distracción! Y qué imperdonable.

Medio segundo de negligente solaz en el padecimiento de aquel pistolero inepto —por fortuna—, que el otro aprovechó para saltarle al cuello por detrás.

Pero ahora Salva estaba física y psicológicamente preparado.

Y bien agarrado.

El flaco bíceps de aquel energúmeno le aplastaba la nuez y con la otra mano se apuntalaba el codo, conformando con los brazos un cepo dentro del cual su cuello era prensado, estrangulado.

Sí: había sido un descuido imperdonable.

Estaba siendo ahorcado por un garrote vil de carne y hueso.

En su trémulo campo de visión, Cristina se agarraba a la varilla del retrovisor como a una rama que pendiera en el vacío; y mientras tanto, el aire que no llegaba a sus pulmones.

Salva se dio a revolverse con violentas torsiones y manotazos; pero el pollo resistía, yugulándole con la saña de un vesánico homicida.

Seguía aferrado, pero en lugar de por la espalda, de lado. La respiración del otro le zumbaba de lleno en la oreja: un aire tibio, acezante. Extenuado. Ya no se las veía todas consigo.

Se percató de que su codo rozaba el estómago del agresor.

Lo separó y lo retornó como una flecha, justo entre las costillas flotantes.

El segundo flechazo se lo clavó en el esternón, haciéndole retroceder encorvado y mudo, palpándose el vientre como si se lo acariciara.

Salva aguardaba a que se desplomara, cuando, de súbito, el otro extendió el brazo rematado por una navaja automática de la que saltó una hoja larga y puntiaguda. Y sin variar la posición de contrahecho, trastabillando de furor, se le arrancó dando tajos al aire a diestro y siniestro.

Salva agachó la cabeza con una ida y, justo cuando empezaba la curva de vuelta, le aferró la muñeca navajera.

Comenzó, entonces, un baile espeluznante.

Le tenía atenazado, pero no neutralizado; la delgada y larguísima hoja de la navaja giraba como un molinete defectuoso o como la lengua de una bicha fiera y ponzoñosa: el temible retorcimiento semejaba un ofidio pinzado por el pescuezo que serpentea en el aire.

Sus grilletes no estaban donde debían.

De momento, controlaba: *de momento*, porque el otro pollo se erguía, reanimado, desentumecido, pestañeando y escupiendo.

Se acordó de Novoa, y de sus lecciones de *Jiu-Jitsu*.

La técnica consistía en agarrar la mano del contrario y efectuar un giro sobre la muñeca obligando al brazo a contorsionarse hacia dentro, al tiempo que con su otra mano le impedía dicha rotación a la altura del codo.

No lo pensó dos veces, como tampoco pensó en su fantástico colega: punzaduras de la memoria que acudían a su mente a propiciar la mayor empresa del Hombre en el mundo: la de la supervivencia y la dominación.

Salva retorció aquella sísmica muñeca como le hacía con sereno control a Novoa, sólo que ahora a lo bestia, creando en el armazón esquelético un efecto de palancas opuestas que luxaron el húmero de la articulación radiocubital y los carpos crujieron como vidrio molturado.

La víctima emitió un gruñido revuelto de sorpresa y dolor. Parecía incrédulo de que aquellos extraños ruidos hubieran brotado de su extremidad y no de una rama seca que estuviera pisoteando. El brazo le rulaba como un nunchaco. Salva lo desasió, por dos razones: primero porque ya no le era peligroso, y segundo porque oyó a sus espaldas el acerrojamiento del cetme.

Al girarse topó con el otro presunto, quien, con cara de felicidad patibularia, se acomodaba el fusil en la cadera, levantando el cañón hacia su traza de *picoleto* aperreado, vivo en precario.

Salva dio una zancada y una patada.

Luego, sin fuerzas, se recostó en la caseta, repasando el desenlace.

2

Uno se arqueaba en decúbito supino, cada vez más consciente de la parte de su esqueleto hecho astillas; sus alaridos así lo confirmaban. El otro se tanteaba los morros, calibrando la salida de tanta sangre; le rodó un diente al hueco de la mano y se puso a echar pestes de su compadre.

—¡Ay, ay! ¡Chorreras, cabrón! En la que me has metido —farfullaba.

Y prendida al *pepito*, convulsa en el crepúsculo, el llanto de una

guardia que desde hacía un buen rato había sobrepasado el borde para caer —ella sí— en un pozo de nervios.

Se enderezó con lasitud. Recogió los cetmes. Sacó el cargador del de Cristina y arrastró la palanca de montar: el cartucho salió expulsado como un cohete averiado.

—Ya no tienes de qué preocuparte —la tranquilizó con sorna y pronunciando las palabras como si mascara abrojos; le dolía hasta la lengua.

Cogió los grilletes de la compañera gimoteadora y esposó al de la boca lisiada; al del brazo partido le puso los suyos. Transmitió la novedad y se sentó en un tocón. A los pocos minutos, en el coche particular de Velasco, llegaron éste y el brigada. Cristina aún sollozaba.

Reconocieron con sus linternas particulares el cobertizo y la maleza anexa. Velasco localizó el quepis de Salva y éste una bolsa deportiva con una cantidad ingente de monedas imposibles de calcular a ojo de buen cubero. Se decidió que Velasco y Salva se llevarían a los detenidos en el coche oficial hasta el puesto de la Cruz Roja y de ahí al ambulatorio de Dosarcos.

El brigada se hizo cargo de Cristina. Dijo:

—Para la mujer-guardia-que-no-defendió-a-su-compañero bastará con una tila.

Pasada la medianoche, regresaron al cuartel los cuatro. La juez había ordenado que no le hicieran entrega de los detenidos ni diligencias hasta la mañana siguiente, cuando pensaba llevar a cabo una rueda de reconocimiento en relación con la denuncia por robo en el bar de Dosarcos.

Se finalizó con la instrucción del atestado y como siempre el sustento de los detenidos era una cuestión de la que el juzgado y la superioridad se desentendían. La señora Dolores preparó unas tortillas españolas para su marido y para los detenidos, excepto para el del brazo escayolado, que la prefería «francesa»; por lo visto, las patatas no le gustaban nada.

3

Otra experiencia. Uno nunca olvida el primer polvo ni tampoco la primera paliza que le dan. Aunque después vengan mejores polvos y palizas más o menos tremendas. Pisó el freno para detenerse en el STOP de la 215. Un gesto que le causó aguijonazos desde los pies a la cabeza. Sin duda, había recibido una buena tunda. Su mujer guerrera sabría cuidarlo. Se aproximaban faros veloces. Reflexionaba sobre la mujer-guardia-que-no-defendió-a-su-compañero. Pudo haber sido peor, pero también

infinitamente mejor. Los faros del R-12 iluminaron el paso de un relámpago rojo: el BMW de Urbano Arteaga. Detrás un flamante deportivo que despidió brillos de lujo y de fulleros negocios. Identificó al «dividendoso» colombiano y al general benemérito.

El mafioso Estado Mayor iba a reunirse, y él en Babia.

Echó mano debajo del asiento, y sí: allí estaban las llaves.

Si se dirigían a La Pequeña Arteaga, lo harían por la calle Machado, el trayecto más cómodo y despejado. Pero también el más largo partiendo de aquel cruce.

Un trastazo contra el poste del STOP reveló que había pisado el freno demasiado tarde. Cambió la marcha atrás por la primera, la segunda, la tercera, y subiendo de vueltas el cuentarrevoluciones, enfiló Mural arriba como loco; por suerte para su temeridad, ni vehículos ni peatones… Excepto el Balilla, que a punto estuvo de llevárselo cuando salía de la plaza haciendo el caballito con su ciclomotor trucado. Menos mal que por una vez el drogatilla tuvo reflejos y fue capaz de subirse a la acera sin estrellarse ni perder el equilibrio, evitando así cualquier mínimo roce entre ambos.

Torció rúa Eras creyendo oír saludos escatológicos para sus muertos. Ahora sólo esperaba —rezaba— no toparse con nadie bajando. La noche era hendida de revoluciones de motor. Tuvo suerte y rodando extramuros se decidió a estacionar en la era de los camiones; no era plan de presentarse solo en la de los murciélagos y bajarse enigmática y sospechosamente.

La Pequeña Arteaga se exteriorizaba como una isla de claridad lúgubre en medio de la noche natural. Ingresó en las sombras consecutivas, dio un rodeo largo, alígero y orbicular alrededor del objetivo y coincidió que franqueaba la puerta omitida con la llegada de la banda. No avanzaría en su guerra particular si no tendía oídos desde el amado-odiado nicho para enterarse de los chanchullos de vuecencia y compañía.

Franqueó accesos con la maña de la costumbre y una celeridad que no dejó de sorprenderle. Listado por los faros del BMW, entró en el salón portando el calzado en las manos y se encaramó a la puerta del cuarto de la limpieza y de ahí al sepulcro aéreo.

Hoy no vería ningún pase de lesbianas, de eso estaba seguro.

Respiraba rápido, a fin de hallarse lo más recuperado posible para cuando aparecieran los señores de la mafia. Con un simple giro de llave, la puerta volvió a abrirse. Le había extrañado que las cerraduras no estuvieran echadas con todas las vueltas. No había sido un descuido; las había dejado tal cual.

Activaron el interruptor, varios interruptores.

Una miríada de incógnitos focos halógenos rebotaron en el parqué, y el salón desbordó un despiadado lustre que lo distrajo… de la mujer de la limpieza, que, arrellanada en el sofá, se incorporaba con ojos soñolientos. Sobre la mesa de la sirenita botellas de champán y una caja con licores; en la suya torácica el corazón le danzaba desencajado. (Aquella mujer le fabricaba más sustos que el cártel al completo.)

La mujer se levantó, se estiró el delantal, se ordenó el cabello.

Salva la oteaba con expectante terror… *¡Vaya día que llevo!*

—Buenas noches, señor Urbano —balbuceó la buena mujer—. Me he quedado dormida. No quise marcharme dejando fuera del frigorífico los canapés, por si no venía y se echaban a perder.

—Muchísimas gracias, Carmela —agradeció el melindroso dueño con los suaves gestos de un director de orquesta—. De verdad que siento el retraso. Toma —la alargó un billete.

Mientras se lo guardaba, la mujer preguntó si había entrado alguien antes de que la luz se encendiera.

—No. ¿Por qué? —dijo Urbano, acariciando las botellas de licores, aparejadas entre copas como torres góticas.

—Por nada —bostezó Carmela, recogiendo el bolso—. Debió de ser que con el sueño me desorienté. Bueno, no dude en llamarme si me necesita.

—Seguro que todo está perfecto. Mañana a primera hora tienes la casa para ti; y posiblemente no vuelva en un mes —anunció Urbano, precediéndola al porche.

Una buena noticia. Ojalá sus dudas desaparecieran.

Los niños malos, o sea, el general, el veterinario Alfonso De Lasheras y el colombiano, inspeccionaban las bebidas. A la vuelta de Urbano, se sirvieron generosamente.

—Esperemos que no tarden mucho estos —dijo De Lasheras.

—Esperemos —dijo el general, quitándose la chaqueta y ocupando el sillón de la vez anterior, encarando como siempre en oblicuo la celosía.

Se cuadró el nudo de la corbata, extendió los brazos y se dio a pasear los ojos por el salón.

Salva se negaba a mirarlo; porque si lo hacía no podría soportar la impresión de que lo captaba implacable y tremebundo y él quizás volvería a mearse de miedo.

Pulsaron el timbre. Unos faros fundían en blanco el monitor de la entrada.

Tan pronto el enclenque Moisés Torcaces y el chaparro Parra terminaron de estrechar manos y de aposentarse ambos en el sofá a la

diestra del general, el colombiano, acomodándose en el otro sillón de orejas, abrió el debate:

—Muchachos, sorpréndanse —dijo, estirando las comisuras de los labios y disecando una sonrisa de mono alborozado—. Urbano les va a informar del éxito —desvió para mayor intriga.

El aludido, encaramado a un taburete a la vera del general, no se hizo esperar.

—Cinco por cabeza —respondió exacto y campante.

—No entiendo —dijo Parra.

El general Llopera se removió para aclararse:

—Quiere decir que con la última operación hemos sacado cinco millones por cabeza, limpios. Para Hipólito, Anthony, Urbano, Alfonso y yo. —Echó mano al lateral del sillón y alzó un elegante maletín de cuero rígido y repujado, que abrió encima de la mesa—. Y también para vosotros. Aquí tenéis. Otros cinco —empujó el maletín hacia los tentados: éstos se inclinaron a dúo.

Vuecencia concretó:

—Si ponéis vuestros respectivos negocios al servicio de esta nueva empresa.

De Lasheras vino de la barra y repartió hielo; de reojo, reparando en Parra y en Moisés.

El primero acariciaba con las yemas de los dedos los fajos de billetes.

Pareció convencerse de que eran auténticos, y murmuró:

—Hostias, hostias.

En cuanto al segundo, tras un instante de contemplación, tal vez de ensoñación —su finca convertida en un rancho que se dilataba hectáreas y hectáreas por toda la vega, surcado por caballos de raza que esquivarían en sus galopadas las mejores reses de la Comunidad, de la nación. O del mundo, quién sabe. Qué poderío. ¡Un señor terrateniente de verdad!…—, se escurrió hacia el maletín, depositó el copón sobre la cabeza de la sirenita, la cual, bajo el cristal, también parecía fascinada, si no por el contenido, sí por la lujosa hechura del contenedor, y tomando un fajo, que zarandeó trémulo, inquirió:

—¿Y dices que por poner mi negocio a disposición de qué?

El general explicó:

—Necesitaremos negocios legales donde blanquear el dinero. Para eso contamos con Lucas y contigo, Moisés; además del zulo, que ya deberías tener listo, en vez de darnos largas.

—Yo no doy largas —replicó Moisés al punto, soltando el dinero; asió

su copón y tornó a sentarse, ahora menos retrepado—. Lo que digo, lo cumplo. Fuiste tú el que el día de la fiesta descartaste el lugar que yo tenía marcado para depósito. Las modificaciones llevan tiempo.

—Está bien, Moisés. Yo sólo quiero hacerte ver el filón que tenemos delante. Y que hay que empezar. *¡Ya!* —escupió como un tiro—. Para primeros de año espero doscientos kilos.

—Me doy toda la prisa que puedo. Y, por cierto, de los servicios de este mes qué.

—¡Joder, estás obsesionado con los putos bichos! —El general se irguió con fastidio—. Yo no puedo estar pendiente de tus ojeos. Ya la última ronda me costó un santo día de llamadas, cambios de servicios, suspensión de días libres. Y con los tiempos que corren, algunos empiezan a protestar más de la cuenta. No es que les tenga miedo, pero los del sindicato no dejan de joder la marrana, y hay que prevenir. Es muy fácil pedir y no arrimar el hombro.

Moisés Torcaces bufó recalcitrante.

—Al principio la granja iba a servir de almacén, y ahora tengo que desprenderme de ella. Además, sigo pensando que yo corro más peligro que el resto. Si por un casual se descubriera, yo sería el primero en caer…

—Antes nunca ponías objeciones —se sumó Parra.

—Antes era antes, y ahora es *ahora* —embistió vuecencia, y se puso en pie—. ¡Si sabía yo que aquí no habría nada que celebrar!

Se fue hasta la barra y regresó con un vaso cebado de hielo y líquido ambarino.

—Vamos a ver, si nos entendemos de una puta vez —gruñó, tornando a sentarse en el sillón, esta vez en el mismo borde, con el cuerpo metido en dirección a sus dos refractarios interlocutores, ambos a un golpe de puño: ambos se replegaron instintivamente—. ¿Así es como me pagáis, después de todo lo que he hecho por vosotros? Se os pide un hueco para lavar cuartos, y salís berreando que si el negocio es mío, que si yo corro más peligro… ¡Peligro de qué!, si en todos los años que llevamos juntos ni una puta vez habéis estado en verdaderos apuros. Y si alguno habéis tenido, han sido por cuestiones que ya no dependían de mí; y, con todo, os he sacado las castañas del fuego. Y los negocios, vuestros son, hostias. ¿Quién iba a querer complicarse en trapicheos que sólo dan para ir tirando? Por cierto —giró de improviso—, ¿qué tal la última ronda?

—De puta madre —reconoció Parra, creciéndose.

—Treinta merinas. *¡Treinta!* —no pudo reprimirse Moisés.

—¿Os dais cuenta? —les restregó el general—. Pues ahora lo que tenéis que ver es que estamos ante un cambio total. Un cambio que requiere una infraestructura y una tapadera. Sólo eso: una tapadera. Y con

el dinero que vamos a mover, la ley es papel mojado. Ya de hecho lo es con mis influencias. Enteraos ya de que estamos hablando de millones rápidos y limpios, coño.

—Ahí están las pruebas —siseó el colombiano—: *cinco* millones.

—Eso es dinero —cloqueó Urbano Arteaga desde su pedestal a la vera de vuecencia—, y no ese trajín maloliente que hemos estado haciendo.

—Vaya, hombre —se revolvió Moisés hacia el anfitrión—. No era eso lo que decías hace unos meses, cuando insistías en «salir más veces».

—No te sulfures, hombre; era una broma —le calmó Urbano—. Lo que queremos es que te des cuenta de que esto es otra cosa muy distinta, y productiva a lo grande.

—Hay que reconocer que la cosa está yendo mal —deslizó Parra—. Tienes que ver, Llopera, que últimamente nos has dejado de lado. Lo prueba el hecho de los asaltos que nosotros mismos hemos sufrido. Nos prometiste una investigación, pero nada se sabe. Y por si fuera poco, hasta los guardias que tienes aquí en el Puesto nos han parado alguna vez, por no hablar del teniente ese de Dosarcos, que no nos gusta un pelo. Y que…

—¡EH, EH, EH! —voceó el general—. De eso no tenéis que preocuparos. No se irá de la lengua. Ya os expliqué que ese tema lo tengo controlado. De acuerdo que tal vez no ponga la dedicación que debiera. Pero es que tampoco quiero presionarle, porque en realidad no vale la pena. En lo que sí lleváis razón es en las escoltas: son servicios demasiado evidentes y no conviene llamar la atención. No me queda otro remedio que suprimirlas, porque si eso trascendiera a la prensa o a los tribunales civiles, yo podría tener problemas; y tengo un honor que mantener, qué cojones.

—Lo que no entendemos es por qué nos aseguras absoluta seguridad en lo de la droga y en lo tocante a las rondas te muestras tan remiso —siguió objetando Lucas Parra—. Sabes muy bien que en tu jerarquía militar no te alcanzaría ninguna responsabilidad, aunque te acusáramos.

El general lanzó una mirada de furia al insolente retaco. Parra tiritó al ver cómo aquel jayán se retorcía en su sillón para encararle.

—¿Me estás dejando caer una amenaza, Lucas?

—Ni-ni mucho menos —balbuceó Lucas Parra—. Ejem, yo lo único que digo es que la misma cobertura que… —buscó apoyo en Moisés y en Urbano con los ojos.

Fue el veterinario quien se prestó.

—Te veo preocupado con los del sindicato clandestino, Llopera —deslizó con zumba, como tratando de aliviar o distraer la discordia.

—Y UNA MIERDA —entró el general al trapo—. Cualquier día fusilo a esos cuatro hijoputas.

Agarró el vaso y se lo vació de un trago. Se aflojó el nudo de la corbata.

—Ya te han dado el día —dijo Urbano, alcanzando la botella de Johnnie Walker.

—¡Me la suda! —fue la contestación.

—Lo que queremos decir es que andamos detrás de una partida muy buena en Toledo y no nos puedes fallar ahora.

—Joder, Alfonso, tú también.

Urbano le repuso el güisqui y el general se tiró contra el respaldo.

—Está bien, Moisés. Yo te abro la ruta, y tú te implicas ya de una vez. ¿De acuerdo?

Moisés asintió sin efusión.

El general se conformó:

—Bien. Parece que nos vamos poniendo de acuerdo. Pero daos cuenta —advirtió, recorriendo a todos con la mirada— de que *eso*, se está acabando, que para rondas muy contadas, vale. Pero que lo verdaderamente importante es esto: la cocaína. Dinero de una puta vez. —Bebió y se calmó—. A ver: ¿qué cojones habéis visto por Toledo?

—Potros de raza —dijo Alfonso.

—Nos dejaría un buen bocado —apuntó Parra, sugerente.

—¿Sí…? ¿Cuánto?

—Aún no podemos saberlo —contestó Moisés—. Tal vez a cincuenta o sesenta mil duros, cuando hagamos reparto.

—¡Cincuenta mil duros!… —graznó el general, saliendo disparado del asiento como de una catapulta, salpicando de güisqui la mesa, el precioso maletín golosamente abierto, las figuras cohibidas de sus interlocutores—. Yo les traigo cinco kilos y ellos me ofrecen cincuenta mil miserables duros. ¿Es una broma o qué? —se dio a medir el ancho y largo del lustroso salón a golpe de zancadas—. Gente más estrecha de miras no he conocido en toda mi vida. Les estoy ofreciendo millones (¡millones que tienen delante de sus putas narices!), y ellos haciéndome perder el tiempo con calderilla de mierda —se arrancó la corbata y la tiró al suelo—. ¡Hace falta ser gilipollas!

Moisés, en tono azorado y derrotado, anunció:

—El zulo ese estará listo antes de Navidad.

—¡Perfecto! —se oyó que exhalaban.

Alfonso y Urbano aludieron a una pauta de reparto semanal, pero no aclararon nada y la reunión se prolongó en una discusión circular en la que el general y los demás instaban a Moisés y éste cedía a regañadientes.

Las Torcaces tal vez pudieran almacenar cocaína, pero jamás tendría otro titular en las escrituras que no fuera el ganadero Moisés Torcaces.

Apuraron las bebidas, descartaron los canapés —que no retornaron al frigorífico (¡menudo disgusto para Carmela!)— y se marcharon invitados por el general a sus clubes de alterne de la autovía, donde Arteaga y De Lasheras habían encargado unas «coliflores» y un «querubín».

Salva se evadió resuelto y casi satisfecho, tirando de sus magulladuras.

Su proyecto Escarmiento no tendría fin.

Las tres en punto. Anabel siempre decía las equis y veintidós, las equis y dieciséis. Con ese método lo permisible sería un retraso de minutos. Así era ella. Y era maravillosa. Y eran cuatro horas pasadas en el reloj que ella le había regalado.

—Hola. ¿Llego un poco tarde?

—¿Tarde? De cuándo hablas —dijo con ojos aún más rayados por el sueño, las crenchas lacias cayéndole por las sienes como lánguidas cascadas—. ¿Qué te ha pasado en la cara?

—Gajes del oficio. —Aún le ardía la mitad del cuerpo—. Necesito otras cien mil. Quiero empezar ya un plan de seguimientos. Alquilaremos distintos coches en diferentes días. Mi banda de cuatreros anda de lleno en el negocio de la droga, y todo lo que sé es que el general la guarda en la Zona. Tengo que averiguar cómo la mueve.

—Pero si yo no tengo el dinero.

—¿Qué?

—Los fondos los maneja Dioni, ya lo sabes.

—Joder. Arréglate y demos un paseo.

—¿Ahora?

—Sí: a la casa de Dioni.

Llamaron largo rato a la puerta del camarada, pero nadie salió a abrir. Dejó el encargo a Anabel y se perdieron en la vida nocturna de la capital. Un mosqueo creciente y el latido de las magulladuras lo mantuvieron entre tenso y alicaído.

4

El dueño del bar identificó a los dos sospechosos.

El teniente felicitó a Salva y a la mujer-guardia-que-no-defendió-a-su-compañero, ya recuperada del choque emocional. La juez, por su parte, estimó signos de excesiva violencia en los detenidos y abrió diligencias

paralelas. Circunstancia que aprovecharon éstos para modificar su declaración sobre la marcha, y así, olvidados de las tortillas, relataron a la juez que fueron salvajemente torturados por una docena de guardias civiles, quienes les sacudieron innúmeras hostias como panes e innúmeras patadas de penalti a sus cabezas. El del brazo roto detalló ¡cómo su indefensa extremidad fue colocada entre dos piedras y todos los guardias sin excepción botaron sobre ella!

Visto el cariz que tomaba el atestado, las urracas del Servicio de Información, precedidos del teniente, decidieron que lo mejor sería emigrar del juzgado y dejar que los del Puesto de San Juan capearan con el marrón. De pronto, aquello había dejado de oler a medallas. Al mediodía se decretó la puesta en libertad de los detenidos y acto seguido la juez pasó a tomar declaración a Salva. El hombro le dolía más que el día anterior. Pero una cuestión le contundía por encima de todo: el dinero con el que autofinanciaría su proyecto Escarmiento había volado.

Tenía el tiempo justo para comer y salir de servicio. A la noche concretaría planes. Con o sin dinero.

5

Y estaba claro que tendría que ser *sin*.

Dioni, que debería explicarse delante de Efrén, no se presentó. El imperecedero problema de liquidez del CC estaba en todo su apogeo y Efrén —Salva-Efrén— reventaba de cólera, por mucho que ella le disculpara.

—Tienes que comprenderlo, Efrén —rogaba—. Ha sido un accidente.

—¿¡QUÉ!? ¿Lo llamas «accidente» a comerse ochocientas mil en menos de tres meses?

—No ha sido tanto. Algo pudimos retirar en una primera ocasión, y algo ha devuelto —marcó ella con los ojos los engurruñados billetes esparcidos por sobre la habitual roja tela de tales protocolos. Ni un diez por ciento. Era todo lo que Dioni devolvía como tesorero del comando Centro.

Efrén sintió ganas de pisotearlos, ya que no podía machacar la cara del yonqui.

—Ese tío es un drogadicto de mierda. Cuando le pille lo mato. ¡El cabronazo! Con razón andaba últimamente tan eufórico y predispuesto. Se estaba puliendo nuestro dinero en *caballo*. Cómo coño no nos dimos cuenta de que algo así tenía que estar sucediendo. Sobre todo, tú, que sabías lo enganchado que estaba y me lo ocultaste. ¡Conque estaba casi repuesto!…

—Me fie de él creyendo que asistía a la Granja de desintoxicación. Yo misma le acompañé varias veces. De verdad, no tenía ni idea de que se lo estuviera gastando en heroína. Cuando no iba por la Granja, me respondía que era por atender el kiosco.

—¡El kiosco! Un viejo que vende chucherías en el paseo me ha dicho que nunca abre a la misma hora, y algunos días ni aparece.

—Ya no tenemos remedio. No confiaremos más en él. Después de pedirle las últimas cien mil que tú me encargaste, se asustó. Yo también me enfurecí con él. Luego sentí lástima. Ninguno de los dos queríamos que te enfadaras. Aunque no te lo creas, él te aprecia muchísimo. No sabía qué hacer para resarcirnos de la traición. Quiso asaltar él solo un banco o una tienda grande. Me costó pararle. Incluso planeamos hacerlo a medias y por nuestra cuenta; trataríamos de reponer el despilfarro poco a poco. Elegimos un supermercado. Pero cuando estábamos a punto de ponernos los disfraces, llegaron unos vigilantes jurados en un vehículo blindado y tuvimos que dejarlo. Estábamos planeando algo para los próximos días; pero has insistido tanto, que no hemos tenido tiempo. Créeme, Efrén, lo siento mucho.

Y Efrén que se ve hecho un lío, un topo perdido en el laberinto de su negligencia. Se dejó caer en el sofá.

—Esto es una mierda de comando centro ni leches. Creí que luchábamos por afanes de transformación social, y resulta que somos delincuentes comunes que financiamos la mierda de un yonqui.

Anabel, con los brazos cruzados, recostada en el marco de la ventana, se mordía los labios, mirando o meditando sobre la construcción de nuevos edificios. Bloques de pisos que avanzan especulativos e imparables transfigurando el barrio. Algún día su madre también venderá y ella podrá cambiar de vida, quién sabe. Echará de menos su laboratorio, pero valdrá la pena por un sitio bajo las estrellas. La ciudad despide un fulgor artificial y nublador, le esconde la belleza y la paz. La ciudad es un moderno campo de concentración donde la televisión y la heroína subyugan sin vallas y sin solución de continuidad. ¿Son culpables los teleadictos de ser tontos?

Escuchándola, la respuesta era la misma que el grado de culpabilidad de un heroinómano.

—No lo mires con esa crueldad; está hecho un despojo —se expresaba con voz queda, rendida—. El verdadero problema está más allá de un camarada que nos ha arruinado por agarrarse a la vida.

Se negó a dejarla continuar.

—Así que crees que soy cruel. Arriesgo mi vida por un drogata asaltando gasolineras y bancos, y me dices que lo miro con crueldad. Sabes lo que te digo: que no contéis conmigo. Yo ya tengo *mi* propia lucha.

Ella le volvió el esquinado rostro, sus mandíbulas más sesgadas y tirantes que nunca; la mirada nato cruzada de ramalazos de cabello cobre fulgurando con el mismo estremecedor encanto con que fulguran algunas de sus probetas, las más inestables y peligrosas.

—Combatimos un sistema insidioso y explotador. Pero tú no ves más que una parte del problema. Dioni es sólo un despojo hostil de una legión de despojos narcotizados por la publicidad y las corporaciones macroeconómicas que invierten en medios de comunicación.

Ante aquella dicción lenta, a la vez derrotada y recriminante, Efrén se sintió tocado.

—Yo estaré contigo, cariño —vino a sentarse a su lado—. Sin condiciones. Acabaremos con la mafia de tus enemigos. Te lo he prometido y así lo haremos. Pero concédenos una oportunidad. La droga que pudre la sociedad es una de las armas de los poderosos para velarse y para hacernos creer que el mal es otro y no ellos. Dioni no es del todo responsable. Es una víctima.

Efrén sacudió la cabeza.

—Suena muy bonito. Pero piensa en la manera tan estúpida e inútil en que nos hemos jugado el pellejo. ¿Cuánto de lo hecho ha valido la pena? Nada. Estamos como al principio.

—A partir de ahora haremos las cosas como tú digas. Él mismo me lo ha pedido. Se siente avergonzado. Hará cualquier cosa que le pidamos. Se autoexcluye. ¿De acuerdo? *¿De acuerdo…?*

—De acuerdo.

Se relajó y se retrepó en el sofá. Ella acariciaba sus facciones abstraídas, y éstas apenas variaron cuando añadió:

—Las cosas a nuestro modo. Sin el drogata. ¿Has dicho que planeasteis asaltar un supermercado y que un furgón de vigilantes de seguridad os lo impidió?

LI. EL IMPERDONABLE PECADO DEL EXCESO DE PIEDAD

1

Un furgón blindado de una empresa de seguridad privada que se para en un hipermercado. Muy cerca, un comando de tres guerrilleros urbanos compuesto por dos hombres y una mujer. Del arcón han salido las armas que empiezan a definir armamentísticamente al comando Centro. Anabel porta un revólver y una bolsa de playa. Dentro esconde cosas que no sirven para el arenal quemante, sino como arsenal detonante. Debajo de la cazadora, Efrén oculta un subfusil Uzi capaz de escupir 600 balas por minuto.

No sabe muy bien cómo ha llegado esa arma a sus manos, aunque la trajera Elena. Cree que la cúpula del FRAF la ha conseguido en los campos de entrenamiento con activistas palestinos, que a su vez se la han quitado a soldados israelíes, típica arma de ese ejército que, además de ser muy eficaz, es un símbolo nacional. Fue diseñada por un teniente de ese ejército llamado Uziel Gal y en honor a él fue bautizada. Lo que le salió fue un arma de tanta fiabilidad, que los mejores comandos contrarrevolucionarios del mundo que se precien no trabajan sin ella. Pero ahora está en manos de un insurrecto y llena de cartuchos 9 mm parabéllum que le ha afanado a la Guardia Civil.

Cartuchos con los que ha baleado Matallana, en ráfagas cortas y precisas. Ha comprobado un alcance efectivo de 200 metros, pero le sobran la mayoría: trabajará muy cerca del objetivo y no va a permitir que nadie le dispare ni le dé sustos.

Quiere las sacas de recaudación metálica y la Uzi le va a ayudar.

En el bolsillo de Anabel va un radiomando copiado del muy linajudo periódico *El Nacional*. (¡Viva la amistad con los jerarcas!)

Todo listo.

Las 13.00 horas. Llegan los vigilantes de seguridad con sus uniformes marrones, como todos los sábados a esa hora. Desde tres semanas atrás el transporte era sometido a un concienzudo seguimiento y vigilancia por parte de los amantes del CC. Ese día, Efrén había aceptado a Dioni (automarginado y sigilosamente autodestructivo), confiando en sus habilidades de chófer para darle caña a la huida.

Un vigilante de seguridad sale de la tienda, la mano izquierda asida a una saca; la derecha sobre el revólver. Entra en el furgón; después lo hace el otro, el situado en el exterior, junto a la entrada del establecimiento. El

tercer hombre, al volante, es un tipo con pelo ensortijado que no para de sonreír. Reanudan la marcha. Los activistas en pos.

Veinte minutos después se detienen en un pequeño supermercado que tiene la fachada empapelada de grandes carteles amarillos con números rojos, todos acabados en nueve. Ruedan conforme a lo previsto. Dejan el establecimiento y se dirigen al polígono industrial donde efectuarán la última recogida en una tienda de repuestos para vehículos.

Así ocurre.

Faltan contados y tensos minutos.

El furgón reanuda la marcha por una vía que lo aparta de la población. Cuando se detengan en una intersección en la periferia del polígono, les cerrarán el paso con la potente y pequeña máquina robada la noche anterior por Dioni, al viejo estilo de forzar la puerta y hacer el puente, uno de los escasos recursos que todavía era capaz de mantener el miserable.

El pesado furgón avanza tosiendo endrinas bocanadas de humo, meciéndose en los grandes baches que cratean la calzada. Parece arrastrarse más que rodar. Va ganando velocidad. La circulación es mínima: de frente un vehículo cada diez, veinte segundos; por detrás, a cien metros, sólo ellos… Bueno, un autocar vacío y viejo les sigue con un estruendo de chatarra, tuerce a una nave y desaparece. Se acercan a la encrucijada. Efrén da la orden. Y rugiendo y rebotando, adelantan al objetivo blindado. Dentro, el conductor ríe acerca de alguna patochada oída o proferida a través del intercomunicador. Bien. Dioni se detiene en la señal de ceda el paso. Nadie lo cruza. Por detrás llega el furgón y toca el claxon. Cubiertos con medias, Efrén y Anabel saltan al asfalto; él con su coleta rubia, ella con una peluca de rizos. Es cuando se les cambia la cara a los ocupantes de la fortaleza rodante: el marrón ya no es sólo cosa del uniforme. La tripulación se agita y se vela; el conductor manipula con ademanes desquiciados.

Por las ventanillas del compartimento central, Efrén detecta una exhibición de revólveres.

—Atentos a las troneras —advierte, y dispara una ráfaga contra el lateral que hace que los vigilantes se despeguen con instintiva prontitud.

Los impactos dejan un rosario de conos diminutos y brillantes en el blindaje sin pintura.

Entretanto, Anabel ha deslizado una fiambrera bomba debajo del furgón; deshace la ruta protegida por Efrén y ambos se parapetan tras un contenedor desbordado de escombros y puertas. Ella levanta el radio mando: la explosión frena en seco la marcha atrás del furgón y también a dos turismos. Uno de los conductores se baja y echa a correr a campo traviesa; el otro da marcha atrás y culebreando se empequeñece hacia el

borde del orbe.

La explosión ha dejado las ruedas delanteras del furgón abarquilladas como las piernas de un borracho y el morro enseña las encías del rugiente motor, que brama sin efectividad. Nadie del interior hace por salir.

Eso es todo.

Eso es nada.

Eso estaba previsto.

Efrén ametralla de nuevo el picoteado lateral: una finta de fuego al tiempo que Anabel extrae del GTI el segundo ingenio lapa, el especial: un cueceleches de acero conformado como carga hueca, que coronado por rasos y circulares imanes adosa a la portezuela posterior.

—¡Cúbrete! —grita, arrancándose hacia al contenedor.

En la precipitación ella activa el artefacto y Efrén apenas si ha logrado ponerse a cubierto: la onda expansiva lo alza con un viento feroz, un macizo abanicazo que lo brinca y lo estremece mientras le silban fragmentos de cosas que se proyectan instantáneas en torno. Por un momento se sintió trasto a merced de un ingrávido vértigo o como si estuviera practicando un *surfing* trepidante en la cresta de una ola invisible y brutal. Luego se vio tanteando en cuadrupenia, buscándose a sí mismo. *¿Indemne?*

Ha sido proyectado media docena de metros y vuelve a palparse como aquel día que dudó de sí, cuando vapuleado por la *cafetera* recauchutada de la Bestia. Por fortuna, una vez más, íntegro. Le silban los oídos. Tardó algunos segundos en reubicarse; un ínterin en el que, aturdido y extemporáneo, recordó la increíble resistencia del cuerpo humano a la onda expansiva: salvo una nefasta contigüidad al corazón de la explosión, la mayoría de las veces es la violencia de la caída o el impacto de fragmentos los causantes de las lesiones mortales.

Ha tenido suerte de no golpearse ni ser alcanzado por ninguna de aquellas balas que son las variadas trizas que el rebufo del medio kilo de pentrita ha embalado por doquier. ¿Y el objetivo? La puerta del furgón muestra una oquedad infundibuliforme, rodeada de estrías ennegrecidas. El interior del compartimento central se aprecia nebuloso. Ha habido trepanación: la carga hueca ha respondido según los cálculos. Se abre la puerta lateral y uno de los vigilantes se tira al pavimento socavón. Nadie más sale. Hay humo desvaneciéndose y un penetrante olor a almendra amarga.

Efrén se atrinchera, se recoloca la media y ordena por debajo de la Uzi izada a ras del contenedor:

—¡Salgan del vehículo!

—Está herido mi compañero —tose el que está fuera, cara al alquitrán.

—Entra y sácalo. Pero antes echa los revólveres al contenedor.

El vigilante cumple la exigencia. En efecto, su compañero es arrastrado en estado semiinconsciente.

—Ahora el dinero. *¡Rápido!*

El vigilante de seguridad se levanta y, derrengado sobre el costado del vehículo, se llega hasta la zona de caudales: tira de la descuajaringada puerta y comienzan a rodar sacas. El conductor continúa dentro, agarrotado al volante. Hay un jaleo de coches estancados en ambos sentidos. Suena una sirena. *¿Ambulancia, Policía?* Nada se ve. El teatro de operaciones sigue limpio. El vigoroso vigilante ha cesado. Con las manos en alto niega con la cabeza. *Ya veremos*. Efrén bascula la Uzi y el otro entiende que debe tirarse al suelo. *Ipso facto*. Anabel corre a por las sacas, toma una en cada mano y vuela al auto. Luego repite la operación. Efrén vigila que los hombres cuerpo a tierra no jueguen a héroes. Un ruido le hace girar la cabeza hacia la cabina del furgón. El conductor ha sacado a pasear sus caracolillos. Efrén recula dos pasos y tiene a tiro la espalda del osado tipo. No se atreve a descerrajarle por detrás y dispara al aire: una extraña detonación de dos tiempos en tanto Anabel se arroja a los asientos traseros. El conductor ha agachado la cabeza y retornado a encerrarse en la cabina. Los otros dos permanecen inmóviles, lapados al asfalto roto. Anabel no vuelve a salir. Las sirenas ululan intolerablemente cerca. *¿Galgos o podencos?* Hora de fugarse. En el suelo reposan tres sacas. Agarra una de ellas y renquea ojo avizor al coche. Dioni encabrita la máquina.

Ya en plena huida motorizada, se vuelve para alentar a su mujer. En el asiento hay un rastro de sangre. Sangre de ella, que recuesta su cabeza en el respaldo y tiene los ojos entornados, rayados de belleza y dolor.

Ojos de moribunda.

2

La hemorragia ha sido detenida, pero el dolor continúa meciéndola del vahído a la tortura.

Zumbado de urgencia y congoja, Efrén la había llevado en brazos hasta la cama, donde a base de jirones de sábanas limpias logró restañar la herida: una fontana de sangre.

Desde que transbordaran al R-12, había circulado con el alma en vilo, hablándola, animándola, acariciándola, saturado de horror, temiendo el fin del mundo a cada grito ahogado o conato de pérdida de conocimiento de su pelicobre.

Soltó las persianas, corrió los visillos: ¿un tupido velo?

¿Fin del trayecto?

La sangre manó ancha y abundante cuando procedió a cambiar los vendajes.

Tenía el músculo dorsal desgarrado, una especie de mordisco dado por un perro —el perro del Sistema—. Ag, Ag. Colgajos de carne negruzca pendían en una combinación de sangre y pólvora, como flecos de una alfombra mugrienta. El hijoputa del conductor, en un abrir y cerrar de ojos, se había apeado, disparado casi a bocajarro y encerrado al punto. Puta compasión. Al menos, marró el tiro; seguro que pretendió abrirla en canal.

Después de profusos enjuagues con agua oxigenada, apósitos de gasas y más jirones de sábanas, dio por agotada la tarea. Le había dejado el tórax tan liado y constreñido que semejaba el de una momia. ¡Una momia!

Ah, respiraba, movía los párpados. *Vive*.

Llamó al Puesto para conocer el nombramiento del servicio: de tarde, con Félix, a pie.

Quiso pedir el día libre; pero el de esa semana lo disfrutaba ese mismo día, y Anabel parecía haber mejorado después de cinco horas de cuidados inciertos a fuerza de aspirinas, agua oxigenada, yodo, bolsas de hielo…

No sabía qué más hacer.

A las tres de la mañana se presentó Dioni. Al verlo, Efrén pensó por un momento que ella tenía mejor aspecto.

—¿Cómo está? —preguntó, asustado.

—Descansa… creo. A veces delira.

Se acercó a la cama; no se dio cuenta y de un puntapié desplazó un cubo rebosante de trapos y gasas encharcadas de rojo. Se apoyó en la pared.

—Ha perdido mucha sangre, ¿verdad? —infirió con desmayo.

—No sé cuánto es perder mucha sangre —dijo Efrén—. Sigo dudando. Si la llevo a un hospital, todo habrá terminado. Pero no quiero que ella muera.

Notó que se le empañaba el campo visual, haciéndole ver la cruda realidad tan cerca como la glacial transpiración que le adhería la ropa, como un sello de hielo en su piel y en su alma.

Como una mortaja.

Dioni, desde el fondo de sus cuencas casi sin ojos, seguía contemplándola con inmensa desolación. ¿Quién le ayudaría a él?

Anabel se revolvió, dejando escapar un quejido gutural.

—Quizás un poco de coca… —sugirió.

Efrén lo miró de un modo que ni él mismo podría haber explicado; al parecer, Dioni sí.

—Lo siento… yo… pretendía ayudar. Tengo que marcharme. No tardaré.

—Salva, por favor —balbuceó Anabel, sobresaltando a los dos camaradas.

—¿Qué dice? —se volvió Dioni, desde la puerta.

—No lo sé. Ya te dije que deliraba.

—Salva, Salva… —repitió Anabel.

Efrén asió sus manos entre las suyas y se recostó a su lado.

—Soy Efrén. Descansa, cariño… Descansa.

Ella abrió los ojos y los volvió a cerrar.

3

A doce pasos, sin garbo tras el gordo jefe de pareja, Salva caminaba más como un detenido que como un compañero. El cetme al hombro le lastraba tal que un virote de reo o de esclavo. *¿Premonición?* El aire sabía a fango y plomo. El fango de la derrota; el plomo que desperdició. *Vivir y morir en la lucha*. ¿En qué fase estaban? ¿La última? En el final inverso de los cuentos de hadas. Había conocido una princesa que le había exaltado y ahora devenía la consumación.

Y todo por un exceso de piedad.

No se puede militar en una beligerancia extremista y ser un conmiserativo de mierda, y menos cuando ello entraña la caída de la mitad de tu vida.

La angustia y el arrepentimiento —un dolor allende las palabras—, le cortaban la respiración.

—Ya llega el autobús —le avisó Félix, arrancándose a paso ligero—. O nos damos prisa o nos vamos a hartar a andar.

—No deberías cargar con el pegote ese —le señaló Salva con un gesto a la esclavina, liada en un gurruño que su adjudicatario no había sido capaz de introducir por completo en la talega reglamentaria.

Pretendía hallar la gracia del momento y mitigar así su estragada existencia.

—¡Ihé!, ya hablaremos más tarde, amigo —avisó el guardia primero. Se ajustó al cinto el bramante del que pendulaba la esclavina y se lanzó a un fogoso trote, so pena de tener que recorrer a pie los cerca de cinco mil

metros que separan Morratal de San Juan. Si no había gasolina, no era motivo suficiente para no hacer el paripé. Alguien había levantado el presupuesto del combustible y dos hombres pagados por la nación para la Seguridad Pública tenían que pasearse con inquietantes armas de guerra, al parecer, en el cumplimiento de un no se sabe qué clase de deber.

Si no atrapaban el autobús, caminarían durante horas.

Bajo un cielo enlutado —como su ánima—, amenazante de lluvia, ambos corrían intentando llamar la atención del conductor, al par que forcejeando con las prendas militares: una mano al cetme, para que dejara de dar coces, y la otra al sombrero para que no volara en un clímax de irrisión. Félix tenía que sufrir, además, los bamboleos del atadijo de la esclavina contra los muslos; a veces le caramboleaba en las pelotas y por poco no se detenía debido al inhumano dolor de huevos: gesticulaba como si oliera una mierda fresca en las narices y proseguía a galope tendido tal que un caballo desbocado.

Los paisanos sonreían por el grotesco esprint. Uno de los que se cruzaron era el señor Juan, el médico, quien se volvió para seguirlos con los ojos, embobado, como si lo que presenciara fuera a dos etés persiguiendo el platillo extraterrestre de sus compañeros alienígenas, que se largaba sin ellos. Una idea aliento pasó por su mente, pero no podía pararse: el autobús emigraba. El guardia primero reconoció al conductor.

—Ah, el bribón ese —lo oyó bufar por detrás.

Salva sabía del porqué de su lamentación: hacía pocas semanas que Félix lo había denunciado por no respetar un STOP.

El autobús huía.

Los pasajeros, al percatarse de la escena, se apelotonaron en los asientos del fondo. El espectáculo de dos guardias civiles en sofocada persecución —cuyas pintas debían de recordarles al Gordo y al Flaco ataviados de *picoletos*—, se convirtió en un jolgorio inaudito para los aburridos viajantes, estudiantes en su mayoría que regresaban del instituto de Dosarcos. Llenaron de caras la luna trasera, de escandalosas carcajadas sus bocas. Parecía que jalearan al conductor. El autobús rugía como cualquier motor que sube de vueltas y marchas. Sí: huía.

Salva pasaba a zancadas de renuncia, cuando el autobús se apartó al arcén, junto al edificio de la Telefónica. *¿Se pondría en marcha tan pronto reanudaran la carrera?* Algo insoportable, inenarrable, lo abrumó una vez más. Félix, tambaleante y rojo de fatiga y de cólera, le alcanzó.

—Vayamos —resolló inmune a la ignominia.

Se abrió la puerta posterior y por ella se vertieron alegres chavales y no tan chavales, que a duras penas contenían las risas mientras les hacían pasillo.

Suponía que lo había perdido, pero no: el sentido de la vergüenza por su digno uniforme, mancillado por la dictadura de ladinos militarras que les arrojaban a una correría indecente y vacua y luego vendían la maniobra como «abnegado sacrificio a la Patria».

Se ajustó el *chopo* al cuerpo y subió tras el guardia primero.

Intentaban acomodarse en el autobús atestado de viajeros, pasillo inclusive. Por la cabecera, confundido en el anonimato, alguien osó hacerse el sumo gracioso:

—¡Ojo con la pareja: las damas primero! —lanzó con mal disimulado alborozo del pasaje.

Salva captó al osado y narigudo quídam. Lucía éste, además de una imponente nariz, perilla de cabra sobre un mentón entrante y en la frente una cinta de los *Guns N' Roses* le ceñía un pelo lacio y largo. Era aquella una situación poco propicia para hacer valer el respeto a dos agentes de la autoridad. Sus miradas se cruzaron. La foto estaba hecha.

En contraste con Félix, Salva se mantuvo sereno y controlado; aquél se agarraba a la bandeja del techo, tratando de recuperarse, de la asfixia y del escarnio. Dirigía vistazos furiosos al cogote del conductor, que tan sorda y paladinamente les había humillado, y seguía resoplando. Félix, al cabo de los años, continuaba sin conocer al verdadero culpable de sus calamidades.

Una mujer muy gruesa pregunta si no se disparará la «escopeta». A Salva ya no le importa el nombre que emplean para dirigirse a su cetme, pero explica que no es posible, que el arma no está montada. La señora insiste en que ve las balas del cargador y le pide por favor que se aleje, y él no sabe cómo complacerla ni tranquilizarla ni callarla y todo lo que puede hacer es desplazarse unos pasitos.

Se escuchan risitas de adolescentes, que fingen ser contenidas.

El autobús llega a Morratal. El conductor advierte a los estudiantes de que deberán salir por la puerta posterior. Los chavales protestan. Félix sabe que es una argucia lícita para quitárselo de encima y que no se llegue a él. No se mueve; es más: va a exigirle que abra por delante. Es una arbitrariedad en favor de su orgullo herido.

Los chicos acometen el pasillo, y Salva y Félix con su enorme barriga, se encuentran de pronto entorpeciéndoles. Salva se mueve hacia la salida, pero Félix se niega: quiere volver y verter sobre el conductor una velada o insolente amenaza. La mujer obesa —la que puso el grito en el cielo porque veía las balas— puso en un embarazoso aprieto al no menos obeso guardia primero, que se vio forzado a dejarse caer a los asientos y permitirla el paso. Salva le aconseja renunciar y proseguir y cobrar a final de mes sin provocaciones inútiles. Félix no le escucha, y tan pronto la gorda le deja vía libre, describiendo un círculo con la culata de su fusil, desfila a

desfogarse, que para eso es un guardia civil y el otro un bellaco que debiera arredrarse ante la acongojante envergadura de su tricornio… Se oye un impacto sordo… al que sigue un grito agudo que le hace volverse: una niña, de unos cinco años, con las manos en la cabeza, está llorando. Sus deditos salen del pelo manchados de sangre. Félix se mira y comprende que ha sido el cargador de su arma de guerra la causante.

La madre se acerca a su pequeña, le pone la mano en el cabello y al tacto suave, cálido y vívido de la sangre es cuando sube el telón de la segunda parte.

Nadie sabe, no cómo atajar la pequeñísima hemorragia de la criatura, sino el histerismo de la madre. Allí debiera haber estado el señorío militar que en los discursos oficiales se ufana del «servicio a los ciudadanos». Pero sólo estaban un *caimán* y un hereje de incógnito en medio de un público que los miraba con menos aprensión que repulsión.

La idiosincrasia castrense particularizaba sus pensamientos, al tiempo que la gárrula de la gorda no cejaba:

—Yo lo que digo, que por qué tienen que subir con esas escopetas *(¡y dale con «escopetas»!)* a un autobús con civiles. Y si ETA pone una bomba qué.

¿A qué enfadarse si tenía razón?

Se detectó contaminado de cierto corporativismo y execrose allí mismo.

Llegó el practicante de Morratal y el autobús prosiguió la ruta con palmario refocilo del conductor. Curada la preciosa criatura, aplacados los ánimos, enfilaron a la gasolinera.

Cuando llegaron, una fina lluvia mojaba la vida. Al calor del fuliginoso cuartucho que hacía de oficina —una antigua carbonería—, en compañía del empleado, se ensimismaron con los infinitos hilos de agua.

—¡Cómo llueve! —profirió el operario con sentida fascinación.

—Sí, hay que joderse —apoyó Salva.

—Hay días en que uno no debería salir de la cama —intervino Félix, pensando en otra cosa, y se arrancaron a debatir con denodada insulsez acerca del tiempo atmosférico, que al menos sirvió para distraer a Salva de su pena abrumadora. Ella. *Ella*.

Salió al teléfono público e hizo la llamada.

El enfermero Dioni (puta adversidad), le informó de que Anabel se mantenía en estado de lacerante somnolencia.

La temperatura que no bajaba de los treinta y ocho, pero tampoco había pasado de cuarenta. Quizá eso fuera bueno. Quizá.

Salieron con el cielo recién escampado. Cada uno con sus rumias.

—La culpa fue del cabrón del conductor —repitió por enésima vez Félix—. Hasta lo de la cría fue por su culpa. ¡El día que lo pille…! —se atragantó—. En fin, gajes del oficio.

La alusión a la niña herida como consecuencia de un embeleco institucional, añadido al evocado infortunio de su mujer aliquebrada, le sumieron en acerbas consideraciones. Para qué discutir. O mejor sí.

—¡Gajes! ¡No me jodas, Félix!

—¡Que sí, coño!, que estas cosas no pasarían si hubiera lo que tuviera que haber.

—¿Y qué es lo que tendría que «haber», Félix?

—Mano dura. *Mano dura* —lanzó enfático—. Ése me las tiene que pagar, vaya si me las paga.

—¿Y qué me dices de los caudillejos que nos humillan de esta manera?

El guardia primero se paró de golpe, como atrapado por un cepo.

Salva también se paró cuando ya le había rebasado un par de pasos; y Félix debió de inferir que aquella alegoría bastaba para enmudecer, porque se movilizó cabizbajo y sin objetar bajo las recién encendidas farolas.

De repente, la oscuridad había caído sin transición.

La lluvia pasaba a ráfagas. En fila india, estuchados en sus chaquetones e inclinados contra el viento, una mano casi siempre sobre el tricornio y la otra sobre el cetme al hombro, ahora a la funerala para que no se llenara de agua, vagaron por las calles desiertas y desapacibles como dos seres epopéyicos salidos de la Historia, más patéticos que eficaces o tremebundos. Un vate apologético los habría descrito: «Esas siluetas sobrias y circunspectas que velan los campos y pueblos de la Patria». A un tío honesto no habría costado sacarlo del dislate; a los sectarios ni con un curso de la OTAN: *La seguridad en el siglo XXI*.

Finalmente, se dirigieron a la plaza del pueblo, la última presentación antes del último bus a San Juan, a las 21 horas.

Sus sombras giraban sobre ellos según entraban y salían de los círculos de amarillenta claridad. Penitentes cúmulos de nubes rasgaban la enorme luna, que por el este ascendía lenticular y cobriza como el culote de un cartucho. El cartucho que no percutió contra el avieso *segurata*. Ag.

Amainaba el temporal cuando subían la escalinata a la plaza.

En contraste con las inmediaciones, el lugar bullía de vida con un grupo de chiquillos que, al socaire de la llovizna y del anémico resplandor de una cabina de teléfonos, competían por algo que tenía que ver con subir y bajarse de un banco de madera abarquillada. Un teléfono…

—¿Cómo se la ve?

—Igual —dijo la canija voz del drogata.

—¡Cómo que igual! No puede ser. Si descansa y si de verdad le estás poniendo compresas de hielo, debería de estar mejor —clamó con furia extenuada, coadyuvada por luz agónica del armatoste, de una percusión fúnebre en el techo, del aullido del viento entrando por las rendijas. De su espíritu —como sus sueños— hecho ciscos.

—Yo también lo siento, camarada Efrén —exhaló el otro.

Vences, el borracho oficial del pueblo, pasó monologando al empedrado. Bajó la escalinata oscilando como una rama al viento, un viento que tornaba a levantarse.

¡Se levantaba el viento, pero no ella!

—Oye, Dioni: intenta reanimarla. Lleva demasiadas horas dormida. Quiero oír su voz. *¡Ya!*

Oírla o volverse loco de remate.

—Imposible ponerla al teléfono.

—¿Qué? Pero está viva, ¿no, capullo?

El otro se retiró.

Al cabo de un siglo, oyó como de ultratumba:

—Hola, cariño.

Estaba despierta. Oh, lo estaba. Le hizo una batería de preguntas, contestadas con fatigados monosílabos. La fiebre no cede. La herida —la piedad del necio— no deja de estragarla. ¿Cuándo acabará este puto servicio? ¿Cuándo ella estará sana y él libre? El goteo —unas veces cling, otras clonk—, el airazo ululante, luctuoso; la cabina iluminada como una sala de autopsias. Ag, ag.

Las puertas batieron a sus espaldas.

No menos opresivo le resultó el cuadro exterior: el canalón seguía repicando con nítida, lúgubre cadencia en sus oídos; escalones abajo el farol de la oficina municipal, con su añejo y puntual reloj, alumbraba con escasa potencia el adobe de su vetusta fachada, que más bien servía para resaltar la arborización de grietas, exacerbando así la apariencia de encogimiento y derrumbe del ya de por sí modesto edificio.

Que el azar meteorológico escondiera la luna, acabó por sumirlo en un estado especie de tétrica estupefacción, en un embotamiento aniquilador. Sólo alguna que otra afilada gota metida en un ojo o en el oído le confirmaba que no estaba delirando y que el caos a su alrededor era tangible y sucedía ineluctable y tenaz a su volición o su rabia.

Félix, recostado contra la pila de una fuente seca, sobre la cual una lugareña vertía un cántaro vacío, se distraía con los pitufos, que, alocados de risas y persecuciones, daban vueltas y vueltas alrededor del banco.

Al minutero del reloj municipal lo zarandeaba el aire, pero no por ello

avanzaba. ¿Estaría mejor? Iba a regresar a la torturante cabina, cuando los faros de un coche entraron en la plaza, barriéndola con dilación.

Nacieron larguísimas y movedizas sombras de los elementos más verticales —la cabina, dos árboles escuálidos; la recia lugareña pareció cobrar vida...—. El automóvil estacionó a la vera del edificio municipal en uno de los dos expeditos rectángulos reservados a vehículos oficiales. Se apeó un tipo estirado como un virote, llevando entre las manos enguantadas de naranja un tricornio; se lo plantó y se dio a girarlo: les buscaba con movimiento de radar.

Les localizó.

—Eh, Félix, un comandante.

El oficial jefe atacó las gradas llevando en cada hombrera ocho picos de agonizante fulgor, que conservó a lo largo de la penumbrosa ascensión como ascuas áureas. Al coronar la plazoleta, aún destellaron lóbregas antes de extinguirse.

—A sus órdenes, mi comandante. Sin novedad en el servicio —participó Félix la sarta falaz.

El segundo jefe de la Comandancia esgrimió de un tirón el saludo militar: un gesto de dos tiempos que la soberbia y el elitismo habían fundido en uno solo sin solución de continuidad. El guante anaranjado *(¿fosforescente?)* brilló en el apogeo del chapucero viaje, pulquérrimo y amenazador. No obstante, parecía un galán. El goteo parsimonioso contra el techo de la cabina le adormecía. Cling, cling, cling; clonk-clonk. Y acto seguido: cling, cling, cling. Clonk-clonk...

—Deme la papeleta; y pasen a *descanso*.

Salva bajó la mano del pecho con enérgico, asque*(ke)*ado, violento despecho. ¿Captaría el galán la socarrona pantomima? No. Saben que disponen de súbditos deslenguados a sus espaldas pero autodegradantes a la hora de la verdad.

Una racha de lluvia advino de la estratosfera... *No, allí no llegan las nubes* —pensó—. *Eso era antes de que la gravedad de la Tierra ganara definitivamente la partida a la espasmódica configuración del mundo.*

¿Qué era yo entonces? ¿Y los comienzos de ella? Una impensable célula, una rebelde y bella. Pero es en las encrucijadas donde brota lo conspicuo.

Y este andoba... ¿De dónde vendrá este andoba?

Cling, cling, cling; clonk-clonk. Cling, cling...

—¿Cómo va la correría? —preguntó, enfrascado en la retahíla de presentaciones nepóticas o absurdas. Y había hecho la pregunta dando la impresión de que no era pura retórica. Humm.

—Bien, mi comandante; aunque sin vehículo un poco problemático —

se atrevió Félix a insinuar, y tras un instante de titubeo se calló: se le veía fluctuante acerca del asunto del autobús.

—Bueno, qué se le va a hacer. ¿Está usted cansado?

—¿Perdón, mi comandante…?

—Digo que es usted bastante mayorcito como para recostarse contra el pilón. Le vi perfectamente desde el coche.

Desde el coche, eh.

—¿Cuánto hace que no lee la Cartilla? —añadió interpelando la eterna cuestión.

El guardia primero se sobrecogió.

—Póngase firme; haga el favor —continuó el comandante con sospechosa, alarmante suavidad—. Por si no lo sabe, le recuerdo que la postura es: pies juntos, mano a lo largo del guardamanos del fusil (si le llega a llamar *escopeta* Salva no quiso pensar lo que habría hecho), mano izquierda semicerrada y pegada a la pierna. La cantonera junto a la puntera. ¿O es que ya se le ha olvidado?

—No, mi comandante —acató el barrigudo subordinado, procurando reparar en todos los puntos recitados.

Los niños cuchicheaban anodinas invenciones.

—Qué hay de la Cartilla; ¿se la sabe o no?

Félix asintió inseguro.

—En general, sí.

—Conque «en general». Dígame el artículo que habla de la compostura y los buenos modales.

Félix titubeó.

—¿Se refiere usted a ese que habla de no salir del cuartel sin haberse afeitado al menos tres veces por semana? —preguntó con dramática ansiedad.

—Joder —dio por respuesta el comandante. Se quitó el tricornio y se palpó la rapada cabeza estilo *marine* americano.

Lástima que no los emularan en la profesionalidad.

—Joder —repitió al cabo de unos segundos; se encajó el sombrero en el sobaco y se puso a mirar la cascada fachada municipal.

Lástima que no se le hubiera caído encima.

Por alguna razón desconocida o de igual modo que los animales presienten un terremoto, el corrillo de infantes resolvió decretar un alto en el juego y, conscientes de que el trío de uniformados tenía algo de inefable espectáculo, se encaramaron al respaldo del banco y con las barbillas apoyadas en las palmas se dispusieron a mirar sin rebozo en expectante

silencio.

Un gato bicolor —en apariencia blanco y negro— vino a sumarse con resuelta confianza: portaba el rabo blanco en ángulo recto con el negro espinazo y les miraba con la sinvergonzonería de un congénere en una matanza. ¡Qué feo era el jodío!

El animal que obsesionó a Poe no debió de ser muy distinto de éste.

Relegó del felino: su compañero estaba en un apuro.

—¿Puedo decirlo yo, mi comandante?

—Usted se calla —fue secamente respondido y sin que lo mirara.

¿Qué entendería aquel mílite por «dechado de moralidad»?

—No lo recuerdo ahora, mi comandante —se rindió el guardia primero.

—Eso es una Falta Leve —advirtió el superior, retomando la papeleta —. Como también lo es recostarse durante la prestación del servicio. ¡Y lleva usted los calcetines de color azul marino, y lo ordenado es que sean negros! Y tres Faltas Leves hacen una Grave. ¿O son cuatro? —dudó.

—¿Cómo dice? —preguntó el guardia primero, no porque no lo hubiera escuchado, sino porque su psique se adaptaba un poco lenta a interpelaciones demasiado seguidas en el tiempo.

—Digo que creo en el escaso valor de las palabras repetidas dos veces —replicó sin apartar la vista del papel—. Si me lo hace repetir, lo consideraré como una falta de respeto a un superior. Y eso es arresto de un mes y un día a tres meses en establecimiento disciplinario militar.

Félix se pellizcó el pantalón a la altura de los muslos y, tirando hacia arriba, miró sus propios calcetines.

Salva, movido por irresistible curiosidad, escudriñó también.

Los cantos del empedrado relucían foscos y cobrizos.

Tras casi un minuto de reconcentrada observación, quedó claro que los calcetines eran, en efecto, de color azul marino. Cómo había sido capaz aquel hombre de observar tan cuasi microscópico detalle con semejante exigua iluminación, Salva no alcanzaba a imaginárselo y seguramente el oficial jefe se llevaría el secreto a la tumba.

—A ver: dígame.

—Debí de confundirlos. Mi mujer los compró en el mercadillo y…

—No me cuente su vida —le atajó—. Lo que tiene que hacer es vestir la uniformidad, como yo *(pagada con los derechos pasivos que mensualmente los de mi casta afanamos de vuestras nóminas, vasallacos)*. Además, veo que no cuida mucho su vestuario —agregó sin freno, fijándose en la guerrera, cuyos botones le restallaban al gordo Félix, empero sin presentar desaliño o

descuido, en pulcra armonía con las normas sociales y aun con lo exigido por el Reglamento.

—Cuesta mucho un traje, mi comandante —osó justificarse el guardia primero.

—Ese no es mi problema.

—Será el traje de la primera comunión —lanzó con repentino descaro uno de los niños, un rapaz de orejas grandes y cejas partidas, que, aleccionado por el sainete que se le permitía contemplar, probó a explicar a sus amigos; éstos rieron entre el temor y el regocijo. El gato sacudió el rabo.

—Eso, eso, mi alférez. ¡Disciplina y disciplina! —entró en escena una voz aguardentosa.

La voz desvió el foco de atención a chicos y a grandes, a reos y verdugos.

Vences escalaba peldaños con laborioso ahínco, cabeceando alegremente hacia el trío. Los cuchicheos infantiles se avivaron. El viento erizado de gútulas anunciaba que algunos se iban a mojar más de la cuenta.

—No me diga, caballero —le recibió el oficial jefe, invitando con un gesto de la mano enguantada a que se aproximara.

Por el color de los guantes bien podrían pertenecer a un payaso de circo. Eran de una estridencia inmoderada y tan repujado de filigranas que cualquier hortera de pro no habría dudado en lucirlos junto al precio de una mortadela.

—Y dígame: ¿qué opinión se tiene por esta localidad de la Guardia Civil? —indagó con viva disposición; pero entonces tuvo que retroceder un paso y cruzarse de brazos, pues el Vences se había introducido en su círculo físico.

—Pues verá, mi alférez…

El comandante se apresuró a corregirle:

—Perdone: soy comandante.

El Vences asintió dando cabezadas de muelle.

—Es que digo yo —declaró arrastrando las palabras, y se interrumpió para hipar, tras lo cual prosiguió—: que está bien que vengan los guardias por aquí. —Alzó los legañosos párpados y concluyó con otro hipo—: Pero los que deberían venir más a menudo son los jefes.

—¿Y eso por qué? —inquirió el comandante.

—Porque estos tíos son unos desertores del campo —profirió Vences, del tirón, señalando a la pareja de trabajadores uniformados.

—No parece que mantengan ustedes fama de prestigio en su demarcación —se volvió, sarcástico, el alto mando.

—Se trata de un borracho, mi comandante —observó Félix.

—Eso ya lo veo. ¿Pero quiénes dicen lo que piensan sino los niños y los borrachos? —Pero no esperó respuesta.

—Ji, ji, borracho —eructó el beodo—. Y los chatos que nos hemos tomado juntos, *Felisete*, qué.

El oficial jefe sonrió malicioso. Los niños risaron con la mano en la boca.

—Vaya. Parece que se conocen «muy bien».

Antes de que Félix contestara, Vences se pegó al comandante.

—Yo lo que creo, mi alférez, es que la Guardia Civil…

—Perdone, pero le insisto en que mi grado es el de comandante —le matizó con una mueca de fastidio—. La estrella que llevo tiene…

Vences sólo se había callado para eructar de nuevo. Con hediondo y serio peligro de desplome hacia su quisquilloso interlocutor, él sí que insistía:

—… Y es que los civiles tendrían que ser como en los viejos tiempos: de monte y camino. Verá, mi alférez. Le voy a contar un caso que me pasó con un alférez que tuve en la mili…

—Oiga, le he dicho que soy comandante y le agradezco mucho su información —descruzó los brazos y retrocedió otro paso—. Si es tan amable de dejarnos…

Pero el Vences le había cogido el gusto a la plática, y si antes era el comandante al que le interesaba, ahora era el borracho quien la requería. Se pegó al comandante.

—Márchese, por favor —le exigió éste, sin dejar de retroceder, usando el tricornio como escudo.

El viejo reloj carraspeó nueve campanadas: se quedarían sin bus. Arremetía el viento, fustigando persianas y personas. El farol protestaba con chirridos de roedor. Vences refería un recuerdo glorioso.

—Estábamos un día de maniobras…

—Oiga, es que no se va a marchar —y seguía reculando.

—Pero hombre, mi alférez…

De pronto, con un ademán eléctrico, el Vences pinzó el antebrazo del comandante.

La víctima comenzó a tironear de su extremidad, en vano: el sombrero se le cayó, la carpeta desparramó papeles.

—¡Eh, ayúdenme! —imploraba, arrugando la nariz con un tic

incontrolable: los nauseabundos eructos del Vences le cañoneaban sin tregua, los cuales resultaban no poco cómicos.

Y así los críos, entusiasmados con la trifulca, musitaban entre risas claras:

—Vences. Vences. ¡Vences!

—¡Pero bueno! ¡¿Por qué no me deja?! —exclamaba el comandante, exasperado por zafarse.

¿Quiere que le lea el artículo de los borrachos, mi comandante? O mejor aún, dígale lo de «las palabras repetidas dos veces».

Salva contenía la madre de todas las sonrisas venenosas.

Vomítale y seré feliz, rogó.

Y Félix, a juzgar por su mirada redonda y la mofletuda boca abierta: tres jocosas oes.

Y el Vences que no cejaba. Se caía de la curda, pero no soltaba al comandante, al que se aferraba con la fuerza de un monomaníaco. Un estornudo impregnado de salivajos le impactó de lleno en el lustroso guante de la mano derecha, pero la mayoría le bañó el rostro.

—¡Vences, Vences! —se desinhibieron de golpe y a coro los niños.

Pero uno de ellos debió de considerar que la otra parte tenía su mérito, y cambió de bando:

—¡El *pico*!

Midió las consecuencias de su liviano grito, y viendo que nadie le replicaba, repitió, esta vez a discreción:

—*¡Pico!, ¡pico!*

Una párvula de cara fina, algo pecosa y cola de caballo bronceada, no tardó en unírsele. Salva pensó en ella, en Anabel, que de pequeña tuvo que ser muy parecida; y al instante una arcada muda le encogió las entrañas, un asco de impotencia por no poder escapar de tamaña parodia policial y lo que el galán pudiera hacerle nada le importaba. *¿Qué hacía él allí y no a su lado?* La niña canturreaba «pico, pico», y por su infantil excitación se traslucía que no asociaba a la palabra ninguna connotación negativa.

Y como si de un divertido juego se tratara, se iba animando:

—*¡Piico, piico!*

Con un tirón brusco, el comandante logró liberarse; rojo y asustado, reculaba defendiéndose a manotazos melindrosos, como si repeliera a un leproso. Vences, trastabillando, le perseguía.

—¡Vences, Vences! —repetían el cincuenta por ciento de los pitusos.

Y el resto:

—*¡Pico, pico!*

Y el *pico* retrocediendo en círculo alrededor de la pareja de guardias civiles, seguido muy de cerca por el Vences.

—¡Vences, Vences!

—*¡Piico, piico!*

Cling, cling, cling. Clonk-clonk. Cling…

—¡Vences, Vences!

—*¡Pico, pico!*

Cling, cling, cling. Clonk-clonk. Cling…

—Usted perdone, mi alférez. Pero cuando me da la tos…

—¡Vences, Vences!

—*¡Piico, piico!*

Cling, cling, cling. Clonk-clonk. Cling…

Salva, mareado por aquella órbita grotesca, sentía que su cabeza se desencajaba y caía rodando con la lengua fuera y sin desprenderse del tricornio por la tenebrosa escalinata: gradas degradadas por el aterrizaje de un ominoso y aburrido paladín. Luego su cuerpo descabezado corría junto a los niños y aplaudía a rabiar. Nadie se inmutaba. Félix, descalzo y con los calcetines en una mano, los giraba por encima de la cabeza y azuzaba al Vences al tiempo que embestía con la panza los intentos de fuga del galán, el cual se aturdía y al punto era atrapado. Todo devenía entero y a base de bien: el beodo perseveraba, el otro no se rescataba.

Salva respiraba lluvia y la besaba. Casi embriagador si ella descansara vívida.

Las gotas repicaban en los sombreros; éste, el cetme y el chaquetón a ratos lo aplastaban, a ratos lo levitaban: estaba a punto de desprenderse de todos ellos y desertar al chorreante negror, cuando el galán se le adelantó.

—¡Jacinto! —gritó—. Nos vamos. Y ustedes encárguense de este perturbador —se agachó para recoger su tricornio y su cartapacio, dejando la papeleta sellada a los adoquines: papel mojado que es el Reglamento y el genuino decoro para la Cúpula.

—¡A sus órdenes, mi comandante! —le voceó el jefe de pareja.

Pero el otro, concentrado en descender peldaños a toda prisa y sin resbalarse, no le oyó o si lo hizo se degradó a «teniente». Se arrojó al coche oficial sin darle a Félix la oportunidad de pedirle que les dejara en San Juan, desairando a los agentes de la ley, que entre suspensos y aliviados lo vieron girar y zigzaguear en la huida, cual juguete teledirigido.

Tal que un virote, y el virote había ido a remacharles. Premonición total.

El farol se sacudía con ruido de rata vieja. Vences se balanceaba

indeciso. Los niños, afónicos, acobardados, ni se meneaban: si no se les oía, quizás pasaran desapercibidos. La encendida cara de Félix, de enojo y jadeo, su corpulenta figura indefinida o exagerada por la penumbra, amilanaba a los pequeños y al beodo. Clonk-clonk-clonk…

Que la lluvia arreciara no parecía ser lo más preocupante para ninguno de aquellos amedrentados espectadorcillos.

Sí los puso en moción el guardia civil cuando, levantando al cielo sus manos abiertas como garras y con el aspaviento de un ogro come niños o un tío Camuñas salido de la fábula, se arrancó para el banco, rugiendo:

—¡QUIÉN SE HA REÍDO DE MÍ, PORQUE SE VA A ACORDAAAAAAAR!

Los infantes chillaron al unísono, y al unísono y despavoridos salieron de estampía; no quedó ni el gato, que literalmente los rebasó y se borró en un albañal. Huyendo del feroz guardia civil, la galopada infantil no tardó en disiparse rúas en torno. Félix reía a sus anchas.

De repente, dejó de hacerlo.

—¡Ihé! —voceó al borracho, una sombra encogida y huidiza.

Y es que Vences, entretanto, había vuelto grupas, poniendo tierra de por medio.

—¿Sí…? —volvió la cabeza, pero sin detenerse.

—Ihé, hombre. Espera, que tengo que decirte algo.

El Vences ni caso. Hecho que no fue óbice para que Félix le alcanzara de unas cuantas zancadas, justo debajo de una alta farola rayada por la llovizna que daba la impresión de colgar del firmamento o flotaba en el éter.

Lo frenó de un manotazo en el hombro y le declamó en tono socarrón:

—Te has divertido, ¿eh?

El Vences entrecerró los ojos, absorto en el empedrado coruscante.

—Y ahora a divertirte a palos con la parienta.

Para Venceslao era como si el gato se le hubiera llevado la lengua. Ni hipo tenía ya.

—Unas buenas hostias antes de acostarte y a dormir como un lirón, ¿no?

El Vences mutis.

—Un consejo te voy a dar, Vences. Pero antes quiero que sepas cómo *no* me gusta que me llamen: «Felisete». Que sea la última vez. ¿Vale? —el Vences asintió con rotundos cabezazos, apresurado, haciendo por irse. Pero la garra en el hombro no se lo permitía—. Y otra cosa: ten presente que ponerle esta noche la mano a la parienta es una cosa muy grave. —Más

cabezazos—. Y para que no se te olvide…

La garra en el hombro abandonó su presa, se elevó blanda y negligente hacia el turbio cielo y, como sacudida por un calambrazo del temporal, bajó con fulminación de rayo a la cara del Vences: y el Vences que reculó cuatro metros: dos trompicando, dos rodando. Salva no habría cambiado nunca la paliza del par de pollos de la presa por un hostión de Félix.

Vences, despatarrado y bizqueando, se incorporó del suelo sobre los codos.

—Coño, *Felisete*. Que me vas a escalabrar —farfulló, al cabo de considerar que no había perdido la cabeza. Se llevó una mano a la mejilla y se la tanteó, tratando de calcular cuánto de aquel bofetón le había dejado la cara sin calentar.

El guardia se abalanzó y el Vences se limitó a cerrar los ojos con fuerza. Venía otra. Pero en vez de recibir una repetición de lo que le había lanzado en dirección de la Gravedad, fue izado como un pelele y obligado a escuchar un agradecimiento y una amenaza:

—Que conste que estás de suerte, porque me has librado de ese tontaina. Pero ¡cómo me hagas pasar la noche en este puñetero sitio, por tocar a la parienta, por mis olivas que te hago una cara nueva! ¿Queda claro?

Vences dio el enterado con síes frenéticos y sinceros. De la sien le nacían profundos surcos en abanico. De nuevo tomó tierra —o, mejor dicho, cantos— cuando el guardia primero le despidió con otra hostia.

Como una función del todo concluida, Salva percibió el entorno desolado y silencioso. Sin más actos que revolver o jalear, hasta viento y lluvia habían cesado. Cling…, cling… Descendían.

—¿Sabes lo que te digo?

—¿Qué?

—Que tienes razón: con su pan se lo coman. Y por otro lado, prefiero andar; no sé lo que habría hecho de encontrarme con el mismo baboso conduciendo el autobús.

Pero tras unos cuantos pasos sin coloquio:

—¡Pero a ese me lo tengo que crujir! —dirigió la imprecación contra la solitaria marquesina del autobús, como si allí hubiera avistado al sardónico ángel guardián de un enemigo ancestral.

—Tú también tenías razón —dijo Salva.

—Sí, ya sé. —Y corearon:

—¡NOS VAMOS A HARTAR A ANDAR!

Salieron de la población desfilando detrás de sus sombras. Diez pasos por delante la carretera se emborronaba. La luna proseguía escalante por

sobre nubes negras como charcas encantadas, ribeteando sus perfiles, cuarteando el centro del cielo de relámpagos inmovilizados. De cuando en cuando fisgaba triste y asombrada. Los dos guardias también, esperanzados porque no hay mal que cien años dure.

Con eso vino a consolarse el guardia primero, hasta que se desató a llover sin ruido y sin miramientos.

Desplegó la esclavina por sobre sus hombros.

—Te advertí que no te burlarás de mi «pegote» —dijo menos mordaz que consternado.

En seguida le pasó un cacho de chubasquero.

—Toma: nos empaparemos la mitad.

Peregrinaban solitarios e indiscernibles a lo largo de la noche y la carretera vacía, infringiendo el Reglamento con su arrebujamiento contiguo y lastimoso, en tanto que el aguacero les asaeteaba haciéndoles bucear los zapatos —hasta los tobillos en los badenes—, y sorbiendo el chapoteo de sus pisadas se llevaba todo el ruido al charol de sus cabezas, donde zumbaba con furia apocalíptica, distrayéndoles de todo rencor o pesar.

Transcurridas mil horas o sólo mil metros de tromba incesante, vino un nuevo receso y Félix se le ocurrió que risar un rato sería un válido alivio con el que cubrir el trecho final de tan atribulada jornada castrense.

—Me estoy acordando de un chiste, que dice que va un tío por la carretera…

4

—¿Qué tal mi pelicobre?

Anabel forzó una sonrisa.

—Peor —musitó imposible de fingir; y volvió a sumergirse en voraz somnolencia.

—No se cura, Efrén —se ratificó Dioni, conteniendo un sollozo—. He hecho todo lo que me has dicho. Pero yo la veo igual.

Efrén retiró el termómetro: cuarenta grados.

—Toda la tarde rondando ese puto número —agregó Dioni, con desesperación.

—Trae más hielo.

En la mesilla se agrupaban cajas de medicamentos como una maqueta de edificios: restos de jarabe y cápsulas contra antiguos catarros, fiebres

altas, heridas… Apenas si había mejorado. La medicación se evidenciaba insuficiente, azarosa. Tal vez equivocada. *¿Letal?*

—La llevaré a un hospital —resolvió.

La enferma se removió.

—No, no —articuló, subiendo párpados como lápidas.

—Desvaría —dijo Dioni.

—No me llevarás a ningún hospital —saltó Anabel, con súbito ardor—. Si haces eso, estamos acabados. Las medicinas comenzarán a hacer efecto dentro de unas horas. Mañana estaré mejor.

¿Reunía ella fuerzas en la antesala de la agonía?

—Tu vida corre peligro —dijo Efrén—. Te prefiero encarcelada pero viva. Algún día saldremos y volveremos a estar juntos.

Anabel abrió los ojos con esfuerzo y resolución.

—Hay que aguantar —exigió de Efrén, que sentado en el lateral de la cama intentaba no derrumbarse—. De eso se trata. Somos soldados en la resistencia. Nos apuramos hasta el límite, ¿no es cierto? —miró a Dioni, estatua desmedrada aferrada al piecero—. Pues bien, camaradas: yo no estoy todavía en ningún final; sólo necesito un poco de tiempo y descanso. Por favor, Efrén —le suplicó menguando la vehemencia—. Dos días más, y la decisión es tuya. Prométemelo.

El dilema giraba en su cabeza como los tambores de premios en una máquina tragaperras. *¿Cuál sería la combinación menos trágica?*

—Te lo prometo —concedió, sin firmeza.

Anabel tornó a adormilarse con agradecida y pálida sonrisa.

—Dame tu mano —le pidió, palmeando el borde del colchón.

Con los dedos entrelazados a los de ella, Efrén sintió un absurdo coraje —absurdo porque estaba claro que el único que podía hacer algo era él, y él no podía hacer nada. ¡Nada!

Sabía que no bastaba con desearlo y una vez más quiso ver la herida: sin duda, de mal en peor. Por debajo del mejunje de sangre seca, mercromina y polvos de Azol repartidos en grumos por sobre la carne laxa y desflecada, punteada de una tonalidad biliosa, advirtió que allí anidaba una infección, que se podía extender imparable y fatídica. Entre sofocos ella le explicó que sentía el dolor como si alguien aserrara su dorsal una y otra vez.

Su dorsal y probablemente su vida.

Se arrepintió de su palabra. Un día: sólo *uno*. Y si para entonces no había mejorado de un modo palmario, buscaría ayuda. ¿Quién? La idea aliento que especuló mientras corría tras el autobús.

¡Qué imprudencia! ¿Qué perdía?

Agotado, ávido de la paz flotante del *caballo*, Dioni masculló un «necesito ponerme algo», y se fue. Como no era lo que más le preocupaba, Efrén no le echó cuenta.

—¿Has comido algo? —preguntó a la enferma.

—No tengo hambre —fue la balbuciente respuesta.

—Debes comer. Pronto tú y Dioni tendréis la misma cara. Buscaré un restaurante y te traeré comida caliente. Un consomé te hará bien.

De regreso por la acera, con el cachivache de la sopa a pulso, retomó la idea aliento: recurrir al médico de San Juan. Abusar de su estima. No había otro remedio, y nada era más importante que ella.

La media noche se cernía absoluta de frío y soledad.

He de luchar por que eso no sea así el resto de mis días, y apresuró el paso.

Sí: el médico, el último cartucho.

Dejó de cavilar ahogado por la penetrante ocurrencia.

Para al poco percatarse discurriendo: *Si sale bien, nadie lo sabrá; y si mal —su muerte—, nada me importará que todo acabe. Lamentaré durante mil reencarnaciones no poder castigar a la mafia invicta. Pero muerta ella, qué es mi vida en la lucha clandestina*…

Una postrera parabéllum. Punto final.

Se abrasaba los dedos; había encargado una sopa caliente, y vaya que si lo estaba.

Cambió los puntos de apoyo y notó con exagerado alivio que además se descargaba de las más tenebrosas perspectivas.

Y si decidía denunciarles, lo comprendería sin odio; aunque escondía un as.

Anabel dormía. Herida en su musculatura dorsal era un águila majestuosa con su ala tullida que no la deja volar, que no la deja ser —*¡ser!* —; aun así, bella sin cesar. Parecía descansada, feliz. *(¿muerta?)*

Se abalanzó a la cama.

La oyó respirar. Un relámpago de precaria felicidad.

—Bebe este caldo —la musitó.

A duras penas consiguió que lo hiciera. Luego se durmió. Cerca del amanecer, llamaron a la puerta. Percusiones rítmicas. Tenían algo de salsero, desatinado. Ofensivo. Dioni lucía una insultante expresión de bienestar. Anabel descansaba sin convulsiones.

—Tengo que marcharme.

Dejaba a dos enfermos.

Besó a su novia en la frente, en los labios, deseando poder llevarse parte de su dolor. Mañana.

¡Mañana te curaré!

5

Acabó de abrocharse las botas entre cabezazos de sueño y de zozobra. Entró en el baño y se despejó metiendo la cara en el frío chorro. Se captó en el fragmentado espejo oficial. Lejos de limpiarle, el agua lustraba su angustia. Qué remota la ensoñación de su iluso rostro multiplicado en las mil caras de un diamante… Se apartó con un bufido y una comisura contraída y bajó a la bandera a esperar a Velasco.

Quien llegó seis minutos después de la hora ordenada, parsimonioso y sonriente.

—Qué pasa, *asfixiao* —le saludó.

Torció al cuarto de Puertas y desenrolló un par de almanaques que traía consigo.

—A ver, Barahona: elige uno para colgar aquí.

El guardia primero eligió el de un barco que visto desde el aire viraba en pleno mar hacia quién sabe dónde. En el otro se veía a una imponente modelo de senos espectaculares.

—Perfecto —se congratuló Velasco, y subió a cambiarse.

Salva lo admiraba por su elemental concepto de la felicidad, que le empezaba y le concluía entre las piernas. Le intuía, sin embargo, un temperamento tocado, secuela de alguna clase de particular sufrimiento en el pasado. Pero las vidas humanas son hojas al viento azaroso del Destino y el sitio donde se posarán es una cábala impredecible.

Se preguntó qué leches le reservaba a él.

Partieron a pie. La vergüenza ajena no dejaba de agobiarlo. Las preocupaciones de Velasco eran otras.

—… Y a media tarde para el Caballo Blanco —le dijo empujando la puerta del Manola—, por si estuviera Marisa. Quiero que me presente a una amiga suya que está tela de buena. Tanteamos el asunto, y si hay suerte, nos escaqueamos del servicio y nos las follamos de uniforme, que a esas *lumis* les va el rollo. ¡Manoli, preciosa! Un par de cañas.

En una de las mesas jugaba el médico. El corazón le dio un vuelco.

—No es precisamente lo que me apetece —repuso Salva, transido de impaciencia y hesitación: el señor Juan era la penúltima esperanza.

—Tú te lo pierdes; esa golfa la chupa tela de bien —y se puso a

departir con un desconocido.

La *penúltima* jugada, porque la última se reducía a llevarla a un hospital y esperar a que más tarde o más temprano los encarcelaran luego de interrogarles a ella convaleciente y a él en las mazmorras de la Dirección General, sin verla, sin tenerla cerca, sin…

Velasco vino a sacarle de rumias con un amistoso manotazo en el hombro.

—Salva, quiero presentarse a este compi. Es Víctor, un cabo que estuvo destinado en el Puesto y ahora está en Especiales.

Especiales. *¡Especiales!*…

Salva se giró con refrenado sobresalto.

—¿Qué te parece, Salva? ¿No está enchufado de güevos, el tío?

—A sus órdenes, cabo —dijo mientras se daban la mano.

—Sin problema entre compañeros, qué hostias —dispensó el cabo con una cordialidad no exenta de cierta altivez—. ¿Qué tal por aquí?

—Bastante bien.

—¿Y a ti cómo te va, Velasco?

—Como siempre, arrastrándose uno. ¿Y tú por la Dirección General?

—De lujo. Viviendo como un cura —risoteó el tal Víctor—. ¿Al final te follaste a la farmacéutica o no?

—¡Ya te digo! —exclamó el otro, con tal cara de satisfacción que hubiera sido imposible preguntarle correría más interesante; y entró a desmenuzar la epopeya sexual, sólo que en ésta eran seis los polvos.

Salva reemprendió su particular tormento, ahora acrecentado con la proximidad del cabo de Especiales. ¿Un acercamiento solapado? ¿Se tragaría el médico el rocambolesco cuento? Se acercaba la Navidad, una época entre la hipocresía y los sentimientos compasivos y altruistas. Pudiera ser.

¿Le estarían cercando?

Atenderé a este experto de élite, cambió el encuadre con los sentidos tensados, ubicuos.

Velasco detallaba su libidinosa gesta con tan extremo lujo de detalles, que de no ser por preocupaciones más obsesivas, se habría empalmado. Desde luego Velasco poseía una curiosa genialidad. No le sorprendía que se hubiera lanzado a escribir largo y tendido sobre su escabroso paso por la Casa Real, de donde lo echaron o le invitaron a hacerlo. Pero semejante talento lo mantenía ahora enterrado, atrofiado, quizás intimidado; y así guardaba un manuscrito sin concluir sobre el degenerado monarca jefe del Estado.

La conversación derivó de las orgías a los macutazos que corrían sobre equiparar los sueldos con los de las Policías Autónomas o el de establecer servicios de duración no superior a cuarenta horas semanales. Pero la coletilla de «si el servicio lo permite» seguía siendo la vía de escape y la tortura laboral persistía como una maldición.

—Tú lo has dicho. Macutazos. Mentiras —remachó Víctor—. Lo que sí es verdad es la *bufanda* que van a dar esta Navidad. Pero no os hagáis ilusiones, porque sólo les va a caer a los Oficiales, Jefes y Generales.

Velasco blasfemó contra el estamento azulenco. Víctor le apoyó, y Salva, por encima de quejas gastadas y superfluas, se concentraba en la mesa en la que el médico sonreía radiante por su habilidad, intuición o suerte; parte de su hilaridad la hacía suya. Le entraría tan pronto se levantara. En plena euforia sería más accesible. La bufanda de la espera era la única que le desazonaba, le ahorcaba. En todas las mesas con sus jugadores bullía una animación dichosa. Hállate en una desgracia y todo el mundo te parecerá desdeñosamente feliz. Velasco carcajeó por algo ininteligible, apuró el vaso de cerveza y pidió otra ronda para los tres.

—Es un atleta que te cagas —le explicaba al cabo—. Aunque no le veas ancho, está fibroso como el Arnold ese, pero menos voluminoso. Por eso le llamo *Susaneguer*; y si yo tuviera su cuerpo, las tías me buscarían para follarme. Cuando se machaca con las pesas en el pabellón y se tensa, le salen músculos que parecen en carne viva. Algunas veces se entrena delante del espejo. A mí me da que es un poco maricón —remató en tono de guasa.

Salva tardó en darse por aludido: la alegre figura del médico no dejaba de distraerlo. Juan ganaba partidas. Propicio o indiferente para sus propósitos, estaba decidido. Les devolvió un visaje amistoso; siquiera podía esbozar una sonrisa.

—Pues, aunque Víctor no esté tan cachas —Velasco palpó la incipiente y combada barriga del cabo—, está mejor colocado que tú lo puedas estar jamás, Salva: en el anti-FRAF.

¡¿Anti-FRAF?!

Aquella palabra le infundió un íntimo y desaforado pavor, semejante al de una mujer embarazada que contempla un niño mongólico.

Ahora sí lo encuadró de lleno.

—Muy interesante. —Lo que acababa de escuchar casi igualaba a la Gran Conmoción. Tomó el segundo vaso de cerveza y apartó el anterior apenas probado—. En estos días debéis de andar muy ajetreados, por lo del comando ese que asaltó un furgón de caudales… —empezó por tantear.

—¡Joder, espero que no! —se apresuró a responder Víctor, como si tratara de evitarlo.

—¿Y eso…?

Víctor trincó el vaso y lo puso a la mitad de un trago.

—Nosotros sin complicaciones —proclamó, relamiéndose—. El capitán jefe del Grupo hace lo que le dicen. Y por ahora no hacemos nada. Es política. Qué te voy a contar a ti que has estado destinado en la Casa Real —se dirigió al jefe de pareja.

—Sí, ya sé —dijo Velasco. Puso la mano en el hombro a su antiguo compañero de faenas y, mirando a su auxiliar, añadió—: Ahí lo tienes, Salva, aprende de él. De cabo y en Especiales, y con dos cuernos en su haber por no llevar puesto el tricornio. Por cierto, Víctor, que ya no está aquel capitán tan cabrón, sabes.

—Sí, eso me dijo Monti un día que llamé al Puesto.

Salva tenía que recuperar el hilo. Tiró un cabo al cabo.

—Pues si vosotros no sabéis nada para capturar a los FRAF, imagínate por aquí.

El médico era felicitado por su contrincante. Víctor dio un potente trago al vaso de cerveza y lo apuró. Salva encargó otra ronda.

—¿Capturar a los FRAF? Calla, coño, no seas gafe —repudió Víctor, limpiándose la espuma de los labios con el dorso de la mano—. No los trincamos porque no queremos. Los de arriba, claro. Porque, coño, no veas si son malos los cuatro que quedan sueltos. Hace poco bajan a Madrid a un atentado y pillamos a uno por casualidad. ¡Serán gilipollas! Como sigan así, a este paso los del Grupo terminamos haciendo garitas en la Dirección General.

—Yo creía que ese era vuestro objetivo. No os llamáis precisamente «anti-FRAF»… —dejó caer Salva en tono apocado, a fin de que el otro se envaneciera y desenredara.

—Joder, tío, qué pardillo. Si yo te contara. Je, je. ¿Eh, Velasco?, tú que sabes un poco de qué va la movida…

Los dos rieron cómplices, como si compartieran el secreto de sevicias impronunciables para el resto de los *coincidentes laborales*.

—Pues no comprendo mucho, la verdad —se expresó Salva, encogiéndose de hombros al par que exhibiendo un semblante de pardillo insuperable; electrizar la vanidad del cabo requería cierta dosis de aplebeyamiento.

—Os cuento un poco —dijo Víctor, bajando la voz con gran teatralidad: en medio de la algarabía y ellos tres solos en la barra, resultaba del todo innecesario.

Sólo preciso un poco de suerte para ser invencible. ¡Ah!, y a ella. ¡Ella! Se agarró a la barra. Se sobrepuso al vértigo. Bebió maquinal. La cerveza le

revolvió el estómago. ¿Se le nublaba la vista? Las palabras: *ver las palabras*.

Víctor desgranaba:

—… No me extrañaría que el Ministerio nos disolviera o nos fundieran con los de anti-Atracos. Y eso, como os digo, no quieren los jefes. En realidad, no nos estamos dedicando al FRAF: cazamos gente del SUGC. Ejem, ejem, ya sabéis, los del sindicato. Pero bueno, de eso a las «clases trabajadoras» no se os está permitido saber —entonó autocomplaciente y burlón, que cortó en seco para añadir—: Esto que no salga de aquí; total, no es ningún secreto entre nosotros.

Sus interlocutores asintieron. Salva pidió más tanques de cerveza.

Mientras el cabo Víctor pimplaba muy gallardo y boyante, él se aprestaba a emborracharse de información.

—Nos dedicamos, más que nada, al sindicato clandestino —resumió sin ambages—. Lo que pasa es que el Ministerio no aprueba un grupo exclusivo anti-sindicato, y el anti-FRAF es la tapadera. Esto del terrorismo es ya un negocio de puta madre, como en otro tiempo lo fue la Guerra de África. Unos con ascensos por la puerta de atrás y otros desviando fondos, sean estrellas o políticos, por arriba ninguno pierde el paso. Hasta en el Grupo le sacamos jugo: no damos un palo al agua. Eh, Velasco —se acentuó con un suave codazo de compadreo—. ¿Te acuerdas de cómo nos jugábamos el pellejo en los controles de la Nacional? De hasta quince horas. Qué cabrones. Y luego ni pagados ni agradecidos. Deberías largarte ya de la mierda de los Puestos. No entiendo cómo no estás harto.

—Se folla bastante por aquí —alegó sin rastro de júbilo.

Espoleado por el recelo inmanente a todo sedicioso integral («No hay seguridad sin previsión ni ésta sin información». Je, je), Salva volvió a explorar —o a espeleologar:

—¿Y qué hay de lo que decía la prensa sobre que algunos atracos eran obra del FRAF?

—Ni lo dudes —contestó el cabo—. Se están reorganizando. La estrategia es justamente esa: dejarlos. Que los del Gobierno sepan que están ahí y que la pasta debe seguir llegando. Pero estos del FRAF son tan torpes… La mayoría carrozas pirados que ya no saben hacer otra cosa. Se mueven por el norte, van y vienen a Madrid. De vez en cuando ponen alguna bomba, se cargan a algún *pringao*, y todos contentos.

—Lo del Ministerio de Hacienda pudo ser bastante serio —expuso Salva, y puso más cara de pardillo que nunca.

—¡Coño, y tanto! —exclamó el cabo—. Nos pilló de sorpresa. ¡Nos la liaron bien, los cabrones! Todavía no nos explicamos cómo leches pasaron los controles. Le metieron un cuerno de dos meses al sargento de guardia, y asunto arreglado —vació el vaso.

—¿Y qué os traéis entre manos con lo del sindicato? —desvió Velasco el hilo.

Mala suerte. Salva aprovechó para meterse en el aseo, verter la cerveza y reintegrarse al punto, dispuesto a retornar a Víctor al lazo de palabras que delataran a tan selectivo Grupo.

—*Nosotros*, los de Especiales, tenemos mejores contactos que los de la Casa —alardeaba remarcando un selecto corporativismo—. A los del FRAF se les deja según conviene. Pero a los del sindicato, ni agua. Je, je. Los jefes se ponen de muy mala hostia con eso, sabéis. La semana pasada detuvieron a uno; el capitán se pasó con el Pentotal y ayer lo ingresamos en el Psiquiátrico Militar cagando leches. Joder, qué susto. Casi se nos va por el camino. Y la mujer aporreando como una loca. Creo que se fue al Juzgado de Guardia a poner una denuncia. ¡Lo lleva claro!

Velasco le inquiría por las operaciones antisindicato y él por las anti-FRAF. Al principio Salva no le concedió mucho crédito. Las bravatas petulantes del cabo le inspiraban antipatía y escepticismo. Pero a medida que caían más rondas de cerveza, el cabo tomatero cuadraba piezas en el descabalado puzle de la regularidad militar que tanto le interesaba. Asentía con la cabeza, animándole con primor y sutileza a la delación; y, en efecto, la lengua de Víctor se retorcía como un sinfín: torvas operaciones no calibradas en todo su exacto terror por la ventaja arbitraria de militar en el bando que raciona ese terror.

Demostrando una curiosidad desmedida, justificada por el deseo de estar destinado algún día en una Unidad así, Salva le sonsacó prolijos detalles acerca de los objetivos de sus misiones y forma de trabajar, alternando con el tema sindicalista, que era lo que más atraía a Velasco y también al tal Víctor, quien indagaba por el brigada y sus famosas «aperturas democráticas».

Y cayeron más tanques y la fructífera conversación se alargó por dos horas, hasta que el cabo se acordó de que estaba citado para el cumpleaños de su suegra y se le había hecho tarde, tardísimo.

—Que tengáis un buen servicio, y feliz Navidad —se despidió, repartiendo palmaditas de ánimo. ¡Cómo les había hecho babear!

—Parece un tío legal este cabo —comentó Salva, de nuevo a solas.

—Es un payaso —le atajó Velasco—. No me tomes el pelo, Salva.

—Bueno, yo creía que era amigo tuyo…

—Coincidentes laborales; *coincidentes laborales*, como dice el brigada. Un arrastrado. Hubo una Información Verbal en el Puesto y el muy cerdaco cantó. Me corrigieron por su culpa. Cree que no lo sé. Y como el cabrón tiene mala conciencia de aquello, cuando nos encontramos me da conversación y se paga algo. Pero no me fío. Creo que intenta engatusarme.

Lo cierto es que no fanfarronea. Se mueve en otra galaxia, en un submundo que es a la vez un supermundo, tan cerca de la Cúpula que casi disfruta de sus mismos privilegios: dietas ficticias, chanchullos, siempre en la sombra y sin responsabilidades de ninguna clase. Ya lo ves: se dedican a perseguir a compañeros sospechosos de ser sindicalistas. Y así les llegan las medallas y las recompensas. Un hijo de perra.

Sin lugar a dudas. De semejante jactanciosa locuacidad, Salva vino a tener confirmación de sus más negras intuiciones y sospechas. Nunca nadie podrá asomar al viento libertad relatando ultrajes más o menos testimoniados. La temeraria osadía del sargento tédax del aeropuerto de enfrentarse a la Cúpula que le obligaba a mover mercancía ilegal fue la crónica de una hazaña condenada al fracaso. A la Cúpula nadie le toca los cojones.

Él ya lo sabía.

Se giró hacia la mesa: vacía. El jugador había volado. Afuera una ligera niebla y la noche enturbiaban la calle; tal que su cabeza. Pero ni mucho menos estaba borracho. Se maldijo por no haberla recordado durante la larga y jugosa sesión de oyente. Se fue al teléfono y la llamó. Dioni le dijo que no mejoraba; puede que hubiera empeorado.

6

Descolgó el invocado.

—Señor Juan, soy Salva, el guardia, que nos hemos saludado en el Manola.

—Ah, sí; dime, dime muchacho.

—Señor Juan, tengo un problema muy grave. Siento mucho molestarle, pero sólo usted puede ayudarme. ¿Podría comentárselo en privado?

—Claro que sí.

7

La niebla devolvía la luz de los faros como si rebotaran en un paredón de cal, ocultando detrás del resplandor el trayecto hacia su mujer abatida.

—No tan deprisa. Debes tranquilizarte, muchacho. Más vale llegar tarde que nunca —le pedía el médico con las manos apoyadas en su grueso maletín de útiles sanitarios.

—Lo siento, señor Juan. Iré más despacio.

—Haremos lo más beneficioso. Pero si decido que debe ser ingresada, así se hará. Siempre será mejor salvar una vida, aunque te impongan un arresto grande por usar un arma de forma inadecuada. ¿No te parece?

—Desde luego, señor Juan.

Y lo haría. De momento, su historia parecía haberle convencido. Todo había sido consecuencia de un fatal accidente: practicaban tiro en el campo y a él se le disparó la pistola. La bala atravesó el costado de su novia y ahora yacía postrada y delirante… Si es que todavía estaba viva. *(¿Muerta?)* El pie se le fue contra el acelerador; por suerte, la niebla se había disipado al salir de Matallana. No se habían dirigido a un hospital porque en principio la herida no tenía pinta de ser grave y su novia había insistido en ocultarlo, ya que eso podría suponerle la expulsión del Cuerpo. (Aquí recurrió a conmovedores y probablemente ridículos epítetos que en su fuero interno le avergonzaron.) Tres días después, seguía sin recuperarse. Agonizante ella, agonizante él.

El perímetro de luz que enmarcaba los postigos de la ventana tenía un brillo anémico, sepulcral. *Ag.*

Machacó la puerta sin claves ni tientos —empero rezando.

Dioni abrió.

—Hola, Efrén; pasad.

—Buenas noches —saludó el médico.

Salva no les presentó; las circunstancias podían disculpar la descortesía, qué importaba…

Dioni, tal era lo ordenado por Efrén, dejó la casa.

Hundida la cabeza en la almohada, enjuta, demacrada, Anabel saludó a su novio y al médico alzando la palma de la mano, como si tomara juramento delante de la Biblia en uno de esos juicios de las series de televisión americanas. La Biblia. El juicio. *¿El juicio final?*

—¿Cómo está, doctor?

—Aún no lo sé —respondió el médico, abriendo el maletín con exasperante parsimonia.

El médico empezó por tomarle el pulso; luego se puso unos guantes de látex y tras retirar las vendas compuso una mueca de preocupación. Limpió la herida con sus propios útiles y su expresión no dejaba de ser inquietante.

Después de ponerle el termómetro y una meditación interminable, dijo:

—Vamos a probar algunas horas. Si no mejora sustancialmente, la llevaremos a un hospital.

Salva casi saltó de alegría. El médico se quedaba con ellos, a intentarlo.

Repitió lo de hospitalizarla varias veces mientras extendía recetas.

—Son antibióticos y antiinflamatorios. Busca una farmacia de guardia. O bien ese muchacho. ¿Cómo te ha llamado… Efrén?

Salva, que no recordaba el detalle, se contrajo con un escalofrío. Aquel nombre, fuera de su cifrado ámbito clandestino, le sonaba a inculpación, caza o desenmascaramiento.

Repasó su vida como dicen que les ocurre a los muertos un segundo antes de expirar, se reubicó y contestó:

—Sí, es un primo que estudia con ella. Debe de ser por el nerviosismo que ha pronunciado el de un amigo. Iré yo mismo a por los medicamentos.

Con la alborada y una segunda inyección, una sonrisa vino a dibujarse con naturalidad en el rostro de Anabel.

—Veamos esa temperatura —dijo el médico.

Treinta y ocho.

—Esto parece que va bien —estimó.

Mejoraba a ojos vistas o tal vez fuera la vehemente plegaria de su ánima destrozada que lo confundía. Pero no. Desear algo con todas las fuerzas —TODAS— y empeñarse en ello, resulta no pocas veces. A las nueve el médico le puso otra inyección. El aspecto de su mujer era ya de un color muy próximo al natural.

—La recuperación sigue bien. Muy bien —se felicitó el señor Juan—. Verdaderamente, estoy sorprendido. Pero no nos vamos a confiar. A la tarde volveré.

Anabel se durmió y ya en la calle el médico declaró con grave formalidad que una vez que había decidido no ingresarla, nadie debería enterarse de lo que un médico en activo había hecho por una cuestión personal, tanto de mayor importancia para Salva por cuanto no se trataba de una amistad íntima: adujo que lo hacía por la gran devoción que tenía por el Cuerpo y el afecto y comprensión que le inspiraban sus números. Sus *números*.

Salva no quiso corregirle.

—Llámame si notas que empeora.

Salva le dio las gracias una vez más y dijo que así lo haría.

Lo que vino a serle forzoso dos horas más tarde, cuando se dio cuenta de que no se aclaraba con la dosis de uno de los medicamentos. Marcó el teléfono de la casa, como había hecho la noche anterior, pero esta vez el tono del médico era drásticamente distinto, refractario.

—Creo que, en honor a la ética de mi profesión —agregó tras el seco y lacónico saludo—, no debo permitir que este lamentable incidente se prorrogue por más tiempo fuera de un tratamiento lícito y adecuado. Justo en estos momentos, después de haber mantenido una conversación con su brigada comandante de Puesto —Salva le escuchaba atónito—, iba a avisar al servicio de Urgencias para que recojan a la enferma y la atiendan en un hospital, donde se le podrá practicar una transfusión de…

—¡CÁLLESE, HIPÓCRITA!… Escúcheme: ella se está recuperando. Es evidente para mí que no me aparto de ella ni cinco segundos, y también para usted cuando venga. Porque va a venir, tal como dijo, y sin avisar a nadie. Y si necesita transfusión de sangre, usted será el que la haga. Y si no tendrá que rendir cuentas de los robos de obras de arte de la iglesia, en los que sé que está involucrado en connivencia con el cura y otros tiparracos, como el tal Filemón. ¿Me oye?

El interlocutor al otro lado del hilo pareció esfumarse. Pero la respiración estupefacta del galeno lo delataba.

—¿Cómo dice? —habló al fin.

—Lo que ha oído —le espetó, todavía inseguro de su feroz envite.

—¿Lo sabe el brigada o alguien más? —inquirió la sobrecogida voz del médico.

Ahora Salva respiró calmo, aplacado.

—Sólo yo… de momento. Estoy investigando esa trama, pero renunciaré y no trascenderá si me ayuda a salir de esta complicación. Ayúdeme y quedará entre nosotros.

—Voy ahora mismo.

8

Y volvió a pasarse al otro día, por la mañana y por la tarde. Y talmente siguió haciendo con una asiduidad ya casi excesiva en vista de la vigorosa recuperación de la enferma.

Con la última visita, Salva, traspuesto en una silla después de tantos días de insomnio atroz, durmiendo por lapsos de minutos, se despertó sobresaltado. No recordaba que pudiera tratarse del médico —pues hacía apenas tres horas que se había marchado— y los golpes en la puerta no eran la señal convenida.

¿Los chicos del FRAF se habrían puesto a trabajar?

—¿Quién puede ser? —preguntó ella, con voz clara.

Recostada sobre el almohadón, leía un libro que soltó con magnífica

preocupación.

El olor a alcohol y a medicinas le pusieron en antecedentes. Se deslizó hasta la mirilla y se sorprendió al ver de nuevo y tan pronto al médico.

—¿Sigue todo bien? —preguntó como si llevara sin saber de la paciente varios días, y al igual que en las demás ocasiones se comportó con una naturalidad y una dedicación que hacía dudar a Salva de que detrás de todo ello no mediara una revulsiva intimidación, un espadaco de Damocles que él sostenía.

Le asqueó tan portentosa simulación. Pero lo primordial sucedía.

—No deja de mejorar —opinó Salva, y lo siguió hasta el dormitorio.

Anabel hablaba y gesticulaba con soltura. Mejoraba por minutos. Y así lo corroboró al repetir el chequeo. Claro que se recuperaba.

Le bastaba con verse reflejado en los marrones iris de sus ojos nato, vivaces, vueltos graduales y poderosos a la vida, a la ansia vitalidad de la liza. El anhelo mutuo de protegerse con visceral apasionamiento en los atentados en ciernes. No se puede hacer una revolución si uno se anda con escrúpulos en el instante de prefijar una carga o cuando se le está levantado al Sistema sacas de dinero se vacila en arrastrar el disparador por una piedad equivocada. Todo objetivo superior requiere de una previa y maciza indiferencia, indefectible si lo que se busca es la victoria y el precio no importa.

Hay que tener cuidado con los interfectos ajenos, eso sí, pues el enemigo los usará de propaganda; pero a partir de que ambos se erijan por su propio pie, las espaldas rozándose, las ánimas estriadas *(«cercado por las balas, ansiado por el plomo…»)*, no van a dejar que nadie les anule impunemente. Cuidaré de ti pelicobre y el que te hiera lo pagará con su vida. Levántate. Hazme feliz. Vivamos como seres que aman lo que hacen o perezcamos juntos.

Ya veremos, cabrones, cómo paráis ahora el valor que ella infunde a mi brazo.

Juan le puso otra inyección. Después les rellenó varias recetas. En tanto que le cambiaba los apósitos y vendajes, hablaba con ella y le insistía en lo peligroso que eran las armas, y que no comprendía cómo una chica tan guapa se hubiera sentido atraída por ellas. Ella bromeó diciendo que las balas no eran lo que más miedo la daba, sino la velocidad que llevaban.

Anunció que volvería a verla al día siguiente, después de que hubiera finalizado la retransmisión del sorteo de Navidad. Pero Salva le aconsejó disfrutar de su suerte en la intimidad de su familia, la cual, aparte de la lotería, no era pequeña. (La suya era del tamaño del Gordo elevado al infinito cubo.)

El médico captó la tajante ironía y lo aprobó.

—Me parece bien. Pero si acaso te sientes peor, joven —dijo, siempre dirigiéndose a la convaleciente, quien sentada en la cama y con las piernas cruzadas en actitud de yoga, atendía con mucho interés—, no tendré ningún inconveniente en venir a verte. Lo importante es que salgas de esta como si no te hubiera ocurrido. ¿De acuerdo? —la camarada legal asintió —. Y de las armas de fuego —advirtió, girándose un instante para Salva—, mejor olvidarlas fuera de los casos estrictos contemplados por las leyes.

La hipocresía del médico era pasmosa.

En verdad había sido un desaforado envite. No tenía ninguna prueba tangible contra el médico, sino, como en tantas otras apuestas, sólo intuición, osadía y conjeturas. Un día le llamó la atención el deportivo negro junto a la iglesia y otro se entretuvo en averiguar su titular. Poco tiempo después el cura denunciaba una nueva sustracción de relicarios y demás quincalla clerical. No relacionó nada entonces. *Entonces*. Hasta que el galeno se echó para atrás. En ese momento, la sospecha —la extremada discreción del trío tras la iglesia, los antecedentes del tal Filemón, las denuncias…— cuajó y fulguró en su desesperación como un clavo candente. Y a él que se agarró.

Sí: pasmosa. Y remisible. Total, para que el arte permanezca secuestrado por un estamento depravado, al menos que satisfaga voluptuosidades menos santurronas y nefandas.

Ella asentía y estaba en todo de acuerdo y osó aventurar que nunca volvería a tocar un arma, pero no aclaró nada de mixturas ultrarrompedoras.

Advenido lo sustancial, la lucha debía continuar.

LII. POR FIN EL TÍTULO DE LA CANCIÓN

1

Aguardaba encaramado al nicho tortural. Sabía que habría reunión de la Pandilla y no se había equivocado. Sin embargo, la reunión no tenía el aire de otras anteriores. No se veían refrigerios y Moisés, Parra, De Lasheras y Arteaga como anfitrión, aguardaban con inusitada impaciencia al general y sus nuevos satélites.

En su lugar, llegó el teniente Miñón, de paisano. Traía un mensaje: su superior no vendría.

—¿Y eso por qué? —preguntó Moisés.

—Lo siento, pero no sé nada más —contestó el oficial—. Me ordenó que les pidiera disculpas en su nombre y que les dijera que hablaría con ustedes otro día. Ha tenido que salir en comisión de servicio urgente hace unos minutos.

Moisés masculló un juramento.

—Hay que localizarle —bufó—. Que nos dé explicaciones. ¡El teléfono!

Se fue para la barra del bar. Salva le perdió de vista.

Mientras tanto, con notoria incomodidad, de pie en el centro de salón, el teniente Miñón paseaba los ojos por la estancia…, posándolos en la alta celosía, de donde ya no los despegó. Parecía ido.

¿Qué coño miraba con tanta insistencia?

Moisés entró de nuevo en escena, y de nuevo maldiciendo: el general Llopera no estaba para randones de segunda.

—Parece ser que ha volado para los carnavales de Tenerife.

El oficial se acarició el reloj de cadena, que le abultaba el bolsillo alto de la chaqueta como un pequeño seno, y preguntó con ansiedad:

—¿Qué hora es, por favor?

Le dieron lo que quería y rechazó una bebida porque asuntos oficiales le reclamaban.

Retirado el oficial, el primero en opinar sobre el plantón fue Moisés.

—Ya *sabemos* quién es el que nos ha estado jodiendo las rondas del ganado.

—Llopera es capaz de muchas cosas —se oyó a Urbano por el bar, en tono apaciguador—. Pero estoy seguro de que en eso no está metido.

—¡Una polla! —resopló Moisés, yendo y viniendo con sus pasitos de patizambo amojamado—. Él tiene que ser el responsable, quién si no. No olvidéis que los problemas vienen desde que empezó a hacer tratos con Hipólito y el sudaca. Ahora quiere que me olvide del ganado y forzarme a que le siga el juego de la cocaína. Le conozco muy bien. Yo y Las Torcaces de pantalla. Cuando se haya metido, no habrá manera de echarlo.

Urbano servía bebidas. Le entregó el habitual copón y aprovechó para atemperarlo:

—Sólo se trata de tu parte, Moisés. Nos ofrece entrar en un reparto de dividendos, de enormes dividendos; «dividendosos», que diría el sudaca —todos rieron, menos Moisés—. Algo hemos de aportar los demás.

—Pues que yo sepa al único que exigía era a mí: quiere la finca, mi negocio —enumeraba con encono y acrimonia—, mis camiones…

De Lasheras le paró.

—No exageres, joder. Además, ese tema ya está resuelto. Vamos a montar entre todos una sociedad inmobiliaria, ficticia, claro, e independiente de Las Torcaces. El otro día tuve una larga charla con Llopera y le hice ver lo que para ti significa la finca. Y lo entendió. Todo lo que se te está pidiendo es un sitio acondicionado para la mercancía. Punto.

—¿Y el transporte también piensa solucionarlo con camiones ajenos a los míos?

—También ahí te equivocas —prosiguió lanzado el veterinario—. Su método es mejor: la transporta él mismo en su coche oficial. No sólo la retira del aeropuerto y la guarda en el cuartel de la Zona; ahora, además, el primer lunes de cada mes, o al siguiente si no le es posible, la lleva hasta Valencia. Justifica los viajes con reuniones de trabajo. El control es absoluto.

A los oídos del ignoto centinela, De Lasheras había revelado el camino iniciático del jaque mate. Por poco Salva no gritó.

El empecinamiento de Moisés no flaqueaba, empero.

—Tengo la impresión de que el *picoleto* os ha encomendado el convencerme; porque si no, no os va a deja meter mano.

—Es lógico que cada uno de nosotros colabore del modo más útil —le reconvino Urbano.

—Eres realmente mezquino, Moisés —retomó la ofensiva el veterinario, sin acritud, no obstante—. Llevamos en esto mucho tiempo y Llopera jamás nos ha fallado. Que las rondas hayan salido bien se lo debemos a él. Y tienes que reconocer que si en los últimos años has cebado tanto el negocio no ha sido sólo gracias al Clembuterol, sino al amparo que nos ha estado ofreciendo. Y ahora que te pide que le hagas un hueco en la finca para almacén le dejas; o mejor dicho: *nos* dejas fuera de juego.

Aceptas, luego te echas para atrás…

—¡Eso no es cierto! —se revolvió Moisés—. Ahí está el silo, terminado y listo. Yo lo único que pido es que cumpla el trato. Prometió facilitarnos la ronda de caballos, y se ha desentendido.

—Tú sabes que eso no es verdad. Nos abrió una ruta que por causas ajenas a él tuvimos que abortar.

—Sí. Pero otras veces ha ocurrido eso mismo y luego no ha dudado en repetir la reordenación de los servicios. ¿Por qué ahora no, eh?

—Porque hoy eso son minucias y porque hay mejores miras. No tienes motivos para desconfiar, y menos aún se entienden tus reparos. Es un general de la Guardia Civil, no lo olvides. Dentro del Cuerpo es como si fuera Dios. Él mismo lo dice de guasa, pero todos sabemos que es verdad. Y fuera, aunque la situación política haya cambiado, *quien tuvo, retuvo*. Sinceramente: estamos perdiendo dinero.

El veterinario no perdía la calma y Moisés dejó de menearse. Adoptó una pose pensativa.

—¿No será necesario, entonces, tocar las escrituras de Las Torcaces?

—En absoluto. Sólo guardar la mercancía y ya está.

—¿Y qué hay de la ronda prevista?

—Se hará en cuanto se pueda.

Moisés se volvió a Parra.

—¿Y tú qué dices?

—Yo… —titubeó el chaparro incondicional—. Yo lo que tú digas.

—De acuerdo. Decidle a Llopera que empiece a traer mercancía toda la que quiera. A ver si es verdad tantos millones como chulea. Pero esto siempre y cuando pueda contar con vosotros para las rondas importantes. ¿Qué decís ahora?

—Cuenta con nosotros —respondió De Lasheras.

—¡Claro que sí! —se congratuló Urbano—. No te arrepentirás. Y sin duda, Llopera estará encantado de seguir ayudándonos. Tendrás esos potros sin problemas. Además, nosotros de lo que saques no queremos nada.

—Ah, veo que Llopera sabe cómo llevaros, y a su vez a mí. Bueno, adelante.

Por fin una pieza capital en el diabólico puzle. Toque de generala.

Con la noche como aliada y bajo una luna llena que casi hacía innecesario el visor de infrarrojos, Salva desocupó La Pequeña Arteaga, repitiéndose en mente la extraordinaria información. El talón de Aquiles del cártel. «Reparte los lunes». Avanzaba en el paisaje verdusco tras las

gafas cojonudas. Juzgó que oía pasos, que alguien le observaba. Se giró en redondo, barriendo el área en torno con su visión electrónica. Nada visual.

Y de ruidos, amén del rebote sistólico de su músculo cardíaco, ídem.

Rumores de la noche.

Reanudó el repliegue, conjeturando el castigo que les asestaría.

2

Recogiendo la papeleta, escucharon por la emisora cómo la patrulla nocturna era reclamada por la Central al objeto de que se dirigieran al chalé del veterinario Alfonso De Lasheras, donde la dichosa alarma berreaba despótica en la noche. Monti y Cristina, los todavía componentes de servicio, dieron el enterado. Carrasco y Salva, los entrantes de seis a catorce, comentaron la habitual incidencia. Conocían al propietario y el modo en que se generaba el aviso: la alarma del chalé se había activado una vez más y uno de los vecinos de la colonia, molestos —hartos— por la estridencia, lo comunicaba a la Central. Y ésta ordenaba a la patrulla de la demarcación que resolviera.

Otra falsa alarma, probablemente.

Una vez más, tendrían que hacer de guardas privados. Que a un minuto de concluir, la Central reclamara al servicio saliente, se debía a la disponibilidad del *pepito*. Ellos, que salían a pie, tiraron para la plaza y sus inmediaciones, donde pasarían el servicio en vigilancia de bancos; sin explicarse por qué, Salva tocado por una extraña y súbita tensión.

El termómetro de la farmacia marcaba cero grados. Félix no habría perdido un segundo en sacar a colación el consabido chiste, y Salva sonrió; si bien menos por culpa de la rasca que por esa inopinada angustia alzada con la requisitoria de la Central.

La plaza y sus elementos más expuestos a la intemperie de las estrellas relucían de escarcha. Empujaron la puerta de cristales, opacos de vaho, y penetraron en el Manola, dispuestos a pertrecharse con una de esas tazas enormes con que la dueña sirve los desayunos. La mañana auguraba tedio y sumisión al Gran Poder: la Banca.

Con el café y la copa de Chinchón delante, el recio de Carrasco empezó por la copa, que vació de un trago. Por su parte, Salva removía su descafeinado cuando el eco de un disparo le paralizó. Bien lo conocía. Un día de otoño le silbaron muy cerca y precipitaron a su compañero Jorge por un despeñadero.

La tensión se le dilató inconfundible.

Por esa psicología nacida entre personas de una misma índole emocional dentro de un grupo refractario a su singularidad, Salva asoció los disparos con una premonición infausta, terrible. De ahí el estremecimiento que le llegó como sacudido por una onda expansiva que no le da de lleno, con los brazos en cruz a una horquilla hecha de escalofrío y sofocación: una sofocación sorda origen de una tiranía laboral que sólo les puede traer desgracias por nada. Pidió a Carrasco que aplazara el segundo Chinchón y que le siguiera.

Lo alcanzó cuando Salva ubicaba el R-12 en mitad de la calle Mural.

Ya dentro, Carrasco preguntó a qué venían esas prisas.

—Malos presagios —dijo, subiendo revoluciones.

A los pocos minutos, se internaban por el túnel de arbustos del muy amigo de la Benemérita, señor Alfonso De Lasheras. Las ramas surgían de las sombras como garras mustias y la grava del camino gemía lúgubre, hiriente. Ominosa.

Un tenebroso tránsito donde al final del negro túnel no faltaba la luz.

Carrasco gesticulaba facialmente, conteniendo el Chinchón para que no se le vertiera por los ojos.

Con brusca frenada —que caló el motor— ante el panorama que le metieron los faros, Salva saltó del coche cetme en ristre.

Advirtió en seguida —la densa calma del escenario (con la sirena afónica y el rotativo extenuado), el gimoteo espasmódico de una de las víctimas; la penetración del rebelde— que sobraba tal prevención, que la fatalidad había detonado ya y sin revocación posible.

La niebla —un vapor amarillento en el que reverberaba la luz del foco— difuminaba la contundencia de la tragedia. En posición fetal, Monti más semejaba un ser que venía, no que se fuera. Una elipse líquida y oscura lo cercaba o huía de él.

La serena expresión en el rostro de su amigo, lejos de aquietarlo lo movilizó aterrado.

—Poli, ¿me oyes?

Monti tenía los ojos abiertos, miraba hacia la puerta del chalé, donde la mujer-guardia-que-no-defendió-a-su-compañero, sentada en los peldaños, con las manos aferradas a las tembleques rodillas y la cabeza gacha, suspiraba y plañía.

Monti era toda la emergencia. Pero ¿estaba vivo?

Gritó a Carrasco que arrancara su coche y le diera la vuelta.

—Ahora mismo te saco de aquí. —Ladeó la cabeza del moribundo, que balbuceaba sangre.

—¿Monti…?

—Hola, Salva —logró susurrar el Polilla—. He impedido el robo… ¿Qué te parece…? —Su conciencia parecía ir y venir como el canal de un televisor conectado a una antena que se gira de continuo.

—Ya nos vamos —jadeó Salva, tanteando por dónde cogerle.

El otro compuso una sonrisa condescendiente, mientras era arrastrado por los hombros, alejado de su charco de sangre.

—Deberías haberme visto, Salva… Luché como un fiera. Me dio pena dispararle… Era sólo un crío, sabes. No tendría más de quince años. Como Cristina no atinaba a conectar la emisora, que yo había apagado por seguridad, al meterme al coche, el chaval se vino hacia mí… me golpeó con la puerta abierta y… —dejó de oírsele.

—Tranquilo, Poli —le contestó, en tanto que con el auxilio de Carrasco lo alzaba y lo tendía en los asientos posteriores del R-12.

El Poli sonrió.

—Tranqui, tú, «Susaneguer» —trató de chancear, pero se atascó.

—Ya me contarás. —Salva arrancó a toda velocidad, esputando la grava del camino como espumarajos de furia.

La exhausta voz de Monti insistía:

—Nos enganchamos. Le tenía cogido por el cuello… Él me agarró el *chopo*. Yo lo retuve… por el cañón. Tiraba él… tiraba yo. Era hasta gracioso. Oí que se disparaba. Sí, le tenía bien cogido. No se me iba a escapar. Fue muy raro… Me dejaba hacer… Yo forcejeaba y él no se resistía. Me miraba como atontado. Fui a echar mano de las esposas, pero entonces me derrumbé… Ya digo. Muy raro todo. No se han llevado nada, ¿verdad?

—No, Monti, no. Pero cálmate, quieres. Ya estamos llegando.

En el fondo de la noche, los grandes números digitales del panel electrónico de la Telefónica flotaban en la niebla. Las 6:12; -1º.

—Vaya «situación-problema» en la que estoy metido, eh, Salva —articuló en un clarísimo tono irónico.

Salva no le respondió.

—¿Crees que esta vez me darán una medalla?

—Por supuesto.

—No; no lo creo —desestimó el Polilla, a borbotones—. Este Cuerpo es nefasto para gente como tú y como yo. Tenías razón. Acabo de descubrirlo…, ahora que me estoy muriendo…

—¡Pero qué estás diciendo! No vas a morirte, colega. Mañana estarás bien; qué digo: *entero y a base de bien*, en un hospital viendo enfermeras de puta madre. Te darán una medalla. Una medalla cojonuda, tío.

La voz del Polilla venía de atrás como la de un ahogado.

—He estado equivocado. Me habían engañado. Tengo que decirte algo, Salva —carraspeó, implorante—. Tienes que saberlo…

—No digas nada. En seguida estarás en una ambulancia y muy pronto jugaremos al *Soccer*. Y pienso ganarte.

No sabía cómo calmarlo. ¡Se estaba muriendo, copón!

Se metió en el puesto de la Cruz Roja con un tiroteo de claxonazos.

Obcecado, Monti deshilvanaba palabras.

—«Vivir y morir en la lucha». Me gustó. Es extraño que tú advirtieras la esencia de mi música antes que yo mismo… Sin embargo, no va a ser ese su título… Ahora que por fin la he terminado y he decidido que quiero ser algo más que un cabo de motos todoterreno… Porque voy a dejar el Cuerpo, sabes, Salva. Voy a seguir con mis estudios… y luego me largaré… Lejos de «la Bestia y de prójimos corrompidos»… Vaya con Carrasco… Tenía razón… Oye, Salva, le dirás que me perdone… ¿eh?… ¡¿Eh?!

—Sí, sí, Poli. Pero relájate.

Los chicos de la Cruz Roja prepararon la ambulancia y Salva les ayudó a cambiar al herido. Quiso meterse con ellos en el vehículo, pero no se lo permitieron. No había espacio.

—Si quiere hacerlo, mejor sería con su coche —dijeron cuando vieron llegar el *pepito*, conducido por Carrasco.

No tenemos gasolina, excepto cuando servimos a los caciques de toda la vida. Es sólo una mentira de…, pensó decirles, pero hubiera sido incongruente y no quería hacerles perder tiempo.

La camilla con el herido fue empujada al interior de la ambulancia. Montilla levantó la exangüe cabeza.

—Quiero que sepas el título de mi canción —pronunció burbujeando sangre, empero con efusión irracional.

—Déjalo; ya me lo dirás.

—NO. ¡Acércate! —exigió el agónico, sin descansar la cabeza.

Salva obedeció.

El conductor de la ambulancia se ponía al volante. Otro requería a Salva para que se apartara, cerrar y largarse. Entonces Monti tensó el cuello de su cuerpo inerte y con estremecedora, límpida dicción, reveló:

—La ira del embaucado. Ese es el título, Salva, no lo olvides: LA IRA DEL EMBAUCADO.

Lo vio reposar la cabeza con brusquedad o que desfallecía de golpe, al tiempo que cerraban la portezuela, secamente. Terminalmente.

3

El telefonema emitido daba cuenta de un guardia segundo herido de bala, sobre las 6.00 horas, en el transcurso del servicio nocturno cuando la pareja de servicio procedía a la detención de dos (aquí el brigada intercaló a bolígrafo la palabra «presuntos») delincuentes, sorprendidos durante el robo de efectos del interior de una casa, sita en la colonia Machaquito, demarcación de la Unidad.

A la media hora una llamada telefónica procedente de la Comandancia se interesaba por un dato en apariencia sin importancia. El cabo encargado del Juzgado Militar, por orden del comandante segundo Jefe, que lo había nombrado Instructor del caso, solicitaba la hora exacta: no tendría las mismas consecuencias el suceso si éste había ocurrido antes o después de las seis, ya que en el segundo caso se trataría más de una infracción que de un servicio y la aplicación del Reglamento Disciplinario sería inevitable.

Una segunda llamada solicitó del comandante de Puesto la ficha del guardia herido. La Cúpula militarra no se interesaba por uno de sus hombres que, en el cumplimiento del deber, había sido traspasado a bocajarro por una bala de 7,62 mm en el estómago.

4

Al mediodía se produjo otra llamada telefónica, del Hospital Militar: el guardia 2º Montilla había muerto.

5

Ignorantes y ofuscados, los de la oficina del comandante Instructor —el galán de los guantes que habría hecho las delicias de los más insignes horteras— seguían adelante con el expediente disciplinario. El cabo hacedor de la burocracia del juzgado rebuscaba entre los archivos antecedentes similares: una negligencia con armas fuera del horario de servicio no podía ser menos de arresto de un mes y un día a tres meses en establecimiento disciplinario militar.

Sólo cuando el brigada los maldijo, dejaron de joder. De ultrajar.

6

—¡Se acabó el rollo, cabrones! Yo soy un cimarrón. ¡Un topo inverso!

Gritos estrellados contra todo y contra nada en la soledad de la mentira permanente. En sus pupilas relumbraba la ira.

La ira de un embaucado: *Efrén*.

Quinta parte

Vive peligrosamente,
no tiembles de miedo a las sombras,
haz lo que tengas que hacer
y afronta las consecuencias
lo mejor que puedas.
Nietzsche

Porque la pena tizna cuando estalla.
UMBRÍO POR LA PENA, CASI BRUNO.
Miguel Hernández

LIII. AUTOPISTA AL INFIERNO

1

—Póngase en pie el encausado —ordenó uno de los magistrados.

El general miró asustado a su esposa, absorta en el espejito de una polvera con carcasa fucsia. No recibió ningún gesto de apoyo, e hizo lo que se le ordenaba. De ninguna manera se sentía seguro: no se encontraba ante un Tribunal Militar.

—Ya que este caso es muy especial para el ente al que servimos, hemos deliberado en profundidad —declaró el Presidente de la Sala, e hizo un gesto con la mano.

El magistrado situado en la esquina de la mesa en forma de arco, se alzó un papel delante de los ojos y se dispuso a leer la sentencia contra el acusado; al lado de éste, su consorte se empolvaba las mejillas de fucsia.

—Se le condena a ser ejecutado con premeditación, alevosía e indefensión —entonó con dicción grave el togado.

La mujer del general ladeó la sonrosada cara, sin mover la polvera.

Pero el que protestó fue vuecencia:

—¡Pero eso no es justo, hostias!

—¿Por qué no, general? —preguntó uno de los miembros del Tribunal.

—Pues porque de lo que me acusan otros muchos de mi casta lo hacen y no les pasa nada.

—Eso no es de nuestra incumbencia —repuso el Presidente—. Usted es el único inculpado en este proceso y sobre él hemos resuelto. Este es el Tribunal de la Conciencia de su titular y ni siquiera nuestras decisiones son vinculantes.

—Pues me jode un huevo —saltó la esposa, tornando al espejito y a la rosácea tarea, que se extendía al cabello—. El coronel Benito las hace más gordas, y ahí le tenéis: que no hay quién le tosa, ni ministros siquiera, y mi marido, nada menos que GE-NE-RAL, no veo por qué tiene que ser así.

—Es la decisión inapelable de este Tribunal —replicó otro de los miembros, viendo que al Presidente se le empezaba a importunar más de lo aceptable—, toda vez que han sido examinadas las circunstancias que concurren en el procedimiento. Y, además, no se admite apelación.

—En ese caso, que sea en Acto de Servicio, qué leches —exigió la mujer, sin dejar de acicalarse.

—¡Pero María! —chilló el general—. ¿Estás loca?…

La esposa terminó de colorearse, guardó la polvera fucsia en el bolso fucsia, que se echó al hombro con soltura, y zarandeando su corta melena fucsia como si en realidad fuera muy larga, lo encaró con todo su rostro de capullito o de glande para recriminarle:

—Qué quieres que te diga. Por si no lo sabías, la hija de Benito irá este año a la romería del Rocío con un nuevo traje de flamenca, que, según su madre, le ha costado trescientas mil pesetas; digo yo, que ya será menos. En cualquier caso, no querrás que tu hija repita con el mismo del año pasado. En Acto de Servicio nos quedará una buena paga, que bien que nos vendrá para afrontar tanto gasto como tenemos. Sobre todo si nos quedamos sin el «bocadito» de los Fondos Reservados —profirió, frotándose con ansia los dedos índice y pulgar *(¿fucsias?)*—, sin las dietas de todos los meses, sin los pluses por tantos seminarios a los que te apuntabas y ni aparecías, sin las joyas del ministro y sin los considerables ingresos «extras» que ya sabes tú.

El general, con los ojos encendidos y los puños contraídos, acertó a mascullar:

—Tú eres una hija de puta, María.

—¡Basta! —exclamó el Presidente, que lo había oído—. La sesión ha terminado. El Tribunal de la Conciencia ha dictado resolución irrevocable. Se cierra el caso. Después de esta sentencia no quedarán remordimientos en el ente que nos ha invocado.

Y golpeando en la mesa con el martillo, se evaporó *ipso facto* con el resto de la curia.

La mujer se dio la vuelta. Al pasar junto a la futura víctima, de una bocaza fucsia desplegada como un prepucio y con dientes de piraña, salieron estas palabras:

—Pues anda que tú.

2

No hay palabras que definan el sufrimiento cuando éste está más cerca del espíritu que de la carne. Sintió algo parecido con su mujer aliquebrada. Ahora una muerte tan brutal y tan cercana le removía de dentro afuera. Monti muerto y en el Puesto un telefonema caduco que solicitaba que el afectado manifestara las alegaciones oportunas en su descargo contra el expediente que se le instruía por «Extralimitación en el cumplimiento de sus obligaciones profesionales».

Cada vez que veía la transcripción en el Libro de Telefonemas, se

estremecía; se estremecía de furor asesino.

Y el día que los padres de Monti llegaron para llevarse sus cosas, Efrén sintió que tamaña conmoción acrecía sin tregua. Imposible el armisticio.

—«Si muero quiero que el ordenador se lo quede mi amigo Salva». Eso nos dijo nuestro hijo. Te lo hemos dejado en su cuarto, y deseamos darte las gracias porque sabemos…

El padre de Monti se interrumpió, debido a que su esposa, la madre de su amigo muerto, negras las ropas en contraste con el pálido rostro, se tambaleaba en silencioso llanto. Efrén también contribuyó a sostenerla o acabaría por derrumbársele al hombre entre los brazos.

Se debatía por no hundirse con los padres del difunto.

—Es verdad que Monti y yo éramos muy buenos amigos —dijo cuando la mujer empezó a recuperarse—. Supongo que deseó dejármelo por los buenos y muchos ratos que pasamos jugando con el ordenador. Lo conservaré toda mi vida —declaró, medio ahogado por una oleada de gratitud y evocación, de ira y dolor.

El señor Montilla echó el brazo por el hombro de Efrén y acompañó a su mujer en las lágrimas: una escena especular del día del entierro; ceremonia a la cual no acudió ninguno de los mandos, excepto el teniente Miñón, de paisano. Del Puesto de San Juan estuvieron todos, menos Gregorio que tenía nombrado Puertas y Cristina que se dio de baja. Con los familiares estuvo el primo de Montilla, el cabo medallero que sabía de la gran merced de ser burócrata. El pobre Polilla nunca se enteró, o quizá demasiado tarde, del privilegio de orbitar alrededor de estrellas que brillan u ociosean entre el negocio ilícito, el aburrimiento y la recreación de su despotismo *deslustrado*: pero sobre todo brillan por su ausencia de honor.

Se contuvo las lágrimas. Las lágrimas significan el hundimiento emocional, el triunfo del enemigo. Había jurado venganza.

Viendo el atormentado desconsuelo de los padres, se dijo que más valdría que no llegaran a conocer las fútiles causas de la muerte del hijo. Pero él sí lo sabía. Su bando había puesto el primer muerto. La guerra estaba abierta. Por fin despojado de la compasión, la sangre habrá de correr. Su mente bullía: Anabel y el proyecto Escarmiento. Y el nombre de una canción que por fin tenía título. Se dijeron adiós por medio de gestos y balbuceos. Otros adioses aguardaban.

Porque era la hora comenzó a recoger la bandera. Tiró de la cuerda y la polea propagaba una estridencia que tenía una semejanza insoportable con fragmentos de *La Ira del Embaucado*. Nada dentro de sí quedará exento de tan luctuosa remembranza: tangible en aquel estridor y no menos en el mudo cuarto de su amigo muerto, en las resonancias que parecen arrancar en el arrastrar de una silla o en el retumbar de los pasos a través del vacío

salón del pabellón de solteros; cuando coma los macarrones, que Monti nunca más celebrará; cuando se halle trasteando con el *AMIGA*, que ahora es suyo.

Cuando tenga que vigilar las propiedades de los oligarcas, o si le obligan a denunciar a los trabajadores-cuidadores de la Tierra…

Cada vez que se sienta un embaucado.

Si pudiera inmolarme en medio de una reunión del Estado Mayor de la Cúpula, envuelto en C-4 y detonadores como esos fanáticos religiosos…

Tenía que resistir.

Luchar.

Vivir y morir en la lucha.

Revancha, represalia. Violencia aleve, a granel. ¡Pero si combate en el frente justo! ¿¡Cómo ha podido tener remordimientos?! No existe alternativa. Sólo desde la lucha armada podrá contender a las linajudas élites opresoras. Ella conocía el camino: sin muertos no habrá evolución, prestigio. Escarmiento. Un pliegue, dos, tres, cuatro y al cajón. Echó un vistazo al tablón para conocer el nombramiento del próximo servicio, con una nueva clase de odio hacia las inveteradas y vejatorias Instrucciones Particulares del general, revolcándose en su arbitrariedad, *ex professo* omitiendo la problemática de fondo. Vuecencia daba instrucciones dirigidas a reducir el consumo eléctrico, sustituyendo las bombillas por fluorescentes o vatios mínimos; el del teléfono con la prohibición de efectuar llamadas, «excepto las imprescindibles para mantener informada a la superioridad, siendo cometido del comandante de Puesto la instalación del candado correspondiente». En cuanto a los guardias civiles —los *números*—, les advertía de que en su tiempo libre no estaban autorizados a vestir vaqueros, usar perilla ni pendientes, las patillas al lóbulo de la oreja, nada de prendas de cuero… y no se quedaba con la nómina porque no le dejaban.

De semejante crispación de normas para los Servidores, ya no sabía qué se le hacía más execrable, si la falta de honor, la connivencia delictiva, la diabólica disciplina o la depravada chulería con que sojuzgaban; o quizá se sonrojaban y sobreponían al percibir que peor lo hacían los políticos y no les pasaba nada y que argumentos de películas como *Algunos hombres buenos* no podrían ocurrir en una democracia devastada por administradores públicos más interesados en birlar los presupuestos de la nación que en atacar reformas estructurales de instituciones viejas y anticuadas.

Fuera por impostura o mero absolutismo, el caso es que tales apercibimientos bordaban una retórica criminal que sólo se superaba a sí misma.

Si nadie le castigaba, él se encargaría.

Un batallón de cirros, como plumones en formación, avanzaba por poniente, presagiando un cambio de tiempo… y de estrategia.

Tenía nombrado Libre. ¡Ah, libre, quién pudiera ser libre! Al menos un tranquilo día para hacer tiro.

—Estás muerto, Monipodio —y se resbaló, un poco más, el tricornio sobre las cejas.

3

—¡Qué hijo de la gran puta! —escupió el brigada, estrellando el BOC recién llegado contra las amarillas baldosas del cuarto de Puertas.

Rara vez se le oía al suboficial lanzar tacos. El asunto tenía que ser muy grave.

Aunque salía con prisas, Efrén optó por ralentizarse. Aquel hombre le interesaba sobremanera. Recogió el Boletín Oficial del Cuerpo, mientras oía a Goyo comentar que menos la muerte casi todo tenía solución.

—Sí, peor fue lo del Polilla —se aplacó por un instante—. ¡Pero lo que me pasa a mí no deja de ser una putada! Después de tantos meses de espera, el general le ha dado la vacante a otro suboficial. Y pensar que tengo la casa llena de cajas por el traslado…

—A lo mejor es un error —trató de calmarlo Efrén.

—No. ¡Es una mierda! —ladró de vuelta a la oficina, al lugar donde descansa el vértice de la pirámide invertida.

Efrén entró con el maltratado BOC.

—¿Qué crees que dirá mi mujer cuando le diga que me han tomado el pelo? —y al punto se respondió—: «Te lo llevan tomando desde que te conozco, calzonazos». Sí, eso me dirá, qué menos, ¡ja, ja!

Se pasaba una y otra vez la mano por el espinoso y blanco cabello (demasiado corto para mesárselo). Agarró un periódico que tenía abierto en la mesa y se dio a leer con sardónica claridad:

—«La Guardia Civil reprime con dureza una manifestación de trabajadores despedidos de una fábrica en Huelva». ¡No te jode! —rugió—. Qué quieren, si llevan meses comiendo patatas con agua y viven sin luz al no poder pagar los recibos. No tienen otra forma de hacerse oír que ocupando la calle con pancartas, y este periodicucho de menguados dice que la Guardia Civil ha mostrado así su «incuestionable garantía pública». ¡Cabronazos! —pasó la hoja—. Pero a este padre —punteó con el dedo la foto de un hombre con semblante afligido—, que le han violado a la hija y

luego descuartizado, la Cúpula le ningunea descaradamente. ¡Válame Dios, qué bazofia de atestado! —Subió la vista a Efrén, que, de pie, enfrente, no sabía qué hacer—. Es en los bretes policiales donde se nos ve el plumero, Salvador —declaró con acentos de náusea—. Una vez más se nos alaba como Cuerpo represor antes que policial. No es este el Deber que nos reclama. —Se levantó—. ¡Cabrones, más que cabrones! —gritaba y blandía el índice como un iracundo profeta bíblico—. ¡¿Cuándo vendrá el cambio, CUÁNDO?!

Se dejó caer en el gastado sillón, la cabeza caída sobre el pecho, los ojos fijos en la corbata del uniforme, cuya punta sobresalía irreglamentaria y picuda por entre los botones de la guerrera, a modo de sable que le hubieran clavado por la espalda.

Parecía muerto. Un muerto intelectual. No podía ser de otra manera cuando a tanta lucidez le escolta tanto apocamiento.

—Sí: otra que me he tragado —murmuró—. Aquí la mejor divisa es moverte con pérfida astucia o estupidez total. Vamos, que se libran los listos y los tontos. Por listos, quiero decir los más rastreros. Lo malo, como en mi caso, ha sido siempre conducirme por el medio. Y eso acaba por convertirlo a uno en un menguado, en un pelele. Me están enloqueciendo. —Meditó—: Suicidando…

De nuevo se puso en pie, el mentón hacia el techo con brusquedad.

—¡Y qué! Si a mí lo que de verdad me importa es la casa llena de cajas.

E imprecando contra «el cabronazo del general», salió pasando entre Barahona y Nieves; quienes lo esquivaron con una mezcla de compasión y regocijo.

Rencoroso regocijo.

Una clase de sentimiento en el que estos dos *caimanes* convergían, lo que había contribuido de manera acelerada y notoria a que ambos rehicieran su amistad después de varios meses sin hablarse, a cuenta del pugilato de sus respectivas esposas por el litigio de los tendederos. (Litigio que solucionó el brigada a los pocos días del incidente, si bien no sin soportar acusaciones de favoritismo, pues ambas mujerucas refutaron feroces e irreconciliables hasta el minuto último la relación de la longitud de las cuerdas con las horas de sol que recibían.) La desgracia del suboficial había resultado crucial para enterrar el hacha de guerra. Se les notaba en la restaurada camaradería con la que se alejaban de servicio.

Efrén también tenía que partir: entrenamiento de tiro sobre un blanco en movimiento. Y se le había hecho tarde. Ella le esperaba en el parque de la Telefónica.

—¿Algún problema? —interrogó tras un piquito.

—Pequeñas vicisitudes cuarteleras que no dejan de asombrarme. ¿Nos vamos?

Pero seducidos por el trinar de los pájaros, el rumor del río y las ramas reverdeciendo con el repliegue del invierno, no pudieron evitar lentificarse y deambular gozando del cuadro natura; excepto aquella incursión propagandística y asoladora que era el «monumento a la Libertad», ahora convertido en un amasijo de piedras carente de chorro alguno, cuyo estanque retenía una cuarta de agua fétida incapaz siquiera de cubrir el entramado de tuberías que otrora —meses atrás— alzara chorros pintados. Tuberías que semejaban el esqueleto de un animal prehistórico, muerto de sed o por insuficiencia de su elemento natural. De los focos, ni rastro.

Se despegó con rabia y pusieron rumbo hacia un lugar sin ojos y sin quebranto.

A la salida del pueblo se cruzaron con un Golf GTI a gran velocidad. Era Yénifer. De rodeo a un amor sáfico.

Una idea le vino a la cabeza como un tiro: sin verlo venir.

Abrieron los brazos al viento odorante de Matallana. Se sonrieron como niños que saben que van a cometer una travesura de la que tienen mucha, mucha gana. Tiraron línea, conformaron cargas, calcularon explosiones, velocidad de impacto, de protección; de fuga…

La idea —casual, portentosa, temible— reverberaba en su cabeza con más fuerza que cualquiera de las balas imprecisas que tañían en la cantera.

Y allí seguía, desafiante y brutal como un militar golpista.

La rotuló de fosforescente: *Proyecto Revolucionario de Máximo Interés*.

4

A la hora del mediodía dieron por concluidos los preparativos.

Situados en la cima de un alto terraplén, al pie del cual discurría la autovía, aguardaban expectantes, ansiosos. Implacables.

Un día cálido de finales del invierno. Mañana será primavera y alguien no la conocerá. Mañana un atentado será primera página en todos los medios informativos. El objetivo ya estaría en marcha y él no tardará en cargarse a un todopoderoso general de la Guardia Civil, traficante de mierda y asesino.

Todo preparado: punto de ataque e itinerario de huida. Las armas, ocultas en una zanja próxima. También una coartada: si alguien con suficiente autoridad se empeñaba en examinar el interior de las mochilas, verá libretas de animales, prismáticos, fotos de aves… En fin, una pareja de

estudiantes en plena naturaleza.

Tal vez se mosquearan por la emisora de radio, pero es que el estudio era mucho más profundo y otro compañero de afición tomaba notas a unos kilómetros en el monte.

Exactamente a cinco, pero no en el monte, sino desde un bar de carretera. Y, en efecto, la misión de Dioni consistía en participar el paso de un pajarraco: el coche oficial del general.

El problema vendría si los curiosos daban con los cables que se hundían en la tierra, buceaban ladera abajo, cruzaban el camino parejo a la autovía y la valla de separación, y se incrustaban en un par de bolsas emplazadas en el arcén, hinchadas de ostentosos desperdicios y malolientes restos de comida. Y si además hurgaran hasta el meollo de la porquería, verían que empalmaban con un artificio de doble detonador —los mismos que, funestos, arribaron a Quique, usados ahora para volverse contra la Bestia que los puso en la acequia— embutidos en compactas y negras bolsitas de pentrita.

Entonces tendría que haber unos cuantos tiros.

Una sublime ansia de vindicta popular inspiraba la operación y nada podía salir mal…

Cien metros a su diestra, un puente eleva el camino y lo conduce al otro lado del asfalto. Muy cerca, un pequeño turbo inyección al ralentí mira en esa dirección. Es una potente máquina alquilada con identidades falsas. El dinero es el éxito. *¿El resto carambolas del azar?* La larga espera unida a la circunstancia de no poder decidir la hora exacta del atentado, les había llevado a variar —a perfeccionar— la estrategia.

Dioni, vigía incierto, es quien les dará el aviso a través del otro transceptor —otra ventaja del poder económico, una infraestructura muy similar a la usada por los ladrones que atrapó Goyo y que tanto le hizo soñar creyendo que algún día él intervendría en algo parecido.

La vulnerabilidad del candor. La ilusión que todo lo ciega. *La Ira del embaucado*.

Con los rescoldos de esa fantasía llevará a cabo un primoroso atentado.

Faltaba el general recorriendo la autopista al infierno.

De fondo, en su mente, la canción del amigo interfecto. Un himno de rebeldía y de guerra. Y muerte. Una muerte que le había revelado lo vacuo de su lucha hasta entonces, la razón de Anabel: o se pasa a la acción radical o te quedas de paradójico animador de la demagogia del adversario.

Además de los explosivos, la Uzi.

Oculto entre matojos, el subfusil yace receptivo a su pericia. Las

reincidentes descargas en Matallana se lo garantizan. Para asegurarse una dilatada cadencia de fuego le ha acoplado los dos cargadores de que dispone, en forma de L: un cambio rápido y vital sobre la marcha.

Ningún respiro al enemigo. Ni respiro ni piedad.

Aunque lo más probable es que no llegue a necesitarlo: los diez kilos de la carga bastarán. La Uzi es el golpe de gracia.

Sin embargo, a medida que pasaban los minutos la ansiedad le acrecía. Había descartado el *popper*. Quería ser consciente y deliberado en su furia. Iba y venía: oteando con los prismáticos —por si se le colaba a Dioni, del que no se fiaba—, cerciorándose de que tenía a mano las pilas, que reconocía el terrón debajo del cual se aplastaban las puntas peladas de los cables, que la ruta de descenso lo fuera a la cúspide del despique… No quería fallar. Todo controlado.

Ansia. Furia. Despique.

De ningún modo un cobarde.

Sólo un ejecutor estricto, enconado, pero siempre lúcido.

En la capacidad de filtrar cierta clase de información y de involucrar a sus destinatarios sin que éstos cavilen ni infieran radica la supremacía. Hay que volar muy alto para no sucumbir a la sutil coacción del que controla el Poder. Hay que resistir la propaganda de ciudadanos buenos contra terroristas malos. La ofensiva ha comenzado con la corrupción de ciertos vocablos. Primera victoria del enemigo. Así, su acechanza forma parte de una suerte de resistencia omnímoda, en la que la revelación de la sangre es el culmen.

Adelante.

Que venga ya.

Ahora pasea rodeado de ingenios —químico y mecánico, y mental— desde un alegórico acirate. Pero sabe que eso es sólo circunstancial y que la verdadera conflagración se tendrá que expandir más allá de la onda explosiva de un hornillo bronco: en los medios de comunicación, en la conciencia de su espíritu probo libertario, en el amor a la vida, a pesar de todo.

Pero una vida mucho menos inicua que la de en derredor o entonces la lucha armada.

Un coche del cuerpo perteneciente a la DGT cruzó lento y rutinero, «sereno como un ángel verde de alas blancas», según recordaba haber leído uno de esos poemas infantiloides que suele publicar la revista oficial del Cuerpo.

«Ese chollo nos lo van a quitar cuando las ranas críen pelo.»

No; no dudaría en arrastrar el disparador. Y eso sería después de haber

activado las cargas, justo en el instante en que el objetivo se pusiera a la altura de un espontáneo girasol que se yergue junto a la cuneta. Treinta metros por delante, la alambrada que protege la autovía se corta al topar con las espaldas de tierra del puente: por ahí bajaría a rematar; si es que venía.

Y si no, ella y él lo rastrearán hasta el final de sus días.

—Mierda —la oyó quejarse, presa de un nerviosismo *in crescendo*—. No aparece, y es la hora.

—Vendrá, claro que vendrá. Y si hoy falla, aquí estaremos todos los lunes de todas las semanas, durante los meses que hagan falta —proclamó él, enjugándose las manos en el pantalón. Le sudaban un poco; no de miedo, sino de impaciencia.

Un grupo de ciclistas se aproxima por el camino. Le pasó los prismáticos a Anabel y se dedicó a observar a los inoportunos visitantes.

—Confiemos en que no vean los cables.

Se oyen risas y gritos de júbilo. Se les ve las intenciones: se han puesto de acuerdo en comprarse unas estupendas bicicletas de montaña y salir a hacer deporte y amistad al campo. Pedalean con pulcritud, lamentando cada pizca de barro que les salta; cambian con frecuencia tras la combinación cabal de piñones y platos para avanzar sin tener que sudar… Sueltan las clásicas paridas. Que no falte el jolgorio. Alguno que no da con el juego del menor esfuerzo posible pasa a ser el centro del cachondeo. Se quejan de la cuesta del puente a la que están llegando. Cansinos pero con buen humor, marchan ajenos a la pareja que otea por encima de sus cabezas…

Gargajeó el transceptor. Asió el micrófono.

—Estornino en el aire. ¿Alguna novedad?

El aparato graznó, sin más. Efrén insistió. Y cuando estaba a punto de cagarse en el drogata, de maldecir la suerte de su excelencia el gran hijo de puta, el cacharro zurrió la clave de guerra:

—Lara batiendo el viento.

—Aquí Estornino. ¿Es afirmativo «Lara batiendo el viento»? ¿Queda confirmado?

La voz de la emisora —no se parecía a la de Dioni; en realidad a nada humano— moduló:

—Afirmativo. Lara batiendo el viento. Lara batiendo el viento: confirmado.

El punto del que Dioni había dado la señal distaba de ellos unos dos minutos para un vehículo a 160 km/h, que es la velocidad a la que el general suele pasar por el girasol. Tiempo de sobra. Hizo visera con la

mano y avistó el tráfico que, entre taludes ocres, surgía de la curva. Escasos. Perfecto.

Por suerte para él.

Por desgracia, para el andoba de su superior.

Olía a muerte y a ira.

Él pondría la ira y el general la muerte.

Así es la vida —o debiera ser— cuando las cartas quedan al descubierto.

Se embutió la media, se amarró la coleta, los guantes de algodón del uniforme. Los ciclistas paseantes se alejaban, menos rientes porque atacaban el repecho del puente.

Miró el reloj. Cosa de un minuto.

Desenterraba los cables, cuando, de pronto, Anabel exclamó:

—¡Ahí viene!

—¡¿Eh?!

Efrén se puso en pie de un brinco.

—No puede ser.

—Pues yo lo estoy viendo —insistió Anabel.

—Me cago en la puta. —Y aún no había bajado a buscar la Uzi—. A ver: déjame.

Se estampó los gemelos.

—No lo veo, maldita sea.

—Por delante de un tráiler con lona negra.

—Yo no lo veo, joder.

Ella recuperó el artilugio.

—Está claro. Es el que va delante del camión negro. Dijiste un R-21, ¿no? Mira.

Retomó los prismáticos, y se apaciguó.

—Ese coche no es un R-21; es un Peugeot-405. Ya me extrañaba.

Ella se sopló el flequillo.

—Menos mal. Con algunos modelos nunca me aclaro.

—A lo mejor Dioni también se ha confundido.

El Peugeot pasó y unos segundos después el camión de marras.

Anabel sacudió los reflejos cobrizos de su melena.

—En temas de coches, no lo creo —dijo.

—Es verdad. ¡Ahí viene! La Uzi, rápido.

Anabel esquió por la ladera a exhumar el subfusil, y él regresó a los

cables, que erizados y propicios surgían del terruño como antenas de un monstruoso insecto camuflado en precario.

De rodillas clavado, descortocircuitó las rabizas de los cables bifiliares de funda transparente. Unos cables en los que él pondría sustancia, el puente de incandescencia de los detonadores se inflamaría, y PUM: las bolsas de basura se transformarían en una onda de choque que se abalanzaría contra el R-21 con una velocidad de más o menos ocho mil metros por segundo. Una hostia invisible y ultrarrompedora. Ella es capaz de fabricar el explosivo más potente de la clandestinidad. Los tres: la pentrita, ella y él —agitación, viento y fuego—, conforman un paroxismo de incontenible energía revolucionaria.

Se ajustó las pilas en la mano izquierda y conectó el negativo. El positivo lo haría de forma manual, sosteniendo la punta desnuda a una cuarta de la pila, presto a chocarlos como platillos de una orquesta: la de la banda sonora de un ajusticiado irremisible.

Se irguió, contemplando el acercamiento del R-21, veloz hacia la muga terminal.

Qué nervios, qué volitiva inflamación.

El solitario y reseco girasol se fue para el objetivo.

Conexionó.

Por un instante de enloquecida excitación, Efrén creyó ver el viaje del chispazo a través de la funda: una llamarada bailoteó en la médula de un bufido pulverulento y un bramido atronador se fue contra ellos en forma de envión [d]espeluznante y contra el R-21 como un supremo puñetazo.

Lara batiendo el viento.

Agitación, viento y fuego.

Ella en prono vigoroso le tendió el subfusil al final del brazo: súplica de remate y plomo.

Provisto del invento del teniente Uziel, Efrén se precipitó a la caza del vehículo humeante, que a merced de la inercia se desplazaba chirriante y fatal dejando tras de sí una granizada de cristales y trozos de chapa, algunos desplazándose de un modo casi elegante (una aleta a modo de tabla de *surf*). Una rueda escapó rodando veloz y decidida por el arcén, como dispuesta a llegar por su cuenta y riesgo a su destino. El morro del coche se clavó en la vertiente de la cuneta y dio una vuelta de campana sobre el lateral del conductor. Al tocar de nuevo los neumáticos el suelo, pegó un bote y se estancó a pocos metros del pilar del puente, atravesado sobre la zanja.

La onda de choque le había zumbado en la parte del motor, y ni siquiera de lleno, que era el plan. Se rebullían dentro. Se percataba de ello al tiempo que corría hacia la deformidad; y también del grupo de ciclistas

culminando la cuesta en un esprint inverosímil.

Tan inverosímil como el acto de visualizar ese mismo atentado…

Se plantó con las piernas abiertas delante del estrago humeante. El cansancio y el olor a aceite y los chorritos de vapor que erizaban el motor sin capó y la rueda posterior derecha dando vueltas a una cuarta del suelo, así como el gesto absurdo de apartar con el pie un resto de luna, le confirmaron que el trance se había concretado y que éste reclamaba su clausura tal como en las visiones de entrenamiento mental.

El primer desajuste empezó con los dos ocupantes tan sólo aturdidos. No parecían heridos de gravedad. El general, torpe y obstinado, salía a rastras por la desgajada puerta posterior, descolgándose al arcén a besar o babosear el suelo; a morder el polvo: la postura ideal para un tiro de gracia.

Por el mismo lado y por la ventanilla delantera, sin cristal, el conductor tironeaba de su cuerpo, intentando escapar del gurruño de chatarra. Se le veía desesperado, ágil. Ileso.

Le clavó el cañón de la Uzi en la nuca y le paró.

—No te muevas y no te pasará nada.

Con la mano libre, mientras el otro colgaba boca abajo sobre la puerta atascada, inanimado y grotesco, le quitó la pistola, que arrojó detrás de la alambrada. Permaneció doblado, tan inerte como un chaquetón olvidado.

El general, al que no había dejado de controlar, reptaba apalancándose con los puños ensangrentados por sobre una miríada de vidrios hexagonales. También ileso.

Se le acercó dispuesto a separarle ya los parietales de un balazo… Pero antes quería estar seguro: seguro sin contrición. *(Nuevo desajuste)*

Probó a abrir el maletero. Cerrado. Se fue para el general, que con la cara incrustada en una grieta y las rojas manazas trabadas en la nuca, ni se movía; quería pedirle la llave. Pero sólo le tomó la pistola, que también arrojó. Vuecencia tiritaba: tiritaba como una maquinilla de afeitar puesta en funcionamiento sobre un embaldosado. El sol arrancaba destellos —*(¿póstumos?)*— de la estrella insertada en el cruce del bastón y la espada.

Víctima perentoria, ¿suplicas de mí clemencia o justicia?

Asqueado por tan indecoroso encogimiento, retrocedió un paso a fin de no salpicarse, y apuntándole…

Un espasmo intempestivo *(otro desajuste)* le frenó la presión de la falange sobre el disparador. *¿Por qué?*, se reprochó, desdoblado. El tiempo se le iba. Cada segundo de reloj contaba. Claro: tenía que saberlo.

Ametralló la cerradura del fruncido maletero y de una patada lo levantó. De entre cajas alborotadas de legajos y martingalas, dos maletines

enhiestos destacaban como gallos en un corral o en un tinglado desbaratado. Uno de ellos, familiar; el de cuero repujado. El otro, de hechura simple pero no menos contundente: tan cerrados e invulnerables como su apariencia cuando con maña enguantada trató de abrirlos. No dejaba de vigilar al general y a su conductor. Quietos como cadáveres. Pero muy vivos. Alguno demasiado… Disparó.

Los maletines expectoraron un polvillo blanco.

Fuera por la extremada susceptibilidad a flor de piel o que en verdad el coche de la patrulla de Tráfico aullaba, el caso es que tenía que liquidar el trance impuesto; y éste requería una fulminante introversión que le ratificara inhesitante e incontrito: más pruebas que aquellos escupitajos níveos.

Ninguna duda y luego finiquitarlo.

Siguió tiroteando los maletines. Descerrajó uno. Después el otro. Los sacó del maletero, esparciendo el contenido a patadones: bolsitas casi todas desgarradas y alguna que otra incólume, que destrozó a balazos meticulosos.

No había duda.

Ninguna.

Del todo seguro.

Había llegado el momento de ejecutar al protervo de su superior.

—¡Tenemos que largarnos! —gritó Anabel desde la valla—. ¡Vienen los de Tráfico!

Aun sabiéndose en crítica acción de comando, Efrén insistió en justificarse ante su conciencia y el mundo que juzgara aquel acto que cometía algo más que una infracción penal.

Algo o alguien que atestiguara el dolo exacto de su furor.

Se dio a espolvorear el teatro de operaciones.

Con una bolsita en la mano y en la otra el subfusil, brincaba como un danzante ritual: la «nieve» componía un redondel blanco, moteaba sus zapatillas de corredor y hería la vista y él giraba y giraba en el vórtice de una tolvanera incidental y perezosa.

Más bolsas, todas; que no faltaran pruebas: que no quedaran dudas.

—¡Pero qué haces! —chilló ella—. ¡VÁMONOS YA, HOSTIAS!

Efrén retrocedió con el rostro contraído detrás de la media —rasgada de una oreja a la boca—; casi pisa la cabeza a vuecencia y casi descalabra al conductor con el cargador en L, tan superfluo y sobrado de munición.

Ag, se captó exhalando con repugnancia y desmayo.

Entonces se comprendió.

Que no era capaz.

Que el desajuste del ataque había derivado en una suspensión, no de los sentidos, sino de las fuerzas: hasta verse paralizado por un trallazo de inopinada piedad y extenuación insuperable.

Que no era un fanático soldado de la resistencia: no un terrorista, no un asesino.

Y que si no huía sería atrapado.

Zumbado de escrúpulos y por el creciente canto enajenado de la sirena, echó a correr.

Huyeron delatados por una manga polvorienta, que se cortó al tomar la comarcal prevista a unos 500 metros. Él deshecho en pavorosa perplejidad rumbo al extravío. ¿Qué clase de combatiente creía ser?

¿Dejaba una cuenta pendiente?

Aledaños a un puente de autovía, una patrulla de la Agrupación de Tráfico trotaba blandiendo armas, prestos a socorrer a un insólito, milagroso y desenmascarado superviviente.

5

No se presentó en el cuartel hasta pasada la medianoche.

La luz del cuarto de Puertas y de la oficina estaban encendidas. La puerta de la cochera en alto. Faltaba el *pepito*.

Conos, tetrápodos y luces de emergencia averiadas se amontonaban en el rellano, junto a la puerta de entrada. El farol alumbraba al sauce y éste, inmóvil en una plácida noche sin viento, semejaba un póster a escala natural. Nada se oía procedente del interior. Olía a tierra mojada. Reinaba una temperatura agradable, una quietud sepulcral, adversa: un desamparo sobrecogedor.

¡Te están esperando, topo inverso de los cojones!

Agarrado a la barandilla del césped, refrenó un pánico aspaviento y antes de ponerse en fuga *(¡No me cogeréis vivo, sicarios de la Cúpula!)*, rodó pupilas, cacheando el escenario trampeado, calculando la huida más audaz y la menos vulnerable. Retornar al R-12 sería una encerrona. Entonces, volar a través del césped en penumbra, saltar la tapia indistinta y por la calleja lateral enfilar hacia las afueras y velarse en la camarada noche… *Adelante*.

—¡Chacho! ¿¡Adónde vas!? —exclamó una voz desde el palo de la bandera—. Ni que hubieras visto un fantasma.

Efrén, aterrizado a cuatro patas en la hierba, arqueó el cuello

acalambrado.

—Hola; hola, Goyo. Ja, ja, un fantasma *(Sí: el de la UEI)*. N-no te lo vas a creer —farfulló, alzándose atolondrado e inquisitivo—. Una rata, macho. Una puta rata debajo de este rosal.

—¡No jodas!

—Cómo lo oyes.

—¡Me cagüen! —Goyo retorció su cenceña complexión y, planeando bajo su tricornio grande como un parapente, dobló la esquina del patio.

En seguida reapareció el parapente dando silbidos.

—Vamos, *Rufo*. ¡Busca, busca!

En tanto que el afanoso *Rufo* iba y venía dando resbalones por el escarpado jardincillo, Efrén se sacudía las manos y se limpiaba las rodilleras encharcadas del pantalón.

—No hará ni diez minutos que lo he regado. Mírate: empapado. Qué querías, cogerla o qué.

—Patearla, leches. No pude evitar la tentación. Oye, ¿dónde estabas, que no te había visto? Y toda esta pinta de barullo, ¿por qué?

—Tranquilo, figura. Date un respiro. Es por lo del atentado de esta mañana. Hace una hora llegó un telefonema con orden de que todos los que se encontraran en el Puesto, salieran con el brigada a reforzar los controles de la autovía. Hasta el saliente de Puertas se ha ido. Por lo visto, los de Información sospechan que el comando no está muy lejos. Así que estoy solo en el Puesto; y aquí andaba, de riegos —cerró los ojillos, se le subieron los bigotes—. ¡Ay, figura! Con alguna periquita andas y ni te has enterado.

De golpe cambió el acento.

—El teniente llamó preguntando por ti. Quería reunir a los solteros y si ha llamado quince veces, quince que quería saber de ti. —Se hundió los dedos bajo el mostacho y lanzó un silbido—. Venga, *Rufo*. ¡Busca, busca! Es muy raro una rata por aquí. ¿No sería la gata del brigada?

—No, qué va. ¿Y qué le habéis dicho al teniente?

—Ah. Pues que tenías Libre y que estabas fuera. Por cierto: que lo pediste tú expresamente, ¿no?

Efrén asintió sin dejar de verificar el entorno con visión lateral y disimulada.

—¿Algún problema?

—¿Pediste permiso para salir de la demarcación?

—Pero si he estado todo el día en el pueblo, paseando con una chica.

—¡Ay, figura! Lo sabía. Pues ándate con ojo, que hay bastante acojone

por arriba y están buscando a alguno con quien desfogarse.

—Bueno, ya veré. ¿Qué tengo para mañana?

—Lo que todos: retén.

—¿Por lo del atentado?

—Supongo.

—¿Y el servicio de pasado mañana se sabe?

—También retén.

—¡Todavía!

—Sí. Pero es por la revista del *teco*.

—Acuérdate de meter los calzoncillos dentro del cesto —aludió Efrén con zumba forzada. *¿No sería todo aquello un mero teatro de distracción?*

—¡Jodo! Por eso avisa este año con tiempo, el cerdo. Para no encontrarse con sorpresas desagradables. Alguna le prepararé. Ya sé —pergeñó en el acto—. Atascaré, aposta, la taza del váter. En mi casa no pienso dejarle que dé más de una vuelta por las habitaciones.

Todo sucedía tal cual. De ser una treta no habrían elegido a Goyo. Demasiado transparente. Y noble.

Feliz.

Inconvenientemente feliz: los tiranos necesitan de resabiados y rastreros.

Rufo regresó lento y mohíno. Se sentó con la lengua colgante y mirando a su dueño. Éste se agachó para acariciarle entre las orejas.

—Muy bien, *Rufo*, muy bien —el chucho meneó el rabo y Goyo los bigotes, éste para dictaminar, convencido—: En este jardín no hay ninguna rata.

—Seguro —respondió Efrén—. Que tengas buen servicio, Gregorio.

—Y tú que duermas bien, figura. Que falta te hace, con esa cara de consumido que traes. Paseando, dice. Será «arreando». Jo, jo. ¡Ay, quién tuviera tus años!

LIV. DEL DONOSO ESCRUTINIO SOBRE UNA LIBRERÍA Y OTRAS RECRIMINACIONES

1

Sin embargo, y por medidas de seguridad, la revista no fue el día anunciado, ni siquiera al siguiente. La Cúpula había decidido, en acongojada y precipitada aplicación de las normas de autoprotección, retrasarla dos días. ¿Cómo cojones los terroristas pudieron averiguar los planes de todo un general? ¿No habrá sido un chivatazo de los renegados del sindicato clandestino?

Radio macuto transmitía sin descanso.

La Operación Jaula ha sido ordenada, con previsible resultado a todas las demás: nulo. Y no obstante, misión cumplida. El caso es que a la caterva de militares y ganapanes que gandulean por el Ministerio del Interior se les note que de alguna manera aplican sus conocimientos militares con eficacia, y que las innúmeras chapas que alicatan sus uniformes henchidos de gordura y regalada vida no son como los mal pensados creen: el compadreo de una élite que se intercambia las chapas de las especialidades como críos las de refrescos con sus futbolistas favoritos. Y puesto que compensan su parca inteligencia con una astucia rayana en el hipnotismo, ningún político es capaz de ver más allá de la falseada estadística con que lo entretienen. *Valor en pos de la gloria*.

Repuestos del canguelo y la conmoción inicial, la Cúpula reanudaba sus quehaceres.

—Todos, ¿verdad, brigada? —preguntó el *teco*.

—Sí, mi teniente coronel —contestó el brigada.

Entonces el rechoncho y carirredondo primer Jefe comenzó a pasar revista personal con sus ojazos marciales a los guardias civiles alineados a lo largo de la barandilla de la rampa, como frente a un paredón.

La agilidad con que supervisaba tenía algo de inaudito y de fascinante para Efrén.

—Esa corbata está descolorida —reprendió a uno.

Dio un enérgico saltito y pasó al siguiente.

Escoltado por el teniente ayudante —el mismo de la vez anterior— y bajo un tricornio de portentosa envergadura (otro parapente), el *teco* ladeaba la cabeza con gesto sagaz, y sentenciaba:

—Ese pantalón está un pelín largo

Y a otro, con agudo acento:

—Este botón no tiene el mismo brillo que los otros; así que si cambia uno, cámbielos todos.

—Usted: los picos de la camisa los lleva muy gastados.

Y al llegar a Efrén:

—Súbase el sombrero de las cejas. ¡Brigada!… —se encendió de súbito.

El requerido se llegó a su vera.

—Sí, mi teniente coronel.

—¿Cómo consiente que uno de sus guardias vista un sombrero tan pequeño? Ese no es reglamentario —señalaba a la cabeza del sacrílego con los ojos a punto de salírsele.

El brigada tardó unos segundos en contestar; sin duda era la prenda más pequeña de todas.

—Es posible, mi teniente coronel —admitió—. Pero es innegable que le sienta muy bien.

El *teco* hundió la enorme cabeza en la enorme papada, se agarró las manos a la espalda y se dedicó a comparar con sus ojos saltones.

—Es verdad —reconoció con pesar al cabo de medio minuto—. Pero el caso es que no es el reglamentario. Todos iguales, *todos iguales*. De eso se trata. Pasemos a la oficina.

Giró sobre sus talones con graciosa plasticidad y trasladó su formidable culo al asiento del comandante de Puesto. Los guardias civiles fueron entrando, alineándose en fila y en posición de *firmes*, medio círculo alrededor de la mesa.

—Va a ser una revista larga —anunció mientras emplazaba con delicadeza el vasto tricornio en el pico de la mesa, sobre la que una vez se alzó para dar la vuelta al cuadro del Jefe del Estado.

¿Repetiría la hazaña o se superaría?

Ha dicho que será larga, y este año, sin nadie que le sofoque, va a recrearse entero y a base de bien. No sé si resistiré el rematar lo que Carrasco dejó pendiente entonces. Carrasco desde luego que no: ese mismo día —rara casualidad— lo habían citado en el juzgado de la Jefatura para tomarle declaración acerca de un nuevo expediente. Al parecer, había rozado el puto cuatro latas en la callejuela de las Eras. Barahona se había dado cuenta y cuenta había dado. El coche no tenía frenos, pero eso no contaba. El caso era enfilar al guardia más indomeñable.

Sin él nadie hará nada.

Y menos yo. A la hora de la verdad me volvería un cobarde estúpido.

Vamos por el quinto día y sigue sin oírse nada de la cocaína. El andoba va de héroe. Creo que la he cagado. No tengo ganas de verla. Ella estará muy enfadada, y con razón. Será larga… Dios, espero que este otro andoba haga algo lo bastante cachondo. Por lo menos que nos entretenga.

—Por fin este Puesto va entrando en vereda —empezó por comunicar el primer Jefe, con agrado—. Me han incrementado la media de denuncias. Lo que significa que me trabajan con lo ordenado. Y desde que cierto sujeto reincidente va a ser apartado del servicio, la tranquilidad parece que vuelve a recuperarse. Confío en que lo de este peligroso guardia, sirva al resto de la plantilla para darse cuenta de que el estricto acatamiento de las órdenes de la superioridad es condición *sincanon* —se interrumpió un instante, confuso; luego prosiguió, aunque con menos dinamismo—… para que el prestigio del Cuerpo no se mancille. Creo que esto lo entienden ustedes todos. Indalecio —lo requirió con un lucido y ruidoso chasquido de dedos—: ¡El cuadrante!

El teniente ayudante se apresuró a hojear el tocho de papeles que sostenía, previamente requeridos al brigada; seleccionó uno y con un *firmes* rápido se inclinó para tendérselo en las mismísimas manos.

—Aquí tiene, mi teniente coronel.

No había en aquel decrépito oficial ningún porte ni marcialidad como creyó Efrén —Salva— apreciar entonces. Conservaba la chepa, si acaso más prominente; y lo que ahora veía era a un estricto *caimán*, un chusquero de modales pastoriles a pesar de las estrellas producto de años y sumisión untuosa a los eternos superiores, a cuya sombra ha medrado hasta moverse, al fin, entre la gozosa élite de sangre azul a la que ha odiado y deseado con la astucia atávica de los mayorales, incapaz, empero, de captar el desprecio de su nueva casta que todo chusquero inspira.

No era tesón marcial, no: sino el modo que tenía de expresar su infinita gratitud y por ello el giro de su conducta destilaba celeridad mezquina y falta de amor propio.

La cifosis de la espalda provenía de la incesante venia.

La misma jeta de aquel tipo tenía una configuración de imbécil. Una cara que le recordó el gesto típicamente abyecto de los lacayos, como el chófer del teniente, el ordenanza del general, los notas de las oficinas, el capitán chocho del aeropuerto o los urracones de Información.

Impresionante el parecido que llegaban a alcanzar las infatigables mesnadas de rastreros que sostienen el Régimen.

Quizá fuera por eso por lo que canturreaba el *teco*:

—Ay, brigada, brigada. Estoy observando que algunos guardias trabajan más que otros. ¿Quién es el guardia Barahona?

—¡Presente! —contestó el mencionado, acompañándose de un clueco

taconazo.

El *teco* mostró sus ojazos.

—Muy bien, guardia primero.

Tornó al papel:

—¿Y el guardia Gregorio?

—Presente, mi teniente coronel.

—¡PRESENTE! —retrucó el *teco*, asestando un palmetazo contra la mesa. La formación al completo dio un simultáneo respingo. Aquello se iba animando—. Usted debería tener más denuncias. ¿Qué hace cuando sale de servicio?

—Hago lo que puedo, mi teniente coronel —ondularon los retorcidos bigotes del guardia.

El *teco* basculó el cabezón hacia atrás (y por lo tanto, infló la papada hasta parecer un palomo en arrullo), para estimar, con aspecto y acento arrullador:

—Humm… Seguro que es usted muy respetado. Su bigote es todo un símbolo: la mejor divisa de un guardia civil en estos tiempos nefastos. Veo que lo lleva ocupando todo el largo del labio superior, de generosas dimensiones, las puntas bien alzadas… Me gusta su pinta, sí.

Cabeceó rendido un buen rato, pero acabó por despachar:

—Hay que imponerse. Im-po-ner-se. Por nosotros «cultivan la tierra». «La Patria goza de calma».

Empezaba a ganarle una coloración crustácea.

Efrén reparó en que la papada se le había desarrollado de tal forma que el mentón había sido embuchado en su totalidad. Rodeado de aquella imparable sobarba, más que el buche de un palomo semejaba una boa a la que sólo le faltara engullir la humana cabeza de su presa.

Esta metamorfosis, sin embargo, lejos de afearle le daba un aspecto de fortaleza, de defensa: un blindaje incalificable y arrollador contra cualquier capacidad de resistencia física, moral o constitucional.

Las revistas, sus requisas, el inaudito patuleo en la Operación Rastro del Amanecer… Aquel personaje le era indescriptible. Le alucinaba.

—Tengo la impresión de que las Academias Diarias se han relajado excesivamente —continuó con satírica dicción. El *teco* había prometido una tarde larga, pero acompañada de sus habituales ocurrencias, entre grotescas e iracundas, el hastío sería soportable, quizá divertido. El año pasado se llevó el futbolín; a ver con qué arrampla esta vez—. Estoy considerando duplicar las horas semanales. Ustedes con sus conocimientos me lo van a decir. Indalecio: la Cartilla y las Reales Ordenanzas, por favor.

Un resoplido de angustia puso en evidencia a los guardias.

El *teco* abarquilló los hombros: un ademán de indisimulado, severo regocijo.

—Parece mentira que siempre estemos igual —se quejó con fingida conmiseración—. Para qué se creen que son las revistas. Pues para asegurarnos de que no han olvidado lo único que nunca cambiará en el Cuerpo: los preceptos de nuestro fundador. Esto, señores —tomó del atento fámulo con dos estrellitas sendos opúsculos y les apuntó con ellos—. Esto es lo que cuenta. Lo demás son leches en vinagre. Que vengan políticos. Todos vienen queriendo cambiar el Cuerpo y acaban saliendo y dejándolo tal cual lo encontraron; y en algunos casos, encima, apuntalando lo viejo. ¡Je, je! —soltó los siniestros librejos y pasó a frotarse las pulposas manos.

Luego, con mofletudo gesto de aburrimiento, se dio a mirar a un lado y a otro por sobre sus estrelladas hombreras. Se fijó en el aparador.

—¿Qué es eso? —dijo, señalando los innúmeros lomos de libros que se apreciaban.

—¿Perdón, mi teniente coronel…? —El brigada no comprendía.

El *teco* no contestó; sino que, cegado por la curiosidad, se impulsó del asiento con un frenético saltito, cayó sobre un pie, luego el otro, dio una zancada lateral y se inclinó a farfullar títulos.

Habría leído una docena, cuando estalló:

—¡¿Pero esto qué es?! ¿Qué clase de biblioteca es esta, donde los nombres no son prontuarios oficiales?

Y abriendo las puertecillas de cristal, se lanzó a sacar libros con endiablada eficacia: les ponía un dedo encima y salían disparados como en un fenómeno de *poltergeist*. Los amontonaba en el suelo y sus ojos saltones parecían a punto de reventar por tamaña herejía descubierta.

—¡Virgen Santísima! —le tiritaron los mofletes. Se volvió horripilado al comandante de Puesto—. Tiene usted distraída la Unidad. Esto: o lo hace desaparecer, o los sacamos al patio y los quemamos.

Efrén reparó en el brigada. Cuando esperaba verlo con el rostro contraído de espanto y odio, vio que, muy al contrario, exhibía una expresión quijotesca, de absurdo contento: de arrogante ironía.

Entre la literatura y la Cúpula —la ficción y el horror— lo habían postrado y extraviado sin remedio.

El *teco* sacaba brazadas de libros. Se le cayó uno a los pies, le tomó gana de ver quién era, y vio que decía: *La ira del embaucado*.

Lo hojeó y opinó:

—Quién será el hijo de puta que habrá escrito esta mierda. —Lo arrojó y se abalanzó a carga cerrada, y casi trayéndose el mueble los amontonaba

a un lado.

Unos toques en la puerta interrumpieron la sofocada labor del primer Jefe.

—¿No he dejado claro que no me molesten en ab-so-lu-to? —jadeó al azar la testa en las fauces de la boa—. Adelante, coño.

El conductor empujó la puerta y asomó la cabeza.

La balanceó azarado porque no daba con el *teco* en la mesa, y cuando dio con las espaldas de la obesa figura acuclillada como un luchador de sumo, cara a un aparador desvalijado, se expresó con el acento de quien sabe que está infringiendo una orden muy grave, pero consciente de que a la vez es portavoz de una extraordinaria revelación.

—Perdón, mi teniente coronel. El señor Lucas Parra pregunta por usted.

—¡Coño! —no pudo evitar exclamar el *teco*. Se enderezó con ojazos jubilosos. Se dio la vuelta—. Señores, discúlpenme un minuto.

Media hora después, los mismos señores seguían esperándolo. En ese momento, el ayudante tuvo el detalle de permitirles pasar del riguroso *descanso* a *discreción*.

Al poco se le oyó regresar y el teniente mandó *firmes*. El *teco* trotó hasta el sillón del comandante de Puesto y, sin llegar a sentarse, con una expresión de felicidad pujante circulándole por todo el encarnado rostro, anunció:

—Señores, la revista se da por terminada. He observado que el Puesto ha mejorado en general y, salvo por el librerío, me doy por satisfecho.

Pidió el Libro de Providencias y firmó con urgencia eléctrica: *Revistado Sin Novedad*. Iuuuuju. Casi.

Devolvió el cuaderno al comandante de Puesto.

—Brigada: nómbreme una pareja de correrías, que salimos *ya*.

—¿Con vehículo o sin vehículo? —preguntó el brigada.

El *teco*, que ya desfilaba, hizo alto y, sin volverse, indagó pávido al techo:

—¿Qué es lo que quiere decir? ¿De qué habla?

—Me refiero al combustible, mi teniente coronel —expuso el brigada con peligrosa retranca—. Según el último telefonema de la Jefatura de Automovilismo, el Puesto *no* tiene autorización para repostar.

—Ah —suspiró el *teco*, recuperando la respiración y el paso—. Indalecio: dales un vale de dos mil pelas y que arreen a la gasolinera.

El brigada pidió voluntarios. Lo previsible era que ninguno quisiera apuntarse. Se sabía cuándo comenzaba el servicio, pero el final dependía

de la hora en que el figurón militar de turno se cansara. Efrén hizo una seña.

Ningún otro voluntario. El brigada lo echó a suertes: Barahona.

Qué remedio. Le bastaba con percatarse de que tras el atentado la rutina en derredor prosiguiera inalterable —ruin y rocambolesca—, lo cual le sosegaba casi hasta la euforia.

Subió a cambiarse el traje de paseo por el de campaña y bajó raudo. En la tangencia con el enemigo residía su potencial. En parte por eso, en parte porque temía reunirse con Anabel.

Afuera, junto al mástil de la bandera, charlaban fumando grandes puros, Parra, el *teco* primer Jefe, De Lasheras y, de paisano, el coronel Benito. Los dos primeros, uno enfrente del otro, gordos y retacos, excepto por la distinta vestimenta y careto, semejaban uno solo que departiera con su propio reflejo delante de un espejo.

—Ya tienes que estar a punto de ascender a coronel, Alejandro —se interesaba el coronel.

—Ya debería serlo. Pero con estos sociatas, que sólo quieren lacayos, cualquiera sabe. A ver si para este verano, que ya está bien.

—Lo mismo llegas hasta general —insinuó el veterinario con afectado encomio.

—Sé que lo dices de cachondeo, Alfonso. Pero has de saber que los generales los nombran a dedo, y yo tengo mucha amistad con un Subsecretario del Ministerio del Interior, y cada vez que nos juntamos referimos las pajas que nos hacíamos en la alameda. Sí, sí; tú ríete. Pero esas cosas son las que cuentan y lo demás son cojones en vinagre.

—Hablando de generales —sacó a relucir Parra en tono dramático—. A Llopera casi se lo cargan. Menos mal que ha tenido suerte. Antes sólo mataban *números* y ahora ya apuntan alto.

El *teco* apretó los labios.

—Sí, ha tenido suerte… Un general menos es una vacante.

Parra lo miró asustado.

—¡Que no, coño! Que es broma. —Y cambió el *teco* a un semblante compungido—: Una pena, la verdad es que sí. —Pero no aclaró a qué pena se refería.

Continuaron chupando los respectivos puros.

—¿Y dices que has soltado rebecos? —tanteó el primer Jefe tras una espesa fumarada.

—Rebecos y muflones. El mes pasado —concretó el otro, echando humo.

—¡Vaya! ¿Y cómo es que no has tenido el detalle de llamarse antes? Creo que por mi parte te he dado todas las facilidades: la grúa, vigilancia de La Parreña, la gasolinera; en fin…

—Ya te lo dije. Los días que planeaba cacería yo os pasaba aviso a los dos. Pero Llopera no quería intromisiones de subalternos.

—¡Hay que joderse! Por su culpa, en lo que va de año, sólo he podido disfrutar un par de fines de semana cazando conejos, con mi amigo Recalde, de Villalba; que, por cierto, un buen pata negra se dignó a compartir. —Parra ocultó su aturdimiento con una rápida calada. El *teco* prosiguió—: Pero tus *venaos* son la hostia, Lucas —le dio una palmada de enhorabuena—. Cómo te agradezco que te hayas parado a avisarme. Ya estaba echando de menos una montería. Ya sabes que conmigo, lo que quieras. Y respecto al general, ajo y agua, amigo. Así es la vida.

Parra respondió con una turbada sonrisa y se dedicó al puro.

El *teco* se creció.

Benito intervino:

—Y hace unos meses tuviste un guardia muerto aquí.

—Bueno, pero aquello no fue un atentado —aclaró el primer Jefe—. Unos chorizos entraron a una casa, llegó la pareja y me mataron al guardia. La muchacha (porque eran *uno* y *una*. ¡Veis, qué modernos estamos!) se libró por los pelos. Francamente, creo que la pobrecilla se me cagó de miedo. Por ahí la he tenido dando tropezones por las oficinas, hasta que por fin la he colocado en el mejor sitio posible.

—¡A fregar escaleras! —apuntó Benito, con una risotada.

Los tres rompieron en una risa contagiante. Incluso los guardias que pasaban cerca, unos en cautelosa retirada —no fuera a cambiar el primer Jefe de opinión y reanudara la revista—, otros —Barahona, el brigada y el guardia de Puertas— poniendo a punto el *pepito* como si se tratara de un material inédito, tuvieron que hacer serios esfuerzos por no sumarse al jolgorio, a pesar de que apenas si habrían captado trazos de la conversación.

Así de fresco y jovial risaba el cuarteto.

Tampoco Efrén pudo evitar sonreírse. Dentro del cuarto de Puertas, simulaba hallarse abstraído en una sesuda tarea entre papeles: siempre poniendo oídos, nunca sin dejar de asombrarse.

—Al final lo he resuelto mejor de lo que pensaba —avanzó el *teco* entre risitas—. La he colocado en la Central Operativa de Servicios. ¿No querían los de la Subdirección —alzó las manos e hizo comillas con los rollizos dedos (como de orangután)— «Testimonios susceptibles de transmitir a la opinión pública modernidad y aperturismo»? Pues qué mejor que poner a una chocha en la centralita: eso me dará una aceptable

«credibilidad de progreso y adecuación a la realidad social» —repitió el gesto—, tal como exigen los sopabobas del Ministerio.

—La cosa tiene su gracia —comentó Parra—. Las transmisiones de tu Comandancia parecerán como las de las películas americanas, en las que una voz de tía llama al *sheriff* para que se pase por tal o cual sitio.

—¡Ya te digo! —se felicitó el *teco*, tirando de puro, tal vez viéndose todo un señor *sheriff*, uno incluso mejor que los de las películas: controla su feudo desde un despacho y él no necesita salir si no es para vejar o para tripear y, aunque su función no tiene nada que ver con esos responsables de la ley que llevan a cabo labores «insistu» en contacto con la problemática de los ciudadanos, su autoridad es mayor y su inmunidad absoluta. Las ratas del sindicato predicarían que nada tiene que ver, pues un *sheriff* es un servidor y el *teco* un vividor; que se conjugan igual, pero que el primero anaboliza y el segundo cataboliza. A los del sindicato les salva la clandestinidad.

Que la citada guardia tuviera mucho que ver con la muerte de su compañero, se traducía en la práctica en un incidente sin consecuencias. Nada que no solucionen las Altas y Bajas de la Comandancia. Un *número* se suple con otro *número*. Los viejos vicios.

Llegó una furgoneta y estacionó al pie de la escalera, detrás del coche oficial del jefe de la Comandancia.

—¡Hombre! —exclamó Parra—. Por fin mi cuñado con las llaves. ¿Quieres que le pida un juego para la patrulla?

—De eso nada —denegó el *sheriff* benemérito—. No quiero que ningún guardia pase adentro del recinto. Que después a alguno puede darle por irse al *Interviú* o similar, a joderla. Como el sinvergüenza de este Puesto, un tal Carrasco.

Mientras Parra bajaba, Benito inquirió en un susurro morboso:

—¿Del sindicato?

El *teco* opinó con un gruñido:

—Seguramente. Aunque los de Información no le han podido sacar nada en claro. Pero, por si acaso, he bordado un expediente disciplinario que a la primera que se me descantille, lo encierro seis meses, para que se le quiten las ganas y de paso para que sirva de aviso a los posibles *enteraos* de mierda. Al próximo sindicalista que me traigan le van a caer más años de prisión que a uno de ETA; sólo que mi guardia los cumplirá todos, por mis santos cojones. ¡Ay!, si los oficiales jefe pudiéramos juzgar y condenar… Como en Mesas de Ibor, ¿verdad, Benito? —Benito confirmó con una añorante y muda mueca de la jeta—. Al final no son más que problemas para los pobres ilusos. Pero no es bueno verse en los periódicos, no.

—Cuando quieras nos vamos —informó Parra desde abajo, zarandeando las llaves.

El *teco* lo celebró con un castañeteo de dedos.

—Arreando, entonces. Brigada: ¿me tiene lista la patrulla?

Faltaría más.

2

—¡Te luciste, querido! Dijiste que lo ejecutarías. Pudiste hacerlo. Pero no. Te dedicaste a remolonear como un idiota. No me lo puedo creer, joer. ¡¿Qué pretendías con disparar al maletero y luego a los maletines?! Mira los telediarios y la prensa —Anabel señaló a un mazacote de periódicos que tenía abiertos por sobre la mesa de los pufs—. Los políticos, y hasta los periodistas, coinciden en asegurar que es una chapuza de atentado, síntoma de una Organización acabada. Y no digamos la forma en que ese gerifalte se está tirando el folio. ¡Qué ridículo tan increíble!…

Había llegado la hora de reintegrarse de lleno al desasosiego revolucionario. Después de una semana de aplazamientos, Efrén decidió afrontar la explicación pendiente. Había supuesto que ella, a esas alturas, estaría menos irritada. Pero ni mucho menos.

Anabel iba y venía; se detenía, se apoyaba en un pie, luego en el otro. Recapitulaba o discurría unos segundos, y reanudaba el furibundo paseo. La melena pelicobre barriéndole con agitación —viento y fuego— sus clavículas prominentes, sus hombros torneados. *¿A él de su vida?*

—¿Puedo hablar? —Se arrellanó en el sofá azul celeste, como si el increpado fuera otro.

—Habla. Pero te recuerdo que fue idea tuya ejecutar al tío ese. Nos hemos arriesgado para nada, joer. ¡Cada vez que lo pienso!…

—No te pongas así —comenzó por refutarla: ella le dedicó una rápida, elocuente mirada. Él continuó—: Perdí toda la rabia cuando lo tuve a mis pies. Una pena absurda que me paralizó. Incapaz de ejecutarlo a sangre fría, pensé que bastarían pruebas tan evidentes como el desparrame de la droga. Fue un error. Siento haberte defraudado, pero no que no le disparara. Quizás más adelante, cuando ninguna duda enturbie mi juicio.

Anabel resopló una risa de desprecio.

—*¿Más adelante?*… ¿Quieres decir, repetirnos? —Se fue para la ventana y volvió. Y repitiendo el trayecto—. Y cómo sabrás que tu «juicio» no se enturbia en el último segundo, ¿eh? —inquirió con feroz sarcasmo—. Nos escapamos de milagro por tu culpa al perder tanto tiempo y ahora el

Ministerio del Interior se dedica a ridiculizarnos, y el Comité duda de si reivindicarlo o no. Para una oportunidad que tenemos de remontar, bien que la hemos cagado.

Sus ademanes airados, el acento imperativo, la vibración del aire a su fogoso ir y venir, lo corroboraban: había dejado de ser una militante de apoyo. Dioni, silente y encogido sobre sí en la otra esquina del sofá, se miraba las rodillas con una ausencia explícita de agente relevado. Fuera a petición propia o impuesta, qué más daba: ella era el nuevo jefe del CC.

—Tú dirás cuáles son tus proyectos —le interpeló, implacable.

La implacabilidad del caudillo que echa en cara a un inferior una negligencia en el cumplimiento de sus fanáticas órdenes. Cómo se le desgarraba el alma. *¡Cómo le recordaba a sus otros jefes!*

Y él no había cambiado de bando para cambiar de tiranos.

—No te tolero que me hables así.

—¿Cómo dices? —se frenó ella, cruzándose de brazos.

—Digo que debes tener más cuidado conmigo. Por esas formas y algunas otras cosas he planeado cargarme a un general, y aunque no lo haya hecho, eso no resta valor a mi resolución.

—¿Me amenazas? —Anabel tenía la mirada de un depredador… que poco antes de saltar sobre el ñu descubre que en realidad es un león.

Efrén se puso en pie.

Que él se revelara ese falso antílope, quedó claro por el semblante sobrecogido de ella.

—No. Te digo que cuando te dirijas a mí, lo hagas con un mínimo de respeto. No voy a tolerar que nadie me guíe por sus intereses, y menos cuando se trate de disparar a la cabeza. Sólo *yo* decidiré por *mí* mismo. Tengo mis propios objetivos. Pero, sobre todo, tengo conciencia.

Anabel parpadeó con rasgada languidez, irresoluta, insuperable en su belleza, menos voluptuosa que mágica. Se instaló un excesivo silencio entre las bestias que pugnan por el control de la manada. Dioni optó por marcharse.

—Tú no te vas —le agarró Anabel por la holgada sudadera—. Deja esa mierda y quédate.

Dioni pareció que balbucearía alguna vaga o cínica excusa, pero se limitó a tironear con obstinación abyecta. Ella lo soltó por piedad o por incapacidad y el otro prosiguió la escapada.

Anabel, pegándose a la ventana, lo siguió con la vista hasta perderlo allende del cada vez más desarrapado kiosco.

—Qué mal va todo.

—Deberíamos hacer un paréntesis —propuso él—, para recapacitar, para mirar lejos.

Ella meditaba. Dijo:

—Quizás debamos romper nuestra alianza.

Sus palabras le llegaron como el rebufo de una explosión.

Sintió que se tambaleaba.

—Cómo vamos a seguir adelante si damos prioridad a pretensiones superficiales o nos detenemos ante vanos temores —la oyó agregar con dureza y desaliento, como harta de repetirse.

Efrén hizo un esfuerzo sobrehumano por no perder el equilibrio, por refutarla una vez más.

—Esa es la cuestión: estar por completo libre de temores y dudas antes de ejecutar. Yo, ahora, lo estoy. Errando y aprendiendo. De eso se trata. Nuestra vulnerabilidad no radica en dejar a medias determinados actos, sino en dejar de afianzar nuestras convicciones. Y vamos por buen camino. Por lo menos ahora tenemos fondos —concluyó, aludiendo a un vago consuelo.

Anabel volvió a resoplar, esta vez para aclarar en tono derrotado:

—Esa es otra. Me han echado del trabajo. Una inmigrante que se ha traído el jefe del Caribe me sustituirá. Hará lo mismo que yo, pero sin papeles y probablemente sin sueldo. ¿Qué se puede hacer? Patalear, denunciar, ponerles un coche bomba… Insisto: no es una cuestión personal. Es el Sistema, que es injusto y degradante y, por lo tanto, merecedor de terror. Es así como se refuerzan mis creencias en la lucha. Y en segundo lugar, lo poco que tenía ahorrado desde que dejé de ir a natación se lo he dado a Dioni para su…

De golpe, Efrén perdió toda su frialdad.

—¿Me echas la bronca porque no me cargo a un hijo de puta, y tú te gastas el poco dinero que tienes en otro?

Ella le dio frente. La luz de la ventana la estilizaba y la emborronaba.

Empezaba a dejar de reconocerla.

—No hables así de él —rogó entre exasperada y dolorida—. Escucha…

—¡No, escucha tú! —repelió él, sabiéndose cavilante y movedizo en un punto crucial—. Tienes razón: esto es una mierda. No sé qué hago en este embrollo. Se ha gastado el dinero de los tres en droga y ahora se está gastando el tuyo. Deberías darte cuenta de que se está hundiendo, que terminará muerto, que es cuestión de tiempo y que si no nos desprendemos de él nos arrastrará.

Ella salió del contraluz y fue a encastillarse en su trono de bambú.

—Yo creo que el que necesita darse cuenta de algunas cosas eres *tú* —retomó el aire acusador, sombrío (todo en ella escoraba hacia las sombras), pero sin energía—. Porque él jamás nos ha puesto en peligro, pero tú sí.

Hizo una pausa y, conciliadora, continuó:

—De acuerdo: libre de dudas. Dímelo cuando estés cien por cien seguro. No volveré a reprocharte nada, pero tampoco me apetece jugármela tontamente. No creo que sea mucho pedir. Y con relación a Dioni, va a ingresar en la Granja. Me lo ha prometido. —Efrén bufó sarcástico. Ella cedió—: Es difícil creerle, pero le he dicho que no emprenderemos ningún tipo de acción hasta que no esté recuperado del todo. Y así será. Hablo en serio y él lo sabe. Esta vez se esforzará y sé que lo conseguirá. Ayudémosle. Vale la pena. Es una piltrafa recuperable.

Efrén ya no podía fiarse de nadie, y el precipicio que bordea no le permite mantener riesgos innecesarios que podrían acabar por despeñarlo, y por culpa de otros.

Ahora ella estaba sentada y él de pie. En trances así se repuja uno el porvenir. Luego los pusilánimes dicen que es el Destino.

Lo vislumbró y no cejó.

—Ese tío es un mentiroso. ¿Qué haremos cuando se acabe el dinero del furgón? ¿Atracar otra gasolinera, otro banco, otro furgón para que nos den un tiro, puede que a la cabeza? ¿Cómo te costearás los estudios?

—Ese dinero no se tocará si no es para la Causa. En cuanto a mí, ya estoy buscando trabajo.

Efrén no se refrenó:

—Que lo busque él, o que espabile con el kiosco, no te jode.

Intercambiaron reproches y discutieron hasta el aburrimiento: acordaron reunirse con Dioni y restablecer principios. Cayó un breve chaparrón, se inundó la calle y fuera de eso no sucedió nada más sugestivo el resto de la tarde. Dioni no apareció.

Con el crepúsculo oscureciendo su ruta y sus pensamientos, partiendo charcos en los que a ratos veía el reflejo de luces luctuosas y en otros su negra tesitura, llegó con tiempo de sobra al cumplimiento de la faena cuartelera. Tiempo para seguir calibrando la nueva situación.

Dioni pasaba a la retaguardia, Anabel la dirigente, y él…

A él se le asignaba el cargo de estratega. Juntos conformaban un comando evolucionado cuyos objetivos seguían en el aire. Anabel lo tenía todo muy claro. Él, en absoluto. La tendencia del comando derivaba hacia estrategias mafiosas. Así acabarían. Bastaba con fijarse en otros grupos subversivos mucho más antiguos y que también se las daban de revolucionarios. Y los suyos no eran una excepción: personajes anodinos y

siniestros que considerándose investidos de trascendencia histórica pretenden erigirse en caudillos sin más convicción que resistir y embaucar. (Ag, *La ira del embaucado*) Nunca renunciarán ni negociarán. Perderían su poder. El *poder*. Un verdadero revolucionario es el que subvierte y no se escuda.

Y estos nuevos caudillos, bajo cuya férula se había apostado, le demandaban muertos. Interfectos que pasarían a ser estadística sin ninguna presión sobre el Sistema ni el Estado.

Él no era un asesino. Sólo alguien engañado y, en consecuencia, rebelado. Rebelado luego de constatar el gran fiasco del Régimen. La autenticidad de sus esperanzas le habían sido cegadas por el relumbro de un sombrero negro y al poco reveladas por la luz de las ideas en otro lugar.

No caminaría hacia atrás. Las cosas de otro modo, pero adelante. Quien empieza las cosas y no las termina es culpable de deslealtad, consigo mismo: la única imperdonable.

LV. RITMO REVOLUCIONARIO

1

Al par que se enfundaba el uniforme de campaña al ritmo de la insulsa música que propagaba la radio, iba cuadrando piezas. Sus indagaciones, dos meses después, habían concluido con resultado positivo, al contrario de lo que sucedía con la gran mayoría de las denuncias cursadas por los ciudadanos en los Puestos rurales del Cuerpo.

Lo que les ocurrió a la pareja de Tráfico aquella mañana del atentado contra el general, no fue ni más ni menos que un golpe de suerte. Un buen servicio: no ver, no oír, callar. Sólo ordenar el tráfico en tanto que aquel dios con tricornio y su conductor recogían las pruebas de la única hipótesis que nadie parece haber tenido en cuenta, a fin de averiguar cómo pudieron los atacantes —*terroristas*, escriben los gaznápiros del Estado Actual de Cosas— saber de la hora y del itinerario por aquel punto. Les diría que fueran pensando en algún destino acorde a su «gran mérito», y así es como ahora sus nombres aparecían en las Altas y Bajas destinados a despachos con dietas y complementos de Plena Dedicación. Asimismo, les habían sido adjudicadas viviendas en una de las urbanizaciones de lujo en las que la Dirección General detenta diversos chalés para oficiales y jefes. El suboficial —uno de los dos intervinientes—, en recurso ulterior y fuera de plazo, mediante instancia especial al Director General, solicitó ser admitido a la oposición para el ascenso a oficial. Dicha solicitud, contestada por la Subdirección de Personal, en quien delega el Director General, no tuvo inconveniente en ser concedida. Otra gracia innegable por tamaño, heroico servicio. Un destino cerca de la Cúpula, un ascenso regalado, una residencia nueva en un lugar muy caro. Por no ver, por no saber.

Porque ya está bien de tantos años de vasallaje sin una puta compensación.

Una intrincada red protegía a la Bestia. Una red contra la cual la lucha factible es cuasi estéril. No logró el escándalo que suponía y ahora, arrepentido y encrespado consigo mismo, lamentaba la oportunidad perdida.

Qué debería hacer. ¿Repetir el atentado y consumar lo que dejó a medias?

—Yo que soñé con vencer cual Quijote contra los molinos de viento…

«¿Pero quién hay que tenga más brío en acometer, más aliento en el perseverar, más destreza en el herir, ni más maña en el derribar?»

Sonrió aspérrimo contra sí.

Alargó la mano y movió el dial: más música insulsa, palabrería, noticias —atentado—, retrocedió: «… una bomba ha estallado al paso de un coche patrulla del Cuerpo Nacional de Policía en Zaragoza». Sin muertos, pero uno de los agentes había sido hospitalizado. Por la forma de llevarse a cabo el atentado, las autoridades sospechaban del FRAF.

Efrén estaba seguro.

No por los casquillos de la Uzi recogidos en el lugar del suceso: sino por la impulsiva vehemencia de Anabel en la última discusión entrambos. Un comportamiento propio de advenedizos a puestos de dirección con instrucciones concretas de entes superiores que exigen el acatamiento a una estrategia extremista e indiscutible.

Pero él no permitirá que el CC sea manipulado por carcas vesánicos, que perdido el norte de sus vidas encuentran sentido en el arrastre y dominio sobre cretinos —*patas*— desquiciados.

Por fortuna, la actividad del comando Centro se mantenía en un forzado compás de espera, indefinido. Así lo había impuesto. Ciertas contingencias debían purgarse antes: Dioni, desintoxicarse, y Anabel y él equilibrar sus ánimas y sus ánimos antes del siguiente paso. ¿Cuál?

Metido en la ventana, acabó de ajustarse el cinturón; la hebilla, bruñida con «algodón mágico», esplendía como una insignia de oro al sol. Sus negros zapatos no menos brillantes que el terso hule del tricornio.

—Estás de puta madre, chaval… *Debería darte vergüenza*.

Trató de distraerse arrojando la mirada a través del cristal, al campo moteado de viñas pujantes de verdor, las copas frondosas del parque de la Telefónica, la vega bulliciosa de tractores y labriegos, y hasta el nuevo enjalbegado de Las Torcaces tenía su encanto si uno no supiera tantas cosas…

Un hermoso día que Monti no disfrutaría.

Reparó, entonces, en el ordenador que su amigo quiso que heredara; y al punto desistió. Pisar el que fuera su cuarto, cerrado desde el día en que salió de servicio con la mujer-guardia-que-no-defendió-a-su-compañero para no volver jamás, y tomar algo que le sería reacio, le suponía una profanación, un desmán: un terror inaudito por si salía la canción sin nombre clamando sublevación y estampía antes de que lo estorbe una clase de muerte inane. Mensaje que sólo él descifraría ya demasiado tarde y sin remedio.

—No obstante, un día de estos tengo que sacarlo.

Se notó que se le iban las fuerzas y se apoyó en el alféizar.

Pegó la frente al cristal y la triste calle discurría tan triste como sus

pensamientos… excepto un veloz coche subiendo por ella. Yénifer con su moderno GTI, presta a sacar voluptuoso y furtivo partido a La Pequeña Arteaga.

Echó mano del archivo mental *Proyectos Revolucionarios de Máximo Interés*. El eco de las balas tornó con su límpida resonancia: el de los informativos copados por una espectacular operación del FRAF.

Se irguió, insuflado de vida. Vida revolucionaria.

Agitación, viento y fuego.

La próxima acción del comando Centro, ya decretada.

2

Sólo una cosa le distrajo en las horas subsiguientes:

—*¡¿De gogó?!*

Ella había encontrado trabajo.

—Qué querías, funcionaria del INEM —repuso con zumba—. Además, pagan bien. Por una actuación me dan lo que en cinco días en la taquilla del cine.

—Pero ¿por qué no nos apañamos con el dinero que guardo del maldito furgón?

—¡No! —descartó ella, tajante—. Ese paso no lo daremos nunca, porque eso significaría que nos hemos convertido en delincuentes. Somos revolucionarios y antes pasaremos hambre que tocar ese dinero para otro fin que no sea la Lucha.

Quiso replicar, pero ella ya se dedicaba a su atavío con una convicción y una entrega que dedujo tan estoica como infrangible.

—Por lo menos será divertido, y muy movido. ¿Cuándo empiezas?

—Esta noche. He ahí mi equipo —señaló al sofá, donde se extendía una ropa de escaso telaje y unas botas de suela y tacón tan alto que parecían imposibles para dar un solo paso.

—¿Podré verte «goguear»?

3

Constelaciones de focos azorados y multicolores inflaman la pista.

Torres de altavoces alzados como tótems retumbantes rigen-rugen dicha inflamación y convocan a la danza. Es ella quien lo consigue.

Sobre dos altas tarimas, sendas bailarinas ondulan sus cuerpos con desenvoltura conspicua y petulante. Retuercen los brazos, tremolantes en el humo de colores, las manos abiertas blandiendo imaginarios abanicos o cerradas atajando golpes estéreos. Etéreos.

Sin duda, la mejor su pelicobre.

Radiante de sudor y trepidancia, cautiva, además, por su retocado aspecto físico: labios cuasi negros, los aguzados ojos chispeantes de brillantina, aros emplumados en las orejas. Las crenchas de cobre le van y le vienen de un lado a otro de la cara; otras veces le borran los tirantes de una mínima camiseta de cuero rojo que la exalta los senos y le afirma la pulida hendidura. Su talle acrobático describe elípticas perturbadoras y el corto pantalón granate —que la ciñe como carne plastificada al vacío— proyecta sus nítidas piernas como rayos de alta energía… subversiva. Ondeante y exaltada sobre botorras de altos tacones, es en realidad un estandarte de guerra. Revolucionaria.

Truenan los tótems.

Una bola de espejos salpica de colores la penumbra vibrante del entorno y un foco malva prende a su gogó: nimbada como una diosa, ella enarbola sus brazos investida de plasticidad, magnificencia y desdén. La encendida melena oscurece su rostro pero no el brillo de su mirada nato, nunca exenta de alevosa ansiedad. Gesticula con una sensual laxitud; de pronto —como por encantamiento o milagro—, un tul irisado se bate por sobre su labrada espalda, flameando como una llama fría y caleidoscópica.

La llama de Shiva.

Ella acaricia uno de los picos y el gélido fuego abrasa miradas en ondas concéntricas. Ya no hay duda: es una deidad: es Shiva danzando dentro de un círculo de fuego que ha condescendido a manifestarse. Y allí está, exhibiéndose creadora y destructora.

Embriagadora y orgiástica. Bella. Letal.

Parece que tiene alas.

Que va a remontarse. O glorificarse.

¿Por qué no se postran y la adoran?

Atrapado en el subidón la ensueña diva de una peripecia en la que ambos, libres y liberados, palpitan en común. Sueños, sueños. Abre los ojos y la descubre entregada sin tapujos al ritmo azuzador de la madrugada, no obstante, en pro de la Causa.

Los flases ultravioleta la tambalean. Ella flota en el éter.

Por debajo, adolescentes y veinteañeras que nada tienen para compararse con ella desplazan estulticia y nalgas sólo interesantes al primer vistazo y en las que ya se advierte un temblor que no tardará en

derivar en fondonas amplitudes: futuras gorrinas a la vuelta de la esquina. Y su guerrillera esgrimiéndose afilada y ágil, lúcida y altiva por sobre toda aquella turba epiléptica. Le dirige besos al aire, para él, embelesándolo con su divina seducción: un éxtasis que no dejará escapar nunca. Lecciones aprendidas por algunos en el ocaso de la lucidez o el vigor cuando ya no quedan más que las palabras, y las palabras no sirven, no resucitan, no mueven el tiempo: sólo para mitigar remordimientos y gemir al abismo del porvenir. Como un perro a la luna.

Como le ocurrió al brigada. Como *no* le ocurrirá a él.

Él era joven y no corría: volaba. Igual que Juan Salvador Gaviota, remontando sin descanso. Es un activista clandestino y también un soñador. O era lo primero porque antes fue lo segundo. Cuanto más cerca de la utopía, mejor. Él no renunciaría. Ella tampoco. Agitación, viento y fuego.

Un conjuro allende la lujuria.

¡Ah!, tan joven y ya apreciando la otra belleza.

¡Ni que fuera a ser poeta!

LVI. EL PERNICIOSO EFECTO DE LA POESÍA

1

Si señorita sáfica volvía, caería.

Guiada por su mano, remolcándola con arrojo empírico y tecnológico a través del paisaje bruno, ella traspuso la ruginosa puerta sin quejarse; pero cuando logró salir de entre los setos y las arizónicas y la jauría se arremolinó en torno, despidiendo destellos babeantes, no se atrevió a moverse.

—No te harán nada —la tranquilizó—. Olfatean una intrusa, pero en seguida se callarán. Tusos, tusos… —los acarició con manos enguantadas.

Los animales trocaron ladridos y fauces por resuellos y brincos amistosos. Prosiguieron; ella recelosa, él expeditivo a arrodillarse ante las cerraduras: jaculatoria maquinal en loor de tan promisoria escalada revolucionaria. Las llaves, una vez más, leales.

Atisbó a través de la puerta entreabierta… Una claridad melocotón se derramaba desde la primera planta, se filtraba por entre la barroca barandilla, perfilaba la pantalla de televisión y, resbalando blandamente por sobre la barra de cuero del bar, se posaba en el oscuro parqué del salón, diluyéndose en reflejos macilentos, casi lúgubres.

Pero relucientes de calma.

Sólo el jadeo perruno turbaba la absoluta y bendita calma.

—Adelante.

Pasó detrás de ella, asegurándose de que el cocker se quedaba fuera.

—Las zapatillas.

Las metieron en la mochila y, en calcetines, cruzaron la lujosa estancia; ella aturdida como en un sueño.

—¿Adónde vamos? Qué grande es esto. ¡Eh, no me dejes sola, joer!

Efrén subió hasta la fuente de luz, la habitación de Yénifer. La cama, aún sin deshacer, delataba el paso de alguien que se ha sentado en su borde, y en derredor, como si se tratara del cráter de una pequeña explosión, variados objetos personales; un paquete de tabaco, una barra de labios, pañuelos, un espejito: síntomas venturosos de retorno.

—Entero y a base de bien. Sigamos subiendo.

La condujo hasta la buhardilla, la cruzaron, salieron a la azotea.

Se alzó el visor.

La noche veraniega y sin luna oprimía cálidamente La Pequeña Arteaga. Los anémicos faroles de la verja exterior y la luz del porche apenas la defendían. El escaso alumbrado periférico de San Juan, que no bastaba para reconocer los aparcamientos de las eras, tampoco llegaba en su auxilio. Una franja de espesa negrura la circuía sin piedad. Una franja de campo. Nadie que no fuera a dirigirse allí mismo los importunaría. La coyuntura ideal para perpetrar un virtuoso secuestro —virtuoso porque se requería una osadía impecable y porque no podía ser inmoral el hecho de agredir a un fascista y natricida.

Era un anhelo voraz, opresivo.

Ella, con la cara hacia la estrellada bóveda, suspiró:

—¿No es precioso? —Para continuar en un tono intimista y embobado —: Y pensar que cuando se estudia la luz de esas estrellas, se indaga en el pasado. ¿Cómo serán ahora? *Ahora*… El Tiempo no es simultáneo en el Universo. Lo que se ve depende de la situación y velocidad del observador. Quizá algunos de esos puntos luminosos se hayan convertido en una enana blanca o roja o en un agujero negro. Me pregunto si veremos las mismas cuando volvamos a renacer.

—Eso no importa —se le acercó él—. Lo que cuenta es que podamos ver estas muy juntos.

—Agitación, viento y fuego —pronunció ella—. Juntos tú y yo, física y espiritualmente —se le agarró al brazo, la mirada extasiada en lo alto.

De pronto, una luz larga de automóvil excavó la oscuridad envolvente de abajo. El tiempo —el del Casio— había corrido parejo y hostil a la insensata fascinación. Él se quitó la mochila; ella no lo encontraba.

Los faros siguieron hasta la era de los murciélagos, y allí se apagaron.

Por el transceptor pidieron confirmación a Dioni, quien desde el *forito* de Anabel, a veinte metros del recién llegado, no dudó en confirmar que, en efecto, se trataba de lo que parecía: una ardiente pareja, de ahí el balanceo del auto.

—Menos mal —resopló ella.

Acabó de extraer el frasco que buscaba y él de recolocarse el visor de infrarrojos. Sí: falsa alarma. Se habían distraído de un modo intolerable.

Fin de la extemporánea delectación.

Maravilloso derrotero el de este mundo cíclico de luz y tinieblas, de víctimas y depredadores. De vida y muerte, en definitiva. Todo tiene su contrario, incluso la materia. Y la paz y el progreso de los hombres no son nada si no viene de la violencia y la tragedia. Algo así dice Harry Lime a su fugitivo y diabólico amigo en *El tercer hombre*. ¡Ah, si fueran poetas…! A los soñadores se les nota porque la belleza nunca les es indiferente. Los poetas hablan; pero no hacen nada. Las palabras no ganan guerras. Efrén

oteaba las salidas de la población entre rescoldos de pensamientos líricos.

—Joer. Por qué no vendrá ya —mascullÓ Anabel, vuelta a la substantividad. Y con clara dicción y sobresalto—: ¿Y si vinieran las dos? De esa posibilidad no me has dicho nada. ¿Y esas cámaras?

—Siempre que Yénifer viene, repite el mismo *modus operandi*: dispone la casa y luego se marcha hasta Dosarcos a recoger a su amante. Vendrá. Las cámaras carecen de grabadores. Todo va a salir bien. Muy bien.

Tras el visor, la población yacía untada de una quietud verde, futurista. Las farolas flameaban como antorchas perezosas. San Juan semejaba una ciudad fantasma. Toda la vida en torno se concentraba en el intruso auto de las eras: palpitaba como un corazón de chapa.

—Y si vinieran las dos, a las dos nos llevaríamos.

La continuidad de la lucha requería de esa fase cualitativa: que su autoridad rigiera tanto el proyecto Escarmiento como el CC. Y es que ahora él era el ideólogo, el estratega y el dirigente de facto. O de lo contrario se rompía la baraja. El asunto ni se discutió ni se protestó: accedieron y pasaron a la nueva movilización. Para empezar, un golpe que satisficiera las dos líneas de combatividad: un secuestro que reportara fondos a muy largo plazo y a la par un atentado contra uno de sus particulares enemigos. Reclamaría a Urbano Arteaga un rescate de trescientos millones: la suma de algunas de sus cuentas bancarias. Es la indemnización que le impondrá por sus perversas ganancias con el ganado, la cocaína y por la quema del monte de La Loba.

Eso ocurrirá si Yénifer vuelve. De ser así, pasará la noche y muchas más encerrada en el gran armario empotrado de la calle Zigia, ahora diáfano de estanterías y cachivaches sustentadores de polvos demoledores.

La transformación del laboratorio en celda había costado más de lo previsto. Pero la existencia de capital contante y sonante les había permitido la gran reforma. No fue sólo remozar las paredes, adquirir un váter químico, instalar una red eléctrica auxiliar, un interfono para las comunicaciones o un largo y camuflado extractor, destinado a la aireación del habitáculo: la sustitución de las endebles puertas por otras de madera maciza, muy gruesas, y, en particular, el recubrimiento con paneles de corcho para insonorizar, no ya las paredes interiores del armario, sino la habitación entera, resultó un trabajo arduo y cansado.

Pero no extenuante. Dioni fue quien, con satisfacción orgiástica, desplegó sus habilidades de albañil y construyó una «cárcel del pueblo» que cada vez que se detenía a contemplarla se corría de gusto, pese a que ya no supiera lo que significaba empalmarse.

«No hay seguridad sin previsión ni ésta sin previa información», recordó con sarcasmo.

—Creo que sube un coche.

Y subía. Y era un Golf.

—Bajemos. —El Golf rebotaba luces contra la verja ciega. Por fin.

Por fin después de un largo mes de vigilancia implacable sobre La Pequeña Arteaga, tiempo y actuación al que consagró su permiso ordinario, la operación fructificaba. Noches enteras con ella en la era de los murciélagos, extrañados y tensos como pareja de primerizos, ridículos para un observador ignaro si la oscuridad y el retiro lascivo no hubieran sido sus grandes aliados.

Por eso ahora, al cabo de tediosas y desalentadoras horas de acecho en vano, se musitaban con júbilo afónico el plan tanto ensayado: él salta primero, la inmoviliza y ella aprovecha para amordazarla con el trapo empapado de cloroformo. Yénifer se duerme y se la llevan hasta su propio coche, que también se llevarán: que no quede ni rastro del paso de la hija del propietario. Acabaron de ataviarse. Además de las respectivas medias, él cambió el visor por una peluca rubia ceñida en coleta y ella se embutió una de rizos, complementada por una montura de gafas con nariz de carnaval.

Por las ventanas del salón vieron acercarse a Yénifer, en pantalón, camiseta y sendas bolsas en cada mano. Dejó atrás el busto del caudillo; la oyeron hurgar en la cerradura. El reloj de cuco daba la hora. *La hora*.

Los perros no ladraban, pero se les oía como si estuvieran soplando un secreto. El dóberman soltó un ladrido único que sonó como un ultimátum entre colérico y consternado. Se encendió la luz y, empujando la puerta con uno de sus bellos hombros, entró Yénifer, confiada y desnivelada por el peso de las bolsas.

Él pudo ver que lo hacía sin presentir el peligro; y mientras se abalanzaba sobre ella, experimentó una sensación de profunda compasión, que a punto estuvo de detenerse, darse la vuelta y salir huyendo (tal que el día del atentado contra el general). Pero su inercia ya impelía a la víctima y ésta se revolvía instintiva contra él. Anabel cerró la puerta y apagó la luz. Él gritó:

—¡Esto es un secuestro! —y la apuntaba a la cara—. No te resistas y no resultarás dañada.

Le quedó tal cual lo tenía ensayado; talmente que Anabel, que planeaba con el apestoso trapo. A continuación, Yénifer, atenazada por la sorpresa y el espanto, cabecearía rendida y narcotizada: uno, dos, tres, y se desvanecería.

Algo imprevisto y exagerado sucedió entonces.

Con un brusco tirón, Yénifer se zafó trastabillando bolsas en mano. Anabel braceó con expresión de vértigo, arrastrando en su caída un

taburete y al punto otro y otro en un escandaloso efecto dominó.

El hecho degeneró con tanta rapidez, que Efrén se vio como una arrumbada figura de cartón que anunciara una película de atracos, encañonando al cuadro donde una jauría de colmillos ensangrentados desgarraban un ciervo herido, como si ya no tuviera bastante, como si la víctima —Yénifer— no supiera que lo que él le había mostrado era para matar o herir si no se portaba bien.

Yénifer recuperó el equilibrio al pie de la escalera. Despatarrada de cara a sus secuestradores, nimbada por el tenue resplandor absurdamente sensual que se vertía desde arriba, aferrada a las bolsas como a salvavidas ilusorios, soltó un grito que erizó hasta los pelos del pubis de sus atacantes.

Éstos se miraron acojonados… Y fue ella la primera en reaccionar.

Se abalanzó sobre Yénifer, quien respondió alzando una de las bolsas, que estampó contra la cabeza de Anabel.

Agarradas de pie y luego de hinojos, contendieron largos segundos en que él no hallaba cómo intervenir. La situación tenía algo de grotesca y de inadmisible. Estaban perdiendo demasiado tiempo, y el asombro y la piedad debían ceder su paso a la eficacia de la operación.

Se guardó la pistola en la cintura y avanzó a por Yénifer, que gateaba hacia los escalones despidiendo bravura y botes de refrescos.

La asió por el cuello, con ambas manos, y le saltó a la espalda, clavándole las rodillas.

Los omóplatos —angulosos y movedizos— le desestabilizaban.

Yénifer aventaba brazos, manos, pies, se retorcía. Resistía y luchaba. *¿Debería oprimir más?* Anabel la embestía una y otra vez. Pero el invento del cloroformo parecía no funcionar.

De repente, la presa dejó de moverse.

Despeluznada, exánime, tendida con expresión feliz, Yénifer ni respiraba.

—¿Está viva? —Efrén le volvió la cara.

Anabel se desentendió; reculó e intentó trepar por un taburete.

—Joer, qué mareo —la oyó quejarse.

La estancia hedía sopor.

Efrén arrastró a Yénifer a donde la luz caía con más fuerza.

—Uy, la hostia, que esta no respira.

Acercó el oído a la boca de Yénifer.

Ah, sí que respiraba. Y qué venus…

—¿Estás bien? —cambió el dial a su compañera.

Anabel, sentada en el suelo y recostada en el muro de la barra, jadeó

detrás de la revuelta melena:

—La verdad, no lo sé.

Efrén corrió a abrir las ventanas: ella también estaba a punto de sucumbir al anestésico. Luego se echó mano a los grilletes y se los puso a la secuestrada. De la mochila extrajo más útiles: cinta adhesiva de embalaje para taparle la boca, bolas de algodón y esparadrapo para los ojos, torundas a los oídos, unas orejeras, una capucha…

Anabel se le unió, despabilada, efusiva.

—Yo me encargo de liarla —empezó por amarrarla los pies con vueltas y vueltas de la cinta—. ¿Nos habrán oído?

—No lo creo. Esto está muy apartado —se estiró los guantes y voló al dormitorio de Yénifer.

Lo puso todo en orden, tal cual Carmela solía tenerlo. Tomó las cosas que había traído la visitante y las metió en las bolsas y con ellas y las llaves se fue hasta el Golf. Abrió el maletero. Vacío.

A pesar del comienzo, todo iba bien.

Cuando regresó, Anabel rebuscaba los esparcidos artículos de la compra. Al dar con una lata de fuagrás, muy cerca de la cabeza de la yacente, Anabel se lentificó. La alzó la capucha y permaneció absorta ante aquel rostro taponado y pintarrajeado de carmín. Aun así, se apreciaba la delicadeza de sus líneas y la finura de su piel.

—Lástima que haya que hacer sufrir a un ser tan hermoso. ¿No te parece?

—Lástima —admitió ella, saliendo del trance.

Se quitaron los malparados disfraces —las medias eran jirones y las pelucas les colgaban de un modo risible— y se dispusieron a migrar. Recolocaron taburetes, la alfombra del tresillo, limpiaron restregones… Efrén se echó a Yénifer al hombro y del hombro, en medio de un remolino de perros, con el cocker a la cabeza, al maletero del Golf. Anabel se ubicó al volante. Él llamó a Dioni por el transceptor.

Por suerte, el auto de marras ya no estaba: tras cinco minutos de balanceo frenético y otros tantos de salpicar el lugar de pañuelos de papel arrugados, se había ido por donde había venido. Pista libre.

Ultimó detalles:

—En cuanto la verja se abra, sales. Espérame en la era; no tardaré.

Efrén retrocedió repartiendo caricias de ciego a los animales. Iban y venían incansables, pero al menos no escandalizaban.

Desde la consola movió las dos cámaras exteriores que resultaban operativas. Nada por arriba; nada por abajo. Conforme con la invulnerabilidad que detectaba, activó el control de apertura y el Golf, sin

luces, sereno y perentorio, rugió a incrustarse en la negra era.

Retornó la verja y era como si nada hubiera ocurrido. Todo hecho.

Casi.

Salir y largarse.

Tiró de la puerta y cerró con llave.

El busto pareció torcerle una fiera mueca.

—Tu devoto seguidor recordará estas fechas más por el «alzamiento» de su hija que de los tuyos, colega —le palpó la pétrea calva y con una sonrisa vindicativa zanqueó a la secreta salida.

Colaba el primer pie, cuando percibió un ruido de motor. Un ruido de motor familiar.

Uno, muy, pero que *muy* familiar.

Aterrador.

Recuperó el pie y tornó al interior de la casa, a los monitores.

Manejó todas las cámaras hasta enfocar con el peor encuadre posible: el *pepito*.

El juego de la cámara no le daba más información que los veinte o treinta metros anexos a la cerca. Sus compañeros rodaban hacia un percance mortal. *(¿De quién: de ellos o del suyo?)* Recordó que estaba de servicio Félix, y lo que éste disfrutaba al reconocer vehículos anónimos en la oscuridad de la noche, en busca del morbo de tías en «domingas», o por lo menos las prisas con que se vestían.

Se quedó tan petrificado como el busto del caudillo.

Lo distinguía a través de la ventana y de espaldas y se le antojó que lo avistaba de reojo y que se estremecía de risa.

—Mierda —masculló, intentando salir de la parálisis—. ¡Mierda y mierda!

Optó por volar escaleras a la azotea. Agitación física y psíquica superponiéndose en lucha libre. Fue apoyarse a la balaustrada. Qué diferente el firmamento. El caos reinaba allá arriba y, sobre todo, ¡allí abajo!

El *pepito* no se detenía. Proseguía rectilínea, fatalmente…

Usó el transceptor y resolvió con Anabel que se uniera a Dioni. Pero aquello no garantizaba nada. No verán ninguna tía en pelotas. Un Ford vacío es lo que verán. O vacío el Golf. Algo raro, en cualquier caso.

¿Cómo responderá ella?

Quizá no se metan en la era de los murciélagos.

Quizá te caigan treinta años.

En la garganta le competían el corazón y los huevos. Hervor en el cerebro.

Se precipitó al teléfono del bar y pulsó números. Con las manos ahuecadas alrededor de la boca y la media en los morros, impostó:

—Buenas noches, señor guardia. Llamo para decir que en la plaza del ayuntamiento hay dos individuos forzando un coche —recitó a borbotones, tapó el auricular y quedó jadeante y deshecho a la escucha de Carrasco.

—¿Quién es usted? —captó su desatenta parsimonia.

—No quiero problemas; sólo digo lo que veo.

Y colgó, y suplicó que sirviera de algo. El impredecible de Carrasco…

Debería haberle relatado algo más trágico, se deploraba, de nuevo en convulsa escalada.

Otra vez en la azotea su pavor acreció.

El *pepito* avanzaba, lento, arrancando de la negrura el color claro del Golf.

Conjeturó encaramarse a la balaustrada y danzar llamativo como un espectro burlón en el pináculo de una atalaya indiscernible en la noche, reclamando en los bordes de una somnolencia impúdica una distracción increíble y liberadora por medio de aullidos y juegos malabares con fuego —si supiera y tuviera.

Dejó de lucubrar al reparar en otro presupuesto aún más espeluznante: que ella, intimidada y hostigada, disparara contra sus compañeros si éstos consumaban la aproximación.

Y el *pepito* que no desistía.

Luego eso es lo que debía hacer. Sabía y *tenía*.

Se quitó la mochila y extrajo la pistola. El seco avance de la corredera arrastrando el cartucho sonó de igual modo delator que vano. Alargó los brazos a la bóveda: cripta inabarcable para su cenit de escarmiento.

A mitad de recorrido destensó la presión del índice.

El *pepito* daba la vuelta. Ag, ag.

La luz corta restregaba el perimetral de La Pequeña Arteaga. No alcanzaba el solárium atalaya, pero él se aplastó contra el solado como un explorador sitiado o como un francotirador descubierto.

Su corazón hacía retumbar las baldosas. *¿Se iban…?*

Se pegó a los protuberantes barrotes y oteó ávido y sofocado; y exaltado: sí, se iban.

La callejuela engulló al *pepito* de su campo visual, y, al poco, auditivo.

Cerrando puertas, desdoblando picos de alfombras, recolocando figuras, se batía en retirada. Apagó los monitores, se recalzó, echó llaves y

huyó escoltado por los canes a los que azuzó para que desfiguraran sus huellas. Anabel le esperaba desesperada. Resolló para saldar la deuda de oxígeno, y cuando lo estaba consiguiendo, oyó a su espalda:

—Hola, compañero.

Se le cortó el gozo y la respiración.

2

Embalada en un abrigo largo y sostenida como se transportaría a un borracho, Yénifer fue trasladada a la cárcel del pueblo.

En la cara interna de la portezuela, un A4 informaba:

ESTÁS SECUESTRADA
POR LA ORGANIZACIÓN FRAF

NO TE OCURRIRÁ NADA SI COLABORAS

VAMOS A PEDIR UN RESCATE
POR TU LIBERACIÓN

La dejaron todavía dormida, pero libre de ataduras. Hecho el trabajo, encendieron el televisor, que habían llevado al dormitorio y pegado junto al zulo. A partir de entonces sonaría de continuo, no fuera la secuestrada a desgañitarse, que vaya si tenía el grito potente. Pero en ese momento, más fuerte que la película en blanco y negro que atronaba la casa, era el latir de sus corazones: el camarada Dioni.

Camarada que, con la alborada, ya debería estar de vuelta, luego de pegar fuego al Golf.

Se echó el día y la locura. Y Dioni que no venía.

¿Estará detenido?

¿Estarán fuerzas especiales rodeando la casa solapadamente?

Una vieja arrastraba un carrito sin prisas o sin fuerzas; un tipo —que bien podría ser un policía de servicio— pasó corriendo y sudando a chorros, se miró el reloj, resopló y aceleró. Tenía largas y enjutas piernas y un torso todavía más enjuto. Podría ser un policía, pero sin duda que era un corredor habitual, de maratón, y milagro que no fuera un atleta profesional. Descartado. Más tarde, una furgoneta —¡hostia!— perteneciente al Ayuntamiento, paró tres casas más abajo. Se pegó al cristal y atisbó. Un tipo fondón y en mono aporreaba una arqueta. Al quinto o sexto golpe desistió y se sentó en la acera a fumar con pachorra de

funcionario. Una hora después seguía allí, rodeado de colillas y amodorrado contra la pared, frente a la puerta abierta de la furgoneta, de la que salía un palmoteante y vomitivo flamenqueo. Cuando llegó la hora de comer, se levantó y se fue. Casi a la par pasó un perro pachón cuya cara era una réplica minuciosa de la mujer de la que tiraba. Otro descarte.

Por más que escrutaba el entorno, no daba con señales de alarma. También ellos se dieron a almorzar, porque esa era la hora y para calmar los nervios. De postre tomaron tila y tranquilizantes. Era tan poderoso el agobio que no podían mantener una conversación ni nimia ni expresiva del momento.

A media tarde, Anabel tuvo por medio del interfono una conversación rápida y categórica con la secuestrada. Ésta, resignada o aturdida, se tendió boca abajo, y así permanecía cada vez que le echaban un vistazo a través de la mirilla. Afuera en la calle, la actividad se sucedía tan rutinaria como la mañana, no menos anodina que cualquier otro día.

Pero Dioni seguía sin aparecer y ellos se consumían en silencio. Y eso a menos de una hora para tener que verse de servicio. Y por si fuera poco, con Barahona. No, no se le veía.

Optaron por distraerse repasando las bolsas con las compras de Yénifer.

Entonces repararon en algo que centuplicó sus temores.

Efrén se derrumbó en el sofá e intentó tirarse del corto cabello.

Por fortuna, antes de partir se presentó Dioni. Exultante y jocoso, el muy cabrón.

3

Con traje de paseo y *pepito* la pareja de guardias partió en servicio de población a tratar de que las fiestas por esa noche transcurrieran en paz. El pueblo entero bullía y gritaba. Lo que hacía rezongar a Barahona: la probabilidad de follones era alta y su incompetencia también. Pero leal a su resentimiento imperecedero, nada le comentaba. Por él, encantado. Bastante tenía ya con sus rumias: verificar que nadie se acercaba por La Pequeña Arteaga y tan pronto acabara el servicio volverse a meter y no salir sin el trapo.

El trapo empapado de cloroformo: ese era el terrible incidente. El maldito trapo no estaba entre las confiscaciones. No es que fuera lo más importante, pero sí primordial a fin de dejar el menor número de rastros posibles.

El alboroto crecía con el discurrir de la noche. No había modo humano

de arrastrar a Barahona de la batahola de los bares donde los colmaban de invitaciones, y el guardia primero aceptándolas todas. En el Manola departía con conocidos y amistades del Cuerpo, desdeñándolo sin tregua ni consuelo. Y las horas que no pasaban. Qué lejos las siete en el reloj. Sólo de pensarlo se tensaba de desesperación y acto seguido flaqueaba de congoja. *Si pudiera darme una vuelta rápida por La Pequeña Arteaga, para así aplacarme algo o ponerme en alerta…*

—¡Arriba, arriba! *La Monumental* está encantada con este fantástico público de San Juan.

El grupo musical electrizaba desde la plaza a los concurrentes, rememorando canciones temazo de otros veranos, lo que venía a ser un alivio relativo.

Al menos el regreso de Dioni resultó sin novedad.

A su recriminación por haberlos tenido en vilo tan inútilmente, el otro le respondió:

—Tranquilo, camarada jefe. ¿Sigues mosqueado? ¿Todo va bien, no?

Para matarlo. Una vez más le pidió perdón por el morrocotudo susto que le dio con su brusca comparecencia desde el retiro al que se había arrastrado, cuando Anabel y él advirtieron que el vehículo que se les acercaba correspondía a uno de la Guardia Civil, y Efrén le respondió que no tenía importancia, pero de buena gana le habría reventado la cabeza.

Y con respecto a las horas que traía, cacareó cómo después de envolver el Golf en llamas en un apartado vertedero humeante, en vez de largarse de inmediato, resolvió quedarse y contemplar la fogata mientras se chutaba. Y fue tal la apoteosis que lo embargó, que sentado en el chasis de una lavadora levitó sobre aquella alegoría de mundo volcánico y primigenio y no dudó en sentirse el dios de la creación. Meditó el andoba un símil y dijo que como «un orgasmo inacabable». Lo pusieron a parir. El drogata ni les miraba. Se sonreía y asentía.

—Que sí, que cuando esta magnífica acción haya concluido me ingresaré en la Granja y ya no saldré hasta que esté completamente recuperado. Vosotros me lo diréis. Pero, joder, es que los tiritos de *espídbol* con fuego son mágicos. Además, no he creado ningún problema, ¿no?

—Anda, siéntate y descansa —le pidió Anabel.

Pero Dioni negó con oscilación de índices, canturreando.

—No, no, no.

Semejantes alharacas le sacaron de quicio. Que le espetara a la cara que era un gilipollas, no sirvió de mucho. Dioni se lo quedó mirando con dolorido asombro; bajó los ojos, renunció a la reseca sonrisa que le subrayaba el demacrado rostro y, tomando asiento en su esquina favorita, sin transición, se echó a llorar.

—Lo he hecho bien. Pero vosotros, en vez de agradecérmelo, me insultáis. ¿Es que no tengo derecho a un poco de felicidad, hostias?

Anabel se llegó a su lado, y poniéndole la mano en el hombro vino a decirle que le estaban muy agradecidos y que estimaban su ardor y dedicación. Efrén dijo la madre que me parió y ella le dedicó una agria mirada. Bah, estaba hecho y no había vuelta de hoja.

Anabel, no obstante, derivó a un tono admonitorio para hacerle ver que su flipe podría acarrearles desgracias.

Y Dioni acabó por rendirse y confesarse:

—Es verdad. Soy un desgraciado —se percutía el escurrido mentón contra el escurrido pecho—. Hasta para la puta droga he tenido mala suerte. Me dejé enganchar por la heroína, que es un sedante, un puto depresor que no me deja vivir, que me tiene o con el mono o con la mona, dormido. Pero la coca, hostias la cocaína. ¡Ya lo creo que te mantiene bien despierto! Me ha hecho funcionar a tope. Ya lo habéis visto: buena conducción, mejor fuga…

Se calló como para escuchar palabras de elogio o confirmación. Pero debió de captar la áspera realidad del momento, una desconfianza rayana en reprensión y cólera, y agregó:

—Vale: soy un mierda. Pero os juro que no os fallaré.

Se llevó las manos a sus flacas rodillas juntas, y como poseído por un satírico demonio que se le removiera en el cerebro, la fea sonrisa le afloró de nuevo para expresar:

—El polvito guay es otra cosa. La coca es revolucionaria. Pone tus sentidos a cien. Y eso es lo que más necesitaba hoy. Tumbado en los cantos de la era, os juro que podía ver. Al fin sé cómo ven los gatos en la oscuridad. Por encima de los faros distinguía las caras de los pobres *picos*. Tenía mi revólver a punto. No habría fallado. Mi ojo, la *bicha* —recitaba al suelo con la boca torcida por la sanguinaria fantasía— y sus cabezas. ¡Pum! —escupió una risa con tos.

Aunque la cháchara del drogata iba del aburrimiento a la crispación, esta última alusión le interesó sobremanera, y al punto le preguntó si de verdad habría disparado.

—Pues claro. Igual que en el merendero de San Juan, no habría dudado en poner mi revólver libertario en sus nucas fascistas. Pero si se hubieran portado bien, no creo que lo hubiera hecho. Quién sabe… Me habría limitado a quitarles las pistolas.

En medio de aquella jarana grotesca, imaginándose con las armas de sus compañeros en su poder, se aisló de preocupaciones. Algo que estaría sintiendo con no poco terror y mucho más remordimiento, porque a esas horas los tendrían encerrados en el centro penitenciario de la Región

Militar, pendientes de un juicio por cobardía ante el enemigo, casi lamentando que los activistas que les desarmaron no les quitaran, además, la vida, como único remedio para liberarse de la insidia correccional con que la Cúpula los inmolaría ante las autoridades civiles: imitando así, en lo posible y una vez más, la añorada y criminal hazaña del *Carnicero de Extremadura*, el teniente coronel que en abril de 1945, en el pueblo de Mesas de Ibor, ordenó fusilar a sus propios hombres supervivientes tras el asedio de una incontable partida de maquis, que les había desarmado unas horas antes.

¡Mas nunca fue la valentía cualidad que faltara al soldado español!

Hubiera preferido malograr el secuestro con tal de no involucrar a sus compañeros. Lo sabía bien en su fuero interno y no necesitaba engañarse, y si al final la suerte se puso de su parte, mucho mejor.

Claro que de haberse tratado del guardia primero Barahona, se lo habría pensado.

Parloteando con los forofos del Cuerpo y bebiendo de gañote, estaba el tío en su salsa. Alguien ofreció otra ronda para los guardias, pero él puso en conocimiento de Manoli con un severo gesto que ni una más. Estaba ya harto de tanto descafeinado y de picar sin ganas y de no poder salir de allí… Barahona, en cambio, saboreó su nueva caña y siguió bailando dedos por sobre raciones de calamares, pulpo, callos… A su alrededor, una parva de servilletas delataban su hartazgo y su miseria intelectual.

Una de aquellas servilletas le recordó la imagen del dichoso trapo, al que se imaginaba ondeando en el pasamanos como un delator impaciente, listo para chivarse de cómo ocurrió la potente ofensiva de un comando revolucionario para hacerse con las portadas de los grandes medios de comunicación y, de paso, ricos.

Impetuosamente ricos.

Porque el plan era perfecto.

El mismo Urbano Arteaga había comentado que pasaban no pocos días, a veces hasta una semana, sin saber de su hija. Como única pista quedaba la que pudiera facilitar su amante, Laura; la cual habría esperado en vano en la estación de tren de Dosarcos, ignorante de por qué no había ido a recogerla, y ni siquiera podría asegurar que Yénifer hubiera llegado a La Pequeña Arteaga. Mucha gente no se presenta a las citas y no por eso la duermen con cloroformo para secuestrarla; excepto que no todas son hijas de mafiosos enriquecidos a base de muertos y lisiados.

Lamentaba el hecho por la preciosa mujer, pero se sentía ufano por la vuelta de tuerca dada a la mafia conocida. Esta vez no sería ningún badulaque. A por el general volvería en la siguiente fase del proyecto Escarmiento, y no flaquearía. Luego los restantes. Y antes que nada:

asegurar la operatividad del secuestro.

¿Pero cómo bregar desde la clandestinidad con un mamarracho como aquel Dioni de la vida, subido a un *caballo* que no le deja sublevarse —ni política ni físicamente— y que no permite que ninguna otra sustancia o credo lo suplante?

Le daba tanta lástima que se le olvidaba el asco que le tenía, incluso la cojonuda negligencia que suponía permitirle labores de guardián del calabozo. Por eso antes de partir dejó dinero suficiente, no sólo para el mantenimiento de la secuestrada y demás gastos inherentes, sino también para el ponzoñoso sustento del agostado camarada. De otro modo, no se mantendría válido ni cinco minutos seguidos. Sus ingresos eran nulos.

Con la planificación y ejecución del secuestro, además de renunciar al centro de desintoxicación, se había desentendido por completo del negocio, que, por otra parte, ya no rendía beneficios. Abriendo a ratos, sin ventas y cargado de deudas, había terminado por perder clientes y proveedores, y ahora el kiosco no era más que un tinglado aireado por jirones de toldos polvorientos. Estaba acabado. Un peligro para la ingente tarea entre manos. Y Anabel que no dejaba de sentir piedad por el pobre diablo. No había elección. Tampoco podía negar su siempre buena disposición para las tareas que se le encomendaban. Pese a haber sido relevado de misiones directivas, le bastaba ser requerido como un *patas* para considerarse pieza cuasi imprescindible en la ambiciosa beligerancia del comando.

Al menos, un *patas* perfecto.

Con un poco de suerte, todo iría según lo previsto.

Y allí seguía, con Barahona, esperando a que pasaran las horas, preguntándose si el reteñido jefe de pareja —tan repeinado hacia atrás y con el belfo tan pringoso que la sensación de náusea era casi incontenible— no beborroteaba y engullía con tanta delicia —boquerones en vinagre sin solución de continuidad— porque sabía que de un momento a otro iban a venir a por él y que se lo llevarían esposado y tundido.

¡Mira que si palmaba trescientos kilos por un repugnante guardia, por un apestoso trapo!

No era justo luchar por algo tan hermoso y sufrir tanto.

Su verbena empezaba a zozobrar demasiado pronto.

Y en el momento en que un fulano, que no dejaba de impetrar canciones con febril y cerril vocerío, fue atendido, sintió que se estragaba sin mesura. Estuvo por escabullirse y largarse a La Pequeña Arteaga. Lo más seguro es que Barahona no se enterara de nada. Y para entonces quizás la música fuera otra…

Por suerte, el pitido del transceptor —prestado por el Ayuntamiento— y el subsiguiente aviso del guardia de Puertas, obligó a Barahona a

sustraerse, y así pudieron dejar atrás a *La Monumental Show* infectando de sevillanas la algarabía.

Cosa extraña, Barahona se dignó a informarle.

—Parece ser que un chorizo anda merodeando por los coches aparcados en la explanada del Bordaluna. —Se mordió el belfo y redujo velocidad—. Mecagüendiez; esperemos que se haya ido para cuando lleguemos.

Efrén se repantigó ostentoso, con malevolencia. El otro captó el mensaje, y se limitó a componer o dejar escapar un visaje de muda inquietud. Una inquietud que provenía de su falta de elocuencia y de soltura profesional, como extender una denuncia por simple que fuera. Defectos de sobra conocidos e incluso alguna vez reconocidos en voz alta por el propio guardia primero.

Disfrutaría viéndolo atragantarse en su ineptitud.

Nada más desviarse, se acercaron el dueño y el aparcacoches. Éstos les informaron de un tipo que rondaba entre vehículos «con la casi segura intención de robar». El sospechoso vestía camiseta blanca de hombreras y pantalón vaquero; y unos minutos antes rulaba por la parte opuesta a la que ellos se encontraban.

Barahona carraspeó a Efrén que lo acompañara. Salió del coche y tardó en decidirse.

Efrén se frotaba las manos. Caminaba tras los pasos lentos, irresolutos del guardia primero, quien se paraba a cada pocos metros; hacía ademán de interpelarle consejo o apoyo… Pero no se atrevía y continuaba.

Se movían sigilosos, con los tricornios en la mano. El uniforme quedaba enmascarado por la altura de los vehículos y la semioscuridad del lugar. Un individuo que coincidía con la descripción facilitada, bordeó un turismo y se agachó.

Efrén experimentó un repentino deseo de intervenir.

Pidió a Barahona que se lo permitiera, y éste, mudo de agradecimiento, asintió con la cabeza y se hizo a un lado.

—Vete a la acera y, en cuanto me veas que lo abordo, bajas tú por detrás —dispuso, y el veterano partió como un rayo derrengado.

El sospechoso, con una rodilla en tierra, manipulaba en la rueda, pero no parecía que intentara apropiarse del tapacubos y ni siquiera que tratara de sustraer aquélla. No se apreciaba bien lo que hacía, pero se esmeraba en ello, cualquiera que fuese la intención.

Al comprobar que Barahona se había situado en el punto requerido, se fue para el sujeto.

—¿Se puede saber qué es lo que está haciendo? —le lanzó por

sorpresa, cegándole con su linterna particular.

Entonces le descubrió una navaja y Efrén retrocedió echándose mano a la pistola y sin dejar de enfocarle.

—No te muevas o disparo —advirtió, ya con el arma desenfundada y pegada a la cadera.

El tipo, un veinteañero, en ningún momento se había movido, salvo el espasmo típico del que es sorprendido in fraganti.

—Suelta la navaja —le exigió, y su orden fue obedecida.

A continuación se puso en pie con las manos en alto, volviendo la cabeza un instante al percatarse de que alguien le llegaba por detrás, cerrándole el pasillo formado por los coches. Vio que se trataba de otro guardia y estiró aún más los brazos.

—¿Qué estabas haciendo? —pasó a interrogarle.

Llevó la luz a la rueda y comprobó que estaba rajada.

—Esta también lo está —dijo Barahona, enfocando la rueda delantera —. Coño, y esta —añadió al apuntar a la otra.

Efrén reculó y comprobó que las cuatro lo estaban.

El turismo no presentaba sustracción aparente, sólo daños. Tenía matrícula de Barcelona.

—¿Qué es lo que pretendía? —insistió Efrén.

El tipo dijo algo que ninguno de los dos agentes entendió.

—Repite lo que has dicho.

—*Perque l'odi de la nostra gent siga viu* —pronunció revuelto de insolencia y temor.

Barahona transformó su rostro en la fealdad misma y Efrén prosiguió con la intervención.

—Date la vuelta y apóyate sobre el lateral de esta furgoneta. Separa las piernas y las manos… Más aún. Los dedos abiertos y estirados. —El otro obedecía—. Las punteras de los pies hacia fuera. Los pies más atrás.

Lo cacheó metódico, rápido, minucioso. No escondía ninguna otra clase de arma. En cambio, portaba el DNI. Se pidió datos a la Central de la Comandancia a través del teléfono del Bordaluna, por si se hallara reclamado por algún juzgado o su documentación fuera falsa. No tenía nada pendiente y sus datos eran correctos. Barahona confirmó que otros cuatro coches, todos con matrículas catalanas, tenían las ruedas pinchadas.

—¿Y qué hacemos? —dijo con fatiga, aún sin ver la solución, en especial porque la faena se les acumulaba: el transceptor les acababa de participar un altercado en la plaza.

Efrén anotó la filiación del individuo y le retiró el arma blanca. Con

posterioridad cursarían las correspondientes denuncias. Permitió al nacionalista que se marchara, y cuando éste se había alejado como cien metros, se volvió y les gritó a voz en cuello:

—*¡Visca Catalunya lliure!* —y echó a correr.

No le prestaron atención, porque aquel recado no representaba ningún problema ni perturbación sino para él mismo y porque la gresca de la plaza empezaba a degenerar.

En la plaza lo que ocurría tenía que ver con una pelea entre borrachos. Carmelo, el cabo de los municipales, sangraba por la nariz, al tiempo que barría el suelo con los zapatos intentando dar por entre la inmundicia de botes y vasos y papeletas de feria con sus grilletes, que alguien le había volado al par que le arremangaban los morros. Blasfemaba como un carretero. No sabía de dónde le había llegado el puñetazo.

Él y el beodo más fanfarrón, al que se le descubrió un puño americano y cuyo ojo se exhibía a la virulé, acabaron en el puesto de la Cruz Roja.

En diez minutos, Efrén cerró el atestado, firmando ambos, Barahona como guardia primero instructor, «auxiliado por el guardia segundo Salvador». *¿Quién sería ese Salvador?*

A partir de ese momento, el servicio adquirió un inusitado desarrollo de concordia. Barahona no cesaba de preguntarle si tal sitio era bueno o mejor otro para estacionarse. Efrén encantado. Le debía una. Así que a La Pequeña Arteaga. Quietud y soledad. Ladraron los perros. Entero y a base de bien. Pero el dichoso trapo…

Entonces decidió llegar más lejos, y en una de las pasadas por el cuartel, se hizo con las llaves. A las seis, cuando la parranda había decaído considerablemente, Efrén propuso un plantón en los aparcamientos de las eras.

Una vez allí se bajó y dijo que, de repente, le habían entrado unas enormes ganas de «evacuar», por lo que se perdió en la oscuridad con equívoca premura.

Habituado a los infrarrojos, franquear sin ellos la barrera de setos, esquivar el perrerío, penetrar al salón sin el cocker y sin zapatos, ralentizó su avance hasta la exasperación; la cual no mermó en tanto se arrastraba por el parqué.

El salón tenía infinitos recovecos.

Y de golpe y porrazo —contra un taburete—: ¡Eureka!

Sobre un travesaño del asiento descansaba el trapo. Ag, ag. Mientras se ataba los cordones experimentó la sofocante aprensión de no haber salido nunca de allí. Ya fuera se dio prisa por juntarse con Barahona. Sin novedad. Qué estribillo tan delicioso. Lo divisó acompañado…

Por el teniente.

Engurruñó la prueba reveladora y se la guardó por dentro del pantalón.

A cinco pasos del oficial, se cuadró en el primer tiempo del saludo, clavando sin percusión la punta de los dedos en la sien como un adepto bien entrenado. *(Mejor de lo deseado)*

Permaneció en esa postura, esperando a que el oficial le permitiera bajar la mano.

El oficial lo miraba suspicaz.

—¿De dónde viene usted?

—Tenía cierta necesidad fisiológica —se justificó, un puntazo irónico.

—¿Y siempre tarda usted tanto?

Es que se me había olvidado un jodido trapo con olor a cloroformo.

—Me encuentro mal. Eso es todo, mi teniente —alegó con súbita gallardía.

En el acto se previno: «clavo que asoma, clavo que es golpeado».

Las clases de tropa no sólo debemos ser un poco abyectos, sino parecerlo.

—Baje el brazo —permitió oficial.

Se dirigió al guardia primero y le pidió la papeleta.

Los verdugos se ensañan con sus víctimas: más cuanto más desvalidas.

¿Será motivo de correctivo cagarse durante el servicio?

¿Sospechará algo?

En un lado el trapo misterioso, en otro las llaves falsas y tan buenas como las originales.

Si intenta registrarme le pegaré un tiro y pasaré a ser un ilegal. Dejaré de ser Efrén en la clandestinidad y mi nuevo alias será El Garibaldino II, como aquel famoso bandolero que antes fue guardia civil. También yo me haré famoso y también me matarán. La Cúpula se encargaría de ello y nadie destaparía nada.

Vivir y morir en la lucha.

Hasta el fin.

La satisfacción moral, la llamarada de gozo que a uno lo invade cuando sabe que lo buscan y no lo encuentran, la vanidad del triunfo viendo cómo su terrorífico desafío desespera a los apócrifos demócratas: todo ello diluye el horror a la ignominia de la cárcel o el reposo yerto encajonado en el túmulo de los debeladores. Hasta el fin.

Sueños incorruptibles.

Osadía infatigable.

Hasta el fin.

Su mano acariciaba la chapa del cinturón —mucho más brillante que la del teniente—; su codo la culata de la Star…

El oficial garabateó la papeleta *Sin Novedad* y, cosa sorprendente, no se entretuvo en escudriñar el lustre de los zapatos, ni la raya del pantalón, ni tampoco midió la altura del tricornio sobre las cejas: increíble que asomara la normalidad entre tanto despropósito como se sucedía en la vida de los insignes militarras.

—Que tengan un buen servicio —fue la despedida.

Fue entonces cuando un vislumbre de sospecha, seguida de un íntimo pavor, se apoderó de su entero ser.

¡Lo sabían!

LVII. CAÑA

1

Durante varios días no pudo conciliar el sueño ni el apetito. En cada vicisitud que ocurría en el cuartel, por nimia que fuera, barruntaba la mano larga, ancha y negra de los Servicios Especiales.

Puso patas arriba su cuarto buscando micrófonos, medía cada palabra cruzada con los compañeros, quedaba con Anabel en la capital —porque no se atrevía a pasarse por la calle Zigia—, con la que se encontraba al cabo de innúmeras contramarchas y fintas al tomar o bajar de los transportes públicos; o bien se mantenía al tanto de la situación en la cárcel del pueblo a través de teléfonos diferentes en un ruleo enloquecedor y extenuante.

Tras dos semanas de sobresaltos baldíos, pero sin bajar la guardia, tornó a la rutina de guerrillero. Quería reivindicar el secuestro.

Era la siguiente fase y no sabía cómo abordarla sin dejar un reguero de pistas. El tiempo transcurrido sin que nadie se diera una vuelta por La Pequeña Arteaga, a la que ya de servicio, ya de paisano, reconocía día y noche, denotaba que tal lugar no figuraba entre las sospechas de Urbano ni de la Policía, si es que se había iniciado investigación alguna.

Reivindicarlo, pero *cómo*.

Aburrido de cavilar sin fundamento, optó por entretenerse con el ordenador de Monti, ahora de su propiedad.

Vaciló al empujar la puerta, y se forzó a entrar, por vez primera desde su muerte.

Despojado de trastos personales, el cuarto resultaba sobrecogedoramente espacioso, lleno de un silencio confuso, un eco de mil ilusiones allí suspendidas, limadas a última hora y sin alcance. Tres particulares vestigios lo recordaban: una taquilla metálica con pegatinas constitucionales de la bandera nacional y de la Guardia Civil —SI ME NECESITAS LLÁMAME: sonrió con severo, lúgubre sarcasmo—; una cama cubierta por una colcha verde con el escudo de la Institución, apenas quitando de la vista un colchón con círculos marronados, ocres, parduscos, embarrado de pequeñas gibas seguidos de deformes depresiones, tan oficialmente cochambroso como todos, como todo; y por fin —aunque procuraba abstraerse en cualquier insignificante vacuidad contenida en aquellas cuatro paredes de cuarto de soltero muerto—, depositado en una esquina, lo que Monti dijo a sus padres que tendría que ser para él: el ordenador *AMIGA*, uno de los mil ecos.

Libre de periféricos, tan sólo acompañado por una caja de disquetes, semejaba una pequeña lápida. Estuvo por volverse. Pero siguió adelante. El arrastrar de sus pasos resonaba de un modo tremebundo, como si transitara una cueva. Una cripta. El silencio, el *AMIGA*, el vacío, el eco: lo oprimían. Se paró, formando una ele con la máquina. Tosió: acústica de ultratumba. Un halo de congoja impregnaba aquel acto trivial.

De congoja y de efluvios.

Y pudieron más los segundos. Lo tomó y escapó.

Al igual que el aroma de los libros escolares nuevos nos rememora la época colegial, el de la computadora lo arrastró a tiempos felices matando marcianos o jugando al *Soccer*, presumiendo que las mayores satisfacciones no vendrían de aniquilar a las hordas extraterrestres, sino de su vida como guardia civil…

Hay que joderse, qué distinta la realidad cuando se pone más corazón que cabeza.

Como necesitaba un televisor, llamó a la puerta de Velasco, la cual, entreabierta, dejaba ver a su compañero sentado en la cama e inclinado sobre una mesita.

—¿Qué hay, socio? —dijo al percatarse de su presencia—. Pasa, joder.

Al verlo con ojos enrojecidos y aire un tanto ausente, Efrén se interesó por su salud.

—¿Te encuentras bien?

Velasco se raspó la nariz.

—Pues claro.

—¿No crees que deberías irte olvidando de esa mierda…? —dejó caer Efrén, dirigiendo los ojos al polvillo sobre el cristal de la mesita.

—Eh, pero de qué vas —se revolvió el otro, con aire ofendido—. ¿Eres mi padre o qué? Yo controlo, sabes, yo controlo. Además, ¡a ti qué te importa! Soy mayor que tú, he follado cuarenta mil veces más que tú y hago lo que me sale, ¿vale? ¿Qué cojones querías?

—Nada, hombre; nada —repuso Efrén, en retirada.

Velasco pegó un bote y se puso en pie.

—¡Eh, socio! —lo llamó—. ¿No me irás a decir que te has mosqueado conmigo, eh, eh? Porque decir «qué cojones quieres» no es mandar a la mierda a nadie, que yo sepa. ¿Sí o no? —No esperó respuesta y continuó con extraña excitación—. A ver, dime, dime. Porque entras, me sermoneas y te vas. Que yo te diga «qué cojones quieres» no creo que sea para largarte de esa manera y sin decir a qué venías. ¿No te he dicho mil veces que conmigo lo que quieras? ¿Te lo he dicho, sí o no? —Efrén asintió con la cabeza, ya que el otro no le dejaba abrir la boca—. ¿Pues entonces, por qué

te pones así? De verdad, socio, me dejas hecho polvo.

Velasco cerró los ojos como si fuera víctima de un repentino y virulento dolor de cabeza.

—Quería pedirte el televisor —dijo Efrén desde el umbral.

Velasco tardó en contestar. Sobrepuesto, exclamó:

—¡Joder! No tienes ni que pedírmelo: entras y te lo llevas. Me ofendes, socio, me ofendes. ¿Por quién me has tomado? ¿Acaso yo tengo cerrada mi puerta como el tontaina este? —movió la cabeza hacia el cuarto de Carrasco—. Pues entonces, coges lo que sea y ya me lo devolverás.

Cuando Efrén levantaba el televisor de la repisa, Velasco volvió a inquirir:

—¿De verdad que no te has mosqueado por que te haya dicho «qué cojones quieres»? —insistió compungido hasta lo inconcebible.

—Pues claro que no, leches —se expresó Efrén con cierta confianza despectiva, que, como preveía, alivió a Velasco.

—Estupendo, socio —corrió a abrirle la puerta a tope.

Mientras conectaba el *AMIGA* al televisor, lo oyó abandonar el pabellón.

Todo a su alrededor parecía desmoronarse. Y él resistiendo. De momento, invulnerable. Procuraba manejar el ordenador con frialdad, renuente a la melancolía para no abatirse. Desistió del guion del Polilla; curioseó otros títulos. La imagen de Jekill y Hyde que compartían o se dividían un mismo rostro, un helicóptero del Cuerpo en vuelo sobre un paisaje nevado, un indio emplumado, una rubia todo curvas, un archivo con su nombre… Lo abrió. Digitalizaciones de algunas de sus fotografías: en la academia en chándal, en la academia en albornoz y zapatillas de goma, en la academia con mono azul de faena y gorro cuartelero (deliciosa: tenía pinta de anarquista de las FAI); en traje de campaña, de paseo… Cambiaba la indumentaria, la cara se repetía: una combinación de altruismo y megalomanía. Y bochornosa candidez. Pulso la opción *siguiente*…

Y el corazón se le encogió.

Salva… Efrén, ambos se horrorizaron. Una imagen suya: mitad guardia civil, ¡mitad activista del FRAF! Se acordó de ese temerario pasatiempo, que debió de guardar de forma accidental. Con todo, lo que le estremecía de espanto eran las palabras al pie de la imagen.

Letras que él no escribió.

DALES CAÑA, SALVA

Si hubiera visto el nombre de *Efrén*, habría salido de estampía.

No, él no había escrito aquello. Seguro. ¿Lo supo Monti? ¿Era una casualidad o una causalidad de la rebeldía contenida y que de manera tan dispar expresaron uno y otro?

Repasó el resto de los archivos, pero no halló nada tan comprometedor. Luego buscó la canción sin nombre o *La Ira del Embaucado*. Pero no dio con ella. Era como si se hubiera ido con su hacedor. Lo más parecido que encontró fue una versión del himno del Cuerpo al par que desfilaban fotografías de su occiso amigo: Monti con traje de gala, de faena y rastrillo, con sus padres, besando a su exnovia; en posición de *firmes*, junto a una estatua del fundador, el duque de Ahumada, en la que orgulloso y serio sacaba tanto pecho como metía barriga. Imágenes de una exaltación exagerada, errónea. Fatídica.

¡Y yo no podré vengarte!

Ingresamos como devotos de una idea benemérita, cuyo fulgor nos cegó mientras soñábamos con ser lo que parecíamos y en ello te dejaste la vida. ¡Bienvenidos al pelotón de los embaucados!

Y yo, por si no fuera suficiente, bajo la insania de cuatro tarados autodenominados comité central…

Se ahogó una carcajada al detectar la similitud de las dos direcciones que trataban de dirigir su vida. Su vida como un puto número. *Y es que a ti te jodieron los caudillos del tricornio y a mí, además, me joderán los «camaradas» del pasamontañas, que hacen gestos como los héroes de las películas americanas, a las que dicen odiar. Pronto nos veremos en el Más Allá, amigo. Porque yo no sólo no me he retirado, sino que persisto en la incursión. ¿Adónde fue a parar tu canción? Aquellas sucesivas cúspides y simas de sensaciones: alborozo-frustración, ardor-impotencia, ira… ¿Cómo resolviste el final? Quizá descubriste lo que yo un poco antes; pero la muerte te truncó y no te dejó escapar: lo que ocurrirá conmigo si no reacciono a tiempo, si sigo empeñado en esta supina evidencia de perdición…*

Bienvenido a la *realidad subyacente*.

Se notaba que se hundía.

Deseaba salir al campo a gritar, a desahogarse, a llorar como un niño perdido. Pero no lo haría. Si impides salir las lágrimas, acumulas coraje.

Sí: un topo vindicativo, un cimarrón, un Exiliado como Juan Salvador Gaviota, sólo que secreto y desaforado. *Efrén*.

Golpeó el teclado con la fuerza iracunda de un embaucado, oprimiendo teclas de reseteo. La pantalla del *AMIGA* se iluminó y en unos segundos se azuleó moteada de iconos en forma de cajones, que abría y cerraba a golpes de ratón. Se metió en un sintetizador de palabras. Bastaba con escribir y la máquina lo recitaría con su voz metálica e impersonal.

Probó:

EN NOMBRE DE LA ORGANIZACIÓN FRAF, HEMOS SECUESTRADO A SU HIJA. SOLICITAMOS UN RESCATE DE 300 MILLONES DE PESETAS, EN BILLETES GRANDES Y USADOS. SI FRACASAMOS NOSOTROS, FRACASA USTED. ¡VIVA LA FRACCIÓN REVOLUCIONARIA ARMADA ANTIFASCISTA!

Activo la opción SAY y el *AMIGA* cloqueó el mensaje de un modo aceptable. Quien lo escuchara tendría que rebobinar la cinta unas cuantas veces: el programa era anglosajón y anglosajona la fonética.

Pero en manos de Urbano Arteaga y de la Policía, lo rebobinarían las veces que hiciera falta y se enterarían.

Lo que acababa de hacer era digno de ser visto por su camarada pelicobre. Salió zumbando escalera a la acción: la esencia del progreso.

2

En la cárcel del pueblo recibió novedades como él mismo lo haría a un superior:

—Sin novedad, camarada-jefe —le participó Dioni.

El *firmes* que le presentó dejaba bastante que desear, si bien no tenía nada que envidiar al que podía ver en muchos de sus superiores.

—¿Qué tal nuestra invitada?

—Espléndida —contestó Anabel, saliendo de la habitación nuclear; sonaban coros sinfónicos.

Se dieron un pico, y luego otro, y otro, y finalmente uno largo y profundo.

—Te echo de menos —se dijeron, y pasaron a repasar cuestiones primordiales.

Lo importante era que la prisionera se había adaptado en el plano psicológico a la situación impuesta y no parecía conflictiva en el sentido de que fuera a intentar una fuga desesperada, se autoinfligiera daños o se negara a tomar alimentos.

Bajo el control permanente de Anabel, auxiliada por Dioni en momentos críticos —como la entrada o retirada de alimentos— y envueltos por música o algarabía televisiva contenida por el poder insonoro del corcho, la operación transcurría sin complicaciones.

Nunca sin bajar la guardia.

No la permitirán que les vea las caras.

No conversarán.

No dejarán pasar la ocasión de ser millonarios, de golpear con dolo y rencor al fascismo.

—Bien. Sabemos lo que *no* tenemos que hacer. Ahora pasemos a concretar lo que *sí* vamos a hacer. He hecho una grabación con un mensaje de reivindicación. Sospecho que la familia aún no sabe nada, no con certeza. Tal vez lo ignora o tal vez las investigaciones las llevan a cabo con extrema precaución. En cualquier caso, va siendo hora de que lo sepan según nos conviene.

—¿Cuál mensaje? —preguntó Anabel.

Del bolsillo trasero de sus vaqueros, Efrén sacó los guantes del uniforme de paseo y se los puso. Sus camaradas lo miraban con curiosidad.

—Aquí está —mostró una cinta de casete que extrajo del otro bolsillo.

Dioni fue a cogerla, pero Efrén la retiró.

—Esta cinta no debe llevar huellas —advirtió, tajante—. No de las nuestras. La he manipulado en todo momento con los guantes puestos y sólo debe llevar muchas huellas de otros.

Pidió el reproductor a Dioni, y éste, asintiendo como hipnotizado, fue al dormitorio de la cárcel, lo desconectó y regresó con él; en su lugar dejó chillando a los Picapiedra en el televisor.

Tras la escucha comentaron, fascinados, no obstante, que no se entendía muy bien.

—Lo acabarán entendiendo —se movilizó Efrén—. La llevaremos personalmente. Nos vamos, Anabel. Una pareja despertará menos sospechas que un individuo solo y merodeando.

Dejaron a Dioni a cargo de la prisionera y se marcharon, no sin antes reconocer a Yénifer por la mirilla. Efrén la contempló sentada en la colchoneta, con las piernas cruzadas y leyendo el *Quijote* en las primeras hojas del tomo tocho.

Normalidad revolucionaria.

Vagaron entresacando folletos publicitarios de buzones atestados, para una hora más tarde repartirlos en las cercanías del chalé objetivo, tal que dos jóvenes en paro explotados por la coyuntura económica. A veces, sentados en poyos, armados de botellón o cartón de vino vigilaban con aspecto de ebria parsimonia los movimientos de la vivienda. Así, rodeados de los bendecidos sedantes que el Sistema pone a disposición de los contestatarios, no llamaban a otro escrúpulo que a la aversión y al paso atareado.

Efrén envolvió el grueso sobre con una cuartilla que avisaba de no

desperdiciar la oportunidad de tu vida para cambiar de coche, lo introdujo en el buzón del destinatario, reteniendo el papel publicitario, y prosiguieron como si tal cosa, huyendo tan sólo del calor, pisando las sombras más foscas, embriagados de audacia y amor.

Amor a la Lucha.

Normalidad revolucionaria.

Caña.

LVIII. MÁS CAÑA O JO TA KE. FUROR Y FUEGO

1

Los telediarios recogían la noticia de forma escueta. Mencionaban el secuestro de la hija de un hombre de negocios. Y en cuanto a la autoría, señalaban al FRAF. Pero no lo presentaban como primera noticia ni aparecía en titulares. Al fin y al cabo, Urbano Arteaga no era un personaje famoso ni su fortuna conocida.

Por fin el destinatario tenía conocimiento de que se trataba de un secuestro y que para recuperar a su hija tendría que aflojar ese dinero ganado a base de estrago y compadreo delictivo. Quedaba esperar. Semanas. Puede que meses; una eventualidad difícil de soportar a largo plazo: Anabel carecía de ingresos regulares —sólo bailaba de cuando en cuando por mero desahogo— y lo mismo Dioni, quien dependía por entero de él. Éste aseguraba que no sólo se había desentendido del kiosco, sino también del *caballo*, tal era su «arrebato revolucionario». La provisión, apoyo, avituallamiento y relevos parecían colmar todas sus ansias al par que entretenía o postergaba su caída inexorable. Transitorio, pero al menos apto.

El comando. La secuestrada. El remanente millonario del triste furgón menguaba sin solución de continuidad con el paso de los días.

Pese a todo, se sentía tranquilo: la alarma social no había sido grande, la Policía estaría movilizada pero sin pistas rurales y el grupo anti-FRAF del Cuerpo se habría resignado a la actividad original de contrarrestar a un grupo cuasi extinto.

Por eso en cuanto se enteró de que Víctor andaba por el pueblo, cogió dinero y salió en su busca.

Vagó la mañana entera por los bares preferidos de Víctor; y, finalmente, todos, yendo de unos a otros como una bola de máquina recreativa.

No dio con él.

A la tarde, ya de servicio, topó con él en el Manola.

Le abordó como si fueran amigos de toda la vida, viejos amigos que no tendrán reparos en contarse secretos inconfesables al abrigo de un tanque de cerveza.

—Hombre, qué hay… —se quedó pensando Víctor, en tanto se estrechaban la mano.

—Salva —dijo el guardia segundo, también haciendo memoria.

—Eso, joder, qué cabeza la mía. Qué tal, Salva.

—Bien, ¿y por esa élite?

Víctor sonrió.

—Cojonudamente —largó infatuado—. ¿Y vosotros qué, «romanos»? —y de manera estúpida se puso a reír, como si el chiste tuviera gracia

Efrén le siguió por mera capciosidad.

—Tirando.

Carrasco se apartó con descaro.

—Manola: un *Sol y Sombra*, cuando puedas. Que por aquí hay muchos humos.

Efrén tembló.

—Y dos cervezas —pidió en un alarde de suerte azarosa.

El cabo compuso un gesto de rechazo.

—Yo no quiero nada —dijo a la dependienta, y ladeándose hacia Efrén—: Buen capullo te ha tocado esta tarde.

—Me temo que sí —concedió Efrén, sin vehemencia—. Pero, hombre, tómate algo. Para una vez que nos juntamos… —insistió, ahora sí vehemente.

—Está bien —aceptó el cabo—. Tomaré otro descafeinado; por no despreciarte.

Quién pudiera tomarse un descafeinado, pensó Efrén, por no pensar que se comería el centro de una rosca.

Charlaron de lo de siempre, de los macutazos de subida salarial, de las horas impagadas, de los pluses afanados y de los jefes, tan cabrones y tan impunes. Calentados los motores, Efrén no aguantó más.

—¿Y qué tal lo vuestro? Liados, supongo.

—¿Liados por qué? —dijo Víctor, mirándose la hora.

—Me refiero a lo del secuestro de la tía esa por el FRAF.

—¿Un secuestro del FRAF…?

¿Aquel tipo era un necio o un lince?

—Es la primera noticia que tengo —añadió Víctor—. ¿Dónde dices que lo has oído? Que yo sepa la última Nota Informativa que le pasé al capitán con el café no decía nada del FRAF; sino de los cantamañanas del sindicato. Y en eso andamos ahora.

Era un renegado. Un arrastrado. Un soplón; más bien un soplapollas.

—Creo que en la radio.

—Ni idea. Estará en Pendiente. Bueno, y la gasofa para cuándo —

cambió de tema, presumiendo que éste interesaría más a su interlocutor—. Siempre que vengo por aquí os veo a pata. Os vais a hacer unos atletas de cuidado, eh, je, je —cacareó una risilla de majadero; y con tanto alborozo que Efrén volvió a imitarle y esta vez casi contra su voluntad.

—¡La leche, qué tarde! —probó el café y lo descartó—. Adiós, buen servicio —se despidió, dándole una palmada en el hombro y dirigiendo una fea mueca a la robusta espalda de Carrasco.

Más alentado por lo intuido que por lo averiguado, pidió al jefe de pareja darse una vuelta por La Arteaga. Carrasco dijo que no, que se fuera solo y que él lo esperaría en el bar: que para una vez que la presentación no figuraba en papeleta no se iba a tomar esa molestia.

Esa casa era su bola de cristal; lo que fuera a devenirle se anunciaría antes por la agitación que le detectara.

—Tengo una idea mejor: continuaremos el servicio en mi coche.

—Por mí como si te la pelas, *chico* —replicó el otro.

—Te he dicho mil veces que no me llames «chico», ¿vale?

Carrasco llamó a Manoli.

—Otro *Sol y Sombra*; con Chinchón, por favor.

Efrén se dio por vencido.

Carrasco apuró la cuarta copa, ¿o era la quinta? ¿O la décima?

—Manoli: dime qué te debo; de lo *mío*.

Carrasco pagó sus consumiciones y las restantes Efrén.

Salieron a la calle.

—Vaya con los amigos que te vas echando. Y ahora el viejales facha.

—No es mi amigo. Es por un tema de radios, ya lo sabes.

—Ah, ya. Pues me la trae floja —repuso el jefe de pareja, buscando la papeleta entre la documentación de su carpeta euskaldún—. ¿Por quién me tomas, *chico*?

—Por un cabrón.

Carrasco formateó un conato de sonrisa, y aunque la atajó a tiempo, Efrén la había detectado. Era la primera vez que veía sonreír a aquel tipo raro; raro y, a pesar de todo, magnífico.

—La puta papeleta dice VIGILANCIA GENERAL… Bueno, anda; cinco minutos.

—Ni uno más.

Subieron al R-12 y pasando por la casa, que se hallaba desocupada, Efrén quiso darle las gracias, pero el otro chasqueó la lengua.

—Bah, sólo quería putearte un rato —dijo con la vista hacia los tejados

del pueblo—: ¿Y eso?

Humo.

2

Una casa de tres plantas bufaba por todas sus ventanas un humazo que por unas era muy negro y por otras muy blanco. Llamas enanas lengüeteaban los marcos sin cristales con una cadencia vivaracha y casi armoniosa. Una llamarada como una lengua burlona surgió por debajo de la ancha puerta del garaje y todos retrocedieron.

Preguntaron si había alguien dentro y nadie supo responderles con certeza. Alguien voceó desde una calle lateral que veía gente asomándose y pidiendo auxilio.

Guardias, vecinos y transeúntes se echaron a la carrera. Efrén en cabeza. Dobló la calle y ganó el corral que por la parte posterior rodeaba el edificio incendiado.

Desde un solitario balcón una mujer enmudecida y contraída exponía dos tercios de su cuerpo al vacío; al pecho se pegaba una niña rubia. La pequeña no lloraba. La humareda las envolvía a rachas como un tul endrino y aciago. Efrén escaló la tapia y saltó al interior; halló una puerta, de chapa, y se fue directo contra ella.

Una vez, dos, tres; al cabo de diez mil empellones la puerta presentaba una serie de abolladuras más bien superficiales y superfluas. Y tan atrancada como al principio.

En su ayuda llegaron cuatro tipos rudos.

Se relevaban en los porrazos. Pero la maldita puerta temblaba y nada más. Todos exhaustos. Efrén porfiaba con furia, con dolor… sin fuerzas. Sin éxito. Mientras tanto, dos personas por arriba tosían agonizantes. La única forma de llegar hasta ellas consistía en escalar unos diez metros sobre una cara estúpidamente plana como no habría en ninguna otra vivienda.

Efrén tuvo la impresión de que la mujer desfallecía y soltaba a la pequeña, y corrió a situarse en la vertical por si pudiera socorrerla; pero la mujer la retuvo con una mano casi en el aire y con la otra se asió a la pared con pavorosa liviandad. El humo le buscaba el rostro y ella se revolvía con peligrosos vaivenes: se precipitaría en cualquier momento.

Abrazado con las manos y una pierna al lomo de la tapia, como a un caballo al que no lograra auparse, Carrasco le gritó si podía hacer algo, y Efrén le respondió que no. No había modo, copón. Carrasco se dejó escurrir a la acera…

… apretándose las sienes con los puños.

… la obvia impracticabilidad del auxilio… la niñita rubia… su amigo muerto. Furor y fuego. Juguetes de la Cúpula… Broncos recuerdos cuya pertinacia extravían sus pensamientos.

—He de hacer algo. Morir por algo que valga la pena —relató luego alguien que creyó oírle.

Y sorprendiendo a su sombra con un salto, se disparó cual parabéllum sinuosa en aras de una voluptuosidad mortal, arrojando el quepis como si se tratara de un ejercicio de tiro al plato.

El inmueble entero —por fortuna, una construcción independiente— defendía su propio desastre a cuchilladas de fuego, blandiéndose por todos los huecos a intervalos caprichosos.

Insensible a la coreografía infernal, Carrasco arremetió contra la puerta principal: dos testarudas y chamuscadas hojas que un grupo de vecinos había intentado tirar abajo, desistiendo cuando las llamas salieron a cubrirlas.

Y seguían éstas asomando o acechando, pero esto Carrasco o no lo veía o no lo sentía o un aliento del Más Allá lo impelía. Tal vez la llamada del Fin del Estado Actual de Cosas.

Escorado, con el hombro por delante, embestía su maciza complexión una y otra vez: algo crujió como un trueno y Carrasco desapareció tragado por una espesa fumarada rebosante de chispas achicharrantes.

Cuando nadie contaba con verlo, el guardia reapareció tiznado y con las cejas socarradas, ya que no la monda cabeza. Se palpó el amuleto al cuello del Ojo de Horus, tomó una poderosa bocanada de aire y, sin prestar atención a los paisanos que a sus espaldas gritaban que hacía una locura, que moriría inútilmente abrasado o asfixiado, se catapultó de nuevo. Hubo otro crujido de protesta, otro vómito de lumbre, y el público, inoperante y atónito, se replegó con los brazos extendidos y las bocas llenas de gritos.

Carrasco flotaba en una niebla tórrida como una alegoría del infierno al que se iba. Adiós puto mundo cruel. Se canjearía por dos seres dignos. Un humano macho menos es un voto en favor de la armonía universal. Por encima de su cabeza rugía el báratro. Atinó con unos peldaños y los escaló; al concluirlos, se quedó inmóvil, cegado por una albura incomprensible y sofocante. *(¿Flotaba en el Más Allá?)*

Cayó de hinojos. Un turbio rayo de sol hendió la esplendente cerrazón. Vislumbró un cuarto de baño. Se arrojó al piso y reptó hacia el canto de un grifo abierto. Topó con una toalla, la encestó en el lavabo, desbordado, y empapada se la llevó a la nariz y boca. Luego, de un patadón, descuartizó el desagüe, que absorbía la mayor parte del chorro, y embozado y chorreante prosiguió la búsqueda.

Gateando, convulsionado de toses, trataba de ver por dónde tirar. Todo brillaba. Un brillo espeso que le escondía las formas y el aire. No paraba de toser. No daba con nadie. Empezó a dar manotazos, rechazando desconchones y cosas inidentificables que le caían. Se mareaba. Se le partía el alma. *¿Lloraba?* El turbio rayo se había disipado. Estaba ciego. Por fin una muerte digna. No tan loable si dejaba a dos seres morir. Oyó un grito; venía de arriba. Intuyó las escaleras, se olvidó de la toalla y hasta de respirar y alzándose como un fénix rugiente por entre flamas y fulgores remontó hasta la planta superior; allí, a través de lágrimas y del revoleo de cenizas, captó el luminoso rectángulo del balcón. De éste partía una figura inclinada al exterior como el mástil de una bandera.

La mujer, con el cuerpo por fuera de la barandilla, se agarraba a ésta con la mano libre, la cual cambiaba de sitio de continuo por la quemazón del hierro o sacudiéndose por mero reflejo de la caída de tizones del alero y del vuelo de pavesas que se le posaban como nieve infernal.

Una llama semejante a un reptil se le retorcía en la manga y ella no parecía darse cuenta ni sentirla; o quizás sí, ya que se soltó en un gesto —indolente, no obstante— de desentendimiento y protección a su otro ser en el pecho, que apenas podía ya sujetar.

Sostenida por el precario apoyo de las punteras, tembló vencida y pasiva en el aire como una estatua maternal a la que acabaran de empujar. El público contuvo un grito unánime.

En ese instante, Carrasco surgió como el cuco de un reloj, sólo que más basto, más súbito y más redentor.

Arrebató a la mujer y su criatura del vacío y las metió adentro con una fuerza y plasticidad imponente, llevándoselas consigo pegadas como gajos de naranja, escalera abajo, precipitándose a la ponzoñosa bruma en estado terminal, transportándose como en un sueño melancólico, de misteriosa dulzura… *No necesito respirar, tampoco el Chinchón y el Lexatin*.

Ceñido a sus presas, se eyectó al exterior flameando tras de sí un humoso tirabuzón que suspendió de estupefacta alegría a los concurrentes.

Una costosísima película de Hollywood habría cerrado la escena con un tipo musculoso que corre en cámara lenta, con muecas de suprema, petulante tribulación a cuyo pecho brillante se pegan dos caras tiznadas de angustia mortal; de pronto —de fondo—, la casa explota en una globulosa y creciente bola de fuego. La panorámica que subsigue es un enternecedor y teatral fragor de aplausos…

Y así pudiera haberse grabado, excepto que la vivienda se consumía envuelta en humo y en una sorda persistencia ígnea. El ruido más claro lo producían las rasillas, que, reventadas por la alta temperatura, se descolgaban en cachos incógnitos. Y Carrasco que frenaba su estampida

con cara de gozo áspero, depositando en el suelo sus trofeos: la pequeña tosía con frenética naturalidad infantil y la madre, semiinconsciente, recibía una tunda de mantas contra las tercas ascuas prendidas a las ropas.

Un parcial derrumbamiento del techo levantó una ola de polvo y chispas: exclamaciones de pánico y retroceso.

Similitudes terribles.

Carrasco, de pie, giró la cabeza. La parte superior de la fachada parecía una espadaña. Por los vanos de las ventanas se veían trozos de cielo. Efrén atrapó su mirada: *chapó camarada*.

Quiso mostrarle el pulgar; pero optó por la elocuencia del silencio encarado: basta entre talentos superiores.

Se volvió Carrasco, sonriendo… —¡sí, Efrén estaba seguro!— a calmar a una parroquiana que a manotazos acometía un insidioso tizón prendido a la faldilla de la camisa. Estrujó la tela con parsimonia… Decenas de rosetones expansivos y humeantes habían convertido la camisa en un harapo irreconocible, por debajo de la cual hilos de sangre, ampollas y borbotones de piel excoriaban su cuerpo de roca y furia. ¿Por qué todavía vivo, por qué?

Por una infanta otra y al final su amigo muerto. Será porque ambos no merecían morir y el candor de una evocó al del otro, o por esas cosas que pasan y hacen posible sobrellevar el tormento de la soledad. Un tormento de más de diez años.

Y era como si hubiera ocurrido ayer…

El fogonazo de una ikurriña, el silencio, las botas…

La madre estrechaba a su hija. Miradas trémulas de gratitud. Llegaban ambulancias. Jamás volverá a tener otra oportunidad de morir con tanta dignidad… No paraban de felicitarle.

Se sentó en el suelo y cerró los ojos con fuerza…

3

… y se vio caminando por los contornos del campo de fútbol de Itzolosa. Cumplían órdenes directas del primer Jefe: sin miedo ni hesitación a las amenazas de bomba. La Guardia Civil muere pero no se rinde. Y además: por cojones. Pues, según solía repetir el condecorado oficial jefe, al Cuerpo le sobraban tales protuberancias sexuales para tirar de una ikurriña que, por lo visto, algún hijo de mala madre había plantado en un descampado de su país. Que debajo pudiera haber media tonelada de Goma 2 era lo de menos. En lo que no cayeron es que eran sus cojones y los de su compañero

Lugardo los que corrían el riesgo y no los de la Guardia Civil, y mucho menos los del teniente coronel Galiano, que soterrados calientes no arriesgaban nada.

No fue capaz de intuirlo.

Creía en el Régimen.

Sobre todo, Lugardo, su compañero. Los dos con la pureza de la inexperiencia, el pájaro del candor posado en sus inquietas mentes de pipiolos que buscan reinventar el viejo espíritu.

Cien metros por delante, en lo alto de una joroba de tierra alfombrada de verde, la bandera ni se movía. El sirimiri había cesado unos minutos antes y calada como estaba resultaba un distintivo poco llamativo pero inconfundible. Más llamativo sí les resultó, en cambio, un trozo de chapa recién garabateado: JO TA KE, que apenas si lo movieron al pasar por encima.

Se aproximan, exaltados sin saber por qué. *(La Guardia Civil muere…)* A un trecho casi equidistante, se veía a la derecha la pared del campo de fútbol, a la izquierda una carretera; enfrente bloques de edificios; y por detrás de ellos más casas y un salón de billares con gente en la calle…

El jefe de la comandancia, en una desesperada carrera por el ascenso y el prestigio personal, tenía ordenado la intervención en todos los frentes potenciales. Y así constreñía, con una promesa mixta de amenaza y de gratificación, a que sus fuerzas intervinieran sin titubeo en cualquier clase de suerte: si había éxitos, él se pasearía por los medios de comunicación desplegando su imagen de estratega nacional —tal que un pavo real su vistosa cola—; si surgían reveses —como a veces ocurría en la retirada de banderas de los Ayuntamientos más sediciosos—, el asunto se limitaba a una negligencia de los subordinados. Y si había muertos… él luciría su autoridad y una ensayada expresión de desconsuelo, así como la firme determinación de combatir a las hordas subversivas con las letras de *su* ley. La televisión y los medios afines le retransmitían como el principal sufridor de la tragedia, y la opinión pública se inclinaba a considerarlo el indomable titán, la víctima callada, como si los padres, las viudas o los amigos no tuvieran que ver con la pérdida de los seres queridos muertos en acto de servicio, cuyas indemnizaciones retrasaba o desautorizaba según su propio albedrío. Con esa aureola de soldado fogueado y con la ayuda de cierta prensa proclive al antiguo Régimen, aquel astuto oficial jefe, respaldado por un tumefacto historial fraguado por él mismo y sus medrosos colegas de las subdirecciones generales —que sabían de su patente de corso—, se forjaba una carrera de héroe patrio. Pero todo eso se le reveló más tarde.

Entonces le faltó perspicacia.

O le sobró ingenuidad.

Por sobre la pared del campo de fútbol, en las terrazas de los edificios, desde la fachada del billar, gente, decenas de caras mirando, *¿apostando…?*

Lugardo avanza seguro, esquivando escombros, zanjas, restos de electrodomésticos. Carrasco le sigue, atento, con éxtasis menguante. Quiere advertirle de que algo en aquella nublada percepción no se ajusta cabalmente con la agitación que los impele… La ikurriña está cada vez más cerca y él se detiene un instante para mirar en torno: fuera de los billares hay siluetas que les contemplan expectantes, impúdicos. Siniestros. Lugardo bordea un montículo, se llega a la base del que sustenta la ikurriña y de dos zancadas lo culmina. Desde allí mira a Carrasco igual que haría un escalador desde la cumbre del Everest que posara delante de una cámara fotográfica para la posteridad, ufano, triunfante; ¿funesto?… Carrasco experimenta una súbita y positiva aprensión… Le espeta un grito de alarma, pero no es más que un balbuceo afónico en el estruendo silencioso en el que nimbado por un fulgor aloque traslúcido entrevé a su amigo Lugardo tirando del mástil… despegando hacia el cielo encapotado como un *número* fraccionado.

Por sobre la pared del campo de fútbol, en las terrazas de los edificios, en la puerta de los billares: nadie. Había apuestas que pagar. Ni siquiera coches por la carretera.

Se irguió en medio de un brutal silencio, vacilante de si vivo o muerto, de repente despabilado por un vaho dulzón que desde entonces flota en su memoria y sólo el morboso Chinchón confunde. Y se vio —cosa increíble— saliendo de un cráter de bordes lisos, palpando un terreno caliente y pulverulento coronado por un par de pesadas botas.

Su amigo Lugardo, cercenadas las piernas, le rodeaba repartido en pedazos sangrientos. Junto a uno de ellos —un entero brazo— el *jo ta ke* relucía ahora reciente de sangre.

El efecto de una explosión comienza por una transformación química de sustancia sólida en gas, le sigue una vertiginosa generación de gases que pugnan por expandirse, originando así una onda de choque. Una onda que no se mezcla con el aire, sino que lo comprime y lo desplaza con un efecto mecánico demoledor proporcional a la potencia del explosivo y su distancia, dejando tras de sí el vacío, consecuencia del violento desplazamiento del aire. Dura aproximadamente una fracción de segundo. En esa fracción de tiempo, Lugardo recibió un instantáneo golpe de inconmensurable sobrepresión que lo separó de sus pies calzados.

Tras la nivelación de presiones ocurre el efecto inverso. La presión atmosférica tiende a rellenar un hueco cuya existencia es intolerable para la Física, generando, ahora —en el efímero lapso en que transcurre el fenómeno— una implosión. Es la onda negativa o de retorno, una

manifestación física cuasi imperceptible, salvo por sus efectos: en una explosión nuclear, el hongo que se aprecia es, en parte, consecuencia de la onda de retorno.

Fue aquella maldita onda de regreso a casa, de vuelta al punto de partida, la que le succionó junto a dos indescriptibles botas con pies dentro. Lo supo mucho tiempo después, cuando se dio a indagar en la tragedia, técnica, anímica, introspectivamente.

Existe una tercera onda: la sónica; la que avisó a los incasuales observadores de que el espectáculo había terminado. Eso también lo supo después, inquiriendo por entre tascas de fanáticos. Y es que su cerebro, en un acto reflejo, se encogió antes de que él pudiera reaccionar y no recuperaría la plena lucidez hasta pasadas muchas horas de sonámbula conmoción repartidas entre el muladar y el hospital. Cuando pudo levantarse no oyó sino el zumbido de un mundo mudo, empero lleno de ruidos que su tímpano hecho ciscos no le transmitía. Luego un rápido y furtivo funeral donde una viuda derramaba lágrimas que ya no tenía; y oculta de la luctuosa e histriónica ceremonia oficial, una niñita rubia, huérfana, alucinada en brazos de los abuelos, en donde las condolencias eran para el astuto teniente coronel, que a todos repetía el mismo estribillo: *la Guardia Civil muere* —hacía una pausa (cargada de falsa emoción), y concluía—: *pero no se rinde*.

Uno de sus hombres había muerto. En parte él lo había ejecutado. Igual que hiciera el prestigioso y afamado colega jefe de comandancia en las «gloriosas décadas» de la Dictadura, cuando fusiló a todos los integrantes de un Puesto bajo sus órdenes por COBARDÍA ANTE EL ENEMIGO —el maquis.

Y al igual que aquél, él se cubría de gloria y de medallas.

Y de sangre.

Qué diría tan sañudo y uniformado psicópata después de ver cumplidas sus órdenes o qué le contaría a las viudas y a sus hijos: «Maté a vuestros papás porque ¡LA GUARDIA CIVIL MUERE, PERO NO SE RINDE!». Cómo es que no le juzgaron sin pantomimas militarras por asesino en serie. ¿Cómo es que se considera una efemérides digna de alentar el espíritu de la tropa?… Ag.

Y sin complejos, éste repetía la hazaña a su modo.

Cambia la estética del entorno, el atavío del ejecutor, apenas la sutileza: pero la ambición es siempre la misma: la veneración de los infelices; sacralizarse a costa de víctimas, ser, en todo caso, discutida su altura heroica, pero jamás la pervivencia de la especie.

Con tal acongojante estribillo, Galeano se llevaba las palmadas de apoyo y las felicitaciones. A esa hora el comando terrorista levantaba

chatos por el éxito de la *ekintza*. Por debajo de los trazos penosos en el rostro de Galiano, sus facciones también brindaban. Gracias al interfecto de Lugardo, a otros muchos antes y a los que vendrán, él se hacía una carrera meteórica, ganándose un prestigio de héroe-mártir nacional hacia el infalible generalato, en tanto que los mandatarios civiles de turno andaban más interesados en el latrocinio de la Cosa Pública.

Huyendo del horror descubriría que unas copas de Chinchón —varias al día— era el único remedio capaz de mitigar tan infausta remembranza. Una vez tuvo un amigo, no un compi, no un coincidente laboral: un *amigo*. Tres mil y pico días después el remanente de una pena indecible.

Abrió los ojos y se alzó panda, resueltamente. La humareda que ennegrecía la casa tenía en algunos rincones el mismo intenso resplandor que las arreboladas nubes del cielo. Sacudió los restos de su camisa y, para asombro del gentío, enfiló con traza de superviviente carbonizado a un bar donde echar un trago del bondadoso aguardiente. Se liberará de él otro día.

Sí, más adelante.

Otro de los suyos.

LIX. EPÍSTOLA A LOS ROMANOS

1

Uno de los abogados de Urbano Arteaga y portavoz de la familia, expresaba en una emisora de radio la angustia de la familia por carecer de noticias de la secuestrada. Luego añadía que, de acuerdo con las informaciones de la Policía, se dudaba de que la autoría correspondiera al FRAF. Sustentaba esa teoría en la inusual forma de reivindicación y el modo de llevarse a cabo. El dinero que se le pudiera solicitar (no mencionaba la petición concreta de rescate) no podría ser pagado por el señor Arteaga, ya que éste carecía de capital bastante y atribuía la operación a un error de los terroristas o los extorsionadores.

Efrén, desde un *firmes* primoroso en el centro del cuarto de Puertas, el tricornio caído sobre las cejas, sonrió en solitario desdén. Las noticias informaban ahora de un corrimiento de tierras en Brasil. ¿O era en Colombia? Desconectó la radio.

Pagaría, vaya que sí. En su taquilla guardaba extractos de raras cuentas cuyos saldos sumados alcanzaban los trescientos millones, amén de otras cantidades que el andoba tendría escaqueadas. Seguro que tenía mucho más, y él se lo iba a requisar.

Un mes después de la reivindicación del secuestro, era el momento de impulsar las negociaciones. Si concluía bien, sería una victoria formidable; si mal, lo más probable es que los tres integrantes del comando Centro acabaran muertos o en la cárcel por muchos años y no poca infamante propaganda.

El paso dado no tenía vuelta de hoja: uno se podía acercar a un general y dudar entre descerrajarle con la Uzi o volver grupas y poner pies en polvorosa. Pero secuestrar a la hija de un criminal por nada, eso sería una gedeonada imperdonable, digna de escarnio, lamento y humillación.

Por Carmela sabía que «el señorito» llevaba sin venir varias semanas, desde mucho antes de que el secuestro se hubiera producido. Y ningún policía se había personado a husmear por aquellos lares. Una veta de información que mantenía al día. En cuanto a Yénifer, su cautiverio discurría por la regularidad prevista.

Impulsar las negociaciones, asegurar el cobro: pero cómo hacerlo sin llevarse, por añadidura, una precisa parabéllum puesta, era algo que no terminaba de ver claro.

Fuera de La Pequeña Arteaga debían de estar ocurriendo cosas. Le

urgía hacerse una idea de las pesquisas policiales y Víctor no le había ayudado mucho en el último encuentro. Sin embargo, le había revelado las claves para extraviar a los briosos comandos antisindicato, los enmascarados bajo las siglas Grupo anti-FRAF.

Su magín discurría en el borde de una finta total.

El teléfono sonó. Un alto en las rumias cíclicas, enloquecedoras los días de Puertas.

Al otro lado del aparato el escribiente de la Línea requería con urgencia al brigada.

Dos notas participaba la Línea: la primera, que el brigada debía disponer el nombramiento de controles de carretera para todos los servicios «hasta nueva orden»; y la segunda, que designara a dos guardias jóvenes con el fin de rellenar hueco en la formación de los próximos actos patronales, celebración oficial que la Dirección General proyectaba exhibir en el Colegio de Guardias Jóvenes, Duque de Ahumada.

Por el buen parecido físico y por aquello de la nueva imagen, el comandante de Puesto mandó los nombres de Velasco y el suyo.

Efrén no dejó de sonreír con áspera ironía el resto del servicio. Tenía gracia la cosa, una gracia estragante. Pero no tuvo fuerzas para recurrir el fallo del brigada. Era un topo. Cimarrón. Vindicativo. Y lúcido. Conque controles. De machacas para los anti-FRAF. Alguien les había mandado deberes. Y eso sucedía porque el otro frente —el auténtico y obsesivo frente—, lo mantenían controlado. Intolerablemente controlado.

Una hora para acabar. Dos para la nueva contraofensiva.

2

La excitación le tiritaba las neuronas. Nervios fajando nervios. Más incluso que en los prolegómenos contra dios uniformado. La furibunda batida que la Cúpula desplegaría a partir de que tamaña instigación fuera detectada no tendría precedentes en comparación con lo promovido hasta entonces. Ni siquiera el secuestro de Yénifer.

De ahí que vigilara de continuo a su revolucionaria gogó para que no tocara sin guantes sobres, folios y ni aun la mesa: huellas o rastros de sudor que serían examinados hasta la paranoia.

Efrén tenía que admitir que lo que hacía le estaba volviendo un obsesivo implacable. Pero a esas alturas de la película lo que tenía en juego era más que su futuro: su vida. Con las manos enfundadas en látex, Anabel tecleaba incómoda y desconcertada sobre la Olivetti LINEA-88. La máquina de escribir: otro señuelo; el mismo modelo de asignación oficial comprada

a un chamarilero del Rastro.

—No sé cómo puedes creer que un mensaje como este pueda distraerlos.

—Este es el único caballo de batalla que neutralizará a una gran parte de nuestros cazadores: el jaleo del sindicato clandestino. Dejarán todo lo que tengan entre manos con tal de atajar estas cartas —remachó él disponiendo un montón de sobres listos para ser cerrados.

Ella arrugó la frente con aire de incredulidad y siguió copiando. Y es que para Efrén resultaba imposible definir lo extraordinario de la añagaza. Hacía mucho que había dejado de pensar como *número* y sí como persona, con todas sus consecuencias. El grupo anti-FRAF es una tapadera y la secreta actividad de tal Grupo no era otra que la persecución y exterminación del sindicalismo clandestino: ni indulgencia ni compasión con los cuatro locos que luchan por su legalización; pues mañana podrían ser ocho o cien. O mil. Y luego diez mil, o sabe la Virgen del Pilar hasta dónde se extendería la calamidad.

¡Adiós, gozosos feudos y delirantes hábitos de caudillaje!

Ella puso el punto final. Él leyó:

> Compañeros Guardias Civiles:
>
> Como sabéis, seguimos perseverando en pro de la Asociación Democrática y Constitucional que es el SUGC. Por su implantación legal nos esforzamos y arriesgamos, unidos y alentados por la idea de pertenecer a una Guardia Civil al servicio genuino de TODOS los españoles, desde unas condiciones democráticas y dignas. Eso quiere decir la abolición del yugo militar, la apertura real a la sociedad y a los ciudadanos que nos pagan y una dignificación de nuestra profesión como fuerza policial antes que militar. Por todo ello, solicitamos vuestra ayuda, aunque sea mínima, en el número de cuenta que ya repartimos el mes pasado.
>
> Un saludo, compañeros (civil, por supuesto), suerte y esperamos vuestra cooperación.
>
> La dirección del SUGC

Carnaza.

Fresca y suculenta carnaza en tanto se diluyen o dilatan las pistas rurales del secuestro.

Y así él los hostilizaba.

Con enlatexada precaución, Anabel retiraba y metía hojas en el carro donde tecleaba del tirón el texto que ya se conocía de memoria. En las

pausas, sin dejar de rezongar:

—Entreveo tu táctica. Pero como estrategia global no sirve. Es al Estado al que hay que golpear.

—Tú no lo puedes entender.

Claro que ella no podía entenderlo. Y ni él explicárselo. Tal vez con los pensamientos de rabiosa impotencia que la cotidiana persistencia militarra no habían conseguido hundirlo ni en el sobrecogimiento ni en la vileza; si pudiera transferirlos. Pero no con las palabras, que siempre lo extravían a uno.

Pasó a meter en cada sobre una octavilla: munición muda y penetrante que provocará un estrépito sordo de zapatos de charol y bamboleo de pasadores de medallas, al par que en las divisas brincan estrellas empañadas por resuellos de congoja.

—Esta verónica va por vosotros, compañeros.

Sin embargo, las cartas no alentarán insurrección alguna. Si acaso de carácter pasivo. Muchos las omitirán como si fueran esquelas de otra guerra; otros las verán como panfletos de la izquierda demagógica, apenas concerniente. La mayoría hará chistes malos como alegato instintivo y así embozarán su propia cobardía.

No despertará a la grey modorra, pero a ellos les atenuará la presión.

Si los Servidores tuvieran conciencia de la subyugación con que el Régimen inficiona y acoquina sus vidas, si por un causal más que por un casual un viento de lucidez y rabia desvelara su gregario infortunio, la historia sería otra.

Pero ni mucho menos.

Imposible.

Imposible como una ira substancial: La Ira del embaucado.

La suya. Y la de Monti, que estaría revolviéndose en su tumba en cuanto se haya enterado de que por fin le van a dar esa medalla que tan pastueña y funestamente ansió. La Cúpula le había metido a título póstumo en un lote colectivo de medallas con distintivo blanco. Ag, ag, pandilla de bravos pravos impostores. Y para colmo, algún colega al mando de alguna Subdirección había propuesto al heroico Monipodio para una medalla pensionada, que le sería colgada por el Delegado del Gobierno.

Y él, para mayor exacerbación de la paradoja, estaría allí.

Él y su desesperación; los dos como dos gilipollas.

Tomó el pegamento de barra y lo mostró enfático.

—Nada de salivas. Sólo esto.

Acabada la tarea, juntó todos los sobres, igualó esquinas con varios

enardecidos golpes por cada lado y los metió en una carpeta. Partieron al centro de la capital. Distintos buzones engullirían aquellas cartas: cartas como hostias: *hostias* contra la petulancia cuartelera de un Régimen de militarras emboscados.

Para comenzar, eligió un par de ellos pegados a la mismísima Dirección General. Entero y a base de bien. Caña.

Jo ta ke.

3

Se preguntaba qué leches hacía él incrustado en aquella geometría militar, pantomima a base de jetas de negociados, enchufados en servicios mecánicos de barrenderos, albañiles, ordenanzas… Usurpadores de las medallas de los Servidores. No lo concebía. O sí: gratificaciones para los lameculos más fervientes.

De todos los guardias civiles allí presentes, él es el menos tocado. Le han engañado, lo ha descubierto. Se ha revelado. No se rinde. No ceja de acometer, armonizando furia y alevosía con el objetivo de poner fin al Estado Actual de Cosas. En esa conjunción de conocimiento y osadía radica su superioridad.

A ese nivel especial había llegado por Efrén.

Frente a la tribuna de autoridades del Ministerio del Interior, rodeados de oficiales, jefes y generales, forman las tropas por compañías. En cabeza está la de los *caimanes*, los guardias viejos que van a recibir medallas por su «lealtad extraordinaria». Otras están para hacer bulto. Como la suya o la de los cachorros de las nuevas promociones, con las cabezas afeitadas y esas miradas encendidas que Efrén recuerda fueron suyas alguna vez.

La plasmación de aquel escenario estereotipado, embanderado a cada pocos metros, con las tropas tan bien alineadas como alienadas y toda la iconografía aneja, le sustrajeron al rodaje académico en el que vibraba con el redoble de los tambores, su ardor entusiasta e indefenso a merced de arengas y desfiles circulares, su pecho combado cual una vela al viento, ovacionado por un público bizarro enmarcado por recurrentes tiras rojas y gualdas. Tiempos en que le embobaban las formas y le confundían el espíritu. La embriagadora parafernalia que se le antojó en aquellos días regurgitaba ahora en su memoria con esa clase de lúgubre, desalentadora belleza que se aprecia en las fotografías de los crepúsculos marcianos. Los árboles que entonces le tapaban el bosque, recordó del brigada.

Alguien mandó *firmes* y la maquinal destreza le prendió la cara. No podía creerse que hubiera sido tan mentecato. Se daba cuenta de ello ahora

con fobia y aborrecimiento contra sí mismo. Y también como entonces sudaba un poco; salvo que este era un sudor frío, frío de espanto. En fin: dos largos años, y ni la sombra de lo que creyó que llegaría a ser.

—Derecha… —un tenso apresto, suspendido el aliento, y—: ¡AR!

Giraron los tricornios hacia la tribuna de autoridades, pero no el sol, que con sus destellos foscos siguió manteniendo la misma insolente alineación, rebotando en las hileras charoladas, bajo cuyas alas antiguas se advierten otros fulgores.

Los examina de reojo, intentando captar en sus miradas, entre extasiadas y patéticas, posos de autenticidad. Como en todos los seres humanos, la parte derecha refleja la consciencia, las apariencias; la otra mitad irradia el mundo del subconsciente, el alma. Casualidad o tontería es la parte izquierda del semblante la que trasluce los sentimientos: el derrotero de sueños. Y ahí les detecta ilusiones raídas por el bordón «a sus órdenes» y al poco desflorados y amansados. No obstante, se sienten recompensados porque han conseguido un destino a la sombra azul donde hibernan rodeados de legajos que les aplastarán el día menos pensado como no los aten bien, cobran Plena Dedicación y, por si fuera poco, el Régimen les rinde un homenaje.

Ese día, su lado derecho —el hipócrita— trata de ocultar la dualidad: la *realidad subyacente*.

Por fin un acto en el que iban a oír el dichoso sonido de su nombre sin tonillos de oprobio.

Un acto sin otro designio que descontaminar a la tropa de las ideas laicas, una vuelta al credo dogmático que no se debe olvidar, y como premio he ahí una medalla para vuestras lenguas viperinas y culos quietos. Y cómo no, un poquito de instrucción para que no perdáis el norte: ver, oír y callar. Un reciclaje relámpago tal que en sus días de espejismo, academia y orden cerrado.

¡Ese brazo más enérgico, desertores del arado!

¡YO NO QUIERO SER UN SOLDADO, QUIERO SER GUARDIA CIVIL, UN SERVIDOR DE LOS CIUDADANOS! Se contuvo. Iniciativa y palabra son pecados mortales. El espíritu del Generalísimo presente. ¡Esta es la disciplina que os inculcamos! «Cuando la arbitrariedad y el error van unidos a la acción del mando…» Ese es el objetivo de la instrucción y de la disciplina machacada un millón de veces por minuto: ser guiados como corderos bobalicones, balando estribillos alegres como «Por tu honor quiero vivir». Y así una élite de tradicionalistas que sabiéndose amenazados por los nuevos tiempos ha adoptado el método de «LA MEJOR INSTRUCCIÓN ES LA QUE NO SE VE; LA MEJOR DOCTRINA LA QUE NO SE SIENTE».

Para mayor truculento sarcasmo, el general Llopera abrió los discursos:

—Quiero de todo corazón agradeceros vuestro sacrificio y dedicación profesional…

Hecho de agitación, viento y fuego yo soy un escindido, un Exiliado.

»… no quiero que veáis en mí una actitud personalizada; tan sólo una vida de consagración a este antiguo y maravilloso Cuerpo dedicado al servicio a la Patria…

Y recordó una canción: *Vamos a contar mentiras…*

»… donde la Guardia Civil, como un ápice de la sociedad, no hace sino corresponder a las exigencias sociales de modernidad, poniendo al servicio de los españoles su tradición como un arraigado Cuerpo de Seguridad y garantía pública…

tralarí…

»… y siempre colmaros del viejo espíritu para que con obediencia y entrega a vuestros mandos, hagáis el mayor servicio a España llenos de la honra y gloria que nos caracteriza…

tralará…

Efrén esperaba que de un momento a otro dejara de leer, se echara a reír y pidiera perdón por la broma. Pero declamaba con tan severo y primoroso trampantojo que el resto de autoridades se entontecía y traspapelaba, y así la contingencia que imaginó, pasó como un rayo de inasible contento y él volvió a sumirse en el tósigo interminable.

El discurso en sí era un trillado argumento que debía de conocerse de memoria, extraído con toda probabilidad de un libreto similar a esas anticuadas colecciones de cartas en las cuales se hallan distintos textos y uno escoge el que más le conviene o le arrebataba para dirigirse a la novia.

Según el fasto, el general seleccionaba y modificaba el más propicio.

En realidad, decía:

Pasen y no vean. Nuestro circo es la monda. Yo, dios de este anacrónico Olimpo, quiero mentalizaros de que drogas, atracos, curdas solemnes o reclutas sociópatas, caben en nuestra rancia y sufrida Institución. Pero, oh, oh, eso vale siempre y cuando repitáis «a sus órdenes». Nada de pensar. Esa es la consigna: no pensar. Si pensáis, la jodéis. Nosotros, la excelentísima élite vividora y señorial, somos de lo que no hay. Con nuestras caras de santurrones y amparados por la vistosa corrupción de los políticos y los coches bomba contra las casas-cuartel de los trabajadores (oh, oh, qué suerte, la nuestra), hacemos y deshacemos a nuestro antojo. Y es que, damas y caballeros, nuestro circo es la monda. Pasen y nooo vean.

Ardía por imprecar contra aquel Monipodio trajeado. Si al menos pudiera taparse los oídos, meterle una 7,62 en la cabeza. ¡Ah, pero cómo

hizo el capullo! Debió picarle la punta de la Uzi en el rostro y sin mirar a los ojos de la víctima para no ser juguete miserable del remordimiento o la compasión, BANG, BANG. Y luego correr salpicado de sangre; porque aquel avieso andoba no era ningún Caballero de los Espejos; que se la traía floja si Dulcinea del Toboso aventajaba en belleza a Casildea de Vandalia o a La Charito, y él la había pifiado.

«Para que detenga y temple el ímpetu de mi cólera y para que use blandamente de la gloria del vencimiento…»

El capullo, el capullo total.

A la próxima, colega. ¡A la próxima!…

Acabada la arenga, el general cedió el micrófono con taimada deferencia al Delegado del Gobierno; éste, con majadero y emotivo encomio, se abrió con «palabras de enorme cariño para el colosal sacrificio de un alto mando Benemérito *(¡Ja! Lo llamaba «Benemérito» ¡Ja, ja, ja! Sigue, jefe, sigue. ¡Que lo estás haciendo de puta madre!)*, a quien no le faltó valentía para sobrevivir a un criminal atentado terrorista. Valor y ejemplo digno de admiración para todos nosotros, los demócratas, sus compañeros y subordinados».

El Delegado colgó la medalla pensionada en la guerrera de vuecencia —apenas si había espacio para una más—, cuyo pecho adelantado en histriónica marcialidad lo encendía de ira. Ganas le daban de largarse. Pero no lo haría.

Por respeto a los padres de Monti.

Porque ahora no más soy un topo.

Para despedir el acto, se llevó a cabo una parada militar, exhibiendo las distintas especialidades un muestrario del moderno equipamiento de dotación, el único con el que contaban; el resto del presupuesto son dietas y comisiones de servicio destinadas a «probar tecnologías punta». El frontispicio ilusorio: talmente que aquellos hidalgos patrios que cuando salían a la calle se echaban migas de pan para que todos creyeran que habían comido y al regreso a casa las guardaban para el siguiente paseo.

A pesar de tanta proclama y tanto banderín rojo y amarillo, podía discernir, y en cuanto pueda retomará libros de ideales y de libertad como el *Quijote*, como *Juan Salvador Gaviota,* como otros muchos que le ha ofrecido y facilitado el brigada, entrenando la mente como se entrena el cuerpo y, porque la función hace al órgano, acicateando el córtex para que actos como aquellos no le nublen el entendimiento.

Fijando la vista en aquella gradería —o ganadería— de adustos huevones castrenses, pícaros uniformados instalados en una apacible y rentable impostura, sus caras de franquistas con la previsora falta del bigote enjuto y las gafas negras (un tiento de perennidad, una

transfiguración de prisa y corriendo), barrigudos en decrépita posición marcial, de pechos cargados de pasadores inmerecidos —usurpados a los Servidores— y los sables colgando como tralla de sayones, Efrén se dijo que más le valdría al Cuerpo, o mejor aún a la sociedad, que no pocos se hicieran el *seppuku*. Pero eso no sucedería nunca porque el honor se lo entregaron en un frasquito que perdieron el día que tomaron posesión de las planas de mando y no se preocuparon de ponerlo en requisitoria.

En su magín relumbraba otra inferencia menos afable, más positiva. Algo que podría sentarles deliciosamente bien. Pues no dejaba de ser calamitoso la suerte que tenían con que una banda poderosa y despiadada como ETA no fuera una auténtica organización revolucionaria y decenas de inocentes vengan pagando con sus vidas o tengan que cargar con un dolor inconsecuente, atroz, inmerecido; porque de serlo, aquellos coletos fascistoides habrían sido ya acribillados.

Más que cartas como hostias, balas como gritos de libertad.

Y es que a algunos un tiro en la nuca les sentaría tan bien…

LX. EL EXTRAÑO PODER DE LA PALABRA VISTA

1

En los festivos como el de ese día, Efrén aprovechaba los controles, consagrados con el paso de las semanas a la monotonía y la importunación inútil, para extenderse en denuncias y así alcanzar, y aun rebasar, el torvo cupo de treinta denuncias mensuales. Los domingueros, su presa favorita.

Y cualquier infracción le bastaba.

«Pero agente, le juro que estaba a punto de ponerme el cinturón». «Pues el *cartón* lo tendré en casa». «¿Que no coincide el domicilio del Permiso con el del DNI y por eso me va a denunciar?». Bla, bla, bla, bla.

Más que denunciar lo que pretendía era aplicarles un cobro o un recargo por el impune castigo a la Naturaleza. Vehículos con trebejos devastadores surgían de los caminos de la sierra trayendo consigo indicios de delitos ecológicos: barbacoas, serruchos, neveras portátiles descubiertas y vacías. ¿Por qué no se traían los envases? Entonces, para que aprendan. Si de verdad esa clase de gente amara o respetara el campo, saldría desarmada.

No se podía hostigar con semejante credo, pero sí con nimias irregularidades.

—Lo lamento, pero tengo que denunciarle. No puso el intermitente.

Y muy respetuosamente:

—¿Es tan amable de firmar?

—Lo siento, pero no.

Pues que te jodan.

Y así iban ya, hacia la mitad de la tarde, catorce denuncias al Código de la Circulación. Y eso sin contar los tres cazadores denunciados al comienzo del servicio. La verdad es que tales cazadores practicaban el nocivo y mal llamado «deporte» en toda regla, tanto de documentación como de pertrechos. Pero les buscó las vueltas y los enfiló por cazar demasiado cerca de la carretera, en los límites de la Zona de Seguridad. Lo más probable es que cuando viniera el recurso tuviera que envainárselo. Ya se verá. De momento, les había jodido el día. ¡A limpiar de animales el campo o a llenarlo de plomo a otro sitio, cabrones consentidos!

En coyuntura tan peculiar es cuando se percibía —con asco y sin hesitación— la falacia tan grande de esta clase de sociedad, hecha al antojo del dinero y el gusto de los potentados.

Hacía ya algún tiempo que había descubierto que la Ley y la Justicia rara vez marchan de la mano.

La ley: papel merecedor de gurruño y parabéllum —o pentrita.

—Hay que ver cómo te has espabilado —profirió Nieves en un receso—. Con lo que te costaba poner una denuncia al principio, y ahora todos los meses terminas en cabeza con el filón de los domingueros.

Al principio es la ilusión que todo lo ciega.

Al principio yo era un ingenuo, un gilipollas. Un embaucado.

—Y además, lo hago con pleno conocimiento de causa y de conciencia. A diferencia de otros, estas denuncias no son producto de la simple coacción, sino de la honestidad.

Nieves frunció el ceño.

—No te entiendo.

Se quedó cavilando, y añadió mosqueado:

—¿No querrás decir, por un casual, que los demás nos cagamos de miedo con los de «arriba» y que sólo tú sabes salirte con la tuya…?

Efrén captó al punto la necesidad de explicarse o enmendarse. No terminaba de aprender; de aprender que los mortificados por la ortodoxia de las Academias Diarias son irrecuperables. A partir de cierta veteranía muchos se engañan tomando su propio terror por disciplina, su resignación por astucia, su mansedumbre por misticismo.

—Quiero decir —se expresó en tono cordial y humilde—, que trato de justificarme a costa de forasteros, que no vienen sino a estropearnos la demarcación. Estos *okupas* camperos son nefastos. Es mi manera de contribuir a la ecología.

Y también a llenar las arcas de un Estado inicuo, infirió de súbito. ¿Valía la pena?

Nieves, turbado, se dio por conforme.

Dos vehículos surgieron de la curva.

—¿Nos lo repartimos? —propuso Efrén.

Nieves denegó con la cabeza.

—Yo ya tengo mi cupo cubierto —dijo—. No voy a complicarme. Adelante.

Impelido por esa espada de Damocles que son las Instrucciones Particulares de la superioridad, Nieves había alcanzado el cupo en la primera quincena con los agobiados vendimiadores que salían al alba o regresaban de noche con faros tuertos o rotativos averiados, y siempre a costa de los más vulnerables. Siempre igual.

Se paseó al centro de la calzada y alzó el brazo con un despliegue de

soltura y elegancia que Nieves parecía contemplar con falsa añoranza: rescoldos de sueños que nos pusieron en moción y a los que no se les guardó la debida lealtad.

Y al final la suerte o el destino no son sino lo que uno se merece, discurrió un instante antes de reparar con renovado regocijo:

—¿Cómo es que circula sin limpiaparabrisas? —La quince estaba en marcha.

Pero resultó ser un vecino de Morratal. Así que, a pesar de que el hombre no llevaba documentación alguna, ni suya ni del vehículo, y éste, además de limpiaparabrisas, carecía de retrovisores exteriores, se limitó a un simple aviso y en seguida le dio paso, partiendo el lugareño con resoplidos de alivio y maravilla.

El narigudo que esperaba detrás, al volante de una furgoneta haciendo rugir un *rock* realmente duro, le interesaba mucho más.

Mientras se acercaba al nervioso conductor —que no paraba de cimbrearse al par que con los índices golpeaba el volante como si éste fuera una batería; que lucía en la cabeza un pañuelo de pirata con las palabras HEAVY METAL, del que escapaba un pelo lacio y largo; que movía la boca como si masticara chicle; que se rascaba la perilla de cabra sobre un mentón entrante…—, Efrén reconoció el nombre de la banda: *AC DC*. Y también al tipo: era el gracioso del día en que Félix y él corrieron tras el autobús, el que dijo aquello de «Ojo con la pareja, las damas primero».

Con aquel listo tenía una cuenta pendiente.

Tenía puesto el cinturón de seguridad y no por eso dejaba de agitarse.

Comenzó por pedirle toda clase de documentos.

Y todos en regla. Y el andoba que continuaba tabaleando el volante con inspirado ritmo. No costaba mucho imaginarse al señorito Angus Young calambreándose en pantalón corto sobre un escenario cercado de fogonazos y fumarolas.

Pasó a pedirle el recibo del Impuesto Municipal de Circulación.

Nadie lleva ese absurdo papel encima.

Nadie; excepto aquel sujeto, y en vigor. Los neumáticos, milagro que no fueran nuevos; los pilotos, enteros; la placa de matrícula, bien; la Tarjeta de Transportes, asimismo (circulaba sin mercancía). Daban ganas de meterle una buena denuncia por lo que fuera y también de coger el *chopo* y hacer como que uno rasga la guitarra igual que Angus en traje de colegial.

Pero se burló de él y la foto mental no se la hizo porque sí. Si le pedía que usara las intermitencias o cualquier otra luz, seguro que funcionarían a

la perfección, y a él se le vería el plumero.

Qué importaba.

—Muéstreme el juego de luces de repuesto, obligatorio para circular con un vehículo de estas características —le pidió con fría cortesía, con marcial solicitud; o sea: acongojante. Talmente que sus jefes militarras.

El «rockero» dejó de moverse, bajó el volumen de la radio y se quedó mirando, estupefacto, al guardia civil que le pedía un repuesto de algo que, primero, no necesitaba y, segundo, era de día. Pero las infracciones a la Ley de Seguridad Vial no especifican tanto: maquinadas como meros sacacuartos el pringado de turno tenía que pagar.

Y uno de esos era aquel pirata delante de su ávido boletín.

—¿Lo lleva o no?

Negó el conductor, y achicando los ojos los desvió: había caído.

Highway to hell dejó de sonar.

Y luego dicen que la venganza complace poco…

Declinaba la tarde pero no la circulación. Ni el juego de boli.

—¿Es tan amable de firmar?

—¿Estoy obligado?

—Pues no.

—Pues no firmo.

Pues te jodes igual.

La emisora carraspeó su indicativo. Debían regresar, de inmediato, al cuartel. Alguna emergencia importante y repentina les reclamaba. Le dolían los dedos. Por los cuatro lados de la carpeta asomaban calcos de denuncias.

Al llegar les llamó la atención que el furgón de Informes y Atestados estuviera aparcado en mitad de la rampa. Por un instante, Efrén se abandonó a la fantasía de una operación como la del inolvidable día en que —siendo otro— espió una cabina de teléfonos, trabajando de policía, de Servidor.

Dejaron el *pepito* en la Mural y subieron por las escaleras, reparando en las expresiones azoradas de los compañeros que circulaban por el rellano.

¡Plof!, la fantasía.

Radio macuto: reestructuración de plantilla, careo entre guardias por delaciones anónimas, apertura de expedientes disciplinarios con ritual de escarnio… El brigada salió a decirles que entraran al pasillo y aguardaran a ser llamados.

En la oficina del comandante de Puesto, un capitán y un cabo 1º conversaban en voz baja. Y sobre la mesa del brigada, un guardia segundo

desplegaba una parafernalia burocrática de un modo afanoso e intimidatorio: tampones de tinta y fichas de reseñas de detenidos.

—Formen en silencio, en fila y por orden de antigüedad —se volvió el capitán, un oficial del Servicio de Información de la Comandancia, expresamente llegado en misión relámpago, todavía indescifrable.

El corro se estiró hacia la calle en un transido siseo.

—Nos van a echar a tomar por culo —masculló Barahona—. Y todo por culpa de los caraduras de siempre. Pues yo no pienso pagar el pato —avisó pérfido y rencoroso al techo.

—Si tienes algo que decirme, me lo dices a la cara —saltó Carrasco.

—A lo mejor no es por ti —intervino Efrén, por principios, poseído por un terror distinto.

Divide y vencerás.

A los cuchicheos se presentó el brigada, cojitranco por el agobio, a rogar «absoluto silencio, muchachos».

—Saldremos de esta —les susurraba como si se creyera un entrenador deportivo que tiene reunidos a sus vapuleados muchachos durante una pausa del infernal partido.

—Humm… —rumió Barahona.

—Que pasen según les vayan nombrando —ordenó el capitán; y al poco—: Salvador.

Tardó en reconocerse, pero reaccionó a tiempo.

—A la orden, mi capitán —y entró en la oficina, sosteniendo el quepis por la visera en la mano izquierda.

El oficial, sentado en el sillón del comandante de Puesto, daba vueltas a su ficha de desamparado guardia segundo.

—Hola, Salvador —dijo sin mirarlo—. Relájate y sigue las instrucciones del guardia Ramírez.

El hacendoso Ramírez cerró en primer lugar la puerta y acto seguido le tomó por el brazo.

—¿Me acompañas…?

Efrén se dejó arrastrar al borde de la mesa.

—Pringa el pulgar aquí —le fue requerido.

—¿Por qué?

El capitán levantó los ojos.

—Le exhorto a que lo haga —se expresó con exquisita educación—. No debe temer nada, salvo que sea usted un sindicalista. ¿Lo es?

Efrén, aterrado, en espera de lo peor (*¡Estás detenido, so mierda de*

terrorista!), no pudo evitar un destello de júbilo feroz en la mirada; y la boca se le torció también demasiado, rayana a una incontenible risotada.

Se puso a toser.

—Perdón, mi capitán.

Y adelantó dócilmente los cinco dedos —porque cinco eran las impresiones digitales a que le «exhortaba» el oficial.

—Si no está relacionado con ese peligroso grupo de delincuentes, no tiene de qué preocuparse —continuó tranquilizándole el capitán—. Siéntate, por favor.

Claro que no voy a preocuparme. Yo he escrito esas cartas y no me cazaréis nunca. Debería liarme a tiros, pandilla de cabrones.

Se acopló en la basta silla cuartelera.

—Verás —empezó el oficial, repasando la ficha—. Verás, Salvador —alzó la cabeza para encarar al guardia con estudiada cordialidad—. Hay malos compañeros que se dedican a confundir a los demás —prosiguió en el tono de quien se dirige a un niño o a un imbécil—. Son esos sindicalistas que son poco menos que terroristas. Conductas delictivas que el Régimen Disciplinario —lo blandió en su mano derecha, al desgaire, como un juez que sostuviera una sentencia de muerte en el que está escrito el nombre de uno de los que le escuchan, pero no lo lee para provocar que otro dé un paso al frente y grite: ¡yo acuso!—... condena severamente. Y la condena es la expulsión. También el conocer estos delitos y no denunciarlos a la superioridad está castigado. De todas formas, lo vamos a descubrir. Para eso están aquí el cabo 1º Egea, de Informes y Atestados; y el guardia 2º Ramírez, de Dactiloscopia. Les tomarán las huellas y se van a practicar las indagaciones oportunas, hasta dar con los autores de esas cartas que se han remitido a varios Puestos, y que sabemos que han salido de uno de ellos. —Hizo una pausa y lo miró con afecto. Efrén sintió ganas de escupir a la asquerosa cara paternal de aquel camandulero con dietas seguramente adelantadas al ochenta por ciento—. Lo que pretendo decirte, Salvador, es que si conoces a alguno o simplemente sospechas de alguien, dímelo. No será un chivatazo. Si de verdad sientes amor por el Cuerpo, si de verdad este uniforme —se agarró la manga con furiosa teatralidad— te dice algo grande, dímelo y estarás ayudándote a ti mismo.

Se había traído el furgón del equipo de Informes y Atestados. Un equipo que el brigada había requerido decenas de veces y a las que siempre le habían contestado con un «prosiga las investigaciones con sus propios medios». De ahí que miles de diligencias instruidas concluyeran con la retahíla «gestiones que han dado resultado negativo, caso positivo se dará oportuna cuenta». Pero nunca daban positivo porque los medios brillaban por su ausencia y toda la labor policial consistía en remitir: «Lo que

participo a la respetada y superior autoridad de V., cuya vida Dios guarde muchos años». Eso y «No hay novedad». Faltaría más.

—Dame algún nombre, alguna pista, algo que creas que puede ayudar en este caso.

Saltarle a la yugular o callarse.

Callarse.

El capitán, decepcionado, se arrancó con una franqueza siniestra:

—No puedo responder por ti, Salvador, si se descubre algo en este Puesto… Y estamos seguros de que lo hay. Las penas serán *Suspensión de empleo de un mes a un año* y *Separación del servicio*. Tú eres joven y ambicioso. Un buen guardia civil siempre lo es. Pero en un Puesto las ambiciones están limitadas por la propia vida rural. Si me ayudas, tendrás tu recompensa: la Reserva, el Grupo de Mantenimiento, camarero en el Bar de Oficiales… Escribe —le alargó un folio y un lápiz, que rodó hasta salirse del papel—. Escribe los nombres de los más propensos al sindicalismo y el mes que viene estarás en cualquiera de los destinos que te acabo de ofrecer. ¿Es el brigada uno de ellos? ¿Quizás el guardia Carrasco? ¿Qué nos puedes decir?

Efrén despegó los ojos de la ficha de detenidos, e indeciso, trémulo, se quedó mirando al capitán.

Éste advirtió su gesto, pero se equivocó en el fondo.

—Tal vez prefieras comentarlo con el cabo Egea —añadió con un estúpido guiño.

El cabo se acercó a empujar el lápiz al centro del folio, en tanto que lo miraba con cínica indiscreción.

Efrén notó que su entero ser —psoma y psique— se crispaba, y se dio a luchar consigo mismo por no perder el control, por no delatarse.

—Lo siento, mi capitán, pero no sé nada de eso —impostó en el tono más inocente que pudo.

El capitán se arrojó contra el respaldo.

—¿Estás seguro?

Efrén asintió con un breve movimiento de cabeza.

—Tú te lo pierdes —dijo el capitán, e hizo un gesto al cabo para que se lo llevara.

El tribunal inquisitorial no empezaba con buen pie. A cuenta de sus chapas —agente especial de los Servicios de Información, Psicología y Psicotécnica, Policía Judicial, Adiestramientos Especiales— se le había encargado desenmascarar al mayor enemigo del Instituto y del Universo: el sindicato clandestino. Ruido, ruido. Pocas nueces. Sólo era el comienzo. Afuera había material mucho más propicio. En cualquier caso, a todos los

guardias civiles de ese Puesto en concreto les iba a ensartar el narigón correspondiente en forma de toma de huellas y manifestación secreta.

Pero el asunto no empezaba con buen pie. Quedaba mucho.

El siguiente fue Nieves.

Desde el último sitio en la fila, Efrén repasaba a sus compañeros.

Todos sabían o intuían ya de qué se trataba. Algunos parecían guardar un as bajo la capa. Pero más de uno se jiñará cuando entre; excepto Carrasco —y una vez más lo admiró sin remedio y sin condiciones—, que, fiel a su incombustible desdén, se paseaba por el cuarto de Puertas sin prestar atención a nadie, pasando olímpicamente del entero espectro cuartelero, que el brigada le había revelado con énfasis y él verificado sin gozo: la *realidad subyacente*. Absolutismo y sordidez.

Y así sus compañeros salmodiaban o rumiaban su propia ruina, a lo mejor una coartada.

Los belfos palpitantes de Barahona delataban su congoja. Se ve mendigando en su jubilación porque el tiempo se le ha echado encima y aún no tiene casa propia. Tiene hipotecada su existencia y la de su familia a merced del omnímodo régimen cuartelero, haciendo vida social y sus horas de asueto en el mismo ámbito que el profesional, su tiempo libre en viviendas oficiales regulado por las normas de la milicia, que lo gobierna más allá del plano laboral. Y en el colmo de su estolidez, veranea virtualmente gratis en las residencias ofertadas por la Cúpula, rodeados de felices correligionarios para que presos de un gregarismo tontuno y una propincuidad insubstancial no se percaten de su marginalidad intelecto-social ni se prostituyan con el pensamiento libre-democrático.

Le dirá al capitán lo que quiere oír, ni más ni menos. Tal vez con ello consiga comprarse al fin el huerto que tanto envidia y tanto le cuesta, o quizá incluso culminar el retiro en su tierra, de ordenanza o similar.

Una inquietud o tortura parecida asomaba al semblante del otro guardia primero, que fue el siguiente en ser llamado. Félix sabe que la vida cuartelera es una convivencia zafia y pérfida y que el grado de hipocresía es el que marca el avance y que él no puede permitirse el lujo de ser honesto. Si no lo hace, otros en privado lo harán, rajando como si evisceraran y él seguirá con las tribulaciones de nunca acabar. Y así entró, extasiado por el señuelo azul, deshojando la margarita o el chollo de su vida: según lo que dijera podría hacerse, al fin —de una puta vez—, con la dichosa vacante de chupatintas de la Línea; o por el contrario…

Hará algún chiste mientras deja que le pringuen los dedos y se los ofrecerá para que hagan con ellos lo que quieran —como si los quieren usar para pajillearse—, pero esa vacante, después de tantos años esperándola, no la dejará escapar.

Aunque su destino oficinesco sea en el báratro.

Cuando salió, después de largo y sospechoso rato, lo hizo cabizbajo y restregándose las carnosas manos.

Llamaron a Velasco.

El cabo es otro que también tendrá mucho que contar; las serenas matizaciones con que más de una vez le había templado el comandante de Puesto iban a encontrar revancha. Por su parte, Nieves no le había perdonado el día que, hallándose fuera de servicio, lo sacó de la cama para ir a vigilar teléfonos. Goyo, indiferente —casi burlón—, se retorcía las puntas de sus bigotes socarrones.

Y entretanto, el brigada, sumido en su nostalgia nociva, asistía ignaro a su fulminación como exaltado Servidor.

Sintió una inmensa lástima por él.

Como un decrépito recluta, el suboficial abría y cerraba la puerta en señal de compañerismo coyuntural: ninguneado por casi todos sus hombres.

Velasco, que salía, fue detenido por un ladrido del cabo primero.

—¡Oye: que faltan los otros dedos! ¿Qué quieres, escaquearte? Deben tomarse las cinco huellas de la mano derecha —explicó el lacayuno cabo, que de igual manera podría desempeñar el cometido ordenado con, al menos, educación. Pero cuando se pierde el respeto por uno mismo lo que queda es el más vil servilismo y la cerviz cada dos por tres doblada.

Egea no lo sabía, pero la Cúpula sí. Gracias al colaboracionismo sobornado —que ponen los primeros— y a la astucia invulnerable —que pone la segunda— la deleznable unión de los guardias civiles discurría como una novela negra de espías y traidores y el viejo Régimen no terminaba de joderse del todo.

Efrén reflexionaba sobre el extraño poder de la palabra vista: sabía de su mágnum calibre y de su revolución —no siempre dextrórsum— y, aun así, no pudo evitar pasmarse. Tan pronto sintiera sus pies libres, se daría a correr la voz y a pintar las siglas clandestinas, apoyando excarcelaciones para hombres cuyo único delito es la exigencia de respeto y profesionalidad: POR TU DIGNIDAD Y LIBERTAD Y PORQUE NO ERES NINGÚN NÚMERO, APOYA AL SUGC.

Entró al aseo y tiró de la cadena del váter: los trozos de la denuncia contra el roquero giraron en el agua y desaparecieron.

El anzuelo funcionaba. Quizá algún día un furioso pundonor o el azar ponga al descubierto el intrínseco talante fascistoide de la Cúpula. Es quimérico. Es hermoso verlos enrabietados, dando palos de ciego como una alimaña de improviso herida; que, pese a todo, no sucumbirá…

En realidad, se preocupan —lo comprendió en ese momento— por mera soberbia. Pues se saben inmunes; y de un modo alevoso: el *Chato* y un partido gobernante falsamente progresista se lo garantizaban.

—Guardia Carrasco —profirió una voz grave cuyo acento rastrero no logró, sin embargo, ocultar el cabo.

El aludido penetró en la oficina sin traslucir ni pesar, ni hastío, ni siquiera «*asko* cuartelero»: cachazudo como el cagatintas que Félix quiere levantarle a las Altas y Bajas de la Comandancia. Si lo habían pillado era porque estaba de servicio. En cinco minutos estaría fuera. Al igual que él, no tendría nada que decir. Escucharía impasible y se largaría. No traicionaría a nadie por el simple hecho de que no tenía a nadie a quien traicionar. Ecuánime e inalterable los detestaba a todos.

Quiso presumir que a él, algo menos.

De repente, un estrépito de cristales hechos ciscos y unos alaridos de pánico le sustrajeron de ascos y de pronósticos. La puerta de la oficina se abrió al par que resonaba un disparo, y el cabo Egea, el guardia de dactiloscopia y el capitán —por este orden— salieron con el culo más alto que la cabeza por entre la plantilla alborotada, quienes a su vez cambiaron el pasillo por la Sala de Armas, unos; otros por no se sabe dónde, el caso es que zigzaguearon como rayos y al punto todos esfumados.

Sólo el brigada y Efrén permanecieron en su sitio.

Goyo y Velasco salieron de la Sala de Armas.

Poco a poco volvieron a reunirse todos en el pasillo, donde Carrasco, llegada la hora del relevo, dio novedades al comandante de Puesto —«Sin novedad», con dos cojones—, así como al guardia entrante. Luego subió a su cuarto, sin que nadie se atreviera a interrogarle.

El furgón de Informes y Atestados y el coche del capitán habían volado.

Inspeccionada la oficina, quedó claro que la causa de la espantada se debía a un tiro que Carrasco le había metido al cielo raso después de que lanzara la pesada silla contra la cara del inquisidor exornado con estrellas, no le alcanzara y aquélla se incrustara en la ventana, sin más estrago que dos hojas con medios cristales y las cuatro bastas patas entre las rejas.

Efrén estuvo por felicitarlo: de nuevo la fascinación sin tacha por aquel único guardia civil armado de honor auténtico.

Al bigotudo Goyo le dio por tararear un estribillo.

—«Con tu sangre noble y fieeeera, has bordaaaado tu blasón.»

Aparte del himno no hubo más comentarios, y Efrén, a las 22.00 horas, acabó su servicio. Nieves corriendo a su pabellón y él a darse una ducha antes de saborear a su pelicobre. Se lo contaría y no le creería.

—Y si algún día me diera por escribir un libro, pocos, *pocos* lo harían —canturreaba, metiéndose en la ducha.

No se curaba de espanto, no.

2

La fría y luctuosa noche otoñal le entumecía los sonidos, si es que había alguno en alguna parte desde allí audible. Tenía que largarse. Apagó el chorro; agarró el militar albornoz.

Poniendo un pie fuera de la bañera, a través de la puerta entreabierta, reparó en un punto rojo láser vagando por la oscuridad del pabellón. Lo atribuyó a algún crío bromista que pasara por la calle; pero apenas si había despachado tal suposición, cuando un súbito roce de telas, pasos y susurros irrumpió con fluidez brutal desde el salón. Se apagó la luz del baño y alguien se le metió encima sin dar tiempo a sus reflejos, siquiera el de cubrirse sus partes pudendas.

Ah, cabrones, por fin me habéis cogido, infirió con un sentimiento de entrega que le sorprendió por la docilidad con que se plegaba.

Lo tenían contra la pared, los brazos doblados a la espalda en el límite de la fractura. Pero no podía gritar porque lo tenían amordazado con un trapo que despedía atontamiento. *Quieren recordarme mi gran andanza*.

Alrededor zumbaba un ajetreo hosco y mudo. Una pequeña explosión lo sobrecogió y una rabia extraña —una nunca antes padecida— comenzó a invadirlo. Tenía que revolverse. No le importaba nada. No pensaba en el secuestro ni en el proyecto Escarmiento. Sólo dejarse llevar por aquella ira volcánica, quizá onírica.

Un cabezazo, un puntapié. Un arma. *Ahora*.

Justo entonces se vio de golpe libre, percatándose de cómo retrocedía el metódico oleaje de sombras sólidas, al tiempo que él se iba al suelo como un pelele obsceno. Botó.

Ya en la calle pudo ver dos grandes automóviles a escape Mural abajo.

Goyo salió tras él a tropezones.

—¡Tranquilo, chacho! Han arrestado a Carrasco. Llegaron hace cosa de quince minutos. Un teniente me dijo que no me moviera. Uno de la UEI se quedó conmigo y otros cinco o seis subieron. Un minuto después bajaron tirando de Carrasco. Me cago en la puta. ¡Qué vergüenza! —exclamó, abochornado—. Oye, figura: descalzo y en albornoz te vas a congelar con esta rasca. Y, ¡jodo!, tienes la pistola en la mano. ¿Qué pensabas hacer?

Bajó los ojos. Asía su Star oficial y el índice tensado sobre la cola del

disparador.

—Defenderlo. Pero llegué tarde.

—Vamos, vamos. Tampoco es para eso.

Comprobó el arma: tenía un cartucho en la recámara. Sí, una buena rasca. Tuvo un estremecimiento, pero no de frío: sino de asco.

De asco y de odio.

3

Con una música *house* sacudiendo la habitación —de hecho, la casa entera —, Efrén espiaba a Yénifer a través de la mirilla. Se la veía grácil y exquisita: costaba imaginar el trabajo que les supuso reducirla. Tendida en el armario cárcel, estiraba sus largas piernas enfundadas en un viejo chándal de Anabel. Y estaba ligeramente pintada.

—¿Cómo es que está maquillada? —preguntó con sorpresa, pero sin despegar el ojo.

—Quería hacerlo —respondió Anabel, que, sentada en la cama y sobre la roja tela de guerra, clasificaba diversos artificios explosivos. Desde que el laboratorio se había transformado en zulo, todos los materiales habían sido trasladados a cajas nominadas y apiladas por las esquinas—. Cuando le pasé la comida, me pidió las pinturas, y no me ha importado dejárselas.

Efrén intentó opinar o apercibir, pero acabó diciendo, casi gritando por causa de la música:

—Por lo menos se siente bien de ánimos. Ten cuidado no se trate de una trampa.

—Lo tengo —afirmó ella, afanada en desenredar las rabizas de los detonadores, los últimos del ramillete requisado a las amistades de la Bestia—. Dioni vigila desde fuera.

Suspendido en la secreta contemplación de la prisionera, Efrén se atrevió a declarar:

—No está nada mal esta Yénifer.

—¿Cómo…?

Efrén se despegó por fin de la mirilla y fue a sentarse a su lado.

—Que no está nada mal nuestra prisionera —la musitó por entre la melena de fuego, junto al trago—. Lástima que sólo sea un amor de mujeres.

—¿Qué quieres decir? —inquirió ella, volviéndosele con picardía y dejando la faena.

Él aprovechó para darle un piquito.

—Nada. Sólo que no abundan las mujeres hermosas como para que una así se vaya con otra tía. —Y tumbándola con un abrazo—: Lo digo como representante del género masculino. Porque a mí no me importa si yo tengo a la más hermosa de todas —y superpuestos se dieron a morderse.

—Tal vez no sea una fatalidad —rio ella, enigmática, la cabeza sobre un ardiente fondo bermellón, enmarañada de rabizas, cables y detonadores, semejante a la de Medusa.

Efrén, petrificado, tardó en reaccionar:

—Eh, ¿qué quieres decir tú ahora? —Y se enredaron en un jaleo de caricias y cosquillas detonantes.

De pronto se interrumpieron: asestaban fuertes y decididos golpes contra la puerta de la calle. No eran codificados ni tampoco amables.

Se desasieron como rebotados. Mientras ella caminaba de puntillas a la puerta, Efrén subió aún más el volumen de la pletina: los cristales de las ventanas se pusieron a retemblar. Cuando salía al pasillo, se vio arrastrado por Anabel, que se tiraba al suelo, extendía el brazo bajo la cama y lo sacaba prolongado por la Uzi.

—¡¿Pero qué pasa?!

—La Policía, la Policía —farfulló, comprobando de hinojos, convulsa, el nivel del cargador.

—¡Jodo! —exclamó Efrén, y voló a la mirilla de la calle, ahora con intenciones menos escabrosas y más revolucionado.

El ojo de pez estaba ganado por un rostro aovado del que brotaba una enorme nariz, debajo de una gorra con una amplia visera, por encima de la cual pasaba una cinta de cuadrados blancos y azules. Detrás, un segundo tipo con idéntica pinta se soplaba las manos y daba saltitos.

En efecto, afuera hacía un frío que pelaba. Y en efecto: eran policías.

Se giró y la hizo un gesto de contención, que ella, arma en ristre y acechante desde el quicio del dormitorio-zulo, se resistió a aceptar.

—Voy a abrir —la susurró—. No pasará nada. Escóndete.

Efrén abrió sin retirar la cadenilla de seguridad.

—Buenas tardes —les saludó, y acto seguido, a fin de dar una impresión de confianza, retiró la cadenilla.

—¿Ocurre algo?

—Pues sí —manifestó el policía municipal—. Hemos recibido un aviso, quejándose de que aquí suena música muy alta.

—¿Ah sí? —fingió sorpresa Efrén, con el potente musicón sin duda dando la razón al agente.

—Sí; y si no modera el volumen, nos veremos obligados a denunciarle.

—No se preocupen —Efrén les sonrió en señal de amistoso arreglo—. Ahora mismo la quito.

—No tiene por qué —informó el agente—. Es suficiente con que no moleste a la vecindad.

Efrén volvió la cabeza, gritó con cierta zumba que se diera cumplimiento a la justa demanda policial, y un segundo después sobrevino un silencio excesivo.

—Procuren no volver a molestar —aconsejó el policía—. Que tengan un buen día —se despidieron conformes, componiendo prosopopéyicos y laxos saludos marciales.

Vuelto el sosiego, ella, todavía trastornada, preguntó:

—¿Cómo es posible que te mostraras tan despreocupado?

—*Tablillas*. Si descubren lo que hacemos o lo que tenemos dentro, no será una patrulla de la Policía Municipal quienes vengan. Ni tampoco vendrán llamando.

Guardaban armas y reordenaban artificios de guerra, cuando volvieron a llamar. En clave.

Dioni, cargado de vitalidad química, entró blandiendo un periódico.

—Mirad lo que se dice aquí —reclamó atención, torciendo a la sala.

Sentados alrededor de la mesa cobijadora de pufs, el comando analizó el artículo en el que se aludía al posible secuestro de la hija de un empresario dedicado a la construcción, llamado Urbano Arteaga, de cuya autoría se sospechaba del FRAF. Pero a continuación no daban mucho crédito a esta hipótesis y sí a otras, como la de represalias de antiguos socios en empresas que fracasaron sin que quedaran claras ni las causas ni las consecuencias de tales negocios.

—Es el único periódico que habla del asunto, Efrén —avanzó Dioni para el jefe del comando Centro—. Lo malo es que no tienen en cuenta a nuestra Organización.

Efrén, con la vista fija en el papel, asentía complacido.

Fue Anabel la primera en emitir su opinión:

—Mejor. Si el secuestro no termina bien, la Organización debe quedar al margen de un nuevo fracaso. Así que no insistiremos en la reivindicación; por otro lado, aún no hemos conseguido enlazar con el Comité para confirmar que se trata de una operación del comando Centro. Esto marcha —profirió, y de inmediato decidió que debía celebrarlo—: Está noche me apetece ir a bailar. Necesito despejarme. ¿Por qué no vienes a verme? Bailaré para ti, cariño.

—Ve, Efrén —le animó Dioni—. Ya sabes que lo de centinela se me da

de puta madre. Todo está bien —se expresó, resuelto; eufórico en sus cabales exentos de mierda o quizá por todo lo contrario.

Las pistas tendentes a mafias internas o venganzas personales, los anti-FRAF consagrados a la caza de los sindicalistas: sí, todo está bien. Había que celebrarlo. Celebrar que se zafa del mangoneo espuriamente revolucionario del Comité Central y al propio tiempo finta a los de su otra dirección general, también de ortodoxia espuria. ¡Ah!, qué goce el infructuoso huroneo con el que los sayones de la Cúpula, los portadores de la chapa con el pajarraco de sable deslenguado picado de oro en campo de plata, hostigan a los Puestos rurales a la búsqueda y captura de los creyentes de la dignidad y el decoro profesional. Caerán algunas cabezas de turco. Es irremediable. Es preciso: que se jodan: su complaciente resignación es el sostén del Régimen; y conmocionar el Régimen es el objetivo.

Leña.

Leña a la Cúpula.

Todo está bien. Ella agitándose delante de un asterisco de humo tornasolado, cuyos haces la resplandecen como en una aparición celestial o alucinante. Otras veces, salpicada de lenticulares puntos multicolores que la bruñen y la destellan, da la impresión de ser el estallido de un disparo, el fogonazo de una deflagración: el corazón de una supernova expandiéndose en una deslumbrante onda de choque hasta conmocionar allende el vacío o la Nada.

Nada o satélites que a sus pies la contemplan embobados, tomando aquella diosa o Shiva o Venus trepidante por belleza aniquiladora y no por insurrección. Quieren imitarla. Quieren ser otros. Son grey y no lo saben. Ella se agita y no sonríe y ni mira a nadie, desdeñosa e inspirada. Porque ella sueña. Con volar. Volar el ornato perturbador de los gobernantes. Se retuerce y se contrae y se dilata. Sobreviene una temblorosa tiniebla, saltan los flases y todo se estremece en su ubicación: es como si los volúmenes cambiaran de sitio una y otra vez, muy cerca de sí, hesitantes y despavoridos al vislumbrar la furia del Caos. Ahí va un beso. Él sonríe.

Siguen los estampidos y la palpitación y el frenesí. El *pincha* es hábil. Si fuera un profesional de la política, entonaría cualquier imperativo y nadie se le opondría. Hay que evitarlo. Hay que hacerlos volar. Todo está bien. Ella gira sobre sí y las puntas sudorosas le cruzan la cara. Equis al infinito. Le sigue mirando. Ojos afilados. Nato. Baila para mí. Agitación, viento y fuego. Más besos al éter.

Él la respondió con otro de despedida y ella quedó ondeando en el falso firmamento, dirigiendo con sus ademanes la pulsación centelleante del entero local.



Claro que todo iba bien.

LXI. FUEGO PURIFICADOR I

1

Hasta en el cuartel.

Carrasco había caído, aunque tal vez no en absoluta desgracia. El brigada, en un acto de enfurecida piedad, se había encargado de buscarle un abogado, al tiempo que ponía en conocimiento de la superioridad, mediante oficio CONFIDENCIAL con fecha de dos días antes al incidente: «… La conveniencia de someter a reconocimiento médico al citado guardia por conducta inestable e intempestiva, la cual viene manifestando en las últimas semanas con creciente evidencia. Lo que pongo en conocimiento de Usía, cuya vida guarde Dios muchos años».

Una casualidad rocambolesca que mezclaba la remisión por correo —cuyo matasellos tenía fecha del día siguiente al de la detención del peligroso sindicalista o terrorista, y que el brigada achacaba al deficiente servicio postal del pueblo—, el «yo no pensaba que fuera tan grave y por eso no di cuenta antes» y demás argucias que el suboficial apenas si era capaz de sostener sin contradicciones.

Para comprobarlo le exigieron que presentara el Libro Copiador de Salida de la Correspondencia. Y en dicho Libro, para pasmo, mosqueo y corajina de los oficiales que hilaban el expediente, la fecha y número bis de salida constaba en el oportuno orden secuencial, la antepenúltima, tal y como correspondía de acuerdo con el resto de los oficios remitidos con posterioridad. Lo de «bis» fue una suspicacia a la que la superioridad dio tantas vueltas como artículos tiene el *Chato*; pero fuera sagacidad del suboficial o tino del albur, el caso es que no hubo manera de neutralizar el Parte.

Lo que sospechaban y no podían probar, es que el brigada había volcado las anotaciones del Libro viejo —desde tres semanas atrás— en otro nuevo hasta llegar a la numeración del oficio en discordia.

Y es que Carrasco, como cualquier guardia civil genuino, carecía de medios legales de defensa y la única protección con la que podía contar cuando la agresión de la dictadura de la Cúpula se tornaba vesánica, era la baja médica. De lo contrario, uno reventaba víctima de arrestos implacables y pliegos de cargos criminales.

Sólo una persona había optado por prestarle ayuda eficaz. El brigada.

En exceso sensible al espíritu original, en un arranque de empatía y conmiseración y sin que nadie se lo pidiera —ni siquiera el afectado—, el

suboficial había tomado partido por el superguardia. Hasta se había tomado la molestia de restañarle la violentada puerta de su cuarto con tiras de celofán, cuyo grueso candado, enganchado a dos alcayatas sueltas, se exhibía ennegrecido pero íntegro en una iconografía trasunto de su morador.

Y en principio, su estrategia de auxilio había dado resultado.

2

En principio… Porque en los días en que se cumplía el primer mes del secuestro de Carrasco, él mismo pasó a ser detenido: un Parte que llevó el jefe de Línea le acusaba de Falta Grave, al parecer, por supuesta negligencia en el cumplimiento de órdenes recibidas, que escritas no figuraban por papel alguno.

Un comando compuesto por tres esbirros del Servicio de Información vino a «escoltarlo» camino de la Prevención, en el templo de la Dirección General.

Y a él sí que no hubo quien lo amparara.

La inquisición militarra volvía por sus fueros.

Para la Cúpula, semejante auxilio —el de la baja médica del guardia insurrecto—, hilado de un modo tan burdo pero irrefutable, testimoniaba la existencia de la trama sindicalista: un chispazo de libertad que había que extinguir con premura pero sin compasión.

En la zona norte y oeste de la comandancia otros Puestos pasaban por idéntica, nefanda coyuntura. El pánico se apoderó de los Servidores. Los más díscolos y lenguaraces fueron los primeros en enmudecer. El brigada desapareció. El cabo se hizo cargo accidental del Puesto.

Efrén comenzó a pagar la inquina del procaz cazador.

Una tarde, la señora Dolores apareció por el cuartel, desolada, envuelta en un pañuelo blanco como esas mujeres de la Plaza de Mayo de Buenos Aires. Efrén se interesó por su marido, y cuando ésta le dijo que venía de la Dirección General, pero que no había podido encontrarlo, ya que allí nadie pudo o quiso informarla con exactitud, Efrén se ofreció a acompañarla y a no volver hasta dar con él.

La mujer llevaba consigo una fiambrera con comida, caldo caliente en un termo, embutidos, queso y una hogaza de pan, que era la preferida del brigada. Lo imaginaba famélico y destemplado y por eso acarreaba, además, una maleta con mantas, pijamas y juegos de sábanas, pues durante la detención el comando «escoltador» sólo le permitió tirar de unos pocos útiles de aseo.

Después de cierta porfiada perseverancia por los dédalos del templo, dieron con los huesos del suboficial. Y éste, salvo el pijama, no necesitaba gran cosa. Lo habían ubicado en un pabellón al que llegaba la calefacción central, el mobiliario, aunque desvencijado y escaso, servía para su uso específico; disponía de sábanas y mantas de sobra, y dos fámulos provectos con el grado de guardia primero, metidos en un mono, venían todas las mañanas a limpiar o a hacer que limpiaban. En las horas de comida tenía permitido abandonar, durante cuarenta y cinco minutos y previa autorización del oficial de guardia, la planta rotulada SUBOFICIALES EN TRÁNSITO, donde se hallaba su cárcel provisional, y bajar al comedor a tomar el menú del día.

La tortura que sufría era de otra índole: moral, anímica. Degradante.

Y el propio suboficial parecía no darse cuenta.

—No tienen nada —aseguraba casi con fogosidad, sentado a una mesa redonda y cuarteada.

Tras la señora Dolores, había entrado Efrén. Las instrucciones eran que de uno en uno. Después de agradecerle que trajera a su esposa, explicaba a Efrén las razones de su optimismo:

—Tendrán que soltarme, y será mañana o pasado. Mi abogado ha interpuesto un recurso de *habeas corpus*. No les quedará más remedio. Los tiempos han cambiado.

—¿Y después qué? —preguntó Efrén, bamboleándose un tanto en la inestable silla.

El brigada se expresó con aire satisfecho:

—Ese muchacho se librará de la dictadura del Régimen. He dejado todo dispuesto para que no tenga que volver al Cuerpo. Tendrán que darle la baja por incapacidad psicológica y por fin lo dejarán en paz. Y por lo que a mí atañe, ya estoy viejo y nada espero de esta pizmienta milicia. Poco podrán hacerme. Con mis libros me basta. Es lo único que estoy echando de menos.

Efrén resopló discrepante.

—Sabe lo que pienso de su afición a la literatura —y sin esperar respuesta—: Que se trata de un mero alivio tan despegado de la realidad como los sueños, digan lo que digan esas tonterías del psicoanálisis. Usted me los ofreció. Los he leído casi todos y no he dado con ningún párrafo ni metáfora que me haya servido para comprender la conformidad del que vive bajo cualquier clase de tiranía. Y lo que es peor: ninguno de esos pasatiempos melancólicos alienta a la rebeldía: se recrean en la aflicción o en la amargura y eso es todo. La superación está afuera.

—Pero no los has releído —repuso el brigada.

Efrén quedó pensativo.

—Me da igual —pasó a replicarle—. Con todos mis respetos, usted está emponzoñado de literatura, que es como vivir en un mórbido placer, una modorra sibarita sin más energía que el desaliento y la pereza. No es la dichosa literatura lo que hace cambiar el mundo, sino la acción. ¡¿Pero de verdad cree que le ayudará a sobrevivir a la cólera desatada por la Cúpula?! Usted, que sabe de la preeminencia de las armas sobre las letras, de la eficacia de las parabéllum sobre los discursos. ¿Acaso no recuerda otro de sus párrafos subrayados? «La acción es todo, la vida, el placer. Convertir la vida estática en vida mecánica; este es el problema. La lucha siempre, hasta el último momento, ¿por qué? Por cualquier cosa».

El brigada lo miraba con expresión embobada.

Efrén no se atrevió a continuar por esa vía.

—Me gusta oírte hablar así —dijo el suboficial, asintiendo la cuadrilátera cabeza con manifiesto gozo—. Veo que no has echado en saco roto mis modestas enseñanzas —bajó la voz—: la esencia del *Deber*. A pesar de tu juventud, tu corta experiencia y tu perspectiva de futuro, que debe parecerte infinita —continuó en un confuso murmullo—, adivinas que la lucha contra el Régimen requiere de un arrojo singular, de un talento muy recio. Y tú tienes todo eso. Pero lo desconoces. Ahora bien —casi no se le entendía; echó el cuerpo por sobre la mesa—: lo que yo no puedo decirte, aquí y ahora, cuál es y cómo has de usarlo, aunque ya en una ocasión entreviste la respuesta. Nos pondremos de acuerdo en el Puesto, dentro de unos días —siseó de un tirón cuasi inaudible—. Y no podemos seguir hablando porque las paredes oyen.

Retornó a la silla de funambulista.

—Bueno, ¿y qué tal por San Juan? —terció con aire jovial.

Efrén palpó el revés de la mesa: una protuberancia de mocos secos y poco más.

—Desde que el cabo está de comandante de Puesto, estoy doblando. Ha revuelto la oficina, se pasa horas enteras abrumado delante del cuadrante, y al final unos doblamos y otros esperan.

Con una áspera mueca, revuelta de pesar y coraje, el hombre avanzó su opinión:

—Es el peso del miedo. Ciertamente estamos ante una grande aventura y es menester una lucha muy recia. En fin —se puso en pie—, seguiremos nuestra enjundiosa conversa en una correría muy especial que queda pendiente. Esta es la hora en que se acaban las visitas. Muchas gracias otra vez —tomó sendas manos del guardia—. Cuídate. Nos veremos esta semana.

En efecto, el recurso de *habeas corpus* surtió efecto y la Cúpula tuvo que ponerlo en libertad.

Sin embargo, poco duró la alegría al suboficial y sus escasos partidarios. El expediente, elevado al general de la Zona, volvió con la sanción confirmada por Falta Leve, consistente en *Pérdida de haberes por cuatro días* «mientras los órganos competentes de la superioridad determinan la responsabilidad exacta de los hechos objeto de este expediente».

Durante el tiempo que el brigada permaneció en el Puesto suspendido de sueldo y funciones, el cabo no cejó en su tenaz y rencoroso puteo, lo que le impedía mantener una vigilancia continua sobre La Pequeña Arteaga. Dormía una o dos horas y salía a ejecutar su ronda particular. La progresión del secuestro dependía del rastro que le supusiera al enemigo.

Una de las noches creyó vaticinar una inminente reunión del Gran Jefe Monipodio y sus secuaces, aventuró un cambio de servicio con Velasco y osó volar al nicho. Fue una falsa alarma; por fortuna, pues una vez dentro no podría haber salido a discreción y el cabo comandante de Puesto Accidental le habría empitonado con regodeo y sin clemencia.

La banda de cuatreros le hacía perder toda mínima cordura y sentido de la autoprotección.

Empezó a considerar que, al fin, les había paralizado su facinerosa actividad. Pero no habían recibido la adecuada punición y en cualquier momento volverían a las andadas. ¿Cómo castigarlos?

Anabel respondía que sólo los pararía un tiro en la nuca.

—Lo demás consiste en perder el tiempo y en jugársela tontamente. Pues no son ellos los grandes responsables, sino el Sistema.

El Sistema. Tal vez. Pero primero escarmentar.

El mismo día que el brigada retomaba el mando de la Unidad, detectó una inesperada reunión en La Pequeña Arteaga. Demasiado tarde. Lo descubrió estando de servicio.

Todo fue muy rápido. Antes de regresar a la base, la cuadrilla se había disgregado. Habían asistido Parra, Moisés, De Lasheras y el anfitrión. Pero el general, el heroico general que sobrevivió a un inconcluso atentado del FRAF, una vez más, les había hecho una verónica.

Aun así, algún acuerdo debían de haber concretado, porque a los pocos días se recibía en el Puesto un telefonema con los itinerarios de los próximos cinco servicios nocturnos.

Se había propuesto no reanudar ningún ataque contra la banda de cuatreros en tanto se prolongara el secuestro. Pero intrigado y colérico por esta nueva flagrante ofensiva, cambió de idea. Ella le rebatía. Él porfiaba. Claro que se trataba de una temeridad absurda, excesiva, improcedente: el secuestro era lo primordial. Pero sólo se limitaría a apostarse en Las Torcaces. Observar y nada más. Orden y paciencia… *«No intentamos cruzar*

a través de rocas hasta algo más tarde en el programa.»

De momento, información. La información es poder. Durante cinco noches montaría guardia al relente en actitud de espionaje imperturbable.

Mera vigilancia.

Para compensarla, y a tenor del último recorte de prensa que Dioni había traído, acordó con Anabel que tan pronto emigrara del apostadero impulsaría las operaciones de rescate.

Que la sociedad mafiosa hubiera repetido conciliábulo en La Pequeña Arteaga venía a confirmar la ignorancia de Urbano en cuanto a que la desaparición de su hija hubiera ocurrido allí mismo. Eso, junto con las informaciones en las que la autoría del FRAF perdía fuerza en detrimento de la posibilidad de que se tratara de un violento chantaje relacionado con negociantes resentidos o estafados —incluso un periódico conjeturaba un supuesto caso de abusos sexuales con posterior asesinato y que tal vez los mismos autores pretendieran una macabra rentabilidad—, corroboraban la perfecta planificación y control de la acción revolucionaria.

Pero cómo avanzar sin descubrirse, he ahí el quid de la cuestión. Las campanas del pueblo propagaron la hora de la medianoche. Un frío cabrón tenía quieto hasta el aire. Abajo, las bombillas de Las Torcaces, incluido el foco encaramado al alto portalón —como un ojo lúgubre y confiado—, iluminaban sin vigor y sin alteración. Aburrido, lanzaba cucuruchos de vapor a la oscuridad, que vistos a través del visor se le antojaban bocanadas de fuego pálido. Se rebulló en el chaquetón y se emplazó la recortada en el regazo. Nunca se sabe. Mero hábito. Mera vigilancia.

De cuando en cuando regresaba al R-12, se calentaba sin perder de vista el objetivo y tornaba al acirate que delimitaba el olivar con la caída del talud. No dejaba de fraguar cómo agenciarse 300 kilos sin riesgos excesivos. Y no daba con la solución.

En medio de una helada glacial, hasta el magín se le ralentizaba.

Regresó la furgoneta a Las Torcaces y se encerró liviana y sin alboroto; se apagaron casi todas las luces del interior y al rayar el día, abandonado por sus enemigos a su suerte y tiritera, dio por concluida la imaginaria.

Tocaba servicio de uniforme. Luego, el aviso a Urbano.

3

—Dioni: te quedas de centinela. Anabel y yo nos vamos de viaje.

Rebasando el cartel TOLEDO CENTRO, ella volvió a preguntar si era necesario desplazarse tan lejos para usar el teléfono.

—Localizarán la llamada. Para cuando lleguen a la cabina, nosotros estaremos de vuelta. Hemos de tener cuidado de no dejar huellas, sin embargo. Aquí llevo mis guantes. Por lo demás, no les servirá de nada. A Urbano dos cosas le haremos saber. La primera que no se la creerá: que somos del FRAF. Lo segundo que sí se lo creerá y lo asociará, precisamente, con ciertas especulaciones que debe de estar considerando.

Anabel resopló con fuerza desde el labio inferior; el flequillo se le desordenó, infiriendo a su rostro el aspecto de una colegiala.

—Funcionará, funcionará —canturreó Efrén.

Ya dentro de la población, se bajaron cerca de una cabina telefónica.

—Me ratificaré en las exigencias económicas, le daré un plazo y colgaré.

Mientras tiraba del auricular, reparó sin énfasis en la negligencia de un conductor que al volante usaba un teléfono móvil… Marcó el número de la casa de Urbano en la capital, vacilando… Al quinto tono descolgaron. Una voz masculina, que no era la de Urbano, monótona y cavernosa, como la de alguien que lleva esperando la llamada crucial muchas horas, días, semanas, pronunció:

—Diga…

Efrén se quedó sin habla, la cabeza vacía.

—Oiga… —oyó o creyó oír un chasquido.

Colgó.

—¿Qué pasa? —preguntó Anabel.

—Se me acaba de ocurrir otra idea mejor. ¡Cómo no le he pensado antes!

Marcó de nuevo. Con los pitidos se escuchaba una conversación en la que se discutía de asuntos frívolo-familiares. Saltó la comunicación y sin dar tiempo a que su interlocutor hablara, Efrén, sabiendo que lo estarían grabando, se mordió la manga y anunció:

—Somos los secuestradores de Yénifer. Tenga listos los 300 millones de pesetas. El pago deberá hacerse en los próximos días. Si no sale bien, mataremos a la secuestrada. No podemos esperar más —remachó y cortó.

—Creí que concretaríamos más detalles —observó Anabel.

—Y lo haremos; con los nuevos planes.

Por fin un vislumbre de cobro con garantías.

La vista de un tipo con móvil le recordó a Urbano, y que su número figuraba en el cuartel. Una estrategia de penetración que lo postrará y le llevará a aflojar, sin engaños, la pasta.

La impaciencia por regresar y comprobarlo le llevó a querer dejar la

ciudad cuanto antes. Entraron en una rotonda, en cuyo centro un espigado chorro esparcía al compás del viento un cendal de gútulas teñidas por el arco iris. Una veintena de alumnos de la Escuela Central de Educación Física del Ejército de Tierra la rodeaban haciendo *Farlek*, ajenos a la gala del agua. En cabeza, un tipo cenceño lucía en el dorsal de la camiseta la inscripción CAE: el Centro de Adiestramientos Especiales de la Guardia Civil. Cerraba el grupo de carrera otro guardia civil, con la serigrafía de un águila real en vuelo, entre cuyas garras el animal exhibe un manojo de cartuchos de dinamita con la mecha encendida; debajo, las siglas TEDAX (Técnicos Especialistas en Desactivación de Artefactos eXplosivos): dos suboficiales haciendo algo cuyo futuro desempeño sería la displicencia más absoluta en una Institución que consideraba la educación física como una argucia de escaqueo o una facultad de emancipación intolerable.

A mí qué me importa. Soy un cimarrón, un topo libertario. 300 kilos me esperan.

—Si el eco informativo que trasciende es que el secuestro tuvo que ver con una trama de corrupción, unido a la forma tan inusual de reivindicarlo, dudarán de la Organización; de hecho, así ha ocurrido. Y el primero en no tener dudas será el propio Arteaga, tan pronto lo llame a su móvil. Nuestro poder de información sobre él le impresionará y se doblegará a nuestras exigencias.

—Tú sabrás.

Por supuesto. La acción entraba en la recta final. Llamaron a Dioni y, puesto que la vida en la cárcel del pueblo transcurría sin novedad, se dilataron trabados en común hasta el anochecer. Luego se separaron porque tenía apostadero. Mera vigilancia.

4

No obstante, antes de partir, rebuscó en la agenda del cuartel el número del móvil de Urbano y tras dar con él y apretar los puños se llegó al olivar atalaya.

El comienzo fue como el de la noche anterior. Aterimiento y calma.

Y talmente hasta el amanecer. Ninguna salida. Cero movimientos. Sí: Las Torcaces 2, Efrén 0 (bajo cero, a juzgar por la temperatura).

Revuelto de sueño, urgencia y cansancio, rodó a la capital. Desde allí hizo la llamada.

«EL TERMINAL MARCADO NO SE ENCUENTRA OPERATIVO EN ESTOS MOMENTOS.»

Tras varios intentos fallidos, recaló en la calle Zigia. Durmió dos horas

y se despertó con la obsesión de la llamada. Marcó desde la otra punta de la ciudad. Y daba tono.

—Diga —la voz de Urbano Arteaga sonó reconocible.

Efrén inflexionó la suya en una distorsión exagerada:

—Señor Urbano Arteaga, le habla el Grupo que mantiene secuestrada a su hija. ¿Me oye?

Un duro silencio fue la respuesta.

—Sí —contestó al fin Urbano.

—Debe decirnos si va a pagar el rescate; porque si no, ejecutamos hoy mismo a la rehén.

—¿Cómo está mi hija? —preguntó con voz trémula.

—Perfectamente. ¿Piensa pagar?

—Desde luego. Pero antes necesito una prueba.

—¿Qué prueba?

—Una foto, que sea muy reciente. De hoy mismo.

—De acuerdo. La tendrá en cuanto nos confirme que tiene listo el dinero.

—No podré pagar los trescientos millones que me piden; no tengo tanto.

—¡Claro que los tiene! —Por un momento, la voz impostada se le fue de control—. Los tiene. No nos haga perder el tiempo. Revise sus cuentas. También las que tenga fuera del país. Estaremos en contacto mañana y en este mismo teléfono. Espere mi llamada y no diga nada a la Policía. Sabemos todo de usted. Si tiene dos dedos de frente lo hará.

Efrén fue a colgar, pero se contuvo al escuchar palabras convenientes.

—Ustedes no son del FRAF, ¿verdad?

Todo rodaba entero y a base de bien.

Puso los dedos en el micrófono y encima los labios sonrientes.

—Sólo tiene que saber que si no nos hace entrega del dinero como hemos acordado, tendrá un muerto en su familia. Nada de Policía, recuérdelo.

Y colgó.

Sintió que lo invadía un exaltado desahogo… como activista, no como ser humano. Pero la moneda siempre tiene dos caras. Y la otra era demasiado atroz para dejarse cegar por la conmiseración del momento.

A por el periódico. A por una Polaroid.

5

Con una bolsa de tela en la cabeza, la habitación llena de oscuridad y de música —ésta a sensible menor potencia que el día de la amonestación municipal—, flanqueada por Dioni y Anabel, la secuestrada fue sacada del cuarto y guiada hasta el borde de la cama.

Efrén controlaba la evolución provisto del visor de papá pagador. Yénifer se dejaba llevar. Dioni se retiró. Su pelicobre procedió a descubrirla. Yénifer se restregó los ojos. Anabel la mesó el cabello con delicadeza, casi con ternura; la embellecía las cejas… Yénifer —venus, lesbiana— dejándose hacer… Su mujer tan cerca de ella: parecía que de un momento a otro se besarían. Anabel la acicaló el flequillo como a él le gustaba vérselo a ella. Preparó el periódico y se acercó a Yénifer. Olían igual. ¿Tenían sus labios restos del carmín de Anabel?

(¿Lo habrían hecho?)

Dejó de jugar con suposiciones lascivas. Una seña. Dos instantáneas.

Quiso una tercera. Se ajustó el pasamontañas y, enfundado con el mono de trabajo de Dioni, por dentro la pistola de asignación oficial, fue a colocarse tras la mujer mirando un periódico que no lee.

Otro chasqueo de dedos.

Al destello sintió que un éxtasis en tropel lo estremecía.

Retornaron la secuestrada a la cárcel armario y el comando Centro en pleno regresó a la sala de estar.

Las tres fotos eran buenas. Se guardó la suya.

—¿Cómo las haremos llegar? —preguntó Dioni, servicial.

—Yo me encargaré —zanjó Efrén.

Había algo insoportable en la adulación del drogata. Estaba acabado.

Pocos días antes había traspasado el kiosco. No le quedaba otro remedio si quería seguir vivo y cuerdo, pues el «polvito guay» no le faltaba. «Sólo hasta la conclusión del arresto revolucionario», repetía incansable y frívolo. El caso es que sólo en tal estado, que hasta entonces había logrado disimular bajo la ferviente dedicación como guardián del zulo, poseía reminiscencias de lucidez básica, y tres personas muy lúcidas se requerían para culminar una operación magnífica y peliaguda como era un secuestro que los forraría y sosegaría durante años. *Años*.

Su dureza bastó para que dejaran de insistir. Un plan rondaba en su cabeza y no les podía decir nada a ninguno de ellos. A Dioni por razones obvias. A ella porque no podría ayudarle.

(¿Lo habrían hecho?)

Se le hacía tarde. Caía la medianoche. Apostadero.

Mera vigilancia.

6

La siguiente fase del secuestro radicaba en hacerle llegar a Urbano las fotografías. Luego a esperar. No daría otro paso hasta hacerse una idea de las maniobras de la banda de cuatreros. Cinco nocturnos tocados significaban que algo importante y laborioso andaban tramando. No quería perdérselo. Y sin embargo, nada descubría.

Las dos noches pasadas sin novedad de ninguna clase, excepto el regreso de la furgoneta, que juzgaba procedente de alguna exploración en las cercanías del objetivo. Por alguna razón no se decidían. Mientras supiera de la imposición de las papeletas, no cejaría en escrutar en medio de la escarcha y el desaliento.

Era una peligrosa aventura el compatibilizar la eficacia de un secuestro con el espionaje *in situ*. Pero en avizorar y diferir el castigo total no había ninguna complicación. Mera vigilancia. Los asuntos pendientes se le acumulaban. Prudencia. Lo tenía muy claro. Se acomodó la recortada en el cinto y en la cara el visor nocturno, y se sentó al abrigo inútil de una retama a otear pacientemente el teatro de operaciones. Cosa de rutina.

Mera vigilancia.

Hacerse una idea puntual de las renovadas tropelías de la banda, y tras la terminación del secuestro, él y su pelicobre trazarían el embate irreparable. El escarmiento definitivo. Urbano tenía ya su anticipo de expiación; Moisés escotaría a la próxima. Y si sobreviven —si *él* sobrevive invicto y libre— les dará un segundo repaso mortal a todos, empezando por el general, sin hesitación y sin piedad.

De la presa Tomazos —de recuerdos lacerantes y esclarecedores— le llegaba el salto lánguido de la corriente, cuyo rumor evocaba el de una fuente paradisíaca. El aire, empero, siseaba entre el ramaje como un duende soplón que advirtiera de una funesta inminencia. No se sustraía ni se explicaba el desasosiego que le galopaba el pecho, como el trotar de un caballo —¿apocalíptico?— que viene de lejos, hacia él.

Era esta una sensación disonante con la determinación que le había empujado a descender por el talud y, a pocos metros del cerco de claridad perimetral de Las Torcaces, frente al portalón, apostarse y aguardar acechante e impasible. Dos horas hacía que la furgoneta de Moisés, seguida del camión de Parra, había salido.

Volvió a ponerse de pie. Dio un breve paseo, estiró y calentó músculos

y tornó a sentarse junto a las ralas ramas. La helada de esa noche parecía indecisa. Gracias a ello y a la novedad del camión, había resuelto dejar el coche arriba en el olivar y aproximarse hasta el límite. *El límite*: la línea que roza el éxtasis de la vida, que nos aleja del peor fracaso, que es el vivir en la inacción, en cualquiera de sus formas. Todas patéticas y degradantes.

De todos modos, la rasca no era pequeña y estaba deseando que volvieran, inferir y largarse. Se aplastó las orejas con las manos enguantadas y se subió la cremallera de la cazadora. Dentro del recinto, alguien había preparado una fogata con cartones, muebles viejos y palés que ardían alegrando la espera de los tranquilos forajidos, implorantes, no de la providencia —la cual podían permitirse desairar, ya que contaban con el socorro mutuo de una Cúpula de sobra santificada—, sino de ese azar malasombra que se cierne sobre los trabajadores honrados cuando la fatalidad sale de ronda. Una «ronda», como ellos la llamaban, en la que un modesto granjero, quizás en las próximas horas, a lo sumo en pocos días, vendría a la ruina. Todo dependía de que el expolio estuviera en su punto. Después, una denuncia, y nada pasaría. Nunca pasaba nada.

Dolor, ruina y muerte.

Muerte.

El recuerdo del amigo moribundo, luego cadavérico de una cacicada, se precisó en su memoria inflamándole la mecha de la ira. *La ira del embaucado*. En la riñonera bullían algunos cartuchos del 12; nunca se sabe…

Era un galopar nítido.

Mera vigilancia.

Alzó la mirada a la bóveda celeste.

La constelación de Orión relucía espléndida en el canto sur.

También Orión surcaba aquella parte del cielo cuando casi dos años atrás, extraviado entre almendros y titubeos, atacó el camión Ebro con dos infructuosas balas. Si los hubiera liquidado entonces, con menos precipitación y más arrestos, ahora no estaría allí contemplando contraído al mítico cazador…, enamorado de Aurora. Anabel. El alba de su nueva vida.

Pero Orión fue castigado por Artemisa. Y Artemisa en su caso sería… el Régimen, el Estado, el fulgor de la ilusión que todo lo ciega…

Desechó ensombrecerse. La noche chispeaba y Orión estaba allí y él no tenía nada que temer porque nada pensaba hacer.

¿Por qué, entonces, le golpeaba el corazón así?

Buscaría a Sirio, fácil de encontrar por ser la estrella más brillante, y a continuación delinearía al *Canis Majoris*. Pero a esas horas de la madrugada

el Perro Grande ya se había retirado a dormir.

¿Sería aquello la cabeza de la Hidra?

Un mugido inopinado le hizo desistir con sobresalto.

La furgoneta estaba de vuelta.

¿Regresaban del saqueo? ¿El camino estaba libre?

El vehículo se detuvo frente al portalón, junto al monolito. Sonó un claxonazo. Con pasos flacos y desenvueltos, salió Moisés padre, seguido de Lucas Parra, bamboleante de gordura y ansiedad. Moisés júnior, el inescarmentable, saltó a tierra. Efrén se irguió con un respingo.

Seguros de su inmunidad, envalentonados por lo bien que les había salido la *ekintza*, hablaban en voz alta.

—¿Cómo tan pronto? —preguntó extrañado, Moisés padre.

—Hoy tampoco podrá ser —se quejó el hijo con sorna—… En vista de lo cual nos hemos parado en la granja de la viuda y le hemos levantado las gorrinas, grandes como hipopótamos.

Por la ventanilla asomó un quídam, lamentándose:

—¡Hay que joderse con la vieja! Quién iba a pensar que estaría dentro. El susto que nos ha dado, la muy puta.

—Tuvimos que darle unos cuantos culatazos —resumió Moisés júnior—: porque no había manera de que se callara —y ambos rieron a dúo la gracia.

Un subidón de adrenalina o mala leche lo tensó en el declive. Se dejó resbalar unos decímetros, equilibrándose con la recortada en alto.

Aguzó oídos. Aún tenía una duda.

La interpelación de Moisés padre vino a despejarla.

—¿La viuda del Sosa? —afirmó más que preguntó.

Ante los asentimientos jubilosos de los recién llegados, Moisés padre manifestó su moderado desacuerdo.

—Vaya una manera más tonta de arriesgaros, joder. ¿Y decís que son tres gorrinas?

Eran los pocos cerdos que la viuda del Sosa criaba, y aquellos depravados del demonio, se los habían quitado. Desideria.

La viuda Desideria.

La viuda y madre de víctimas beneméritas.

Aquella revelación le detonó en el alma como una bala dumdum, transmutándole cautela en precipitación y el aplomo en furor.

Agitación, viento y fuego en avalancha.

Como un esquiador enloquecido que huyera de un alud o de una

manada de lobos, descendía Efrén.

Pero en su marcha debía de haber una contundente gesticulación con más de equilibrio y audacia que de pavor o fuga, porque Moisés júnior, el primero en percatarse de la sorda percusión procedente de la hondura de la noche, echó a correr con algo en la mano al portalón y se volatizó.

Los demás, con el asombro estupefacto de los que no conciben intromisión alguna cuando se goza de la protección de un ejército intocable, tardaron en reaccionar; y así, frente a ellos, encendido y convulso, se personificó un rayo armado de recortada, la cara cubierta por una bufanda collarín y un artilugio delante de los ojos que no debió de resultarles en absoluto desconocido.

El foco del portalón centelleó y quedó como avivado o ávido. A su despabilada luz, las caras de Moisés y Parra brillaron de súbito sudor y terror. Parecían caretas de carnaval chino.

Parecían ya muertos.

No obstante, la atención preferente fue para el tipo dentro de la cabina, quien manoteaba por la guantera hecho un basilisco. Abrió fuego.

Estrellado contra la puerta, el basilisco rodó de cabeza al suelo, arrastrando con él una pistola, la cual, dando vueltas sobre sí, fue a pararse a los pies de Moisés Torcaces. Y quedó tendido, inmóvil. Gotas diagonales de sangre chorreaban por los restos del parabrisas: grandes pedazos triangulares como dientes de un megalodón.

Moisés hizo un conato…

Un conato del que Efrén no tuvo claro si pretendía atrapar la pistola o tan sólo ponerse en huida: en cualquier caso, lo neutralizó con un disparo a bocajarro.

Moisés se derrumbó tal que un guiñapo; dos segundos después comenzó a sacudirse por la tierra como el rabo seccionado de una lagartija, aullando en decúbito supino, con las manos en el vientre, pataleando con modales insensatos y trepidantes. Fascinantes.

Todo ocurrió en segundos, y sin embargo asaz para que el lugar se vaciara de enemigos; de momento, escabullidos: postergando sus condenas a muerte. Los rastrearía y los sacaría como a ratas de sus escondrijos y les daría matarile. Para eso estaba allí. Una sombra revoloteó en las rendijas del portalón, fulgurantes por la pira, y un arma larga vino a alzarse tras la hoja. Escupió chispas y algo simultáneo silbó en sus oídos.

Agachó la cabeza y voló a parapetarse detrás del presuntuoso monolito, precedido por impactos que picaban el camino como goterones de un chaparrón estival.

Logró ponerse a cubierto, ileso de milagro. Acezante y sesgado, repuso cartuchos a las recámaras humeantes, mientras el fusil del 22 —el que

tendría que haberse llevado la segunda vez que creyó darles un escarmiento— continuaba tiroteando el monolito, que tan en precario le protegía.

Esquirlas de hormigón le saltaban a la cara. Tenía que mantenerse de perfil para no ser alcanzado. El francotirador afinaba. Oía pasos a la carrera y gritos. Moisés ni mucho menos expiraba; sus gritos eran demasiado viriles para un herido mortal: ululaba que se desangraba. Más disparos a la esquina, ya roma. Había extraviado la iniciativa.

Se negó a aceptarlo.

Invulnerable al temor de morir, y ante la posibilidad de dejar a medias tan anhelante beligerancia, invocó el arma terminal de los oprimidos al fin puestos en pie de guerra: la desesperación. Se subió el visor a la frente y se arrojó al área de fuego batida por el enemigo, hacia la furgoneta, al tiempo que agachado como en la retirada, sólo que ahora vista y brazo tensados hacia el francotirador, cursaba dos consecutivos esputos de postas.

El fusil agresor pivotó sobre las manos de Moisés júnior, cuya cara —marcada de por vida por un feo chirlo que le dejara anónimamente en la anterior embestida—, bajando por el canto de la hoja, asomaba con ojos atónitos que interrogaban por la presencia de aquel coraje ciego que advenía de lo inconcebible para atribular sus seguras inversiones. Hocicó el suelo, cerró los ojos como si respondieran a esa impresión de dolor, y ya no los abrió ni parpadeó. Sólo se le veía la cabeza, ladeada, despeluznada. Inerte. A su lado, un bidón convertido en regadera gigante lanzaba finos chorros de agua.

Desestimada esa amenaza, aprovechó para retirar vainas; dentro de la furgoneta, los cerdos gruñían como si estuvieran de tertulia. En la riñonera no quedaba más que un cartucho. Todo aquello no estaba previsto. Corrió a recoger la pistola que no pudo atrapar Moisés padre. Éste, encogido y afónico —o agónico—, no contrarió su aprehensión.

El arma era una pistola del 45, habitual en tiro deportivo. Comprobó el cargador: de doble hilera y a tope. Hizo un disparo de prueba. Impecable. Letal. Se encajó la podada escopeta en la cintura y, zigzagueando, se adentró en Las Torcaces.

Le faltaba, al menos, uno. Lucas Parra.

Las luces del patio brillaban débiles, funerales. Se acordó del visor y se lo reubicó. Distinguía todo pero no la presa. Un crujido le hizo encuadrar los horizontales depósitos de combustible. Por debajo de éstos, unas piernas zanqueaban verdes, expeditivas y ruidosas.

Fuego instintivo y a discreción.

Tres descargas que sonaron como petardos mezquinos, y que no dieron en el blanco: el resoplante gordinflón se precipitó al cobertizo donde se

resguardaban las alpacas de paja, y saltando sobre éstas con la exhalación del que va impelido por el terror —cuando no es la atrofia la que se impone, ¡qué lástima!—, empujó la puerta de las cuadras y se encerró.

El cerrojo rechinaba como una risilla diabólica.

Luego le escuchó subir al corredor que un día él cruzara camino de su desfloración a manos de una fascistilla sólo tremenda por su gazmoñería.

Fin de la persecución.

Como conocía el trayecto, y por el ruido las evoluciones del fugitivo, le siguió disparando a través de las ventanas. Le llegaban aullidos de lesión o pánico. Los carcomidos portillos vomitaban astillas y las bastas persianas se descolgaban en lamas tronchadas como brazos en alto. Dejó de oírlo. Tenía que subir a buscarlo y asegurarse. El fuerte olor a gasoil lo distrajo. Los disparos hacia los depósitos habían agujereado uno de ellos.

El líquido brotaba con elegancia y vigor.

Se dio a explorar en torno.

El entero firmamento titilaba expectante.

Un centelleo que era en realidad un mensaje de aliento por reproducir el caos primigenio en aquel punto del planeta: un punto anodino lastrado de vieja iniquidad y endémica soberbia. Pero qué caos, *qué* caos… Reinaba el mismo silencio arriba que en derredor, a lapsos punteado por el amortiguado fragor de un correteo despavorido y el forcejeo de cuartos polvorientos y atrancados.

El próximo, inminente occiso, trotaba en una órbita sin salida.

La presa se agotaba en su sepulcro. Faltaba decidir por dónde incursionarse y finiquitar lo irremisible.

Pero el pestazo a gasoil no le dejaba resolverse…

Gasoil.

El pajar.

Caos.

Se llegó hasta la lumbre, agarró la traviesa que más ardía, se echó hacia atrás y, con un brusco balanceo y un paso lateral, la lanzó como una basta e incendiaria jabalina contra el pajar.

En el aire el cacho flameante semejó la caída de un meteorito: se incrustó a modo de cuña entre fardos de forraje; las llamas parecieron extinguirse…

Poco a poco, comenzaron a espigarse.

Con ardor. Con avaricia.

Iba a agregar otro saque, cuando oyó chasquidos de chapa a su espalda, y se giró alarmado, brazos convergidos por la pistola: se trataba

del que había abatido dentro de la cabina y que ahora, como un superviviente insensato, se arrastraba aferrándose al parachoques de la furgoneta.

Se lanzó a por él. Reconoció a Nachito —Nachito de los cojones—, que reptaba derrengado, casi conmovedor, con la vana intención de ponerse a cubierto, desplazándose a metro por minuto.

Un balazo a quemarropa bastó para frenarlo; si bien, por una especie de morigeración y costumbre, dirigido al muslo. Las piernas de Nachito no tenían ninguna suerte con su ira.

Nachito aulló; soltó el parachoques y mordió el polvo, sin ulterior queja ni contorsión.

A su derecha, enroscado en mitad del redondel impresionista que Moisés había pintarrajeado con su propia sangre, yacía su autor, extenuado, *¿cadáver…?* Lo vio pestañear.

Ah, el muy cabrón. *¡Pero si se estaba haciendo el muerto!*

Avanzó dos pasos, y apuntándole a la cabeza…

¡Click!

—¡Joder!

Click, click, click.

Miró el arma como a un animal siempre dócil que por vez primera se negara a obedecer. Tenía la corredera atrasada: o se había encasquillado o no tenía cartuchos.

Lo que no tenía era tiempo. *¿No gemía en lontananza la sirena típica de un coche del Cuerpo?* ¿Qué quedaba por hacer? El pajar ardía por los cuatro costados. Se apartó el visor: magnífica y extasiante visión.

La magia del fuego y su danza purificadora…

A escasos metros, el charco de gasoil crecía y corría en arroyos vivaces, reflejando el pletórico incendio, pero sin rozarse siquiera por la declinación del terreno en sentido contrario.

Corrió a enmendarlo. Arrastró un par de alpacas llameantes hasta el gran charco y se retiró de inmediato o acabaría achicharrado.

Al principio dio la impresión de que se apagaban en el punto de contacto: sabía que el gasoil requería una temperatura muy alta para mantener el fuego y corrió a por los restos de la fogata. Realimentadas y azuzadas, las ardientes alpacas acabaron por animar y convencer; y al poco las llamas se esparcían gradual y centrífugamente, patinando por el suelo como si fueran ellas mismas las que huyeran de la quema.

Otro saque: pistola a la hoguera.

Permaneció extasiado, ajeno a su vicisitud y a todas las demás del

Reglamento para el Servicio, las Reales Ordenanzas de las Fuerzas Armadas, del Código Penal y hasta del instinto de supervivencia. El fuego del pajar y de los tanques se enlazaban en un todo vívido y crepitante.

Por una llave de paso saltó una llama, que se estiró como queriendo escapar: una llama piloto descomunal y frenética.

Reculó unos cuantos pasos y siguió absorto.

Delicioso aquelarre.

Las ventanas lagrimeaban brasas; el picaporte y demás remaches metálicos del portón de las cuadras se encendían al rojo vivo y en sus ranuras progresaba un relumbre como de antesala del infierno o como si ocultaran el cráter de un impaciente volcán que surge para devorar o reconfigurar aquellas tierras con nuevas gentes y otras pasiones, que quizás lleguen a ser menos nocivas…

Una inopinada claraboya, chisporroteante de vandalismo y pavesas, le hizo levantar ojos y ensueños: del tejado de los cuartos emergía un retaco monoide que, literal y metafóricamente echando chispas, empero desdibujado por una canícula claroscura y voluble, se arrastró raudo y esquivo hasta la otra vertiente, machacando tejas como nueces.

Las llamas pugnaban por devorar. El tanque se envolvió tal que una falla en la cremá. Un rebufo de luz y calor le cegó y le tambaleó. Tiró de la recortada y, girando en redondo, enfiló tras la víctima pendiente que ponía tierra de por medio.

Mientras cruzaba el alto umbral, en los laterales de su visión, percibió una amenaza inconcreta, indefinible. No podía pararse: de la carretera torcían pares de luces.

Incapaz de competir con tan fieros fulgores o debido a un cortocircuito, el foco se fundió.

A las pocas zancadas, una detonación le paró en seco. Se dio la vuelta.

Vio a Moisés júnior, rígido, de pie. Recortado por la gran lumbre, su sombra retozaba colérica a sus pies, como si pisara un gran crespón que el viento sacudiera. Se balanceó… y sin que soltara el fusil, se desplomó; por detrás, hilachas de fuego emprendían un vuelo fugaz.

Esa fue la vaguedad visual: el andoba no estaba donde lo había acostado a tiros. En el barullo mental el hecho no encajaba. Y tampoco tenía tiempo de acomodarlo.

Huir o caer.

Retomó la caza: una lejana y torpe figura trompicando hacia la oscuridad, aún por zona *desenfilada* para las postas. Se acopló el visor. Arrastraba una pierna; luego le había alcanzado.

¡Hay que ver lo que cuesta siempre liquidar a un hijo de puta!

Se agrandó la figura hasta llenar el centro del ruedo infrarrojo ya muy cerca del río, y entonces, como dotada de vida propia, se le alzó la recortada.

Tras el fogonazo, Lucas Parra apareció doblado y exánime sobre una gleba de crestas brillantes. ¿Sangre, rocío?

Se desentendió de él: porque carecía de más munición y porque o regresaba o sería descubierto.

Regresar al R-12… que se hallaba al otro lado del camino por donde ahora circulaba una procesión de faros.

Creyó vislumbrar al *pepito*, renqueando voluntarioso hacia aquella atracción de pirotecnia silenciosa: plastas de paja revoleaban altas y llameantes, esparciendo ramos de centellas perezosas contra un fondo de noche perfecta. De no ser por la hora y la ausencia de estallidos, alguien de lejos podría asimilar el espectáculo con el arranque de unas fiestas patronales. —O *Saturnales*.

Cruzó el camino medio reptando, y así continuó talud arriba hasta dar con su coche.

Tenía agua o sudor hasta en las orejas. Se echó mano, y el líquido caliente, espeso y suave le dijo que era sangre.

En ese momento, reparó en la magnitud de su impulsivo arrojo.

Apoyándose en el capó, contempló —jadeante, conmocionado, aterrado— la voraz fogata en que se había convertido Las Torcaces.

¿Pero qué había hecho?…

Un cansancio brutal le sobrevino de golpe.

Se dejó caer de espaldas y, resbalando por sobre la chapa, hincó las rodillas en el olivar en actitud de impetración y lamento innominado.

Tenía que alejarse.

Las Torcaces se hundían entre llamaradas. Un fuego purificador que devoraba a raudales eyectando pavesas como efímeros luceros, ardientes guiños de consumación. Toda una refulgente apoteosis que anticipaba la alborada en San Juan. Volvió la cabeza a la 215 y aceleró.

¿Marchaba con una del 22 puesta?

¿Importunaría o amenazaría de nuevo al señor Juan?

Cedió el paso a la ambulancia de la Cruz Roja; también a la Vanette de los municipales, quienes azuleando el campo de vigorosos destellos no querían perderse de cerca tamaña *ekintza*.

Dentro de su miedo, se sentía colmado de un satisfecho vértigo, de un pujante sosiego, de un total y quedo desahogo. Estaba hecho. Y vivo.

Sobrevivir exalta.

Recordó que tenía pendiente mandar una foto y tornaron sus terrores.

—Mala suerte —mascó al lubricán—. Me he precipitado y echado todo por la borda… No sólo a mí, sino al CC. A ella. El rescate de un secuestro justiciero.

Si me descubren, todo se habrá perdido.

Llegando al cuartel, apreció signos de estampida, toque de generala.

No se detuvo.

LXII. LA SOLEDAD DEL HÉROE

1

Sentado en el parapeto del mirador de Maracaibo, con los pies oscilantes al vacío y las sienes en ebullición, se preguntaba si por fin había culminado su guerra, o si tan sólo se había quedado en un matador en requisitoria; uno ileso o al menos no herido de bala: una esquirla de cemento fueron todas las heridas de guerra y que se alivió con un sencillo y deshilachado apósito de gasa, agua oxigenada y una tirita retorcida y fósil, materiales que encontró y bastaron dentro del precario botiquín del R-12.

¿Cuántos estarían muertos de sus enemigos? ¿Le descubrirían?

¿Cuál era la senda a seguir, a partir de ya?

¿Debía regresar al cuartel?

¿Le estaría esperando la UEI para recibirle con una diana (como a una diana)… floreada de estrépito y sangre?

Las dudas le percutían como balas anticipadas.

Una hora antes había llamado a la calle Zigia y contado a Anabel su loca faena, y tras un rápido intercambio de recriminaciones, convinieron en que lo mejor era abandonar la casa del zulo y vigilar desde las inmediaciones durante las próximas veinticuatro horas, o hasta tanto él les volviera a participar otras novedades.

Las Torcaces se divisaba como una fortaleza bombardeada.

Tejados trepanados como calaveras y muros ennegrecidos con ventanas como cuadrilongos gritos carbonizados eran resaltados por esporádicos resplandores.

Los numerosos vehículos que habían pululado alrededor del fuego como polillas durante toda la mañana, iban abandonando el lugar en peregrinación intermitente. Desde su alto punto en Maracaibo no podía distinguir quiénes eran los pocos que quedaban, aparte de tres camiones de bomberos. El *pepito*, que fue de los primeros en llegar, fue también de los primeros en irse. Faltaban diez minutos para salir de servicio.

Volver o no volver…

Como un corredor de orientación que no termina de dar con la baliza, se consumía, se torturaba.

Se puso en pie sobre el pretil. Giró sobre sus talones y se impelió.

Que sea lo que Dios quiera.

Dio una pasada previsora por la Mural, la vuelta en la plaza, y a la bajada estacionó.

Un grupo de chavales bajaba cantando villancicos. Se balanceó en el borde del primer peldaño. Ató bien sus temores y, con la cara al frente, se dio a subir los escalones, al par que deslizando la mano al interior de la cazadora aferraba la recortada sin cartuchos.

Una diana floreada…

Si al menos pudiera llevarme a uno o dos.

Menuda estupidez, con y sin cartuchos: para acabar agujereado debajo de una manta militar. Y el redondeo de un atestado a base de diligencias falaces y deliberada ignominia. El perfecto chivo expiatorio.

Poco puede hacerse vivo, pero muerto…

Liberó las manos.

La cara de avieso gozo con que me prendan será un poema, y para alguien que ama la poesía como yo, no pienso perdérmelo. Sólo me gustaría que aparecieran a cara descubierta. Sí, mejor vivo. Quizá me toque un juez capaz de no verme como un simple homicida o quizá alguien en el Ministerio tire de la manta en un arrebato de presunción de inocencia y lealtad a la Democracia. Quizá. Bah, no es probable y, aunque así fuera, al final la Cúpula con su lucrativo y ostentoso victimismo acabaría por sobreponerse, de volver por sus fueros; talmente que los peces, que todos los años por estas fechas, beben y vuelven a beber.

Continuaron los chavales cantores Mural abajo y él escalera arriba, cargado de lasitud y apatía y sueño.

«Siempre adelante. No hay que retroceder.»

—¡Ihé, artista! —le recibió el guardia de Puertas.

Alguien había cambiado el almanaque del barco por otro de tres cazas en vuelo. ¿Hacia la batalla o de ella? Descargadores de espanto, tan íntegros, tan bellos, imposible deducir por su magnificencia si ya habían apeado la muerte o no. Como él.

—No te lo vas a creer —dijo Félix, y pasó a relatarle el suceso según sus informaciones.

La versión oficial atribuía el incendio y tiroteo a la famosa y anónima banda de cuatreros, que precisamente esa misma noche habían robado y herido de gravedad a la viuda Desideria y después asaltado Las Torcaces.

Dejó de sentir remordimiento. El enemigo estaba dentro, lo supo siempre y en su momento la cagó. Cuánta pifia. Alevosía y ferocidad. *Vivir y morir en la lucha o agitación, viento y fuego*. Todo está bien.

—¿Tenemos trabajo, entonces?

—No, qué va. De la Jefatura ha llegado un telefonema por el que se

ordena la retirada del comandante de Puesto de las diligencias. Han mandado al equipo de Atestados. Los que entráis de tarde debéis permanecer aquí en el cuartel, de retén. ¡Ihé!, menos trabajo para nosotros, ¿no te parece? Jo, jo.

Efrén esbozó una sonrisa: no sólo bien, sino *entero y a base de bien*.

El servicio transcurrió «tomando» y «llevando» telefonemas cargados de gerundios —*informando, participando, investigando, requiriendo*…—, en auxilio del equipo de Informes y Atestados: fuerzas expresas de la Cúpula con cuya lacayuna subordinación y pertinacia de lo fatuo se diluiría, una vez más, la imputabilidad del entramado criminal. Qué asco. *No cejaré jamás*. Y mientras tanto, la pasmada rumorología del pueblo que aludía a mafias, rencillas familiares; y no faltaba quien comparaba el suceso con el de Los Galindos…

Tenía que hacer llegar las instantáneas a su destinatario. Transcurridas las veinticuatro horas de previsión, el proyecto Escarmiento volvía a la normalidad. *Normalidad revolucionaria*.

Y así, a la noche, esta vez con Goyo de jefe de servicio, optó por entrar en la recta final.

Con el sobre peculiar en la carpeta, entre boletines de denuncias, y Goyo con los dos hombros ocupados, uno por el cetme y el otro por la capa, salieron a pie, al estilo de esos aguafuertes de guardias civiles nocturnos que, entre bucólicos y patibularios, estremecen a la vieja guardia… y a los demás también, pero de otra manera.

Maldijo su constante ineptitud para poner al descubierto a la jerarquía vividora, azul y facinerosa. Cobraría un rescate y se lo gastaría en joder a los prestigiosos mandos de los cojones. No le puso restos de pólvora alrededor de un agujero en la cabeza del general, pero repetiría la jugada.

En la guerra se aprende de errores.

Como dos seres salidos de la Historia, paseaban por las calles frías. Pero qué podía importarle eso a un activista del FRAF, con las manos manchadas de sangre…

No, no; esa sangre no podía vincularse con el FRAF. Lo suyo era más grande y más genuino. De todas formas, al Sistema poco le importaba y el día que den con él lo encerrarán sin contemplaciones.

El proyecto Escarmiento exigía superar otro techo.

Propuso continuar el servicio en su coche particular, y Goyo lo aprobó al instante; pero añadiendo, con acento compungido, que no podría pagar la gasolina a medias porque…

—… estoy tieso de perras, chacho.

—No importa, Goyo.

La tacañería era otro mal endémico en el Cuerpo. Y al punto infirió la causa: la resulta de la cultura forjada por la dictadura de la Cúpula, basada en que cuanto peor pagados, menor es la autoestima y mayor la sumisión.

—¡Qué güevos tienes, figura! —exclamó el jefe de pareja, subiendo al R-12.

Sí, «güevos» y algo más que admiración insulsa necesitaría si de verdad quería hacerse con trescientos millones sin propinas parabéllum.

Lo primero que hizo fue subir la calefacción. En cuanto Goyo cayera grogui, zumbando a La Arteaga. Calculó una hora.

Se equivocó. Con el arrullo del motor, el calor y la música suave de la medianoche, a los diez minutos los bucleados bigotes del guardia tiritaban al compás de los durmientes resoplidos.

Con guantes que le protegían del frío y de huellas, deslizó el sobre al buzón con la aséptica indolencia del que lo hace sin que dentro tenga que ir por fuerza la foto de una secuestrada. Otro paso en la debelación del misceláneo enemigo. Después de una fracción, otra. Sin tregua.

De nuevo al volante, movió el dial, que detuvo en el vuelo blanco de una gaviota.

«… Te pareces a mis sueños, nunca tienen final…»

Se abandonó a la música y al caldeo del auto.

«Quién será el sagrado fuego que nos lleve a aquel viento de libertad…»

El vuelo de Juan Salvador Gaviota, por encima de todos, tan cerca de la libertad.

Sí: qué güevos, señor. ¡Adónde había llegado!

Buscó una cabina del pueblo —qué más daba: le guiaba el instinto del justiciero, no el de la codicia—. Según lo convenido, Urbano Arteaga estaría esperando.

Arteaga esperaba.

—Comando de secuestro de Yénifer. Tenemos la fotografía de su hija —informó, viendo cómo Goyo empañaba el cristal de la ventanilla a cada ronquido.

—¿Cómo se encuentra?

—Muy bien.

—¿Cuándo podré ver la foto?

—Está en un sobre depositado en el buzón de La Pequeña Arteaga, en San Juan de la Sierra. Allí mismo deberá llevar el dinero en las condiciones que le exigimos. Si avisa a la Policía o prepara algo fuera de lo acordado, lo sabremos. Mañana. Sin falta. A lo largo del día concretaremos los

pormenores. Si intuimos peligro, interrumpiremos la actuación y usted será el responsable de las consecuencias. Seguiremos en contacto por el móvil.

—Oiga…

Efrén colgó. Había sido lo bastante explícito como para no perderse en menudencias. El ritmo lo marcaba él. Nuevo apostadero.

A las cuatro en punto, coincidiendo con las señales horarias, oculto en el cruce de Villarjo, vio pasar el BMW de Urbano. No iba solo. Con Goyo gruñendo por los tirones del R-12, atajó por el centro del pueblo, enfiló por la callejuela Las Eras y se metió en la era de los camiones.

A los pocos segundos llegó el BMW. Bajaron tres hombres. Los dos desconocidos no tenían aspecto de policías. Traza de gorilas. Rechinaba la verja ciega al tiempo que Urbano se abalanzaba al buzón gárgola; no era capaz de abrirlo. Cuando lo consiguió, extrajo el sobre y de un golpe trató de cerrarlo, pero la gárgola cabeceó obstinada e inerte como arrojada por una guillotina. Se desentendió y transpuso la verja a pie delante del turismo.

Encaramado a la cabina de un camión, frente a los protuberantes y descoloridos pechos de una tetuda rubia que le sonreía de entre los asientos, Efrén acechaba la actividad de la casa. Las luces del salón pintaron las rendijas de las contras: gualdas, afiladas, paralelas. Centelleantes.

El centelleo del dolor consanguíneo del anfitrión, zumbado de impotencia y de horror.

Que lo paladee, pues los que lo infligen jamás llegan a hacerse una idea del sufrimiento que acarrean hasta que no son alcanzados por la ley del Talión.

Talión: la única justicia contra el dolo personal.

La noche transcurría primorosa en su progresión revolucionaria. Una hora antes de acabar el servicio, la papeleta les ordenaba una presentación de veinte minutos en el edificio de la Telefónica. Estacionó y despertó a Goyo. Si algún oficial los sorprendía dentro del auto, las consecuencias serían gravísimas. No para su futuro como guardia civil —el cual ya nada le importaba—, sino como guerrillero operativo.

Goyo se bajó, todavía medio traspuesto.

Un tractor que venía de la almazara y que circulaba sin el rotativo preceptivo, llamó su atención. Por alguna extraña razón o pesadilla remanente, metió los mostachos en la carretera y lo apartó al arcén. El rotativo funcionaba, pero no la luz. Así que, después de hacerse con la documentación del infractor, se resolvió con ademanes entumecidos a rellenar la denuncia por infracción al Código de la Circulación.

Efrén repasó las particularidades externas del infractor. A todas luces —excepto la del rotativo—, se trataba de un modesto agricultor.

Se llegó al jefe de pareja.

—Creo que bastaría una simple advertencia —lo abordó en tono censurador.

Pero el enjuto bigotes, haciendo oídos sordos a dicho tono, siguió adelante; no obstante, explicando:

—Voy escaso de denuncias este mes, y para una que pillo no pienso dejarla pasar.

—Sigo diciendo que *no* deberías, Goyo.

Pero éste permanecía concentrado en rellenar casillas. Entonces Efrén, muy cerca de él, se inclinó para susurrarle:

—No puedo permitir que hagas eso, Goyo. Rompe esa puta denuncia, ahora mismo.

El guardia dejó la caligrafía y se lo quedó mirando sin comprender.

—¿Pero qué dices…? No voy a romper nada, y me parece, Salvador, que te estás pasando.

Conque Salvador, ese badulaque o tontolaba que había tardado tanto en aprender.

—No importa lo que te parezca. Pero si sigues adelante con esa denuncia, no permitiré nunca más que te duermas conmigo estando de servicio.

A Goyo se le cayeron los palos, o por lo menos el boli, que rodó al suelo y no pareció percatarse.

—¿Tú estás loco o eres tonto? —dijo.

Pero era evidente que su estupor no era mayor que la certeza de que la amenaza iba en serio.

Se tomó varios segundos en meditar o ponderar y, luego de agacharse a por el boli, se encaminó al infractor y vino a decirle que debía tener más cuidado y que la próxima vez quizá no fuera tan indulgente y bla, bla, bla…

Ya a solas, Goyo se le encaró.

—No me había fijado en que fueras tan cabrón.

Efrén le sostuvo la mirada, firme, pero confraternal.

—Era una cuestión de decencia.

Goyo se mesó el mostacho; miró el coche aparcado.

—Seguiremos andando —dijo, con una altivez súbita.

La había cagado. Sí: decencia, pero una salvaje decencia que lo conducía por los márgenes de la insensatez y de la Audiencia Nacional. Supo que acababa de perder otro puntal y también que su caída tendría más que ver con el rencor que con la temeridad de su osadía, cualquiera

que fuese.

Al menos había despachado la carta, hecha la llamada y tentado al objetivo primordial.

Conducirse inmune o cuando menos temible es cuestión de no pararse.

—Lo siento mucho, Goyo, pero me pareció muy fuerte que te justificaras…

—Vete a tomar por culo.

Lástima que la dictadura del proletariado se haya malogrado. Ya no volverá a haber ninguna oportunidad más para demostrar a la humanidad que algo tan hermoso sí hubiera sido posible, factible y esencial para liberar al hombre del hombre… —O no.

¿Contra qué luchaba en realidad?

Un árbol de Navidad parpadeaba frenético en los soportales del ayuntamiento. La esfera del reloj, enmarcada por serpentinas doradas, anunciaba las cinco y diez. Goyo no reparó en nada de esto: arrebujado en la capa, por cuyos bajos la bocacha del cetme asomaba sin donaire ni recato —como huraña—, cruzó la plaza con prisa y siguió por el callejón del churrero.

Efrén lo seguía a la distancia reglamentaria.

—Acabaremos el servicio aquí —lo oyó decretar.

Al amparo del tejadillo de la churrería, tomó asiento en una botella de butano. Pinzó el fusil a través de la capa y lo sostuvo vertical entre las piernas. Bajo el tricornio sólo se le veían los ojos. El collarín de lana o braga oficial le cubría el resto de la cara: parecía un tupamaro dispuesto para una emboscada.

La voz desmintió el prodigio.

—Eufemio no tardará en venir —se expresó, lánguido, exento de resentimiento—. Tú puedes hacer lo que te dé la gana.

—Sabes que congeniamos de puta madre, Goyo —se apresuró a responderle—. Y admiro todo lo que haces. Pero esa denuncia era excesiva, compréndelo —rogó de nuevo y no se atrevió a añadir nada más por temor a enzarzarse en un toma y daca de imputaciones, insultos y reproches.

Pero Goyo no entró en discusión y Efrén dedujo que de alguna manera su extraordinario compañero, si no le perdonaba, alcanzaba o empezaba a entender su actitud insolente; asimismo, sus bigotes volvían a alzarse en tensos bucles, infiriendo a su rostro la habitual expresión de guasa que le veía a la vida (en vez de esa cosa estupefacta que los demás transmiten a su edad).

Dos chavales que merodeaban por la plaza desviaron la tensión. Uno de ellos portaba algo en la mano, que sacudía al par que se pegaba a la

pared del ayuntamiento. Empezó a escribir primero despacio y luego más deprisa.

Ambos guardias asistían al episodio imperturbables.

Efrén estuvo tentado de salir a identificarlos y quizás denunciarlos. Pero alguien que va por la vida con un pulverizador no puede ser peligroso, y más cuando leyó:

DIOS PERDONA SIEMPRE.
EL HOMBRE ALGUNAS VECES.

LA NATURALEZA NUNCA.
¡SALVEMOS LA LOBA!

La pintada aludía al proyecto municipal de consumar la recalificación de gran parte de las estribaciones arboladas del monte de La Loba, con el fin de ampliar la urbanización Maracaibo Park.

Esa era otra alternativa por la que luchar: la protección del medioambiente. Pero el hito de la senda que patea ahora, le advierte que para defenderlo con eficacia se haría necesaria la violencia entre los hombres. Porque al final el poderoso hará según le convenga mientras sea la Naturaleza la que corra peligro y no su vida.

Exaspera y acongoja saber que en la actualidad los tres negocios más rentables en el mundo sean el tráfico de drogas (encabezado por la industria farmacéutica), de armas y de personas. Curiosamente, a esos negociantes nadie los tilda de delincuentes y, menos aún, de asesinos: su responsabilidad se esfuma tras el superávit de las cuentas y las inversiones multimillonarias en medios de comunicación en los que blanquean el dinero e inflan su prestigio; así como el sostenimiento de clubes deportivos y los documentales pronatura que financian en el colmo de su ínsita y perversa hipocresía.

Si alguien les pusiera un estupendo coche bomba contra sus instalaciones o un tiro en sus cogotes enfundados en trajes de millón, su prensa y sus acólitos y los tontos del culo de siempre sacarían titulares llamándoles «terroristas».

Tiempos de mixtificación tenaz. La lucha que no debe parar. Caiga quien caiga: el entorno, incluso uno mismo.

De momento, estaba jodiendo a uno de la Pandilla.

Goyo se puso en pie y echó a andar.

La cuenta atrás había comenzado.

LXIII. RASTREA MI SUERTE

1

Durmió del tirón hasta la hora prevista en que repiqueteó el campanudo despertador. Se impulsó con frenesí. Estiró los brazos y al bajarlos, de un manotazo, encendió la radio.

Ritmo fuerte. Ritmo revolucionario. Cuando salió del baño, la locutora le animaba a no acostarse ese día sin haber hecho una buena acción por la humanidad. En eso andaba. A un lado se ajustó la recortada y en el otro la Star; la cazadora le arropaba entero y a base de bien. Se estiró a por la maleta, encima de la taquilla. La abrió sobre la cama y le dio la vuelta: barbuquejos, mosquetones, cinturones de siniestra chapa y otros correajes negros quedaron esparcidos como aletargados bicharracos cavernarios que, extraídos de su lóbrego hábitat natural, herían y aniquilaban la luz. (Con suerte, descartados para siempre.) La locutora anunciaba con voz dulce y musical una mejoría general del tiempo: sol y tiempo seco; y vocalizando cada sílaba, cada fonema, felicitaba a los domingueros.

Qué lástima: tan hermosa de dicción, tan estúpida de talento.

Acabó de aprestarse y bajó a solicitar un preciso cambio de servicio.

Desistió: Mantenimiento de cuartel. Saliente y escaqueo. Reparó en la flotilla de reactores, cuyas carlingas emitían un destello agudo y frío, dentro de las cuales pilotos con ostentosas máscaras de oxígeno se destacaban con imponente flema, surcando una estratosfera cárdena. El barco en pleno viraje, que sustituyó al escalador de mirada hacia la cumbre, había arribado por fin llevándose su estela y su mar. ¿Alcanzó la cumbre el uno? ¿Recalaría felizmente el otro? Y los cazas: ¿consiguieron su objetivo? ¿Lo conseguiría él o acabaría estrellado, muerto…?

Sin duda, un póster bastante tétrico.

Bah, bah, he de volar, he de hacerme millonario.

Dio una pasada por La Arteaga. Inmutable. Talmente como avizorada al alba. El ansia debía de estar devorando a su dueño. Una ínfima analogía de suplicio en comparación con el acarreado a familias con hijos o parientes enganchados a la droga o a esas otras a las que ha saqueado su modesta ganadería, fruto de penosos decenios, ilusos pastores entregados a un medio de vida honrado que ni está de moda ni sirve para ganarse el pan.

Después de cerciorarse de que no rondaban presencias anómalas por

San Juan, se halló aporreando en clave la puerta de la calle Zigia.

Insistió por un minuto. Salió ella, en chándal.

—Hola, cariño. —Se besaron. *(¿A qué olía?)*

—¿Cómo va todo?

—Todo va bien —respondió ella con indiferencia (forzada, conjeturó él, sin tiempo para elucidar)—. Después del susto que me diste…

Al entrar en la sala, Dioni botó a ponerle al corriente.

—Sin novedad, camarada.

—Gracias. ¿Y nuestra prisionera?

—Estupendamente —contestó Anabel.

—¿Puedo verla?

—¿No te fías?

—Sí, claro. Pero quiero verla.

Entraron al dormitorio; de fondo sonaba Rachmaninov con su concierto para piano n.º 2. Efrén soltó dinero. Dioni dijo que aprovechaba para salir a comprar algunas cosas; quería decir *caballo*.

Efrén se percató de efluvios íntimos que le hicieron rememorar estallidos de sexo y pasión; al entrañable perfume que ella suele ponerse en tales momentos. *(¿Le estarían haciendo una verónica?)* Espió a la prisionera. Tendida sobre el colchón, pasaba aburrida las hojas de un suplemento semanal. Y vestía prendas de Anabel.

—¿Cómo es que tiene tu pijama?

—Para que lo use. Pienso arrojarlo cuando todo esto termine.

Dejó de fisgonear. Quiso insistir, pero recordó el asunto prioritario.

—Será esta noche.

—¿Esta noche? —repitió ella, con sorpresa; y Efrén creyó detectar, además, desilusión—. ¿Y eso…?

—Porque tengo al padre en La Pequeña Arteaga. Se hace acompañar de dos tíos grandes con pinta de gorilas. No son policías. He indagado lo suficiente y sé que no hay una operación camuflada. No tenemos tiempo. Hay que prepararse ya.

—¿No nos estaremos precipitando?

—No, escucha. Marcas este número de teléfono y dices…

2

—… Hablo en nombre de la Organización que tiene secuestrada a su hija.

¿Tiene el dinero?

Urbano Arteaga se aclaró la voz.

—Sí, lo tengo. Pero no trescientos millones. Doscientos diez es de lo que dispongo.

Tenía orden de no hablar más de lo necesario, pero aquello no era lo previsto.

—Se le dijeron trescientos y dijo que los tendría.

—Su compañero no me dejó explicárselo en sus llamadas.

—Tendremos que debatirlo. ¿Dónde los tiene?

—Junto a mí. ¿Y mi hija?

—Sigue bien. ¿Quién está con usted en la casa? No nos mienta o todo se irá a la mierda.

—Dos guardaespaldas privados, contratados para proteger el dinero hasta la entrega.

—Le llamaré más tarde —dijo ella y colgó.

Y descolgó…

3

… para marcar el número tan bien aprendido.

—¡¿Cómo es que pretende escamotearnos cerca de cien millones?! —Efrén estuvo por insultarle, pero se contuvo—. ¿Nos ha tomado por idiotas o qué?…

—Déjeme explicarle, por favor —suplicó la balbuciente y familiar voz de Urbano Arteaga—. Se trata de un error. Se lo juro. Los movimientos de cuentas que ustedes tienen en su poder corresponden a transacciones de una misma cantidad distribuida con posterioridad en diversos depósitos. Pero la cantidad total es siempre la misma, y no dispongo de más: doscientos diez millones es todo lo que he podido reunir… ¿Me está escuchando…?

Claro que le escuchaba. Era sólo que ahogado en furia irresoluta no sabía cómo replicar a aquel insolente timador.

—Por favor —rogaba Urbano Arteaga, con acento desgarrador.

—¡Cállese! Si me entero de que nos ha engañado, le buscaré y lo mataré. ¿Lo entiende?…

—Lo entiendo, lo entiendo. Créame, es la verdad.

—De acuerdo. Si esta noche tenemos ese dinero sin problema para nosotros, en unos días pondremos en libertad a su hija. Aceptaremos los

doscientos diez millones como parte adecuada por el rescate. Pero recuerde: nada de trucos. Si algo no sale bien, la culpa será suya.

—Ninguna. Se lo juro.

Un juramento hecho por un fascistoide mafioso no tiene validez; pero si se tiene a su hija como rehén, es posible que sí.

Efrén adoptó una voz que no se parecía en nada a la de la locutora de voz dulce y musical.

—Lo haremos esta noche. *A lo largo de toda la noche*. Sólo cuando no tengamos dudas, nos pondremos en contacto. Tal vez se alargue hasta mañana. O tal vez no se pueda hacer.

—No tiene por qué preocuparse —respondió Urbano, con una inflexión estragada de congoja, a la vez de hastío: como harto de ambages infundados y barruntos de propincua maldad. Y así osó manifestar—: Sé lo que ha ocurrido en Las Torcaces; conmigo no habrá problemas. Esta noche tendrán su dinero. Por favor, cuiden a mi Yénifer.

Efrén permaneció cavilante… Aligeró la presión sobre el auricular, y concluyó conforme:

—Cuando sean las doce en punto les llamaré para decirles que…

4

—… Salgan de la casa y diríjanse a la estación de tren de Dosarcos. Aguarde instrucciones por el teléfono móvil.

El BMW emprendió el ritual ordenado, internándose señorial y veloz por el pueblo. En La Pequeña Arteaga quedaron encendidas las luces del porche. Desde la era de los murciélagos ellos atisbaban emboscados por las sombras en la hora del búho.

Equipado con medios requisados al enemigo, Efrén reconocía la casa y los alrededores. Todo bajo control, todo en silencio: el aleteo de un murciélago (lógico), el susurro del viento…, un viejo utilitario que se adentra en la era, para el motor y sin transición comienza a agitarse.

Efrén lanzó un maleficio al insolicitado vecino: que fuera un eyaculador precoz.

Pero si lo era como si no, media hora después el auto continuaba balanceándose como si navegara en plena marejada.

—¡Joer! —exclamó Anabel, revolviéndose en el asiento.

—Sí: *joder*.

Anabel no respondió al sarcasmo; no le afectaba. Se hallaba suspendida en otra onda, una revuelta de ansiedades y recelos.

—Bueno, ¿y ahora qué hacemos?

—Nos vamos —decidió Efrén, girando la llave del motor.

Se llegó a Morratal y desde la cabina de la plaza (la del cling, clonk-clonk) llamó a Urbano. Quería confirmación del punto exacto en el que se encontraban. Quería enloquecerlo.

—Tal como usted dijo: en la estación de Dosarcos —lo escuchó pronunciar destrozado.

—Bien. Pues ahora las instrucciones son que vuelva a La Pequeña Arteaga. Cambio de planes. Allí deberá esperar hasta recibir nuevas instrucciones.

Regresaron a San Juan, aparcaron en las afueras que daban a la parte posterior de La Pequeña Arteaga —tras descartar la era de los murciélagos, donde el utilitario de marras perseveraba o repetía— y, dando un largo rodeo, se infiltraron en la oscuridad del campo.

Antes de abrir el candado la advirtió:

—Hay que evitar el más mínimo ruido, si hace falta…

5

… Si hace falta, dejas de respirar —la repitió cuando la verja volvía a abrirse al BMW.

Los faros del turismo ensartaron las rendijas de las contras; el interior de la estancia fue rayado por estrías de luz que viajaron rápidas, se anquilosaron y se extinguieron con la misma contundencia con la que habían aparecido.

Ella se agazapó tras la mampara y Efrén penetró con un cable aislante, salvo las puntas, en el cuartucho de la limpieza bajo el nicho que ya *no* volvería a escalar.

Alguien de los recién llegados encendió las luces del salón, pero éstas se apagaron al punto. Al chasquido característico del diferencial le siguió un exhausto: «Lo que me faltaba». La luz eléctrica era cosa imposible. Los gorilas sacaron mecheros. Urbano corrió las cortinas. Cachos de cielo estrellado, formateados por los arcos del porche, estamparon los cristales. La sirenita bajo la mesa se perfiló como una imagen de camposanto en una noche de plenilunio.

Urbano se dejó caer en un sillón de orejas, el favorito de vuecencia.

—Encima esto. Un puñetero cortocircuito —se le oyó murmurar—. Tomaos algo —alzó la voz para los guardaespaldas.

—¿Le preparo algo, señor? —preguntó uno de ellos, mientras se les oía

hurgar por la barra.

Urbano dijo que otro café bien cargado.

La idea de cortocircuitar uno de los enchufes a la par que pulsaban el interruptor, había sido una idea ocurrente, válida. Millonaria.

Con una rodilla en el suelo, la frente pegada a la esquina de la mampara —donde el artilugio infrarrojo debía de asomar como un periscopio surrealista—, Efrén escrutaba el teatro de operaciones.

Las siluetas de los guardaespaldas se desplazaban lentas, formidables.

Vulnerables.

Con recortada en mano y portentosa visión, Efrén fue a intervenir, pero entonces uno de los guardaespaldas se encerró en el cuarto de aseo. Por lo visto, se cagaba patas abajo. De haberse entretenido un segundo —uno sólo—, se lo habría hecho encima, porque ya se disponía a lanzar el grito fulminante. No convenía precipitarse.

Uno de los gorilas dijo algo y el anfitrión se levantó:

—Traeré más leche de la cocina.

Recularon al cuarto trastero bajo el magnífico nicho.

Como tal contingencia la tenían prevista y ensayada, ambos se encerraron raudos y sigilosos.

Urbano, precedido de la claridad movediza de un mechero, dobló con su trémula sombra y pasó a la cocina. Salió en un minuto, a la vez que la cisterna del váter resonaba como un camión que basculara un remolque de escombros allí mismo.

Abandonando el cuartucho, oyeron a Urbano derrumbarse en el sillón:

—Y el teléfono sin sonar. Qué perra suerte.

Ya, ya; para perro, tú, captaba ahora sus facciones atormentadas Efrén.

Probó el café y siguió quejándose, con doble acento:

—Qué amargor.

Los dos gorilas habían tomado asiento en el sofá; uno de ellos se movilizó.

—Traeré más azúcar —se levantó y enfiló a la cocina.

El titilante encendedor acercándose imprimió a las nebulosas prominencias vítreas de la mampara un movimiento de acorralamiento y asalto. Sin tiempo para esconderse, el comando se vio sobrecogido.

Tensos y acuclillados se disponían a surgir, cuando, justo en la arista, el grandullón fue frenado por las palabras del otro esbirro.

—Espera, que está aquí.

El mechero giró con su portador. En el campo de los infrarrojos, la

llama danzarina se movía dejando una estela flexuosa y llameante. Tornó al asiento.

—Parece que está helando —comentó, sirviéndose la dulzaina.

—Parece —dijo Urbano.

Bastaba de titubeos.

Efrén repasó por última vez al grupo, que, retrepados en la penumbra, removían las bebidas como sonámbulos. Se afianzó el atalaje del visor, enarboló la recortada: si tenía que disparar, las postas en abanico le garantizarían un mayor poder de detención. La mano libre fue a posarse sobre el hombro de Anabel. Ahora sí. Ella le palmoteó con dedos firmes y enguantados: *adelante*.

Se irguió. Dio un paso y un giro: un viento que movió cabezas y cortó respiraciones. Para eliminar dudas o desvaríos, expuso con voz tranquila y fiera:

—No se muevan o disparamos. Podemos verlos con equipos de visión nocturna. Somos parte del comando secuestrador.

Una taza se volcó con estrépito de líquido, cucharilla y loza sobre el cristal de la mesita.

Aparte de eso, ningún otro ajetreo ni tentativa.

Tal que una proyección ralentizada, el trío levantó los brazos a espasmos temblorosos. El lucimiento de la recortada, cuyos aserrados y paralelos cañones parecían atrapar todo el brillo que se colaba de las estrellas, despojando incluso a la sirenita de su lúgubre fulgor, los tenía hipnotizados.

Adecuada la psique al trance, Urbano Arteaga articuló:

—No…, no nos moveremos —y por su entonación ya no le quedaba ninguna duda acerca del origen de la trama.

—De rodillas y al centro del salón. Los brazos en alto.

Cumplidas sus órdenes, Efrén exigió las armas de los gorilas.

—Que las depositen en el suelo y las empujen hacia mi voz. Recuerden que les estoy viendo y apuntando.

Urbano les alentó a ello y las armas patinaron obedientes. Anabel se estiró para recogerlas.

A continuación, ella le entregó unos grilletes.

—Urbano Arteaga —pronunció Efrén—. Ahí van estas esposas: póngaselas al que tiene a su derecha, las manos en la espalda.

En la panorámica verdosa, Efrén advertía en los ojos de Urbano la confirmación de dudas atroces: víctima de una cruel artimaña urdida por el general Llopera para quitárselo de encima. El juego de un demonio que se

creía Dios y a él le tocaba perder por quién sabe qué feroz albedrío. Tan pronto acabara, sabría lo que tendría que hacer.

Eso si sus agresores no tenían la orden de despedirlo con un balazo en la boca, dejándole un feo mohín de revancha en ciernes.

—Ahora el otro. —Y le arrojó otras esposas, también de plástico, como las primeras.

De plástico, sí, pero sin la imprescindible llave costaría abrirlos, siquiera romperlos, más de lo que a primera vista pudiera parecer. Juguetes para niños hechos por niños *Made in China*, baratos, ilegales y lesivos. Negocios explotadores de corporaciones multinacionales al servicio de occidentales impasibles, ruines y falsamente solidarios.

Urbano se esmeraba en la exigencia. Efrén se cercioró de que lo había hecho sin trampa con una rápida aproximación en cuclillas y, retrocediendo, prosiguió con el plan.

—¿Dónde está el dinero?

—En esos maletines —señaló Urbano a la barra del bar.

—¿Cuánto hay?

—Lo que les dije: doscientos diez.

—Vaya a por ellos y láncemelos, abiertos.

—¿Soltarán a mi hija? —preguntó Urbano, empujando el primero.

—Si ha cumplido con el trato, por supuesto.

Arteaga envió el segundo. Efrén le dio otra orden.

—Ahora dese la vuelta y acérquese de espaldas y de rodillas. Vamos a esposarlo.

—¿Me matarán, no es verdad? —balbuceó la víctima.

—Claro que no —respondió Efrén, al tiempo que Anabel, extendida en el parqué, lo engrilletaba a la luz de constelaciones viejas y quién sabe si ya inexistentes—. Su hija estará en libertad en pocos días.

Al fin maniatados, Efrén procedió a reforzarles la inmovilidad con cinta de embalaje: las manos dorso con dorso y los tobillos superpuestos. Y una última tira para los ojos. Cuando le llegó el turno a Urbano, con forzada voz enronquecida, le recordó la estricta amenaza:

—Espero que no oculte ningún truco, si es que quiere a su hija viva.

—Haré todo lo que me han dicho, lo haré —gemía Urbano, cabeceando ciegamente hacia los pasos que circulaban imperativos a su alrededor, arrodillado sin nervio como un sentenciado que fuera a ser ejecutado de un tiro irremisible en la nuca—. Yo he cumplido mi parte. Lo mismo espero de ustedes —impetraba a punto de desmayo.

Tú no acertaste con mi fichaje. Pero la sociedad sí. Te lo avisó el brigada el

día en que nos conocimos, pero ni tú ni los de tu casta lo imaginasteis. Si pudieras rastrear mi suerte, verías que a donde fui, NO hice lo que vi.

Maldito malhechor. Porque le había dado la palabra, que si no…

—¡Cállese! Ya le he dicho cómo sucederá, y punto.

Ni aun ahora podría imaginárselo, siguió discurriendo —en tanto que Anabel, postrada ante los billetes los verificaba y contaba al aplastado resplandor de una linterna, y acto seguido los trasvasaba a las mochilas, musitando, electrizada: «sí, joer, sí, sí»—, sabedores de que por ósmosis política o circunstancial cualquier andoba o corporación que permiten que se les acerque, acaba por justificarles y hasta alabarles, si no imitarles. Pero él, fiel a sí mismo y a su ánima liberal, había resistido y echado al monte de las ideas como un insobornable y cuerdo *desfacedor* de agravios. Sin otro lema; sin otro objetivo ya: *Vivir y morir en la lucha*.

Ella estimulaba su ansia. Su fuego. Ella era sublime hasta atacada de nervios contando billetes. En ellos rebotaba la luz de la linterna y encendía su crencha oscilante.

Se llevó ésta tras la oreja y él vio sus ojos nato y oyó su voz, susurrada, fatigada. Extasiada:

—Está todo, y limpio.

Portando cada uno una mochila, se batieron en retirada, dejando sendas pistolas en un macetero: en el futuro nada de lo que haga o posea deberá vincularse con el secuestro. Los perros quedaron pegados a la enredada puerta, saltando y resollando. *Hasta nunca*.

Afuera, Efrén se entretuvo un segundo en reconocer las inmediaciones. Vía libre a la autarquía. En la era de los murciélagos, vívida y pasmosamente, el mismo utilitario aún traqueteaba.

Por encima del pueblo, en el horizonte, delineando Los Varales, un bol invertido emergía aloque como preludio del nuevo día.

La vida sonreía.

Se dispersaron a campo traviesa, hacia la calle donde habían estacionado el R-12, sin mirar atrás: la piedra angular de las empresas de éxito.

Junto a la pared que zanqueaban, cantó un gallo. Luego otro. La alegría de la Naturaleza por la contención de un depredador; o quizás sólo porque despuntaba el alba. Sin literatura. Acción.

Todo entero y a base de bien.

Va por ti, Monti.

LXIV. GIMNASIA REVOLUCIONARIA Y OTRAS HISTORIAS DE MUCHO SABOR Y CONTUMACIA

1

Durante la semana que Desideria permaneció en el hospital, se negó a prestar declaración a los guardias que la visitaron decenas de veces. Sin embargo, tan pronto salió, envuelta en vendas y escayola, se presentó en el juzgado y declaró contra el clan Moisés, a cuyo hijo acusaba de las lesiones y del robo de sus cerdos, incidencia que hasta entonces no había figurado en las diligencias del caso de Las Torcaces. El informe del veterinario designado por el juzgado vino a corroborar la acusación del robo de los animales; el del médico forense que la mayor parte de las heridas y contusiones en la cabeza que presentaba la mujer provenían de la culata del fusil aparecido en el escenario de los hechos, y que los vastos y negros moratones que marcaban las costillas y otros huesos rotos coincidían con las punteras de las botas del susodicho.

Con todo, el escándalo seguía sin presentarse problemático para la Cúpula.

Hasta que empezaron a aparecer informaciones anónimas en algunas publicaciones en las que se aludían a ciertas turbias relaciones entre los heridos —porque finalmente, y para su inmenso alivio, ninguno estaba cadáver; mejor o peor vivían todos— y mandos de la Guardia Civil local. Y mencionaban al teniente de Dosarcos.

Algún *número* había tenido el poco «amor» por el Cuerpo de revelar la presunta corrupción a un diario nacional.

En un reportaje acompañado de un par de fotos —una de Las Torcaces, medio incinerada, y otra del cuartel de San Juan, que en puridad debería haber sido de Dosarcos, ya que de allí era el mando al que involucraban— se sugerían conexiones entre algunos guardias civiles y determinada delincuencia organizada. Tal información daba en el fondo de la cuestión, pero en su forma y planteamiento, sin duda precipitado, dejaba muchos flecos sin aclarar; y en el afán por apuntarse la primicia y copar el desenmascaramiento, fusionaba proezas corruptas y tangibles con disparatadas conjeturas que no hacían sino descartar a aquéllas.

Pero el cariz más brutal y menos esperado surgió cuando el brigada, requerido para prestar declaración en el Juzgado de Instrucción, no sólo ratificó las denuncias y sospechas de la viuda Desideria, sino que llegó mucho más lejos: puntualizó las inveteradas tropelías impuestas por la

Cúpula, los cambios de papeletas en aras de despejar rutas convenientes, las escoltas privadas a los camiones de ganado ilegal, y el amordazamiento, que él, como comandante de Puesto, había sufrido en cumplimiento de órdenes fieramente inexorables.

Cuentan los que lo vieron que el paturro del *teco* se tronchó de risa cuando se lo participaron y celebró con los oficiales la chistosa y atrevida inocentada, pero que cuando reparó en que no le seguían, comprendió, y que arreado de pavor rodó impetuoso a su despacho y ya no salió sino hasta altas horas de la madrugada, precedido de estrellados subordinados con los culos muy prietos y las comisuras de sus caras laxas.

Fue entonces cuando el asunto tomó un frenético viraje: el frenético y ansiado viraje.

El sargento instructor fue relevado por un oficial. Que la juez fuera miembro de la Asociación *Jueces para la Democracia* no barruntaba nada bueno.

Entre tanto, el primer Jefe necesitaba explicar que la denuncia sobre corrupción que apuntaba a la oficialidad era cochina mentira y puro resentimiento de un suboficial.

Con tales efugios se le vio por televisión, de uniforme, más ancho y duro de cara que nunca y muy solemne estirando la colosal papada detrás de su mesa de *teco* primer Jefe, asegurando con ojos de insecto para un informativo semanal que tanto las noticias de la prensa como las declaraciones del comandante de Puesto eran «irresponsables e infamatorias», y que dicho suboficial se hallaba bajo investigación por otros hechos. En su abultado papel de funcionario ofendido e inocente, concluyó diciendo que había dado órdenes al objeto de «establecer responsabilidades y aplicar los preceptos disciplinarios adecuados».

Preceptos disciplinarios adecuados. CARNAZA: que nadie de fuera tuviera que advenir a investigar asuntos internos.

Sin embargo, la juez ordenó inauditas medidas cautelares: sobre los heridos, vigilancia policial; y sobre la oficina del teniente de la Línea de Dosarcos, un registro e incautación de documentación.

La Cúpula encorajinó. Lo consideraron una intromisión del juzgado civil en ámbitos castrenses y solicitaron el trámite de diligencias bajo jurisdicción militar. Pero la competencia judicial fue basculada provisionalmente para el Juzgado de Instrucción, y el general Llopera se vio forzado a pasar varios días aclarando tantísimos puntos dudosos con el teniente Miñón en uno de sus cien mil despachos sinecuras, despóticos o marrulleros.

2

—Nosotros somos ahora el FRAF, cimientos de una moderna revolución —se expresaba Dioni con las pupilas dilatadas, fulgurando quimera y artificiosidad—. Levantaremos de las cenizas un movimiento de auténtica guerrilla urbana capaz de acojonar al Estado y de recordar a todos que la lucha por la justicia social y la igualdad no ha muerto.

De repente, encogiéndose en su esquina del sofá, se juntó los puños en el mentón y se dio a rezar con una elocuencia y una dicción tan arrebatada, que Efrén, desde la otra esquina, creía estar presenciando un milagro o una conversión mística.

—«Creemos en el socialismo revolucionario, todopoderoso, hijo único de la Justicia y de la Anarquía, que es y ha sido perseguido por todos los políticos burgueses, y nació en el seno de la verdad, padeció debajo del Poder de todos los Gobiernos, por los que ha sido maltratado, escarnecido y deportado, descendió a los lóbregos calabozos y de ellos ha venido para emancipar al proletariado, y está sentado en el corazón de los asociados. Desde allí juzgará a todos sus enemigos. Creemos en los grandes principios de autonomía, federación y colectivismo; creemos en la revolución social que ha de redimir a la humanidad de todos los males que hoy la degradan y envilecen. Amén.»

¡*¿Amén?*! Efrén ni pestañeaba.

Ella se sumó y él temió que le viniera encima otro recital iluminativo.

Pero menos estridente y más lacónica y enfática, desde su aposento de reina, le puso al tanto de que todo se resumía en un optimismo y regocijo espeluznante.

—Lo somos y *nadie* nos va a parar. Tenemos experiencia, dinero y la fe necesaria para hacernos temibles. ¿Cierto o no, cariño?

Y Efrén que no podía dejar de observar a Dioni. Éste sonreía para sí, agotado y campante.

En verdad tenían razones de sobra para mostrarse así de optimistas, de jactanciosos: el secuestro había concluido y poseían el rescate millonario. A Yénifer la habían liberado en pleno cisco de celebraciones tras la llegada del nuevo año, dejándola empastillada y adormecida en un banco erizado de vasacos y litronas, próximo a un club tecno muy concurrido. Nada anormal. Después merodearon hasta la aparición de Urbano, previa llamada de liberación.

El CC era un comando eficaz y rentable.

Sus camaradas radiaban éxtasis. Un éxtasis que tenía algo de excesivo y de sombrío. Y eso que él también tenía sus buenos y muchos motivos

para sentirse como ellos: había salido incólume de su segunda ofensiva, y sus víctimas, aunque lisiados y en precario, vivían todos.

El imperio físico de Las Torcaces fue pasto de los regueros de llamas, las cuales, llevadas y alimentadas por los miles de litros de gasoil derramados por los depósitos, consumieron la finca y, por desgracia, también a la mayoría de los animales, que murieron cumpliendo con su destino, pero al menos sin dejar lucro criminal.

Sueños logrados. Sueños que abrasaron a otros.

Golpes de suerte para la ira de un embaucado.

Todo perfecto, y no obstante, algo impreciso le inquietaba.

—Cierto, sí. Pero debemos calmarnos y dejarnos de autoalabanzas —trató de introducir cordura, consciente de que todavía le quedaban cosas (cosas tremendas) por rematar.

—Somos la fuerza del nuevo FRAF —brincó Dioni, excitado y escuálido desde su esquina, como si nadie hubiera objetado al respecto.

Anabel se afirmó a los brazos del alto sillón de mimbre e irguiéndose expuso, impaciente y vigorosa:

—Tengo preparado un *petardo* para no perder la dinámica de guerra. Una carga lapa —y señaló encima de una mesita donde la roja tela de aves raídas cubría una caja de zapatos o similar—. ¿Qué tal si la metemos en los próximos días? Para que no se olviden de nosotros. ¿Quieres verla?

Él negó con la cabeza y ella prosiguió:

—Confirmaríamos así un importante salto cualitativo, aunque no es mucho lo que podemos hacer; estamos a punto de quedarnos sin detonadores y agotarlos con una acción de esa clase sería un excelente cierre de campaña. Pentrita, imanes y poco más: andar, adosar, andar… Un poquito de «gimnasia revolucionaria», cariño —concluyó con remembranza corrosiva.

Dioni, el *patas* perfecto, sólo captó parte de la chispa:

—Eso, joder, a vosotros que os gusta tanto la gimnasia. Ji, ji.

Efrén se puso en pie de un salto.

—¡Eh, vale ya, joder! No haremos nada hasta que pase algún tiempo y conozcamos entero y a base de bien nuestras posibilidades.

—Entero y a base de bien —repitió ella, con irónica seriedad.

Se retrepó en su sitial y le mostró las palmas de las manos.

—Tú eres el jefe.

—Además, tú manejas el dinero —le recordó Dioni, sin animosidad—. Llevas las riendas del comando. Te juro que por mi culpa no habrá problemas. Haré lo que me pidáis.

Le respetaban. Pero Efrén ya tenía claro que detrás de aquella chanza aleteaba una intemperancia mal refrenada. Y Dioni era un títere —un *patas* — al servicio del más violento. El pringado ideal para las cúpulas.

Él no lo permitiría. Violencia sí, pero no a discreción.

—Prepara lo que quieras —se dirigió a ella—. Pero recuerda que somos un grupo que toma las decisiones por unanimidad. —Y encarándose a Dioni—: Y tú, ya que hablas de problemas: ¿qué tal si discutimos el del *caballo*?

—Sí, esa sería, ahora, la preferencia —apoyó Anabel—. Aplazaremos cualquier acción de comando hasta que estés rehabilitado, totalmente. Volverás a la Granja. Y será mañana mismo.

—¿Mañana?… *¿Tan pronto?*

—Mañana, y sin falta —se ratificó ella.

—Coño, que sea la semana que viene —mendigó el otro.

—Lo concretaremos hoy mismo con el Centro —dijo Anabel—. Tú me prometiste que lo harías tan pronto concluyera el secuestro. Cumple tu palabra.

El drogata asentía con las chupadas sienes no sin frivolidad.

—No parece que esté muy dispuesto —observó Efrén—. Si no me equivoco, y me temo que no, diría que se ha metido algo hace… ¿una hora?

—Más o menos —confirmó Dioni con una enorme y estúpida sonrisa, lo cual vino a informarles de que el número de dientes se le había reducido de un modo drástico—. Pero es la última, o una de las últimas. Os lo juro. Voy a dejarlo.

Advirtió que lo miraban sin gentileza ni indulgencia y se avino:

—Vale, mañana.

Efrén remachó:

—Recuerda que a partir de ahora del dinero del rescate no saldrá nada para comprar droga ni ninguna otra cosa que no gestione yo directamente.

—He dicho que voy a dejarlo y lo voy a dejar. —Dioni extendió las manos como un mago que tratara de convencer al público de que no hay truco. Su rostro reflejaba beatitud en estado puro. La cara de una moneda cuyo revés —ineludible, infernal— no tardaría en llegar.

Efrén no tenía tiempo ni ganas de enmendar a un fiambre virtual. Le inspiraba pena, pero ante todo desconfianza. Aún no podía creerse que hubiera permanecido a pie de zulo día y noche como un auténtico guerrillero. De todas formas, era un damnificado difícilmente reversible.

3

Con bastante menos fortuna que sus víctimas sobrevivientes de Las Torcaces, infirió al enterarse de que ambos Moisés habían salido de la UVI. Los demás —el apócrifo sobrino de Alfonso De Lasheras y Lucas Parra— rulaban por el hospital a bordo de sus respectivas sillas de ruedas. Dilacerados, bien jodidos; pero vivos. Se alegró por ellos. Prefería conducirse sin muertos en su conciencia, si bien los habría llevado sin excesivo pesar. El caso es que los acontecimientos se habían precipitado en la línea de su anhelante y afanosa volición. Desastre total. Sobre todo por la valiente y decidida actuación de la viuda Desideria, por un lado, y del brigada por otro.

Éste, en medio de sus temores, se revolvía eufórico por su oficina, como quien se apresta desde un teatro de operaciones seguro: seguro de que no podrían acusarle de ningún cargo medianamente sostenible.

—Están perdidos. Voy a conseguir que rindan ante la Justicia —se auguraba sin moderación—. Arrastraré a todos los que sé culpables, el ejemplo cundirá y el miedo de los genuinos Servidores se perderá a la vista de este caso. A la Cúpula se le verá el plumero y a la sazón se les acabará la impunidad y sus hábitos tiránicos.

De pie, junto a la basta silla decimonónica, como un consejero, como un heraldo: como la avanzadilla que debía precaver al cuerpo principal de la colosal capacidad del enemigo, Efrén se apresuró a recordarle:

—Otras tentativas ha habido antes, que no sólo han fracasado, sino que han acarreado la ruina, y en algunos casos la vida, de quienes lo han intentado. ¿Por qué está vez habría de ser distinto?

El brigada se aquietó; y como un apóstol embargado por una inspiración sobrenatural, pasó a desestimar con aplomo y un visaje de venerable intransigencia:

—Porque no sólo lo digo yo. Con la exclusiva participación de un juez civil y otros paisanos involucrados, sé que estoy a salvo. El mismo Moisés está deseando declarar: desde los primeros trapicheos ganaderos hasta el tráfico de drogas con el general. Pude hablar con él en el hospital y me dijo que estaba preparando una declaración que presentará en el Juzgado tan pronto pueda levantarse, pues que se sabe arruinado y abandonado por los de su camarilla. Tirado en una cama de hospital, sin bazo, con los intestinos agujereados y un policía vigilando en el pasillo, Moisés reconoce la suerte que ha tenido al sobrevivir a la mano del general Llopera, a quien ahora califica de monstruo y asesino. Es una historia de mucho sabor y contumacia. Verás:

Su voz se cargó de fruición y confidencia.

—Me explicó que todo había comenzado unos años atrás, cuando compraba ganado francés de contrabando… y enfermo. Después, con la ayuda de Alfonso De Lasheras, el veterinario, lo sacrificaba y lo despachaba por bueno. Las mejores cabezas de ganado las criaba y así ha ido labrando el sueño de su vida: ser un ganadero de cierto renombre. ¡Válame Dios! Quién nos lo iba a decir.

Parecía mentira que aquel hombre hubiera tardado tanto en comprender.

Prosiguió enérgico:

—Un día, una de las entradas clandestinas se complicó. Los de los Grupos Antiterroristas Rurales recorrían la frontera navarra, buscando pasos de etarras, reconociendo caseríos, montes y valles a todas horas; pero como no veían pasar terroristas, pero sí reses ilegales, un joven teniente decidió distraerse con un acta por Contrabando.

Cambió de pie para apoyarse. La cosa iba para rato.

—Así es como Moisés conoció a Llopera, un teniente coronel rebotado por malversación de fondos. (Por cierto, que en una de sus fechorías obligó al sargento de la Subcaja a suicidarse, y sabes quién era ese sargento: el padre del teniente Miñón. También he hablado con él y se lo he dicho; pero esa es otra historia.) Como te venía diciendo, la solución al contrabando la planteó el propio *teco*: un reparto de las ganancias y él ya se encargaría de recordarles a los del GAR cuáles eran sus deberes como soldados. «Por debajo de mí y en mi Comandancia, lo que quieras». Así se lo soltó.

»Al principio, Moisés dizque desconfiaba. Pero como no tardó en comprobar que le sobraba razón, en seguida apañaron tratos sin tapujos. ¡Ay!

Hizo una pausa, como si el empuje de la revelación fuera superior a sus fuerzas y necesitara recuperarse.

—Lo más descabellado es lo que voy a contarte ahora, Salvador. Hubo un teniente del GAR que trató de denunciarlo y fue asesinado por ETA, debido a una información que el propio Llopera pasó a través de un infiltrado. Pienso tomar nota y denunciarlo. En lo que se refiere a la trama que nos atañe, poco a poco nuestro Monipodio, a la sazón teniente coronel, fue tomando la iniciativa sobre el grupo, que componían, además de Moisés y Alfonso, Urbano Arteaga, que también fungía de ganadero con una granja que tiene por Guadalajara y desde la cual movían el ganado ilegal; y, por último, Parra, quien con sus vehículos retocados y matrículas cambiadas facilitaba los transportes.

Sonrió con suficiencia.

—No me cuesta nada creerlo. Y lo van a pagar —apostilló con regodeo

—. El caso es que Moisés y sus compinches, impresionados por la fluidez y ganancia que adquiría el sucio negocio, se dejaron llevar. Ya destinado en Madrid, primero como coronel y al poco como general, nuestro Monipodio pasaría del cohecho a ser el instigador. ¿Cómo es posible que a un andoba así lo nombraran general? —Se preguntó con los ojos en el suelo.

Y al punto pasó a desenredar:

—Siendo los ascensos a dedo y conociendo Llopera la predilección del partido gobernante por el servilismo y las comisiones en B, en seguida se hizo estimar delatando a compañeros y superiores, cuyo tajo en las respectivas asignaciones presupuestarias bien podía cambiar de manos (de militares a subdirectores civiles) sin alterar el normal funcionamiento administrativo. Esta «lealtad», junto con la apropiación de éxitos mientras él andaba de montería o de orgías y con el cacareo de cierta prensa de toda la vida, surtió efecto, y así es como se las ingenió para colarse en un Boletín con el nombramiento de general, desatando la indignación de los coroneles que le aventajaban en el escalafón, en méritos y en probidad. Con el bastón y la espada, a Llopera ya no hubo quien lo parara.

Efrén le escuchaba con atención y capcioso asombro.

—No sólo les daba garantías en el contrabando con sus influencias y su poder, sino que a una propuesta del veterinario (aunque a mí me da que eso fue cosa del hijo), aprobó y alentó los asaltos a fincas ganaderas. Otro escalón en el delito. El general, que tantas veces hemos visto alardear de su honor, tutelaba una banda criminal, sobrepujando y asombrando a sus antiguos corruptores. ¡Válame Dios!

Se iba acalorando.

—Siempre intuí algo de esto. Pero reconozco que al final mis sospechas no eran ni una quinta parte. Te sigo diciendo: a nuestro Monipodio siempre le parecía poco. «Yo cumplo con mi parte; cumplid vosotros con la vuestra», les urgía, por lo visto, descontento con las escasas ganancias. Pero el ganado ya no rendía. Entretanto, daba rienda suelta a sus raptos de caudillaje, imponiendo arrestos sádicos, encerrando a sospechosos de sindicalismo, trasladando Puestos enteros a la manera de deportaciones estalinistas… Ay, puñetas.

Se interrumpió, como si no pudiera soportar la gravedad de sus propias deducciones.

—Esto último, Salvador, es de mi cosecha, pero que encaja muy reciamente con la versión de Moisés, con lo cual sé que dice la verdad. Incluso cuando me habla de drogas; un día me las hizo probar en La Parreña. Ah, estoy deseando que empiece el juicio. ¡Será el fin de la vieja guardia!

Volvía a encenderse.

—Moisés está decidido y yo también. Al general Llopera le va a caer todo el peso de las leyes (¡La LEY, Salvador!). Ahora Moisés considera que fue un error el meterse en corrales. Ya en su día dizque anduvo remiso, pero al ver cómo se enriquecía sin inversión y sin peligro, reconoce que se dejó llevar. Su sueño, a fin de cuentas. Bien lo sé.

Se reafirmó con significativa oscilación de la cuadrada cabeza.

—Sabía que no eran trigo limpio. Pero a tanto…

El espanto y la incredulidad lo frenaban.

—Sin embargo, a lo de la cocaína trató de resistirse y aun de rechazar. Comparado con el amor que Moisés ponía con los animales, su cuidado o sacrificio en el matadero, lo de la droga lo veía un negocio frío, un estorbo para su «estirpe» ganadera. Manejar bolsas llenas de polvo no podía ser lo mismo. Pero el general Llopera puso al resto de la camarilla en su contra, y él, sintiéndose amenazado, acabó cediendo. Y es que el general Llopera, paradigma de la Cúpula que nos mantea muy a su sabor, conserva unas prerrogativas inauditas en estos tiempos… que sólo se concibe por la demagogia y la rapiña de estos políticos que se las dan de progresistas…

Esta nueva e incontrovertible alusión al fondo de la *realidad subyacente* le abrasó la garganta, y fue como si lo mareara. De ahí que tardara cerca de un minuto en retomar el hilo.

—… Lo que Moisés no entiende es por qué fue tan salvajemente atacado. Especula con que se decidiera demasiado tarde y que el general ya hubiera resuelto descartarlo, igual que dizque hizo con un oficial a través de ETA. En su caso, fue una partida de sicarios que actuó con órdenes de arrasar Las Torcaces y matarlos a todos. Sobre al atentado que sufrió el general, mantiene que fue por cuestión de las drogas, un ajuste de cuentas. Y que el silo enfoscado que ha aparecido bajo el pajar quemado, era un almacén para guardar cocaína, que el general le había exigido. La verdad es que despotrica contra todos. También contra el veterinario, que dizque le había seducido a la hija. No sé, hay cosas en que creo que desbarra; llevado por el odio, supongo. No soporta saber que Las Torcaces haya sido reducida a cenizas. Sabe que está vivo de milagro y bufa que en cuanto lo llame la juez va a contar todo esto y más; por ejemplo, los nombres que relacionan al general con el tráfico de drogas, como un tal Hipólito y ciertos cargos políticos de mucha altura.

Ahora era la ilusión —que todo lo ciega— la que lo embalaba, y así concluyó, a modo de apoteósico final:

—Al contrario que Llopera, su ambición sí tiene límite. Lo que no lo tiene es el ansia de venganza, el ansia de hablar delante de un juez. Insiste en que puede demostrarlo, y con pruebas de sobra. De sobra. ¡Ja, ja, ja!

Se abandonó a su fantasía más tiempo de lo que él creyó, y agregó

muy serio y convencido:

—¿Comprendes, Salvador, por qué estoy dispuesto a llegar hasta donde haga falta? No estoy solo, pues entre mi manifestación y la suya vamos a poner al descubierto todo este escándalo, que se va a convertir en una ola de denuncias contra este caduco Régimen. ¿Qué te parece?

Efrén guardó silencio un momento y luego respondió:

—Lo que me parece es que el Sistema está podrido y que todo esto acabará en nada. Usted mismo me lo ha dejado ver hablándome de la corrupción de la clase política, gracias a la cual se mantiene este Régimen y su dictadura de la Cúpula. También mi novia siempre lo dice y yo me he negado a darle la razón. Pero estoy empezando a pensar que es así, y que mirar demasiado cerca es no ver más que «los árboles que tapan el bosque». ¿Lo recuerda?

El brigada volvió a sonreír con una inocencia de niño, quizá de sabio cansado; o simplemente de viejo decrépito, a juzgar por el despiste:

—Ah, tu novia. Dora, ¿no?

—Anabel —le corrigió.

—Se nota que no has leído todos mis libros —le reprendió sin énfasis —. Ah, la juventud. Tan impulsiva y tan crédula. Espero que se recuperara del todo. Si es la mitad de talentosa que tú, quemaréis el mundo. Pero habéis de saber que quien juega con gatos acaba arañado, y que, como nos advierte Sancho, «quien busca el peligro perece en él». Lo cual no es mi caso: dispongo de armas muy recias: la contrición de los culpables (uno por lo menos) y, por otro lado, el interés de la prensa auténticamente progresista. Tú no puedes entenderlo porque desconoces todo lo que yo sé.

Efrén estuvo tentado de patear la basta silla y con el estrépito de ésta todavía rechinando por el suelo, estirar los brazos y redisparar dedos alusivos a las ciento y una cosas que él sí sabía y su superior ignoraba. Pero éste profería con la fuerza de un iluminado y ningún ruido ni aspaviento podría trocar tamaña obcecación por una enmienda a la totalidad, revuelta de revelación, cuerpos de delito e indicios inconcebibles.

Aquel hombre había olvidado sus propios consejos: era víctima de un delirio y un afán desbocados; delirios, no de grandeza, sino de novela; afán, no de superación, sino de lamentación. ¿Pero *cómo* hacérselo ver?

—… Esta es la oportunidad de luchar. Se ha acabado el tiempo de las palabras y de las menguadas quejas. Ha llegado mi hora, mi gran sueño: sacar a la luz pública la *realidad subyacente*. Y en el peor de los casos, siempre se podrá decir de mí, como de nuestro don Quijote, «que si no acabó grandes cosas, murió por acometellas». Ja, ja —se rio ahora con vago desdén—. Hay algo cojonudo en lidiar con tan recias esperanzas, querido Salvador.

Hoy no. Otro día.

Cuando declinara el fulgor o la ilusión que todo lo ciega.

Luego reparó en la serenidad con que había escuchado del brigada las alusiones a su otro devenir paralelo. *Otro de los míos o yo de los suyos*.

Sólo falta ponernos de acuerdo.

Viva el frente popular.

4

No obstante, Efrén optó por contenerse («En estremo contento, ufano y vanaglorioso iba don Quijote por haber alcanzado vitoria…»); en los días siguientes los hechos se sucedían de acuerdo con las promisorias expectativas del comandante de Puesto. Desde que a la juez le había dado por repartir intrépidas órdenes de citación contra las altas jerarquías, una sobrecogida mesura tenía paralizadas a todas las planas mayores. La Asesoría Jurídica trabajaba a destajo. Y cuando el recurso para separar a los oficiales de la causa y pasarlos a un juzgado militar fue desestimado definitivamente, la Cúpula se plegó a la más absoluta y agriada resignación.

Liberado del machaqueo castrense, el Puesto comenzó a desenvolverse como una auténtica Unidad de seguridad ciudadana; el brigada modificó las papeletas de servicio, abandonó cuadrantes y estadillos militares y se lanzó a la investigación de los pequeños delitos que caracterizaban a San Juan.

El contacto con la gente lo mantenía vitalista de un lado a otro, una vitalidad que acrecía con el paso indemne de los días.

Efrén se reprimía.

Y también él de aquella insólita liberación resolvió sacar provecho; y así, un día en que eximidos de las torticeras presentaciones daban una vuelta por el monte de La Loba, con Nieves de compañero, y toparon con una reunión de ecologistas, no dudó en plantarse y prestarles apoyo.

Llegaban en bicicleta, en moto, en vehículos todoterreno.

Se dirigían a ese monte en acampada con la intención de dejar así constancia de la protesta generalizada contra el «plan progresista» del Ayuntamiento que, tras la recalificación urbanística, pretendía ofrecerlo al mejor postor para que levantara chalés a diestro y —sobre todo— siniestro. Chocante consonancia política. Catastrófico el impacto ambiental. El monte de La Loba, aparte de la estrecha vega y del retirado monte de Los Varales, constituía una ínsula única de verdor en la agostada demarcación de San

Juan.

Durante cuatro horas coadyuvó deteniendo la circulación y dando preferencia a los diversos grupos a medida que iban llegando. Se lo merecían. El ecosistema peligraba. Sólo una codicia irrefrenable hacía al Hombre actual socavar su propio futuro, al menos el de sus hijos. La codicia y la impunidad. Se destruye el hábitat. Allá penas con los que vengan detrás.

Efrén detenía vehículos. La fila de domingueros se estiraba. El cosmos tenía preferencia.

Viva el frente popular.

5

Popular y convulso con su pelicobre aleteando en la madrugada resonante, y él gozando de su visión antes de la Gran Retirada. Abajo todos van y vienen al compás de hilos emboscados. Qué bien saben llevar el ritmo. Y nunca lo han practicado en conjunto. Ni se conocían siquiera. Seres cosificados mecidos en la tela de la araña.

La araña de la alegría enajenada.

Talmente que la volición del brigada, que a cuenta del armisticio militarra se afanaba en una operatividad policial rayana en éxtasis.

Después de pesquisas incesantes, interrogando con campechanía y sutileza a varios individuos, cruzando manifestaciones y descartando sospechosos, dio con el tipo que había robado los tapacubos de un turismo; con dos furtivos —gracias a la información del gitano Melquiades el Calaíto— que batían Los Varales con linternas y escopetas de repetición aniquilando los escasos jabalíes; con la pareja que se había marchado sin pagar del Bordaluna, con la señora que había sustraído del supermercado un bote de pimienta, con los niñatos que se habían entretenido en quemar papeleras; con otro que, armado de escopeta de aire comprimido, había fundido varias farolas municipales…

Una mañana fue el concejal de Seguridad del Ayuntamiento y el cabo Carmelo los que le requirieron. Ciertas facciones del partido gobernante se habían rebelado de forma violenta contra el alcalde. Al parecer, una facción denominada «Progresistas Auténticos» exigía de la facción «Progresistas Renovadores» que el alcalde, perteneciente a la primera, dimitiera junto con el concejal de Urbanismo al hallarse ambos citados por un juzgado de delitos monetarios, ya que las arcas municipales se habían vaciado por sobrecostes injustificados en inversiones cuyos presupuestos iniciales ni siquiera habían pasado por una mesa de contratación pública.

(Una de ellas la Fuente de la Libertad.) Una tercera facción, «Socialismo Obrero Ultraprogresista», proponía un pacto alternativo del que no hubo forma de enterarse, debido a la voladura de sillas, lápices, ladrillos y demás bártulos móviles.

Una vez más, la serena presencia y paciencia del brigada calmó los ánimos y cada facción se retiró por separado a la sede del partido…; donde una hora más tarde los incidentes volvieron a repetirse, y esta vez con lesiones y denuncias de todos contra todos. Después de tres horas de escribir a máquina —con la dichosa tecla «R» saltando cada dos por tres—, en las que el brigada y Efrén se fueron relevando, los afectados decidieron retirar las denuncias y se fueron a dormir.

Otro día se recibió una llamada en la que un propietario denunciaba haber sufrido un robo en su chalé. Suboficial y guardia se personaron en la dirección. Les recibió un tipo melenudo, que resultó ser el vocalista y líder de un famoso grupo de *rock*. Injuriaba y clamaba maldiciones bíblicas contra los ladrones. Les mostró el lugar por el que habían entrado y ahí profirió una furibunda queja por que no existiera una justicia de tipo fascista o islamista que permitiera, sin importar el cómo, la recuperación de sus bienes y el castigo mediante la corta de manos o cabezas. Les paseaba por el expolio sin dejar de imprecar con su cabellera *heavy*, saturada de rizos. La casa era amplia y de un lujo feroz.

A Efrén aquel tipo, al que seguía por no ser su música de las meramente estridentes, le chocaba, tanto por su actitud como por sus posesiones, todo lo cual contrastaba con las histriónicas invectivas que chillaba en público: muerte a los ricos, reparto comunal, desprecio de las riquezas; y dedicaba sus temas a los inmigrantes ilegales, a los presos y a los revolucionarios bajo cuyo régimen él no se iría a vivir nunca, porque de hacerlo de ningún modo podría ostentar la posesión de bienes tan exclusivos: figuritas y cacharros de firma, magníficos tapices, lámparas de diseño, muebles artesanales, grifos bañados en oro… El denunciante informaba de su calidad y enorme valor, ya que los daños afectaban a esa clase de enseres y quería que constaran en la denuncia a fin de reclamar a la compañía aseguradora, junto con los objetos robados: instrumentos y aparatos de música, relojes y cadenas de oro, colección de monedas antiquísimas —carísimas, por lo tanto—, así como una moto de gran cilindrada.

En el sótano, la sala de grabación había sido despojada de mesas y consolas, y varios cajones arrancados y su contenido esparcido por sobre la alfombra persa y la refinada y amplia cama con dosel. De la moto, ni rastro. La suma total alcanzaba la veintena de millones.

El comandante de Puesto confeccionó la denuncia en el cuartel y el famoso roquero huyó con su copia, oscilando con prisa y presunción la

rizosa cabellera.

Repasando el *modus operandi* de la intrusión, coincidieron en que el autor sólo podía ser uno: el Balilla.

Lo buscaron y lo llevaron al cuartel. El Balilla juró y perjuró que él, «por mis muertos», no era el autor y ni puta idea que tenía. La verdad es que pruebas claras no había ninguna y el farol del brigada —las huellas dactilares— no había dado resultado. Sin embargo, estaban seguros de su autoría. Pero como esto era lo de menos para la estrategia diseñada por ambos, el asunto no podía quedarse ahí. Requirieron a Velasco.

Velasco se encerró con el Balilla. No se oyeron gritos ni exclamaciones. A los cinco minutos Velasco participó que el caso estaba resuelto: el Balilla, incólume, confesaba ser el autor.

—¿Qué fue, exactamente, lo que te llevaste? —preguntó el brigada, luego de confirmarle que, como Velasco le había adelantado, no sería, en ningún caso, acusado del robo.

El Balilla relató del tirón la sustracción: un módulo amplificador, un reproductor de vídeo y una guitarra eléctrica. Fue todo lo que pudo pescar desde un ventanuco que daba al sótano.

Se había desprendido de ello, y el dinero cobrado y evaporado.

—¿Y la moto?

—¿QUÉ MOTO?…

Ni moto, ni joyas, ni figurillas raras. El brigada llamó a la estrella del *rock* patrio para aclarar algunas dudas, pero su representante —o una secretaria o su cuñada— le dijo que eso era imposible, que estaba a punto de salir de gira por América. El brigada repuso que le hicieran saber que por razones especiales no cursaría la denuncia y que si en veinticuatro horas no se ponía en contacto con él, es posible que el denunciante acabara denunciado. A los quince minutos ambos conversaban por teléfono. Esa misma tarde la charla continuó en persona en la oficina del comandante de Puesto. La denuncia fue destruida, la moto y otros muchos enseres denunciados como sustraídos, sacados a la luz, y el roquerete españolete repitió la retirada, esta vez con los largos rizos sin vaivén: palmarios de su azoramiento y su artera hipocresía.

Pocas noches después la banda tocaba en Dosarcos. Movido más por curiosidad que por la crispada inspiración y maestría de sus componentes, Efrén se dio una vuelta por el polideportivo.

En una pausa, el denunciante-cantante enarboló el puño y gritó:

—CONTRA LAS FUERZAS REPRESORAS. ¡ABAJO LOS *PICOLETOS*!

El público —boquirrubio, obnubilado, badulaque— aulló de gozo y aprobación.

Fue otro caso resuelto y así todos. Cualquier denuncia, por nimia que fuera, era despachada en pocos días por el brigada. Un aura de autoridad moral envolvía su peregrino paseo, un aura que los lugareños atribuían a la idiosincrasia del Cuerpo. El suboficial, consciente de que la *realidad subyacente* era un arcano inexplicable, no porfiaba ni matizaba. Su liza particular mantenía arrinconada a la Cúpula, y eso le colmaba.

Como a él la morigeración de ella, el flameo de su soma aureolada de psique apabulladora, pletórica de sustantividad a su lado o en el aire, oscilando brazos ya sea trémula mientras apunta o girándolos en halos de humo, ensalzando agitaciones acústicas que levantan el alma y lo aproximan a uno al Hacedor en tanto que retumba un martilleo que perdura y la piel se tensa y deflagra y vuela la mente y se disuelven las obsesiones y hay instantes en que aun estático se muda en extático si uno se deja llevar por la trepidación del momento y la sublimidad del trance. Algo mágico poseía aquella clase de música electrónica, inaprensible para carcas engolados y sus pretenciosas movidas musicales, tan mendaces como ellos, y así se niegan a ceder el paso a las nuevas generaciones, más escépticas, menos obtusas. Menos falsarias.

Esta súbita apreciación lo dejó por varios días descolocado y confuso.

Una noche que meditaba en ello, se vio sorprendido por el nuevo capitán de la Compañía, un oficial que, por lo oído, pasaba por ser distante y recto sin hostilidad. Llegó, firmó la papeleta, les deseó buen servicio y desapareció. Y sin retorno sorpresivo. ¿Devenía en verdad la revolución del brigada? ¿Era posible el triunfo de la justicia y la dignidad?

¿Había comenzado, *por fin*, la Transición?

El telefonema recibido no parecía entrañar ninguna insidia, si acaso la urgencia burocrática, por otra parte, nada anormal.

Sexta parte

Mejor es una muerte honrosa que una vida sin honor.
Tácito.

El honor ha de ser la principal divisa del guardia civil; debe, por consiguiente, conservarlo sin mancha. Una vez perdido, no se recobra jamás.
Artículo 1º Reglamento para el servicio del Cuerpo de la Guardia Civil

LXV. POR HONOR

1

Dicho telefonema exigía para la mañana del día siguiente y sin falta, la presentación del brigada y de su esposa en las oficinas de la Jefatura. Era tan importante que la Subdirección de Personal autorizaba el derecho a reclamar dietas por transporte. El asunto tenía que ver con la actualización de ciertas prestaciones en el ISFAS.

Durante su ausencia, una pareja de bizarros agentes del Servicio de Información se presentó en el cuartel de San Juan. Después de ser atendidos con encerrado desvelo en la oficina por el cabo primero, penetraron en el pabellón del comandante de Puesto con una copia de la llave que asimismo la plana mayor de la Compañía guarda de todos los pabellones de sus Puestos, y una vez dentro nadie supo lo que hicieron. Hasta que regresó el matrimonio: la casa había sido puesta sutilmente patas arriba. El brigada no advirtió que le hubieran robado; dudó si denunciar el hecho por supuesto allanamiento de morada, pero, puesto que nada había echado en falta, desistió.

Comprendió que la celeridad pastueña con la que había acudido a la citación había sido una artimaña de sus poderosos enemigos, y por tamaño papanatismo, a pesar de sus años y su experiencia, se maldecía sin reposo en tanto que, sin pedir permiso a la superioridad, procedía a cambiar las cerraduras de su vivienda.

A partir de entonces se le vio especialmente reservado y perplejo.

Al parecer, lo agobiaba algo que no podía recordar.

No dejaba de pasearse los dedos por la cabeza, ya toda cana.

La noticia de que Moisés padre había fallecido por un «repentino» paro cardíaco, justo cuando estaba a punto de ser dado de alta, lo sumió en un estado de embalado abatimiento sólo interrumpido por sobresaltos de pavor. Rehusaba hablar con todos y de modo tácito había entregado el funcionamiento del Puesto al cabo. La señora Dolores se ausentó una vez más, y el brigada se encerró en sí mismo sin ni siquiera admitir conversa del guardia al que él conocía por el nombre de Salvador.

La tarde en que llegó el comando de Especiales —con medios distraídos a los Servidores y pluses de sicario—, Efrén estaba de servicio en la calle. Los urracones venían a detener al brigada con una orden del Juzgado Militar: se le acusaba de un delito de «Falsificación en documento oficial».

Algunos mínimos y posibles restos del destruido Libro Copiador de Salida de la Correspondencia —la rebuscada y definitiva prueba acusatoria— se hallaban en poder del comandante Instructor. Parejo a ese expediente venían dos más: por dejación de funciones al permitir y alentar a un sordo conducir un tractor y al gitano del pueblo por ejercer la caza furtiva.

Le habían atrapado.

De momento, debía ser ingresado en un centro penitenciario militar.

Efrén se enteró de la noticia al par que sacaban de la oficina el suicidado cadáver del brigada —uniformado de gala y con la blanca camisa por completo ensangrentada.

Habían tenido que tirar la puerta.

Encima de la mesa, su tricornio, puesto boca arriba, contenía sus correajes y galones.

Junto a la pata del aparador (limpio de libros porque así lo quiso el robafutbolines y saltimbanqui inaudito del *teco* primer Jefe), una vaina perdida tenía rayadas las mismas letras que rezaban en el parte de Baja, dentro del carro de la cascada Olivetti LINEA-88, apartado diagnóstico, entre chorretones de sangre y en letras mayúsculas, con erre manuscrita:

POR HONOR

Séptima parte

Si estás atravesando un infierno, sigue andando.
Winston S. Churchill

Solo en la oscuridad puedes ver las estrellas.
Martin Luther King Jr.

Nadie me salvará de este naufragio
si no es tu amor, la tabla que procuro,
si no es tu voz, el norte que pretendo.

Eludiendo por eso el mal presagio
de que ni en ti siquiera habré seguro,
voy entre pena y pena sonriendo.
EL RAYO QUE NO CESA
Miguel Hernández

LXVI. HACIA EL OCASO

1

El brigada fue enterrado en su pueblo norteño por una hermana y la esposa. El pabellón del suboficial quedó vacío y cerrado. Dos zánganos —uno de ellos cabo primero— del grupo de Mantenimiento vinieron un día y reemplazaron las intolerables cerraduras. El próximo comandante de Puesto sería un sargento, así lo firmaba el nuevo jefe de la Comandancia. Tiempos de cambio. *¿De cambio de cara a la galería?*

En cuanto a él, radio macuto le había soplado que su nombre no tardaría en aparecer en el BOC, camino del Norte. No le preocupaba. Quería verla bailar, y ni siquiera el enterarse de que la explosión del día anterior en un edificio del Gobierno había sido obra suya lo alteró.

Ella bailaba en la cúspide de una atalaya, altanera e incendiada —más bien incendiaria.

Diva del furor y la gloria que le sonreía, depositaba un beso en la punta de sus dedos —tan torpes para disparar, tan diestros en el montaje de sus «arte factu»— y se lo enviaba con un soplo sicalíptico. No tuvo fuerzas para reprocharle lo del ataque por su cuenta y riesgo. Ella despreciaba la Gran Retirada. Sólo anhelaba el dinero del rescate para objetivos revolucionarios. Le dominaba una constante desazón y su espíritu sólo quería paz y no pensar. Una voluble cordura regulaba sus vidas de guerrilleros aletargados, expectantes no se sabía de qué.

Con obstinación paulatina y zalamera, logró que retomara la universidad y dejara de bailar, al tiempo que corría con los gastos de Dioni, quien, cosa increíble, aguantaba en la Granja de desintoxicación, cumpliendo con el encalabrinado programa. Fuera por convicción o porque ya no tenía ningún medio de obtener dinero para la heroína, el caso es que el pobre diablo pugnaba contra las tirantes bridas del *caballo*.

Si salía victorioso, le recompraría el kiosco.

En esa parcela de su existencia todo marchaba más o menos controlado.

Necesitaba despejarse. Se puso el chándal y salió a correr. Ya por las afueras, se halló dudando de por dónde tirar. Demasiados sitios le deprimían. Enfiló al monte de La Loba.

Cuando se adentraba por la vaguada, notó que su desánimo acrecía.

¿Qué era lo que había ocurrido en aquel paraje?

Era como si el ejército de Atila hubiera pasado por allí. Ramas innúmeras partidas y el suelo plagado de objetos de usar y tirar: servilletas de papel, vasos y platos y cubiertos de plástico, envases, fiambreras, botellas, latas… Montones de desperdicios y excrementos humanos por doquier. Y observando con detalle, más y más estragos: troncos despellejados por cuerdas y cadenas, condones usados (decenas, ¿cientos?), arbustos tronchados, calveros de matorral tiznados —consecuencia de conatos de incendios libertina y devastadoramente extinguidos—, vertidos de aceite de vehículos, piezas de motores… Al abrigo de un hueco y ancho tronco habían hecho lumbre, cuya oquedad interior había servido como chimenea. El árbol entero aparecía socarrado y tal vez finiquitado.

Huras escarbadas, reventadas, atiborradas de inmundicias…

¿Qué clase de ecologistas eran aquellas hordas hedonistas y aburridas? ¿Cómo un artista que va de «progre» se hace multimillonario y evasor de impuestos y nadie se da cuenta de su mixtificación?

Regresó al pueblo, andando, reventado de un modo omnímodo.

¿Quién posee la verdad? ¿Cómo reconocerla?

2

Y la noticia con la que fue recibido esa misma tarde en la calle Zigia no hizo sino remacharlo.

La cicatriz de bala en el dorsal de Anabel se había vuelto a infectar.

—Me rocé hace unos días en la piscina, no le dé importancia y de repente se me ha hinchado. Estoy bajando la fiebre con pastillas, pero esta asquerosidad cada día tiene peor aspecto, la verdad.

—Pues el médico que nos atendió está fuera de San Juan, de vacaciones.

De vacaciones a Disneylandia, con los niños, a pasárselo bien, no como ellos, de nuevo bien jodidos.

—Pues si no podemos localizar al médico, sólo tenemos una salida: asaltar una farmacia y llevarnos las medicinas —resolvió al punto Dioni—. Tampoco es tan difícil.

Efrén despertó de la tétrica realidad para sumirse en el espanto activo.

—Qué dices, hombre —rechazó de inmediato—. No vamos a jugar a guerrilleros sólo porque tú estés medio engrifado.

—Pero Efrén —insistió Dioni, con humilde vehemencia—. Si acudiéramos a otro médico para hacernos con recetas, resultaría sospechoso. El asalto es lo más rápido y lo más seguro. Una operación que

no sería difícil para nosotros y que nos ahorraría viejas complicaciones. Y como entrenamiento no nos vendría mal, que últimamente andamos muy parados…

En realidad, su aspecto no había dejado de ser penoso. Mirando desde detrás de aquella nariz afilada, con párpados derrumbados y sin ese fulgor prestado de la heroína, Dioni le recordaba a alguien que estuviera en huelga de hambre. Un síntoma de que en verdad estaba cumpliendo.

—Yo también iré —intervino la enferma.

Otro ser de traza luctuosa. El trono de mimbre parecía querer trenzarla. La fiebre la mantenía desmadejada y arrebujada dentro de una manta. El tratamiento prescrito por el médico no fue completado por la paciente y por la herida nunca bien cicatrizada tornaba el alevoso aserrador. Quizás fuera eso. Quizás el aleteo de la lucha. Vivir y morir en ella. Examinó la infección: indiscutible. Tan enconada y aciaga como entonces.

—Tú te quedarás —dijo Efrén, como si ya estuviera persuadido de que la iniciativa del *patas* en tratamiento de rehabilitación fuera la mejor solución.

—Sí, es mejor que te quedes —apoyó Dioni con dicción valiente y protectora—. Efrén y yo nos bastamos.

—No digas tonterías —replicó la otra—. No soy ninguna inválida.

—Eh, eh —reaccionó Efrén, saliendo del trance—. Antes de decidir si vienes o no, pongamos en claro qué es lo que vamos a hacer y cómo.

—Tú dirás… —se alborozó Dioni.

Efrén quedó titubeante: Juan tardaría quince días en estar de vuelta; esperar no era la solución. Además, odiaba tener que comportarse como un vulgar chantajista que vuelve sobre su vieja extorsión.

Acudir a otro médico sin responder a preguntas, quizás sería arriesgarse demasiado…

Los otros dos le miraban confiados.

—Está bien. Será cuando caiga la noche, cuando…

3

… vayan a cerrar, entras tú. Es cuestión de hacerlo rápido. Nada de entretenerte. Y sólo cuando te avisemos, sales; con tranquilidad, cruzas la calle y bajas al Metro. ¿Sabrás hacerlo?

Dioni confirmó cargado de impaciencia, gozo y revólver.

Una mujer joven, enfundada en una bata blanca y blancos zuecos, salió

con una pértiga, enganchó el cierre en el dintel de la entrada y tirando con esfuerzo lo frenó a la altura del talle; dobló el espinazo y se introdujo en el establecimiento.

Dioni, con la visera de la gorra de fútbol americano tapándole los ojos y la bufanda subida hasta los pómulos, dejó de mirar el escaparate de la tienda de al lado y, agachándose, la siguió.

Ya dentro sacó el revólver y lo blandió con una fogosidad que ni él mismo alcanzó a explicarse.

—Deme todos los medicamentos que tenga de estos —instó a la mujer tras la pantalla de cristal, una cincuentona exuberante con doble mentón y gafas. Deslizó por el hueco del mostrador un puñado de prospectos medicinales, y la apremió—: Rápido o le pego un tiro a esta, ¿vale? —Y apuntó de cerca a la chica, que paralizada de terror mostraba las palmas de las manos al atracador y apenas si dejó escapar un gemido.

La dependienta abrió unos ojos enormes, aumentados por los cristales correctores, miró al asaltante y a la joven, pestañeó por duplicado; y girando sobre sus talones, se perdió en el interior.

Se oía revolver entre cajas. Tardaba en salir. Dioni reculó a bajar el cierre hasta una cuarta del piso.

Yendo y viniendo frente al local, Efrén y Anabel vigilaban el entorno, participando a Dioni la situación por medio de pulsaciones al transceptor: un pitido largo, peligro; cortos y seguidos, vía libre.

Una anciana envuelta en una gruesa toquilla negra que se plantaba delante de la cortina metálica y la golpeaba, hizo que Efrén se viera emitiendo el primer aviso.

Dioni se encogió, y retrocediendo instintivamente, se tropezó con una lámina en la que un rostro lucía una dentadura formidable o se partía de risa: y con una bicha en la mano de él no se burlaba nadie. Si tenía que haber tiros, aquellos piños no se quedarían sin acribillar. En especial los inmorales molares, que eran salivosos y obscenos.

¿Qué estaba haciendo allí? ¿Qué significaban aquellos pitidos?

Por la abertura inferior se veían unas zapatillas de paño y unas piernas enfundadas en medias oscuras con unas carreras que llegaban hasta los tobillos, como si fueran a juego. Apareció la rolliza dependienta con el encargo: una bolsa llena de cajitas. Desde la calle, la voz decrépita, que no paraba de aporrear, reclamaba alcohol para friegas.

Yo sí que te voy a dar una friega de balas como no me dejes en paz.

Dioni dudó del siguiente paso. La bufanda no le dejaba respirar con normalidad. La larguísima visera de la gorra se le antojó el ala de un cuervo posado en su cerebro desecado, sediento. Ávido.

Agarró la bolsa sin dejar de apuntar a la chica, y acto seguido no supo qué hacer.

Efrén le había dicho que de ocurrir algo parecido, si no venían por él, que aguardara con calma, hasta que recibiera la comunicación de vía libre.

Pero la impertinente vieja, que ahora cacareaba el nombre de alguna de las mujeres, no se largaba, se quedaría allí hasta el fin de sus días, que quizá él tuviera que abreviar.

Aquellos golpes resonaban por su cráneo como un gong enloquecedor, cuyo eco crecía por lo que le entraba por los ojos: etiquetas de fármacos que seguro que contenían remedio para el mono que convulsionaba todo su ser.

Tal visualización le excitó como el olor de la comida a un animal salvaje hambriento. Entonces pidió algo más, con voracidad, con un impetuoso paso hacia la joven, a la que metió el cañón del arma en el gaznate.

—Date prisa, puerca —apresuró a la otra por medio de ésta.

La energúmena dejó de aporrear.

Pero no en sus sienes: retumbaba el gong y su entero ser tiritaba.

Sus sentidos se embrollaban: saboreaba por los ojos, olía el contenido de las cajas con los oídos; sentía su organismo como una víscera palpitante, táctil a la sustancia en ciernes.

La sebosa dependienta examinaba y descartaba cajas.

Efrén le mandaba ahora pares de confusos pitidos. Él resollaba.

Volvió la gorda. Dioni sintió un alivio, apenas un consuelo en medio de aquella suerte escorada; ya ni siquiera recordaba a qué había ido, aunque de su mano nerviosa pendieran los medicamentos que pondrían bien a la mujer que tanto apreciaba. Quería asegurarse de poseer la redentora morfina o lo que fuera. Mantener un cuerpo sin sustento, el que necesite, es duro, encabronadamente duro. La gorda enseñaba una simple caja, explicando que no tenía más metadona que esa, que era una muestra.

Aquella cabrona de tía, con una bata restallona, jodidamente blanca, le estaba chuleando. Primero le saca un montón de medicinas, y ahora que le pide lo que de verdad necesita para no morirse, le sale con una mierda de caja tan liviana que milagro será que no esté vacía.

—Mira, hija de puta: o sacas lo que tienes escondido, o le salto los sesos a tu compañera. —La muchacha rompió en sollozos.

—¡Cállate, hostias! —gritó, y la pinchó con el cañón, levantándole a la víctima una arcada.

El camarada Dioni se retrasaba más de lo previsto y no respondía a las retransmisiones.

Apoyados en las jardineras próximas al establecimiento, Efrén y Anabel vacilaban si ir a por él. Eso no era lo acordado. La vieja se alejaba confundida en el trasiego viandante y sus pasos eran cortos pero de alta frecuencia; de cuando en cuando enarbolaba la mano, como si continuara llamando a alguien que tampoco la hiciera caso.

Anabel sacudió un pañuelo y se movilizó.

—Tienes que tener más, hostias —gruñía el drogata, y llevó el brazo armado al blindaje transparente. A la cincuentona le entró un temblor de columna de copas y alzó los brazos.

—L-le juro q-que no.

La voz de Anabel surgió increpante al par que la abertura del cierre se agrandaba.

—Vámonos ya, joer.

Anabel, la cabeza envuelta en un pañuelo y enmascarada por grandes gafas, se deslizó en cuclillas al interior y lo asió por el brazo. Dioni se resistió un instante para recoger su caja de vida y luego la siguió, gateando.

Afuera se unieron a Efrén.

Antes de que se pusieran a zanquear al desgaire, un vozarrón metálico (nada insólito en sus vidas), se elevó imperativo por sobre los ruidos de la calle.

—¡Alto a la Policía!

A la estridente conminación, reaccionaron exhibiendo sus revólveres: Efrén escudándose en un contenedor receptor de vidrio, Anabel ahusándose tras al tronco de un árbol y Dioni efectuando un disparo al aire… a pecho descubierto.

Los peatones en torno se volatizaron con un golpeteo de pisadas centrífugas. La sirena policial aplastaba el peregrino latido de la ciudad a esas horas.

La resonancia absoluta que se repetía.

—¡Alto a la Policía! ¡Están rodeados!

—Joer, la que has liado, Dioni —le recriminó Anabel—; y ponte a cubierto.

—¡QUE SE AGACHE ESE GILIPOLLAS! —bramó Efrén, liándose la bufanda a la cara.

Dioni, imperturbable, efectuó otro disparo al cielo crepuscular.

Se fugaba el día, pero no ellos.

¡Cuánto infortunio, copón!

Tal hartura cegó a Dioni como una lápida: una lápida que por fin había

empezado a remover después de mil millones de amagos infructíferos. Por su culpa, sus amigos —los únicos estribos desde los que poder seguir descorriendo la puta losa que lo enterraba en vida— estaban allí retenidos y atosigados.

Y si la culpa era suya, él los sacaría.

En arrebatado estado febril, aun sin el *caballo*, Dioni se estimó en el vértice de un hervor heroinomaníaco. Les demostraría que no es una carga, que rechazaba sin ambages ni recaídas la maldita droga y que puede convertirse en un activista digno de tener en cuenta: no un *patas*.

El paroxismo del momento no cedía cacho en su ánimo para el temor o la prudencia. Encañonó a los policías, a cubierto detrás su utilitario policial, peliculeramente atravesado al otro lado de la rotonda, y se encaminó hacia ellos, disparando.

Los culos de la ley reaccionaron posándose en los respectivos tendones de Aquiles.

Dioni se encendió.

—¡Vamos, hijoputas! ¡Salid si tenéis cojones!

Sobrecogidos por la demencial osadía, sus camaradas se desgañitaban reclamándole para la estampida.

Pero Dioni no escuchaba sino el desorden de su furia conmocionando la calle, asombrando a todos con su fatiga delirante, oprimiendo el disparador sin descanso… hasta que el arma contestó con un chasquido…

Que tampoco bastó para detenerlo.

Uno de los policías aprovechó para templar la línea de tiro por encima del capó, en tanto que el majadero delincuente avanzaba martilleando secas percusiones al final del brazo estirado.

Hizo fuego con su revólver del 38 y se amagó en el acto.

La bala —tan común para el comando Centro— impelió a Dioni tal que un balonazo en el pecho. Aterrizó en la tangente al círculo ajardinado y quedó tendido boca arriba, entre salpicazos de sangre, con un pie encaramado al bordillo, los brazos en cruz y la cara petrificada en un gesto de pesar más que de dolor.

Anabel graznó un chillido. Abandonó la protección del árbol y, cruzando la desierta calzada orbicular, corrió a situarse junto a Dioni, sin más protección que un rosal clareado. Aquel perro de uniforme no se andaba con tonterías. Se merecía que le descerrajaran la cabeza. Levantó el revólver y, aferrando la culata con ambas manos, afinando con más rabia que eficacia, volcó toda su energía en vaciar el cilindro.

Efrén no veía que bala alguna diera cerca del objetivo.

—¡Deja de disparar! —la gritó; en vano.

En efecto: se vació de balas.

La inmediata algarabía de cláxones volvió a prevalecer.

Despatarrado y sin moverse, el herido alejaba arroyuelos magenta. Ella enfureció de un modo temerario: erguida, nítida, municionaba con ofuscación y torpeza. El policía de marras oscilaba con aviesos tanteos, intentando asentar nueva puntería. Efrén se le adelantó con un disparo: una ventanilla se hizo mixtos y el perverso pistolero se eclipsó.

La emergencia acústica berreaba con regular y chillona porfía. Los indistintos ruidos de la ciudad daban al lance un puntazo de irrealidad o sueño de pesadilla del que cabría despertar y reanudar la vil existencia como la de cualquier quídam moderno: farsante, impostor. Hipócrita. Pero no. De fondo aullaban otras sirenas. Estaban rodeados por pacientes y pretenciosos policías que presumían hundirlos psicológicamente, haciéndoles ver que no tenían escapatoria; o eso decían los prontuarios escritos por famosos exdetectives del FBI y que habían aprendido en rápidas charlas de manual de criminología.

Pero él no era ningún prototipo de delincuente, sino un religioso de ideales perdidos que confiaba en el poder de su fe y su beligerancia, que no permitiría a sus agresores que los masacraran como a rebeldes sin causa, confundidos con simples atracadores sin más furor que el de colmar su hedonismo por la vía más rápida y contundente.

Arriesgando una vez más su vida por motivos de escasa convicción personal (se juró a sí mismo que sí salía de esta no volvería a cometer errores que tanto temió y no supo evitar) y recurriendo a la ira para velar menos el pánico que el desaliento, encorvado y frenético, bordeó la plazoleta por entre los coches atascados o abandonados, disparando a intervalos precisos, constriñendo a los policías a rodear su propio vehículo; hasta llevarlos a ponerse en la línea de tiro de Anabel, que no acababa de rellenar todas las recámaras.

Cuando ella detectó las dianas uniformadas, empujó el cilindro, encaró y abrió fuego al punto de manera tan disparatada e irreflexiva como la vez anterior.

Los agentes se batieron en retirada, hacia los edificios, agachando la cabeza como si temieran el impacto de una piedra, mientras balas propincuas agujereaban un escaparate, tañían una farola, el disco amarillo de un semáforo se vaciaba… y de nuevo el click, click.

Anabel desistió de recargar; se arrodilló.

Dioni no se movía. Ella le palpaba la frente, el cuello. Dioni alzó párpados moribundos. En la acuosa escena entró Efrén. ¡Ah, Efrén, supremo soldado! Anabel asió su mano. Qué lejos ambos.

Así, a contraluz, aparecían titilantes, como reverberados en una

trémula superficie, asomándosele al brocal de un pozo en cuya agua cristalina él se hundía. Farfulló:

—Dales caña, *pico*. Que no nos jodan estos cabrones. A mí me engañó el Sistema. A ti no. —Luego arrastró una expirante mirada hacia Anabel.

Imágenes sin sensaciones.

—Gracias por todo, Ana…, Ana, Ana… —su voz se desvaneció en un susurro.

A sus sentidos, el fregado se había ralentizado de modo muy similar al apogeo del *caballo*, sólo que esta vez el mundo se contraía, los ruidos de la Vida se ahondaban en las profundidades de un sueño anhelante… sus camaradas se alejaban, le parecía verlos como a través de una mirilla, como cuando espiaba a la secuestrada; sólo que a él no lo rescataría nadie. Su vida carecía de valor… El que se alejaba era él: el pozo de la Serenidad lo inhalaba y ellos le contemplaban rielantes por sobre el fluido…

De repente exclamó:

—¡Huid!

El *pico* se vio clavado, errático. Perdido. En el centro del juego y a la vez fuera de él. Claro que tenía que huir. *Huir*. Dioni cerró los ojos con un desplome sintomático de su mano en la de ella. Y ella que, como alelada, toma la gorra del agonizante con extemporánea languidez y se la pone.

Sus pálidas y duras facciones, enmarcadas por el pañuelo impoluto, los labios contraídos bajo las gafas ridículas, sombreada por la visera larga y huérfana, su respiración de mínimo acelerado jadeo, la investían de una traza de beata excéntrica, cavilante de venganza sin morigeración. Suicida.

Mantenía todas las posibilidades de huir con vida, pero no reaccionaba. Huir, correr. *Vivir*. Efrén se embuchó en la cazadora el revólver de Dioni y su transceptor, atrapó la bolsa con los medicamentos, metió dentro los casquillos y, limpiado el escenario, tiró de Anabel. Ella vio cómo se le escapaba la mano inerte y cómo ésta retenía un macilento equilibrio en el aire antes de despedirlos con una única y huesuda palmada contra el suelo. *Plof*. Comprendió y se dejó arrastrar, y así, tirando de ella como de una autista, huyeron sorteando personas y malandanzas.

Se oían sirenas, gritos dando el Alto y corrían como locos hacia el ocaso —ahora sin ninguna duda. *Ag*— y los policías no se atrevían a disparar. Confiaban en atraparlos en la persecución o caerían después del interrogatorio del presunto herido.

LXVII. UNA VOZ SIN ALMA

1

—Ánimo, Salva. Sólo será un año.

El Boletín Oficial del Cuerpo registraba su nombre y su nueva situación y también traía otros muchos nombres y cambios de destinos. El teniente Miñón había sido apartado del servicio, suspendido de empleo pero no de sueldo; Barahona y Salva destinados al sur y norte, respectivamente. Dentro de diez días entraría en vigor la Orden.

—No es eso lo que me preocupa. —Consideró oportuno concretar para desviar, y añadió—: Es por mi chica.

Lo cual era muy cierto. Preocupado no tanto por el estado de salud física de su novia —ya espléndida, recuperada y sana gracias a la remedicación, con posterioridad confirmada por Juan el médico, al que se habían dirigido en visita ordinaria a su regreso—, sino el espiritual: aturdida y obsesionada con la muerte de Dioni.

Las cosas habían cambiado demasiado en demasiado poco tiempo.

Encerrada en el cuarto de operaciones, gastaba días enteros manipulando tarros químicos, intensificando mixturas letales, urdiendo electrizantes cables y conjeturas, despiques que nada pueden corregir. El olor a amoníaco y a urea flotaba por toda la casa como pirañas volátiles. De nuevo la cárcel del pueblo volvía a ser el taller de guerra del comando Centro; o sus rescoldos.

La exacerbada introversión de ella lo mareaba.

En cambio, él no podía por menos que felicitarse por que la desventura no hubiera trascendido en medios policiales y periodísticos más allá de un acto de supuesta delincuencia por un asunto de drogadicción. La página de sucesos de la prensa le dedicó una estrecha columna de relleno y la TV habló de ello en una ráfaga de «Otras cosas que sucedieron en nuestra Comunidad». Una clase de positiva suerte dentro de la fatalidad, la inexorable fatalidad.

Pero Anabel no lo superaba.

Tal vez se debiera a que él siempre trató a Dioni con una severa reprobación que quizás no se merecía. Sin embargo, en los últimos meses lo había apoyado con una especie de íntima confianza, de auténticos camaradas. Llegó a creerle capaz de librarse de la aguja y ser persona, incluso un activista revolucionario. Pero el *caballo* no se lo permitió. Dioni

portaba razones desengranadas de la trepidante existencia cotidiana. Con su extraño comportamiento no hizo sino demandar ayuda, hasta cuando les dejaba plantados. Deseó ser alguien entre sus ideas y estuvo de parte del que le prestaba atención: Anabel. Ella significó su garfio en la vida. Pero él, Efrén, se la había robado, el garfio perdió su forma y Dioni, sabedor de que su ominosa existencia la hacía infeliz, se abandonó al galope. Su paulatino retraimiento fue un grito por no tener amarras que lo ayudaran a desligarse de otras hechas de caleidoscópicas sensaciones y padecimientos correlativos. Poco importaba ya que hubiera llegado a saber quién se escondía detrás de Efrén —otra comprensión: nunca se es inmune al secreto si es compartido.

Ahora importaban ellos.

Tenía unos cuantos y buenos motivos para sentirse optimista: Anabel recuperada, una maleta repleta de millones en la taquilla y él que seguía invicto y libre. Ellos dos solos y una vida entera por delante para moldearla al antojo de entrambos. Un antojo de doscientos diez kilos.

Pero a ella nada de eso parecía importarle.

Una sensación de inexplicable vacío les distanciaba.

Dioni, el brigada, Monti; cadáveres a corro.

¿Cuándo le tocaría a él?

Perdía el dial sin darse cuenta.

—Sé que estás así por lo del brigada —apuntó Velasco—. Te apreciaba mucho y tú a él.

—No tanto —le replicó—. Era un hombre infectado de nostalgia y de literatura.

Velasco apartó los ojos de la carretera para mirarlo un instante de soslayo, y siguió conduciendo en silencio.

—Hizo la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida: dejarse morir sin que nadie lo matara. Su escasa resiliencia y su mucha melancolía, pero sobre todo el insoportable peso de las Letras, lo abatieron hasta la fatalidad. Un soñador empecinado en confiar en la Justicia y la Justicia es un instrumento más en manos de los poderosos. La lucha requiere de otros valores menos patéticos. Ahora ya no tengo ninguna duda.

Velasco no osaba abrir la boca.

—Quiero decir que me ha decepcionado su falta de coraje —puntualizó Efrén. Advirtió que no se explicaba, ni podía hacerlo, y giró—: La verdad es que estoy pasando un mal rato. Y por si fuera poco, siento que mi novia también me deja. Estoy hecho polvo.

—Las desgracias nunca vienen solas —se expresó Velasco, cordial—.

Se te junta el Norte, lo del brigada y, además, andas enganchado. Te comprendo, socio. Sobre todo en esto último. Voy a contarte una historia que te va a distraer un rato. Pero luego no te burles de mí, eh —avisó en tono de chanza.

Rebasaron a una rubia despampanante.

—Eso del amor es una gilipollez. Es la trampa de la vida. Folla y corre —resumió, con los ojos fijos en el retrovisor—. Dices que estás destrozado. Te entiendo, socio. Cada uno arrastra su pena. Yo llevo con la mía varios años. ¿Te acuerdas del traje que me viste en el armario con las estrellas de teniente? —Torció a la explanada del Bordaluna y estacionó el *pepito*, orientado a la carretera, trayecto que coincidía con la caminata de la rubia de melena larga y lacia—. Mírala: camina con parecida soltura, contoneándose sin llamar la atención. Esa clase de mujeres siempre me la recuerdan. La quise con locura a la muy, muy… ¡Dios, qué lujo de mujer! Guapa, simpática, inteligente; inaccesible… ¡Cómo me costó! En realidad, estoy separado. Me dijo que no volvería a verla a menos que fuera por casualidad, o porque ella viniera a buscarme. No pasa un día sin que me fije en todas las chicas que se le parecen, con la esperanza de que vayan hacia el cuartel. Luego, cuando está claro que pasan de largo, pongo a prueba mi más afilada falsedad y con la ayuda de este uniforme (que es para lo único que me da satisfacciones, dicho sea de paso) intento llevármelas a la cama. Con la mía no fue así. La adoraba. Un día le dije que era teniente del Cuerpo y luego no tuve fuerzas para confesarle la verdad. Por eso encargué ese traje de oficial con el que me casé. No creo que fuera por este detalle por lo que ella se decidiera. Simplemente fue una de tantas coñas con las que alegraba nuestros ratos: nos reíamos y seguíamos adelante sin contratiempos. Pero esta de hacerme pasar por teniente, que mantuve hasta las últimas consecuencias, me sobrepasó.

»Todo se jodió justo al día siguiente de la boda.

»Deberías haberme visto, con mi traje fraudulento, delante del cura, escoltado por toda su familia de militares de sangre azul, auténticos, no como yo; encantados de ganar para el clan otro de su estirpe. Imagínate la sorpresa, la vergüenza y la mala leche que se les puso cuando descubrieron el engaño. Ya te digo: al día siguiente. El listo del hermano fue el primero en mosquearse, durante la boda, por la evidente falta de clase de mi familia. La continua cara de susto de mi madre y mi hermana, por un lado, y las miradas de guasa de un tío mío, por otro, le debieron de poner en la pista de que algo no cuadraba con mi presunto abolengo. En fin, gritos, amenazas, tentativas de abrirme la cabeza: tuve que poner tierra de por medio y desaparecer. *Naturaca* que me localizaron, pero como convine en la separación y más tarde en el divorcio, que ya tendría que haberme llegado o estará al caer, me han dejado en paz. Te dije que me habían

echado de la Casa Real por fisgón… También por esto. Y a este pueblucho de mala muerte me arrojaron. Tres putos años, tío, ya está bien. Y sin saber de ella. Fui un impostor. Pero por amor. Incluso me atreví a mandarle cartas medio poéticas (bochornosas, más bien)… Y en la taquilla las conservo todas, devueltas. Ya lo he superado. Si la viera, tal vez me animara a echar un polvo, pero sin más. Por eso te digo que lo de enamorarse es una gilipollez.

La rubia pasó delante del *pepito*, se detuvo a preguntar algo a alguien y prosiguió tan despistada y sugestiva como venía.

—No se le parece ni en el mear, estoy seguro —dijo Velasco—. Pero esta cae.

Puso en marcha el *cuatro latas*, redujo a la altura de la chica, que caminaba afectando ingenuidad, y con cínica galantería se ofreció a prestarle «la ayuda que haga falta, señorita».

Un minuto después la llevaban en el *pepito* hasta el chalé adonde se dirigía, a pasar el fin de semana con unos familiares. Al apearse la pasajera ya habían acordado verse a la noche.

—Sabes lo que te digo, socio: que hay algo repulsivo y despreciable en esta clase de mujeres que se dejan seducir tan miserablemente. Ya no pierdo el tiempo: follar y a otra cosa, mariposa, es decir, a por otra. Nada de obsesionarse con una sola. Estoy vacunado. Paso olímpicamente de aquella subnormal, y voy al grano.

Se sacudió la nariz, se frotó las sienes. Dio una vuelta rápida al pueblo, se encendieron las farolas y siguió patrullando, a menor velocidad, buscando algo o a alguien con una ansiedad sigilosa e inquisitiva. Aunque a medida que se aproximaba el final del servicio, su desasosiego se hacía más evidente.

—Te veo nervioso, Velasco.

—Necesito dar con un *nota*. —De nuevo consultó el reloj—. Joder, menos de una hora para terminar.

Parecía como si las sombras recientes y crecientes se lo estuvieran escamoteando sin razón.

Entró en la plaza, ruló despacioso, avizor; tomó por la honda calle detrás de la iglesia.

Al bajar, vislumbraron en la trasera del templo —el añorado *rincón del viento*— a un tipo sentado en el suelo y recostado contra el pretil que lo circundaba.

Velasco paró el *pepito*.

—Ya te he visto, colega —dijo, dando marcha atrás.

Se pegó al muro y se bajó sujetando la puerta como si ésta fuera de

hojaldre y haciendo a Efrén el gesto de permanecer mutis.

—Es el Balilla —musitó—. Quédate aquí mientras doy la vuelta; y si intenta saltar, le das el Alto.

Efrén siguió las indicaciones de Velasco, en tanto que éste se deslizaba con febril cautela en una incursión por sorpresa. Oyó un jaleo de roces arriba, y acto seguido al Balilla abrazando el muro con intención de descolgarse. Pero al ver a otro guardia abajo se contiene y desiste. Luego un forcejeo y unas órdenes secas y concisas que da su compañero.

Efrén corrió hasta el escenario de intervención.

A la claridad mortecina del roto farol de la iglesia, Velasco mantenía la situación bajo control. El Balilla, metido en su inseparable chupa tipo piloto, era inclinado en forma de equis contra el pretil. Por la espalda, Velasco aseguraba su estabilidad y abordaje mediante una contundente posición de su mano derecha sobre la A llameante de Anarquía —justo encima del reniego apelotonado «SIDIOSNOTRABAJAYOTAMPOCO»—, así como el pie izquierdo pegado por la cara interna al mismo del sospechoso, quien, despatarrado y en difícil equilibrio, se soplaba la pelambrera por no comérsela, resbalarse o darse de morros.

El Balilla estaba bien pillado.

—Vale, vale —se dejaba hacer—. No podría correr ni diez metros. Estoy hecho una braga. El material lo tengo en la riñonera, socio —abrevió.

Velasco se echó a reír.

—Has visto qué familiaridad, Salva. Me llama «socio». Ja, ja. —Se puso muy serio, y añadió—: Balilla: enséñame todo lo que llevas. Y no me engañes porque te voy a registrar de arriba abajo.

Le despojó de la riñonera.

—Aquí no tienes nada.

—Que sí, socio, que está dentro.

—Deja de llamarme «socio». Y esto es una *china*. No me convences.

—Pues no tengo más.

Velasco se desplegó en un exhaustivo cacheo, empezando por el cuello de la cazadora. Al llegar a la entrepierna, dijo con grima:

—Parece que tengas tres güevos…

—Vale, vale —cedió el otro—. Lo tengo ahí.

Velasco le permitió recuperar la postura bípeda, pero no dejó de aferrarlo hasta que tuvo en su poder una bolsita del tamaño de una pelota de pimpón.

—*¿Nieve, basuko, crack…?*

—*Nieve*, y sin tocar.

—¿Seguro?

—Seguro. Ya ves que me enrollo —agregó, angustiado el Balilla, sacudiéndose el pelamen y revelando un perfil escuálido y sudoroso. O la cazadora se había agrandado el doble o su ocupante había enflaquecido a la mitad. Con ese tono y esas pintas parecía un náufrago o un enfermo terminal buscando dónde caerse muerto—. No vayas a dejarme sin nada.

—Cállate, cabroncete —ordenó el guardia, sopesando la aprehensión —. ¿Sabes que por esto podrían caerte varios años? Y en la trena y sin pelas, ya me dirás…

Se apartó.

—Esfúmate.

El Balilla se clavó de rodillas.

—Por lo que más quiera, agente —imploró—. Déjeme algo. Me he gastado todo lo que había podido juntar en dos semanas, para tirar estos días.

Velasco lo empujó con impaciencia y sin misericordia.

—Lárgate, Balilla, antes de que se me hinchen los cojones y te patalee el culo. Y da gracias por que no te enchirone. Humo.

El Balilla se revolvió como si fuera a arremeter, pero sólo recompuso la postura de penitente, y con las manos debajo de la barbilla y los dedos entrelazados como un devoto orate, imploró de nuevo:

—Tiene que dejarme algo, o esta noche acabaré loco. Por favor. Es todo lo que tengo. ¡Por favor, por favor! La próxima vez le conseguiré otra bolsita tan grande como esa, o más.

—Eso me dijiste cuando el marrón del músico, y todavía lo estoy esperando, colega.

Velasco hizo por marcharse, pero el Balilla le asió por la manga en un eléctrico ademán de desesperación.

—Esto no era solo para mí, agente. Se lo juro. Pensaba repartirlo cuando le viera.

—Eres un puto mentiroso. —Dio un tirón y se soltó.

El Balilla hocicó el suelo.

Velasco se dio la vuelta. Rebasó a Efrén, zanjando:

—Vámonos.

El Balilla lloraba y farfullaba y escupía tierra.

Efrén se abrió de la línea y formó ángulo entre los dos intervinientes. Lo llamó.

—Un momento, Velasco.

El aludido, que se alejaba manoseando y estimando el botín, volvió la cabeza sin dejar de caminar.

—¿Qué pasa?

—Devuélvele esa bolsa.

—¿Cómo? —se paró.

El Balilla dejó de gemir. Del oscuro suelo despegó una cara roja y arañada. Sus greñas barrían la tierra mientras los miraba estupefacto.

—Dale al Balilla su mierda. Tú búscate la tuya de otra manera.

Velasco miró en derredor. Acabó de girarse.

—¿Qué coño estás diciendo…?

—Ya lo has oído.

Velasco sonrió, anonadado. Acertó a responder:

—Qué cachondo —y, girando sobre sus talones, reanudó la marcha.

Pero un chasquido seco y férreo le hizo sobrecogerse, clavarse y volverse.

El cetme de Efrén, con la culata descansando en la cadera, apuntaba al cielo fosco.

—Haz lo que te he dicho.

—La madre que me parió —tartamudeó Velasco.

—Y si no te pego un tiro —añadió Efrén.

Velasco portaba el cetme a la funerala. *¿Duelo por quién?*

—Tú estás loco, tío.

Duelo por él mismo —Salva-Efrén—, no le cupo la menor duda.

—Estoy esperando.

Velasco tardaba en decidirse; finalmente, estrujando la bolsita con los dedos, regresó hasta el drogata como un sonámbulo. El Balilla retrocedió arrastrando el culo por la tierra, se golpeó contra el pretil y, desollándose la espalda —la pobre chupa—, persistió en la farragosa retirada mirando a uno y otro guardia en orden alternativo, afónico y despavorido.

La bolsita voló y le cayó entre los pies. Se frenó, pero no se decidió a recogerla.

—Largo —le urgió Efrén.

El Balilla pegó un manotazo y un brinco, montó el pretil y se hundió en las sombras, llevándose la mercancía vital. Resonaron unas zancadas, extinguidas al par que el roto farol parpadeaba, llamando éste la atención sobre el tétrico alumbraje del entorno, casi fantasmal aunque no hubiera ni niebla ni ruidos insólitos.

Subía o bajaba alguna que otra persona. Reparaban en el *pepito* y en la

pareja de guardias en la penumbra del recodo y proseguían sin dilación, quizás temiendo ser interrogados por algún incidente, nada sorprendente en ese lugar, refugio de enamorados semifurtivos pero también de trapicheos y de peleas entre grupitos de adolescentes.

Nada raro, excepto que tornaba la violenta soledad del héroe.

—¿Ha sido en serio todo esto? —preguntó Velasco.

—Desde luego.

—Qué hijo de puta eres, ¿no?

—No me importa lo que digas. Pero no iba a consentir que jodieras al pobre diablo una vez más. Bastante tiene ya encima.

Velasco se descolgó el cetme, y cuando parecía que se disponía a usarlo de un modo agresivo, lo agarró por el cañón y se dio a golpear el suelo como un picapedrero.

—Hijo de puta, hijo de puta —salmodiaba con un acento de cólera mascullante—. Debería pegarte un tiro; uno no: el cargador entero —se concretaba y seguía dándole que te pego: la culata soltó una larga astilla.

Efrén temía que el arma se montara por accidente y cualquiera de ellos o incluso un tercero fuera traspasado. Bastaba de muertos. Iba a intervenir, cuando Velasco cesó en su violencia por mera extenuación.

—Hijo de puta —repitió, sin fuerzas, soltando el fusil y apoyando las manos en las rodillas.

Recuperó el aliento y expelió:

—Hijo de puta.

Unos segundos después se enderezó:

—¿Pero dónde mierda te crees que estás, tío listo de los cojones? —resolló. Hizo una pausa; y dio su parecer—: Ya sabía yo que tú no estabas mejor que el brigada. —Escupió al suelo—. Porque no te emborraches como los demás y andes siempre leyendo y pegando saltos, quién te has creído que eres, ¿eh? Entérate ya de que estás destinado en un Puesto de castigo. Aquí vienen a parar los incorregibles: el purgatorio antes de acabar reciclado, expulsado o muerto. Ese era el caso del brigada, de Carrasco, de Barahona, el mío. Ah, y luego están los tontos del culo, como tú. Y el *nota* no se ha enterado. ¡MENUDO GILIPOLLAS!

Efrén le dejaba hablar. Era preciso si quería evitar la acción.

—Estás sacando las cosas de quicio. Vive y deja vivir. Sólo eso.

Velasco soltó otro escupitajo.

—No tienes ni idea, capullo. El Balilla es un drogata y también un camello. Por eso le trinco siempre que puedo. Pilla mercancía cojonuda; él se mete la buena y el resto la adultera. Dos drogadictos se envenenaron en

Villarjo por su culpa, por vendérsela cortada con sabe Dios qué guarrería. El brigada tenía al Calaíto como confidente y yo tengo al Balilla. Pero tú, enterado de los cojones, has tenido que meter la gamba.

—Si necesitas mierda, ve a buscarla a otro sitio. Y si necesitas dinero, yo te lo puedo prestar. Pero no a expensas de joder a un infeliz como el Balilla. Deberías darte cuenta de que estás cayendo con él.

—Ah, ahora resulta que eres mi ángel guardián. Qué será lo próximo que hagas, ¿chivarte a esos mamones de sangre azul que viven de jodernos? Muy bien, hombre, espero que te den una medalla y te desnuques con ella. Traidor. Soplón. Hijoputa.

Se dio a mirar en torno con aire calculador, como si cavilara cometer un atentado impune.

—Yo estoy en tu bando, Velasco, pero también lo estoy en parte con el del Balilla. Pero sobre todo estoy en contra de esa jerarquía azulenca. Algún día montaré un pollo y ya veremos si no se les ve el plumero.

Velasco pareció calmarse bruscamente.

—¿Ah, sí? Dame una pista de tu ingenio, listillo —jadeó más socarrón que enfadado.

No era plan de contarle que militaba en una organización terrorista, que había culminado un secuestro con pleno éxito, que él era el autor de la quema de Las Torcaces y que el atentado truncado contra un general lo fraguaba de nuevo y sin titubeo ni compunción.

Algo factible debía responder si no quería quedar como un fanfarrón integral.

—Puede que me encierre como Mishima con el Estado Mayor y antes de pegarme un tiro los fusile a todos.

—Otro como el brigada —resopló Velasco. Se estiró para parecer más alto de lo que ya era, quizás para intimidar o para otear la esencia de su desamparo—. Espero que no tardes mucho en chupar el cañón, bocazas.

—O puede que escriba un libro capaz de remover toda la mierda que nos ahoga.

Velasco bufó una risita desdeñosa.

—Un libro, dice el *nota*. YO SÍ QUE TENGO UN LIBRO. —Alguien miró desde la acera luminosa, guiñó los ojos y apretó el paso—. Uno cojonudo. El día que lo pula y si alguien tiene güevos para publicarlo, será la hostia. Tú no tienes más que sueños. Yo tengo un montón de palabras escritas.

Se destensó. Miró la hora. Osciló borroso y lánguido, y con un esfuerzo enorme, se agachó a recoger el descuajaringado cetme. Arrastrándolo por la bocacha apagallamas, la culata divida en dos, con la traza de un soldado vencido que regresara del frente, dobló el parapeto y bajó a encerrarse en

el *pepito* con escaso ruido.

Palabras, sueños… Son lo mismo. Él vivía en la acción.

Y acción era aquello.

Se metió al volante, que era el asiento libre.

—Salva…

—¿Qué?

No contestó: apoyó la frente en la guantera y al poco Efrén lo oyó llorar.

Lloró durante casi un minuto, mansa, ferozmente.

Logró contenerse o agotarse y dijo con voz transida de pesar y desolación:

—Tienes que perdonarme, socio. Acabo de darme cuenta de que la culpa no la tienes tú —dejó una inflexión en el aire, que terminó exhalando al parabrisas—: sino esa hija de puta que nada quiere saber de mí.

—Lo sé. No hay nada que perdonar.

Velasco se llevó las manos a las sienes. Luego al estómago. Luego a las sienes.

—¿Cuánto crees que me meterán por dejar el cetme de esta manera? —preguntó sin cesar en el juego o la paranoia.

—No creo que menos de quince días.

—Entonces, necesitaré «provisiones». ¿Es verdad lo que dijiste de llevarme a buscarlo?

—Por supuesto.

—¿Y lo de prestarme el dinero…?

—También. En cuanto al cetme, ya inventaremos algo.

2

No recordaba haber visto salir a Velasco. Era de noche: noche cerrada. Miró a la ventana. Lloviznaba; una lluvia fina y muda resbalaba por los cristales. El chorreo de la Mural delataba que minutos antes había caído con intensidad. Se había dormido mientras esperaba que Velasco saliera de la ducha.

Después de estirarse en la cama, se movilizó, descansado y pujante listo para reanudar la caza. *¿Qué restaba por cazar?* Corría la medianoche en el reloj. Llamaría a Anabel y quedarían para salir a cenar. Su pelicobre. No sabía cómo reanimarla, recuperarla.

Un millón de reencarnaciones parecían distanciarles. Encendió la radio y se metió en el baño.

La tristeza le ganaba conforme a las melodías de las canciones a esas horas. Las señales horarias. Noticias: la bomba que una hora antes había hecho explosión en el centro de la capital, al paso de un coche patrulla del Cuerpo Nacional de Policía, había causado dos agentes heridos, uno de ellos en estado grave. El boletín añadía que en el Ministerio del Interior las sospechas apuntaban al FRAF.

Efrén sabía de su autoría exacta.

Concluyó el duchazo y, vestido a la carrera, salió en busca de un teléfono. Necesitaba explicaciones, y algo más.

Ella descolgó.

—¿Anabel?

—¿Sí…? —un monosílabo frío. Y en el mismo tono, es decir, sin alma—: He sido yo.

—¿Por qué, joder? *¿Por qué?…*

—Nosotros hemos puesto el primer muerto. Ahora, que ellos pongan los suyos.

Efrén trató de serenarse, de argumentar con peso.

—Podrías haber matado a dos inocentes. Uno incluso se debate entre la vida y la muerte.

—No tendrá esa suerte el de Torrejón. Cuando circule, volará. Ya está hecho.

La brutal confesión le produjo un espasmo que le sacudió las entrañas. Soma y psique.

La cabeza le daba vueltas mientras la recriminaba:

—Estás loca. Loca. Pero qué hostias te pasa, ¿eh?

Se dilató una pausa insoportable; percibía su jadeo contumaz.

—La guerra está abierta, Efrén. Ya deberías saberlo. No podemos pasarnos la vida frenados por el miedo. —Su acento destilaba provocación, saña—. Nada hemos conseguido en la lucha social. Tenías razón: nos estábamos comportando como delincuentes. Y se acabó. La revolución lo exige. Sin muertos no habrá respeto para nuestra Organización ni avance real.

Efrén sintió ganas de imitar al brigada. Todo… ¡Todo fuera de control!

—¿Dónde está ese coche? —inquirió, sin dejar de inferir a través del espanto.

No hubo contestación. Sólo la respiración del silencio seguido de un pitido intermitente. El mudo desdén de la voz que Efrén ya no reconocía

como aliada le llegó tal que un eco de que la fatalidad no terminaría por ese día, ni por esa noche y quizás nunca: que le arrastraría como un estigma el resto de su existir.

Colgó y saltó al R-12 repercutiendo en sus oídos el mensaje horripilante. «Cuando circule, volará». La caza se reanudaba.

Buscar al verdugo o a la víctima. Optó por lo segundo.

Entró en la 215 haciendo berrear el motor, que protestó dando tirones. Era una agradable noche de llovizna para arrellanarse al calor del hogar. Noche postrera para ese policía.

Derrapó en una curva, aceleró para contrarrestar la inercia. Tendría que pisar más fuerte si quería vivir exento de remordimientos: la muerte de un compañero del que se sentiría culpable de por vida y no podría superarlo porque sería una eliminación inane, escogido por un insensato azar, peor que un trágico accidente de circulación llegado a uno por mera fatídica casualidad. No lo superaría y a ella no podrá perdonarla. *¿Qué voy a hacer contigo?* Escampaba. 150 km/h. Máxima velocidad surcando el llano de Matallana.

¡Ah, Matallana! Una soga de nostalgia yugulándole, barruntando que jamás volverá allí con ella y la magia. Accesos fugaces de quien avista un sueño —otro más— quebrado sin remedio.

Sin remedio.

Se internó en la ciudad. La noche caía con un cielo entoldado, contra el cual rebotada el alumbrado de las calles desiertas, mostrando así una textura turbia y cobriza, advirtiendo del alto riesgo de lluvia. Preguntó por la Plaza de las Naciones. Nadie la conocía. Había partido con demasiada urgencia. Debió ir en busca de Anabel y forzarla. Pero no lo había hecho y ahora el tiempo era otro intransigente adversario.

Contrató un taxi para que lo guiara.

Diez minutos después el taxista se orillaba en una glorieta en cuyo centro se levantaba un obelisco oxidado. Iluminado por un foco semienterrado, se leía PLAZA DE LAS NACIONES, y el año de inauguración para el que no tuvo tiempo de fijarse: pagó y, girando sobre sí, exploró en torno intentando dar al primer vistazo con un R-21, de color gris y con una pegatina de la bandera nacional junto a la matrícula posterior. Era todo lo que recordaba que Anabel hubiera mencionado del «objetivo» de Torrejón: el vehículo de un agente del Cuerpo Nacional de Policía que solía estacionar en ese lugar. No daba con él. Distinguió una mole oscura, insensible, dándole la espalda —como ella—; el polideportivo donde ahora su furibunda enemiga labra soma y trámites necrológicos.

¿Estaba en el sitio adecuado, en el momento oportuno?

Revolvió en la guantera, agarró un mechero —con las prisas había

olvidado hacerse con la linterna— y lo chiscó; éste liberó una llama diminuta y triste, como sus posibilidades. Rotó la ruedecilla del gas al máximo, ganó un lumen o dos y, guardándoselo en el puño, dejó el R-12 en doble fila y emprendió la acongojante ronda.

Al principio, despacio; luego raudo.

El nerviosismo, la ansiedad terebrante de no haber localizado a todos los Renault 21, empezó a ganarle, obligándole a retroceder sobre sus propios pasos. Ahora que buscaba un modelo que creía muy numeroso, no daba con ninguno.

Pateaba la plaza, las calles adyacentes. Un R-21 y de color ceniza. De la pegatina ya ni se preocupaba. Ni uno. Y el tiempo que corría —que se las pelaba— en su contra. Pensó en Anabel. Demasiado tarde para regresar. Por teléfono no le sacaría nada; tenía que intentarlo. Se llegó a una cabina y marcó. La señal se repetía inatendible y monótona, hasta que se cortaba. Por si se hubiera equivocado, volvió a marcar. Mismo resultado.

Tal vez ella había cambiado o errado el objetivo, o que le hubiera tomado el pelo. *No joer, te engañé, era otro coche. Te gano uno a cero. Mejor dicho: 2-0, porque me he llevado a dos*.

Ag. No podía perder ni un segundo.

Buscaría sin tregua ni reposo preguntando a todo bicho viviente con quien se cruzara si conocían a un policía con un R-21. Pero en aquel barrio dormitorio y suponiendo que habitara en una de las impersonales e inmensas torres, sería casualidad que lo conocieran; por no presumir que el agente hubiera ocultado adrede su condición profesional.

Haría eso y lo que hiciera falta con tal de evitar que un inocente acabara descuartizado entre un amasijo de hierros humeantes y nauseabundos. Lo haría. No dejaba de jurárselo alumbrando los bajos, esta vez de todos los vehículos.

Uno por uno se tendía boca abajo —como quien va a lucirse con una serie de flexiones— y paseaba el encendedor con la cara pegada al húmedo o encharcado suelo; y luego de asegurarse de que estaba limpio, saltaba al siguiente. Había cientos. El planeta estaba ocupado por los coches.

Nuevo escrutinio a la plaza… a la calle… Los grandes ventanales del oscuro edificio del polideportivo parecían mirarlo de reojo, burlándosele vago y tenebroso de su caduco zanganeo. El corazón le percutía tan fuerte que le atoraba los sentidos; hasta el punto de que tardó en percatarse del motor que ronroneaba al ralentí al otro lado del turismo, por debajo del cual y a cuatro patas paseaba una ingrata llama que le revelara una carga explosiva adherida por imanes.

—Buenas noches. ¿Se puede saber lo que hace?

Volvió la cabeza, y se quedó como el roto gato de escayola junto al

contenedor de basura.

La luz blanca de la farola destellaba en los cuadrados blancos de la gorra del policía. Dos agentes municipales lo encaraban; ambos la mano en la ijada.

¿Que qué hago? ¡Ja, ja, ja! Juego a héroe en un melodrama tremebundo, compañeretes.

Ahora no, por Dios.

—Bueno…, yo… —empezó por alzarse con fatiga.

—Su documentación —pidió el policía, estampándole en el pecho un estallido de luz.

Buena linterna portaba aquel funcionario: moderna, potente. Idónea. Quién la tuviera. Otra cosa en que no pudo evitar reparar es que no era un revólver, sino una pistola el arma de dotación. Una doble acción. Una excelente arma para un agente de Seguridad Pública. La culata presenta muescas para asentar los dedos y controlar el disparo; transmite dominio y contundencia al que la maneja y disuasión al que la contempla; no como las pistolas asignadas a los guardias civiles: vetustas y medio escacharradas, dispensadoras de yerro, escurridizas entre las manos como peces, de las que apuntas a las ruedas e impactan en las nucas de los despistados que se saltan los controles…

Le habían pillado de marrón y él era un verde de una conspicua institución decadente.

Se había erguido con aplomo y sin precipitación, y aún se lentificaba en limpiarse las manos de arenilla en tanto seguía maquinando una coartada. Los policías le vigilaban los movimientos. El más cercano le deslumbraba y el más retrasado protegía la escena desde el vehículo ranchera (equipado con distintivos aptos y respetables); parecían aguardar una estampida o un embate fugitivo y reforzaban el porte de la mano sobre el arma con una teatralidad asaz grotesca, acaso efectiva para un pardillo como no era él.

Compañeretes…

—Sí, por supuesto. Soy compañero —manifestó, sacando la cartera del bolsillo con nítido ademán—. Soy guardia civil —y pasó a mostrar la Tarjeta Militar sin rastro de petulancia.

Aquel farol, exhibido con modestia y simpatía, quizás pudiera sacarle del apuro. Quizás.

El agente enfocó la TIM; cotejó la fotografía con la cara del sospechoso, y se dio por satisfecho.

—Ah, vale.

El de la ranchera se quitó la gorra, que puso sobre el techo del coche

patrulla, pasando a exponer una calva lustrosa y apepinada. Le sonrió amistoso.

Pleno. Efrén tenía comprobado que los *tablillas* cuando se les compara o asimila con los componentes de las FCSE, experimentan un secreto regocijo que bien podría él explotar en semejante brete. Envidó y ganó.

En realidad, los tiempos han cambiado y hoy los guardias civiles sueñan con parecerse a los policías municipales. Pero aquellos dos hombres no lo sabían y la inercia, como en tantísimos otros asuntos, movía piezas en favor de la atávica idiosincrasia de un Cuerpo en fiera guardia ante el presente y el futuro.

—Es que nos habían llamado unos vecinos diciendo que un chorizo andaba mirando en los coches, intentando robar; ya sabes.

Le demandaban una explicación, y discurrió:

—Busco una esclava de oro. Hoy mi novia tuvo el coche aparcado en esta calle y también en la plaza; cree que la perdió al bajar y yo intento encontrarla. Lo malo es que no recuerda los sitios concretos y, ya puestos, he decidido recorrerme todos los estacionamientos, más que nada para no quedarme con la duda.

Si no se lo creían, era problema suyo.

—Bueno, si no os importa, continuaré con la dichosa faena.

Había sido identificado y no tenían por qué recelar de que estuviera haciendo lo que decía y no otra cosa; como dar vueltas tras una bomba lapa.

Se marcharían y le dejarían tranquilo, más incluso.

—Te echaremos una mano —oyó que se ofrecía cabeza de pepino en un arranque corporativista.

Se encajó la gorra y, empuñando una larga linterna al modo del que tiene intención de asestar una puñalada, se puso a reconocer el terreno con el furioso chorro halógeno, exhumando de la calzada mil diminutos elementos.

Efrén se notó los músculos de la cara contraídos como los de un epiléptico un segundo antes del ataque, y asimismo que se quedaba sin respiración y seguramente estaba lívido: porque con un barrido lumínico como aquel no sería raro que topara con la ficticia esclava y la positiva bomba lapa.

Y para remachar tan delirante extravagancia, el otro no dudó en sumarse con aire altruista y entusiástico.

—Entre compañeros, lo que haga falta. Si no damos con ella, es que por aquí no está —aventuró, doblando el espinazo y duplicándose en un charco—. En un santiamén te miramos esta fila, ya lo verás. Luego la otra.

—Pero no os preocupéis, de verdad, no tiene tanta importancia… Ejem, quiero decir que no es plan de que os entretengáis… —casi balbuceaba entre resplandores peregrinos.

—No, hombre, no. Dadas las horas de la noche y la escasa novedad del servicio, no es ninguna molestia. Y si no tienes coche, te acercamos a donde sea.

—Ah, muchas gracias. Pero lo tengo muy cerca; es aquel en doble fila —y giró la cabeza un instante para indicarlo… a sí mismo, pues sus interlocutores zanqueaban temiblemente atareados…

Instante al que retornó sacudido por un destello de adivinación o presentimiento que, a los ojos de su ánimo, dejaba en mera fosforescencia los brillantes medios técnicos de los *tablillas*.

Un destello que lo mantenía tan cegado como pueda estarlo alguien que recibe un fogonazo después de un largo tiempo a oscuras, un tiempo como el transcurrido hasta ese momento de exploración ciega y correteo excéntrico…

En medio de aquel noctívago esperpento, él permanecía de piedra.

Anabel dijo que la bomba la pondría en el coche de un policía que tenía un R-21. Pero el día del atentado contra el general ella confundió un R-21 con un Peugeot-405. Y en la dirección que marchaba la patrulla, mientras lo dejaban atrás, casi parejo al suyo y rayado por un arbolillo, se hallaba un 405 de color pardo o grisáceo.

Teñido por el parpadeo de un semáforo, de continuo en ámbar, el turismo no dejaba claro su color… Pero sí la pegatina con los colores nacionales.

¿Por qué no se largaban?

—Os agradezco vuestras molestias, chicos —dijo, reparando en cómo cabeza de pepino, con la gorra en una mano y en la otra el alucinante reflector, avanzaba vigoroso hacia el presumible objetivo—. Pero no es necesario, de verdad —insistía en actitud desmoralizadora, esforzándose por no tartajear, no sabía si de alegría o de acojone—. La verdad es que ni ella misma recuerda dónde lo tuvo exactamente, y yo… —se fue para el vehículo que constituía el final de la fila y se tendió —no conozco este lugar —terminó de decir y se quedó sin habla: a través del túnel de bajos y su zozobra sus ojos habían topado con un bulto: un bulto que colgaba como cuelgan todas las bombas lapa que había visto en las fotografías y en los manuales de autoprotección.

Escudriñando en un esplendoroso fangal, cabeza de pepino rebatía a su aire:

—Por eso mismo. Además, no importa; no tenemos nada que hacer.

A pesar de las sombrías circunstancias, no podía dejar de sentirse

fascinado por los medios con los que aquellos agentes desempeñaban su labor de servicio público; no como sus jefes militarras, que en primer lugar pasan a la firma del ministro las dietas de la Cúpula y el resto —lo que reste— para los Servidores. Putos indecentes. Los torció a otra calle, alejándolos del punto intolerable que conjeturaba. Seguro que lo era, seguro, y el tiempo que corría yugulando su triunfo —*¡¿Triunfo?!*

Ag, malvado hado.

—Tengo que cambiar de encendedor —les dijo, doblando la esquina—. En seguida vuelvo.

No soportaba tamaña incertidumbre.

—No te servirá de mucho —le advirtieron—. Si con estas linternas no damos con ella, con un mechero ni soñarlo.

Tenía que saberlo. No estaba para discutir la eficacia de ciertos métodos de reconocimientos nocturnos.

Abrió la puerta de su coche, simuló que buscaba algo, que al salir se le caía el mechero, que se agachaba, lo encendía y… ¡Allí estaba!

A la llama temblorosa, el artefacto —la tartera de plástico con tapa verde que él comprara por equivocación— pareció cobrar vida. La sombra aleteaba a su alrededor como un murciélago siniestro y bufón.

Paralizado por el descubrimiento —por una simultánea sensación de euforia y terror—, irresoluto y convulso, deliberaba consigo mismo acerca del siguiente paso, tal que el adolescente que acaba de ligarse a la chica de sus ensoñaciones y cuando ya la tiene no sabe qué hacer con ella…

Bueno, esto era más terrible, sin duda.

Y allí seguía, arrodillado, con la sien pegada al pavimento y la vista fija como la de un muerto por demasía de horror.

Efrén, la mente en blanco, no dejaba de contemplar aquel poliedro apocalíptico: auténtica visión del fin del mundo: el suyo.

De pronto, una mano se le posó en el hombro. Fue como un calambrazo.

—Oye, tenemos que marcharnos —se disculpaba el atento policía que no era cabeza de pepino—. Nos requieren para atender un accidente en la otra punta de la ciudad. Sentimos no haberte servido de gran ayuda. Ojalá que la encuentres.

Ojalá me dé tiempo a desactivarla sin que me la coma, se decía, poniéndose en pie, recogiéndose los nervios como tirantes de un traje dantesco.

—Sí. Ojalá. De todas formas, muchas gracias. Que tengáis un buen servicio.

Los policías se marcharon sibilinamente reconfortados. Él a lo suyo.

3

Uno, dos, a lo sumo tres transeúntes, cruzaban por las inmediaciones. Rogó con todas sus fuerzas que ninguno de ellos fuera el policía nacional que tenía en su coche una carga explosiva lista para asesinarlo o mutilarlo. Algo que devendría al primer movimiento brusco. (Un grado de brusquedad que él iba a provocar y del que desconocía su margen de maniobra.)

Movió el R-12 hasta adosarse al 405 y, aparentando una avería, abrió el maletero y hurgó en su flaca bolsa de herramientas: alicates, cúter y destornillador.

Por fortuna, el escaso vulgo a esas horas se dirigía con embotadas prisas a la estación de tren, que retumbaba ignotamente propincuo. Tenía que desactivar a contrarreloj. Si el conductor lo sorprendía manipulando en su propiedad, no le haría mucha gracia, y menos si daba con la bomba lapa. A partir de ahí podría llevarse la parabéllum que hasta entonces había tenido la suerte de eludir…

Resopló. Examinó el entorno.

Y destornillador en ristre, se tiró al insufrible tajo, espaldas a tierra.

Observó la exacta ubicación: justo donde se apoyaban los pies. Cuánta perversidad. Innumerables vueltas de cinta adhesiva de empaquetar unían contenedor e imanes circulares en un mazacote espeluznante. Quizá se la comiera o le atraparían y le acusarían de sabe Dios qué.

En cualquier caso, tenía que seguir adelante.

Hizo saltar la llama y se invitó en aquella ruleta rusa, cuyo único y pertinaz participante sería él.

Comenzó por acariciar el artefacto como a una bestezuela a la que hubiera que apaciguar de antemano, a fin de no irritarla, ganarse su confianza y, por sorpresa, neutralizarla.

La tartera estaba tan adherida que parecía formar parte de la propia estructura del chasis, a guisa de verruga de plástico.

Se dio cuenta de que la rozaba con más curiosidad que miedo, y siguió tanteando.

No veía por dónde empezar.

Inexpugnable.

Su arrojo también. La arrancaría, aunque fuera con uñas y dientes.

Volvió a la carga —sin metáfora y con sangre fría.

Con el destornillador en una mano y en la otra el mechero, a la vez que con ésta sujetaba el artefacto, intentaba separarlo sin excesiva

impericia, la cual podría hacer que el dispositivo de iniciación se activara y de súbito la alimaña metálica que despierta al calor del circuito cerrado. Ahí se le acabarían las comeduras de coco. No le apetecía cascarla. Si salía de esta, querría dejar claro un par de cosas con cierta pelicobre.

La precaria sujeción del mechero le quemaba el pulgar. ¿Pero qué es un pulgar en comparación con una vida? La tartera resistía terca, pavorosamente. Apagó el encendedor y desistió; el dedo se le estaba achicharrando.

¿Por qué tenía el vago presentimiento de que alguien le espiaba?

¿Era Dios que se entretenía en dejarle jugar con su destino para luego hacerle subir más deprisa?

No se oía nada.

Ni siquiera su propia respiración.

Una fina lluvia iniciaba el espectáculo eternamente repetido y bello.

Reanudó el truculento trajín.

Chiscazo y llamita. A su trémula luz creía captar a través de las paredes de plástico una sombra vertical: el péndulo. Su oponente en aquel pulso paradójico, sin revancha. Ineluctable y mortal. Grabó los detalles que debía atacar, mordió el encendedor y, arrastrándose sobre los omóplatos, encastrando la cabeza entre asfalto y bajos, con la nariz casi metida en aquella furia subterránea —trasunto de ella—, acometió el principio del fin.

¿Qué fin?

Regueros de sudor le cruzaban la cara, le cegaban… Se sacudía y proseguía; sondeando, sopesando por dónde pugnar y sobrevivir…

Hurgando con persistencia jadeante, con presión aguda y paulatina, denuedo voraz y lenta porfía, logró incrustar el destornillador; y a continuación, los dedos a modo de cuña entre los anillos y el chasis… Y así, casi de repente, el entero objeto acabó por descolgarse a la palma de la otra mano, donde se balanceó como una formidable bandeja manejada por un camarero principiante. Un balanceo *ad hoc*.

Coba capciosa al vaivén del péndulo.

Se retorció con delicadeza y reconcentración, y lo depositó en el suelo, junto a la rueda. Hecho.

¡Hecho!

De golpe sintió la exaltación del superviviente ileso. Y con las prisas de un mecánico chapuza que ha resuelto algo impensable y desea mostrarlo al mundo, emergió de debajo del auto, cara al temporal y se puso en pie.

Estaba empapado de una fría y pegajosa transpiración que le soldaba la ropa a la piel, como un instante antes los imanes al bastidor.

No se oía respirar porque lo había olvidado.

Despegó los brazos del cuerpo y aspiró una profunda bocanada de aire, impregnándose del olor a húmedo.

La lluvia aplaudía su éxito.

Pasó a inspirar abdominalmente y las maniobras de Valsalva y el rumor del agua le reportaron sosiego y conformidad momentánea con el mundo. La mole burlona que era el polideportivo —en su sitio— ya no le miraba; con un gigantesco paraguas de uralita, se guarecía del aguacero que lo arremetía en diagonal. Las altas farolas delataban la virulencia de los elementos. Apocándolo todo: todo menos a él.

Se acuclilló a recoger el artefacto. Con el esmero de un niño que lleva una tarta de cumpleaños, lo elevó hasta el interior del maletero del R-12.

Recuperó el destornillador y lo acercó…

No, no era ninguna varita mágica. Tomó el cúter.

Rajó una tira de cinta…, se levantó un tanto la tapa con el pesado anillo encima, y no pasó nada.

Se notó sonriendo y atajó ese nervioso reflejo.

Aún quedaba mucho por hacer.

Recordó que, junto con la tartera, también había adquirido una olla de acero, y se estremeció. Tal vez había sido alojada, atiborrada de mixturas detonantes y tuercas, en un hornillo enfilado a algún paso obligado de objetivos humanos…

Tenía que concentrarse.

¿Acaso podía pensar en un después sin haber salvado antes este flagrante trance?

Siguió sajando. Retiró los anillos.

Escudriñó bajo la tapa. Cables. En colores y en maraña. De ida y vuelta.

Sin pestañear, con tiento absorto y nimio, removía los distintos elementos —hilos, bananas de conexión, microinterruptores, un pequeño temporizador industrial de aspecto tosco e infausto—, sin atreverse a cortar ni a desgajar… La intermitencia ámbar del semáforo reverberó sobre el péndulo, cuya sombra dio la impresión de que se inclinaba a modo de malévolo amago, y eso le cortó el aliento y la perpleja manipulación.

Repuesto, tornó a profundizar en aquella letal intimidad, temeroso de desatar la cólera del dios de los revolucionarios, de cuya bronca sublimación él sería su único tanto.

Buscó los hilos de alimentación del detonador. Pero había demasiados, lo que le resultó extraño y le confundía una y otra vez. Optó por alzar con

precaución las bolsas de pentrita, y dio con un multiplicador medular y una placa de circuito impreso. No supo por dónde continuar, y llevarse un artefacto montado y activado en el maletero sería convertirse en la víctima más estúpida del mundo.

En aquellas condiciones, ni siquiera podía mover su coche.

Casi le da la risa o casi se echa a llorar.

Un renovado terror, tal que al principio del hallazgo, vino a sacudirle.

Tanto que no vio, sólo escuchó…

… el click característico de un arma que se amartilla, y cómo al punto le picaban un cañón en los lumbares.

LXVIII. ÚLTIMA ESCARAMUZA. RENACER DEL FUEGO PURIFICADOR II

1

La conmoción estaba de vuelta. Aunque la lluvia seguía cayendo, la paz aparente había cesado. Rayaba el día. Un tren que no era un cercanías, bramó ferrugiento, como un monstruoso gallo de ciudad deshumanizada.

Le extrañó la imperturbabilidad con que acogió semejante revés; quizás porque lo primordial estaba ya hecho: quizás porque la amenaza carecía de sorpresa o de poder.

Quizás porque, al fin, podría *desactivar* aquel ingenio de locura.

Se giró lenta, desafiantemente. Ahora el arma le apuntaba al estómago. Las púas de lluvia percutían contra el cañón del revólver, un ánima de cuatro pulgadas, fosca, insondable. Letal. Como la de su sostenedora.

Anabel se cubría la cabeza con una gorra de fútbol americano: la que llevaba Dioni en el momento de su muerte. *¿Cómo no lo había previsto?*

—Me parece que has olvidado lo que una vez te aconsejé —se expresó él, tranquilo; y, dándola de lado, tornó con insolente cuajo a la inacabada tarea.

—Te equivocas —repuso ella con acento álgido—: «Nunca apuntes a nadie si no piensas disparar». Y ahora devuelve el *petardo* a su sitio. Estamos en guerra.

Efrén dejó escapar una risilla.

—¿Contra un peón armado?

Anabel plegó el brazo y ocultó el revólver dentro del chubasquero.

—Has perdido el juicio, y lo que es peor: te has perdido tú misma.

—Y qué: ¿vas a detenerme? —contestó ella en tono retador, y con un giro de muñeca que escoró el arma pero no la puntería, insistió—: Deja de enredar y haz lo que te he dicho.

—¿Qué crees que ocurriría si cortara el cable equivocado? O si yo mismo le diera un jodido papirotazo a la barrita esta. —Torció la cabeza para calibrar su audacia o su desvarío.

—No te atreverás —dijo ella, con falsa calma.

En algún momento había escampado y seres a la carrera surgían grises y presurosos. En cuanto a ella, joder, estaba preciosa: el pelo se le adhería a la cara, húmedo y luminoso, como recién salida de la ducha, y su perfil

bajo la larga visera tenía la sugestión de la belleza salvaje unida al emprendimiento radical, que tanto le había arrastrado…

Pero sus ojos ojivales —7,62 nato— fulguraban transidos, recriminantes. Desilusionados.

Y fue esta última y sencilla percepción por encima de cualquier otra la que le llenó de consternación y de angustia.

Era la desilusión por fallar un absurdo crimen.

—¿Qué nos ha pasado? —murmuró, volviendo al uso dubitativo de la cuchilla.

Ella avizoró con espanto.

—Ya que vas a hacerlo, empieza por neutralizar el relé.

—¿Qué relé?

Ella se guardó el revólver y se aproximó a su maltratado «arte factu»; introdujo los dedos por una esquina de la tartera y, levantando una de las compactas bolsitas de explosivo, descubrió una pieza insospechada.

—*Este* —dijo, y activó un interruptor. Acto seguido extrajo el temporizador y un conector con su pila—. Ahora corta todo lo que quieras —se metió las manos en los bolsillos de sus vaqueros, desistiendo de tomar el revólver, y retrocedió a encaramarse vigilante al reborde del arbolillo, flaco testigo de semejante delirio.

Y así Efrén miraba atónito el puto relé.

Aquel dispositivo secreto, surgido del fondo de la carga como una subalimaña incógnita y sanguinaria, lo había estado acechando todo el tiempo desde que él deslizara la tapa y escarbara azaroso.

Se crispó su cara y su piel. Su ánima. Armado de alicates y cúter, se lanzó en tajos frenéticos contra el artefacto. En uno de ellos salió un detonador de fabricación artesanal —que ella había fabricado siguiendo las primicias de *El Nacional* en materia de terrorismo, gracias a la fraternal y funesta amistad con los jerarcas del Instituto—; en otro, el péndulo formado por un resorte rematado por una canica de metal, cabeceó positivamente inerte por fuera del aro periférico, que habría cerrado el circuito, explosionado la carga, matando a un asalariado, enervando de sufrimiento y desconsuelo a su familia y amigos: enalteciendo a las cúpulas umbrías, fácticas. Inmunes. Y aquella loca beldad sin comprender.

Rajaba, rompía: con la cuchilla, con las uñas: con el alma.

Exhausto, apoyó las manos en el borde del maletero.

—¿Por qué todo esto? —jadeó.

—Porque tú me haces vulnerable —la oyó que le contestaba con arrojado resentimiento—. Hemos declarado una guerra contra un enemigo infinitamente superior y cualquier arma es válida para atacarlo. —Se

interrumpió.

Alguien se acercaba.

—Se necesita mucho coraje o mucha locura para matar a un ser humano a sangre fría, ¿eh? Azuzar es fácil. Por eso te costaba comprender que yo no lo hubiera hecho con el general a mis pies y por eso tú montas estas mierdas a distancia contra objetivos insignificantes, para que tu conciencia o tu alma no se pudra y te conviertas en un cadáver vivo.

Ella callaba.

A los fanáticos no hay manera de hacerles ver que el auténtico enemigo se mueve en retaguardia y que por muchos barridos en primera línea, mientras haya *números*, la guerra perdurará: excepto que se sea mafia y tan sólo se asesine como propaganda para atontados.

Pero con los fanáticos no sirve el parlamento. Sólo balas emboscadas los pueden parar. Bueno, eso está claro. Extremaste tu labor de centinela en *Picolandia*, pero descuidaste la Organización, soldado. La vida en sí misma es un alijo emocional presto a compartirse con el que más nos dé y menos nos exija. Eres un innato típico: aprendes tarde. Has enojado a la pelicobre y la pelicobre está harta de ti y de tu filosofía caritativa.

Si sales de esta has de hacer algo trascendental.

—¡Cierra!

Si sales…

Un tipo venía hacia ellos, con ojos fijos sobre ellos.

Se despegó con un impulso y de un golpe a la tapa en alto del maletero ocultó de la vista la destrozada carga lapa. Era el policía objetivo. Bordeó su coche, comprobando que las puertas estuvieran cerradas y las ruedas con los tapacubos.

—¿Se les ha perdido algo por aquí? —preguntó, mosqueado.

—No, señor —contestó Anabel.

El policía subió al Peugeot. Jamás podrá imaginarse que esa mañana seguirá vivo de milagro, o por lo menos no moriría por un péndulo cabeceante y medio kilo de pentrita cloratada. Efrén movió el R-12. El conductor les observaba por el retrovisor interior: una inquietante pareja que ni parecían delincuentes ni personas normales. Y en verdad Efrén pensaba que ninguno de los dos podía serlo habiendo franqueado obstáculos colosales y ahora supervivientes desolados y desavenidos ante una intransigencia baldía.

Estacionó en el hueco indemne y se bajó con premura.

—Busquemos un bar y hablemos.

—Todo lo nuestro está acabado, ¿verdad? —dijo ella.

—Todo absolutamente —confirmó él, bajándola de su falso pedestal y abrazándola con una resolución invasiva, que ella no confundió. Se dejó desarmar. Pareció que tan cerca se morderían las bocas, de dolor y rabia, de amor y odio.

No ocurrió. Volvió a haber un metro de separación, acaso un trillón.

Un viento racheado comenzó a circular, insuflando la ciudad de rumores indiscernibles. Almas camino del trabajo correteaban bajo un cielo añil retorciendo espesas nubes, cada uno a lo suyo. Paradigma de nuestro tiempo. Moría la noche; las luces de la calle se apagaban.

¿Qué otras cosas se extinguían?

Nada recuerda al génesis.

—Tenemos que poner en claro unas cuantas cosas.

Ella asintió.

Entraron a una cafetería. Efrén eligió la mesa de la esquina, espalda a la pared. Un reflejo profesional. Instinto de defensa. Las calles no tardaron en volverse riadas de vehículos. El sol remontaba por entre el arrecife de nubes, que se esparcían veloces, como si contra ellas cargaran los antidisturbios. A ras del suelo, el viento aventaba toldos, papelajos y gorros de peatones mal encarados; tal que sus éticas.

Pidieron café. Lo tomaron en silencio, para no atragantarse, para no repetirse en vano. Pero había una cuenta pendiente que tenía que ser saldada.

—Hay que deshacerse de las armas. Si caen en poder de la Policía, descubrirán toda la historia que arrastra cada una de ellas y, por consiguiente, a nosotros. Eso para empezar. En cuanto al dinero del secuestro, nos lo repartiremos. Luego, cada uno por su lado y que el albur decida.

—Tengo que regresar a casa —anunció Anabel, enmascarada por la visera—. Anoche dejé a medias la preparación de un *petardo* cuando imaginé que vendrías aquí.

—¿Qué preparabas? —preguntó él con la naturalidad de quien se interesa por la familia. Afuera, una mujer forcejeaba con un paraguas. Por dos veces el ventarrón se lo puso como una antena parabólica.

—Una olla con diez kilos y un radiocontrol. Una acción contra alguno de la Pandilla. Cualquiera vale —puntualizó con turbadora simplicidad, y sus ojos nato parpadearon a la nada entre ella y él.

—¿De verdad pensabas hacerlo tú sola?

La viandante se giró enconada, enfrentó el paraguas a la ráfaga, recuperó la forma original y prosiguió con más pericia o quizás menos obcecación, a resguardo de la lluvia intermitente. A la tercera, la vencida.

¿Cuántas necesitarían ellos si ya estaban en la tercera?

Anabel no contestó. Regresaron a la calle turbulenta: ni la mil millonésima parte que sus ánimas —agitación, viento y fuego.

El cielo anubarrado se había fragmentado y el sol llegaba en rayos crudos que tenían traza de cuadro místico. Nadie parecía fijarse. Tampoco servía de nada. La poesía aniquila. A qué perder el tiempo. Salvo como lucro. Al grano: acordaron parlamentar en casa de ella.

Se dirigieron a sus respectivos vehículos.

Efrén le dirá que el último Boletín Oficial del Cuerpo trae su nombre de *picoleto* con destino a una zona conflictiva y que por lo tanto no se verán en mucho tiempo y que la locura debe ser detenida, y que la quiere y que no quiere perderla.

Pero a esas alturas lo que importaba era cómo parar.

No habrá solución si ella no transige. Y no está dispuesta.

Y él no querría irse dejando a una asesina. No lo soportaría.

Si zanjaba la disyuntiva, habrá convertido su afán escarmentador en un triunfo indudable: invicto, libre y sus enemigos destruidos. Y sin muertos en su conciencia. La muerte de Moisés no pertenecía a su zarpazo. Los demás —De Lasheras y el general Monipodio—, ya se verá.

Pero si tenía que seguir en la vida sabiendo que algunos de los muertos futuros, como el policía de la mañana o bien otros inocentes que caerían bajo la estrategia de una activista extraviada a la que él conocía —*si no zanjaba*—, él acabaría siendo el gran extraviado.

¿Tendría que matarla y luego pegarse un tiro?

Quisiera explicarle que él también cree en la violencia, en salpicaduras de sangre oblicuas, en la dispersión del horror. Pero también en la graduación de la respuesta, ya que nada se muestra tal como es y hay que ahondar en la comprensión tras la información; que es cierto que la violencia tiene muchas formas y ellos sólo ejecutan una de ellas, la más vistosa, espectacular, pero no por ello la más aleve. Aun así, debe ser selectiva, analizada y confrontada con las sensaciones que discurren por encima del cerebro de reptil, que copula y se alimenta; por el de los mamíferos, que, además, sienten afecto. Y por fin, con la imaginación y la conciencia exclusiva del Hombre.

Ellos son humanos, no reptiles que o atacan o huyen.

Pero es tan tarde…

Las pocas palabras cruzadas en la cafetería le desvelan que ella se mueve por un despecho implacable y cegador. No poco contra él. Porque ya no podrán ejecutar entrambos el porvenir como ella presumía: combatir con eficacia —con sangre— la corrupción del Sistema, revelando cómo

detrás de muchos frívolos espectáculos yace una conjura de extrañamiento, y que si la televisión y los medios de comunicación de masas venden fútbol, sexo o imbecilidad a granel, no es por casualidad, sino porque el cinismo político y el gran capital lo quieren así, y que la paz —la tontuna general— es garantía de superávit especulativo y de explotación y que los perdedores o los que no salen por la tele (excepto los «afortunados» a quienes la fatalidad les brinda un minuto de gloria para relatar ante las cámaras cuán macabramente una vecina sale de su casa sujetándose las tripas por culpa del chiflado del marido, o los que son dichosos porque se han rozado con famosos cantamañanas) no tienen más altavoz que a sí mismos; y si no, desterrados al sofá o al graderío. Es decir: si quieren ser escuchados, habrán de recurrir a la violencia. Si también quieren ser tenidos en cuenta por los dioses del balance financiero, deberán —*además*— presionar con guiñapos de carne y chatarra.

Es arte original, y ya se sabe a quién imita la vida.

Pero nada de todo eso podrá llevarse a dúo porque hay detalles vitales que lo restringen y el cisma es, por ende, inevitable.

En ciernes otro sueño que cae, el de ellos.

Ama tenerla cerca, en el amor, en la lucha, en la alianza reforzada por la marcha del tiempo, ellos dos solos, sacudidos de prejuicios pero reflexivos, pintureando la vida de colores y sonidos detonantes, a ratos tamizando ingredientes de guerra, otros gozándose lubricados en la hora del lubricán en tanto que en probetas de vidrio cristalizan sustancias iridiscentes, para luego acechar la belleza en forma de pentrita sublimada encima o debajo de coches ocupados por magnates que predican reajustes para los demás.

La anhela, camino del nirvana hacia el final del dolor y la ignorancia.

Eso es tan hermoso…

Tan poco probable.

2

Circunvalaron la ciudad y enfilaron al barrio viejo. Un embotellamiento de tráfico les ralentizaba la odisea. Un camión de bomberos, aullando y emitiendo ráfagas de luces, se colocó entre ellos, se pasó al carril de bus y los dejó otra vez él detrás de ella. *¿Alegoría o servidumbre?*

La calle Zigia bullía de gente y destellos anaranjados. Se percibía un murmullo de desastre consumado. Una valla con flecha les obligó a desviarse. Aparcaron y continuaron a pie, callados, intrigados. Aprensivos. Se veían ambulancias que regresaban vacías.

Cualquiera que fuese el suceso, no parecía grave.

Anabel apresuró el paso, atravesando el gentío hasta que estuvo frente a su casa…

O lo que quedaba de ella.

La puerta permanecía en su sitio, asombrosamente. La fachada se había derrumbado en su mayor parte y del techo resistían maderos calcinados que resoplaban humo y siseos de vapor, de milagro sostenidos en el aire. Un montón de escombros ocultaban los suelos.

El gran armario empotrado, que primero fue de ropa, después taller de fabricación de explosivos, luego cárcel del pueblo y de nuevo laboratorio químico, había deflagrado como una traca y convertido la vivienda en una pira lujuriosa. La bombona de butano tumbó paredes y voló el techo. A continuación, todo fueron llamas y devastación. Fuego purificador.

En un ejercicio de adivinación pretérita, a Efrén no le costó imaginar la progresión fatal. Ella, con las prisas y la ofuscación, había olvidado bajar las persianas. Tan pronto el sol se hizo un hueco entre nubes, a través de las ventanas clavó rayos precisos y persistentes sobre las probetas, acelerando la crónica descomposición de ciertas mezclas experimentales, alguna de las cuales debió de entrar en régimen de detonación, causando la rotura de los tubos anexos, contenedores algunos de ácido sulfúrico, y éste se descolgaría desparramado, corrosivo y fulminante por las baldas hasta alcanzar los irritables cloratos almacenados en el suelo.

Diversas reacciones explosivas propagarían su canto demoledor, haciendo añicos puertas y moblaje, salpicando de fuego los dormitorios, el salón, la cocina… En medio de un calor creciente y calcinador, la bombona de gas acabó por reventar. (El informe provisional de los bomberos atribuía a esta circunstancia la destrucción y posterior incendio.) Los paneles de corcho del antes zulo retuvieron un grado de ignición que se irradió avaricioso al entrar en contacto con los restos de sustancias deflagrantes y comburentes esparcidas y pegadas a las ropas, muebles, cortinas, techos de carrizo, vigas de madera, un sofá azul cielo, un trono de mimbre… Un baile de fogonazos que una hora antes, según manifestaciones de los vecinos, remató en una tea monumental que calentó el barrio hasta desmoronar la casa envuelta en lametazos crepitantes, reduciendo a cenizas continente y contenido. Para cuando los bomberos lanzaron sus potentes cañones de agua, poco podía rescatarse y de lo poco que quedaba éstos se encargaron de arrasarlo al objeto de impedir el salto de las llamas a los inmuebles contiguos.

Anabel se identificó como la propietaria: sin histeria, sin lamentos, sin la gorra. *¿Sin alternativa?*

Con una aguzada expresión de estupor y desmayo, ella contemplaba la

negra ruina dentro de la cual un día hubo un amor, una alianza de guerra, un delicioso frenesí y ahora todos juntos morían bajo el epitafio susceptible de Renacer del Fuego Purificador.

Entre aquellos restos de fuego purificador, se consumía Efrén.

Salva.

Salva sintió ganas de prosternarse en señal de veneración y clarividencia.

3

Al mediodía se retiraron los bomberos. Quedaron ellos dos, a solas, encaramados sobre el derrumbe. El de la casa. El otro —el moral— se contenía con una precariedad de blocao de paja que apenas si era capaz de contener la avalancha: la avalancha emocional. Pasaron la tarde escarbando. Se cerraron las nubes con el crepúsculo ya sin sol y la escena vino a teñirse de un incongruente romanticismo gótico: la oscuridad rezumante, como nacida del estrago; los maderos descarnados contra un cielo plomizo; los trozos de paredes empapadas y brunas; sus figuras fluctuantes cuales tétricos acentos por sobre cascotes que eran como palabras de sueños rotos. Y el diáfano, ominoso presagio de que la muerte debía culminar el cuadro.

La Muerte.

Y gritos mudos que la anuncian.

El de la peculiar tela de guerra: un cuadrado bermellón que en el centro de aquella escombrera chorreante y lóbrega llameaba sin fuego como el recuerdo de su pelo la primera vez que sus ojos la vieron: un ascua; esta vez llamativa de algo perspicuo y alegórico. Zanqueó por ella y se la guardó con el furor de quien anhela con ese gesto una aniquilación incruenta.

Luego dio con el cofre en el que se guardaban las armas del CC y lo traslado al R-12. Anabel ni se inmutó. Tenían las caras tiznadas como soldados de camuflaje. Nada quedaba por hacer allí. Habían aplazado al fin de semana el desenlace definitivo de la auténtica tragedia: la del espíritu. Reparó en que los grandes charcos formados por los cientos de litros disparados por las mangueras temblaban. Volvía la lluvia. Él, sin embargo, no sentía nada. Era como si la llovizna lo abrumara todo de silencio, aunque viera pasar motos esmirriadas con el escape libre, gentes corriendo, adolescentes risando hacia propicios soportales.

—¿Te acompaño a algún sitio?

Ella, como un resto de estatua esbelta entre la catástrofe, pronunció en

la penumbra:

—Vete.

—Nos vemos en el parque de la Telefónica, entonces.

En el parque de la Telefónica para luego ventilar en Matallana: cambio de aires. De rumbo. De vida.

Se adensó la cortina de agua. Redujo a noventa. Conectó la radio: el déficit galopa, la Banca aumenta beneficios, los sueldos de los trabajadores se congelarán; un general de la Guardia Civil «heroico agente sobrevivido a un atentado de los FRAF, ha sido asesinado la noche anterior en un hotel de carretera, en lo que parece un asalto de delincuentes comunes».

El locutor lo relataba todo con la misma inflexión, y así pasó a dar la previsión del tiempo: «La primavera arranca fresca y tormentosa».

Salva oía llover.

Activó la velocidad rápida del limpiaparabrisas.

LXIX. LA ARRUGA NO ES BELLA. LA REPÚBLICA SÍ

1

Otra hoja pasada. Primero el FRAF. Y ahora, tras desprenderse del artefacto desactivado —y reactivado—, la segunda: el proyecto Escarmiento. Fin. Quedaba la tercera: Anabel.

Con las manos en la nuca, tirado en la cama como un *chopo* —uno descartado por obsoleto y excesivo—, Salva discurría con todo el tiempo del mundo. Tiempo para pensar, para no pensar, para hundirse viendo el *AMIGA* de Monti que era suyo y él ahora la víctima de *La Ira del Embaucado*, porque está sin ella, porque está vacío, porque de su paso por San Juan sólo forma parte de su vida el ordenador, que no se atreve a enchufar por si de la pantalla irrumpe la canción *con* nombre, el clamor de una vida por nada.

Tantas veces con ella pensando que escoraba como un barquito chiquitito de papel en la loca corriente del aguacero tormentoso, para luego a su lado la fuerza renovada, el apoyo vital para no hundirse sobre sí, creyendo que mejor estaría si marchara solo, y ahora que se siente caminante anacoreta se sabe extraviado, proscrito en soledad, una tribulación esta menos llevadera que la tensión dentro de la lucha armada. Porque la soledad ineludible no es tal, es una desgracia: un derrotero al desvarío o la estupidez. Un derrotero para acabar como cualquiera de los del Puesto de San Juan: números encerrados en sus capas como capullos, sumidos en interminable vaga pesadumbre, aislados de la lucha por la dignidad profesional, la mayoría sobrecogidos por el trueno de la discordia —la discordia de la Cúpula—, aunque en grupo se corran juergas de mil cubatas, de polvos contados como si jugaran al parchís, de hazañas mentirosas enaltecidas con el desfile de trienios; renegando sin sustancia y sin fin…

Pero sobre todo, a medio y largo plazo: sobre todo fulminados por el rayo de la pusilanimidad. Lo que en el argot de *Picolandia* se ha dado en llamar: un *caimán*.

Tampoco quiere ser como el brigada o como Carrasco, uno y otro apresados por una clase de recalcitrante bonhomía, que condujo al primero a una muerte intrascendental y al segundo a la tortura y el retraimiento, casi la locura.

Sí, la soledad: la locura.

Y de ello se convenció cuando oyó la puerta de Carrasco abrirse y de

su boca un saludo que le dirigía. Salva se asombró de hasta qué punto el aire de fuera podía transformar a un sojuzgado sorche en un común ciudadano.

Carrasco estaba de vuelta para desalojar el cuarto porque pronto lo ocuparían los nuevos guardias destinados y su voz no había sonado ni vivaz ni ocurrente; tan sólo espontánea, natural. Humana sin traumas.

Saltó de la cama y estrechó la mano que le tendía el recio de Carrasco. Regresaba del todo distinto, radicalmente otro, empero con su zarcillo en la oreja y el Ojo de Horus al cuello como emblemas de victoria y gloria al final del vía crucis. Se hallaba en una especie de libertad condicional, en tanto se resolvía su nueva situación: NO APTO PARA EL SERVICIO. Ya no tomaba el Lexatin, y el Chinchón sólo como un brindis a la vida. ¡Si el brigada pudiera verlo! Quién sabe… y quizás sus restos se sacudían de gusanos por el gozo en diferido.

—Bueno, qué, ¿me echas una mano? —le interpeló, radiante.

Sin duda, los ojos son el espejo del alma.

—No sabes cuánto me alegro de verte tan animado.

—Fuera de esta falange de fachas y badulaques, de puta madre —respondió, categórico, sin rencor, como si ya se considerara libre de la exacción del Cuerpo—. Y tú, qué. Me he enterado de que vas para el Norte —le interrogó con una sonrisa sin precedentes.

—Sí, eso parece —dijo Salva, complacido, no sabía si por su compañero, a la vista de su aspecto, o por él, que lograba de alguien un instante para compartir. Daba igual. El derrotero a la soledad estaba siendo postergado.

—Espero que te vaya bien, chico, de verdad que sí. Navarra es buen país, qué joder —Salva prefirió no contarle que lo habían endilgado a la línea negra, en la raya con Guipúzcoa.

—Perdona por haberte molestado, pero voy a llevarme algunas cosas y otras las voy a tirar, por si te quieres quedar con algo —y le invitó a entrar en el cuarto que ni siquiera el *teco* con su orden «dada» pudo allanar, y para lo que hizo falta nada menos que un lazo de cordón detonante adherido con alevosía y premeditación, nocturnidad y asalto en cuadrilla.

Definitivamente, respirar otro aire que el viciado o muerto de la Institución era indispensable. Era dejar de vivir en el siglo XIX.

—Gracias, Carrasco, pero no creo que necesite nada. Me parece que a mí también me van a sobrar unas cuantas. Pero con mucho gusto, te echaré una mano.

Sus pertenencias se reducían a la indumentaria de trabajo, las cuales tiraba por el suelo, las hacía un gurruño a patadas y arrojaba a un petate, profiriendo con desdén jubiloso:

—Ropa de mierda que no me pienso poner jamás. Mira:

Sacó del bolsillo un papel que desdobló de una sacudida. Era el Acta expedida por un Tribunal Médico Militar en el que se le declaraba «TRASTORNOS DE PERSONALIDAD, CON TENDENCIA AL DESCONTROL DE IMPULSOS, INMADUREZ, CONDUCTA EXPLOSIVA, HOSTILIDAD Y AGRESIVIDAD».

—Está claro, ¿no? —se expresó con regocijo, recuperando su caro salvoconducto a la vida.

Continuó pateando el ropaje militar según caía de la taquilla y los cajones. Acabada la faena, como el tricornio no le permitía cerrar el petate, lo aplastó de un puñetazo y la cremallera pasó por encima rechinando, exfoliándolo. Extasiándolo.

A petición de Carrasco, arrastraba una mesita con ruedas hacia al pasillo, cuando la visión de una tela tricolor, extendida por encima del marco de la puerta, lo lentificó de sorpresa y de intriga. Era una bandera de la España republicana.

Destejida por los bordes y sin escudo, tenía a lo largo de su raída banda morada escrito algo a continuación de un recorte publicitario: *La arruga es bella*, rezaba el absurdo eslogan, con la palabra «no» intercalada.

—Eso es una de las cosas que no te puedo dar… —escuchó del propietario, y salió arqueando el cuello—… *chico* —y Salva le volvió la cabeza, sonriendo al recordar sus infantiles cabreos con aquel apelativo.

—Pues es una lástima para el «chico» —le respondió de vuelta al centro del cuarto, atraído por aquella simbología que tenía algo de mirífica contemplación.

En total se leía:

LA ARRUGA NO ES BELLA, LA REPÚBLICA SÍ.

ILUSIÓNATE POR ALGO BONITO EN POLÍTICA.

—Es original, de su época, incompatible con la alegre podredumbre de estos tiempos —tiró de la cuerda con la que cerró el basto macuto.

Salva estuvo tentado de contradecirle, porque los sueños, como las ilusiones —como toda utopía—, sólo son hermosos si no se desciende al detalle.

Era increíble cómo había remontado por sobre todos ellos.

Optó por la cómplice abstracción y luego de mirar los dos como dos pasmarotes, arriaron entrambos la utópica enseña.

—Con mucho cuidado de no arrugarla: es un sentimiento; no una tela… muy bien… Así… gracias, gracias, chico.

Lo último en guardar —con súbito gesto de congoja y fatiga— fue un trozo de chapa que patinó por la taquilla, manchado de púrpura o sangre seca y en el que podía leerse:

JO TA KE

Recuperado, el vigoroso Carrasco bajó botando el petate por la escalera, arrastrándolo por el pasillo, la rampa, la calle (fuera del aire muerto)… despidiéndose lacónico sobre la marcha si se cruzaba con algún compañero, sin detenerse siquiera.

Subido a la furgoneta sí se ralentizó un segundo con él.

—Adiós, CHICO. ¡Suerte! —y alargó la mano con una sonrisa brutal.

Aturdido, Salva tardó en movilizarse.

Y al punto, un apretón impresionante —soma y psique—, y humo.

Salva se vio a sí mismo yéndose y su figura quedándose atrás…

Su figura y su pasado.

Pateó un chinarro y se impulsó también a preparar maletas. No obstante, con mayor esmero o menor repulsa que el fugado. El peso del folclore. Sabía que si con el tiempo sobrevivía y no imitaba a Carrasco, acabaría muerto o en las redes del Régimen, enajenado sin remedio ni discernimiento, un borrego tan dicharachero, sombrío y numerado como otro cualquiera, al fin ganado —para el rebaño.

Carrasco. El ya indeleble Carrasco. Encima de la cama había dejado un bulto para él. Lo abrió. No le sorprendió. Pasó la tarde disponiendo sus cosas para la partida: el *AMIGA*, las mancuernas, el campanudo reloj, los avíos de libertario y de *picoleto*… A pesar de todo, con ademanes moderados.

Ademanes de partida que le transportaron a un día de sol en que asentaba su tricornio en posición privilegiada, entre capas de ropas, alabeando la cremallera como si en lugar de un sombrero rígido llevara una tarta, con mucho cuidado, era un sentimiento… *(Ahora tan disímil)*

Arreado de melancolía, de una añoranza extraña, indefinida, nunca imaginada ni vislumbrada, le tocó el turno a la comprometedora infraestructura revolucionaria. Tenía que deshacerse de ella cuanto antes. Metió en el arcón-armero del excomando Centro las armas y demás concomitancia tangible con ese comando, así como todo lo relacionado con la banda de cuatreros, incluido el trabajado visor nocturno, y rodó cien kilómetros hasta un pantano donde infló una barca de playa. Remando largo y tendido, fue esparciendo al desgaire el contenido por piezas. El arcón, desgoznado, lo repartió por diversos contenedores de basura.

Cumplida la misión, se sintió algo mejor.

Algo: el temido derrotero había comenzado.

LXX. FINAL DE UNA FUENTE (Y DE OTRAS COSAS)

1

—Siento las diferencias que hemos tenido, Salvador. Quiero que sepas que siempre te he considerado un buen compañero —se disculpaba Barahona, con cierto deje de contrición. Acababa de meter el último trasto al camión de la mudanza con la ayuda de Salva.

—Yo también lo siento —le contestó con sinceridad—. Que te vaya bien en tu nuevo destino.

—¿Por qué no vienes al bar? —insistió el guardia primero—. Para tomarnos la «penúltima» —le animaban él y los demás; querían invocar la juerga del día de la compra del R-12. Pero hasta el más anodino jolgorio es irrepetible.

En aquel momento, Velasco llegó en su Ford Capri. Se bajó y se fue al grupo. Una mujer se quedó dentro.

—¿Todavía puedo echarte una mano, Barahona? —preguntó muy dispuesto.

—Al cuello —chanceó Félix, sin apartar los ojos de la acompañante.

Otro que también había logrado nuevo destino: su codiciado e insomne destino en la plana mayor de la Línea. Allí, el nuevo oficial le requería con urgencia. Un mar de papeles le anegaban la oficina y su cargo dependía de que el lacayo de turno los tramitase a la mayor castrense brevedad. El orondo guardia primero desbordaba contento.

—Acabamos de terminar. Gracias, de todos modos —le tranquilizó Barahona.

—Siento no haber podido llegar antes, compañeretes. Pero es que me ha surgido una ganga —adujo en tono sicalíptico.

—No te referirás a ese pendón *desorejao* que traes —comentó Félix, sin tapujos.

—¡Pero leches! —exclamó Velasco—. ¿Tanto se nota?

Todos asintieron. La traza de la mujer era de un tópico grotesco.

—Pues vaya putada —se quejó sin fastidio—. Tendré que apañarla sobre la marcha. La verdad es que no es para mí —explicó—. Es una puta que he alquilado para un intercambio de parejas que he localizado en estos anuncios —se echó mano al bolsillo trasero y mostró una revista—. Aquí está —señaló la fotografía de una pareja en pelotas que fingía cubrirse sus

respectivos sexos con las manos y cuyos ojos estaban ocultos por un rectángulo negro. Al pie, con un número de referencia, se leía: «Matrimonio, ella alta, delgada y rubia, 26 años, él 30, dotado, contactarían con similares que estén muy buenos y que quieran salir de la rutina. Sentimos el morbo de conocer matrimonios para intercambios de pareja. Superdiscreción».

—Íbamos a tomarnos algo al Manola —dijo Barahona—. Vente, y si quieres puedes traer a tu… amiga.

Velasco se giró y voceó:

—¡Ven, Mamen! —y volviéndose al grupo—: Nos reiremos un rato, y de paso que nos enseñe las tetas; total, el gasto ya está hecho. Además, en peores garitas hemos hecho guardia.

La mujer, sonriendo, apeó unos muslos de superficie lunar —blancos y celulíticos—, oprimidos por una minifalda de cuero, y echó a andar con un burdo remedo de *top model* a lo largo de una pasarela. Nadie podría negar lo que era y a la afectada no parecía importarle.

No tenía ningún rasgo que evocara el recuerdo de ella, pero la de la foto sí.

—¿De verdad no puedes venir, Salvador? —reiteró Barahona.

—De verdad que no. Tengo algo urgente que solucionar. Queda pendiente.

No quedaba «pendiente»; era sólo una fórmula trillada y disponible para no enredarse con más estulticia que la imprescindible. En realidad, porque tal insinceridad era un favor que se concedía sin esfuerzo.

En realidad: porque tenía más prisa que todos ellos a los que no pensaba volver a ver.

Se estrecharon las manos; Barahona en un ademán azarado:

—Si vas por *Graná*, ya sabes que allí tienes tu casa.

—Gracias, y suerte —*y que no les pase nada a tus nuevos compañeros*.

Partió el camión y el grupo. Salva subió a la taquilla a por algo de dinero; unos doscientos diez millones de pesetas.

Introducía en el R-12 la maleta —preciosa, pese a su diseño simple y lamentable estado de conservación—, cuando de fondo le llegó el berrido del teléfono del cuarto de Puertas. Nieves abrió una de las hojas de la ventana.

—Es para ti, Salva —le avisó, mostrándole el auricular.

—¿Quién es?

—Ha dicho que se llama Marino, y no sé qué de una promesa de hace tres años.

Salva se sintió como un tres cuartos colgado de la percha y él dentro.

¿Quién era ese Marino? ¿Habían pasado tres años o diez? Se acordó de la promesa y no se reconocía en ella. Quisiera no haber estado allí.

—Gracias, Nieves. Ya voy —dijo, cerrando con estupefacción el maletero.

Subía y no sabía si lo hacía con alegría o con tristeza, ignorando qué le contaría a su amigo, hasta dónde mentiría o sin rebozo se confesaría: tenías razón, el batacazo fue como tú pronosticaste: grande, inmenso. Desquiciante. Me levanté y di palos de ciego contra la cara azogada del espejo. Y ni siquiera me he cortado, ¿sabes? ¿Ha valido la pena? Ya: parvo éxito.

Le diría: Marino, lo siento, siento el haberte olvidado, no haber cumplido mi deseo veraz de no perderte de vista o el contacto con tu sabiduría, háblame de ti, de cuánto te has apartado de tus sueños, porque yo topé con los míos hecho ciscos y aunque algunos los he cumplido por atajos de ruina, sé que voy a la deriva. Ubícame o recondúceme.

Seguro que le llamaba desde el viento de fuera.

Se puso al aparato con inquietud, enredado por un temor inaprensible, él que había experimentado toda clase de miedos, ese no lo reconocía ni lo asimilaba.

—Sí… ¿Marino?

—¡Qué pasa, Juan Salvador Gaviota! —exclamó una voz identificable; parecía estar allí mismo—. Por fin te localizo, tío. Te he llamado como mil veces y nunca estabas en el cuartel. Alguna pibita, ¿eh?

De repente, Salva se vio con la cabeza rapada al dos; su cara de bobo y a la vez de listo porque va a ser guardia civil, desfilando más orgulloso y mejor que nadie, retumbando él solo el patio de Armas, la cabeza entre las manos, estudiando; cambiándose los zapatos, clandestinos de paisano por las calles de la ciudad y aun así, de manera inconsciente, llevando el paso a dúo. Despidiéndose como si se acabara el mundo. Y seguía sin saber qué decir.

—¿Salva, eres tú?

—Soy yo, hostias —fingió una exclamación de júbilo, oyéndose un eco tan artificioso que él sí que no se reconoció.

¡Santo cielo!, era Marino, no había otra persona en el mundo con la que deseara reencontrarse, y no atinaba a responderle.

—Oye, me has pillado tan de sopetón que no sé qué decirte. Estoy a punto de causar baja en esta comandancia y precisamente subo a Navarra. Pensaba llamarte… —Tenía que dejar de fingir con Marino, retornar a lo elemental, a la inocencia, aunque sólo fuera para reírse—. Marino…

—Sí.

—Tengo muchas cosas que contarte. No sabes cuánto lamento el no haberte llamado. La semana que viene estaré en Pamplona. ¿Quedamos?

—¡Pues claro, joder! Yo sí que tengo mogollón que contarte, colega —se expresaba Marino, exultante—. Estoy terminando la carrera y el mes que viene me voy al curso de cabo; por cierto: que te eché de menos en la convocatoria. La novia, seguro. También tengo pendiente un destino del curso de Montaña, que hice el año pasado, que, dicho sea de paso, tu barra de torsión me vino de puta madre. La verdad es que me coloqué de camarero en el bar y no veas los enchufes que se hacen poniendo tapas, y no te quiero contar si es jugando al dominó; hasta me he enrollado con una hembra que vale para estar en casa y para salir de marcha, como tú decías. Verdaderamente hermosa. ¡Te vas a cagar cuando te la presente! Eh, Salva: ¿no crees que para no amar el Cuerpo como tú, he conseguido la hostia de cosas? Y ¿qué hay de tus sueños, tío? ¿Hiciste el curso de Submarinismo? ¿Leíste *Juan Salvador Gaviota*? ¿Qué hay de esa piba?

Ocurrió una cosa casi imposible en una conversación telefónica: el silencio absoluto.

—¿Salva…?

—Nos vemos, Marino.

Marino había claudicado. Estaba solo. Cada vez más.

«Para las cosas importantes siempre estarás solo.»

El derrotero que ya no para.

Y por último, la última —la definitiva— página: ella.

Ella.

2

Bajó con tiempo de sobra al parque de la Telefónica, a distraerse entre sombras y aguas. Pero al llegar ante la fuente de la Libertad ya no se movió. El monumento se exhibía como su espíritu: hecho añicos. Dos tercios de su amorfa altura descansaba por el suelo en forma de escombros, la pared del seco estanque se había cuarteado por grietas como de terremoto y toda la obra en sí se había desmigajado y desportillado por la irrupción de yerbajos. Su fondo, un barrizal maloliente erizado de botellas y restos de tuberías; y en derredor, parterres desmochados, alcorques atestados de basura, replantaciones foráneas convertidas en maleza… Un pitazo. Se dio la vuelta. Un cartel de obras anunciaba: REMODELACIÓN DE LA FUENTE DE LA LIBERTAD.

Otra más grande. Más tala de árboles grandiosos. Sería rebautizada con el nombre de FUENTE DE LA LIBERTAD PROGRESISTA.

Que no pare la farsa.

Corrió a apurar otro final.

Emprendieron rumbo al páramo de Matallana, otrora mitigador de desavenencias. Cada uno en su coche. Esta vez él delante, creyendo ver en el retrovisor un desfile de reflejos voraces, quizá veraces: arribando a un nuevo y promisorio mundo, poco a poco desalentador, luego anonadante y finalmente falaz y vejatorio. Y en pleno desmoronamiento, un puntal decisivo: Anabel. Su pelo prendido bajo el rayo rojo del garito, enzarzados a besos y caricias esperando que pasara un camión de cuatreros escoltado por sus superiores, bajando de una montaña como un bufón carnavalesco, haciendo el «Picapiedra», anhelante en el *rincón del viento*, celebrando el firmamento desde un mar de matas fragante de tomillo y de jara y de agitación, viento y fuego, gozando su roce tibio y revolucionario en la casa de la calle Zigia, recolocándose una peluca negra o un pañuelo blanco, disparando-huyendo, él con la cola de caballo rebotando, surcando la ciudad con una mochililla de cloratos, circunvalando objetivos a volar, transponiendo acirates y glebas en la noche, enconado por la aventura, punzado por el viento del amanecer, ella centelleando entre currucatas, cristalizando fulminatos mercúricos irisados de belleza letal, cuidando de una secuestrada *(¿traicionándole con ella, con Dioni?)*, merodeando con una tartera coronada por imanes circulares que va a ser adosada a los bajos de un coche de un *número* insignificante…

Más que un desfile una parada; una parada imborrable a la que pasará revista el resto de su vida, preguntándose ya lo que no dejará de preguntarse nunca: hasta dónde habrían llegado contendiendo por ideales humanistas con pentrita y parabéllum, él reciclando sus ilusiones a la velocidad de rotación de una bala en el aire tras escrutar en la otra cara del espejo, allende el fulgor y padecer la realidad subyacente y así un sueño que fulmina a otro, vivir y *sobrevivir* a la lucha, visitado por voces y músicas y visiones fantasmagóricas: Lara batiendo el viento, la Ira del Embaucado, Dioni en su carrusel de agonía, Monti elegíaco anunciando su muerte… Idas sin retorno. Qué permanece de los sueños rotos o detonados, por qué tenemos que separarnos, por qué nos destruimos, por qué hemos salido ilesos pero no indemnes de la batalla, cómo será el mañana disidente, en qué nos equivocamos, pelicobre, por qué crujió nuestra sínfisis espiritual, cómo soportaré el clamoroso vacío de tu presencia en mi futuro, las arrugas mudas en uno de los lados de mi catre en cualquier lugar con cualquier furcia de discoteca donde los *picoletos* pasan por la cara metiendo la TIM…

En qué momento se desajustaron nuestras voliciones.

De cuántas de estas preguntas tendré respuesta. De cuántas tú.

Dejaron la carretera y se adentraron por la senda de siempre. Un airazo odorante batía el llano sedativo, y sin embargo se barruntaba un desasosiego rayano en antagonismo visceral.

Estacionaron al borde de la cantera. Salva anduvo hasta el *forito*. Clavados el uno frente al otro se contemplaron estáticos como maniquíes a quienes el viento revolvía por fuera el pelo y sólo el pelo. La agitación trascendental iba por dentro, a flor de piel, pero desde dentro. Ella se envolvía en la cazadora de ante marrón con flecos. Con esa prenda la conoció y la reconoció: en un kiosco de la memoria bajo una bandera de escaques entre reflejos escarlata. Con esa prenda —y color— dejaría de verla. *¿De qué modo?*

Hacia ese momento iba.

—¿Qué nos ha ocurrido para llegar a esto? —empezó, advirtiendo el iracundo vendaval en el rostro de ella.

—Dímelo tú. Yo siempre creí en nosotros, pero tú has cambiado de trayectoria.

—Yo creo que no es así.

—Yo creo que sí.

—Recuerda nuestras partidas con el *Thunder*. Algunas no nos fueron bien, pero tú dijiste que juntos podríamos vencer cualquier obstáculo. Lástima.

—*Juntos*, claro. Pero ya no quieres estar conmigo —replicó Anabel, apenas audible por culpa del viento, tal vez la angustia.

—Tú hablas de sangre, de muerte y no me escuchas. Pensé que éramos un torbellino de subversión y convicción y somos una espiral sin freno y sin solución.

—No —la vio pronunciar como un eco que pasara por sus labios: unos labios que quedaron vibrando hasta que mascaron ciertos pronombres—: Es que *tus* intereses han dejado de ser *nuestros* intereses.

Salva titubeó y se tambaleó.

Lo achacó al vértigo de una pasión incorregible, o al viento. O a tamaña y alta tontería a la que habían ascendido. *«Tú me haces vulnerable»*.

Y lo peor es que no quedaba tiempo.

—A la vuelta de pocas semanas estaré haciendo servicio a quinientos kilómetros de aquí. Me han destinado con carácter forzoso al Norte. —Quiso añadir algo afectivo, pero no podía permitir que determinados sentimientos neutralizaran otros menos loables.

Anabel, inanimada, los brazos cruzados, se dejaba azotar la cara por su misma melena de fuego. Los flecos de la cazadora y su pelo se agitaban al

compás de una inexplicable coreografía.

Agitación, viento y fuego.

Ella parecía cavilar a velocidades supersónicas.

—¿Te vas? —dijo, con voz queda.

Él confirmó con la cabeza.

—Oí lo del general. Has ganado tu guerra y renuncias.

—No tengo nada que ver con esa muerte.

—¿Y con lo del veterinario tampoco? —deslizó ella un puntazo sarcástica.

—Con ese sí. Deberías haberme visto con qué diligencia recompuse el artefacto, y en especial el dispositivo de iniciación. La verdad es que el péndulo me quedó algo chapuza, pero apto para su función. Y no olvidé intercalar el temporizador: no quería que la activación se produjera en demarcación de San Juan. Se lo metí en el todoterreno, ya sabes, el del jodido rayito de brillantina, debajo del asiento para que ni lo sospechara. Y lo hice estando de servicio, con mi uniforme de *picoleto* y el tricornio puesto. Muy cerca, la virtual víctima nos ensalzaba hipócritamente, una vez más, como «Los Ángeles de España».

—Ya veo que lo pasaste en grande. Pero te falló, según he oído por las noticias del caso.

—Sí, es verdad. Explosionó en parte. Creo que fue por el efecto higroscópico del día de la desactivación. Pero sobre todo porque equivoqué adrede la orientación de la carga: no quería matarlo. El pie contrahecho y las quemaduras le van a acompañar unos cuantos años. No se le va a olvidar con facilidad, y lo mejor es que nunca sabrá con certeza quién fue el causante.

—Y pretendes hacerme creer que no tienes nada que ver con la eliminación del general…

—Sería absurdo reconocerte una *ekintza* y no la otra.

—Poco importa.

Salva quiso dilucidar con ella, como si no pasara nada y ellos no estuvieran allí para solventar un cisma irreversible. Pero tenía prisa. Se distrajo con la lejanía de la capital: sin el poluto velo, levantado por la ventisca, resplandecía recortada y soleada, con un fondo de cumbres nevadas. Un fondo postal. *¿De postrera violencia?* Dijo:

—¿Por qué recelamos el uno del otro? No fue tan mal nuestra alianza, y ahora que es cuando mejor nos podría ir, la rompemos.

Ella tardó en responder; y lo hizo eludiéndole:

—¿Dónde está el dinero?

Era evidente que tenía más prisa que él. Su acento insolente dejaba claro que no se avendría a rectificación alguna.

—En el coche. Lo traeré enseguida. Pero será para darle un uso decente. No permitiré que con ese dinero se mate a nadie. Estás a tiempo de separarte por completo de la Organización. Del rescate no saben nada. Tampoco pueden localizarte si tú no quieres. La Cúpula está perdida, física e ideológicamente. Libérate. Se trata de fanáticos trasnochados cuya idea de la revolución consiste en asesinar infelices y en que todos vistamos monos azules mientras ellos viven como sátrapas. Tu talento está muy por encima. Pero si te dejas influir por sus monomanías, acabarás convertida en una marioneta, como tú siempre has temido. Eso es lo que buscan: gente que no haga preguntas y diga *sí, camarada jefe*, y corra a hacer lo que le han mandado. Y si algún día se te ocurriera objetar, te pegarían un tiro y luego un cartel con la palabra «TRAIDORA». ¡Joder, Anabel! No dejes que te desquicien como a un *patas* cualquiera. Yo procuro no hacerle el juego a ningún bando, ni a los falsarios que controlan las leyes, pero menos aún a esos tipos siniestros a la caza y captura de majaderos con los que saciar la lujuria de sus perversas ambiciones. ¿Por qué tú?

Anabel pestañeó lánguida, como terriblemente agotada.

—Yo tampoco quiero hacerle el juego a nadie —profirió al viento—, pero acordamos luchar y yo seguiré. Es decir, comprometida con todas sus consecuencias en la defensa de la verdadera libertad, de la dignidad: que nadie debe ser pisoteado por otro. Quiero ser feliz. Y no puedo serlo porque cuando me pongo a mirar detrás de las apariencias que nos ofrece el actual Estado, en el que estoy obligada a desenvolverme de manera forzosa e inevitable, veo la misma vieja iniquidad y corrupción que nos relatan los libros de Historia. Ya basta. El famoso «Cambio» fue un señuelo. La democracia auténtica no existe; tan sólo un simulacro en el que los ciudadanos votan listas cerradas de partidos, todos plegados al mismo orden de tiranía: la ostentación del poder. Es ahí donde los trepas pueden desbancar a los dirigentes de turno, pero la conducta política de fondo nunca variará. Combatir a las insaciables oligarquías financieras, incluidas, o mejor dicho, en especial las disfrazadas de ideología social y a los títeres políticos que mantienen, sólo es posible desde la lucha armada. Vivimos enciscados bajo un sistema de esclavitud soterrada, salvo que le han cambiado el nombre. Algún día se hará obvio el fraude y quizás el cambio se produzca. Entonces será el momento de pelear dialécticamente. Pero hoy, ambos lo sabemos, eso no es posible. Quiero vivir según mis ideales: me duele el sufrimiento de los demás. Unos se refugian en la religión; mi fe y mi compromiso irrenunciable es forjar una sociedad menos injusta. Y puedo asegurarte que me llena. *Vivir y morir en la lucha* era nuestra consigna, y por mí lo sigue siendo y por eso necesito, como mínimo, mi

parte del dinero. Tienes que dármelo —concluyó fatigada y perentoria.

Salva se contuvo para no enzarzarse. Ella no le escuchaba y él no podía oírla. Eran dos extraños sometidos a distintas presiones. Ella pontificaba desde una luna recóndita y tenebrosa y sus palabras, pronunciadas en una atmósfera enrarecida, no llegaban a destino alguno.

—Está bien. Bajemos a la cantera; allí lo solucionaremos.

Marchó a por la maleta. Tenía una pesantez extemporánea y se vio forzado a arrastrarla con una indignidad deplorable, con una gallardía patética.

Se llevó la mano al corazón, más bien al bulto de la pistola bajo la cazadora. Mientras descendía le golpeaba en las costillas como un segundo corazón cargado de resuelto, impertérrito poder. Era como la caja de Pandora en forma de tubo: abierta —disparada—, ni siquiera la esperanza quedaría en su ánima.

Ella tiene razón en lo esencial. Pero movilizar a las masas a golpe de interfectos de puro trámite o la impulsión de miedos colectivos, no hace sino dar la razón a los dirigentes del Estado Actual de Cosas contra el que se quiere golpear.

No queda margen para el debate. Están fuera.

Del Tiempo.

Le dice que quiere ser feliz y cree que él lo es porque ha alcanzado su objetivo. Pero tal como el brigada le hizo comprender, la felicidad es un estado de gozo y serenidad condicionados por el grado de perseverancia y sufrimiento que los ha precedido: se es más feliz cuanto más haya costado llegar. Es una lucha: una conquista. Quien vadea sin reveses nunca la gana. Ella no lo es, no ha llegado, ni siquiera porta la clave: erra en plena tormenta interior, incansable tras la aventura subversiva, compulsivamente revolucionaria pero nunca atisbando el final, a mitad de camino o quizás en los albores de una sangrienta liza. Y él, que ha arribado a ninguna parte, es de igual modo infeliz: está aparcado en doble fila, entre los complacidos.

Pero eso no tiene nada que ver con la felicidad.

No había manera de hacérselo entender y apresuró la marcha hasta llegarse al socaire de un saliente, en la parte más vertical de la hondonada.

Soltó la maleta a sus pies.

—No te daré *nada*.

—¿Cómo?… —se sorprendió su interlocutora, con las manos agarradas a los picos de la evocadora cazadora.

—Que no te daré ninguna parte del dinero.

Ella no se arredró.

—Sí que me lo darás —respondió, liberando sus manos y con ellas los

picos de la cazadora, dejando al descubierto un revólver injertado en la cintura del pantalón vaquero.

Echó mano de él con un manotazo de rayo, retrocedió un paso y le apuntó al estómago con determinación y cuajo.

La escena se le antojó ensayada hasta la saciedad. Y vaya que si le había salido bien. Luego los dos habían maquinado lo mismo: dar muerte al otro.

Salva la miraba sin espanto. Aquel acto no era sino una interrupción del anterior en que ella, envuelta en lluvia, le encañonaba para que repusiera una bomba lapa y en cuyo interregno se había exacerbado y pulido un fanatismo sin solución de continuidad.

Así las cosas, regresaban al principio del fin, al cómo saldar por completo la bifurcación de sus destinos.

—Creí que no te quedaban armas.

—Te llevaste el cofre sin comprobarlo. Ahora dame el dinero. Todo.

—*¿Todo?*

—Sí. La mitad es demasiado para ti. Teniendo en cuenta que el trato era emplearlo para la Causa, puesto que te rajas, yo me lo quedaré.

—Estás loca.

—Sí. Pero dámelo.

—No voy a hacerlo.

—Te estoy apuntando con un arma, querido.

—¿Querido?…

—Tonterías las precisas. Llévate algo si quieres, y vete.

—Te he dicho que no.

—Entonces, te mataré —declamó la dama armada, ahusando las balas de sus ojos en una clase de munición en la que relampagueaban chispazos de furia—. Estamos solos.

Una extraviada ráfaga les trajo efluvios de espliego y gratos recuerdos ya irrepetibles. A lapsos las sombras de las nubes subrayaban sus duras facciones y a lapsos la melena cobriza la enmascaraba, tras la cual su mirada torva y expectante se percibía como la de una loba en feroz alerta ante el peligro de rapto de su cría por parte de un agresor no menos feroz, no menos insaciable.

La cría era una maleta con doscientos y pico millones de pesetas. Una cantidad nada despreciable para recomponer un comando de terror exquisito. Anhelos de futuro. Anhelos intolerables. No contaba el pasado. Y al presente lo condiciona el futuro. El cisma requería un sacrificio. Expiación o el castigo por su clímax aventurero. ¿Dónde tenía la Star?

¿En la sobaquera derecha o en la izquierda?

¿Flotaba o soñaba?

—Tenía que decirte y hacer algo. Pues bien, lo primero ya lo has oído. Lo segundo es esto…

Salva se acuclilló y abrió la maleta; el fondo era una inconfundible tela roja, ya sin pájaro alguno. Ella pareció reprimir un grito, pero no hizo nada. Él alzó las dos mochilas y, poniéndolas boca abajo, vació el contenido: fajos de billetes liados en tiras de papel que se amontonaron en forma de zigurat.

—Voy a quemarlos —anunció, extrayendo del rimero un botellín de refresco y una caja con letras grandes y azules: BLUE FLAME.

—No lo hagas —rogó Anabel, estirando el brazo con el arma, intrépida y desgarradora: deliciosa sin excepción.

Como si estuviera solo en el mundo y aquellos fajos juguetones al céfiro del recoveco no sirvieran para nada, Salva destapó el botellín y comenzó a ducharlos. El olor a aceite y gasolina se esparció inequívoco. Sin dejar de verter, subió los ojos a los de ella, no sin desafío, empero implosionado de regocijo y perdición, destellando proposiciones que no pueden reconciliar las palabras; y dio con las pupilas de una exaltación talmente que la suya, quizá dispuesta a inmolarse junto a él: la mano —el ánima mortal— se le venía al pecho; estaba a tiempo: un zarpazo con la mano del botellín, un vuelo de la contraria y una descarga que clausura el trance. Sabía que podía. Juego de velocidad: juego de supervivencia. Los tendones tensados, los nudillos albos, y él, impasible o ya muerto, embelesado en su mirada fulminante, rasgada de ira, amargura y desilusión (insuperablemente deliciosa, la cabrona). El ademán fue inapreciable…

Dijo algo que el estruendo ahogó.

El eco resonó en la cantera y despegó como cualquier trueno que sale de la tormenta, remontando salicones hacia los aires fragantes, escapando o desvaneciéndose en lontananza, dejando en sus sienes colapsadas un zumbido de estupefacción y en las narices una saturación creciente de chamusquina y náusea, mientras doblado se palpaba el pecho, absorto en los afónicos borbotones de la gasolina, que se derramaba por sobre los preciosos papeles sin empaparlos.

Un olor vomitivo, casi un *popper*.

Y revelador. De la gasolina a la pólvora.

Olores sin dolores.

Reconoció su fuerza y su invulnerabilidad en el semblante aterrorizado de su atacante.

Se irguió y continuó la interrumpida labor.

Ella pronunció dos cosas que ya sabía.

—No tiene balas; le puse los cartuchos de fogueo que llevaba Zipi. Pero tienes razón…

Con sus palabras casi le llegaba el aliento. Pero era como si les separaran dos vueltas a la tierra. La inexorabilidad del cisma.

Nos has perdido, pelicobre. Y ahora heme aquí postrado bajo el peso de tu enorme despropósito. ¿Qué voy a hacer contigo?

Soltó el botellín y se dio a desgarrar la caja con pastillas enciendefuegos. («IDEALES PARA ENCENDER BARBACOAS, HOGUERAS Y OTROS FUEGOS») Tomó uno de los cubitos y se puso en pie. Le arrimó la llama nerviosa del mechero, que protegió con el hueco de la mano, y lo dejó caer: una bomba albina y flameante que impactó en el corazón de la maleta y sus almas extendiendo una llamarada como la onda expansiva de una bomba atómica captada a cien kilómetros de altura.

—… estamos locos. —Se retiraron sin aspavientos.

Un humo revuelto en espirales tiraba del fuego. Fuego purificador.

La captó achicando los ojos por el revoque, contrayendo las mandíbulas que le angulaban el rostro como el de una naja.

Pertinaz, fría, venenosa naja.

Mantel, billetes y llamas: un resplandor rojo hipnótico.

En un acto tangencial al absurdo, ella tendió las manos como si tuviera mucho frío y necesitara calentarse. El revólver descansaba en la tierra.

—Trataba de comprobar hasta dónde querías llegar. Está claro que ya no sintonizamos —se convenció. De las comisuras de sus párpados afilados nacieron lágrimas diminutas que se secaron al calor de la cara hoguera. Tal vez.

Salva se hizo con un palo largo y se dedicó a atizar aquella lumbre irrevocable —dinero, tela, maleta, mochilas; quimeras—, sufriendo con el crepitar.

De la posibilidad de ser millonarios —de haber concurrido otras circunstancias y nada improbables— a continuar en el agujero de la ciega y aciaga lucha. Pero hubiera sido demasiado duro vivir —con un poco de suerte, de por vida, fuera de *Picolandia* y de la clandestinidad, sólo ellos— gastando un dinero labrado de catástrofe y de muertos: del pasado, del presente, del futuro.

Un remolino se precipitó a la hondonada. Vagó cónico y virulento en las proximidades de aquel dúo abstraído, separados por un fuego decadente que abrasando materiales y sueños apenas podía distraerlos. En el errático paseo vino a plantarse a dos zancadas de la hoguera. Un globuloso salicón que reposaba inerte y ceniciento al sol, brincó succionado

por el remolino y quedó girando en su vórtice. Ahora sí que lo miraron con verdadero asombro y curiosidad. El matojo subía y bajaba en la vorágine con rotaciones malabares. Hubo un conato de balbuceo bilateral, atajado por el súbito retroceso del fenómeno y su consecuente proyección del salicón, que rodó al fuego, donde se envolvió en llamas entero y a base de bien.

Notó que la mente volvía a ponérsele en moción y quiso decirla algo.

Decirla que la quiere, que la ama con exasperación y delirio y que no desea que se convierta en su Marta, que no dejará que venga otro a hacerla daño ni tampoco quiere dejar que ella se lo haga, que sus ojos del color de las hojas del otoño recién caídas han de ser para él… Pero queda tan lejos el hechizo original, tan inservibles las palabras… Ya sólo por gestos pueden entenderse: gestos definitivos, acaso fatales.

¡Qué voy a hacer… sin ti, víbora!

La pistola le pesaba en la sobaquera con especial saña de la fuerza de la gravedad, o de la hesitación. Una nube oblonga, monumental y negra, con forma de féretro, entenebreció la cantera, sus ánimas.

Nada que decirse. Llegó el final.

Agitación, viento y fuego. Por fuera y por dentro. Todo en derredor está preso del dolor, de un desvaído rumor de yerbas secas que de repente se rozan emitiendo sonidos estridentes captados por la voluptuosidad de sus espíritus malogrados. Llegó el final.

El final… Y él sí que tenía balas.

«¡Oh bella ingrata, amada enemiga mía!»

Tu crueldad no es mi deseo. Entonces…

¡¿Entonces, qué voy a hacer contigo, soldado voluptuoso, alias María Malasaña, valkiria irreductible?!

La nube parecía estancada en el cielo. Predominaba el gris. Volvieron los rayos cuando él terminaba de aventar los desmenuzamientos. Ya no quedaba nada. La comunión de la lucha, la belleza del ideal, amor, fervor, matar-morir en común. Nada. *¿Nada?*

Puta mierda.

—Lo siento —la oyó balbucir mientras él emprendía con un agotamiento descomunal la retirada—. Lo siento mucho —repetía a su espalda con una voz que sonaba como un aullido y los fonemas, como los restos carbonizados, se alejaban con el viento—. Tanto que no puedes hacerte ni idea. LO SIENTO POR LOS DOS —creyó que clamaba, pues el vendaval, como el destino y la cerrazón, arreciaba implacable.

Y con un escalofrío, se la imaginó que a la par que se le desgarraba la voz, ella retomaba el revólver, le introducía un único cartucho con bala, le

apuntaba, y viniéndole por detrás, a bocajarro…

—*No sabes cuánto lo siento*…

Pero tardaba en ocurrir y él siguió escalando, conteniéndose la ira por tan mala suerte cuando lo peor estaba superado, pisando sus viejas fantasías, ahora despanzurradas por aquel exceso de *realidad subyacente*, tan diferente a ese tiempo en que creyó que los sueños eran la avanzadilla de lo por venir. Pero ni de lejos.

La superación de la cantera, que tenía forma de impacto de meteorito, el árido vacío del páramo ya arriba, cuyo azote ventoso contrarrestaba su avance con paralizaciones momentáneas y cierta abrumadora perplejidad, le producían una sensación de efímera y vahída ingravidez en medio de un mundo sublunar desvanecido de efectos tanto como de afectos.

Arrancó, y para no mirar atrás, desvió los retrovisores. Las nubes le pasaban como borrones. Borrón y cuenta nueva, claro. Decía que lo sentía, pero no había renegado. ¿Qué fue lo que dijo que el estruendo ahogó? Ella secó lágrimas en el fuego. Eso no significaba nada.

En cinco días emigraría para no volver.

Dijo *te quiero*. Se lo soplaba el viento que giraba en círculo.

Aceleró para salir cuanto antes de aquel huracán de conmoción.

3

Cinco días como cinco años. Cada uno de ellos entero y a base de bien en tremendo vilo por si ella llamaba, arrepentida, reconciliadora, pasando por la casa de su madre por si viera el *forito* y, por ende, tal vez a ella. Nulo. A qué insistir. Todo había acabado. Sin remisión.

Sin vuelta de hoja.

Para el último día el cabo tuvo el detalle de emparejarlos en un servicio mixto de retén y población. Félix y Salva causarían baja a las cero horas del día siguiente. A Salva lo trasladaba el BOC y a Félix las Altas y Bajas de la Comandancia. Por fin su gran culo se asentaría entre papeles, un destino quizá menos vividor que el de otras planas mayores, pero sin duda más grato y muelle que el puto romaneo.

Salva contaba los minutos.

Lo de *retén* era porque, al parecer, vendría un equipo de desactivación de explosivos de la Comandancia, con el objeto de llevar a cabo las prácticas de su especialidad en el desierto páramo de Matallana. La misión de la patrulla consistiría en conducirlos hasta algún emplazamiento idóneo.

Salva ya lo tenía elegido. Morbo bizarro.

Entretanto, decidieron comenzar la mañana desayunando en el Manola. Félix embistió la entrada, y él, aunque no menos resuelto, tuvo tiempo de reparar en la figura tirada bajo los soportales del ayuntamiento. Allí, en una esquina, tumbado de lado y encogido hacia la pared, envuelto en su mugrienta chupa de símbolos y letras y donde sólo la palabra DIOS —SIDIOSNOTRABAJAYOTAMPOCO— destacaba o resistía, reconoció al Balilla echando una cabezada.

A la hora prevista emprendieron la vuelta al cuartel. El Balilla continuaba en la misma postura, probablemente gozando de un «viaje» de lasitud delirante.

El equipo TEDAX estaba al llegar, por lo que Salva aprovechó para ir poniendo a punto su coche y cargar algunas cosas.

De repente, una bala lanuda y grisácea saltó de entre las rejas del césped y se encestó inaudible entre dos bolsones ubicados en los asientos posteriores.

Salva indagó la incursión, con júbilo anticipado.

—Hola, *Bastet* —la musitó en tono arrullador, al tiempo que acariciaba el lomo del animal, que, alebrado, sólo dejaba al descubierto el extremo de su peluda cola y los circulares ojos de cuero por debajo del asa.

Al paso de la mano, la gata entornó los ojos. Su cuerpo palpitaba, de temor y de esperanza. Había enflaquecido una barbaridad. Las costillas se le destacaban en el pelaje enredado. Alzó una pata en petición de indulgencia y asociación.

—Claro que te vienes —la confortó; y para tranquilizarla, cerró las puertas.

Bastet apoyó la cabeza sobre sus patas delanteras.

Él observaba el desahogo del animal con ternura, con desproporcionada y abrumadora ternura.

—También se marcha usted —oyó que alguien le hablaba.

Salva sacó la cabeza.

—¡Hombre, si es el Calaíto! Qué hay, señor Melquíades. Pues sí, yo también tengo que trasladarme. Cosas de la vida de los guardias.

—Al menos usted se marcha vivo.

Salva sabía de la profunda y noble amistad que unía al gitano Melquíades con el brigada.

—Sí, todos sentimos mucho su muerte.

—Nada volverá a ser igual en este cuartel, sabe usted —se expresó compungido el Calaíto.

—Su ayuda será siempre inestimable.

El Calaíto sonrió. Salva sintió que su congoja se redoblaba.

—No. Nada de eso.

Uno de los guardias nuevos se paseó por la fachada del cuartel, bordeando el jardín.

—No me fío de las nuevas caras —agregó en tono confidencial—. Gente de ustedes y de paisano han venido a jeringarme. Sé que de los antiguos se marchan casi todos. Y dizque usted también. Entonces, ahí no queda nadie que me inspire confianza. A mí, sinceramente, su uniforme nunca me ha camelado mucho. Espero que no me lo tome a mal. Si le cuento esto es porque el mismo señor Ramón (que Dios lo tenga en su Gloria) me dijo que usted era trigo limpio, *limpio y recio*, decía él. Entre nosotros había lealtad, sabe usted. Una lealtad entre hombres de clase humilde, por encima de la raza y de la condición social, con la única ansia de cada uno ir tirando sin hundir al otro. Me dio manga ancha y yo me cuidé de no llevarle problemas, ni yo ni nadie de los míos. Jamás abusé de su confianza, bien lo sabe nuestro Señor. Hoy día es difícil dar con gente así. Se le veía que dentro del traje iba una persona que no cuadraba en demasía. Ustedes, en pocos años, acaban pareciéndose más de lo que piensan. Como una gota de agua a otra. Se lo digo yo que desde churumbel he sido jeringado muchas veces por diferentes cosechas de civiles. Pero él decía que, aunque a su clan y al mío les separaban muchas cosas, había algo que nos unía: el sentido del honor. Y que eso nos hacía distintos y superiores y también despreciables para la sociedad, que ya sólo se gobierna por la codicia y la maldad y no soporta a los hombres cabales. Y también decía que éramos los últimos. (Y así es también entre los míos.) Qué rarísima decencia. Cada vez que yo le daba aviso de algún furtivo y los cogía, si resultaban ser gente de mucha importancia, no se cansaba de darme las gracias. Decía que los dos estábamos haciendo más por el Estado que el propio Estado. Qué cosas. La verdad es que cuando se ponía a hablar así no le entendía. No sé por qué se quitaría la vida (que Dios se lo perdone), pero cuando me enteré, no me extrañó en demasía, sabe usted. Porque con esa manera de ser y en un hombre de su grado, era fácil suponer que acabaría teniendo apuros. Pero llegar a eso… —frunció los labios, reprimiendo tal vez un sollozo.

Salva no sabía qué decir. Su pesar no podía ser menos que el de aquel hombre.

—Con su desaparición también mi vida ha cambiado. En fin, la vida sigue —concluyó el Calaíto—. Que Dios le dé suerte a donde quiera que lo manden, señor. Y ya sabe que en San Juan deja usted un anciano amigo. Por cierto, que mi nombre no es Melquíades, sino Jacinto. Lo de «Melquíades» me lo puso el brigada Ramón, aunque nunca supe por qué. Adiós.

Se estrecharon la mano.

—Gracias. Mucha suerte para usted también.

Y viendo al gitano Melquíades, o Jacinto —la ficción hasta el límite, hasta costar la propia vida—, subir a la acera y seguir su camino, en un arranque de emoción y nostalgia, Salva alzó la voz y apuró la despedida:

—¡Adiós, señor Melquíades! —El Calaíto levantó la mano sin volverse o si se volvió Salva no pudo verlo; una furgoneta del Cuerpo se había interpuesto frente a la cancela.

Los tédax habían llegado.

4

El grupo lo componían un sargento, un guardia primero y tres guardias. Picado de curiosidad y desafío, Salva insinuó al jefe del Equipo que le permitiera tomar parte en tales prácticas; después de todo, una ligera idea en desactivación —y en montaje— sí que tenía. El sargento no se opuso, y así Salva los condujo al centro de la cantera, muy cerca de donde unos días antes había incinerado doscientos diez millones de pesetas.

Al par que bajaban cajas y diversos artilugios de dotación, el suboficial se los iba mostrando y ponía a su disposición el llamativo «Willy», un artilugio sobre ruedas de oruga, dotado de pinzas y concebido para el traslado y manejo a distancia de artefactos explosivos.

Una pegatina estampada sobre el cajón de las baterías rezaba:

LA *DESACTIVACIÓN*:

CIENCIA DE VAGAS PRESUNCIONES,

BASADA EN HECHOS REALES,

LLEVADA A CABO POR HOMBRES
CUYA SEGURIDAD NO ES SEGURA

Y SUS DECISIONES SON CUESTIONABLES

A él que no lo esperaran como tédax. Ya había tenido bastante y de aquella advertencia él bien sabía de su pavorosa certidumbre.

En tanto que los componentes del Grupo preparaban una especie de jira —uno desenvolviendo panceta, otro sacando vino, otro dedicado a una lumbre—, él manipulaba la caja del radiocontrol, movilizando sin descanso

el ingenio compuesto de orugas y actuadores mecánicos. Lo hacía avanzar, lo detenía, ora a la izquierda, ora a la derecha, atrás, adelante… Lo encabritó en la cima de un montículo, donde se le tambaleó y a punto estuvo de volcarlo, atenazando el aire con las pinzas formadas por dos planchas curvas atravesadas por clavos cortos y puntiagudos, que abría y cerraba semejando las fauces de una cría de *Tyrannosaurus Rex*.

Fauces por las que pasaron latas de refresco agujereadas —testimonios de balazos y andanzas no menos quebrantadas—, que fue despanzurrando más por impericia que por prevención. Hasta que el tal Willy se ralentizó hasta lo ingobernable: las baterías gemían por una recarga urgente. Y el olor a asado cosquilleaba sin moderación.

Uno de los guardias le sugirió que, si *de verdad* quería entretenerse, se colocara el traje antibomba y aguantara la explosión de una carga. Y como si no hubiera dicho nada interesante, prosiguió su faena culinaria de ir salando las olorosas carnes —único motivo por el cual parecían haberse dirigido hasta allí.

Entusiasmado con tal posibilidad, probó a embutirse en el complicado traje. Se hizo un lío. Otro de los guardias le prestó la ayuda necesaria. Cuando le fue encajado el enorme casco, ataviado con la rígida y pesada indumentaria, se puso en movimiento, tornando por un instante a sus tiempos primigenios de ilusión y fantasía.

Estuchado de Nomex y Kevlar, luchando contra la gravedad en embarazoso equilibrio por los treinta y tantos kilos de arrastre, con el sonido periférico de su propia respiración y el zumbido del ventilador, se sentía un cosmonauta en paseo sideral.

Tras los primeros vacilantes pasos, enseguida se halló desplazándose tan erguido y resuelto que sorprendió a los propios especialistas; por la pinta de alguno de ellos le costaba creer que pudieran manejarse dentro de aquel incómodo atuendo científico, concebido para proteger la vida frente a una onda explosiva.

Mientras seguía la línea eléctrica, que serpenteaba en unos tramos por sobre matojos y en otros era una raya como de tiralíneas, a veces creía ver remanentes de papel moneda quemado. Pero los omitía como restos sin ilación con su existir: huellas de una palmípeda extraviada en un mar de matas turbulento de pasiones, de una gaviota que frustrada al poner pies en el suelo ascendió a otra atmósfera en apariencia diáfana, revelada luego no menos funesta y asfixiante para casi terminar sucumbiendo por tamaño arrojo…

Huellas que desaparecerán tan pronto mude el tiempo y el espacio.

Se detuvo junto al técnico que escariaba un lingote de explosivo plástico. El suboficial alardeaba de una petulancia manipuladora que a él

no le intimidaba. Venía de vuelta. Era un secreto; uno dentro de otro. *Vivir y morir en la lucha*. Otra clase de huellas y éstas imborrables. Empalmó a la línea que venía de la furgoneta, como cien metros por detrás, y volvió a gritarle para hacerse oír con claridad.

—SI QUIERES PUEDES DEJARLO.

Negó con la mano; ansiaba aquel riesgo. Les mostró el pulgar y, siguiendo las instrucciones, clavó en la tierra el escudo que le ofrecían.

Tras él se arrodilló, dispuesto a recibir una portentosa experiencia.

A dos pasos, el operador depositaba en el suelo una carga rectangular y desnuda, penetrada por un detonador: cópula de fuego y estrago. Listo para sentir los efectos de tan singular ardor, lo comunicó por las transmisiones del casco.

Qué profesión más cojonuda la de guardia civil; plagada de una variedad estimulante y tentadora para cualquier pipiolo como ya no era él. *Reflejos de la otra cara del espejo*, advirtió impávido y retornó al gozo del momento.

De hinojos frente al paralelepípedo rompedor y tratando de visualizar en directo a través del visor del escudo el fenómeno de sublimación química, le invadía una excitación comparable al día en que se vistió de gala para recoger un diploma que lo acreditaba como guardia civil.

Aun así, esta nueva sensación vuela muy por encima: vértigo y tensión, una vez más.

Un último aviso le pidió confirmación.

Adelante.

No supo deducir qué le habían respondido; quien habló debió de hacerlo con un buen trozo de panceta entre dientes y seguramente se estaba abrasando el paladar.

Por si acaso, se preparó para recibir el ímpetu de un soplo brutal.

Su avidez era otra.

El fenómeno fue apenas un instante súbito: una llamarada fugaz en el corazón de un vaho fulgurante, sincrónica a una sacudida impía, envolvente y sobrecogedora: como adosado a una colosal campana o a un gigante diapasón cuya vibración hubiera pasado en una décima de segundo.

Luego, humo y tierra pulverizada lloviéndole.

Le hubiera gustado repetir. Pero no quiso quedar como inoportuno o latoso y se apuntó a la merienda, donde Félix reía y masticaba con ventura inefable. Cara y cruz. Sudaba. Atacó una tira de panceta cenicienta y con el primer bocado tomó una decisión: no sería Submarinista, sino TEDAX.

De regreso a la base, se desvió para atravesar el pueblo. Tenía el

disparatado deseo de despedirse de alguien. Quería desearle toda la suerte del mundo. Falta le haría.

No esperaba encontrarlo. Pero allí continuaba. Y en la misma posición; en posición fetal, dando la espalda al mundo. O el mundo a él.

Se arrancó con pasos inquietos, tocado por un presentimiento de desastre. Le tocó con el pie. Pero el Balilla no se movió. Se inclinó sobre la pared. No había duda: estaba muerto.

Ni la expresión de dicha mineralizada en su rostro ni las manos juntas bajo la cabeza inerte, alcanzaban a desmentir esa evidencia.

Una jeringuilla, como un dardo letal, le colgaba del tobillo izquierdo.

La avecilla no pudo sostenerse por más tiempo en el cable de la vida. La heroína impulsó con tanta saciedad su péndulo vital que éste cedió a la profusión onírica, y el Balilla —meritorio apodo que ostentó hasta que fue aprehendido por el *caballo*— pasó a ser historia, un expediente ya caduco en los archivos del Puesto de San Juan. Un problema menos para el Sistema.

Ahora sí que estaba claro que había llegado el final, que nada se podía esperar de aquel lugar ni su entorno. Que comenzaban otras vicisitudes, que se cerraba un ciclo de circunstancias y comenzaban otras en las que las personas debían ser también otras. Persistir sería errar hasta la inanidad, la degeneración. La locura.

¿Cuánto quedaba para acabar de una puta vez?

Acudió la Cruz Roja y con ellos Juan el médico. Éste dijo que llevaría unas diez horas muerto. Mientras tanto, decenas de personas pasaron muy cerca, captándolo de pasada y con repulsa. Ni sus «colegas» se habían interesado por él: harto paradójico que antes de que empezara a oler a cadáver sólo lo hubiera hecho un guardia civil. Un guardia civil y quizás aquella palabra resistente al roce del uso y del tiempo que, como una verdad revelada por accidente, ostentaba en la espalda: DIOS. Blasfemar con aquella ya desdibujada retahíla con la que alborotaba o hacía sonreír al vecindario, fue su secreto modo de invocar Su protección. Quién sabe. En cualquier caso, su eterna y amada chupa había estado con él hasta el final: mortaja insuperable. Al fin, libre. Se quedaría a su entierro y haría por que le enterraran con ella.

Llegó la juez y ordenó el levantamiento del cadáver.

Félix cerró la papeleta con un rayajo hilarante.

—¡Ihé! Hasta nunca, perillana.

Cumplida su última misión, Salva se despedía de sus antiguos compañeros y hasta de los nuevos: cuatro pipiolos que parecían saberlo todo. Se desenvolvían ufanos y deslenguados. Cacareaban que el Cuerpo se la traía «floja». En su gregario soliviantamiento chillaba de un modo casi perceptible un claro vaticinio de entreguismo laureado. Baladronadas, resignación y servilismo. No eran de los suyos. El Régimen afinaba la purgación de la tropa. Dedicó unos segundos a su fiel recortada. Tenía que licenciarla: se quedó con la aguja percutora y la devolvió a la Intervención de Armas, dándole las gracias y un beso: leal, eficiente. Filantrópica. Siguió amontonando bártulos al pie de la escalera. En una semana el Puesto estaría irreconocible. Llegarían cinco guardias eventuales más. Félix y Barahona habían levantado vuelo: ellos sabrán el precio a que lo consiguieron. Nieves confiaba en verse destinado a su tierra en unos pocos boletines, y el furtivo del cabo a su especialidad de Tráfico en menos de un año. Carrasco se hallaba en trámites de pasar a la situación de Retirado por «Pérdida de Aptitudes Psicofísicas»: la muerte de su ignorado valedor había servido para algo positivo. Velasco tenía cursada papeleta de destino a los Grupos Rurales de Seguridad, y si bien le sobraba altura, audacia y presencia física, su suerte dependía de rencores ajenos.

Había interrumpido la vigilancia de bancos para venir a despedirse. Acto seguido, con sofocada valentía, dejando oculto dentro del *pepito* el vendado cetme —con cinta aislante del mismo color que la culata, un remiendo tan circunstancial como grotesco y aciago—, agregó:

—Ah, Salva. Respecto a lo que te debo, pienso devolvértelo… Pero ahora mismo no puedo, sabes. No te preocupes. Déjame un número de cuenta, que yo te lo ingreso en cuanto cobre la nómina. ¿Confías en mí, verdad?

—Sin dudarlo. Y no te preocupes tú, que ya te llamaré y te daré esa cuenta.

Lo vio alejarse en el *pepito*, cabizbajo y aliviado. Maldita deuda. La de la gratitud.

El otro que se quedaba era Goyo. Atusándose el mostacho, acercó su menuda y socarrona silueta, profiriendo que en pocos años lo vería de sargento, y con aire enigmático y emocionado:

—Y yo sé que en algo más, grandísimo figura. —Le dio una afectuosa palmada en el hombro—. Todo perdonado entre nosotros, ¿no?

—Por supuesto.

—Bien —se felicitó Goyo con un retorcimiento de mostachos—. Espero que cuando ya no sepamos nada el uno del otro y si te acuerdas de mí, que no sea sólo por mis cabezadas —sonrió en demanda de comprensión.

—Te recordaré siempre, Goyo, porque para mí has sido uno de los

hombres más sinceros que he conocido. Y porque sólo así seré capaz de vivir menos «putamente amargado».

Goyo sonrió por el potente elogio. Por un instante, Salva conjeturó si ambos no se intercambiaban meros ditirambos. Pero él estaba siendo veraz, y reparando en la mirada del bigotes, no pudo por menos que estremecerse: el otro también estaba diciendo lo que pensaba, y con una convicción fanática. Se apretaron las manos. Goyo sí que sabía: *vivir sin novedad*. Pero ¿qué esperaba aquel hombre de él cuando ninguno supiera del otro?

Llegaban al cuartel una ciudadana rubia y un taxi: al final decidió desprenderse del viejo R-12; se había vuelto demasiado incómodo y le inspiraba extravío y desgarro, así que, por una décima parte de lo que le costó, se lo había vendido —regalado— a Teófilo *el mecánico intrépido*.

Salva bajaba y la muchacha rubia se detenía delante de Goyo; un tanto aprensiva y a la vez ungida de un coraje sublevado, la captó de soslayo. La oyó que preguntaba por Velasco y a la interpelación del guardia de Puertas respondía: «De parte de su mujer».

Listas las maletas, con el *AMIGA* bien protegido junto a la barra de torsión y el orondo reloj de campanas, sacudidos los pánicos y *Bastet* en una idónea jaula de gatos, se metió en el taxi. Goyo le gritó que volviera cuando quisiera comer los mejores melones del mundo.

—¡Adiós, figura! —retrucó Salva, blandiendo el brazo por fuera de la ventanilla.

La velocidad del auto empujaba el cuartel a una lejanía como de recuerdo ancestral.

Y volvería a sentir tan extraña impresión cuando al cabo de dos horas se movilizara el tren de Dosarcos, después de que el gordo Félix lo animara con un fogoso fuerte abrazo que lo maniató y ahogó y le hizo dudar de que alguna vez le hubiera ganado en un pulso. Otro adiós, otros caminos. Y la figura del rozagante guardia que menguaba en una mota globular. Una mota que el ornamento rojado de la estación absorbió, y Salva creyó que ya llevaba años sin verlo.

Bordeando el polígono industrial, el tren rebasó a un Seat Ibiza con un rótulo en el techo: SEGURIDAD PRIVADA. Se preguntó si dentro estarían Zipi y Zape y cómo se grabó en sus vidas el asalto sufrido una noche de invierno de la que salieron incólumes. De ahí echó mano a un bolsillo y extrajo una denuncia que no cursó: la de la Bestia contra el pueblo. Aquel hortelano con sombrero y manguera de riego al hombro no pagará nunca una denuncia por no conducir llevando gafas de repuesto, no una incoada por él, como tampoco el gitano del Peugeot-180. Debajo está una fotografía en la que se ve a una mujer frente a un periódico y a un encapuchado que

esconde una mueca de triunfo que casi perfila el pasamontañas.

Y envolviendo la instantánea, el aura de ella, Anabel.

¡Jamás te olvidaré!, resuena en su ánima fogueada, medio en pena.

Optó por descolgar la maleta y distraerse con la bandera tricolor que Carrasco se empeñó en dejarle. El bueno y recio de Carrasco, callado y tumultuoso como un libro pueda ser y al que traspasado de admiración imaginó debatiéndose en medio de un triángulo de fuego —combustible, comburente, calor— por donde debió de asomarse el Ojo de Horus, y Éste, maravillado, le insufló con un poco más de aliento vital, porque de lo contrario nadie humano podría haber salido con vida de aquel rescate infernal, prodigioso. Acojonante.

Sin duda, había conocido a gente fundamental.

Acarició la enseña, preguntándose cuánto distinto sería la vida bajo aquellos colores o por pensar en lo real y mediato cómo saldrá de Navarra, cómo encontrará a Marino, qué consejos o experiencias se intercambiarán, cómo explicarle que llega extenuado por un poderoso tormento que no admite consuelo ni se puede contar. Tan joven y tan abatido. ¿Se dejaría doblegar en su futuro profesional? ¿Debería vivir como un grajo —«Nunca más»— que despotrica y eso es todo? ¿Seguirá combatiendo como un *desfacedor* andante, obcecado en el detalle?

Hubiera deseado ser el estrépito de un árbol que cae en el silencio del bosque en crecimiento… Pero sólo eran bellas palabras tomadas de otra realidad.

Y de allí a Leiza, el nombre de la localidad donde su insaciable ansia de instrucción se multiplicaría a fuego cruzado entre el fanatismo cuartelero y una población hostil y desquiciada. Que el hado diga. No le obsesionaba ese porvenir ya puesto en moción; sí la inercia de su vertiginosa biografía. Recuerdos que lo agitan por su viveza y su color: el rojo.

La ira.

Los crepúsculos.

El mantel de guerra.

Los fuegos.

La sangre.

Rojo como la llegada a la vida de todos y sólo la muerte de los indomables.

¡Como tú Anabel y ya no te tendré más!…

Maulló *Bastet*.

La tomó entre sus brazos y, apoyando la cabeza en el respaldo del vacío compartimento, desnortado camino del Norte —Ag, cruel ironía— no


hizo nada por contener el desparrame de lágrimas.

Epílogo

Hola, me llamo Íñigo Montoya.
Tú mataste a mi padre:
¡Prepárate a morir!
LA PRINCESA PROMETIDA

THE GAME IS OVER. IS THE GAME OVER?

1

—Aquella tarde, después de abandonar la reunión de propietarios, la seguí. Su madre se marchó con otras personas y ella se fue por la ciudad. Se metió en un bar de copas. El Límite. Yo también entré. De espaldas a mí, ella se distraía con un videojuego llamado *Thunderkiller*. Me aproximé, impaciente por verla de cerca. Tenías razón: atractiva, enigmática. Se pasaba las pantallas como crispada, como riñendo consigo misma por otra batalla: la firma del contrato de venta de la casa. O mejor dicho, del solar. Puestos de acuerdo todos los vecinos, habían decidido vender a una constructora que en pocos meses levantaría un banco y pisos de lujo. Tanto resistir a los especuladores y sus patentes de corso y al final las circunstancias se la llevan por delante. A eso achaqué su furor. Yo no dejaba de espiarla. THE GAME IS OVER comenzó a parpadear encima de una imagen de guerrilleros paralizados. Creo que temblaba. Me acerqué un poco más. «Is the game over?», me atreví a preguntar. Me volvió la cara. Vi que tenía los ojos brillantes por alguna lágrima a punto de caer. «Soy amigo de Salva», me identifiqué, algo nervioso. No me extraña que pienses tanto en ella… ¡Me miraba como perdonándome la vida! «¿Qué dices?», me saltó. Joder, no me largué de milagro. «Que soy un íntimo amigo de Salva y que sé lo que ha habido entre vosotros y que estoy aquí para ver si puedo hacer algo». «¿Te manda él?». «Sí y no». «¡Piérdete!». Me sentí como un mequetrefe. Continuaba parpadeando la tonta advertencia. «Is the game over?», insistí. Ella frunció el ceño. «¿De qué vas, qué sabes?», preguntó, arisca, la tía. «Lo sé todo», dije yo con alivio y algo de fanfarronería. «Es la hora de torcer», continué. «Él te espera. ¿Es que no va a haber un gesto de reconciliación por tu parte?». «¿Qué reconciliación? Él lo echó todo a perder». «Se jugó *todo* por ti».

—Hostias, ¿cómo sabías tú eso?

—No lo sabía; fue un farol. Y con otro: «¿Es posible que el amor que os unió no sea más fuerte que vuestro orgullo?». Se giró hacia la pantalla y empezó a hablar, de corrido, como desfogándose. «No es cuestión de orgullo. Claro que le echo de menos, más que al grupo (en aquel momento no sabía de qué hablaba), incluso por encima de mi fe revolucionaria. Lo que me duele es su infidelidad espiritual. Y el juego está acabado; al menos este: el camarero dice que se lo llevan esta semana». «¿Luego, se acabó la historia?», pregunté. «Se ha acabado *parte* de la historia. Se fue dejándome sin dinero y, lo que es peor, sin objetivos, sin cargas. Casi sin sentido.

Nuestras ideas divergieron. ¿Quién has dicho que eres?», me miró con un mosqueo que me apabulló. «Un amigo», y rápidamente, para no darle tiempo a pensar: «¿Por qué no haces por localizarlo?». Volvió a poner los ojos en la máquina. «Él se marchó; que él vuelva. Con todo, lo que más tengo que reprocharle es que fulminó la posibilidad que tuvimos de retener dos cosas que el tiempo desmorona a la mayoría: rebeldía y pasión. No amaré a ningún hombre que no sea él. No podría. Nos unían extraordinarios secretos. Lamento que se marchara con la duda de si llegué a relacionarme de más con un amigo, cuando en realidad fue con una chica, mi auténtica sensualidad, que por circunstancias convivía conmigo».

—¡No me jodas que te lo contó así!

—Pues claro. Vino a decirme que, sorprendentemente, a tu lado vivió en plenitud: carnal y espiritual; y que en vuestro universo de agitación y viento y no sé qué más (siento no poder recordar literalmente todas sus palabras) tú fuiste su tabla de salvación, la dosis justa de acción-reacción. Pero que la traicionaste, dejándola en la estacada en cuanto lograste tus propios planes. Se le saltaron las lágrimas. Retiró las manos como sacudida por una descarga: «¡Pero qué hago yo hablando con un desconocido!». Se sopló el flequillo y huyó como una exhalación. También yo salí. La vi doblar la esquina y ya no he vuelto a saber de ella. Entonces no supe de qué hablaba. Ahora, con lo que tú me has contado, puedo entenderlo todo. Dios, qué exageración. Nunca imaginé que hubiera tanto detrás de aquella salida furtiva de La Pequeña Arteaga.

—¿Qué pensaste en aquel momento?

—Nada. Sólo una infinita curiosidad, que me juré desentrañar. Tú siempre dices que tu intuición te ha sacado de los peores atolladeros. A mí me ocurrió lo mismo aquella noche mientras daba explicaciones humillantes a la banda de mafiosos. Presentí, no sé por qué, que pudiera haber alguien detrás de la celosía. La verdad es que no oí ni vi nada. Sí: intuición. Y por eso a la salida me aposté detrás de la casa. Aguardé con ansiedad y mucho acojone a que se marcharan los inquilinos; y cuando creía que todo habían sido puras fantasías y ya me levantaba para poner fin a aquella insensatez mía, te vi surgir de los setos como un fantasma. Te reconocí a la luz de la luna. Me di cuenta de que llevabas algo que te permitía ver en la oscuridad. Cuando te paraste a mirar en torno tuyo, casi me muero del susto. No te lo creerás, pero jamás he sentido un terror más grande en toda mi vida, ni siquiera cuando maté al general. Me agazapé temblando y agarrotado. Menos mal que continuaste, en cuclillas; por cierto, de una manera la leche de cómica: parecías un basilisco. Sí, sí, ríete. Pero de héroe justiciero, nada de nada. Claro que yo la gracia se la veo ahora… Saliste al camino del pueblo y te perdí. Yo aún me quedé allí media hora o quizás una entera. Luego bajé a las eras, donde tenía el

coche, y me fui para la autovía a hacer kilómetros, dándole vueltas y vueltas a la cabeza.

»¿Sabes a qué conclusión llegué?

—No.

—Ejem, ejem…

—Venga, suelta. Me tienes en ascuas.

—Llegué a sospechar si no serías un topo del general.

—No jodas.

—¡Como te lo digo!

—Increíble.

—Desde luego; aunque nunca la consideré muy probable. En fin, que me propuse seguirte el rastro a través del brigada. Pero el suboficial no me era de mucha ayuda; a decir verdad, de ninguna. No había manera de saber de ti. El día de las fiestas que estabas de servicio con Barahona, sospeché que venías de hacer alguna intrusión. Entonces vi con claridad que no podías ser un topo. ¿Te acuerdas de que me dijiste que venías de cagar? Ja, ja. Tu cara de síncope te delató. Ya no tenía dudas. Reconozco que me asusté. Y tú también: se te pusieron de corbata. No me lo negarás.

—¡Vaya que sí, jodío!

—Bien. Pongámonos serios: decidí que, puesto que yo no podía o no me atrevía a atacar a la banda de criminales, no debía impedir que otro lo hiciera. Intentaba seguirte, pero me era imposible. Sólo en una única ocasión fui capaz de saber dónde podrías estar. Y fue el día en que, contra todo pronóstico, llevaste a cabo el ataque contra Las Torcaces. De no haber sido por mí, el loco de Moisés júnior te habría liquidado con su rifle.

—Uf, joder. Ya sabes cuánto te lo agradezco.

—Lo hice con mucho gusto, faltaría más. Lo único que siento es que el padre perdiera la vida. Jugaban con fuego y nunca lo quisieron ver. En todo caso, mi conciencia está tranquila.

—He de reconocer que he tenido mucha suerte. Por lo visto, Monti se imaginó algo, el brigada me azuzaba, no sé si consciente o inconscientemente; Dioni lo sabía, y ahora resulta que mi teniente también.

—Sí, el brigada… Fue un hombre de sabiduría… ¿cómo podríamos decir…? Desordenada, un tanto agriada, rebelde hasta donde pudo. Pero calculó mal sus posibilidades al apostarlo todo a la declaración del ganadero Moisés Torcaces: la muerte de éste lo abocó a la desesperación y finalmente al suicidio. Ambos estamos en deuda con él. Yo, al menos, porque llegué a la verdad que buscaba y pude vengar la muerte ignominiosa de mi padre, y limpiar, para mí, su nombre. No tengo remordimientos. Sólo la paz total del que ha saldado una cuenta. Te he

contado que liquidé al general, pero no el cómo.

—Soy todo oídos.

—El día que saqué mi traje de la tintorería los botones brillaban como pequeños soles. Perfecto, pero inservible. No pensaba ponérmelo; no después de haber salido del aire muerto, como el brigada me hizo descubrir. Pero sobre todo, por HONOR. La elección era dejar ese uniforme o pegarme un tiro con él puesto. Quería ser general y no seré nada. Por honor, ya ves. Y por honor obedecí en todo al general Llopera como un lazarillo, creyendo que era lo correcto. Me notificó la suspensión de empleo y a continuación me prometió una vacante en la misma Dirección General, tan pronto como pasara la tormenta de los magistrados civiles. Me dijo que impulsaría el proceso haciéndolo coincidir con algún atentado contra una casa-cuartel o un autobús con muchos muertos, en especial niños y mujeres de guardias desangrándose por televisión. Con eso y el suboficial suicidado de San Juan, se neutralizaría toda la «presunta corrupción» en los robos de ganado. Todos a salvo. Él, el primero.

»Yo sentía su rabia contenida y su deseo de aplastarme como a una cucaracha. Pues mi caso había puesto en cuestión su hasta entonces invencible soberbia entre su plana mayor de oficiales. Y al igual que una cucaracha envía una alarma química a los de su especie cuando la aplastan, mis compañeros se habían puesto en modo recelo contra sus decisiones. Los muy santurrones de mierda.

»Pero yo también había sido un arrastrado; que empezó cuando junté los talones delante del general Llopera: «La confianza que deposito en ti, espero que sepas corresponderla». Volvió a recitarme algo parecido la última vez que me llamó: «Y puesto que has demostrado ser un oficial fiel a tu deber, en cuanto pase todo este acoso marxista que sufrimos —así lo llamaba el cabrón *acoso marxista*—, tendrás un destino como corresponde a tu debida abnegación». Hijo de puta. Pero ya no engañará a nadie más. Si yo cumplí con las órdenes, las dadas por escrito y las verbales (las más exigentes, las menos repetidas), fue por empanamiento militar y porque no concebía otra actitud que la de obedecer y hacerse obedecer.

»Un guardia civil cabal como lo fue mi padre.

»Poco a poco empecé a darme cuenta de las palabras del brigada Ramón, cuando se atrevía a recordarme que antes que soldado, antes que oficial, debíamos ser guardias civiles. Pero ese comandante de Puesto se pudre al igual que mi padre en un ataúd, lleno de honor pero también de gusanos. Idénticos remates para idénticas posturas de decencia. Hombres de honor. También nosotros, a nuestra manera, lo hemos sido. No como la Cúpula a la que yo aspiraba.

»Soporté lo indecible aquella tarde delante de ese asesino sabiendo lo que ya sabía. En la vida no se puede ser tan perverso y vivir como si no te

pudiera pasar nada. Por eso le maté.

»Por eso y porque era el culpable de mi orfandad.

»El desfalco que hizo mi padre no fue por iniciativa suya, sino siguiendo órdenes precisas del primer jefe de la Comandancia, el entonces teniente coronel Llopera. Consumó un fraude millonario con el que se pagó en poco tiempo un lujoso chalé en la costa, y cuando el retraso de fondos se hizo injustificable, debido a las numerosas reclamaciones del ISFAS y otras indemnizaciones aprobadas por el Ministerio del Interior a viudas residentes en esa provincia, Llopera exigió al sargento encargado de la Subcaja, o sea, a mi padre, que ideara una farragosa coartada de papeles que lo encubriera.

»Movido por la firme creencia en la obediencia debida de todo militar, mi padre accedió a falsificar los recibís de varias pensiones y dietas.

»En contra de lo asegurado por el *teco*, el sumario no fue sobreseído ni postergado. Y el juez civil comenzó por inculpar a mi padre como autor. Consciente del daño causado, aniquilado de vergüenza y deshonor, mi padre se pegó un tiro en la oficina donde fuera varias viudas y otros afectados acreditaban que sus indemnizaciones debían hallarse en aquella dependencia.

»Quizá mi padre supuso que se adelantaba a su superior. «El honor ha de ser la principal divisa del guardia civil…» Pero la idea que el gran hijo de perra tenía de esa palabra, con la que se llenaba la boca en los actos oficiales, sólo era pura fachada y malicia. Pura perversidad. Él fue el culpable de la muerte de mi padre. Y de otras muchas muertes.

»Tenía que pagar.

»Lo seguí día y noche a partir de que me concedieran la provisional, de incógnito tras las cenas de gañote con sus compinches, a los garitos de putas de la autopista, que resultaron ser suyos, a los actos oficiales donde se las daba de leal y demócrata, luciendo las condecoraciones y las medallas que deberían ser de otros. Por eso le maté una noche en que ciego de cocaína y Johnnie Walker salió a tomar el fresco en uno de sus puticlubs de la mano de dos prostitutas adolescentes, una negra y otra eslava. Me llegué hasta él con la cara oculta por una bufanda de fútbol, y con un ímpetu salvaje, algo así como el que imagino que debió de lanzarte contra Las Torcaces, sólo que en mi caso cargado de desmaña, me abalancé con el cuchillo. Hasta el mango, el cuchillo de monte, premio en una tómbola, se lo incrusté hasta el mango. Por fin había esclarecido el falso suicidio de mi padre y en ella había un asesino: el general Llopera.

»Le pinché de frente, en el estómago. Se llevó las manos a la herida y se recostó contra el coche que tenía detrás. No llegó a emitir más que un gruñido, más bien un gorgorito de incredulidad. Las putas echaron a

correr. Yo repetí el acuchillamiento magnicida (sabemos que era un dios). El hijo de perra me miraba. Creo que sabía quién era. Para no dejarle ninguna duda, y yo poder acabar lo que había empezado, me bajé la bufanda. Al verme, achicó los ojos, aunque quizás esto fuera por la agonía.

»Yo, como el protagonista de *La princesa prometida*, que lucha contra el asesino de su padre después de una larga búsqueda, también le dije algo parecido: «Yo soy el hijo del sargento Manuel Miñón Gutiérrez, a quien tú llevaste al suicidio en La Coruña, y te lo estoy haciendo pagar, ya que de otra manera no es posible». Y mientras se resbalaba, le clavé como otras diez veces en medio de un hedor de alcohol, jugos gástricos y tripas colgando; hasta que el asco o la mala calidad del arma blanca o el cansancio, me frenaron del todo. Estaba más que muerto. Joder, cómo me puso de sangre. Tú, con tus buenos tiros a distancia, no sabes la porquería que es eso. En fin, cumplida mi faena, hui, justo cuando desde la puerta del local las dos mujeres me señalaban rodeadas de puteros asustados.

»Ya completamente a salvo y limpio —de ropa y de conciencia— lo primero que hice fue mirar el viejo reloj de bolsillo de mi padre. No sentí angustia, ni pesar.

»Había hecho lo que debía.

»Entre tú y yo hemos destruido uno de los mil brazos de la Bestia. No sé si es mucho. Pero para mí es todo. He cometido un asesinato. Por eso y por mucho más no volveré al Cuerpo. Ya no quiero ser oficial, no quiero ser guardia civil. Lamento en el alma no poder complacer a mi madre, pero sin honor no podría serlo. Hoy por hoy, lo único que me quita el sueño es la moto que pienso comprarme, y terminar la carrera de letras. Entretanto, seguiré adelante con mi vida laica; ya sabes, mis clases, la mensajería. Más jodido materialmente, qué duda cabe, pero de espíritu liberado. Y eso es algo tan grande para mí que no tiene precio.

»Una tarde, abriendo cajones en busca de folios, topé con el cuchillo. Vi que entre los dientes de sierra de la hoja aún permanecían restos de sangre seca. Lo golpeé contra la mesa y se desconcharon: la prueba de mi delito, la paz de mi existir. Fue entonces cuando me acordé de ti.

»Intuyendo tu historia y lo que sabía de ti me puse a escribir: *Cuándo llegará el día. Dejaba caer sus fatigados brazos pendiendo de las argollas, para, de inmediato, en un esfuerzo límite*…

»Dos o tres frases más y lo dejé. Se me ocurrió que el único modo posible de llamar la atención de personas o estamentos con capacidad de actuación fuera mediante la publicación de un libro, y con él sondear la honestidad democrática de este Sistema. Pero basta de locuras. Es mejor olvidarlo. Demasiadas complicaciones. Mi deber —mi *esencia del Deber*, que diría el brigada— está cumplido.

»Lo importante es que ahora puedo mirar este reloj y no experimentar otra sensación que la de saber en qué momento exacto del día me ando. Lo ves: son las cinco de la tarde. Hora de irnos. Yo a por Paloma y tú a por Anabel. Ya me contarás.

—Oye, ¿qué pretendías con esas frases referidas a mí?

—Ya te lo he dicho: escribir una novela. Pero lo he descartado. No quiero saber nada de toda esta «correría» truculenta; además, no sabría cómo hacerlo.

—Vaya, tú como el brigada. Y si yo la prosiguiera… Me has recordado el día en que me entrenaba en la cámara de mi casa y mi madre me llamó.

—Haz lo que quieras. Pero no conseguirás nada.

—¡Cómo que no! Dar publicidad a la inconcebible pervivencia de un régimen feudal y despótico como el de la Cúpula militar. ¿Te parece poco? Eh, no te sonrías.

—Tu mezcla de ingenuidad y osadía temeraria no deja de asombrarme. ¿Y luego?

—Lo más probable es que, como tú dices, no consiga nada. Pero al menos habré liberado mis demonios. Creo que esa era la estrategia con la que soñaba el brigada: la literatura como arma de combate. En honor a él lo voy a intentar. A él y a los mártires del sindicalismo en la Guardia Civil, mártires la mayoría ya muertos o arrumbados en la demencia antes de que desaparezca el último, o por lo menos antes de que los amanuenses de la historia oficial del Cuerpo los entierren en el Olvido.

—Pues en lo que a mí respecta, dilúyeme. ¿Sabrás cómo hacerlo?

—Creo que sí.

—¿Seguro?

—Seguro.

—Oye: ¿cómo seguía lo que empezaste a escribir?

—No me acuerdo bien. Creo que era algo así como: …«Y machacarse como lo hacía en sus ratos libres, exigía no desfallecer mientras tuviera aliento o pundonor». Nos vemos.

F I N